

NUOVA YORK

**EDWARD
RUTHERFURD**

La apasionante historia
de Nueva York desde sus orígenes hasta la actualidad.
La mejor obra de Edward Rutherford.



Novela-río centrada en la historia de la pequeña ciudad que en 1664 los colonos holandeses fundaron con el nombre de Nueva Ámsterdam y que cambió de nombre al pasar a dominio inglés. Abarca hasta el 11 de septiembre de 2001, fecha clave en la historia de los Estados Unidos. El argumento se apoya en las sucesivas generaciones de varias familias de colonos de distintos orígenes —holandés, alemán, inglés, irlandés, etc.— y procedentes de sectores sociales y económicos también diferentes,

cuyos destinos se entrecruzan para formar la trama humana de la ahora emblemática ciudad.

El autor se muestra muy hábil en la caracterización de los personajes, cada uno de ellos reflejo de unos rasgos que harán de Nueva York un lugar a donde se llega para ser libre, movidos por deseos de prosperidad, económica o intelectual. La extensión de la novela y el gran número de personajes que incorpora exigen una lectura pausada y prolongada, pero los episodios están bien concebidos y se encadenan entre sí de forma fluida y

consecuente.

La amplia documentación reunida permite que Rutherford, aun dentro del terreno de la ficción, ofrezca una plausible y verosímil versión del proceso histórico que permitió y fomentó la creación de la gran urbe. El estilo, correcto y ameno, y la lograda ambientación logran una fácil y fluida comunicación entre el lector y el texto.

«Los 400 años de Historia de la ciudad de Nueva York se conforman de miles de historias, escenarios y personajes extraordinarios.

Partiendo de la vida de los indios que habitaban sus tierras vírgenes y los primeros colonos holandeses hasta llegar a la dramática construcción del Empire State Building o la creación del edificio Dakota en el que vivía John Lennon.

Durante la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, Nueva York fue territorio británico; tiempo más tarde, los neoyorquinos crearon canales y vías ferroviarias que abrieron las puertas a la America del Oeste.

La ciudad ha estado en el centro del

huracán en buenos y malos momentos, como lo fueron el crash del 29 o el ataque del 11 de septiembre. Grandes personajes han poblado su historia: Stuyvesant, el holandés que defendió Nuevo Ámsterdam; Washington, cuya presidencia arrancó en Nueva York; Ben Franklin, que abogó por la América británica; Lincoln, que dio uno de sus mejores discursos en la ciudad... Pero, ante todo, para mí, se trata de la historia de gente ordinaria: indios locales, pobladores holandeses, comerciantes ingleses, esclavos africanos, tenderos

alemanes, trabajadores irlandeses, judíos e italianos llegados vía Ellis Island, puertorriqueños, guatemaltecos y chinos, gente de bien y gánsters, mujeres de la calle y damas de alta alcurnia. A estos personajes, la mayoría de ellos anónimos, los descubrí cuando me documentaba para el libro. Eran una milésima parte de todos aquellos que llegaron a Nueva York, a América, en busca de la libertad algo que, la mayoría acabó encontrando».

Edward Rutherford



Edward Rutherford

Nueva York

ePUB r1.1

Carlos. 24.07.13

Título original: *New York*

Edward Rutherfurd, 2009

Traducción: María Dolores Gallart

Iglesias

Ilustraciones de mapas: Mike Morgenfeld

Editor digital: Carlos.

ePub base r1.0

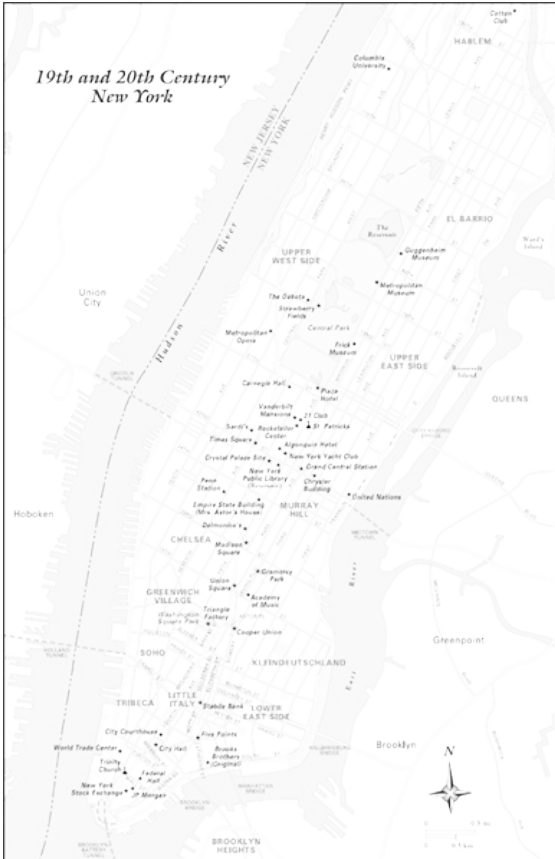


Este libro está dedicado, con toda
mi gratitud,
a Eleanor Janet Wintle

MAPAS

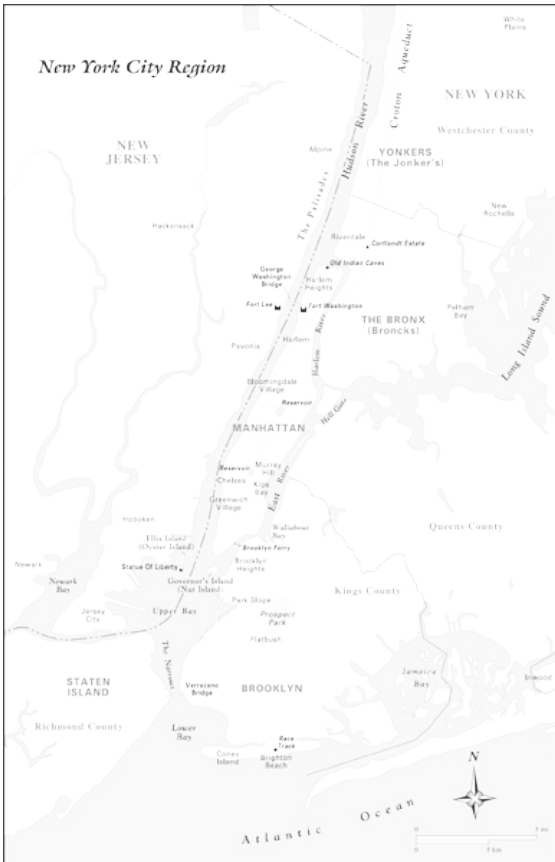
Nueva York en los siglos XIX y XX

19th and 20th Century New York



Región de Nueva York

New York City Region



Prólogo

Nueva York es antes que nada una novela. Todas las familias en cuyas peripecias se basa la narración son ficticias, como lo es también su participación en los acontecimientos históricos descritos. No obstante, al desgranar la historia de estas sagas imaginarias en el curso de los siglos, he intentado insertarlas entre las personas y hechos que o bien existieron o bien pudieron haber existido.

Los nombres de las principales familias protagonistas del libro han sido elegidos para representar las tradiciones

de sus lugares de origen. Van Dyck es un apellido holandés corriente, fácil de recordar. Master es un apellido bastante habitual en Inglaterra, aunque debo confesar que al plantearme el destino de esta familia, como comerciantes y agentes de Wall Street, la expresión «Master del Universo» surgía de forma automática en mi cabeza. White es otro apellido típicamente inglés. Keller, que significa «bodeguero», es el quincuagésimo apellido más usado en Alemania. O'Donnell es un apellido irlandés muy conocido, Caruso es un famoso apellido originario del sur de Italia y Adler, que significa «águila» en

alemán, es frecuente en toda Europa central. En el caso de los personajes que aparecen brevemente, la familia Rivers es inventada; la familia de Albion aparecía en mi libro *El bosque*. Para la elección del nombre de Juan Campos, me inspiré en el famoso compositor puertorriqueño Juan Morel Campos. El apellido Humblay no existe, que yo sepa, pero es una antigua variante de *humbly* («humildemente») que consta en los libros de oraciones del siglo XVI. En lo tocante a la procedencia de los nombres Vorpal y Bandersnatch, remito al lector al poema «Jabberwocky», de Lewis Carroll.

A lo largo de esta narración apenas he tenido que inventar gran cosa en lo relativo a los acontecimientos históricos. De vez en cuando, a fin de mantener el hilo narrativo, he recurrido a algunas simplificaciones de una compleja secuencia o detalle histórico, pero sin llegar nunca a desvirtuar, o así lo espero, el marco histórico global. Aun así, considero necesarias ciertas puntualizaciones que guíen al lector en la interpretación histórica.

Las tribus indias americanas. He hecho alusión a determinadas tribus locales, como los tappan y los hackensack, cuyos nombres perduran

aún en la topografía de la zona. No obstante, en la región de Nueva York había tal multiplicidad de grupos tribales que no he querido confundir al lector mencionando demasiados. En lugar de ello, a menudo he recurrido a una práctica habitual que consiste en designar a dichas tribus con el nombre de su grupo lingüístico común, que era el algonquino. De la misma manera, para referirme a las tribus del norte uso con frecuencia el término iroqués —que era su lengua—, aunque en ocasiones también efectúo distinciones entre tribus concretas, como la de los mohawks. Es posible que más de un lector se

sorprenda al ver que en la primera parte de la novela no he utilizado el término *lenape* para aludir a los pueblos indígenas de la zona de Manhattan. En realidad, esta denominación se aplicó a dichos grupos en un periodo histórico posterior y por ello he preferido no usarla en un marco histórico en que no hubiera significado nada para las personas descritas.

Algunos libros de historia, en particular *The Island at the Center of the World*, la admirable obra de Russell Shorto sobre Nueva Ámsterdam, destacan la tradición de libertad personal y cívica que los holandeses

legaron a Nueva York. Por mi parte, he tratado de reflejar el contenido de esta obra en mi relato, teniendo en cuenta también que los progresos en el terreno de la independencia cívica se habían iniciado ya en la Edad Media en Inglaterra y en buena parte de Europa.

La visión que reflejaba en mi primer borrador, según la cual los ingleses habrían sido más duros en el trato con los esclavos que los holandeses, se vio modificada a raíz de las conversaciones mantenidas con el profesor Graham Hodges, que trata a fondo dicha cuestión en su libro *Root & Branch*.

He escogido la opción de creer que

el gobernador inglés, lord Cornbury, era efectivamente un travesti y varios prestigiosos historiadores han tenido la amabilidad de corroborar que es muy probable que así fuera.

Mi opinión sobre las cambiantes relaciones mantenidas entre ingleses y norteamericanos experimentó una profunda evolución en el curso de la elaboración de esta novela gracias a las conversaciones que mantuve con el profesor Edwin G. Burrows, el destacado coautor de *Gotham*, que publicó hace poco un libro consagrado a esta cuestión titulado *Forgotten Patriots*.

La ciudad de Nueva York, una de las más complejas del mundo, ofrece un vastísimo tema. Cualquier novelista que trate su amplia historia tendrá que realizar elecciones o descartes a cada paso. Mi único deseo es que el lector encuentre que este libro transmite, por lo menos, algo de la historia y el espíritu de este lugar, por el que yo siento tanto afecto.

Nueva Ámsterdam

❧ 1664 ❧

De modo que aquello era la libertad.

La canoa se deslizaba con la corriente del río, afrontando con la proa el embate del agua. Al mirar a la niña, Dirk van Dyck se preguntó si aquel viaje no sería una terrible equivocación.

Un extenso río lo atraía hacia el norte; un extenso cielo lo atraía hacia el oeste. Era aquélla una tierra de muchos

ríos, una tierra de muchas montañas, una tierra de muchos bosques. ¿Hasta dónde llegaría? Nadie lo sabía; en todo caso, no con certeza. Más arriba de donde volaban las águilas, sólo el sol alcanzaría a ver, en su inmenso viaje hacia el oeste, toda su extensión.

Sí, en aquellos territorios desiertos había encontrado la libertad y el amor. Van Dyck era un hombre corpulento; vestía pantalones anchos al estilo holandés, botas con caña vuelta y jubón de piel. Como se aproximaban al puerto, se había puesto también un sombrero de ala ancha adornado con una pluma.

Miró a la niña: era su hija. Una hija

del pecado, por el cual, según los dictados de su religión, merecía castigo.

¿Cuántos años tenía? ¿Diez, once? Se había puesto contentísima cuando él había aceptado llevarla río abajo. Tenía los ojos de su madre. Era una niña india preciosa: su pueblo la llamaba Pluma Pálida. Sólo la blancura de su piel dejaba traslucir la otra parte de su ascendencia.

—Pronto llegaremos.

El holandés habló en algonquino, la lengua de las tribus de la región.

Nueva Ámsterdam era un emplazamiento comercial, constituido sólo por un fuerte y una pequeña ciudad

rodeados de una empalizada. De todos modos, era una pieza importante en el amplio imperio comercial controlado por los holandeses.

Van Dyck estaba orgulloso de ser holandés. Pese a que su país era pequeño, sus indómitos habitantes le habían plantado cara al poderoso imperio español y habían logrado la independencia. Habían sido ellos quienes habían construido los grandes diques que mantenían extensas franjas de tierra fértil al abrigo de la cólera del mar. Eran los holandeses quienes, con su espíritu marino, habían puesto en pie un imperio comercial que era la envidia

de todas las naciones. En aquella época dorada que había propiciado la existencia de Rembrandt y Vermeer, sus ciudades —Ámsterdam, Delft, Amberes—, con sus hileras de altas y picudas casas majestuosamente dispuestas a lo largo de los canales y ríos, eran un refugio para artistas, eruditos y librepensadores llegados de toda Europa. Sí, estaba orgulloso de ser holandés.

En su curso bajo, el río estaba sujeto al influjo de la marea, que aquella mañana discurría en dirección al océano. Por la tarde, invertiría la tendencia para fluir hacia el norte.

La niña miraba hacia delante, en el sentido de la corriente. Sentado frente a ella, Van Dyck recostaba la espalda en el gran montón de pieles, en su mayoría de castor, dispuestas en el centro de la canoa. Se trataba de una embarcación ancha y espaciosa, resistente y ligera a la vez, construida con corteza de árbol y que impulsaban remando cuatro indios, dos en la proa y dos en la popa. Casi pegada a ellos los seguía otra embarcación, tripulada por sus propios hombres. Había tenido que llevar aquella canoa india para transportar todo el cargamento que había comprado. En aquel día de finales de primavera,

dejaban atrás un cielo cargado de nubes de tormenta y, aunque viajaban inmersos en un ambiente gris, el agua aparecía luminosa más adelante.

De improvviso, entre las nubes surgió un potente rayo de sol. El río produjo un ruido seco al chocar contra el costado de la barca, como un tambor indio que transmitiera un aviso. Sintió en la cara un hormigueo provocado por la brisa, tan ligero como el burbujeo de un vino espumoso. Entonces volvió a hablar; aunque no quería ofender a la niña, aquellas palabras eran necesarias.

—No debes decir que soy tu padre.

La niña bajó la mirada hacia el

colgante de piedra que pendía de su cuello. Era una diminuta cara esculpida, pintada de rojo y negro, que llevaba colgada boca abajo según la costumbre india. En realidad, tenía su lógica: así, cuando uno lo levantaba para mirarlo, quedaba perfectamente encarado hacia los ojos. Era un amuleto de la suerte, que representaba al Enmascarado, Señor del Bosque, el que mantenía el equilibrio de la naturaleza.

Sin contestar nada, Pluma Pálida siguió con la vista fija en la cara del dios indio. ¿Qué estaría pensando? ¿Acaso lo entendería? Van Dyck no estaba seguro.

Desde detrás de los acantilados que se sucedían en la orilla occidental cual altas empalizadas de roca resonó entonces un lejano retumbar de truenos; la niña sonrió. A sus compatriotas, que eran gente marinera, no les gustaban los truenos, pensó el holandés. Para ellos representaban perjuicios y temores; en cambio, los indios eran más sabios. Ellos conocían el significado de la voz del trueno: cuando hablaba, los dioses que moraban en el más bajo de los doce cielos estaban protegiendo al mundo del mal.

El sonido se alejó río abajo hasta disolverse. Pluma Pálida dejó caer el

colgante con un leve y delicado gesto y después levantó la mirada.

—¿Conoceré a tu esposa?

Dirk van Dyck tuvo un breve sobresalto. Su esposa Margaretha no tenía ni idea de que estaba tan cerca, porque no le había avisado de su regreso. ¿Cómo podía haber pensado que podía llevar a la niña en la barca y ocultarla ante su mujer? Había sido una locura. Se revolvió y acabó posando, turbado, la vista en el río. Ya habían llegado a la punta septentrional del estrecho territorio llamado Manhattan y la corriente los impulsaba hacia abajo. Era demasiado tarde para retroceder.

Margaretha de Groot aspiró entre sus sensuales labios una lenta calada de la pipa de arcilla y, observando con aire pensativo al hombre de la pata de palo, se preguntó cómo sería acostarse con él.

Pese a su pelo cano y a su edad, ya madura, aquel individuo alto y erguido, de aspecto decidido, seguía teniendo un aspecto indómito. La pata de palo, por otro lado, era un blasón, un recordatorio de sus batallas. Aquella herida habría matado a muchos hombres, pero no a Peter Stuyvesant. A pesar de la pierna ortopédica caminaba por la calle a una velocidad sorprendente. Mirando la

dura madera pulida, ella experimentó un tenue escalofrío del cual él no se percató.

¿Qué pensaría de ella? Le gustaba, estaba segura. ¿Y por qué no, además? Era una hermosa mujer en la plenitud de la treintena, de cara ancha y con una larga cabellera rubia. No había engordado, como les ocurría a muchas holandesas, todavía lucía una buena silueta y poseía una especie de voluptuosa aureola. En cuanto a su afición a fumar en pipa, la mayoría de los holandeses la tenían, tanto hombres como mujeres.

Al verla, él se detuvo y sonrió.

—Buenos días, Greet. —La había llamado Greet, con familiaridad. Al igual que la mayoría de las holandesas, a Margaretha van Dyck se la conocía por su nombre de soltera, Margaretha de Groot, y así había esperado que se dirigiera a ella. Claro que la conocía desde que era una niña, pero aun así... Él era por lo general una persona muy formal, pensó, casi ruborizada—. ¿Aún está sola?

Se encontraba delante de su hogar, una típica casa urbana holandesa, una sencilla vivienda rectangular de dos pisos con madera en los costados y una estrecha y picuda punta en la fachada. La

suya lucía una bonita combinación de ladrillos negros y amarillos y unos pocos escalones comunicaban la calle con la puerta, que era amplia y estaba abrigada con un porche de estilo holandés. Aunque las ventanas no eran amplias, el conjunto resultaba impresionante gracias a la escalonada punta por la que los holandeses mostraban predilección; tras ella se alzaba una veleta, asentada sobre el caballete del tejado.

—¿Aún sigue vuestro marido en el norte? —repitió Stuyvesant. Ella asintió —. ¿Cuándo va a volver?

—¿Quién sabe? —contestó,

encogiéndose de hombros.

No podía quejarse de que su marido tuviera que desplazarse tan lejos para realizar negocios. El comercio de pieles, en especial de castor, había alcanzado grandes dimensiones y los indios de la zona cazaban tantos animales que casi los habían llevado a la extinción. Van Dyck debía desplazarse a menudo al interior a fin de aprovisionarse con los iroqueses. Había que reconocer, además, que siempre conseguía adquirir abundantes reservas de mercancía.

No estaba segura, sin embargo, de que tuviera que permanecer ausente

tanto tiempo. En la primera época de casados, sus viajes duraban sólo un par de semanas, pero poco a poco éstos se habían ido prolongando. Cuando estaba en casa era un buen marido, atento con ella y cariñoso con sus hijos. Aun así, experimentaba un sentimiento de abandono. Esa misma mañana su hija menor le había preguntado cuándo volvería su padre.

—En cuanto pueda —le había respondido a la pequeña con una sonrisa—. De eso puedes estar segura.

Pero ¿no estaría evitándola? ¿Acaso había otras mujeres en su vida? La fidelidad era importante para

Margaretha de Groot. No era pues de extrañar que, al recelar que su marido pudiera engañarla, se dijera a sí misma que estaba aquejado de debilidad moral y, mientras soñaba hallar consuelo en otros brazos más justos, diera cabida en su pensamiento a una voz que le susurraba: «Si al menos fuera un hombre como el gobernador Stuyvesant».

—Vivimos tiempos difíciles, Greet.
—En la voz de Stuyvesant era perceptible una tristeza que no dejaba traslucir en su rostro—. Ya sabéis que tengo enemigos.

Se sintió emocionada al darse cuenta de que le estaba haciendo una

confidencia. Le dieron ganas de apoyarle la mano en el brazo, pero no se atrevió.

—Esos malditos ingleses...

La mujer asintió.

Si el imperio comercial de los holandeses se extendía desde el Oriente hasta las Américas, el de los mercaderes ingleses no le iba a la zaga. En ocasiones los dos países protestantes actuaban juntos frente a sus enemigos comunes, los imperios católicos de España y Portugal, pero por lo general eran rivales. Desde hacía quince años, después de que Oliver Cromwell derrocara con su ejército puritano al rey

Carlos de Inglaterra —decapitándolo de paso—, la rivalidad se había incrementado. Los holandeses realizaban un lucrativo tráfico de esclavos entre África y el Caribe. La intención de Cromwell estaba muy clara: Inglaterra debía controlar el tráfico de esclavos.

Eran muchos los holandeses honrados que abrigaban dudas sobre la moralidad de aquel brutal tráfico de seres humanos; los buenos puritanos ingleses no tenían, en cambio, semejantes escrúpulos. Cromwell no había tardado en arrebatara Jamaica a los españoles a fin de utilizarla como base

para el comercio de esclavos, y tras su muerte, acaecida cuatro años después y a la que había seguido la restauración de otro rey Carlos en el trono británico, Inglaterra había proseguido con la misma política. Hasta Nueva Ámsterdam habían llegado noticias de que los ingleses habían atacado los puertos que los holandeses utilizaban para embarcar esclavos en la costa guineana de África. A través del océano se transmitía también el rumor de que no sólo querían quedarse con el tráfico de esclavos, sino también con el puerto de Nueva Ámsterdam.

Ésta no era una gran ciudad. Contaba

con un fuerte, un par de molinos de viento, una iglesia con un afilado campanario, un pequeño canal que en realidad no pasaba de ser una zanja ancha, unas cuantas calles flanqueadas de casas y algunos huertos y parcelas cercados por un muro que iba de este a oeste en la punta meridional de Manhattan. Pese a su modesta condición, tenía ya una historia tras de sí. Diez años antes de que el *Mayflower* se hiciera siquiera a la mar, la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales había percibido el potencial de aquel vasto fondeadero natural y había establecido allí una base comercial.

Ahora, después de medio siglo de irregular desarrollo, se había convertido en un activo puerto con asentamientos periféricos diseminados en un radio de varias decenas de kilómetros que delimitaban a grandes trazos un territorio al que los holandeses denominaban los Nuevos Países Bajos.

Éste poseía ya un carácter propio; a lo largo de dos generaciones, los holandeses y sus vecinos francófonos protestantes, los valones, habían luchado por independizarse del dominio de la católica España, y al final habían logrado su objetivo. Holandeses y valones se habían instalado juntos en la

Nueva Ámsterdam. De hecho fue un valón, Pierre Minuit, quien se había encargado cuarenta años atrás de las negociaciones con los indios del lugar para comprar el derecho a asentarse en Manhattan. Desde su fundación, aquellos comerciantes protestantes infundieron a aquel sitio su espíritu de tenacidad e independencia.

La baza más importante era, con todo, su situación. Aun sin componer una imponente silueta a ojos de un militar, el fuerte dominaba el extremo meridional de la isla de Manhattan en la punta que destacaba entre las aguas de un magnífico y amplio puerto natural. El

fortín dominaba además la entrada del gran río del Norte. Y Peter Stuyvesant era el gobernador de aquellos dominios.

El enemigo inglés se encontraba ya cerca. Las gentes de Nueva Inglaterra instaladas en Massachusetts y en especial en Connecticut, dirigidas por su maquiavélico gobernador Winthrop, trataban constantemente de arrebatarse territorios a los asentamientos periféricos holandeses. Cuando Stuyvesant hizo erigir el sólido muro y la empalizada en el límite norte de la ciudad, a los ingleses se les dio una educada explicación: «Es para impedir que entren los indios». Sin embargo,

nadie le creyó: el muro era para mantener a raya a los ingleses.

El gobernador seguía observando a Margaretha.

—Ojalá los ingleses fueran mis únicos enemigos.

Ay, pobre hombre. Era demasiado bueno para ellos, los indignos habitantes de Nueva Ámsterdam.

La ciudad albergaba en torno a mil quinientas personas: unos seiscientos holandeses y valones, trescientos alemanes y casi la misma cantidad de ingleses, que habían elegido vivir bajo el dominio neerlandés. El resto provenía de todos los países del mundo, e incluso

había algunos judíos. Sin embargo, ella no estaba segura de que hubiera muchas personas justas y honradas entre ellos.

Margaretha no era una mujer religiosa. La Iglesia Reformada Holandesa era rígida, de tendencia calvinista, y ella no siempre estaba de acuerdo con sus dictados. Aun así, admiraba a los pocos hombres fuertes que se atenían a ellos, como Bogard, el viejo predicador dómine, y Stuyvesant. Ellos al menos preservaban el orden.

Cuando Stuyvesant ponía coto a los excesos de las borracheras en la ciudad, prohibía algunas de las festividades populares de tendencia marcadamente

pagana o intentaba mantener al margen de la ciudad a los insensatos cuáqueros o a los miserables anabaptistas, eran muy pocos los comerciantes que le prestaban apoyo. Ni siquiera podía contar con la Compañía de las Indias Occidentales, al servicio de la cual no obstante trabajaba. Cuando llegó un grupo de judíos sefardíes procedentes de Brasil y Stuyvesant les dijo que se marcharan, la compañía ordenó: «Dejadlos entrar. Son buenos para los negocios».

Nadie podía decir que hubiera sido un mal gobernador. Los dirigentes que lo habían precedido habían sido en su

mayoría bufones corruptos. Un idiota había emprendido una innecesaria guerra con los indios que por poco había llevado a la colonia a la destrucción. Stuyvesant, por su parte, había aprendido a gobernar con tino: en el norte mantenía a raya a los ingleses; en el sur, cortó por lo sano la nascente colonia sueca del río Schuylkill cuando comenzó a suponer una molestia. Había fomentado el comercio de azúcar y comenzado a traer más esclavos. Todos los barcos llegados de Holanda transportaban, como lastre, los mejores ladrillos holandeses para poder construir las casas de la ciudad. Las

calles estaban limpias, disponían de un pequeño hospital y en la escuela se impartían clases de latín.

¿Y la gente estaba agradecida por ello? Por supuesto que no. Les molestaba que los gobernara, e incluso pensaban que podían hacerlo ellos mismos, los muy necios. Ella, por su parte, no los veía lo bastante capaces para tal cometido.

El peor de ellos había sido un abogado hipócrita, un tal Van der Donck. Lo llamaban «el Jonker», el terrateniente. Se dedicaba a intrigar a espaldas del gobernador, dirigiendo cartas a la compañía de las Indias

Occidentales y publicando quejas con la intención de destituir a Stuyvesant. ¿Y para qué?

—El Jonker es un amante de la libertad —solía decirle su marido.

—Sois todos unos necios —protestaba ella—. Sólo se ama a sí mismo. Será él quien te gobierne en lugar de Stuyvesant si le dais la menor ocasión.

Por suerte, el Jonker no había logrado destruir a Stuyvesant, pero sí se las había arreglado para hacerse con una gran finca situada al norte de la ciudad. Incluso había escrito un libro sobre los Nuevos Países Bajos que, según

aseguraba su marido, era de calidad. El miserable ya estaba muerto ahora... ¡gracias a Dios! Los habitantes de Nueva Ámsterdam, sin embargo, aún seguían llamando su extensa propiedad «La Finca del Terrateniente», como si el hombre siguiera allí. Su ejemplo había cundido tanto entre los comerciantes que, en su opinión, a Stuyvesant no le convenía confiar en ninguno de ellos.

—¿Puedo contar con vos, Greet? —preguntó el gobernador, posando en ella su acerada mirada.

El corazón le dio un vuelco. No pudo evitarlo.

—Desde luego.

Él estaba casado y era feliz en su matrimonio; al menos eso suponía Margaretha. Vivía con Judith Bayard en su *bouwerie*, como los holandeses llamaban a sus granjas, y todo indicaba que estaba satisfecho. Judith era mayor que Peter. Fue ella quien lo cuidó hasta su restablecimiento después de que perdiera la pierna, y después se casaron. Hasta donde sabía Margaretha, sólo había tenido otra relación con una mujer, y eso fue cuando era joven, mucho antes de conocer a Judith. Aquello fue un pequeño escándalo, pero ella tenía aún mejor concepto de él a causa del incidente. De no haber sido por aquello,

podría haber llegado a ser ministro calvinista, en lugar de enrolarse en la Compañía de las Indias Occidentales para ir a buscar fortuna en lejanos mares.

—¿Y vuestro esposo? ¿Puedo contar con él?

—¿Mi esposo?

Su marido, dondequiera que estuviese, evitándola.

En todo caso, aquello estaba a punto de cambiar. Durante su ausencia, Margaretha había estado pensando en el asunto y había ideado un plan para su futuro que sería más satisfactorio. Era una suerte que la tradición holandesa

proporcionara a las mujeres mucha más libertad, y también poder, que a las de otros países. También había que agradecer a Dios los acuerdos prematrimoniales holandeses. Cuando Dirk van Dyck regresara a casa le expondría sus planes, que ya tenía bien perfilados.

—Oh, sí —repuso—. Hará lo que le pidáis.

—Me dirijo al fuerte —dijo Stuyvesant—. ¿Querriais acompañarme?

Aquél era un hermoso día de primavera en Londres. El río Támesis

estaba abarrotado de barcos. Thomas Master observaba el navío, tratando de tomar una decisión.

En la mano tenía la carta de su hermano Eliot, en la que éste le comunicaba la muerte de su padre. Tom era demasiado sincero para fingir que lo sentía. Tenía veintidós años, y ahora era libre. ¿Por qué se decantaría? ¿Por Inglaterra o por América?

A su izquierda se alzaba la gran mole gris de la Torre de Londres, silenciosa, hermética. A su espalda, el elevado tejado del Viejo Saint Paul le transmitió un sentimiento de reprobación cuando se volvió a mirar. Pero ¿qué

censuraba? A él mismo, sin duda. Al fin y al cabo, lo habían mandado a Londres cubierto de vergüenza.

Treinta años atrás Adam Master, de la costa este de Inglaterra, y Abigail Eliot, de West Country, se conocieron en Londres. Para aquellos dos jóvenes y fervientes puritanos, la capital de Inglaterra resultaba un lugar escandaloso. El rey Carlos I reinaba entonces; tenía una esposa católica francesa y trataba de gobernar Inglaterra como un déspota. Su nuevo hombre de confianza, el arzobispo Laud, estaba decidido a imponer a todos los ingleses las grandilocuentes ceremonias y la

altanera autoridad de una iglesia anglicana que, al final, era igual de papista que la católica. Después de casarse, Adam y Abigail se quedaron unos años en Londres con la esperanza de que mejoraran las cosas. Para los puritanos todo fue a peor, sin embargo, de modo que Adam y Abigail se incorporaron al gran flujo emigratorio con destino a América.

Los ingleses se habían instalado en Virginia desde hacía dos generaciones. Por la época en que el Globe Theatre representaba las obras de Shakespeare en la orilla sur del Támesis, la mitad de la población de Londres fumaba tabaco

de Virginia en sus pipas de arcilla. No obstante, el número de personas que se habían trasladado allí era aún muy bajo. Unos cuantos aguerridos viajeros se habían aventurado a ir a Massachusetts y habían nacido, asimismo, otros asentamientos, pero apenas se podía hablar de una verdadera emigración.

En la segunda mitad del reinado del rey Carlos, la tendencia se invirtió por completo, sin embargo. Los puritanos de Inglaterra comenzaron a irse. Venidos del sur, del este o del oeste, reunidos en grupos o a veces en familias, o en comunidades enteras, se embarcaban para cruzar el Atlántico. Apenas

transcurría semana en que no partiera un navío de un puerto u otro. A partir de 1635, el rey Carlos de Inglaterra perdió en torno a una quinta parte de sus súbditos de esta manera. Personas de fortuna como Winthrop, jóvenes de posibles como Harvard, comerciantes y menestrales, labradores y predicadores con sus esposas, hijos y criados... todos embarcaron hacia América para evitar al rey Carlos y a su arzobispo. Aquel flujo de personas, que se desarrolló en menos de una década, supuso la primera repoblación real de las colonias americanas.

Carlos I nunca manifestó el menor

pesar por aquella pérdida. Para él suponía más bien una ganancia. En lugar de granjearle conflictos en Inglaterra, donde trataba de afianzar su autoritario gobierno, se habían ido a instalar por voluntad propia en las enormes extensiones de ultramar de su reino. Dondequiera que fueran en aquel vasto e inexplorado continente harían que dicho territorio fuera Inglaterra, puesto que aún seguían siendo súbditos suyos, del primero al último. En cuanto a la libertad de culto de que gozaban, quedaba a recaudo de la vista, y probablemente se podría corregir más adelante.

Adam y Abigail Master fueron a Boston. Les había gustado la línea de devoción dura y en ocasiones cruel de la congregación allí asentada. Al fin y al cabo, ellos no buscaban tolerancia; sólo pretendían fundar el reino de Dios. Su hijo mayor Eliot había seguido de cerca los pasos de sus padres. Concienzudo, prudente, decidido, era un hijo modélico según los cánones de la comunidad de Boston. Tom era harina de otro costal.

Tom Master era rubio, de ojos azules. Pese a la leve prominencia de su dentadura, las mujeres lo encontraban atractivo. De niño era delgado, movido, imaginativo. En la adolescencia, sólo

con su porte dejaba traslucir agudeza y sentido del humor. Rebosaba vigor. Su conducta y los amigos de que se rodeaba dejaban, sin embargo, mucho que desear.

Lo cierto era que ya por aquel entonces no eran pocos —marinos y pescadores, comerciantes y granjeros, por no mencionar los representantes de oficios más viles— quienes demostraban más interés por el dinero que se podía ganar en Massachusetts que por la salvación de sus almas. La congregación imponía su voluntad hasta donde podía, pero había muchos renegados.

Y el joven Tom, muy a pesar de sus

padres y de su hermano Eliot, parecía destinado a seguir la ruta del infierno. No rendía en los estudios; aunque tenía capacidad, no se aplicaba. Se emborrachaba y frecuentaba malas compañías. En una ocasión, faltó incluso al oficio del domingo. Su padre, que no había escatimado correctivos con él, al final tuvo que reconocer que no era una cuestión de disciplina ni de preceptos. En el interior de Tom había algo muy hondo que su padre no sabía cómo modificar.

Adam Master se había labrado un sólido porvenir practicando la abogacía. Había comprado una granja y era

propietario de un barco. Eliot había estudiado derecho, pero quería ser predicador. Tom había trabajado de aprendiz con un comerciante y mostraba aptitudes para los negocios. Eso era algo, al menos.

Dos sucesos habían roto, no obstante, el corazón de su padre. El primero tuvo lugar cuando Abigail se hallaba en el lecho de muerte. Mandó llamar a su segundo hijo y, en presencia de su padre, le rogó que le jurase que nunca volvería a tomar una gota de licor en su vida. De este modo esperaba que, realizando aquel primer paso, lograría volver sobre el buen camino. ¿Y cuál fue

la respuesta de él?

—Por Dios, mamá. Sabes que no te puedo prometer eso.

Eso fue lo que le dijo a su madre moribunda. Adam nunca pudo perdonárselo. No se peleaba con Tom, pues sabía que Abigail lo habría querido así; era educado y hacía cuanto se esperaba de un padre, pero sabía que Tom no era bueno.

Por ello cuando, a los diecinueve años, Tom tuvo su primera relación amorosa con la esposa de un virtuoso marino mientras éste se encontraba de viaje —el propio capitán del barco del que era dueño Adam—, su padre se

esforzó por mantener en secreto el asunto para no perjudicar a Eliot, pero ordenó al joven Tom que abandonara Massachusetts de inmediato. Lo mandó, provisto de una seca carta de presentación, a ver a un comerciante que conocía en Londres, con instrucciones de que no regresara jamás.

Tom había partido exiliado al Viejo Mundo. No era digno del Nuevo.

A Tom le gustó Londres. El ambiente de la ciudad se adaptaba a su carácter. Pese a que Cromwell y los puritanos habían gobernado Inglaterra durante una década, el gran experimento de dirigir un país sin un rey había degenerado al

final en una confusión que conllevó la imposición de una ley marcial. A la llegada de Tom, los ingleses habían restaurado en el trono al hijo del difunto rey, Carlos II, que era un monarca alegre. Su hermano menor James, duque de York, era rígido y altanero, pero el rey era flexible y prudente; no tenía deseos de ser derrocado como su padre. Después de años de exilio, quería divertirse y veía con buenos ojos que sus súbditos disfrutaran también. Era mujeriego y le encantaban las carreras de caballos y asistir a las representaciones de teatro. Demostraba, asimismo, un genuino interés por la

ciencia.

El Londres que encontró Tom se hallaba en un momento de transición entre dos mundos: el medieval y el moderno. Gracias a la expansión de los dominios británicos de ultramar, los mercaderes londinenses tenían muchas oportunidades de hacer fortuna. Los ricos aristócratas y terratenientes daban el tono en las tendencias de moda. Había toda clase de diversiones y espectáculos, y Tom lo pasó muy bien durante un año.

Al cabo de un tiempo, no obstante, comenzó a añorar América. No echaba de menos Boston ni su puritana familia,

sino otro tipo de cosas que le costaba definir, cierta sensación de espacio, de contacto con nuevas fronteras, de la posibilidad de rehacer el mundo. En ello había un anhelo de libertad, la libertad de la naturaleza virgen, tal vez, aunque no alcanzaba a expresarlo en palabras.

Ahora, con la muerte de su padre, no había seguramente nada que le impidiera volver.

Había también otra cuestión que tener en cuenta. En Londres corría el rumor de que el rey Carlos II y su hermano James dedicaban un creciente interés a las colonias americanas. De ser cierto, aquello podría ser un acicate

para un joven ambicioso como él para volver a asentarse en América.

¿Qué debía hacer, pues? ¿Quedarse y disfrutar de las diversiones de Londres o aventurarse a cruzar el océano? Sería fácil explicar al comerciante para el que trabajaba que, debido a la muerte de su padre, Eliot reclamaba su presencia en casa. En todo caso, con sus escasas pertenencias, no le llevaría mucho tiempo preparar el equipaje. El barco que tenía delante zarpaba al día siguiente hacia Boston y el capitán le reservaba una litera. ¿Debía aprovecharla?

Puso fin a las reflexiones y, con una

carcajada, sacó una moneda del bolsillo y la lanzó al aire. Cara: Boston. Cruz: Londres.

Más arriba en el norte, el trueno dejaba oír su voz, pero al frente, donde el gran río se unía a las aguas del vasto puerto, había un lago de oro líquido.

La noche anterior, Van Dyck había intentado hacer comprender a Pluma Pálida el significado de aquel lugar usando un mapa que él mismo había dibujado.

—Esta línea que corre recta de arriba abajo —explicó, señalando con

la caña de la pipa— es el Río del Norte. Si se viaja muchos días por su curso se encuentran grandes lagos y otros ríos que llegan hasta las regiones de hielo. A la izquierda del río —movió la pipa sobre el papel— se extiende todo el continente de América. A la derecha —apuntó una inmensa cuña de tierra de forma triangular, cuya ancha base bañaba el Atlántico— están los territorios de Connecticut, Massachusetts y muchos otros lugares. Y aquí al lado está el gran océano que atravesó mi pueblo. —Trasladó la pipa al extremo meridional de la cuña para destacar otro sitio donde una larga isla,

de unos treinta kilómetros de ancho y unos ciento cincuenta de largo, bordeaba en paralelo la cuña en medio del Atlántico, separada de ella por un largo y resguardado brazo de mar—. Tu pueblo vivió durante muchas generaciones en toda esta zona —añadió, señalando la parte inferior de la cuña y el cercano extremo de la isla—. Y esto es Manhattan —especificó, dando un golpecito a la punta del sur de la cuña.

Manna hata era un nombre indio que, por lo que él sabía, significaba simplemente «la isla». En realidad era una estrecha península, pero en su límite

norte un estrecho desfiladero permitía el paso de un canal de agua que desde el Río del Norte se vertía en el brazo de mar contiguo a la isla larga (Long Island), lo cual convertía Manhattan, técnicamente, en una isla. De no haber sido por aquélla, que la protegía como un rompeolas por el lado del océano, Manhattan habría estado expuesta a los embates del Atlántico. No obstante, gracias a aquella feliz circunstancia, al desembocar en la punta de Manhattan, el Río del Norte entraba en una espléndida y acogedora ensenada de unos seis kilómetros de ancho y diez de largo, un espacioso fondeadero al que los

marineros llamaban Upper Bay (la Bahía de Arriba). Aquellas idóneas condiciones se completaban con los dos bancos de arena que impedían por el sur el contacto directo con el oleaje del Atlántico formando la Lower Bay o Bahía de Abajo, tan vasta que en su interior podrían haber atracado todos los barcos del mundo.

—Ésta es la puerta de entrada hacia el norte —había explicado.

Pluma pálida no comprendió, sin embargo. Y aunque siguió hablándole del comercio y el transporte, él advirtió que no alcanzaba a captar el significado del mapa del hombre blanco.

Desde los tiempos de Cristóbal Colón hubo blancos que acudieron a aquellos territorios. Al principio iban en busca de oro, o trataban de encontrar la ruta hacia Oriente. De un tal Verrazano, que llegó en 1524, quedó constancia de su nombre, pero otros muchos cayeron en el olvido. Y no siempre fueron blancos: el capitán portugués Gomez era negro. Éste se detuvo allí para apoderarse de unos sesenta indios de la zona con intención de venderlos como esclavos, tras lo cual se alejó de nuevo por el horizonte. Fue la llegada de otro blanco lo que entrañó un cambio radical para el pueblo del gran Río del Norte y

su bahía.

Henry Hudson era un inglés que contrató la potencia rival, Holanda, para descubrir una ruta marítima hacia China por el este. Después de inspeccionar el legendario paso del noreste por el lado de Rusia y llegar a la conclusión de que era inviable, buscó una posible vía por el noroeste. Fue Hudson quien se aventuró a entrar en la bahía situada debajo de Manhattan y quien remontó el gran río durante días hasta dictaminar que por allí no se llegaba a China.

—Aunque no conduzca a China —informó a los holandeses a su regreso—, el territorio es magnífico, y hay

muchísimos castores.

Las gentes del norte de Europa sentían una codicia insaciable en lo que a los castores se refería.

—El castor es una criatura muy útil —aleccionaba Van Dyck a sus hijos—. Su aceite cura el reumatismo, el dolor de muelas y el malestar digestivo. El polvo de sus testículos, disuelto en agua, puede devolver la cordura a los idiotas. Su piel calienta mucho.

En realidad, lo que realmente despertaba las ansias de los hombres era la suave piel que tenían bajo la pelambre por un motivo concreto: porque podía transformarse en fieltro.

Los sombreros se confeccionaban con fieltro y todo el mundo quería poseer uno, pese a que sólo los ricos podían permitírselo. Los sombrereros que los hacían se volvían locos a veces, envenenados por el mercurio que se usaba para separar el fieltro de la piel. Van Dyck reconocía para sus adentros que también era una locura que tan sólo por la moda de llevar cierta clase de sombrero se llegara a fundar una colonia, un imperio tal vez, para lo cual los hombres arriesgaban la vida y mataban a otros. Así eran las cosas, sin embargo. Si la costa nororiental del Atlántico la habían colonizado a fin de

comerciar con el pescado, la gran bahía de Nueva Ámsterdam y su gran Río del Norte atraía a los colonos por el proceso de fabricación del sombrero de fieltro.

Como muestra de gratitud al intrépido explorador, al referirse al gran río del norte, Van Dyck y los comerciantes de pieles como él a menudo lo llamaban el río Hudson.

—Aquí la tienes. La Nueva Ámsterdam.

El holandés sonrió al ver que su hija se estremecía de alborozo. Ante ellos, la

punta meridional de Manhattan surgía entre la inmensidad de la bahía. Las gaviotas revoloteaban sobre las suaves olas del agua. El aire tenía un vigorizante olor salobre.

Pluma Pálida observó las grandes aspas del molino de viento y la compacta masa del fuerte que presidía los muelles. Mientras bordeaban el extremo de Manhattan, donde las casas de los comerciantes se concentraban formando un simulacro de calles, Van Dyck fue señalándole algunos lugares destacados.

—¿Ves esas casas que hay cerca del fuerte? Tu pueblo tenía un campamento

allí antes de que llegaran los blancos. Dejaron unos montones tan grandes de conchas de ostra que le pusimos el nombre de De Peral Straet, la calle de las perlas. Esa casa de color claro es de Stuyvesant. La llaman la Mansión Blanca.

Después de doblar la punta meridional, se desviaron por el largo y ancho canal que ascendía por el lado oriental de Manhattan. Pese a que no se trataba de un río, a aquel curso de agua lo denominaban el East River. Van Dyck señaló el terreno que se extendía en la otra orilla.

—Brooklyn. —Los holandeses le

habían puesto el mismo nombre que una localidad próxima a Ámsterdam.

—La tierra de mi pueblo —dijo la niña.

—Sí, allí era.

El muelle lo habían construido en el lado oriental de la punta. La canoa se dirigió hacia él. No lejos, había varios barcos fondeados en el East River. Un buen número de miradas se posaron en ellos cuando atracaron.

Enseguida llegaron a un acuerdo para trasladar las pieles a los espaciosos almacenes de la Compañía de las Indias Occidentales por medio de unas grandes plataformas de tracción

manual. Van Dyck caminaba junto a éstas en compañía de Pluma Pálida, saludando con sobrias inclinaciones de cabeza a los conocidos con los que se cruzaba. En las proximidades del puerto había gentes de toda especie: marineros de camisas desabrochadas, comerciantes de pantalones abombachados y hasta algún dómine tocado con su alto sombrero cónico de ala ancha. Mientras se alejaban de los muelles, se encontraron con dos comerciantes, Springsteen y Steenburgen, acaudalados personajes que merecían que efectuara un alto para intercambiar saludos.

—Vuestra esposa estaba

conversando con Stuyvesant al lado del fuerte, *meinheer* Van Dyck —le informó Springsteen.

—Podréis verla en cuestión de un minuto —añadió Steenburgen.

Van Dyck lanzó una maldición para sus adentros. El día anterior había concebido un sencillo plan que ahora se desbarataba: sus empleados descargarían la barca y la canoa india y los indios esperarían la marea alta para regresar; con eso tendría tiempo suficiente para mostrarle la ciudad a Pluma Pálida y darle unas cuantas galletas holandesas a modo de agradable culminación del escaso tiempo que

habían pasado juntos. Entonces los indios se la llevarían de nuevo río arriba y él se iría con su esposa y sus hijos.

En principio, aun cuando Margaretha se enterase de que estaba en el muelle, deduciría que tenía que ocuparse de sus negocios y el almacenamiento de la mercancía y lo esperaría en la casa. No había previsto que se encontrara al lado del mar, en el fuerte.

Bueno, de todos modos mantendría la promesa que le había hecho a su hija, pero tendría que proceder con cautela.

—Vamos, Pluma Pálida —dijo.

No era fácil mantener la guardia alta

por si aparecía su esposa y enseñarle a la vez las cosas a Pluma Pálida. Ésta se mostraba, con todo, satisfecha, y él se dio cuenta de que estaba orgulloso de la ciudad. No se podía negar que Stuyvesant había introducido mejoras. Se había adoquinado la amplia y fangosa avenida contigua al agua, e incluso en la zona de mayor actividad, próxima al mercado, las picudas casas disponían de espaciosos y cuidados jardines. Siguiendo hacia el este, atravesaron el pequeño canal y llegaron al ayuntamiento, el Stadt Huys. Era un edificio provisto de una puerta central, tres hileras de ventanas y otras dos más

en la empinada mansarda, rematada con una plataforma rodeada de una barandilla. Se elevaba entre medio de un grupo de otros edificios como una de tantas sedes comerciales, contemplando imperturbable el East River. Delante del Stadt Huys había un par de picotas para castigar a los malhechores. Tuvo que explicar a Pluma Pálida cómo exponían en ellas a las personas a la humillación pública.

—Más allá —continuó, señalando otro punto cercano a la orilla—, tenemos también un patíbulo donde estrangulan hasta morir a los que han cometido delitos más graves.

—Mi pueblo no tiene esa costumbre
—comentó la niña.

—Lo sé —repuso él con ternura—,
pero nosotros sí.

Se habían detenido delante de una taberna donde bebían unos cuantos marineros cuando desde detrás de una esquina, vestida con un holgado vestido y con una pipa en la mano, salió caminando tranquilamente Margaretha van Dyck.

Margaretha observó a su marido y a la niña. Hacía tan sólo unos minutos que la esposa de *meinheer* Steenburgen le

había informado de que Van Dyck estaba en la ciudad. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero cuando la mujer le dio la noticia, Margaretha creyó advertir en sus ojos un curioso brillo, la clase de mirada que se dedica a la esposa cuyo marido ha sido visto con otra, y aquello la había puesto en guardia.

¿Le haría algo así Dirk, en público? Pese al frío que de repente la invadió, logró dominarse y sonreír a la comadre como si hubiera estado esperando la llegada de su marido para ese mismo día.

Y allí estaba con una niña india. No

con una amante, en cualquier caso, sino con una niña que se veía... de piel un poco demasiado clara para ser de pura raza india, tal vez.

—Ya has vuelto —dijo, antes de dispensarle un somero abrazo. Luego retrocedió.

—Sí. Estamos descargando en el almacén.

¿Estaba nervioso? Quizá.

—¿Ha sido fructífero el viaje?

—Mucho. He traído todas las pieles que necesitaba y también una canoa india, para que vuelvan en ella.

—Estupendo. —Miró a Pluma Pálida—. ¿Quién es esta niña?

Dirk van Dyck lanzó una ojeada a Pluma Pálida y se preguntó si comprendería lo que decía. De repente se dio cuenta de que no tenía modo de saberlo. Algunos indios hablaban holandés, pero él siempre había hablado con su hija en su lengua materna. Para sus adentros, se puso a rezar.

—Ha venido con los indios en la canoa —respondió con frialdad—. Es del clan de la Tortuga.

Entre los indios de la zona, la pertenencia al clan, o la fratría, se transmitía por línea materna, de tal modo que uno pertenecía al clan de la madre y no al del padre.

—Yo soy amigo del clan de la Tortuga —añadió Van Dyck.

Margaretha observó a Pluma Pálida con aire pensativo.

—¿Conoces a la madre?

—No. Está muerta.

—Esta niña parece mestiza.

«¿Lo habrá adivinado?», pensó con un arretrato de miedo que procuró sofocar.

—A mí también me lo parece.

—¿Y el padre?

—¿Quién sabe? —contestó, encogiéndose de hombros.

Su esposa dio una chupada a la pipa.

—Estas indias son todas iguales.

Era curioso, meditó Van Dyck. Pese a su religión calvinista, las mujeres holandesas solían tener amantes antes de casarse, y aquella práctica era tolerada. Sin embargo, debido a que algunas indias —cuyo pueblo se había visto desposeído de todo por los blancos— se habían visto obligadas a vender su cuerpo en las bases comerciales a cambio de unas reducidas sumas de dinero cuyo valor no comprendían, su esposa creía que todas las indias eran prostitutas.

—Eso tampoco es cierto —se apresuró a disentir Van Dyck.

—Es una preciosidad. —Margaretha

expulsó el humo por la comisura de la boca—. Lástima que luego se vuelvan feas de mayores.

¿Tenía razón? ¿Se volvería fea su hija antes incluso de que él hubiera muerto? Advirtió que Pluma Pálida tendía la mirada al frente, como paralizada. ¡Dios santo! ¿Habría comprendido lo que decían? ¿O lo habría acaso adivinado por el tono de las voces?

Dirk van Dyck amaba a su esposa. Quizá no la quería tanto como debería, pero reconocía que a su manera era una buena mujer, y también una buena madre para sus hijos. Sospechaba que ningún

matrimonio era perfecto y pese a los defectos que aquejaban el suyo, sabía que en ese sentido era tan culpable él como ella. Le había sido fiel siempre... con una excepción, la de la madre de Pluma Pálida, a la que consideraba como un caso especial.

En cualquier caso, Margaretha no tenía motivos para suponer que Pluma Pálida era su hija. Eso descontando su intuición femenina, desde luego.

—No la traigas a casa —le dijo en voz baja Margaretha.

—Por supuesto que no —respondió de manera mecánica.

Lo había adivinado; estaba casi

seguro de ello. ¿Lo iba a abrumar con acusaciones cuando llegara a casa? ¿Le haría una escena? Era posible. En tal caso no tenía más que negarlo con aplomo, con lo cual ella quedaría como una necia. Margaretha era demasiado orgullosa para exponerse a eso.

De todos modos, esperaba no haberla herido.

—Mándala a otro lado —le indicó con firmeza Margaretha—. Tus hijos te están esperando.

Después dio media vuelta para marcharse.

No podía reprochárselo. En realidad, admiraba su actitud. Estaba

reaccionando con dignidad, preservando la unión de su familia.

Entonces miró a Pluma Pálida. Aunque seguía con la mirada tendida a lo lejos, la consternación de su expresión era inconfundible: lo había captado todo a partir del tono de las voces y las caras. El tiempo mágico que le había prometido se estaba transformando en pena y dolor. Sin quererlo, la había traicionado. Asaltado por una intensa oleada de remordimientos, sintió que no podía abandonarla de ese modo.

Margaretha se alejaba. El dolor que pudiera haberle causado se lo había

infligido ya. Además, ella era un mujer adulta y fuerte, mientras que la niña era un ser inocente, arguyó para sí mientras trataba de idear una estrategia.

—Todavía me quedan cosas por terminar, Greet, después de que se vayan los indios —le dijo, elevando la voz—. Tengo que ir a la *bouwerie* de Smit; ya sabes que una cuarta parte de las pieles son para él. —Era verdad que debía ir a ver al granjero, aunque en principio no tenía intención de hacerlo ese día—. Diles a los niños que iré a casa mañana.

—¿Y cuándo tienes pensado volver a marcharte? —planteó ella, volviéndose.

—¿Marcharme? —Esbozó una sonrisa—. Dentro de unos meses.

Margaretha asintió. ¿La habría tranquilizado la respuesta?

—Hasta mañana entonces —dijo.

Permanecieron callados un rato. Tenía ganas de abrazar a Pluma Pálida, de consolarla, pero no se atrevió. Caminaron pues en silencio por la calle, hasta que por fin ella habló.

—¿Es tu esposa?

—Sí.

—¿Es una buena mujer?

—Sí, una buena mujer.

Siguieron andando unos pasos.

—¿Me vas a enviar de vuelta ahora?

—No. Ven conmigo, hija mía —le dijo, sonriéndole.

Tardó menos de una hora en tenerlo todo listo. Mandó a uno de sus empleados a buscar su caballo. También compró comida y dos mantas. Luego, después de administrar instrucciones a los indios, se puso en marcha en compañía de Pluma Pálida.

La vía principal de salida de Nueva Ámsterdam era una ancha carretera que tenía su inicio en el mercado, delante del fuerte, y atravesaba la mitad occidental de la ciudad hasta llegar a la

empalizada.

Van Dyck cabalgaba despacio. Pluma Pálida caminaba satisfecha a su lado. Las casas holandesas pronto dieron paso a primorosos terrenos de cultivo y huertas. Luego salieron de la ciudad por una puerta de la empalizada dotada de un baluarte de piedra. El amplio camino se prolongaba en línea recta durante un centenar de metros, dejando atrás un cementerio y un molino, y después giraba a la derecha. En la orilla del East River pasaron junto a una pequeña plantación de tabaco y un pantano. Poco después encontraron, a la izquierda, un gran estanque. A partir de

allí, la carretera seguía en dirección norte hasta el extremo de la isla.

La isla de Manhattan era un lugar extraño: sólo tenía un par de kilómetros de ancho más o menos, pero una longitud de cuarenta y cinco. En su estado original, compuesta de pantanos, prados y bosques salpicados de cerros y riscos, había sido un magnífico territorio de caza para los indios. De hecho, aquella misma ruta por la que transitaban había sido ya un antiguo sendero indio.

Los indios que habían ocupado la isla se llamaban manates. Eran tan sólo uno de los numerosos grupos de pueblos de lengua algonquina que tenían

asentamientos en la zona. Al otro lado del East River, en Brooklyn, estaban los indios canarsi; en el otro margen de la bahía, en la amplia franja de tierra a la que los holandeses denominaban Staten Island, vivían los raritan. Un poco más al norte, junto al gran río, se encontraban los hackensack y los tappan. Había una veintena de grupos distintos. Desde el comienzo, los blancos habían advertido que todas aquellas gentes eran bien parecidas: los hombres eran altos y airoso y las mujeres tenían unas facciones delicadas. Al bajar la mirada hacia la niña que caminaba a su lado, Van Dyck experimentó un sentimiento de

orgullo.

Eran, no obstante, pocos los blancos que se dignaban observar a los indios. Tal vez ni él mismo lo habría hecho, de no haber sido por la madre de la niña.

Hasta el asentamiento de Manhattan había nacido rodeado de confusión. Cuando los indios locales aceptaron un paquete de mercancías de manos de Pierre Minuit, lo hicieron pensando que los blancos les ofrecían el regalo que habitualmente se recibía por el derecho de compartir los terrenos de caza durante una temporada o dos. Según la práctica de los europeos, aquello era comparable a un alquiler. Dado que los

indios no poseían individualmente la tierra, ni siquiera eran capaces de concebir la idea de que Minuit pretendiera comprarles el territorio a perpetuidad. De todas maneras, tampoco a los buenos burgueses de Nueva Ámsterdam les habría importado mucho aquello si lo hubieran entendido, pensó con ironía Van Dyck. La noción de derechos sobre tierras que tenían los holandeses era práctica y simple: quien se instalaba en ella, pasaba a ser su propietario.

No era de extrañar, pues, que se hubieran producido fricciones a lo largo de los años. Agraviados, los indios

habían atacado. Los asentamientos periféricos de la parte superior habían sido abandonados. Incluso allí en Manhattan, la aldea de Bloomingdale, situada unos kilómetros más al norte en el lado occidental, y la de Harlem, en el norte, habían sufrido graves daños.

Al final, sin embargo, siempre era el blanco el que acababa quedándose con más territorio. A los patronos holandeses se les concedían vastas extensiones de tierra en la zona contigua al río. Un danés llamado Bronck había pagado a los indios para que desalojaran la enorme finca que poseía justo al norte de Manhattan. En los

terrenos de Bronck y en las partes más desiertas de Manhattan todavía subsistían algunos reducidos grupos de indios. Eran los últimos.

Después de recorrer unos siete kilómetros, al llegar a una zona boscosa del centro de la isla Van Dyck decidió parar a comer. Por un estrecho sendero que seguía en dirección oeste, entre valles y riscos, llegaron a un claro donde las fresas silvestres daban una nota de color a la hierba. Van Dyck desmontó allí y ató el caballo a un árbol. Después extendió una manta en el suelo e invitó a Pluma Pálida a sentarse.

—Ahora veamos qué ha traído tu

padre —dijo, sonriendo.

Había sido bastante sencillo comprar gachas de maíz, pasas, nueces americanas y unos pedazos de carne ahumada... la combinación que los indios llamaban *pimekan*. También había adquirido ensalada de repollo holandesa y pan de centeno. Además, había traído algunas golosinas holandesas, como chocolate y galletas, capaces de hacer las delicias de cualquier niño. Sentados uno junto al otro, padre e hija compartieron con alegría la comida. La pequeña acababa de comer la primera galleta cuando se volvió hacia él para hacerle una

pregunta.

—¿Crees que debería hacerme un tatuaje?

Van Dyck calló un momento, observándola con embeleso. Llevaba los piececillos calzados con mocasines y la larga cabellera negra atada con una correa. Al igual que la mayoría de niñas indias de su edad, durante los meses de calor sólo se cubría la parte inferior del cuerpo con una falda de piel de ciervo que le llegaba a las rodillas. En el torso desnudo descansaba sólo el pequeño colgante; aún no habían comenzado a despuntarle los pechos. Su piel, que protegía del sol y de los mosquitos una

finca capa de aceite de mapache, era perfecta. Cuando fuera mayor, seguramente se aplicaría un poco de pintura roja en las mejillas y maquillaje oscuro en torno a los ojos. Hasta entonces, él deseaba que siguiera siendo la misma niña encantadora de siempre. Tampoco era que las mujeres indias se adornaran con grandes tatuajes como los hombres, pero aun así...

—Creo que deberías esperar a que te cases —opinó con tacto—, para elegir entonces un tatuaje que sea del agrado de tu marido.

La chiquilla asintió tras un instante de reflexión.

—Esperaré.

Luego permaneció en silencio, pero él tuvo la impresión de que estaba cavilando algo. Al cabo de un poco se decidió a hablar.

—¿Has matado alguna vez un oso?

Ése era el rito iniciático. Entre su pueblo, para convertirse en un hombre todo el mundo debía haber matado un ciervo según el debido procedimiento. Así se demostraba que se era capaz de alimentar a una familia, pero para demostrar que uno era realmente valiente, debía culminar una proeza más difícil y peligrosa: matar un oso. El hombre que lo lograba estaba

considerado como un auténtico guerrero.

—Sí —respondió. Siete años atrás, estando en territorio iroqués, los indios le habían avisado de que varios hombres habían sido atacados hacía poco en el sendero de montaña por el que iba a viajar. Los osos no solían atacar, pero cuando lo hacían eran terribles. Se marchó pues preparado. Cuando la fiera apareció de repente y se abalanzó a toda velocidad hacia él, tuvo suerte de matarla de inmediato con un solo disparo de mosquete—. Era un oso negro —explicó—, fue en las montañas.

—¿Lo mataste solo?

—Sí.

Aunque no efectuó ningún comentario, él percibió que le complacía saber que su padre era un verdadero guerrero.

Era poco después de mediodía. El sol entraba a raudales entre las hojas, desparramándose sobre la hierba salpicada de fresas. Con un sentimiento de paz, Van Dyck recostó la cabeza. El plan que había elaborado de forma tan repentina consistía en pasar todo el día con ella. A la mañana siguiente, los indios se reunirían con ellos en la punta norte de la isla y se llevarían a Pluma Pálida en la canoa. Entonces él podría volver pasando por la *bouwerie* de Smit

y estar de regreso en casa mucho antes del anochecer. Era un buen plan que les proporcionaba tiempo de sobra. Cerró los ojos.

Debía de llevar unos minutos dormitando cuando, al incorporarse, advirtió que Pluma Pálida había desaparecido.

Miró en derredor. No había rastro de ella. Torció el gesto y, por un momento, sintió que le atenazaba el miedo. ¿Y si le había ocurrido algo? Estaba a punto de llamarla cuando percibió un leve movimiento. A unos cien metros de distancia, entre los árboles, un ciervo había levantado la cabeza.

Instintivamente, se mantuvo quieto, sin hacer ruido. El animal miró hacia él, pero no lo vio. Luego agachó la cabeza.

Entonces vio a Pluma Pálida. Estaba a la derecha, junto a un árbol, a contra viento en relación al ciervo. Se llevó los dedos a los labios para reclamarle silencio y después salió de su escondite.

Van Dyck había presenciado muchas veces cómo se acechaba al ciervo, y también lo había practicado él mismo, pero nunca había visto nada igual a aquello. Deslizándose cautelosamente entre los árboles, ella parecía más ligera que una sombra. Aguzó el oído para captar hasta el más tenue roce de los

mocasines en el musgo. Nada. A medida que se acercaba, se iba encogiéndose igual que un gato en pos de una presa, cada vez más abajo, caminando como en suspenso, ligera como un cabello. Se encontraba ya detrás del ciervo, a tan sólo quince metros... luego diez... cinco. El animal aún no se había percatado de su presencia. Van Dyck no se lo podía creer. La pequeña estaba detrás de un árbol, a tres pasos del ciervo, que pastaba como si nada. Ella esperó. Luego el animal levantó la cabeza y al cabo de un minuto la volvió a agachar. Entonces Pluma Pálida dio un brinco y surcó el aire como un

relámpago. Sobresaltado, el ciervo dio un salto y se alejó corriendo entre los árboles... antes, sin embargo, la niña lo había tocado, lanzando un grito de júbilo.

Después, se fue riendo al encuentro de su padre, que la recibió con los brazos abiertos. El holandés Dirk van Dyck tomó conciencia de que nunca había experimentado, ni experimentaría, un orgullo más profundo por cualquiera de sus hijos del que sentía en ese momento por aquella elegante hijita india.

—¡Lo he tocado! —gritó con alborozo.

—Sí —confirmó, abrazándola.

Era increíble que él fuera el padre de una criatura que era perfecta, pensó sacudiendo la cabeza con asombro.

Permanecieron así sentados, juntos, un rato. A ella no parecía molestarle que no hablaran. Él se planteaba si no deberían ponerse en marcha cuando la niña inició una conversación.

—Háblame de mi madre.

—Veamos —dijo a modo de preámbulo—. Era hermosa. Tú eres como ella.

Rememoró su primer encuentro en el campamento del brazo de mar, donde su pueblo solía recoger moluscos en

verano. En lugar de las alargadas construcciones comunitarias, su tribu erigía tipis cerca del agua. Después de secar los crustáceos, los raspaban para desprender las conchas, que enterraban, y guardaban las ostras, mejillones y almejas secos para utilizarlos posteriormente para la preparación de sopas. ¿Por qué le llamó tanto la atención aquella mujer en concreto? ¿Porque no tenía pareja? Tal vez. Había estado casada pero había perdido a su marido y a su hijo. Aunque también podría haber sido por el brillo especial de curiosidad que había en sus ojos, desde luego. La atracción fue mutua.

Entonces tenía, sin embargo, asuntos que atender y entre ellos sólo medió una conversación antes de que volviera a ponerse en camino.

Una semana después, regresó al campamento.

Fue durante el tiempo que pasó con ella cuando de veras llegó a conocer a los indios. Comprendió, asimismo, por qué algunos colonos holandeses, al no tener mujeres de su país, se casaban con indias y después se negaban a dejarlas pese a la presión de las autoridades religiosas. Ella era ágil como un animal salvaje y, sin embargo, cuando estaba cansado o enojado, podía mostrarse más

tierna que una paloma.

—¿La querías mucho?

—Sí, mucho. —Era cierto.

—Y después me tuvisteis a mí.

Según los usos de su pueblo, en la gran familia compuesta por el clan de la madre siempre se hacía un hueco para aquellos niños llegados de forma irregular.

—Si no hubieras tenido una esposa en el puesto de comercio de los blancos, te habrías casado con mi madre ¿verdad?

—Por supuesto. —Era una mentira, pero la formuló con buena intención.

—Siempre volvías a verla.

Hasta aquella terrible primavera de hacía tres años, cuando al llegar al pueblo se enteró de que la madre de Pluma Pálida estaba enferma.

—Ayer estuvo en la choza para sudar —le explicaron—, pero no mejoró. Ahora están con ella los chamanes.

Conocía sus costumbres. Incluso para una fiebre acusada, los indios se retiraban a una pequeña cabaña que calentaban con piedras candentes hasta que adquiría la temperatura de un horno. Después de permanecer sentado allí sudando por todos los poros, el enfermo salía y se sumergía en las frías aguas del

río. Luego se envolvía con una manta y se secaba junto al fuego. Aquel tratamiento a menudo daba resultado. En caso contrario estaban los chamanes, especialistas en curas a base de hierbas.

Cuando se acercaba a la casa donde yacía, de ella salió un anciano.

—Sólo los *meteinu* pueden ayudarla ahora —le anunció con pesar.

Los *meteinu* tenían poderes especiales, superiores a los de los chamanes normales. Ellos se comunicaban con el mundo del espíritu y conocían el secreto de los hechizos. Si sólo podían ayudarla ellos, era que estaba en el umbral de la muerte.

—¿Qué enfermedad padece? —
preguntó Van Dyck.

—Unas fiebres. —El hombre esbozó
una mueca—. La piel...

Pareció que señalaba marcas de
viruela, antes de alejarse.

Marcas de viruela. El holandés se
estremeció de miedo. La peor maldición
que había traído el hombre blanco a
América era la enfermedad. Gripe,
paperas, varicela... enfermedades
frecuentes en el Viejo Mundo frente a las
cuales los indios no tenían resistencia
alguna. A causa de ellas habían perecido
pueblos enteros. La mitad de la
población autóctona de la región

probablemente había desaparecido de ese modo. La malaria había llegado con los barcos de los blancos, y también la sífilis, pero la dolencia de importación más temible fue la viruela. El año anterior, sin ir más lejos, aquel terrible azote había exterminado a una tribu que vivía al sur de los Nuevos Países Bajos, y después se había declarado incluso en Nueva Ámsterdam. ¿Sería viruela?

Entonces hizo algo terrible. Podía aportar una explicación para ello, desde luego. Debía pensar en sí mismo, en su esposa e hijos, en las buenas gentes de Nueva Ámsterdam. El dómine le habría dicho que optase por el bien mayor. Su

actuación estuvo justificada, sí. Obró de manera correcta cuando tras un momento de vacilación, evitando incluso a Pluma Pálida, se apresuró a regresar a su barca para alejarse río abajo.

¿No habría podido esperar, sin embargo, en lugar de huir como un cobarde? En el momento en que su familia se preparaba para estar a su lado, él había abandonado a su mujer india. ¿No podría al menos haber visto a la niña? El dolor y el atroz sentimiento de vergüenza lo seguían atormentando aún. Varias veces al año se despertaba en plena noche, llorando horrorizado por lo que había hecho.

Un mes después, a su regreso, encontró a Pluma Pálida a buen recaudo en el seno de su amplia familia. Entonces supo que su madre murió un día después de que él huyera, no de viruela, sino de paperas.

Intentó compensar su error de cara a su hija. Cada año, cuando su pueblo celebraba la festividad de los difuntos, acudía a su lado. Normalmente nadie hablaba de los muertos, pero en esas fechas del año era correcto hacerlo y rezar por sus almas. Eso era lo que había estado haciendo los días previos, antes de llevar consigo a Pluma Pálida en la canoa.

—Dime lo que recuerdas de mí cuando era más pequeña —le pidió la niña.

—Deberíamos continuar —dijo—. Te lo contaré de camino.

Dejaron pues atrás el claro donde abundaban las fresas para retomar el antiguo sendero indio, y mientras seguían adelante, él hizo lo posible por evocar todas las pequeñas anécdotas que recordaba de su niñez, de los días que había pasado junto a ella y su madre. Aquello pareció complacer a Pluma Pálida. Al cabo de un rato, aunque no estaba cansada, la subió al caballo delante de él.

Llegaron a la punta de Manhattan mucho antes del anochecer y acamparon en un elevado terreno, encima de unas cuevas indias. Envueltos en las dos mantas, contemplaron el despejado cielo tachonado de estrellas.

—¿Sabes dónde está ahora mi madre? —preguntó la pequeña.

—Sí. —Estaba al corriente de las creencias de los indios. Con el brazo señaló la franja de la Vía Láctea—. Su espíritu ha viajado por la senda de las estrellas hasta el decimosegundo cielo. Está con el Creador de todas las cosas.

La niña guardó silencio, tanto que él pensó que quizá se habría dormido, pero

entonces volvió a hablar, con voz soñolienta.

—Yo pienso a menudo en ti.

—Yo también pienso en ti.

—Aunque no me puedas ver, siempre me puedes oír.

—Dime cómo.

—Cuando sopla una brisa suave, escucha la voz del viento que suspira en los pinos. Entonces me oirás.

—Escucharé —le prometió.

A la mañana siguiente descendieron hasta la costa y encontraron a los dos indios con la gran canoa. Allí se despidieron y luego Dirk van Dyck se fue a casa.

Margaretha van Dyck esperó tres semanas. Era una tarde de domingo. Su marido había leído un cuento a los niños, incluido Quash, el niño esclavo, en el salón mientras ella escuchaba sentada en un sillón. Aquéllos eran los momentos en que más le gustaba su marido. Su hijo Jan era un niño fuerte de trece años, con una abundante mata de pelo castaño, que admiraba a su padre y quería seguir sus pasos. Dirk lo llevaba al almacén de la compañía, le explicaba el funcionamiento de los barcos, los puertos donde hacían escala y las rutas comerciales que debían seguir sus

capitanes. A ella Jan le recordaba también a su propio padre. Era de naturaleza menos rebelde que Dirk, más aficionado al hogar y a las cuentas. Seguramente le iría bien en la vida.

Unos años atrás habían perdido dos hijos a causa de unas fiebres. Había sido un golpe tremendo. La llegada de la pequeña Clara había supuesto, no obstante, una compensación. A los cinco años, con su cabello rubio y ojos azules, parecía un ángel. Era una niña dulce, magnífica. Su padre la adoraba.

En lo tocante al niño esclavo, Quash, todo se desarrollaba bien. Tenía más o menos la misma edad que Jan, con quien

le habían permitido jugar cuando era más pequeño. También era muy bueno con Clara, aunque sabía mantenerse en el lugar que le correspondía.

Observando a su marido mientras leía con satisfacción el cuento a la familia, Margaretha pensó que quizá todavía había posibilidades de que su matrimonio fuera feliz, siempre y cuando introdujera ciertos cambios.

Por ello cuando, una vez terminada la lectura, mientras los niños estaban en casa de un vecino, su marido le comentó que pronto tendría que realizar otro viaje río arriba, asintió tranquilamente. A continuación, tendió la trampa.

—Estaba pensando, Dirk, que es hora de que te integres en un sindicato.

—No me lo puedo permitir.

Aun así, ella advirtió que había prestado atención.

Dirk van Dyck era un lince para el negocio de las pieles. Un cuarto de siglo atrás, cuando la Compañía de las Indias Occidentales todavía mantenía el monopolio del comercio del puerto, habría sido una figura más destacada. Desde entonces, no obstante, la economía de Nueva Ámsterdam se había diversificado y prosperado de manera considerable; y era el selecto círculo de las familias principales —los Beekman,

los Van Rensselaers, los Van Cortlandt y unos cuantos más— quienes formaban los sindicatos que financiaban el transporte por barco del tabaco, azúcar, esclavos y otras mercancías. Aquél era un sector donde uno podía hacer fortuna, a condición de pagar el precio inicial.

—Es posible que tengamos más dinero del que piensas —señaló ella. Había empleado el plural, que los englobaba como un equipo a ambos, marido y mujer. Lo había dicho como si ambos compartieran el dinero, pese a que sabían que no era así. A la muerte de su padre, acaecida seis meses atrás, Margaretha había recibido su herencia y,

según los acuerdos prematrimoniales, su marido no tenía ningún control sobre su fortuna. Tampoco ella le había dejado entrever hasta dónde alcanzaba su cuantía—. Yo creo que podríamos invertir un poco en un sindicato —añadió.

—Entraña un riesgo —advirtió él.

Ella lo sabía. Algunos de los principales inversores de la colonia eran viudas y esposas ricas. Las había consultado a todas.

—Desde luego. Pero yo tengo confianza en tu buen juicio.

Observó cómo reflexionaba. Probablemente había adivinado qué

intenciones la guiaban, pero de todas maneras su oferta era de las que no se rechazaban así como así. Al final, él sonrió.

—Mi querida esposa —repuso con afectuoso tono—, me honra la confianza que depositas en mí y haré todo lo que pueda por el bien de nuestra familia.

Había sido la mujer más rica de la colonia, una viuda que acababa de casarse por tercera vez con un hombre más joven que ella, la que le había dispensado un útil consejo.

—No intentes mandar a tu marido. Lo que hay que hacer es preparar las condiciones en las que él toma sus

decisiones.

Margaretha calculaba que Van Dyck no tardaría mucho en tomar el gusto a las transacciones financieras de mayor cuantía y a la vida social que conllevaba. Pronto estaría demasiado ocupado en Nueva Ámsterdam para irse por aquellos mundos de Dios en busca de indias. Y una vez se hubiera acostumbrado a aquella nueva vida, tendría demasiado miedo de que ella lo dejara sin financiación, aun cuando estuviera tentado de descarriarse.

—De todas maneras tendré que ir al norte —señaló.

—¿Ah, sí? —inquirió, frunciendo el

entrecejo.

—No puedo abandonar los negocios que tengo entre manos. Por lo menos, no todavía. Aún necesitamos tener entradas de dinero ¿no?

La mujer vaciló. En realidad, las ganancias que él lograba eran útiles, y a no ser que quisiera especificarle de cuánto capital disponía exactamente, su argumento era sensato. De todas maneras, percibía sus intenciones. Pretendía desprenderse del anzuelo, el muy maldito. ¿Tendría una mujer por aquellos parajes salvajes? ¿O varias? Aquella niña india era hija suya, estaba segura. Aquello podía acarrearle graves

complicaciones. Movido por su pasión por el orden moral, Stuyvesant había llegado a declarar ilegal el hecho de mantener relaciones sexuales con los indios. No obstante, pese a su mortificación, tampoco resolvería nada haciendo comparecer a su marido ante el tribunal del gobernador. No, tenía que mantener la calma. Que se debatiera tanto como quisiera, porque al final ella lo ganaría a base de astucia. Lo mantendría tan ocupado que no tendría tiempo para irse largas temporadas a los territorios del norte.

—Tienes razón —concedió con dulzura, para que creyera que se salía

con la suya.

Las semanas siguientes fueron muy fructíferas para Dirk van Dyck. Pronto se asoció con un grupo de mercaderes que mandaban tabaco a las grandes fábricas de la vieja Ámsterdam, al otro lado del Atlántico, donde se mezclaba y aromatizaba. Junto con Margaretha, acudió a recepciones en las casas de importantes comerciantes donde apenas había puesto los pies con anterioridad. Se compró un sombrero nuevo e incluso unas cuantas medias de seda fina. En su casa decoraron la chimenea del salón

con bonitos azulejos azules y blancos. Margaretha incluso tomó a su cargo al chico esclavo Quash, que antes se ocupaba de diversas tareas domésticas, lo vistió con uniforme y le enseñó a servir la mesa. Cuando el anciano dómine les hizo el honor de acudir a su morada, no escatimó elogios alabando la elegancia del pequeño esclavo.

Un día de junio, cuando Van Dyck dio por concluida una partida de bolos en una taberna, un joven comerciante holandés se dirigió a él dándole tratamiento de Jefe. Cuando un holandés lo llamaba a uno «*baas*», significaba que era un hombre importante, digno de

respeto. Aquello le insufló una nueva confianza. Su mujer, además, parecía encantada con él.

Por ello, cuando se declaró la disputa, lo tomó desprevenido.

Fue una tarde de julio. A la mañana siguiente tenía que irse río arriba. Margaretha lo sabía desde hacía tiempo. Por eso no le pareció muy razonable su comentario.

—Creo que no deberías irte mañana.

—¿Por qué no? Los preparativos ya están hechos.

—Porque no deberías dejar a tu familia cuando hay tanto peligro.

—¿Qué peligro?

—Lo sabes muy bien. Los ingleses.

—Ah. —Se encogió de hombros—.

Los ingleses.

Tenía su parte de razón, desde luego. El comerciante Springsteen, cuya opinión tenía por buena, se lo había expuesto con claridad unos días atrás:

—Los ingleses quieren quedarse con nuestras pieles y nuestro tráfico de esclavos, claro. El tabaco que se carga en este puerto les reportaría diez mil libras al año. Pero sobre todo, amigo mío, si se apoderan de Nueva Ámsterdam, tendrán a su disposición el río y así podrán controlar todo el norte.

Las agresiones de los ingleses eran

cada vez más frecuentes. Allá en la isla larga éstos, que controlaban la punta más alejada, siempre habían dejado a los holandeses el territorio próximo a Manhattan. El año anterior, sin embargo, el gobernador Winthrop de Connecticut había exigido impuestos a algunos de los colonos holandeses, y no todos se habían atrevido a negarse.

En los últimos tiempos se habían suscitado temores por un peligro mayor. Aunque el rey Carlos II de Inglaterra era un individuo simpático, su hermano menor James, duque de York, era muy distinto. Eran pocas las personas que sentían simpatía por él. En general se lo

consideraba una persona orgullosa, inflexible y ambiciosa. Por eso la noticia causó consternación: «El rey ha cedido las colonias americanas a su hermano, desde Massachusetts hasta casi Maryland». Aquel territorio abarcaba los Nuevos Países Bajos. Además, el duque de York iba a enviar una flota a América para imponer sus reivindicaciones.

Stuyvesant había reaccionado con extremo frenesí, afianzando defensas y destacando centinelas. Aunque no había enviado ni tropas ni dinero, la Compañía de las Indias Occidentales le había ordenado defender la colonia. El

gallardo gobernador estaba decidido a conservar Nueva Ámsterdam, cuando menos.

Después, de Holanda llegó otro mensaje de muy distinto signo. El gobierno inglés aseguró a los holandeses, de forma clara y categórica, que no tenía ambiciones sobre su colonia, y que la flota se dirigía a Boston. Poco después recibieron tranquilizadoras noticias: la flota había llegado a Boston y permanecía allí. El conflicto había terminado. Stuyvesant se había ido río arriba para resolver ciertas diferencias con los indios mohawk que vivían más allá.

Por eso, cuando Margaretha usó el pretexto de la amenaza inglesa para decirle que no se marchara, Van Dyck vio claramente que aquello era una estratagema. Ella pretendía controlarlo y él no estaba dispuesto a permitírselo.

—¿Y mis negocios? —preguntó.

—Pueden esperar.

—Yo no lo creo así. —Abrió una pausa mientras ella lo observaba—. Tú y los niños no vais a correr ningún peligro —añadió.

—Eso es lo que dices tú.

—Porque es verdad.

—¿Significa eso que te niegas a quedarte aquí?

—Hasta el duque de Moscovy piensa que ahora estamos seguros — señaló.

Los habitantes de Nueva Ámsterdam, a menudo resentidos por los métodos dictatoriales de Stuyvesant, lo llamaban muchas veces así a sus espaldas.

—No hay necesidad de referirse al gobernador con ese estúpido mote — espetó ella con enojo.

—Como quieras —contestó con un encogimiento de hombros—. Será Pata de Palo si lo prefieres.

Lo cierto era que Stuyvesant no despertaba muchas simpatías entre los mercaderes, ni siquiera entre los ricos

amigos de su mujer, ni en el seno de la Compañía de las Indias Occidentales. Van Dyck estaba convencido de que a algunos no les importaba mucho qué nación se fuera a quedar con la colonia, con tal de que no los importunaran en sus actividades comerciales. Encontraba gracioso que los amigos de su esposa coincidieran más con su punto de vista que con el de ella.

—¡Él vale diez veces más que cualquiera de vosotros! —gritó, encolerizada.

—Vaya por Dios —se mofó—. Cualquiera diría que estás enamorada de él.

Se había excedido. Ella estalló.

—¿Es eso lo único que se te ocurre pensar? Quizá valdría más que juzgaras a los otros aplicando tu mismo patrón. En cuanto a esas visitas que dedicas a los indios... —Dejó caer las palabras con amargo desdén, dejando que destilaran un inconfundible sentido—. Más vale que estés de vuelta antes de tres semanas, si quieres seguir utilizando mi dinero.

La última amenaza la expresó a voces, mientras se ponía en pie sacando chispas por los ojos.

—Volveré cuando termine lo que debo hacer —replicó él con

imperturbable frialdad.

Ella ya había abandonado, sin embargo, la habitación con la furia de un vendaval.

Al día siguiente Dirk van Dyck se marchó al amanecer, sin haber vuelto a ver a Margaretha.

En aquella espléndida mañana de verano, la barca de tingladillo navegaba rumbo norte impulsada por cuatro remeros. En lugar de remontar el gran río Hudson, Van Dyck había iniciado esa vez su viaje por el otro lado de Manhattan, en el East River. En el centro

de la embarcación había un gran montón de aquella gruesa y resistente tela fabricada en Holanda, la lona. Se trataba de un cargamento legal que sofocaría cualquier posible sospecha.

Con su pacífico aire, la barca bordeó una larga lengua de tierra que quedaba en el centro del cauce para luego doblar a la derecha, a unas ocho millas del muelle de Nueva Ámsterdam, y dirigirse a un pequeño espigón donde los aguardaban unos hombres con un carro lleno de barriles. Ése era el verdadero cargamento.

Tardaron un rato en cargar todos los barriles. Luego el responsable, un

corpulento granjero holandés, preguntó si quería probar la mercancía.

—¿Es la misma que otras veces? —preguntó Van Dyck.

—Exactamente la misma.

—Me fío de ti. —Ya habían hecho negocios en múltiples ocasiones.

Se trataba de aguardiente. A los indios les encantaba. En realidad, vender aguardiente a los indios era una actividad ilegal.

—Pero el delito es menos grave —le había informado con picardía a Van Dyck el genial capataz— porque lo he agüado.

Sólo un poco —total los indios no lo

notaban—, pero con ese poco aumentaban los beneficios de Van Dyck. Una vez hubieron cargado todos los barriles, la barca se alejó por el río.

Aquella operación conllevaba sólo un problema: el cargamento debía efectuarse en la parte superior del East River. Si no quería rehacer todo el camino pasando por Nueva Ámsterdam tenía que continuar subiendo por la orilla oriental de Manhattan para salir al gran Río del Norte, el Hudson, y ello entrañaba ciertos peligros.

Las aguas del East River se bifurcaban más arriba. A la izquierda, un estrecho canal permitía rodear la punta

norte de Manhattan. A la derecha, otro canal más ancho conducía al inmenso brazo de mar cuyas plácidas aguas se extendían a lo largo de casi cien millas protegidas del océano por la isla larga. El peligro se hallaba en la bifurcación, sometida a una confluencia de mareas y corrientes que producían una compleja agitación hidráulica cuya localización acababa de complicar la presencia de diversos islotes. Incluso en los días de calma en que en la ensenada apenas se movían las cañas, cualquier marino inexperto que llegara a ese conflictivo punto se encontraría con que los remolinos aspiraban su embarcación

para proyectarla contra una pared de agua que parecía haber surgido de las profundidades a la manera de un colérico dios. «Puerta del Infierno» llamaban a ese lugar, que más valía procurar evitar.

Con lógica cautela, sin alejarse de la costa de Manhattan, entraron en el angosto canal de la izquierda, y aunque se vieron zarandeados, lograron atravesarlo sin percance.

A su izquierda quedaba el pequeño asentamiento de Harlem. Pese a que contaba con tan sólo un kilómetro de ancho, aquella parte septentrional de Manhattan tenía unas impresionantes

elevaciones de terreno. A la derecha se iniciaba la propiedad de Bronck. La angosta vía navegable se prolongaba unas cuantas millas hasta conducir, después de unas antiguas cuevas y bases de campamentos indios, a un tortuoso desfiladero que desembocaba en el gran Río del Norte. También allí había otro peligroso paraje en que había que sortear las corrientes. Una vez se halló en el cauce del gran río, Van Dyck exhaló un suspiro de alivio.

A partir de allí, la ruta era fácil. Cuando la marea del Atlántico entraba por la bahía, invirtiendo con su suave impulso el flujo de las aguas del río, la

corriente retrocedía hacia arriba a lo largo de muchos kilómetros. Entonces la marea obraba a su favor. Los remeros apenas tuvieron que esforzarse para que el cargado barco se desplazara a buen ritmo hacia el norte. A la derecha dejaron atrás la finca de Jonker; a la izquierda, las altas defensas de piedra de la orilla occidental se prolongaban aún hasta que al fin se interrumpieron junto a una roma colina. Entonces, a la derecha, Van Dyck avistó su punto de destino, el poblado indio emplazado en la ladera de la orilla oriental.

—Descansaremos aquí hasta la mañana —indicó a los remeros.

La pequeña estaba tan contenta de verle que lo llevó a recorrer el pueblo para que saludara a todas las familias. Las casas, construidas con dúctiles troncos de árboles jóvenes, atados y cubiertos de corteza, estaban dispuestas en un saliente de tierra, cerca del agua. El edificio de mayores dimensiones, una vivienda larga y estrecha, acogía a cinco familias. Al lado de aquella casa crecían dos nogales y en los arbustos de atrás trepaban las parras silvestres. Abajo, en la orilla, había unas enormes redes de pesca dobladas sobre bastidores. Los cisnes y ánades reales

comían al lado de los juncos.

«Aun siendo pobre —pensó van Dyck—, mi hija no vive peor que yo».

Después de mediodía comieron un delicioso pescado capturado en el río. Aún quedaban bastantes horas de luz cuando Pluma Pálida le pidió que dieran un paseo por la ladera para subir a una peña que proporcionaba una magnífica vista. Él advirtió que llevaba un pequeño objeto envuelto en hojas. Cómodamente sentados, con el sol del atardecer contemplaron las águilas que volaban en lo alto.

—Tengo un regalo para ti —le dijo, poco después, la niña—. Lo he hecho

yo.

Le entregó el paquetito. Al desenvolver las hojas, él sonrió encantado.

—¡*Wampum*! —exclamó—. Es precioso.

Seguro que había pasado un número incalculable de horas elaborándolo. El *wampum* era una obra artesanal realizada con cuentas procedentes de conchas de moluscos. Sólo se aprovechaba la parte central de ésta, que se recortaba y pulía para luego ensartarla en cordeles o tendones. Las cuentas blancas provenían de los bígaros y las púrpuras y las negras de

las almejas, que eran más duras. Las sartas se entretejían para confeccionar cinturones, diademas y toda clase de adornos. Aparte, el *wampum* servía de moneda de cambio. Los indios lo usaban como ofrendas para las bodas, peticiones de mano y pago de tributos. Dado que era un símbolo de riqueza, los caudillos de la tribu siempre procuraban que el *wampum* quedara distribuido de forma equitativa entre las diversas familias.

Aquel artículo no sólo servía de adorno y de moneda de cambio, sino que vehiculaba un sentido. El blanco significaba paz y vida; el negro

significaba guerra y muerte. Al incorporarlos al atuendo era factible componer intrincados dibujos y pequeños pictogramas geométricos que se podían leer. Los enormes y larguísimos cinturones ceremoniales eran indicativos de importantes acontecimientos o tratados. Los chamanes llevaban *wampum* con símbolos de complicada interpretación.

Los holandeses no habían tardado en descubrir que podían comprar pieles con *wampum*. Los puritanos ingleses instalados en Massachusetts habían ido, por su parte, más lejos. Tradicionalmente, los indios

recolectaban en verano las conchas en la arena y reservaban para el invierno el tedioso trabajo de perforarlas con un punzón de piedra. Utilizando taladros de acero que permitían acelerar la producción, los ingleses habían comenzado a fabricar su propio *wampum*, eliminando la competencia de los indios de la región. Lo peor era que, a medida que aumentaban las existencias de éste y que se incrementaba a la vez la demanda de mercancías, se necesitaba más *wampum* para adquirir los mismos artículos. Para los comerciantes holandeses e ingleses aquella inflación era algo normal, pero los indios,

acostumbrados a atribuir un valor intrínseco a la belleza del *wampum*, tenían la impresión de que los blancos los estaban estafando.

Lo que Van Dyck tenía ahora en las manos era un cinturón. Tenía varios centímetros de ancho y más de metro y medio de largo, por lo que tendría que darle varias vueltas en torno a la cintura. Sobre el fondo de conchas blancas destacaban unos pequeños motivos geométricos de color púrpura que la niña señaló con ademán de orgullo.

—¿Sabes lo que dice? —preguntó.

—No —confesó.

—Dice Padre de Pluma Pálida —

explicó, recorriéndolo con los dedos—. ¿Lo vas a llevar? —inquirió con una sonrisa.

—Siempre —prometió.

—Qué bien.

Lo miró con satisfacción mientras se lo ponía. Después permanecieron sentados largo rato, contemplando el rojo sol que poco a poco se ocultaba tras los bosques del otro lado del río.

Antes de marcharse, a la mañana siguiente, le prometió que pasaría a verla en el viaje de regreso.

Dirk van Dyck disfrutó de una

placentera expedición aquel verano. El tiempo era magnífico. En la orilla occidental se extendían las vastas regiones boscosas que todavía controlaban las tribus de lengua algonquina, como la de su hija. Pasando junto a la confluencia de afluentes que conocía bien viajó, tal como le agradaba decir, como huésped del río. Aquel poderoso flujo de la marea llegado del océano dejaba sentir su impulso hasta trescientos kilómetros más arriba por el cauce del río Hudson, llegando hasta Fort Orange. En verano, incluso la salada agua del mar remontaba hasta más de cien kilómetros en el interior.

Gracias a ello, la mayor parte del tiempo no tuvo más que dejarse llevar tranquilamente por la corriente hacia su punto de destino, en territorio mohawk.

Mucha gente temía a los mohawk. Los indios que habitaban las zonas de alrededor de Manhattan hablaban todos algonquino, pero las poderosas tribus que controlaban las grandes extensiones de tierra más al norte, como los mohawk, hablaban iroqués. Y éstos no eran amigos de los algonquinos; hacía cuarenta años que habían comenzado a hostigarlos. Efectuaban incursiones contra sus poblados y les exigían tributos. De todas maneras, pese a la

temible reputación de los mohawk, los holandeses habían adoptado una actitud simple y pragmática.

—Si los mohawk agreden a los algonquinos, tanto mejor. Con suerte, eso significará que éstos están demasiado ocupados luchando contra los mohawk para importunarnos a nosotros.

Los holandeses habían incluso vendido armas a los mohawk. Aquella política no estaba exenta de riesgos, en opinión de Van Dyck. Los enclaves más septentrionales de los Nuevos Países Bajos, como Fort Orange y Schenectady, se encontraban en territorio mohawk,

donde a veces causaban problemas. Había sido uno de aquellos incidentes lo que había reclamado la presencia de Stuyvesant en Fort Orange poco tiempo atrás. Pese al poco aprecio que le tenía a Stuyvesant, Van Dyck no abrigaba dudas de que el curtido y viejo gobernador resolvería la situación con los mohawk. Por más belicosos que fueran, acabarían negociando, porque les convenía.

En lo que a él respectaba, a Van Dyck no le inspiraban miedo los mohawk. Hablaba iroqués y conocía su forma de ser. En cualquier caso, no iba a llegar hasta Fort Orange, sino que se

detendría en un puesto comercial situado junto a un riachuelo que quedaba a una jornada al sur del fuerte. De acuerdo con su propia experiencia, fuera lo que fuese lo que acontecía en el mundo, los comerciantes siempre eran bien recibidos. Se adentraría en las tierras salvajes, vendería aguardiente aguado a los mohawk y regresaría con un buen cargamento de pieles.

—El comercio es lo único en lo que se puede confiar —solía decir—. Aunque se acaben los reinados, el comercio perdura siempre.

Era una lástima que tuviera que comerciar con los mohawk, desde luego,

porque a él le gustaba más el pueblo algonquino de su hija. Pero qué se le iba a hacer. La avidez de pieles de los blancos y la prontitud con que los indios se las habían suministrado había diezmado hasta tal punto los castores de los márgenes inferiores del río Hudson que los algonquinos no tenían bastantes para vender. Hasta los mohawk debían adentrarse en el territorio de los hurones, situado más al norte aún, a fin de satisfacer la incesante demanda de los blancos. Éstos, en cualquier caso, le suministraban la mercancía, y eso era lo que contaba. Por eso eran ahora sus principales proveedores.

El viaje hacia las tierras del interior duró diez días durante los cuales no sufrió ningún contratiempo. A diferencia de los poblados algonquinos, la base comercial de los mohawk era un puesto permanente rodeado de una recia empalizada. Los indios que lo recibieron allí eran bruscos y desabridos, pero aceptaron su aguardiente. «Habría sido mejor que nos hubieras traído armas», le dijeron. Regresó con uno de los cargamentos de pieles más copiosos que había transportado nunca río abajo. Aun así, pese al valor de éste, no tenía prisa en volver a Manhattan e ideaba maneras

para demorarse, un día aquí y otro allí.

Pretendía tener a Margaretha esperando. No mucho, sin embargo. Lo había calculado con detenimiento. Como ella le había puesto una fecha límite, pensaba llegar más tarde. Le diría, por supuesto, que los negocios le habían llevado más tiempo del previsto. Ella sospecharía que mentía, pero ¿qué podría hacer? Tenía que dejarla un poco en vilo, era lo mejor. Aunque amaba a su mujer, debía darle a entender que no podía impartirle órdenes, y una semana suplementaria sería suficiente. Por ello, obedeciendo sus instrucciones, los remeros no se cansaron mucho en el

lento trayecto hacia el sur. Van Dyck, mientras tanto, contaba los días y mantenía la sangre fría.

Había algo que lo tenía preocupado... algo que había omitido hacer. Se trataba de una menudencia tal vez, pero lo tenía obsesionado.

No tenía ningún regalo para su hija.

El cinturón de *wampum* que ella le había regalado tenía un precio material, desde luego, pero su valor era, no obstante, incalculable. Su hijita lo había hecho para él con sus propias manos, había ensartado las cuentas y las había cosido, hora tras hora, para componer aquel simple mensaje de amor.

¿Cómo podía corresponderle él? ¿Qué podía darle a cambio? No poseía ninguna habilidad manual. «No sé esculpir, ni trabajar la madera, ni tejer —cavilaba—. Soy incapaz de ejecutar este tipo de labores tradicionales. Sólo sé comprar y vender. ¿Cómo puedo demostrar mi amor, si no es con costosos regalos?».

Había estado a punto de comprar un abrigo confeccionado por los mohawk, pero pensó que quizá no le agradaría una prenda mohawk. Además, quería darle algo proveniente de su propio pueblo, cuya sangre, al menos, compartía. Por más vueltas que le daba, no lograba

decidir nada, de modo que el problema aún estaba por resolver.

Había entrado ya en territorio algonquino cuando indicó a los remeros que se detuvieran en la orilla occidental, junto a un pueblo donde había comerciado con anterioridad. Le gustaba mantener sus contactos, y aparte, era una buena manera de dilatar el tiempo antes de su regreso.

Recibió una calurosa acogida. La gente del pueblo estaba atareada, porque era la época de la cosecha. Al igual que la mayoría de indios de la zona, habían sembrado maíz en marzo y judías en mayo, para las que servían de puntal las

altas plantas de maíz. Ahora los recolectaban a la vez. Van Dyck permaneció dos días en el pueblo con sus hombres, ayudando en la recolecta. Pese a que era un trabajo duro bajo el tórrido sol, disfrutó con ello. Aunque tenían pocas pieles que vender, los algonquinos se hallaban en condiciones de vender maíz al hombre blanco, por lo cual Van Dyck les prometió que volvería al cabo de un mes.

La cosecha se desarrollaba muy bien. El tercer día a mediodía, cuando se habían sentado para comer y las mujeres traían la comida, divisaron una pequeña barca. Un solo hombre

accionaba los remos. Van Dyck observó la embarcación que se acercaba. Cuando llegó a la orilla, el hombre saltó a tierra y arrastró la barca fuera del agua. Era un individuo joven de pelo rubio y ojos azules, de poco más de veinte años, dentadura algo prominente y mirada penetrante. Tenía una cara agradable, aunque de expresión más bien dura. Pese al calor, llevaba botas de montar y una chaqueta negra manchada de barro. De la barca bajó una bolsa de cuero, que se cargó a la espalda.

Los indios lo miraron con recelo. Cuando uno de ellos le dirigió la palabra, resultó evidente que no hablaba

algonquino, pero con los gestos dio a entender que pedía comida y techo, algo que los algonquinos no solían negar a nadie. Van Dyck indicó con un ademán al desconocido que tomara asiento a su lado.

Al cabo de un momento quedó claro que el joven tampoco hablaba holandés. Se expresaba en inglés, una lengua que Van Dyck conocía bastante bien. Aun así, el joven rubio de la chaqueta oscura se mostraba desconfiado, reacio a decir gran cosa, ni siquiera en inglés.

—¿De dónde eres? —le preguntó Van Dyck.

—De Boston.

—¿A qué te dedicas?

—Al comercio.

—¿Qué te ha traído aquí?

—Estaba en Connecticut. Me robaron. Como me quedé sin caballo, pensé que podía viajar por el río.

Tomando el cuenco de maíz que le ofrecía, se puso a comer, evitando más preguntas.

Van Dyck conocía dos clases de hombres provenientes de Boston. Los primeros eran los piadosos, los rígidos puritanos cuyas congregaciones vivían al amparo de la luz del Señor. Aquella luz era, sin embargo, muy cruda. Pese a que Stuyvesant era intolerante con las

personas diferentes como los cuáqueros y los expulsaba siempre que podía, lo suyo no era nada comparado con lo que les hacían en Massachusetts, donde los azotaban hasta dejarlos medio muertos con cualquier pretexto. En cualquier caso, no le parecía que el desconocido fuera uno de aquellos puritanos. La segunda categoría correspondía a los hombres que habían ido a Nueva Inglaterra por el dinero que se podía ganar con la pesca y el comercio. Eran personas duras y curtidas. Quizás aquel joven era una de ellas.

De todas maneras, su explicación resultaba inverosímil. Tal vez era una

especie de fugitivo que se había ido al oeste para deshacerse de sus perseguidores. Quizá la barca era robada. Van Dyck resolvió mantenerlo vigilado.

A Tom Master no le habían ido muy bien las cosas. En su viaje a Boston con la flota inglesa había soportado tempestades. Al llegar fue a la casa de la familia, que ahora ocupaba su hermano Eliot, pero éste lo recibió con expresión horrorizada seguida por varias horas de silencio que a Tom le resultaron más desagradables incluso

que los temporales en el mar. Aunque no llegó a echarlo de la casa, con su grave y callada actitud su hermano le dejó bien claro que, aun estando muertos sus padres, les seguían debiendo obediencia y que con su tentativa de volver a integrarse en el círculo familiar faltaba a los dictados de la decencia.

Al principio Tom se sintió dolido, y después enojado. Al cabo de tres días, decidió tomarse el asunto como una broma y cuando no lo veía su hermano, se echó a reír.

Encontrar una colocación en Boston no resultó nada divertido, sin embargo. Ya fuera porque tenía una mala

reputación, o porque Eliot hubiera estado precaviendo a todo el mundo en su contra, el caso fue que no halló ninguna reacción positiva entre los comerciantes que conocía. Era evidente que quedándose en Boston no tendría buenas perspectivas.

También se planteó si su padre lo habría tenido en cuenta en su testamento. Cuando después de consultar a su hermano éste le contestó que «Sólo bajo ciertas condiciones, que no cumples», no le cupo duda de que le decía la verdad.

¿Qué debía hacer, pues? ¿Regresar a Londres? Eliot le pagaría seguramente el

pasaje si con ello lo alejaba definitivamente de Boston, pero le fastidiaba verse expulsado de la ciudad por su propio hermano.

Aparte, estaban los otros motivos que lo había inducido a ir allí.

La flota del duque de York seguía en el puerto de Boston. El comandante fingía realizar gestiones para el duque, pero la conversación que Tom había mantenido con un joven oficial le había confirmado lo que desde el principio sospechaba: se dirigirían a Nueva Ámsterdam dentro de muy poco.

—Si el duque consigue arrebatarse los Nuevos Países Bajos a los holandeses

será el dueño de un imperio en este continente —le comentó el oficial—. Transportamos suficientes balas de cañón y pólvora como para reducir a añicos Nueva Ámsterdam.

Las garantías expresadas por el rey de Inglaterra a los holandeses habían sido la puesta en práctica de la táctica favorita de aquel simpático monarca: una mentira descarada.

De ser aquello cierto, las colonias americanas presentarían buenas oportunidades a un joven inglés. Sería insensato por su parte volver a Inglaterra en ese momento. Lo que necesitaba era un plan.

Al día siguiente se le ocurrió la idea. Como muchas de las que concebía Tom era estrambótica, aunque no exenta de humor. En una taberna había conocido a una muchacha, de mala reputación, con la que había conversado un rato. Al día siguiente volvió para hablar con ella. Cuando le expuso lo que quería y precisó la cantidad que le iba a pagar, ella se echó a reír y dio su consentimiento.

Esa tarde habló con su hermano.

En primer lugar le presentó excusas. Le dijo que estaba arrepentido de sus fechorías pasadas. Eliot no dijo nada. A continuación Tom le explicó que quería

sentar cabeza, aunque fuera en condiciones humildes, y tratar de llevar una vida mejor.

—Espero que aquí no —puntualizó su hermano.

Ése era precisamente su propósito, le contestó Tom. Y además, había encontrado una esposa. Al oír aquello, Eliot se lo quedó mirando pasmado de asombro.

Era una mujer que conocía de antes, prosiguió Tom, una mujer que tampoco había tenido una trayectoria perfecta pero que estaba dispuesta a arrepentirse. ¿Qué manera había mejor de demostrar la humildad y la capacidad de perdón

cristianos que salvándola?

—¿Qué mujer es ésa? —preguntó con sequedad Eliot.

Tom le dio el nombre de la joven y la taberna donde trabajaba.

—Esperaba —agregó— que tú podrías ayudarnos.

A mediodía del día siguiente, Eliot había averiguado bastante. La muchacha era ni más ni menos que una vulgar prostituta. Sí, ella misma se lo había dicho, pero aceptaría con gusto casarse con Tom, salvarse, y vivir allí en Boston aunque no fuera rodeada de lujos; cualquier cosa era mejor que la condición de mujer perdida que

soportaba entonces. Aunque se dio enseguida cuenta de que podía tratarse de un engaño, Eliot no le vio ninguna gracia. Tampoco le importó si la historia era cierta o no. Lo que estaba claro era que Tom estaba dispuesto a buscar problemas y a abochornarlo. Eliot dedujo que, como alternativa, Tom estaría dispuesto a marcharse... a cambio de algo. Esa noche volvieron a hablar.

La entrevista, que tuvo lugar en la pequeña habitación cuadrada que Eliot utilizaba como despacho, estuvo presidida por el fúnebre espíritu en el que éste parecía especializado. En el

escritorio que mediaba entre ambos había un tintero, una Biblia, un libro de derecho, un cortaplumas y una cajita de madera de pino que contenía un dólar de plata recién acuñado.

La oferta de Eliot fue la herencia que Adam Master había dejado para su hijo menor sólo si demostraba claramente haberse integrado en la comunidad de las gentes piadosas.

—Con esto estoy desobedeciendo a nuestro padre —reconoció con toda sinceridad Eliot.

—Benditos sean los compasivos —sentenció solemnemente Tom.

—¿Te niegas a volver a Inglaterra?

—Sí.

—En tal caso, esta carta te proporcionará crédito con un comerciante de Hartford, Connecticut. Allí son más tolerantes con las personas como tú —aclaró con sequedad Eliot—. La condición es que no debes volver nunca más a Massachusetts, ni siquiera un día.

—En el Evangelio, cuando regresó el Hijo Pródigo recibió una buena acogida —señaló Tom.

—Él volvió una vez, igual que tú, no dos.

—Necesitaré dinero para el viaje. Con tu carta no recibiré nada hasta

llegar a Hartford.

—¿Será suficiente con esto?

Eliot le entregó varias piezas de *wampum* y una bolsa donde había varios chelines. Con algunas de aquellas monedas pagaría a la muchacha de la taberna y el resto seguramente bastaría para el viaje, dedujo Tom.

—Gracias.

—Temo por tu alma.

—Lo sé.

—Jura que no vas a volver.

—Lo juro.

—Rezaré por ti —añadió su hermano, aunque sin mucho convencimiento de que fuera a servir de

algo.

Tom se fue a caballo a la mañana siguiente. Antes de abandonar la casa, se introdujo en el despacho de su hermano y le robó el dólar de plata de la caja, sólo para fastidiarlo.

Sin apurarse, cabalgó hacia el oeste, haciendo noche en las granjas que encontraba en su camino. Al llegar al río Connecticut, debía desviarse hacia el sur por la ruta que lo habría conducido a Hartford, pero le irritaba recibir órdenes de su hermano. Así, sin ningún objetivo concreto, continuó hacia poniente durante unos días. No tenía prisa. El dinero, que llevaba en una

cartera, le duraría una temporada. Siempre había oído decir que el gran Río del Norte era digno de verse. Tal vez llegaría hasta allí antes de retroceder hacia Hartford.

Alejándose de Connecticut, entró en territorio holandés, pero no vio a nadie. Alerta por si topaba con indios, prosiguió viaje durante un par de días. Al atardecer de la segunda jornada, el terreno comenzó a descender y pronto vio la amplia cinta del gran río. En una explanada próxima al río encontró una granja de holandeses. Era una simple cabaña de una planta con un gran porche, un establo y un pajar a un lado, y

un pequeño anexo en el otro. El prado contiguo se prolongaba hasta la orilla, donde había un embarcadero de madera con una barca amarrada.

En la puerta lo recibió un hombre delgado de expresión desabrida, de unos sesenta años, que no hablaba inglés. Cuando Tom le dio a entender que solicitaba abrigo para pasar la noche, el granjero le indicó de mala gana que podía cenar en la casa, pero que tendría que dormir en el pajar.

Después de dejar el caballo en la cuadra, al entrar en la cabaña se encontró con el granjero, dos individuos que identificó como aprendices y un

negro que supuso que era un esclavo, reunidos para comer. La dueña de la casa, una mujer bajita y rubia, mucho más joven que el granjero, los convocó a la mesa señalando el lugar donde se debía sentar cada cual. Tom había oído que los granjeros holandeses comían con sus esclavos, y ahora el rumor se demostraba cierto.

La mujer era una excelente cocinera. El estofado, que tomaron regado con cerveza, era delicioso. De postre había pastel de fruta. La conversación, en cambio, fue parca, y dado que él no hablaba holandés, no pudo aportar ninguna contribución.

¿Sería aquella mujer la esposa que había tomado el hombre después de enviudar?, se preguntó Tom. ¿O tal vez era su hija? También podía ser una especie de ama de llaves... Aunque era baja, tenía unos senos prominentes y un aire marcadamente sensual. El granjero de pelo cano la llamaba Annetie. Los demás la trataban con respeto, pero entre el granjero y ella parecía existir una especie de tensión. Cuando se dirigía a los hombres, él lo hacía como si ella no estuviera presente. Cuando ella le presentó el plato de estofado, Tom advirtió que el granjero se ladeó para evitarla. Y pese a que Annetie

permaneció sentada en silencio escuchando la conversación, Tom no dejó de notar la irritación contenida que asomaba a su cara. En un par de ocasiones tuvo la impresión de que lo observaba a él. En una de ellas, cuando se cruzaron sus miradas, le dedicó una sonrisa.

Una vez terminada la cena, los braceros y el esclavo se retiraron a dormir en el edificio anexo y Tom se fue al pajar. Anocheecía ya. Encontró unas balas de paja sobre las que extendió el abrigo. Se disponía a acostarse cuando vio a alguien que se acercaba con una lámpara. Era Annetie. En la mano

llevaba una jarra de agua y una servilleta con unas cuantas galletas. Al dárselas, le rozó el brazo. Tom la miró sorprendido. Él había tratado a más de una mujer y no le cupo duda de que aquélla se le estaba insinuando. La observó con la luz de la lámpara. ¿Cuántos años tendría? ¿Treinta y cinco? En realidad era bastante atractiva. La miró a los ojos y sonrió. Después de darle un apretón en el brazo, ella se marchó y él estuvo observando la lámpara mientras cruzaba el patio hasta adentrarse en la casa. Comió las galletas, bebió un poco de agua y se echó. Hacía una noche cálida. La puerta

del pajar estaba abierta. Por el hueco vio la luz que se filtraba por los postigos de la ventana de la vivienda. Al cabo de un rato, se apagó.

No estaba seguro de cuánto tiempo había dormido antes de que le despertara un ruido. Provenía de la casa y era estruendoso. El granjero estaba roncando. Seguramente podían oírlo hasta en la otra orilla del río. Tom se tapó las orejas, intentando volverse a dormir y casi logró su propósito cuando tomó conciencia de que no estaba solo. Alguien había cerrado la puerta del pajar y Annetie estaba acostada a su lado. Sentía el calor de su cuerpo. Los

ronquidos del granjero seguían llegando desde la vivienda.

Se despertó casi al rayar el alba. Por debajo de la puerta llegaba una tenue claridad. Annetie aún dormía a su lado y los ronquidos habían cesado. ¿Estaría despierto el granjero? Dio un codazo a Annetie, que rebulló. En ese instante, la puerta del pajar se abrió con un crujido dando paso a un fría franja de luz.

El viejo granjero se plantó en el umbral. Llevaba un fusil con el que apuntaba a Tom.

Annetie observaba con cara inexpresiva al viejo, pero éste sólo estaba pendiente de Tom. Le indicó que

se levantara. Éste así lo hizo y tras vestirse, recogió el abrigo y la bolsa. El granjero le señaló la puerta. ¿Se propondría dispararle afuera? Una vez en el patio, no obstante, el hombre apuntó hacia el sendero que subía por la cuesta. El mensaje era claro: Márchate.

Tom señaló a su vez en dirección al establo, donde se encontraba su caballo. El granjero amartilló el arma y Tom avanzó un paso. El hombre apuntó. ¿Realmente le iba a disparar el viejo holandés? Se hallaban en medio de la nada, a kilómetros de cualquier población. ¿Quién tomaría represalias si desaparecía allí? Con renuencia, Tom se

encaminó al sendero y se alejó por él entre los árboles del bosque.

Una vez oculto en la espesura, se detuvo, sin embargo, y tras esperar un rato, regresó con sigilo a la granja. Todo estaba en silencio. Fuera lo que fuese lo que había sucedido entre Annetie y el granjero, no había señales de actividad. Rodeando la casa, se dirigió a la puerta del establo.

El disparo le dio un susto de muerte. La bala le pasó por encima de la cabeza para clavarse en la puerta que tenía ante sí. Al volverse vio al viejo que, de pie en el porche, volvía a cargar el rifle.

Buscando una escapatoria, Tom echó

a correr hacia el río. En el embarcadero encontró la barca y en un minuto soltó la amarra. Gracias a Dios, había un remo adentro. Apenas había saltado a la embarcación cuando sonó otro disparo y por las salpicaduras del agua se dio cuenta de que el viejo había errado por muy poco el tiro. Remando a ritmo frenético, se alejó río abajo. No se detuvo ni volvió la vista atrás hasta haber recorrido casi medio kilómetro. Después se dejó llevar por la marea y cuando ésta cambió de sentido, se paró a descansar en la orilla.

Entonces se puso a pensar que todavía ignoraba si Annetie era la

esposa, la hija o pariente del viejo. Sólo de algo estaba seguro: el granjero se había quedado con su caballo, que valía mucho más que la barca que se había llevado.

La idea lo mortificaba.

Van Dyck dejó comer a Tom en silencio. Al cabo de un poco, no obstante, le preguntó si había visto la flota inglesa en Boston. El joven vaciló un instante antes de reconocer que sí.

—¿Y qué hacen allí concretamente?
—inquirió Van Dyck.

De nuevo Tom titubeó.

—Estaban ocupados en Boston cuando me fui —repuso con un encogimiento de hombros. Luego cogió un pastelillo de maíz y lo estuvo masticando un buen momento con la mirada fija en el suelo. Van Dyck tuvo la impresión de que sabía más de lo que decía. Los indios le preguntaron si el desconocido era un buen hombre.

—No lo sé —contestó en algonquino—. Más vale no perderlo de vista.

Los indios dijeron a Van Dyck que debería volver a finales del verano para participar en la caza. Éste había cazado con ellos en otras ocasiones. Las grandes cacerías eran agradables, pero

despiadadas. Tras localizar a los ciervos, una gran partida de personas, cuanto más nutrida mejor, se dispersaba formando un gran arco que luego volvían a estrechar golpeando los árboles, para acorralar a los animales hasta el río. Una vez que los habían conducido hasta el agua, era fácil matarlos. Mientras hubiera ciervos, aquellos algonquinos vivirían bien. Van Dyck les prometió acudir. Luego siguió charlando y riendo con ellos un rato.

Estaba claro que la manifiesta amistad que lo unía a los indios tenía intrigado al joven inglés, porque al poco rato le preguntó si era normal que los

holandeses mantuvieran unas relaciones tan cordiales con los indígenas.

—¿A los ingleses no os interesa conocer las costumbres de los indios?
—le preguntó a su vez el holandés.

El joven negó con la cabeza.

—Lo que hacen los habitantes de Boston es deshacerse de sus indios. No es difícil. Para eso sólo necesitan una cosa.

—¿Qué cosa?

—*Wampum*. —Tom esbozó una irónica sonrisa—. Los bostonianos obligan a los indios a pagar tributos en *wampum* según la cantidad de hombres, mujeres y niños que haya. Normalmente

los indios no pueden elaborarlo tan deprisa como se les exige, por lo cual los obligan a cedernos más tierra. La población india se va reduciendo año tras año.

—¿Y si pagan?

—Entonces los magistrados ingleses les hacen pagar multas por sus delitos.

—¿Qué delitos?

—Depende. —Tom se encogió de hombros—. En Massachusetts cualquier cosa se puede considerar como un delito. Los indios de la zona acabarán por desaparecer un día.

—Comprendo.

Van Dyck observó con repulsión al

joven inglés. Le dieron ganas de abofetearlo, y se le ocurrió plantearse si la conducta de sus propios compatriotas holandeses era más loable. El número de algonquinos de los Nuevos Países Bajos menguaba año tras año. Los territorios de caza de Manhattan se habían esfumado ya. En las fincas de Bronck y de Jonker, a los indios los perseguían y expulsaban de sus tierras, y lo mismo ocurría en la isla larga. Con el tiempo, allá arriba en las márgenes del gran río, donde los holandeses disponían por el momento sólo de algunos asentamientos periféricos, los algonquinos se verían sin duda

obligados a retroceder. A ello había que sumar los estragos causados por las enfermedades europeas como las paperas o la viruela. No, reconoció con tristeza, venga de donde venga, el hombre blanco tarde o temprano acaba destruyendo al indio.

Pese a que aquellas reflexiones atemperaron su reacción, Van Dyck sentía aún deseos de poner en su lugar a aquel joven. Por ello, cuando Tom comentó que aunque el *wampum* se consideraba adecuado para los indios, a aquellas alturas en Boston todas las cuentas se realizaban en libras, aprovechó la ocasión:

—El problema con vosotros los ingleses es que por más que habléis de libras, no tenéis nada que poner en las manos de nadie. Los indios al menos tienen *wampum*. Yo sostengo —añadió con aspereza— que los indios están más adelantados que vosotros en ese sentido.

Calló para ver cómo encajaba aquello el inglés.

La observación no era errónea. En Inglaterra, uno podía encontrar los tradicionales peniques, chelines y florines de oro, pero había escasez de monedas de valor elevado. Y en las colonias, la situación era francamente primitiva. En Virginia, por ejemplo, la

moneda de cambio seguía siendo el tabaco y las transacciones se efectuaban mediante el sistema de trueque. En Nueva Inglaterra, aun cuando los comerciantes efectuaban entre ellos sus cálculos en libras esterlinas y extendían sus propias letras de cambio, no había prácticamente ninguna moneda inglesa de oro o de plata en circulación.

Su intento de abochornar al joven inglés no pareció surtir efecto, sin embargo.

—Eso es algo que no le voy a negar —aceptó, riendo—. Éste es el único dinero en el que tengo confianza.

Del bolsillo del abrigo negro extrajo

una cajita plana que entregó a Van Dyck. Era de madera de pino y cabía en la palma de una mano. El holandés levantó la tapa. En el interior forrado de tela reposaba una solitaria moneda que destelló con la luz de poniente. Era el dólar de plata que había robado a su hermano.

«*Daalders*», los llamaban los holandeses, aunque la palabra tenía un sonido más parecido al «*thaler*» alemán... dólar. Los comerciantes venían usando los dólares desde hacía más de un siglo, y eran los holandeses los que acuñaban la mayoría de los que circulaban en el Nuevo Mundo. Los

había de tres clases. Estaba el *ducatton*, más conocido como ducado, que tenía un jinete estampado y un valor equivalente a seis chelines ingleses. Después venía el *rijksdaalder*, al que los ingleses llamaban el dólar rix, de un valor de cinco chelines (ocho reales españoles para quien viajara hacia el sur). El dólar más común era, no obstante, el del león. Éste tenía un valor inferior al de los otros dólares, pero era el más bonito, con la cara más grande. En el anverso había un caballero que lucía en su escudo la estampa de un león rampante; y en el reverso, la misma espléndida figura del león ocupaba toda la cara.

Aquella moneda tenía un pequeño defecto: no siempre estaba bien acuñada. De todos modos, poco importaba. El lucido dólar del león holandés se utilizaba desde Nueva Inglaterra hasta el Caribe español.

—Dinero holandés —recalcó Tom con una sonrisa, mientras Van Dyck extraía la moneda de la caja para inspeccionarla.

Los dólares de león solían estar desgastados, pero aquél no tenía ni un arañazo. Estaba recién acuñado y poseía un espléndido brillo. Mientras lo observaba, el holandés tuvo una idea: se levantó para acercarse a dos niñas

indias, que tenían más o menos la misma edad de Pluma Pálida; les enseñó la moneda y dejó que las tocaran. Al tocar el reluciente disco, examinar las imágenes y los reflejos del sol que despedía, a las chiquillas se les iluminó la cara. ¿Por qué sería, se preguntó Van Dyck, que los objetos de oro y plata producían tanta fascinación en hombres y mujeres por igual?

—Es hermoso —dijeron.

—Te lo compro —propuso Van Dyck, devolviéndolo al individuo de Boston.

—Le va a costar —replicó con aire pensativo Tom— un ducado y una piel

de castor.

—¿Cómo? Eso es un robo.

—La caja va incluida —añadió alegremente Tom.

—Sois un joven bribón —lo acusó, divertido, el holandés—, pero acepto.

No se molestó en regatear. Acababa de solucionar su problema. La piel no suponía un gran sacrificio porque ahora ya tenía un regalo para su hija.

Esa noche, para asegurarse de que Tom no le robaba nada, durmió en su barco. Tendido encima de las pieles, sintiendo el contacto de la caja con su dólar de plata a buen recaudo en la bolsa del cinto, escuchó la leve brisa

que sonaba entre los árboles e imaginó que, tal como su hija le había prometido, oía el sonido de su voz. Se durmió sonriendo.

Van Dyck se despidió del joven inglés por la mañana. Tenía previsto llegar al pueblo de Pluma Pálida esa tarde, quedarse allí con ella todo un día y continuar hasta Manhattan al día siguiente. Hacía calor y llevaba la camisa desabrochada. En torno a la cintura había sustituido su habitual cinturón de cuero por el de *wampum* que ella le había regalado. De éste pendía

una bolsita que contenía el dólar de plata.

En el río no había prácticamente tráfico. De vez en cuando veían una canoa india en los bajíos, pero en su descenso impulsado por la marea dispusieron de la gran vía navegable para ellos solos. Las elevadas riberas occidentales protegían el río de la brisa y el agua estaba calmada; parecía como si viajaran en medio de una quietud irreal. Al cabo de un tiempo, doblaron un recodo donde la orilla del oeste despuntaba irguiéndose por encima del agua, como un centinela. Van Dyck, que tenía sus propios nombres para

distinguir aquellos puntos de referencia en sus itinerarios, llamaba la Punta del Oeste a aquel lugar. Un poco más adelante, el río trazaba de nuevo una curva para sortear una montaña baja a la que, debido a su achatada cima, Van Dyck llamaba la montaña del Oso. Después el río se ensanchaba, alcanzando una anchura de tres a cinco kilómetros, y así continuaba en su discurrir hacia el sur durante casi treinta kilómetros hasta que se volvía más angosto en el amplio y largo canal que bordeaba Manhattan antes de llegar a la inconmensurable bahía.

Pasaron las horas y se hallaban aún

a varios kilómetros de distancia del canal cuando uno de los remeros le hizo una señal y, al volverse para mirar atrás, Van Dyck vio que, a lo lejos, los seguía un barco. Advirtió que éste ganaba terreno velozmente.

—Deben de tener prisa por algo —comentó sin gran interés.

Al cabo de media hora, ya cerca de la entrada del canal, volvió a mirar atrás y descubrió con asombro lo mucho que había avanzado la otra embarcación. Era mucho mayor que la suya, dotada de un mástil con una vela, pero dado que la brisa soplaba desde el sur, la tripulación la impulsaba con los remos. Había

mediado la distancia que los separaba y proseguía con gran rapidez. No alcanzaba a distinguir cuántos remos llevaba.

—Esta gente rema como si se los llevara el demonio —observó.

Se encontraban ya en la entrada del canal, y Van Dyck dejó que los remeros avanzaran con lentitud. Arriba, la gran pared rocosa de los acantilados reflejaba los rayos de sol de la tarde. El agua parecía levemente agitada. Se volvió a mirar, pero la curva del río le impidió ver el barco que seguramente debía de dirigirse tras ellos al canal.

Luego, de repente apareció justo

detrás, a toda velocidad. Ahora lo veía con todo detalle. Era una gran chalupa de tingladillo con una parte cubierta central, de donde arrancaba el mástil. Contaba con ocho remeros y cuatro pares de remos. De su línea de flotación en el agua se deducía que no iba muy cargada. ¿Para qué iría alguien tan apurado en esa embarcación vacía? En la popa había una persona de pie, pero no la veía bien.

El barco se acercó aún más, hasta llegar a su altura. Entonces observó con curiosidad al individuo de la popa.

Se topó con una cara de sobra conocida, una cara que instintivamente

habría preferido no encontrar. Y además, el hombre lo miraba también a él. Era Stuyvesant. Se apresuró a desviar la vista, pero era demasiado tarde.

—Dirk van Dyck. —La áspera voz sonó atronadora, salvando la distancia.

—Buenos días, gobernador —repuso. ¿Qué otra cosa podía decir?

—¡Daos prisa, hombre! ¿Por qué no os apuráis? —Stuyvesant, que se encontraba ya frente a él, se dirigió sin aguardar respuesta a los remeros de Van Dyck—. ¡Remad más deprisa! —gritó—. ¡Vamos! —Al reconocer al temible gobernador, los remeros obedecieron en el acto, imprimiendo velocidad al barco

—. Eso es, muy bien, seguid así.
Continuaremos juntos, Dirk van Dyck.

—¿Por qué? —inquirió Van Dyck.

El gobernador ya lo había adelantado, pero sus hombres lograron mantener el mismo ritmo, permitiéndoles proseguir a gritos la conversación.

—¿No lo sabéis? Los ingleses están en la bahía de Manhattan con toda la flota.

De modo que la flota inglesa había acudido al final. Aunque no había oído nada, no le sorprendía. La gente de Nueva Ámsterdam debía de haber enviado un veloz jinete a Fort Orange para prevenir al gobernador, que ahora

descendía por el río aprovechando la marea. La noticia también se transmitiría entre los indios, sin duda, pero tardaría un tiempo.

Evidentemente, los ingleses habían mentido. Se acordó del joven de Boston. ¿Estaría al corriente de ello? Era lo más probable. Por eso había titubeado cuando le preguntó por la flota inglesa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó a voz en cuello Van Dyck.

—Luchar, Van Dyck. Luchar. Necesitamos hasta el último hombre.

Las facciones del gobernador presentaban la misma dureza del pedernal. Erguido en toda su estatura

sobre su pierna de madera, ofrecía una indómita estampa digna de admiración. No obstante, si la totalidad de la flota se había desplazado desde Boston, aquello representaría una imponente fuerza. Los barcos llevarían cañones. Pese a las recientes obras de mejora efectuada por Stuyvesant, Van Dyck no creía que las defensas costeras de Nueva Ámsterdam resistieran mucho tiempo. Si Stuyvesant quería oponer resistencia, los conduciría a un sangriento e inútil atolladero.

Como si quisiera confirmar sus negros pensamientos, una nube cubrió el sol y las altas paredes de roca que se alzaban a su lado adquirieron de pronto

una sombría y amenazadora tonalidad gris. Dijera lo que dijese, Stuyvesant no pudo impedir que Van Dyck pensara algo más: «Si yo percibo el peligro de esta situación, también lo verán los otros comerciantes de la ciudad». No estaba muy seguro de que los habitantes de Nueva Ámsterdam apoyaran al gobernador para tratar de repeler a los ingleses. En cualquier caso, no lo harían si éstos atacaban en masa. Tampoco era probable que su familia corriera peligro. Él no creía que los ingleses tuvieran intención de destrozar el enclave y granjearse la enemistad de los mercaderes holandeses; a ellos les

interesaba tener a su disposición un floreciente puerto, no una ruina impregnada de rencor. Por eso ofrecerían generosas condiciones. Según el parecer de Van Dyck, la política y la religión volvían peligrosos a los hombres, y el comercio los volvía sensatos. Estaba convencido de que, a pesar de Stuyvesant, la población llegaría a establecer un pacto. ¿Le convenía entonces irrumpir en Manhattan con Stuyvesant con actitudes de ángel vengador?

Tendió la mirada al frente. Navegando a esa velocidad, llegarían a la punta septentrional de Manhattan en

cuestión de una hora. Miró a sus remeros preguntándose si podrían mantener el ritmo. Seguramente no. Tanto mejor. Si pudiera rezagarse discretamente, entonces tendría ocasión de desprenderse de Pata de Palo antes de llegar a Nueva Ámsterdam. Esperó a que el barco del gobernador se adelantara un par de cuerpos.

—¡Mantened el paso! —gritó Stuyvesant, que se había girado en redondo para mirarlos.

—Enseguida estoy con vos, mi general —contestó Van Dyck.

Al oírlo, sus remeros redoblaron esfuerzos y durante un trecho se

mantuvieron a la altura de la otra embarcación. Muy bien. Así se cansarían y mientras tanto, el gobernador quedaría satisfecho.

La proa del barco topó con una ola y, con el cabeceo, lo inclinó hacia delante. Al enderezarse, notó en el muslo el contacto de la bolsa que llevaba colgada del cinturón. Entonces pensó en el dólar de plata que allí reposaba y de repente se dio cuenta de que estaban muy cerca del pueblo de Pluma Pálida. Aquel imprevisto encuentro con Stuyvesant le había hecho olvidarse de su hija, pero el roce en la pierna se la había recordado.

Pluma Pálida. ¿Qué iba a hacer?

Stuyvesant seguía observándolo con fijeza. No era prudente alterar el rumbo para dirigirse al pueblo porque, conociéndolo como lo conocía, el gobernador era muy capaz de retroceder y arrastrarlo por la fuerza río abajo.

Transcurrieron varios minutos. Las dos embarcaciones, soldadas por la invisible fuerza de la voluntad de Stuyvesant, seguían navegando con brío. Estaban pasando ya frente al pueblo, situado en la orilla oriental. Van Dyck vio a algunos indios que pescaban con redes en los bajíos. Otras personas, probablemente mujeres, los observaban

desde la ribera. ¿Se encontraría Pluma Pálida entre ellas? ¿Lo estaría mirando? ¿Sabría que estaba circulando delante de ella, sin detenerse siquiera un momento, pese a su promesa? ¿Pensaría que su padre le había vuelto la espalda?

Dejó de mirar hacia tierra. Si su hija estaba allí, no quería que le viera la cara. Fue un gesto inútil, porque ni siquiera con su aguzada vista habría sido ella capaz de distinguir un rostro a aquella distancia. Agachando la cabeza hacia las pieles amontonadas a sus pies, sintió vergüenza. El pueblecito indio comenzaba a quedar atrás, allá en la otra orilla. Volvió a mirar. Todavía divisó la

hilera de mujeres, borrosas e indefinidas ya.

Siguieron deslizándose con la corriente un centenar de metros, a los que siguieron otros cien más.

—Volved a remontar —ordenó a los remeros, que se quedaron atónitos.

—Pero, amo... —quiso argüir uno de ellos.

—Remontad —confirmó, señalando la orilla oriental.

Al fin y al cabo, él era el amo, de modo que aunque remisos, lo obedecieron. Cuando el barco comenzó a girar, Stuyvesant se percató de inmediato.

—¿Qué demonios hacéis?! —gritó.

Van Dyck titubeó. ¿Debía responder o no?

—Luego os seguiré —aseguró, procurando imprimir convicción a su voz—. Enseguida os alcanzaremos.

—¡Mantened el rumbo! —vociferó Stuyvesant. Al cabo de un segundo, su voz volvió a resonar por encima del agua—. Olvidaos de vuestra bastarda india, Van Dyck. Pensad en vuestro país.

¿Cómo sabía de la existencia de Pluma Pálida? Van Dyck maldijo al gobernador para sus adentros. Había sido un error llevar a la niña a Nueva Ámsterdam. Nunca debió hacer tal cosa.

—Seguidme, Dirk van Dyck —lo conminó Stuyvesant—. Olvidaos de esa mestiza y seguidme. De lo contrario, vuestra esposa se enterará de esto, os lo garantizo.

Van Dyck volvió a soltar una muda maldición. ¿Habrían estado hablando de la niña el gobernador y su mujer? ¿Y qué clase de relación era esa que mantenían ambos? ¿Quién sabía? De todas maneras, la amenaza de hablar con Margaretha iba en serio. Una cosa era dejarla en vilo sobre su paradero, y otra que le llegaran noticias de que había desafiado al gobernador y rehusado acudir a proteger a su familia por

aquella hija mestiza, como diría ella... Una acusación así podía acarrearle graves consecuencias; Margaretha no pasaría por alto aquello. El desenlace podía ser desastroso para su negocio y para su vida familiar. Maldito Pata de Palo. Mil veces maldito.

—Los seguiremos —indicó con resignación a sus hombres.

La proa del barco giró en redondo, para volver a encararse corriente abajo.

Van Dyck tendió la vista al frente. ¡Qué fútil maniobra! Ahora estaba condenado a seguir a Pata de Palo hasta el final, a hacer precisamente lo que había querido evitar...

Sus titubeos habían ensanchado la distancia entre su barco y el del gobernador. Pensó en la flota inglesa, en el determinado y obcecado gobernador y en el dolor y la rabia de su esposa. Luego pensó en su inocente e indefensa hija, que estaría esperándolo. La grisácea pared de roca que se elevaba a su lado parecía hacerse eco de la pesadumbre con un mudo lamento. Volvió a mirar atrás. El pueblo había quedado oculto tras los árboles. Había acudido para ver a su hija y después había pasado de largo.

—Volved atrás.

—¿Cómo, amo?

—Vamos a volver atrás. Girad —les ordenó. Los remeros se miraban, dubitativos, entre sí—. ¡¿Es que queréis pelear con los ingleses?! —gritó.

Los hombres volvieron a mirarse, y luego obedecieron. La proa se encaró hacia la orilla oriental del río. Stuyvesant, que seguía vigilándolo, comprendió enseguida. Su voz remontó la corriente en forma de estruendoso grito.

—¡Traidor! —La palabra sonó en los oídos de Van Dyck como el estampido de un trueno. Tuvo la impresión de que se propagaba resonando por el gran río, hasta llegar a

su cabecera, en el remoto norte—. Traidor.

Volvió a mirar la chalupa del gobernador, pero no alteró su curso. Ambos sabían que allí divergían sus caminos, mientras el gran río impulsaba a Stuyvesant hacia el sur con su poderosa corriente, él, disfrutando de una tal vez momentánea libertad, desandaba el camino a fin de entregar el reluciente dólar de plata a su hija.

Nueva York

Yo me llamo Quash. Ese nombre significa que nací un domingo. Según he sabido, en África, la tierra de mis antepasados, a los niños les ponen a menudo el nombre del día en que nacen. Por lo que me han dicho, en África yo me llamaría Kwasi, y si hubiera nacido un viernes, mi nombre sería Kofi, que en inglés es Cuffe. Los hijos del lunes se llaman Kojo, que en inglés es Cudjo; y también hay otros nombres parecidos.

Nací, según creo, por allá en el año de Nuestro Señor de 1650. A mi padre y

a mi madre los sacaron de África para trabajar como esclavos en las islas Barbados. Cuando yo tenía cinco años, a mi madre y a mí se nos llevaron para volvernos a vender, y en el mercado me separaron de ella. A partir de ese momento, no volví a saber nada de mi madre. A mí me compró un marino holandés, y en eso tuve suerte, porque el capitán me llevó a Nueva Ámsterdam, tal como llamaban entonces a este sitio; mientras que si me hubiera quedado donde estaba es muy probable que a estas alturas ya estuviera muerto. En Nueva Ámsterdam, el capitán holandés me vendió, de modo que pasé a ser

propiedad de *meinheer* Dirk van Dyck. Entonces tenía seis años. De mi padre no recuerdo nada, y de mi madre conservo sólo algún vago recuerdo. Lo que es seguro es que debieron de morir hace ya tiempo.

Desde pequeño, siempre he soñado con llegar a ser libre algún día.

Este anhelo lo empecé a concebir gracias a un anciano negro al que conocí cuando tenía ocho o nueve años. Por aquel entonces en los Nuevos Países Bajos había sólo unos seiscientos esclavos, la mitad de ellos en la ciudad. Algunos eran propiedad de familias particulares y otros de la Compañía de

las Indias Occidentales Holandesas. Un día, en el mercado vi a un anciano negro. Sentado en una carreta, con un gran sombrero de paja en la cabeza, sonreía con aire de satisfacción. Con el atrevimiento de la corta edad, me acerqué a hablarle.

—Se os ve muy contento, anciano. ¿Quién es vuestro amo?

—Yo no tengo amo —respondió—. Soy libre.

Me explicó cómo podía ser aquello. Después de haber traído remesas de esclavos años atrás y haberlos empleado en muchas obras públicas como la construcción del fuerte o la

pavimentación de las calles, la Compañía de las Indias Occidentales había entregado tierras a quienes habían trabajado mejor y durante más tiempo, habían asistido a las ceremonias de su iglesia y, a continuación, si también cumplían otras condiciones de servicio, los habían liberado. Yo le pregunté si había muchas personas así.

—No —reconoció—, sólo unas pocas.

Algunas vivían un poco más al norte de la muralla, otras un poco más lejos, en la parte oriental de la isla, y algunas al otro lado del río del norte, en la zona denominada Pavonia. Aunque veía

pocas posibilidades de que yo lo lograra algún día, me pareció algo bueno que una persona recobrase la libertad.

No obstante, tuve suerte de haber ido a parar a una casa donde me daban un trato correcto. *Meinheer* Van Dyck era un hombre enérgico a quien le gustaba comerciar y viajar río arriba hacia el norte. Su esposa era una mujer recia, bien parecida, ferviente seguidora de la iglesia reformada holandesa, de los dómines y del gobernador Stuyvesant. Tenía un bajo concepto de los indios y le causaba disgusto que su marido se ausentara y estuviera con ellos.

Cuando yo llegué a esa casa, había

una cocinera y una criada contratada como aprendiz que se llamaba Anna. Le habían pagado el viaje para cruzar el océano, y a cambio de eso ella tenía que trabajar para ellos siete años, después de lo cual debían darle cierta suma de dinero y dejarla libre de ir adonde quisiera. Yo era el único esclavo.

Meinheer Van Dyck y su esposa siempre eran muy considerados con su familia. Si algunas veces discutían, nosotros raramente lo veíamos, y su mayor placer era tener a los suyos reunidos a su alrededor. Al trabajar en la casa, yo estaba a menudo con sus hijos y por eso llegué a hablar el

holandés casi tan bien como ellos.

Su hijo Jan y yo teníamos más o menos la misma edad. Era un niño guapo con una espesa mata de cabello castaño. Se parecía a su padre, pero tenía una corpulencia mayor que había heredado, creo, de su madre. De pequeños, a menudo jugábamos juntos, y siempre fuimos amigos. En cuanto a su hermanita Clara, era la niña más bonita que había visto nunca, de pelo dorado y relucientes ojos azules. Cuando era pequeña la llevaba a hombros y ella siguió reclamándomelo incluso hasta los diez u once años, y no paraba de reír para molestarme, según decía. Yo

adoraba a esa niña.

Siempre fui muy rápido corriendo. A veces, *meinheer* Van Dyck organizaba una carrera entre los tres. A Jan lo ponía muy por delante de mí y a Clara cerca de la línea de llegada. Normalmente yo pasaba a Jan, pero al llegar cerca de Clara me rezagaba justo detrás de ella para que pudiera ganar, con lo cual quedaba encantada.

Algunos amos holandeses eran crueles con sus esclavos, pero *meinheer* Van Dyck y el ama siempre fueron buenos conmigo en esos años. Durante la infancia sólo me dieron labores poco duras, y cuando me hice un poco mayor,

meinheer Van Dyck me encomendó muchas tareas; siempre parecía que tenía que ir a recoger o a carretear algo. Aun así, la única vez que me azotó fue después de que rompiera el cristal de una ventana con Jan, y entonces descargó la correa por igual contra los dos.

Cuando yo tenía unos catorce años, *meinheer* Van Dyck se volvió un negociante más destacado de lo que era antes y todo el mundo empezó a llamarlo «Jefe», incluido yo —por eso, de ahora en adelante lo llamaré así—. Por

aquella época, al ama se le metió en la cabeza que yo tenía que ir vestido con librea, como los sirvientes de las casas principales. El Jefe se reía, pero la dejaba hacer, y yo me veía muy elegante con aquella librea azul. Estaba muy ufano con ella. El ama me enseñó a abrir la puerta a los invitados y a atender la mesa, cosa que encontré muy de mi agrado. «Quash, tienes una sonrisa muy bonita», me elogiaba. Yo procuraba, por consiguiente, sonreír de continuo, y así me gané una gran consideración por su parte y también por parte de su marido. Un día, el viejo dómine Cornelius vino a la casa. Era un hombre muy importante,

alto, siempre vestido de negro y, a pesar de su edad, siempre iba muy tieso. Alabó a la esposa del Jefe mi elegante atuendo. Después de eso, no podía fallarle. Supongo que por todo ese buen trato me volví un tanto presuntuoso. En realidad, creo que durante un tiempo me consideraba más como una especie de aprendiz que como un esclavo y a menudo pensaba en qué podía hacer para aumentar la consideración en que me tenía la familia.

Fue más o menos un mes después de su visita a la casa cuando, efectuando un recado para el ama, vi al viejo dómine en la calle, vestido de negro y tocado

con un gran sombrero puntiagudo de ala ancha. Precisamente un par de días atrás había concebido la idea de buscar la manera de ganarme aún más la estima del Jefe y de su familia, y me había acordado de que el anciano negro me contó que a los libertos se les había permitido convertirse en cristianos en el seno de la Iglesia holandesa. Por eso, al ver al viejo dómine, me acerqué a hablarle.

—Buenos días, señor —lo saludé con mucho respeto.

Él me miró con severidad, porque le estaba distrayendo de sus reflexiones, pero me reconoció.

—Tú eres el pequeño esclavo de los Van Dyck.

—Sí, señor —confirmé—. Me preguntaba si podía consultarle algo a Su Reverencia.

—¿Ah sí? ¿Qué es?

—Me preguntaba si yo podía formar parte de su iglesia.

Se me quedó mirando un momento, como fulminado por un rayo.

—¿Quieres convertirte en miembro de mi congregación?

—Sí, señor.

Se quedó callado un buen rato, mirándome con expresión fría y pensativa. Cuando me respondió, lo hizo

en voz baja.

—Ya veo lo que eres —dijo. Yo, como era pequeño y estúpido, pensé que aquello supondría algo bueno para mí—. ¿Pretendes superarte a ti mismo?

—Sí, señor —contesté dispensándole, esperanzado, la mejor de mis sonrisas.

—Tal como suponía —murmuró, más para sí que para mí. Luego asintió—. Los que se integran en la congregación —añadió—, lo hacen por amor de Dios, no con intención de obtener alguna recompensa.

El caso es que, habiendo vivido con la familia Van Dyck y conociendo cómo

educaban a sus hijos, yo creía conocer un poco la religión cristiana. Por eso, olvidando que era sólo un esclavo y que él era el dómine, estaba dispuesto a replicar con argumentos propios.

—Pero ellos lo hacen para escapar del infierno —aduje.

—No. —Tuve la impresión de que no deseaba mantener una conversación conmigo, pero que al ser un dómine estaba obligado a impartir instrucción incluso a un esclavo—. Ya está predestinado quién irá al infierno y quién se salvará. —Entonces me señaló con el índice—. La sumisión, joven, es el precio de entrada en la Iglesia. ¿Lo

entiendes?

—Sí, señor.

—No eres el primer esclavo que se imagina que integrarse al culto de nuestra Iglesia puede abrirle la vía de la libertad, pero eso no es tolerable. Si nos sometemos a Dios es porque él es bueno, no para superarnos a nosotros mismos. —Estaba elevando la voz, de modo que un transeúnte se volvió a mirar—. ¡Nadie se debe burlar de Dios, joven! —me gritó.

Luego me clavó una airada mirada antes de alejarse a grandes zancadas.

—Me han dicho que el otro día mantuviste una conversación con el

dómine Cornelius —me comentó al cabo de unos días el Jefe, observándome de una manera rara.

—Sí, Jefe —corroboré.

Después de aquello tuve buen cuidado de no volver a hablar de religión.

Pronto tuve cosas más importantes de las que preocuparme que de la salvación de mi alma, porque ese verano, mientras el Jefe estaba ausente, allá en el río, llegaron los ingleses.

Yo trabajaba en la cocina cuando Jan vino corriendo con la noticia.

—Ven enseguida, Quash —me llamó —. Vamos al muelle. Ven a ver.

Yo no sabía si el ama me daría permiso, pero al cabo de un momento llegó también ella con la pequeña Clara. Recuerdo que Clara tenía la carita roja de excitación. Nos fuimos pues todos a los muelles, cerca del fuerte. Como era un día claro, se veía hasta el otro lado de la bahía. A lo lejos se divisaban dos velas inglesas que navegaban en la bocana de la bahía, para que no pudiera entrar ni salir ningún barco. Al poco rato, vimos una humareda blanca. Después hubo una larga pausa hasta que oímos el ruido de los cañones, parecido

a un distante trueno, porque estaban a unos diez kilómetros de distancia. Entre la gente congregada junto al agua se armó una algarabía. Corrió la voz de que los colonos ingleses instalados más allá de Brooklyn se estaban concentrando y tomando las armas, aunque nadie lo sabía con seguridad. Los hombres apostados en los muros del fuerte tenían un cañón que apuntaba a la bahía, pero como el gobernador no estaba allí, nadie asumía el mando, cosa que causó un gran disgusto al ama. A mí me parece que le habría agradado ponerse ella misma al frente.

Ya habían mandado mensajeros por

el río para avisar al gobernador, pero iba a tardar uno o dos días en llegar. Mientras tanto, los barcos ingleses se mantuvieron en la misma posición, sin acercarse más.

Después, el gobernador llegó una tarde para asumir el mando y, en cuanto se enteró, el ama fue a verlo. Al volver parecía muy enfadada, pero no explicó por qué. A la mañana siguiente, el Jefe también volvió a casa.

Cuando el Jefe puso un pie en la puerta, el ama observó que había estado mucho tiempo ausente. Él contestó que había vuelto tan pronto como había podido. «No fue eso lo que me dijo el

gobernador», replicó ella. Por lo visto se había parado en algún sitio en la orilla del río, añadió dirigiéndole una mirada asesina. Sí, se paró cuando los ingleses estaban atacando a su propia familia.

—Sí, es verdad —confirmó él, sonriendo—. Y deberías alegrarte por ello.

Ella lo miró más bien con dureza, pero él no le hizo caso.

—Piensa que cuando Stuyvesant me dijo que habían llegado los ingleses, no tenía manera de saber cuál era la situación. Hasta podría haberse dado el caso de que ya hubieran entrado en la

ciudad, se hubieran apoderado de todos nuestros bienes y os hubieran echado de casa. ¿Entonces debía exponerme también a que los ingleses me robaran el cargamento, que es muy valioso por cierto? Podría haber constituido la única fortuna que nos quedaba. Por eso pensé en llevarlo a un lugar donde estuviera a buen recaudo. Lo guarda el jefe del pueblo indio adonde me vio dirigirme Stuyvesant. Hace muchos años que conozco a ese indio, Greet. Es una de las pocas personas en quien puedo confiar. Yo creo que tú también estarás de acuerdo en que debo dejarlo allí hasta que acabe todo esto.

El ama no añadió ni una palabra, pero con eso yo vi claramente el buen carácter que tenía el Jefe, que siempre pensaba en su familia.

Ese día en Nueva Ámsterdam reinó una gran confusión. Había barcas que llevaban mensajes del comandante inglés, el coronel Nicolls, al gobernador Stuyvesant, y luego de vuelta. Nadie sabía qué ponía en aquellos mensajes, y el gobernador no decía nada. En todo caso, los navíos de guerra ingleses permanecían abajo, junto al estrecho.

Al día siguiente, cuando bajé a los muelles con el Jefe y Jan, nos encontramos con un gran gentío. Todos

señalaban al otro lado de Brooklyn, a la izquierda. Y sí, allí se veía el brillo de las armas, en el lugar donde las tropas inglesas se concentraban junto al transbordador. Entonces alguien apuntó hacia el estrecho y dijo que al oeste, en el gran promontorio de tierra que los holandeses llamaban Staten Island, habían desembarcado más tropas inglesas.

Meinheer Springsteen estaba allí.

—En el fuerte tenemos ciento cincuenta hombres —dijo al Jefe—, y podríamos reunir tal vez unos doscientos cincuenta capaces de defender la ciudad. Incluso contando con algunos esclavos,

disponemos de quinientos hombres como máximo. El coronel inglés tiene el doble, y son soldados entrenados. Dicen, además, que los colonos ingleses de la isla larga han concentrado tropas también.

—En el fuerte tenemos cañones —
señaló el Jefe.

—Con pocas reservas de pólvora y de munición —replicó *meinheer* Springsteen—. Si los navíos de guerra ingleses se aproximan nos reducirán a añicos. —Tomó al Jefe por el brazo—. Dicen que han exigido que les entreguemos la ciudad y que Stuyvesant no quiere dar su brazo a torcer.

Cuando se hubo alejado *meinheer* Springsteen, Jan preguntó al Jefe si los ingleses nos iban a destruir.

—Lo dudo, hijo mío —respondió—. Tenemos mucho más valor para ellos vivos. —Entonces se echó a reír—. Aunque nunca se sabe.

Después se fue a charlar con otros comerciantes.

Cuando llegamos a casa, le contó al ama que ninguno de los comerciantes quería luchar y ella se puso enfadada y dijo que eran unos cobardes.

Al día siguiente, el gobernador Winthrop de Connecticut llegó en un barco. Yo lo vi. Era un hombre bajo, de

cara morena. Traía otra carta del coronel Nicolls. Él y el gobernador Stuyvesant fueron a parlamentar a una taberna. En ese momento todos los comerciantes estaban en los muelles tratando de averiguar qué ocurría, y el Jefe también se encontraba allí. Cuando volvió, dijo que algunos mercaderes se habían enterado por los hombres del gobernador Winthrop de que los ingleses ofrecían unas condiciones muy aceptables si el gobernador Stuyvesant les entregaba la ciudad. Por eso, cuando se hubo marchado Winthrop, le pidieron al gobernador Stuyvesant que les enseñara la carta de los ingleses. En

lugar de atender la demanda, el gobernador la rasgó allí mismo, provocando una gran cólera. Ellos, de todas formas, recogieron los pedazos y los juntaron. Así supieron que los ingleses estaban dispuestos a dejarles mantener todas sus costumbres holandesas y todas sus riquezas y a permitir que todo siguiera exactamente igual que antes, siempre y cuando el gobernador Stuyvesant les entregara la ciudad sin oponer resistencia. Eso era lo que todos querían hacer. Todos excepto el gobernador, claro.

El ama estaba completamente de acuerdo con el gobernador Stuyvesant.

—Ha obrado de manera correcta — aprobó—. Es el único hombre digno de ese nombre entre todos vosotros.

Luego dijo que los comerciantes eran una manada de perros de mala raza y otras cosas que no voy a repetir aquí.

Justo entonces, en la calle alguien empezó a gritar «¡Que vienen los ingleses!». Todos corrimos afuera y, efectivamente, vimos en la bahía los navíos ingleses que se acercaban. Poco a poco rodearon la ciudad, apuntándonos con los cañones, y así se quedaron, para darnos a entender lo que podían hacer si se lo proponían.

Pues bien, a la mañana siguiente

todos los comerciantes firmaron una petición en la que solicitaban al gobernador que se rindiera. El ama preguntó al Jefe si iba a firmarla y él contestó que sí. Incluso el propio hijo de Stuyvesant la firmó, cosa que debió de sentarle muy mal a su padre. Pero aun así, éste no quería ceder. Nosotros bajamos hasta el fuerte y vimos al gobernador en lo alto de las murallas, solo junto a uno de los cañones, con el pelo blanco flotando al viento, y el Jefe dijo: «Maldita sea, creo que pretende disparar él mismo el cañón». Justo entonces vimos que dos de los dómines subieron a rogarle que no lo hiciera, por

temor de que nos perjudicara a todos. Y al final, como eran personas religiosas, lo convencieron para que bajara. Así fue como los ingleses tomaron la plaza.

Al otro lado del océano, los ingleses quedaron tan complacidos con su victoria que declararon la guerra a los holandeses, esperando quedarse con otras posesiones suyas. Los holandeses acabaron pagándoles con la misma moneda, sin embargo, y les arrebataron algunas ricas plazas de los trópicos. Al año siguiente en Londres se declaró una terrible plaga, y después la ciudad ardió

a consecuencia de un gran incendio; y un año después, los holandeses subieron con sus barcos por el río Támesis hasta Londres, cogieron el mejor navío de guerra del rey y se lo llevaron remolcándolo; como los ingleses estaban tan debilitados no pudieron hacer nada. Entonces aceptaron firmar la paz. Los holandeses recuperaron las plazas que los ingleses les habían quitado en los trópicos, útiles para el tráfico de esclavos y el comercio de la caña, y los ingleses conservaron Manhattan. El ama no estaba muy contenta, pero al Jefe le daba igual.

—Nosotros somos sólo peones en

una partida que nos supera, Greet —le decía.

Cuando el coronel Nicolls asumió el cargo de gobernador, dijo a los holandeses que se podían marchar si así lo deseaban, pero que si se quedaban, nunca se les pediría que lucharan contra los Países Bajos, fuera cual fuese el conflicto. Cambió el nombre de la ciudad por el de Nueva York, en honor al duque de York que era su dueño, y al territorio circundante lo denominó Yorkshire. Luego nombró un alcalde y concejales, como en cualquier ciudad inglesa. La mayoría de los ediles fueron de todas formas comerciantes

holandeses, que estuvieron más conformes que cuando los gobernaba Stuyvesant porque el coronel Nicolls les pedía siempre consejo. Era un hombre afable; siempre que veía al ama en la calle, se quitaba el sombrero. Él también promovió las carreras de caballos, que la gente recibió con agrado.

Más tarde, después de cruzar el océano para ir a presentar explicaciones en los Países Bajos a cuenta de la pérdida de la ciudad, el viejo gobernador Stuyvesant regresó a su *bouwerie* de aquí. El coronel Nicolls lo trató con mucho respeto y los dos se

hicieron muy amigos. El gobernador inglés iba a menudo a visitar al anciano a su granja. El ama seguía sintiendo antipatía por los ingleses, sin embargo.

—Aunque no negaré que ese Nicolls es muy educado —reconocía.

El siguiente gobernador se parecía al coronel Nicolls. Él puso en marcha el servicio de correos para comunicar con Boston, y también obró bastante en beneficio propio. A los ricos comerciantes no les importaba, pero la franja de población de holandeses pobres, que eran mayoría, al cabo de un tiempo empezó a estar descontenta con el gobierno inglés a causa de la

permanencia de sus tropas en la ciudad, que sólo les ocasionaban gastos y problemas.

Cuando yo era pequeño, a la mayoría de los esclavos de la Compañía de las Indias Occidentales los hacían trabajar en la construcción de edificios. Los de los comerciantes se ocupaban sobre todo de quehaceres de jardinería y de cargar y descargar los barcos en el puerto, y a algunos los utilizaban también como tripulación de repuesto en los barcos. También había esclavas, a las que empleaban sobre todo para hacer

la colada y las labores más pesadas de la casa, aunque eran pocas las que cocinaban. Los hombres pasaban por la calle y, al caer la tarde sobre todo, era corriente verlos charlando con las esclavas, desde el otro lado de la valla del jardín. Como es de imaginar, a veces de aquellas conversaciones nacían hijos. De todas maneras, pese que aquello era contrario a la religión, los amos no parecían censurar la llegada de aquellos niños, y yo creo que el motivo salta a la vista.

El tráfico de esclavos es un negocio que rinde mucho. Por aquel entonces, el esclavo que se compraba recién salido

de África podía venderse a un precio diez veces más elevado si llegaba al puerto de Manhattan, y aún más caro en otros lugares. Por eso, incluso si una buena parte del cargamento se perdía en la travesía, los mercaderes podían obtener unas ganancias extraordinarias con la venta de esclavos. Ése era el motivo por el que tanto el antiguo gobernador Stuyvesant como nuestro nuevo gobernante, el duque de York, tenían tantas expectativas de convertir Manhattan en un gran centro de comercio de esclavos. En los tiempos del gobernador Stuyvesant se llevaron a Nueva Ámsterdam cientos de esclavos y

después, algunos fueron traídos directamente de África. Muchos de ellos permanecieron en la región y a otros los vendieron para trabajar en las plantaciones de Virginia y otros lugares. Por eso, si una esclava de Nueva York tenía hijos, su amo podía esperar a que éstos tuvieran cierta edad para venderlos; otras veces se quedaba con los niños y los entrenaba para trabajar, al tiempo que vendía a su madre para que no los malcriara dedicándoles demasiada atención.

Como quiera que en la ciudad había unas cuantas jóvenes esclavas, mi interés por ellas fue en aumento y, por la

época en que llegaron los ingleses, estaba ansioso por alcanzar la hombría a ese respecto. Siempre miraba por la ciudad en busca de una muchacha que estuviera dispuesta a procurarme ese tipo de experiencia. Los domingos, cuando el Jefe y todas las demás familias estaban en la iglesia, los negros salían a divertirse a la calle, y en tales ocasiones podía conocer a chicas de otras zonas de la ciudad. Con tres que encontré no fue fácil pasar un rato, sin embargo. En dos ocasiones me vi perseguido por la calle por tratar de entrar en la casa del amo de una de ellas, y a otra la azotaron por hablar

conmigo. Me encontraba pues en una situación algo apurada.

En la ciudad, que además era un puerto, había naturalmente mujeres que facilitaban a los hombres cuanto querían siempre y cuando les pagaran. Yo tenía un poco de dinero. De vez en cuando, el Jefe me daba alguna moneda si estaba complacido conmigo. O si me alquilaba durante un día, como se solía hacer, me daba una pequeña parte de lo que recibía. Yo había ido guardando todo ese dinero en un lugar seguro, de modo que estaba pensando que sería necesario gastar una parte en una dama de aquéllas a fin de convertirme en un hombre con

todos los atributos.

Una tarde me fui a escondidas en compañía de otros esclavos, que me llevaron por la carretera de la Bowery hasta un distante paraje situado al norte de la ciudad donde se habían instalado la mayoría de los negros libertos. Fuimos a una casa de madera, mayor que las otras, parecida a una posada. El propietario era un individuo alto que nos dio unos pasteles y ron para beber. Había más o menos una docena de negros, algunos de los cuales eran esclavos. Llevábamos poco rato allí cuando reparé en un anciano que dormía en un rincón con un sombrero de paja en

la cabeza, y me di cuenta de que era el mismo que había conocido en el mercado siendo un niño, el que me dijo que se podía llegar a ser libre. Entonces le pregunté al hombre alto quién era el anciano y me respondió que su padre. Me estuvo hablando un rato y yo quedé muy impresionado con él. Poseía la casa, algunas parcelas de tierra y también tenía gente que trabajaba para él. Era igual de libre que cualquier blanco y no andaba escaso de dinero. Se llamaba Cudjo.

Después de conversar con él y haber tomado unos cuantos tragos de ron, vi a una muchacha de mi edad que entró en la

casa. Se sentó en silencio en el rincón, cerca del viejo que dormía, y nadie dio muestras de haber reparado en ella. Yo, en cambio, la miré varias veces, preguntándome si ella se habría fijado en mí. Al final, volvió la cabeza y me miró de frente. Entonces vi sus ojos, que parecían reír, y su acogedora sonrisa.

Me disponía a levantarme para acercarme a ella, cuando sentí que Cudjo me agarraba por el brazo.

—Más vale que dejes en paz a esa chica —me dijo en voz baja.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Es tu mujer?

—No —contestó.

—¿Eres su padre?

—No. Soy su amo. Es mi esclava.

Al principio no lo creí. No sabía que un negro pudiera tener esclavos. Además, me parecía extraño que un hombre cuyo padre había obtenido la libertad poseyera a su vez esclavos. Pero era verdad.

—¿Estás buscando una mujer, joven?

—me preguntó entonces Cudjo.

Yo le respondí que sí.

—¿Has estado alguna vez con una mujer? —me preguntó.

Yo le contesté que no.

—Entonces espera aquí —me dijo, antes de salir.

Al poco volvió con una joven. Debía de tener entre veinte y veinticinco años, calculé. Era casi tan alta como yo y por su manera lenta y desenvuelta de caminar parecía indicar que, se sintieran como se sintiesen los demás, ella se encontraba muy a gusto con el mundo. Vino a mi lado y me preguntó cómo me llamaba. Charlamos un rato, bebimos. Después miró a Cudjo y le dirigió un gesto.

—¿Por qué no vienes conmigo, cariño? —propuso.

Me fui con ella pues.

—Te va a tratar bien —me dijo al pasar Cudjo, sonriendo.

Esa noche me convertí en un hombre.

Durante los años siguientes trabé amistad con diversas esclavas de la ciudad. El jefe me dijo varias veces que uno de los *meinheers* se quejaba de que su esclava estaba embarazada por mi culpa. Algunos de los vecinos aconsejaban al Jefe que me enviara a trabajar a una granja fuera de la ciudad, pero nunca lo hizo.

Yo siempre tuve como objetivo complacer al Jefe y al ama por igual, pero a veces no era fácil, porque ellos no siempre se ponían de acuerdo entre

sí.

El ama, por ejemplo, no siempre encontraba de su agrado a los amigos del Jefe. El primero al que le tomó inquina fue a *meinheer* Philipse. En principio cabía esperar que le gustara, porque era holandés, y su esposa y el ama siempre habían sido amigas. Además, eran ricos. Pero el ama decía que *meinheer* Philipse se estaba volviendo demasiado inglés y que se olvidaba de que era holandés. El amo no veía, por su parte, ningún defecto en él.

El segundo blanco de antipatía del ama llegó a nuestras vidas de la manera siguiente:

Al amo le gustaba ir a navegar. Siempre buscaba una excusa para ello. A veces llevaba a la familia en barca a algún sitio. En una ocasión fuimos a la islita que queda justo delante de la punta de Manhattan, a la que llaman Nut Island, con un gran cesto de comida y bebida, y pasamos toda la tarde allí. En otra ocasión fuimos más lejos, hasta el lugar denominado Oyster Island.

Un día el Jefe dijo que iba a trasladarse a un sitio situado en la isla larga, y que Jan y yo debíamos acompañarlo.

Salimos del muelle y subimos por el East River. Al llegar al punto donde el

río se divide, y entrar en el canal que sigue hacia el este, el agua comenzó a agitarse y a correr con tal violencia que yo pasé mucho miedo. Hasta Jan se puso pálido, aunque no quiso que se le notara. El Jefe, en cambio, se echó a reír.

—Esto es la Puerta del Infierno, chicos. No os asustéis.

Una vez hubimos pasado la confluencia, las aguas recobraron la calma.

—Esto es el Estrecho, Quash —me dijo al poco rato—. En este lado —añadió, señalando a la izquierda—, la costa sigue hasta Connecticut y Massachusetts. En el otro, Long Island

se prolonga durante más de cien kilómetros. Y ahora ¿estás contento de haber venido?

La verdad es que aquél era el lugar más bonito que había visto en toda mi vida. El cielo estaba despejado y sentía el sol en la piel. Dondequiera que mirase, el agua estaba tranquila y la tierra tenía una suave elevación, con playas y grandes cañaverales, y las aves planeaban sobre las olas. Para mí era como estar en el paraíso.

Seguimos navegando durante horas hasta que llegamos a un pueblecito situado en la orilla de la isla, en el estrecho, en cuyo embarcadero subimos

a bordo unas mercancías que el Jefe iba a vender después en la ciudad. Cuando estábamos a punto de acabar, llegó un hombre a inspeccionar la operación. Era un mercader inglés. Pronto se quedó mirando al Jefe con aire pensativo, y el Jefe lo observó también a él.

—¿No os vendí hace tiempo un dólar de plata?

—Creo que sí —respondió el Jefe.

Después estuvieron conversando durante media hora. Yo no lo oí todo, pero me encontraba cerca de ellos cuando el inglés dijo que se había casado hacía un par de años y estaba muy satisfecho de haber vuelto desde

Londres. Al final, cuando ya nos íbamos, oí que el Jefe le decía al hombre que debería irse a vivir a Nueva York, que allí le iría bien; y el inglés dijo que seguramente así lo haría.

Ese hombre, que se llamaba Master, iba a causarle muchas complicaciones al ama.

En una ocasión se me presentó la oportunidad de complacer mucho al ama.

En las colonias americanas, todo el mundo sabía que nuestras vidas dependían del desarrollo de las disputas

que mantenían nuestros amos del otro lado del océano. Cinco años después de que se acabara la última disputa mantenida entre los ingleses y los holandeses, volvieron a surgir conflictos. Aquella vez, sin embargo, se trató de una cuestión de familia.

El rey Carlos II de Inglaterra mantenía cordiales relaciones con su primo, el rey Luis XIV de Francia, y no había olvidado la humillación que le infligieron los holandeses. Por eso, cuando en 1672 el rey Luis atacó los Países Bajos, el rey Carlos se unió a él. Las cosas no les salieron del todo bien, no obstante, porque cuando los franceses

llegaron con todas su tropas a los Países Bajos, los holandeses abrieron los diques e inundaron la tierra para impedirles el paso. Durante el verano siguiente nos llegaron noticias de que los barcos holandeses subían por la costa, prendiendo fuego a los barcos ingleses cargados de tabaco de Virginia y causando toda clase de dificultades. A finales de julio, vimos los navíos de guerra holandeses fondeados cerca de Staten Island.

Por aquel entonces en la ciudad había un joven caballero apellidado Leisler. Era alemán, creo, pero se había instalado en Manhattan, se había casado

con una rica viuda holandesa y había prosperado en sus negocios. Era prácticamente holandés, y el ama le tenía por ello bastante aprecio. Mientras el Jefe estaba fuera, vino a la casa, y yo oí que le decía al ama que mucha gente se planteaba si debían acoger a los holandeses y pedirles que echaran a los ingleses de Manhattan si querían.

—Algunos comerciantes piensan que habría que enviar una comisión a Staten Island —aseguró—, pero a mí me preocupan los cañones del fuerte. Allí hay cuarenta y seis que podrían causar daños a la flota holandesa.

Una vez que se hubo ido Leisler, el

ama se quedó pensativa. Cuando volvió el Jefe, le repitió lo que le había dicho Leisler. El Jefe, que ya conocía los rumores, aconsejaba a todo el mundo que se quedara en su casa. Entonces salió afuera para averiguar más datos. No debía de haber llegado muy lejos cuando el ama me llamó.

—¿Tienes un martillo, Quash?

Sí tenía uno, en el taller de atrás. Cuando fue a mirar allí, reparó en unos grandes clavos de metal que el Jefe había utilizado para sujetar una tienda.

—Cógelos —me indicó—. Vas a venir conmigo.

Yo temía ir, por lo que había dicho

el Jefe, pero no me atreví a decirle que no a ella, de modo que nos fuimos al fuerte.

El sol se ponía ya, pero había mucha gente afuera. El capitán del fuerte se encargaba de la vigilancia. Disponía de algunos soldados pero trataba de reunir a los voluntarios, que se encontraban en su mayoría en la zona a la que llaman el Bowleen Green, situada delante del fuerte. Sin parar mientes en el capitán, el ama caminó directamente hacia el fuerte conmigo y llamó a unos cuantos voluntarios para que la acompañaran. Seríamos unos veinte los que entramos. Entonces el ama fue hasta donde se

encontraban los cañones y antes de que nadie se diera cuenta de lo que hacía, me quitó un clavo y el martillo y se puso a introducir el clavo en el orificio por donde se pone la pólvora de uno de los cañones, para que no se pudiera disparar. Al verlo, algunos de los soldados se pusieron a gritar y trataron de impedírselo, pero ella no les hizo caso y siguió remachando el clavo, hasta dejarlo encajado en el cañón. Ésa es una maniobra que se emplea para inutilizarlos.

Los soldados, que no estaban muy entrenados, se estaban poniendo muy nerviosos. Vinieron corriendo hasta

nosotros y reclamaron a gritos a los voluntarios que detuvieran al ama. Pero como eran holandeses, aquellos voluntarios no les obedecieron, y el ama ya se había trasladado hasta el siguiente cañón.

Justo entonces, uno de los soldados llegó y quiso golpear al ama con el mosquete. A mí no me tocó más remedio que abalanzarme hacia él y, antes de que la alcanzara, lo abatí y le golpeé la cabeza contra el suelo con bastante fuerza, de modo que no se volviera a levantar. Para entonces había llegado otro soldado, que me apuntaba con una pistola. Cuando apretó el gatillo, pensé

que iba a morir, pero por suerte para mí, la pistola no estaba bien cebada y no se disparó. El ama se volvió, y al ver lo ocurrido llamó para que los voluntarios mantuvieran a raya a los soldados, y así lo hicieron.

Bueno, después todo fue muy confuso, con los soldados que no sabían qué hacer y la llegada de otros voluntarios más que acudían a ayudar al ama, y luego el capitán se puso hecho una furia cuando averiguó lo que pasaba. El ama siguió taponando los cañones hasta que no le quedaron más clavos. Después dejó el martillo a los voluntarios y les ordenó que

prosiguieran con la labor.

Al día siguiente, los holandeses desembarcaron con seiscientos soldados más allá de la muralla. Siguieron hasta el fuerte, suscitando sólo algunos vítores entre la población, y el capitán inglés tuvo que rendirse. No podía hacer otra cosa.

Después de aquello gocé de un favor especial por parte del ama. Yo temía que el Jefe se enfadara conmigo por haber desobedecido sus órdenes yendo al fuerte.

—El ama dice que le salvaste la vida —me comentó al día siguiente.

—Sí, señor —respondí.

Entonces se echó a reír.

—Supongo que debería estarte agradecido —añadió, y no me reprochó nada.

Los holandeses recuperaron Nueva York, y aquella vez le pusieron el nombre de Nueva Orange. Pero esa situación sólo duró un año, sin embargo. Como era de prever, del otro lado del océano nuestros dirigentes firmaron otro tratado y de nuevo pasamos a ser territorio de los ingleses, para gran contrariedad del ama.

Después de eso, la situación estuvo

bastante tranquila durante un tiempo. Manhattan volvió a llamarse Nueva York, pero el nuevo gobernador inglés, que se llamaba Andros, hablaba holandés y ayudaba a los comerciantes... a los ricos sobre todo. Él desecó el canal que atravesaba la ciudad. El ama decía que lo hizo porque a la gente le recordaba a Ámsterdam, pero la verdad es que aquella vieja zanja apestaba bastante y supongo que por eso lo hizo. Encima construyeron una bonita calle llamada Broad Street, o calle Ancha.

Fue por aquella época cuando vino a vivir a Nueva York el señor Master, el

hombre que habíamos encontrado en Long Island. Él y el Jefe hicieron muchos negocios juntos. Al Jefe le gustaba seguir practicando el tradicional comercio de pieles remontando el río, pero entonces prosperaba el negocio que se realizaba en la costa con las plantaciones de azúcar de las Indias Occidentales y, según aseguraba el señor Master, las buenas ocasiones de hacer dinero se encontraban allí. El Jefe a veces invertía en sus viajes, y también lo hacía *meinheer* Philipse.

El Jefe tomó una iniciativa que hizo las delicias del ama. Como Jan estaba ya en edad de casarse, el Jefe acordó su

boda con una chica de una buena familia holandesa. Se llamaba Lysbet Petersen y poseía una considerable fortuna. Yo la había visto en la ciudad, pero nunca había hablado con ella hasta el día en que vino a la casa cuando se anunció el compromiso.

—Éste es Quash —me presentó Jan, dedicándome una afable sonrisa, tras lo cual la joven dama me saludó inclinando la cabeza.

—Quash ha estado con nosotros toda la vida, Lysbet. Es mi mejor amigo —dijo entonces la señorita Clara.

Yo me alegré mucho con su intervención. Después de eso, la joven

dama me dispensó una cálida sonrisa, para demostrarme que había comprendido que merecía que me trataran con consideración.

Fue un placer asistir a la boda y ver al dómine sonriente, y al Jefe y al ama cogidos del brazo con cara de gran satisfacción.

Al año siguiente llegó el momento en que pude prestar al Jefe un servicio que iba a cambiarme la vida.

En el año 1675 se produjo una terrible sublevación entre los indios. El jefe indio que la encabezaba se llamaba

Metacom, aunque algunos lo llamaban el rey Philip. No sé muy bien qué discrepancia prendió los ánimos, pero lo cierto fue que en poco tiempo la amargura que habían acumulado en sus corazones los indios contra el hombre blanco por haberles quitado su tierra los llevó a sublevarse en Massachusetts y las partes más alejadas de Connecticut. Al poco tiempo, los indios y los blancos se mataban entre sí en grandes escabechinas.

Los habitantes de Nueva York estaban aterrorizados, y es que esas tribus que habían tomado las armas pertenecían todas al grupo de hablantes

del algonquino. Por eso parecía natural que las tribus que vivían en los alrededores de Nueva York se volvieran belicosas también, pues incluso bastante debilitadas aún eran numerosas en la cuenca alta del río y en Long Island.

El gobernador Andros sabía, no obstante, cómo afrontar la situación. Congregó a todos aquellos indios y les hizo jurar que no iban a luchar; y a muchos los llevó a acampar cerca de la ciudad, donde podía mantenerlos vigilados. Después subió por el río hasta territorio de los indios mohawk y les prometió abundancia de comercio y mercancías con la condición de que, si

los algonquinos de los alrededores de Nueva York causaban problemas, los mohawks acudieran a destrozarlos. La medida dio resultado, sin duda, porque en las proximidades de Manhattan no hubo ningún alboroto.

Un día, por aquella época, el Jefe me llevó a un lugar del centro de la isla de Manhattan adonde habían ordenado acampar a algunos de los indios. Me dijo que conocía a esa gente desde hacía mucho, desde el tiempo en que comerciaba con ellos. Habían plantado varios tipis junto a un claro, en un sitio donde las fresas silvestres crecían en medio de la hierba. El Jefe pasó un rato

hablando con los indios en su propia lengua, y se notaba que estaban contentos de verlo; pero también vi que algunos de ellos estaban enfermos. Más tarde, el Jefe vino a hablarme.

—¿Tienes miedo de las fiebres, Quash?

La fiebre se había declarado de vez en cuando en la ciudad. Cuando tenía dieciocho años recuerdo que fue una epidemia muy mala que mató a más de un niño y anciano. A mí, sin embargo, nunca me había afectado.

—No, Jefe —respondí.

—Estupendo —dijo—. Entonces quiero que te quedes con esta gente un

tiempo y procures que tengan cuanto necesitan. Si les falta comida o medicinas, vienes a decírmelo a la ciudad.

Permanecí en ese lugar casi un mes. Varias de aquellas familias padecieron una fiebre grave. Una de las mujeres en especial, que era más pálida que los demás, perdió a su marido, y sus hijos estuvieron casi a punto de morir. Pero yo la ayudé a llevar a los niños al río, donde les bajaba la temperatura, y después fui a la ciudad a buscar harina de avena y otros alimentos por el estilo. Creo que de no haberla ayudado yo, también habría perdido a aquellos niños.

Sea como fuere, se lo expliqué al Jefe, y me dijo que había obrado bien.

No obstante, cuando todo acabó, no bien volví a casa, tuve que sufrir las iras del ama.

—Has estado desperdiciando el tiempo salvando a esos indios —me gritó—. Ahora aplícate en tu trabajo y limpia esta casa que has tenido desatendida durante un mes.

Yo sabía que ella tenía un mal concepto de los indios, pero no era culpa mía el haberlos ayudado. El Jefe me dijo que no me preocupara, pero después de eso pareció que ella se había olvidado de que le había salvado la vida

y me dispensó un trato frío durante una buena temporada.

Eso me llevó a caer en la cuenta de que uno puede vivir con una persona toda la vida sin tener la garantía de llegar a conocerla bien.

Lo cierto fue que me granjeé la gratitud del Jefe. Alrededor de un mes más tarde me llamó a la habitación donde solía trabajar y me dijo que cerrase la puerta. Fumando en pipa, me miró con actitud pensativa, y yo pensé que igual se me venía encima alguna complicación.

—Quash, ningún hombre vive para siempre —me dijo en voz baja al cabo de un minuto—. Un día yo moriré, y he estado pensando en qué convendría hacer entonces en lo que a ti respecta.

Pensé que tal vez querría que trabajara para su hijo Jan, pero me mantuve callado, escuchando respetuosamente.

—He decidido que seas libre —añadió.

Cuando oí aquellas palabras, casi no me lo creí. Todos los libertos que había conocido habían trabajado para la Compañía de las Indias Occidentales mucho tiempo atrás. Apenas había oído

de algún caso en que los propietarios privados de Nueva York concedieran la libertad a sus esclavos. Por eso, cuando me anunció aquello, me quedé embargado de sorpresa y emoción.

—Gracias, amo —dije.

Él dio varias caladas a la pipa.

—Aunque te necesitaré mientras siga vivo —añadió. Yo debí de reaccionar con una mirada bastante comedida, porque se echó a reír—. Ahora te estás preguntando cuánto tiempo voy a durar ¿eh?

—No, Jefe —aseguré. Los dos sabíamos, de todas maneras, que así era, así que él volvió a reír con más ganas

aún.

—Pues que sepas que no tengo ninguna prisa en morirme —advirtió, antes de gratificarme con una bondadosa sonrisa—. Puede que tengas que esperar bastante, Quash, pero no me voy a olvidar de ti.

Parecía que mi sueño de libertad se iba a hacer realidad un día.

Desde luego, no esperaba que justo entonces fuera a producirse otro gozoso acontecimiento en mi vida.

Después de los disturbios de los indios, Nueva York recuperó la

tranquilidad. Algunos ricos hacendados habían dejado sus domicilios de las plantaciones de las Barbados y otros lugares parecidos para instalarse allí. La mayoría vivían en grandes casas en primera línea de mar del East River y algunos no se molestaban en hablar holandés. De todas maneras, muchas de las familias holandesas de la ciudad seguían trayendo a sus parientes desde su país, de tal suerte que con todas aquellas casas holandesas y lo mucho que se oía hablar holandés por las calles, cualquiera habría pensado que Stuyvesant seguía siendo el gobernador.

Meinheer Leisler se estaba

volviendo una figura relevante de la ciudad, que contaba con el aprecio del pueblo llano holandés. A menudo acudía a ver al ama, siempre muy educado y bien vestido, con una pluma en el sombrero. Sus atenciones complacían sobremanera al ama, porque pese a ser aún una mujer bien parecida, se estaba acercando al final de la edad de tener hijos, y a veces estaba un poco deprimida. El Jefe, que lo comprendía, siempre era muy considerado con ella y procuraba encontrar la manera de darle contento.

No se podía decir lo mismo de la señorita Clara, en cambio. Desde la

boda de su hermano, aquella niña a quien yo quería tanto se había convertido en un monstruo, hasta un punto en que me costaba creerlo. Viéndola, era la misma muchacha de expresión dulce y pelo dorado que había conocido. Conmigo era casi siempre buena y con su padre se mostraba respetuosa, pero con su madre era como un demonio. Si el ama le pedía que ayudara a la cocinera o fuera al mercado, le replicaba alegando que sabía perfectamente que había prometido ir a visitar a una amiga precisamente entonces y quejándose de que su madre era una desconsiderada. Si

el ama decía algo, la señorita Clara le llevaba la contraria. Si algo iba mal, siempre le achacaba la culpa al ama hasta que a veces ella no podía más. El Jefe trataba de hacer entrar en razón a Clara y la amenazaba con castigarla, pero ella pronto volvía con sus quejas. Por aquella época yo sentía verdadera lástima por el ama.

Un día el señor Master vino a la casa acompañado de uno de los hacendados ingleses y se pusieron a hablar en inglés entre ellos. Yo estaba también presente. Para entonces ya había aprendido algunas palabras en esa lengua que me bastaban para entender

parte de lo que se decía.

Justo cuando habían empezado, el Jefe me pidió en holandés que fuera a buscar algo, y así lo hice. Cuando lo traje, me mandó a hacer otro recado, que cumplí también con diligencia antes de volver a instalarme en mi sitio diciendo algo que le hizo reír. Entonces vi que el hacendado me miraba con mala cara y luego le dijo en inglés al Jefe que tuviera cuidado, que no debía darme tantas confianzas, porque en las plantaciones habían tenido muchos problemas con los esclavos negros, y la única manera de tratarnos era ir siempre armados y propinarnos unos buenos

latigazos si actuábamos con descaro. Yo mantuve la vista fija en el suelo, haciendo como que no entendía, y el Jefe soltó una carcajada prometiendo tenerlo en cuenta.

Resultó que el tema de la conversación eran los esclavos, porque el señor Master acababa de llegar a Nueva York con un cargamento de ellos, algunos de los cuales eran indios. Debido a las quejas expresadas por otros países por haberse apoderado de sus habitantes para venderlos, el gobernador Andros había establecido que sólo se podían vender en el mercado esclavos negros —todas las naciones

estaban de acuerdo en que los negros podían serlo—, y eso presentaba un inconveniente para el señor Master.

—Mi intención es vender a esos indios en privado —dijo—. Tengo una estupenda muchacha india y pensaba que quizás os interesaría comprarla.

En ese preciso momento entró el ama que, a juzgar por su cara apenada, debía de haber tenido algún otro altercado con la señorita Clara. El ama muchas veces fingía no comprender el inglés, pero en ese momento no se tomó la molestia.

—No pienso tener ningún indio apestoso en mi casa —se puso a gritar.

Luego se volvió hacia el Jefe y añadió —: Aunque sí necesito una chica que me ayude. Podrías comprarme una negra.

El amo estaba tan contento de poder hacer algo para complacerla que al día siguiente fue a comprar una esclava. Se llamaba Naomi.

Yo por entonces tenía unos treinta años. Naomi tenía diez menos, pero era muy sensata para su edad. Era más bien baja, de cara redonda, un poco entrada en carnes, como a mí me gustan. Al principio, al estar en una casa nueva, permanecía callada, aunque conmigo sí

hablaba. Con el paso de los días, nos fuimos conociendo mejor y cada uno contó su vida al otro. Ella había vivido en una plantación, pero había tenido la suerte de trabajar como criada en la casa. Cuando el propietario de la hacienda enviudó y se volvió a casar, la nueva esposa dijo que quería esclavos nuevos y que había que vender a los de antes. Entonces su amo la vendió a un tratante que la llevó a Nueva York, donde los precios eran buenos.

Yo le dije a Naomi que en aquella casa eran amables, y eso la consoló un poco.

Nos llevábamos muy bien. A veces

la ayudaba si tenía labores duras y, cuando yo estaba cansado, ella me echaba una mano. Cuando estuve enfermo unos días, ella me cuidó. Así, a medida que pasaba el tiempo, fue creciendo mi afecto por Naomi, por lo buena que era.

Empecé a pensar en casarme con ella.

Yo nunca había andado escaso de amistades femeninas. Aparte de las mujeres de la ciudad, había una chica a la que me gustaba ir a ver. Vivía en un pueblecito de la costa del East River, situado justo debajo de Hog Island, y se llamaba Violet. Las tardes de verano en

que el Jefe me decía que no me iba a necesitar más, yo me iba discretamente hasta allí. Violet tenía varios hijos, alguno de los cuales podría haber sido mío.

Naomi era para mí distinta de aquellas otras mujeres. Me inspiraba una actitud protectora. Si debía entablar relaciones con ella, sería para sentar cabeza, y hasta entonces nunca me había planteado tal cosa. Por eso durante una temporada procuré ser sólo amigo de Naomi y mantenerla a cierta distancia. Al cabo de un tiempo me di cuenta de que ella estaba extrañada con mi comportamiento, pero nunca me dijo

nada y yo tampoco me sinceré con ella.

Una tarde, durante el primer invierno que ella pasó allí, la encontré sentada a solas, temblando. Como siempre había vivido en sitios calurosos, no conocía la clase de frío que llega a hacer en Nueva York. Me senté a su lado y la rodeé con el brazo. Poco a poco, una cosa llevó a la otra, y luego no pasó mucho tiempo antes de que empezáramos a vivir como marido y mujer.

El Jefe y el ama debieron de darse cuenta, pero no dijeron nada.

Era primavera cuando el Jefe me

dijo que tenía que acompañarlo en un viaje por el Hudson. Yo siempre había sentido curiosidad por ver aquel gran río, de modo que aunque aquello me supusiera estar separado de Naomi durante un tiempo, me alegré de poder ir. El Jefe debía marcharse unas semanas después, pero como Clara y el ama se habían estado peleando tanto, creo que tenía ganas de alejarse de ellas.

Justo antes de nuestra partida, él y el ama tuvieron una discusión. Al ama nunca le había gustado que él se fuera río arriba, y entonces se puso a echarle las culpas por el comportamiento de Clara. Luego cerraron la puerta para que

no pudiera oírlos, pero cuando nos fuimos, el Jefe tenía la mirada gacha y apenas habló.

Llevaba un cinturón de *wampum*. Yo me había fijado ya que siempre se ponía ese cinturón cuando se iba río arriba. Me parece que se lo debía de haber regalado algún jefe indio.

Había cuatro remeros, y el Jefe dejó que me hiciera cargo del timón. Cuando llevábamos una hora navegando, ya estaba más animado. Como teníamos la marea y el viento en contra, ese día avanzamos despacio, pero al Jefe no parecía importarle. Creo que estaba feliz de encontrarse en el río. Aún se

veía Manhattan cuando nos paramos para acampar.

A la mañana siguiente, el amo se me quedó mirando un momento.

—Oye, Quash, por lo visto has tomado como esposa a Naomi —me dijo—. ¿No sabías que tenías que pedirme permiso?

—No sé si es mi esposa exactamente, Jefe —respondí—. Para tomar una esposa hay que ir a la iglesia —señalé, para ver qué contestaba.

—Los ingleses tienen una manera de expresarlo —explicó—. Según la legislación inglesa, en la que se supone que nosotros nos debemos basar, puesto

que ella vive en la casa contigo como si estuvierais casados se consideraría tu esposa «de hecho». Bueno, pues a ver si eres bueno con ella —me recomendó con una sonrisa.

—¿No estáis enojado conmigo, Jefe? —pregunté. Él negó con la cabeza, sonriendo—. ¿Y el ama? —añadí.

—No te preocupes. —Lanzó un suspiro—. Al menos en eso estamos de acuerdo.

Después se quedó contemplando el río un momento, con la brisa de cara, y yo lo miré para ver si aún estaba de buen humor. Cuando se volvió, me sonrió de nuevo.

—¿Os puedo pedir algo, Jefe? — pregunté.

—Adelante —dijo.

—Bueno, la situación es la siguiente.

Un día me dijisteis que yo podría conseguir la libertad. Pero aunque Naomi sea mi esposa de hecho, eso no le servirá de nada a ella. Seguirá siendo una esclava.

El jefe no me respondió.

—Veréis, Jefe, es que estaba pensando en qué pasará si tenemos hijos.

Yo me había esforzado por comprender la ley, y tanto la holandesa como la inglesa coincidían en ese punto:

el hijo de un esclavo pertenece al amo. Y si el amo libera al esclavo, el hijo sigue siendo propiedad suya, a menos que lo libere expresamente por su nombre. Eso dice la ley. El jefe permaneció callado un momento y después asintió para sí.

—Bueno, Quash, tendré que pensar en esa cuestión —dijo—, pero no va a ser ahora mismo.

Estaba claro que por el momento no quería volver a hablar del asunto.

Por la tarde nos acercamos a la orilla, junto a un pueblo indio, y el Jefe

me dijo que lo esperase en la barca mientras él iba a hablar con los indios. No se quedó mucho rato y al volver, subió a la barca y ordenó a los remeros que remontaran la corriente. Como parecía pensativo, yo guardé silencio, ocupándome del timón.

Proseguimos así hasta que, al cabo de media hora más o menos, después de un recodo del río, me volvió a hablar.

—¿Te acuerdas de esos niños indios a los que salvaste? —me preguntó.

—Sí, Jefe —respondí.

—Pues su madre murió. De fiebres.

La madre no me importaba mucho, pero yo me había esforzado mucho para

salvar a los niños, así que le pregunté si estaban todos bien.

—Sí —contestó—, los niños viven.

—Eso está bien, Jefe —dije.

Esa tarde bajamos para acampar. Comimos alrededor del fuego, el Jefe, los cuatro remeros y yo. El Jefe siempre trataba bien a sus hombres. Ellos lo respetaban, pero él sabía sentarse a bromear con ellos, e incluso cuando tenía otros quebraderos de cabeza, siempre les procuraba su tiempo de descanso.

El Jefe había traído buenas

provisiones y un barrilete de cerveza. Después de haber comido y bebido un poco, los remeros reían y me tomaban el pelo hablándome de las mujeres con las que, según ellos, yo había estado. Y así, la conversación derivó hacia las mujeres en general. Entonces uno de los hombres dijo, riendo, que le daba miedo el ama.

—No me gustaría tenerla como enemiga, Jefe —dijo.

Yo, que sabía que el Jefe y ella habían tenido una pelea, pensé que más valdría que se hubiera callado. Vi, en efecto, que al Jefe se le ensombreció un momento la cara, pero al final sonrió.

—A mí no me gustaría tener como enemiga a ninguna mujer.

Los hombres estuvieron muy de acuerdo con él.

—Bueno, creo que es hora de dormir —indicó poco después el Jefe.

Al poco rato los remeros dormían, y yo también me acosté.

El Jefe no dormía, sin embargo. Se quedó al lado del fuego observando, meditabundo, el río, y yo supuse que estaría pensando en la riña que había tenido con el ama, de modo que guardé silencio.

Así permaneció largo rato. El fuego se estaba apagando. Las estrellas

relucían por encima del río, pero había algunas nubes que corrían por el cielo, y después se levantó una ligera brisa que agitó los árboles, sólo un poco, como un suspiro. Era una apacible canción de cuna que, al poco, me tornó soñoliento, pero el Jefe no se acostaba.

Al cabo de un poco, creyendo que con eso tal vez lo distraería de sus cavilaciones y le ayudaría a dormir, le dije:

—Escuchad la brisa, Jefe.

—Ah ¿aún estás despierto?

—Quizás os ayude a dormir, Jefe — observé.

—Puede que sí, Quash —respondió.

—Esta brisa es tan suave, Jefe, que es como una voz que hablara entre los pinos. Si lo intentáis, la oiréis.

No dijo nada, pero al cabo de un poco vi que abatía la cabeza, de modo que supuse que estaría escuchando. Como se quedó muy quieto, pensé que igual se había dormido, aunque después se levantó despacio y me dirigió una mirada. Yo fingí que dormía.

Entonces se fue a caminar por la orilla del río en medio de la oscuridad.

Yo seguí acostado, esperando a que volviera, y como pasaba el tiempo y no volvía, empecé a preocuparme por si le había pasado algo. En los bosques hay

muchos osos, aunque si lo hubieran atacado lo normal habría sido que se oyera algún grito. Aun así, como seguía ausente, al cabo de un rato me levanté y me fui por donde se había ido él, bordeando el río. Avancé con mucho tiento sin hacer ningún ruido, pero no lo veía por ninguna parte. Como no quería llamarlo, seguí caminando, y a cosa de un kilómetro más allá, lo vi.

Estaba sentado en un retazo de hierba que había junto al agua, bajo las estrellas. Le vi encorvado, con los hombros pegados contra las rodillas, llorando. Estremeciéndose con grandes sacudidas, se ahogaba casi con los

sollozos. Nunca había visto llorar a un hombre de esa manera. No me atrevía a avanzar, pero tampoco quería dejarlo solo, de modo que me quedé parado un rato y él siguió sollozando como si se le fuera a partir el corazón. Permanecí allí mucho tiempo y aunque la brisa arreció un poco, él no se percató. Luego la brisa paró y se asentó un gran silencio bajo las estrellas. Él se calmó un poco y, como no quería que me encontrara allí, me fui furtivamente.

De regreso junto al fuego, traté de dormir, pero seguí con el oído alerta, inquieto por él. Era casi el amanecer cuando volvió.

Remontamos el gran río Hudson durante cuatro días y vimos los grandes pueblos de los mohawk, con sus casas y empalizadas de madera. El Jefe compró una gran cantidad de pieles. Cuando llegamos a casa, yo corrí a ver a Naomi y ella me sonrió de una manera curiosa. Después me dijo que esperaba un hijo, lo que me procuró gran contento. Poco después se me ocurrió la idea de que, si era un niño, lo llamaría Hudson, en recuerdo del viaje que había hecho.

Naomi también me contó que el ama y Clara se habían peleado esa mañana y que la señorita Clara se había ido de la

casa.

—El ama está de muy mal humor —advirtió.

Yo pasé delante del salón justo después de que entrase el Jefe. Como la puerta estaba abierta, oí cómo el Jefe le hablaba al ama de las pieles que había comprado a los mohawk, pero parecía que ella no decía nada.

—¿Dónde está Clara? —preguntó él.

—Afuera —respondió ella. Después calló un momento y añadió—: Supongo que también pasarías a ver a tus otros amigos indios.

—Sólo un momento —aseguró él—. No tenían pieles.

El ama no respondió.

—Por cierto —dijo él—. Pluma Pálida ha muerto.

Llevaba ya un buen momento escuchando junto a la puerta y pensaba que sería mejor marcharme cuando oí la voz del ama.

—¿Y por qué me lo cuentas? —replicó—. Una apestosa india más o menos, ¿qué más da?

El Jefe guardó silencio unos instantes, y cuando contestó lo hizo con voz calmada.

—Eres cruel —la acusó—. Su madre era mejor mujer que tú.

Luego oí que se encaminaba a la

puerta y me apresuré a alejarme.

Después de aquello, tuve la impresión de que entre él y el ama había un ambiente de frialdad, como si se hubiera muerto algo entre ellos.

A menudo pensé en aquellas palabras y creo que entendí su significado. No les presté mucha atención, sin embargo, porque para entonces tenía que ocuparme de mi propia familia.

Según pasaban los años, me daba más cuenta de lo afortunado que era de estar casado con Naomi. Cumplía con

todo el trabajo de la casa para el ama, incluso estando embarazada, sin quejarse nunca. Yo, que sabía las muchas obligaciones que debía atender, la ayudaba cuanto podía. Al acabar el día, siempre me ofrecía una sonrisa. Lo compartíamos todo, y el afecto que sentíamos el uno por el otro creció tanto con el tiempo que me costaba imaginar cómo había sido vivir sin ella.

Mi pequeño Hudson era el niño más vivaracho del mundo. Yo adoraba jugar con él y también el Jefe solía acompañarnos. Me parece que durante un tiempo Hudson pensó que el Jefe era su abuelo o algo así. Cuando mi hijo ya

había cumplido dos años, Naomi tuvo una niña, pero era débil y murió. Dos años más tarde, sin embargo, tuvimos otra niña, a la que le pusimos de nombre Martha. Tenía la cara redondeada como su madre y, a medida que crecía, mostró que también tenía su mismo carácter.

Casi sin darnos cuenta, Hudson se convirtió en un niño de cinco años. Correteaba por todas partes y el Jefe decía que no podía alcanzarlo. Naomi decía que se parecía a mí. Muchas veces lo cargaba a hombros y me lo llevaba conmigo a hacer recados por la ciudad, aunque si había tiempo, siempre lo llevaba a los muelles, porque le

fascinaba mirar los barcos. Lo que más le entusiasmaba era ver cómo despleaban las velas y oír el golpetazo que producían al chocar con el viento.

Un día, cuando el señor Master estaba de visita, le preguntó a Hudson qué le gustaría hacer de mayor y Hudson, con su vocecita de flauta, le contestó que quería ser marinero.

—Ajá —dijo el señor Master al Jefe—. Quizá debería venir a trabajar conmigo.

El Jefe se echó a reír pero, pensando en todos los cargamentos de esclavos que el señor Master transportaba hasta Nueva York, yo no deseaba que mi hijo

navegara en ningún barco como ése.

Martha, por otro lado, era una niña muy cariñosa. Si yo salía, al volver se arrojaba en mis brazos y se me colgaba del cuello diciendo que no me soltaría si no le contaba un cuento. Como no conocía ninguno me los tenía que inventar, así que empecé a contarle historias de un gran cazador llamado Hudson que vivía en el río del mismo nombre, que era libre y tenía una hermana llamada Martha que era muy afectuosa y juiciosa. Las aventuras que vivían en aquellos salvajes territorios eran prodigiosas.

Durante aquel tiempo, el Jefe también encontró un buen marido para la señorita Clara. Creo que tanto él como el ama se alegraron de que se fuera de la casa. Esa vez el ama quedó muy complacida también con el Jefe por haber elegido una buena familia holandesa, de modo que la casó el dómine en la Iglesia holandesa, igual que a su hermano Jan. Como su marido no vivía en la ciudad, sino en Long Island, no la veíamos con frecuencia. El ama iba de vez en cuando a quedarse unos días en la casa de Clara y ahora que estaba casada se llevaban muchísimo mejor que antes.

En cuanto al Jefe y el ama, vivían juntos y aunque no se peleaban, era como si cada uno siguiera una vía distinta.

El Jefe y el señor Master estaban cada vez más unidos. Éste era de esos hombres que no parecen envejecer. Con su cara alargada y su mata de pelo amarillo, aquellos ojos azules tan intensos y su complexión delgada, apenas si cambiaba, descontando algunas arrugas en la cara. Era de modales agradables y siempre estaba ocupado con algo.

—Buenos días, Quash —me saludaba siempre que venía—. Eres una

buena persona, Quash —me decía al marcharse, mirándome rápidamente con esos ojos suyos, tan azules.

—Quash y yo somos muy amigos —le decía a veces al Jefe—. ¿No es verdad, Quash?

—Sí, señor —le respondía yo.

Por aquellos años, deseosos de mantener a las ricas familias holandesas de su parte y sacar provecho de su amistad, los gobernadores ingleses les concedían enormes extensiones de tierra. Los comerciantes ingleses también prosperaban. El señor Master estaba impaciente por que al Jefe le dieran también una propiedad porque,

según decía, en Inglaterra nadie era considerado como un caballero si no poseía tierra en abundancia. Los hombres relevantes como *meinheer* Philipse y los Van Cortlandt, que tenían una gran finca al norte de la ciudad, se estaban convirtiendo en caballeros a toda prisa, y sus mujeres se hacían unos altos peinados y se ponían lujosos vestidos que les ceñían el vientre y les realzaban los pechos.

Al Jefe se le notaba que también le apetecía, lo mismo que a Jan, que a veces le decía que deberían comprar un poco de tierra. A la señora, en cambio, no le parecía bien. Ella seguía llevando

un sencillo bonete en la cabeza y un holgado vestido de estilo holandés, como las otras mujeres de su país. Las holandesas, no obstante, tenían una gran afición por las joyas, tanto o más que las inglesas. A ella le agradaba llevar grandes joyas colgadas de las orejas y diría que llevaba un anillo en cada dedo. Aparte, se pasaba casi todo el día dando caladas a su pipa de arcilla. Más que nunca no se dejaba impresionar por nada que guardara relación con los ingleses.

—Son una nación despreciable —afirmaba—. Se dejan gobernar por los papistas.

Y es que, tal como se descubrió,

nuestro dirigente el duque de York había sido un católico practicante en secreto. La gente sospechaba que el rey Carlos II quizá también era católico en secreto, pero él lo negaba. El duque de York, sin embargo, no lo ocultaba. Él era partidario de los católicos, e incluso envió un gobernador católico a Nueva York. En Nueva York uno puede practicar cualquier religión del mundo, o ninguna, porque dicen que la mitad de los habitantes de aquí no tienen ningún credo. De todas maneras, la mayoría les tiene miedo a los católicos.

Ese gobernador otorgó una carta en la que permitía elecciones libres en la

provincia y prometía que no habría ningún aumento de impuestos sin antes consultar a los representantes. Por eso, algunos de los religiosos holandeses dijeron que no era tan malo, pero el ama siguió teniendo una mala opinión de él.

—Nunca hay que fiarse de un inglés —decía—, y tampoco de un papista.

El invierno del año 1684 fue extraordinariamente frío. El gran estanque que hay al norte de la ciudad estuvo helado durante más de tres meses. Como a la mayoría de holandeses, al Jefe le gustaba patinar

sobre hielo, y una mañana nos fuimos todos allí con Jan y sus dos hijas.

Jan trabajaba con su padre, aunque por aquel entonces el negocio de la destilación de ron había adquirido más importancia. Durante un tiempo habían tenido una destilería en Staten Island, al otro lado de la bahía, pero Jan había montado otra en la ciudad con el señor Master. También comerciaba con los licores que llegaban de Holanda, como la ginebra a la que ellos llaman *genever*.

Ese día también vino el ama, con Clara y su marido. Aún no habían tenido hijos, pero ella se veía más bonita que nunca. El Jefe enseñó a patinar a todos

los niños, incluido mi hijo Hudson, y el ama comentó, muy sonriente, que ver a toda esa gente patinar en el gran estanque era como contemplar una pintura holandesa. Ni siquiera pareció contrariarle que aparecieran el señor Master y su familia.

El señor Master tenía un hijo llamado Henry que debía de tener dieciocho años por aquella época. Era igual que su padre. El caso es que cuando ese joven vio a la señorita Clara, tan guapa y acalorada por el ejercicio con el frío, no pudo despegar la vista de ella. Estuvieron patinando juntos. Hasta al ama le hizo gracia.

—Ese chico está enamorado de ti —
le dijo a Clara.

Ese día lo guardé en la memoria
como un momento de gran felicidad.

El mazazo llegó en 1685. La noticia
se abatió sobre Nueva York como un
relámpago. El rey Carlos II había muerto
y su hermano el duque de Nueva York lo
sucedía en el trono. El rey Jaime II, el
católico.

Nueva York tenía un rey católico
que, al poco tiempo, ya estaba
concediendo a los católicos los cargos
de poder. Después anuló la carta que

concedía derecho de elecciones a la provincia.

—Ya os lo había advertido — repetía el ama—. Ya os dije que nunca hay que fiarse de un católico.

Y eso no fue lo peor. En Francia, el rey Luis XIV decidió de repente expulsar a todos los protestantes de su reino, que eran muchos. Los desdichados tuvieron que coger las pertenencias que podían llevarse y huir. Algunos fueron a los Países Bajos y no transcurrió mucho tiempo antes de que también emigraran a Nueva York. Los hugonotes, los llamaban.

Un día *meinheer* Leisler fue a ver al

ama en compañía de uno de aquellos hugonotes, un hombre muy imponente llamado monsieur Jay. Éste dijo que el rey Jaime había escrito al rey Luis para felicitarle por haber expulsado a todos esos protestantes de su reino. También comentaron que en Inglaterra había mucho descontento con aquel rey católico. El Jefe se quedó asombrado, y en cuanto al ama, a partir de ese momento no habló de otra cosa. Decía que los ingleses deberían sublevarse y derrocar al Rey. Eso era lo que habían hecho los holandeses cuando tenían como dirigente a un monarca católico español. El Jefe contestaba que los

ingleses estaban dispuestos a esperar, porque el rey Jaime no tenía ningún hijo varón y sus dos hijas eran ambas protestantes. Con el tiempo las cosas volverían a su cauce, aseguraba. Ella no se quedaba satisfecha, sin embargo.

Durante los dos años siguientes, en Nueva York todo el mundo se estuvo quejando del Rey.

Un día de primavera del año 1689, el ama llegó a toda prisa a la casa con una gran sonrisa en la cara para decirnos que los ingleses habían expulsado al rey Jaime II de su reino.

—¡Se ha cumplido la voluntad de Dios! —exclamaba.

La causa fue un niño. Después de años sin haber tenido hijos, el rey Jaime tuvo de pronto un descendiente varón al que iba a educar en el catolicismo.

—Ni siquiera los ingleses iban a soportar eso —dijo.

Por lo visto, lo echaron en muy poco tiempo y reclamaron a su hija mayor, María. Ellos llamaron a aquellos sucesos la Gloriosa Revolución.

—Además de ser protestante —elogiaba el ama—, María está casada con nuestro propio soberano de los Países Bajos, Guillermo. Los dos juntos reinarán en Inglaterra.

Le faltaba poco para ponerse a

bailar de alegría sólo de pensar que volvería a estar bajo gobierno holandés.

Poco después de la Gloriosa Revolución llegó la noticia de que los holandeses e ingleses habían declarado la guerra al rey católico Luis de Francia. A ese conflicto lo llamaron la guerra del rey Guillermo. Aquí teníamos todos miedo de que los franceses católicos instalados en el lejano norte se unieran a los indios iroqueses y bajaran hasta Nueva York. De hecho, los franceses y los indios atacaron algunos asentamientos holandeses en la cuenca alta del río. De todas maneras, para los comerciantes como el Jefe y el señor

Master, la guerra también puede representar una gran oportunidad.

Siempre me acordaré de aquel soleado día en que el Jefe nos dijo que debíamos acompañarlo a los muelles. Nos fuimos todos: el Jefe y el ama, y yo con Hudson. Cuando llegamos, nos esperaban ya Jan y el señor Master con su hijo Henry. Nos llevaron remando hasta un barco que había anclado en el East River. Era una nave estupenda, con altos mástiles y varios cañones. El señor Master nos la enseñó. Hudson no se perdía ni un detalle; nunca lo había visto tan alborozado. Varios mercaderes habían invertido en ese barco para

montar una expedición con el fin de atacar a los comerciantes franceses y, aprovechando que estábamos en guerra, quitarles sus cargamentos. El señor Master había invertido una octava parte y el Jefe y Jan otra octava parte. Se veía que el navío estaba bien construido y era capaz de navegar a buena velocidad.

—No habrá barco francés que lo pueda superar —aseguró el señor Master con gran satisfacción—. Y el capitán es un corsario de primera. Con suerte, nos reportará una fortuna.

En ese preciso momento Hudson empezó a tirarme de la manga porque quería preguntar algo. Yo le dije que se

callara.

—No, deja que pregunte —intervino el señor Master.

—Por favor, Jefe ¿qué diferencia hay entre un corsario y un pirata? —dijo Hudson.

El Jefe y el señor Master se miraron y luego se echaron a reír.

—Si el barco nos roba a nosotros —explicó el Jefe—, es un pirata. Pero si roba al enemigo, es un corsario.

Poco después de que zarpase el barco, el marido de la señorita Clara se puso enfermo y se murió. Como no

tenían hijos, ella volvió a vivir una temporada con sus padres. Yo pensaba que igual habría problemas, pero con el paso de los años se avino mejor con su madre. La señorita Clara estuvo apenada un tiempo, desde luego.

—Tenemos que buscarle otro marido —oí que le decía el ama al Jefe.

Mientras tanto, yo creo que el ama estaba de todas maneras contenta de tenerla a su lado.

A mi Naomi se le daba bien coser, por lo que se ocupaba de todos los remiendos de la casa. También empezó a enseñar a coser a la pequeña Martha, y al cabo de un tiempo la señorita Clara

se fijó en la habilidad que tenía Martha con las agujas. Al ser tan niña, tenía unos dedos flexibles y rápidos y era sorprendente lo que era capaz de hacer.

—Esta niña es un tesoro —afirmaba la señorita Clara.

Muchas veces se llevaba de paseo a Martha y el ama no parecía que se lo tomara mal.

Una cosa era enviar nuestros corsarios contra el enemigo, y otra gobernar la provincia. Durante un tiempo reinó una gran confusión. Arriba en Boston, habían metido en la cárcel al

gobernador nombrado por el rey Jaime. En Nueva York, nadie sabía a quién le correspondía el mando. Fue entonces cuando *meinheer* Leisler entró en las páginas de la historia. Como era uno de los dirigentes de la milicia ciudadana, los notables de la ciudad le pidieron que asumiera el puesto de gobernador hasta que se aclarasen las cosas.

Ya se puede imaginar cada cual lo contenta que se puso el ama. Algunos de los más destacados holandeses le prestaron su apoyo, como el doctor Beekman y algunos de los Stuyvesant. Los pequeños comerciantes y menestrales y todos los holandeses más

pobres también estaban de su parte, porque era su compatriota. También era del agrado de los hugonotes, que no paraban de llegar en casi todos los barcos. Él los ayudó a crear un asentamiento propio en un lugar al que llamaron Nueva Rochelle, como una de las ciudades francesas de las que los habían expulsado. Muchos ingleses, sobre todo los de Long Island, lo consideraban un buen candidato, porque detestaban a los católicos en general y él era un buen protestante. Algunos de los más fervorosos incluso afirmaron que la Gloriosa Revolución era una señal de que el Reino de los Cielos se acercaba.

Meinheer Leisler estuvo pues gobernando Nueva York durante un tiempo, pero no fue tarea fácil para él. Recuerdo que una vez vino a ver al ama y le explicó lo complicado que era mantener el orden.

—Voy a tener que aumentar los impuestos —señaló—. Después de eso ya no me apreciarán tanto.

En la cara, de por sí alegre, se le notaba que estaba tenso y cansado.

—Una cosa sí os prometo, sin embargo —añadió—, y es que jamás entregaré esta ciudad a ningún católico.

Meinheer Leisler estuvo al frente de la ciudad durante un año y medio.

Aunque el ama estaba encantada con él, el Jefe era más comedido.

Empecé a comprender lo que pensaba el Jefe un día en que íbamos caminando por la calle principal que va del fuerte a la entrada de la muralla, la que los ingleses llamaban Broadway, que significa camino ancho. Esa parte de la ciudad estaba habitada por los holandeses de condición más humilde, como los carpinteros, cocheros, ladrilleros, cordeleros y marineros. Todos eran partidarios de Leisler. Entonces yo le comenté al Jefe lo popular que era *meinheer* Leisler.

—Hum —murmuró—. De todas

maneras, no le va a servir de mucho.

—¿Por qué, Jefe? —pregunté.

Pero él no me dijo nada.

Pronto se hizo evidente, sin embargo, la complicación a la que se refería. *Meinheer* Leisler comenzó a distribuir cargos entre las personas del pueblo llano y a darles poder. Ni siquiera a los grandes comerciantes holandeses les gustó aquello. Algunos dómines también empezaron a quejarse.

El ama no dio importancia a esas quejas. Ella siempre defendía a Leisler.

—Es holandés, y ahora tenemos un rey holandés —alegaba.

—Pero también es un rey inglés —oí

que le advirtió en una ocasión el Jefe—, y tiene la corte en Londres. Los grandes comerciantes tienen amigos en la corte inglesa, y Leisler no.

A continuación le aconsejó que tuviera cuidado con lo que decía.

A medida que fueron transcurriendo los meses, los hombres relevantes presentaron una oposición tan fuerte que *meinheer* Leisler comenzó a reaccionar. Detuvo a *meinheer* Bayard y pidió órdenes de detención para Van Cortland y varios más. Los holandeses de condición humilde, que adoraban a *meinheer* Leisler, incluso atacaron las casas de algunas de estas personas

influyentes. Como era rico, el Jefe temió incluso que vinieran a quemar la suya. Una noche llegó a casa anunciando que habría alborotos en las calles y yo le expliqué que el ama había salido.

—Acompáñame, Quash —me dijo—. Más vale que velemos para que no le pase nada.

Nos fuimos a recorrer la ciudad y cuando salíamos de la calle Beaver, al final de Broadway, vimos a más de un centenar de mujeres que caminaban juntas hacia el fuerte para expresar su apoyo a *meinheer* Leisler. El ama iba en la primera fila. Por un momento vi tan furioso al Jefe que pensé que iba a

llevársela a rastras, pero luego de repente se echó a reír.

—Bueno, Quash —me dijo—, supongo que esto significa que no van a atacar nuestra casa.

Al final, sin embargo, todo se desarrolló tal como había advertido el Jefe. De Londres llegó un barco con soldados para tomar la ciudad. Sabiendo cuántos enemigos tenía, *meinheer* Leisler resistió en el fuerte diciendo que no entregaría la ciudad sin órdenes expresas del rey Guillermo. Al final éstas llegaron, sin embargo, y después arrestaron a *meinheer* Leisler, porque al rey le habían dicho que era un peligroso

rebelde.

—Fueron tus amigos quienes tramaron esto —acusó el ama al Jefe.

—Date por contenta de que no te hayan detenido a ti también —le contestó él.

De todas maneras, cuando oímos que los notables de la ciudad pedían al rey Guillermo si podían ejecutar a *meinheer* Leisler, dijo que aquello sería una vergüenza.

Justo después de aquellos sucesos, el barco corsario del Jefe y del señor Master regresó a puerto. Se habían

apoderado de un pequeño botín que no iba a reportar mucho provecho. También traían unos cuantos esclavos, aunque a mí no me gustó el aspecto que tenían.

—No parece que estén muy sanos —reconoció el señor Master—. Mejor será que los vendamos enseguida.

Y al día siguiente los vendieron.

Entre tanto, el pobre *meinheer* Leisler seguía encerrado esperando el desenlace de su suerte. La mayoría de los habitantes de la ciudad estaban indignados. En nuestra casa había un terrible abatimiento. El ama casi no hablaba con nadie. A primeros de mayo, cuando una de las mujeres que habían

acudido a la marcha hacia el fuerte con el ama pidió que le cediera a Naomi unos cuantos días para hacer unas labores de costura en su granja, ella se la prestó. En la casa había tanta tristeza que le pedí que se llevara a la pequeña Martha también. Se fueron pues a esa *bouwerie*, que quedaba a unos tres kilómetros tan sólo de la ciudad, y se quedaron diez días allí.

Mientras tanto, el tiempo se volvió muy inestable. Unos días hacía calor y bochorno, los excrementos de los caballos y los otros animales apestabán en las calles, y luego venía un día de lluvia y de frío. Parecía que a todo el

mundo le afectaba. Yo, que normalmente tengo un ánimo estable, me sentía abatido y me costaba hacer mi trabajo. Al final Naomi y Martha volvieron una tarde, ya de noche. No hablamos casi porque estaban tan cansadas que se fueron directamente a dormir.

A la mañana siguiente fui con el Jefe al puerto. El señor Master y los otros comerciantes estaban pasando cuentas sobre las ganancias del barco y discutiendo si valía la pena organizar otra salida. Después fuimos al fuerte, porque el Jefe y el señor Master querían tener noticias de *meinheer* Leisler. Cuando salieron, el Jefe sacudía la

cabeza.

—Bayard está decidido a destruirlo —dijo al señor Master—. No creo que esperen siquiera la respuesta del rey Guillermo.

Íbamos a entrar en una taberna, cuando vimos al pequeño Hudson que llegaba corriendo.

—¿Qué ocurre, chico? —le preguntó el Jefe.

—Es Martha, señor —gritó—. Me parece que se está muriendo.

La pobre niña ardía de fiebre. Daba pena verla. Y Naomi también parecía

enferma y tenía escalofríos.

—Han sido esos esclavos que llegaron con el barco del Jefe —me dijo—. Los vendieron a la *bouwerie* donde estuvimos. Estaban enfermos cuando llegaron y uno de ellos murió. Estoy segura de que nos contagiaron algo.

Nadie sabía, sin embargo, qué enfermedad era. Mi pequeña Martha estuvo ardiendo toda la noche, y por la mañana casi no podía respirar. Naomi y yo la cuidábamos, pero entrada la noche, Naomi comenzó a empeorar. Yo las bañé con agua fría para hacer bajar la fiebre, pero no sirvió de mucho.

Después, por la mañana, la señorita

Clara acudió a la puerta.

—No debéis entrar, señorita Clara —le dije—. No quiero que os enferméis.

—Ya lo sé, Quash —respondió—, pero yo quiero cuidarla.

Cuando me dijo eso casi me asfixió la emoción. De todas formas, llamé enseguida al ama para avisarla a fin de que mantuviera alejada a la señorita Clara. El ama le dijo que no debía entrar, pero la señorita Clara era obstinada y no cedió ni con la intervención de su padre. Dijo que no pensaba irse hasta que no le hubiera dado a Martha la poción de hierbas que

le había traído y que sin duda le haría bien.

—Entonces dale la poción a Quash —sugirió el Jefe.

Ella no le hizo caso y permaneció con Martha, dándole la mano mientras le hacía tomar la bebida. Aunque Martha casi no podía engullir, es posible que le sirviera de algo, porque después se quedó más sosegada. Entonces conseguí que la señorita se fuera de la habitación.

El caso es que mi pequeña Martha murió hacia el anochecer. Su madre, de puro extenuada, se había quedado dormida poco antes. Como no quería mantener a la niña muerta en la

habitación con ella, cogí el menudo cadáver y salí sin hacer ruido al patio. El Jefe dijo que mientras tanto podía dejarla en el establo y que quizá podría enterrarla esa noche.

Al regresar, vi que Naomi intentaba incorporarse, buscando a Martha.

—¿Dónde está?! —gritó.

—Abajo hace más fresco —le expliqué, incapaz de decirle la verdad en ese momento—. Está descansando allí un rato.

En ese momento, sin embargo, a través de la ventana oyó llorar a Clara, de manera que tuve que contárselo.

—Está muerta ¿verdad? —dijo

Naomi—. Mi pequeña Martha está muerta.

No sé por qué, pero no pude responder. Entonces Naomi volvió a recostarse en la cama y cerró los ojos. Esa noche comenzó a subirle la fiebre. Estaba ardiendo y temblaba.

—Me voy a morir, Quash —me dijo—. Me voy a morir esta noche.

—Tienes que procurar resistir —le pedí—. Hudson y yo te necesitamos.

—Lo sé —contestó.

A la mañana siguiente empezó a llover. Era una lluvia lenta y continua. Como estaba atendiendo a Naomi, no pensé en nada de lo que ocurría en el

mundo ese día. Por la tarde, el Jefe vino al patio y preguntó por Naomi.

—¿Te has enterado de la noticia? —me comentó después—. Han ejecutado al pobre Leisler.

—Lo siento, Jefe —dije.

—El ama se lo ha tomado muy mal —me confesó—. Le han dado muerte como a un traidor.

Sabía a qué se refería. Por ese procedimiento cuelgan a la persona, pero no el tiempo suficiente para matarla. Después le quitan las tripas y le cortan la cabeza. Costaba pensar que una cosa así le ocurriera a un caballero como *meinheer* Leisler.

—Él no era más traidor que yo —reconoció el Jefe—. La gente se está quedando retazos de su ropa como reliquia. Dicen que es un mártir. —Lanzó un suspiro—. Por cierto, creo que Hudson debería quedarse en la cocina esta noche.

—Sí, Jefe —acepté.

Esa noche siguió lloviendo. Yo pensé que igual el frescor serviría para que mejorase Naomi, pero no fue así. A medianoche tenía la fiebre tan alta que se revolvía gimiendo. Luego se calmó. Tenía los ojos cerrados y yo no sabía si estaba mejor o si había perdido la partida. Hacia el amanecer, me di cuenta

de que había parado de llover. Naomi tenía la respiración trabajosa y se la veía muy débil. Entonces abrió los ojos.

—¿Dónde está Hudson? —preguntó.

—Está bien —le aseguré.

—Quiero verlo —susurró.

—No es conveniente —le advertí.

Después pareció perder el conocimiento. Al cabo de un poco me levanté y salí afuera un momento, para respirar aire fresco y contemplar el cielo. Estaba despejado y por el este había salido la estrella matutina.

Cuando regresé, Naomi había fallecido.

Los días posteriores al funeral, el Jefe y el ama fueron muy considerados conmigo. El Jefe procuró que estuviera atareado con diversos quehaceres y también procuró distraer a Hudson con recados. En eso tenía razón. El ama, por su parte, apenas decía nada pero se notaba que estaba muy afectada por la ejecución de *meinheer* Leisler.

Un día, mientras trabajaba en el patio, el ama vino y se quedó parada a mi lado con cara de tristeza.

—Tú y Naomi erais felices juntos ¿verdad? —me preguntó al poco—. ¿No os peleabais?

—Nunca tuvimos una palabra más

alta que la otra —le respondí.

Se quedó callada un momento.

—Las palabras crueles son algo terrible, Quash —declaró luego—. A veces uno acaba lamentando haberlas pronunciado, pero lo que está dicho, dicho queda.

No sabiendo qué contestar a eso, seguí trabajando. Al cabo de un momento, ella asintió como para sí y se fue adentro.

Ese mismo año, el ama compró otra esclava para sustituir a Naomi, y creo que pensó que quizá yo entablaría una

relación con ella. Pero aunque no era una mala mujer, no nos llevábamos bien, y a decir verdad, me parece que nadie podría haber ocupado el puesto de Naomi.

Hudson fue un gran consuelo para mí. Como sólo quedábamos los dos, pasábamos mucho tiempo juntos. Era un chico muy guapo y un buen hijo. Nunca se cansaba de estar en los muelles; pedía a los marineros que le enseñaran a hacer nudos, conocía todas las maneras posibles que había de atar un cabo, y hasta sabía hacer dibujos con ellos. Yo le enseñé cuanto podía y le dije que tenía la esperanza de que un día el Jefe

nos concediera la libertad. No le hablaba mucho de eso, sin embargo, porque no quería que se hiciera ilusiones para que no se llevara una gran decepción si no conseguíamos la libertad. Para mí siempre era una alegría tenerlo caminando a mi lado. A menudo, mientras andábamos o charlábamos, apoyaba la mano en su hombro, y cuando creció, a veces era él el que me cogía por el hombro.

Aquélla fue una época difícil para el ama. Aún era una mujer bien parecida; aunque el cabello se le había vuelto gris, la cara apenas le había cambiado. Por aquellos años, empero, las arrugas

empezaron a invadirle el rostro, y cuando estaba triste se le ponía cara de vieja. Parecía que nada salía como ella quería, porque aunque en la ciudad la mayoría de la gente seguía hablando holandés, daba la impresión de que cada año había más leyes inglesas.

Después los ingleses quisieron que su Iglesia, la anglicana como ellos la llaman, fuera la religión principal del lugar. El gobernador dispuso, además, que fuera cual fuese la iglesia a la que uno asistía, tenía que pagar dinero para mantener a los sacerdotes anglicanos. Eso enojó a mucha gente, en especial al ama. Algunos de los dómines, sin

embargo, estaban tan ansiosos por complacer al gobernador que no presentaron quejas, e incluso se ofrecieron para compartir sus iglesias con los anglicanos hasta que ellos pudieran construir las suyas propias.

Al menos le quedaba su familia, aunque el Jefe, aun con más de sesenta años, siempre estaba ocupado. Puesto que la guerra emprendida por el rey Guillermo contra los franceses se prolongaba aún, se seguían montando muchas expediciones corsarias. A veces se iba por el río a comprar pieles. Otra vez se fue con el señor Master por la costa de Virginia.

Ella pasaba mucho tiempo en casa de Jan, que no estaba lejos, para ver a sus nietos. Clara también era un consuelo para ella, pero la señorita se ausentaba mucho de casa, y me parece que el ama se sentía sola.

Una tarde de verano, poco después de que el Jefe y el señor Master volvieran de Virginia, la familia se reunió a cenar en la casa. Jan y su esposa estaban presentes con sus hijas, y también la señorita Clara. Hudson y yo servíamos la mesa. Todo el mundo estaba contento, y acabábamos de servir

el vino de Madeira al final de la comida cuando la señorita Clara se levantó y dijo que tenía algo que anunciarles.

—Tengo buenas noticias —dijo, mirándolos a todos—. Me voy a casar.

Muy sorprendida, el ama preguntó con quién.

—Me voy a casar con el joven Henry Master —respondió.

Bueno, yo tenía un plato en la mano y por poco no se me cayó. En cuanto al ama, se quedó mirando con incredulidad a la señorita Clara.

—¡El hijo de Master! —gritó—. ¡Si ni siquiera es holandés!

—Ya lo sé —contestó la señorita

Clara.

—Es mucho más joven que tú —
continuó el ama.

—Muchas mujeres de esta ciudad se han casado con hombres más jóvenes —
replicó la señorita Clara, antes de mencionar a una rica dama holandesa que se había casado tres veces con maridos más jóvenes.

—¿Has hablado con el dómine?

—No vale la pena consultar al dómine. Nos casará el señor Smith, en la Iglesia anglicana.

—¿Anglicana? —El ama emitió un sonido ahogado—. ¿Su familia se atreve a exigir eso?

—Ha sido idea mía.

El ama se quedó inmóvil mirándola, como si no se lo pudiera creer. Después se volvió hacia el Jefe.

—¿Tú lo sabías?

—Había oído algo, pero Clara tiene más de treinta años y es viuda. Hará lo que le parezca mejor.

Entonces el ama se dirigió a su hijo y le preguntó si estaba enterado.

—Algo sabía —reconoció.

Después de aquello, fue como si el ama se hundiera en la silla.

—Habría sido menos doloroso si alguien me hubiera informado.

—No lo sabíamos con seguridad —

alegó Jan.

—No es tan grave, Greet —dijo alegremente el Jefe—. Henry es un buen chico.

—De modo, Clara —continuó el ama—, que piensas casarte con un inglés y renunciar a tu religión. ¿Es que no significa nada para ti?

—Lo amo —contestó Clara.

—Eso no durará —afirmó el ama—. ¿Eres consciente de que con un matrimonio inglés dispondrás de pocos derechos?

—Conozco la ley.

—Nunca debes pertenecer a tu marido, Clara. Las mujeres holandesas

son libres.

—No me preocupa eso, madre.

Todos guardaron silencio un momento, mientras el ama permanecía con la cabeza gacha.

—Ya veo que yo no cuento nada para mi familia —dijo—. Todos estáis confabulados con Master. Espero que disfrutes con ello —añadió, dirigiéndose a la señorita Clara.

Poco tiempo después los casó el clérigo inglés, el señor Smith. El ama se negó a asistir a la iglesia, y a nadie le sorprendió. Muchos de sus amigos holandeses habrían obrado igual. Cuando el Jefe volvió más tarde, la

encontró sentada en el salón con semblante sombrío. Él, en cambio, estaba bastante alegre y se veía que se había tomado unas cuantas copas.

—No te preocupes, querida —le dijo—. Nadie te ha echado de menos.

Por mi parte, yo me habría dado por contento si mi hijo Hudson no hubiera querido embarcarse. Siempre me estaba acosando con la cuestión, y el Jefe estaba totalmente a favor. El señor Master decía que lo llevaría consigo cuando quisiera, y era sólo porque el Jefe sabía que yo no quería y que

Hudson era todo cuanto tenía por lo que no lo alquilaba al señor Master.

—Me estás haciendo perder dinero, Quash —se quejaba. Y no era una broma.

Un día el señor Master vino a la casa con un caballero escocés al que llamaban capitán Kidd, un antiguo corsario que se había casado con una rica viuda holandesa. Era un hombre fornido e iba muy erguido. Aunque tenía la cara curtida por el viento y el sol, siempre llevaba una bonita peluca, una inmaculada corbata y una lujosa chaqueta de color azul y rojo. El ama lo tildaba de pirata, pero como entonces

tenía tanto dinero, era muy respetable y se codeaba con el gobernador y las mejores familias del lugar. El señor Master le dijo que el joven Hudson era capaz de hacer toda clase de nudos y cuando le pidió que le hiciera una demostración, quedó muy impresionado.

—A este esclavo vuestro le corresponde estar en el mar, Van Dyck —dictaminó con su acento escocés—. Deberíamos hacer de él un marinero.

Después se quedó sentado en el salón contándole al Jefe sus aventuras pasadas en presencia de Hudson, de manera que luego pasé un mes terrible, con la insistencia de éste, que quería

irse a navegar.

Durante todo el tiempo que pasé en aquella casa, me acostumbré a oír las conversaciones que sostenía la familia sin ninguna reserva. Si a veces tenían que hablar de algo en privado, el Jefe y el ama esperaban a encontrarse solos y entonces cerraban la puerta. En general hablaban de forma espontánea, sobre todo durante la comida, mientras yo servía. Por eso, al cabo de los años, yo estaba perfectamente enterado de sus opiniones y de cuanto acontecía en el mundo.

En una ocasión, no obstante, oí algo que no debería haber oído.

No fue culpa mía. Detrás de la casa había un agradable jardín, al que daba la habitación que el Jefe usaba como despacho. Estaba muy cuidado, como todos los jardines holandeses. Había un peral y un arriate de tulipanes. También tenía un huerto con coles, cebollas, zanahorias, endivias y maíz. Al abrigo de una pared crecían unos melocotoneros. De joven nunca me gustó trabajar el huerto, pero más adelante me agradaba cuidar las plantas.

Un cálido día de primavera me hallaba trabajando allí, no lejos de la

ventana del despacho del Jefe, que estaba abierta. Ni siquiera sabía que él estaba adentro hasta que oí la voz de su hijo Jan.

—He oído que *meinheer* Philipse ha dictado un testamento inglés —comentó.

—Ah. —Era la voz del Jefe.

—Es lo más apropiado que puede hacer un caballero —opinó Jan—. Tú mismo deberías planteártelo.

Había una gran diferencia entre lo que ocurría entre los ingleses y los holandeses después de morir. Cuando un holandés moría, su viuda mantenía la propiedad de la casa y de todos sus negocios hasta que moría. Entonces se

dividía todo entre los hijos, varones y mujeres por igual. Las inglesas no reciben tanta consideración, porque cuando una inglesa se casa, toda su fortuna pasa a pertenecer al marido, como si fuera una esclava. Tampoco se le permite realizar ningún negocio, y si su marido muere, el hijo mayor hereda casi todo, excepto una parte que se reserva para la manutención de la viuda. Los ingleses estaban aprobando, además, una ley que permitía que el hijo expulsara a la madre de la casa en un plazo de cuarenta días.

Los grandes propietarios ingleses apreciaban esta forma de hacer las

cosas, porque al mantener entera la propiedad, la familia conservaba su poder. Por el mismo motivo, después de acceder al rango de caballero, algunos holandeses optaban por redactar un testamento inglés, aunque la mayoría de los holandeses no se guiaban por el derecho inglés. Yo creo que sus esposas no lo habrían aceptado y tampoco me imaginaba que el Jefe le hubiera prestado ninguna atención.

—Tenemos un testamento holandés que se redactó en la época de nuestra boda —contestó el Jefe—. Lo tiene el viejo Schermerhorn, el abogado de tu madre. Le daría un ataque si lo

alterásemos.

—No tendría por qué saberlo. El nuevo testamento inglés lo sustituiría.

—¿Por qué quieres cambiarlo?

—Sinceramente, padre, no me fío de su buen juicio. La manera como se comportó con la cuestión de Leisler es un buen ejemplo. No creo que sea la persona adecuada para gestionar nuestro dinero. Clara tiene una buena situación; recibió una generosa dote y también heredó de su primer marido, y Dios sabe que a Henry Master no le falta el dinero. De acuerdo con el testamento inglés que dispondrá su padre, casi toda la fortuna de los Master pasará a manos tuyas, sin

duda. Ella es mucho más rica que yo.

—Entiendo a qué te refieres —dijo el Jefe.

—Ya sabes que yo siempre cuidaré de madre, y Clara también.

—No lo dudo.

—Sólo creo que deberías protegerme a mí y a la familia Van Dyck, eso es todo.

—Lo pensaré, Jan, te lo prometo. Pero es mejor que esto quede entre nosotros.

—Desde luego —aceptó Jan.

Yo me apresuré entonces a trasladarme a la otra punta del huerto, y cuando volví a la casa nunca dije ni una

palabra de lo que había oído, ni siquiera a Hudson.

Del año 1696 recuerdo dos acontecimientos. Hacía unos años que se había trazado una nueva calle paralela a la vieja muralla del norte de la ciudad, que se estaba cayendo a pedazos. A esa nueva calle la llamaron Wall Street, o calle del Muro. Ese año, los anglicanos sentaron los cimientos de una gran iglesia en la esquina de Wall Street y Broadway, a la que pusieron por nombre Trinity Church, o iglesia de la Trinidad.

El segundo acontecimiento fue el

último viaje del capitán Kidd.

La guerra que mantenía el rey Guillermo contra los ingleses se prolongaba aún. Los franceses y los indios habían atacado un asentamiento holandés situado a unos trescientos kilómetros más arriba siguiendo el cauce del río, y en el océano, los franceses y sus piratas causaban tantas complicaciones que los ingleses rogaron al capitán Kidd que fuera a darles una lección. Éste, como ya he dicho, estaba retirado y era un hombre respetable. De hecho, por aquel entonces estaba contribuyendo a la construcción de la iglesia Trinity de Wall Street, pero de

todas maneras aceptó.

—Aunque no creo que les costara mucho convencerlo —comentó el Jefe—. Los viejos lobos de mar siempre acaban sintiéndose inquietos en tierra firme.

Una tarde, cuando volvía a casa, Hudson vino a mi encuentro. A mí me pareció que estaba algo excitado, pero no me dijo nada. Se puso a caminar a mi lado como para acompañarme, tal como hacía a menudo. Yo le apoyé la mano en el hombro, como solía hacer, y seguimos andando.

—El capitán Kidd quiere llevarme en su barco —me dijo al cabo de un

rato.

Yo sentí un vuelco en el corazón, como un barco a punto de naufragar.

—Eres demasiado joven para pensar en eso —repliqué.

—Ya casi tengo dieciséis años. En los barcos emplean a muchachos de menor edad.

—El Jefe no lo va a permitir —afirmé, rogando por que así fuera—. ¿Tanta prisa tienes por dejar a tu padre? —le pregunté.

—No —respondió, rodeándome el cuello con el brazo—. No es eso. Pero en el mar podría aprender el oficio de marinero.

—Podrías aprender el de pirata —
contesté.

Yo había visto muchas veces las tripulaciones de esos navíos corsarios y temblaba sólo de pensar que Hudson pudiera vivir entre hombres de tal calaña.

Apenas llegamos a la casa, el Jefe me mandó llamar.

—Mira, Quash —me anunció—, el capitán Kidd quiere comprar a Hudson. Me ha hecho una oferta muy buena.

Me quedé mirándolos a uno y al otro, sin saber qué decir. Después me puse de rodillas, que era lo único que podía hacer.

—No lo mandéis lejos al mar, Jefe —le pedí—. Él es todo lo que tengo.

—Él quiere ir, ya lo sabes —me recordó el Jefe.

—Sí —reconocí—, pero él no comprende. El capitán Kidd es un caballero correcto, o eso espero, pero su tripulación... Algunos de los hombres que está reclutando son vulgares piratas.

—No lo puedes retener a tu lado para siempre, Quash —dijo el Jefe.

Yo traté de pensar qué posibilidades tenía. Aparte de exponer a Hudson a los peligros del mar, lo que más miedo me daba era lo que el capitán Kidd pudiera hacer en caso de convertirse en su

propietario. ¿Y si decidía vender a mi hijo en algún lejano puerto? ¿Qué sería entonces de Hudson? Yo todavía mantenía la esperanza de que el Jefe le concediera también la libertad algún día.

—Quizás el capitán Kidd esté dispuesto a pagar por los servicios de Hudson sin comprarlo —apunté—. Podríais alquilárselo. Así el capitán tendría que devolvéroslo. Después de aprender el oficio de marinero valdrá más —aduje.

Era todo lo que se me ocurría, pero vi que el Jefe se había quedado pensativo.

—Está bien, Quash —dijo—. Ahora vete y mañana hablaremos del asunto.

Al día siguiente se decidió que el capitán Kidd alquilaría a Hudson. Yo agradecí el detalle. Faltaban varias semanas para que estuviera listo el barco, y para mí aquél era un tiempo precioso, porque pensaba que tal vez nunca volvería a ver a mi hijo. A él no se lo decía, sin embargo. Estaba tan entusiasmado que siempre que podía separarse de mí se iba al puerto.

Eran muchas las personas que pensaban sacar beneficios de aquel viaje. Además del gobernador, en él habían invertido dinero varios grandes

lores ingleses. La gente murmuraba que hasta el rey Guillermo era accionista en secreto. El barco se llamaba el *Adventure Galley* («la galera aventurera») porque tenía remos, con lo cual podía atacar otros navíos incluso si no había viento. Transportaba ciento cincuenta tripulantes y treinta y cuatro cañones.

Cuando se acercaba el momento en que debía hacerse a la mar el barco, le pedí a Hudson que viniera a sentarse conmigo.

—Ahora has de obedecer al capitán Kidd en todo, porque es tu jefe. Pero algunos de los hombres con los que vas

a embarcar son personas muy malas, Hudson. Por eso lo mejor es que te ocupes sólo de tus asuntos y no te inmiscuyas en nada, y de este modo puede que no te molesten. Ten presente siempre lo que tu padre y tu madre te enseñaron y no te ocurrirá nada malo.

Finalmente, en septiembre de ese año de 1696, el *Adventure Galley* zarpó del puerto de Nueva York, y yo me quedé mirando a Hudson hasta que desapareció de la vista.

Pasaron los meses sin recibir noticia alguna. Yo sabía que si no encontraba

ninguna presa cerca, el capitán Kidd atravesaría probablemente el océano para ir al sur de África y al cabo de Buena Esperanza, porque al otro lado, donde estaba la isla de Madagascar, encontrarían barcos mercantes y piratas franceses.

Un día llegó al puerto un navío que había estado en aquellas regiones, con noticias de que el capitán Kidd había perdido un tercio de su tripulación a causa del cólera en las proximidades de Madagascar. No tuve manera de comprobar, sin embargo, si aquello era cierto y si mi Hudson estaba vivo o muerto.

Aquella primavera la señorita Clara dio a luz a un niño. Como hasta entonces Jan sólo había tenido niñas, el Jefe estaba encantado con aquel varón. Le pusieron Dirk, como él.

—Tengo un nieto, Quash —me dijo —, y con suerte puede que incluso viva para verlo crecer. ¿No es algo magnífico?

—Sí, Jefe —corroboré—. Sois un hombre afortunado.

Aun así, pese a que la señorita Clara trajo al pequeño para enseñárselo a su madre, el ama no estaba contenta de tener un nieto anglicano.

Entonces, cuando menos lo esperaba, me llegó la noticia que había estado anhelando toda la vida. Un día en que el ama estaba ausente, el Jefe me mandó llamar al salón.

—Quash —me dijo—, ya sabes que te prometí que, cuando muriera, serías un hombre libre.

—Sí, Jefe —respondí.

—Bueno, quizá lo de ser libre no sea lo único que te preocupa, pero de todas formas, en mi testamento se te concede la libertad y también un poco de dinero.

—Yo también me estoy haciendo viejo, Jefe —señalé, rezando para mis

adentro—. ¿Podría lograr también Hudson la libertad?

—Sí —confirmó el Jefe—, a él también se le concederá la libertad. Si vive.

—Gracias, Jefe —dije.

—No debes decirle nada de esto a nadie, Quash —me advirtió el Jefe con gravedad—. No le hables de ello a Hudson, ni a nadie de la familia. Por cuestiones que tú desconoces, esto debe quedar entre nosotros dos. ¿Lo entiendes?

—Sí, Jefe —asentí.

De aquello deduje que debía de haber redactado un testamento inglés.

—Otra cosa más —añadió—. Tienes que prometerme que cuando yo haya fallecido, me harás un favor.

Sacó un pequeño hatillo que desenvolvió. Adentro había el cinturón de *wampum* que llevaba puesto cuando hicimos el viaje por el río.

—¿Lo habías visto antes?

—Sí, Jefe —dije.

—Éste es un cinturón muy especial, Quash —aseguró—. Para mí representa mucho. En realidad, para mí tiene más valor que todo cuanto poseo. Lo mantengo envuelto y oculto en un lugar que te voy a enseñar. Cuando yo muera, Quash, quiero que vayas a buscar este

cinturón. No le digas nada a nadie, ni siquiera al ama, pero quiero que lleves este cinturón a la casa de la señorita Clara y le digas que éste es el regalo personal que yo le hago al pequeño Dirk. Dile que debe conservarlo y dárselo a su hijo un día, si tiene alguno, o entregárselo a mis descendientes para honrar mi memoria. ¿Me prometes que lo harás, Quash?

—Sí, Jefe, lo prometo —dije.

—Perfecto.

Después me enseñó el escondrijo, donde guardamos a buen recaudo el cinturón de *wampum*.

En la primavera siguiente volvieron a circular rumores sobre el capitán Kidd. Al puerto llegaron barcos cuyos tripulantes afirmaban que en lugar de perseguir a los piratas, se había convertido en un navío pirata también. Entonces le pregunté al Jefe qué opinaba.

—¿Quién sabe lo que ocurre en el mar? —contestó, encogiéndose de hombros.

Yo pensaba en Hudson, pero no dije nada más. Los rumores continuaron, aunque hasta el año siguiente no supimos nada concreto. En la primavera del 1699 oímos que los barcos de la Marina

inglesa se habían hecho a la mar para buscarlo. Al final, el capitán Kidd apareció ese verano en Boston, y nos llegaron noticias de que lo habían detenido.

Fue entonces cuando el Jefe mostró su mejor cara. Así al menos me pareció a mí, porque no había pasado una hora después de recibir aquella noticia y ya se había puesto en camino hacia Boston para averiguar algo de Hudson. Yo intenté darle las gracias cuando se iba, pero él me sonrió diciéndome que sólo iba a interesarse por el estado de su propiedad.

Ese día salía hacia Boston un rápido

navío. Luego transcurrieron dos semanas, y después, una tarde, vi a dos hombres caminando por la calle en dirección a la casa. Uno era el Jefe. El otro era un negro, un poco más alto que yo, un tipo con aspecto fuerte. Entonces vi con sorpresa que se puso a correr hacia mí y cuando me estrechó entre sus brazos, supe que era mi hijo Hudson.

Durante los días siguientes Hudson me contó toda suerte de cosas sobre el viaje, sobre el cólera y lo que les costó encontrar barcos franceses. Explicó que el capitán seguía las instrucciones, pero

que como entre los miembros de la tripulación eran tantos los piratas, a duras penas podía impedirles que atacaran hasta los navíos holandeses. Eran personas malas, me dijo. Al final capturaron un barco francés, pero resultó que el capitán era inglés, y allí empezaron los problemas.

—A mí también me detuvieron, en Boston —reconoció Hudson—, pero cuando vino el Jefe y les dijo que yo sólo era un esclavo que había alquilado al capitán Kidd creyendo que éste era un corsario, dedujeron que yo no tenía ninguna responsabilidad en nada y me soltaron. Me parece que el Jefe también

debió de haberles pagado algo.

El capitán Kidd no tuvo, en cambio, tanta suerte. Después de retenerlo un buen tiempo en Boston, lo mandaron a Inglaterra para someterlo a juicio.

De lo único que se siguió hablando en Nueva York fue del dinero que debía de haber ganado el capitán Kidd en ese viaje. Los que habían invertido en él nunca vieron ni un céntimo... excepto el gobernador. El capitán Kidd había enterrado un tesoro en un lugar llamado la isla Gardiner's, pero como le dijo al gobernador donde estaba, éste lo fue a recoger. La gente aseguraba, sin embargo, que había más riquezas

enterradas en algún sitio, en Long Island quizá. Yo le pregunté a Hudson si era cierto y él sólo negó con la cabeza. De todas maneras me quedé pensando que igual sabía algo que no me quería decir.

A mí, la verdad sea dicha, me interesaba bien poco aquella cuestión. Lo único que me importaba era que mi hijo había vuelto y que un día obtendría la libertad. Yo obedecí, empero, las instrucciones del Jefe y nunca le hablé de eso.

Había algo más de lo que también me congratulaba. Después de estar con aquellos piratas durante un tiempo, mi Hudson no demostró tantas ganas de

volver a embarcar. Se conformaba con estar en la casa conmigo, y así vivimos contentos durante muchos meses. Nueva York era un lugar bastante tranquilo. El Jefe iba a menudo a la casa de Jan y a la de la señorita Clara, y estaba muy claro que disfrutaba mucho con su nieto Dirk.

El año 1701 nos enteramos de que al capitán Kidd lo habían ejecutado en Londres por el cargo de piratería. Hudson dijo que el juicio debía de estar amañado, aunque admitió que el capitán había matado a un hombre. Si bien lo lamenté por el capitán, observé con

alivio cómo la actividad de corsario se presentaba más peligrosa incluso a ojos de mi hijo.

Con frecuencia el Jefe alquilaba a Hudson a otras personas para que trabajara un tiempo para ellas, y como yo lo había enseñado bien, le pagaban un buen precio al Jefe. En cada ocasión éste le daba a Hudson una parte de la paga, con lo cual iba ahorrando un poco de dinero.

Una mañana de octubre, el Jefe me mandó llevar un mensaje al hombre que dirigía la destilería de ron de Staten Island. Como yo no iba casi nunca allí, me alegró recibir el encargo. Me subí a

un barco que hacía el trayecto desde el puerto y disfruté de un placentero viaje hasta el muelle del pueblo al que llaman la ciudad vieja. Los ingleses le han puesto a la isla el nombre de Richmond. Yo sabía que allí había dos grandes fincas, y también vi las suaves colinas salpicadas de granjas. Me pareció un sitio muy agradable.

No volví hasta media tarde. Iba desde el puerto a la casa cuando vi a Hudson, que venía corriendo.

—Ven rápido —gritó—. El Jefe se está muriendo.

Llegamos corriendo a la casa, donde me explicaron que al Jefe le había dado

un terrible ataque poco después de irme yo y que seguramente no iba a durar mucho. Enseguida me llevaron a verlo.

Había un médico con él y algunos familiares, incluida la señorita Clara. El Jefe tenía la piel cenicienta y la respiración afanosa, pero me reconoció, y cuando me acerqué, trató de sonreír.

—Ya he vuelto sin percance, Jefe — dije—. Lamento no veros con buena cara.

Entonces intentó decirme algo, aunque de su boca sólo salió un extraño ruido. Yo supe, de todas formas, qué me decía. Me decía: «Eres libre, Quash. Eres libre». Y aunque nadie podía

entenderlo, yo sonreí y contesté: «Lo sé, Jefe. Lo sé». Al cabo de un momento, reclinó la cabeza y yo le dije: «No os preocupéis por eso ahora, Jefe». Le cogí la mano. Entonces frunció el entrecejo y fue como si intentara sacudirme el brazo; luego me miró fijamente a los ojos. Yo adiviné qué quería. «No he olvidado mi promesa, Jefe —lo tranquilicé—. Me acuerdo de lo que me encomendasteis». Pese a que no podía hablar, me estrechó la mano.

El Jefe siguió con vida durante casi todo el día. Al anochecer, mientras estaba con Hudson en el patio, Clara salió con lágrimas en los ojos y me

anunció que el Jefe había sufrido otro ataque y que había muerto.

—Sé que lo querías mucho, Quash —me dijo.

—Sí, señorita Clara.

Una parte de mí estaba triste porque, en comparación del trato que reciben la mayoría de esclavos, el Jefe había sido bueno conmigo. Otra parte de mí pensaba sólo en la libertad. Ignoraba si el Jefe le había dicho a la familia que yo era libre, pero como sabía que estaba en su testamento, no me preocupé.

El entierro del Jefe fue un acto de

gran resonancia. Diría que la mitad de la ciudad de Nueva York asistió a él; holandeses e ingleses sin distinción. Todo el mundo se mostró muy amable y respetuoso con el ama, que esa tarde fue un rato a casa de Jan. Mientras estaba fuera, se me ocurrió que aquélla era una buena ocasión para sacar el cinturón indio del escondrijo. Aproveché pues para cogerlo, y sin desenvolverlo lo llevé al lugar donde dormía, donde lo escondí sin que nadie se diera cuenta.

A la mañana siguiente, el ama dijo que iba a salir para atender unos asuntos relacionados con el Jefe. Yo me preguntaba si pronto sería el momento

oportuno para hablarle de mi libertad y pensé que, según el humor que tuviera al volver, quizá podría plantearle la cuestión. Mientras tanto, aprovechando que se había ido, me dije que lo mejor era ocuparme de la promesa que le había hecho al Jefe, de modo que con el cinturón indio envuelto tal como estaba, me encaminé a casa de la señorita Clara, que estaba en la calle Bridge.

Me encontraba a medio camino, justo después de la calle Mill, cuando oí una voz detrás de mí.

—¿Qué llevas ahí, Quash?

Era el ama. Me planteaba si era factible fingir que no la había oído y me

giré apenas para ver si podía esquivarla, pero antes de que pudiera reaccionar, sentí que me ponía la mano en el hombro. No tuve más remedio que volverme y sonreír.

—¿Necesitáis que haga algo, señora?

—No —contestó—, pero podrías enseñarme lo que llevas ahí.

—Sólo unas cosas mías —aseguré—. No es nada.

—Entonces enséñamelo —insistió.

«No es posible que piense que le estoy robando, después de todo este tiempo», pensé. No quería mostrarle el cinturón, porque el Jefe me había pedido

que lo mantuviera en secreto. De todas maneras, no podía hacer nada, de manera que lo empecé a desenvolver. Primero se quedó desconcertada, pero cuando vio lo que era, se le agrió la expresión.

—Dame eso —me ordenó.

—El Jefe me dijo que lo cogiera —respondí.

Como no quería decirle adonde iba con aquello, prefería que pensara que me lo había dado.

—Y yo te digo que me lo des a mí —gritó.

Se puso a temblar de rabia. Yo sospechaba por qué motivo se había

enfurecido tanto al ver el cinturón, pero no podía remediarlo.

Entonces sí que tuve que darme prisa en hallar una solución. Sabía que debía cumplir la promesa que le hice al Jefe. Además, si hacía lo que me había pedido y entregaba el cinturón a la señorita Clara para que se lo diera a su hijo, nadie podría decir que lo había robado. Por otra parte, supuse que si el ama se enfadaba tampoco sería grave, porque sabía que ya era libre. Por eso, en lugar de obedecerla, di media vuelta y antes de que pudiera quitármelo, me fui corriendo a toda prisa escabulléndome entre los carros y

después me dirigí a casa de la señorita Clara.

Cuando llegué, encontré a la señorita Clara y le transmití el mensaje del Jefe, exactamente tal como me lo había dicho, y le dije que el pequeño Dirk debía conservar el cinturón y después de él sus hijos y así mientras se mantuviera la familia, porque ésa era la voluntad del Jefe. Después le conté lo del ama y me dijo que no me preocupara, y que si había complicaciones ella se encargaría de hablar con su madre. Luego me fui, pero esperé hasta la tarde antes de volver a casa, para que el ama tuviera tiempo de calmarse.

Cuando entré en la casa no había señales del ama, pero Hudson me dijo que hacía un rato habían llegado Jan y un abogado y que estaban con ella en el salón. Entonces pensé que debía de ser por el asunto del testamento.

Fui al pasillo para ver si oía algo. La puerta del salón estaba cerrada, pero en ese momento oí al ama, que hablaba muy alto.

—Al demonio con tu testamento inglés. Me da igual cuándo se hiciera. Yo tengo un buen testamento holandés.

Es de imaginar que después de eso me quedé bien cerca de la puerta. Oí que

el abogado dijo algo, pero no distinguí qué. Luego el ama respondió a gritos.

—¿Qué queréis decir con eso de que me puedo quedar un año? Ésta es mi casa. Me quedaré aquí mientras viva si así me apetece. —A continuación, después de que el abogado añadiera algo, exclamó—: ¿Liberar a Hudson? Eso me corresponde decidirlo a mí. Hudson me pertenece. —Oí la voz del abogado, baja y mesurada. Entonces el ama estalló—: Ya veo lo que ocurre aquí, traidor. No creo que mi marido firmase este testamento inglés. Enseñadme su firma. Dádmelo.

Se produjo una pausa, tras lo cual oí

gritar a Jan.

Yo tenía la oreja pegada a la puerta cuando ésta se abrió de repente, de modo que faltó poco para que cayera del lado del salón. En ese mismo momento, el ama pasó como un rayo a mi lado. Miraba al frente y no creo ni que me viera. Se dirigía a la cocina con un documento en la mano. Luego choqué con Jan, que salió corriendo tras ella. Cuando recobré el equilibrio, ya había llegado a la cocina. Cerró con un portazo y luego oí cómo corría el cerrojo. Jan no pudo alcanzarla. Se quedó gritando y aporreando la puerta, pero no sirvió de nada.

Hudson, que estaba en la cocina, me contó después lo que ocurrió. El ama se fue directamente al fuego y después de arrojar el testamento a las llamas, se quedó mirando hasta verlo reducido a cenizas. Luego cogió un hurgón y lo removió. A continuación, bastante calmada ya, abrió la puerta de la cocina, junto a la que se encontraban Jan y el abogado.

—¿Dónde está el testamento? — preguntó el abogado.

—¿Qué testamento? —contestó ella—. El único testamento que conozco está en una caja fuerte en el despacho de mi abogado.

—No puedes hacer esto —dijo Jan—. El testamento se firmó con testigos. Puedo llevarte a los tribunales.

—Hazlo —replicó—. Aunque puede que no ganes. Y si no ganas, yo me encargaré de que, por más que seas de mi propia sangre, no heredes nada. Lo voy a gastar todo. Mientras tanto, hasta que un juez me diga lo contrario, esta casa y todo cuanto hay en ella son míos.

Después se marcharon diciendo que tendría noticias de ellos. Yo pensé que entonces me tocaría a mí afrontar su cólera, pero me llevé una sorpresa.

—Quash, ¿me haces el favor de traerme una copa de *genever*? —me

pidió con mucha calma. Después cuando se la traje, agregó—: Ahora estoy cansada, Quash, pero mañana hablaremos de tu libertad y la de Hudson.

—Sí, señora —dije.

A la mañana siguiente se levantó temprano y salió, recomendándonos cuidar de la casa y no dejar entrar a nadie hasta su regreso.

Más tarde, mandó llamar a Hudson con el encargo de que fuera a ayudarla al mercado, de modo que mi hijo se dirigió allí. Al cabo de un rato ella

volvió primero y me dijo que fuera al salón, donde tomó asiento.

—Ay, Quash —me dijo—, estos días pasados han sido tristes.

—Siento mucho lo del Jefe —dije.

—No estoy tan segura —contestó.

Luego calló un momento, como si estuviera pensando—. Para mí ha sido triste, Quash, descubrir que mi marido quería desposeerme y echarme de mi casa, y que mi propia familia estaba confabulada con él. —Me miró con frialdad—. También fue algo triste para mí, Quash, ver que ayer me desobedeciste y te fuiste corriendo con ese cinturón indio. Quizá tú sabías de la

existencia de ese testamento inglés y supusiste que puesto que tú y tu hijo recibiríais la libertad, ahora podíais insultarme a vuestro gusto.

—El amo sólo me dijo que Hudson y yo seríamos libres cuando muriese él —expliqué, porque era la verdad.

—Pues bien, yo he decidido lo contrario —declaró con mucha tranquilidad—. A Hudson ya lo he vendido.

Yo me la quedé mirando, tratando de comprender a qué se refería.

—¿Vendido? —dije.

—Sí —confirmó—. A un capitán de barco. Ya está a bordo.

—Querría verlo —dije.

—No —replicó.

En ese preciso momento llamaron a la puerta y un caballero de cabello gris entró y dedicó una reverencia al ama. Sabía que lo había visto antes, y entonces me acordé: era el hacendado inglés que el señor Master había traído a casa una vez, hacía años. El ama asintió con la cabeza y se volvió hacia mí.

—Puesto que ahora yo soy la propietaria de todo cuanto pertenecía a mi marido, a menos que un juez pueda decir lo contrario, tú también me perteneces, Quash. Y fueran cuales fuesen las intenciones de mi marido,

dado que me has desobedecido, he decidido venderte. Este caballero que me he encontrado casualmente en el mercado te ha comprado. Vas a irte con él ahora mismo.

Yo estaba tan asustado que no podía ni hablar. Debí de haber mirado en derredor, como si quisiera escapar.

—Tengo a dos hombres conmigo — me advirtió con aspereza el hacendado —. No intentes nada.

Todavía no podía creer que el ama me hiciera tal cosa.

—Ama —grité—, después de todos estos años...

Ella se limitó a volver la cabeza.

—Ya está. Lleváoslo —ordenó el hacendado.

Entonces entraron dos hombres. Uno tenía mi estatura, pero se notaba que era muy fuerte. El otro era un gigante.

—Tengo que recoger mis cosas —murmuré.

—Deprisa —dijo el hacendado—. Acompañadlo —indicó a los dos individuos.

Cogí mis posesiones, incluido el poco dinero que había ido guardando en un lugar oculto. Aunque temí que me lo quitaran, no lo hicieron. Todavía estaba aturdido cuando me metieron en un carro y se me llevaron.

El hacendado tenía una plantación a unos quince kilómetros al norte de Manhattan. El edificio era una granja de estilo holandés y el inglés había añadido un amplio porche alrededor. Tenía media docena de esclavos que vivían en un cobertizo bajo situado cerca del corral de las vacas.

Cuando llegamos, el hacendado me ordenó que me quitara la camisa para inspeccionarme, y así lo hice.

—Bueno, no eres joven, pero pareces fuerte —dictaminó—. Apuesto a que aún sacaremos algunos años de trabajo de ti. —Me conducían ya al

cobertizo de los esclavos, cuando añadió—: Un momento.

De repente, los dos hombres me cogieron por los brazos y me metieron las muñecas en las esposas que colgaban de un poste que había allí mismo.

—Vamos a ver, negro —me dijo el hacendado—. Tu ama dice que le robaste algo y que intentaste huir. Ese tipo de cosas no las consentimos aquí ¿entiendes?

Entonces dirigió una señal al tipo más bajo, que era el capataz. Éste entró en la casa por el porche y salió con un látigo de horrible aspecto.

—Ahora vas a aprender a

comportarte como es debido —dijo el hacendado—. Vuelve la cara —indicó.

Entonces el capataz me dio el primer latigazo.

Nunca hasta entonces me habían golpeado con un látigo. La única vez que el Jefe me había azotado, de niño, lo hizo con el cinturón. El látigo no tiene punto de comparación.

Cuando me descargaron el látigo en la espalda fue como un horrendo fuego y un desgarramiento de carne, y fue tanta mi sorpresa y mi temor que me puse a gritar.

Luego volví a oír el silbido y el restallido de la cuerda. Aquel azote,

peor que el primero, me hizo dar un salto. Reparé en que el hacendado me observaba para ver cómo reaccionaba. El tercer latigazo fue tan horroroso que pensé que iba a estallar de dolor. Eché atrás la cabeza y noté que los ojos se me salían de las órbitas. Pararon un momento y, temblando de pies a cabeza, pensé que ya habían acabado. Entonces vi que el hacendado dirigía una señal al capataz, como si dijera «Ya casi está».

—Yo nunca robé nada —grité—. No me merezco esto.

El látigo cayó de todas maneras, una y otra vez. Sentía un ardor de fuego. Mi cuerpo, tenso a más no poder, chocaba

contra el poste. Las manos, de tan crispadas contra las esposas, estaban ensangrentadas. Cuando me hubieron dado doce latigazos, creí que iba a morir, pero siguieron hasta los veinte.

Entonces el hacendado se acercó y me miró.

—Veamos, negro —espetó—. ¿Qué tienes que decir?

Me encontraba colgado allí de ese poste, con más de cincuenta años, azotado por primera vez en mi vida, con toda la dignidad perdida.

—Lo siento, Jefe —grité—. Haré lo que digáis.

—No me llames Jefe —contestó—,

que yo no soy un maldito holandés.

—No, señor —susurré.

Y aunque tuviera rabia adentro, aquellos latigazos fueron tan horrorosos que habría lamido el suelo si me lo hubiera pedido. Cuando lo miré a los ojos, estaba desesperado.

—No me dirijas la palabra —dijo— si yo no te lo indico. Y cuando me hables, negro ladrón, hijo de puta, mira al suelo. No vuelvas a atreverte a mirarme a la cara nunca más. Recuérдалo. —Después, cuando bajé la vista, llamó al capataz—. Dale algo para que se acuerde de esto.

Entonces el capataz me dio diez

latigazos más. Creo que al final me desmayé, porque no recuerdo que me llevaran al cobertizo.

En esa granja trabajé medio año. Era un trabajo duro. En invierno, cuando llegó la nieve, a los esclavos nos enseñaron a fabricar clavos en la forja que tenía el amo. Nos pasábamos diez horas diarias para hacer aquellos clavos, que después vendían. Siempre nos hacían trabajar en algo que reportara dinero. Nos daban de comer lo suficiente y nos mantenían en un sitio caliente para que pudiéramos trabajar. Y

aunque pensáramos en eso, al final del día estábamos demasiado cansados para crear complicaciones. No me volvieron a azotar, pero sabía que si daba algún motivo, volvería a recibir latigazos, más aún que la vez anterior.

Todo aquello me hizo concluir que había sido muy afortunado durante los años en que fui propiedad del Jefe, mientras que cada año los hombres como el señor Master llevaban miles de negros a las plantaciones, donde soportaban condiciones parecidas o peores.

En primavera volvieron a ponernos a trabajar en los campos, a arar y cavar.

Un día a mediodía estaba en el campo, todo sucio de barro, cuando vi un carruaje que llegaba por el camino. De él se bajaron un hombre y una mujer, que entraron en la casa. Al cabo de un rato el hacendado salió y me gritó que acudiera, de modo que me apresuré a ir. Mientras permanecía delante de él, poniendo buen cuidado en mantener la vista gacha, oí el roce de un vestido en el porche, pero no me atreví a mirar para ver quién era.

—Hombre, Quash ¿no me reconoces? —oí que me decía una voz conocida.

Entonces me di cuenta de que era la

señorita Clara.

—Estás cambiado, Quash —observó la señorita Clara mientras me llevaba a Nueva York en compañía del señor Master—. ¿Te trataban mal?

—Estoy bien, señorita Clara —respondí, demasiado avergonzado aún para contarle que me habían azotado.

—Nos ha costado un poco averiguar dónde estabas —me explicó—. Mi madre se negó a decirnos a quién te había vendido. Yo encargué a varias personas que preguntaran por toda la ciudad y nos enteramos hace sólo unos

días.

Le pregunté si sabía algo de Hudson.

—Lo vendió a un capitán de barco, pero no sabemos quién es. Podría estar en cualquier lugar. Lo siento, Quash —se disculpó—. Puede que no lo vuelvas a ver.

Me quedé sin habla durante un momento.

—Habéis sido muy amable viniendo a buscarme —le agradecí después.

—He tenido que pagar un elevado precio por ti —señaló, riendo, el joven Henry Master—. Como sabía el interés que teníamos por ti, el viejo hacendado se ha aprovechado.

—Sabemos que mi padre quería que fueras libre —dijo la señorita Clara.

—Hum —murmuró su marido—. No sé, no sé, después de lo que he tenido que pagar. De todas maneras, aún tenemos qué decidir qué vamos a hacer contigo, Quash.

Por lo visto, el problema era el ama. Últimamente se había ido a la cuenca alta del río, a Schenectady, con la intención de vivir allí. Había elegido ese lugar porque era una ciudad con una fuerte implantación de la Iglesia holandesa, sin apenas habitantes ingleses.

—Mientras se quede allí podemos

tenerte con nosotros, o en casa de mi hermano —explicó la señorita Clara—. Pero Jan no quiere que te encuentre cuando vuelva. Podría enfadarse, y ella mantiene el control de todo ahora. Siento no poderte liberar —añadió.

—No importa, señorita Clara —respondí.

Con ellos estaría mucho mejor que con aquel hacendado y, además, ¿de qué me servía la libertad ahora, si mi hijo seguía siendo esclavo?

La primavera y el verano de ese año trabajé para la señorita Clara y su

familia, y como yo sabía hacer casi todas las labores de la casa, les fui de gran utilidad.

Yo disfrutaba en especial con su hijo Dirk. Era un niño pillo, lleno de vida, en el que me parecía advertir algunos rasgos del Jefe. Aunque tenía el cabello rubio y los ojos azules de su madre, ya se le veía una gran agudeza, pero en lo de estudiar era un poco perezoso. ¡Y cómo le gustaba ir al puerto a aquel chiquillo! Me recordaba a mi propio hijo. Yo lo llevaba allí y le dejaba mirar los barcos y hablar con los marineros. Pero lo que más le agradaba era ir al otro lado del fuerte para observar el río.

Era como si ese río ejerciera una atracción en él. Cuando para su cumpleaños, que era en verano, le preguntaron qué quería, pidió si podía subir por el río en barca, de modo que en un hermoso día despejado nos fuimos en una barca de vela Henry Master, el pequeño y yo; a favor del viento y la marea, subimos por el poderoso río, hasta más allá de las empalizadas de piedra. Antes de volver, acampamos una noche. Y durante el viaje, Dirk pudo llevar el cinturón indio de *wampum*, que le colocamos con tres vueltas alrededor de la cintura.

—Este cinturón es muy importante

¿verdad, Quash? —me preguntó.

—Tu abuelo le concedía gran valor —respondí— y te lo dio a ti en concreto para que lo conserves toda la vida y lo legues a la familia.

—Me gustan los motivos que tiene —dijo.

—Dicen que esos motivos de *wampum* tienen un significado especial —le expliqué—. Deben de contar que el Jefe era un gran hombre o algo así. Creo que se lo regalaron unos indios que le tenían una gran estima, pero no sé nada más.

Se notaba que a ese niño le gustaba estar en el río. Se sentía como en casa

allí. Hice votos por que más tarde se ganara la vida en el río y no en los barcos de esclavos.

Es posible que, en ese sentido, lograra influir en su vida, porque un día, mientras me estaba lavando en mi habitación del piso de arriba, creyendo encontrarme solo, oí la voz del pequeño Dirk a mi espalda.

—¿Qué son todas esas marcas que tienes en la espalda, Quash?

Los latigazos recibidos en la granja me dejaron unas terribles cicatrices en toda la espalda, que siempre llevaba tapada, y por nada del mundo habría querido que el niño las viera.

—Algo que ocurrió hace mucho —le contesté—. Ahora es mejor que te olvides de eso.

Luego lo mandé al piso de abajo. Ese mismo día, sin embargo, la señorita Clara se acercó mientras cuidaba las flores del jardín y me tocó el brazo.

—Ay, Quash, cuánto lo siento.

Un par de días más tarde, el pequeño Dirk tomó la palabra mientras yo servía la mesa.

—Padre, ¿es correcto azotar a un esclavo?

—Bueno, depende —murmuró, incómodo, su padre.

—No, nunca es correcto —intervino,

con mucha calma, la señorita Clara.

Conociendo su carácter, supe que nunca cambiaría de parecer en eso. En realidad, una vez le oí decir a su marido que no le importaría si todo el negocio de la esclavitud se acabara. Él le replicó que, tal como estaban las cosas, una buena parte de la riqueza del Imperio británico dependía del trabajo realizado por los esclavos en las plantaciones de azúcar, de modo que no era probable que aquello tuviera un pronto final.

Me quedé con la señorita Clara y su

marido hasta finales de año. Durante ese tiempo, hubo una epidemia de fiebre amarilla de la que, por fortuna, no se contagió nadie de la casa. Luego me quedé con ellos buena parte del año siguiente.

En Inglaterra, tanto la reina María como su marido holandés Guillermo habían fallecido ya, de manera que le entregaron la corona a la hermana de María, Ana. Por aquel entonces el gobierno otorgaba tanta importancia a América que mandaron a un gran caballero, primo de la propia reina, que se llamaba lord Cornbury. Éste vino a vivir a Nueva York.

Nada de aquello me habría afectado de no haber sido por el ama. En octubre mandó una carta diciendo que tal vez iba regresar a Nueva York. Aunque nadie sabía el motivo, Jan decía que probablemente se habría peleado con alguien. Entonces la señorita Clara se reunió con su hermano para decidir qué iban a hacer. Yo estaba en el salón con ellos.

—Lo mejor será que no estés aquí si vuelve, Quash —me dijeron los dos.

—Es nuestro deber velar por Quash —advirtió la señorita Clara.

—Desde luego —acordó Jan—, y creo que tengo la solución: un lugar

donde tendría un trabajo llevadero y cuidarían bien de él. —Asintió, sonriéndome—. Ahora mismo acabo de estar con el gobernador en persona.

—¿Lord Cornbury? —dijo la señorita Clara.

—El mismo. Por lo visto, Su Excelencia busca un criado personal. Le he hablado de Quash y se ha mostrado muy interesado. —Se volvió hacia mí—. Si trabajas para él, Quash, recibirás un buen trato. Además, los gobernadores sólo se quedan unos cuantos años y después vuelven a Inglaterra. Si eres del agrado de Su Excelencia, y sé que así va a ser, ha aceptado concederte la libertad

antes de irse.

—¿Pero y si lord Cornbury cambia de parecer y decide vender a Quash? —objetó la señorita Clara.

—Ya había pensado en eso. Lord Cornbury me ha dado su palabra de que si no estuviera satisfecho, volvería a vendernos a Quash por el precio que ha pagado.

—¿Estás seguro de que Quash estará cómodo? —planteó la señorita Clara.

—¿Cómodo? —El señor Master se echó a reír—. Seguramente vivirá mejor que nosotros.

—Quash —me dijo la señorita Clara —, si no estás contento, ven a verme

directamente.

—Bueno, lord Cornbury aún no ha visto a Quash —advirtió Jan—, pero si todo sale bien, Quash, te estaré agradecido, porque así quedaré bien con él.

—Haré lo que pueda —prometí.

Y así fue como en el espacio de un año y medio, pasé de ser propiedad de aquel cruel hacendado a incorporarme al servicio de la casa del propio gobernador.

Su Excelencia pertenecía a la antigua familia de los Hyde y era el hijo

y heredero del conde de Clarendon, tío de la reina. Formaba parte pues de la familia real, pero no era en absoluto altanero. Siempre era magnánimo, incluso con un criado como yo. Era bastante alto, ancho de hombros, de pelo oscuro y grandes ojos castaños. Si no se hubiera afeitado meticulosamente todos los días se le habría visto una tez muy morena. Precisamente uno de mis quehaceres era afeitarlo. Como nunca había vivido en una casa de la aristocracia, a menudo lo observaba, tanto por curiosidad como para ver de qué manera podía complacerlo.

Pronto comprendí por qué Jan quería

quedar bien con lord Cornbury.

—Yo soy un *tory* —afirmaba sonriendo Su Excelencia—. Defiendo los intereses de la reina y de su corte. ¿Cómo no iba a hacerlo siendo su primo?

Él dispensaba un trato de favor a las grandes familias que tenían un estilo de vida inglés y les concedía cargos, contratos y tierras. Por esta razón, los numerosos holandeses de humilde condición que vivían en la ciudad y aún se acordaban del pobre *meinheer* Leisler no le tenían aprecio a lord Cornbury, y yo creo que él tampoco sentía gran simpatía por ellos. Por

suerte, yo hablaba bastante bien inglés, y después de haber pasado tantos años cerca del Jefe sabía cómo lograr que un amo se encontrara a gusto conmigo.

Su Excelencia y su esposa habían tenido cinco hijos, de los que sólo quedaban con vida dos: Edward, que tenía diez años cuando llegó, y una hermosa niña de pelo oscuro, de ocho años, llamada Theodosia. El niño pasaba casi todo el tiempo con su preceptor, y Theodosia con su madre, de modo que yo sólo tenía que atender a Su Excelencia. Era un amo fácil de complacer, porque pese a que insistía en el mantenimiento del orden, siempre me

explicaba lo que quería y me decía si era de su agrado. Siempre era educado con las personas que acudían a verlo, pero detrás de sus buenos modales, yo me daba cuenta de que era ambicioso.

—Todo gobernador debería dejar una huella de su paso —lo oí decir un día.

En lo que más vehemencia ponía era en fortalecer la Iglesia anglicana. A menudo recibía al consejo de administradores del templo Trinity, al cual cedió una gran extensión de tierra en el lado oeste de la ciudad. Aparte, hizo pavimentar la calle Broadway con buenos adoquines, desde Trinity hasta el

Bowling Green. También puso clérigos anglicanos en algunas iglesias presbiterianas y holandesas. A los afectados no les gustó nada aquella medida, pero a él no le importó.

—Lo siento, caballeros —les contestó—, pero ése es el deseo de la reina.

Eso era parte de su plan. Yo estaba presente un día en que convocó a los administradores de la Trinity.

—Nueva York posee un nombre inglés —dijo—, y en vosotros y en el clero anglicano depositamos la misión de hacer de ella una ciudad inglesa en todos los sentidos.

Aunque no era orgulloso, le agradaba hacer las cosas con refinamiento. La residencia del gobernador, situada en el fuerte, tenía unas cuantas habitaciones bien acondicionadas, pero no era elegante.

—Esta casa no es la adecuada —se quejaba.

Un día fuimos en barca hasta Nut Island, que se encuentra a corta distancia de la punta de Manhattan.

—Éste es un sitio encantador, Quash —me comentó mientras paseábamos entre los castaños que allí crecían—. Encantador.

Al poco tiempo mandó construir una

hermosa casa en una loma de aquella isla, a la que pronto pasaron a llamar la isla del Gobernador.

Había que conseguir fondos para pagarla, desde luego, pero el reciente impuesto recaudado para reforzar las defensas de la ciudad había reportado mil libras, que invirtió a tal uso. Algunos de los comerciantes que habían pagado el impuesto se enojaron, pero él no se inmutó.

—Nadie nos ataca en este momento —alegaba.

Por aquella época todavía veía de vez en cuando a la señorita Clara y a la familia, aunque no habían vuelto a tener

noticias del ama... hasta un día en que me encontré a Jan en Wall Street.

—Regresó, Quash —me informó—. A su regreso se enteró de todo lo que ha hecho el gobernador para impulsar la Iglesia anglicana en detrimento de la holandesa, y al cabo de tres días se volvió a marchar a Schenectady diciendo que no iba a volver nunca más. Que Dios bendiga a lord Cornbury —añadió, riendo.

También yo tenía motivos para estar agradecido a Su Excelencia. Un día, reparando en mi tristeza, me preguntó qué me ocurría y le expliqué que me concomía no saber qué había sido de mi

Hudson. Entonces se encargó de que se enviaran cartas a todos los puertos del mundo donde comerciaban los ingleses, dando órdenes de que todo navío de la Marina inglesa efectuara indagaciones sobre su paradero.

—Va a llevar tiempo, y no te prometo nada —me advirtió—, pero podemos intentarlo.

Era una persona amable.

Cuando ya llevaba más de un año con él, me dio una enorme sorpresa.

Lady Cornbury era una dama esbelta y elegante. Aunque no teníamos ocasión

de hablar casi nunca, siempre era educada conmigo. Yo sabía que le causaba algunos quebraderos de cabeza a Su Excelencia. A veces lo encontraba al lado de una mesa donde se acumulaban las facturas de sus gastos.

—¿Cómo vamos a pagar todo esto?
—murmuraba.

Y es que Su Excelencia no era tan rico como la gente suponía. De todas maneras, cuando estaban juntos se los oía reír a los dos.

Un día Su Excelencia me dijo que él y su esposa iban a cenar a solas con dos amigos que acababan de llegar de Londres.

—Ahora te voy a necesitar, Quash —me informó por la tarde, una vez que lo hube afeitado y preparado su ropa—. Quiero que bajes a abrir la puerta a los invitados y sirvas la mesa.

Me fui pues a abrir la puerta al caballero inglés y a su esposa y los conduje a la sala principal de recepción, donde los aguardaba lady Cornbury, a la espera de que bajara su marido. Al cabo de un rato, lady Cornbury me informó de que iba a haber otro invitado, una gran personalidad que llegaba de incógnito, a quien debía abrir la puerta y anunciar. Cuando me dijo a quien debía anunciar, me faltó poco para desmayarme. Hice lo

que me pedía, con todo, y cuando abrí la puerta, allí estaba la persona esperada.

—Su Majestad la Reina —anuncié en voz bien alta.

Delante de mis propios ojos, entró la reina Ana. Lo curioso fue que, cuando pasó a mi lado, me di cuenta de que era Su Excelencia.

Se había puesto un vestido que pertenecía a su esposa. Aunque era bastante ceñido, lo lucía con donaire, y debo decir que se movía con gracia. También llevaba una peluca de mujer. Después de que yo lo hubiera afeitado, se había empolvado y pintado tan bien la cara que habría podido pasar por una

mujer muy atractiva.

—¡Vaya por Dios, Corny! — exclamó el caballero inglés—. Me habéis provocado un sobresalto. Aunque os delata la estatura, presentáis un parecido extraordinario con ella. ¡Asombroso!

—Es mi prima hermana, como sabéis —dijo, muy complacido, Su Excelencia.

—Enseñadnos la pierna —pidió la dama inglesa. Entonces Su Excelencia se levantó la falda y nos mostró la pierna que, recubierta de una media de seda, se veía muy delicada. Después la movió de una manera que casi me hizo sonrojar—.

Caramba, Corny —exclamó, riendo—, podrías haber sido una mujer.

—A veces lo es —declaró calmadamente lady Cornbury.

Luego Su Excelencia se paseó por la sala dispensando reverencias a sus invitados, que lo correspondieron con aplausos.

Yo les serví la cena y todos estuvieron muy alegres. Su Excelencia se quitó la peluca, aduciendo que le daba demasiado calor. Contaban anécdotas de la gente que conocían en la corte inglesa. A mí me alegró verlos tan contentos porque me parecía que, aun teniendo una elevada posición en Nueva

York, el gobernador y su esposa debían de echar de menos el teatro, la corte y sus amistades de Londres.

Su Excelencia quedó, al parecer, complacido con la velada, porque al cabo de un mes, preparó otra. Yo lo ayudé a acicalarse y él tuvo que forcejear bastante con el vestido de lady Cornbury, que era demasiado estrecho para él.

—Tendremos que ponerle algún remedio —me dijo.

Aquella vez tuvimos como invitados dos caballeros pertenecientes a las

grandes familias holandesas partidarias de los ingleses, un Van Cortlandt y un Philipse. Se quedaron muy asombrados con la entrada de la Reina y, puesto que ninguno de los dos la había visto, tardaron unos minutos en captar la broma. No creo, sin embargo, que disfrutaran con la representación de Su Excelencia, aunque por educación, no lo expresaron.

Igual que en la ocasión anterior, aquello tuvo lugar en la casa del gobernador situada en el fuerte. Una vez que se hubieron ido los invitados, Su Excelencia tenía ganas de tomar el aire, así que me pidió que lo acompañara a

las almenas de la fortaleza que daban al puerto.

Hacía una noche magnífica, llena de estrellas que lucían en el cielo y se reflejaban en el agua. Allá arriba había un centinela. Primero nos dedicó una ojeada, suponiendo que era lady Cornbury. Después, al darse cuenta de que no era así, se quedó mirando con más fijeza, pero con la oscuridad, no alcanzó a distinguir de qué dama se trataba.

—Debió de ser desde este lugar donde Stuyvesant observó a los ingleses que venían a tomar la ciudad —me comentó Su Excelencia.

—Me parece que sí, milord —
respondí.

Nos quedamos un rato allí y después
volvimos.

—Buenas noches —dijo el
gobernador al pasar junto al centinela.

Al oír una voz de hombre, el
centinela casi dio un brinco. Seguro que
se quedó observándonos mientras nos
alejábamos. Al llegar abajo, le dije a Su
Excelencia que el guardián se había
quedado estupefacto al oír una voz
masculina en boca de una dama y que no
sabía si se habría dado cuenta de quién
era.

—¿Le hemos dado un susto? —

contestó simplemente Su Excelencia, riendo.

Entonces comprendí que, al ser un personaje de tanta alcurnia, el gobernador no creía que tuviera importancia lo que pensara el centinela, pero para mis adentros me dije que aquello era un punto débil para él.

De aquellas veladas saqué asimismo dos conclusiones. La primera, que a Su Excelencia le agradaba recordar a la gente que la reina era prima suya y que se parecía a ella. La segunda, que, tanto si era para representar a la reina Ana como si no, le gustaba disfrazarse de mujer.

El caso es que después de aquello, me había ganado los favores del gobernador; y él no había olvidado que fue a través de la familia Van Dyck como llegué a su servicio. Un día mandó llamar a Jan al fuerte. Yo servía en la sala cuando él llegó. En ese momento había varios contratos gubernamentales que distribuir y Su Excelencia cogió uno de ellos y se lo entregó.

—Me prestasteis un buen favor vendiéndome a Quash —recordó—. Quizá podríais proveer de estos artículos al gobierno de Su Majestad.

Cuando Jan leyó el contrato, observé

que abría mucho los ojos.

—Su Excelencia es muy amable —
respondió—. Quedo en deuda con vos.

—En ese caso —añadió Su
Excelencia—, tal vez podríais hacer
algo por mí.

Abrió una pausa, esperando.

—Sería para mí un placer —
propuso con entusiasmo Jan— dar
cincuenta libras a Su Excelencia, si me
hiciera el honor de aceptarlas.

Entonces Su Excelencia declaró
magnánimamente que sí aceptaba. Y
todo aquello fue de gran interés para mí,
como una explicación de la manera
como se llevan a cabo los asuntos de

gobierno.

Yo seguí observando atentamente a Su Excelencia con la intención de ver cómo podía complacerlo. Poco después de aquello tuve la suerte de pasar delante de la tienda de uno de los sastres de Dock Street. Allí vi unas amplias enaguas de seda que calculé que serían de la talla de Su Excelencia. Como siempre había guardado el dinero que llegaba a mis manos, no tuve dificultad para comprarlas, y esa misma noche cuando estábamos solos, las entregué a Su Excelencia.

—Son para la próxima vez que Su Excelencia vaya a ser Su Majestad —le dije.

Se las probó enseguida, encantado.

—Lo que necesito es un vestido igual de ancho —señaló.

Yo había reparado en que cada vez que se vestía de reina, sus hijos no estaban en casa, y de eso deduje que Su Excelencia aún tenía ciertos reparos sobre lo que pudiera pensar la gente de su costumbre. Por ello puse buen cuidado en nunca manifestar el menor asomo de burla en la manera de tratarlo. Una semana después de que le regalara las enaguas, se las puso debajo de un

vestido para cenar a solas con su esposa.

—¿Encuentras extraño que me vista así? —me preguntó mientras lo ayudaba a vestirse.

—En África, el lugar de origen de mi pueblo, milord —repuse—, los grandes jefes de ciertas tribus se visten a veces de mujer. Pero sólo ellos tienen permitido hacerlo. Para nosotros es un signo de distinción especial.

Me lo había inventado, pero Su Excelencia lo ignoraba.

—Ah —dijo, muy complacido.

Pasaron los meses. De vez en cuando Su Excelencia representaba el

papel de la Reina o, algunas veces, prefería pasearse simplemente disfrazado de mujer.

Fue durante ese año cuando lady Cornbury empezó a encontrarse mal. No sabiendo qué mal la aquejaba, los médicos la sangraron, le dieron remedios de hierbas y le recomendaron reposo. La vida en la casa siguió más o menos el mismo curso. Su Excelencia se interesaba a menudo por los estudios de su hijo o hacía compañía a Theodosia por las tardes y le leía algo. También advertí que, estando enferma su esposa,

Su Excelencia estaba a veces inquieto por la noche y caminaba solo por sus aposentos; y cuando hacía eso, con frecuencia iba vestido de mujer.

Llevaba un tiempo rumiando cómo podía aprovechar para utilidad propia aquella situación, cuando un día, estando en el mercado, vi ni más ni menos que a Violet, la mulata de East River a la que solía visitar hacía mucho. Aunque se veía mucho más vieja, la reconocí y ella también me reconoció a mí. Iba con una niña de unos nueve años, que era su nieta.

—¿Y no podría ser mi nieta también? —le pregunté en voz baja.

—Puede que sí —contestó, riendo.

Aquella niña se llamaba Rose y, por lo visto, era muy veloz en el manejo de la aguja. Violet buscaba a alguien que le diera trabajo con regularidad. Cuando le expliqué que ahora mi amo era el gobernador, me preguntó si podía interceder por ella.

—Espera un poco, a ver —le dije.

Al día siguiente me puse manos a la obra. Utilizando una armazón de mimbre, reproduje a grandes rasgos los contornos del cuerpo del gobernador. Por fortuna, como siempre fui hábil con

las manos, no fue una tarea difícil. Utilizando una de sus camisas, efectué ajustes hasta considerarla perfecta. Luego compré telas de seda y lino. Me costaron una proporción considerable de mis ahorros, pero lo hice confiado en recibir algo a cambio. Después cogí un vestido viejo de lady Cornbury que ya no se ponía nunca. A continuación cargué todo aquello en un carro y lo llevé a casa de Violet.

—Su Excelencia desea regalar un vestido a una amiga que vive en Long Island —le expliqué—. Ésta es la forma de su cuerpo, pero no estamos seguros de su altura, de modo que hay que dejar

larga la falda para después poder hacer el dobladillo.

Después le enseñé el vestido que había traído para utilizarlo como modelo y le dije que si Rose podía hacerlo a cambio recibiría una buena paga.

—Lo hará —me aseguró Violet.

Me fui, advirtiéndoles que regresaría al cabo de dos semanas. Cuando volví estaba terminado, en efecto. Entonces fui a ver a Su Excelencia y le dije que tenía un vestido que creía que le ajustaría mejor. Cuando lo vio, observó la tela y pasó la mano sobre la seda para luego dictaminar que

la había elegido bien. Le iba perfectamente. Yo mismo cosí el dobladillo entonces, y Su Excelencia quedó encantado.

—Cuesta un poco caro, milord — señalé.

Luego le di una cifra menor de lo que le hubiera cobrado cualquier sastre de la ciudad y él me entregó de inmediato el dinero. Al día siguiente, pagué a Rose por su trabajo. Era una suma pequeña, pero suficiente para que se conformara. Y después esperé.

Entonces resultó que lady Cornbury experimentó una considerable mejoría. Su Excelencia y ella reanudaron su vida

de siempre. En más de una ocasión él se puso aquel vestido para la cena y fue de su total satisfacción. Al cabo de un tiempo, no obstante, me pidió otro, tal como yo preveía. Le respondí que creía poder conseguirlo, pero al día siguiente volví con cara larga.

—Hay un problema, Excelencia —le dije.

Le expliqué que el modisto que me había vendido el vestido estaba abrigando sospechas. Me había preguntado si no era el esclavo del gobernador y me había dicho que si su esposa quería un vestido no le iban a conceder crédito. Su Excelencia exhaló

un gruñido al oír aquello.

—Quieren saber para quién va a ser el vestido —añadí—, y como no me ha gustado la cara que ha puesto el modisto, le he dicho que debía consultar a mi señora.

Lo cierto era que pese a que yo había inventado aquello, Su Excelencia sabía que cada vez era más impopular entre los holandeses, los presbiterianos y otros sectores de la población. Tenía enemigos. También los tenía su esposa, a causa de las facturas impagadas. Aparte habían corrido algunos rumores sobre la estrafalaria manera de vestirse de Su Excelencia, los suficientes para que

incluso un hombre orgulloso como él optara por la prudencia.

—Has hecho bien —aprobó—. Supongo que será mejor que dejemos esto por el momento.

Yo percibí de todas maneras su decepción, así que esperé unos días. Después, una tarde en que lo vi un poco triste, pasé a la acción.

—He estado pensando, Excelencia, que podría haber una solución para nuestro problema —declaré.

—¿Sí? —dijo.

—Sí —confirmé.

Entonces le expliqué que siempre había considerado que, si algún día

obtenía la libertad, podría abrir una pequeña tienda en la ciudad para vender toda clase de artículos para señoras y confeccionar vestidos también. Creía que Jan y la señorita Clara invertirían en mi negocio y me aportarían clientes. Ya tenía incluso pensada una costurera a la que podría emplear.

—Si tuviera ese negocio —dije—, podría hacerle a Su Excelencia todos los vestidos que quisiera, y nadie haría preguntas, porque la gente ya no me vería como vuestro esclavo. Nadie salvo yo sabría siquiera que os tendría por cliente. También podría confeccionar ropa para lady Cornbury, y

por supuesto, en lo que a Su Excelencia se refiere, mi interés no sería sacar beneficios. Os suministraría ropa a vos y a vuestra esposa a precio de coste.

—¿A precio de coste? —preguntó.

—Sí —asentí—, y no sólo vestidos, Excelencia, sino también enaguas, medias de seda y cualquier prenda que vos o vuestra esposa pudierais desear.

—Hum —musitó Su Excelencia—. ¿Y el precio de ello sería concederte la libertad?

—Si no, no podría prestaros ese servicio —señalé.

—Lo pensaré —dijo.

Como cualquiera puede imaginar, yo

asumía riesgos al ofrecerme a suministrar ropa a lady Cornbury, que no siempre pagaba sus facturas. De todas maneras, sospechaba que Su Excelencia tendría interés en pagarme, si quería recibir más vestidos.

Al día siguiente, me mandaron llamar al salón pequeño. Yo esperaba encontrar a Su Excelencia allí, pero era su esposa. Sentada en un sillón, me miró con aire pensativo.

—Su Excelencia me ha hablado de vuestra conversación —dijo—, y hay algo que me preocupa.

—¿Sí, Señoría?

—Concediéndote la libertad, Su Excelencia no tendría modo de sancionarte si te decidieras a hablar. Ya sabes a qué me refiero. —Me miró directamente a los ojos—. Yo debo protegerlo.

Tenía razón, por supuesto. Su Excelencia se iba a poner en mis manos, y admiré a su esposa por decírmelo. Guardé silencio un momento y luego me quité la camisa. Advertí que abría los ojos con asombro, pero cuando me volví, oí que soltaba una queda exclamación al ver las cicatrices de la espalda.

—Esto es lo que me hizo un hacendado, Señoría, antes de venir aquí. Y para seros sincero, Señoría, mataría a ese hacendado si pudiera.

—Ah —exclamó.

—En esta casa, en cambio, siempre he recibido un buen trato —proseguí con emoción, porque era verdad—. Y si Su Excelencia me concede la libertad, algo que he deseado toda mi vida, antes preferiría que me volvieran a azotar que pagarlo con una traición.

Me observó un largo momento antes de hablar.

—Gracias, Quash —dijo.

Yo me puse la camisa y tras

dedicarle una reverencia, salí.

Así fue como, en el año 1705, rayando los cincuenta y cinco años, obtuve por fin la libertad. Todo salió como había previsto. Jan fue generoso conmigo y me ayudó a alquilar una tienda en Queen Street, que es una buena zona de la ciudad, y me enseñó a comprar las mejores mercancías. La señorita Clara me enviaba tantas clientas que estaba ocupadísimo. No sólo empleé a la pequeña Rose, sino que pronto tuve que contratar a dos costureras más. Como eran muy jóvenes

no tenía que pagarles mucho, pero ellas estaban contentas de tener trabajo regular, y pronto empecé a ganar bastante.

A raíz de aquello y de todo lo ocurrido anteriormente, aprendí que, cuando uno da a la gente lo que quiere, puede lograr la propia libertad.

Al año siguiente falleció lady Cornbury, cosa que sentí. Un año después, el partido de Su Excelencia perdió el poder en Londres y, no bien se enteraron de ello, todos sus enemigos de Nueva York mandaron urgentes misivas a Inglaterra rogando que retiraran a Su Excelencia de su cargo a causa de todas

las deudas que había contraído. También decían que se vestía con ropa de mujer, y el rumor no hacía más que crecer... aunque nadie oyó ni una palabra acerca de ello salida de mis labios. Incluso llegaron a meter a Su Excelencia en la cárcel reservada a los deudores.

Por fortuna para él, su padre murió, con lo que se convirtió en conde de Clarendon. Ello, al ser un título de par de Inglaterra, conlleva, según la ley inglesa, el privilegio de no tener que rendir cuentas a la justicia. Ahora vive libre de preocupaciones en Inglaterra.

Jan y la señorita Clara siguieron aportándome su respaldo, informándome

de la llegada al puerto de cargamentos de sedas u otras mercancías y ayudándome a conseguir algunas a precio de coste. Por eso no me sorprendió que un día, poco después de la marcha de Su Excelencia a Inglaterra, Jan me hiciera llegar un mensaje en el que me informaba de que tenía algunos artículos interesantes y me pedía que pasara por su casa ese mismo día.

Cuando llegué también estaba la señorita Clara, que vino al salón con nosotros.

—He comprado algunas mercancías que creo que te van a interesar, Quash —anunció—, y Clara también piensa

que serán de tu agrado.

Sabía que ella tenía buen ojo, de modo que me dieron ganas de verlas sin tardanza.

—Pues mira, aquí están —dijo.

Oí que se abría la puerta del salón y al volverme, vi entrar a mi hijo Hudson.

—El capitán de uno de los barcos corsarios del señor Master lo compró en un barco fondeado en Jamaica —explicó el señor Jan—. ¿Te interesa?

Hudson se veía fuerte, magnífico y sonriente. La señorita Clara sonreía también, creo, o quizá lloraba, pero no estoy seguro porque de repente se me llenaron los ojos de lágrimas y no pude

ver muy bien.

Después del abrazo en que nos fundimos, tuve que cerciorarme de que había comprendido bien.

—¿De manera que Hudson pertenece a...?

—Hudson es libre —me anunció la señorita Clara—. Lo compramos y ahora te lo entregamos.

—Entonces es libre... —dije.

Luego me quedé sin habla un momento.

Después, sin embargo, no sé por qué tuve la sensación de no estar conforme. Sabía que ellos lo hacían con buena intención, por mí y por Hudson. También

sabía, por todo lo que había vivido a lo largo de los años, que aquel tráfico de seres humanos en el que estaba implicado el señor Master era algo horrendo. En el fondo, estaba convencido de que ni él ni ninguna otra persona debía disponer de la propiedad de otra; y si renunciaba a un esclavo, tanto mejor. Era consciente, asimismo, que deseaba la libertad de Hudson más de lo que había deseado incluso la mía. Aun así, pese a todo ello, sentía que no estaba conforme con aquella transacción.

—Os agradezco vuestra amabilidad —le dije al señor Master—, pero yo soy

su padre y querría comprar la libertad de mi hijo.

Vi la mirada que intercambiaron Jan y la señorita Clara.

—Me costó cinco libras —afirmó.

Aunque estaba seguro de que aquél era un precio muy bajo, le dije que pronto tendría esa cantidad y esa misma tarde saldé la primera parte del pago.

—Ahora tu padre ha comprado tu libertad —le dije a mi hijo.

No sé si sería algo correcto o no, pero aquella compra significaba mucho para mí.

Eso ocurrió hace dos años. Ahora tengo sesenta, una edad a la que no llegan muchos hombres, y menos si han sido esclavos. Últimamente no he estado bien de salud, pero creo que aún me queda un tiempo de vida, y mi negocio va viento en popa. Mi hijo Hudson tiene una pequeña posada muy cerca de Wall Street y no le va mal. Sé que preferiría hacerse a la mar, pero se queda aquí para complacerme. Ahora tiene una esposa y un hijo que tal vez consigan anclarlo en tierra. Todos los años vamos a casa de la señorita Clara para festejar

el cumpleaños del joven Dirk y ver cómo se ciñe el cinturón de *wampum*.

La muchacha de Boston

❧ 1735 ❧

El juicio debía iniciarse al día siguiente. El gobernador había manipulado al jurado, eligiendo secuaces suyos. La condena estaba pues garantizada, cuando menos con el primer jurado.

Lo cierto fue que cuando los dos jueces se dieron cuenta, aun siendo ellos

mismos amigos del gobernador Cosby, expulsaron a los comparsas y volvieron a iniciar el proceso. El nuevo jurado era imparcial. El juicio iba a ser limpio, digno del *fair play* británico. Pese a la gran distancia que la separaba de Londres, Nueva York no dejaba de ser por ello territorio británico.

La colonia entera aguardaba conteniendo la respiración.

En realidad, las expectativas eran vanas, porque el acusado no tenía ni la más mínima posibilidad.

3 de agosto del año de nuestro Señor

de 1735. El Imperio británico disfrutaba de la época georgiana. Después de la reina Ana se había ofrecido el trono a su pariente Jorge de Hanóver, protestante como ella, a quien pronto sucedió su hijo Jorge II, que era quien dirigía la marcha del imperio ahora. Aquélla era una época de confianza, presidida por la elegancia y la razón.

3 de agosto de 1735: Nueva York, en una cálida y bochornosa tarde.

Contemplada desde el otro lado del East River, la vista podría haber pasado por uno de los paisajes de Vermeer. La larga y chata hilera de los distantes muelles, que aún conservaban nombres

como Beekman y Ten Eyck, los puntiagudos techos escalonados, los chatos almacenes y los veleros fondeados en el agua componían un pacífico y silencioso cuadro. En el centro del panorama, el airoso campanario parecía esforzarse por arañar el cielo.

En las calles, no obstante, el escenario se distanciaba de aquella imagen de sosiego. La población de Nueva York alcanzaba ya los diez mil habitantes, y no cesaba de aumentar año tras año. Wall Street, la avenida contigua a las antiguas murallas, quedaba sólo a medio camino del

puerto. Al oeste de Broadway todavía perduraban los huertos y los cuidados jardines holandeses, pero en la parte este, las casas de ladrillo y madera se sucedían pegadas unas a otras. Los transeúntes debían sortear los porches y casetas, barriles de agua y postigos sueltos y esquivar las ruedas de los carros que se abrían camino sobre la tierra apisonada o las calles adoquinadas en dirección al bullicioso mercado.

No obstante, para cualquiera que transitara las calles, lo más inmundado era la fetidez del aire. Las boñigas de caballo y de vaca, los desperdicios

arrojados desde las casas, la basura y la mugre, las aves y gatos muertos y los excrementos de toda clase se acumulaban en el suelo, a la espera de que los barrieran la lluvia o los resecara el sol. En un día tórrido y húmedo como aquél, de aquel pútrido amasijo brotaba una intensa pestilencia que, fermentada por el sol, se adhería a las paredes y vallas de madera, impregnaba los ladrillos y la argamasa, obturaba la nariz y la garganta y provocaba escozor en los ojos en su ascenso hacia los tejados.

Aquél era el olor del verano en Nueva York.

La ciudad era, de todas maneras, un enclave británico. La persona que la contemplara desde el otro lado del East River se hallaría tal vez cerca del pueblo de Brooklyn, donde todavía se hablaba holandés, pero aun así se encontraría en el condado de Kings, contiguo al condado de Queens, situado más al norte. Detrás de la isla de Manhattan divisaría el continente que se extendía más allá del río Hudson, un territorio para el que el propio Carlos II de Inglaterra había elegido el nombre de Nueva Jersey.

En el centro de la ciudad todavía exhibían su encanto las casas holandesas

de escalonados remates de la Nueva Ámsterdam, sobre todo por debajo de Wall Street, pero las nuevas viviendas estaban construidas con el simple estilo georgiano. El antiguo ayuntamiento holandés se había visto relegado asimismo a favor de un edificio clásico situado en Wall Street que ofrecía una complaciente vista sobre Broad Street. En los puestos del mercado aún se oía hablar holandés, pero no en las casas de los comerciantes.

La lengua inglesa traía emparejadas las libertades inglesas. La ciudad poseía un fuero propio que llevaba estampado el sello del Rey. Uno de los

gobernadores anteriores había exigido un soborno para procurar aquel reconocimiento, era cierto, pero aquello entraba dentro de lo previsible. Además, una vez concedido y sellado el fuero, los ciudadanos honoríficos de la ciudad podían remitirse a él para siempre. Ellos elegían sus concejales; eran ingleses nacidos libres.

Algunos de los habitantes de Nueva York habrían señalado tal vez que aquella libertad inglesa distaba de ser perfecta. Los esclavos que en creciente número se vendían al pie de Wall Street podrían haberlo afirmado, pero ellos eran negros y, según la opinión

generalizada entre los neoyorquinos, pertenecían a una raza inferior. Entre las mujeres de Nueva York, aquellas que aún se acordaban de las viejas leyes holandesas que las equiparaban a los varones podían haber lamentado también la desventaja de su condición bajo el régimen jurídico inglés. Los honestos varones ingleses se encargaban, de todas maneras, de que cualquier queja venida del sexo débil adquiriese un cariz inapropiado.

No: lo que contaba era deshacerse de la tiranía de los reyes. En eso coincidían tanto puritanos como hugonotes. Ni Luis, rey de Francia, ni el

católico Jaime. La Gloriosa Revolución de 1688 había establecido que el Parlamento protestante británico supervisara la actuación del Rey. En lo tocante al derecho común inglés, algunas prerrogativas como la de ser juzgado por un tribunal o reunirse en asambleas capaces de revocar impuestos opresivos remontaban a quinientos años atrás, a la redacción de la Magna Carta o incluso antes. Los hombres de Nueva York disponían, en resumidas cuentas, de igual libertad que los de Inglaterra, que habían decapitado a su Rey hacía menos de un siglo, cuando éste trató de erigirse en tirano.

Por eso el juicio que iba a celebrarse al día siguiente tenía tanta importancia.

Los dos hombres caminaban juntos al lado de la carretera. El que vestía una chaqueta marrón abotonada de arriba abajo parecía incómodo. Quizá se debiera sólo al calor, o quizás había algo que le causaba inquietud.

El señor Eliot Master de Boston era un buen hombre que se ocupaba de sus hijos. También era un prudente abogado. Sonreía, desde luego, cuando era apropiado, y hasta reía cuando lo

reclamaba la ocasión, aunque no de forma ruidosa ni tampoco prolongada. Por ello era bastante insólito preocuparse porque pudiera haber cometido un terrible error.

Aunque acababa de conocer a su primo de Nueva York, Dirk Master, éste ya había despertado reticencias en él. Siempre había sabido que sus abuelos respectivos, Eliot y Tom, habían tomado rumbos divergentes. Los Master de Boston nunca habían tenido ningún contacto con los Master de Nueva York. Aun así, ante la perspectiva de visitar Nueva York, Eliot había pensado si no habría transcurrido un tiempo suficiente

que permitiera reanudar las relaciones. Antes de escribir a su pariente, no obstante, había efectuado algunas pesquisas sobre aquella gente y averiguado que el comerciante era un hombre rico. Lo vivió como un alivio, porque le habría causado una decepción saber que tenía un pariente a quien no le iban bien las cosas. Lo de su carácter, en cambio, estaba por ver.

Como era un día caluroso, el comerciante vestía una sobria chaqueta de material ligero. El chaleco de seda que llevaba debajo había causado, sin embargo, un sobresalto al abogado; era demasiado abigarrado. Su peluquín era

demasiado extravagante y el nudo de la corbata estaba demasiado flojo. ¿Serían aquellos detalles indicio de un carácter falto de gravedad? Pese a que su pariente lo había invitado con calurosos términos a quedarse en su casa mientras asistía al juicio que iba a celebrarse en Nueva York, Eliot Master había preferido alojarse con un responsable abogado al que conocía, y al ver el chaleco de seda de su primo, había considerado que había acertado en su decisión.

Nadie habría adivinado que eran primos. Dirk era corpulento y rubio, con una dentadura prominente y un aire de

cordial confianza. Eliot tenía una estatura mediana, pelo castaño, cara ancha y era muy serio.

En Boston, la familia Master vivía en Purchase Street. Eliot era diácono de la iglesia de la Antigua Congregación del Sur y miembro de la junta de control de la ciudad. Estaba familiarizado con los negocios. No podía ser de otro modo, viviendo como vivía entre los muelles y molinos de agua de Boston. El hermano de su esposa era fabricante de cerveza, dueño de una sólida y floreciente empresa, por fortuna. No obstante, en su condición de graduado de la facultad Latina de Boston y de la

Universidad de Harvard, lo que Eliot valoraba más era la cultura y la base moral de las personas.

No estaba muy seguro de que su primo de Nueva York poseyera ni una ni otra.

Pese a que era un hombre prudente, Eliot Master estaba dispuesto a defender sus principios. En lo tocante a la esclavitud, por ejemplo, era tajante. «La esclavitud no está bien», les decía a sus hijos. El hecho de que, incluso en Boston, en torno a una de cada diez personas fuera para entonces un esclavo no cambiaba para nada las cosas desde su punto de vista. En su casa no había

ninguno. A diferencia de muchos rígidos bostonianos de las generaciones precedentes, él toleraba la libertad de religión, siempre y cuando ésta fuera protestante. Por encima de todo, y en eso coincidía con sus antepasados puritanos, mantenía la vigilancia ante cualquier iniciativa de carácter tiránico por parte del Rey. Ése era el motivo por el que se encontraba en Nueva York, para presenciar el juicio.

Su primo había tenido un detalle correcto invitándolos a cenar a él y a su hija esa noche y también había sido útil

que, mientras Kate descansaba en su alojamiento, Dirk le enseñara la ciudad. El comerciante estaba sin duda bien informado, y saltaba a la vista el orgullo que sentía por su ciudad. Después de pasear por Broadway y admirar la iglesia Trinity, habían seguido la carretera del norte, que seguía el trazado del antiguo camino indio, hasta llegar a las proximidades del viejo estanque.

—Los terrenos del lado este eran sólo pantanos hace un par de años —le explicó el comerciante—, pero mi amigo Roosevelt los compró y no hay más que verlos ahora.

La zona había sido desecada y

acondicionada con un pulcro trazado de calles. Aquella urbanización resultaba impresionante, según comentó el abogado, dada la mala racha que había sufrido el comercio en Nueva York.

—El comercio pasa malos momentos —reconoció su primo—. Los propietarios de las plantaciones de azúcar de las Indias Occidentales pecaron de codiciosos excediéndose en la producción. Muchos se han arruinado y nuestra actividad, que en gran medida consiste en suministrarles productos a ellos, ha sufrido un duro golpe. Y para colmo, esos condenados individuos de Filadelfia venden harina a unos precios

inferiores a los que podemos permitirnos nosotros. —Sacudió la cabeza—. Es una pena.

Dado que Nueva York había arrebatado a Boston la capitalidad del comercio hacía medio siglo, el bostoniano no pudo reprimir un asomo de sonrisa al comprobar las dificultades presentes de los neoyorquinos.

—¿Todavía os van bien los negocios, no? —se interesó.

—Yo trato diferentes sectores —respondió su primo—. El comercio de esclavos todavía funciona bien.

Eliot Master guardó silencio.

En el trayecto de regreso, al pasar

junto a Mill Street, Dirk Master señaló un edificio.

—Es la sinagoga —precisó tranquilamente—. No está mal la construcción. Tienen dos comunidades, como sabréis: los sefardíes, que llegaron aquí procedentes de Brasil y son bastante corteses, y los askenazis, germánicos y no tan corteses pero más numerosos. Lo que hacen es elegir un askenazi como presidente de la congregación, pero los servicios son sefardíes. Sabrá Dios si los alemanes los entienden. Es realmente gracioso ¿no os parece?

—Yo no creo que la religión de una

persona sea motivo de risa —declaró el abogado.

—No, por supuesto que no. No era eso a lo que me refería.

Era posible que no. De todas maneras, el bostoniano creía detectar en los modales del comerciante un asomo de laxitud moral, lo cual confirmaba que habían sido correctas las reticencias inspiradas por la visión del chaleco de seda.

Estaban a punto de despedirse cuando Dirk Master se detuvo de repente y señaló algo.

—Allí está —exclamó. Al ver la expresión de desconcierto de Eliot,

sonrió—. Ese joven demonio es mi hijo —explicó.

El abogado se lo quedó mirando horrorizado.

Eliot Master jamás habría reconocido tener predilección por nadie, pero de sus cinco hijos a quien más quería era a Kate. Ella era la que tenía más inteligencia, aunque consideraba un desperdicio que le hubiera correspondido a una mujer. A él le agradaba que las mujeres de su familia leyeran y pensaran, pero sólo dentro de los límites que consideraba apropiados. Su hija era además dulce y cariñosa, rayando casi lo excesivo. Cuando tenía

cinco años se quedaba angustiada por la imagen de los pobres que veían en las calles. Había necesitado tres años de paciente explicación para hacerle comprender que había una diferencia entre los pobres que merecían la piedad y los que no.

A causa de ello, era grande su anhelo por encontrar el marido idóneo para Kate. Debía ser un hombre inteligente, bondadoso y firme. En cierta época había tomado en consideración al hijo de su respetado vecino, el joven Samuel Adams, pese a que éste tenía unos años menos que Kate. Pronto había visto que el muchacho adolecía de una

rebeldía y falta de aplicación que lo llevaron a descartarlo. Ahora que Kate tenía dieciocho años, su padre siempre tomaba la precaución de que nunca fuera a ningún sitio donde pudiera entablar una relación poco afortunada.

Por ello había dudado, naturalmente, en llevarla a Nueva York, donde la presencia de aquellos primos de los que apenas nada sabía podía suponer un riesgo.

Ella le había rogado que la dejara ir, sin embargo. Quería asistir al juicio, y había que reconocer que comprendía los entresijos legales mucho mejor que el resto de sus hijos. Con él siempre

estaría a buen recaudo y, además, debía admitir que siempre le gustaba estar con ella, de modo que acabó aceptando.

En ese momento, a menos de cincuenta metros de distancia, vio a un alto joven de cabello rubio que salía de una taberna en compañía de tres marineros rasos. Uno de ellos le dio entre risotadas una palmada en la espalda. Lejos de molestarse por ello, el joven, que vestía una camisa no muy limpia, dijo algo en son de burla, riendo a su vez. Al hacerlo se volvió un poco, permitiendo que el abogado le viera bien la cara. Era guapo. Era más que guapo: parecía un joven dios de la

Grecia Antigua.

—Vuestra hija debe de tener más o menos la misma edad —observó alegremente el comerciante—. Confío en que se lleven bien. Os esperamos entonces para la cena.

Kate Master se miró al espejo. Entre las chicas que conocía, las había que tenían unas muñequitas de modista vestidas con los modelos que eran el último grito en París y Londres, pero su padre nunca habría permitido tales muestras de vanidad en su casa. De todas maneras, aunque iba vestida con

más sencillez, no le desagradaba el resultado. Tenía un buen tipo. Poseía unos pechos preciosos, aunque nadie habría tenido ocasión de verlos debido a la tela que los cubría. La falda y el cuerpo del vestido eran de seda de color pardo rojizo, bajo la cual asomaba el vestido camisero de un color crema que realzaba el tono de su piel. El pelo castaño lo llevaba peinado con sencillez y naturalidad. Los zapatos tenían tacones, aunque no muy altos, y las punteras redondeadas, porque a su padre no le parecían bien los modelos puntiagudos que tan de moda estaban. Kate tenía un cutis fresco y se había

empolvado tan poco que no creía que su padre lo notara.

Quería lucir un buen aspecto ante aquellos primos neoyorquinos. Tal vez habría entre ellos algún joven de su edad.

Al llegar a la casa, situada en el distinguido barrio de South Ward, próximo al antiguo fuerte, tanto Kate como su padre quedaron impresionados. La vivienda era muy bonita. Por encima del sótano se elevaban dos pisos, con cinco ventanas saledizas, que presentaban una fachada simple y

clásica. Era una casa aristocrática. Una vez adentro, repararon en el gran armario de madera de nogal, de marcada factura holandesa, y en dos espartanos sillones de la época de Carlos II. En el salón había unos solemnes retratos de los padres de Dirk, unos estantes donde se exponía un juego de té de porcelana china en negro y oro y varias sillas de madera de nogal con asientos tapizados, de estilo reina Ana. Todos aquellos elementos decorativos proclamaban que la rama neoyorquina de los Master había hecho su fortuna hacía mucho tiempo.

Dirk les dispensó una cálida acogida. Su esposa era una dama alta y

elegante que sólo con su suave manera de hablar pregonaba la confianza con que asumía su puesto en la sociedad. Y luego estaba su hijo, John.

El padre de Kate no había hablado a su hija del muchacho. Pese a sus esfuerzos, ella no podía dejar de lanzarle furtivas miradas. Vestía una inmaculada camisa blanca de lino y un chaleco de seda verde y oro. No llevaba peluca, ni falta que le hacía, con aquella magnífica mata de cabello dorado. Era el joven más guapo que había visto en toda su vida. Cuando los presentaron, él le dispensó un par de fórmulas de cortesía que ella apenas oyó. Después

Kate se limitó a escuchar cómo hablaba su padre, de modo que se tuvo que conformar con preguntarse en qué estaría pensando.

Antes de la cena, la conversación se ciñó a la mutua indagación sobre sus respectivas familias. Así se enteró de que John tenía dos hermanas, que se encontraban ausentes, pero ningún hermano varón. Era pues el heredero.

La cena fue excelente. La comida fue abundante y el vino, de calidad. A Kate la instalaron a la derecha del cabeza de familia, entre éste y John. La conversación, centrada sobre cuestiones generales, fue cordial, aunque se notaba

que todo el mundo hablaba con prudencia, por temor a no ofender posibles susceptibilidades. La señora Master señaló que conocía al abogado con quien se alojaban y su marido dijo que esperaba que su primo tuviera ocasión de conocer a algunos de los más destacados representantes de la abogacía neoyorquina.

—Además de en la profesión legal, en Nueva York también se encuentran algunas mentes preclaras —respondió educadamente Eliot—. La fama del círculo del gobernador Hunter todavía persiste en Boston, os lo aseguro.

El gobernador Hunter, que había

sucedido al excéntrico lord Cornbury, había reunido en torno a sí a un notable círculo de amigos, escoceses como él en su mayoría, que habían formado una especie de club intelectual. Dos décadas más tarde, las personas cultas de otras ciudades todavía aludían a ellos con reverencia. Kate, que había oído mencionarlos con frecuencia a su padre, miró de reojo al muchacho que tenía a su derecha. Tenía la cara inexpresiva. A su lado, su madre mantenía una mirada vaga.

—Ah, Hunter —repitió su anfitrión—. Ojalá siempre tuviéramos la misma suerte con los gobernadores.

Con la esperanza de incitar a hablar al joven John, Kate le comentó que había visto a más negros en Nueva York que en Boston.

—Sí —respondió él—. Alrededor de uno de cada cinco habitantes de la ciudad es esclavo.

—Mi padre no está de acuerdo con la esclavitud —declaró Kate alegremente, atrayéndose una mirada de amonestación de su progenitor.

El anfitrión intervino para suavizar la situación.

—Como habrá reparado, los criados de esta casa no son criados negros, señorita Kate, sino irlandeses que

trabajan con contrato de reembolso para pagar el coste de su viaje a América por lo general. No obstante, es cierto que yo participo en el comercio de esclavos. Algunas de las mejores familias de Boston, como los Waldo y los Faneuil, también practican dicha actividad. Un comerciante bostoniano que conozco afirmaba que sus tres sectores principales de negocio son la mantequilla holandesa, el vino italiano y los esclavos.

—Mi hija no pretendía ser descortés, primo —se apresuró a puntualizar Eliot, dejando clara su intención de que no se produjeran roces

durante la cena—, y son pocas las personas en Boston que comparten mi opinión. Debo confesar de todas formas —añadió, sin poderlo evitar—, que en tanto que inglés no puedo pasar por alto el hecho de que un prominente juez británico haya dictaminado que la esclavitud no debe ser legal en Inglaterra.

Dirk Master observó con actitud pensativa a su primo de Boston. Había sentido bastante curiosidad por conocerlo. Con su hijo, él era el único Master varón transmisor del apellido en Nueva York. De la familia Van Dyck había tenido sólo primas que, después

de casarse, se habían ido a vivir fuera de la ciudad, de modo que le quedaban pocos parientes. Aquel abogado de Boston era una persona muy distinta, pero no le desagradaba. No era, por lo menos, un mal comienzo del todo. Su hija parecía bastante agradable, además. Reclinado en la silla, meditó su respuesta.

—Hace cuarenta años, mi abuelo holandés se dedicaba a la compraventa de pieles —relató—. Dicho comercio aún persiste, pero ha perdido importancia. Mi otro abuelo, Tom Master, participaba en las actividades comerciales de las Indias Occidentales,

las cuales han alcanzado tal envergadura que tres cuartas partes de los negocios que se llevan a cabo en esta ciudad dependen del suministro de las plantaciones de azúcar, que necesitan esclavos. —Hizo una pausa—. En cuanto a la moralidad del tráfico de personas, respeto vuestra opinión, primo. Mi abuelo holandés quiso liberar a los dos únicos esclavos que tuvo.

Eliot asintió con ambiguo ademán, y en los ojos del comerciante asomó un malicioso brillo.

—Aun así, primo —prosiguió—, debéis reconocer que a los británicos también hay que achacarles una

tremenda hipocresía en esta cuestión, puesto que si bien afirman que la esclavitud es monstruosa, sólo aplican el criterio en su isla de Europa. En el resto del Imperio británico se permite la esclavitud. El comercio del azúcar, tan rentable para Inglaterra, depende totalmente de los esclavos, y los barcos británicos los transportan por millares cada año.

—No se puede negar —reconoció educadamente Eliot.

—¿Y no os preocupa, señor —planteó entonces Kate— que Nueva York dependa tanto de un solo sector comercial?

El comerciante la observó un momento con un brillo admirativo en los ojos azules.

—No demasiado —respondió—. Sin duda habréis oído hablar del Interés del Azúcar. Los grandes hacendados han formado un grupo destinado a influir en las decisiones del Parlamento de Londres. Como poseen enormes fortunas, se lo pueden permitir. Ellos y sus amigos forman parte de la asamblea legislativa. A otros miembros del Parlamento los convencen con argumentos o con dinero. El sistema deja sentir su influjo hasta en las más altas esferas y su presión ha dado muy

buenos resultados. Durante los últimos años, cuando el comercio del azúcar pasaba por una mala racha, el Parlamento británico aprobó dos medidas para protegerlo. La más destacada fue la de la Ración de Ron, por la cual a todos los hombres destacados a bordo de un navío de la Marina británica se les da ahora media pinta de ron al día. No sé a cuánto ascenderá el gasto del gobierno, pero multiplicado por la totalidad de la Marina a lo largo de un año entero representa una asombrosa cantidad de ron, y por lo tanto de melaza proveniente de las plantaciones. —Esbozó una

sonrisa—. Y esa Ración de Ron no es sólo una salvación temporal, sino eterna, porque una vez que se ha creado en un marinero la expectativa de recibir ron como algo a lo que tiene derecho, no consentirá que se la quiten. Si paran de repartir ron, habrá motines. Y lo que es más, a medida que crece la Marina se multiplica también la ración de ron y las fortunas de los propietarios de las plantaciones. Como podéis ver pues, señorita Kate, los más seguros pilares en los que se asienta en la actualidad Nueva York son el Interés del Azúcar inglés.

Kate lanzó una ojeada a su padre.

Sabía que aquel cínico empleo de palabras de cariz religioso no debía de gustarle nada, pese a que ella apreciaba la ruda franqueza del comerciante.

—Habéis mencionado una segunda medida, señor —le recordó.

—Sí. El Acta de la Melaza, según la cual sólo podemos comprar melaza proveniente de comerciantes y barcos ingleses. Eso mantiene un elevado precio de la melaza y protege a los hacendados ingleses. A mí no me agrada demasiado, porque yo también fabrico ron aquí en Nueva York. Si estuviera permitido compraría a mucho mejor precio la melaza a los vendedores

franceses. —Se encogió de hombros.

John Master escogió ese momento para hablar.

—Aunque sí se la compramos. —Se volvió hacia Kate con una sonrisa—. Vamos a buscar la melaza de los franceses fuera del puerto y la entramos de contrabando. No es legal, por supuesto, pero eso es lo que hace papá. Yo participo en esas expediciones —le aseguró, no sin cierto orgullo.

El comerciante dirigió a su hijo una mirada de exasperación.

—Ya basta, John —le ordenó—. Lo que ahora nos gustaría oír a todos es la opinión que tiene mi primo del juicio de

mañana —declaró, dedicando una inclinación de cabeza a Eliot.

Eliot Master posó la mirada en la mesa. Lo cierto era que experimentaba una sensación de alivio. Si antes de llegar a la casa había abrigado el secreto temor de que su hija se prendara de su guapo primo, una vez dentro de ella, viendo al joven aseado y teniendo en cuenta que era el heredero de una fortuna superior a la que él poseía en Boston, se encontró frente a una incómoda disyuntiva: pese a lo que él pensara de aquellos neoyorquinos y sus negocios, ¿tenía realmente el derecho de responder con una negativa si Kate

deseaba casarse con un pariente tan rico? Hasta ese momento se había debatido en la duda, pero ahora, con su imprudente intervención, aquel muchacho acababa de exponer a la luz lo que eran él mismo y su familia. No sólo eran esclavistas, sino además contrabandistas; así se explicaba que fueran mucho más ricos que él. Pensaba ser educado con ellos, naturalmente, pero en su fuero interno los situaba a la misma altura que los delincuentes. Su deber como padre le exigía por lo tanto procurar que su hija percibiera la clase de sabandija que era aquel joven.

Satisfecho con el desarrollo de las

cosas, pasó pues a concentrarse en el juicio contra John Peter Zenger.

Aquel juicio iba a tener una gran repercusión para las colonias americanas, pese a que tenía su origen en Inglaterra. Los acontecimientos políticos que se producían en Londres no tardaban mucho en dejar sentir sus efectos en Boston y en Nueva York. Dirk Master lo expresaba de ese modo: «Londres nos da leyes, guerras y prostitutas». Con lo de prostitutas se refería a los gobernadores reales.

Aun habiendo honrosas excepciones, como la del gobernador Hunter, la mayoría de aquellos hombres acudían a

América con la intención exclusiva de llenarse los bolsillos, y la gente de las colonias lo sabía. El gobernador que tenían por aquel entonces, Cosby, era uno de los peores, corrupto a más no poder. En poco tiempo había realizado toda clase de operaciones para embolsarse dinero, había manipulado jurados, amañado elecciones y destituido a los jueces que no obedecían a sus deseos. Dado que el único periódico de la ciudad estaba controlado por él, algunos comerciantes habían fundado otro con el fin de atacar a Cosby y denunciar sus abusos, y habían contratado a un impresor para

hacerse cargo de la publicación. Decidido desde el principio a cerrarla, el gobernador había acabado por mandar a la cárcel a Zenger, que debía comparecer a juicio para responder a los cargos de libelo y sedición.

Eliot Master juntó los dedos y pasó a detallar los distintos aspectos legales del asunto.

—Mi primera objeción se basa en la manera como se llevó a cabo la detención de Zenger —comenzó a exponer—. Según tengo entendido, no es un hombre rico.

—Es un pobre emigrante llegado del Palatinado alemán —concretó el

comerciante—. Aquí aprendió el oficio de impresor, aunque ha revelado un considerable talento para escribir.

—Al detenerlo, el gobernador hizo que se le exigiera una fianza astronómica que Zenger jamás habría podido pagar. Como consecuencia de ello, lleva ocho meses pudriéndose en la cárcel, ¿no es así?

—En efecto.

—En ese caso aquí hay una cuestión de principio —declaró el abogado de Boston—, en lo referente a la fianza excesiva, que no se debería consentir. La cuestión de base, no obstante, es que el gobernador real ha sido objeto de

ofensa.

—Todos estamos dispuestos a ofender a ese gobernador real —señaló su anfitrión—, pero como el pobre Zenger lo imprimió en papel, lo están utilizando como chivo expiatorio. Nuestro pueblo está decidido a proporcionarle una buena defensa, y los integrantes del nuevo jurado son personas bastante honradas. Creo que incluso siete de ellos son holandeses, y por lo tanto poco sospechosos de tener tratos amistosos con el gobernador. ¿Tiene con ello alguna oportunidad el acusado?

—Me parece que no —repuso Eliot

—. Si se puede demostrar que Zenger imprimió realmente los artículos ofensivos, la ley exige que el jurado lo declare culpable.

—No existen apenas dudas de que imprimiera el artículo —afirmó el comerciante—. Además, ha seguido proporcionando más material al periódico entregándole nuevos textos a su esposa por debajo de la puerta de su celda. Pero ¿no se toma en consideración el hecho de que todas las afirmaciones que efectuó sobre el gobernador Cosby son ciertas? ¿No debería tenerse eso en cuenta?

—La ley británica en materia de

libelos afirma que eso no sirve como defensa —respondió el abogado—. Y si las afirmaciones son un insulto contra el representante del Rey, son libelo sedicioso. Que sean verdaderas o falsas, da lo mismo.

—Eso es monstruoso —se escandalizó el comerciante.

—Puede —concedió Eliot—. Mi preocupación actual es que se haga un mal uso de la ley, y por eso es para mí tan importante asistir a este juicio.

—Para haber hecho el viaje desde Boston, debe de serlo.

—Para seros franco —prosiguió Eliot Master—, yo creo que este caso es

de gran trascendencia. En mi opinión, el juicio contra Zenger socava los fundamentos de nuestras libertades inglesas. —Abrió una pausa—. Hace un siglo, nuestros antepasados abandonaron Inglaterra porque el rey Carlos I estaba instaurando una tiranía. Cuando los miembros del Parlamento cuestionaron su derecho a hacerlo, intentó arrestarlos; cuando los honrados puritanos imprimieron quejas sobre sus pecados, les cortó las orejas, los marcó con hierro y los arrojó a la cárcel, valiéndose, no hay que olvidarlo, de la misma acusación de libelo sedicioso. Hace ochenta y cinco años, el

Parlamento puso fin a la tiranía del rey Carlos I con su decapitación, pero con ello no se acabaron, sin embargo, todos los abusos. Y ahora, a menor escala, con la tiránica actuación de este gobernador, se vuelve a reproducir el mismo proceso. Yo creo que este juicio nos ha sido enviado como una prueba en la que podemos manifestar el grado en que valoramos nuestra libertad. —A lo largo de aquella exposición, había ido elevando de manera considerable la voz.

—Vaya, primo, veo que tenéis madera de orador —observó, con renovado respeto, el comerciante.

Eran escasas las ocasiones en que

Kate oía hablar a su padre con tanta pasión. Orgullosa de él y pensando granjearse su aprobación, se decidió a intervenir en el debate.

—Cuando Locke habla de la ley natural y del derecho natural a la vida y a la libertad, ¿no incluye en ello la libertad a expresar lo que uno piensa? —planteó.

—Yo diría que sí —contestó su padre.

—¿Locke? —inquirió, desconcertada, la señora Master.

—Sí, Locke —dijo su anfitrión—. Un filósofo —informó a su esposa, mientras trataba de recordar algo sobre

aquel pensador cuya doctrina servía de fuente de inspiración para los amantes de la libertad en ambos lados del Atlántico.

—¿Leéis filosofía? —preguntó, algo perpleja, la señora Master a Kate.

—Sólo los textos más famosos —respondió alegremente Kate, al tiempo que dispensaba una sonrisa al muchacho, suponiendo que él también lo había leído.

John Master agachó, sin embargo, la mirada, sacudiendo la cabeza.

En ese momento Kate sospechó que tal vez el dios griego que tenía al lado era tímido, lo cual no hizo más que

acrecentar su interés. Entonces se preguntó de qué manera podía alentarle a hablar, pero habiéndose criado en el instruido ambiente bostoniano de la casa de su padre, aún no comprendía que se hallaba en un territorio muy distinto.

—El verano pasado vimos la representación de un acto del *Catón* de Addison que dieron algunos miembros de Harvard —le comentó—. He oído que hacia finales de año se va a poder ver la obra entera en nuestras colonias americanas. ¿Sabíais que la van a dar en Nueva York?

La pregunta guardaba relación con el juicio de Zenger, puesto que Addison,

fundador de la revista *Spectator* de Inglaterra y modelo para todo caballero civilizado inglés, había obtenido un enorme éxito exponiendo la resistencia presentada por el noble republicano romano a la tiranía de César. Puesto que la fama de la obra había atravesado hacía tiempo el Atlántico, estaba convencida de que su acompañante habría leído algo al respecto en los periódicos.

—No sé —obtuvo como respuesta.

—Deberéis disculparnos, señorita Kate, si en esta casa nos preocupamos más por el comercio que por la literatura —intervino el comerciante—.

Me parece, John —se sintió de todas maneras obligado a añadir, con un asomo de reproche—, que debes de haber oído hablar del *Catón* de Addison.

—El comercio es la clave de la libertad —sentenció con firmeza el abogado bostoniano, acudiendo en su ayuda—. El comercio propaga la riqueza, y con ello promueve la libertad y la igualdad. Eso es lo que dice Daniel Defoe.

Por fin el joven John levantó la cabeza con un ápice de esperanza.

—¿El hombre que escribió *Robinson Crusoe*?

—El mismo.

—Lo he leído.

—Ah bueno —dijo el abogado—, no está mal.

Evitando toda tentativa de discusión literaria, concentraron la atención en las tres espléndidas tartas de fruta que acababan de servirles. Eliot Master no se hallaba del todo insatisfecho, no obstante. Había quedado bastante complacido con su pequeña demostración oratoria, y había sido completamente sincero del principio al final. Su primo no se había equivocado

al observar que no habría efectuado el viaje desde Boston si no le hubiera apasionado el asunto. En cuanto a su primo Dirk, tal vez era un bribón, pero estaba claro que no era tonto. A su esposa la descartó en su evaluación, para pasar al muchacho.

Saltaba a la vista que, por más bien parecido que fuera, aquel chico era persona de pocos alcances. Era un zopenco, apto sólo para el trato con rudos marineros y contrabandistas. No había la menor posibilidad, estaba seguro, de que su Kate, que había tenido tan buen papel en la conversación, pudiera interesarse en lo más mínimo

por un individuo así. Definitivamente tranquilizado, aceptó una segunda porción de pastel de manzana.

El breve diálogo que puso fin a la cena le resultó, si cabe, más grato aún.

Era casi hora de marcharse. Kate se había esforzado por ser afable con su primo John. Le había preguntado a qué dedicaba el tiempo y descubierto que lo que más le gustaba era estar en el puerto, y sobre todo, a bordo de un barco. Con atinadas preguntas, había averiguado un poco más sobre los negocios de su familia. Al igual que otros comerciantes de su especie, los Master de Nueva York abarcaban un

amplio abanico de actividades. Además de poseer varios barcos tenían una floreciente tienda, fabricaban ron, aunque fuera con melaza de procedencia ilegal, e incluso se encargaban de asegurar otros barcos mercantes. Él hablaba en voz baja, de manera escueta, pero en un par de ocasiones la miró directamente a la cara y a ella le costó no ruborizarse ante la visión de sus ojos, que eran tan azules como el cielo. De lo que no tenía ni idea era de si ella le había gustado.

Antes de levantarse de la mesa, Dirk Master hizo prometer a su padre que volvería a visitarlo antes de irse de

Nueva York, y se llevó una alegría al oír que éste contestaba educadamente que así lo haría.

—¿Asistiréis a la totalidad del juicio? —preguntó el comerciante.

—De principio a fin.

—¿Y la señorita Kate? —inquirió su anfitrión.

—Pues veréis —respondió con entusiasmo ella—, a mi padre le preocupa la tiranía real, pero yo he venido a apoyar la libertad de prensa.

Su padre sonrió.

—Mi hija comparte la opinión del poeta: «Casi es tan grave matar a un hombre como matar un buen libro».

En su hogar era algo corriente emplear aquel tipo de citas.

—«Aquél que destruye un buen libro, mata la misma razón» —replicó de inmediato Kate.

Su anfitrión los miró alternativamente antes de sacudir la cabeza.

—Me resulta conocido. ¿De quién es la cita? —preguntó cordialmente.

Kate se quedó sorprendida de que hubiera que recordárselo. Aquellas palabras habían surgido de la pluma de John Milton, el autor de *El paraíso perdido*, y no pertenecían a un poema, sino a un panfleto, la más ferviente

defensa de la libertad de expresión y de prensa que se haya escrito nunca.

—Es de la *Areopagítica*, de Milton —informó.

—Ah, Milton —dijo su anfitrión.

El joven John frunció, sin embargo, el entrecejo.

—¿Aero qué? —preguntó.

Fue algo espontáneo. Sin pararse a pensar, Kate estalló en carcajadas. El joven John Master se ruborizó, con expresión avergonzada.

—Bueno, la cena habría podido ser peor —se felicitó alegremente su padre,

mientras regresaban a pie a la casa donde se alojaban—. Aunque lamento que tus parientes neoyorquinos hayan resultado ser unos contrabandistas.

—El señor Master parece bien informado —apuntó.

—Hum. A su manera, supongo. Aunque me temo que el chico no tiene remedio —añadió con tono confidencial.

—Quizás eres demasiado duro —aventuró.

—Me parece que no.

—A mí me ha gustado, padre —afirmó—. Mucho.

El juicio se celebraba en la planta baja del ayuntamiento, en Wall Street. En la sala, de techo alto, entraba a raudales la luz. Los dos jueces, Philipse y Delancey, ataviados con peluca y toga escarlata, estaban instalados en sus encumbrados asientos, en el estrado. El jurado ocupaba los dos bancos situados a su izquierda. La abigarrada multitud que componía el público permanecía sentada en los lados y también en el suelo. Cualquiera habría podido pensar que se trataba de una congregación protestante que se disponía a oír a un predicador. En el centro, delante de los jueces, semejante a una silla de iglesia

se encontraba el banquillo del acusado. Éste no había tenido mucho trecho que recorrer, puesto que las celdas se hallaban en el sótano del edificio.

Kate y su padre habían conseguido buenos puestos en la primera fila. La muchacha observaba con avidez la sala, tomando nota de todo, aunque lo que más le interesaba era ser testigo de la transformación de su padre. Para un observador poco avezado, ofrecía la apariencia del ponderado y prudente abogado que era, pero para Kate, su desacostumbrada palidez, la vigilancia en la mirada y la tensión de su cara evidenciaban otra cosa. Jamás en la vida

había visto tan ansioso a su padre.

El rollizo fiscal del Estado, Bradley, ataviado con peluca y larga toga negra, saludaba con una inclinación de cabeza y aire confiado a algún que otro conocido. El tribunal había designado como abogado defensor del impresor a un tal Chambers, que era bastante competente. El fiscal también dirigió un saludo a Chambers, como queriéndole decir: «No es culpa vuestra, señor, que estéis a punto de sufrir una derrota».

En ese momento se produjo un revuelo en la sala. Por una puertecilla del fondo llegó Zenger, flanqueado por dos guardias que con sus vestiduras

negras parecían dos abejorros. Qué pequeño se veía entre ambos... Era un pulcro hombrecillo vestido con chaqueta azul, que mantuvo la cabeza bien alta mientras lo condujeron al banquillo y lo cerraron adentro. A continuación el fiscal se levantó y procedió a leer los cargos.

Kate, que ya había asistido a otros juicios, preveía lo que iba a ocurrir. El letrado no tardó en afirmar que Zenger era un «sedicioso», culpable de haber escrito libelos con intención de escandalizar y vilipendiar al buen gobernador Cosby. El jurado escuchaba y ella no tenía forma de percibir qué

pensaban.

Luego Chambers se puso en pie y pronunció algunas deslucidas frases en defensa del impresor. Kate advirtió que su padre fruncía el entrecejo.

—Yo había pensado —le susurró al oído— que los partidarios de Zenger le habrían aportado una mejor ayuda que ésta.

En aquel preciso momento sucedió algo extraño. Un anciano caballero, que había permanecido tranquilamente sentado cerca del fondo, se levantó de repente y avanzó con rígido andar.

—Con vuestra venia, señorías, me han contratado para representar al

acusado.

—¿Y quién sois vos? —inquirió con irritación uno de los jueces.

—Me llamo Hamilton, señoría.
Andrew Hamilton, de Filadelfia.

Entonces Kate vio que su padre se sobresaltaba y adelantaba con expectación el torso.

—¿Quién es? —preguntó.

—El mejor abogado litigante de América —le respondió en voz baja, entre los murmullos que había suscitado aquella intervención.

Era evidente que ésta había tomado por sorpresa tanto a los jueces como al fiscal, que no sabían cómo reaccionar.

Su asombro fue en aumento cuando el abogado de Filadelfia volvió a hablar.

—Mi cliente no niega haber publicado los artículos ofensivos.

Con aquella afirmación, el fiscal no tenía ya necesidad de llamar a declarar a ningún testigo. En vista de ello se produjo un prolongado silencio hasta que, con expresión de marcado desconcierto, el fiscal Bradley se puso en pie para declarar que puesto que el acusado no negaba haber publicado los libelos, el jurado debía declararlo culpable. Observando con cierto nerviosismo a Hamilton, también recordó al jurado que no importaba si el

contenido de los artículos del periódico era verdadero o falso, puesto que de todas formas constituía libelo. Luego, con un dilatado discurso trufado de repetidas citas y alusiones a las leyes, las costumbres y la Biblia, el fiscal explicó al jurado por qué el libelo era un delito tan grave y por qué, de acuerdo con la ley, no les quedaba más opción que declarar culpable a Zenger.

—Hamilton ha perdido ya el caso — musitó Kate al oído de su padre cuando por fin tomó asiento el fiscal.

—Espera —le contestó éste.

El anciano de Filadelfia no parecía tener prisa.

Aguardó a que Chambers dijera algunas palabras en nombre de la defensa y luego, después de remover unos papeles, se levantó con parsimonia. Pese a que se dirigió con educados términos al tribunal, en la expresión de su cara parecía ponerse de manifiesto que estaba un tanto desconcertado por la totalidad del proceso.

Él mismo les expuso que le costaba comprender por qué estaban todos allí. Para él era una novedad que el hecho de formular una fundada queja ante una administración errónea constituyera libelo. En realidad —en ese punto dirigió al jurado una irónica mirada de

soslayo—, él ni siquiera se habría dado cuenta de que los artículos del periódico de Zenger tenían por blanco al gobernador si el fiscal no lo hubiera asegurado así ante al tribunal. Al oír aquello, varios miembros del jurado esbozaron una sonrisa.

Por otra parte, señaló, la autoridad legal de la noción de libelo expuesta por el fiscal provenía del tiránico tribunal de la Star Chamber Court de la Inglaterra del siglo XV, lo cual no resultaba muy alentador. ¿Y no era posible, además, que una ley redactada en Inglaterra varios siglos atrás se hubiera vuelto inadecuada para las

colonias americanas del momento actual?

Kate, que creía percibir un asomo de deslealtad hacia Inglaterra en aquellas objeciones, lanzó una ojeada a su padre.

—Siete de los miembros del jurado tienen apellidos holandeses —le susurró éste.

Lo curioso fue que, de repente, el anciano pareció desviarse del tema, demostrando un interés especial por la agricultura. Aquello era lo mismo que el caso de los granjeros americanos, prosiguió, que estaban supeditados a unas leyes inglesas pensadas para un sistema de propiedad de tierras distinto.

Después de hablar de caballos y vacas, pasó a abordar la cuestión de los cercados, y el fiscal se levantó para señalar que aquello no tenía nada que ver con el caso. La misma Kate podría haber concluido que el anciano de Filadelfia había perdido el hilo de la argumentación si no hubiera reparado en que tres de los componentes del jurado, que tenían aspecto de granjeros, asestaron una virulenta mirada al fiscal.

El fiscal no se arredró, sin embargo. La acusación era delito de libelo, les recordó, y la defensa había admitido ya que éste se había producido.

El viejo Andrew Hamilton

reaccionó, no obstante, con un gesto de negación.

—El cargo es haber impreso y publicado «cierto falso, malicioso, sedicioso y escandaloso libelo» — precisó.

Luego añadió que ahora le correspondía al fiscal demostrar que las quejas expresadas por Zenger ante la actuación del gobernador eran falsas, puesto que él, por su parte, no tenía inconveniente en probar que eran pertinentes y acertadas en todos sus puntos.

A los jurados se les iluminó la expresión. Aquello era lo que estaban

esperando. Kate advirtió, sin embargo, que su padre sacudía la cabeza.

—No va a dar resultado —murmuró.

Y efectivamente, durante varios minutos, pese a los denodados esfuerzos del anciano abogado, el fiscal y el juez lo interrumpieron una y otra vez para rebatir su alegación. La ley era la ley, y la verdad o la mentira no cambiaban nada. Él no tenía nada en qué basar la defensa. El fiscal se veía satisfecho, pero no así el jurado. El viejo Andrew Hamilton permanecía al lado de su silla con semblante tenso. Parecía que le doliera algo y que se dispusiera a tomar asiento.

Todo estaba perdido, pues. Por culpa de una monstruosa ley, el pobre Zenger iba a ser declarado culpable. Observando al impresor, que seguía muy pálido y erguido en su banquillo, Kate no sólo sintió compasión por él, sino vergüenza por el sistema que estaba a punto de condenarlo. Por ello se llevó una gran sorpresa cuando vio la repentina mirada admirativa que su padre dirigió al viejo Hamilton.

—Jesús —murmuró para sí—. Qué astuto, el viejo zorro.

Antes de que pudiera explicárselo, el abogado de Filadelfia giró sobre sí.

El cambio era extraordinario. Tenía

otra cara, un nuevo fulgor en los ojos y el cuerpo bien erguido. Era como si se hubiera transformado por arte de magia. Retomó la palabra, con voz potente impregnada de autoridad, y aquella vez nadie osó interrumpirlo.

Su recapitulación fue tan magistral como simple. El jurado, les recordó, era el árbitro de aquel tribunal. Los letrados podían presentar sus argumentos y el juez dirigirlos en sus indagaciones, pero ellos tenían la capacidad para elegir, y no sólo la capacidad, sino también la obligación. Aquella lamentable ley de libelo no sólo era incierta, sino mala. Prácticamente cualquier cosa que uno

dijera era susceptible de ser tergiversada y convertida en libelo. Hasta una queja frente a un abuso, que constituía un derecho natural de todo hombre.

Mediante ese procedimiento, cualquier gobernador que no quisiera verse criticado podía utilizar la ley como un arma y situarse por encima de la misma. Aquello era un abuso de poder sancionado de manera legal. ¿Y qué quedaba entonces para mediar entre aquella tiranía y las libertades de un pueblo? Ellos, el jurado. Nada más.

—Para los espíritus generosos, la pérdida de la libertad es peor que la

muerte —proclamó.

En aquel caso no se dirimía sólo la suerte de un impresor de Nueva York, sino su derecho, y su deber, de proteger a los hombres libres frente a un poder arbitrario, tal como habían hecho antes que ellos muchas otras personas armadas de valor.

Ahora les tocaba el turno a ellos, advirtió al jurado. En sus manos estaba elegir. Después, tomó asiento.

Con semblante contrariado, el juez dijo al jurado que pese a todo lo expuesto por el abogado de Filadelfia debían declarar culpable al impresor. Luego el jurado se retiró a deliberar.

Mientras el murmullo de las conversaciones se expandía por la sala y Zenger se mantenía sentado con la espalda muy erguida en el banquillo, el padre de Kate le ofreció una explicación.

—Yo mismo no me había dado cuenta de lo que tramaba al principio. Ha maniobrado de tal forma para que el jurado se enfureciera viendo cómo se desautorizaba la lógica línea de defensa de Zenger, que consistía en alegar que el pobre diablo no había hecho más que decir la verdad, y después ha jugado la carta que tenía reservada. Se llama la Invalidación del Jurado. Éste tiene

derecho a decidir un caso pese a lo que haya podido oír sobre la culpabilidad del acusado o la aplicación de la ley. El jurado es la última y única defensa frente a leyes erróneas. Después de que se haya negado a condenar a alguien, la ley no se modifica, pero son pocos los fiscales dispuestos a llevar adelante procesos similares por temor a que los futuros jurados sigan el mismo ejemplo. Ésta es la táctica que acaba de desplegar, de manera brillante, el viejo Hamilton.

—¿Va a funcionar?

—Enseguida lo sabremos, me parece.

El jurado regresaba ya a su puesto. El juez preguntó si habían llegado a un veredicto y el portavoz confirmó que sí. Entonces lo invitaron a proclamarlo.

—Inocente, Señoría —anunció con voz firme.

El juez elevó la mirada al cielo mientras los asistentes daban rienda suelta a su alborozo.

Eliot Master estaba tan contento cuando abandonaron la sala que Kate enlazó el brazo con el suyo, en un gesto de familiaridad que normalmente no se habría atrevido a proponer y que esa vez fue aceptado.

—Éste ha sido un día importante en

nuestra historia —afirmó su padre—. Me alegra que hayas estado aquí para verlo, Kate. Creo que mañana podemos regresar tranquilamente a Boston. La verdad es que sólo lamento una cosa —añadió.

—¿Qué es, padre?

—Que esta noche tengamos que cenar con nuestros primos.

El joven John Master torció por la calle Broadway. Allí se cruzó con varias personas conocidas, a las que apenas saludó con un parco ademán antes de volver a pegar la vista en el

suelo. Al pasar junto a la iglesia Trinity, elevó la mirada y tuvo la impresión de que el airoso campanario anglicano lo observaba con desprecio. Lamentó no haber elegido otra calle.

No necesitaba que le recordaran que no valía para nada.

El estirado abogado de Boston lo había dejado bien claro el día anterior. De manera educada, por supuesto. Cuando se había enterado de que había leído *Robinson Crusoe*, su condescendiente respuesta «Ah bueno, no está mal» había sido muy explícita. Aquel hombre creía que era un idiota, y él ya estaba acostumbrado a eso. El

vicario de su iglesia, el director de su colegio, todos eran iguales.

Su padre siempre lo había dejado trabajar en el negocio y disfrutar de la compañía de los marineros, con quienes se sentía a gusto. Él lo hacía sólo porque era bueno y porque lo aceptaba tal como era. Pero tanto su padre como sus profesores se habrían llevado una sorpresa de haber sabido que, a veces, John había tratado de estudiar en secreto. De nada había servido, sin embargo. Por más que mirase el libro, las palabras brotaban de la página como una mancha carente de sentido. Entonces se revolvía, lanzaba una ojeada hacia la

ventana y volvía a mirar la página, pero por más que lo intentaba, no retenía nada. Incluso cuando sólo leía unas cuantas páginas, después descubría que no recordaba nada.

Tampoco era que su padre fuese un erudito, ni mucho menos. John había visto cómo disimulaba cuando el abogado de Boston y su hija hablaban de filósofos y cuestiones por el estilo. Pero al menos sabía salir del apuro. Y hasta él se sintió molesto cuando tuvo que reconocer que no había oído hablar del *Catón* de Addison. El tono de reproche perceptible en su voz le había producido un tremendo sentimiento de vergüenza.

Tampoco era como si aquella gente de Boston perteneciera a otro mundo. En ese caso no podía decir: «Son abogados, ministros de Dios, personas que no tienen nada que ver con una familia como la nuestra». Aquellas personas eran allegados suyos, primos cercanos. Kate era una muchacha de su edad. ¿Qué debían de pensar de sus parientes de Nueva York?

Seguro que no sólo los consideraban estúpidos e ignorantes, sino también vulgares contrabandistas. Sí, él mismo había sido tan idiota como para soltarlo, con lo que no había hecho más que aumentar el embarazo de su padre.

El peor momento, con todo, el que todavía lo llenaba de bochorno al recordarlo, era el que había pasado con la muchacha.

La verdad era que aunque estaba bastante acostumbrado al trato con las chicas que conocía con los marineros, siempre había sido algo tímido con las jóvenes de las familias de su misma clase. Todas sabían que en el colegio sacaba malas notas. Además, no tenía apenas modales. Incluso con su fortuna, no estaba considerado como un gran partido, y el hecho de saberlo le hacía rehuir aún más la compañía de las muchachas distinguidas.

Aquella joven de Boston era, sin embargo, distinta. Se había dado cuenta de inmediato. Aunque era guapa, no era pretenciosa. Era amable y sencilla. Había advertido con agradecimiento los esfuerzos que realizaba para hacerle superar su timidez, y aunque no hubiera leído los libros que ella conocía, le había impresionado la manera como hablaba con su padre y el afecto que dispensaba al abogado. Ella era seguramente el tipo de mujer que un día le gustaría tener como esposa. Mientras hablaban, incluso pensó si sería posible concebir esperanzas de poder casarse con alguien como ella. Era su prima

segunda; aquello ya suponía un lazo entre ellos. La simple idea le suscitaba un curioso entusiasmo. ¿Podría ser que, pese a su tosquedad, le gustara a Kate? Sin que se diese cuenta, la había estado observando con gran atención. Cada vez que la conversación ponía de manifiesto su ignorancia, se decía que era una insensatez pensar siquiera en ella. No obstante, cada vez que Kate lo trataba con amabilidad, se renovaba su esperanza.

Hasta que ella se rio de él. Sabía que no lo había hecho a propósito, y eso lo volvía más horroroso aún. «¿Aero qué?» había preguntado; sin quererlo,

ella había estallado en carcajadas. No podía reprochárselo. Se había puesto en evidencia hasta el fondo. Desde su punto de vista, nunca podría pasar de ser un zoquete. Y tenía razón: eso era él. No tenía remedio.

Estaba previsto que fueran a cenar esa noche a su casa, y su padre le había dicho que no llegara tarde.

En la esquina de la calle, había una taberna. Entró en ella.

La cena se inició en un ambiente festivo. En la ciudad entera reinaba un clima de alborozo. El impresor Zenger

había quedado en libertad y Hamilton era el paladín de la ciudad. Esa misma tarde se originó un dicho que seguiría repitiéndose a lo largo de las generaciones venideras: «Si estás en un apuro, búscate un abogado de Filadelfia».

Dirk Master había sacado su mejor vino y Eliot, que estaba de un inmejorable humor, lo bebió sin reparos. En la mesa y el aparador se acumulaban en generosa cantidad las ostras, almejas horneadas, jamones asados, fiambres, dulces y otros manjares. La señora Master se mostró menos reservada que la vez anterior. Aunque no era

aficionada a la literatura, descubrió que, al igual que ella, Kate era una ávida lectora de novelas populares femeninas, lo cual les procuró tema de conversación.

Sólo había una cuestión desconcertante, y era la inexplicable ausencia del joven John Master.

Kate había pensado mucho en aquel segundo encuentro. Había lamentado mucho su espontáneo arranque de risa de la última vez, que, además de hiriente, había sido grosero. A ella la habían educado en la convicción de que, por más lamentable que fuera un error, siempre había forma de corregirlo. Por

ello estaba decidida no sólo a causar una mejor impresión, sino a enmendar su comportamiento. Antes de salir había pasado una hora preparándose. Había ensayado temas de conversación que pensaba que podrían gustarle a él; se había esforzado mucho en encontrar lo que podía decir para superar la mala imagen que debía haberse formado de ella; y se había puesto un sencillo vestido de cuadros marrones y blancos que le sentaba muy bien.

Ella misma estaba sorprendida de constatar que apenas veía inconveniente en la falta de conocimientos de John Master. No era sólo porque tuviera una

aparición de deidad griega, aunque también debía reconocer, con cierto regocijo, que era un punto a su favor. Él poseía algo más, una fuerza interior y una honradez que ella creía atisbar, y también una inteligencia... distinta de la de su padre, pero no despreciable. Aparte, había algo que le resultaba extrañamente conmovedor y atractivo: el dios griego era vulnerable.

Desde que llegaron había estado esperándolo. Advertía que también el padre del muchacho estaba algo perplejo, pendiente de su aparición. Cuando se sentaron a comer, se aventuró a preguntarle si su hijo estaría presente

en la cena.

—No tardará en llegar, señorita Kate —repuso, con un asomo de incomodidad, su anfitrión—. No entiendo dónde se debe de haber metido ese chico.

Lo cierto fue que ya habían retirado el pescado y también la carne, y él no se había presentado aún. Quizá fuera la esperanza de volver a verlo, más que la educación, lo que la impulsó a decirle a su anfitrión que esperaba que él y su familia fueran a visitarlos pronto a Boston.

Eran raras las ocasiones en que su padre perdía la compostura. La

expresión de horror que alteró su semblante duró tan sólo un segundo. No obstante, fue perceptible para todos. Pese a que enseguida quiso enmendar el desliz, ya era demasiado tarde.

—¡Ah, sí! —exclamó con entusiasmo—. Tenéis que venir a cenar a nuestra casa. Venid a vernos cuando vayáis a Boston.

—Sois muy amable —repuso con cierta sequedad su primo neoyorquino.

—Aguardaremos... —se apresuró a insistir Eliot.

No le dio tiempo a revelar qué iba a aguardar, porque en aquel momento se abrió la puerta y el joven John Master

entró tambaleándose en la sala.

Estaba impresentable. Si su camisa hubiera estado igual de blanca que su cara, habría sido mejor, pero estaba sucísima. Tenía el pelo revuelto. Con los ojos vidriosos observaba la escena, tratando de enfocar la imagen. Balanceaba el cuerpo con equilibrio incierto y parecía empapado.

—Por todos los demonios... —
estalló su padre.

—Buenas noches —saludó sin dar muestras de haberlo oído—. ¿Llego tarde?

Incluso desde el umbral, resultaba perceptible el olor a cerveza rancia

prendido a su aliento y a la camisa.

—¡Afuera! Apartaos de nuestra vista, señor —gritó el comerciante.

John siguió allí, como si no lo hubiera oído.

—Ah. —Entonces posó la vista en Kate, que, puesto que lo tenía detrás, se había vuelto para mirarlo—. Señorita Kate. —Asintió para sí—. Mi prima. La hermosa, hermosísima señorita Kate.

—¿Señor? —contestó ella, sin saber qué convenía decir.

De todos modos, era ocioso preocuparse por ello, porque su primo actuaba sólo con ímpetu propio. Después de dar un paso, estuvo a punto

de caerse y, tras enderezarse, se precipitó contra el respaldo de su silla, a la que se aferró un momento mientras inclinaba la cabeza sobre su hombro.

—Qué vestido más bonito, prima — exclamó—. Estáis muy bella esta noche. Siempre lo estáis. Mi hermosa prima Kate. Os beso la mano.

Entonces adelantó la mano sobre su hombro tratando de tomarle la suya, y en ese preciso instante, vomitó. Devolvió sobre su pelo, su hombro, su brazo y sobre todo el vestido de cuadros marrones y blancos.

Aun seguía vomitando un momento después, cuando su encolerizado padre

lo sacó de la sala, dejando tras de sí una incómoda y confusa escena.

En una luminosa mañana, algo más fresca que los días anteriores, Kate y su padre emprendían viaje en un pequeño carruaje por la carretera de Boston. Tras ellos sonaba el retumbo de los cañones. Tanto si le gustaba a su gobernador como si no, los habitantes de Nueva York dispensaban aquel homenaje de despedida a Andrew Hamilton, que partía en otra dirección, rumbo a Filadelfia.

—Ajá —se felicitó su padre—, un

saludo bien merecido. Este viaje ha valido la pena, Kate, pese al desafortunado incidente de anoche. Lamento mucho, hija, que tuvieras que sufrir tan bochornoso trance.

—No me importa, padre —respondió—. Otras veces he visto vomitar a mis hermanos.

—No de esa forma —objetó él con firmeza.

—Es joven, padre. Me parece que es tímido.

—Bah —exclamó su padre.

—A mí no me desagrada —afirmó—. De hecho...

—No hay ninguna razón —le atajó

su padre— para que tengamos que volver a ver a esa gente.

Y puesto que Boston quedaba lejos y su padre controlaba su destino, supo que nunca más en toda su vida volvería a ver a su primo John.

Mientras las salvas resonaban en el puerto de Nueva York y el viejo Andrew Hamilton abandonaba la ciudad, sus habitantes se regocijaban no sólo por su triunfo frente a un gobernador venal, sino por algo más profundo. Eliot Master había efectuado una atinada afirmación. El juicio contra Zenger no

sólo modificaría la ley de libelo, sino que actuaría como una advertencia ante futuros gobernadores de que los ciudadanos de Nueva York y de cualquier otra ciudad de las colonias americanas pensaban ejercer lo que, sin ser filósofos, consideraban su derecho natural a decir y escribir lo que quisieran. Aquel proceso quedó como un hito en la historia de Estados Unidos, y ya en aquel momento la gente tuvo conciencia de su relevancia.

Los derechos en los que creía Eliot Master —los mismos a que había apelado Andrew Hamilton y que había aplicado el jurado— provenían del

derecho consuetudinario de Inglaterra. Habían sido los ingleses, como caso único en Europa, quienes habían ejecutado a su Rey por ser un tirano; había sido un gran poeta inglés, Milton, quien había trazado la definición de la libertad de prensa; había sido un filósofo inglés, Locke, quien había desgranado argumentos para demostrar la existencia de unos derechos naturales del hombre. Los ciudadanos que dispararon los cañonazos sabían que eran británicos y estaban orgullosos de ello.

No obstante, en su alegación ante el jurado, el anciano Hamilton había hecho

hincapié en otra cuestión que era de su agrado: una antigua ley que podía haber sido buena tiempo atrás en Inglaterra podía resultar mala siglos después en América. Pese a que nadie había reparado concretamente en aquella aseveración, la idea había quedado sembrada y pronto arraigaría y se propagaría en la inmensidad del territorio americano.

La muchacha de Filadelfia

❧ 1741 ❧

El chico se movía con cautela. Era una tarde de mayo. Las sombras se abatían sobre el mundo y ningún lugar era seguro, ninguna calle ni ninguna casa. De haber sabido cuál era la situación cuando llegó habría obrado de otro modo, pero sólo lo había averiguado hacía una hora, por boca de

un esclavo de una taberna.

—En Nueva York no hay ningún sitio seguro para un negro en este momento. Ten cuidado.

Tenía quince años y, tal como iban las cosas, aquél iba a ser el peor año de su vida. Todo se empezó a torcer cuando tenía diez. Entonces fue cuando murió su padre y su madre entabló relaciones con otro hombre con el que se marchó junto con sus hermanos. Ni siquiera sabía dónde se encontraban ahora. Él se quedó con su abuelo en Nueva York, donde el anciano regentaba una taberna frecuentada por los marineros. Se llevaba bien con su abuelo. Ambos

amaban el puerto, los barcos y todo lo relacionado con el mar. Quizás el destino había guiado su andadura en el momento de su nacimiento, cuando sus padres le pusieron el mismo nombre que el anciano: Hudson.

El destino se mostró, sin embargo, muy cruel ese año. El invierno había sido más frío de lo que nadie recordaba. Hasta el agua del puerto se había helado. El último día de enero, a la taberna llegó un joven que había cruzado patinando el río helado desde un pueblo situado a cien kilómetros, para cumplir una apuesta. Todos los clientes de la taberna lo invitaron a tomar algo. Aquél

fue un día alegre, pero después no hubo otros. El tiempo empeoró aún más. La comida empezó a escasear y su abuelo enfermó.

Después su abuelo murió, dejándolo solo en el mundo. No hubo un gran funeral familiar para él; los muertos se enterraban sin pompa ese invierno. Algunos vecinos y clientes de la taberna acudieron al velatorio. Luego llegó el momento de plantearse qué iba hacer.

Aquella decisión, al menos, fue fácil. Su abuelo ya le había hablado de ello antes de morir. A su edad era inútil tratar de regentar una taberna. Además, él sabía lo que quería.

—¿Quieres ir a navegar? —había dicho, suspirando, el anciano—. Bueno, reconozco que yo también quería lo mismo a tu edad. —Luego le dio el nombre de dos capitanes de barco—. Ellos me conocen. No tienes más que decirles quién eres y te tratarán bien.

Allí fue donde cometió el gran error. Se dejó llevar por la impaciencia. No tardó en liquidar el negocio de la taberna, ya que el local era alquilado. Y puesto que no había nada más que lo retuviera en la ciudad, cuando el tiempo cambió a comienzos de marzo quiso partir. Su abuelo había guardado sus modestos ahorros y unos cuantos objetos

de valor en un pequeño cofre, que Hudson llevó para que se lo guardara al mejor amigo del anciano, un panadero que vivía cerca de la taberna. Después de aquello se consideró libre.

Como ninguno de los capitanes que conocía su abuelo estaban en el puerto, se embarcó con otro, cuyo barco zarpó de Nueva York el 17 de ese mes, día de San Patricio. El viaje se desarrolló sin percances. Después de llegar a Jamaica, vendieron el cargamento e iniciaron el trayecto de regreso pasando por las islas Leeward. Entonces hubo que efectuar unas reparaciones en el barco. Después de recibir su paga, lo aceptó otro

armador para subir bordeando la costa con destino a Nueva York y a Boston.

En aquel navío recibió una buena lección. El capitán era un borracho inútil. El barco estuvo a punto de naufragar en dos ocasiones en medio de la tormenta incluso antes de que llegasen a Chesapeake. Pese a que la tripulación no iba a recibir su paga hasta llegar a Boston, mucho antes de arribar a Nueva York, él ya había decidido renunciar a ella y abandonar el barco. Contando con la paga del viaje anterior, calculó que podría quedarse en Nueva York hasta que apareciera uno de los dos capitanes amigos de su abuelo.

Esa mañana se había ido discretamente del barco. Lo único que debía hacer era evitar los muelles durante unos días hasta que zarpase con su borracho capitán a bordo. Aunque era negro, era un hombre libre, pese a todo.

A media tarde fue a la tienda del panadero. Allí encontró al hijo de éste, un chico más o menos de su edad, que lo miró de una manera extraña. Entonces preguntó por el panadero.

—Murió hace un mes. Mamá se ocupa ahora del negocio.

Después de expresar sus condolencias, Hudson explicó que había ido a buscar su cofre.

—No sé nada de ningún cofre —
contestó el chico encogiéndose los
hombros.

Con la sensación de que el
muchacho le mentía, preguntó dónde
estaba la viuda del panadero. No iba a
volver hasta el día siguiente. «¿Y no
podría él ir buscar el cofre?», preguntó.
«No», fue la respuesta. Y a continuación
se produjo algo extrañísimo. Aunque
nunca había sido especialmente amigo
del panadero, se conocían casi desde
siempre. Pese a ello, el muchacho la
emprendió de repente contra él, como si
aquel pasado no hubiera existido nunca.

—Yo de ti me andaría con cuidado,

negro —le espetó con agresividad. Después le indicó la puerta con un gesto. Hudson aún no había salido de su estupor cuando entró en la taberna y conoció al esclavo que le había explicado lo que sucedía.

Lo mejor habría sido volver al puerto, pero no quería toparse con el capitán, que sin duda ya estaría buscándolo. En el peor de los casos, podía salir de la ciudad y dormir al raso. No le apetecía hacer eso, sin embargo. La idea de que la familia del panadero pudiera haberle robado su dinero lo tenía bastante preocupado.

Por todo ello avanzaba con cautela

por las calles de la ciudad.

Los conflictos se habían iniciado el 18 de marzo. En la casa del gobernador se declaró un misterioso incendio y el fuerte se quemó totalmente. Nadie sabía quién había prendido el fuego. Exactamente una semana después se produjo otro incendio. Al cabo de siete días, el almacén de Zant fue pasto de las llamas.

Eran incendios provocados, por supuesto. Pero ¿con qué objetivo? También había habido que lamentar robos. ¿Se dedicaban las bandas de

rateros a prender fuego para provocar una distracción y así poder robar mejor? ¿O serían los papistas los que estaban detrás de aquello? Los británicos volvían a estar en guerra con la católica España, y buena parte de la guarnición del fuerte había sido enviada a atacar Cuba. ¿Acaso los jesuitas españoles pretendían provocar el caos en las colonias británicas? En cualquier caso, los incendios se seguían multiplicando.

Y entonces atraparon a un esclavo negro llamado Cufee, que huía de uno de ellos.

El trasfondo era una revuelta de esclavos, el terror de todo colono

propietario de éstos. La ciudad había vivido una en el año 1712 que, aunque había sido sofocada sin demora, había sido terrorífica mientras duró. Últimamente se habían producido revueltas en las plantaciones de las Indias Occidentales y en Carolina, y el año anterior las turbas de esclavos habían intentado quemar la ciudad de Charleston.

Por ello, cuando el secretario municipal se hizo cargo de la investigación, las sospechas pronto se centraron en los negros. No tardó mucho en localizar una sórdida taberna, regentada por un irlandés y frecuentada

por negros, con fama de ser el escenario de compraventa de mercancías robadas. La prostituta de la taberna pronto se decidió a hablar. Como le habían ofrecido dinero por el testimonio, la mujer no tuvo inconveniente en procurárselo.

Había un sencillo método para hacer confesar a los esclavos: preparar una hoguera en un lugar público, poner al negro en ella, prender fuego y hacerle preguntas. Muchos esclavos fueron acusados e interrogados de ese modo, incluso los de personas respetables. Dos de ellos, uno de los cuales pertenecía al carnicero John Roosevelt,

proporcionaron las confesiones deseadas al verse sometidos a la amenaza del fuego y, con la esperanza de escapar en el último momento, comenzaron a denunciar a su prójimo. De esta manera, en un abrir y cerrar de ojos, obtuvieron una lista de cincuenta nombres. El secretario les habría perdonado la vida por tan útil información, pero la multitud dio rienda suelta a sus instintos básicos, amenazando con provocar disturbios por su parte si no se les permitía ver achicharrarse a aquellos negros.

Ahora que se había iniciado el proceso judicial, las acusaciones llovían

por doquier. A todo negro a quien se viera hacer algo remotamente sospechoso lo metían en la cárcel. A finales de mayo, casi la mitad de los varones negros de la ciudad se encontraban entre barrotes, a la espera de ser juzgados por algo.

John Master observaba pensativo el cinturón indio. Siempre le había gustado aquel cinturón, ya desde pequeño. «El último deseo expresado por mi abuelo Van Dyck antes de morir fue que yo tuviera este cinturón —le había explicado muchas veces su padre—.

Para él tenía un gran valor». Por eso cuando su padre se lo entregó a él el día en que cumplió veintiún años, diciéndole «Ojalá te traiga suerte», John sintió una gran emoción. Desde entonces lo mantenía a buen recaudo en su gran armario de madera de roble, de donde de vez en cuando lo sacaba para contemplar los bonitos motivos formados por las conchas de *wampum*, aunque casi nunca se lo ponía. Aquella noche, en cambio, era una ocasión especial, y se lo colocó con la esperanza de que le trajera suerte.

Esa noche iba a pedir la mano de Mercy Brewster.

John Master había experimentado una transformación considerable en aquellos últimos cinco años. Seguía siendo bien parecido, pero se había vuelto más ancho y fornido. Y ya no se consideraba un inútil. La visita de sus primos de Boston había actuado como un punto de inflexión en su vida. La mañana posterior al humillante incidente acaecido con Kate había sido la única ocasión en que había visto realmente enfadado a su padre, y aquello le había servido de acicate. Había quedado tan conmovido que había hecho lo posible por dar lo mejor de sí. Con renovada determinación, se aplicó en la

única área para la que parecía poseer un talento especial y trabajó duro, como nunca lo había hecho antes, en el negocio familiar.

Su padre se quedó atónito, y también maravillado. La entrega del cinturón de *wampum* fue una forma de expresarle la fe que tenía en él. John había perseverado y había ido cobrando fuerza, y en aquel momento estaba considerado como un consumado comerciante. Él era, no obstante, consciente de su punto débil: sabía que su cerebro tendía a la pereza y que tenía que medir la cantidad de alcohol que bebía. Por otro lado, al reconocer sus

propios defectos, era capaz de aceptar sin reparos los de los demás. John Master había llegado a proyectar sobre la naturaleza humana una mirada abierta y equilibrada.

Habían corrido rumores de que iba a emprender una carrera política. Él no tenía gran interés por ello, sin embargo, ya que había aprendido mucho observando el desarrollo que había tenido en los últimos tiempos la vida en la ciudad.

Después del juicio contra Zenger, el venal gobernador Cosby falleció y se promovió un movimiento de reforma del gobierno de la ciudad. A los cargos

accedieron nuevas personas, pequeños comerciantes y menestrales, gentes del pueblo. Cabía pensar que el régimen corrupto había quedado relegado al pasado, pero no fue así. En poco tiempo, la mayoría de los recién llegados quedaron corrompidos por medio de altos cargos, elevados salarios y la posibilidad de acceso a la riqueza. En Nueva York, como en Londres, parecía que la sentencia del antiguo primer ministro británico conservaba vigencia: «Todo hombre tiene un precio».

—Yo seguiré dedicándome a ganar dinero como un honrado rufián —le decía John cordialmente a su padre.

Esa noche, caminando con un bastón con contera de plata en una mano, presentaba la perfecta imagen del ciudadano respetable. Aunque las calles podían ser peligrosas de noche, no sentía inquietud. No eran muchos los maleantes que se atrevieran a emprenderla con él.

En cuanto a la conspiración de los negros, él no le daba el menor crédito. Conocía a todos los propietarios de tabernas de la ciudad, y el individuo acusado era el peor canalla de todos. Era del todo posible que hubiera provocado los incendios y que hubiera congregado a una banda de criados

descontentos y otros individuos que trabajaban para él. Pero aparte de eso, John Master no creía nada más. La prostituta diría cualquier cosa con tal de que le pagaran. En cuanto a los esclavos que habían comenzado a dar nombres cuando les habían acercado el fuego a los pies, su testimonio no valía nada. Todo el mundo diría lo que fuera sometido a tortura. Él había visto cómo el secretario municipal anotaba con avidez los nombres que proferían a gritos y sólo había sentido asco. Todo el mundo sabía lo que había sucedido en los juicios de las Brujas de Salem, en Massachusetts, un siglo atrás. En su

opinión, lo único que podía traer aquel tipo de procesos era una inacabable ristra de acusaciones, ejecuciones y tragedias absurdas. Sólo cabía esperar que aquello acabara lo antes posible.

Menos mal que aquella noche tenía otras cosas más alegres en que pensar.

Cuando le anunció a su padre que quería casarse con Mercy Brewster, éste reaccionó con asombro.

—¿La chica cuáquera? ¿Estás seguro? Pero, por el amor de Dios ¿por qué?

Su madre, por otro lado, se mostró

muy dubitativa.

—No me parece, Johnny, que vayáis a ser felices juntos.

John Master se conocía, sin embargo, a sí mismo y sabía que sus padres se equivocaban por completo.

—En realidad no es cuáquera —les dijo.

Cuando la conoció, también él pensó que lo era. Era cierto que había llegado hacía poco de Filadelfia con su familia y que hablaba un poco como los cuáqueros, pero pronto se enteró de que aunque su padre había sido anteriormente cuáquero, lo habían expulsado de la congregación por

haberse casado con una mujer que era miembro de la Iglesia anglicana. En ese momento no pertenecía a ninguna congregación. De todas maneras, pese a que permitía que su esposa llevara a sus hijos a la iglesia anglicana, insistía para que en casa mantuvieran las costumbres cuáqueras por las que aún sentía gran apego.

—Estáis hablando con una cuáquera casi de pies a cabeza —le había dicho Mercy con una sonrisa—. En Filadelfia hay muchas familias como la nuestra. Allí no nos causan incomodidad las ideas.

Lo primero que había advertido John

era que aquella muchacha cuáquera no prestaba atención a su apariencia, lo cual no era muy frecuente entre las chicas. Desde que le sonreía la fortuna, su anterior timidez con las jóvenes de su clase se había disipado. Cuando entraba en una sala, la mayoría de las mujeres centraban las miradas en él. Algunas jóvenes se ruborizaban cuando lo conocían. Mercy Brewster no se inmutó, sin embargo. Lo miró tranquilamente a los ojos y le habló con naturalidad.

Tampoco parecía tener conciencia del efecto de su propia imagen. Era sólo una muchacha ordinaria, tirando a baja, con pelo rizado distribuido con una raya

en el medio y ojos castaños bastante separados. Se tomaba las cosas tal como venían y estaba en paz consigo misma. Nunca había conocido a nadie como ella.

Había pasado un momento de sobresalto con Mercy.

—Me gusta leer —le había explicado la primera vez que la fue a visitar. A él le dio un vuelco el corazón. No fue, sin embargo, un libro de filosofía lo que le enseñó, sino el alegre *Almanack* de Benjamin Franklin, el impresor de Filadelfia. Hasta él era capaz de sumergirse con placer en aquel libro de relatos y chistes.

Durante meses la había considerado sólo una amiga, a la que acudía a ver a su casa con familiar desenvoltura. Si coincidían en casa de otra persona, charlaba con ella y apenas se daba cuenta de que había pasado más tiempo con Mercy que con los demás. Sus conversaciones nunca adoptaban un cariz romántico; hablaban de detalles cotidianos y de asuntos de negocios. Como sucedía en la mayoría de hogares cuáqueros, la habían educado con un espíritu de igualdad entre el hombre y la mujer y, en todo caso, demostraba unas buenas aptitudes para los negocios. Cuando le hacía preguntas sobre los

barcos, lo comprendía todo enseguida. No coqueteaba con él, ni él con ella. No cuestionaba su manera de ser; parecía satisfecha aceptándolo tal como era. A su lado se encontraba a gusto, feliz.

En un par de ocasiones, le había dedicado una afectuosa sonrisa o le había rozado el hombro de una manera que podría haber dado pie a una reacción, pero ella siempre había optado por considerar aquellos gestos como muestras de amistad y nada más. A tenor de ello, había llegado incluso a pensar si no estaría queriendo mantenerlo a distancia.

En la historia de la cristiandad habían existido muchos predicadores carismáticos. Estas personas congregan a la gente en torno a sí aportándoles inspiración hasta promover un movimiento, y cada movimiento, a la manera de la crecida de un río, deja un fértil aluvión para las generaciones futuras.

John Master había oído hablar de los hermanos Wesley hacía unos años. Alentados por una intensa fe y el deseo de predicar, habían iniciado con algunos amigos de Oxford un movimiento evangélico en el seno de la Iglesia anglicana. En 1736, John Wesley llegó a

las colinas americanas, a la ciudad de Savannah, Georgia, con intención de convertir a los indios americanos de la zona. Pese a que regresó un tanto decepcionado al cabo de un par de años, su amigo de Oxford George Whitefield asumió enseguida el relevo en Georgia. Mientras tanto, la misión evangélica de los Wesley fue arraigando poco a poco en Inglaterra. Los textos de sus sermones llegaron al otro lado del Atlántico, hasta Filadelfia, Boston y Nueva York. Algunos clérigos consideraban inapropiado el movimiento y aludían a aquellos celosos jóvenes con el despreciativo término de «metodistas».

Las personas a quienes servían de inspiración sus fervientes predicaciones eran muchas, con todo.

En el verano de 1739, después de viajar a Inglaterra para consultar a los Wesley, George Whitefield regresó para propagar la palabra de Dios en todas las colonias americanas. El primer lugar donde se detuvo fue en Filadelfia.

—Es un hombre extraordinario ¿sabes? —le había comentado Mercy a John Master.

—¿Fuiste a oírlo predicar?

—Desde luego. Fui con Benjamin Franklin, que es amigo suyo. Si de algo puedes estar seguro —añadió con una

sonrisa— es de que el señor Franklin no pierde ocasión de conocer a cualquier persona de renombre que pase un día en Filadelfia.

—¿Te impresionó?

—Mucho. Tiene una voz potente y un tono tan claro que aseguran que se le puede oír a más de un kilómetro de distancia... como a nuestro Señor en el sermón de la montaña, supongo. Y aunque usa las mismas palabras que los otros predicadores, tiene una manera de describir las escenas que uno siente como si las estuviera viendo directamente con sus propios ojos. Es muy emocionante. Habló al aire libre,

ante miles de personas. Muchos asistentes quedaron conmovidos.

—¿También el señor Franklin?

—Antes de empezar, me dijo: «Whitefield es una buena persona, pero no le permitiré que me convenza como a un bobo. Me he sacado todo el dinero del bolsillo; así no sufriré la tentación de darle nada hasta que se me pase el arretrato».

—¿Franklin no le dio nada, entonces?

—Al contrario. El señor Whitefield estaba recaudando fondos para los huérfanos de Georgia, y al final del sermón, el señor Franklin estaba tan

entusiasmado que me pidió dinero prestado para hacer una aportación. Luego me lo devolvió, por supuesto — puntualizó.

Whitefield había ido dos veces a Nueva York. Los anglicanos y los dómines de la iglesia reformista holandesa no le permitieron hablar en sus iglesias, pero un ministro presbiteriano le prestó su templo. También predicó en la calle, pero nadie prestó oídos a su mensaje. Cuando habló de la necesidad de cuidar bien de los esclavos, algunos pensaron que buscaba complicaciones. Después, el mes de noviembre anterior, volvió a la ciudad.

—¿No vas a ir a escucharlo? — preguntó Mercy.

—Me parece que no —respondió John.

—Me gustaría volver a verle predicar al aire libre —dijo ella—. Pero no puedo ir sola con todo ese gentío. Serías muy amable si me acompañaras —añadió, con un deje de reproche.

John no supo entonces cómo negarse.

En un frío día de otoño se fueron por la calle Broadway. Primero pasaron junto a la iglesia Trinity y la casa de

reunión de los presbiterianos. Unas calles más allá se encontraba la casa de reunión de los cuáqueros. Un poco más lejos, en el lugar donde se desviaba hacia la derecha el antiguo camino indio, se extendía el gran espacio triangular del terreno comunal. Hacia allí afluía la gente, pese al frío. Al llegar, John y Mercy encontraron concentrada a una nutrida multitud.

En el centro del terreno comunal habían erigido un estrado de madera. Allí había gentes de toda condición: respetables comerciantes con sus familias, artesanos, aprendices, marineros, peones, esclavos. John

calculó que había más de cinco mil personas, y el número crecía aún.

Pese a que tuvieron que esperar más de una hora y media, todos tuvieron un comportamiento ejemplar. Había un clima de gran expectación. Después, por fin vieron a un grupo de unas seis personas que se encaminaba al estrado. Luego una de ellas subió los escalones y se encaró a la multitud. John había esperado asistir a algún tipo de presentación, pero no hubo nada, ni tampoco himnos, ni oraciones. Proclamando con recia voz un pasaje de las escrituras, el predicador fue directo al grano.

George Whitefield vestía una sencilla sotana negra con alzacuello blanco y llevaba una larga peluca. Aun desde la distancia a la que se encontraban, John percibió que todavía no debía de haber cumplido los treinta años.

La confianza con que predicaba era, no obstante, extraordinaria. Relató la historia de Lázaro, que resucitó de entre los muertos. Recurrió a abundantes citas de las escrituras y otras autoridades, pero presentándolas de tal modo que resultaran fácilmente comprensibles. El público escuchaba con atención, respetuoso con sus conocimientos. A

continuación describió gráficamente la escena, sin escatimar los detalles escabrosos. «Imaginad el cuerpo —les dijo—, no sólo muerto en la tumba, sino pestilente. Imaginad que vosotros mismos estabais allí». De nuevo, repasó los hechos de manera tan vívida que John Master tuvo la impresión de que hasta podía oler aquel cuerpo en descomposición.

«Y ahora medita en el mensaje espiritual de ese episodio —los exhortó Whitefield—, no sólo en el milagro en sí». Porque ¿no era acaso Lázaro igual que todos ellos? Hundidos en la hedionda ciénaga del pecado y muertos

a los ojos de Dios, a menos que dejaran que Cristo los resucitara de nuevo. Y John no pudo evitar pensar en su propio pasado disoluto y captar la profunda verdad emocional de las palabras del predicador.

A continuación, Whitefield los reprendió por sus pecados y por su pereza, por no volverle la espalda al mal. Detalló todas las objeciones posibles por las que un hombre podía no acudir a Dios y las fue respondiendo, una a una. Luego, tras dejar a los oyentes conmovidos, avergonzados y contritos, inició su exhortación.

—Venid —los alentó, elevando el

tono—, dejad la senda del mal y acudid a Dios. Detente, oh pecador —tronó con poderosa voz, cargada de emoción—. Vuélvete, oh hombre infiel. No te demores, oye, no des ni un paso más por la misma senda. —La multitud estaba hechizada, cautivada—. ¡Adiós, lujuria —exclamó—, nunca más caminaré contigo! ¡Adiós, orgullo terrenal! ¡Ah, pensar que pueda haber en ti tal determinación! Dios la hará germinar con su poderosa mano, sí. —Su voz se elevaba a alturas de éxtasis y a su alrededor se elevaban las caras, algunas brillantes, otras con los ojos anegados de lágrimas—. El juez se halla ante la

puerta. Aquél que debe venir, vendrá, sin tardanza. Ahora es el momento, la hora en que debéis tomar la senda de la salvación. Y todos reluciremos cual estrellas en el firmamento del reino celestial del padre, por los siglos de los siglos...

Si les hubiera pedido que hubieran ido con él en aquel momento, si les hubiera ordenado que se hincaran de rodillas, la mayoría lo habría hecho.

John Master tampoco pudo evitar que le aflorasen las lágrimas a los ojos y lo embargase una cálida oleada de emoción. Entonces al mirar a Mercy a su lado y al ver su rostro tan rebosante de

bondad, imbuido de calma y certeza, le pareció que si lograba pasar con ella el resto de su vida, conocería un amor, una felicidad y una paz como no los había conocido nunca.

Fue en ese momento cuando decidió casarse con ella.

Sus padres le habían rogado que esperase antes de declararse. «Vale más que os conozcáis mejor, para estar seguros», le aconsejaron. Como sospechaban que las emociones suscitadas por el sermón de Whitefield habían tenido alguna incidencia en

aquello, se alegraron cuando el evangelista abandonó a los pocos días la ciudad y aún les produjo mayor alegría que no regresara aquella primavera.

John, mientras tanto, siguió viendo a Mercy como de costumbre.

No obstante, pese a que él había evitado declararse, ella no dejó de percibir hacia la primavera que el creciente afecto que él le dispensaba podía desembocar en algo más que una simple amistad. Aquel cauto cortejo constituía para él una nueva experiencia. Hasta entonces sus relaciones con las mujeres habían sido en general directas, con un desenlace rápido en uno u otro

sentido. Aquella evolución gradual, durante la cual pudo observarla y apreciar un poco más cada día sus cualidades lo condujo a un ámbito en el que nunca había estado.

Por Pascua, John estaba profundamente enamorado, y ella debía de haberse percatado. Sólo la turbulencia reinante en la ciudad lo había retenido para no declararle su amor. Eso y algo más: no estaba seguro de que ella le correspondiera.

Mercy Brewster no era tímida ni se andaba con disimulos, y él lo sabía. Aun así ignoraba lo que sentía por él. No le había dejado entrever nada. Lo único

que percibía era que lo quería como a un amigo, y que había algo, no sabía qué, que la hacía dudar para no alentarle. Él le había dado muestras de afecto, le había rozado la cintura con el brazo, le había dado castos besos y casi más que eso. No obstante, sin llegar a rechazar del todo aquellas insinuaciones, había habido una sutil renuencia, un discreto distanciamiento por su parte que era más que el mero decoro exigido por su educación cuáquera.

Había llegado el momento de esclarecer las cosas. Le había hecho saber que iba a visitarla aquella noche y que deseaba tener una entrevista en

privado con ella, de manera que debía de prever sus intenciones. No sabía, con todo, qué reacción iba a tener.

No era de extrañar, pues, que debajo del chaleco de seda se hubiera puesto el cinturón de *wampum*, para que le diera suerte.

Mercy Brewster esperaba. Se había vestido con pulcritud y no se veía mal. Con aquello sería suficiente, resolvió.

Hacía tiempo que había hablado a sus padres de John Master. Al fin y al cabo, su padre tendría que conceder su permiso. Aunque abrigaba ciertas dudas

sobre la moralidad del joven, el señor Brewster no estaba totalmente en contra de él. Su madre conocía a los padres de John y, aparte de su riqueza, de la que todo el mundo estaba al corriente, los tenía por personas respetables.

El hecho de que John Master se sintiera a gusto en compañía de Mercy Brewster tenía su explicación. Ella se había criado en una ciudad dotada de un discreto encanto; pese a que había sido fundada a finales del siglo XVII, Filadelfia gozaba de una situación tan privilegiada para abastecer a los mercados del sur y tenía tan buena disposición para acoger a los recién

llegados pertenecientes a diferentes credos y naciones, que ya había superado en tamaño a Boston y Nueva York. Era un lugar propicio a la tolerancia, tal vez porque a diferencia de Massachusetts, que tenía un territorio plagado de piedras, Filadelfia estaba rodeada de fértiles terrenos de pasto. La religión también había tenido su influencia. Los cuáqueros, tan prominentes en aquella ciudad, eran de naturaleza afable, tendentes a circunscribir sus creencias a la intimidad, al contrario de los rigurosos puritanos que habían fundado Boston, que siempre se consideraban en la

obligación de juzgar y poner orden en las vidas de los otros.

Si un habitante de Filadelfia era aficionado a leer, nadie le ponía objeción a ello, siempre y cuando no pretendiera imponer sus lecturas a los demás. Un exceso de erudición, un exceso de logros, un exceso de triunfos, o de cualquier cosa capaz de enturbiar la frondosa y apacible comodidad de sus frondosos prados y amplios valles, resultaba desde el principio repulsiva en la alegre Filadelfia. Que John Master supiera dedicarse a sus negocios, procediera de una buena familia y fuera una persona afable era más que

suficiente para una bonita chica de Filadelfia.

John Master se equivocaba en algo: creía que Mercy no se había dado cuenta de que él parecía un dios griego. ¡Por supuesto que lo había advertido! La primera vez que hablaron, Mercy tuvo que recurrir a su sensata educación cuáquera para mantener la compostura. «Debo ver al hombre que hay en el interior y no la apariencia externa», tuvo que recordarse repetidas veces a sí misma. Pero ¿cómo era posible, se preguntaba, que aquel ser de divina apostura quisiera estar con una persona tan insulsa como ella? Durante bastante

tiempo había dado por sentado que la veía como a una inofensiva amiga. Nadie podía suponer que fueran otras sus intenciones. El par de veces en que había efectuado alguna insinuación, ella pensó si no estaría jugando con ella. No obstante, cuando resultó evidente que sus sentimientos podían ser profundos, Mercy Brewster mantuvo aún sus reticencias.

No estaba segura de que fuera bueno. En los aspectos cotidianos de la vida lo era, desde luego. Quería a sus padres y parecía tener unos cuantos amigos honrados, pero en aquella cuestión, la muchacha cuáquera era más

exigente de lo que John podía sospechar. ¿Había demostrado, se preguntaba, una auténtica consideración por los demás, en algún momento de su vida? Era joven, por supuesto, y los jóvenes son egoístas; pero en ese punto debía quedar convencida.

Aquella duda era algo que no podía confesarle. Si él hubiera sospechado su inquietud, habría sido demasiado fácil idear algún gesto para satisfacer sus expectativas. Lo único que podía hacer era observar, esperar y mantener la esperanza, porque sin tener garantías a ese respecto, no podía amarlo.

Aunque él no lo había sospechado,

la predicación a la que asistieron en el terreno comunal había sido una prueba. Si él hubiera rehusado ir, Mercy se habría retraído y habría cerrado discretamente una puerta interior; habría seguido siendo una amiga y nada más. Durante el sermón de Whitefield lo estuvo observando sin que él se diera cuenta. Advirtió, complacida, la emoción que le había hecho aflorar las lágrimas a los ojos. «Es bueno —se dijo—. Tiene un corazón sensible». Aun así, cabía preguntarse si aquello era sólo producto de la predicación de Whitefield o si era algo más serio y consistente. Siguió observándolo, pues.

Incluso cuando se hizo evidente que estaba dispuesto a confesarle su amor, ella no quiso ceder en aquella cuestión y siguió en la incertidumbre, manteniéndolo a distancia.

No resultaba una tarea fácil, porque, desde hacía meses, se sentía perdidamente enamorada de él.

Aquella noche iba a verla, y sabía lo que él le iba a decir. Ignoraba, en cambio, cuál iba a ser su respuesta.

Al joven Hudson no le había sonreído la suerte. Había probado en varias posadas, pero le habían dicho que

no tenían habitación. Sabía de unos cuantos lugares de mala fama en los que sin duda le permitirían quedarse, pero hasta el momento había preferido evitarlos. Había ido a la casa de un sastre que conocía con la esperanza de que le ofrecieran un lecho, pero el hombre había abandonado la ciudad porque los tiempos eran duros. A otro amigo, un negro libre como él, lo habían metido en la cárcel. Se dirigía a la vivienda de un cordelero que conocía cuando, al pasar junto a Vesey Street, cometió un terrible error.

Reparó en la columna de humo en el acto. Provenía de una casa situada

varias calles más allá. Pese a la creciente oscuridad, percibió el denso y negro humo que brotaba de ella, aunque no se advertían señales de humo. «Alguien tendría que ir a averiguar qué ocurre», pensó, pero como no quería verse involucrado, prosiguió su camino.

En ese momento doblaron la esquina dos vigilantes. También ellos vieron el fuego. Luego vieron a un negro. Y se quedaron mirándolo con insistencia.

Entonces el pánico se adueñó de él.

Sabía qué pensaban. ¿Sería él el individuo que había prendido fuego a la casa? Podía quedarse donde estaba, por supuesto, y alegar que era inocente. Pero

¿le iban a creer? En cualquier caso, con el capitán del barco buscándolo no le convenía que lo sometieran a interrogatorio las autoridades. Sólo le quedaba una alternativa: giró sobre sus talones y echó a correr. Los vigilantes gritaron y corrieron tras él, pero era más rápido que ellos. Le bastó torcer por un callejón, saltar una pared y tomar otro para perderlos.

Caminaba por la Ferry Street, convencido de hallarse a salvo, cuando oyó un ruido de pasos precipitados y, al volverse, vio a los dos vigilantes.

Dudó un instante qué debía hacer. ¿Echar a correr? Tal vez podría

esquivarlos, pero si no lo lograba, el hecho de huir lo presentaría como culpable. Además, con aquella oscuridad, probablemente no podían estar seguros de que fuera el mismo negro que habían visto en la otra calle. Por otra parte, cabía la posibilidad de que no se pararan siquiera a pensar si lo era o no. Resuelta la duda, estaba a punto de volver a escapar cuando vio que otro hombre se acercaba en dirección a él desde el otro extremo de la calle. Era un individuo alto y fornido que llevaba un bastón con contera de plata. Si huía y los vigilantes iban tras él, lo más seguro era que el hombre del

bastón lo atrapara. Lo único que podía hacer era quedarse donde estaba, de la manera más digna posible.

Los dos vigilantes llegaron a su altura. Pese a que no se había movido, uno de ellos lo agarró por el cuello.

—Ya te tengo. —El individuo lo zarandeó—. Te hemos visto.

—¿Visto qué?

—Allá en Vessey Street, incendiando una casa.

—¿Cómo? Yo no he estado en Vesey Street.

—No repliques, negro. Vas a ir a la cárcel.

Entonces llegó el hombre del bastón.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Hemos visto a este negro intentando quemar una casa en Vesey Street —respondió uno de los vigilantes —. ¿Verdad, Herman?

—Podría ser —respondió su acompañante.

Hudson advirtió, con todo, que no parecía muy convencido.

—No era yo —protestó Hudson—. Yo ni siquiera he estado en esa parte de la ciudad.

—¿Y cuándo ha sido eso? —preguntó el desconocido.

—Hará cosa de unos diez minutos ¿no, Jack? —dijo el tal Herman.

—Este negro tiene que ir a la cárcel —afirmó Jack.

—Éste no —declaró con aplomo el desconocido—, porque hasta que lo envié a hacer un recado hace cinco minutos estaba conmigo. —Después de mirar a los ojos a Hudson, se volvió a encarar a los vigilantes—. Me llamo John Master. Mi padre es Dirk Master y este chico es esclavo mío.

—¿Ah, sí? —dijo Jack, con voz recelosa.

Herman, sin embargo, no tuvo inconveniente en capitular.

—Eso lo explica todo —acordó—. Ya me parecía que se veía diferente.

—Maldita sea —se lamentó Jack.

El desconocido esperó a que los dos guardias hubieran doblado la esquina antes de hablar.

—Tú no has provocado ningún incendio ¿verdad?

—No, señor —corroboró Hudson.

—Si fuera así, me traerías complicaciones. ¿Quién es tu amo?

—Nadie, señor. Soy libre.

—Ah. ¿Y dónde vives?

—Mi abuelo tenía una taberna en la zona del puerto, pero murió. Se llamaba Hudson.

—La conozco. Fui allí.

—No recuerdo haberos visto, señor.

—Sólo fui un par de veces. Aunque he estado en todas las tabernas y me he emborrachado en la mayoría. ¿Cómo te llamas?

—Hudson también, señor.

—Hum. ¿Y dónde vives ahora?

—En ningún sitio en este momento. Estaba en un barco.

—Hum. —Su salvador lo observó —. ¿Desertaste del barco?

Hudson guardó silencio.

—Hoy había un capitán borracho en los muelles que pregonaba a voces que un chico negro había desertado del barco. No me ha gustado mucho la pinta de ese hombre. Seguro que también se

emborrachaba a bordo.

Hudson titubeó un momento. Por una razón u otra, el desconocido parecía estar de su parte.

—Dos veces estuvo a punto de hacernos naufragar, señor —confesó.

—Bueno, mejor será que te quedes conmigo un poco —dijo John Master—. Puedes fingir que eres mi esclavo hasta que surja una solución.

—Yo soy libre, señor —le recordó Hudson.

—¿Quieres venir conmigo o no? —le preguntó su benefactor.

Considerando que no tenía adonde ir, Hudson aceptó el ofrecimiento. Así,

al menos, estaría a salvo durante un tiempo.

Mercy Brewster se llevó una buena sorpresa al ver llegar a John con un nuevo esclavo. En cuestión de un momento él le explicó lo sucedido, tras lo cual mandaron a Hudson a la cocina.

—Yo creo que dice la verdad —sostuvo John cuando Hudson se hubo ido—. Si no, habría cometido un terrible error. Me temo que he dicho una mentira, Mercy —señaló con una sonrisa—. A ti no te parecerá bien.

—Pero has mentido para impedir que lo detuvieran injustamente. Hasta es posible que le hayas salvado la vida.

—Supongo que sí. No podía dejarlo así al pobre.

—No —dijo ella en voz baja—. Ya veo que no.

—Espero que no te moleste que lo haya traído aquí.

—Oh no —le aseguró, con la respiración un poco jadeante—, no me importa en absoluto. —Lo miró largamente y tomó una decisión. Sí, era bueno. No podría haber realizado un acto así de no haberlo sido. Luego, disimulando la agitación de su corazón, preguntó—: ¿Querías decirme algo, John?

La taberna de Montayne

❧ 1758 ❧

Era la noche de Guy Fawkes, y en Nueva York quemaban al Papa.

En Inglaterra, el 5 de noviembre era un día señalado. Pese a que había transcurrido un siglo y medio desde que el católico Guy Fawkes había intentado volar el Parlamento protestante, todavía seguían quemando su efígie en hogueras

todos los años. En realidad, al coincidir casi en la fecha, la celebración había tomado prestados muchos de los antiguos ritos de Halloween. La noche de Guy Fawkes también se celebraba en Nueva York, pero con el tiempo, los neoyorquinos habían decidido mejorar la vieja tradición inglesa e ir directamente al grano. Por ello, por las calles paseaban una efigie del propio Papa y la quemaban en una gran hoguera por la noche, y todo el mundo compartía la fiesta. Bueno, casi todo el mundo. Los católicos de la ciudad habrían protestado, pero como no eran bastante numerosos tenían la prudencia de callar.

Cuando John Master vio a Charlie White entre la multitud de Broadway esa noche, lo saludó con un gesto. Charlie le correspondió inclinando la cabeza, pero no sonrió. John cayó en la cuenta de que hacía años que no hablaban, de modo que se encaminó hacia él.

—Me alegra verte, Charlie —dijo, un poco incómodo, John Master. «El otro día pensé en ti», estuvo a punto de añadir, pero no lo hizo porque habría sido una soberana mentira, y ambos lo sabían. Después se dio cuenta, por fortuna, de que se encontraban al lado de la taberna de Montayne.

—Vayamos a tomar algo —propuso.

Como en los viejos tiempos.

Los viejos tiempos. Charlie se acordaba muy bien de ellos, en efecto. Por aquel entonces, los dos eran unos muchachos.

Habían sido tiempos felices, en general. Iban a pescar al río, paseaban cogidos del brazo por Broadway y dormían en los bosques creyendo haber oído a un oso. A veces se iban en barca a la isla del Gobernador y pasaban el día entero allí cuando John debía ir a la escuela; otras hacían diabluras por la ciudad. John lo había dejado subir un

par de veces a una de las chalupas de su padre para ir a cargar de noche la melaza de los barcos franceses. Éste le dio a Charlie una sustanciosa propina para que no se fuera de la lengua, aunque Charlie habría preferido morir a decir ni una palabra.

Había sido casi de la familia. La suya era una gran amistad.

Cuando John se hizo mayor, también se dedicaron a ir a las tabernas. Charlie, no obstante, no podía emborracharse como lo hacía John porque tenía que trabajar, de modo que la mayoría de las veces John se embriagaba con los marineros y luego Charlie lo llevaba a

casa.

Cuando John dejó aquella vida y se aplicó en el trabajo, dejó de ver a Charlie con tanta frecuencia, y éste lo comprendió. «No quiere verme — pensaba— porque le recuerdo aquello de lo que se quiere distanciar. Le recuerdo lo que era antes». Lo entendía, pero aun así le dolía. Se veían de vez en cuando e incluso iban a tomar una copa, pero ya no era lo mismo.

Charlie cometió un pequeño error en una ocasión. Un día, en el mercado, vio por casualidad a John hablando con un comerciante cerca del puerto. Fue a saludar a su amigo, como algo natural, y

éste le asestó una fría mirada porque lo estaba interrumpiendo. Al comerciante tampoco le gustó mucho que los importunara un tipo como él. Charlie se apresuró a marcharse, pues, con la sensación de ser un idiota.

Al día siguiente, John fue a su casa a primera hora de la mañana.

—Perdona por lo de ayer, Charlie —le dijo—. Me tomaste por sorpresa. Nunca había hecho negocios con ese individuo antes. Intentaba comprender lo que quería.

—No te preocupes, John. No pasa nada.

—¿Estás libre esta noche?

Podríamos ir a tomar algo.

—Esta noche no, John. Pasaré a verte un día de éstos.

No lo había hecho, por supuesto. No tenía sentido. Ahora se movían en mundos distintos.

John no se había olvidado de él, sin embargo. Un año después, más o menos, volvió a su casa. Charlie era obrero, pero también tenía un carro con el que transportaba mercancías. John le preguntó si podía comprometerse con la familia Master para llevar algunos productos a unas granjas. Era una actividad regular, de un día entero por semana, y las condiciones eran buenas.

Charlie aceptó encantado y su colaboración duró un tiempo. John le había procurado también otros trabajos con los años.

Tal como estaban las cosas, era el caso de un hombre rico que le daba trabajo a uno pobre. La última vez que los Master le dieron trabajo a Charlie, no fue John, sino uno de los empleados quien trató directamente con él.

Los dos se habían casado, John con la cuáquera de Filadelfia y Charlie con la hija de un carretero. Ambos tenían hijos. John no recordaba los nombres de los hijos de Charlie, pero éste lo sabía todo sobre los de John.

Lo cierto era que Charlie a menudo pensaba en John. Pasaba con frecuencia delante de la espléndida casa de los Master. Sabía qué aspecto tenía Mercy Master, y también sus hijos. Escuchaba las habladurías que en torno a ellos corrían en las tabernas. Lo hacía impulsado por una curiosidad casi morbosa. John Master se habría llevado una sorpresa de haber sabido con qué atención seguía Charlie White todo cuanto le concernía.

Estaban sentados a una mesa de madera de un rincón, con las bebidas en

la mano.

—¿Cómo está tu familia, Charlie?
¿Todo va bien?

Charlie iba sin afeitarse y tenía la cara surcada de incipientes arrugas. Debajo del cabello en desorden, sus ojos se iban empequeñeciendo.

—Están bien —reconoció—. Dicen que a ti te van bien las cosas.

—Así es, Charlie. —No tenía sentido negarlo—. La guerra ha sido beneficiosa para mucha gente.

Hacía tres años que la madre de John había fallecido y su padre Dirk se había retirado de los negocios para irse a vivir a una pequeña granja que había

comprado en el norte de Manhattan, en el condado de Westchester. Allí vivía tranquilamente, atendido por su mayordomo. «Eres como un viejo holandés —le decía con afecto su hijo— que se ha retirado a su *bouwerie*».

Pese a que a Dirk le agradaba que lo mantuvieran al corriente de lo que ocurría, era John Master quien llevaba por entero las riendas del negocio. Y gracias a la guerra, éste había sido más próspero que nunca.

La vieja rivalidad entre Francia e Inglaterra había adoptado un nuevo cariz. Aun cuando las dos potencias litigaban desde el siglo anterior por el

control del subcontinente hindú, el lucrativo negocio del azúcar en las Indias Occidentales y el comercio de las pieles en el norte, en América sus conflictos no habían pasado de ser en general meras escaramuzas, llevadas a cabo, con la ayuda de los iroqueses, en el curso alto de los ríos Hudson o Saint Lawrence, lejos de Nueva York. Últimamente, en cambio, ambos países habían intentado asentar su dominio en el valle de Ohio, situado más al oeste y que servía de franja de unión entre el vasto territorio francés de la Luisiana, regado por el río Misisipí, con las posesiones que este país tenía en el

norte. En 1754, un joven e inexperto oficial virginiano del Ejército británico, llamado George Washington, había efectuado una incursión en el valle del Ohio, donde había construido un fuerte que pronto le obligaron a abandonar los franceses. El incidente, que no tenía gran importancia en sí, había provocado en Londres una decisión radical del Gobierno británico: era hora de expulsar de una vez por todas a su tradicional enemigo de la zona noreste de América. Con tal objetivo, iniciaron una guerra en toda regla.

—Debería darle las gracias a George Washington —decía alegremente

John Master—, por haberme facilitado una fortuna.

La guerra había propiciado la actividad corsaria, de la que John Master había sabido sacar buen provecho. Aunque se trataba de un negocio arriesgado, había calculado bien las posibilidades. Pese a que la mayoría de viajes acarreaban pérdidas, los pocos barcos capturados reportaban unas ganancias espectaculares. Con las participaciones invertidas en una docena de barcos al mismo tiempo, sus beneficios compensaron con creces las pérdidas. En realidad, logró doblar o triplicar las inversiones cada año.

Aquello era comparable a un juego de azar, pero con su riqueza, se lo podía permitir.

El verdadero beneficio para Nueva York se hallaba, no obstante, en el Ejército inglés. En poco tiempo, a Nueva York y a Boston habían llegado diez, veinte y hasta veinticinco mil casacas rojas de Inglaterra para combatir a los franceses, junto a una colosal flota dotada de casi quince mil marineros.

Los ejércitos y las flotas necesitan aprovisionamiento. Los oficiales requerían, asimismo, que se les construyeran casas y se les

proporcionaran servicios de toda clase. Además del comercio regular que mantenía con la zona del Caribe, John Master recibía cuantiosos encargos gubernamentales para abastecer a la tropa de grano, madera, ropa y ron. Lo mismo ocurría con la mayoría de los comerciantes que conocía. Desbordados de trabajo, los modestos artesanos subían los precios. Los jornaleros se quejaban, no sin razón, de que los soldados de permiso aceptaban empleos temporales y les quitaban el trabajo, pero consideradas en su conjunto, las familias obreras como la de Charlie podían obtener salarios inauditos. La

mayoría de los habitantes de Nueva York que disponían de algo que vender podían decir con fervor: «Dios bendiga a los casacas rojas».

—En la construcción me dan mucho trabajo —explicó Charlie—. No me puedo quejar.

Pasaron la velada bebiendo y hablando de sus familias y de los viejos tiempos. Recordando su juventud, John tuvo la impresión de que tampoco había estado tan mal haber compartido su tiempo con personas como Charlie. «Ahora, a los cuarenta años, soy un hombre rico que goza de todas la comodidades —reconoció—, pero

conozco la vida de las calles, del puerto y de las tabernas, y por eso llevo mejor mis negocios». Él sabía qué pensaban los hombres como Charlie, sabía cuándo mentían y cómo había que tratarlos. Se puso a pensar en su hijo James. Era un buen chico. Él lo quería y no tenía gran cosa que achacarle. Se había esforzado mucho para procurarle una educación básica y siempre le explicaba los aspectos del comercio de la ciudad y las precauciones que convenía tomar, para encaminarlo por la buena vía. Lo cierto era, se dijo John, que la segunda generación se criaba con demasiados miramientos. Lo que James necesitaba

era aprender las mismas lecciones que había aprendido él.

Por eso, cuando más tarde Charlie comentó que su hijo Sam tenía trece años, exactamente la misma edad que James, John concibió una idea.

—¿Sabes una cosa, Charlie? Tu hijo Sam y mi James deberían conocerse. ¿Qué te parece?

—Por mí encantado, John.

—¿Y si lo mando a tu casa?

—Ya sabes dónde encontrarme.

—Pasado mañana entonces. A mediodía.

—Estaré esperando.

—Llegaré puntual. Tomemos otra

copa.

El Papa había quedado reducido a cenizas cuando salieron del local.

A la mañana siguiente, John Master habló a su hijo James de Charlie White y le explicó que debía ir a visitarlo al día siguiente. Por la tarde se lo volvió a recordar. Al día siguiente a primera hora, antes de salir, le dio instrucciones precisas para encontrar la casa de Charlie y le recomendó que no llegara tarde. James prometió ser puntual.

Mercy Master tenía visita esa tarde. Había elegido con cuidado el momento; tanto su hijo James como su hermana mayor Susan estaban ausentes y su marido tardaría mucho en volver a casa. Cuando llegó el arquitecto, Hudson lo hizo pasar a su salón, donde había despejado una mesa en la que el recién llegado desplegó sin tardanza los planos.

Estaba preparando la tumba de su marido. No era porque deseara la muerte de John, ni mucho menos. En realidad, una parte fundamental de su

pasión consistía en procurar que John estuviera bien cuidado, tanto vivo como muerto. Con aquella medida no hacía más que adelantarse, con su práctico espíritu de cuáquera.

La pasión que Mercy profesaba a su marido había ido en aumento con los años. Si veía una nueva peluca, o una lujosa chaqueta confeccionada según la última moda de Londres, o un espléndido carruaje, enseguida pensaba en lo bien que le vendría a John. Si veía un bonito vestido de seda, imaginaba el placer que le procuraría a él verla llevándolo, o lo bien que quedarían los dos juntos. Si veía una silla de estilo

chippendale en una casa del vecindario, o un hermoso papel pintado, o un primoroso servicio de plata, le daban ganas de comprarlos también para que su casa fuera más elegante y digna de su marido. Incluso había encargado pintar el retrato de él, junto con el de ella, por un cotizado retratista, el señor Copley.

Su pasión era inocente. Nunca había cortado con sus raíces cuáqueras. Su afición por tales refinamientos no tenía por objeto hacer un alarde material a costa de otros, pero puesto que su marido era un buen hombre que había sido bendecido con el éxito en sus negocios, no parecía que hubiera ningún

mal en disfrutar de las buenas cosas con las que Dios proveía. En ese sentido, contaba con el ejemplo de otros cuáqueros que la habían precedido. En Filadelfia, los oligarcas cuáqueros gobernaban la ciudad a la manera de los nobles venecianos; justo más allá de Nueva York, un rico cuáquero llamado Murray había mandado construir la magnífica villa campestre denominada Murray Hill.

Y allí, en la ciudad, Dios nunca había proporcionado tantas oportunidades de rodearse de la elegancia. Para las clases cultivadas de Boston y Europa, Nueva York adolecía

de una cierta tosquedad en la época de juventud de John, pero aquello estaba cambiando. Los ricos se estaban distanciando rápidamente del tumulto de las calles. Las pulcras vías y plazas de estilo georgiano iban componiendo un distinguido barrio aparte. Delante del antiguo fuerte, un discreto y agradable parque, llamado el Bowling Green, dispuesto según las mismas tendencias de los jardines Vauxhall o Ranelagh de Londres, proporcionaba un pacífico marco donde podían pasear las personas respetables. Pese a que el teatro era limitado y los conciertos escasos, los aristocráticos oficiales británicos recién

llegados a la ciudad podían alojarse en casas casi tan refinadas como las que tenían en su país. La casa de una rica familia de comerciantes neoyorquinos, los Walton, con sus revestimientos de roble en las paredes y su vestíbulo de mármol, hacía desmerecer hasta la residencia del gobernador británico.

En cualquier caso, Inglaterra era el modelo exclusivo a seguir. Aunque las leyes de comercio británicas garantizaban la llegada de algunas mercancías de la Europa continental a los puertos americanos, la cosa no tenía mayor consecuencia, porque Inglaterra suministraba todo cuanto requería la

elegancia. La porcelana y el cristal, la plata y las sedas, toda suerte de lujosos materiales, delicados o resistentes, se enviaban por barco de Inglaterra a Nueva York, junto con cómodas condiciones de crédito destinadas a inducir a la gente a comprar. Mercy Master lo compraba todo. La verdad era que le habría encantado cruzar el océano hasta Londres para cerciorarse de que no le faltaba nada. Aquella perspectiva era, no obstante, impensable con todo el trabajo que tenía su marido.

Había sólo algo que John Master le había negado: una casa de campo. No una granja, como las antiguas *bouweries*

de los Stuyvesant y otras familias de su nivel. Las casas de campo podían tener varios centenares de acres de terrenos de cultivo, pero su utilidad no radicaba en eso; también eran un refugio adonde se podía huir de la insalubre ciudad durante el cálido y bochornoso verano, pero, sobre todo, representaban un trofeo, un lugar donde las personas refinadas demostraban su buen gusto. Las villas rodeadas de parques eran continuadoras de una larga tradición: los ricos aristócratas ya las mandaban construir durante el Imperio romano, la Edad Media y el Renacimiento. Ahora le tocaba el turno a Nueva York. En

Manhattan había la casa Watts, en Rose Hill, y Murray Hill por supuesto, y otras más con nombres que parecían extraídos de Londres, como Greenwich y Chelsea. Algunas se encontraban un poco más lejos, hacia el norte, como la propiedad que tenían los Van Cortlandt en el Bronx. Qué bien se vería su marido en un sitio como aquél. Él se lo podía permitir, pero se había negado tajantemente.

—Siempre tenemos la granja de mi padre adonde ir —le había señalado. En una zona más alejada, en el condado de Dutchess, había comprado dos mil acres de tierra, que estaba talando—. Los condados de Westchester y Dutchess

serán los territorios cerealeros del norte —aseguraba—, y yo sembraré grano en todas mis tierras, sin dejar ni un metro.

Ella se limitaba a suspirar. La cuáquera que había en ella sabía que tenía razón.

De vez en cuando volvía a plantearse qué más podía hacer por su marido, dentro de los límites de la ciudad. Ya tenían su casa, su mobiliario, sus retratos. ¿Qué más faltaba?

Ah, una tumba. Un mausoleo. Si no se podía construir una casa en la que vivir unos cuantos años, sí era posible, y menos oneroso, construir una tumba en la que descansar toda la eternidad. El

mausoleo honraría la memoria de su marido; a ella la podrían enterrar a su lado, y después también a sus descendientes. Se trataba de un proyecto para el que se podía recurrir a un arquitecto y que permitía mostrar planos a la gente. Llevaba un mes ocupada con el asunto, aunque en secreto. Su intención era darle una sorpresa a su marido el día de Año Nuevo.

Por ello, cuando su marido regresó antes de lo previsto, a las tres de la tarde, y la descubrió con los arquitectos y los planos, se llevó una gran decepción.

John Master observó el plano de su tumba. Habría podido servir para un emperador romano. Sabía perfectamente que algunas de las antiguas familias de terratenientes de la región, en especial las presbiterianas, se mofaban de las pretensiones de los comerciantes neoyorquinos, y reconocía que no les faltaba razón.

—Vaya, Mercy, tengo poco más de cuarenta años y ya me quieres enterrar —se limitó sin embargo a decir, mirando con afecto a su esposa.

Entonces, puesto que el único defecto de su amante esposa era que no siempre entendía las bromas y cayendo

de repente en la cuenta de la absurda magnificencia de la tumba, se sentó en su silla *chippendale* y estalló en carcajadas. De todos modos no tardó en levantarse, darle un beso y expresarle su agradecimiento. Luego sonrió para sí. En realidad también él le había preparado una sorpresa, aunque en su caso, ella no sabía nada aún.

—Por cierto ¿ha vuelto James de casa de Charlie White? —preguntó.

Al obtener una respuesta negativa, pensó que seguramente era una señal de que el encuentro se había desarrollado bien.

Ese día, al mediodía, Charlie White y su hijo permanecían listos delante del patio de su casa. La calle donde vivían quedaba al oeste de Broadway, no lejos de la taberna de Montayne, en torno a un kilómetro al norte de la iglesia Trinity, que era propietaria del terreno. Mientras que las calles de los barrios distinguidos de la ciudad estaban pulcramente adoquinadas, flanqueadas por casas de ladrillo, los caminos de la barriada próxima al terreno comunal donde vivía Charlie eran de tierra, y las destartaladas casas de tablones de madera sin pintar. La zona era bastante alegre, sin embargo.

Detrás de ellos, en el patio, estaba el carro, con su número pintado en rojo. Charlie tenía tres hijos y dos hijas. El chico mayor era marinero, el segundo bombero, que se paseaba muy ufano en uno de esos nuevos ingenios para apagar el fuego que habían enviado de Londres. El pequeño Sam ayudaba a su padre. Sam no sabía qué pensar de la visita del tal James Master.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Llevarlo conmigo a vender ostras en la calle? —preguntó.

Las ostras eran el alimento de los pobres. Sam a menudo ganaba un dinero extra vendiendo ostras.

—No tienes más que obrar con naturalidad —le respondió su padre.

No había necesidad de decir nada más. Si el rico James Master llegaba a hacerse amigo de Sam... Bueno, nunca se sabía adónde podía ir a parar una amistad.

Lo cierto era que Charlie estaba bastante entusiasmado con aquella visita. Después de todos aquellos años, su amistad de infancia con los Master se iba a renovar. ¿Suponía aquello un retorno a los viejos tiempos?

La noche anterior había estado contando a su familia anécdotas de la época en que salían juntos John Master y

él. Antes había tomado unas cuantas copas y, posiblemente, había fanfarroneado un poco. Sus hijos siempre habían sabido que había existido una amistad en otro tiempo, pero nunca les pareció que hubiera sido algo serio, y su padre casi nunca hablaba de ello. Al oírlo entonces se quedaron bastante sorprendidos, e impresionados también.

La que no se dejó impresionar tanto fue su esposa. La señora White era una mujer regordeta y tranquila. Quería a Charlie, pero después de años de matrimonio conocía sus puntos débiles. Su negocio de carretero nunca había

sido tan próspero como lo fue en tiempos de su padre, pues Charlie no siempre se concentraba en la labor que tenía entre manos. Ella temía que se fuera a llevar una decepción con aquel encuentro y, desde luego, no quería que sus hijos se hicieran falsas ilusiones. Los años de matrimonio con Charlie le habían dejado aquel rastro de escepticismo.

—Así que te has tomado unas copas con John Master y has invitado a venir a su hijo.

—No fue idea mía, sino suya —precisó Charlie.

—Cuando estaba borracho.

—Yo lo he visto borracho muchas veces, y no lo estaba.

—¿Y crees que el rico heredero Master se va a presentar?

—Seguro. Su padre me lo dijo.

—Bueno, igual aparece como no —contestó su mujer—. Pero te voy a decir una cosa, Charlie: John Master quiere algo. No sé qué es, pero cuando lo consiga, se volverá a olvidar de ti, como hizo antes.

—Tú no lo entiendes —protestó Charlie—. Es amigo mío.

Consciente de que todos sus hijos lo miraban, su esposa optó por callar.

—Ya lo verás —insistió Charlie.

De modo que Charlie y Sam esperaban. En la calle había un gran trajín. De vez en cuando pasaba una persona respetable, pero no había señales del joven James Master. Al cabo de un cuarto de hora, Sam consultó con la mirada a su padre.

—Vendrá —aseguró éste.

Pasó otro cuarto de hora.

—Puedes ir adentro, Sam —le dijo Charlie a su hijo, cuando ya era la una.

Él permaneció, sin embargo, un buen rato allí, observando la calle.

A las seis de la tarde, James Master

se dirigía a su casa con la esperanza de que su padre no se encontrara allí. Todavía estaba pensando en lo que iba a decir.

Él tenía intención de ir a casa de Charlie White. Bien mirado, casi había ido. Cuando menos se había encaminado hacia allá a la hora oportuna. Pero algo lo había retenido. En realidad no quería conocer a Sam White. No era porque menospreciara a la gente pobre; no era eso. Lo que le molestaba era que su padre tomara todas esas disposiciones por su cuenta.

Él sabía a cuento de qué venía aquello, desde luego. Era otro de los

planes que había concebido su padre para mejorarlo. «Cree que necesito amigos como Sam White para entender cómo es el mundo y crecer como él», pensaba.

Para colmo, su padre había estado recordándoselo una y otra vez y dándole recomendaciones. No podía decírselo, desde luego, pero en aquel momento James tenía la impresión de que su padre era más culpable que él de que se hubiera echado atrás.

Quizá fuera cosa del destino. De camino se había encontrado con un amigo, lo cual había causado un necesario retraso. Y después de eso,

había estado a punto de ponerse en marcha; pero se había dado cuenta de que se había demorado demasiado con su amigo y que, de todas formas, ya era tarde.

Lo mejor sería decir que no había encontrado el lugar y que iría al día siguiente. Acababa de tomar la decisión cuando, un minuto antes de lo previsto, se topó con su padre delante de casa.

—¿Qué, James, ha ido bien? —le preguntó, con una expectante sonrisa—. Charlie es todo un personaje ¿eh? ¿Y cómo es Sam? ¿Igual que su padre?

—Ehmm... —James reparó en la ansiosa actitud de su padre—. No. Es

bastante callado, me parece.

—Pero ha sido atento contigo, espero. ¿Y tú también con él?

—Sí... Sí.

Se estaba metiendo en un embrollo que no había previsto. ¿Debería renunciar y confesar? Su padre seguramente le daría unos correazos, pero no le importaba. Lo que temía era el sentimiento de decepción que podría provocarle. Lo único que deseaba era quitarse a su padre de encima.

—¿Os volveréis a ver entonces? —preguntó, esperanzado, su padre.

—Supongo que sí. Perded cuidado, padre, que nos veremos si nos apetece.

—Ah.

—Pero sería mejor que lo dejarais a nuestra discreción, padre.

—Sí. Sí, claro. No te preocupes, chico. No me voy a entrometer.

Luego su padre lo dejó huir al interior de la casa.

No estaba seguro de que la cosa fuera a terminar ahí. Aunque sabía que su padre no veía con mucha frecuencia a Charlie, de todos modos era seguro que se verían algún día. Lo mejor sería ir a casa de Charlie White al día siguiente, decir que se había equivocado de fecha

y pasar un rato con Sam; así se cubriría las espaldas y solucionaría la cuestión. Y casi estuvo a punto de hacerlo. Pero lo pospuso hasta tan avanzada la tarde que, por desgracia, se dio cuenta de que se le había pasado la hora otra vez. Lo mismo ocurrió al día siguiente. Al tercer día, comenzaba ya a olvidarse del asunto cuando en plena calle se paró un carro con un número rojo pintado y el conductor, un hombre robusto con una barba de varios días y una recia chaqueta de cuero, se inclinó para hablarle.

—¿No seréis vos James Master?

—Podría ser. ¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Charlie White. Tenía entendido que ibais a ir a mi casa el otro día.

Aquélla era una ocasión inmejorable. Podía decir que en ese momento preciso se dirigía a su casa, presentar excusas, arreglarlo todo. Sólo le habría llevado un momento. ¿Por qué no lo aprovechó, pues? Por una especie de resistencia interior que le inspiraba todo aquel asunto, o tal vez por la repentina intrusión de un sentimiento de pánico ante la idea de que descubrieran su mentira. Él, en todo caso, no sabía muy bien lo que le impulsó a responder de ese modo.

—Creo que no os conozco de nada, señor White. ¿Necesitáis algún servicio?

Habló con tanta educación, con tal expresión de inocencia en la cara y la voz, que Charlie lo creyó.

—Nada, joven. Me he equivocado. Os debo de haber confundido con otra persona.

Haciendo restallar el látigo, se alejó con su carro.

Su mujer tenía pues razón, pensó Charlie. Después de hacerle concebir ilusiones, después de hacerle creer que

su supuesto amigo sentía algún afecto por él, Master ni siquiera le había hablado de la cuestión al chico. Lo había dejado como un idiota delante de Sam y humillado ante su familia. Ya había tenido que soportar el afectado silencio de su esposa respecto al asunto, y también había visto que sus hijos lo miraban con una mezcla de compasión y burla. Quizá John se había olvidado, o había cambiado de idea. Fuera cual fuese el motivo, la conclusión era la misma: los sentimientos de un hombre pobre no contaban para nada. Del lado del rico no había ni amistad, ni respeto, sólo desprecio. No había otra

explicación. A partir de ese día, aun sin sospecharlo siquiera, John Master tuvo un enemigo secreto.

John Master no vio a Charlie White durante las dos semanas siguientes. Preguntó de nuevo a James si había vuelto a ver a Sam, pero como éste murmuró una respuesta evasiva, no quiso insistir. De todas maneras, habría ido a ver a Charlie de no haber sido por el pequeño incidente que se presentó.

A los trece años, su hijo James era un poco retraído. Su hija Susan, en cambio, que era tres años mayor y había

heredado de él el cabello rubio y el mismo tipo de belleza, era ya una joven segura de sí misma y popular que atraía el interés de los hombres de Nueva York. Aunque tenía un carácter alegre y tranquilo, sabía muy bien lo que quería, que era casarse con el propietario de una gran finca situada en los condados de Westchester o de Dutchess. Y dada su hermosura y su fortuna, no había razón por la que no pudiera cumplir sus deseos.

Por ello, cuando los dos jóvenes neoyorquinos, alumnos ambos de Yale, acudieron a cenar a su casa, Master dio por sentado que, ante la perspectiva de

ganarse los favores de su hija estarían igualmente ansiosos por obtener su beneplácito.

Lo malo fue que la conversación derivó hacia el tema de las universidades.

En vista de que Massachusetts poseía la facultad de Harvard y Connecticut había fundado la de Yale, los neoyorquinos empezaban a pensar que también ellos deberían tener una institución de transmisión del saber. A dicho fin se había erigido el King's College. Era sólo un pequeño centro situado en la parte pobre de la ciudad donde vivía Charlie White, aunque

poseía unos agradables jardines en el borde del río Hudson. Dado que la iglesia Trinity había cedido los terrenos para la universidad, las autoridades de la congregación consideraron que debía ser una fundación anglicana, para lo cual dio su consentimiento el gobernador. Aquella medida había suscitado, no obstante, la cólera de las otras iglesias, en especial la presbiteriana.

La mayoría de los ricos comerciantes de la ciudad como Master eran miembros de la iglesia anglicana, gentes de la Trinity, como los llamaban algunos. Lo cierto era que las gentes de la Trinity acaparaban la asamblea y

buena parte de los mejores cargos públicos. Por ese motivo, aquella tentativa de controlar un nuevo centro de difusión del conocimiento fue percibida por el resto de congregaciones como un monstruoso abuso. Los presbiterianos dijeron que era una conspiración. Hasta los pobres, que en principio no tenían gran interés por la universidad, profirieron insultos contra los privilegiados anglicanos. Los ánimos se habían soliviantado bastante. Master, por su parte, consideraba que las cosas se habían sacado de quicio. El caso fue que se llegó a un acuerdo, pero aquella cuestión puso en evidencia el malestar

reinante en la ciudad, donde todavía se oían quejas y murmuraciones.

Los jóvenes de Yale eran presbiterianos. En el curso de la discusión, se acaloraron tanto que tuvieron el atrevimiento de insultar y tildar a John de lacayo del gobernador... ¡en su propia casa! Después de eso, los echó a la calle con la aprobación de Mercy y de Susan. No obstante, aquel altercado produjo en John Master una gran irritación y desasosiego.

Y debido a que Charlie White, a quien seguramente tenía sin cuidado la universidad en sí misma, pertenecía a la

clase que había lanzado improperios contra los anglicanos, John Master experimentó una inconsciente aversión que le hizo desistir de ir a ver en ese momento al carretero y a su familia. Era injusto, pero aunque tenía una vaga conciencia de ello, transcurrió un año y todavía no había ido a casa de Charlie.

El día de Año Nuevo, John Master desveló su sorpresa. Lo hizo de una manera gradual.

—¿Sabes qué, Mercy? —dijo—. Con aquel desagradable incidente con los dos alumnos de Yale y el mal

ambiente que se ha creado por lo de la universidad, no me importaría ausentarme un tiempo de la ciudad.

—Podríamos trasladarnos al campo, John —sugirió ella—. O podríamos ir a visitar a mis parientes de Filadelfia, si te apetece.

—Es que hay otro problema que me impide ir a ninguno de esos lugares —prosiguió—. Estoy preocupado con todos los negocios que realizamos a través de Albion sin conocerlos muy bien.

Cinco años atrás, cuando el viejo agente que tenía su padre en Londres se había retirado, les había recomendado

que transfirieran sus actividades a la empresa de Albion. Hasta el momento las cosas habían funcionado bien, pero la relación se había ceñido a la comunicación por carta y, dado que los envíos procedentes de Londres iban en aumento cada año, John consideraba que era hora de conocer personalmente a los Albion y evaluar su empresa comparándola con la de otros agentes comerciales.

—¿Y qué piensas hacer entonces? —preguntó Mercy.

—Pensaba —su hermoso rostro se iluminó con una sonrisa— que lo mejor sería que fuera a Londres. No sé si a ti

te gustaría ir también...

Londres

❧ 1759 ❧

Ay, ¡no se podía creer que estuviera en Inglaterra, en el mismísimo Támesis, en el corazón del Imperio británico!

Los barcos, las torres, las cúpulas y los campanarios se apiñaban bajo el resplandeciente sol. Junto al agua, la imponente Torre de Londres era un testimonio de épocas pasadas. Más arriba, la gran cúpula de la catedral

protestante de Saint Paul se erguía majestuosa y a la vez formal. Llena de alborozo, Mercy se disponía a poner por fin pie en tierra firme.

Londres tenía sus defectos, como las tupidas nieblas cargadas del hollín que habían escupido durante cinco siglos los fuegos de carbón, la adicción a la ginebra barata de las clases bajas o las grandes diferencias existentes entre ricos y pobres, pero aun así era un sitio glorioso. Era, con diferencia, la mayor ciudad de Europa. Pese a que aún conservaba magníficos edificios e iglesias góticas, las tortuosas callejas infestadas de ratas de la ciudad

medieval habían prácticamente desaparecido a causa del gran incendio acaecido el siglo anterior y ahora las sustituían las espléndidas calles y plazas ajardinadas de estilo georgiano que se prolongaban hasta Westminster. ¡Y pensar que durante meses iba a tener todas aquellas maravillas a su disposición! ¡Y sin tener que preocuparse por nada más!

Excepto por su hijo James, claro estaba.

Las disposiciones que John Master había tomado antes de marcharse de

Nueva York habían sido bien sencillas. Tenía un empleado de confianza para controlar sus negocios en el almacén. El capataz de la destilería de ron era asimismo una persona honrada. De las tierras del condado de Dutchess se ocupaba un agente que también recaudaba los numerosos alquileres de las propiedades de la ciudad. En cuanto a su propia casa, no había problema: Hudson cuidaría de ella. Aun así, necesitaba a alguien que supervisara un poco todo y que le mantuviera al tanto de los diversos pagos de los intereses devengados por distintas operaciones crediticias que tenía en marcha en la

ciudad. Ello era posible porque, a diferencia de Londres, Nueva York aún no contaba con bancos y, por ese motivo, los comerciantes como Master realizaban los préstamos necesarios para la actividad comercial del lugar.

Su padre Dirk había accedido a volver a la ciudad y vivir en casa de John durante su ausencia. Aunque éste no estaba muy seguro de que le apeteciera hacerlo, había aceptado sin reticencias, y no había sin duda nadie más indicado para aquel cometido.

La presencia de su padre solucionaba de paso otro problema.

Mercy se llevó una decepción

cuando Susan rehusó acompañarlos a Londres, pero lo entendió. Ello no se debía a un desapego hacia sus padres, ni tampoco a una falta de interés por el mundo. El motivo era que todo lo que quería lo tenía ya en la colonia de Nueva York... sus amigos y el hombre, todavía por descubrir, con el que se casaría algún día. La travesía del océano no era una nimiedad y podía transcurrir un año antes de su regreso. Para una joven de la edad de Susan aquello parecía mucho tiempo, la renuncia sin ningún propósito de futuro a un año de su vida que podría haber invertido mejor en América. No tenía

sentido discutir con ella. Habrían podido obligarla a ir, pero ¿de qué habría servido? Igualmente no habría cambiado de idea, y estando su abuelo en la casa podían dejarla tranquilamente a su cargo.

El caso de James era distinto. Cuando le confesó a su madre que tampoco sentía deseos de ir a Londres, ésta le contestó con toda franqueza.

—Tu padre está decidido a que vayas, James. —Al advertir su expresión de disgusto, añadió—: Le darías un gran disgusto si no fueras.

A ella no le sorprendió, con todo, su actitud. Los chicos de esa edad eran a

menudo huraños, y la carga era peor para él, porque al ser el único hijo varón, su padre centraba todas sus esperanzas en James. Era natural que John siempre estuviera trazando planes para el muchacho, y también que éste se sintiera agobiado por ello. Ella no sabía cómo se podía remediar aquella situación.

—Tu padre te quiere y sólo procura tu bien —le recordaba a su hijo.

En su opinión, su marido tenía razón: James debería ir a Londres, y así se lo dijo ella misma.

El viaje había sido, sin embargo, un calvario. El verano ya había empezado

cuando subieron al navío que efectuaba la travesía hasta Londres en compañía de varios barcos más y una escolta naval destinada a protegerlos de los corsarios franceses. Su marido era un excelente marinero, de modo que las semanas a bordo no parecían hacer mella alguna en él; tanto si se trataba de impregnarse del inmenso silencio del cielo nocturno como de capear un temporal mientras el barco cabeceaba y se bamboleaba, nunca lo había visto más feliz. James, en cambio, se pasaba horas sentado en la cubierta, observando con aire taciturno el océano Atlántico como si fuera su enemigo personal. Cuando había mala

mar, mientras su padre permanecía alegremente en cubierta, James se quedaba abajo a rumiar con amargura que si se ahogaba sería por culpa de su padre, por haberlo forzado a efectuar ese viaje inútil que no tenía nada que ver con él.

—Son sólo cosas de la edad —aducía Mercy cuando John se quejaba del mutismo de su hijo—, y también por el agobio de estar encerrado en un barco.

—Creo que me achaca la culpa a mí —observaba con tristeza John.

—Para nada —mentía ella, haciendo votos para que el humor de James

mejorase en Londres.

En cuanto bajaron del barco, un agradable señor de mediana edad, con los ojos más azules que Mercy había visto nunca, acudió a su encuentro para estrecharles la mano.

—¿Señor Master? Soy Arthur Albion, señor, para servirlos.

En cuestión de unos minutos tomó las medidas oportunas para que subieran a un carruaje y dos mozos cargasen su equipaje en un carro que les iba a seguir.

—Me he tomado la libertad de procuraros alojamiento —anunció—, no

lejos de donde se hospeda otro distinguido caballero de las colonias americanas, aunque en este momento se encuentre ausente de Londres.

—¿Ah sí? —dijo John Master—. ¿Y quién es?

—El señor Benjamin Franklin, señor. Me parece que pronto estará de regreso en la ciudad.

De todas maneras, pese a que durante las semanas siguientes no vieron ni rastro de Benjamin Franklin, les importó bien poco: Londres estaba a la altura de todas las expectativas de Mercy e incluso las superaba.

John no tardó en comunicarle que

había comprobado que la de Albion era una de las mejores agencias comerciales de Londres, sólida y fiable. Arthur Albion era miembro de una de las mejores corporaciones de la ciudad.

—Nuestro amigo Arthur es una persona muy cortés —reconoció John, riendo—, pero si hay ocasión de cazar un penique al vuelo, nunca he visto a alguien que reaccione con más rapidez.

Su anfitrión resultó ser un guía perfecto. Aunque era comerciante y hombre de ciudad, Albion provenía de una antigua familia de la alta burguesía terrateniente de New Forest y, gracias a sus relaciones de familia y a sus

modales refinados, tenía acceso a las residencias de diversas familias aristocráticas de Londres. Su esposa descendía de una vieja saga de hugonotes franceses comerciantes de seda y joyeros, como ella misma explicó a Mercy. ¿Qué persona podía ser más indicada para acompañarla a las tiendas de moda? Se hicieron amigas en menos de una semana. Sombreros y cintas, vestidos de seda y zapatos, por no mencionar los exquisitos manjares que encontraban en el establecimiento de Fortnum & Mason... todo lo probaban. Dado que necesitaban criados que los atendieran en su agradable alojamiento

actual, las dos damas se encargaron juntas de entrevistar a los candidatos.

Lo mejor de todo era que Mercy podía comprar cosas para su marido.

Enseguida se dio cuenta de que, aun vistiéndose con discreción, el señor Albion tenía un perfecto sentido de la moda. John se vestía bien, y la moda de Londres llegaba con rapidez a Nueva York. Aun así, los sastres de Londres poseían un cierto estilo, un arte especial, difíciles de definir pero inconfundibles. Mercy se ocupó de que el señor Albion llevara a John a su sastre y a su fabricante de pelucas a los pocos días de su llegada.

Aparte, había otras cosas que podía comprarle ella en compañía de la señora Albion, como las hebillas de plata para los zapatos, un elegante reloj, un sable, un lazo para el sable o lino para las camisas. Incluso adquirió una caja de plata para el rapé. La moda de tomar rapé había llegado a Nueva York, desde luego, y varias empresas tabaqueras americanas habían comenzado a manufacturarlo, pero aunque de vez en cuando fumaba en pipa, John Master rehusó utilizar la caja para el rapé.

—Si empiezo a aspirar rapé, estornudaré todo el día... y toda la noche también —advirtió alegremente.

John Master también estaba disfrutando mucho en Londres. Albion había escogido con tino su casa de huéspedes, justo al lado de la calle Strand, donde todo quedaba a mano. Al poco tiempo, John frecuentaba algunas de las mejores teterías de la ciudad, donde se podían encontrar los periódicos y el *Gentleman's Magazine* y entablar conversación con toda clase de personas interesantes. En los teatros representaban comedias de su agrado. Para complacer a Mercy, incluso llegó a escuchar la totalidad de un concierto de Händel... y casi le gustó.

No obstante, lo que más satisfacción les procuró fue James.

John Master recordaba perfectamente su juventud y el sentimiento de decepción que inspiraba en su propio padre. Por eso, aunque a menudo trazaba planes para James, lo hacía sólo esperando que su hijo tuviera una mejor evolución que él. Si en Nueva York había pensado que debía aprender algo de las personas como Charlie White, allí en Londres advertía otro tipo de oportunidades muy distintas. Allí, en el núcleo propulsor del imperio, tenía ocasión de impregnarse de toda la historia, conocimiento de leyes y

modales que todo caballero debía conocer. Antes de zarpar, había escrito a Albion pidiéndole que buscara un preceptor para James. Al principio tenía la aprensión de que con ello se acentuara aún más su hosquedad, pero pronto descubrió con alivio que Albion había escogido muy bien: un inteligente joven recién graduado en Oxford que también podía ofrecer compañía a James.

—Los primeros días —sugirió el joven maestro—, creo que lo mejor será que le enseñe la ciudad. De paso podré darle algunas lecciones de historia.

El método pareció dar frutos. Al

cabo de una semana, cuando Master fue a Westminster con su hijo, quedó asombrado de lo bien que conocía éste la historia del Parlamento británico. Unos días después, James incluso llegó a corregirlo, con educación y firmeza a la vez, por una falta gramatical.

—Menuda desvergüenza —exclamó su padre, complacido en el fondo.

James se llevaba de maravilla con su joven preceptor. Cuando los Albion lo presentaron a los ricos muchachos londinenses de su edad, no los encontró muy diferentes a sí mismo. En realidad, los jóvenes neoyorquinos habían adoptado la entonación nasal de la clase

alta de Londres, y James sabía imitarlos. Le resultó agradable ver que aquellos chicos ingleses lo aceptaban como a uno más entre ellos. El propio hijo de los Albion, Grey, que tenía tres años menos que James, lo trataba con admiración, lo cual le levantó aún más el ánimo. Así, al poco tiempo, la vivienda de los Albion, situada junto a Lincoln's Inn, se convirtió en una segunda casa para él.

Fortalecido en su amor propio, James también comenzó a propiciar la proximidad con su padre. Consciente de que los chicos jóvenes necesitaban la compañía de su progenitor, John Master tenía la intención de llevar a pasear a su

hijo por Londres, pero lo que no había previsto era que fuera James quien lo llevara a pasear a él.

Cada uno o dos días, salían de su pensión situada en las proximidades de la calle Strand para explorar las maravillas de Londres. Un corto paseo en dirección este los llevaba al precioso edificio erigido por los antiguos templarios donde habían instalado su sede los abogados. Un poco más lejos, los periodistas e impresores de Fleet Street se afanaban en su trabajo a la sombra de la catedral de Saint Paul, asentada en la colina del núcleo inicial de la ciudad. De allí iban a la torre.

Albion también los llevó, junto con Grey, a la bolsa y al puerto.

Si tomaban la dirección oeste siguiendo la calle Strand, atravesaban la zona de Whitehall hasta Westminster, o bien seguían por la calle Mall hacia el palacio real de Saint James para luego dar una vuelta por Piccadilly. Al menos una vez por semana, James proponía a su padre un itinerario u otro. ¿Le apetecía ir a Tyburn, donde la semana anterior habían ahorcado a un salteador de caminos? ¿Prefería los placenteros jardines de Ranelagh, o ir en barco a Greenwich, o, remontando la corriente, a Chelsea?

A John le causaba una gran emoción que su hijo quisiera compartir aquellas experiencias con él, y pese a que no se lo dijo nunca, aquél fue uno de los periodos más felices de su vida.

Curiosamente, fue Mercy la que comenzó a sentirse a disgusto.

Arthur Albion había invitado a los Master a cenar con diversos comerciantes, abogados y representantes del clero. Aunque también conocía a personas eruditas, escritores y artistas, había considerado con buen juicio que John Master no se moría de ganas de

conversar sobre las cualidades del poeta Pope o incluso del novelista Fielding, o de conocer al formidable doctor Johnson, que estaba elaborando un gran diccionario a dos pasos de allí, en su casa de la calle Strand. Sí les presentó, en cambio, a diversos miembros del Parlamento, y hacia finales de septiembre ya habían asistido a cenas o recepciones en varias distinguidas casas. Había otra clase de personas, no obstante, con quien los Master aún no habían tenido trato alguno. Aquello iba a cambiar la primera semana de octubre.

—Querida, estamos invitados a casa de los Burlington —anunció John a

Mercy un día.

Mercy había visto las grandes mansiones de Londres desde fuera. Todos los días pasaba delante de la enorme fachada de la casa de los Northumberland, situada en el Strand, y había como mínimo otra docena de destacadas residencias que le habían enseñado. Sabía que aquellas extensas propiedades, rodeadas de verjas y muros, pertenecían a la más alta nobleza de Inglaterra, pero puesto que algunos de aquellos edificios se prolongaban durante cien metros o más en el lado de la calle, había supuesto que contenían diversos centros de negocios, o tal vez

oficinas gubernamentales, en torno a sus patios interiores.

Mientras se dirigían juntos en el carruaje de Albion a la recepción de esa noche, éste les explicó lo que iban a ver.

—No se trata de una fiesta privada exactamente —precisó con una sonrisa—. Diría que en Nueva York lo más parecido sería una recepción gubernamental. Habrá multitud de personas y hay tantas posibilidades de que conozcamos a nuestro anfitrión como de que no. En todo caso, tendréis la oportunidad de ver a las personas más relevantes de Inglaterra.

La casa Burlington se encontraba en

Piccadilly, no lejos del establecimiento de Fortnum & Mason. Mercy y la señora Albion habían recurrido a los mismos modistos y peluqueros, y con una breve inspección se cercioró de que John iba vestido de manera tan impecable como Albion. No obstante, cuando después de entrar en el inmenso patio vio las imponentes columnas y la gran escalinata que conducía a la puerta, no pudo evitar sentir un asomo de nerviosismo. La palladiana fachada de la casa era comparable a la de un palacio romano. Junto a la impresionante puerta había varias hileras de lacayos con librea. Entonces

oyó que su marido planteaba una sensata pregunta.

—¿Para qué usan este enorme edificio... en el día a día, me refiero?

—No lo entendéis, amigo mío —respondió Albion con una sonrisa—. Esto es una residencia privada.

Entonces, por primera vez, Mercy sintió miedo.

Nunca había visto nada igual. Las vastas salas y vestíbulos de techo artesonado eran tan grandes y tan altas que en cualquiera de ellas podría haber cabido la mayor mansión de Nueva York. Incluso la talla de una iglesia como la Trinity parecía raquítica en

comparación. América no tenía nada igual, no lo había imaginado siquiera ni habría sabido qué utilidad darle. Qué modestas, insignificantes y provincianas debían de parecerle incluso las más espléndidas mansiones de Nueva York a la gente que vivía en semejantes palacios. En toda Europa había una clase social acostumbrada a vivir de ese modo, una clase cuya existencia ella ignoraba por completo hasta entonces.

—Tanta riqueza debe de conferir un enorme poder —oyó que comentaba su marido a Albion.

—En efecto. El duque de Northumberland, por ejemplo, cuya

residencia londinense es mayor que ésta, desciende de una familia feudal cuyos miembros gobernaron como reyes durante siglos las regiones del norte. Hoy en día, el duque cuenta con docenas de integrantes del Parlamento que votan exactamente como él se lo indica. Otros poderosos magnates hacen lo mismo.

—En las colonias no tenemos familias feudales como éstas.

—Los propietarios de Maryland y de Pensilvania todavía poseen concesiones de tierra que les garantizan poderes feudales —señaló Albion.

Era totalmente cierto que las concesiones efectuadas durante el siglo

XVII a unas pocas familias como los Penn y las concesiones de tierra recibidas por los potentados holandeses para la colonización de los vastos territorios colindantes con el río Hudson habían proporcionado a aquellos magnates unos poderes casi feudales.

—Pero ellos no construyen palacios —objetó John.

—Ahí está la duquesa de Devonshire —susurró la señora Albion al oído de Mercy—. Tiene otra casa como ésta en esta misma calle. Ése es lord Granville. Y, ay Jesús, allí está lady Suffolk. Son raras las ocasiones de verla.

—¿Quién es lady Suffolk?

—Hombre, la antigua amante del Rey. Una dama muy buena y muy respetada. Y mirad allá. —Señaló una guapa señora a quien todos saludaban con reverencias—. Es lady Yarmouth, la actual amante del Rey, la dama más importante de la corte.

—¿La amante del Rey es importante?

—Por supuesto. Después de la muerte de la Reina, se convirtió, por así decirlo, en la consorte real.

—Y antes de morir ¿qué pensaba la Reina de la amante de su marido? —preguntó con ironía Mercy.

—Ah, eran grandes amigas. Dicen que el Rey consultaba a menudo a la Reina para saber cómo debía cortejar a lady Yarmouth. Mirad a su izquierda, ése es lord Mansfield, un hombre muy influyente.

Mercy no observó a lord Mansfield, porque aún estaba ocupada tratando de comprender aquel concepto de amante real. ¿Cómo era posible que el dirigente del país, la cabeza de la Iglesia oficial, no sólo tuviera amantes, sino que aquellas mujeres recibieran un trato tan honroso como las honestas esposas? Los neoyorquinos no eran, desde luego, ajenos a la inmoralidad, pero su alma de

cuáquiera vivía como una ofensa aquella aceptación general del vicio público.

—¿Todos los de la corte tienen una amante? —preguntó.

—Ni mucho menos. Lord Bute, el consejero más allegado al Rey, es un hombre religioso de impecable moral.

—Me alegra oírlo. ¿Y el vicio privado no hace indigno a un hombre de ejercer un cargo público?

La señora Albion miró a Mercy con genuino asombro y dijo, riendo:

—Bueno, si así fuera, no habría nadie para gobernar la tierra.

Mercy guardó silencio.

Entonces se produjo un revuelo en

las proximidades de la puerta. Habían anunciado a alguien y la gente se apartaba para dejar un pasillo. Mercy observó para ver de quién se trataba.

El joven tenía unos veinte años. Era un individuo alto y desgarrado, de ojos saltones y cabeza pequeña, de apariencia más bien tímida. Viendo cómo los asistentes se inclinaban ante él, cayó en la cuenta de quien debía de ser.

El príncipe Jorge era el nieto del Rey, pero desde la prematura muerte de su padre se había convertido en heredero de la corona. Mercy había oído decir que profesaba un interés especial

por la agricultura y que era una persona considerada. A juzgar por las sonrisas que acompañaban las reverencias, parecía que la gente sentía simpatía por él. Aquél era pues el príncipe de Gales.

Mientras lo observaba desenvolverse por la sala esa noche, advirtiéndolo su sencillez de trato, se preguntó si una vez que fuera rey, haría algo para cambiar aquel mundo de aristocráticos excesos e inmoralidad. No era muy probable.

Diez días más tarde, los Albion los llevaron de viaje al oeste. James y el

joven Grey Albion los acompañaron. Fue una experiencia agradable, sobre todo porque Mercy tuvo ocasión de observar a los dos muchachos. Grey era un chico cariñoso, y era evidente que James disfrutaba representando el papel de hermano mayor. Fueron a New Forest, el lugar de procedencia de la familia Albion, y después a Sarum y a Stonehenge. Disfrutaron con el íntimo y perenne silencio del bosque y admiraron los extensos terrenos de cultivo de los alrededores de Sarum. Albion les habló mucho de los avanzados métodos agrícolas y de la maquinaria que no cesaban de incrementar la prosperidad

de Inglaterra. Desde Stonehenge fueron a Bath, donde pasaron unos espléndidos días en el distinguido balneario instalado en los antiguos baños romanos.

Fue precisamente allí, en la sala del manantial, donde Albion se encontró con un amigo. El capitán Stanton Rivers, un individuo delgado y elegante de poco menos de cuarenta años, pertenecía a una importante familia. Su padre era lord, pero iba a ser su hermano mayor quien heredaría el título y la propiedad, de modo que el capitán había tenido que labrarse un porvenir en el mundo.

—Todo oficial de la Marina británica ansía que haya guerra —les

aseguró con una encantadora sonrisa—, porque en ella radica la esperanza de ganar dinero. Los marinos sólo somos corsarios glorificados. Y aquí en Bath —agregó con franqueza—, siempre hay muchos oficiales como yo que anhelan encontrar una heredera o una viuda rica. En este momento tengo, sin embargo, otra perspectiva en mente —anunció—. Estoy pensando en irme a América.

—¿Y qué querríais hacer allí? —le preguntó Albion.

—Un amigo del estado de Carolina me ha informado de que hay una viuda allí, sin herederos pero en edad de tener hijos aún, que posee dos excelentes

plantaciones y que desea volver a casarse. Quiere un caballero de buena familia. Mi amigo me ha enviado una miniatura de la dama y me asegura que pese a haberle detallado todos mis defectos, no ha logrado que ella deje de considerarme como un digno pretendiente.

—¿Pensáis ir a Carolina?

—Ya me he informado de todo lo que he podido sobre las plantaciones y creo que podría aprender a gestionar una. También tengo intención de viajar por las colonias y visitar Nueva York. Con o sin la viuda, me he propuesto aprender lo más posible sobre las

colonias americanas.

Albion lanzó una mirada a John Master y éste captó enseguida su petición.

—En ese caso espero que nos hagáis el honor de alojaros en nuestra casa en Nueva York —se ofreció—. Estaría encantado de seros útil allí.

Desde Bath se trasladaron a Oxford. Allí circularon por lisas carreteras de peaje que, como no pudo por menos de admitir Mercy, superaban con creces las pistas plagadas de baches de Nueva Inglaterra. Tan perfeccionada calzada les permitió recorrer cien kilómetros en un solo día. Oxford, con sus claustros

universitarios y sus pináculos, hizo las delicias de Mercy. Antes de regresar a Londres, Albion los llevó a ver la casa de campo de la familia Churchill, situada en Blenheim Palace.

Tal como le había ocurrido en la casa Burlington, Mercy se quedó pasmada. Aun siendo hermosas, las villas campestres que conocía no tenían ni punto de comparación con aquello. Un parque que se prolongaba a pérdida de vista; una vasta mansión de piedra que alcanzaba con todas sus alas un anchura de ochocientos metros; desde la cocina al comedor había cuatrocientos metros de distancia; la biblioteca, que para ella

debía ser un refugio íntimo, medía sesenta metros de largo. La fría magnificencia barroca de la mansión era algo asombroso. Mientras los Albion les enseñaban con orgullo el lugar y su marido y los dos chicos lo miraban maravillados, ella, con su discreta inteligencia de cuáquera, percibió el fondo de aquella ostentación: ésta no correspondía sólo al orgullo de la riqueza, ni siquiera a la arrogancia del poder. El mensaje que transmitían los Churchill era a la vez simple y escandaloso: «Nosotros no somos mortales. Somos dioses. Inclinaos ante nosotros». Reconociendo que aquél era

el mismo crimen que el cometido por Lucifer, Mercy sintió que se le helaba el corazón.

—Supongo —le comentó John esa noche— que a los ingleses América debe de parecerles igual de provinciana como lo fue Bretaña para la Roma imperial.

Aquella reflexión no la sacó de su desasosiego. A partir de ese día, aunque no se lo dijo a su marido, Mercy ardió en deseos de regresar cuanto antes a América.

En diciembre conocieron a Benjamin

Franklin. Éste se alojaba bastante cerca, en Craven Street. Vivía de manera modesta pero confortable en una bonita casa de estilo georgiano de la cual ocupaba el piso principal, al cuidado de una devota casera y un par de criados a sueldo. John, que estaba ansioso por que James conociera a aquel gran hombre, lo urgió a tomar buena nota de cuanto éste dijera.

Mercy también estaba expectante. Aunque sabía que los experimentos que había efectuado con la electricidad y sus otros inventos habían reportado renombre mundial a Benjamin Franklin, ella lo recordaba desde los tiempos de

Filadelfia como el autor del almanaque de *Poor Richard*, el jovial amigo que la había acompañado a la predicación. Aquél era el hombre de cara redonda, con unas gafas que le daban un aspecto de bondadoso tendero, mirada chispeante y una melena de fino cabello castaño que le llegaba hasta los hombros.

Cuando los Master entraron en compañía de su hijo, el individuo que se levantó para saludarlos era la misma persona que conocían, pero a la vez era distinta. El señor Benjamin Franklin tenía entonces poco más de cincuenta años. Iba vestido a la moda, con una

lujosa chaqueta azul provista de unos grandes botones dorados, una impoluta pechera blanca y una peluca empolvada. Tenía la cara más enjuta de lo que Mercy esperaba. Su mirada no era chispeante, aunque sí transmitía una impresión de inteligencia y atención. Podría haber pasado por un abogado de éxito. Con sus modales también daba a entender de manera sutil que, pese a estar dispuesto a recibir a sus paisanos de las colonias, su tiempo era limitado.

—Ten en cuenta que Franklin se labró una fortuna en el mundo de los negocios antes de incorporarse a la vida pública —le había recordado John el

día anterior—, y por cualquier cosa que hace, siempre se asegura de recibir un pago por ella. El Gobierno británico le paga un cuantioso sueldo como jefe de correos de las Colonias... aunque esté a miles de kilómetros de su puesto de trabajo. Los habitantes de Pensilvania le pagan también un salario por representarlos aquí en Londres. Tu amigo el señor Franklin es una persona muy astuta —concluyó con una sonrisa.

Franklin les dio la bienvenida e hizo sentar a James a su lado. Tras presentarles disculpas por su sobria hospitalidad, les explicó que había efectuado una gira por las universidades

escocesas, donde había conocido a Adam Smith y otros escoceses de talento.

—Estas seis semanas me han procurado una grandísima satisfacción —declaró.

Lo malo era que, a su regreso, había encontrado toda suerte de asuntos esperándole.

Conversó con ellos con actitud muy afable, pero pronto resultó evidente que los Master no tenían relaciones con ninguno de los impresores, escritores y científicos londinenses a cuya compañía era aficionado Franklin, por lo que John temió que el gran hombre fuera a

aburrirse un poco con ellos. Por eso, para que siguiera hablando, se aventuró a preguntarle por la misión que llevaba a cabo en nombre de los habitantes de Pensilvania.

El gobierno de Pensilvania pagaba tal vez con generosidad a Ben Franklin para representarlo en Londres, pero había que reconocer que la tarea que le habían encomendado no era fácil. Si bien era cierto que William Penn había profesado un sincero deseo de establecer una colonia cuáquera en América en el siglo anterior, sus descendientes, que vivían en Inglaterra, sólo se preocupaban de recibir los

ingresos libres de impuestos que les reportaban las grandes concesiones de tierra de Pensilvania que habían heredado. Los habitantes de la zona estaban hartos de ellos y de sus derechos de propiedad y querían disponer de una carta igual que las demás colonias.

Los Penn tenían, sin embargo, amigos en la corte, tal como les explicó Franklin, y si se alteraban las concesiones de Pensilvania también se podrían poner en entredicho los derechos de propiedad de Maryland y otras zonas. El Gobierno británico era reacio a poner todo el sistema por tierra

porque parecía que iba a entrañar grandes complicaciones.

—La dificultad principal, que yo no había previsto —prosiguió Franklin— radica en que desde el punto de vista de los ministros del gobierno, la administración de las colonias constituye un departamento especial, donde, más allá de las cuestiones estrictamente locales, el punto de vista de las asambleas coloniales carece de verdadera relevancia. Ellos creen que las colonias deben ser dirigidas o bien a través de propietarios como los Penn o directamente por el Rey y su consejo.

—¿Y eso no colocaría a las

colonias, señor —intervino en este momento James— en la misma posición que padecía Inglaterra bajo el reinado de Carlos I, en que el Rey era libre de gobernar a su antojo?

—Veo que has estudiado historia —observó, con una sonrisa, Franklin—. Aunque yo no creo que eso fuera equivalente, porque el Parlamento de Londres sigue manteniendo vigilado al Rey —abrió una pausa—, es cierto que algunos integrantes del Parlamento, varios de los cuales son incluso amigos míos, temen que llegue el día en que los colonos americanos deseen separarse de la madre patria, aunque yo les he

asegurado que nunca he oído expresar tal sentimiento en América.

—Yo diría que no —opinó John Master.

Entonces, de improviso, Mercy tomó la palabra.

—Sería una buena cosa que lo hicieran. —Las palabras surgieron espontáneas de su boca, cargadas de vehemencia. Los tres hombres se quedaron observándola atónitos—. Ya he visto suficiente sobre cómo viven nuestros dirigentes ingleses —añadió con más calma, aunque no con menos convicción.

Pese a su manifiesta sorpresa,

Benjamin Franklin se quedó un momento pensativo.

—Pues bien, yo sostengo la opinión contraria —dijo—. E iré más allá, señora Master, hasta afirmar que creo que en el futuro, América será el cimiento central del Imperio británico. Y os diré por qué: nosotros poseemos la lengua y las leyes inglesas. A diferencia de los franceses, hemos desautorizado el gobierno de los reyes tiránicos, y yo albergo grandes esperanzas de que el joven príncipe de Gales sea un excelente rey llegado el momento. Aunque nuestro gobierno no es, desde luego, perfecto, considerado en su conjunto, yo

agradezco a Dios la existencia de las libertades británicas.

—Yo estoy enteramente de acuerdo con vos —declaró John.

—También hay que tomar en consideración otros aspectos —continuó Franklin—. Los vastos territorios de América quedan al otro lado del océano, pero ¿qué es América si no la frontera occidental de nuestro imperio, paladín de la libertad? —Los miró a todos con un brillo entusiasta en la mirada—. ¿Sabíais, Master, que en América nos casamos antes y producimos el doble de hijos sanos que la gente de Europa? La población de las colonias americanas

dobra cada veinte años, pero aun así hay tierra suficiente donde seguir asentándonos durante siglos. Los terrenos de cultivo de América proporcionarán un mercado en constante expansión para las manufacturas británicas. Juntas, Inglaterra y sus colonias americanas pueden seguir creciendo durante generaciones, al margen de otras naciones. Yo estoy convencido de que ése es nuestro destino.

Aquélla era la fórmula que propugnaba Franklin, y no cabía duda de que creía apasionadamente en ella.

—Es una noble visión —alabó John.

—En realidad —añadió con jovialidad Franklin—, sólo nos falta una cosa para perfeccionar nuestro imperio anglófono.

—¿Cuál es? —inquirió John.

—Echar a los franceses de Canadá y quedarnos nosotros solos con todo —contestó, muy ufano, el prestigioso personaje.

Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando llegó una doncella con una bandeja cargada de refrigerios. Con ello pusieron fin a la parte seria de la conversación, pues su anfitrión adoptó un tono más ligero mientras insistía en que tomaran el té con él antes de irse.

—No sabía que sintieras tanta aversión por los ingleses —le dijo Master a su esposa, con un deje de reproche, en el trayecto de regreso—. Creía que estabas dichosa con este viaje.

Al instante la asaltaron los remordimientos. No tenía ningún deseo de causar descontento a su querido marido, que tanto se esforzaba por complacerla.

—No sé qué me ha pasado —repuso—. Espero que el señor Franklin tenga razón. Aunque a veces me cuesta entender la mentalidad de los ingleses, porque en el fondo sigo siendo una

cuáquera.

A continuación se hizo el propósito de que, mientras durara su estancia en Londres, haría lo posible por procurar la felicidad de su marido.

Satisfecho con aquella verdad a medias, John Master pasó a preguntar a James qué opinaba de la entrevista.

—Creo que el señor Franklin es un gran hombre, padre —contestó éste.

—¿Te gusta la visión que tiene del destino de América?

—Mucho.

—A mí también.

Meditando sobre el apego que su hijo sentía por Londres y las enormes

posibilidades del Imperio británico resaltadas por Franklin, John Master tuvo la impresión de que el futuro se presentaba halagüeño.

Esa noche, en la cena, todos estaban de excelente humor. Entonces Mercy inició otro tipo de observación.

—¿Te has dado cuenta de lo que ha pasado, cuando la doncella servía el té?

—Me parece que no —admitió John.

—Él creía que nadie lo veía, pero el señor Franklin le ha dado una palmada en el trasero a la chica.

—Viejo sátiro...

—Ya sabes lo que dicen: que es bastante incorregible —concluyó ella,

sonriendo.

Por más que Mercy se esforzó por mantener para sí misma sus opiniones sobre el Imperio británico, su sentimiento de desagrado persistió e incluso se acentuó justo antes de Navidad.

Al parecer, el amable ofrecimiento que le habían expresado al capitán Rivers cuando lo conocieron en Bath, no había caído en saco roto. A mediados de diciembre recibieron una invitación para cenar con su padre, lord Riverdale, la semana siguiente.

La casa Riverdale no era un palacio, sino una sólida mansión situada en las proximidades de Hanover Square. Desde el vestíbulo de dos pisos subieron por unas escalinatas al *piano nobile*, donde un gran salón ocupaba todo el ancho de la casa, desde la fachada a la parte posterior. Los comensales no eran numerosos. Lord Riverdale, que parecía una versión más vieja y corpulenta de su hijo, era viudo, y su hermana actuaba como anfitriona. El capitán Rivers había invitado a un par de amigos militares. A Mercy la situaron a la derecha de lord Riverdale, que la colmó de agasajos, le agradeció

la amable invitación dispensada a su hijo y entabló una interesante conversación sobre las cuestiones del momento.

El tema daba bastante de sí. Por la mañana habían llegado noticias de que al otro lado del Atlántico las fuerzas británicas habían derrotado a los franceses en Quebec. Pese a que el arrojado y joven general británico Wolfe había fallecido trágicamente en los enfrentamientos, parecía que el deseo de Benjamin Franklin estaba a punto de hacerse realidad y que iban a expulsar a los franceses de las tierras del norte. Cuando Mercy le habló a lord Riverdale

de su visita a casa de Franklin y del punto de vista que éste tenía del destino del imperio, Riverdale se mostró encantado y le rogó que lo repitiera ante todos los presentes.

Si bien el anciano aristócrata era una persona muy agradable, el coronel que tenía al otro lado no le gustó nada a Mercy. Era un típico militar. No consideró extraño, pues, que estuviera orgulloso del poderío de las armas británicas.

—Un chaqueta roja bien entrenado es tan bueno o mejor que cualquier soldado de élite francés, señora Master —declaró—. Creo que acabamos de

demostrarlo. En cuanto a las razas inferiores...

—¿Las razas inferiores, coronel? —
inquirió Mercy.

—Yo estuve presente en el conflicto del cuarenta y cinco ¿saben? —anunció, muy ufano.

1745. Aún no habían transcurrido quince años desde que el príncipe Charlie desembarcó en Escocia con la intención de sustraer el antiguo reino de las manos de los gobernantes hannoverianos de Londres. Había sido una alocada y romántica aventura, que tuvo un trágico final. Los chaquetas rojas atacaron a los escoceses, que, mal

equipados y mal adiestrados, sufrieron una sangrienta derrota.

—Los hombres que no han recibido instrucción militar no pueden hacer frente a un ejército regular, señora Masters —prosiguió tranquilamente el coronel—. Es imposible. En cuanto a esos escoceses de las Tierras Altas... a duras penas se diferencian de los salvajes.

Mercy había visto a muchos escoceses recién llegados a Filadelfia y Nueva York. A ella no le parecían salvajes, pero estaba claro que el coronel creía en lo que decía, y consideró que no era el momento ni

ocasión propicios para sostener la opinión contraria. Un poco después, la conversación derivó hacia Irlanda.

—El irlandés —afirmó con énfasis el coronel— es apenas mejor que un animal.

Pese a que sabía que no había que interpretarlo al pie de la letra, Mercy consideraba aquellos juicios arrogantes e inapropiados. En la mesa nadie sostuvo lo contrario, sin embargo.

—Irlanda necesita que la gobiernen con mano firme —declaró, por su parte, lord Riverdale—. Seguro que todos convenís en ello.

—No cabe duda de que no son

capaces de gobernarse a sí mismos — remachó el coronel—, ni siquiera los irlandeses protestantes.

—Pero existe un Parlamento irlandés ¿no? —preguntó Mercy.

—Así es, señora Master —confirmó lord Riverdale con una sonrisa—, pero la verdad es que nosotros nos aseguramos de que no tenga ningún poder.

Mercy no dijo nada más. Sonrió educadamente y la velada transcurrió sin altercados. Ella salió de allí, empero, con una convicción: había visto el corazón del imperio, y no era de su agrado.

El joven James Master no sabía qué hacer. Quería a sus padres. A comienzos de año había hablado con su padre, pero no con su madre.

Desde su llegada a Londres había cobrado seguridad en sí mismo y también había crecido en estatura. La bonita chaqueta nueva que le había comprado su padre le quedaba ya corta de mangas.

—Me parece que vas a ser más alto que yo —comentó riendo John Master.

No era sorprendente que James se hubiera quedado prendado de Londres. La ciudad era, sin lugar a dudas, la

capital del mundo anglófono. Allí reinaba tanta actividad que el gran doctor Johnson no andaba errado al afirmar que «el hombre que está cansado de Londres está cansado de la vida». En su preceptor, James tenía un guía; en el joven Grey Albion, un hermano y un admirador. Los muchachos ingleses de su edad lo aceptaban como a uno más entre ellos. ¿Qué más podía desear un chico de casi quince años?

Le faltaba algo. Quería ir a Oxford. Aún era demasiado joven, pero gracias a las acertadas enseñanzas de su preceptor estaba realizando grandes progresos en sus estudios.

—No hay razón por la que no vaya a estar preparado para ir a Oxford dentro de unos años —le dijo el preceptor a su padre.

Lo cierto era que a John Master le había entusiasmado la idea.

—Serías mucho mejor alumno de lo que fui yo —confesó abiertamente a James.

Recordando la humillación que había vivido ante sus primos de Londres, John no pudo reprimir una sonrisa. Harvard y Yale eran buenas universidades... pero tener a un hijo que había estudiado en Oxford... ¡aquello sí que sería un tanto con respecto a los

Master de Boston!

También había que tener en cuenta otro aspecto. Él conocía a los integrantes de la asamblea provincial y a los neoyorquinos que tenían acceso al gobernador; y entre ellos era muy elevado el porcentaje de los que habían estudiado en Inglaterra. Una titulación de Oxford podría ser más adelante una baza muy útil para la familia.

Master habló del asunto con Albion y éste se mostró de acuerdo.

—Si James va a Oxford, debería vivir con nosotros en Londres durante las vacaciones —propuso el londinense—. Ya lo consideramos como uno más

de la familia.

Había sólo un problema.

Fue el día de Año Nuevo cuando Mercy dio a John la inesperada noticia.

—John, estoy embarazada.

Después de tantos años, aquello resultó una sorpresa, pero parecía que no había dudas al respecto. Con la noticia, Mercy expresó también una petición.

—Quiero volver a Nueva York, John. Quiero que mi hijo nazca en casa, no en Inglaterra.

Esperó un par de días para sacar a colación la posibilidad de que James fuera a Oxford. Aunque había previsto

que no le gustara la idea, le tomó por sorpresa la consternación que le causó.

—Haz que vaya a Harvard, John, pero no lo dejes aquí, te lo ruego. — Pese a que él le señaló las ventajas que le reportaría, su angustia fue en aumento —. No podría soportar perder a mi hijo en este maldito lugar.

Cuando informó al chico de la postura de su madre, éste no dijo nada, pero se quedó tan apenado que John le recomendó aguardar un par de días más mientras meditaba sobre el asunto.

John Master pasó varios días más rumiando la cuestión. Comprendía lo que sentía Mercy, pues la perspectiva de

estar separado de su hijo cinco mil kilómetros, durante un periodo de varios años, le resultaba tan dolorosa a él como a su madre. Especialmente después del acercamiento que habían vivido en Londres, la ausencia sería peor aún. Por otra parte, James estaba entusiasmado con el proyecto y Master no tenía la menor duda de que Oxford sería beneficioso para él.

Por otro lado, había que tener en cuenta el estado de su madre. Los embarazos siempre eran peligrosos y, en el caso de una mujer que ya no estaba en su primera juventud, el riesgo podía ser aún mayor. ¿Era prudente que él y James

le provocaran una aguda aflicción en ese momento? ¿Y si, Dios no lo quisiera, las cosas fueran mal? Imaginó a Mercy postrada en la cama, reclamando a su hijo, que se encontraba a cinco mil kilómetros de distancia. Imaginó el mudo reproche de Mercy, y la posterior culpa del joven James.

Volvió a abordar el tema con su esposa una vez más, sin presionar. Ella reaccionó con la misma vehemencia que las veces anteriores. No le quedaba pues más que una alternativa posible, concluyó.

—Volverás con nosotros a América —le comunicó a James—. Allí te

quedarás unos cuantos meses, pero pasado ese tiempo, si no has cambiado de idea, volveremos a plantearnos la posibilidad. Mientras tanto, hijo, debes aprovechar la experiencia, poner buena cara y no angustiar a tu madre, porque si te quejas y la haces sufrir —advirtió con gravedad—, dejaré zanjado el asunto de manera definitiva.

Omitió decirle a su hijo que tenía la firme intención de mandarlo de vuelta a Inglaterra en cuestión de un año.

Ya fuera porque James lo intuyó, o simplemente porque quiso hacerle caso, John Master observó complacido que durante las semanas que quedaban antes

de concluir el invierno, James estuvo amable y atento a más no poder. Siguieron disfrutando de una gran dicha en Londres hasta que al final, cuando el tiempo empezó a mejorar en primavera, después de una enternecedora despedida de la familia Albion, se embarcaron para efectuar el largo viaje de regreso hasta Nueva York.

Abigail

❧ 1765 ❧

Muchas naciones habían sucumbido al sueño imperial, pero, a partir de 1760, ninguna persona sensata podía poner en duda el futuro de gloria al que estaba destinada Inglaterra. Poco después del regreso de los Master a Nueva York, llegaron noticias de que el anciano rey había fallecido y que el modesto y concienzudo joven príncipe de Gales había ascendido al trono

convirtiéndose en Jorge III. Cada año llovían nuevas bendiciones sobre su imperio.

En América, los ejércitos británicos habían expulsado a la Francia rival de Canadá. En 1763, en la Paz de París, los franceses renunciaron a todas sus pretensiones sobre las vastas tierras interiores americanas, conservando sólo la modesta ciudad de Nueva Orleans, situada en la pantanosa zona del Misisipí, mientras sus aliados católicos españoles se veían obligados a ceder sus extensos dominios en Florida.

La totalidad de la franja marítima del este de América pertenecía ahora a

Inglaterra, sin tener en cuenta la presencia de los indios, desde luego. En los últimos tiempos, cuando un caudillo de los indios ottawa llamado Pontiac había encabezado una rebelión que hizo cundir el pánico entre los colonos de Massachusetts, el ejército británico, ayudado por los mejores tiradores de la zona, había aplastado a los indios en poco tiempo... lo cual había servido oportunamente para recordar a los colonos la necesidad que tenían de la madre patria. De todas formas, dejando aparte una necesaria firmeza, los británicos creían estar aplicando una sabia y generosa política con los

indígenas. Se trataba de hacer que temieran el poder inglés, pero no de provocarlos. Todavía quedaba tierra de sobra en el este. El avance hacia el oeste podía esperar un par de generaciones. Mientras tanto, no había más que cultivar el enorme jardín de la franja marítima oriental y saborear sus frutos.

El propio Benjamin Franklin se habría mostrado de acuerdo. De hecho, gracias a su infatigable labor de presión, el prudente gobierno británico le había incluso brindado una valiosa arma que utilizar en su gran empresa. A su hijo William Franklin, que aun siendo

titulado en derecho, no poseía experiencia administrativa, le acababan de nombrar gobernador de la colonia de Nueva Jersey.

En cuanto al resto de su extenso imperio y de su rivalidad con Francia, Inglaterra controlaba ahora las fabulosas riquezas de India y la rica isla azucarera de Jamaica. Su marina dominaba todos los océanos. Britannia era señora de los mares.

Tal era el feliz y progresista imperio del bienintencionado y joven rey británico.

No todo el mundo estaba satisfecho, sin embargo.

Según el punto de vista de Charlie White, las cosas iban de mal en peor. Mientras caminaba por la avenida Broadway en un crepúsculo de enero, el gélido viento del norte procedente del río Hudson cortaba el aire como un cuchillo. Las calles estaban cubiertas de una fina capa de nieve helada. Charlie estaba de un humor sombrío.

Era la Noche de Epifanía. Aunque se había hecho el propósito de ofrecerle un regalo a su esposa, no tenía nada. Bueno, casi nada. Un par de mitones que había encontrado a buen precio en el mercado. En eso había tenido suerte,

pero en nada más.

—Quería comprarte un vestido nuevo —le dijo con tristeza—, pero ya me cuesta bastante traer comida a casa.

—No te preocupes, Charlie —le contestó ella—. La intención es lo que cuenta.

La mayoría de los vecinos pasaban las mismas estrecheces. Así estaban las cosas desde que el maldito ejército inglés se había ido.

La guerra había terminado, ése era el problema. Se habían acabado los chaquetas rojas que necesitaban provisiones y los oficiales que querían casas, muebles y criados. Los barcos de

la marina permanecían poco tiempo en el puerto. La ciudad estaba en recesión; el dinero escaseaba. Los comerciantes londinenses enviaban sus excedentes al otro lado del Atlántico para venderlos a precios de ganga en Nueva York, a fin de que los honrados menestrales pudieran ganarse la vida. Lo malo era que los granjeros del mercado, al tener menos clientes a los que vender, subían los precios para compensar.

—Inglaterra utiliza este lugar para luchar contra los franceses —decía a su familia—, pero cuando ya han ganado, nos dejan en la estacada.

Las únicas personas que no sufrían

eran los ricos; ellos vivían en otro mundo. El teatro estaba lleno. Se seguían inaugurando placenteros jardines con nombres londinenses, como Ranelagh. «Londres en Nueva York», los llamaba la gente. Todo discurría a la perfección para los hombres como John Master.

Charlie se había mantenido a distancia de Master desde que éste había regresado de Londres. Estaba enterado de que a James lo habían enviado a Oxford porque aún se mantenía, con amargura, al corriente de todo lo concerniente a la familia. No obstante, si su altanero amigo de la infancia hubiera

acudido a su casa entonces, le habría escupido a la cara.

Las cosas se habían puesto tan difíciles en el hogar de los White que la esposa de Charlie había comenzado a ir a la iglesia. No a la anglicana, por supuesto —ésa era para la gente de la Trinity, pensaba Charlie—; ella prefería los Disidentes. A veces, para contentarla, él la acompañaba incluso a un servicio o una predicación, aunque no tenía ninguna clase de fe.

—A tu madre le ha dado por la religión, hijo —le había dicho a Sam—. Seguro que ha sido la pobreza lo que la ha llevado a eso.

Pero ¿dónde diablos se había metido Sam? Ésa era la razón por la que caminaban por Broadway con aquel frío glacial, para buscar a su hijo favorito. No había aparecido en casa desde mediodía. ¿Qué estaría haciendo?

Charlie abrigaba sus sospechas, desde luego. Sam tenía diecisiete años y Charlie había advertido, no sin orgullo, que su hijo comenzaba a tener éxito con las chicas. La semana anterior lo había visto con una criada muy bonita. El muy granuja debía de estar en algún sitio con ella.

El problema era que estaban en la Noche de Epifanía y la familia

celebraba reunida esa fiesta. Sam debía tener más consideración. Cuando lo encontrara, le iba a decir unas cuantas verdades.

Pasó una hora. Charlie entró en todas las tabernas del West Side, pero nadie había visto a su hijo. Irritado, volvió a casa. Los demás ya estaban allí, esperando para cenar. Comieron pues sin Sam. Su mujer dijo que a ella no le importaba con tal de que su hijo estuviera bien, lo cual era una maldita mentira.

Cuando acabaron, Charlie volvió a salir. Su esposa alegó que no había necesidad y él lo sabía. Pero no podía

quedarse sentado allí. Entonces ya era noche cerrada y el viento era más gélido aún. Entre las nubes deshilachadas del cielo se percibía el tenue y frío brillo de alguna que otra estrella. Las calles estaban casi vacías.

Recorrió Broadway y visitó unas cuantas tabernas, pero fue en vano. Pasó junto a la iglesia Trinity y continuó hacia el sur. Se adentraba en la zona que más detestaba: la de la Corte, como la denominaban por aquel entonces. El antiguo fuerte había pasado a llamarse Fort George. Delante, el pequeño parque de Bowling Green se había convertido en un enclave bien vallado, con

lámparas en cada esquina con objeto de disuadir el merodeo de los vagabundos. La casa del gobernador se encontraba allí. Hasta las tabernas tenían nombres reales.

Las ricas mansiones se erguían a su alrededor en la oscuridad. A sus propietarios —familias como los Livingston, Bayard, Van Cortland, De Lancey o Morris— les importaba bien poco si la ciudad pasaba por momentos de auge o de recesión. Ellos estaban a buen recaudo, envueltos en su seguridad heredada. Charlie giró en dirección este, adentrándose por Beaver Street. Al final llegó a una valla presidida por una

hermosa reja de hierro con lámparas en los remates. Más allá había un amplio sendero adoquinado y unas escaleras que conducían a una gran residencia de estilo clásico. Los postigos estaban aún abiertos y la cálida luz proveniente de las altas ventanas se proyectaba sobre el patio.

Era la casa de John Master, la que había construido poco después de regresar de Londres.

Charlie prosiguió por la punta meridional de Manhattan hasta llegar al East River. En la larga franja de muelles y almacenes reinaba la quietud y los barcos aparecían como meras sombras

en el agua. Después de bordear un momento la orilla, subió por Queen Street. Allí había todavía ventanas iluminadas y tabernas abiertas.

Había recorrido cincuenta metros cuando topó con un bulto en el suelo. Era un hombre negro que permanecía arrebuñado en una manta junto a una pared. Levantando la vista hacia Charlie, tendió sin grandes esperanzas la mano.

—¿Amo?

Charlie lo miró. Aquél era otro fenómeno frecuente en los tiempos que corrían. Por toda la ciudad, enfrentados a la escasez de dinero, los amos con

pocos recursos habían liberado a sus esclavos encargados de las tareas domésticas porque les salía más barato que alimentarlos. Por todas partes se veían aquellos negros libres, que no tenían más alternativa que mendigar o morir de hambre. Charlie le dio un penique. Justo después del muelle de Shemmerhorn, entró en una espaciosa taberna.

Adentro había bastantes clientes, marineros sobre todo. En una mesa advirtió a un carretero al que conocía, un individuo alto y pelirrojo que nunca le había inspirado mucha simpatía. Si se acordara de su nombre, quizá podría

dirigirle la palabra, aunque no tenía muchas ganas. El carretero se levantó, sin embargo, y se encaminó hacia él. Bueno, tampoco había necesidad de ser grosero, de modo que lo saludó con la cabeza.

Lo curioso fue que luego el hombre lo tomó por el brazo. Bill. Así se llamaba.

—Siento lo de vuestro chico, Charlie —dijo.

—¿Mi chico? ¿Os referís a Sam? —Charlie notó que se le helaba la sangre—. ¿Qué le pasa?

—¿No lo sabéis? —inquirió Bill con cara de preocupación—. No está

muerto, Charlie —se apresuró a aclarar—. Nada de eso, pero la patrulla de leva se lo ha llevado, a él y a otra docena más, a última hora de la tarde.

—¿La patrulla de leva?

—Han llegado y se han ido tan deprisa que ha sido cosa de visto y no visto. El barco ya ha zarpado. Vuestro Sam está en la Marina real ahora, al servicio de Su Majestad.

Charlie sintió un fuerte brazo que lo sostenía antes de tomar conciencia de que le flaqueaban las piernas.

—Tomad asiento aquí, Charlie. ¡Dadle ron!

Notó el áspero líquido que le

quemaba la garganta y le aportaba luego calor al estómago, y permaneció sentado lleno de impotencia, al lado del individuo alto y pelirrojo.

Después Charlie White se puso a desgranar maldiciones para sí. Maldijo a la Marina británica que le había robado a su hijo, al Gobierno británico que había arruinado su ciudad; maldijo al gobernador y a la congregación de la Trinity, a John Master y a su gran casa, y a su hijo que estudiaba en Oxford. A todos los mandó al infierno.

Varias semanas después, en un

húmedo día de primavera, Hudson fue a ver a su patrono a la biblioteca de su casa, donde éste intentaba terminar de revisar unos papeles con el estorbo de la niña de cinco años que tenía sentada en el regazo. Su esposa había salido.

—¿Y ahora nos podemos ir, papá?
—preguntó la pequeña.

—Pronto, Abby —prometió John Master.

Hudson se acercó y cogió discretamente a la niña.

—Cuidaré de ella hasta que acabéis
—dijo en voz baja.

Master se lo agradeció con una sonrisa. Con la pequeña colgada del

cuello, Hudson se retiró a la cocina.

—Seguro que encontraremos una galleta, señorita Abby —prometió.

Abigail no puso reparos. Ella y Hudson eran amigos desde que nació. De hecho, fue casi él quien la trajo al mundo.

Desde que John Master lo había rescatado hacía un cuarto de siglo, Hudson había trabajado siempre para la familia. Lo había hecho por voluntad propia. Después de aquella primera noche, Master nunca había puesto en entredicho que era libre, tal como aseguraba él. Lo había empleado con una paga aceptable y Hudson siempre

había tenido la libertad de irse. En cinco ocasiones, cuando lo asedió el deseo de estar en el mar, Hudson se embarcó en uno de los navíos de la familia Master, pero con el paso de los años ya no tenía tantas ganas de recorrer mundo. Cuando la familia se fue a Londres, el patrono no dudó en dejar la casa a su cargo.

Se había casado quince años atrás con una esclava de la casa. Se llamaba Cleopatra, pero considerando poco apropiado ese nombre, Mercy se lo cambió por el de Ruth. Hudson y ella tuvieron una hija y después un hijo. Cuando Hudson le puso por nombre Salomon y Mercy le preguntó por qué

había elegido aquel nombre bíblico, le dijo que era porque el rey Salomon era sabio. Después a su esposa le dio, sin embargo, otra explicación: «Y el viejo Salomon también era rico». Dado que su mujer era una esclava, también lo eran sus hijos. Master le había propuesto, no obstante, corregir la situación.

—Puedes comprármelo a un precio bajo ahora, Hudson, o bien serán míos hasta que cumplan veinticinco años. Después, les daré la libertad a ellos y a su madre.

Puesto que los niños recibían comida y ropa y el patrono se encargaba de que Salomon aprendiera a leer,

escribir y contar, el trato no era malo.

«No es que sea una gran bicoca ser un negro libre en Nueva York —le recordaba Hudson a Ruth—. En todo caso, no lo es hoy en día».

En la ciudad todavía había negros libertos, pero los últimos cincuenta años habían sido duros para ellos. De los viejos tiempos de la dominación holandesa en que los granjeros blancos y sus esclavos negros podían trabajar codo con codo en los campos no quedaba ni siquiera el recuerdo. A medida que crecía el poderoso comercio del azúcar, aumentaba el número de esclavos vendidos en los mercados.

Desde la época en que el abuelo de Hudson era un niño, las Indias Occidentales habían absorbido casi un millón de esclavos, y la totalidad del tráfico de personas se hallaba ahora en manos de los británicos. Con aquella vasta disponibilidad, el precio unitario de un esclavo había bajado mucho. La mayoría de los comerciantes y artesanos de la ciudad podían permitirse ir a Wall Street, al mercado situado junto al río, para comprar uno o dos esclavos para uso doméstico. Los granjeros acudían desde el condado de Kings con el transbordador de Brooklyn para comprar mano de obra para sus campos.

El porcentaje de esclavos en relación con el total de la población era más elevado en la región de Nueva York que en cualquier otra zona situada al norte de Virginia.

Si todas aquellas personas negras eran bienes muebles, debía de ser —y en eso coincidía prácticamente todo el mundo por aquel entonces— porque Dios los había creado inferiores. Y si así era, entonces lo más razonable era que no fueran libres. La gente no había olvidado, además, los disturbios provocados por los negros, como los incendios de 1741. Los negros eran peligrosos.

Tal como estaban las cosas, a Hudson no le importaba que la gente pensara que era el esclavo de John Master.

—Al menos así nadie me busca complicaciones —argüía.

Lo único que podía hacer era considerarse afortunado y esperar que un día los tiempos cambiaran.

Él había dirigido sin contratiempos los asuntos de la casa para el anciano Dirk Master mientras John y Mercy se encontraban en Inglaterra. Hudson y el padre de John siempre se habían llevado bien, y en la carta que el primero envió a Londres colmó de alabanzas a Hudson.

Pero si éste hubiera enviado un informe sobre Dirk Master no habría sido tan elogioso, sin embargo. El problema era la joven señorita Susan.

Susan no sólo se había convertido en una hermosa muchacha; también era una persona sensata y práctica, que sabía lo que quería.

—Al menos por ella no me tengo que preocupar —comentaba su abuelo a Hudson.

Hudson, en cambio, no estaba tan seguro. Cuando el joven señor Meadows comenzó a cortejarla, resultó evidente que a Susan le interesaba como partido. Era un joven apuesto, de expresión

firme, poseedor de un espléndido caballo y heredero de una de las mejores granjas del ducado de Dutchess. En resumen, pese a que ella era aún muy joven, tenía al alcance justo lo que quería.

Todo estaba bien siempre y cuando las cosas no fueran demasiado lejos antes de que se casaran. Y ahí estaba el peligro. En más de una ocasión, los dos jóvenes se habían quedado solos en la casa durante demasiado tiempo.

—Dile que tenga cuidado —le pidió Hudson a su esposa.

Él mismo había reunido el valor para advertir cortésmente al viejo Dirk

que los jóvenes pasaban mucho tiempo juntos sin que nadie los vigilara.

—Si ella se encontrara en un aprieto y el joven señor Meadows cambiara de intenciones... —se lamentaba ante Ruth.

—Seguro que los Master lo obligarían a casarse con ella —lo tranquilizaba Ruth.

—Puede que sí —reconocía—, pero no quedaría nada bien.

De nuevo trató de poner en guardia al abuelo.

El viejo Dirk Master no quiso preocuparse, no obstante. Estaba disfrutando de su estancia en Nueva York con una muy liviana carga en lo

concerniente a los negocios y no parecía dispuesto a permitir que nada perturbara su paz de espíritu. En realidad, la alegre expresión y el sensato carácter de Susan parecían indicar que la aprensión de Hudson era infundada. En cualquier caso, cuando su hijo Salomon llegó corriendo a la casa una mañana de verano, para decirle que los Master habían regresado y que debía ir de inmediato al puerto, Hudson sintió un enorme alivio.

A este sentimiento lo sucedió, casi al instante, el pánico, porque cuando llegó al muelle con la carreta encontró a Mercy casi a punto de dar a luz. Entre el

patrono y él la subieron a la carreta mientras Salomon se iba corriendo en busca del médico y de la comadrona. Una vez en la casa, la subieron hasta su dormitorio, sin saber si el parto se produciría en las propias escaleras.

¡Qué día más ajetreado fue aquél!
¡Pero qué bendición trajo! Dos horas después nació la pequeña Abigail.

Hudson quería a Abigail. Todo el mundo la quería. Tenía unos preciosos rizos castaños y ojos de color avellana. Era algo regordeta. Cuando tenía meses apenas lloraba, y a pesar de su corta edad parecía sentir afecto por cuantos la rodeaban.

—Es la niña más dulce que he conocido —comentaba Hudson a Ruth. Era todo sonrisas y jugaba con ella siempre que podía como si fuera su propia hija.

La presencia de Abigail había compensado asimismo a Mercy por la marcha de sus otros hijos. Ese mismo año, Susan se había casado. Al verano siguiente, James había recibido autorización para volver a Inglaterra a fin de que se preparara para su ingreso en Oxford.

—Pero Abigail está aquí para mantenernos jóvenes a todos —comentaba Master a Hudson con una

sonrisa.

Ese día, Hudson la mantuvo entretenida casi una hora en la cocina, hasta que su padre acabó el trabajo.

Mirando las dos cartas que tenía delante, John Master lanzó un suspiro. Aunque sabía que había obrado bien dejando regresar a James a Inglaterra, le echaba de menos y deseaba verlo de vuelta.

La primera misiva era del capitán Rivers, con quien había mantenido contacto desde que se conocieron en Inglaterra. Tal como había prometido,

Rivers había visitado Nueva York, donde había pasado una agradable semana. Después había ido a Carolina y se había casado con la viuda rica. Ya tenían dos hijos. Al capitán le había ido muy bien con su plantación, y Master sabía que disponía de un buen crédito con Albion. Según le contaba Rivers, muchos de sus vecinos se quejaban, sin embargo, de sus acreedores ingleses. Habían vivido a lo grande durante años, comprando toda clase de artículos a crédito que los comerciantes londinenses les concedían de buena gana. «Ahora que la situación ha empeorado —le escribía—, no pueden

pagar»).

Rivers, que al menos tenía la sensatez de vivir de acuerdo con sus posibilidades, también le describió el viaje que realizó a Virginia. Se había alojado en casa de George Washington, ex oficial del Ejército británico, que poseía una extensa propiedad allí. También Washington tenía motivos de queja con respecto a la madre patria. «Le contrarían las restricciones comerciales del gobierno, sobre todo las aplicadas al comercio del hierro, de donde proviene la cuantiosa fortuna de su esposa», escribía Rivers. Su descontento era mayor en lo relativo a la

frontera del oeste. Tras sus años de servicio en el Ejército, Washington había recibido como recompensa unas tierras situadas en territorio indio. Ahora, deseoso de mantener la paz con los nativos, el ministerio de Londres le había comunicado que no podía reclamar las tierras y echar de ellas a los indios. «He conocido a muchos virginianos que se hallan en la misma situación —explicaba Rivers—. Esperaban hacer fortuna con esas concesiones de tierra y ahora están furiosos... aunque Washington les aconseja paciencia».

Desde un punto de vista global,

Master consideraba que la postura británica era acertada. En el este había aún mucha tierra disponible. Cada año, de la madre patria llegaban miles de familias inglesas, escocesas e irlandesas en busca de tierra barata, y la encontraban. Washington y sus amigos tendrían que ser pacientes, en efecto.

La otra carta sí le produjo inquietud, en cambio. Era de Albion.

Comenzaba con tono animado, contando que James estaba contento en Oxford, que estaba muy alto y apuesto y que el joven Grey Albion lo miraba como a un héroe. En Londres, un individuo llamado Wilkes había escrito

artículos en contra del gobierno y lo habían encarcelado por ello. La detención había provocado una indignación generalizada en la ciudad, hasta el punto de que ahora Wilkes era un héroe nacional. Recordando el juicio de Zenger que había tenido lugar en su juventud, Master se alegró de que los buenos ingleses defendieran la libertad de expresión.

A continuación Albion pasó a exponer el tema principal de su carta.

La situación financiera británica era desastrosa. Los años sucesivos de guerra habían procurado un gran imperio, pero también una deuda

monstruosa. El crédito era muy restringido. El gobierno procuraba aplicar impuestos donde podía, pero los ingleses eran ya el país de Europa que más impuestos pagaba. La reciente tentativa de imponer una tasa sobre la sidra en la zona occidental del país había causado disturbios. Además, después de vivir con la promesa de un descenso de los elevados impuestos que gravaban la tierra durante el periodo de guerra, los miembros del Parlamento exigían pagar menos y no más.

A Inglaterra le salía muy cara América. La revuelta de Pontiac había demostrado que las colonias todavía

exigían el costoso mantenimiento de guarniciones destinadas a la defensa. La cuestión era quién las iba a pagar.

«No es de extrañar pues —proseguía Albion— que el ministerio reclame a las colonias americanas, que hasta ahora no han pagado casi nada, que contribuyan a costear su propia defensa. El nuevo impuesto sobre el azúcar aplicado el año pasado sólo cubre una octava parte de lo que se precisa».

Master sacudió la cabeza. La Ley del Azúcar del año anterior había sido una mezcolanza mal redactada de irritantes reglamentos que había enfurecido a los neoyorquinos. No

obstante, era una tradición que el gobierno gravara con tasas el comercio, de modo que sus previsiones eran que las quejas cesarían pronto.

«Por eso se ha propuesto — continuaba Albion— que el impuesto sobre los sellos, que como sabéis aquí pagamos todos, se amplíe también a las colonias».

Una ley de Papel Sellado no sería una tasa sobre el comercio, sino un impuesto. Se trataba de algo bastante simple: todo documento legal, todo contrato comercial y todo papel impreso en Inglaterra exigían el pago de una cantidad al gobierno. No eran grandes

sumas, pero de todas maneras era un impuesto.

Si había un principio que todo inglés comprendía era que el Rey no podía imponer impuestos al pueblo sin su consentimiento. Y el caso era que nadie había consultado a las colonias.

—Tampoco ha sido muy inteligente por parte de los ministros del Rey — señaló John a su esposa— elegir un tipo de impuesto que parecería calculado para suscitar la irritación de los comerciantes, abogados e impresores que dirigen este lugar.

Cuando los primeros rumores de aquella propuesta llegaron a América,

se enviaron a Londres cientos de quejas y peticiones. En Nueva York, el alcalde Cruger anunció que el consejo municipal no podía permitirse proveer la cantidad habitual de leña para los cuarteles de las tropas inglesas.

—Que se congelen —le había dicho con regocijo a Master—. Eso les dará que pensar.

Los colonos moderados como John Master convenían en que había que recaudar dinero de algún modo. «Pero hay que dejar que sean nuestros propios representantes, las asambleas de cada colonia, quienes decidan de qué manera», opinaban. Benjamin Franklin

creía que las colonias debían reunirse en un congreso para encontrar una solución común. En Londres, el gobierno anunció entonces que tardarían un año en tomar una resolución sobre el asunto, con lo cual Master dedujo que allí se acabarían las cosas. La carta de Albion indicaba, no obstante, lo contrario:

«Me suscita inquietud que en vuestra última carta me hablarais de las consultas que tienen lugar entre las colonias y el ministerio. Lo cierto es que el Rey ha puesto el asunto en manos del primer ministro, Grenville, y pese a que es un hombre honesto y concienzudo, es de carácter impaciente y más bien

obstinado. Por ello quisiera advertiros que sé de buena tinta que Grenville no tiene intención de esperar a que las colonias propongan algo. La Ley del Papel Sellado estará aprobada por Pascua».

«Eso sería lo mismo que poner el lobo en el redil», pensó sombríamente John Master. No obstante, tras releer la carta y ponderar sus repercusiones, resolvió que no podía hacer otra cosa más que llevar a pasear a su hija, tal como le había prometido. Así, seguiría meditando sobre la cuestión mientras caminaba.

Después de encontrarla en la cocina

con Hudson, le indicó que se pusiera el abrigo. Entonces ella le pidió con gran dulzura si Hudson podía acompañarlos.

—Por supuesto, Abby —respondió—. Le sentará bien hacer ejercicio.

Hudson se alegró de poder salir. Pese a que hacía un viento húmedo, el sol resplandecía cuando llegaron a Broadway. Él había supuesto que irían al Bowling Green para que jugara Abigail, pero ese día la niña dijo que quería caminar. Hudson se mantenía un poco rezagado. Le agradaba observar al alto y apuesto señor que llevaba de la

mano a la pequeña y a la gente que sonreía al saludarlos. Abigail vestía una capita gris y un sombrero puntiagudo que le habían regalado, a la antigua usanza holandesa, del que estaba muy orgullosa. Master llevaba una chaqueta marrón de punto, de buen corte pero sencilla.

John Master se vestía con austeridad en los últimos tiempos, y Hudson sabía que lo hacía a propósito. Unos meses atrás les habían llegado noticias de la existencia de un nuevo grupo de petimetres londinenses que se llamaban a sí mismos *macaroni*. Habían tomado la costumbre de exhibirse por la zona

del West End, y sus extravagantes sombreros de plumas y enjoyados sables habían causado escándalo.

—Puesto que todas las modas de Londres llegan a Nueva York con el siguiente barco, más vale que obremos con cuidado —avisó John a sus amigos. Dada la situación de apuro de la mayoría de neoyorquinos, aquella ridícula ostentación sólo podía interpretarse como una ofensa—. No permitáis que nadie de vuestra familia se vista como un *macaroni* —los urgió—. No es el momento apropiado.

John Master formaba parte de un grupo que había tomado la iniciativa de

promover la manufactura de ropa y telas en la ciudad. Hacía meses que, en lugar de las lujosas prendas y brillantes chalecos de seda que tanto le gustaban, siempre se ponía ropa de buena fabricación artesanal americana cuando salía.

Al llegar a la iglesia Trinity tenía pensado regresar, pero la pequeña Abigail quiso continuar. «Tendré que llevarla a costas de vuelta», previó Hudson con una sonrisa. Se estaban adentrando en la zona más pobre de la ciudad, próxima al terreno comunal. Como tenía dudas de si sería prudente seguir por allí, Hudson optó por caminar

junto a ellos. Un poco más allá estaba la taberna de Montayne.

En la calle, junto a la puerta de la taberna, había un corro de individuos bebiendo. Al ver aquella multitud de marineros, peones y menestrales, Abigail miró a Hudson con aprensión.

—No os harán daño —le aseguró él, sonriendo.

—De joven yo iba mucho a sitios como éste —señaló alegremente Master. Al pasar delante de la puerta, vio una cara conocida—. ¡Vaya, si es Charlie White! —exclamó. Luego cogió a Abby de la mano y le dijo—: Ven, Abby, conocerás a un viejo amigo mío.

¡Charlie! —llamó, atravesando la calle.

Hudson se encontraba a unos cinco metros cuando observó lo que ocurrió a continuación.

Charlie White se volvió y se quedó mirando.

—Charlie, ¿no te habrás olvidado de mí?

Charlie siguió con su mutismo.

—Ésta mi hija menor, Abigail. Dile qué tal a mi amigo el señor White, Abby.

Charlie apenas si dedicó una ojeada a Abigail. Después, con gesto deliberado, escupió en el suelo delante de Master. Hudson vio como éste se ruborizaba mientras Charlie se volvía

hacia los clientes congregados delante de la taberna.

—Éste es el señor Master —vociferó—, vecino del gobernador. Tiene un hijo en Inglaterra, en la Universidad de Oxford. ¿Qué os parece?

Los hombres lanzaron torvas miradas a Master. Uno emitió un desagradable ruido. Hudson se puso tenso.

—¿A qué viene esto, Charlie?! —gritó Master.

Charlie fingió no haber oído la pregunta. Luego, de repente, se giró hacia Master con la cara desfigurada de odio.

—Yo no soy amigo tuyo, falso inglés. Lárgate de aquí. —Miró a Abigail, tocada con su puntiagudo sombrero—. Y llévate a tu pequeña bruja contigo.

Abigail los miró, asombrada, con los ojos muy abiertos, hasta que se puso a llorar. Entonces Hudson se dispuso a acercarse.

Justo entonces, Master se encogió de hombros y con expresión de asco, giró sobre sí. Al cabo de un momento caminaban con paso rápido por Broadway. Hudson tomó a Abby en brazos y dejó que se le agarrara al cuello. Master se mantenía callado, con

expresión impasible.

—¿Quién era ese hombre malo? —
susurró Abby a Hudson.

—No pienses en él —le respondió
en voz baja—. Está un poco loco.

La cólera de John Master se prolongó varios días después de aquella humillación. De no haber sido tan numerosos los amigos de Charlie, que podrían haber intervenido, y también por la presencia de su hija, seguramente habría propinado un golpe a su antiguo amigo. Lo cierto fue que su hijita se había asustado y que él había sufrido un

atentado a su dignidad.

Por otra parte, estaba desconcertado. ¿Por qué lo odiaba tanto su amigo de antaño? ¿A qué venía la rabia de Charlie? Durante las dos semanas siguientes se planteó más de una vez ir a aclarar las cosas con Charlie. De haberlo hecho, quizás habría descubierto la verdad. Se lo impidió, no obstante, su orgullo herido y el sentimiento, avalado por la experiencia, de que más valía no buscarse complicaciones.

En cualquier caso, estaba claro que el ambiente en la ciudad era peor de lo que había supuesto. Le habían causado una fuerte impresión las caras de los

individuos que acompañaban a Charlie en la taberna y las ponzoñosas miradas que le asestaron. Sabía, por supuesto, que las personas como Charlie no sentían afecto por los ricos anglicanos parroquianos de la Trinity, sobre todo en tiempos difíciles. Comprendía que despreciaran a los gobernadores reales corruptos, porque también los despreciaba él. Pero que Charlie lo hubiera llamado inglés, cargando de tanto odio la palabra, le había dejado perplejo. Al fin y al cabo, según su punto de vista, tanto Charlie como él eran colonos ingleses en igual medida.

Para él siempre había sido un

motivo de orgullo conocer a personas como Charlie. ¿Acaso habría incurrido, durante los años transcurridos desde su regreso de Londres, en una pérdida de contacto con las calles de la ciudad? Reconociendo que quizás así era, resolvió poner remedio a ese distanciamiento. Durante las semanas siguientes dedicó más tiempo a hablar con los empleados del almacén. En el mercado charlaba con los vendedores, entraba en las tabernas próximas a su casa y escuchaba las conversaciones de la gente. No tardó en comprobar que el malestar estaba más extendido de lo que había creído. Todo el mundo parecía

descontento. Al gobernador se le achacaba todo cuanto iba mal, y también al gobierno de Londres.

Por ello sintió una gran preocupación cuando a finales de primavera llegó la noticia de que se había aprobado la Ley del Papel Sellado.

Aun así, le sorprendió el grado de virulencia de las protestas. En Virginia, un joven abogado llamado Patrick Henry soliviantó a la asamblea tachando al rey Jorge de tirano.

—Ahora ya lo sabemos, John —le dijo, enfurecido, a Master un concejal que encontró en la calle—. Esos

malditos tipos de Londres pretenden tenernos como esclavos.

Parecía que entre las clases populares la medida había provocado una ira comparable, lo cual era en cierto modo extraño, en opinión de Master. Aun siendo verdad que los periódicos y almanaques estarían sujetos a la tasa, su cálculo era que serían las personas de su propio medio quienes pagarían más por el impuesto de pólizas. Éste era, al parecer, un símbolo: una imposición de Londres, aplicada sin su consentimiento, prueba palpable de que el Gobierno británico creía poder tratar a las colonias a su antojo.

Estaba previsto que la ley comenzara a aplicarse a principios de noviembre. Mientras tanto, de Inglaterra se enviaban remesas de papel provisto del sello oficial.

Los neoyorquinos no eran los únicos en experimentar enojo. En Boston, por lo visto, una multitud furiosa había quemado la casa distribuidora de papel sellado. Aquellos establecimientos fueron asimismo objeto de amenazas en Rhode Island y Connecticut. El distribuidor de Nueva York no esperó a que empezaran los problemas: abandonó simplemente su puesto.

Nueva York contaba con un

gobernador en funciones en aquel momento, Cadwallader Colden, un antiguo médico escocés propietario de una granja en Long Island. Años atrás, sus investigaciones en el campo de la fiebre amarilla habían ayudado a aplicar las primeras medidas sanitarias en la ciudad, pero para entonces nadie se lo tenía en cuenta. Una muchedumbre airada se concentró para protestar frente a su residencia. Pese a que ya tenía setenta y siete años, Colden reaccionó como un duro escocés. Mandó traer soldados de la zona norte y añadió cañones a Fort George. Con aquello no logró acallar las protestas, sin embargo.

Un día, Master divisó a Charlie, que encabezaba un grupo de encolerizados individuos en las proximidades del puerto. Recordando las irritadas palabras que le había dispensado, optó por la prudencia.

—Que Abby no salga a la calle —dijo a Mercy—. Me temo que va a haber alborotos.

Esa tarde, John Master congregó a todos los ocupantes de su casa. Aparte de Mercy y Abigail estaban Hudson y Ruth, por supuesto. Hannah, la hija de ambos, era una niña tranquila que colaboraba en las tareas domésticas con su madre. El pequeño Salomon tenía un

carácter muy distinto. Era un chiquillo vivaracho a quien le encantaba que Master le encargara recados y le diera una parte de lo recaudado. El servicio se completaba con otros tres criados a sueldo.

Con calma, Master les explicó que quería que todos obraran con prudencia mientras hubiera disturbios en las calles, que se quedaran en casa los días venideros y que no salieran sin permiso. Más tarde, Hudson fue a preguntarle si podía salir para ver si averiguaba algo más, a lo cual accedió su patrono. Hudson regresó al anochecer.

—No bien oscurezca, creo que lo

mejor será cerrar los postigos y echar el cerrojo a las puertas —aconsejó.

Esa noche, en el sótano, los dos realizaron el recuento de los medios de defensa con que contaban en la casa. Master tenía dos escopetas de perdigones, un fusil y tres pistolas; disponía además de pólvora seca y municiones. Hacía mucho, no obstante, que nadie había disparado con aquellas armas, de modo que pasaron un buen rato limpiándolas y engrasándolas mientras hacían votos para que no las tuvieran que usar.

De la asamblea provincial llegó un rayo de esperanza. Todavía había

personas sensatas al frente de la colonia. Para Master fue un alivio cuando uno de los miembros de dicho cuerpo representativo le anunció a finales de verano que habían acordado celebrar un congreso de todas las colonias juntas en Nueva York.

El congreso tuvo lugar en octubre. Veintisiete hombres provenientes de nueve de las colonias, alojados en diferentes aposentos de la ciudad, se reunieron durante dos semanas. John los veía en la calle todos los días; parecían personas serias. Al final presentaron

unas conclusiones que, aunque formuladas con medidas palabras, eran inequívocas. En sus peticiones dirigidas al Parlamento y al propio Rey, declaraban: «La Ley de Pólizas va en contra de la Constitución británica».

John Master se había equivocado, no obstante, en sus expectativas de que aquello fuera a calmar los ánimos. Muchos de los comerciantes seguían insatisfechos y las personas como Charlie White mantenían las ganas de pelea. Fue una mala coincidencia que el mismo día en que terminó el congreso llegara al puerto un barco cargado con las dos primeras toneladas de papel

sellado que debía utilizarse en aplicación de la ley. El viejo gobernador Colden tuvo el acierto de esconder el cargamento en el fuerte aprovechando la noche, pero aquello no solucionó el problema. La muchedumbre se arremolinaba a su alrededor, se imprimían panfletos de amenaza y por toda la ciudad se colgaban banderas a media asta. Faltaba sólo una semana para que la ley entrara en vigor y sólo Dios sabía lo que iba a ocurrir cuando empezara a usarse el papel timbrado.

A finales de mes, Master asistió a un encuentro de los doscientos comerciantes más influyentes de la

ciudad. Algunos, como él, aconsejaron paciencia, pero el clima general era contrario.

—Han llegado a un acuerdo de no importación —informó a Mercy al llegar a casa—. Nos negaremos a importar más mercancías de Inglaterra. Es una medida inteligente, desde luego, porque afectará a los negociantes de Londres como Albion, que a su vez presionarán al Parlamento. De todas maneras, preferiría no haber llegado a esto.

La última noche del mes de octubre fue a contemplar bajo las estrellas la ciudad al borde del agua. En la punta de Manhattan, la negra y achaparrada mole

de Fort George, armado ahora con noventa cañones, custodiaba en silencio los papeles timbrados llegados de Inglaterra. Al día siguiente debía iniciarse su distribución. Al cabo de cinco días se celebraría el Cinco de Noviembre, el día del Papa, con sus consabidas hogueras sin duda. Pero, hasta entonces, se preguntó, ¿qué conflagración de mayor envergadura podría estar a punto de engullir la ciudad?

El día amaneció despejado. Una tenue y fría brisa barría el puerto

mientras caminaba hacia el Bowling Green. Todo estaba tranquilo. Regresó a casa, desayunó con Mercy y Abigail y después se concentró en sus negocios durante varias horas. A mediodía volvió a salir. Había gente en la calle, pero no se percibían indicios de disturbios. Se encaminó al puerto. Por fortuna, al menos no se sabía que el gobernador Colden hubiera tratado de distribuir el papel timbrado. Volvió a casa y se puso a trabajar de nuevo.

Tenía mucho que hacer. El acuerdo de no importación iba a acarrear un impacto negativo en sus negocios con Londres, por supuesto, pero también le

abría nuevas perspectivas. Como todo comerciante sensato, Master había trazado una lista de las mercancías que ya no se podían obtener en Nueva York. ¿Cuáles se podían manufacturar allí mismo?, se planteaba. ¿Con qué se podían sustituir? ¿Qué había que hacer, entre tanto, con la línea de crédito que mantenía para él Albion en Londres? A media tarde, Hudson acudió a interesarse por si necesitaba algo. Master encargó té y pidió a Hudson que enviara al chico a ver si sucedía algo anormal en la ciudad. Después volvió a abstraerse en el trabajo. No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando

Hudson volvió a entrar en la habitación.

—Salomon ha vuelto, amo. Dice que ocurre algo en el terreno comunal.

Master se dirigió a toda prisa a Broadway. La tarde de noviembre llegaba casi a su ocaso. Con la mano derecha sostenía el bastón con contera de plata. Después de dejar atrás la iglesia de la Trinidad, divisó la taberna de Montayne y también el terreno comunal. No siguió adelante, sin embargo.

La multitud que discurría en tropel hacia él debía de estar formada por más de dos mil personas. A juzgar por su aspecto, casi todas eran pobres:

menestrales, marineros, esclavos libertos y peones. En medio de la procesión advirtió una gran carreta semejante a una carroza de carnaval. Se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Era difícil calibrar el clima imperante entre ellos. Parecían más exaltados que coléricos, pensó. Muchos reían y bromeaban. La carroza de carnaval en sí era, a su manera, una obra de arte.

Anticipándose al Día del Papa habían construido un espléndido remedo de patíbulo, pero en lugar del Papa habían efectuado una lograda reproducción del gobernador Colden,

acompañado por otro diabólico muñeco. El gobernador sostenía un gran manojo de papeles y también un tambor. Sin poder evitarlo, John reconoció que la cosa tenía su lado cómico. Seguramente tenían intención de quemar al gobernador en lugar de al Papa ese año. Quedaba por saber, con todo, qué más se proponían hacer. Sumándose a la masa de espectadores que acompañaban al cortejo, siguió por la avenida Broadway y se mantuvo a la altura de la carroza.

Había recorrido casi medio kilómetro cuando oyó el clamor. Provenía de una calle lateral y cada vez era más intenso. Algo se acercaba, pero

no alcanzaba a ver qué.

En el espantoso gentío que de repente desembocó en Broadway debía de haber varios centenares de personas. También ellos llevaban una efigie, pero de otro tipo. Tambaleándose peligrosamente encima de una pila de madera, el muñeco del gobernador presentaba un aspecto grotesco y recordaba más a un pirata que a un papa. Profiriendo gritos y alaridos a la usanza india, como un arroyo en crecida vertido en un río, aquella segunda procesión se estrelló contra la otra, provocando un gran remolino. La primera carroza se bamboleó como un navío después de una

embestida, pero terminó enderezándose.

Muchos de los recién llegados llevaban linternas y antorchas. Algunos empuñaban palos. Fuera lo que fuese que tenían pensado hacer, no parecía que se anduviesen por las ramas. Entonces, con la presión de aquella avalancha, la procesión adquirió tal velocidad que, aun con sus largas piernas, John Master hubo de esforzarse para mantener el ritmo.

Cuando las dos efigies del anciano gobernador pasaron casi juntas al lado de la Trinity, tuvo ocasión de observar el segundo carro, y advirtió horrorizado que no se trataba de una carreta normal.

La leña en la que se asentaba el muñeco reposaba ni más ni menos que encima del carruaje del gobernador. Sabría Dios cómo habrían logrado robarlo. Entonces vio que alguien se subía al carruaje. Aquella persona, que agitaba un sombrero y se desgañitaba gritando a la multitud no era otra que Charlie White. En ese punto ya no le cupo duda de adónde se dirigían. Al llegar al extremo meridional de Broadway se encaminaron directamente hacia el fuerte.

Master los observó desde el borde del Bowling Green. Empuñando antorchas que destacaban con la

creciente oscuridad, lanzaban improperios contra el gobernador. Vio que un grupo se destacaba para ir a clavar un mensaje en la recia puerta del fuerte. Después, como una marea, la multitud rodeó el recinto y comenzó a arrojar contra sus muros palos, piedras y cuanto tenían a mano, retando al gobernador a usar sus cañones.

«Si los soldados disparan ahora — pensó Master—, quemarán el fuerte». La guarnición mantuvo, sin embargo, un discreto silencio detrás de las resistentes paredes.

La muchedumbre estaba sedienta de acción, de modo que fueron a buscarla a

otra parte. Con gritos y alaridos, un nutrido grupo se llevó las dos efigies hacia el Bowling Green, a éste siguió otro que acarreó balas de paja, y al cabo de un momento se alzaron las llamas. Estaban incendiando los muñecos, quemando las carrozas, incluido el carruaje del gobernador. Olvidando casi el peligro, se quedó contemplando las hogueras con la fascinación de un niño. Hasta que oyó una voz susurrante a su lado.

—¿Qué, disfrutando de la hoguera?
—Era Charlie. Su cara relucía reflejando la luz del fuego, desencajada con una amenazadora mueca—. Después

del fuerte, iremos a por vosotros.

Master estaba tan horrorizado que se quedó sin habla un momento.

—Pero Charlie...

Cuando logró articular aquellas palabras era demasiado tarde. Charlie se había ido ya.

Al llegar a casa, comprobó con alivio que todos los postigos estaban cerrados. Una vez adentro, indicó a Hudson que echara el cerrojo a las puertas. Todos sabían lo que ocurría en el cercano fuerte y Mercy lo miraba con inquietud.

—Tengo las armas preparadas, amo
—le susurró Hudson.

—No, son demasiados —murmuró él—. Más vale no provocarlos. Pero si vienen, tú y Salomon llevaos a todas las mujeres al sótano.

El peor momento fue cuando, mirándolo con los ojos muy abiertos, Abigail le hizo una pregunta.

—¿Es el hombre malo que te odia que viene a matarnos?

—De ninguna manera, hija —le aseguró, sonriendo—. Ahora vamos todos al salón y te leeré un cuento.

Acompañados de Mercy, de la esposa de Hudson y del resto de la servidumbre, se instalaron en el salón. John les leyó en voz alta los cuentos

infantiles preferidos de Abigail. Hudson y el joven Salomon vigilaban, con todo, la calle desde las ventanas de arriba.

Transcurrió una hora, y luego más tiempo aún. De vez en cuando oían un clamor llegado del lado del fuerte, pero no parecía que la multitud se trasladara hacia allí. Al final, Hudson bajó a informarlos.

—Parece que se alejan. Podría ir a echar un vistazo.

Master no sabía si debía permitírselo.

—No quiero que te ocurra nada — objetó.

—Esta noche no van a por los

negros, amo —adujo Hudson.

Al cabo de un momento salió a la calle.

No volvió hasta al cabo de una hora, y la noticia que trajo no era buena. Después de quemar las efigies del gobernador, la turba había retrocedido por Broadway hasta la residencia del mayor James, el comandante inglés de artillería del fuerte.

—Se han llevado todo lo que había en su casa: la porcelana, los muebles, los libros... Han destrozado lo que han podido y quemado el resto. Nunca había visto tamaña destrucción.

Las cosas se calmaron a lo largo de

los días siguientes. El viejo Colden mandó trasladar las reservas de papel sellado al ayuntamiento y no se movieron de allí. Antes de Navidad se constituyó una nueva fuerza, sin embargo. Sus cabecillas eran heterogéneos. Según el análisis de Master, por una parte estaban los alborotadores del estilo de Charlie y otro personaje que, según sabía de buena tinta, había estado en la cárcel. Por otro lado, había gente más valiosa. Dos de aquellas personas, Sears y McDougall, se habían abierto camino en el comercio de bienes producidos por las expediciones corsarias superando

una situación de pobreza. Pese a su modesta fortuna, todavía mantenían un estrecho vínculo con sus orígenes que les permitía arrastrar a las multitudes. Habían instalado su cuartel general en la taberna de Montayne, y hasta tenían un programa: «Primero formaremos una unión con el resto de las colonias. Después mandaremos al infierno a Londres. ¡Nosotros mismos revocaremos la Ley del Papel Sellado!». Disponían además de un atractivo nombre para su movimiento: los Hijos de la Libertad.

Los Chicos de la Libertad, los llamaba John Master. A veces

empleaban la razón y otras, aplicaban la fuerza. Una noche en que John y Mercy habían ido al teatro, una multitud de Chicos de la Libertad llegó y destruyó el recinto. Se fueron dándole al estupefacto dueño la explicación de que no debían divertirse mientras el resto de la ciudad pasaba penalidades. En otras ocasiones patrullaban los muelles para cerciorarse de que nadie recibía mercancías de Inglaterra.

Escandalizada por los disturbios, la asamblea provincial votó la entrega de una generosa compensación al mayor James por la destrucción de su propiedad e hizo lo posible por

controlar las turbas. Pese a que la asamblea estaba dividida en dos facciones principales, los líderes de una y de otra, Livingston y De Lancey, eran ambos ricos caballeros amigos de John Master.

—Debemos impedir que esos Chicos de la Libertad se nos vayan de las manos —repetían los dos.

No era una tarea fácil, sin embargo.

Master vio una luz de esperanza en la carta de Albion. El comerciante inglés le contaba que en Londres habían sustituido al obstinado Grenville por un nuevo ministro, lord Rockingham, que tenía una actitud más comprensiva con

las colonias y quería revocar la Ley del Papel Sellado. Otras personalidades compartían su postura.

«Pero están tan preocupados por los radicales y los disturbios que también se producen aquí en Londres, que temen hacer concesiones que pueden interpretarse como un signo de debilidad. Habrá que armarse de paciencia, pues».

«A ver quién prueba a aconsejar paciencia a los Chicos de la Libertad», pensó John.

Tuvo que esperar otras seis semanas hasta que por fin llegó un barco con la noticia: el Parlamento había revocado la

ley.

En la ciudad estalló el júbilo. Los Hijos de la Libertad lo consideraron un triunfo. La asamblea votó la erección de una espléndida estatua del rey Jorge en el Bowling Green. Los negociantes se felicitaron de poder reanudar su actividad comercial. Master estaba sorprendido de la rapidez con que podía cambiar el clima en la ciudad.

No obstante, pese a que se alegraba por aquellas novedades, John Master no pudo abandonarse al alborozo. Y es que en el mismo barco había llegado otra carta. Era de James.

Querido padre:

Pronto concluiré mis estudios en Oxford. Conviene por ello plantearse qué voy a hacer después. El señor Albion me ha sugerido que, si así lo deseo y tú das tu consentimiento, podría aprender algo de los negocios trabajando un tiempo para él. Como ya sabes, él comercia no sólo con las colonias americanas, sino también con la India y otras partes del Imperio. Aunque ansío volver al seno de mi familia y estar con vosotros de nuevo, también pienso que saldríamos ganando si me quedara una temporada

aquí. Mientras tanto, podría alojarme en casa del señor Albion. Claro que, en esto y en todo me dejaré guiar por vuestros deseos.

Vuestro obediente hijo,

James

Después de leerla a solas en su despacho, Master tardó varios días en hablar de ella con su esposa. Primero quería pensar.

Una tarde en que acababa de releer la carta, casi una semana después, entró en el salón donde se encontraban su

querida Mercy y la pequeña Abigail. Se quedó mirándolas con aire pensativo. Sería difícil, se dijo, encontrar a un hombre que amara más que él a su esposa y a su hija. No obstante, hasta entonces no había tomado conciencia de hasta qué punto anhelaba el regreso de su hijo.

Ni por asomo se le había ocurrido pensar que James no quisiera volver a casa. El chico no tenía culpa de nada, por supuesto. A él le encantaba Londres. Además, aun cuando se revocara la Ley del Papel Sellado, todavía estaba por ver cómo evolucionaría la situación en Nueva York. Posiblemente, James

estaría mejor en Londres.

¿Qué debía hacer, pues? ¿Debía consultar a Mercy? ¿Y si ella exigía que James volviera a casa, cuando era evidente que éste no quería? No, eso sería contraproducente. James podía volver de mala gana y guardarle por ello resentimiento a su madre. Lo mejor sería que tomara la decisión él mismo, y si Mercy lo culpaba, tendría que arrostrar las consecuencias.

No obstante, mirando con tristeza a su mujer y a su hija, le atormentaba un interrogante: ¿volvería a ver alguna vez a James?

Leal a la Corona

❧ 1770 ❧

El joven Grey Albion apareció en el umbral de la puerta. James Master le sonrió. Aparte de que Grey era como un hermano menor para él, encontraba divertido que siempre tuviera el cabello alborotado.

—¿No vas a salir, James?

—Tengo que escribir una carta.

Mientras Grey se iba, James exhaló un suspiro. No iba a ser fácil redactarla.

Aunque siempre añadía una breve nota a los informes que con regularidad enviaba Albion a su padre, cayó en la cuenta abochornado de que hacía más de un año que no escribía una verdadera carta a sus padres. La que debía redactar entonces sería larga, y haría todo lo posible para que fuera agradable para ellos. El verdadero motivo por el que se la mandaba no lo expondría, sin embargo, hasta el final.

No estaba seguro de que les fuera a gustar.

«Queridos padres», escribió y luego hizo una pausa. ¿Cómo debía empezar?

John Master nunca había tenido ninguna pelea con su esposa, pero en aquel luminoso día de primavera faltó poco para que se desatara una áspera discusión entre ambos. ¿Cómo podía pensar ella algo así? Aunque exteriorizaba reproche, en realidad estaba furioso.

—¡Te ruego que no vayas! — protestó.

—No puedes decirlo en serio, John —replicó ella.

—¿No ves que me vas a poner en ridículo?

¿Cómo era posible que no lo entendiera? El año anterior se sintió

halagado cuando le ofrecieron participar en la gestión de la Trinity. El nombramiento entrañaba prestigio, pero también obligaciones... entre las cuales se hallaba, sin duda, que la propia esposa no asistiera abiertamente a una reunión con una pandilla de Disidentes. Cinco años atrás no habría sido tan grave, pero los tiempos habían cambiado. Los Disidentes traían complicaciones.

—No blasfemes, por favor, John.

—Tú eres mi esposa y, como tal, exijo que me obedezcas —estalló.

Ella bajó la vista, sopesando con cuidado las palabras.

—Lo siento, John —respondió con calma—, pero existe una autoridad superior a ti. No me prohíbas escuchar la palabra de Dios.

—¿Y quieres llevar a Abigail?

—Sí.

Sacudió la cabeza con impotencia, consciente de que no valía la pena sostener una pugna con la conciencia de su mujer. Ya tenía bastantes quebraderos de cabeza sin contar aquél.

—Entonces marchaos —gritó con exasperación—. Pero no será con mi bendición.

«Ni con mi agradecimiento», añadió para sí. Luego le dio la espalda hasta

que se fue.

Mientras mantenía la vigilancia sobre su mundo en la primavera de 1770, a John Master lo alentaba una certeza: nunca había habido un periodo en la colonia en el que hubieran sido tan necesarios los hombres bondadosos, de buena voluntad, capaces de mantener la cabeza fría. Cinco años atrás, cuando hablaban de la necesidad de que los caballeros mantuvieran controlados a los Chicos de la Libertad, Livingston y De Lancey tenían razón. Lo malo era que no lo habían logrado.

Las principales facciones de la asamblea provincial habían mantenido

durante mucho tiempo las mismas líneas políticas que en Inglaterra. A De Lancey y a sus ricos parroquianos anglicanos los llamaban *tories*. Ellos pensaban que, al ser uno de los gestores de la Trinity y tener un hijo en Oxford, Master era uno de los suyos. Los liberales, liderados por Livingston y un grupo de abogados presbiterianos, pese a su vocación de representar a la gente de a pie y oponerse a cuanto consideraban un abuso por parte de la autoridad real, eran caballeros sensatos. En su posición moderada, no comprometida con ningún bando, John Master tenía muchos amigos pertenecientes a sus filas.

Él creía que si las gentes de bien como él utilizaban el sentido común, podría ponerse orden en los asuntos de las colonias. No había sido así, sin embargo. Los últimos cinco años habían sido desastrosos.

Durante un breve periodo, después de la revocación de la Ley del Papel Sellado, había mantenido la esperanza de que se impusiera la sensatez. Él había sido uno de los que habían exhortado a la asamblea para que se volvieran a suministrar provisiones a las tropas británicas.

—No hay duda alguna —señaló a uno de los liberales de la asamblea— de

que necesitamos a los soldados, y hay que alimentarlos y darles una paga.

—No podemos hacer eso, John —le respondió el representante—. Es una cuestión de principios. Ese impuesto lo decidieron sin nuestra conformidad.

—¿Y por qué no la dais ahora? —preguntó.

Él entendía por qué los ministros de Londres consideraban obstruccionista la actitud de las colonias, pero también reconocía que ellos, a su vez, pecaban de arrogancia.

Ciertamente, su siguiente disposición había sido un claro insulto. La había promovido un nuevo ministro,

llamado Townshead, y consistía en una serie de impuestos aplicados a un amplio abanico de artículos como el papel, el vidrio o el té.

—A nuevo ministro, nuevo impuesto —se lamentaba Master—. ¿Es que no saben cambiar de táctica?

El error era corregido y aumentado, porque el dinero recaudado no estaba destinado sólo a cubrir los gastos de las tropas. También se iba a utilizar para pagar los sueldos de los gobernadores oficiales y de sus funcionarios.

Los liberales neoyorquinos estaban, por supuesto, indignados.

—Los gobernadores los ha pagado

siempre nuestra asamblea de representantes —aducían—. Es lo único que nos proporciona un mínimo de control sobre ellos. Si los gobernadores reciben su paga de Londres, pueden hacer por completo oídos sordos a nuestras peticiones.

—Es evidente —le aseguró un comerciante conocido— que Londres quiere destruirnos. —Luego añadió—: Ya se pueden ir al infierno, en ese caso.

Al poco tiempo, los negociantes volvieron a negarse a comerciar con Londres. Master tenía la impresión de que la asamblea estaba perdiendo el norte. Lo peor de todo había sido, sin

embargo, la actuación de los malditos Hijos de la Libertad, de Charlie y sus amigos, que habían tomado las calles prácticamente.

Habían erigido un enorme Mástil de la Libertad, alto como los palos de un barco, en el Bowling Green, justo delante del fuerte, donde mantenían continuas escaramuzas con los casacas rojas. Los soldados abatían el mástil, pero los Chicos de la Libertad volvían a enarbolar otro aún mayor, un desafiante tótem triunfal. Los representantes de la asamblea les tenían tanto miedo que cedían a sus deseos. Algunos de los Chicos de la Libertad se presentaban

incluso a las elecciones.

—Si no nos andamos con cuidado —advertía Master—, la chusma acabará gobernando esta ciudad.

Y para colmo de males, habían surgido problemas con los Disidentes.

Master no tenía nada en contra de éstos, que en Nueva York siempre habían sido numerosos. Eran respetables presbiterianos, miembros de la congregación hugonote de la Iglesia francesa y la holandesa, por supuesto. También estaban los luteranos y los moravos, los metodistas y los cuáqueros. Un individuo llamado Dodge había fundado un grupo de baptistas.

Aparte de los Disidentes, siempre había existido además la comunidad de los judíos neoyorquinos.

El problema se había iniciado a raíz de una simple cuestión legal. La iglesia de la Trinity tenía el estatus de corporación, y gozaba por ello de ventajas legales y financieras. Las iglesias presbiterianas habían decidido pues constituirse también en corporación. El asunto era, no obstante, delicado. El juramento de coronación real y buena parte de la legislación histórica obligaba al gobierno a apoyar a la Iglesia de Inglaterra. La incorporación de una Iglesia Disidente

podía representar un problema legal y político. En cuanto los presbiterianos hicieron públicas sus pretensiones, el resto de iglesias quisieron constituirse también en corporaciones. El gobierno se negó y los Disidentes se llevaron una decepción.

Claro, tenía que reconocerlo John Master, que había sido su propia iglesia la que había añadido leña al fuego cuando un exaltado obispo anglicano había declarado públicamente que «los colonos americanos eran infieles y bárbaros».

¿Qué cabía esperar, después de eso? Ultrajados, los Disidentes estaban en

completo desacuerdo con la totalidad de la cúpula británica. Los respetables miembros de la asamblea de presbiterianos se encontraron en el mismo bando que los Chicos de la Libertad. Justo cuando se necesitaba serenidad, algunos de los mejores hombres de la ciudad hacían causa común con la peor calaña.

En cuanto a la predicación de ese día, Master comprendía por qué Mercy quería ir. El gran Whitefield en persona había regresado a la ciudad. Corría el rumor de que el predicador estaba indispuesto, pero ya se estaba concentrando una gran multitud de

personas para oírlo. No era que John tuviera reparos contra Whitefield ni contra su mensaje; seguramente entre los asistentes habría algunos miembros de la congregación anglicana, personas que, tal como lo expresaría Mercy, acudían al amparo de la luz.

De todas maneras, era un error. Aquellos encuentros no hacían más que exaltar las pasiones. «Dios nos asista — pensó—, ya sólo falta que Charlie White venga a incendiarme la casa alegando que cumple la voluntad del Señor».

Aquellas melancólicas aprensiones ocupaban su pensamiento después de la partida de Mercy y Abigail. Se sentía

deprimido y solo.

Cuando el predicador elevaba al cielo su amplio rostro parecía que el sol lo bendijera con un resplandor especial. Pese a que al subir con ayuda al estrado no tenía buena cara, en cuanto comenzó a propagar su melodiosa voz sobre la multitud reunida en el terreno comunal fue como si absorbiera nueva vida e inspiración. El público estaba embelesado.

Mercy no lograba concentrarse, en cambio.

Tenía a Abigail al lado. A sus diez

años, ya era bastante mayor para entender las cosas. En ese momento observaba como era debido al predicador, pero Mercy se daba cuenta de que tampoco ella estaba escuchando. La había visto varias veces mirando en derredor.

Había mentido a la niña al decirle que su padre no podía ir, y aun así había advertido su decepción. Sospechaba que Abby los había oído discutir. ¿Qué estaría pensando? Mercy casi lamentó haber ido, pero para entonces era demasiado tarde. Aun cuando se encontraban en el borde del gentío, no podía irse entonces en plena

predicación; quedaría muy mal. Además, ella tenía su orgullo.

Pasaron los minutos hasta que, de repente, Abby le tiró del brazo.

—Mira. Ahí viene papá.

Caminaba hacia ella. Jesús, nunca lo había visto más guapo y apuesto. Y sonreía. Le costaba creerlo. Al llegar a su lado, le tomó la mano.

—Una vez fuimos juntos a una predicación —le dijo en voz baja—, y he pensado que podríamos asistir a otra.

Sin responder, Mercy le estrechó la mano, consciente de lo que debía de haberle costado.

—Vámonos a casa, John —le

susurró al cabo de un minuto.

Mientras regresaban cogidos del brazo, la pequeña Abby brincaba delante de ellos, contenta de ver a sus padres unidos de nuevo.

—Tengo algo que confesarte, John
—anunció Mercy al poco.

—¿Qué es? —le preguntó con afecto.

—Creo que he ido a la predicación porque estoy enfadada contigo desde hace años.

—¿Por qué?

—Porque te culpaba por haber permitido que James se quedara en Londres. Hace cinco años que no veo a

mi hijo. Desearía tenerlo aquí.

John asintió y luego le besó la mano.

—Le escribiré hoy mismo y le diré que vuelva de inmediato.

La carta de James llegó, junto con la de Albion, a primera hora de la tarde. Hudson se las llevó a su patrón a la biblioteca. Dado que Mercy y Abigail estaban en el salón, la leyó solo.

Aunque los disturbios de las colonias hayan sido violentos, no os podéis ni imaginar lo que hemos vivido aquí en Londres. Tal vez os

acordéis de un tal Wilkes, cuyo juicio por libelo contra el gobierno se parecía bastante al del caso Zenger, que tanta polvareda levantó en Nueva York. Desde entonces, mientras permanecía en la cárcel, Wilkes logró que lo eligieran como representante del Parlamento. A raíz de que las autoridades anularan su elección, los radicales de Londres enardecieron a la chusma y casi se han hecho con el control de las calles de Londres. «Wilkes y Libertad», gritan igual que vuestros Chicos de la Libertad de Nueva York. Sean cuales sean los puntos acertados o injustos del

asunto, es algo vergonzoso ver a la chusma tan exaltada y fuera de control, y el gobierno no está dispuesto a ceder a estos desórdenes, ni aquí ni en las colonias... ni tampoco los miembros del Parlamento lo aceptarían. El orden y la sensatez deben prevalecer.

En lo tocante a la colonia americana, la negativa de los negociantes americanos a comerciar con Inglaterra, además de ser desleal, es menos perjudicial para la madre patria de lo que ellos suponen, por dos motivos. En primer lugar, por más que los neoyorquinos y

bostonianos respeten estos embargos, las colonias del sur no se pliegan a él. Hasta Filadelfia comercia con Londres. En segundo lugar, los comerciantes como Albion están compensando de sobras ese déficit con el intercambio con la India y los otros países de Europa. En cualquier caso, yo creo que la actual disputa con las colonias acabará pronto. El nuevo primer ministro, lord North, está bien predispuesto hacia la colonia americana y se considera que hará cuanto pueda para poner fin a los enfrentamientos. Lo único que se precisa es un poco de paciencia y

sensatez, de las que, sin lugar a dudas, serán capaces de hacer gala las élites neoyorquinas.

Y ahora, queridos padres, tengo una alegre noticia...

Al leer el resto de la misiva, Master emitió un gemido. Luego permaneció varios minutos con la mirada perdida. A continuación releyó la carta. La dejó a un lado y cogió la de Albion. Tras exponer distintas cuestiones relacionadas con los negocios, éste pasaba a hablar de James.

Ya os habrá contado James que se

va a casar. En condiciones normales nunca habría permitido que contrajera tal compromiso, viviendo bajo mi techo, sin contar primero con vuestro beneplácito. Pero debo deciros con franqueza que las circunstancias en que se halla la joven dama no permiten tal demora. Este verano va a tener un hijo. Ahora debo explicaros algo sobre su esposa... porque la boda ya se habrá celebrado cuando recibáis esta carta.

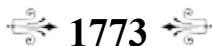
La señorita Vanessa Wardour — yo la llamo así, pese a que estuvo casada un breve tiempo con lord Rockbourne, que falleció en un

accidente de caza— es una joven de considerable fortuna. También es, como os interesará saber, prima del capitán Rivers, por la rama de su madre. Posee una bonita casa propia en Mount Street, Mayfair, en la que vivirán ella y James. Como podéis suponer, tiene unos años más que James, pero aparte de su riqueza y lo bien relacionada que está en la alta sociedad, se la considera una mujer muy bella.

No os ocultaré que tengo alguna reserva sobre el asunto, del cual no fui yo su promotor —tengo entendido que James conoció a la dama en casa

de lord Riverdale—. Os puedo asegurar, con todo, que en Londres prácticamente todo el mundo coincidiría en afirmar que vuestro hijo ha encontrado un magnífico partido.

John dejó la carta en la mesa y tardó un buen rato en reunir fuerzas para enseñársela a Mercy.



Nadie guardaba memoria de un

invierno peor. El East River estaba completamente helado. No sólo tuvieron que sufrir el frío en sí, sino las penalidades y las muertes que acarreó. Estaba anocheciendo, pero Charlie White se encontraba no lejos de su casa. Llevaba el sombrero calado y la cara envuelta con la bufanda. Había atravesado con el carro el río helado hasta Brooklyn para comprar cincuenta kilos de harina a un granjero holandés amigo suyo. Así, al menos, su familia tendría pan para una temporada.

A lo largo de los dos años precedentes Charlie había sentido rabia a veces y otras tan sólo desánimo. Su

inquina contra John Master no había disminuido, aunque ahora se mezclaba con un sentimiento de indignación y dolor más generalizados.

Él conocía los apuros de los pobres porque su familia a menudo los padecía. Tenía la impresión de que debía de haber una forma mejor de distribuir las cosas en el mundo. Con todo aquel vasto y fértil continente que se extendía por el oeste, por el sur y por el norte, no había derecho a que los trabajadores de Nueva York pasaran hambre. No había derecho a que los ricos como Master, apoyados por la Iglesia anglicana y el Ejército británico, obtuvieran enormes beneficios

cuando la gente de a pie no podía encontrar trabajo. Algo tenía que haber malo en ese sistema. Algo tenía que cambiar.

Seguro que si los hombres libres como él estuvieran al frente de la ciudad, en lugar de los ricos, y si sus representantes electos gobernaran el territorio, en lugar de los gobernadores reales que no tenían en cuenta los deseos de los colonos, la vida sería mejor.

Las protestas contra la Ley del Papel Sellado habían dado resultado. El nuevo primer ministro, lord North, había eliminado los impuestos dictados por Townshend con la excepción del

gravamen sobre el té, que había conservado por consideración a él. En opinión de Charlie, aquél era el momento propicio para que los Hijos de la Libertad prosiguieran con su lucha, pero, bajo la influencia de las personas de la vieja guardia como John Master, las autoridades de la ciudad les habían dado la espalda. En el Bowling Green habían puesto una estatua del rey Jorge. «Dios salve al Rey», decían todos. Ahora había un nuevo gobernador inglés bastante duro y más soldados capitaneados por el general Gage. Las cosas volvían a ser como antes. Si hasta Montayne había prohibido reunirse en su

taberna a los Chicos de la Libertad...

Al demonio con Montayne, pues. Los chicos ya tenían otro sitio donde reunirse. Le habían puesto el nombre de Hampden Hall en honor al héroe que había plantado cara al tirano Carlos I en el Parlamento inglés. En cuanto a John Master y los de su especie, y Tryon y el general Gage... más les convenía recordar lo que le había pasado al rey Carlos. Aunque las calles estuvieran tranquilas, Sears y los Hijos de la Libertad disponían ahora de una amplia facción en la asamblea que les prestaba oídos.

—El cambio va llegar —aseguraba

con determinación Charlie a sus amigos, mientras tomaba una copa en la taberna —. Y cuando llegue...

Aquel invierno no iba a llegar, sin embargo. El año anterior se había producido un desplome de los créditos financieros en Londres. Pronto todas las colonias padecieron las consecuencias... y eso fue antes de que sobreviniera aquel terrible invierno. Los más pobres pasaban hambre. Las autoridades municipales hacían lo posible para darles de comer, pero era difícil atender a tanto necesitado.

Charlie acababa de llegar al extremo meridional del terreno comunal, en su

límite con Broadway, cuando vio a una mujer que salía con su hija del sórdido y viejo asilo para pobres. La mujer se detuvo un momento, elevando con inquietud la mirada hacia el sombrío cielo. Debía de haberse demorado más de lo previsto en el asilo y la había sorprendido la oscuridad. Luego se quitó el chal y envolvió con él a su hija, para protegerla del gélido viento.

La calle estaba casi vacía. Cuando llegó a su altura, ella lo miró.

—¿Vais a bajar por Broadway? —le preguntó, pese a que ignoraba por completo quién era él. Charlie no respondió—. ¿Nos podríais llevar a la

otra punta de Broadway? Os pagaré con gusto. Es que voy con mi hija...

Tenía razón, por supuesto. Con los tiempos tan duros que corrían, las calles se habían vuelto inseguras. Conocía a más de una mujer que había recurrido a vender su cuerpo para ganar algo de dinero. También sabía de hombres a quienes habían atracado. No era aconsejable que la mujer y la niña caminaran solas cuando se hacía de noche.

—¿Cómo sabéis que no os voy a robar? —murmuró a través del tejido de la bufanda.

La mujer lo miró, aunque sólo podía

verle los ojos. Tenía una expresión bondadosa.

—Vos no nos haríais ningún daño, señor, estoy segura.

—Mejor será que subáis —aceptó Charlie con un gruñido. Luego indicó el espacio que había a su lado en el pescante y señaló con la cabeza la carreta—. La señorita puede sentarse en el saco.

Tomó la dirección de Broadway.

De modo que aquélla era la esposa de John Master. La había reconocido de inmediato, por supuesto, aunque ella no lo conocía a él. Y ella pensaba que no le haría ningún daño. «Bueno, no os haría

nada —pensó—, después de haberos quemado la casa».

Mientras circulaban por Broadway, le dirigió una penetrante mirada.

—No parece que seáis una persona que necesite acudir al asilo para pobres —señaló con un tono más bien desabrido.

—Voy todos los días —explicó simplemente ella.

—¿Y qué hacéis allí?

—Si tenemos provisiones disponibles, las llevamos con nuestro carro. A veces son mantas, u otras cosas. También damos dinero para comprar comida. —Se volvió para mirar el saco

de harina—. Hacemos lo que podemos.

—¿Y lleváis a vuestra hija?

—Sí. Debe saber en qué clase de ciudad vivimos. Aquí hay mucho que hacer para todo buen cristiano.

Pasaban justo delante de la iglesia Trinity, a la que dedicó una mirada de encono.

—¿Y sería, en este caso, una cristiana de la Trinity?

—Cualquier cristiano, espero. Mi padre era cuáquero. —Charlie lo sabía, pero no dijo nada—. Mi hija habla con los ancianos —prosiguió tranquilamente la mujer—. A ellos les gusta charlar con los niños; les aporta consuelo. ¿Habéis

estado en el asilo para pobres?

—No, no.

—Hay muchos niños, y algunos están enfermos. Hoy he cuidado a uno. Ése es mi gran temor ahora. Algunos han muerto a causa del frío, pero la mayoría recibirán comida. Lo malo es que están débiles; los viejos y los niños empiezan a caer enfermos. Será la enfermedad la que dé cuenta de ellos.

—Vos misma podríais enfermar yendo allí —murmuró.

—Sólo si Dios lo quiere. De todas formas, yo no padezco un estado de debilidad como el suyo. Además, no pienso en eso.

Habían recorrido otros cien metros cuando vieron un carro conducido por un negro que se acercaba a toda prisa.

—Vaya, allí está Hudson —comentó—. ¡Eh, Hudson! —lo llamó.

Cuando se encontraron los dos carros, Hudson puso cara de alivio.

—El amo me ha mandado a buscaros para que no os ocurriera nada —dijo.

—Este amable señor nos ha traído, como ves. Pero ahora iremos contigo. —Se volvió hacia Charlie—. No conozco vuestro nombre —señaló.

—Da igual —dijo Charlie.

—Permitidme que os dé algo para compensaros la molestia.

—No —rehusó—. Vos estabais haciendo una labor para el Señor.

—En ese caso, que Dios os bendiga, señor —le deseó, mientras se bajaban de carro.

—Que Dios os bendiga también a vos —contestó.

Volvía a pasar delante de la Trinity cuando se arrepintió de sus palabras. «Maldita sea ¿por qué he tenido que decir eso?».

Si John Master no salió a buscar personalmente a Mercy fue porque recibió una visita imprevista. El capitán

Rivers había ido a verlo. Había llegado en barco desde Carolina esa misma mañana y ya había buscado alojamiento en la ciudad. Estaba envejecido, canoso. John admiró, no obstante, la manera directa y sin empacho con que Rivers expuso el motivo de su visita; a saber, que estaba arruinado.

Bueno, no del todo. A lo largo del último decenio, muchos hacendados sureños se habían visto en aprietos con sus acreedores londinenses y el reciente hundimiento de los mercados financieros de la capital no había hecho más que empeorar las cosas. El propio capitán Rivers siempre había mantenido tratos

con Albion, y no le debía nada. El caso de su esposa, sin embargo, era otro cantar.

—Ella realizó transacciones con otros negociantes londinenses que se remontan a la época anterior a nuestro matrimonio. Yo ni siquiera tenía una idea de su alcance hasta hace poco. Por lo visto, debemos mucho más de lo que sospechaba.

—¿Y no podéis reducir gastos? —preguntó Master.

—Ya lo hemos hecho, y las plantaciones todavía procuran una buena entrada de dinero. Pero los acreedores de Londres nos presionan, y como están

lejos, no tienen manera de ver cómo gestionamos los recursos. Para ellos, sólo somos otra maldita plantación más en situación de apuro. Lo que yo quiero es liquidarlo todo y contraer una nueva deuda con alguien de aquí de las colonias. Las plantaciones sirven de garantía suficiente. Si vinierais a Carolina, veríais por vos mismo que somos solventes. Podríais poner un empleado a trabajar con nosotros, si queréis. No tengo nada que ocultar.

John estaba bien dispuesto a tomar en serio la propuesta. Su instinto le decía que Rivers cumpliría con el compromiso.

—Antes de aceptar, me gustaría ir a ver la finca, tal como sugerís —dijo. En ese mismo instante oyó que llegaban su mujer y su hija—. Cenaremos enseguida —anunció—. Espero que nos acompañéis.

La cena fue muy agradable. Nadie sacó a colación los negocios de Rivers. Mercy, que siempre le había tenido simpatía, se alegró de verlo. Él, por su parte, era ducho en entablar conversación y supo hacer intervenir a Abigail en ella. A los trece años, ésta comenzaba a transformarse en una

mujercita. Observándola enfrascada en un animado diálogo con el inglés, Master pensó con satisfacción que se estaba poniendo preciosa.

Aparte, aprovechó la ocasión para sondear a Rivers sobre otra cuestión.

James escribía con regularidad desde que se casó. Tenía un hijo llamado Weston, de dos años, y Albion lo había tomado como socio. En su última carta les informaba de que había nacido una niña, pero que murió de inmediato. En las misivas hablaba de su esposa Vanessa, y de vez en cuando les mandaba saludos de su parte.

—Pero lo cierto es que sabemos

muy poco de vuestra prima —confesó John al capitán Rivers—. ¿Podríais explicarnos algo de ella?

Rivers titubeó, un instante tan sólo.

—¿Vanessa? La conozco desde que era una niña, por supuesto, y ya entonces era muy guapa. Después de la muerte de sus padres, la crio, por así decirlo, un tío suyo. Como no tiene hermanos, ha heredado una considerable fortuna. —Abrió una pausa—. Aunque nunca se perdería la temporada de recepciones londinenses, le encanta el campo. Apuesto a que convertirá a James en un terrateniente rural —añadió, riendo—. Tendrá que aprender a cazar.

—¿Es una mujer piadosa? —
inquirió Mercy.

—¿Piadosa? —El capitán Rivers se
contuvo a tiempo para no exteriorizar su
estupefacción—. Desde luego. Es una
firme partidaria de la iglesia, sin duda.

—Bueno, espero que James no tarde
mucho en traérnosla —dijo Mercy.

—Sí —contestó con ambigüedad
Rivers.

Master esperó a encontrarse a solas
con el capitán, después de que se
hubieran retirado las damas, para volver
a sacar a colación el tema de Vanessa y

su hijo.

—Estaba pensando en lo que habéis dicho de vuestra prima y recordando el tiempo que pasé en Londres —comentó—. Supongo que ella querrá que su marido siga los dictados de la moda.

—Probablemente —respondió Rivers.

—En ese caso no debe de gustarle que se dedique al comercio.

—No sabría deciros.

—Por lo que vi en Londres —prosiguió Master—, los ingleses no consideran a un hombre como un caballero si trabaja en el comercio. Es posible que alguien salido de la nobleza

adopte esa actividad porque se ve obligado a ello... como nuestro amigo Albion. Sin embargo, una vez que un inglés se ha labrado una fortuna en el comercio, lo más probable es que venda el negocio, se compre una finca en el campo y se instale allí como un caballero. El comercio y la nobleza no se mezclan. ¿A qué creéis que se debe eso?

—Es cierto —reconoció Rivers— que en Inglaterra los caballeros van al Parlamento, o al ejército, pero evitan las actividades contables si pueden. Se supone que son la vieja aristocracia guerrera —bromeó—; guerreros en

armadura, ya sabéis, como mínimo en teoría.

—En América es diferente.

—Un hombre como Washington, que vive en Virginia, un oficial del Ejército con una casa de campo y una extensa propiedad, se consideraría un caballero en Inglaterra, sin duda. Incluso Benjamin Franklin —añadió con una sonrisa— está completamente retirado del comercio hoy en día. Corresponde más bien al prototipo de caballero inglés.

—Y entonces, ¿dónde encajo yo? —preguntó Master con ironía.

Por un momento advirtió una expresión de preocupación en la cara

del aristócrata. «Dios mío —cayó en la cuenta Master—, está pensando que quizá me he sentido insultado y le voy a negar el préstamo».

—En Carolina —repuso llanamente Rivers—, yo trabajo en mi propio almacén y vendo mi producción en el mostrador de mi puesto de venta. Vos no deberíais prestarme ni un penique si fuera demasiado orgulloso para hacerlo. Aquí en Nueva York, vos lleváis un tren de vida muy superior al mío. Poseéis barcos y negocios que otros gestionan por vos. Tenéis extensas propiedades de tierra. Si alguna vez os planteaseis regresar a Inglaterra, viviríais como un

caballero muy respetable, os lo aseguro. —Lanzó una mirada de curiosidad a Master—. Teniendo a vuestro hijo allí, no sé si habéis pensado en esa posibilidad. Tendríais muchos amigos allí, incluido los Riverdale, desde luego.

Aunque bien formulada, y sin mala intención, la idea le causó una conmoción. ¿Volver a Inglaterra? ¿Después de que los Master hubieran logrado la riqueza hacía más de un siglo en Nueva York? Jamás se le había ocurrido pensarlo.

Más tarde, esa noche, reflexionando sobre el asunto, tuvo que reconocer que

la sugerencia de Rivers era natural. Su hijo se había ido, tenía una esposa inglesa. James era inglés, y sería ceguera no querer verlo. Seguramente su esposa inglesa esperaba sólo a que James heredase una fortuna para retirarse de los negocios.

Entonces John Master tomó conciencia de algo más: estaba decidido a impedir que aquella mujer se saliera con la suya. Quería tener a James allí, en América. Pero ¿cómo diablos lo iba a conseguir?

Al llegar la primavera de 1773,

Hudson tenía algunas cavilaciones. Podía considerarse afortunado de que él y su familia se encontraran al abrigo del frío y del hambre en una casa donde se trataba bien a la servidumbre. Aquello era una bendición, pero de todas formas había motivos de preocupación. Lo que más le inquietaba era el estado de Mercy Master.

A principios de marzo, John Master se había ido en barco a Carolina con la intención de pasar una temporada inspeccionando la plantación de Rivers. Tres días después de su partida, Mercy se puso enferma. Hudson sospechaba que debía de ser algo que se había

contagiado en el asilo para pobres. Llamaron a un médico, pero siguió en cama con fiebre durante varios días seguidos, y pese a los desvelos constantes de Hannah y su mujer, ésta le confió a Hudson que no estaba segura de que su ama fuera a salir de aquélla. Aunque enviaron enseguida una carta a John Master, no había forma de saber cuándo la recibiría. Mientras tanto, Salomon fue al condado de Dutchess a prevenir a Susan.

Lo más conmovedor para Hudson fue el comportamiento de Abigail. Aun cuando sólo tenía trece años, guardó la calma como si fuera una persona mayor.

Tal vez las visitas que había dedicado a los enfermos en compañía de su madre la habían preparado para aquella experiencia. Durante las peores fases de fiebre de su madre, se turnaba con Hannah para ayudarla. Para cuando su hermana llegó del condado de Dutchess, la fiebre había remitido un poco. Entonces Abigail se sentaba junto a la cama de su madre, le enjugaba la frente y le hablaba con ternura, haciéndole compañía hora tras hora.

Susan era una mujer enérgica y práctica, que ya tenía dos hijos y otro en camino. Se quedó en la casa una semana y fue agradable tenerla allí, pero en

cuanto tuvo la certeza de que su madre estaba fuera de peligro, dijo que debía volver con su familia. Y tal como señaló, sin faltar a la verdad, nadie podía ser un mejor sostén para su madre de lo que era Abigail.

Transcurrió casi un mes hasta que John Master regresó, desconsolado. Al entrar en el dormitorio se encontró, no obstante, a su esposa sentada en la cama, pálida pero muy mejorada, escuchando con una sonrisa lo que le leía Abigail. Aun así, durante semanas, Mercy continuó pálida y desfallecida, y Hudson advirtió con pena la tensión y preocupación patentes en la cara de John

Master.

Además de la inquietud que le causaba la familia Master, Hudson tenía también otros motivos de intranquilidad. No sabía muy bien cuándo empezó, pero aquella primavera había comenzado a advertir un cambio en Salomon. ¿Por qué de repente tenía aquella actitud desafiante con él? Le preguntó a su esposa.

—Yo no tengo problemas con Salomon —le aseguró Ruth—, aunque me parece que a su edad, los chicos suelen enfadarse con el padre.

Probablemente tenía razón, pero, aparte, había tomado la costumbre de

desaparecer. Al principio Hudson supuso que salía a cortejar a las muchachas, pero una noche oyó que Salomon se jactaba con su hermana Hannah de haber efectuado una correría en la ciudad con Sam White y un grupo de jóvenes integrantes de los Hijos de la Libertad.

Hudson dedujo fácilmente dónde los había conocido. Master mandaba a veces a Salomon a trabajar en el almacén del puerto, donde había toda clase de obreros.

—No quiero que vayas con esos Chicos de la Libertad —le prohibió a su hijo—. ¿Qué diría el señor Master si se

enterase?

—Quizás un día al señor Master lo expulsen de la ciudad —replicó con descaro Salomon—. Entonces no tendrá importancia lo que él piense.

—No vuelvas a hablar así —le ordenó—. Y no vayas por ahí hablando de los negocios del señor Master.

Aunque no quería hablarle a Master del incidente, trató de hallar una manera de mantener a Salomon alejado de las malas compañías. A comienzos de abril sugirió a su patrono que Salomon tal vez podría ir a trabajar una temporada para su hija Susan en el condado de Dutchess. Master dijo que lo pensaría, pero que en

ese momento no podía prescindir de Salomon.

Hudson no pudo hacer gran cosa más.

Después de su regreso, John Master escribió sin tardanza una carta a James para informarle de la enfermedad de su madre. Mientras permanecía acostada, ésta se preguntaba en voz alta, casi todos los días, cuándo volvería a ver a su hijo. John le expuso sin rodeos que, como mínimo, era hora de que fuera a visitarlos. Después no le quedó más opción que esperar, puesto que habrían

de transcurrir muchas semanas ante de que le llegara una respuesta de Londres.

Entre tanto, en la colonia reinaba una gran agitación. Curiosamente fue Benjamin Franklin quien ocasionó el siguiente enfrentamiento, y lo más curioso aún fue que lo hizo con el propósito de calmar los ánimos.

Unos años atrás, un oficial del Ejército real llamado Hutchinson había mantenido correspondencia con un amigo de Massachusetts. Encolerizado por las dificultades con las que se topaba, le decía en las cartas que sería mejor recortar las libertades inglesas en las colonias para tener garantías de

mantener a América bajo el dominio británico. Franklin descubrió por casualidad las cartas en Londres y como aún creía en el glorioso destino imperial británico, las mandó en privado a algunos amigos de América. No lo hizo con la intención de soliviantar los ánimos, sino para advertirles de la clase de reacción que su intransigencia provocaba. Fue un terrible error de cálculo. Sus amigos de Massachusetts publicaron las cartas de Hutchinson ese verano.

En las colonias se armó un gran revuelo. Aquello se interpretó como la prueba tangible de que los ingleses

querían destruir las libertades americanas. Casi en el mismo momento, el Gobierno británico aplicó una medida en la que pudieron concentrar su rabia.

Todo partía de un sencillo problema relacionado con otra zona del Imperio. La poderosa Compañía de las Indias Orientales se había puesto en un apuro.

«Tienen enormes excedentes de té almacenados —le explicó por carta Albion a Master—, y no saben cómo colocarlos». Como suele ocurrir cuando las grandes empresas comerciales incurren en una mala gestión, la compañía apeló al gobierno para que la sacara del trance. La solución propuesta

fue inundar de té el mercado americano. «Hasta que se hayan deshecho de las existencias, esto será perjudicial para los comerciantes como vos, que no podréis competir —escribía Albion—. Aunque no hay duda de que el mercado americano puede absorber toda esa cantidad de té».

El problema era que el té aún conservaba el gravamen que tanto desagradaba a la gente.

—Seguro que lo van a tomar como una conspiración del gobierno —pronosticó, con un suspiro, Master.

Había una solución inteligente, seguía exponiendo Albion, la que

propugnaba Benjamin Franklin. «Poned el té en el mercado —aconsejaba a sus amigos de Londres—, pero quitadle el impuesto». Así se liquidarían los excedentes y los colonos tendrían acceso a un té barato. Los comerciantes saldrían perjudicados, pero sólo durante un breve periodo de tiempo, y todos los demás estarían satisfechos.

—¿Lo van a hacer, John? —preguntó Mercy.

—Yo diría que no, porque lo verían como una concesión. Me temo que lo único que podemos hacer es quedarnos con el té y confiar en que haya decisiones más acertadas en el futuro.

—¿Crees que habrá disturbios?

—Probablemente.

Hubo disturbios, en efecto. Cuando llegó la noticia de la aprobación de la nueva Ley del Té ese verano, Sears y los Hijos de la Libertad salieron de inmediato a la calle. Todo aquel que aceptara el té sería un traidor, afirmaron. Master vio con decepción que muchos comerciantes se mostraron de acuerdo con ellos.

—Va a pasar lo mismo que con la Ley del Papel Sellado —se lamentó, rogando por que la llegada de los barcos

cargados de té se retrasara lo más posible.

A finales de verano recibieron una carta de James. En ella reservaba tiernas palabras para su madre. A su padre le explicaba que Vanessa y él estaban viendo cuándo podrían realizar el viaje a Nueva York y que tomaría las disposiciones en cuanto pudiera. Aunque era muy afectuosa, la carta dejó insatisfecho a Master. Su deseo era que James no tardara en comunicarle unos planes más concretos.

En otoño empeoró el ambiente en la ciudad. En noviembre, algunos de los Chicos de la Libertad afirmaban que

cuando llegaran los barcos con el té, destruirían el cargamento y matarían al gobernador. Los agentes de la Compañía de las Indias Orientales destacados en la ciudad estaban tan asustados que comenzaron a presentar su dimisión. Nueva York aguardaba en medio de un clima de tensión.

Al final la noticia llegó de Massachusetts. En diciembre, por la antigua carretera de Boston se presentó un jinete. Era un platero, un tal Paul Revere, que se mostraba encantado con su provisional papel de mensajero. Las novedades que traía eran bastante asombrosas: los primeros barcos habían

llegado a Boston y un grupo de hombres, entre los que se hallaban algunos respetables ciudadanos, se habían introducido en ellos disfrazados de indios y habían arrojado el té al puerto de Boston. Los Hijos de la Libertad estaban alborozados.

—Haremos lo mismo cuando el té llegue a Nueva York —aseguraron.

Los barcos cargados con té no aparecieron, sin embargo. Comenzó un nuevo año. Mercy se resfrió y tuvo que guardar cama un tiempo. Inquieto porque no había recibido noticias de James, John Master volvió a escribirle. Entonces, desde Filadelfia les

informaron de que los barcos de té habían llegado allí, pero que les habían impedido atracar en los muelles sin tener que recurrir a la violencia.

—No creo que los barcos de té vengan aquí, gracias a Dios —le dijo en marzo John a Mercy.

En abril mandaron a Hudson al condado de Dutchess. Se fue en un carro cargado de mercancías que John Master quería hacer llegar a su hija mayor, junto con unas valiosas sillas antiguas de la familia y un juego de porcelana que Mercy pensó que a Susan le gustaría

tener.

Disfrutó de un placentero viaje. El tiempo era espléndido. Aunque los baches de la carretera obligaban a circular despacio, era agradable seguir la ruta hacia el norte dejando atrás las grandes extensiones costeras de Nueva York y las largas crestas de Westchester para adentrarse en el paisaje más íntimo compuesto de colinas y valles donde tenían la granja Susan y su marido.

La casa era bonita. Por fuera estaba construida con tosca piedra caliza; tenía un techo de doble inclinación y azulejos azules y blancos en torno a las chimeneas. Aquellos hogareños detalles

holandeses iban acompañados, no obstante, de una elegante fachada con una doble hilera de cinco ventanas, al estilo georgiano, un vestíbulo central, techos altos y revestimiento de madera en las paredes que proclamaban un sentido de propiedad y abolengo más bien ingleses. Hudson pasó dos noches con Susan y su familia. Viendo la amabilidad con que lo trataron, volvió a pensar que aquél sería un buen lugar para poner a su hijo al margen de posibles complicaciones.

Al llegar a Manhattan se enteró de lo ocurrido con los barcos cargados de té.

—Llegaron dos. El primero dio

media vuelta, pero el capitán del segundo dijo que descargaría el té a toda costa, y que ya podían fastidiarse los Chicos de la Libertad. Por poco no lo ahorcaron.

—¿Y qué pasó después?

—Tomaron todos té. Fue un día memorable.

Ya había anochecido cuando llegó a casa. En la cocina encontró sola a Ruth, que lo abrazó con efusión.

—Gracias a Dios que has vuelto — le susurró.

—¿Dónde está Salomon? —preguntó él.

—Chsst. El amo también ha

preguntado por él. Yo le he dicho que está enfermo, pero la verdad es que ha salido esta mañana y no lo he vuelto a ver. Ay Hudson, no sé adónde ha ido.

Hudson volvió a salir al patio lanzando una maldición. Suponía adónde había ido Salomon. Después de cruzar el Bowling Green, tomó la avenida de Broadway. Lo más probable era que a aquellas alturas su hijo se encontrara en alguna taberna.

Había entrado a mirar en un par de ellas cuando advirtió a alguien, vestido de indio, que se escabullía por una calleja. Enseguida lo reconoció. Al cabo de un instante, el indio se encontró

pegado contra la pared paralizado por una mano de hierro.

—¿Qué has estado haciendo, hijo? ¿Qué te ha tenido tan ocupado todo el día? ¿No estarías tirando té por ahí?

—Puede.

Lo que ocurrió a continuación entre Hudson y su hijo no fue agradable, pero aun así, Salomon no se mostró avergonzado después. Qué diría Master si lo supiera, se escandalizó Hudson.

—¿Y tú qué sabes? —replicó Salomon—. Todo el mundo está de parte de los Chicos de la Libertad ahora, hasta los comerciantes. Yo le he dicho a Sam White que el amo dice que deberíamos

aceptar el té —prosiguió—, y Sam ha contestado que es un traidor. Los Chicos de la Libertad van a echar a los casacas rojas y a los traidores de la colonia.

—¿Y a ti y a mí de qué nos va a servir? —planteó su padre—. ¿Crees que los Chicos de la Libertad van a hacer algo por los negros? —Era cierto que, junto con los menestrales más humildes, los marineros, los peones y toda suerte de gente pobre, en las filas de los Hijos de la Libertad había algunos esclavos libertos. Pero ¿qué significaba aquello? Aparte, había otra cuestión que tener en cuenta—: Más vale que tengas presente —recordó con

tono sombrío a su hijo— que tú eres un esclavo, Salomon. Si el amo te quisiera vender, nadie podría impedírselo. Ándate con cuidado pues.

Durante el verano de 1774 fue como si el conflicto adquiriera vida propia. Cuando llegó a Londres la noticia de lo ocurrido en Boston, la reacción fue la que era de prever. «Hay que acabar con tanta insolencia y desobediencia», dictaminó el Parlamento británico. Enviaron al general Gage de Nueva York a Boston para gobernar con mano dura el enclave. En mayo, el puerto de

Boston estaba prácticamente cerrado. El Parlamento denominó a aquellas medidas de represión las Leyes Coactivas. En las colonias las llamaron «las Leyes Intolerables».

De nuevo Paul Revere cabalgó de Boston a Nueva York, esta vez para recabar apoyo. Sears y los Hijos de la Libertad estaban, como es natural, furiosos por el trato que se daba a Boston, pero también eran muchos los comerciantes que no veían con buenos ojos aquellas duras medidas. Los Hijos de la Libertad ganaban simpatizantes en todos los bandos. Un día, Master vio una larga manifestación de mujeres que

desfilaban por Broadway para pedir un embargo comercial. La cólera se exacerbaba día a día. Un oficial británico que se encontró a Sears por la calle tuvo la osadía de pegarle el lomo del sable a la espalda.

Pese a todo ello, Master se alegraba de ver que en las colonias americanas surgían potentes voces que propugnaban la moderación. Hacia finales de verano las demás colonias convocaron un congreso general en Filadelfia, y la Asamblea de Nueva York acordó enviar delegados. Los elegidos para dicho propósito eran, gracias a Dios, personas íntegras y educadas: Livingston el

presbiteriano, John Jay el abogado, un rico comerciante irlandés llamado Duane y otros más. La celebración del congreso estaba prevista para septiembre.

Mientras tanto, Master hizo cuanto pudo para fomentar un retorno a la cordura. Ofreció su casa como lugar de reunión para hombres de opiniones moderadas. A veces sus invitados pertenecían a la vieja nobleza *tory*, como era el caso de Watts, Bayard, De Lancey o Philipse, pero en general se trataba de comerciantes que no tenían muy definidas sus simpatías, hombres como Beekman o Roosevelt, el de las

destilerías, a quienes se esforzaba por encarrilar en la vía correcta. Pese a sus modestos esfuerzos, sabía que quienes ejercían una verdadera influencia eran los individuos con talento para la argumentación y la oratoria. Tenía depositadas unas especiales expectativas en John Jay, un abogado alto, apuesto, persuasivo, relacionado con buena parte de las grandes familias de solera de la provincia.

—Serán Jay y las personas de su estilo los que los hagan entrar en razón —aseguraba a Mercy.

A finales de agosto, entró en la ciudad una tropa de jinetes y carruajes. Eran los delegados de Massachusetts con sus acompañantes. En su camino hacia la carretera de la Posta se juntaron con la delegación de Connecticut. En su segundo día de estancia en la ciudad, Master se encontraba en Wall Street charlando con uno de los miembros de la asamblea que había cenado con ellos la noche anterior, cuando por la calle llegó un pequeño grupo.

—¿Veis a ese individuo de cabeza grande que lleva esa vistosa chaqueta

roja? —murmuró su acompañante—. Es Sam Adams. Y el calvo de la cara rosada que va de negro, justo detrás, es su primo John Adams. Un abogado muy inteligente, dicen, y muy locuaz, aunque durante la cena no dijo gran cosa. Me parece que no le gusta Nueva York. ¡Seguramente no está acostumbrado a que lo interrumpen!

Un rato después, de regreso a casa, a Master le llamó la atención un anciano que caminaba con rigidez, pero con actitud muy resuelta. Llevaba la chaqueta marrón abotonada hasta arriba. Le resultaba familiar. Trató de recordar dónde lo había visto.

Y entonces cayó en la cuenta: era su primo Eliot. Estaba un poco encogido y tenía la cara más enjuta. Claro que debía de tener más de ochenta años, según calculó John, un segundo antes de decidirse a abordarlo.

—¿Señor Eliot Master? No sé si me reconoceréis, señor, pero soy vuestro primo John.

—Sé quién sois —contestó sin entusiasmo el anciano.

—¿Habéis venido con los delegados de Boston?

—Mi intención es observar lo que acontezca en Filadelfia.

—Aún me acuerdo de vuestra hija

Kate.

—Sí, claro. Ahora ya es abuela.

—Este congreso es una cuestión de gran importancia, señor —comentó, cambiando de tema—. Esperemos que prevalezca la moderación.

—¿Ah sí? —El viejo Eliot le digirió una penetrante mirada—. ¿Por qué?

Incluso después de cuarenta años, John Master sintió que le costaba encontrar las palabras sometido al severo escrutinio del abogado.

—Veréis... se necesitan personas que mantengan la serenidad... —Asintió con la cabeza—. Que sepan hacer concesiones.

El bostoniano soltó un bufido.

—Estos neoyorquinos... —dijo con aspereza—. Es típico.

—Un momento —exclamó John. «Yo ya no soy aquel muchacho borracho, maldita sea, y mi primo de Boston no me va a rebajar»—. La disputa viene a raíz de un impuesto no representativo ¿no es así?

—En efecto.

—Bueno, tampoco es que carezcamos de representación.

—¿No? Nuestra asamblea ha quedado desposeída de todo poder. —El viejo Eliot calló un instante—. ¿O acaso os referís a la doctrina de la

«representación virtual»? —preguntó con tremendo desdén.

John Master estaba al corriente de que algunos personajes de Londres habían argumentado que, puesto que el Parlamento británico se tomaba muy a pecho los intereses de los colonos, de ello se derivaba que pese a que éstos no dispusieran de una representación real en la legislatura británica, estaban «virtualmente representados». Era muy capaz de imaginar el ridículo con que era capaz de cubrir el abogado bostoniano aquella noción.

—No me refiero a esa insensata doctrina —declaró—. Pero como

mínimo en Londres se escucha nuestra voz. ¿No sería más lógico buscar un mejor entendimiento con los ministros del Rey, en lugar de tan sólo provocarlos?

El bostoniano guardó silencio un minuto, de modo que John pensó incluso que podría haber ganado un punto. No tuvo esa suerte, sin embargo.

—La otra ocasión en que nos vimos —dijo por fin el abogado, dejando bien claro que aquel recuerdo no le resultaba nada grato—, fue durante el periodo en que se celebró el juicio contra Zenger.

—Me acuerdo de lo de Zenger.

—Aquello era una cuestión de

principios.

—Así es.

—Pues ahora también. —Eliot Master hizo ademán de marcharse.

—¿Querréis visitarnos antes de irnos? —ofreció John—. Mi esposa estaría...

Eliot ya se había puesto, no obstante, en marcha.

—Me parece que no —respondió.

El congreso de Filadelfia se concentró sin demora en su tarea. John Master, que había esperado una cautelosa actitud conciliatoria, se llevó

una buena decepción.

—¡Se han vuelto locos! —gritó cuando se enteró de sus resoluciones—. ¿Boston va a levantarse en armas contra la madre patria? ¿Adónde han ido a parar la moderación y el sentido común?

Y cuando supo que los partidarios de la postura del Congreso se autodenominaban patriotas, su indignación y estupor fueron en aumento.

—¿Cómo se puede ser un patriota cuando se es desleal al propio Rey y al propio país? —preguntaba. Fue por aquel entonces cuando comenzó a definirse conscientemente a sí mismo con otro término que había oído—. Si

ellos son patriotas —declaraba—, entonces yo soy leal a la corona.

La corriente iba, no obstante, en su contra. Personas honestas como Beekman y Roosevelt se habían integrado en el bando de los patriotas. Hasta John Jay, una persona de sobrada sensatez que siempre había declarado que el territorio debía ser gobernado por sus propietarios, se había dejado convencer.

—A mí tampoco me agrada —confesó a su regreso a Master—, pero no creo que podamos hacer otra cosa.

En Nueva York, la Asamblea perdía peso día a día. Los Hijos de la Libertad

se hacían con la victoria. Los menestrales habían formado su propio Comité de Mecánica; Master oyó que Charlie formaba parte de él. Ahora ellos y los Chicos de la Libertad decían a la Asamblea: «Seremos nosotros quienes nos encarguemos de que se obedezca al Congreso en Nueva York, y no vosotros».

—¿De veras queréis sustituir el Parlamento (con toda su ineptitud, que reconozco) por un Congreso ilegal y la tiranía de la chusma? —preguntó Master a John Jay—. No se puede dejar gobernar la ciudad a personas como Charlie White.

Aparte de eso, había que tomar en consideración otro aspecto. Si las colonias se declaraban en rebeldía, Londres tendría que reaccionar. Y lo haría con la fuerza.

John Master iba un día por Broadway en dirección a la iglesia Trinity cuando vio a un clérigo conocido, un caballero muy erudito que enseñaba en el King's College. Como la semana anterior aquel eclesiástico había publicado un firme y razonado alegato a favor de la causa leal que John había considerado admirable, fue a darle las

gracias. El hombre las aceptó encantado.

—Vos también debéis aportar vuestro grano de arena —le dijo, tomándolo del brazo.

—¿De qué manera?

—Debéis asumir el liderazgo, Master. Sois un hombre respetado en la ciudad. Jay y sus aliados se encaminan al desastre. Si las personas sensatas como vos no asumen el liderazgo, ¿quién lo va a hacer?

—Pero aparte de la gestión de la Trinity, yo nunca he ejercido ningún cargo público... —objetó John.

—Tanto mejor. Podéis presentaros como un hombre honrado al que mueve

sólo el sentido del deber. Decidme una cosa: ¿cuántos de los grandes negociantes de la ciudad creéis que son leales?

—La mitad, quizá.

—¿Y los pequeños comerciantes y los artesanos?

—Es difícil precisarlo. Menos de la mitad... aunque a muchos se les podría convencer.

—Exactamente. Alguien tiene que insuflarles coraje. Vos podríais hacerlo... si os sentís con valor. —Al ver que Master titubeaba, se apresuró a añadir—: Más arriba siguiendo el río y también en Long Island hay granjeros

que se sumarían a nuestra causa. La mayoría de los habitantes del condado de Queens son, según la información con la que cuento, leales. Incluso las capas más pobres de la ciudad pueden volver a entrar en razón. No todo está perdido. Por eso os animo, Master, a que reflexionéis en conciencia y cumpláis con vuestro deber.

John regresó a casa halagado pero indeciso. Luego habló del asunto con Mercy.

—Debes seguir los dictados de tu conciencia —le dijo ella—. Yo estaré a tu lado.

Estuvo meditando la cuestión

durante una semana. Después se puso manos a la obra. Empezó invitando a su casa no sólo a mercaderes, sino a pequeños comerciantes y artesanos a quienes creía poder devolver al buen camino. Con el transbordador de Brooklyn, se desplazó para ir a visitar a sensatos granjeros holandeses que no tenían ninguna paciencia con los radicales. Incluso hizo prueba de valor entrando en las tabernas de la ciudad para discutir la cuestión con obreros y marineros. En una de aquellas ocasiones vio a Charlie White. Éste se mantuvo cerca mirándolo con asco, pero no intervino.

Quizá se debió a que estaba tan ocupado con todas aquellas actividades que al principio no prestó suficiente importancia al aspecto de cansancio que presentaba su esposa. Supuso que se trataba de una enfermedad banal, y también lo creyó así Abigail. Mercy no tenía fiebre y seguía con sus ocupaciones habituales. En los últimos años había adquirido el hábito de descansar un rato por la tarde.

—Creo que esta tarde descansaré un poco más —le había dicho más de un día a Abigail, sin embargo.

A medida que los días se hacían más

cortos ese mes de noviembre parecía como si la mengua de luz mermase aún más las energías de Mercy. No obstante, siempre que llegaba su esposo salía de su estado de sopor para interesarse por todo cuanto había hecho. Cuando él le preguntaba si se encontraba mal, le aseguraba que no.

—Creo que es el tiempo que me tiene un poco mustia hoy —aducía.

Y si él sugería, tal como lo hizo en más de una ocasión, que tal vez debería quedarse en casa con ella aquel día, no quería ni oír hablar de ello.

Su palidez la atribuyeron al tiempo. Siempre que salía el sol por la mañana,

Abigail la convencía para que saliera a caminar con ella por el Bowling Green, o incluso por el puerto, y su madre decía que aquellos paseos eran un placer para ella. A mediodía, Ruth y Hannah le servían un caldo caliente, o croquetas, con la esperanza de que sirvieran para fortalecerla. Aquél era un régimen que había alabado el médico durante el par de visitas que le había efectuado.

—Una copa de vino tinto a mediodía y de coñac por la noche —recomendó asimismo.

A finales de noviembre, aprovechando que había un barco que zarpaba hacia Londres a pesar del

tiempo invernal, John envió una carta a su hijo en la que le decía que, aun sin ser alarmante su estado, su madre se encontraba baja de ánimos y que era hora de que fuera a verlos.

A mediados de diciembre, cuando estaba a punto de efectuar su primer discurso en público en el piso de arriba de una taberna, Salomon apareció en la puerta y se acercó a toda prisa.

—Será mejor que vengáis, amo —le susurró—. El ama está enferma. Está muy mal.

Había vomitado sangre. Después se

había desmayado. Acostada en la cama, se la veía exhausta. Al parecer ya había vomitado sangre antes, pero lo había ocultado. Llamaron al médico. Éste no se pronunció sobre la evolución de la enferma.

Durante un mes, John pensó que Mercy se iba a reponer, quizá porque ella decía que estaba mejor y también porque deseaba creerlo. Se iba a poner bien. Aun así, cuando otro barco partió rumbo a Inglaterra a finales de diciembre envió una carta a James. «Tu madre se está muriendo. No puedo decirte cuánto tiempo va a durar, pero te pido que no tardes en venir».

Después de aquello limitó sus actividades políticas. Aun cuando Abigail ejercía las funciones de enfermera, no quería dejarla sola con toda la carga. Todos los días obligaba a su hija a salir un par de horas y se sentaba junto a la cabecera de Mercy. A veces a ella le apetecía que le leyera algo, el Evangelio sobre todo. Y mientras leía aquellos magníficos textos, la potencia y paz contenida en ellos lo confortaban un poco también a él. No era suficiente, sin embargo. En ocasiones, cuando Mercy sentía dolor, él sufría casi tanto como ella.

A medida que pasaban las semanas y

ella estaba cada vez más pálida y delgada, se mantenía, con todo, al corriente de lo que sucedía en el mundo. En febrero, los moderados ganaron la partida y la asamblea de Nueva York se negó a mandar delegados para asistir al segundo congreso de Filadelfia. Él se felicitó de su sensatez, abrigando la esperanza de que los esfuerzos que había realizado a comienzos de invierno hubieran contribuido a fortalecer la moral de los políticos. Su decisión fue en vano de todas formas. Los patriotas reaccionaron con protestas en las calles y eligieron un comité por su cuenta. Incapaz de controlar los

acontecimientos, la Asamblea estaba perdiendo relevancia.

En marzo, John tenía la impresión de que le quedaba poco tiempo antes de perder a Mercy. Una llama de determinación la mantenía todavía con vida, empero.

—¿Crees que James va a venir? —le preguntaba a veces.

—Le escribí en diciembre —respondía con sinceridad—. Pero el viaje es largo.

—Lo esperaré mientras pueda.

A veces, cuando hacía compañía a su madre, Abigail le cantaba. Aunque no tenía una voz potente, entonaba bien. Le

cantaba bajito y aquello parecía aportar sosiego a su madre.

John Master cenaba todas las noches con Abigail y Hudson les servía. Master siempre procuraba hablarle de otras cosas. Le describía la gran red comercial que vinculaba Nueva York con el sur, las Indias Occidentales y Europa. En ocasiones hablaban de la situación política. A ella le gustaba que le contara cosas de Inglaterra, de todo lo que había visto allí, de los Albion y, por supuesto, de James. A veces le hacía preguntas sobre su infancia y su juventud. Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que si él hacía lo posible

por distraerla, las preguntas que ella le formulaba tenían exactamente el mismo objetivo.

Si Abigail era un sostén para él, tenía que reconocer asimismo que el hijo de Hudson, Salomon, se había enmendado mucho. Hudson siempre encontraba maneras para mantener al chico ocupado en la casa. Cuando aparecía una gotera en el tejado después de una tormenta, se subía a repararla con celeridad y lo hacía a conciencia. A comienzos de año, Hudson le había pedido en un par de ocasiones si no podría enviar a Salomon a trabajar un tiempo para Susan en el condado de

Dutchess. El joven resultaba, no obstante, tan útil en Nueva York que Master no había querido plantearse el asunto.

A mediados de marzo, Mercy estaba aún más pálida y demacrada. La naturaleza tenía, empero, la bondad de atraerla hacia un reino de somnolencia cada vez más continua. John se preocupaba por Abigail, que se veía cansada y desmejorada, sin darse cuenta de lo agotado que estaba él mismo. Justo antes de concluir el mes de marzo, una noche en que permanecía sentado al lado de Mercy, ésta le puso la mano en la suya.

—Ya no puedo resistir más, John —
murmuró.

—No te vayas —le dijo.

—Ya es hora —repuso ella—. Ya
has sufrido bastante.

Al amanecer falleció.

Tres semanas después uno de los
empleados del almacén llegó corriendo
con la noticia que acababa de llegar de
Boston.

—Ha habido enfrentamientos
armados. Los patriotas han propinado
una soberana paliza en Lexington a los
casacas rojas británicos.

John Master salió de inmediato de casa. Pasó una hora tratando de recabar toda la información posible. Al pasar junto al puerto, advirtió que acababa de llegar un barco de Inglaterra. Enseguida reclamó su atención la multitud de hombres arremolinados junto a otro barco que se disponía a zarpar. Con gritos y alaridos, aquellos individuos se afanaban en bajar su carga al muelle.

—¿Qué diantre hacen? —preguntó al barquero.

—Es un cargamento de provisiones para las tropas inglesas. Los Chicos de la Libertad se quieren asegurar de que no las reciban —le explicó el hombre

—. Otro grupo ha subido al arsenal para llevarse las armas y la munición. Si las tropas bajan de Boston, encontrarán a nuestros chicos bien preparados — añadió con una sonrisa.

—Pero esto es una revolución — protestó Master.

—Yo diría que sí.

Master aún se planteaba qué podía hacer cuando lo encontró Salomon.

—La señorita Abigail dice que vaya a casa ahora mismo, amo.

—¿Ah, sí? ¿Qué ha ocurrido?

—El señor James acaba de llegar de Londres.

—¿James?

—Sí, amo. Y va con un niño.

—Voy ahora mismo —exclamó

Master—. ¿Y su esposa?

—No, amo. No esposa. Han venido solos.

El patriota

Cenaron temprano, James, su padre, Abigail y Weston, el niño. Hudson y Salomon sirvieron la mesa. Observando a su familia, James sentía una mezcolanza de emociones. Las primeras horas posteriores a su llegada habían estado impregnadas de melancolía. Después de la conmoción que se había llevado al enterarse de que su madre había muerto, se reprochó amargamente a sí mismo no haber acudido antes. Entonces, al contemplar a su familia, experimentó de improviso

una inmensa oleada de afecto. Allí estaba su padre, tan guapo como siempre. Y Abigail, la hermanita a la que apenas conocía, que a punto de cumplir los quince años se estaba convirtiendo en una mujer. Con qué alegría y esperanza lo había recibido... y qué instinto de protección había despertado en él...

Y Weston. James había advertido cómo a su padre se le enternecía la expresión y se le iluminaba la mirada al ver al niño. Con su pelo rubio y sus ojos azules, Weston parecía una versión en miniatura de su abuelo.

Tenían mucho que contarse. James

quiso saber cómo estaban su hermana Susan y su familia, de modo que acordaron ir lo antes posible a visitarlos al condado de Dutchess. Luego él les contó novedades sobre los Albion y las noticias recientes de Londres. Sólo había una persona de quien no habían hablado aún.

—Sentimos no tener el placer de acoger a tu esposa —dijo por fin su padre.

—Ah, sí. —Vanessa. A su llegada, James les había explicado brevemente que, debido a la premura con que habían tenido que preparar el viaje, no había sido posible que lo acompañara su

esposa. Faltaba añadir algo. Entonces, tras dedicar una ojeada a su hijo, sonrió alegremente, como si su ausencia fuera lo más natural del mundo—. Vanessa espera tener ese placer más adelante.

Se abrió una pausa mientras todos esperaban que aclarase algo más, pero no fue así.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo, James? —preguntó Abigail.

—No estoy seguro.

—También los tiempos son inseguros —apostilló con aire lúgubre su padre.

Después de aquello James llevó la conversación hacia otros temas más

livianos. Se interesó por los detalles de la vida de Abigail, sus pasatiempos preferidos o los libros que leía. Todos elogiaron mucho al pequeño Weston.

Sólo al cabo de un rato, una vez que Abigail se hubo llevado a Weston a la cama, cuando se encontraron a solas, padre e hijo pudieron conversar sin trabas sobre los asuntos que afectaban a las colonias.

John Master le expuso con detenimiento lo ocurrido en Lexington. Pensaran lo que pensasen los bostonianos, apostilló, aquello había sido sólo una escaramuza entre los patriotas y una pequeña fracción del

ejército que no tendría ninguna incidencia en la globalidad de los enfrentamientos, puesto que los soldados británicos estaban mucho mejor entrenados. En cuanto al pillaje de los suministros y de las armas perpetrado en Nueva York, se trataba de actos de rebeldía por los cuales tendrían que rendir cuentas sus autores.

—Aunque debo explicarte la situación que sirvió de telón de fondo a estos sucesos —añadió.

Entonces repasó los últimos años de la historia de la colonia, describiendo con franqueza la ineptitud de los gobernadores reales y los efectos de la

rigidez de la postura de Londres combinada con la obstinación de los bostonianos. Le habló de la decadencia de la Asamblea, de la creciente influencia de los Hijos de la Libertad, de los disturbios, de su encuentro con el viejo Eliot Master y de sus relaciones con el capitán Rivers y Charlie White. Su exposición fue meticulosa, clara y equilibrada.

Bajo aquella comedida fachada, James percibió no obstante el dolor de su padre. Todo aquello en lo que él creía parecía sometido a asedio. La brutalidad con que su antiguo amigo Charlie White se había vuelto contra él parecía haberle

afectado en especial. Era evidente que en medio de toda aquella agitación y sin el consuelo de su esposa, John se encontraba solo y sentía incluso temor.

—Me alegra mucho que estés aquí —concluyó John—. Como una familia leal, debemos decidir qué vamos a hacer.

—¿Qué tenías pensado tú?

Su padre se abstrajo un momento y después exhaló un suspiro.

—Te confesaré algo —contestó—. Cuando estuvo aquí el capitán Rivers, me preguntó si había pensado en ir a vivir a Inglaterra. En ese momento me quedé asombrado de que se le ocurriera

algo así. Hace ya bastantes generaciones que nos instalamos aquí. De todas maneras, si las cosas no mejoran, por el bien de tu hermana, te confieso que casi estoy por pensar si no deberíamos volver a Londres.

Sin expresar una opinión concreta al respecto, James formuló varias preguntas a su padre, trató de reconfortarlo y le prometió que trataría aquellos asuntos en los días venideros.

Cuando se disponían a retirarse a sus dormitorios, su padre lo detuvo de improviso.

—No quiero ser indiscreto, James, pero me ha extrañado que tú y Weston

vinierais sin su madre. ¿Te llevas bien con tu esposa? ¿No quieres contarme nada?

—No, padre, por ahora no tengo nada que decir.

—Como quieras —aceptó con gesto preocupado John.

Tras darle las buenas noches, James se refugió en su habitación, contento de poder evitar más preguntas. El tema de Vanessa no era lo único que deseaba evitar. Había algo más que había ocultado a su padre.

A la mañana siguiente, acababan

justo de desayunar cuando Hudson acudió con una noticia.

—Salomon dice que hay mucha gente desfilando por Wall Street.

Para cuando James y su padre llegaron, la calle estaba saturada con la presencia de miles de personas. El centro de interés era el ayuntamiento, por lo visto. Llevaban un momento allí cuando los abordaron dos hombres. John presentó a su hijo a John Jay, el abogado, y a un robusto individuo vestido con un reluciente chaleco que resultó ser Duane, el comerciante.

—¿Qué ocurre? —preguntó John Master.

—Quieren que armemos la ciudad para luchar contra los británicos —explicó Jay.

—¡Indignante! —gritó Master.

—¿Qué vais a hacer? —inquirió James.

—Darles lo que quieren, creo —repuso tranquilamente Jay.

—¿Justificáis la rebelión armada? —exclamó Master, antes de mirar a James, como diciéndole: «fíjate a dónde hemos ido a parar». Luego, volviéndose hacia Jay, señaló la multitud—. ¿Es esto lo que queréis vos y los vuestros?

James observó con atención al abogado patriota preguntándose cuál

sería su actitud. En ese preciso momento, entre el gentío brotó un clamor.

—¿Los míos? —John Jay miró con desdén a la muchedumbre—. He aquí una repugnante chusma —declaró fríamente.

—Y sin embargo estáis dispuesto a encabezar su causa —objetó Master.

—Lo que hay en juego es una cuestión de suma importancia —contestó el abogado.

—Tenemos que hacerlo, Master —intervino Duane—. Es la única manera de controlarlos.

John sacudió la cabeza con

incredulidad.

—Volvamos a casa, James —dijo.

Pero James no quería regresar todavía. Después de asegurar a su padre que lo haría al cabo de un rato se quedó por la zona, observando a la gente concentrada en la calle. Luego dio una vuelta por la ciudad, deteniéndose de vez en cuando para charlar con los vendedores y otras personas que encontró: un cordelero, una florista, un par de marineros y un par de comerciantes. A media mañana, entró en una taberna y se quedó sentado escuchando las conversaciones. Al concluir la mañana, tuvo la certeza de

que el plan que había ideado era correcto.

Era media tarde cuando entró en la taberna denominada Hampden Hall. Allí consultó al dueño, que le indicó una mesa en la que había sentados dos hombres. Tras acercarse a ellos, dirigió la palabra al de mayor edad.

—¿Señor White? ¿Señor Charlie White?

—¿Quién pregunta por mí?

—Me llamo James Master. Creo que conocéis a mi padre.

Charlie enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Y qué queréis de mí? —preguntó

con suspicacia.

—Hablar un momento con vos. — James posó la mirada en el otro hombre, que debía de tener más o menos su edad —. ¿No seréis Sam? —Como el otro repuso que probablemente sí, James asintió—. El caso es, caballeros, que creo que os debo disculpas a ambos. ¿Puedo sentarme?

James no tardó en explicarles que, hacía ya muchos años, su padre le había indicado que fuera a casa de Charlie para conocer a Sam y que pese a su intención de ir, había ido postergándolo, hasta que al final mintió a su padre.

—Ese tipo de cosas que a veces

hacen los chiquillos —reconoció con tristeza—. Mi padre siempre supuso que yo había ido a veros. Y más tarde, cuando me encontré con vos, señor White, dejé que pensarais que él nunca me había dicho siquiera que fuese. —Se encogió de hombros—. Por eso, como decía, creo que os debo disculpas a vos y a vuestro padre.

Sam miró a su padre, que se mantuvo en silencio.

—Ahora que soy mayor, tampoco hago mejor las cosas, por lo visto —prosiguió James—. Mi padre me pidió una y otra vez que volviera a casa, para ver a mi madre, y yo no vine. Ahora que

por fin estoy aquí, me encuentro con que es demasiado tarde. Ella murió durante mi viaje.

—Vuestra madre era una mujer bondadosa —declaró Charlie—. Siento que haya muerto. —Abrió una pausa—. Pero eso no significa que sea amigo de vuestro padre.

—Lo sé.

—Vos y él siempre seréis leales. Yo y Sam somos patriotas. Tal como lo veo yo, seguramente lucharemos unos contra otros dentro de poco.

—Puede que sí, señor White. O puede que no. Hay algo más que ignoráis.

—¿Qué?

—Yo no soy leal, señor White. Soy un patriota.

Vanessa

James Master jamás habría imaginado, a su llegada a Londres, que un día se casaría con Vanessa Wardour.

De hecho, cuando se celebró la boda, todo Londres se quedó asombrado. El joven colono era apuesto, desde luego, y heredero de una considerable fortuna, pero la hermosa Vanessa Wardour se encontraba en la cúspide del círculo aristocrático. Seguro que lo convertiría en un caballero rural, en un hombre refinado, pensaban todos. No obstante, al margen de lo que hiciera

su esposa, el joven Master no consideró que fuera una gran suerte pasar, casi de la noche a la mañana, del anonimato colonial a los selectos ambientes de la flor y nata del imperio.

James estaba muy orgulloso de ser británico. Así lo habían educado. Cuando sus padres lo llevaron a Londres, escuchó encantado la descripción del destino imperial que trazaba el gran Benjamin Franklin. Para él había sido una maravillosa experiencia poder ir a Oxford, disfrutar de sus majestuosos patios y monumentos e impregnarse del conocimiento de la Grecia y la Roma antiguas, tal como

correspondía a un perfecto caballero inglés.

Lo cierto era que cuando los ingleses paseaban por las clásicas calles y plazas londinenses o iban a tomar los baños termales en Bath, cuando los aristócratas viajaban por Italia y a su regreso encargaban la construcción de casas de campo de estilo palladiano, o cuando los políticos daban exquisitos discursos trufados de expresiones en latín, se consideraban en cierto modo como los legítimos herederos de la antigua Roma. En aquella época de expansión del Imperio británico era estupendo ser un caballero inglés, desde

luego, y era comprensible que los jóvenes que disfrutaban de aquella posición experimentaran un cierto sentimiento de superioridad.

También era natural que, al plantearse la gestión de sus extensos territorios, los ingleses buscaran inspiración en el modelo del poderoso Imperio romano. ¿Y cómo se había gobernado éste? Desde Roma, por supuesto. Después de la conquista de las provincias y el establecimiento de la *pax romana*, se enviaban gobernadores para dirigirlas. Los bárbaros salían ganando con el aporte de la civilización y quedaban agradecidos por ello. ¿Qué

más podían desear? En lo tocante a las leyes e impuestos, la toma de decisiones recaía en el emperador, el Senado y el pueblo de Roma.

Para el joven James Master fue una espléndida experiencia pasar a formar parte de aquella rutilante élite.

Claro que, de vez en cuando, le recordaban que su posición era ambigua. Podía tratarse de un comentario efectuado a la ligera por algún compañero de Oxford: «Vamos, Master, condenado provinciano...». O de una expresión de amistad: «Da igual que James sea un colono. Aun así, lo aceptamos como a uno más». Muchas

palabras, emitidas en son de broma, sin ninguna mala intención, le demostraban que, de todas maneras, en el fondo los jóvenes caballeros británicos no consideraban como igual a un americano. James tomaba por el lado bueno alguna que otra burla. En realidad, éstas no hacían más que acentuar su determinación de pasar a formar parte del exclusivo club británico.

Después de la universidad, James había sido feliz en Londres. Los Albion eran como su segunda familia. Grey y él habían estado juntos un año en Oxford y había sido un placer actuar como su

mentor. También en Londres era él el que llevaba la iniciativa, sobre todo en lo relativo a las mujeres.

James resultaba muy atractivo para las damas. Con su estatura, su belleza, su fortuna y sus agradables modales, era muy popular entre las señoritas que buscaban marido y entre las señoras que buscaban relaciones menos duraderas. Las señoritas debían reconocer, desde luego, que era una pena que su fortuna se encontrara en las colonias, pero cabía la posibilidad de que se quedara en Londres, o que hiciera al menos lo mismo que muchos otros ricos hombres de negocios neoyorquinos, que

mantenían casa en ambas ciudades. Además de la educación adquirida en Oxford, parecía tener un enfoque sensato de la vida. Le gustaba Londres, estaba a favor del imperio y tenía un punto de vista definido en lo tocante a las chusmas de radicales que causaban alborotos tanto en Londres como en Nueva York.

—Hay que tratarlos con mano firme —decía—. Son una amenaza para el orden.

No es de extrañar que, en tales circunstancias, James Master disfrutara sobremanera.

Un día de verano Grey Albion le

propuso que lo acompañara a cenar con su amigo Hughes, y James se reunió con ellos en una taberna próxima a la calle Strand. Los dos jóvenes formaban una curiosa pareja: Albion, el risueño y privilegiado muchacho de pelo alborotado y ojos azules, y Hughes, el hijo de un humilde cerero que se había abierto camino hasta trabajar en un despacho de abogados, siempre vestido con suma pulcritud. Con todo, por lo que le había contado Grey, detrás de su serena y respetable presencia tenía una gran osadía intelectual.

Durante la comida, hablaron un poco de todo. Pidieron carne asada y el

posadero les sirvió un excelente vino. Los tres bebieron bastante, aunque James advirtió que el joven empleado sólo tomó una copa. Se enteró de que Hughes no estaba implicado en política, pero que su padre era un radical. Hughes, por su parte, le preguntó por su familia y su infancia en Nueva York y expresó el deseo de poder ir un día allí.

—¿Y tú tienes intención de volver a América? —le planteó.

—Sí. A su debido tiempo —repuso James.

—¿Puedo preguntarte qué bando escogerás entonces en la disputa que se está librando ya?

—Mi familia es leal —dijo James.

—Muy leal —apostilló Grey Albion, sonriendo.

Hughes asintió con aire pensativo. Con su cara enjuta, la fina nariz ganchuda y la mirada atenta, evocaba un poco la apariencia de un pájaro.

—Mi familia se colocaría sin duda en la facción contraria —afirmó—. Como sabes, muchos artesanos y radicales de Londres consideran justas las quejas de los colonos. Y no sólo son personas de condición humilde como mi familia. Algunos de los liberales de solera e incluso ciertos miembros de la nobleza rural aseguran que los colonos

sólo piden lo mismo que exigieron sus propios antepasados antes de decapitar al rey Carlos. No hay impuestos sin representación: ése es el derecho natural de todo inglés.

—Pero tampoco eso es razón para rebelarse —opinó Grey Albion.

—Nosotros nos rebelamos en Inglaterra en el siglo pasado.

Gray se volvió riendo hacia James.

—Ya te dije que mi amigo tenía sus propias ideas.

—Pero ¿no teméis que cunda el desorden? —inquirió James.

—Lo mismo argüían los realistas cuando nos quejábamos de la tiranía del

Rey. Todos los gobiernos temen los desórdenes.

—Pero el imperio...

—Bah. —Hughes se quedó mirando a James, con un peligroso brillo en los ojos—. Tú crees que, como el Imperio romano, el británico debe ser gobernado desde la capital, que Londres debe ser la nueva Roma.

—Supongo que sí —concedió James.

—Como casi todo el mundo —acordó Hughes—. Y por eso, en el caso de América, topamos con una dificultad. Más que una dificultad es una flagrante contradicción.

—¿En qué sentido?

—Los colonos creen que son ingleses. ¿Se considera inglés tu padre?

—Por supuesto. Un inglés leal.

—Pero por el hecho de vivir en América, tu padre no puede disponer de los mismos derechos que hacen de él un inglés, y como tal un súbdito leal a la Corona. El sistema del imperio no lo permite. Tu padre no es un inglés con todos los derechos: es un colono. Puede que agradezca que lo gobiernen ingleses nacidos con ellos en Londres (que es mejor, claro, que ser gobernado por un tirano) pero se tiene que conformar con eso. Si tu padre es leal al Rey y al

imperio porque cree que es un inglés, se engaña a sí mismo. Y todo esto se debe a que a nadie se le ocurre otra manera de gobernar un imperio. Yo digo, por consiguiente, que tarde o temprano va a haber un conflicto. Si tu padre tiene buen juicio, se rebelará.

Hughes los miró con actitud triunfal, satisfecho al parecer con aquella desoladora paradoja.

—No creo que le vaya a contar a mi padre lo que dices de él —replicó James, riendo—. Dime algo: ¿de qué manera se gobierna un imperio? ¿Cómo podrían obtener representación los colonos americanos?

—Hay dos opciones. Podría haber representantes americanos en el Parlamento de Londres. Sería difícil de manejar, dado el vasto océano que separa América de Londres.

—¿Y si los colonos votaran sobre cuestiones que afectan a los ingleses? —planteó Grey Albion—. No me imagino a ningún gobierno que defendiera tal opción.

—Pues ahí es donde los colonos lo tienen muy difícil —señaló Hughes con una astuta sonrisa—. En realidad, si los gobiernos fueran sensatos, pensarían a lo grande. Si las colonias americanas tuvieran representación en Londres, a

medida que crecieran éstas también aumentaría el número de sus representantes, de tal forma que en cuestión de uno o dos siglos, diría, llegaríamos a tener un Parlamento imperial en el que los miembros americanos constituirían mayoría. ¡Quién sabe, hasta el Rey podría abandonar Londres para sentar corte en Nueva York!

Grey Albion se echó a reír. James sacudió la cabeza, divertido y a la vez pensativo.

—Decías que había dos opciones — recordó a Hughes.

—Así es. La otra sería dejar que los

americanos se gobernarán a sí mismos... o al menos que aprobasen los impuestos que deben pagar.

—Siempre y cuando estuvieran dispuestos a pagar algún tributo.

—Eso sería una dificultad, pero en todo caso deberían pagar por su defensa. Lo que ocurre es que a los ministros de Londres les cuesta renunciar ni siquiera a una franja de poder.

—No tienes en cuenta un punto importante, Hughes —intervino Grey Albion—. Nuestros ministros temen que si ceden a las demandas de los radicales americanos, otras partes del imperio, como Irlanda, exijan más libertad, y se

venga abajo todo él.

—Yo creo que tendrán más problemas si no lo hacen —afirmó Hughes.

—Entonces, ¿no crees que las actuales disposiciones tomadas con América puedan durar?

—A mí me parece que las personas como Benjamin Franklin y tu padre pueden llegar a soluciones transitorias, pero el sistema tiene unos cimientos defectuosos.

Una vez concluida la velada, mientras volvían a pie a casa con James, Grey estaba alborozado.

—¿A que Hughes es toda una

personalidad? Siempre tiene una opinión formada sobre todo. Algunas personas piensan que está un poco loco, pero yo disfruto mucho con él.

James asintió en silencio. Él no creía ni por asomo que Hughes estuviera loco, pero lo que había dicho lo había dejado inquieto, y necesitaba reflexionar sobre ello.

Al día siguiente conoció a Vanessa en casa de lord Riverdale. Él llevaba una espléndida chaqueta azul que sabía que le sentaba muy bien. Se la presentaron como lady Rockbourne, y él

supuso que estaba casada. Charlaron un rato y no dejó de apreciar su gran belleza. Era rubia y delgada, y tenía unos ojos de color azul claro que parecían enfocar un punto algo lejano. No le dio, con todo, mayor importancia a aquel encuentro hasta que, hacia el final de la velada, una de las damas asistentes le aseguró que Vanessa había quedado muy impresionada con él. Entonces James comentó que no le habían presentado a su marido.

—¿No lo sabíais? Es viuda. —La dama le dirigió una mirada de complicidad—. Y sin ataduras.

Al cabo de unos días recibió una

invitación grabada en relieve para una recepción en la residencia de lady Rockbourne, en el barrio de Mayfair.

Tardaron un mes en convertirse en amantes. Hasta que eso sucedió, él se dio cuenta de que ella hacía lo posible para que coincidieran con frecuencia y que efectuaba indagaciones sobre él. Pronto tuvo la certeza de que sentía atracción física, pero resultó evidente que no era sólo eso. Cuando por fin Vanessa se lo dio a entender, James se sintió bastante halagado. Ni siquiera entonces comprendió muy bien por qué lo había elegido, y cuando se lo preguntó le dio tan sólo una vaga

respuesta evasiva.

James nunca había tenido una relación íntima con una aristócrata hasta entonces. En realidad, tenía que admitir que una parte de la fascinación que ella ejercía sobre él se debía a su clase social; no es que James fuera un esnob, pero sentía curiosidad. En la actitud que ella tenía ante el mundo había un aire de superioridad tan asumido que, de haberlo empleado contra él, lo habría indignado, pero como gozaba de su aceptación, lo encontraba gracioso. Observaba la elegancia con que hacía las cosas, la asombrosa ligereza con la que se movía, la sutil inflexión con que

podía alterar el significado de una sola palabra o cargarla de ironía; y a la vez, la sorprendente franqueza que podía emplear a veces en situaciones en que la mayoría de los mortales preferirían ser menos directos. Todo aquello era novedoso y fascinante para James. Al mismo tiempo, percibía en ella un nerviosismo profundo, un hueco oscuro en su alma, una vulnerabilidad que le inspiraba un instinto de protección hacia ella. «Quizá sea un brazo fuerte y tierno como el mío lo que en secreto anhela», pensaba.

A medida que transcurrían los meses, cada vez pasaba más tiempo con

ella. Si no se veían durante un par de días, el lacayo de Vanessa se presentaba en casa de los Albion con una nota en la que le daba cita. Se había vuelto bastante dependiente. Él, por su parte, estaba tan fascinado con ella que cuando le anunció que estaba embarazada, no consideró extraño plantear la posibilidad de casarse.

Ella no respondió enseguida; se tomó una semana para pensarlo. Él lo entendía muy bien; después de todo, no tenía ningún gran título ni propiedad. Una cosa era mantener una relación íntima y otra casarse. Tener un hijo sin marido era algo serio incluso para una

viuda de su encumbrada posición social, aunque probablemente podría encontrar una salida viajando enseguida hacia la Europa continental, donde se quedaría hasta después del nacimiento del niño, a quien podía dejar a cargo de alguien. El caso fue que, por un motivo u otro, al cabo de una semana le dijo que se casaría con él.

La boda fue discreta. Se celebró en la distinguida iglesia de Saint George, en Hanover Square, con la asistencia tan sólo de los Albion, los Riverdale y unos cuantos amigos íntimos que actuaron como testigos. Seis meses después nació el pequeño Weston.

James estaba muy orgulloso de Weston. Desde que tenía meses presentaba ya un gran parecido con John Master. Por otro lado, James también se sentía orgulloso de que por primera vez, al menos hasta donde él tenía constancia, la familia Master hubiera entroncado con la aristocracia. Las generaciones futuras llevarían en sus venas sangre de la nobleza, de la realeza incluso, transmitida a través de incontables lazos familiares.

Vanessa también parecía contenta. Aun cuando ahora fuera sólo la señora Master, sin más títulos, su sola presencia confería un nuevo lustre al apellido, y el

hecho de que al pequeño le llovieran comentarios de admiración de todos también le resultaba gratificante. De hecho, durante su primer año de matrimonio apenas hubo fricciones entre ella y James, exceptuando una cuestión de poca monta.

Él seguía trabajando. Aunque pasaba menos tiempo en las oficinas de Albion, cosa que éste comprendía perfectamente, no descuidaba el negocio.

—¿Es necesario que ejerzas de menestral, James? —le espetaba su esposa.

Él reaccionaba sólo con una carcajada.

—No vivo en el almacén —contestaba—. Albion es todo un caballero que goza de una respetable posición en los negocios de la ciudad, y yo voy allí a velar por los asuntos comerciales de mi familia... que no son una minucia —le recordaba.

—Quizá podríamos comprar una finca en el campo —sugería—. Podrías permitírtelo. Creo que me gustaría verte en el Parlamento.

—Por mí no hay inconveniente —decía—, pero de todas maneras hay que atender los negocios de la familia.

Se daba cuenta de que, como muchas mujeres, se proponía hacer cambiar al

hombre que amaba. Lo encontraba divertido casi, pero aun así no tenía la más mínima intención de descuidar sus negocios. También comentó varias veces que deberían pensar en cruzar el Atlántico para visitar a su familia, que estaría con muchas ganas de conocerla.

—Todavía no, James —respondía ella—. Weston es aún muy pequeño.

Puesto que le parecía razonable, no discutía más.

Estuvo encantado cuando ella volvió a quedarse embarazada; esperaba que fuera una niña. Luego ella sufrió un aborto. A él le causó tristeza, pero a Vanessa le afectó mucho más.

Tuvo una depresión. Durante semanas permaneció en casa sin salir prácticamente, con la vista perdida en la ventana, vencida al parecer por la apatía. Él intentaba animarla, convencerla para que buscara diversiones, pero la mayoría de las veces era inútil: era como si se estuviera aislando. Ni siquiera Weston era una fuente de alegría para ella. Después de jugar un poco con él, lo devolvía a la niñera y les indicaba que se retirasen.

Poco a poco volvió a recuperar su estado normal, o una semblanza de éste. Pero se produjo un cambio en ella.

Aunque le permitía dormir en su cama, James sentía claramente que no quería que la abrazase. Trató de ser tierno, esperando que las cosas mejorasen. Aún le costaba más entender, empero, la actitud que tenía con Weston.

Él daba por sentado que todas las mujeres poseían una disposición maternal, que era un instinto natural en ellas. Por eso encontraba extraño que, incluso después de haberse restablecido, Vanessa no volcara más afecto en su hijo. Para la gente ajena a la familia era una madre perfecta, pero en los gestos y atenciones que le dedicaba había poco calor.

—Se parece a ti —comentó una vez a James, mientras lo tenía en el regazo.

—Es el vivo retrato de mi padre, de hecho —repuso James.

—Ah —exclamó con tristeza—. ¿De verdad?

Luego depositó en el suelo a Weston sin ningún entusiasmo y James se quedó pensando si sentía un verdadero afecto por él o por su hijo.

Poco después de aquel incidente, James se encontró a Benjamin Franklin en la calle Strand. Lo abordó y le explicó quién era.

—Venid a mi casa y charlaremos un rato —lo invitó afablemente el gran

hombre.

La conversación con Franklin resultó, como siempre, muy esclarecedora. Cuando hablaron de la causa de los patriotas, James le expuso el punto de vista que había sostenido Hughes en la cena.

—Confieso que muchas veces he ponderado sus palabras desde entonces, preguntándome si no estaría en lo cierto —dijo a Franklin—. Es posible que nunca se pueda llegar a establecer un acuerdo fundamental entre el Gobierno británico y las colonias americanas.

Franklin, por su parte, era más optimista.

—No diré que la lógica de vuestro amigo no sea acertada —concedió alegremente—, pero el arte de la política exige negociación y concesiones, más que lógica. La cuestión no es tanto si el Imperio británico tiene un sentido, sino si sus habitantes pueden vivir juntos en él. Eso es lo esencial. Yo aún mantengo esperanzas de que así sea, y espero que vos también.

Con ánimo más alegre, James regresó hacia Piccadilly. Después giró hacia Mayfair y al llegar a casa, el mayordomo lo informó de que su esposa estaba con una visita, una señora, en el

salón pequeño. Una vez en el piso de arriba, James se encaminó a la puerta del salón y estaba a punto de entrar cuando oyó la voz de su esposa.

—Apenas puedo soportarlo. Cada día que paso bajo este techo se ha convertido en una tortura.

—No puede ser tan terrible —oyó que le decía con voz sosegada la otra dama.

—Sí lo es. Estoy atrapada en un matrimonio con un colono. Un colono que me quiere llevar a su maldita colonia. Me pongo a temblar sólo de pensar que, si vamos allí, tal vez querría quedarse.

—¿Quedarse en América, cuando tiene ocasión de vivir en Londres? No lo creo posible.

—Vos no lo conocéis. No podéis imaginaros cómo es.

—Me dijisteis que como marido es...

—Ah, no me quejo de su hombría. Durante un tiempo hasta lo quise, creo. Pero ahora... no puedo soportar ni que me toque.

—Este tipo de cosas suceden a veces en un matrimonio. Quizá sea transitorio.

—No. Ay ¿cómo pude haber sido tan necia para entramparme con él? Y todo

por culpa de su maldito hijo.

—No digáis eso, Vanessa. ¿Está él al corriente de vuestros sentimientos?

—¿Él? ¿El colono? ¡Qué va a saber! No sabe nada.

James se alejó de la puerta en silencio. «Ahora lo sabe», pensó con humor lúgubre. Una vez abajo, dijo al mayordomo que no valía la pena que mencionara a su esposa que había estado allí, porque acababa de acordarse de que tenía que hacer un recado. Tardó más de una hora en volver.

Durante el año siguiente, James

prosигuió con sus actividades habituales. Observaba con atención a su mujer tratando de advertir señales o bien del aborrecimiento que disimulaba, o de cualquier mejora de sus sentimientos con respecto a él. No pudo detectar nada ni en un sentido ni en otro. Ahora que sabía lo que sentía, se abstenía en general de acudir a su cama, y ella no expresó queja por ello. De vez en cuando Vanessa le daba a entender que esperaba atenciones por su parte, y puesto que ella era una mujer atractiva y él un hombre vigoroso, se hallaba en condiciones de satisfacerla cuando ella lo deseaba. Por lo demás, acudía a una

discreta casa de Mayfair cuyas chicas tenían fama de ser muy limpias. Para hacer honor a la verdad, a veces se planteaba si merecía siquiera la pena mantener aquel lamentable remedo de matrimonio, de no ser por el pequeño Weston.

Mientras llegaban noticias de las sucesivas afrentas protagonizadas por las colonias americanas, donde prosperaba la causa de los patriotas, el Congreso se reunía en Filadelfia y el Gobierno británico seguía igual de obtuso para dar respuesta a aquellos retos, James pensaba a menudo en su querida familia que vivía en Nueva

York, y en su hijito, que vivía en Londres, y se preguntaba si de veras quería que el pequeño Weston formara parte del mundo de su madre, si no sería mejor que estuviera en el mundo más simple y puro en el que se había criado él.

Qué ganas tenía de llevar a Weston a que conociera a sus abuelos... Con qué sufrimiento contestaba a las cartas de su padre, que le rogaba que regresase. El par de ocasiones en que había planteado la cuestión a Vanessa, prometiéndole incluso que su estancia sería breve, ella se había negado a consentir el viaje.

Curiosamente, la pelea que llevó por

fin la situación a un punto crítico no se inició a cuenta de su familia, sino de Benjamin Franklin. La disputa tuvo lugar a comienzos de diciembre de 1774.

Franklin, con su bienintencionada intervención en el asunto de las cartas de Hutchinson, sólo consiguió atizar más el fuego, pues no sólo causó indignación en las colonias. En Londres fueron muchos los que pensaron que había exacerbado los ánimos de forma deliberada y no escatimaron los insultos. Franklin había reaccionado escribiendo un par de artículos en los que destacaba algunos de los errores cometidos por el gobierno londinense de turno. Aquello

acabó de envenenar la situación y aunque todavía tenía amigos influyentes en el Parlamento, se convirtió en *persona non grata*.

James y Vanessa volvían con su carruaje de una cena por las heladas calles, cuando él tuvo la inoportuna ocurrencia de comentar que lamentaba que Franklin hubiera sido descalificado de manera tan rotunda durante la fiesta.

—A mí no me extraña —murmuró Vanessa.

—Obra con buena intención —adujo James.

Entonces, sin que hubiera ningún motivo especial aparte de la rabia que

llevaba acumulando tanto tiempo, Vanessa dio rienda suelta a su agresividad.

—Franklin es un maldito colono, un sucio e insignificante traidor que se las da de caballero.

—Creo que eso es bastante injusto.

—Vino a Londres prometiendo cumplir un papel útil. Nosotros lo tratamos como a un inglés, e incluso enviamos a su hijo bastardo a gobernar Nueva Jersey. Pues si es un caballero, sólo tiene que hacer una cosa de entrada: mantener la boca cerrada hasta que le digan que la abra. Por lo que a mí respecta, a él y los otros traidores

colonos había que llevarlos a un campo y fusilarlos. Así se restablecería el orden en las colonias.

—Bueno, ahora ya sabemos lo que piensas.

—¡No sé de nadie que piense de manera diferente, maldito colono! —gritó—. Ya puedes agradecer que tienes un hijo que ha nacido en un país civilizado. Ruego a Dios que nunca ponga los pies en tu condenada colonia.

James indicó al cochero, que sin duda había oído buena parte del altercado, que detuviera el carruaje y se bajó. Vanessa no dijo ni una palabra.

Mientras volvía a casa a pie no

experimentó pena, ni siquiera ira, sino asco. No bien llegó, se fue a su despacho y sacó la última carta de su padre. Al releer su ruego para que se apurase para ir a ver a su madre, lo invadió una oleada de vergüenza. Aunque no fuera con su familia, se hizo el propósito de tomar un barco lo antes posible. Luego se retiró a su habitación, donde durmió solo.

Después de levantarse tarde, desayunó y estaba a punto de irse a la oficina de Albion cuando el mayordomo le entregó una carta. Vanessa la había escrito de su puño y letra. Le anunciaba que había salido temprano esa mañana,

que se iba al continente, y que no podía precisar cuando volvería.

Antes de Navidad, James fue a ver a Benjamin Franklin. Se llevó una sorpresa cuando, tras comunicarle su decisión, el anciano no trató de disuadirlo.

—Lo cierto es —confesó— que también yo he llegado a la misma conclusión. He llamado a las puertas de todas las personas que conozco en Londres. En algunas todavía me abren, y en éstas todos me repiten lo mismo: el Gobierno británico no va ceder. Yo

siempre había creído que era posible llegar a un punto intermedio, pero ahora ya no lo creo. Vuestro joven amigo abogado tenía razón, por lo visto — concedió con una sonrisa—. Me parece que no voy a tardar mucho en seguiros.

—Nunca había percibido hasta qué punto desprecian aquí a los colonos.

—Los británicos están enojados. Cuando la gente está enfadada, no mide los insultos. Así el prejuicio se magnifica, convertido en una causa.

—Nunca he entendido la arrogancia británica tampoco.

—Todos los imperios se vuelven arrogantes. Es algo intrínseco.

James se despidió del anciano con afectuosas expresiones de buena voluntad. Sólo faltaba efectuar los preparativos para el viaje y, puesto que su madre se había ido, llevar consigo al pequeño Weston. Aquello, al menos, era una bendición: Weston vería por fin a sus abuelos.

Mientras lo llevaba de la mano antes de embarcar, formuló para sus adentros un solo deseo: que el pequeño nunca supiera que su madre no lo quería.

La guerra

❧ **Marzo de 1776** ❧

Afuera lucía un cielo azul. Hudson le había dicho ya que las calles estaban tranquilas. Tras devolver la carta a su padre, Abigail salió al vestíbulo donde la esperaba el pequeño Weston y lo cogió de la mano.

—Vamos, Weston —dijo—. Saldremos a dar un paseo.

El niño era como su propio hijo ahora. Era un encanto. Habría dado la

vida antes de permitir que le ocurriera nada malo.

Un año después del regreso de James, el mundo había experimentado un cambio radical. Durante un tiempo, las voces de la moderación habían hallado eco. El Congreso continental había jurado que sólo deseaba recibir un trato justo de Inglaterra. En Nueva York, las personalidades como John Jay habían logrado contener a los Chicos de la Libertad. La tregua no duró mucho, sin embargo.

La rebelión adquirió un impulso propio. Primero, después de las escaramuzas de Lexington y Concord,

cuando el general Howe trataba de escapar de Boston junto con sus casacas rojas, los patriotas les infligieron una estruendosa derrota con un terrible número de bajas. Luego, en la cuenca alta del río Hudson, la milicia de las Montañas Verdes, de Vermont, capitaneada por Ethan Allen, tomó por sorpresa a los casacas rojas y se apoderó del fuerte de Ticonderoga, con su artillería pesada. Después de aquello, el Congreso se sentía tan envalentonado que hasta emprendieron una incursión en territorio de Canadá.

Más al sur, en Virginia, el gobernador británico había ofrecido la

libertad a todos los esclavos que quisieran huir de sus amos para incorporarse al ejército británico, provocando la cólera de los propietarios de las plantaciones. En Inglaterra, el rey Jorge había declarado las colonias americanas en estado de rebeldía —en lo cual no andaba errado— y ordenado el cierre de sus puertos.

—El Rey nos ha declarado la guerra —anunciaron los Chicos de la Libertad.

Lo que más exaltó los ánimos no fue, sin embargo, un hecho militar. En enero de 1776 apareció un panfleto anónimo, cuyo autor se supo que era un inglés llamado Thomas Paine que se había

instalado hacía poco en Filadelfia. El panfleto se titulaba *Sentido común*. John Master lo tildó de «sedicioso», pero había que reconocer que estaba muy bien escrito.

Además de acumular argumentos a favor de la independencia de América, la tierra de Dios, donde la Libertad fugitiva podía encontrar un refugio seguro ante los atávicos males de Europa, Paine utilizaba frases que arraigaban en la memoria. El rey Jorge se convirtió por efecto de su pluma en «la bestia real de Bretaña». Sobre el Gobierno británico efectuaba el siguiente comentario: «Hay algo muy

absurdo en la suposición de que un continente pueda ser gobernado por una isla». Y sobre la independencia, acuñó la memorable y simple expresión: «Es hora de separarnos». En cuestión de semanas, *Sentido común* halló lectores en todas las colonias.

La guerra se presentaba como un hecho inevitable. Con su imponente enseña que permitía el control de la vía fluvial hasta Canadá, Nueva York iba a ser un punto clave en la contienda. Washington de Virginia, elegido como comandante en jefe por el Congreso, ya había inspeccionado la ciudad. A comienzos de 1776 envió al general Lee,

su hombre de confianza, para reforzar sus defensas.

Si el general Charles Lee tenía algún parentesco con los distinguidos Lee de Virginia, seguramente era remoto porque resultó ser un inglés de lo más excéntrico. Había servido en el ejército durante la guerra contra los franceses y los indios y se había casado con una india antes de volver a combatir en Europa. Había regresado, no obstante, a establecerse en América. Apasionado defensor de la causa de los colonos, aquel militar de genio vivo se paseaba por la ciudad con su jauría de perros, normalmente seguido de una multitud de

niños curiosos. Era un buen profesional, sin embargo. En un mes, preparó a conciencia el terreno para afianzar la capacidad defensiva de la ciudad.

Su presencia en la ciudad tuvo otra consecuencia para la familia Master. Cuando James fue a ofrecer sus servicios, causó muy buena impresión al irascible general, que pronto lo envió a Boston para unirse a las fuerzas de Washington.

Caminando por la Beaver Street, Abigail pensó en su querido hermano, preguntándose cuánto tiempo tardaría en volver a verlo. Luego cruzó la calle para ir al Bowling Green. Como el pequeño

Weston le tiraba de la mano, dejó que se le adelantara corriendo.

John Master volvió a mirar la carta. No era fácil recibir cartas de Inglaterra en ese momento. En su condición de partidario de la causa británica, debía obrar con prudencia. Muchos de sus amigos leales habían abandonado la ciudad a lo largo de los últimos meses. Tryon, el gobernador real, se encontraba ahora a salvo en un barco del puerto. A los leales que se quedaban les convenía no atraer la atención sobre sí. La persona que mantuviera correspondencia

con Inglaterra podía ser acusada de espía. Albion había tenido, no obstante, la precaución de enviarle la carta a Boston, desde donde la había traído un mensajero hasta la puerta de su casa la noche anterior.

La carta era clara, concisa y no muy alentadora.

Estaban concentrando un enorme ejército, tan grande que con los casacas rojas británicos no había suficiente. El gobierno estaba contratando mercenarios alemanes. Habían tratado incluso de reclutar soldados rusos, pero la emperatriz Catalina se había negado. Ya no había posibilidad de echarse

atrás.

En Inglaterra los rebeldes habían despertado muchas simpatías, le recordaba a Master, en especial entre los londinenses. Incluso lord North, el primer ministro, estaba dispuesto a mantener una actitud conciliadora hasta que se iniciaron los enfrentamientos. En la Cámara de los Comunes, Burke, Charles James Fox y otros virtuosos oradores todavía defendían la causa de los colonos. En la de los Lores, tanto el glorioso Chatham, que había conducido a Inglaterra hasta la victoria sobre los franceses en la guerra anterior, y el amigo de Franklin, lord Dartmouth, aún

propugnaban un pacto. Algunos oficiales del ejército se habían negado incluso a luchar contra los colonos.

No obstante, en cuanto hubo soldados británicos muertos las simpatías del pueblo se decantaron del lado del gobierno, tal como era de esperar. Por encima de todo, el rey Jorge, con su gran honestidad, consideraba que tenía la obligación de no ceder, y la mayoría del Parlamento estaba de acuerdo con él. Y aunque no lo hubieran estado, eran tantos los miembros del mismo titulares de cargos públicos que les reportaban magníficos sueldos sin tener que trabajar o titulares

de cargos militares que dependían para su ascenso del gobierno, o que tenían amigos con contratos gubernamentales o, simple y llanamente, los susceptibles al soborno, que lord North no habría tenido dificultades en conseguir una mayoría.

¿Había todavía bases para mantener la esperanza? Albion consideraba que sí, por dos motivos. El primero era el elevado coste que suponía trasladar los ejércitos hasta territorios tan lejanos. El segundo era que, al ver que los británicos volcaban su potencial en América, los franceses probablemente atacarían otras partes del imperio y tratarían de recuperar lo que habían

perdido en la guerra anterior. Una vez que los patriotas hubieran comprendido adónde conducía su actitud y hubieran visto la cara del terror, quizá moderarían el extremismo de sus exigencias posibilitando un acuerdo.

La carta concluía con un tono más ligero.

«¿Os contó alguna vez James que aquí corre el persistente rumor de que la madre de lord North le puso los cuernos a su marido con el padre del Rey? ¿Y que por consiguiente el rey Jorge y su primer ministro son hermanastros? (Se parecen tanto que yo estoy seguro de que es verdad). Si el primer ministro llegara

a cansarse de reprimir a los colonos, su leal hermano, convencido como está de tener a Dios de su parte, no dejará de obligarlo a persistir en su propósito».

Master, que había observado a Abigail mientras leía la carta, se divirtió al ver la cara de consternación que puso al llegar al párrafo que hacía mención al Rey y a su hermano.

—Nunca hubiera imaginado, papá —dijo la joven— que lord North fuera el hermano bastardo del Rey. ¿Es que en Inglaterra ocurren a menudo ese tipo de cosas?

—No sería la primera vez que sucede —reconoció, con una sonrisa—,

incluso en América.

La cuestión esencial, pensaba ahora tras releer la misiva, era que había todavía un margen de esperanza. Seguramente habría lucha, pero una vez que los patriotas se dieran cuenta de lo que habían hecho, a pesar de Charlie White y los Chicos de la Libertad, a pesar del general Lee y sus fortificaciones, a pesar de la trágica locura de su propio hijo James, se negociaría algún tipo de acuerdo. Todavía había esperanza para él, Abigail y el pequeño Weston.

Permaneció sentado un rato, sopesando la situación, hasta que lo

interrumpió un alboroto que se produjo en la puerta. Cuando salió al vestíbulo vio que Hudson forcejeaba para cerrar la puerta ante la presión de dos corpulentos individuos. Al cabo de un momento, la puerta quedó propulsada hacia el interior.

Entonces se quedó horrorizado.

En el Bowling Green había poca gente y era fácil entretener a Weston. James le había enseñado a jugar a la pelota y lo único que había que hacer era lanzársela durante un buen rato.

—¡Tírala más arriba! —gritaba él

—. ¡Más lejos!

Le encantaba demostrar lo bien que sabía saltar o arrojarse al suelo para cazar la pelota. Para su edad lo hacía muy bien, pensaba ella. A Abigail siempre le preocupaba que echara de menos a su madre y procuraba compensarle su ausencia. Por eso, pese a que le resultaba más bien aburrido pasarse horas jugando a la pelota, daba por bien invertido ese tiempo al ver al pequeño tan contento y orgulloso. Lo único que lamentaba era que James no estuviera allí para verlo.

¡Qué alegría se había llevado cuando regresó James de Londres! ¡Qué

alto y qué guapo era! ¡Qué satisfacción había sentido al tenerlo sentado en la mesa familiar! Satisfacción y también alivio. Estando James allí, las cosas irían mejor, estaba segura.

Al tercer día, él había expuesto su postura. Se quedó encerrado con su padre durante casi una hora. Ella había oído el grito de dolor de su padre y las voces acaloradas, a las que siguió un prolongado diálogo, hasta que por fin su padre salió, serio y pálido.

—Tu hermano ha decidido apoyar la causa de los patriotas —le anunció—. Comprendo sus motivos, aunque no los comparto. Ahora, Abby —continuó con

suavidad—, tú y yo deberemos mantener la familia unida. Habla lo menos posible con James de este tema y, sobre todo, no discutas con él. Es tu hermano y debes quererlo y respaldarlo. Lo más importante es que el pequeño Weston no escuche a nadie levantar la voz en esta casa.

Habían cumplido el pacto. Nadie que entrara en su hogar habría sospechado que James y su padre se hallaban en bandos opuestos. Comentaban con calma las novedades del día. Master formulaba a veces una opinión sobre las cualidades de Washington, o sobre la incompetencia de

las tropas que estaba reuniendo. Otras, James se exasperaba ante otra decisión imprudente o arrogante tomada en Londres. Sus discusiones siempre se mantenían, con todo, dentro de un educado marco.

Poco después del regreso de James, fueron todos al condado de Dutchess. Abigail guardaba felices recuerdos de cuando iba a visitar de niña a su abuelo, el viejo Dirk Master, en su granja. Después de su muerte, John Master había conservado la vivienda, que utilizaban de vez en cuando en verano. De las propiedades que tenía la familia en el condado, de una considerable

extensión, junto con las suyas, se ocupaba el marido de su hija Susan.

En aquella ocasión se quedaron en casa de Susan. Ésta se estaba volviendo toda una matrona y aunque se alegró de ver a su familia, estaba más preocupada por sus hijos y las labores de la granja que por los trascendentes asuntos del mundo exterior. Su marido, un hombre alegre y vigoroso, lo expresó con franqueza.

—Nosotros procuraremos
mantenernos al margen de los conflictos,
si es posible.

Él y James parecían llevarse bastante bien, aunque Abigail advirtió

que, aparte de los lazos familiares, tenían poco en común.

No obstante, antes de que se fueran, Susan tomó a su hermano del brazo con afectuoso ademán.

—Vuelve a vernos, James —le pidió —, y no tardes tanto. Me alegra volver a conocer a mi hermano después de todos estos años.

James así lo prometió.

En cuanto a su propia relación con su hermano, Abigail no habría podido desear algo mejor. Él se sentaba a menudo con ella y le contaba cosas que había visto. Pese a su presencia señorial, era capaz de deleitarla con

divertidas anécdotas de su época de estudiante para hacerla reír. Pronto descubrió sus preferencias, y aun cuando el puerto estuviera clausurado para el comercio con Inglaterra, consiguió adquirirle algún que otro detalle, como encaje o lazos, un libro o incluso un ramillete de flores. En lo tocante a su hijo, era un padre modélico. Cuando lo veía jugar con Weston, enseñarle a leer o llevarlo de paseo, se sentía muy orgullosa de James.

Gracias a Dios, le era posible amar y respetar tanto a su padre como a su hermano. Ahora ella estaba al frente de la casa, y no lo hacía mal en su opinión.

Hudson y su esposa le consultaban sobre las cuestiones cotidianas. Hacía lo posible por ser un consuelo para su padre, una compañera para James y una madre para Weston.

Pero ¿por qué estaba solo James? ¿Dónde estaba su esposa? Poco después de su llegada, Abigail había intentado preguntárselo, pero él le había dado un vaga respuesta, dándole a entender que prefería que no volviera a indagar sobre aquel asunto. Su padre tampoco sabía más que ella. Habían tenido que transcurrir tres semanas para que James se decidiera a explicarles que él y Vanessa habían tenido una grave pelea.

—Yo no descarto una reconciliación —dijo—, pero no puedo contar con ello.

Entre tanto, convinieron en que no había necesidad de decirle nada a Weston. Le contaron que su madre se reuniría con ellos cuando pudiera, y aunque resultaba evidente que la echaba de menos, parecía aceptar su ausencia como una de aquellas misteriosas necesidades del mundo de los adultos.

Al cabo de varios meses, llegó una carta de Vanessa. Estaba escrita en un recio papel, con una letra firme y decidida. En ella transmitía mensajes de cariño para el pequeño Weston, expresaba su preocupación por la

rebelión y preguntaba cuándo tenía intención de regresar James, dejando claro que no pensaba reunirse con él.

A medida que prosperaba la rebelión, la presencia de James en la casa parecía proporcionarles cierta protección. Muchos de los leales se marchaban. Unos viajaban a Inglaterra y otros se retiraban a sus granjas, con la esperanza de que no fueran a importunarlos allí. Algunos se trasladaron a los condados de Kings o Queens, situados en Long Island, donde predominaban las posturas leales a la Corona, aunque los patriotas de vez en cuando recorrían la zona para

hostigarlos. Mientras James permaneció en la ciudad, la casa de los Master estuvo considerada como un hogar de patriotas.

Abigail llevaba un rato jugando con Weston cuando se distrajo y lanzó la pelota un poco lejos. Al arrojarla a un lado, el niño se golpeó la rodilla contra una piedra y se hizo un rasguño. Corrió hacia el pequeño, que arrugaba la carita. Aparte del hilillo de sangre, era de prever que pronto le saldría un morado, y seguramente se iba a echar a llorar de un momento a otro.

—¿Volvemos a casa? —le preguntó mientras le envolvía la rodilla con su

pañuelo.

Él negó con la cabeza. Recordando aquello de que los niños no lloran, volvió a colocarse en su lugar y le lanzó la pelota a buen alcance de la mano, sintiendo una mezcla de pena y orgullo por él.

Siguieron así durante un par de minutos, hasta que oyó unos gritos llegados de la calle. Se paró a escuchar, pero al poco cesaron. Habían reanudado el juego cuando se dio cuenta de que en un extremo del parque la gente echaba a correr hacia el lugar de donde provenía el ruido, como atraída por alguna clase de espectáculo. Se quedó dudando un

instante.

—Tira, Abby —reclamó Weston, pasándole la pelota.

Mientras fingía no alcanzarla, se volvió para recogerla y retrocedió un poco, tratando de ver qué ocurría... Entonces vio a Salomon, que corría hacia ella.

—Tenéis que quedaros aquí, señorita Abigail —le dijo sin aliento al llegar.

—¿Qué pasa?

—El amo —le susurró, para que no lo oyera Weston—. Han venido a por él. Dicen que es un espía porque recibe cartas de Inglaterra. No volváis allí —

añadió con apremio.

Ella ya no lo escuchaba.

—Quédate con Weston —le ordenó, entregándole la pelota—. Mantenlo aquí.

Después se alejó corriendo.

Delante de la casa se había formado un nutrido corro de gente que aguardaba con aire expectante. Intentó abrirse camino entre ellos, pero antes de que llegara a la verja, se abrió la puerta y de la multitud brotó un clamor.

Le habían desnudado hasta la cintura y quitado los zapatos. Aunque todavía era un hombre robusto y fuerte capaz de ganar una pelea, eran por lo menos diez los hombres que asomaron al umbral con

él, demasiados para oponer resistencia. Pese a que intentaba mantenerse digno, tenía la tez blanca como el papel. Abigail jamás había visto a su padre en una situación de desventaja. Aquellos individuos lo empujaban.

La muchedumbre arreció en sus gritos, más ávida de entretenimiento que de venganza. Los hombres hicieron parar a su padre en los escalones de la puerta. Uno de ellos llevaba un cubo de brea.

Entonces Abigail comprendió. De nada serviría tratar de intervenir; sabía que no podía conseguir nada. Tenía que encontrar rápidamente otra solución.

Echó a correr. ¿Adónde debía ir? ¿Por Wall Street? Allí estaba el ayuntamiento y los representantes de la autoridad, pero el fuerte se encontraba más cerca. Disponía de poco tiempo. ¿Cuánto se tardaría en recubrir de brea y plumas a una persona?

Se trataba de una costumbre cruel. Aquella humillación ritual consistía en quitar la ropa a un hombre, untarlo de brea y después rociarlo de plumas que se prendían a la brea. Primero estaba la vergüenza de la desnudez, a la que se sumaban la terrible quemazón de la brea caliente, la insinuación de que tenía la piel oscura como un indígena o un

esclavo y luego que ofrecía una semejanza con una gallina lista para ir a parar al puchero. Después de embadurnar así a la víctima, la paseaban por las calles, para mofa de todos. Luego ésta tenía que frotarse y rascarse la lastimada piel recubierta de ampollas. Más de una persona había muerto a consecuencia de aquel ignominiosos trato.

Corría tan rápido como podía, mirando con frenesí a su alrededor, por si encontraba a alguien en la calle que dispusiera de autoridad para poder detener aquel horrorosa vejación. Al llegar a la puerta del fuerte, se precipitó

hacia el centinela.

—¿Dónde está vuestro superior? —gritó—. Necesito un oficial.

—No hay ninguno —respondió el hombre.

—Mi padre... lo van a recubrir de brea y de plumas.

—Probad en el ayuntamiento —sugirió con un encogimiento de hombros.

—¡Maldita sea! —gritó.

Luego dio media vuelta y se puso a correr por la avenida Broadway.

Había recorrido unos cien metros cuando vio el carro. Se encontraba parado en medio de la calle, mientras el carretero charlaba con un transeúnte.

Abigail no dudó un segundo.

—¡Socorro! —gritó al carretero—. Al ayuntamiento —pidió, jadeante, cuando éste se volvió—. Llevadme, por favor. Van a ponerle brea y plumas a mi padre.

Por suerte, el carretero no vaciló ni un instante. Le tendió un fuerte brazo para ayudarla a subir. Al mirarlo a la cara, tuvo la impresión de haberlo visto antes, pero no supo dónde. Sin decir ni una palabra, arreó el caballo y el carro se puso rápidamente en marcha, pero en lugar de seguir en dirección norte, dio media vuelta.

—Al ayuntamiento —gritó—. Por el

amor de Dios, al ayuntamiento.

El carretero no le hizo caso.

—Si queréis salvarlo, señorita Abigail —le dijo luego de improviso—, agarraos bien al asiento.

Abigail todavía trataba de comprender lo que ocurría cuando entraron en Beaver Street. Al ver el gentío, en lugar de aminorar el paso, el carretero siguió directamente, obligando a dispersarse a los mirones. Su padre estaba aún en lo alto de las escaleras. Aquellos individuos le habían embadurnado ya el pecho y la espalda y se disponían a embrearle los pies. Entonces se volvieron a mirar,

sorprendidos por la interrupción.

—¡Parad ahora mismo! —gritó con aspereza el carretero, como si tuviera la certeza de que lo iban a obedecer.

El que sostenía el cepillo embreado titubeó y el que aguantaba el cubo lanzó una maldición.

—Es un maldito espía del partido conservador —alegó.

El carretero accionó con tanta rapidez el látigo que Abigail apenas lo vio. Un segundo después, el individuo del cubo soltó un alarido al recibir el latigazo en la mano. El cubo cayó al suelo, derramando la brea por las escaleras.

—¿Me estás llevando la contraria?
—preguntó el carretero.

—No, Charlie —contestó el hombre del pincel—. No te llevamos la contraria.

—Mejor —dijo Charlie—, porque ésta es la casa de James Master, el oficial patriota, y está bajo protección. Al que moleste a la gente de esta casa...
—No tuvo necesidad de terminar la frase.

—De acuerdo, Charlie, lo que tú digas —acató el individuo del cepillo—. Vámonos, chicos.

Los intrusos desfilaron hacia la calle. Entonces Charlie paseó la mirada

sobre los curiosos e hizo restallar el látigo en el aire. Enseguida comenzaron a dispersarse.

—Será mejor que vayáis a atender a vuestro padre, señorita Abigail —le dijo Charlie en voz baja, ayudándola a bajar.

Cuando llegó a lo alto de las escaleras, el carro ya se alejaba. Charlie no se volvió a mirar.

Después de aquello no volvieron a importunarlos, aunque a su padre lo dejó muy asombrado la intervención de Charlie White. Dos días después,

Abigail vio al carretero en la calle y lo hizo parar.

—Mi padre quiere daros las gracias —le dijo.

Charlie negó con la cabeza.

—De todas maneras no tiene nada que ver con él —contestó con sequedad, antes de proseguir camino.

Un mes después de aquello, James volvió muy ufano de Boston, gracias a Dios. El general Howe y sus chaquetas rojas se habían visto obligados a evacuar Boston y trasladarse a Nova Scotia. Washington lo había nombrado capitán. Abigail continuó teniendo presente, no obstante, la humillación

infligida a su padre, lo cual acentuó su actitud protectora para con la familia.

—Y bien, Abby, ¿ahora qué eres, leal o patriota? —le preguntó alegremente un día su hermano.

—Me parece que Weston se ha resfriado —replicó, eludiendo la pregunta—. Será mejor que no salga hoy.

A veces era difícil saber quién gobernaba Nueva York. El gobernador real y la antigua Asamblea eran letra muerta. Normalmente había un Congreso provincial patriota liderado por hombres como Livingston, pertenecientes a la antigua élite. El

Congreso de Nueva York mantenía su moderación, confiando que se alcanzara un acuerdo. No obstante, en las calles de Nueva York eran los Chicos de la Libertad quienes decidían sobre todo.

Los preparativos para la guerra proseguían. Por más que los británicos se encontraran en Nova Scotia, todo el mundo sabía que iban a volver. Los soldados patriotas llegaban en masa, y los Chicos de la Libertad se refocilaban disponiendo de las casas de los leales fugitivos para alojarlos. El centro universitario King's College, antiguo bastión del Partido Conservador, lo habían transformado prácticamente en un

cuartel. Los terrenos comunales próximos a la casa de Charlie White se llenaron de tiendas. Cuando éste y los suyos insistieron en que había que emplear a todos los hombres disponibles en la construcción de las nuevas defensas de la orilla del río, incluso John Master acabó accediendo a enviar a Salomon.

—Si con eso te vas a sentir mejor, te diré —le confió James— que el general Lee no cree que podamos conservar la ciudad. Los barcos británicos pueden entrar en el puerto y hacernos trizas si quieren. De todas maneras, él cree que antes es mejor que luchemos como

leones.

—¿Y Washington? —preguntó su padre.

—Sus instrucciones son que resistamos.

—Pues corre la voz —explicó con cierta guasa John a Abigail— de que el Congreso provincial tiene previsto abandonar la ciudad en cuanto aparezcan los británicos.

—¿Adónde van a ir?

—A White Plains seguramente. Eso queda a unos cuarenta kilómetros al norte. Desde allí, supongo que pueden saltar sin peligro en una u otra dirección —añadió, sonriendo.

A mediados de junio llegó otra carta de Albion, que les hizo llegar en aquella ocasión un mercader de la compañía de las Indias Occidentales. En ella daba detalles sobre el imponente ejército que ya estaba en camino y sobre los comandantes británicos: el general Howe, comandante general de las fuerzas junto con su hermano, el almirante Howe, al frente de la marina; el general Clinton, un competente militar que se crio en Nueva York; Cornwallis, también muy competente, aunque impulsivo. También aportaba a Master una información de gran interés: los

hermanos Howe recibirían un cuantioso estipendio adicional por negociar una paz satisfactoria. «De modo que deben ocuparse de la guerra y procurar a la vez la paz».

«No sé si ya hice anteriormente mención de otra curiosa circunstancia: que los hermanos Howe son también primos del Rey. Ello se debe a que el bisabuelo del Rey tenía una hermanastra bastarda... con quien estaba tan unido que muchos aseguraban que también era su amante. Sea como fuere, dicha dama se casó y su hija, convertida en lady Howe, dio a luz a nuestro general y almirante. El Rey les tiene un gran

aprecio y los llama primos. Se podría decir pues que esta expedición americana es un asunto casi de familia».

Albion aseguraba a Master que aquel ejército sería tan poderoso que la victoria debía llegar sin tardanza y que en Inglaterra daban por sentado que los colonos americanos eran demasiado blandos para luchar. La carta acababa con una sorprendente noticia.

«También debo deciros que mi hijo Grey acompaña al ejército que se dirige a América. Aunque yo era reacio, me ha convencido para que le comprara un cargo de oficial. Ruego por que no le ocurra ningún mal y espero que tenga la

oportunidad de venir a veros. Quién sabe, quizás él y James coincidan en el mismo regimiento».

Cuando su padre le enseñó la carta, Abigail la leyó con asombro.

—Por lo visto, el señor Albion no sabe que James se ha vuelto patriota —señaló—. Y sin embargo tú le has escrito varias veces desde que nos lo contó. ¿No se lo has dicho?

—Debí de olvidarme. —La miró con pesadumbre—. Confiaba en que James cambiara de idea.

—¡Ay, papá! —exclamó ella, besándolo.

La última semana de junio, Abigail asistió a una conversación entre su padre y su hermano que la llenó de orgullo.

Desde mayo, el Congreso continental de Filadelfia había venido reuniéndose para plantearse la redacción de una declaración conjunta de los motivos de sus acciones y de sus objetivos futuros. Cuando solicitaron el envío de delegados a la totalidad de las trece colonias, los moderados del congreso de Nueva York lo hicieron sin gran entusiasmo. No obstante, las personalidades que se reunieron para tratar la cuestión no eran radicales

exaltados, sino sensatos comerciantes, granjeros y abogados, que en muchos casos mantenían lazos personales con Inglaterra. Muchos habían estudiado en las mejores universidades de América, como Harvard, William and Mary, Yale y Princeton, en Nueva Jersey. Un caballero sureño se había educado con los jesuitas en Francia. Tres de los delegados habían estado incluso en las universidades escocesas de Edimburgo y Saint Andrews; dos se habían graduado en Cambridge, otro en Oxford; y seis más habían ido al colegio o estudiado en Inglaterra. A ellos había que sumar Benjamin Franklin, el antiguo

imperialista, que había vivido en Inglaterra durante veinte años seguidos.

Sus lumbreras principales estaban ahora comprometidas con la causa de la independencia, ciertamente. John Hancock, el hombre más rico de Boston, se había distanciado hacía tiempo del Gobierno británico, aunque más a cuenta de sus impresionantes actividades de contrabando que a causa de una profunda cuestión de principios. Jefferson, el glorioso heredero de la Ilustración europea, y John Adams, el erudito abogado, habían llegado a la conclusión, después de un largo periodo de reflexión, de que la independencia

era necesaria. Los otros delegados se mantenían, con todo, en la incertidumbre, y a finales de junio desde Filadelfia llegó la noticia de que las colonias no habían alcanzado todavía un acuerdo.

La conversación en cuestión tuvo lugar después de la cena.

—Tendrás que perdonarme, querido hijo —la inició con prudencia Master—, pero puesto que se prevé que el ejército británico llegue pronto, debo preguntarte algo. Si traen una fuerza abrumadora e infligen una soberana derrota a Washington ¿no se acabará aquí el asunto? ¿No estás implicándote mucho

en una vía muy peligrosa?

—No, padre —repuso James—. Puede que perdamos la batalla, pero hasta los generales británicos han advertido al gobierno que ningún ejército puede someter para siempre a un pueblo que quiere ser libre.

—La cuarta parte de la población mantiene seguramente una postura leal todavía, y muchos otros se pliegan según sople el viento. Es posible que los hermanos Howe propongan un pacto que satisfaga a una mayoría de patriotas.

—Es posible, pero todo apunta a que Inglaterra nunca nos dará la verdadera independencia a que aspiramos.

—¿Y qué es lo que queréis crear?

¿Una república?

—Sí, una república.

—No sé si consiguiéndolo llegarías al cabo de todo. Tú que has estado en Oxford sabes de historia más que yo. ¿No acabó desembocando en decadencia la severa República romana? Y en Inglaterra, después de decapitar al rey Carlos, el gobierno de Cromwell acabó siendo una dictadura, de tal modo que los ingleses volvieron a restaurar la monarquía.

—Nosotros deberemos hacer mejor las cosas.

—Loables aspiraciones, hijo, pero

ningún país lo ha conseguido nunca.

—Nosotros tenemos fe, padre.

—Yo no, pero da igual. Otra pregunta. El objetivo de la reunión que se celebra ahora en Filadelfia es redactar un documento en el que se declare la intención de las colonias de alcanzar la independencia, ¿no es así?

—Sí.

—¿Por qué es tan importante?

—¿Quieres que te responda con sinceridad?

—Por supuesto.

—Porque si no lo hacemos, los franceses no nos tomarán en serio.

—¿Los franceses? ¿Los franceses

son los destinatarios de estos esfuerzos?

—No, nosotros también. Pero para los franceses es algo esencial. Mira, los británicos tienen una marina que controla los mares, pero nosotros los colonos sólo contamos con barcos corsarios. No tenemos ninguna posibilidad contra la armada real. Los franceses, en cambio, mantienen una poderosa flota y cuentan con grandes reservas de armas... En el sur ya están suministrando a los patriotas, aunque en secreto. Nosotros no podemos vencer a los británicos sin el apoyo de los franceses y de su flota. Y por más que disfruten descargando un buen golpe

contra Inglaterra, será algo que les costará caro, de manera que no van a arriesgar nada sin tener constancia de que sabemos adónde vamos. Por eso necesitamos una declaración, para demostrar a los franceses que somos personas serias.

—Sois realmente enemigos de Inglaterra —señaló su padre con un suspiro— si os aliáis con su peor enemigo. —John Master sacudió la cabeza—. Y no sólo eso, James. El reino de Francia es una tiranía papista que representa todo cuanto tú aborreces.

—Hay que plegarse a la necesidad, padre.

—Pues no sé si va a dar resultado. No creo que las colonias se mantengan unidas. Son demasiadas las diferencias, sobre todo entre el sur y el norte. En Filadelfia aún no han conseguido ponerse de acuerdo. Georgia ni siquiera envió unos delegados correctos.

—Puede que tengas razón, no lo niego.

Su padre asintió con tristeza, antes de servir más vino a la copa de James. Así siguieron un rato hablando de aquellos graves asuntos, sin elevar en ningún momento el tono. Consciente del dolor que debía de padecer su padre, Abigail admiró su dominio de sí.

James, por otra parte, también tenía que haber realizado un sacrificio, porque podría haberse quedado en Inglaterra defendiendo la causa de los colonos sin incurrir en riesgo alguno para su persona.

El 29 de junio comenzó a llegar la flota británica. Abigail y su padre observaban desde el fuerte. El centenar de barcos, con nueve mil casacas rojas a bordo, fondeados junto a Staten Island componían una impresionante estampa. Los británicos desembarcaron, pero no atacaron de inmediato, seguramente

porque aguardaban refuerzos. La ciudad temblaba.

—La milicia de Staten Island se ha pasado al bando de los británicos — confesó, apesadumbrado, James dos días después—. Desde Long Island también llegan barcas cargadas de leales para sumarse a ellos.

Su padre no dijo nada. Esa noche, sin embargo, cuando creían que se había retirado a su habitación, Abigail los oyó hablar en voz baja.

—Aún no es demasiado tarde para que tú también vayas a Staten Island, James. Yo respondería de ti.

—No puedo, padre —declinó

James.

El 8 de julio, James llegó muy contento.

—El Congreso de Filadelfia ha hecho pública una declaración de independencia.

—¿Todas las colonias han dado su acuerdo? —preguntó su padre.

—Casi todas, aunque sólo en el último minuto. Nueva York se ha abstenido, pero la van a ratificar.

Al día siguiente, para gran disgusto de su padre, un nutrido grupo de personas bajó por Broadway hasta el

Bowling Green, donde derribaron la estatua de bronce del rey Jorge y, tras decapitarla, se llevaron el torso en un carro.

—Lo fundiremos para fabricar balas con las que disparar a los casacas rojas —declararon.

Esa noche, James llevó a casa un ejemplar impreso de la Declaración de Independencia para enseñarlo a su padre.

—Jefferson de Virginia se encargó de la redacción, aunque Benjamin Franklin introdujo algunas correcciones. Debes reconocer que no está nada mal.

—Vida, Libertad y Búsqueda de la

felicidad —leyó con escepticismo su padre—. Una idea novedosa, por fin. A mí me recuerda a una de las efusiones de Tom Paine.

—En realidad es una adaptación de las teorías del filósofo Locke —puntualizó James—, con la diferencia de que él decía «propiedad» en lugar de «felicidad».

—Hombre, a mí me parece que la propiedad es una mejor inversión —contestó su padre.

Con o sin declaración, la causa de los patriotas no se presentaba muy prometedora. Si bien en Charleston, en el sur, los patriotas todavía mantenían a

raya a los chaquetas rojas, en Canadá tenían las de perder. El 12 de julio, en Nueva York, los británicos acantonados en Staten Island pasaron por fin a la acción. Abigail fue con su padre y con James a mirar lo que ocurría desde los muelles.

Dos barcos británicos cruzaban la ensenada. Los patriotas disponían de una batería en la isla del Gobernador, situada a corta distancia de Manhattan, además de la del antiguo fuerte y la que había en el muelle de Whitehall para defender el acceso al río Hudson. Mientras las naves británicas se deslizaban hacia el Hudson, todas las

baterías escupieron fuego en dirección a ellas.

—Aún están fuera de tiro —señaló James con irritación—. Pero ¿qué hacen esos ineptos?

Los barcos se fueron acercando. Para entonces se encontraban ya al alcance de los proyectiles, pero los disparos salieron errados. Los británicos, que podrían haberlos aniquilado, ni siquiera se molestaron en responder al fuego. En una de las baterías de la costa se produjo una estruendosa explosión.

—Parece que han conseguido hacerse saltar a ellos mismos por los

aires —comentó John Master con sequedad.

James optó por guardar silencio mientras los navíos británicos se adentraban por el Hudson y proseguían ruta hacia el norte.

Con la calma del atardecer, cuando el resplandor del ocaso se cernía sobre el puerto, Abigail y James, que habían vuelto a los muelles, divisaron los mástiles que se aproximaban por el océano. Según trascurrían los minutos, se iban viendo más y más barcos que se deslizaban hacia el estrecho. Permanecieron allí mirando, mientras se ponía un arrebolado sol y la poderosa

flota se disponía a fondear.

—Dios Santo —murmuró James—, debe de haber unos cincuenta barcos.

Con el crepúsculo, Abigail alcanzó a percibir la tensión en el rostro de su valiente hermano.

Los británicos siguieron esperando, no obstante. Esperaron más de un mes. El almirante Howe, que se hallaba al frente de aquella flota, parecía, al igual que su hermano, dispuesto a demorarse un tiempo. Entre tanto Washington, que se alojaba en la requisada mansión de la familia Morris, contigua al río Harlem,

supervisaba los preparativos para la defensa de la ciudad, Nueva Jersey y Long Island con admirable calma y majestuosa dignidad.

Cuando hubo concluido su labor, todo barco que intentara remontar el Hudson debería pasar entre un par de fuertes dotados de baterías —el fuerte Washington, en Harlem, y el fuerte Lee, situado en la orilla opuesta, en Nueva Jersey—. Al otro lado del East River, en Brooklyn, se habían construido además una serie de fortines destinados a proteger la ciudad de un ataque lanzado desde Long Island.

A principios de agosto, del sur llegó

una flotilla capitaneada por Clinton y Cornwallis, formada por ocho regimientos. Unos días después llegaron veintidós barcos más de Gran Bretaña. El 12 de agosto, los neoyorquinos observaron con asombro la tercera flota, compuesta por cien barcos, que se acercaba cargada de mercenarios alemanes.

La superioridad de aquella fuerza era absoluta: unos treinta y dos mil soldados de élite europeos contra los voluntarios, apenas adiestrados, de Washington. Mil doscientos cañones navales contra unas cuantas pequeñas baterías apostadas en la costa que no

habían acertado a dos barcos que habían pasado justo delante de ellos. Si el almirante Howe así lo decidía, sus cañoneros podían reducir a escombros la ciudad de Nueva York. En cuanto a las fuerzas patriotas, James contó que algunos de los soldados del campamento estaban cayendo enfermos.

Howe no disparó, sin embargo, sus cañones contra la ciudad. Intentó hablar con Washington en vano. En la carta que le mandó como respuesta, Washington le decía: «Se os ha olvidado darme el tratamiento de general». Y añadía: «Hablad con el Congreso, no conmigo».

—¿Es una locura, papá, que

Washington siga resistiendo? —preguntó Abigail un día.

En Nueva York, muchos lo creían así. Las familias cargaban sus pertenencias en carros y abandonaban la ciudad. Algunas calles se habían quedado sin habitantes.

—Esto es como tirarse un farol en un juego de cartas —repuso Master—. Howe espera obtener nuestra sumisión amedrentándonos. Lo que piensa Washington, lo ignoro. Si de veras cree que puede resistir a los británicos, realmente es un necio, aunque no estoy seguro de qué cartas tiene intención de jugar. Howe quiere debilitar la

resistencia de los patriotas ofreciendo la paz. Washington no quiere recibir ese ofrecimiento. Por eso debe obligar a Howe a atacar, y derramar sangre americana.

—Eso es cruel, papá.

—Es una pantomima. Si los patriotas sucumben al pánico, o si Washington es eliminado, entonces todo habrá acabado, pero si Washington sobrevive, la moral de los patriotas saldrá fortalecida. En lo que a los británicos respecta, esa colosal flota con sus miles de hombres le cuesta una fortuna al gobierno cada día. Si los británicos hubieran querido bombardear Nueva York ya lo habrían

hecho a estas alturas.

Quedaba por resolver el interrogante de por dónde llegarían los británicos. ¿Vendrían directamente cruzando la ensenada para intentar, con el fuerte apoyo de su potencia de fuego, un desembarco en Manhattan? ¿O vendrían por el otro lado, por la punta occidental de Long Island, para cruzar la estrecha franja del East River desde Brooklyn? Como las opiniones eran divergentes, las milicias patriotas se habían dividido, apostándose unas en la ciudad y otras en Brooklyn.

Abigail estuvo observando a algunos cuando se dirigían a Brooklyn. No tenían

un aspecto muy impresionante. Caminaban de forma desordenada y muchos, por falta de uniforme, habían tenido que improvisar el camuflaje prendiéndose algunas ramas en los sombreros.

La tercera semana de agosto, Washington ordenó que todos los civiles abandonaran la ciudad. Dando por supuesto que se trasladarían a la granja del condado de Dutchess, Abigail comenzó a realizar los preparativos, pero se llevó una gran sorpresa cuando John Master le dijo que se iban a quedar.

—¿No querrás mantener aquí a

Weston? —le preguntó.

—Estoy convencido de que está igual de seguro aquí que en cualquier otro sitio —repuso él.

Esa tarde, un grupo de soldados comenzó a cortar un cerezo que crecía delante de la casa. Ya habían talado la mayoría de árboles de las huertas de la ciudad para hacer leña, pero aquello parecía absurdo. Su padre acababa de salir para protestar y ella miraba desde el umbral cuando, de repente, llegó James. Entonces vio con asombro que iba acompañado de un hombre muy alto y erguido, al que reconoció de inmediato.

Era el general Washington.

Era un hombre imponente, de casi metro noventa de estatura. Caminaba tieso como una vara, irradiando una impresión de fuerza. Al ver a su padre, James le presentó al general.

—Éste es mi padre, señor. John Master. Padre, éste es el general Washington.

El general posó la mirada en John Master y le dedicó una grave reverencia. Tenía un porte digno que, sumado a su altura, justificaba la posición de líder que todos le reconocían.

Abigail esperaba que su padre inclinara educadamente el torso a su

vez. Aquella vez, sin embargo, John Master parecía decidido a prescindir de su cortesía habitual. Después de corresponderle con una somera inclinación de cabeza, apuntó con la mano al soldado que empuñaba el hacha.

—¿Qué sentido tiene cortar este árbol? —dijo.

Washington lo miró con fijeza.

—He dicho a todos los civiles que debían abandonar la ciudad —contestó con frialdad, sin hacerse eco de la pregunta.

—Yo me quedo —afirmó su padre.

—A esperar a los británicos, sin duda.

—Puede.

Abigail se preguntaba, estupefacta, cuál iba a ser el desenlace de aquella conversación. ¿Acaso mandaría Washington apresar a su padre? James observaba la escena horrorizado.

El general se limitó a sostener, impasible, la mirada a Master. Después, sin añadir palabra alguna, siguió caminando. Había recorrido sólo unos metros cuando se detuvo un instante junto a James.

—Es un típico yanqui —le oyó decir Abigail.

No supo, no obstante, si su padre se percató. El árbol, mientras tanto, cayó a

tierra.

Al cabo de cinco días comenzó a haber movimiento. Abigail no conseguía ver gran cosa desde la orilla. Los barcos levaban anclas en el fondeadero contiguo a Staten Island, pero la operación se desarrollaba al otro lado del extremo oriental de Long Island, debajo de Brooklyn, por lo que quedaba casi fuera del alcance de la vista. Con el pequeño catalejo de bronce de su padre logró, con todo, distinguir una docena de barcazas cargadas de chaquetas rojas. Sin duda pretendían atravesar por

Flatbush para acceder a Brooklyn y el East River. En ese caso encontrarían a su paso una hilera de lomas donde se estaban atrincherando ya los patriotas.

A la mañana siguiente, mientras los británicos seguían transfiriendo más tropas a Long Island, Washington se desplazó a Brooklyn llevando consigo a James. Por la noche, éste regresó con información detallada.

—Las fuerzas británicas son colosales. Creemos que mañana trasladarán a los hesianos.^[1] A todo ello hay que añadir también sus contingentes americanos.

—¿Te refieres a los leales? —dijo

su padre.

—En efecto. Cuando el gobernador Tryon huyó de la ciudad se fue a reunir una milicia leal en otras partes. Además hay dos regimientos de voluntarios de Nueva York y Long Island. En Brooklyn, Washington tendrá que luchar contra los americanos así como contra los británicos. Ah, y también hay ochocientos esclavos fugitivos en el lado inglés.

—¿Qué se propone hacer Washington?

—Estamos atrincherados en las colinas. Los británicos tendrán que pasar por las estrechas franjas de agua

expuestos a nuestros proyectiles, o bien intentar subir a pie por las escarpadas pendientes, lo cual le supuso a Howe un sinfín de bajas en su tentativa en Bunker Hill. Por eso creemos que podremos mantenerlos a raya.

A la mañana siguiente, antes de irse, James dio un beso a Weston y a Abigail y estrechó con calor la mano de su padre. Abigail comprendió qué quiso transmitir con ello.

Los británicos seguían dilatando la espera, sin embargo. Transcurrieron tres días más, durante los cuales Abigail

procuró distraerse con el pequeño Weston. Su padre aducía que tenía que ir a atender unos asuntos, pero ella sabía perfectamente que se pasaba las horas en el muelle con el catalejo en mano, tratando de ver qué ocurría. La noche del 26 de agosto hizo un frío sorprendente. Una gibosa luna iluminaba el cielo.

Luego, a primera hora de la mañana, oyeron los primeros disparos.

A lo largo de toda la mañana sonó el retumbar de los cañones y los distantes chasquidos de los mosquetes. De las colinas de Brooklyn brotaba humo, pero era imposible saber qué ocurría.

Después de mediodía, cesó el ruido, y a media tarde llegó la noticia: los británicos habían derrotado a Washington, aunque los patriotas seguían resistiendo en el elevado terreno de Brooklyn Heights, justo al otro lado del río. Entonces se puso a llover.

Abigail fue al encuentro de su padre en el muelle a la mañana siguiente, a llevarle un termo de chocolate caliente. Permanecía bajo la lluvia, abrigado con un gabán y un sombrero de tres picos. El catalejo asomaba de uno de los bolsillos. Pese a su temor a que se resfriara, supo que no conseguiría convencerlo para que volviera a casa.

—Cuando se han despejado un momento las nubes, he podido ver a los nuestros —explicó—. Los británicos han rodeado el flanco de la colina y han acorralado a Washington contra el río. No puede escapar. Todo ha acabado pues. Tendrá que rendirse. —Exhaló un suspiro—. Tanto mejor.

—Piensas en James...

—Sólo nos cabe mantener la esperanza.

La lluvia siguió cayendo todo el día. Cuando por fin volvió su padre, le pidió a Hudson que le preparase un baño caliente.

—¿Crees que mi padre ha muerto?

—le preguntó esa noche el pequeño Weston.

—Por supuesto que no —le aseguró—. Sólo se han trasladado a un sitio menos peligroso.

Al día siguiente hacía mal tiempo también, de modo que John Master se quedó en casa. A mediodía paró la lluvia y entonces se precipitó hacia el muelle. Abigail fue a verlo una hora después.

—¿A qué diablos están esperando? —decía con irritación—. Los británicos los van a aplastar ahora mismo, en cuanto se les haya secado la pólvora. ¿Por qué, por todos los santos, no se

rinde de una vez Washington?

Nada ocurrió, empero. Durante la cena estuvo huraño y malhumorado. Por la noche volvió a salir, aunque regresó pronto.

—Hay una niebla horrible —gruñó—. No se ve nada.

A medianoche aporrearón la puerta tan fuerte que todos se despertaron. Abigail se apresuró a salir de la cama y, al bajar, se encontró con su padre que, con una pistola en la mano, se encaminaba a la puerta en compañía de Hudson. A una indicación suya, Hudson

abrió la puerta. Entró Charlie White.

—Buenas noches, John. Necesito tus llaves.

—¿Qué llaves, Charlie?

—Las de tus malditos barcos. Hemos entrado sin problema en tu almacén, pero tienes tantos candados que es una pérdida de tiempo.

—¿Para que quieres mis barcos, Charlie?

—Estamos trayendo a los chicos de Brooklyn. Date prisa ¿quieres?

—¡Dios mío! —exclamó Master—. Ya voy.

Regresó al cabo de una hora.

—Nunca he visto nada igual —

explicó con excitación a Abigail, que lo había estado esperando—. Tienen toda una flota de embarcaciones de lo más variopinto, con barcas, canoas y cualquier cosa que flote.

—¿Dará resultado?

—Siempre y cuando los británicos no se percaten de lo que ocurre. Gracias a Dios que hay niebla.

—¿Y James?

—No se sabe nada todavía. Quiero que despiertes a Hudson y Ruth y que os pongáis a preparar sopa caliente, estofado y todo lo que podáis. Los hombres que he visto bajar de las barcas estaban en un penoso estado.

—¿Vamos a dar de comer a los patriotas? —preguntó, asombrada.

—Están calados hasta los huesos, los pobres —adujo, encogiéndose de hombros—. Ahora me tengo que ir.

Abigail cumplió las indicaciones y se encontraba en la cocina con Hudson y su esposa cuando su padre volvió a entrar al cabo de una hora. Aquella vez llegaba sonriente como un chiquillo.

—James ha vuelto... vendrá dentro de poco. Le he dicho que trajera a sus hombres. ¿Tenemos estofado y sopa?

—Pronto, padre. ¿A cuántos hombres va a traer?

—Unos doscientos. ¿Será un

problema?

Las dos mujeres se consultaron con la mirada.

—Desde luego que no —repuso Abigail.

Mientras los hombres se hacían un hueco en la casa, James se llevó a Abigail y a su padre aparte y los puso brevemente al corriente de lo ocurrido.

—No habíamos asegurado bien nuestro flanco izquierdo. Los leales de Long Island se dieron cuenta y se lo dijeron a los británicos. Durante la noche, una fuerza de británicos y gente

de Long Island dio un rodeo por el paso de Jamaica y atacó nuestra retaguardia por la mañana. Después toda la línea ha cedido. Debemos de haber perdido mil doscientos hombres... contando sólo los muertos, no los heridos. Ha sido un desastre. Si Howe hubiera persistido y nos hubiera atacado en Brooklyn Heights, todo habría terminado. Aun así... sólo nos quedan recursos para luchar un día más, quizá —añadió con desesperado ademán.

A juzgar por las caras demacradas y el aspecto de desánimo de sus hombres, lo que quedaba del ejército de Washington no se hallaba en muy buenas

condiciones para presentar batalla.

La casa se convirtió en un improvisado campamento para el resto del día. En los patios, en las vallas, en los tendederos o extendidos en el suelo había tiendas y uniformes puestos a secar, de modo que cuando por fin salió el sol, toda la casa se vio envuelta en vapor. Hudson colocó junto a la puerta una gran tina que Abigail iba llenando de sopa para servir a los soldados que pasaban.

Hacia mediodía, mientras el propio Master servía sopa a unos hombres, Washington pasó a caballo. En su rostro tenso y cansado apareció una expresión

de asombro cuando vio al comerciante leal con un cucharón en la mano.

Sin decir nada, Washington se llevó un dedo al sombrero y prosiguió camino.

En los días posteriores, la situación no hizo más que empeorar.

—Tres cuartas partes de la milicia de Connecticut... es decir, seis mil hombres... ha levantado el campamento y se ha ido —informó James—. Nadie cree que podamos resistir en Nueva York, con excepción de Washington, tal vez. ¿Quién sabe?

Pese a que contaban con una ventaja

táctica, los británicos no variaron de estrategia. Querían parlamentar. El 11 de septiembre, John Adams, Rutledge y el propio Benjamin Franklin llegaron a Staten Island para hablar con Howes.

—Los británicos ofrecieron perdonar a todos a condición de que renunciásemos a la declaración de independencia —explicó James—. La delegación ha tenido que contestarles que no.

John Master no dijo nada.

—Sería muchísimo más sensato haber dicho que sí, en mi opinión —confió más tarde a Abigail.

Al día siguiente los dirigentes

patriotas celebraron un consejo de guerra.

—Washington ha quedado en franca minoría —les contó James—. No podemos conservar la ciudad. Hay, en cambio, otra manera de impedir que los británicos se queden con Nueva York.

—¿Cómo? —preguntó su padre.

—Quemándola.

—¿Destruir Nueva York? Nadie en su sano juicio haría tal cosa.

—Ésa era la intención de John Jay. —James esbozó una sonrisa—. Pero no te preocupes, padre, que el Congreso lo ha desautorizado.

Dos días después, Washington

trasladó sus tropas al norte, a la fortaleza natural que ofrecían los rocosos parajes de Harlem Heights, cercana a su cuartel general. De todos modos, dejó cinco mil hombres en la ciudad bajo el mando del general Putnam, que no estaba dispuesto a abandonar la ciudad sin ofrecer resistencia.

—Yo me quedaré aquí con Putnam —les dijo James.

—Pasa todo el tiempo que puedas con Weston —le aconsejó Abigail, pensando que quizás aquéllos serían los últimos días en que el niño tendría ocasión de ver a su padre durante una

larga temporada.

No hubo tiempo para nada, sin embargo. Los británicos llegaron a la mañana siguiente. Atravesaron el East River por Kips Bay, a unos cinco kilómetros más arriba de las murallas de la ciudad, cerca de la finca de Murray Hill. Todo el mundo observaba desde la costa y el espectáculo era, desde luego, pavoroso.

Cinco barcos de guerra disparaban sin cesar a quemarropa contra la orilla con un nutrido bombardeo, mientras una flota de barcas cargada con cuatro mil

casacas rojas cruzaba a toda velocidad el río. Cuando los casacas rojas emprendieron el asalto en la costa de Manhattan, los hombres de la milicia encargados de su defensa huyeron para salvar la vida.

Abigail y su padre se quedaron en casa con el pequeño Weston. No podían hacer nada más. Hudson les informó de que las fuerzas patrióticas se encontraban en la carretera de Bloomingdale que subía por el lado oeste de Manhattan. ¿Tratarían de presentar batalla a los británicos o intentarían evitarlos?, se preguntaba Abigail. No sabía dónde se encontraba

James. Su padre estaba junto a la verja, escuchando el ruido de las armas de fuego.

Si las tropas patriotas abandonaban la ciudad, lo mismo ocurría con los civiles patriotas. Con sus posesiones cargadas en carros o en carretillas, las familias se marchaban ofreciendo un extraño espectáculo. Cuando salió a ver a su padre, éste le dijo que había visto a Charlie White cuando pasaba a toda prisa con su carro.

—¿Te ha dicho algo? —le preguntó.

—No, pero ha saludado con la mano.

Transcurrió una hora y luego otra. El

silencio era sobrecogedor. Por fin, su padre oyó disparos de mosquetes. Al cabo de unos minutos regresó, no obstante, el silencio. Pasaron veinte minutos. Después por la calle llegó un jinete a medio galope.

Era James.

—Se ha acabado —dijo, precipitándose dentro de la casa—. Me tengo que ir.

—¿Ha habido lucha?

—¿Lucha? Apenas nada. Los británicos han empezado a llegar. Nuestros hombres debían resistir al norte de Murray Hill y Washington acudió para vigilar. Pero a los primeros

disparos, los nuestros se han dado a la fuga. Washington estaba como un loco. Los golpeaba con el lomo del sable y los trataba de cobardes y de cosas peores. Ellos no le han hecho el menor caso, de todas maneras; corrían como conejos. Ha sido vergonzoso.

—Pensaba que Washington era una persona comedida.

—No. Tiene un genio temible, aunque normalmente se controla.

—¿Dónde están ahora los británicos?

—Vienen hacia aquí. Howe se desplaza a paso de caracol... es casi como si nos dejara tiempo para

marcharnos. Seguramente es eso, ¿quién sabe? Pero ahora me tengo que ir, padre. Sólo he venido a despedirme.

—Hijo. —Master posó las manos en los hombros de James—. Ya ves cómo les va a los patriotas. Te imploro, por tu propio bien, por el bien de la familia, que renuncies. No es demasiado tarde. Quítate el uniforme. Quédate aquí en casa. No creo que los británicos te causen complicaciones si así lo haces.

—No puedo. Tengo que irme.

Después de abrazar a Abigail se acercó a Weston, que miraba con los ojos muy abiertos, lo cogió en brazos y le dio un beso. Luego volvió a hablar a

su padre.

—Quería decirte algo más, padre.

—Dímelo, rápido.

—De todo el mundo, tú eres la persona a quien elegiría para confiar a mi hijo.

A continuación, le dio un abrazo y se marchó.

Estuvieron mirándolo hasta que se perdió de vista. Luego volvieron al interior de la casa y su padre se encerró en su despacho. Al cabo de un momento, a través de la puerta, Abigail oyó que estallaba en sollozos.

—Ven, Weston —dijo al niño—, nos vamos al Bowling Green.

La entrada de los británicos no se distinguió de cualquier entrada de un ejército conquistador. Ya fuera movida por la alegría o por el miedo, la gente saludaba y gritaba con entusiasmo. Su padre sacó la Union Jack a la puerta. Puesto que la ciudad estaba casi vacía, el ejército tuvo donde elegir para instalarse.

—Aunque seguramente algún coronel querrá requisar esta casa — advirtió su padre a Abigail.

Los británicos avanzaron con una rapidez considerable ahora, hasta ocupar buena parte de la isla de

Manhattan. Al día siguiente, no obstante, los patriotas que habían huido de manera tan ignominiosa de improviso dieron toda una demostración de valentía.

En la zona norte de la isla, justo debajo de los campamentos patriotas de Harlem Heights, una partida de varios centenares de chaquetas rojas que perseguían a unos comandos de Connecticut vieron de repente descender a los patriotas en tropel de las colinas. La pelea fue reñida, pero los patriotas lucharon con arrojo, de tal forma que aquella vez fueron los británicos quienes tuvieron que huir.

Aquello sirvió sin duda de aliento a

los patriotas. Curiosamente, Abigail advirtió que su padre quedó también complacido cuando se enteró.

—Por lo menos los americanos han dado alguna prueba de su valor — comentó.

A las once en punto de la mañana siguiente, cuando su padre se hallaba ausente, Hudson acudió a informarle de que había un oficial inglés en la puerta.

—Seguro que quiere requisar la casa — auguró con un suspiro, mientras se encaminaba a la entrada.

Allí encontró a un oficial algo más joven que su hermano, de pelo revuelto y unos preciosos ojos azules.

—¿Señorita Abigail? —preguntó—.

Soy Grey Albion.

El incendio

❧ 1776 ❧

El gran incendio de Nueva York se inició a medianoche, el 30 de septiembre.

Hudson vio las llamas cuando fue a cerrar los postigos en el piso de arriba. El resplandor no venía de lejos. Según sus cálculos era por la zona del fuerte, en el muelle de Whitehall.

—El viento sopla en esta dirección —le dijo a su esposa—. Mejor será que

vaya a echar un vistazo.

La esquina de Broad Street quedaba tan sólo a unos cuantos metros de la puerta de la casa. Después de girar por ella, se alejó con celeridad hacia los muelles. Un vigoroso viento proveniente de Brooklyn le golpeó la cara. En la confluencia con Dock Street vio el fuego. Ardía en el extremo de esa misma calle, en la esquina con Whitehall. La taberna Fighting Cocks era ya pasto de las llamas y el fuego parecía propagarse con rapidez. ¿Cómo podía haber prendido tan deprisa? Los vecinos se habían concentrado a mirar, pero dado que la mayor parte de los bomberos eran

patriotas, se habían ido de la ciudad con las milicias, de modo que nadie hacía nada. De la casa contigua a la taberna brotaban llamaradas. En el otro lado, al sur, un pequeño almacén comenzó a arder de repente.

Hudson se quedó extrañado. El viento soplaba en dirección contraria. Luego reparó en algo más.

Cuando Hudson llegó a la casa, el fuego se había propagado a toda una manzana. Master y todos los demás se habían levantado ya.

—La brisa lo va a traer hacia aquí,

amo —advirtió—, y no hay ningún bombero.

—En ese caso no podemos hacer gran cosa —declaró Master con pesadumbre.

El joven señor Albion se decidió a intervenir.

—Creo que podríamos intentarlo, señor —propuso.

Cuando el señor Albion fue a verlos, el amo enseguida se dio cuenta de que aquello era una oportunidad. Ese mismo día, ya tuvo alojados allí a Albion y a otros dos jóvenes oficiales más.

—El señor Albion es un amigo personal nuestro, Hudson —le explicó

—, y prefiero tener como invitados a un par de oficiales jóvenes que tener que ceder la casa a algún coronel.

El joven señor Albion se veía ciertamente muy educado, y los otros dos oficiales tampoco causaron problemas.

Esa noche, en todo caso, se portaron muy bien. Enseguida lo organizaron todo para que llenaran de agua todos los recipientes disponibles en la casa. Hudson mandó a Salomon afuera, a accionar la bomba de agua. Al poco rato ya habían subido cubos y tinas de agua al piso de arriba y previsto otros junto a todas las ventanas encaradas al suroeste.

Albion se había reservado una posición en el tejado, donde ya había obturado los tubos de desagüe y llenado de agua los canalones.

—Por suerte el tejado es de pizarra —se felicitó—. Eso ayudará.

—Me da miedo que se quede atrapado allá arriba —confió Abigail a Hudson.

—No os preocupéis, señorita Abigail —la tranquilizó éste—. Seguro que sabe cuidar de sí mismo.

Mientras tanto, el fuego se acercaba. La brisa lo impulsaba en una amplia franja de dos manzanas de casas. El hecho de que, con el paso de las

décadas, se hubieran ido sustituyendo las antiguas tejas de cerámica holandesas por tablillas de madera contribuía a la propagación. Las llamas avanzaban rápidamente, consumiendo los edificios situados entre Whitehall y Broad Street. Hacia la una, se encontraban ya a menos de dos manzanas de distancia. Media hora después, al mirar por la puerta principal en dirección al Bowling Green, Hudson vio que las llamas se extendían al último tejado de la calle Beaver.

Por el lado sur de la calle llegaba un gran nubarrón negro, cargado de relucientes ascuas que caían con un

repiqueteo sobre los tejados de las casas cercanas. En el otro lado de la calle, una vivienda comenzaba a arder. El estruendoso rugido producido por la colosal hoguera cobraba intensidad. Master lo llamó para que cerrase la puerta, de modo que se apresuró a entrar.

El joven Albion trabajaba con frenesí. Los otros oficiales habían montado una polea para subirle cubos de agua. También tenía un cepillo con un mango largo con el que quitaba las brasas del tejado. Puesto que las paredes de la casa eran de resistente ladrillo, lo esencial era mantener

empapada la carpintería y los postigos. Con suerte, el agua de los canalones apagaría las ascuas antes de que éstas pudieran prender fuego a los aleros, además uno de los jóvenes había subido al desván con más cubos de agua para tratar de impedir la propagación a las vigas del tejado. Abigail estaba con su padre junto a una ventana. Salomon todavía bombeaba agua.

—Si yo lo ordeno, todo el mundo deberá abandonar la casa de inmediato —advirtió Master.

Hudson no estaba muy seguro de que fueran a obedecerlo. Los jóvenes parecían divertirse de lo lindo. Albion

les hizo saber que más de la mitad de la calle Beaver estaba en llamas.

Eran casi las dos cuando el fuego comenzó a crepitar en la casa de al lado. Arriba en el tejado, Albion se afanaba con denuedo. Hudson subió a ayudarlo. Viendo que las llamas lamían un lado de la casa, arrojaron cubos de agua en esa parte del tejado para que el canalón desbordara por la pared. El calor se volvía abrasador. Albion tenía la cara tiznada. Al percatarse de que le habían caído diminutas ascuas en el pelo, Hudson le echó un cubo de agua a la cabeza provocando carcajadas por su parte. Entonces oyeron abajo la voz de

Master, que les ordenaba salir. Hudson miró a Albion, que le respondió con una sonrisa.

—Yo no alcanzo a oír nada, Hudson.
¿Y tú?

—Yo tampoco.

Se habían puesto a barrer unas brasas del tejado cuando Hudson se percató de algo y señaló la columna de humo. Al mirarla, Albion lanzó un grito triunfal.

—Rápido, Hudson. Diles que vuelvan. Todavía podemos salvar la casa.

El viento había cambiado de rumbo.

La vivienda de los Master salió indemne del Gran Incendio de Nueva York. La extensa línea de edificios carbonizados afectaba a toda la parte sur de la calle Beaver. En el norte, sólo quedaban las dos últimas casas, contiguas a Broad Street. El resto de la ciudad corrió peor suerte. Al cambiar el viento hacia levante, el fuego pasó al otro lado de Broadway. Un poco después, al virar de nuevo de rumbo, impulsó el incendio hacia el norte. Nadie podía hacer nada para contenerlo. La iglesia Trinity, con su noble campanario, fue pasto de las llamas y no quedó de ella más que una renegrida

armazón. En los barrios pobres situados al norte y al este del templo, las modestas viviendas de madera ardieron como yesca. El fuego prosiguió, imparable, toda la noche y toda la mañana, desde Broadway hasta el Hudson, hasta que por fin, poco después de que la casa de Charlie White se hubiera consumido con un simple fogonazo, se apagó, sólo porque al llegar a los solares vacíos no tuvo más edificios que quemar.

¿Qué había originado el incendio? ¿Fue accidental o deliberado? Si fue deliberado, los culpables debían de ser los patriotas. No obstante, las pesquisas

que se llevaron a cabo no sirvieron para llegar a ninguna conclusión clara. Sorprendieron a un oficial patriota en la ciudad, quien admitió haber acudido a espiar, pero negó haber prendido el fuego. El general Howe se vio obligado a ahorcarlo por actividades de espionaje, tal como exigían las reglas de la guerra. La causa del incendio siguió siendo, con todo, un misterio.

Hudson aguardó una semana antes de hablar con su hijo Salomon.

—Cuando salí a averiguar lo del fuego, vi algo curioso —comentó—. Vi

a dos personas que salían corriendo de un almacén que había cerca de la taberna. Una de ellas se parecía a Charlie White.

—¿Ah, sí?

—El hombre que iba con él era negro, más joven. En realidad, habría jurado que eras tú.

—Yo estaba en la casa cuando volviste.

—¿Y antes?

—¿No me contaste que a ti mismo te acusaron una vez de haber provocado un incendio de noche?

—Más vale que no te busques complicaciones —le advirtió Hudson,

lanzándole una furibunda mirada.

Amor

❧ Julio de 1777 ❧

Abigail se encontraba sentada en un taburete plegable, sosteniendo una sombrilla. Su padre permanecía de pie detrás de ella y Weston estaba sentado en la hierba. En el borde del Bowling Green se había concentrado una multitud de damas, caballeros, oficiales y soldados.

—¡Buen tiro! —gritó su padre, cuando la pelota salió propulsada al aire

y todos los presentes se pusieron a aplaudir—. Grey está teniendo una buena racha —señaló, sonriente, a su hija.

En realidad, Albion había tenido casi cincuenta aciertos.

Estaban jugando al cricket.

En Nueva York había entonces dos equipos, uno en Greenwich Village, que quedaba por el norte a corta distancia de la ciudad, y otro en Brooklyn. En todas las calles del barrio rico, los niños jugaban con bates y pelotas. Albion ya había enseñado a Weston a batear y lanzar.

—Aunque no le he enseñado a

devolver la pelota —decía riendo—. No me gustaría nada estar de bateador teniendo a Weston en el equipo contrario.

Grey Albion se había ganado las simpatías de John Master la noche del incendio. En realidad, con el transcurso de los meses se había convertido en una especie de segundo hijo para John y de tío para Weston. Pese a que se acercaba a los treinta años, tenía un aire de chiquillo, con su apuesta cara y el pelo siempre en desorden. A menudo jugaba con Weston y a veces hacía que los otros oficiales se unieran a ellos para jugar a la gallina ciega, o de vez en cuando

organizaba alguna estrafalaria broma destinada a la propia Abigail que provocaba risas en la casa durante días.

Ella sabía que las otras muchachas lo encontraban atractivo.

—Es injusto —se quejaban— que tú lo tengas viviendo en tu casa...

No obstante si las otras chicas se derretían con aquellos ojos azules, ella había resuelto hacía tiempo que no se iba a dejar impresionar. Además, él la trataba como a una hermana. De hecho, a veces la enfurecía casi... no por nada de lo que hiciera en particular, sino por sus aires de superioridad.

—Esta cuestión con los rebeldes se

va a acabar pronto —le había asegurado—. Después de otro par de batallas contra un auténtico ejército, saldrán corriendo como conejos hacia la madriguera. Son sólo chusma capitaneada por individuos que no son caballeros... exceptuando a James, por supuesto.

Por otra parte, los demás oficiales a los que conocían pensaban lo mismo. Todos manifestaban el mismo desdén por los rebeldes, como solían llamar ellos a los patriotas. Aun cuando comprendieran que los colonos pudieran tener motivos de queja, en cuanto un hombre se alzaba en armas contra el Rey

lo consideraban un rebelde, un rebelde al que había que eliminar. Allí acababa todo.

El que James hubiera optado por el bando de los patriotas causaba una sincera perplejidad en Albion. Abigail apenas hablaba de James delante de él. No obstante, si su nombre salía a colación, Albion le hablaba siempre de él con respeto y cariño.

—Para seros franco, señor —oyó que le confesaba una vez a su padre—, no entiendo qué le llevó a tomar esa decisión. Si ahora mismo entrara en la habitación, no sé qué le diría.

En una ocasión Abigail intentó

hacerle preguntas sobre la esposa de su hermano. A finales de año, John Master había recibido una carta de Vanessa. En ella le decía que había recibido una misiva de James en la que le comunicaba que estaba con los patriotas y que Weston se encontraba en Nueva York. No se esforzó lo más mínimo en disimular sus sentimientos. Con letra firme, destacaba en mayúsculas las palabras: vergonzoso, traidor, villano. Daba gracias a Dios, al menos, de que su hijo se hallara a salvo en leales manos y expresaba la esperanza de que llegara el momento en que pudiera reunirse con Weston. No precisaba, en

cambio, nada sobre el momento o la manera como ello pudiera llevarse a cabo.

—¿Cómo es Vanessa? —había interrogado a Albion.

—Ah, una dama muy guapa —respondió él.

—Me refiero a su carácter.

—Bueno... —Pareció vacilar—. Yo no me muevo a menudo en esos círculos de la alta sociedad, así que no la conozco bien. Pero cuando nos vimos, ella siempre fue muy educada conmigo. Tiene mucho ingenio. Es famosa por eso.

—¿Quiere a Weston?

—Creo que todas las madres quieren

a sus hijos, señorita Abigail. —Abrió una pausa antes de añadir, de manera algo enigmática—: Pero las damas distinguidas no siempre pueden disponer de mucho tiempo para dedicarlo a sus hijos.

—¿Y quiere a mi hermano?

—Estoy seguro de que no se habría casado con él sin quererlo. —De nuevo calló un momento—. Aunque es normal que no apruebe que se haya vuelto un rebelde.

—¿Por qué no viene aquí?

—Hum —murmuró, algo desconcertado—. Sabe que Weston está bien aquí con vuestro padre. Supongo

que pedirá que lo envíen a Inglaterra a su debido tiempo. Probablemente piensa que en este momento es demasiado peligroso cruzar el océano por la presencia de los corsarios patriotas.

Dado que la potencia de los corsarios patriotas no tenía ni punto de comparación con la de los convoyes británicos, aquella excusa resultaba un poco floja. De todos modos, advirtiéndole que Albion era reacio a añadir algo más, abandonó el interrogatorio.

El otoño anterior habían estado muy preocupados por la falta de noticias de James. Aun avanzando con su habitual paso de caracol, el general Howe no

había tardado mucho en obligar a Washington a atravesar el río Hudson con su ejército. Harlem Heights, White Plains y los fortines rebeldes erigidos en la orilla, todo había pasado a manos del enemigo.

Los patriotas habían sufrido fuertes bajas y se contaban por millares los prisioneros retenidos por los británicos. Luego el general Cornwallis había mantenido la presión sobre Washington, que había tenido que seguir hacia el sur y atravesar el río Delaware más allá de Princeton, para adentrarse en Pensilvania. «En tiempos como éstos se pone a prueba la grandeza de alma de

los hombres», había declarado Tom Paine.

Por Navidad, en un arranque de bravura, Washington había vuelto a cruzar el Delaware en una temeraria incursión contra las guarniciones británicas y hesianas. Después había logrado esquivar a Cornwallis y asentar el campamento de su ejército en Morristown, desde donde James había conseguido por fin enviar una carta para hacerles saber que estaba vivo. John Master no creía, con todo, que los patriotas tuvieran muchas posibilidades.

—Washington ha ganado una mano, pero los británicos siguen teniendo todas

las cartas.

En Nueva York, Abigail había observado de cerca la instalación del nuevo régimen británico. Así aprendió que de acuerdo con la mentalidad del general Howe, la guerra adoptaba unas pautas aristocráticas. El verano era para luchar y el invierno para descansar y para divertirse... en el caso de los caballeros cuando menos. Pronto resultó evidente que el general Howe tenía intención de divertirse.

Nueva York no era, desde luego, un centro de vacaciones. En realidad,

estaba sumida en el caos. Para empezar, una vasta franja del lado occidental de la ciudad había quedado arrasada por el fuego. En lugar de la sucesión de manzanas de primorosas casas de estilo georgiano y holandés, ahora había un yermo carbonizado de más de un kilómetro de lado, un mar de helado barro en invierno que con el calor se convertía en hediondo cenagal. La zona se había convertido en un gigantesco y repugnante vivaque.

—Prefiero no encontrarme en Broadway cuando el viento sopla de poniente —confesaba con socarronería Master.

Aparte de eso, los soldados se apiñaban en un par de barracones y en otro campamento permanente instalado en el terreno comunal. Para los oficiales británicos y los leales que llegaban de todas partes, no había alojamiento adecuado y la comida tampoco era abundante.

En cuanto a los infortunados prisioneros patriotas, muy numerosos, los hacinaban en el asilo para los pobres, las iglesias no conformistas o cualquier espacio cerrado que podían encontrar y les daban de comer las sobras, en el mejor de los casos.

Para los propietarios de fincas, la

escasez tenía su lado bueno, sin embargo.

—Me acaban de ofrecer un precio tres veces superior que el de antes por el alquiler de ese par de casas que tenemos en Maiden Lane —explicó Master a su hija en primavera.

John Master pronto se ganó el aprecio de los mandos británicos. Un comerciante leal dotado de una gran experiencia, un individuo que había vivido en Londres y que creía en la conveniencia de negociar... para ellos era el prototipo de lo que debía ser un americano. El general Howe, que tenía una especial simpatía por él, lo invitó a

cenar varias veces. Master tuvo el buen juicio de ser del todo sincero con él en lo tocante a James, con lo cual aumentó la confianza que depositaba en él el general.

—William Franklin tiene el mismo problema con su padre Benjamin que el que vos tenéis con vuestro hijo James — señaló con cordialidad.

Al poco tiempo Master tenía contratos para suministrar cereales y carne, que debía encontrar donde pudiera. Una parte de los productos se los procuró en las granjas del condado de Dutchess, desde donde Susan pudo trasladar a la ciudad los víveres gracias

a un salvoconducto que le consiguió su padre. También reanudó los intercambios con Albion, ya que los oficiales del ejército estaban ávidos de lujo y comodidad.

—Nunca había tenido tanto trabajo —reconocía.

Mientras tanto, pese a las circunstancias, los oficiales británicos hacían lo posible por recrear las placenteras distracciones de Londres. Abrieron un teatro y, como no había ningún grupo de actores, representaban ellos mismos las obras. A lo largo de la primavera de 1777 se celebraron carreras, bailes y torneos de cricket. Y

la sal de todo ello eran, por supuesto, las mujeres.

—Los ejércitos siempre atraen a las mujeres —comentó su padre a Abigail.

Ella comprendía muy bien por qué. Aunque las calles estuvieran mugrientas, los oficiales que paseaban por ellas lucían como aves de espléndido plumaje. Tampoco las damas casadas de la ciudad eran indiferentes a los alardes de valentía de los oficiales, ni a su poder. A la señora Loring, esposa del comisario de prisioneros, se la veía tan a menudo con el general Howe que muchos daban por sentado que era su mujer.

—¿Es amante suya? —preguntó Abigail a su padre.

—Lo único que puedo decir —respondió éste— es que siempre está a su lado.

Sobre la parte rica de la ciudad planeaba, de hecho, un ambiente de grata sensualidad, fomentado por el comandante.

De vez en cuando, Abigail advertía que Grey Albion había salido por la noche y no había regresado a la hora en que Hudson echaba el cerrojo a la puerta. En varias ocasiones curioseaba para verlo entrar discretamente en la casa después de que Hudson la abriera

poco después del amanecer. Una mañana en que hablaba de la cuestión con Ruth en la cocina, ésta le respondió con mucha guasa.

—A ese joven no le falta de nada, señorita Abigail, podéis estar segura.

No obstante, a medida que se acercaba el verano, todo el mundo sabía que los británicos pasarían a la acción. Aun cuando la práctica totalidad de las colonias, desde Boston y New Hampshire en el norte hasta las plantaciones de los estados del sur, se hallaban en teoría bajo control de los patriotas, el único ejército patriota organizado era la mermada fuerza de

soldados mal entrenados que, liderada por George Washington, obstruía en Nueva Jersey la ruta hacia Filadelfia.

En junio, el general Howe efectuó una incursión para atacar a Washington, y Grey Albion y los otros oficiales se ausentaron durante un tiempo. Pese a tener el convencimiento, al igual que sus bisoños oficiales, de que su ejército regular destruiría a los patriotas en una batalla en campo abierto, Howe había aprendido a raíz de lo ocurrido en Bunker Hill que, teniendo donde camuflarse, los tiradores patriotas podían ser temibles. Dado que no consiguió la batalla que le convenía,

regresó a Nueva York a finales de junio. Todo el mundo se preguntaba qué haría después.

El día anterior precisamente, Howe invitó a cenar al padre de Abigail y éste tuvo el capricho de llevarla a ella también.

A ella le pareció extraño estar sentada tan cerca del general. Los otros únicos invitados eran la señora Loring y un par de oficiales. Sabiendo lo que sabía, cada vez que el general volvía su mofletuda cara de prominentes ojos hacia ella, de forma involuntaria Abigail se imaginaba que estaba mirando el rostro del propio rey Jorge III.

La comida fue simple, pero agradable. Howe estaba de talante afable y se notaba que apreciaba a su padre, pero también quedó claro que había algo concreto de lo que deseaba hablar con él.

—Decidme, Master —planteó al cabo de un rato—, ¿sabéis algo del territorio de la ribera del Hudson? — Cuando su padre respondió afirmativamente, Howe prosiguió—: Me parece que no conocéis al general Burgoyne. Lo llaman el Caballero Johnnie. Es un hombre muy elegante, aficionado al juego. En su tiempo libre escribe obras de teatro.

Por la desdeñosa mueca que esbozó, Abigail dedujo que la última frase no era de elogio.

—He oído que ha tenido buenos resultados en Canadá, pero que es bastante testarudo —comentó con franqueza su padre.

—Es muy impetuoso, aunque reconozco que es valiente y arrojado. De todos modos, goza de la confianza del gobierno, sobre todo de lord George Germain, y como sabéis, ahora se propone bajar por el valle del Hudson desde Canadá, tomar Albany, capturar Ticonderoga y los otros fuertes y aislar así a Washington de toda la zona noreste.

Es un plan osado. Quiere cubrirse de gloria. Se cree que va a ser fácil.

—¿Cómo va a viajar?

—No estoy seguro. Quizá por los senderos del bosque.

—Resultará una marcha dura. Los senderos pueden estar bloqueados. Sería un blanco fácil para los tiradores emboscados.

—Germain propone que yo vaya a reunirme con él y que después bajemos juntos, aunque no insiste mucho. — Howe lanzó una mirada intencionada a Abigail—. Ya sé que sois leal, Master, pero esto debe quedar entre nosotros.

Luego calló. Entonces su padre se

volvió hacia ella.

—Abby, debes prometerme ahora, por el amor que me profesas como hija, que nunca repetirás a nadie nada de lo que se diga en esta sala esta noche. ¿Me lo prometes?

—Sí, padre, lo prometo.

—Perfecto. —Howe efectuó una breve inclinación de cabeza antes de proseguir—. En los próximos días, cargaremos los barcos anclados aquí. Cualquier espía podrá verlo, pero lo que no sabrán es adónde vamos a ir. Tanto podríamos remontar el río para ir al encuentro de Burgoyne como bordear la costa hacia el sur, donde los leales

podrían sublevarse para apoyarnos. También podríamos dar un rodeo por la bahía de Chesapeake y subir hacia Filadelfia.

—Donde está el Congreso.

—Exacto. Si les arrebatásemos su base principal, cortáramos a Washington el acceso al sur y lo atrapáramos entre Nueva York y Filadelfia, me parece que lo colocaríamos en una situación desesperada. Aquí en Nueva York mantendríamos una nutrida guarnición. Cuando Burgoyne llegue, quedará reforzada. Entonces Washington tendría que luchar a campo abierto entre dos ejércitos profesionales. Con suerte, no

tendríamos que llegar a ese extremo y mostraría la sensatez necesaria para rendirse. —Fijó la mirada en John Master—. Entre mis subalternos hay divergencia de opiniones. Vos que conocéis el terreno... ¿creéis que sería factible?

—Sí —confirmó Master—, creo que sí.

Después hablaron de otras cuestiones, pero Abigail se percató de que su padre estaba muy pensativo.

—Creo que vuestro plan funcionará —corroboró, con un suspiro, Master al despedirse de Howe esa noche—. Pero decidme: ¿cómo puedo lograr el perdón

para mi pobre hijo?

Howe le estrechó la mano con actitud comprensiva, aunque no respondió nada.

Reparando en el trajín que reinaba en el puerto en aquel soleado día de julio, Abigail infirió que habían comenzado a cargar los barcos. Aquél sería tal vez el último partido de cricket en el que Grey Albion y sus amigos iban a participar en mucho tiempo.

Al igual que el resto de jugadores, Grey vestía camisa blanca de algodón y bombachos. También llevaba un picudo

sombrero para protegerse los ojos del sol. Con el bate en la mano listo para golpear se lo veía, sin duda airoso y ágil.

La pelota surcó el aire por encima de sus cabezas. Acababa de marcar el tanto que proporcionaba la victoria a su equipo. Weston dio un brinco y se puso a aplaudir con fervor. Los aplausos acompañaron a los jugadores mientras abandonaban el campo. Grey se dirigió a ellos, quitándose el sombrero, y cuando estuvo cerca, Abigail advirtió que bajo el rizado pelo, tenía la frente perlada de sudor.

—Buen partido, Grey —lo felicitó

John Master.

—Gracias, señor —repuso. Luego le dedicó una sonrisa a ella—. ¿Os ha agradado el partido, señorita Abigail? —preguntó.

En ese instante le cayó una diminuta gota de sudor de la frente que fue a parar a la muñeca de Abigail.

—Oh sí —respondió—. Me ha gustado bastante.

A lomos de su caballo, James Master se acercó el catalejo al ojo para otear. Desde su posición en la orilla del lado de Nueva Jersey, gozaba de una

amplia panorámica de la bahía, y aunque no vio la pelota de cricket que acababa de surcar el aire detrás del fuerte, percibió algo mucho más interesante: estaban cargando de víveres un barco. En las tres horas que llevaba allí, era la segunda operación de carga que detectaba. Tras él, una docena de soldados aguardaban pacientemente a su capitán.

El capitán James Master había cambiado en el transcurso de aquel año. Aun cuando conservaba su misma mentalidad y convicciones, ahora era un experto oficial, curtido por las batallas, y por algo más sutil también. Si su

matrimonio infeliz le había aportado una porción de amargura particular, el año anterior le había enseñado mucho sobre los límites de la confianza humana en general. Aquello no lo había aprendido con el ardor de la batalla, sino observando la fría resistencia del hombre a quien había llegado a profesar una auténtica veneración.

El mes de diciembre anterior, después de que los chaquetas rojas expulsaran de Nueva Jersey a sus tropas de novatos, habría sido comprensible que George Washington sucumbiera al desaliento. Dos de los generales de su bando —Lee, a quien había confiado la

fortificación de Nueva York, y Gates, encargado de la vigilancia del valle del Hudson, que habiendo servido antes como oficiales en el ejército británico creían saber más que él— se habían confabulado para ocupar su puesto. Incluso sus inexpertos soldados, que se habían alistado sólo hasta finales de año, se proponían marcharse al concluir el mes. Otros ni siquiera esperaban a cumplir el plazo y desertaban simplemente. Aparte de un par de breves escaramuzas victoriosas, su ejército había padecido humillaciones y capturas, y había tenido que acabar retirándose siempre. Al finalizar la

campaña, los restos de su ejército acampaban más allá del río Delaware, cuya orilla opuesta permanecía bajo vigilancia de los fieros soldados hesianos. Poco amigo del aristocrático concepto de la temporada de guerra de Howe, Washington temía que si el Delaware se helaba, el comandante británico decidiera atacar hacia el sur con todo su ejército.

—Haga lo que haga Howe —le comentó el general a James—, estamos obligados a lograr alguna clase de triunfo antes de que se marchen nuestros hombres.

Se trataba, ciertamente, de una

necesidad para mantener la moral de los patriotas. Éstos poseían, cuando menos, talento para organizar incursiones. James había participado en varias de ellas, que no sólo habían servido para hostigar al enemigo, sino para procurarse información. En la zona había muchos americanos leales que ayudaban a los hesianos. Sin tener que hacer nada, con su simple estatura y la pistola que llevaba en la mano, éstos se asustaban y consentían en hablar.

—Los hesianos se han trasladado a Trenton ahora —le dijo un amilanado granjero una vez—. Son unos mil cuatrocientos. Eso está bastante

desprotegido, sin terraplenes ni nada. Vuestros propios desertores les han dicho que os proponéis atacarlos, pero su comandante os desprecia tanto que no quiere cavar trincheras.

No disponían de muchos soldados. Sólo les quedaban cinco mil, un tercio de los cuales no se hallaban en condiciones de luchar. A comienzos de diciembre, no obstante, aparecieron dos mil hombres del batallón de Lee, a los que siguieron quinientos del de Gates y mil más procedentes de Filadelfia. Sumados componían un modesto ejército, suficiente de todas formas. Estaban mal equipados, con todo.

Aunque tenían munición, los uniformes presentaban un lamentable estado. Muchos de los soldados ya no tenían botas y caminaban sobre la nieve y el hielo con los pies envueltos en trapos.

Pese a aquellas dificultades, Washington hacía concebido un osado plan. Cruzarían el río, en pleno invierno y de noche, y atacarían por sorpresa a los hesianos.

—Atravesaremos el cauce tres veces —explicó a James—. Una para distraerlos y la segunda para traer refuerzos. El grueso principal de casi dos mil hombres cruzará conmigo y después nos precipitaremos hacia

Trenton y arremeteremos contra ellos antes del amanecer. Puesto que los hesianos son menos numerosos, creo que tenemos posibilidades de aplastarlos. Con suerte, después podremos agrupar las tres fuerzas y atacar Princeton también.

Fue una noche espantosa. La tarde del día de Navidad reunieron las fuerzas. Al anochecer, habían sacado de los escondites los medios de transporte: transbordadores planos para los cañones y los caballos y barcazas para los hombres. Para reconocerse en medio de la oscuridad, habían previsto una contraseña: «Victoria o muerte». El río

era estrecho, aunque había témpanos de hielo por todas partes. A medida que se instalaba la noche, un fuerte viento azotó las aguas. Después empezó a caer aguanieve y luego granizo.

Washington atravesó en la primera barcaza para supervisar el desembarco. James iba con él. Puesto que la embarcación se estaba llenando de agua de lluvia, optaron por permanecer de pie. Entre la oscuridad y la tormenta, James apenas alcanzaba a ver su propia mano. Lo único que oía era el repiqueteo del granizo y el roce del hielo contra los lados de la barca.

—Unas condiciones terribles,

Master —murmuró Washington.

—Algo de bueno tienen, señor —opinó James—. Los hesianos jamás sospecharán que vayamos a cruzar con este tiempo.

Después de apearse, empapados, en la otra orilla, mandaron la barca de vuelta y aguardaron la próxima remesa de hombres. Aunque la travesía no podía haber durado mucho, a James se le antojó que fue una eternidad. De hecho, pese a que Washington había previsto disponer de la totalidad de su fuerza, con caballos y artillería incluidos, a medianoche, lo cierto fue que hasta las tres de la madrugada no pudo poner en

formación de a dos columnas a los doscientos hombres para emprender la marcha, que duraría el resto de la noche, hasta la pequeña localidad de Trenton.

Cuando empezaron la marcha, a James se le ocurrió pensar que si salía con vida de aquella aventura y sus nietos le preguntaban alguna vez cómo había sido cruzar el Delaware con Washington, tendría que responder con toda sinceridad que no se veía nada.

El aguanieve se había convertido en nieve. Cabalgando en el flanco de la columna, James advirtió el rastro de sangre que dejaban los hombres descalzos. Aun así siguieron adelante, y

Washington iba arriba y abajo murmurando palabras de aliento en medio de la oscuridad. Cuando se aproximaron al campamento de Trenton amanecía ya.

Los recuerdos de las batallas suelen ser confusos. James retuvo, sin embargo, algo con nitidez: la imagen de Washington dirigiendo personalmente la carga; los disciplinados hesianos que, aun tomados por sorpresa, retrocedían de forma ordenada, sin dejar de disparar; la estampa de Trenton con la media luz de la mañana... sus dos calles anchas y las casas de madera desperdigadas, que transmitían una

curiosa sensación de paz pese al intempestivo alboroto.

Con el calor del momento, apenas reparó en el peligro de las balas que silbaban a su alrededor, aunque sí se percató con orgullo del arrojo de los patriotas. Con sorprendente celeridad, habían instalado en la boca de las principales calles los cañones con los que rociaban de metralla a los hesianos. Un destacamento se había apresurado a cortar la retirada del enemigo en la carretera de Princeton. Después de un reñido combate, el grueso principal de hesianos quedó acorralado en una huerta. Fueron novecientos hombres los

que se rindieron.

A media mañana, todo había acabado. Al enterarse de que los otros dos comandantes no habían logrado atravesar el río Delaware con sus tropas la noche anterior, Washington había tenido la cautela de volver a cruzar a mediodía de ese mismo día.

Aun así, habían derrotado a los hesianos. Tenían varios centenares de prisioneros. En poco tiempo, la noticia de la victoria de Washington se propagó por las trece colonias, causando alborozo en el Congreso e insuflando ánimos a todos los patriotas.

Los meses siguientes fueron duros, pero soportables. James, cada vez más unido al general Washington, apreciaba no sólo su capacidad para hacer frente a las dificultades externas con las que se enfrentaba —como la gestión de provisiones, los desertores, los espías y los problemas de obtención de voluntarios— sino a las interiores, pues detrás de sus distantes modales el comandante cargaba con dudas y con una tendencia a la melancolía. El hecho de que tuviera que superar aquellos conflictos personales no hacía sino aumentar la admiración de James.

En marzo, la señora Washington

acudió desde Virginia a reunirse con su marido en el campamento. Su presencia sirvió para levantar los ánimos de todos, ya que a diferencia de su marido, que era más bien frío y reservado, Martha Washington era sociable y cariñosa. Invitaba hasta a los más jóvenes oficiales a comer con ellos, como si todos formaran parte de una gran familia. Pese a que era una de las mujeres más ricas de Virginia, cuidaba personalmente de los enfermos y los heridos. Al llegar la primavera de 1777, James profesaba tal fervor por Washington que éste era como su segundo padre. El general, por su parte,

depositaba gran afecto y confianza en él.

En su relación influía algo que James Master encontraba muy gracioso. Así se lo había expresado con tono quejoso un joven oficial yanqui por Pascua.

—Vos contáis con una injusta ventaja sobre mí, Master, en lo tocante al general.

—¿Cuál?

—Le agradáis porque cree que sois un caballero. Y yo no le gusto mucho, porque piensa que no lo soy.

—Él tiene un elevado concepto de vos —le aseguró James.

—Sí, me trata bien. Es la persona

más justa que he conocido, y lo seguiría hasta las mismas puertas del infierno. Pero con todos los yanquis del noreste le pasa lo mismo... no le gustan nuestros modales.

En realidad, James ya se había percatado. Aparte de su abolengo sureño, el matrimonio con Martha lo había encumbrado a los círculos sociales más selectos de Virginia, cuyo estilo de vida era más parecido al de la aristocracia rural inglesa que al de los comerciantes yanquis de Massachusetts o Connecticut.

—Yo siempre me comporto con refinada cortesía londinense en su

presencia —confesó James con una carcajada—, aunque eso no me serviría de nada si no cumpliera con mis obligaciones.

James sospechaba, además, que el general consideraba que los años que había vivido en Londres lo volvían un elemento útil. Con frecuencia le preguntaba cómo creía que iban a reaccionar los ingleses ante determinada situación. También le tenía impresionado que James hubiera conocido a Benjamin Franklin, respecto a cuyas actividades en Londres le formulaba multitud de preguntas. Cuando llegó la noticia de que el Congreso

había enviado a Franklin a París para recabar el apoyo de los franceses, el general le hizo una sincera confidencia.

—Lo que nosotros hacemos aquí es de gran importancia, pero es posible que, a la larga, el desenlace de esta guerra se decida en París. Me alegro de que me describierais con tanta precisión las habilidades diplomáticas de Franklin.

Aun cuando a Washington le agradaran los modales corteses del Viejo Mundo, había un aspecto del comportamiento británico que lo tenía muy preocupado, y era el terrible trato que infligían a los prisioneros

americanos. James también lo desaprobaba, pero lo comprendía mejor.

—Los británicos no nos consideran soldados, ni siquiera a estas alturas. Nos ven como rebeldes, y si nos dieran otro apelativo equivaldría a admitir la legitimidad de nuestra causa. Para ellos, los patriotas capturados en Brooklyn no son prisioneros de guerra. Son traidores, señor, que pueden darse por satisfechos si no los ahorcan.

—Tengo informes de prisioneros que han sido tratados peor que animales —se indignaba Washington, incapaz de aceptar aquel razonamiento.

Aparte dio tajantes instrucciones

para que se sancionara a cualquiera de sus hombres que cayera en la tentación de castigar con rudeza a los hesianos capturados. Había escrito personalmente a los generales británicos reiteradas veces desde que asumió el mando, pero no había trazas de que éstos se dieran por enterados.

—¿Acaso no tienen ninguna humanidad? —se lamentó una vez con James.

—Para nosotros, señor, la humanidad prima sobre la legalidad —expuso James—. En Inglaterra sucede lo contrario.

No obstante, aun sabiendo que nada

aplacaría la justa indignación de Washington, James tomaba conciencia también de que aquellos continuados rumores sobre la crueldad de los británicos para con los prisioneros americanos estaban creando sobre las colonias un efecto del que no eran conscientes aquéllos. El granjero que abastecía de verdura al campamento lo expresó con gran claridad un día.

—A mi hijo lo hicieron prisionero. ¿Por qué querría yo que me gobernara una clase de personas que lo tratan como a un animal?

Mientras tanto, pese al éxito conseguido en invierno contra los

hesianos, la posición de los patriotas era todavía precaria. Cuando Howe había tentado hacía poco a Washington para enzarzarse en una batalla frontal en junio, éste había evitado caer en la trampa, pero todo enfrentamiento masivo podía destruir al ejército patriota en cualquier momento. Washington necesitaba ante todo averiguar qué haría Howe a continuación. Intentaba emplear espías, pero también había enviado a James en misión de reconocimiento en los alrededores de Nueva York, y éste estaba decidido a no fallarle.

Por ello, al cabo de un rato bajó el catalejo con un suspiro. Las labores de

carga de los barcos indicaban que se estaba tramando algo, pero necesitaba averiguar mucho más. Había llegado la hora de probar con otros procedimientos.

A la mañana siguiente, cuando Abigail salía del Bowling Green con Weston, se le acercó un hombre. Parecía un campesino que seguramente iba a llevar su cosecha al mercado. Se llevó, por consiguiente, una buena sorpresa cuando el hombre la llamó por su nombre.

Entonces se dio cuenta... era Charlie

White.

Le llevó poco rato dejar a Weston en casa y regresar a Broadway. Llegó allí con el corazón palpitante. Aunque no estaba segura, creía adivinar qué significaba aquello. Sin decir una palabra, Charlie la acompañó por la avenida Broadway. En Wall Street torcieron a la derecha, en dirección al East River. Después caminaron durante diez minutos por los muelles hasta llegar casi a la empalizada que delimitaba la ciudad. Allí Charlie la condujo al interior de un pequeño almacén. El alto individuo envuelto en un gabán que permanecía sentado en una barrica en

medio de la penumbra se levantó para acercarse a ella.

Un instante después se arrojó a los brazos de su hermano.

Bajo el gabán llevaba el uniforme. Probablemente tenía un calor terrible tan tapado, pensó Abigail. Él le explicó que era importante que conservara el uniforme, porque de lo contrario, en caso de que lo descubrieran, podrían dispararle por espía. Le explicó que Charlie lo había introducido en la ciudad en un carro lleno de mercancías, pero apenas dio más detalles. Estaba impaciente por saber cómo estaban Weston y su padre y, cuando ella le

contó que Grey Albion se encontraba en la casa, se quedó estupefacto.

—Cómo me gustaría que pudieras decirle a mi querido padre y al pequeño Weston que me has visto y que pienso en ellos todos los días, pero por desgracia no puedes.

Al final abordó la cuestión que lo había llevado allí.

—Charlie ha estado escuchando en el mercado. Es evidente que el general Howe comienza a cargar suministros en sus barcos, pero parece que la gente de la ciudad no sabe adónde va a ir.

—Me imagino que no se lo han contado a muchas personas —respondió

ella.

—¿Tú tienes alguna idea?

A Abigail le dio un vuelco el corazón. Primero agachó la vista y luego miró a su hermano directamente a la cara.

—¿Por qué iba a confiarle algo así el general a una muchacha como yo?

Se trataba de una respuesta razonable, y no era una mentira.

—No. —James frunció el entrecejo, pensativo—. ¿Crees que Albion lo sabe?

—Quizá, pero él es sólo un oficial subalterno. En todo caso no ha comentado nada.

—¿Y nuestro padre?

Vaciló un momento, pensando qué podía decir.

—Si padre lo sabe, a mí no me ha confiado la información —repuso sin faltar tampoco a la estricta verdad.

James asintió con tristeza. Al verlo, Abigail sintió que también la embargaba la pena. Sabía que su hermano la quería. Sabía que anhelaba ver a su padre y a su hijo, y que no podía. Aun así, no podía evitar sentir una punzada de dolor al constatar que sólo había ido a verla para interrogarla, para obtener una información que, en caso de que se la diera, haría de ella una traidora.

Al mismo tiempo, ansiaba contárselo. Debía de estar arriesgando la vida para acudir allí. Y tal vez, a pesar de la promesa que había dado a su padre y al general Howe, se lo habría contado si aquella información pudiera haberle salvado la vida. Pero no era así. Sólo serviría para ayudar a Washington y a sus patriotas, para que pudieran prolongar aún más aquella desdichada guerra. James cumplía con su deber, y ella con el suyo. No había nada que hacer. Sintió ganas de llorar, pero se contuvo.

—Lamento que Grey Albion esté aquí —dijo él por fin.

Abigail supuso que se refería a que no deseaba tener que luchar contra su amigo.

—A padre le cae bien —confesó ella.

—¿Y a ti?

—Reconozco que es agradable —repuso—, pero parece como si tuviera un defecto en su carácter. Lo encuentro arrogante.

—Sí. Me temo que esa clase de arrogancia es algo previsible en un oficial inglés. —Abrió una pausa—. Antes éramos muy amigos, y su padre fue muy bueno conmigo.

—Es la guerra la que os convierte en

enemigos.

—Sí, pero hay algo más, Abby. Mis sentimientos con respecto a Inglaterra y lo que Grey representa han cambiado. Para serte sincero, no estoy seguro de si querría verlo ahora. —La miró con aire escrutador—. Lamentaría que tú le tomaras demasiado aprecio.

—Entonces te seré franca. No me gusta casi.

Satisfecho con la respuesta, su hermano anunció que no debía demorarse mucho. Al cabo de unos minutos, ella regresó sola a pie por las calles.

A finales de ese mismo mes, el general Howe se hizo por fin a la mar con una gran flota y comenzó a bordear la costa por el sur. Con él iban Grey Albion y los otros jóvenes oficiales alojados en casa de los Master. Aunque fue al muelle a despedirlo con su padre y Weston, Abigail no creía lamentar mucho su marcha.

Cuando por fin llegaron noticias de la expedición, éstas eran alentadoras. Pese a que en su breve viaje por el Chesapeake, el general Howe había tenido que afrontar el mal tiempo, su plan había dado resultado de todos modos. Sorprendido a contrapié,

Washington tuvo que volver sobre sus pasos desde el norte, y aun cuando presentó una valerosa resistencia en Bradywine Creek, los chaquetas rojas se apoderaron de Filadelfia. Grey Albion envió una carta a su padre para comunicarle que pasaría el invierno en Filadelfia con Howe.

Al principio, las noticias llegadas desde el norte parecían también propicias para la causa leal. Tal como habían planeado, Johnnie Burgoyne había descendido desde Canadá y no había tardado en recuperar el fuerte de Ticonderoga. También se había granjeado el apoyo de los indios. Cuatro

de las seis naciones iroquesas habían aceptado integrarse en el bando británico.

—Los patriotas nos detestarán por eso —señaló con sequedad John Master.

—¿Tan crueles son los indios? —inquirió Abigail.

—Tienen sus costumbres. Durante la guerra del rey Jorge, hace treinta años, el coronel británico de las milicias del norte pagaba a los iroqueses por cada cuero cabelludo de francés que le llevaran, mujeres y niños incluidos.

—Espero que ahora no haríamos tal cosa.

—No estés tan segura.

En septiembre esperaban la confirmación de que Burgoyne había tomado Albany y proseguía por la ribera del Hudson hacia Nueva York, pero entonces comenzaron a propagarse otros rumores. Las milicias patriotas locales, con sus tiradores de élite, estaban entorpeciendo su avance. Se encontraba atrapado en los despoblados territorios del norte. Los indios lo estaban abandonando. Una fuerza de chaquetas rojas remontó el Hudson para ver si podían socorrerlo.

Después, a finales de octubre, por el gran río llegó una barca con un asombroso mensaje. El padre de Abigail

lo transmitió en casa.

—Burgoyne se ha rendido. Los patriotas han apresado cinco mil hombres.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—En Saratoga.

La noticia de la derrota sufrida en Saratoga cayó como un mazazo sobre los británicos. Master, no obstante, pese a su expresión grave, no manifestó sorpresa.

—Tal como le advertí a Howe —recordó con pesar—. Un general sobrado de confianza, en un terreno que no comprende.

Las tácticas empleadas por los

patriotas, consistentes en abatir árboles en el camino, ahuyentar al ganado y hacer desaparecer toda la comida habían desmoralizado a sus hombres allá en aquellas solitarias inmensidades. Después de dos enfrentamientos librados en Saratoga, los dos generales patriotas, Gates y Benedict Arnold, lo habían agotado. Pese a que los británicos de Burgoyne y las tropas hesianas habían luchado con valentía, privados de refuerzos provenientes del sur, se habían visto superados en número por los mil setecientos integrantes de las milicias patriotas.

—Saratoga es una señal —consideró

John Master—. Es una demostración de que, por más soldados que pongan en acción los británicos, nunca serán tan numerosos como las milicias locales. Y lo que es más importante aún, indica a las únicas personas que realmente cuentan que los americanos tienen posibilidades de ganar.

—¿Quiénes son esas personas? —
inquirió Abigail.

—Los franceses.

Aunque la victoria de Saratoga fue un motivo de alborozo para los patriotas, James no advirtió mucha

alegría en el ejército de Washington ese mes de diciembre. El Congreso había abandonado Filadelfia, Howe se había instalado allí y el ejército patriota, reducido ahora a doce mil soldados, se encontraba a campo abierto cuando ya comenzaba a arreciar el frío del invierno. Washington ya había elegido el lugar adonde se iban a desplazar, sin embargo.

Irían a Valley Forge, un paraje que tenía sus ventajas. Con las elevaciones denominadas Mount Joy y Mount Misery en las proximidades y el río Schuylkill más abajo, Valley Forge poseía una buena situación defensiva y, al estar a

menos de treinta kilómetros de Filadelfia, era también idóneo para mantenerse enterados de los movimientos de los británicos.

El ejército patriota había comenzado a levantar el campamento sin tardanza. En poco tiempo tuvieron constituida una achaparrada ciudad de cabañas de troncos apiñadas en grupos. La construcción mantuvo al menos ocupados a los hombres y les proporcionó un motivo de orgullo por el resultado. James, por su parte, a menudo tenía que conducir partidas de soldados durante kilómetros para encontrar árboles que talar. Washington insistía en

que lo fundamental era procurar que no quedaran fisuras en el tejado.

—El invierno que deberemos soportar es el de Filadelfia, no el del norte —les recordaba.

Pronto sus soldados yanquis descubrieron a qué se refería. En lugar de una capa de nieve uniforme que cubre todo aquello sobre lo que cae, Valley Forge padecía una especie de invierno diferente. De vez en cuando nevaba, o bien caía aguanieve, pero no cuajaba. Después llovía, y el agua impregnaba todas las grietas y huecos, para acabar helándose. El frío seco del norte era capaz de matar al hombre que no

dispusiera de cobijo, pero los fríos y húmedos vientos de Valley Forge parecían colarse hasta la médula de los soldados.

Con o sin cabañas, seguían teniendo la ropa harapienta, muchos carecían de botas y todos pasaban hambre. Los intendentes realizaban un magnífico trabajo: distribuían pescado del río; de vez en cuando había carne y la mayoría de los días, cada hombre recibía una libra de pan. No obstante, en ocasiones sólo disponían de unas insípidas y resecaas galletas hechas con harina y agua, y en otras nada. James había visto incluso algunos soldados que intentaban

preparar sopa con hierbas y hojas. Algunas semanas, una tercera parte del ejército no se hallaba en condiciones de cumplir con ninguna labor. Los caballos estaban esqueléticos y a menudo morían. No había forma de conseguir forraje y no se veía ninguna vaca en kilómetros a la redonda. Además, cuando a James le encargaban que fuera a las pequeñas localidades de la región para ver si podía comprar más provisiones, el único dinero que tenía para ofrecer eran los billetes de papel donados por el Congreso, que provocaba recelo en muchos comerciantes.

Cada día enterraban a más hombres.

Con el curso del tiempo, los muertos ascendieron a centenares y luego superaron el millar, hasta llegar a dos mil. A veces James se preguntaba si habría logrado salir a flote sin la zaga de acompañantes, unas quinientas personas, en su mayoría esposas o novias de los soldados. Éstas recibían la mitad de las raciones y la mitad de la paga, y hacían cuanto podían para cuidar a los hombres. En febrero acudió a visitarlos Martha Washington. El general siempre presentaba una fachada de entereza delante de las tropas, pero James, que pasaba bastante tiempo con él, veía que en el fondo estaba a punto

de caer en la desesperación. Él y los otros oficiales se esforzaban por expresarle su apoyo, aunque no con los mismos resultados que obtuvo su esposa.

—El general ha salvado al ejército, y vos habéis salvado al general —comentó James una vez a la señora Washington.

Hubo otra persona que aportó consuelo a Washington: un joven que envió desde Francia el infatigable Benjamin Franklin. Había llegado hacía unos meses. Pese a que tenía sólo veinte años, había servido varios años en la mosquetería. Al llegar a América, lo

nombraron de inmediato general de división.

Marie-Joseph Paul Yves Roch Gilbert du Mortier, marqués de Lafayette, era un rico aristócrata heredero de una extensa propiedad familiar. Su joven esposa, que se había quedado en Francia, era hija de un duque. Un antepasado suyo había integrado el mismo ejército en el que se enroló Juana de Arco. Había salido de Francia en busca de una sola cosa: *la gloire*. Quería ser famoso.

Considerando que con ello podría mejorar aún más las relaciones con los franceses, Washington lo había aceptado

bajo su mando. Después descubrió con sorpresa que había ganado un segundo hijo.

Lafayette no se engañaba en lo tocante a su falta de experiencia y aceptaba realizar cuanto se le pedía. También demostró ser competente e inteligente. En Bradywine luchó bien y resultó herido. Aparte de todo ello, su educación aristocrática y su sentido del honor le conferían las cualidades que Washington más admiraba. Delgado y elegante, poseía unos exquisitos modales, era extremadamente valiente... y era leal a su superior, cosa que no se podía decir de la mayoría de los otros

comandantes patriotas. Cuando Gates y los otros generales se confabularon contra Washington, el joven francés se enteró y le avisó enseguida. Intentaron deshacerse de él enviándolo a Canadá, pero pronto regresó al lado de Washington en Valley Forge, donde su encanto galo ayudó a alegrar las duras realidades de la vida cotidiana.

A James le gustaba Lafayette. Puesto que en Londres se exigía de todo caballero instruido conocer la lengua de la diplomacia, había aprendido a hablar un poco el francés. Entonces, como tenían tiempo de sobra, Lafayette le ayudó mucho a mejorar su dominio de

aquel idioma.

Lafayette no fue la única persona que Benjamin Franklin envió de Europa. Su otro fabuloso regalo llegó con el año nuevo. Si aquél había aportado un toque de encanto galo al ejército de Washington, la influencia del barón Von Steuben iba a ser de muy distinto cariz.

Von Steuben era un oficial prusiano de mediana edad, aristócrata también. Había servido en el ejército de Federico el Grande. Soltero empedernido, se presentó con un sabueso italiano, una carta de Franklin y el ofrecimiento de dar a las harapientas tropas patrióticas la misma instrucción que recibían los

mejores ejércitos de Europa. Pese a su excentricidad, cumplió al pie de la letra con dicha labor.

Allí en Valley Forge, primero hollando la nieve y después el barro, y luego con los soleados días en que las yemas despuntaban en los árboles, los entrenó como no habían entrenado antes. En lugar de la variopinta colección de manuales que usaban las diferentes milicias, impuso un solo libro de entrenamiento clásico para todo el ejército continental. A continuación entrenó a un cuadro de hombres para que luego hicieran de instructores. Después, en uniforme de gala, iba de un campo de

prácticas a otro, supervisando y alentándolos a todos con una retahíla de juramentos en alemán o en francés que sus ordenanzas traducían puntualmente... de tal modo que al finalizar su instrucción, todos los soldados del ejército patriota poseían un amplio vocabulario de blasfemias en tres idiomas.

Al principio lo tomaron por loco, pero pronto aprendieron a respetarlo. Al final de la primavera, le profesaban ya un profundo afecto. Les enseñó a entrenar, a marchar, a maniobrar en las batallas, a disparar con rapidez. Al ver que casi ningún soldado sabía utilizar la

bayoneta para nada más que para asar carne encima del fuego, les enseñó a cargar con ella.

—Os enseñaré cómo se gana una batalla sin gastar siquiera munición —les decía.

Cuando acabó los ejercicios, los había transformado en excelentes soldados, en todos los sentidos.

—Necesitábamos un alemán que nos enseñara cómo pelear contra los hesianos —señaló con ironía Washington a James un día de primavera.

—Los británicos pueden emplear a los alemanes —repuso James con una

sonrisa—, pero nosotros somos auténticos.

—Me han llegado noticias —le anunció Washington— de que pronto recibiremos nuevos reclutas que se alistarán para un periodo de tres años.

Con todo, la noticia que puso realmente fin a la angustia de aquel periodo en Valley Forge llegó poco después de aquella conversación.

Benjamin Franklin había culminado con éxito su misión. Los franceses habían declarado la guerra a los británicos. En Valley Forge, obedeciendo indicaciones de Washington, el barón Von Steuben

organizó un gran desfile.

La invitación de Grey Albion le llegó a Abigail el primero de mayo, en una carta que envió a su padre desde Filadelfia.

—Confirma el rumor que habíamos oído. Al general Howe lo han retirado del mando. —Master sacudió la cabeza—. Es una vergüenza. Cuando en Londres se enteraron de la rendición de Saratoga, el Parlamento montó en cólera y lo dispuso todo para que los periodistas achacaran toda la culpa a Howe en los periódicos. Y ahora

reclaman su presencia en Inglaterra. Parece que sus oficiales de Filadelfia están decididos a despedirlo con todos los honores. Se va a celebrar un baile y no sé qué otros actos, incluso una justa. Albion participará como caballero y pregunta si desearías asistir.

La invitación le llegó de forma tan imprevista que apenas supo qué decir. Con todas las muchachas bonitas entre las que podía elegir en Filadelfia, le sorprendió que hubiera pensado en ella, aunque tuvo que reconocer que era un detalle por su parte. De hecho, pensando en los festejos, en la justa y en la ocasión de estar en la elegante ciudad de

Filadelfia, resolvió que quizá no estaría mal ir.

Al día siguiente, no obstante, su padre mudó de parecer.

—Es un viaje largo, Abby, y nunca se sabe con quién te puedes topar en el camino. Yo no podría acompañarte. ¿Quién iría contigo? Si encontraras soldados patriotas no creo que te hicieran nada, pero no podemos estar seguros. No —concluyó—, Grey ha sido muy amable al pensar en ti, pero no es posible.

—Supongo que tienes razón, papá —concedió.

«Si el señor Grey Albion quiere que

lo acompañe a un baile —pensó para sí —, tendrá que volver a pedírmelo en otra ocasión».

La catástrofe de Saratoga, ocurrida en octubre del año anterior, y la decisión francesa de intervenir en el conflicto, en primavera, habían hecho cundir el desánimo entre los británicos. Para el leal John Master, no obstante, el mundo comenzó a cambiar durante aquel largo verano de 1778. Se trató de un cambio sutil, imperceptible al principio, que se produjo a un tiempo en su mente y en su corazón.

La guerra parecía haber entrado en un periodo de estancamiento. Después de la partida del pobre Howe, el general Clinton había asumido el mando en Filadelfia y en vista del peligro de una invasión de la flota francesa, los británicos resolvieron retirarse y volver a Nueva York. La medida no sólo afectó a los soldados: varios miles de leales tuvieron que abandonar sus hogares.

—Pobre gente —comentó Master a Abigail—. Los británicos piden apoyo a los leales, pero después no pueden protegerlos.

Washington siguió al grueso del ejército británico en su desplazamiento

por tierra. Llegaron noticias de que se había producido un enfrentamiento en Monmouth. Una fuerza patriota capitaneada por Lee y Lafayette había atacado con considerable éxito la retaguardia británica, comandada por Cornwallis, y podría haber causado mayores estragos si Lee no se hubiera retirado. Al final los británicos habían logrado, sin embargo, ponerse a recaudo en Nueva York, incluido el joven Albion.

El Congreso volvió a instalarse pues en Filadelfia y Nueva York, bajo el mando del general Clinton, se mantuvo como una base británica, aunque con

extensos territorios que iban desde White Plains, al norte de la ciudad, a las franjas de Nueva Jersey, al otro lado del Hudson, dominados por los patriotas. En julio, Washington remontó el valle del Hudson hasta la gran atalaya de West Point, situada setenta kilómetros más arriba. James hizo llegar a su familia a través de Susan una afectuosa carta en la que les informaba que se encontraba a salvo en West Point y pedía a su padre que atendiera en su nombre ciertas gestiones. Por lo demás, no les daba ninguna otra noticia.

Poco después, como una confirmación del cambio de rumbo de la

situación militar, el almirante D'Estaing llegó con una poderosa flota francesa a la entrada de la ensenada. Allí se quedó un tiempo, interceptando la salida al océano. Luego, cuando llegaron los refuerzos navales británicos se fue, por el momento, a echar anclas en Newport, Rhode Island. El mensaje era muy claro, con todo: los franceses intervenían en la guerra y los británicos ya no disponían del control indiscutible del mar.

John Master hubo de padecer dos vejaciones más que ensombrecieron su ánimo. En agosto, se declaró un incendio en la ciudad que destruyó un par de casas que tenía alquiladas. Más

preocupante aún era la amenaza que pesaba sobre sus propiedades del condado de Dutchess.

Ese año se produjo una situación curiosa en Nueva York: la ciudad estaba ahora gobernada por el general británico Clinton, en tanto que la gran región interior neoyorquina, controlada por los patriotas, tenía un gobernador patriota del mismo apellido... aunque no era pariente suyo, desde luego. El gobernador patriota Clinton estaba impaciente por confiscar las tierras de todos los leales declarados de su territorio. «Como nosotros nos ocupamos de ella, hemos declarado que

es nuestra», le explicó Susan. Master tenía, sin embargo, la impresión de que no transcurriría mucho tiempo antes de que el gobernador patriota le arrebatara sus fincas.

A finales de agosto recibieron una visita imprevista: la del capitán Rivers. No traía, con todo, noticias halagüeñas. Había resuelto tirar la toalla.

—Carolina del Sur se mantiene en manos patriotas desde hace dos años, pero en Carolina del Norte muchos leales como yo hemos logrado resistir. Desde la primavera, sin embargo,

nuestra vida se ha vuelto imposible. Mi esposa y mis hijos ya se han ido a Inglaterra. No puedo hacer nada salvo dejar la plantación en vuestras manos, esperando que podáis resarciros de la deuda un día.

—¿Y los esclavos?

—El valor principal reside en ellos, desde luego. Los he transferido a la propiedad de un amigo que se encuentra en una zona más segura, aunque no sé cuánto tiempo podrá resistir. —Ofreció a Master un detallado inventario de los esclavos—. Muchos son buenos trabajadores y valiosos. Si encontráis un comprador, podéis venderlos.

—¿No podéis aguantar un poco más?
—planteó Master—. Es posible que no tarde en mejorar la situación.

Tras haber abandonado Filadelfia, los británicos se proponían lanzar una gran ofensiva contra el sur. El general Clinton ya había anunciado que enviaría una gran expedición para apoderarse de una de las islas caribeñas de los franceses, y otra a Georgia, donde las guarniciones patriotas eran reducidas y los leales numerosos. Rivers sacudió, no obstante, la cabeza.

—Eso son meras distracciones, Master. Podemos dividir nuestras fuerzas de tantas maneras como

queramos e ir de un lado a otro en las inmensidades de América, pero en mi opinión, nunca la llegaremos a dominar. En todo caso, no a estas alturas.

Durante la cena, John Master, Abigail, Rivers y Grey Albion mantuvieron una franca conversación entre amigos.

—En una ocasión os pregunté si habíais pensado retiraros en Inglaterra —le recordó en cierto momento Rivers a Master—. Entonces no os interesaba, creo. ¿Cambiaríais ahora de parecer?

—Mi padre estaría encantado de poder ayudaros, señor —intervino Albion—, si quisierais enviar dinero a

Inglaterra para preservarlo. De hecho, ya controla los saldos de operaciones vuestras.

—Mejor no pensemos en eso ahora
—repuso Master.

De todos modos, era significativo que tanto Rivers como Albion le sugiriesen que abandonara. Era desalentador.

No obstante, la peor causa de sufrimiento para él no era de orden militar ni financiero, sino moral.

En la primavera, alarmado por la entrada de Francia en la guerra, el Gobierno británico había enviado delegados a Nueva York con el fin de

tratar de llegar a un acuerdo con los colonos. Master se había reunido con ellos antes de que fueran a probar suerte con el Congreso. El mejor de ellos era, en su opinión, un hombre llamado Eden. De todas maneras, después de haber conversado largamente con él, Master regresó a casa consternado.

—Parece que el rey Jorge les ha dado instrucciones de intentar sobornar a los miembros del Congreso —le contó a Abigail—. Le he tenido que decir que el Congreso no es el Parlamento británico.

Hasta un par de días después no se dio cuenta de la ironía de la situación:

sin siquiera pararse a pensar, había dado por supuesto que el Congreso al cual se oponía sostendría unos valores morales superiores a los del gobierno al que prestaba su apoyo.

El descubrimiento que lo sacudió hasta los cimientos tuvo lugar a finales de agosto.

En la carta que le había enviado desde West Point, James le había pedido que le hiciera un favor. Él lo había postergado varias semanas, sólo porque temía que le exigiera demasiado tiempo. A finales de agosto, aquejado de cierto sentimiento de culpabilidad, decidió ocuparse del asunto.

Uno de los soldados de James tenía un hermano al que habían capturado los británicos. Como la familia no había tenido noticias de él desde hacía más de un año, pero creían que estaba encarcelado en Nueva York, James le pedía si podía indagar qué había sido de él. Se llamaba Sam Flower.

Master tardó un día entero en averiguar que la unidad a la que pertenecía Flower había permanecido primero en un edificio religioso de la ciudad, y que después la habían trasladado al otro lado del East River. Ésa era la única información que pudo recabar.

Puesto que el día siguiente amaneció cálido y bochornoso, Master se alegró de poder huir del agobio de las calles de la ciudad y trasladarse en transbordador hasta Brooklyn. El embarcadero quedaba enfrente de la parte norte de la ciudad. A partir de allí, el río trazaba una curva hacia el este. En el lado de Manhattan, los edificios contiguos al río se hacían escasos. En la orilla de Brooklyn, después del recodo del río se sucedían las salinas y marismas, cuyo antiguo nombre holandés se había transformado en el de Wallabout Bay. Allí se encontraban las cárceles que buscaba Master.

Eran las carcasas de barcos en desuso. En su mayoría habían servido para el transporte de animales. Los enormes cascos decrepitos y renegridos, desarbolados, anclados con recias cadenas a los fangosos bajíos, quedaban a poco más de dos kilómetros de la ciudad, pero resultaban invisibles gracias a la curva del río. Estaban el *Jersey*, un barco hospital, o tal era su denominación, y el *Whitby*, una carcasa vacía que tras haberse quemado el año anterior, dirigía con melancolía al cielo sus carbonizadas y rotas costillas. Había otros más, abarrotados todos de prisioneros.

No le costó contratar a un barquero que lo llevara hasta los barcos. El encargado del primer navío, un individuo corpulento de prominentes mandíbulas, se mostró reacio a dejarlo subir, aunque cambió de parecer a cambio de una moneda de oro.

Con el rutilante sol de la mañana y la perspectiva de la isla de Manhattan a menos de dos kilómetros, la vista desde cubierta podría haberse considerado placentera. No obstante, pese a la moneda de oro, el guardia mantenía una actitud tan recelosa y hosca que, en cuanto puso el pie en el barco, Master sintió como si un nubarrón hubiera

ensombrecido de repente el día. Cuando Master le preguntó por Sam Flower, el hombre se encogió desdeñosamente de hombros.

—Abajo tengo doscientos rebeldes —contestó—. Es lo único que sé.

Entonces Master le preguntó si podía bajar para hacer averiguaciones y el hombre lo miró como si estuviera loco. De todas maneras lo llevó hasta una escotilla y la abrió.

—¿Queréis ir allá abajo? —dijo—. Id.

No obstante, al acercarse Master se vio asaltado por un hedor a orina, mugre y putrefacción tan intenso que retrocedió

a trompicones.

En ese momento, por otra escotilla apareció un desaliñado soldado armado de un mosquete, seguido de dos personas. No bien se encontraron en cubierta, se apresuró a cerrar la escotilla de golpe.

—Los dejamos subir de dos en dos —explicó su custodio—. Nunca más de dos.

Master casi no lo oía. Estaba mirando a los hombres. Más que flacos, eran esqueléticos. Aunque ambos presentaban una palidez enfermiza, uno de ellos tenía los ojos hundidos y una expresión febril, y parecía a punto de

desplomarse de un momento a otro.

—Estos hombres pasan hambre —
dijo Master.

—Por supuesto que pasan hambre —
replicó el guardián. En su rostro se
manifestó el primer cambio de
semblante, materializado en una sonrisa
—. Eso es porque no les doy de comer.

—Me parece que ese hombre está
enfermo —señaló Master.

—¿Enfermo? Ojalá esté moribundo.

—¿Desea que ese hombre muera?

—Así deja sitio para el próximo.

—Pero ¿no os dan dinero para
alimentar a esos hombres? —preguntó
Master.

—Me dan dinero. Ellos viven o mueren según les place. La mayoría mueren.

—¿Cómo podéis dar ese trato, señor, a prisioneros que os han confiado?

—¿A esta gentuza? —replicó con repugnancia—. Para mí son alimañas, traidores a los que deberían ahorcar. —El hombre señaló en dirección a la ciudad—. ¿Creéis que allá los tratan mejor?

—No sé qué dirían vuestros superiores de todo esto —apuntó Master con tono amenazador.

—¿Mis superiores? —El hombre

acercó la cara a la de Master, tanto que éste alcanzó a oler su pestilente aliento —. Mis superiores dirían esto, señor: «Muy bien, sois un buen y fiel servidor». ¿Por qué no vais a preguntárselo, señor, si de veras lo queréis saber?

A continuación le indicó que abandonara el barco.

En el siguiente, un joven oficial asomó la cabeza por la borda e informó a Master, con bastante educación, de que no podía subir a bordo porque la mitad de los prisioneros padecía la fiebre amarilla.

En el tercero tuvo más suerte. Pese a

que la carcasa parecía a punto de descomponerse, el alto y delgado individuo de curtido semblante que lo recibió iba vestido como un oficial y respondió con precisión a sus preguntas. Sí, mantenía un registro de todos los prisioneros que habían estado en el barco. Sam Flower se encontraba entre ellos.

—Murió hace seis meses.

Cuando le preguntó dónde estaba enterrado, el oficial apuntó hacia las salinas. A los cadáveres los arrojaban en unas zanjias cavadas un poco por todos lados, explicó, añadiendo que eran muy numerosos y, además, no

pasaban de ser unos criminales.

Master no hizo comentarios. Al menos había averiguado lo que quería. Antes de bajar del barco, advirtió que había habido un incendio reciente en el castillo de proa. El fuego no se había propagado muy lejos y, de todas maneras, no se imaginaba a aquel severo oficial dejando que se le fuera de la mano. En todo caso se le ocurrió plantearle una última pregunta.

—¿Cómo haría salir a los prisioneros, si se declarase un incendio?

—No lo haría, señor.

—Pero los dejaría salir al agua, ¿no?

—No, señor. Aseguraría con listones las escotillas y dejaría que se quemaran. Ésas son las órdenes que tengo.

John Master regresó a la ciudad embargado por un humor sombrío. En primer lugar, le escandalizaba que los ingleses, sus compatriotas, pudieran comportarse de aquel modo. Fueran o no prisioneros de guerra, fuera cual fuese el estatuto que se les atribuía en las controversias legales, ¿qué grado de humanidad demostraba su gobierno tratando de esa manera a los patriotas? Uno puede tildar a un hombre de rebelde, de criminal o decir que habría que ahorcarlo... sobre todo cuando se

trata de un desconocido y no del propio hijo. Pero delante de aquellos granjeros, pequeños comerciantes, honrados obreros y personas honestas, como saltaba a la vista que eran los patriotas, ¿qué especie de ceguera, de prejuicio, o de crueldad incluso, podía inducir a las autoridades británicas a encerrarlos en carcasas de barcos y asesinarlos de ese modo?

Él no estaba al corriente, desde luego, de que ocurrieran tales cosas. Los barcos quedaban escondidos. Susan sí le había dicho con ocasión de sus visitas que los periódicos patriotas protestaban con contundencia por el trato infligido a

los prisioneros, pero él le había asegurado que se trataba de exageraciones, que su buen amigo el general Howe le había negado tajantemente que aquello ocurriera. ¿Se había molestado, empero, en ir a las cárceles de la ciudad, situadas a tan sólo varios centenares de metros de su casa? No. Mientras ponderaba aquella circunstancia, otra desagradable frase fue resonando en el cerebro de John Master: las palabras del detestable guardián del primer barco. «¿Creéis que allá los tratan mejor?».

A lo largo de la semana siguiente, comenzó a realizar discretas pesquisas.

Sin decir nada a Albion, para no colocarlo en una posición difícil, recurrió a otras personas capaces de proporcionarle aquel tipo de información. Una conversación amistosa con un carcelero, unas frases de complicidad con un oficial... Con paciencia y tacto, valiéndose de las artes que había aprendido antaño en las tabernas, fue averiguando todo lo que quería.

El guardián del barco tenía razón: las cárceles de la ciudad eran prácticamente iguales. Detrás de los muros de las iglesias y azucareras requisadas, los prisioneros morían como

moscas. Luego cargaban los cadáveres en carretas y se los llevaban de noche. Loring, cuya esposa había sido la antigua acompañante del general Howe, les robaba sus pertenencias y se quedaba con el dinero destinado a su alimentación. Y por más que lo hubiera negado, no cabía el menor margen de duda: el cordial general Howe, con quien había cenado tantas veces, estaba al corriente de todo.

Sentía tristeza, vergüenza, asco. Pero ¿qué podía hacer? Tal vez otros podían plantear la cuestión ¿pero qué diría la gente si lo hacía él? Master tiene un hijo patriota... Se pondría en

entredicho su lealtad. No podía hacer nada. Por el bien de Abigail y del pequeño Weston, debía guardar silencio.

Le causó pues un gran sufrimiento cuando, a principios de septiembre, su nieto recurrió a él en busca de consejo. Para que no estuviera solo, matricularon a Weston en una escuela cercana, frecuentada por otros hijos de leales. Previendo que tarde o temprano saldría a colación la cuestión de que su padre era patriota, Master le había hecho aprender al niño la respuesta que debía dar. Y ese día había surgido el tema.

—¿Y entonces qué les has dicho? —le preguntó su abuelo.

—Que los patriotas aseguraron a mi padre que seguían siendo leales al Rey, y que ahora esperamos que vuelva de un momento a otro.

—Perfecto.

Era un argumento mediocre, pero no se le había ocurrido nada mejor.

—Dicen que es un traidor.

—No. Tu padre no está de acuerdo en ciertas cosas, pero es una persona honrada, no un traidor.

—Pero los leales tienen razón ¿no?

—Ellos así lo creen, pero el conflicto es complejo.

—Pero una parte tiene que tener razón y la otra estar equivocada —

insistió, perplejo, Weston.

Master exhaló un suspiro. ¿Qué se le podía decir a un niño?

—Yo soy leal, abuelo ¿verdad? —continuó el pequeño—. Tú me dijiste que lo era.

—Sí —confirmó Master con una sonrisa—. Eres muy leal.

—Y tú eres un leal, abuelo ¿verdad? —preguntó Weston.

—Por supuesto —respondió—. Yo soy un leal.

Lo malo era que no podía decir la verdad, que era un leal que había perdido el ardor.

De todos modos seguía siendo un empresario. El general Clinton tenía simpatía por él, de modo que cuando Master le sugirió en septiembre que podría ser un buen momento para armar otro barco corsario, el general quedó encantado.

—Quitadles a los franceses y a los patriotas todo cuanto os plazca —lo animó—, y yo quedaré en deuda con vos.

Los preparativos del viaje seguían su curso cuando ocurrió un pequeño incidente que lo tomó por sorpresa. Una mañana, mientras trabajaba en su despacho, Hudson entró para pedirle una

entrevista en privado.

—Quería hablaros de Salomon —explicó—. Ya tiene veinticinco años.

Claro. Master sintió un acceso de culpa. Siempre había prometido liberar a Salomon cuando cumpliera veinticinco años, y la distracción de la guerra no era una excusa para faltar a su promesa.

—Hoy mismo le concederé la libertad —le comunicó de inmediato a Hudson.

Hudson, sin embargo, sacudió la cabeza.

—Yo confiaba, amo —precisó—, en que lo mantuvierais un tiempo como esclavo.

—¿Sí? —Master lo observó, estupefacto.

—El caso es —confesó Hudson— que ha estado frecuentando malas compañías.

Hudson consideró que no había necesidad de explicar a Master las peleas que había tenido con Salomon, y menos aún de hacer alusión a sus sospechas en relación a las correrías que probablemente había compartido con Sam y Charlie White. Salomon era sólo un joven impaciente ávido de aventura. Su padre lo comprendía perfectamente, pero también comprendía con meridiana claridad otro aspecto.

Cuando uno era negro, no podía confiar en nadie. Sí, los británicos ofrecían la libertad a los esclavos, pero sólo porque les interesaba para debilitar a los patriotas de las plantaciones del sur. Si los británicos ganaban la guerra, Hudson dudaba mucho que siguieran prestando ayuda a los negros. En cuanto a los patriotas, si conseguían derrotar a los británicos, querrían recuperar el máximo de esclavos.

En vista de que no había nada seguro, Hudson tenía la impresión de que lo más parecido a la seguridad con que contaba su familia, ya fuera como esclavos o como libertos, era la

protección de John Master. Por eso la última amenaza que había proferido Salomon había dejado horrorizado a su padre.

—Ahora me van a conceder la libertad —había dicho—, y cuando la tenga, igual me voy con el capitán Master.

Entonces Hudson le preguntó con tono sarcástico qué iba a hacer si no le daban la libertad.

—Entonces puede que me escape para alistarme en el Ejército británico y así me la darán.

Tanto en un caso como en otro, Hudson consideraba que aquellas

descabelladas soluciones no podían dar nada bueno.

—Salomon no tiene mala intención, amo —le dijo a Master—, pero se podría decir que es inquieto, y tengo miedo de que se meta en toda clase de líos si le dais la libertad. La verdad es —reconoció, desconsolado— que no sé qué hacer con él.

—En ese caso, puede que tenga una solución —propuso Master—. Que trabaje a bordo del nuevo corsario. Así viviría un poco la aventura sin buscarse complicaciones. De los botines que consigan, tendrá su parte como todo miembro de la tripulación. Y el día que

acabe este conflicto, tendrá la libertad.
¿Te parece bien?

—Oh, sí, amo. Creo que sí.

Poco después, Salomon partió en el flamante barco.

—¡Estoy convencido de que será un excelente pirata neoyorquino! —le dijo, sonriendo, Master a Hudson cuando lo despedían desde el muelle.

En el mes de octubre, John Master recibió otra carta de Vanessa, fechada en Londres. La leyó varias veces para estar seguro de haber comprendido su significado.

Fueran cuales fuesen sus palabras, meditó Master, con sus actos la esposa de James demostraba claramente que tenía muy poco interés tanto por su marido como por su hijo. Aunque para él resultaba algo inexplicable, no podía negar las evidencias.

—Si Vanessa quisiera a su hijo —señaló a Abigail—, a estas alturas ya habría venido.

Aparte de los habituales votos por el bienestar del pequeño Weston y una afligida alusión a si su marido había tenido la decencia de abandonar la causa rebelde, en su última carta le preguntaba si iba a quedarse en Nueva

York o si, tal como le había comentado su primo el capitán Rivers, John Master se planteaba volver a la civilización junto con su familia y su hijo. Preguntaba, en resumen, si el pequeño Weston iba a regresar a Londres. Repasando la carta y leyendo entre líneas, Master creyó entrever lo que en realidad le interesaba.

Quería saber si tendría que ocuparse de su hijo, o si podría seguir llevando su vida libre de ataduras. El motivo más probable de aquel sondeo debía de ser, según dedujo Master, que había entablado una relación con otro hombre. «Si tiene un amante en su casa —pensó

—, el niño sería un estorbo. Casi tanto como un marido».

Con mucho tiento, por lo tanto, redactó una respuesta con las mismas dosis de hipocresía. Se hacía cargo, decía, de lo mucho que debía ansiar ver a su hijo, pero en el momento actual, al haber piratas patriotas en alta mar, consideraba que era mejor que el niño siguiera en Nueva York.

Tras plantearse la conveniencia de poner al corriente a James del contenido de la carta, resolvió que no merecía la pena. Ni siquiera transmitió al pequeño Weston las expresiones de afecto que le mandaba Vanessa. El niño casi nunca

hablaba de su madre ahora, y quizás era mejor dejar así las cosas.

Los meses siguientes fueron bastante tranquilos para Abigail. Tenía mucho que hacer dirigiendo la casa. Se ocupaba de Weston cuando no estaba en la escuela y cada dos o tres semanas escribía un detallado informe de las actividades del pequeño que enviaba a Susan, junto con las novedades concernientes a la familia, para que lo hiciera llegar a James. Pese a que aquellas misivas tardaban en llegar a West Point, sabía que su hermano

agradecía recibirlas.

Grey Albion volvía a alojarse en la casa con sus compañeros oficiales. Durante un breve periodo de tiempo pareció que iban a enviarlo a Georgia, pero el general Clinton cambió de parecer y lo mantuvo en Nueva York. Estaba, sin embargo, tan ocupado que apenas lo veía. Con la proximidad del invierno, Clinton le había encargado de procurar que ningún soldado pasara frío.

—Me temo que vamos a tener que cortar unos cuantos árboles de las propiedades del norte de la ciudad — anunció Albion un día de diciembre—. Detesto tener que hacerlo, pero no hay

más remedio.

A menudo se ausentaba durante días. Abigail no prestaba una especial atención a sus idas y venidas, aunque tenía que reconocer que cuando se iba con su gabán, un gorro de piel en la cabeza y un hacha en la mano, se le veía bastante apuesto.

Cuando estaba en casa, jugaba con el pequeño Weston como antes, la acompañaba a pasear el niño y mantenía un trato agradable. Ella advirtió, no obstante, un cambio en él. La arrogancia que antes la irritaba tanto parecía haberse moderado. A raíz de la breve escaramuza mantenida con los patriotas

durante la ruta de regreso desde Filadelfia en primavera, profesaba un mayor respeto por ellos.

—Ahora se desenvuelven como verdaderos soldados —reconocía—. Vamos a sufrir algunos reveses en los próximos enfrentamientos.

También notó que no empleaba el mismo tono con ella. Antes la trataba como a una hermana; ahora conversaba con ella de asuntos más serios, como la evolución de la guerra, las posibilidades de alcanzar la paz o el futuro de las colonias. Además, le preguntaba su opinión, y parecía valorarla mucho.

—Ojalá pudiera enseñaros Londres,

señorita Abigail —dijo una vez.

Para darle conversación, le preguntó qué era lo que más le gustaba de Londres. Ella sabía algo de los grandes monumentos por su padre, pero él le habló de sitios más íntimos, de recoletos parques antiguos contiguos al río, de antiguas iglesias donde habían rezado los cruzados o de estrechas callejuelas con casas de madera y misteriosos ecos. Mientras los evocaba, su apuesta cara adoptó una tierna expresión.

Otro día, le habló de su familia.

—Creo que os gustaría, señorita Abigail. Mi padre es muy cortés. Yo a su lado soy un patán.

En una ocasión le habló de su vieja nodriza.

—Todavía vive en nuestra casa, aunque ahora ya tiene casi ochenta años. Me gusta sentarme a hacerle compañía, cuando puedo.

A Abigail le agradó poder imaginárselo con una actitud solícita.

A comienzos de la primavera de 1779 llegaron noticias alentadoras del sur. En Georgia, los chaquetas rojas habían tomado Savannah y después Augusta. Pronto la totalidad de Georgia volvió a encontrarse bajo dominio británico. En Nueva York se hablaba de montar una expedición por el valle del

Hudson. Albion le mencionó de pasada aquellos planes.

—Le ha rogado a Clinton que le deje ir —explicó luego John a Abigail—. Quiere entrar en acción.

—Albion ha conseguido lo que deseaba —le informó unos días más tarde.

La flotilla de barcos no estuvo lista hasta finales de mayo. Abigail fue a contemplar su partida en el muelle. Con sus túnicas escarlata y los fajines blancos en bandolera, los soldados estaban muy elegantes. Viendo a Grey Albion muy atareado, Abigail cayó en la cuenta de que nunca lo había visto de

ese modo... impartiendo tajantes órdenes a sus hombres con ademán duro y mirada severa. Estaba demasiado ocupado, naturalmente, para fijarse en ella.

Mientras los barcos se adentraban en el cauce para comenzar a remontar el gran río, se volvió hacia su padre.

—James está allá arriba, papá. Y si él y Grey...

—Ya lo sé, Abby —repuso él en voz baja—. Más vale que no pensemos en eso.

Transcurrió cierto tiempo antes de

que tuvieran noticias. Los chaquetas rojas obtenían buenos resultados; Washington conservaba West Point, pero le habían arrebatado dos de los fuertes más pequeños. También supieron que se habían producido bajas.

A Grey Albion lo llevaron de regreso un día después. A Abigail le recomendaron que llevara a Weston a casa de un amigo mientras el cirujano realizaba la operación.

—No hay de qué preocuparse —aseguró John Master—. Una bala de mosquete en la pierna. El cirujano se la extraerá sin problemas.

Cuando volvieron más tarde, John

tenía una expresión grave.

—Todo va bien. Está dormido —explicó a Weston. A Abigail, en cambio, le confesó—: Ha perdido mucha sangre.

Cuando Abigail lo vio por la mañana, Grey tenía los ojos entornados, pero sonrió débilmente al reconocerla. Al día siguiente fue a verlo varias veces. Por la tarde, advirtió que temblaba. Por la noche, tenía una fiebre alta.

La herida estaba infectada. El médico, que los conocía desde hacía tiempo, fue algo brusco en su recomendación.

—Yo propongo que lo cuidéis vos,

señorita Abigail —aconsejó después de haber limpiado la herida—. Lo haréis tan bien como cualquier enfermera. Recemos para que no se propague la infección y no tenga que amputarle la pierna —añadió—. Debéis hacer lo posible para hacerle bajar la fiebre. Ése es el peor enemigo.

A lo largo de los días siguientes, la situación de Albion experimentó altibajos. A veces deliraba, sumido en un estado febril, y ella procuraba enfriarle la frente y el cuerpo con toallas húmedas. En otras ocasiones estaba lúcido, pero preocupado.

—¿Me van a cortar la pierna? —

preguntaba.

—No —le mentía—, no hay temor.

Gracias a Dios, la infección no se extendió... aunque hubieron de transcurrir diez días antes de que comenzara a mejorar, y más de un mes hasta que comenzó a desplazarse con una muleta, ya repuesto.

El día antes de que comenzara a caminar se produjo un pequeño incidente, tan nimio que luego Abigail dudó de que hubiera siquiera tenido lugar. Abigail permaneció sentada en un sillón de orejas en su habitación mientras él dormía. El cálido sol de la tarde entraba por la ventana abierta.

Reinaba un gran silencio. Debíó de quedarse dormida también, porque soñaba que caminaban juntos por el puerto, cuando de repente él se volvió hacia ella y comentó con voz suave, cargada de sentimiento:

—Sois todavía tan joven... Pero ¿dónde encontraría a otra como vos?

Entonces se despertó y lo encontró despierto, observándola con aire pensativo. Se quedó sin saber si realmente había pronunciado aquellas palabras o si sólo lo había imaginado en sueños.

Una curiosa variante de los negocios realizados por Master en ese periodo guardaba relación con las visitas que Susan realizaba desde el condado de Dutchess. Con frecuencia aparecía con dos o tres carros de productos del campo. Master tomaba las disposiciones para su venta y los británicos se mostraban encantados de comprar todo cuanto les ofrecía. Aquel negocio se había vuelto incluso más lucrativo durante los últimos meses, porque hasta entonces, los iroqueses del norte bajaban maíz por el río hasta la ciudad,

pero ahora los patriotas habían interceptado aquel tráfico. La última vez que Susan había traído dos carros de maíz, Master había conseguido venderlos a un precio cinco veces superior al que le habrían pagado antes de la guerra.

En cuanto a la ética de aquellas transacciones, cuando Abigail le preguntó en una ocasión a su hermana de qué lado estaba, Susan le dio una respuesta muy simple.

—Del mismo lado que mis vecinos, Abby —respondió—, y que muchos otros. Como los patriotas controlan el condado de Dutchess, soy patriota. Pero

si los británicos están dispuestos a comprarme el maíz a un buen precio, se lo vendo. Lo mismo pasa con la seda, el té y el vino que me llevo de Nueva York. Donde vivo, muchos patriotas lo comprarán con gusto, sin preguntarse de dónde proviene.

—¿Qué pensaría Washington si supiera que nos vendes maíz? —planteó Abigail.

—Se pondría furioso. Pero no se va a enterar.

—¿Y James?

—Igual, supongo, pero tampoco lo va a saber.

Para las autoridades británicas, el

comercio en el sentido inverso era ilegal. Los comerciantes leales de Nueva York no debían suministrar nada a los rebeldes, pero nadie prestaba demasiada atención a esa actividad. Los negociantes británicos ofrecían sin escrúpulos a los patriotas de la parte septentrional de la región todos los lujos que estaban en condiciones de pagar. Puesto que se trataba de algo ilegal si a uno lo sorprendían in fraganti, casi todos tomaban sus precauciones. Susan pagaba a los guardias del punto de control cuando salía de la ciudad.

Master, en cambio, se había acogido en ese aspecto a su anticuado sentido de

la lealtad y, aunque sabía perfectamente lo que Susan hacía, siempre se había negado a participar en la venta de suministros a los patriotas. Por eso Abigail se quedó muy asombrada con la conversación que tuvo lugar en la biblioteca de su padre un día de septiembre.

Grey Albion estaba fuera. El día anterior, para agradecerle todos los cuidados que le había dispensado, le había hecho dos magníficos regalos. Uno era un chal de seda, elegido expresamente para ir a juego con uno de sus vestidos preferidos; el otro era una edición, de hermosa cubierta, de *Los*

viajes de Gulliver, un libro que ella le había comentado en una ocasión que le gustaba. Había quedado complacida y emocionada por las evidentes molestias que se había tomado Albion, quien esa mañana salió para ir al fuerte a ver al general Clinton, y no lo esperaban hasta más tarde. Como Weston estaba en la escuela, Abigail y su padre se encontraban solos cuando llegó Susan.

Ese día había acudido a la ciudad con tres carros. Su padre aceptó acompañarla enseguida para realizar las gestiones para la venta de los productos.

—Tengo reservas de seda y excelente vino y coñac en el almacén —

anunció, provocando la estupefacción de Abigail—. ¿Crees que podrías vendérmelos a tu regreso?

—Por supuesto —accedió, riendo Susan.

—¡Padre! —exclamó Abigail, indignada—. Pero ¿cómo vas a proveer a los patriotas?

—No hay motivo para dejar inservibles las mercancías en el almacén —repuso su padre, con un encogimiento de hombros.

—Pero ¿y si el general Clinton se enterase?

—Esperemos que no se entere.

Por el tono empleado por su padre,

intuyó que, por algún motivo, se había producido un cambio en el alma de su padre.

Acababa de dejar a su padre y a Susan en la biblioteca cuando, al salir al vestíbulo, vio a Grey Albion. No le había oído llegar. Estaba parado, con aire pensativo. Se sonrojó, invadida por el temor de que hubiera oído lo que acababan de decir y, tras murmurar una excusa, volvió a la biblioteca para avisar a su padre de su presencia. Cuando regresó al vestíbulo, Albion se había ido.

Pasó el resto del día preguntándose qué haría Albion si los había oído. ¿Se

sentiría obligado a informar al general Clinton? ¿Fingiría no saber nada? En cualquier caso, ella sólo podía aguardar para ver qué ocurría.

Por la tarde se puso bastante nerviosa cuando oyó que le pedía a su padre mantener una entrevista a solas con él. Los dos se encerraron en la biblioteca y permanecieron un rato adentro, hablando en voz baja. Albion salió con expresión grave, pero no dijo nada. Cuando le preguntó a su padre si Grey había sacado a colación la cuestión de las ventas ilegales, éste sólo le contestó:

—No preguntes.

Puesto que a lo largo de los días siguientes nadie planteó quejas contra su padre, supuso que el asunto había quedado resuelto.

Poco después, Albion volvió a incorporarse a sus funciones. El general Clinton lo integró en el Estado Mayor, de modo que aún estuvo más ocupado que antes. Quizá se debiera sólo a que estaba preocupado, pero Abigail tenía la impresión de que, después de darle tan gentiles muestras de agradecimiento, Albion estaba poniendo ahora cierta distancia entre ambos, y aun sabiendo

que era injusto, no pudo evitar reaccionar con un sentimiento de irritación.

En la casa reinaba un ambiente algo sombrío. Habían recibido noticias de que el gobernador patriota había confiscado las granjas de Master. Pese a que era algo previsible, supuso un duro golpe para todos.

Las noticias llegadas del otro lado del océano eran peores.

—Parece que toda Europa está aprovechando la ocasión para atacar el Imperio británico ahora —les explicó Albion—. Francia ha convencido a España para que se sume a ellos. Las

flotas francesa y española se encuentran en el Canal de la Mancha y se espera que ataquen Gibraltar. Los españoles van a tomar sin duda la ofensiva contra nosotros en Florida. Los holandeses también están en contra nuestra, y en cuanto a los alemanes y los rusos, se conforman con quedarse al margen, contentos de ver cómo perdemos.

El colmo de la ofensa fue que, utilizando barcos suministrados por Francia, el corsario americano John Paul Jones tuvo la desvergüenza de efectuar incursiones en las costas de la propia Bretaña.

Había llegado un nuevo contingente

de soldados británicos.

—Pero la mitad están enfermos —se lamentó Albion—. Ahora tenemos que evitar que contagien a los demás.

Durante las dos semanas posteriores, Abigail apenas lo vio.

—Voy a ir a un baile con otros oficiales, señorita Abigail —anunció Albion sobriamente una tarde, a comienzos de octubre—. Querría saber si nos haríais el honor de acompañarnos.

Aquellos encuentros, denominados Asambleas de la Guarnición, tenían lugar un par de veces al mes en el gran

salón de la taberna de la Ciudad, en Broadway. Su padre la había llevado alguna vez. Como la invitación vino en ese caso directamente de él, se quedó sorprendida, dudando.

—Tal vez debería advertiros —se apresuró a aclarar él— que es posible que este baile no sea de vuestro agrado.

—¿No? ¿Y por qué?

—Es lo que llaman un baile etíope.

Abigail lo miró con cara de asombro.

En los seis meses anteriores se había producido otra novedad en Nueva York. La tendencia se había iniciado cuando, con intención de minar la posición de

los patriotas, el general Clinton proclamó que todos los negros alistados en las fuerzas patriotas que desertaran podrían instalarse en la ciudad de Nueva York como personas libres y dedicarse a cualquier trabajo o actividad que eligieran. La respuesta había sido superior a las expectativas, hasta el punto de que el mismo general había confesado a Master que tal vez tendrían que poner límites a aquella oleada.

La medida había enfurecido, en todo caso, a los patriotas. Los de Long Island padecieron ya las consecuencias cuando los esclavos fugitivos explicaron a los miembros de las partidas de incursión

británicas dónde tenían escondidos sus bienes de valor. En frente de Staten Island, en el condado de Monmouth, una brigada capitaneada por un osado oficial negro, el coronel Tye, tenía aterrorizadas a las fuerzas patriotas.

—Estos malditos británicos están volviendo a promover revueltas de esclavos —protestaban.

En la ciudad, no obstante, la operación había dado resultados interesantes.

—He encontrado un carpintero y un empleado de almacén que necesitaba —se congratuló Master.

—Y nosotros tenemos más soldados,

que también nos hacían falta —había informado Albion.

En Broadway habían acondicionado cuarteles adicionales para ellos.

La influencia más destacable se dejó sentir, sin duda, en la vida social de la ciudad. Un paradójico rasgo del Imperio británico era que pese a ser la principal potencia en el tráfico de esclavos y utilizarlos masivamente en las plantaciones de azúcar, en el territorio de Inglaterra apenas habían visto un esclavo. Para Albion y los otros jóvenes como él, los negros libertos de Nueva York resultaban una graciosa curiosidad. Organizaban bailes, con bandas de

negros que tocaban el violín y el banjo, y para hacer más intrigante el ambiente, les permitían participar también en el baile. Ellos lo consideraban muy divertido y exótico.

—No estoy seguro de que vuestro padre dé su aprobación.

Algunos leales conservadores habían expresado quejas por la afluencia de negros libertos a la ciudad. Master, no obstante, integraba la comisión de la iglesia Trinity, que mantenía su antigua tradición de procurar escolarización a los hijos de la comunidad negra.

—Será un placer acompañaros —dijo Abigail, con un levísimo asomo de

desaprobación.

Fue su padre quien propuso que Hudson y su esposa acompañaran a la comitiva de jóvenes. Como el acto tenía lugar a corta distancia, decidieron ir a pie.

El lugar estaba muy concurrido. La mitad de los presentes eran negros, una proporción muy baja eran civiles de la ciudad y el resto eran oficiales británicos con sus acompañantes. La sala resplandecía alumbrada por un millar de velas. Pese a las dificultades para encontrar comida, había una espléndida oferta de refrigerios. La banda era excelente y el baile se

desarrollaba según las pautas habituales, con la diferencia de que se prescindió del formal minueto inicial y tampoco nadie estaba de humor para tratar de ejecutar un cotillón francés. Los asistentes pasaron directamente a las gigas, bailes escoceses, bailes en cuadrilla y bailes regionales. Las canciones eran populares y animadas, y Abigail observó con placer que pese al animado ambiente, todos se comportaban con decoro.

Tomaron asiento juntos Albion y sus amigos, los Hudson y dos parejas de negros que habían encontrado, y se enzarzaron en una alegre conversación.

Abigail felicitó a Hudson por lo bien que bailaba y él le dio las gracias con mucha seriedad.

—¿Y cómo bailo yo, señora Hudson? —preguntó festivamente Albion.

Ella tardó sólo unos segundos en responder.

—Hombre, no está mal... ¡para alguien que sólo tiene una pierna buena!

Todos acogieron con risas la ocurrencia.

—Pues ya tiene la pierna bastante bien para entrar en combate pronto —señaló uno de sus compañeros.

—En efecto —confirmó, sonriente,

Albion.

—¿Cómo? —dijo Abigail—. ¿Os vais a ir?

—Sí —corroboró—. Me lo han notificado hoy. El general Clinton va a reforzar las fuerzas del sur y me va a llevar con él, así que es posible que participe en algún combate.

—¿Cuándo os marcháis? —preguntó.

—A finales de mes, creo.

—¡Vamos! —reclamaron los otros—. Es hora de volver a bailar.

Después regresaron todos juntos. Era más de medianoche. Aun cuando en la ciudad se había decretado un toque de

queda, aspecto en el cual el general Clinton insistía, no se sabía muy bien por qué, para determinados eventos sociales se aplicaba con tolerancia. Las farolas dispersas en la calle les proporcionaban luz suficiente para encontrar el camino. El matrimonio Hudson caminaba junto y Abigail y Albion iban un poco rezagados. Él le había ofrecido su brazo.

—Deberéis procurar que no os vuelvan a disparar en el sur —le dijo—. No puedo comprometerme a servirlos de enfermera dos veces.

—Haré lo posible —respondió él—. Seguramente será muy aburrido, sin

combates ni nada.

—Entonces tendréis que entreteneros cortejando a las bellas muchachas sureñas —sugirió.

—Puede. —Calló un instante—. Pero ¿dónde encontraría a otra como vos? —añadió con voz queda.

A Abigail le dio un vuelco el corazón. Eran las mismas palabras exactas. Entonces no había sido un sueño. Quiso dar alguna respuesta desenvuelta, pero no se lo ocurrió ninguna. Siguieron caminando. Al llegar a casa, Hudson abrió la puerta y los hizo pasar al salón. Había un gran silencio. Todos los demás debían de haberse

acostado.

—Supongo que el caballero querrá una copa de coñac antes de retirarse — dijo Hudson—. Vuelvo en un par de minutos.

La habitación estaba caldeada. En el hogar quedaba aún un resto de brasas, que Albion aventó en un momento. Ella se quitó la capa y entonces él se volvió.

—No puedo creer que os vayáis — dijo.

—No es que tenga deseos de hacerlo. —La observaba con una clase de afecto que no dejaba margen a confusión.

Ella lo miró y entreabrió los labios

mientras él avanzaba y la estrechaba entre sus brazos.

Los minutos pasaron y Hudson no apareció ni por asomo. Sólo se oía el quedo crepitar del fuego en la chimenea mientras se besaban. Pegados con creciente pasión siguieron besándose hasta que Abigail tuvo conciencia de que se habría entregado allí mismo a él de no haber sido porque la puerta se abrió y la voz de su padre proveniente del vestíbulo los hizo separarse con sobresalto.

—Ah, ya habéis vuelto —dijo con naturalidad su padre al entrar, después de unos instantes de preámbulo—.

Estupendo. Espero que la fiesta fuera lucida.

—Sí, señor, creo que lo ha sido — dijo Albion.

Después de añadir unas frases de cortesía, se fue a acostar.

Durante el tiempo previo a su partida, Albion estuvo muy atareado. El general Clinton se proponía bajar bordeando la costa de Georgia con ocho mil soldados. Aparte de las ocupaciones que lo retenían en la zona del puerto, Albion a menudo se ausentaba y pasaba días enteros en Long Island y en los

diversos enclaves de los alrededores de la ciudad.

El día de su partida llegó de forma inexorable. Tenía previsto despedirse de la familia en la casa para después desfilas con sus hombres hasta los barcos. Antes llevó al salón a Abigail para estar con ella a solas. Una vez allí le tomó la mano y la miró a los ojos con gran afecto y sinceridad.

—Querida Abigail, ¿cómo podré agradecerlos nunca todo lo que habéis hecho por mí? ¿O la felicidad de gozar de vuestra compañía? —Abrió una pausa—. Espero que volvamos a vernos, pero la guerra es algo incierto. Por eso,

por si acaso no nos volvemos a ver, debo deciros que me llevaré el recuerdo del tiempo que hemos pasado juntos como los más espléndidos momentos de mi vida.

Después le dio un suave beso en la mejilla.

Había hablado con tanta ternura que ella inclinó la cabeza dándole a entender que acogía el gran homenaje que le brindaba. No obstante, había esperado algo más... no sabía muy bien qué.

Más tarde, Abigail y su padre llevaron a Weston al puerto para ver zarpar los barcos.

La Navidad llegó y pasó. Supieron por Susan que James se había trasladado con Washington al campamento de invierno. Hacía un frío glacial. Las tempestades de nieve se sucedían, enterrando las calles. No sólo se heló el río Hudson, sin también el puerto. Nadie recordaba algo semejante, y Abigail se preguntaba con angustia cómo lo estaría pasando su hermano. También en la zona costera del sur hubo grandes tormentas. No se sabía nada de Clinton y su flota.

—Ten en cuenta que tienen que pasar por Nueva Jersey, Virginia y Carolina del Norte y del Sur —le recordaba, para tranquilizarla, su padre—. Eso supone

mucho más de mil kilómetros incluso a vuelo de pájaro.

Por fin recibieron noticias de que los barcos, después de padecer grandes penalidades, habían llegado a la embocadura del río Savannah. Esperaba una carta de Albion, que no apareció hasta finales de febrero; iba dirigida a su padre e informaba de que estaba bien y de que, bajo el mando de Clinton y de Cornwallis, el ejército se preparaba para subir por la costa y atacar la zona patriota de Carolina del Sur. «Nuestro objetivo será, sin duda, la ciudad de Charleston». Enviaba saludos para la familia, con un alegre mensaje para

Weston en el que le indicaba que comenzara a prepararse para la temporada de cricket en cuanto lo permitiera el tiempo. A Abigail le mandaba sus más afectuosos recuerdos.

—Le voy a responder, claro está — anunció su padre.

Al día siguiente escribió la carta, a la que ella añadió una propia.

A Abigail no le resultó fácil componer aquella misiva. Sin extenderse demasiado, lo puso al corriente de la vida de la ciudad y de los paseos que daba con Weston. Pero ¿cómo la iba a terminar? ¿Se atrevería a plasmar su afecto sobre el papel? ¿Qué

imagen daría de ella? ¿Y cómo lo recibiría él? O tal vez era mejor concluir con una observación alegre, dejando que él adivinara la ternura que ocultaba. No se acababa de decidir.

Al final escribió sólo que tanto ella como Weston esperaban que volviera sano y salvo, «para que los dos podáis jugar a cricket y, quizá, nosotros podamos ir a bailar». No era perfecto, pero así lo dejó.

La primavera transcurrió sin sobresaltos. Abigail pasaba el tiempo ocupándose de Weston y escribía los

habituales informes que hacía llegar a James. De vez en cuando llegaban noticias del sur. Un vigoroso y joven comandante de caballería llamado Tarleton estaba cobrando fama como azote de patriotas. Después en mayo llegó una comunicación: Charleston había caído.

Nueva York estalló de alegría. Hubo desfiles, banquetes y, pronto, una carta de Grey Albion.

—Esto altera de forma considerable la situación —comentó John Master—. Si aplastamos el sur y después concentramos todas nuestras fuerzas sobre Washington, aun cuando cuente

con hombres bien entrenados, le costará sobrevivir. —Luego le trazó un resumen de la misiva de Albion—. Parece que el joven Tarleton aisló por completo Charleston del norte. Sus métodos son brutales pero eficaces, según Albion. Ha sido una rendición importante, dice. Pronto la totalidad de Carolina del Sur pasará a manos británicas, y las tropas patriotas de Carolina del Norte tampoco están en muy buenas condiciones. Quizá nuestro amigo Rivers se precipitó en su renuncia. —Abigail no había visto a su padre tan contento desde hacía meses—. El general Clinton está tan satisfecho que planea volver a Nueva York y dejar

allí a Cornwallis como responsable —
concluyó.

—¿Va a regresar Albion también? —
preguntó.

—Todavía no. Quiere quedarse con
Cornwallis. Supongo que querrá
labrarse un nombre.

—Comprendo. ¿Ha incluido una
carta para mí?

—No, pero te da las gracias por la
tuya y te manda sus más afectuosos
recuerdos. Te daré la carta —añadió su
padre con una sonrisa—. Así la podrás
leer tú misma.

—La leeré más tarde, papá —dijo,
antes de abandonar la habitación.

En Nueva York se prolongaron durante varios días las celebraciones, pero Abigail no compartía el ánimo festivo. En realidad, no sabía qué debía sentir. Se decía a sí misma que era una necia. Un joven que se iba a la guerra la había besado; seguro que había besado a muchas chicas antes. Le había dicho que sentía algo especial por ella. Tal vez sí, pero eso podía cambiar, suponía. ¿Y qué sentía ella por él? Apenas lo sabía.

Su mundo parecía bañado con una mortecina luz que impregnaba de incertidumbre el paisaje.

Estaba segura de que Albion se había ganado ya un prestigio. ¿Por qué

había rehusado entonces a regresar con el general Clinton? ¿Y no podía al menos haber contestado personalmente a su carta? Sin duda lo habría hecho si fuera importante para él. Pasó dos días más sumida en su mutismo, como un alma en pena, hasta que su padre no pudo soportarlo más y la interrogó con franqueza.

—¿Te he hecho algo que te haya molestado, hija?

—Nada, papá, te lo prometo.

John Master calló un momento, como si ponderase algo.

—¿No tendrá esto algo que ver con Grey Albion?

—No, papá. En absoluto.

—Pues yo creo que sí, Abby. Ojalá tu madre estuviera viva —se lamentó con un suspiro—. Debe de ser difícil para ti hablar de estas cosas con tu padre.

—Yo creía que me iba a escribir al menos —accedió por fin a confesar—, si de veras piensa en mí.

Su padre asintió, como si tomara una decisión, y le posó el brazo en el hombro.

—Bueno, te contaré algo, Abby. ¿Te acuerdas del día en que vino Susan y yo envié mercancías a los patriotas? Albion vino a verme esa noche. Me habló de

ti... en términos muy afectuosos.

—¿Sí?

—Expresó directamente sus sentimientos, con nobleza. —Su padre asintió al evocarlo—. Pero tú eres todavía joven, Abby, y con esta guerra que no se acaba... y con tanta incertidumbre... Los dos decidimos que lo mejor era esperar. Esperar hasta que acabara la guerra. ¿Quién sabe cómo será la situación entonces? Mientras tanto, por el bien de él y de ti misma, deberías pensar en él como un amigo. Un amigo muy querido.

Abigail lo miró con fijeza.

—¿Te pidió mi mano?

—Puede que mencionara la posibilidad —reconoció su padre, tras un momento de titubeo.

—Ay, papá —exclamó con tono de reproche.

—Entonces, ¿sientes algo por él?

—Sí, papá.

—Bien, a mí también me gusta —declaró.

—Supongo que querría llevarme a Inglaterra ¿no?

—Estoy seguro. Te echaría de menos, Abby. ¿Tú querrías ir?

—¿Irías tú también?

—Puede que tuviera que ir, Abby, si los patriotas se recuperan y acaban

ganando.

—Entonces le diría —concluyó con una sonrisa— que iré si también va mi padre.

Salomon estaba contento. En aquel espléndido día de junio el mar resplandecía. Se encontraban frente a la costa de Virginia, navegando a buena velocidad hacia Nueva York, bajo un prístino cielo azul, impulsados por la brisa del sureste.

El barco era francés. Habían zarpado de la costa de Martinica con un valioso cargamento de sedas, vino y

coñac franceses, e incluso un pequeño cofre de oro. El capitán había dividido la tripulación, y enviado al segundo de a bordo a depositar el botín en Nueva York junto con una docena de marineros, incluidos cuatro esclavos y seis de los franceses capturados.

Aun cuando todavía esperaba obtener la libertad, Salomon disfrutaba en el mar. La vida a bordo de un corsario no estaba mal, y más tratándose de uno de los barcos de Master. Dado que él era una propiedad personal del mercader, era improbable que el capitán o el primer oficial fueran a causarle problemas, siempre y cuando cumpliera

con sus obligaciones. De todas formas, se había convertido en un miembro destacado de la tripulación. La última vez que tuvieron mal tiempo, cuando el primer oficial necesitó ayuda, recurrió a él para encargarse del timón.

—Sabía que lo mantendrías con firmeza —lo elogió después.

Aun así, tenía ganas de volver a ver a sus padres. Y con un botín tan valioso, era seguro que Master le daría algo de dinero para él.

Cuando vieron al otro navío, salía de la embocadura del Chesapeake y avanzaba a toda velocidad hacia ellos.

—¡Piratas! —gritó el primer oficial

después de escrutar con un catalejo—. ¡Llevan la bandera americana!

Posteriormente Salomon reconoció que el segundo de a bordo seguramente le salvó la vida aquel día.

—Lleva a los malditos franceses abajo —le ordenó, entregándole una pistola—. Dispara al primero que intente moverse.

Un rato después se encontraba en la bodega cuando oyó el estruendo de los disparos de mosquetes, al que siguió el de los cañonazos dirigidos contra la cubierta. Después se oyó una serie de golpes y a continuación alguien golpeó la escotilla y le ordenó con aspereza que

abriese.

Al salir a cubierta, se encontró con un panorama desolador. La mayoría de los marineros neoyorquinos habían muerto o estaban agonizantes. El primer oficial tenía la pierna ensangrentada, pero estaba vivo. Una docena de patriotas habían abordado el barco. Entre ellos se encontraba un fornido pelirrojo que llevaba un látigo y dos pistolas encajadas en el cinturón. Salomon supuso que era el capitán. Cuando los franceses subieron y vieron a los patriotas, les dedicaron expresivas frases de bienvenida en su idioma. El capitán pelirrojo los apartó enseguida a

un lado de la cubierta y mandó a dos hombres a inspeccionar abajo. Dos de los negros yacían muertos ya, pero pronto encontraron al otro esclavo, que era cocinero, y lo llevaron a cubierta.

—Eso es todo, capitán — informaron.

—¿Entonces este botín se lo habéis quitado a los franceses? —preguntó el capitán al primer oficial herido, que asintió con la cabeza—. ¿Sois de Nueva York? —El oficial asintió de nuevo—. ¿Y éstos son miembros de la tripulación francesa? —inquirió, señalando a los franceses.

—Así es —confirmó el oficial.

—Ah. Estos franceses son amigos nuestros, chicos —dijo a sus hombres—. Trátadlos bien. —Luego observó al cocinero—. ¿Es un esclavo?

—Sí, cocina bien.

—Me será útil. ¿Y éste? —Se volvió hacia Salomon.

—Marinero. Es muy bueno —lo alabó el primer oficial.

El capitán pelirrojo observó a Salomon con sus abrasadores ojos azules.

—¿Y tú qué eres, chico? —preguntó—. ¿Esclavo o liberto?

Entonces Salomon tuvo que discurrir deprisa.

—Esclavo, amo —respondió, anhelante—. Mi amo es el capitán patriota James Master, señor, que sirve con el general Washington.

—¿Cómo es posible?

—Me obligaron a embarcar para impedir que fuera a reunirme con el capitán Master, señor. Y si le preguntáis a él, responderá por mí.

Era una explicación acertada, y el pirata hasta se planteó un momento si era plausible.

—El capitán James Master. No me suena ese nombre. De todas maneras, no tiene importancia. Si eres su esclavo, seguro que huiste para juntarte con los

malditos británicos para que te dieran la libertad. Por lo que a mí respecta, eso te convierte en enemigo nuestro. Pues ahora nadie te libra de volver a ser esclavo, chico. O sea que lo que eres es un esclavo mentiroso, ladrón y traidor que merece unos buenos latigazos. — Antes de ocuparse de ello, miró en derredor y, señalando los cadáveres diseminados en la cubierta, llamó a sus hombres—. Tiradlos a todos por la borda. —Después desplazó la atención al primer oficial—. No tenéis buena cara, amigo —señaló.

—Saldré de ésta —dijo el oficial.

—No creo —replicó el capitán.

Luego cogió una de sus pistolas y le disparó a la cabeza—. Arrojadlo al agua también —ordenó.

Una vez hubo finalizado aquello, volvió a encararse a Salomon, acariciando el látigo, con las piernas bien separadas.

—Como he dicho, te convienen unos latigazos. —Calló y tras reflexionar un momento, asintió para sí—. Pero aunque debería azotarte, creo que no lo voy a hacer. No, creo que voy a mentir. Voy a decir que nunca te han dado antes latigazos porque eres el negro más humilde, obediente y trabajador que ha habido nunca en la tierra. Eso es lo que

voy a decir. —Volvió a asentir—.
¿Sabes qué?

—¿Qué, amo?

—Como eres un leal embustero, un
fugitivo hijo de perra, te voy a vender.

Cuando el capitán regresó,
previendo encontrar el barco francés en
Nueva York, Master descubrió que había
perdido el botín. También tuvo que
informar a Hudson de que ignoraban el
paradero de Salomon.

—No creo que el barco francés se
hundiera —les dijo a todos—. Lo más
probable es que se lo llevaran. Es

posible que Salomon esté vivo en algún sitio, de modo que no debemos perder la esperanza.

Si el barco seguía a flote, tarde o temprano llegarían noticias de él a través del mar.

Mientras tanto, en el sur se sucedían las victorias británicas. Los héroes patriotas como Rutledge, Pickens y Marion *el Zorro de los Pantanos* hacían lo posible por hostigar a los chaquetas rojas y sus partidarios, pero el ejército patriota sureño estaba maltrecho, y aunque el Congreso envió al general Gate a Carolina del Sur, Cornwallis no tardó en derrotarlo en Camden.

Tal vez para distraerlos de las preocupaciones, Master procuró mantener atareados a todos los ocupantes de la casa. El general Clinton, que se hallaba de nuevo en Nueva York, cenó varias veces con ellos, y Abigail y Ruth se esforzaron para ofrecer excelentes ágapes. Viendo al general y a sus oficiales, Abigail se llevó la impresión de que ahora daban por ganada la guerra. Su padre también lo creía así.

—Estoy convencido de que Clinton ha forjado un nuevo plan —le dijo a ella—. Pero, sea lo que sea, no dice ni media palabra a nadie.

Abigail disfrutó en especial de una cena a la que el general Clinton llevó otros dos invitados. Uno de ellos era el gobernador William Franklin, quien tras ser expulsado de Nueva Jersey por los patriotas, se había instalado en Nueva York.

Era interesante observar de cerca al hijo de Benjamin Franklin. Se veía que había heredado algunos rasgos de su padre. Éste, no obstante, tenía unas facciones más redondeadas y risueñas, mientras que el hijo era más delgado, más patricio y de humor algo agrio. En cuanto a la visión que tenía de los patriotas, se la expuso con todo detalle.

—Aquí en esta casa puedo sincerarme, señorita Abigail, puesto que, al igual que vuestro hermano, mi propio padre es un patriota. De todas maneras, admitiendo que en el bando de los patriotas hay hombres de principios, a la mayoría los considero unos rebeldes y unos bandidos. Todavía cuento con una banda de hombres leales que acosan a los patriotas en Nueva Jersey y, personalmente, sería para mí una satisfacción poder ahorcar a cuantos atrapemos.

Globalmente no le quedó una buena impresión de él.

El joven comandante André fue, en

cambio, de su agrado. Era un hugonote suizo, más o menos de la edad de su hermano, cuyo leve acento francés confería un encanto especial a su conversación. Lo que más le gustó, sin embargo, fue que al trabajar al servicio de Clinton, conocía bien a Grey Albion. Estuvieron hablando de él toda la velada.

—Debo confesar, señorita Abigail —le dijo—, que ya sabía de vos por Albion, que me habló de vos con gran admiración.

—¿Ah, sí? —repuso, ruborizada.

—Si no es indiscreción, señorita Abigail —añadió el militar con una

amable sonrisa—, diría que habló de vos con grandísima consideración. Del mismo modo, y si no es impertinente por mi parte, tengo la sensación de que también vos tenéis un buen concepto de él.

—Así es, comandante André —reconoció.

—A mi juicio, no podríais haber depositado vuestro interés en una persona mejor. —Abrió una pausa—. También me dijo que había sido muy amigo de vuestro hermano, James...

—Espero que algún día puedan volver a serlo.

—Esperaremos todos la llegada de

ese día —acordó.

—¿Qué, Abby? —le preguntó su padre, una vez se hubieron marchado los invitados—. ¿Ha sido agradable la velada?

—Una velada muy agradable, sí —confirmó con regocijo.

Al cabo de diez días, Abigail se quedó consternada cuando su padre le contó que al comandante André lo habían hecho preso y seguramente lo iban a ahorcar.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En la orilla del Hudson. Cerca de

West Point.

Al día siguiente, Clinton le explicó con detenimiento cuál era la situación.

—Es un asunto complicado —le dijo su padre—. Ahora sé qué tramaba Clinton, aunque antes no me lo podía decir. Llevaba más de un año planificándolo, y el joven André actuaba de mediador.

—¿Qué es lo que planeaba, papá?

—Apoderarse de West Point. Quien controle West Point, controla el río Hudson. Si se la arrebatan a Washington, es como asestarle un golpe mortal. Podría haber representado el final de la guerra.

—¿Íbamos a tomar West Point?

—No, a comprarlo. Benedict Arnold, que es uno de los mejores comandantes de Washington, era el que controlaba el fuerte. Clinton lleva más de un año tratando con él, negociando la cuestión del dinero sobre todo, según me ha contado. Arnold iba a entregarnos el fuerte.

—Un traidor.

—Un hombre de lealtades indefinidas —precisó, con un encogimiento de hombros, su padre—. Estaba descontento con las funciones que le habían asignado los patriotas y desaprobaba la intervención de los

franceses. Quería el dinero para su familia. Pero sí, es un traidor.

—Un traidor para Washington. El general Clinton debe de apreciarlo, sin embargo.

—En realidad, Clinton lo desprecia. Pero como él dice, para conseguir West Point habría pagado hasta al mismo diablo.

—¿Qué ocurrió?

—Nuestro amigo André había ido a cerrar el acuerdo. Entonces lo sorprendieron, y los patriotas descubrieron el plan. Washington conserva pues West Point y Arnold ha huido a nuestro campamento.

—¿Y André?

—Es un asunto embrollado. Cometió la insensatez de quitarse el uniforme, cosa que lo convierte en un espía. Según las normas de la guerra, Washington y su gente deben ahorcarlo. Pero por lo visto les cae bien y no quieren hacerlo, de modo que están intentando llegar a un trato.

—Igual ha conocido a James.

—Es posible. No me extrañaría.

Unos días después, su padre la puso al corriente del desenlace.

—Siento anunciarte que a André lo han ahorcado. A Clinton casi se le saltaban las lágrimas. «Querían a

Arnold a cambio de él», me ha explicado. «Pero si les entrego a Arnold, nunca conseguiré que otro patriota acepte una propuesta nuestra. Así que han colgado a mi pobre André».

Por un momento, Abigail se preguntó si James habría asistido a la ejecución, pero prefirió no pensar más en ello.

Cuando James Master se encaminó a la cabaña donde tenían al preso condenado, no preveía quedarse mucho. El propio Washington le había encargado ocuparse con brevedad y clemencia de aquella ejecución. Su

propósito era cumplir deprisa el encargo, aunque de manera cortés. Sentía lástima por aquel hombre, desde luego, pero James Master no tenía por aquel entonces mucho tiempo para pensar en los sentimientos.

Cualquiera que no hubiera visto a James Master durante un par de años se habría asombrado al constatar el cambio que había experimentado. De entrada, tenía la cara mucho más enjuta. Pero había algo más, una dureza en la manera de apretar la mandíbula, una tensión en los músculos de las mejillas, que podían ser indicio de dolor o de mal humor, según el momento. Para las personas que

lo querían, lo peor habría sido la expresión de sus ojos. En ella se leía una determinación férrea, desde luego, pero también desilusión, rabia y asco.

Nada de todo eso era de extrañar. Los dos años precedentes habían sido terribles.

Aun cuando revestía una importancia crucial, la entrada de los franceses en la guerra había sido producto de un mero acuerdo de interés. Washington, de todos modos, esperaba algo más de lo que había recibido. El almirante D'Estaing había amedrentado con gran eficacia a los ingleses, pero cuando Washington trató de convencerlo para participar en

una operación conjunta a fin de tomar Nueva York, se negó, y ahora se pasaba casi todo el tiempo con su flota en las Indias Occidentales, haciendo lo posible para debilitar los intereses económicos británicos en la zona. Aquel mes de julio, el general Rochambeau había llegado a Newport, Rhode Island, con seis mil soldados franceses. Había insistido, sin embargo, en quedarse con los barcos franceses, que había sometido a cerco la marina británica, de tal modo que hasta que no se moviera de allí, tanto daba que se hubiera trasladado o no desde Francia. Según la percepción de James, los franceses

consideraban las colonias americanas como una cuestión secundaria. En cuestión de apoyo moral, los patriotas se encontraban casi igual de solos que al principio.

Aparte, había que tener en cuenta el comportamiento de los propios británicos. Todos los periódicos patriotas de las colonias habían denunciado con indignación el cruel trato infligido a los prisioneros americanos, y Washington no se cansaba de presentar en ese sentido quejas a los mandos británicos. Pese a ello, James no quería creer que la gente entre la que había vivido y que creía conocer fueran

realmente capaces de cometer tales atrocidades. Al final fue la carta que recibió de su padre la que le sirvió de revelación. Se trataba de una misiva breve en la que éste le informaba de que Sam Flower había fallecido de enfermedad en un barco cárcel y de que no había ninguna tumba que pudiera ir a visitar la familia. Acababa con estas palabras: «No puedo decirte nada más que esto, querido hijo, ni tampoco lo deseo». James conocía a su padre. Con sus revelaciones y omisiones, aquella frase le confirmó lo peor. En su interior se desató una marea de rabia y repugnancia que, a lo largo de los

meses, cristalizó en un amargo odio.

El invierno anterior había sido terrible. El campamento de Morristown donde Washington instaló sus tropas estaba bien construido y organizado. Las cabañas de troncos estaban bien aisladas con arcilla y el propio Washington ocupaba una sólida casa en las proximidades. Nadie podía haber previsto, no obstante, la inclemencia del tiempo. Una serie de veintiocho temporales de nieve los enterró casi hasta los tejados de las cabañas. En ocasiones pasaban varios días seguidos sin comer. Washington había sido una fuente de inspiración para sus hombres,

e incluso había celebrado un baile de oficiales en una taberna de la localidad —si bien tuvieron que desplazarse en trineos para llegar allí—. Aun así, al finalizar el invierno, el ejército continental estaba exhausto.

La primavera y el verano sólo trajeron noticias de espantosas derrotas en el sur. Dos mil quinientos continentales habían caído prisioneros en Charleston, sin contar los miembros de las milicias locales. Los patriotas seguían resistiendo, con todo, esperando que la situación mejorase... en parte porque los hombres como James Master, después de haber luchado tanto contra un

enemigo al que habían llegado a odiar, estaban resueltos a no dar nunca marcha atrás.

El hombre que se encaminaba a la caseta de piedra donde el pobre comandante André aguardaba la ejecución tenía un semblante sombrío.

Desde el cielo, el sol iluminaba el campamento del general, instalado en Tappan. El extremo norte de Manhattan se encontraba a tan sólo quince kilómetros del río Hudson. El infortunado prisionero no había logrado, sin embargo, recorrer aquellos quince kilómetros. André había tenido mala suerte, desde luego, pero también había

cometido un desatino al quitarse el uniforme para alejarse disfrazado después de su entrevista con el traidor Arnold. Con ello, se había convertido en un espía. Washington había insistido en que se le dispensara un juicio correcto, en el que se le concedió la posibilidad de argumentar su defensa. De todas formas, el veredicto difícilmente podía ser absolutorio, y al día siguiente lo iban a ahorcar.

André se hallaba sentado en la habitación donde lo retenían. Había estado escribiendo cartas. En un estante reposaban los restos de una comida que le había hecho llegar Washington. James

lo había visto de lejos a lo largo de los días anteriores, pero todavía no había hablado con él. Cuando entró, el joven suizo se levantó cortésmente, y James le informó del propósito de su visita.

—El general me ha dado instrucciones para que me asegure de que disponéis de cuanto necesitáis. Si tenéis cartas que enviar, o algún otro servicio que yo os pueda prestar...

—Tengo cuanto necesito, creo —respondió André con una tenue sonrisa—. ¿Habéis dicho que sois el capitán Master?

—A vuestro servicio, señor.

—Qué extraño. Entonces creo que

tuve el placer de cenar con vuestro padre y vuestra hermana hace poco. — Al advertir la expresión de sorpresa de James, añadió—: Entonces no sospeché que tendría el honor de veros también a vos. Quizás os interese saber cómo están.

André tardó más de diez minutos en darle noticias detalladas de su padre y su hermana. Ambos se encontraban animados y en perfecto estado de salud, le aseguró, aunque tuvo que confesar que apenas había visto a Weston. Sabía, de todas formas, por Abigail que el niño estaba bien y disfrutaba yendo a la escuela. James recibió con avidez

aquellas novedades, pues a lo largo del invierno había sido imposible mantener cualquier tipo de comunicación con su familia y durante los meses anteriores sólo había tenido noticias de ellos en una ocasión, cuando pudo ver a Susan. Después de responder a todas sus preguntas, André marcó una breve pausa.

—Cuando estuve en Charleston con el general Clinton —expuso a continuación—, también tuve el placer de conocer a un viejo amigo vuestro, Grey Albion.

—¿Grey Albion?

James se lo quedó mirando. Estaba a

punto de señalarle que ya le resultaba difícil considerar a Albion como un amigo, pero se contuvo y con cortesía contestó que conservaba, en efecto, muy buenos recuerdos del tiempo en que vivió en casa de los Albion en Londres.

—En Charleston también me enteré del profundo afecto que siente Albion por vuestra hermana —prosiguió André—. Fue un placer oír luego de labios de ella que su amor es correspondido.

—Ah —dijo James.

—Esperemos que cuando concluya esta infortunada guerra, sea cual sea el desenlace, estas dos encantadoras personas puedan encontrar juntas la

felicidad que anhelan. —Calló un instante—. Quizá yo pueda presenciarlo desde allá arriba —agregó.

James guardó silencio. Con la mirada fija en el suelo, reflexionó un momento y tras adoptar un engañoso semblante de complacencia, se decidió a hablar.

—Si se casaran ¿tenéis la impresión de que Grey querría volver a vivir en Londres?

—Sin duda alguna. Por lo que tengo entendido, allí goza de una agradable situación familiar.

—En efecto —convino James.

Después se levantó para marcharse.

—Hay algo que podríais hacer por mí, amigo mío —dijo entonces André—. Ya le he expresado mi petición al general, pero si tenéis alguna influencia con él, podríais tener la amabilidad de interceder por mí. A los espías los ahorcan como criminales. Sería un gesto de bondad que permitiera que me matasen de un disparo como a un caballero.

En octubre, John Master explicó a Abigail que había recibido una carta de Grey Albion en la que éste le informaba de que el ejército se trasladaba al norte.

Cornwallis creía, por lo visto, que podía avanzar de corrido por toda la costa este. En ese sentido, John Master no era tan optimista.

—Clinton está preocupado. Dice que Cornwallis no es un mal comandante. Reconoce que es vigoroso y siempre está dispuesto a atacar, pero que en eso radica precisamente su debilidad. A diferencia de Washington, Cornwallis no ha aprendido a ser paciente. Después de sus recientes victorias es el héroe del momento, y con todas sus conexiones entre la aristocracia, tiene acceso directo al gobierno y cree que puede obrar como se le antoje. Clinton se ve

obligado ahora a enviar hombres que lo apoyen, pero teme que Cornwallis se esté extralimitando.

Aunque no lo expresó directamente, Abigail comprendió la alusión implícita en el comentario de su padre.

—Quieres decir que es posible que Albion esté corriendo más peligro de lo que cree, papá.

—Hombre, yo diría que no corre muchos riesgos —repuso su padre.

A finales de año, Clinton tuvo que enviar más soldados para ayudar a Cornwallis. Los situó bajo el competente mando del nuevo recluta, el traidor Benedict Arnold.

James Master no asistió a la ejecución de André. Aunque no se había accedido a su ruego de morir fusilado, se le permitió colocarse la cuerda en torno al cuello, cosa que hizo con gran pericia, de tal modo que cuando le retiraron el carro de debajo de los pies, su muerte fue casi instantánea.

Durante los meses siguientes, James estuvo rumiando constantemente en lo que le había contado André a propósito de Abigail. De haber tenido la posibilidad de ir a visitarla, habría ido sin duda a afearle su proceder, pero aparte de introducirse furtivamente en la

ciudad —con lo cual habría provocado una indignada reacción del general— no podía hacer nada. Aunque había comenzado a redactar una carta destinada a su padre, al final la había dejado a un lado por varias razones. En primer lugar, estaba claro que Grey Albion no se encontraba en Nueva York, con lo cual era improbable que la relación progresara en ese momento. Además, no era bueno hablar de tales cuestiones en una carta, que siempre podía caer en manos inadecuadas. Ante todo, se sentía dolido, porque Abigail hubiera actuado contrariando sus deseos y también porque ni ella ni su padre

hubieran considerado necesario ponerlo al corriente de ello. Sólo le quedaba pues la opción de seguir dándole vueltas al asunto.

A lo largo de aquel invierno siguiente tuvo, desde luego, tiempo de sobra para hacerlo.

Washington volvió a instalar su cuartel general en Morristown. En aquella ocasión, en cambio, dispersó sus fuerzas en varios lugares, con la esperanza de poder alimentar mejor tanto a los hombres como a los caballos. El invierno había sido similar al anterior, aunque presidido por un sentimiento de pesar. La moneda

continental emitida por el Congreso había perdido prácticamente todo valor: se había devaluado cerca del tres mil por ciento. En principio, los soldados debían recibir su paga de la provincia de donde eran originarios, y los de Pensilvania, en particular, llevaban tres años sin cobrar nada. Al descubrir que un nutrido grupo estaban al borde de la sublevación, el general Clinton les había enviado mensajeros ofreciéndoles una paga completa si cambiaban de bando, pero pese a su cólera, los hombres de Pensilvania reaccionaron con desdén ante el soborno y, por fortuna, Pensilvania acabó pagándoles. Aun

cuando había habido también otras protestas, las fuerzas patriotas habían salido poco menos que intactas del periodo invernal.

Aun así, se hacía manifiesto que la causa patriota se hallaba próxima al desplome. Washington había enviado al tenaz Nathaniel Green para unificar lo que quedaba del ejército patriota del sur, consciente no obstante de lo mermadas que estaban las fuerzas en aquellas regiones.

—Si los franceses no se suman a nosotros para efectuar un ataque masivo este verano, ya sea en el norte o en el sur, no sé cómo podremos continuar —

confió a James el general, pese a su solidez de roca.

Y si la causa patriota se venía abajo, más valía no pensar siquiera en las consecuencias.

Mientras tanto, había poco que hacer. Por ello, durante aquellos largos y deprimentes meses, James seguía pensando en Albion y en su hermana. Rodeado de un mundo real tétrico y plagado de amenazas, en su imaginación lo asediaban además los fantasmas. Se sentía abandonado por su familia, impotente. Los recuerdos de su propio matrimonio infeliz volvían para atormentarlo, las evocaciones de la

arrogancia, frialdad y crueldad de los ingleses se agolpaban en su mente. En ocasiones tenía la injusta sensación de que Albion y Abigail actuaban con malvada deliberación, y entonces lo invadía una rabia ciega. En esos momentos consideraba que Albion se proponía robarle a su hermana, dividir a su familia y llevarla a un país que había acabado por odiar. «Si yo no salgo con vida de esta guerra —llegaba a pensar—, puede que también se lleven a Inglaterra a Weston».

Detrás de todo aquel hilo de suposiciones con las que se torturaba había una gran toma de conciencia, un

apasionado sentimiento de identidad que antes de la guerra no había experimentado. Abigail y Weston, su amada familia, no debían ser ingleses, nunca. La sola idea le resultaba insoportable. Ellos no eran ingleses, eran americanos.

En primavera llegaron noticias del sur. Los patriotas se habían enfrentado con Cornwallis y habían causado bajas en su ejército. Hasta el temible Tarleton había sufrido una terrible derrota en una escaramuza. Cornwallis seguía adentrándose, no obstante, en Virginia con Benedict Arnold. Habían tomado Richmond y ahora Arnold había

asentado una base en la costa.

Obedeciendo a un rasgo típico de su carácter, aun sin conocer la causa, Washington se percató de que había algo que consumía a James. Un día lo convocó para una entrevista.

—No podemos permitir que Cornwallis y Arnold se desplieguen sin traba por toda Virginia —le dijo—. Por eso voy a mandar tres mil hombres, para ver qué podemos hacer. Otorgaré el mando a Lafayette, porque confío en él. Y creo que me agradaría, Master, que vos fuerais también.

El mes de mayo pasó, y después el mes de junio. Hacía buen tiempo y en Nueva York reinaba por el momento la calma. Se sabía que Lafayette había ido al sur, pero la mayoría de la gente seguía pensando que si lograba obtener un apoyo suficiente de los franceses, Washington realizaría seguramente alguna maniobra en el norte.

Como no habían tenido noticias de James, Abigail ignoraba si se encontraba todavía cerca o más lejos. No obstante, sin saber por qué, por aquel entonces comenzó a experimentar

un sentimiento de terror que no se disipaba. A medida que transcurrían las semanas, aquella especie de sensación de mal presagio no hacía más que intensificarse. Por otra parte, tenía el convencimiento de que expresar sus temores equivaldría a invitar al destino a que se hicieran realidad. Por ello optó por no confiarse a nadie.

—Acabo de estar con Clinton —le anunció una tarde su padre—. Está persuadido de que Washington pretende atacar Nueva York. Quiere traer de vuelta a la fuerza principal de Cornwallis, pero Londres apuesta por la maldita aventura en la que se ha metido

éste en Virginia y no quiere oír hablar de tal posibilidad. —Se encogió de hombros—. Cornwallis mantiene enfrentamientos con Nathaniel Greene y los gana, pero cada vez pierde hombres, y Green se reagrupa y vuelve a la carga contra él. Nuestros comandantes aún esperan que se produzca un gran levantamiento leal, pero éste nunca llega y los partidarios de la causa patriota efectúan incursiones contra todos los baluartes. Cornwallis se está metiendo en un callejón sin salida. Clinton le ha dicho que establezca una base naval y envíe tropas aquí, pero pese a que asegura estar creando la base en

Yorktown, Cornwallis no ha mandado aún ni un solo hombre.

A mediados de verano llegó la noticia tan ansiada por Washington y temida por Clinton. Desde Francia estaba en camino una nueva flota, capitaneada por el almirante De Grasse. Pronto se hizo visible en el horizonte. En julio, Rochambeau se había trasladado desde Rhode Island con sus cinco mil veteranos franceses para reunirse con Washington cerca de la ciudad, en White Plains. Para entonces, Washington desplegaba sus fuerzas en las proximidades de Nueva York. «Hemos visto a los americanos —

informaban los exploradores británicos —. En cuestión de horas podrían llegar aquí». Los soldados entrenaban en las calles de la ciudad. La empalizada del norte había sido reforzada. El pequeño Weston estaba excitado.

—¿Va a haber una batalla? —preguntó.

—Yo diría que no —mintió Abigail.

—¿Vendrá a protegernos mi padre?

—El general Clinton dispone de todos los soldados que necesitamos.

—De todas maneras querría que viniera mi padre —confió Weston.

Lo extraño fue que no ocurrió nada. Los largos días de agosto se agotaban.

La ciudad vivía en tensión, pero los aliados franceses y americanos no atacaban. Parecía como si esperasen algo.

Y entonces, a finales de mes, se marcharon de improviso. Los escuadrones franceses, el cuerpo principal del ejército de Washington y la gran flota francesa, todos se fueron juntos. Era evidente que habían cambiado de plan.

—Quizás han considerado que era demasiado difícil tomar Nueva York —aventuró Abigail.

—No —disintió su padre—. Sólo hay una explicación. Creen que pueden

atrapar a Cornwallis.

El destino del Imperio británico no estaba, sin embargo, en manos del ejército. Era la armada británica la que controlaba los mares, abastecía a los soldados y los salvaba en caso de necesidad.

A finales de agosto llegó una docena de barcos al puerto de Nueva York. El almirante Rodney, un comandante de primera categoría, se hallaba al frente de la escuadrilla.

—Pero sólo ha traído doce barcos —se lamentó Master—. Necesitamos

una flota completa.

Tras enterarse de la amenaza que pesaba sobre Cornwallis, añadiendo doce barcos de guerra neoyorquinos a los propios, Rodney zarpó de inmediato hacia Chesapeake. No transcurrió, sin embargo, mucho tiempo antes de que las velas aparecieran de nuevo en la bahía y sus barcos regresaran renqueantes al puerto.

—No había suficientes, Abigail. De Grasse los superó —le informó su padre—. Rodney está dispuesto a volver a intentarlo, pero tendrá que recomponer los barcos.

Mientras tanto, fuera de la bahía

apareció un escuadrón de navíos franceses que habían acudido desde su base de Newport dispuestos a abalanzarse sobre ellos en cuanto salieran.

La reparación de los barcos británicos fue lenta, ya que habían sufrido considerables desperfectos.

—Clinton ha tenido noticias de Cornwallis —explicó Master—. Parece que está efectivamente atrapado y no puede salir del cerco.

De todas maneras, los carpinteros de ribera se demoraban en su trabajo, de manera que la flota no pudo volver a hacerse a la mar hasta mediados de

octubre.

James Master dirigió la vista hacia Yorktown. Se trataba sólo de una pequeña localidad provista de unos modestos muelles al borde del río York. En la otra orilla quedaba el campamento británico de Gloucester Point. Las fuerzas francesas y patriotas tenían rodeado a Cornwallis en un amplio semicírculo. De haberse encontrado en mejor posición, habría mantenido los cuatro reductos exteriores desde los que se dominaban sus líneas, pero calculando que no podía, había

renunciado a ellos y ahora se hallaban ocupados por los aliados.

En aquella ocasión sí actuaban como aliados. Ya en su primera reunión, el general francés Rochambeau se había situado bajo el mando de Washington, quien a su vez lo consultaba en la toma de todas las decisiones. Los franceses, ataviados con su elegante uniforme blanco, ocupaban la parte izquierda del semicírculo. Los continentales de Washington vestían guerreras azules, cuando tenían, mientras que las milicias iban con sencillas ropas de paisano. Sin los refuerzos del norte, el ejército sureño de Cornwallis compuesto por los

chaquetas rojas británicos y los hesianos, con uniforme azul de Prusia, contaba ahora con seis mil hombres. Los aliados sumaban más de dieciséis mil.

El sitio, iniciado a finales de septiembre, se había prolongado durante dos semanas. Cinco días atrás, disparando en persona el primer cañonazo, Washington había dado comienzo al bombardeo. La lluvia de proyectiles había sido continua y bastante efectiva. Poco a poco estaban descalabrando a los británicos, pero todavía se hallaban a demasiada distancia de tiro. Había llegado el momento de avanzar las líneas y

disparar desde más cerca. Para ello, tendrían que tomar el círculo interior de baluartes.

El plan que había preparado Washington era algo maquiavélico. Los bombardeos habituales prosiguieron durante todo el día y después, a las seis y media de la tarde, un grupo de franceses debía realizar una maniobra de distracción contra uno de los baluartes del oeste. Poco después, el ejército debía emprender un ataque ficticio contra las líneas de Yorktown. El verdadero asalto sólo debía tener lugar cuando entre el enemigo hubiera cundido del todo la alarma y la

confusión.

En realidad se trataba de dos asaltos. Dos grupos, compuestos cada uno de cuatrocientos soldados, debían arremeter contra los baluartes números 9 y 10, que quedaban cerca del río, en el lado este. El baluarte 9 lo atacarían los franceses y el 10, los patriotas. Al frente iría Alexander Hamilton, a quien iba a acompañar, con el permiso de Lafayette, James Master.

James aguardaba, contento por aquella ocasión de entrar en acción, tanto que le costaba recordar otro momento en que hubiera experimentado tal anhelo. El enfrentamiento sería

sangriento sin duda. Los hombres llevaban las bayonetas caladas y algunos empuñaban también hachas, destinadas a abrir brecha en las defensas del reducto.

La tarde estaba ya avanzada, pero todavía quedaba mucha luz. Vio a los franceses, que iniciaban la maniobra de distracción, y luego miró las caras de los soldados. Aunque la espera podía resultar terrible, en el momento en que empezaran a avanzar todo pasaría al olvido. Sólo les quedaba esperar unos minutos. Sentía la sangre que corría acelerada en sus venas.

Advirtió las hileras de soldados que emprendían la simulación de ataque

justo al otro lado del campo de batalla. Qué imagen más terrorífica debían ofrecer, vistos desde las maltrechas líneas británicas. Siguió aguardando la señal. Los minutos se hacían eternos. En la mano empuñaba el sable y también llevaba dos pistolas cargadas. Esperó, hasta que por fin llegó la señal.

Emprendieron el avance. Se encontraban tan sólo a ciento cincuenta metros del reducto. Qué extraño. Pese a la velocidad de la carga, parecía que todo se moviera con gran lentitud. Los defensores británicos los habían visto. Oyó las detonaciones y también el silbido de una bala que pasó rozándole

la cabeza, pero apenas se fijó. Los altos terraplenes del reducto se alzaban ya ante él. Los hombres abatían a hachazos las defensas exteriores y penetraban por las brechas. Atravesaron una gran zanja y comenzaron a trepar por el parapeto. Vio un yelmo británico frente a él y se acercó, dispuesto a liquidar a su propietario, pero un soldado se le adelantó, embistiendo con la bayoneta.

Una vez superado el parapeto, tuvo la impresión de que había chaquetas rojas por todas partes. Retrocedían, tratando de esquivar una ráfaga de proyectiles. La velocidad era el elemento clave. Sin tomarse un segundo

para pensar se precipitó hacia delante, consciente de que había tres o cuatro compañeros a su lado. Un chaqueta roja levantaba el arma en el momento en que James le traspasó el vientre con el sable. Sintió cómo el acero atravesaba la gruesa tela del uniforme, hasta llegar a la columna vertebral. Apoyando el pie sobre el cuerpo del soldado, retiró la hoja antes de que cayera al suelo.

Lo que siguió a continuación fue tan confuso que apenas supo qué hacía él mismo. El reducto parecía un amasijo de cuerpos en movimiento en el que, con su superioridad numérica, los asaltantes hacían retroceder a los chaquetas rojas.

De repente se encontró junto a una tienda y al rodearla se topó con un chaqueta roja armado con una bayoneta que esquivó, mientras otros de sus hombres lo atravesaban con su arma. Curiosamente, era como si la tienda sirviera de mágica barrera en medio de la algarabía. Entonces descubrió que estaba abierta. Un oficial británico, que debía de haber resultado herido, había entrado con paso vacilante en ella y yacía en el suelo. Le manaba sangre de la pierna. Su cabeza, libre del casco, dejaba ver una maraña de pelo. James sacó la pistola y el oficial se volvió, esperando la muerte.

Era Grey Albion. Se quedó mirando estupefacto a James, pero no sonrió. Al fin y al cabo se hallaban inmersos en una batalla.

—Vamos, James —le dijo con tranquilidad—, si alguien va a matarme, prefiero que seas tú.

James guardó silencio un momento.

—Si te rindes serás mi prisionero —declaró fríamente—. Si no, te disparo. Ésas son las normas.

Albion miró en torno a sí. Parecía que la lucha se había trasladado más allá de la tienda a causa del retroceso de los británicos. No podía esperar ayuda de ellos. Aunque tenía el sable a su lado

en el suelo, estaba herido y James iba armado. A menos que James errara el tiro, no tenía ninguna opción, reconoció con un suspiro. Entonces James volvió a hablar.

—Otra cosa más. Tienes que dejar en paz a mi hermana. Debes interrumpir toda correspondencia con ella y no volver a verla más. ¿Entendido?

—Yo la quiero, James.

—Elige.

—¿Y si me niego?

—Dispararé. Nadie se va a enterar.

—No parecen palabras dignas de un caballero.

—No. —James le apuntó a la cabeza

—. Elige. Exijo que me des tu palabra.

—Como quieras —concedió Albion tras un instante de vacilación—. Tienes mi palabra.

Con la toma de los reductos, el campamento de Cornwallis quedó expuesto a un bombardeo desde corta distancia. Dos días más tarde, trató de escapar y hacer atravesar el río a sus tropas, pero el mal tiempo se lo impidió. Tres días después de aquella tentativa, el 19 de octubre, no tuvo más remedio que rendirse.

El 19 de noviembre de 1781, a Nueva York llegó un barco proveniente de Virginia. A bordo viajaba ni más ni menos que el propio lord Cornwallis. Mientras sus tropas permanecían retenidas en buques de transporte, el general había negociado la libertad bajo palabra, para poder ir a Londres a rendir explicaciones.

A la espera de la disponibilidad de un navío con destino a Inglaterra, se retiró a una casa de la ciudad, donde se consagró a la correspondencia. En cualquier caso, no había acudido a Nueva York para disfrutar de la vida social. Corría, además, el rumor de que

entre él y el general Clinton las relaciones eran tensas. Si Clinton consideraba por su lado que Cornwallis había obrado con precipitación, éste podía replicar que había obedecido instrucciones de Londres y consideraba además que Clinton no le había prestado suficiente apoyo. A raíz del desastre, ambos comandantes acumulaban argumentos en su descargo.

En el mismo barco llegó una carta de James, escrita con afectuoso tono y repleta de noticias. Después de la victoria de Yorktown, Washington se había planteado, por lo visto, una acometida contra Nueva York que

podría haber puesto punto final a la guerra, pero el almirante De Grasse estaba impaciente por atacar a los británicos en la zona del Caribe. «De modo que lo más probable será que pase unas cuantas semanas más sentado a las puertas de Nueva York —escribió—, pensando en mi casa y en mi amada familia, que se encuentran en ella». De todos modos, parecía creer que el final de la guerra despuntaba en el horizonte.

A continuación les expuso con brevedad los sucesos de Yorktown y los asaltos de los reductos. John Master entregó la parte siguiente de la carta a Abigail sin pronunciar ni una palabra.

«Y ahora debo daros tristes noticias. Cuando irrumpimos en el reducto, los británicos se defendieron con bravura, en especial un oficial británico al que sólo reconocí cuando cayó, hacia el final del enfrentamiento. Era Grey Albion. Aunque malherido, no estaba muerto, de modo que lo trasladamos en camilla a nuestras filas, junto con los prisioneros que capturamos. Disfrutó de buenos cuidados, pero, por desgracia, tenía pocas posibilidades de recuperarse. Cuando he vuelto al campamento me he enterado, con gran pesar, de que murió hace dos días».

Abigail leyó dos veces el párrafo y

después corrió a refugiarse en su habitación.

A comienzos de 1782, Nueva York había recobrado su calma habitual. Cornwallis se encontraba ya en Londres. Pese a que el general Clinton temía que sobre la ciudad se abatiera un masivo levantamiento de milicias americanas, el invierno dio paso a la primavera sin que los patriotas abandonaran sus posiciones. Nadie sabía si la guerra iba a concluir pronto, tal como suponía James, o si por el contrario en Londres se decidiría alguna nueva y audaz

iniciativa.

—Tendremos que esperar a ver qué le place decidir al Rey —apuntó con aire de cansancio Master.

En realidad, resultó que el Rey no podía obrar a su placer.

En las elecciones previas, pese a haber tenido que afrontar la oposición de numerosos miembros del Parlamento que estaban descontentos con la marcha de la guerra, el rey Jorge había logrado, a través de los habituales métodos de clientelismo, oferta de ascensos y discretos sobornos, formar una amplia mayoría a su favor. La operación le había representado un desembolso de

cien mil libras.

No obstante, incluso en los estados más organizados llega un momento en que ya no es posible comprar los votos, y cuando el Parlamento se enteró de que se había perdido la plaza de Yorktown y de que todo el ejército de Cornwallis había caído prisionero, se desmoronó la mayoría del Rey. Incluso lord North, siempre fiel a su real hermano, tiró la toalla. El gabinete ministerial se vino abajo y hubo que dar entrada a la oposición. Esa primavera los patriotas enviaron cuatro personalidades de alta talla intelectual —Benjamin Franklin, John Jay, John Adams y Henry Laurens

— a participar en las negociaciones de paz con las potencias francesa, española, holandesa y británica, cuyos representantes se reunieron en París.

Para Abigail, aquél fue un periodo de aflicción. Con frecuencia pensaba en Albion. Más que una suerte, fue una auténtica bendición el que tuviera que ocuparse de Weston, y su padre también procuraba encontrar la manera de distraerla. El general Clinton regresó a Londres, pero su sustituto era una persona respetable, de modo que la guarnición británica continuó más o menos igual que antes. Como en la ciudad había oficiales jóvenes, sobre

todo marinos, su padre le decía que tal vez sería de mala educación no asistir a las fiestas que de vez en cuando organizaban. A ella no le procuraban, sin embargo, placer aquellos eventos.

De tanto en tanto, alguno despertaba su curiosidad. Uno de los hijos del Rey, poco más que un chiquillo, servía de guardiamarina en uno de los barcos atracados en Nueva York. Era un joven amable y entusiasta al que Abigail observaba con cierto interés; pero de todos modos no era una compañía acorde para ella. Era más de su agrado un oficial de la marina de cara lozana, que aun siendo pocos años mayor que

Abigail ya poseía el grado de capitán y por sus méritos, aparte de las relaciones de su familia, podía aspirar a subir rápidamente de escalafón. De no haber sido por el duelo que guardaba por Albion, habría recibido con gusto las atenciones del capitán Horatio Nelson.

Master también la animaba a mantenerse ocupada. Ese verano se presentó la posibilidad de un nuevo y lucrativo negocio. Cada vez eran más los comerciantes conservadores de Nueva York que, tras llegar a la conclusión de que ya no les quedaba futuro allí, se disponían a partir a Inglaterra y ponían en venta la totalidad

de sus bienes y propiedades. Apenas transcurría semana en que su padre no le pidiera que fuera a inspeccionar una venta en su lugar. Encontraba vajillas de porcelana y cristalerías, mobiliario de lujo, cortinas o alfombras a precios de saldo.

—A partir de ahora lo dejo todo en tus manos, Abigail —decretó su padre después de haber recibido sus consejos en unas cuantas transacciones—. Compra lo que consideres mejor y luego me pasas las cuentas.

Con el correr de los meses, acumuló tantas existencias que el único problema era dónde almacenarlas. Los precios

eran tan bajos que casi se sentía culpable.

En otoño, fueron numerosos los patriotas que regresaron a Nueva York para recuperar sus propiedades. Cuando encontraban soldados viviendo en sus casas cambiaban palabras ásperas, pero la situación raras veces degeneraba en violencia. El invierno transcurrió con rapidez y en primavera llegó la noticia de que habían cesado por completo las hostilidades entre los británicos y los patriotas. A medida que los patriotas afluían en mayor número a la ciudad y los leales se preparaban para irse, Abigail se enteraba de más de un caso

en que los coléricos patriotas se habían aposentado en las viviendas de los vencidos. Mientras tanto, el gobernador patriota de Nueva York, Clinton, seguía despojando de sus propiedades a tantos leales como podía.

Fue por entonces cuando apareció James. Explicó que aún tenían asuntos pendientes que liquidar con Washington, pero que podía quedarse con ellos dos días. Weston estaba loco de contento y la familia reunida pasó unas horas de dicha. James y Master enseguida convinieron que el padre debería poner a nombre del hijo la casa y las otras propiedades de la ciudad, a fin de que

no las confiscaran como posesiones leales, cosa que hicieron sin dilación en el despacho de un abogado.

La tarde del segundo día, mientras paseaban juntos por Broadway, se encontraron con Charlie White. Pese a que los saludó con afabilidad, percibieron que Charlie estaba algo abatido.

—¿Necesitas algo, Charlie? —se interesó Master.

—No, a menos que tengas una casa —repuso éste con tristeza—. La mía se quemó.

—Ven a verme mañana —le propuso Master—, y veremos si encontramos una

solución.

Al día siguiente, Charlie pasó a ser propietario de una casa en Maiden Lane. Abigail se ocupó de que estuviera bien amueblada y la dotó con una vajilla y una cristalería como Charlie nunca había soñado poseer.

Aun cuando mantuvo un callado duelo por Grey Albion durante muchos meses, la pena de Abigail fue cediendo poco a poco. Contribuyó a ello la constatación de que eran muchas las personas que habían perdido padres y maridos. Un incidente de poca

importancia la ayudó a darse cuenta de que estaba sanando su herida. Se produjo a raíz de otra visita de James, en la que llegó acompañado de un amigo.

—Permite que te presente a mi compañero de armas del Ejército francés, el conde de Chablis.

El joven francés era encantador. Iba siempre acicalado, se mostraba fascinado con Nueva York y, en realidad, parecía complacido con el mundo entero. Aunque no hablaba un buen inglés, se le comprendía bien. Al final del día, había quedado hechizada por él.

—Tu amigo es tan agradable que cuesta imaginarlo luchando —comentó a James una vez se hallaron solos.

—Es sólo por su fachada aristocrática —repuso éste—. Lafayette también es así. Chablis es en realidad arrojado como un león.

Se quedaron dos días, pasados los cuales ella casi lamentaba que el conde tuviera que regresar pronto a Francia.

En el curso de aquella visita, Abigail aprendió asimismo a apreciar la astucia de negociante de su padre. Después de la cena del primer día, cuando el conde se había retirado y se encontraban juntos en el salón, James

sacó un papel y lo tendió a su padre.

—Creo que esto puede interesarte
—dijo.

Era una carta de Washington dirigida al gobernador patriota de Nueva York.

Tengo entendido, estimado señor, que habéis confiscado las propiedades del conservador John Master, de Nueva York. Os quedaría inmensamente agradecido si traspasarais dichas tierras al coronel James Master, que de otro modo las habría heredado y que, desde principio a fin, ha prestado durante estos largos años un gran servicio a

nuestra causa.

—Ahora eres coronel, veo —
constató su padre con una sonrisa—.
Felicidades.

—Gracias, padre. Temo, sin
embargo, que la carta de Washington no
me sirva de gran cosa. Las granjas ya las
han vendido y será muy complicado
recuperarlas.

—En tal caso, tengo algo que
enseñarte —anunció su padre.

Tras ausentarse un par de minutos,
volvió con una pila de papeles que
entregó a su hijo. James los observó,
sorprendido.

—Esto es dinero patriota, padre.

—Son pagarés de vuestro Congreso, para ser exactos, canjeables... siempre y cuando el Congreso se halle en condiciones de pagar, claro está. Como ya sabes, estos últimos años, dichos pagarés se han ido rebajando más y más. Yo empecé a comprarlos poco después de la batalla de Yorktown, a un penique tan sólo por unidad. Me parece que ahora comprobarás, no obstante, que el Congreso los va a aceptar en su pleno valor, como pago de la tierra leal confiscada.

—Hay una pequeña fortuna aquí — exclamó James.

—Me parece que vamos a acabar esta guerra con bastante más tierra de la que teníamos al empezar —declaró Master con satisfacción. Luego se volvió hacia Abigail—. Tú has estado comprando ajuares, Abby, y yo deuda del Congreso. Todo era el mismo juego. Como el riesgo era elevado, el precio era bajo. Y desde luego, yo disponía del dinero para hacerlo.

El comerciante estaba complacido con el éxito de aquellas operaciones, pero había algo más que le procuraba gran contento. El día después de que James y su amigo se marcharan mantuvo una calmada conversación con Abigail.

—He advertido, Abby, que el conde de Chablis te era simpático.

—¿Se notaba tanto, papá? Espero no haberme puesto en evidencia.

—En absoluto. Pero ya sabes que los padres se fijan en estas cosas. Y me ha alegrado mucho.

—¿Por qué, papá?

—Pronto hará dos años que murió Albion —le recordó con ternura—. Has llorado por él, como debe ser, pero ya es hora de que vuelvas a empezar otra vida.

Ella sabía que tenía razón.

Cuando el verano de 1783 daba paso al otoño, era evidente que los británicos debían abandonar pronto la ciudad. El comandante británico fue, con todo, tajante en un punto.

—Nos iremos después de que todo leal que quiera marcharse haya partido sin percance.

Embarcaban por millares. Unos cuantos eran neoyorquinos, pero la mayoría eran leales que acudían a la ciudad provenientes de muy diversos lugares. Aun cuando algunos se dirigían a Inglaterra, la gran mayoría se iban a la

zona marítima de Canadá. El Gobierno británico les pagaba el viaje.

Estaban asimismo los antiguos esclavos que habían liberado los británicos. También ellos se iban, aunque por distintos motivos... para huir de sus propietarios patriotas. Apenas había un día en que Abigail no supiera de algún u otro patriota que volvía a la ciudad y escrutaba las calles y los muelles en busca de sus antiguos esclavos.

—Washington ha sido muy claro al respecto —comentó Master—. Asegura que están en su derecho de reclamar su propiedad, pero los británicos dicen que

no es justo. En cualquier caso, los pobres diablos prefieren congelarse en Nueva Escocia antes que volver a ser esclavos.

Había, sin embargo, un esclavo del que no se tenía noticias. Master había logrado por fin averiguar qué había sido del navío francés que había capturado su corsario.

—Vuelve a funcionar al servicio de los franceses, en el Caribe, pero no he podido descubrir qué le pasó a Salomon. Lo único seguro es que ahora no está a bordo de ese barco. Seguiré buscándolo —le prometió a Hudson—. Es posible que lo vendieran, pero no

debemos perder la esperanza.

—Si lo encuentro —confió a Abigail—, lo compraré para Hudson y le concederé de inmediato la libertad. De todas formas, no son muchas las probabilidades de localizarlo.

A principios de octubre llegó la carta de Vanessa. Iba dirigida a John Master, como de costumbre. En ella le informaba, con su firme escritura, que iba a irse de Londres, puesto que se veía obligada a trasladarse a Francia, aunque no explicaba el porqué. Se lamentaba de no poder hallarse en condiciones de ir a

Nueva York a ver a Weston y expresaba el mismo sentimiento de gratitud porque se hallara a buen recaudo en compañía de su abuelo. Al leer la postdata, Master emitió una exclamación de asombro.

«La novedad principal de Londres es que Grey Albion contrajo matrimonio la semana pasada».

Abigail fue a ver a su hermano a West Point, acompañada por Hudson. Le indicaron que lo encontraría en las murallas, donde, no bien lo hubo localizado, le entregó la carta.

Mientras leía sobre las intenciones de su esposa de abandonar Londres y las palabras en que aludía a su hijo, James

mantuvo una expresión grave, pero impasible. Cuando llegó al final de la carta, Abigail lo observó atentamente y percibió su sobresalto. Después frunció el ceño y volvió a leer la postdata. No levantó la vista para mirarla a ella, sin embargo. En su lugar, se quedó contemplando un largo momento el río Hudson, que discurría bajo los terraplenes.

—Me dijeron que había muerto —
señaló con voz inexpresiva.

—¿Y no lo comprobaste?

—Había muchas cosas de qué ocuparse. Washington me envió al otro lado del río, donde las fuerzas

británicas... los hombres de Tarleton... se rindieron también, ese mismo día. Cuando volví, me explicaron que habían enterrado a varios prisioneros, y di por sentado que...

Se encogió de hombros.

—¿Pero si hubiera seguido con vida te habrías enterado, no?

—No necesariamente. Después de aquello tuve poca relación con los prisioneros —adujo, con la mirada perdida en la inmensidad—. Debió de recuperarse y luego volvió a Londres, quizá con libertad bajo palabra. Es posible. —Volvió a fruncir el entrecejo—. ¿Y su padre no dijo nada en sus

cartas?

—No. Ése es otro misterio.

—Quizá lo hizo por indicación de su hijo —apuntó James—. ¿Quién sabe?

—Yo encuentro muy extraño todo esto —dijo ella.

—También yo. —James la miró un instante y luego desvió la vista, absorto al parecer en honda reflexión—. Durante la guerra ocurren muchas cosas extrañas, Abby —señaló—. En la guerra, igual que en las cuestiones del corazón, nadie puede estar seguro de cómo se va a comportar. Ignoramos lo que somos capaces de llegar a hacer. —Volvió a mirarla con gravedad—. De todas

maneras, sea cual sea el motivo por el que Albion se fue sin decir nada, esperemos que haya encontrado la felicidad ahora. —Abrió una pausa—. En esta guerra han ocurrido cosas tan imprevisibles, Abby, que he aprendido que resulta inútil interrogarse por qué llegaron a suceder. Es el destino, nada más. No creo que volvamos a verlo —añadió.

—No —convino ella—, supongo que no.

El 25 de noviembre de 1783, a la cabeza de una tropa compuesta por

ochocientos soldados continentales, el general George Washington recorrió pacíficamente desde el pueblo de Harlem, el antiguo camino indio, y entró en la ciudad de Nueva York. Vitoreado por la multitud, cabalgó despacio por Bowery y Queen Street. Luego giró hacia Wall Street y cruzó Broadway, donde lo recibieron con un discurso público plagado de alabanzas.

La familia Master acudió en pleno a Wall Street a presenciar el acto. James cabalgaba en compañía de Washington, a tan sólo seis metros de distancia. Abigail reparó en que su padre parecía bastante satisfecho con aquel desenlace.

—Washington tiene un porte muy majestuoso —apreció.

El incidente que se produjo aquella tarde acabó de alegrarle el ánimo. El general debía ofrecer un banquete en la taberna Fraunces, situada a escasos metros de la casa de los Master, adonde James acudió previamente para cambiarse de ropa. Cuando se disponía a marcharse, un repiqueteo de cascos en la calle anunció la llegada de Washington y una comitiva de oficiales que se dirigían a la cena. James los saludó en la calle, mientras Abigail y su padre permanecían mirando en el umbral.

Fue en ese momento cuando, al verlos desde el otro lado de la calle, el alto y serio general dirigió una cortés reverencia a Abigail y, tal como había hecho en otra ocasión, saludó tocándose la cabeza con grave ademán, aunque esa vez en su cara había una expresión de reconocimiento e incluso un asomo de sonrisa. Master le correspondió con una profunda reverencia.

Un poco después, mientras cenaban con Abby y Weston, después de pedir a Hudson que sirviera una botella de su mejor vino tinto, Master alzó la copa para brindar.

—Fíjate, Abby —dijo con

considerable alegría—, y tú también, Weston, mi querido nieto, el mundo que yo conocía se ha acabado. Brindemos pues por el nuevo que empieza ahora.

La capital

❧ 1790 ❧

John Master los observaba a todos.

El caluroso día de verano había dejado el aire cargado en el interior de la casa, o tal vez era que había bebido demasiado. Era una lástima que Abigail no estuviera allí... ella siempre sabía llamarlo al orden. No obstante, dada la inminencia del nacimiento de su primer hijo, se había quedado en su casa del condado de Dutchess. Los miraba pues a

todos... a su hijo James, licenciado de Oxford, a su nieto Weston, a punto de ir a estudiar a Harvard, y a su distinguido visitante, cuya escandalosa afirmación parecían dispuestos a aceptar sin reparos tanto James como Weston.

—Por lo que a mí se refiere —le espetó Master a Thomas Jefferson—, podéis iros al infierno.

Lo malo era que, según suponía Master, Thomas Jefferson no creía en el infierno; ni tampoco en el cielo, ya puestos.

Hasta aquel momento, John Master estaba sorprendido de lo contento que se sentía de ser ciudadano de Estados

Unidos de América. Washington le inspiraba un gran respeto. Cuando éste celebró la ceremonia de instauración de Nueva York como capital de la nación, acudió como uno más de la multitud apiñada en Wall Street para escuchar el juramento que prestó Washington desde el balcón de la sede federal, y cuando iba por la calle con James, se enorgullecía de que los grandes hombres de Estado, como Adams, Hamilton o Madison, saludaran a su hijo como a un amigo respetado.

Además, la nueva Constitución, cuyas bases habían formulado los Padres Fundadores en Filadelfia, lo

había dejado impresionado. Con su admirable sistema de inspecciones y controles, consideraba que era un documento poco menos que inmejorable. Cuando Madison y los federalistas arguyeron, frente a los antifederalistas, que los estados debían ceder una parte de su independencia, a fin de que la república pudiera contar con un gobierno central fuerte, pensó que tenían toda la razón.

—Deberíamos aceptar la Constitución tal como está —opinaba.

En aquel caso, sin embargo, su natural tendencia conservadora había topado con la opinión de su hijo.

—Yo soy partidario de Jefferson —
había declarado James.

Por aquel entonces, Jefferson actuaba como representante del nuevo estado en París y había presentado una objeción a la aprobación de la Constitución.

—La Constitución todavía tiene un defecto, y es que no protege la libertad del individuo. A menos que se introduzca una enmienda, nuestra república acabará adoptando el mismo talante tiránico que las viejas monarquías como Inglaterra.

Master replicó que aquello era una enorme exageración, pero James insistió

en su postura. La libertad de religión no quedaba suficientemente garantizada, repetía, ni tampoco la de prensa. A propósito de aquella última cuestión, había comenzado a impartir a su padre una lección centrada en el juicio contra Zenger.

—Conozco el caso de Zenger, James —le recordó al final—. Yo ya era mayorcito entonces.

—Entonces, padre, seguro que no estabas en contra de Zenger, ¿verdad?

Rememorando con ironía el lamentable espectáculo que había dado en su juventud durante la visita de sus primos de Boston, John Master

respondió de manera escueta.

—Escuché el ferviente alegato que pronunció mi primo de Boston, Eliot, a favor de Zenger... que fue mucho más elegante que el tuyo —puntualizó, para poner a James en su sitio.

—En 1777, Jefferson ya había propuesto un proyecto de ley destinado a garantizar la libertad religiosa en Virginia —prosiguió James—. Lo que necesitamos es una enmienda en esta línea. Nueva York no va a ratificar la Constitución si no se incluye, ni tampoco Virginia.

Cuando se aprobó la Primera Enmienda, James consideró el asunto

como una victoria personal de Jefferson.

Sin duda se debía a su innata tendencia conservadora, pero pese al respeto que profesaba a la nueva república, Master no acababa de sentirse a gusto con algo que percibía como una profunda tolerancia de tendencia secular.

Hasta el mismo Washington tenía su parte de culpa. El presidente siempre se comportaba con decoro, desde luego; mientras se reconstruía la iglesia Trinity, que había sido consumida por el fuego, los Master habían asistido a los servicios de la bonita capilla de Saint Paul, situada cerca, y John Master

siempre había advertido con placer la presencia del presidente en compañía de su esposa... aun cuando éste se marchaba antes de la comunión. Aun así, no cabía duda, puesto que el propio Washington lo había dejado bien claro, de que le importaba bien poco qué religión adoptaran sus conciudadanos. Ya fueran protestantes o católicos, judíos o ateos, o incluso seguidores del profeta Mahoma, para él eran todos iguales, siempre y cuando respetaran la nueva Constitución.

Master encontraba que había otros personajes más retorcidos. Antes de morir la primavera anterior, el viejo y

astuto Benjamin Franklin, por ejemplo, se había proclamado miembro de todas las iglesias y rezaba por turnos con cada una de las congregaciones.

Pero Jefferson, aquel apuesto patricio sureño con su refinada educación y sus encopetados amigos parisinos que había regresado a América para hacerse cargo de la política exterior de la nación... ¿qué era? Un deísta, probablemente, uno de aquellos individuos que aseguraban que debía de haber alguna clase de ser supremo, pero que no parecían creer necesitarlo para nada. Una creencia muy propia de un petimetre.

«Y ahora lo tengo aquí delante — pensó Master— dándome a mí, miembro de la Trinity, lecciones sobre el bajo carácter moral de Nueva York, que no la hace merecedora de su condición de capital de América. ¡Y eso viniendo de un hombre que ha estado viviendo alegremente en los antros de perdición de París, por favor!».

Era intolerable.

—Tanto si os gusta como si no — continuó acaloradamente Master—, Nueva York es, señor mío, la capital de América, y va a seguir siéndolo.

En todo caso, la ciudad comenzaba a tener presencia de capital. La vida no había sido fácil desde que América se había convertido en nación. Lastrados por las restricciones comerciales británicas y europeas, por no mencionar la deuda contraída durante la guerra, muchos de los estados todavía porfiaban por salir de la depresión económica. Nueva York, en cambio, se había recuperado más deprisa. Los empresarios habían encontrado un lugar para sus negocios, y había una constante afluencia de nuevos habitantes.

Todavía había zonas donde persistían los restos calcinados del incendio, por supuesto, pero se estaba reconstruyendo la ciudad. Se habían abierto nuevos teatros; la torre y el campanario de la nueva iglesia Trinity destacaban con espléndida elegancia en el cielo. Y cuando el Congreso decidió instalar la capital de la nueva nación en su ciudad, los neoyorquinos reaccionaron de forma instantánea. El antiguo ayuntamiento de Wall Street — ahora llamado Casa Federal— había sido remodelado de una manera espléndida para acoger de manera transitoria al gobierno, mientras que, al

pie de Manhattan, habían demolido el antiguo fuerte para despejar un solar próximo a la bahía en el que se iba a alzar un magnífico complejo que albergaría la sede del Senado, de la Cámara de Representantes y de las distintas instancias de gobierno. ¿En qué otro lugar se encontraría una capacidad de iniciativa tal, si no en Nueva York?

James se decidió a intervenir, tratando de apaciguar la situación.

—Lo cierto es, padre, que muchas personas dicen que los neoyorquinos adoran sólo el dinero y aprecian demasiado el lujo.

—Pues eso no parece molestarle a

Washington —alegó su padre.

El magnífico coche de color crema del presidente, con un tiro de seis caballos, era el más pomposo de toda la ciudad. George y Martha Washington se habían instalado ya en una nueva y espléndida mansión situada en Broadway, donde recibían a las visitas con la misma prodigalidad que cualquier príncipe de los negocios neoyorquino. Y de todas maneras, ¿qué había de malo en ello?

Aunque Master optara por maldecir a Jefferson, aquel caballero era, a su vez, capaz de responderle con la misma moneda. Éste imprimió una dura

expresión a su rostro de rasgos bien perfilados y taladró con una dura mirada al comerciante.

—Lo que me parece inapropiado de Nueva York, señor —señaló con frialdad—, es que pese a la Guerra de Independencia que hemos librado, esta ciudad está mayoritariamente poblada por *tories*.

No le faltaba razón en eso. Aun cuando la guerra había asentado toda clase de patriotas y gentes de humilde condición en lugares prominentes, resultaba extraordinario ver cómo había logrado sobrevivir la vieja guardia, que efectivamente contaba con muchos

tories entre sus integrantes. Bastaba sólo con observar los nombres de las personas que habían comprado las casas y tierras de los grandes propietarios que habían huido o habían sido desposeídos de sus bienes: Beekman, Gouverneur, Roosevelt, Livingston... todos comerciantes ricos como él.

Ello no era, sin embargo, óbice para que no se instalara en Nueva York la capital de América. No, para Master aquellos reproches eran tan sólo producto de los celos; puros celos. Una cosa era que Filadelfia pretendiera ser la capital... eso podía entenderse. Todas las ciudades aspiran a lograr ventajas...

aunque ahora que Benjamin Franklin había muerto, Master sospechaba que Filadelfia perdería vitalidad. La verdadera presión no provenía, con todo, de Filadelfia. Venía del Sur; ya podían tildarlo de maldito yanqui tanto como quisieran, pero Master tenía la impresión de que los estados sureños se excedían un tanto. Desde su punto de vista, el Sur debía conformarse con la Constitución. Aun cuando muchos patriotas del Norte comenzaban a poner en tela de juicio la moralidad de la esclavitud, habían aceptado garantizar la institución durante una generación más. Y cuando el Sur había negociado que

cada tres esclavos debían contar como dos personas blancas en el cálculo de la población de cada estado, ¿no habían incrementado con ello el número de representantes que debía corresponderles en el Congreso?

Su última queja era muy típica de ellos.

Master sentía simpatía por el joven Alexander Hamilton; en eso estaba de acuerdo con James, que había estado con él en el ejército de Washington. Hamilton era listo, lleno de vitalidad... nacido de manera ilegítima, desde luego, pese a que su padre era un noble. No obstante, la ilegitimidad a menudo

servía de estímulo para acceder a grandes logros, y ahora que lo habían nombrado secretario del Tesoro, el joven Hamilton había presentado una proposición totalmente sensata. Quería juntar la vasta masa de deuda de guerra —el inservible papel continental— y convertirla en una nueva emisión de deuda del gobierno, respaldada por los ingresos de los impuestos que estabilizarían la situación financiera del país.

Aquellas disposiciones nunca eran, desde luego, del todo justas, pues, algunos estados sureños ya habían saldado sus deudas. «¿Por qué

deberíamos pagar entonces impuestos para sacar de apuros a los demás?», protestaban. De todas maneras, la verdadera manzana de la discordia, lo que sacaba de quicio al Sur, era el papel desempeñado por Nueva York.

Antes de anunciar su plan, Hamilton había tenido que plantear una espinosa cuestión. Al final de la guerra, los pagarés emitidos por el Congreso y cada uno de los estados habían perdido prácticamente toda clase de valor. ¿A cuánto podían canjearse, pues, con el nuevo papel en curso? ¿A diez libras por cada cien billetes antiguos? ¿A veinte? ¿Hasta dónde debía llegar la

generosidad del gobierno?

Tal como había hecho Master unos años atrás, unos cuantos arriesgados especuladores habían comprado una buena cantidad de deuda antigua, a precios muy ventajosos, a personas que, necesitadas de dinero, se habían tenido que conformar con recibir poca cosa a cambio de aquellos inservibles billetes. Muchos de aquellos vendedores eran sureños. Evidentemente, si un especulador hubiera podido disponer de la información del índice de conversión, se habría forrado. Hasta que no se hizo público el anuncio, Hamilton había tenido el buen tino de no divulgar

absolutamente nada.

No sucedió lo mismo con su asistente; por supuesto, se trataba de un neoyorquino, que confió la noticia a sus amigos.

La novedad —asombrosa— era que la deuda se canjearía a nivel de paridad; al precio total. Todo especulador que lograra hacerse con el papel a bajo precio podía ganar una fortuna.

Entre los afortunados negociantes de Nueva York cundió, por consiguiente, un frenesí comprador. Los caballeros sureños, ignorantes de lo que se fraguaba, aceptaron con gusto proporcionarles tantos papeles como

deseaban. Su alegría terminó cuando descubrieron la verdad y se produjo una explosión de indignación.

—Malditos yanquis neoyorquinos, que os cebáis en las desgracias del Sur.

—Si no anduvierais escasos de dinero o si comprendierais el funcionamiento del mercado, no os encontraríais en estos apuros — replicaban con crueldad los neoyorquinos que poseían información privilegiada.

Por más que aquella operación no podía calificarse en rigor de ilegal, sí tuvo una consecuencia real: el odio que suscitó Nueva York, que no sólo

provenía del Sur. Todos los que habían vendido el papel a bajo precio se consideraban agraviados. En cuanto a Jefferson, que poseía una plantación en Virginia, no cabía duda del lado por el que se decantaban sus simpatías: los especuladores de Nueva York le inspiraban una honda repugnancia.

John Master se disponía a decirle a Jefferson unas cuantas palabras a propósito de los defectos de los poco previsores caballeros del Sur, pero, al ver la expresión de incomodidad patente en la caras de James y Weston, se

contuvo.

¿En qué estaría pensando? Dentro de poco, su nieto se iba a marchar a Harvard; James también se iba, a Inglaterra, y no se sabía cuántos meses duraría su ausencia. ¿De veras le convenía suscitar las iras de James y dejar al joven Weston con el recuerdo de un abuelo que montaba una escena con el gran Thomas Jefferson?

El viaje de James era necesario. Habían transcurrido unos años desde que Albion se retiró de los negocios. Pese a que desaprobaba la conducta de Grey, John Master había continuado haciendo negocios con su padre, pero

cuando éste se jubiló, eligieron a otro agente, que no resultó nada satisfactorio. James viajaba para seleccionar a otro en Londres. Pero, por una parte, ahora Master habría preferido que su hijo no partiera en ese momento.

—Vas a viajar a Europa en un momento interesante —le había comentado.

Para sus adentros, también lo consideraba peligroso. Cuando, en otoño de 1789, llegaron a Nueva York las noticias del estallido de la Revolución francesa, fueron muchos los que se alegraron, incluido James. Poco después, éste había recibido una carta

de su amigo, el conde de Chablis.

—Dice que Lafayette y sus amigos la apoyan. Quieren fundar una nueva república, basándose en el modelo de América.

Pronto, hasta el mismo Weston pregonaba las virtudes de las nuevas conquistas francesas, cifradas en el lema «Libertad, igualdad y fraternidad». Todo sonaba muy bonito, pero no para John Master.

—Eso acabará en un baño de sangre —les advirtió—. Lafayette puede soñar con América... no digo que no... pero en Francia no va a ser igual. Eso se va a convertir en una guerra civil, y éstas son

horrorosas.

James no estaba de acuerdo: aseguró a su padre que Chablis se mostraba confiado en que se podría llegar a un acuerdo y en que en Francia pronto se instauraría una monarquía limitada, controlada por un parlamento... parecida a la de Inglaterra.

—Os olvidáis del poder que tiene la chusma —les recordó, sin embargo, con aire sombrío, John Master—. Cuando hubo una guerra civil en Inglaterra, le cortaron la cabeza al rey.

—Es que tú eres un *tory*, abuelo —le había respondido Weston, riendo.

—De todos modos, ándate con

cuidado —aconsejó Master a su hijo—. Y hagas lo que hagas, no te acerques a París.

Aparte de esto, él albergaba otra esperanza respecto al viaje de James. Hacía mucho que no sabían nada de Vanessa: seguramente ya debía de encontrarse en Londres. Aunque James había mantenido una discreta relación con una encantadora viuda neoyorquina a lo largo de los dos años anteriores, Master confiaba en que un día volviera a contraer matrimonio, pero para ello tenía que poner fin de manera formal a su ficticio matrimonio con Vanessa. Así se lo sugirió a James, y le indicó que

podía ser útil ocuparse de aquella cuestión durante su estancia en Londres.

Entonces, con intención de restablecer la paz y la armonía, dispensó una rígida reverencia a Jefferson.

—Debo pedir os disculpas, señor, por mi intemperancia al hablar —dijo educadamente—. Y vos habréis de perdonarme si me sublevo defendiendo la ciudad donde nací. Soy como un marido fiel, que defiende a su esposa de las críticas, aunque sepa que tiene sus defectos.

La elegancia con que habló hizo que apareciera una expresión de alivio en el rostro de James. Weston también

observó esperanzado a Jefferson.

Éste, que no carecía de vanidad, no parecía dispuesto a corresponder a su cortesía. Se mantenía tieso como una vara con toda su altura, conservando todavía un mohín de disgusto en su semblante. Mientras persistía aquel breve silencio, y más que nada para llenarlo, Master añadió una última reflexión.

—Querría agregar, señor, que por más defectos que tenga Nueva York, si se tienen en cuenta su situación, su gran puerto y sus ventajas naturales, me cuesta pensar que se pueda encontrar una mejor capital.

Entonces los ojos del político se iluminaron con un brillo triunfal.

—Creo que no tardaréis en descubrir —replicó— que la cuestión de la capitalidad de América se decidirá pronto. Y no de la manera que deseáis —añadió con un tono tajante.

—¿Ah, sí? —Master frunció el ceño—. ¿Acaso tiene el Congreso tantas ganas de regresar a Filadelfia?

—Filadelfia es una bonita ciudad, y yo mismo preferiría estar allí antes que aquí, pero creo que vamos a construir una nueva capital, algo más al sur.

—¿Construir una nueva capital?

—Exacto.

—Eso le costará mucho dinero al Congreso —apuntó con aspereza Master—. Espero que puedan costearlo. ¿Y puedo preguntar dónde la van a instalar?

—Abajo, en la orilla del río Potomac.

—¿El Potomac? —preguntó, atónito, Master—. Pero si allá sólo hay pantanos.

—Francamente, prefiero un pantano que Nueva York —afirmó, optimista, Jefferson.

¿Sería posible que el virginiano dijera la verdad? ¿Que iban a abandonar Nueva York para sustituirla por un pantano? La idea parecía ridícula; no

obstante, cuando Master consultó a su hijo con la mirada, éste se limitó a asentir.

—Ésta es la última noticia que se tiene, padre —corroboró—. Acabo de enterarme hoy. Filadelfia será la capital provisional y después todo se trasladará a la nueva ciudad.

Master los miró alternativamente, con incredulidad.

—¿Es una broma? —exclamó.

—No, padre —repuso James.

Tras él, Jefferson esbozó una sonrisa y entonces, olvidándose de sus buenas intenciones, el pobre Master se dejó dominar por la rabia.

—Entonces que se vaya al diablo
vuestro pantano del Potomac —gritó a
Jefferson—. ¡Y vos ya podéis iros
también al diablo!

—Creo que es hora de que me vaya
—señaló Jefferson a James con calmada
dignidad.

Se volvió para marcharse, pero
Master no lo dejó salir sin decir la
última palabra.

—Podéis hacer lo que os plazca,
señor —vociferó—, pero os diré algo:
Nueva York es la auténtica capital de
América. Todo neoyorquino lo sabe, y
vive Dios que eso no va a cambiar
nunca.

Niágara

❧ 1825 ❧

La muchacha india observaba el camino. Varios hombres llegados con el barco se habían adentrado ya por el sendero que discurría por el bosque. Había visto cómo bajaban a la gran plataforma de hierba y roca, y se sobresaltaban por el repentino estruendo del agua.

Tenía nueve años; había acudido a la grandiosa cascada con su familia y

pronto proseguiría camino hacia Buffalo.

Frank caminaba junto a su padre. Era un luminoso día de octubre y el cielo desplegaba su inmensidad azul por encima de los árboles. Aunque ahora estaban solos, deducía, por las aplastadas hojas rojas y amarillas del camino, que por aquel mismo sitio habían pasado muchas personas.

—Ya casi hemos llegado —dijo su padre.

Weston Master se desabotonó la chaqueta de confección casera; se había

humedecido con la neblina, pero el sol empezaba a calentarla. Un amplio pañuelo le rodeaba el cuello. Aquel día se había puesto un cinturón de *wampum*; se trataba de una vieja prenda que no se ceñía a menudo para no gastarla. Caminaba apoyándose en un recio bastón, mientras fumaba un puro; olía bien.

Frank sabía que a su padre le gustaba estar rodeado de su familia.

—De mi madre no recuerdo nada —decía—. En cuanto a mi padre, estaba luchando en la guerra cuando yo era un niño. Y después de que me fuera a Harvard, no volví a verlo.

Durante las veladas en casa se sentaba en su sillón de mimbre junto al fuego, exigiendo la presencia de su esposa y de sus cinco hijos —las cuatro niñas y el pequeño Frank— para jugar con ellos o leerles cuentos. Weston leía libros divertidos, como el relato de *Rip van Winkle*, de Washington Irving, o la entretenida *Historia de Nueva York*, contada por un personaje holandés inventado por él mismo, al que bautizó como Diedrich Knickerbocker.

Todos los veranos, la familia pasaba dos semanas con la tía Abigail en el condado de Westchester, y otro par de semanas con sus primos del condado de

Dutchess. Cuantos más miembros de su familia tenía en torno suyo, más contento se veía a Weston Master.

—Me voy a llevar a Frank conmigo —anunció el mes anterior, a raíz de que el gobernador lo invitara a trasladarse al norte para la inauguración del gran canal.

No era la primera vez que Frank remontaba el río Hudson. Tres años atrás, poco después de cumplir los siete años, había estallado una grave epidemia de fiebre amarilla en Nueva York. En el puerto a menudo se declaraban fiebres.

—Los barcos la traen del sur —

explicaba su padre—, y siempre corremos ese riesgo. En Nueva York hace tanto calor como en Jamaica en verano, ya sabes.

No obstante, cuando empezaron a morir muchas personas, Weston se llevó a toda su familia por el río, a Albany, a esperar a que cediera la enfermedad.

Frank había disfrutado con aquel viaje; durante la ida, habían divisado por el oeste las montañas Catskill.

—Allí es donde se quedó dormido Rip van Winkle —les advirtió su padre.

A Frank le agradó Albany; aquella activa ciudad se había convertido en la capital del estado de Nueva York. Su

padre había asegurado que esto era bueno, puesto que Manhattan quedaba en el extremo del estado y de todas formas contaba con muchos negocios, pero Albany estaba situada en el centro y así crecía deprisa. Un día, Weston los llevó a todos al viejo fuerte de Ticonderoga y les relató cómo los americanos se lo habían arrebatado a los británicos. Aunque no le interesaba mucho la historia, Frank se divirtió observando las líneas geométricas de los antiguos muros de piedra y los emplazamientos de los cañones.

En aquella ocasión, después de remontar el Hudson hasta Albany, Frank

y su padre prosiguieron hacia el oeste. Primero habían ido en diligencia por el antiguo camino de peaje que franqueaba el borde septentrional de las Catskill hasta Syracuse, desde donde habían recorrido la punta de los largos y estrechos lagos Finger. Luego, después de pasar por Seneca y Geneva y atravesar Batavia, habían llegado por fin a Buffalo. El camino les había llevado muchos días.

Frank creía saber por qué lo había llevado allí su padre. Él era el único niño varón de la familia, por supuesto, pero ése no era el único motivo. Le gustaba saber cómo funcionaban las

cosas; en casa, le encantaba que su padre lo llevara a los barcos de vapor y le dejara inspeccionar los hornos y los pistones.

—Funcionan según el mismo principio que los grandes ingenios impulsados por vapor que tienen para alijar el algodón en Inglaterra —le había explicado Weston—. Las plantaciones que financiamos en el Sur producen sobre todo algodón en rama, que enviamos al otro lado del océano, donde separan la borra de la simiente con estas máquinas.

Frank iba a veces a los muelles a observar cómo empaquetaban los

cargamentos de hielo, de modo que no se deshелaran antes de llegar a las cocinas de las casas pudientes de la Martinica tropical. Cuando los obreros instalaron iluminación a gas en su casa aquella primavera, no se perdió ni el más mínimo centímetro del proceso de colocación de los tubos.

Por eso deducía que era natural que su padre lo hubiera elegido a él entre todos sus hijos para acompañarlo entonces, a fin de que presenciara la inauguración de aquel vasto proyecto de ingeniería emprendido en el norte.

Weston Master dio una chupada al cigarro. Un poco más allá del sendero, que casi parecía un túnel por el dosel de vegetación que lo cubría, un brillante arco de luz anunciaba el final de los árboles. Mientras observaba a su hijo, sonrió para sí: estaba contento de haberlo llevado con él. Era bueno que los hijos pasaran un tiempo a solas con su padre; además, deseaba compartir ciertas vivencias de aquel viaje con él.

Habían transcurrido más de treinta años desde el repentino fallecimiento de su padre en Inglaterra. El viejo señor

Albion, que había tenido bastantes dificultades para descubrir todos los detalles del asunto, explicó en una carta que lo habían atacado unos rufianes en la ciudad, probablemente con la intención de robarlo. James Master había presentado tanta resistencia, sin embargo, que uno de los bandidos le había descargado un terrible golpe con un palo, del que no se había recuperado. Aparte de la gran conmoción que le supuso este suceso, aquella noticia fraguó en Weston un prejuicio que debía perdurar el resto de su vida. Durante toda su infancia en Nueva York, por razones que nunca alcanzó a entender,

sintió que Inglaterra retenía a la madre de que carecía. Asimismo, la guerra contra este país fue lo que mantuvo alejado a su padre de él e indujo a que sus compañeros de escuela calificaran a éste de traidor. Aquellas heridas habían sanado sólo en parte cuando le llegó la noticia de que, a la manera de un antiguo dios al que no podía satisfacerse, Inglaterra había reclamado también la vida de su padre. Pese a que por entonces era un joven racional, estudiante de Harvard, era comprensible que en su alma hubiera cuajado una especie de aversión contra Inglaterra y todo lo inglés.

Con el tiempo, el abanico de su rechazo fue aumentando. Mientras estaba en Harvard, durante la Revolución francesa, había tenido la impresión de que, inspirado por el ejemplo de América, en aquel país podría darse el despertar de una nueva libertad europea. No obstante, cuando la Constitución liberal que esperaban obtener Lafayette y sus amigos dio paso primero a un baño de sangre y a la entronización del terror, y después al imperio de Napoleón, Weston llegó a la conclusión de que las libertades logradas en el Nuevo Mundo nunca serían posibles en el Viejo. Europa estaba demasiado atrapada en el

atolladero de los antiguos odios y rivalidades entre países. En su imaginación, el continente constituía un lugar peligroso con el que quería tener el menor contacto posible.

De todas maneras, en este tema gozaba de una excelente compañía. El mismo Washington, en su carta de despedida, ya había advertido a la nueva nación americana que evitara enzarzarse en conflictos con el extranjero, y Jefferson, abanderado de la Ilustración europea y antiguo residente de París, también había declarado que América debía limitarse a mantener una honrada amistad con todos los países, sin

complicarse estableciendo alianzas con unos o con otros. Madison tenía la misma opinión. Hasta John Quincy Adams, el gran diplomático, que había vivido en países como Rusia y Portugal, decía lo mismo. Europa era una fuente de problemas.

Doce años atrás se había constatado la sabiduría de tales advertencias. Los británicos mantuvieron un reñido pulso con el imperio napoleónico y, obligados por su tratado de amistad con Francia, Estados Unidos se vio atrapado entre ambas potencias enfrentadas. Weston había sentido primero irritación contra Inglaterra, que, incapaz de tolerar que

América mantuviera un comercio neutral con su enemigo, comenzó a hostigar a los barcos estadounidenses. A este sentimiento le sucedió otro de desesperación, al ver que las disputas degeneraban en un conflicto a gran escala. Después experimentó una franca ira, cuando América y Bretaña volvieron a entrar en guerra en 1812.

Conservaba amargos recuerdos de aquella guerra. El bloqueo infligido por los británicos al puerto de Nueva York había estado a punto de arruinar sus negocios. Las luchas libradas a lo largo de la costa este y Canadá habían costado decenas de millones de dólares. Los

malditos británicos habían incluso quemado la mansión del presidente, en Washington. Cuando aquel lamentable periodo tocó a su fin al cabo de tres años y Napoleón abandonó el escenario de la historia, el alivio de Weston iba acompañado por una férrea determinación.

América nunca debía volver a encontrarse en una posición como aquélla. Tenía que ser robusta, como una fortaleza, para resistir en solitario. Últimamente, el presidente Monroe había abundado aún más en aquella idea y había declarado que, para que Estados Unidos se hallara de verdad segura, la

totalidad del área occidental del Atlántico, incluidos Norteamérica, el Caribe y Sudamérica, debía quedar situada bajo su zona de influencia. El resto de los países podía pelear en Europa si quería, pero no en América. Pese a que se trataba de una pretensión osada, Weston se adhería a ella sin reparos.

¿Para qué necesitaban, además, los americanos el Viejo Mundo, situado al otro lado del océano, cuando disponían de un inmenso continente a las puertas de su casa? Impresionantes sistemas fluviales, ricos valles, interminables bosques, magníficas montañas, fértiles

llanuras... Un territorio con infinitas posibilidades se prolongaba hacia el oeste, más allá de poniente. La libertad y la riqueza de un continente, con sus miles de kilómetros de extensión, se hallaban allí, al alcance de su mano.

Era aquella gran verdad, aquel magnífico proyecto, lo que Weston deseaba inculcar a su hijo con aquel viaje hacia el oeste.

Para Nueva York, y para la familia Master en particular, el gran canal que se acababa de construir formaba parte integral de aquella ambiciosa disposición de futuro. Por ello, antes de abandonar la ciudad, procuró hacerle

comprender a su hijo su importancia y destacó, en un mapa de Norteamérica extendido en la mesa de la biblioteca, ciertos lugares clave.

—Mira, Frank, aquí están los Apalaches, que empiezan abajo, en Georgia, y se extienden hasta la punta oriental del país. En Carolina del Norte se convierten en las Smoky Mountains. Después continúan recto a través de Virginia, Pensilvania, Nueva Jersey y Nueva York, donde primero reciben el nombre de Catskill y después de Adirondack. Las primeras trece colonias se encontraban todas en el lado oriental de los Apalaches, pero el otro costado

representa el futuro, Frank. Allí está el gran Oeste americano —recalcó, abarcando con un ademán la parte del mapa que se prolongaba hasta el Pacífico.

Las zonas del mapa que ya pertenecían a Estados Unidos estaban pintadas en color, pero no así el territorio del Lejano Oeste, que quedaba más allá de las montañas Rocosas. Aunque tras la guerra de 1812, los españoles habían renunciado a Florida, su inmenso imperio mexicano todavía iba desde la costa del Pacífico hasta el estado de Oregón, el territorio libre que controlaban de forma conjunta América

y Gran Bretaña. La vasta franja de territorio situada al este de las Rocosas y que iba desde Canadá hasta Nueva Orleans sí constaba en color. Se trataba de la denominada Compra de Luisiana, que, con una extensión equiparable a los trece estados iniciales juntos, Jefferson había comprado a Napoleón a un precio de saldo.

—Napoleón era un gran general —explicó Weston a Frank—, pero como negociante era un desastre.

Aunque todavía faltaba organizar en diversos estados buena parte de la Compra de Luisiana, Weston preveía que aquello tendría lugar con el tiempo.

En aquella ocasión, sin embargo, fue al oeste más próximo, situado bajo los Grandes Lagos, adonde dirigió la atención de su hijo.

—Fíjate en estos nuevos estados, Frank —dijo—: Ohio, Indiana, Illinois... con el territorio de Michigan arriba y los estados de Kentucky y Tennessee abajo. Son ricos en toda clase de cultivos, sobre todo en cereales; será el futuro granero del mundo, pero Nueva York no se beneficia de ellos. Todo el grano, los cerdos y el resto de los productos del Oeste van a parar al Sur, adonde los transportan a través del río Ohio y después el Misisipí... —recorrió

con el dedo la línea de los vastos sistemas fluviales—... hasta que por fin llegan a Nueva Orleans, donde se pueden embarcar. Ésa es la razón, muchacho, por la que hemos construido el canal Erie —apostilló con una sonrisa.

La geografía había mostrado, desde luego, una cara amable a los emprendedores neoyorquinos. En el norte, cerca de Albany, en la orilla occidental del río Hudson, donde confluía con el río Mohawk, la enorme y amplia brecha formada entre las montañas Catskill y las Adirondack ofrecía un terreno viable para trazar un

canal. Desde el Hudson, éste se prolongaba por el oeste hasta el extremo de los Grandes Lagos, situados en la zona del Medio Oeste.

—Aquí, justo debajo del lago Ontario y encima del lago Erie, queda la localidad de Buffalo —informó Weston—. En este lugar afluyen toda clase de productos, y el canal termina justo debajo de Buffalo.

—¿Así que ahora podremos usar el canal para llevar mercancías hacia el este en lugar de al sur?

—Exacto. El traslado de cargas pesadas por tierra resulta caro y lento; las barcazas cargadas de cereales

pueden viajar, en cambio, desde Buffalo a Nueva York en sólo seis días. Y en lo que se refiere a la costa... el coste se disminuye de cien dólares por tonelada a tan sólo cinco, lo que supondrá una transformación radical. La riqueza del Oeste pasará directamente por Nueva York.

—Para Nueva Orleans no será tan bueno, supongo.

—No... Bueno, el problema es de ellos.

El día anterior, Weston y Frank habían pasado el día inspeccionando los sectores finales del canal. Con ello habían disfrutado de unas magníficas

horas, en compañía del ingeniero que les había enseñado las obras. Frank se había recreado en algo que era lo que más le gustaba y Weston había observado con orgullo lo impresionado que había quedado el ingeniero con las preguntas del chiquillo.

Aquel día, sin embargo, había algo más que quería compartir con su hijo.

Durante el viaje había planteado en un par de ocasiones el tema. Cuando iniciaron el ascenso por el Hudson, había dirigido la vista atrás, hacia la lejanía, donde, más allá de los majestuosos acantilados de las Empalizadas, el puerto de Nueva York

quedaba envuelto por una luminosa aureola dorada.

—Es una imagen espléndida ¿no, Frank? —había señalado.

Entonces no alcanzó a descifrar, con todo, qué pensaba el niño. Cuando llegaron a West Point, mientras contemplaban el esplendor del sinuoso valle del Hudson —una panorámica que siempre le emocionaba—, Weston había vuelto a reclamar la atención de su hijo sobre el paisaje.

—Es muy bonito, papá —había respondido éste, aunque su padre sospechó que sólo lo hacía porque pensaba que era lo que esperaba de él.

A medida que se alejaban hacia el oeste por los largos caminos y pasaban junto a lagos y montañas, entre espectaculares parajes y magníficos atardeceres, Weston los resaltaba para que el niño los apreciara.

Y es que además de la talla y riqueza material del continente, le interesaba hacerle ver a su hijo el carácter espiritual de éste: el vasto esplendor de la tierra, la magnificencia de su libertad, la gloria de la naturaleza y su manera de atestiguar lo sublime. El Viejo Mundo no tenía nada mejor que aquello... Tal vez poseía paisajes equiparables, pero no tan grandiosos. Allí, rodeada de la

belleza del valle del Hudson, la naturaleza se prolongaba hasta las llanuras, desiertos y altas cumbres del oeste, sin trabas, salida de la mano de Dios. Aquello era América, tal como la habían visto sus nativos durante incontables generaciones antes de que llegaran sus antepasados. Quería compartirla con su hijo y hacer arraigar el sentimiento de admiración en su corazón de niño.

Por eso lo había llevado allí aquel día. La impresionante panorámica que estaban a punto de contemplar tenía que conmoverlo, porque no existía otra más espectacular.

—El lago Ontario está por encima del lago Erie —le dijo en voz baja a Frank mientras llegaban al final del camino—. Por eso, cuando el agua fluye por el canal que los comunica, llega a un lugar donde se produce un salto de agua. Verás que es algo extraordinario.

Frank había disfrutado con los preparativos del viaje. En la ciudad, había escuchado con interés las explicaciones sobre la aplicación del canal que le había dado su padre con ayuda de un mapa. A Frank le gustaban los mapas. En la biblioteca, su padre tenía también un gran grabado enmarcado del plano de la ciudad de

Nueva York. En él se veía una larga y perfecta cuadrícula de calles. La ciudad había avanzado ya varios kilómetros con respecto a los límites que tenía en la época británica, pero ya existía el proyecto de prolongar su entramado hasta Harlem. A Frank le agradaba la simple y pura geometría de los planos y el hecho de que fuera algo volcado hacia el futuro y no al pasado.

También lo había pasado bien inspeccionando el canal el día anterior. La gente lo llamaba la Gran Zanja, en son de broma, aunque no había ningún motivo para mofarse, porque el canal era realmente asombroso; Frank conocía

todos los detalles. El canal hundía su poderoso surco hacia el oeste a lo largo de más de doscientos cincuenta kilómetros, hasta el valle del río Mohawk, y después proseguía por espacio de trescientos kilómetros hasta llegar a las inmediaciones de Buffalo. En el curso de su largo viaje, el canal debía superar un desnivel de ciento ochenta metros, lo que se conseguía por medio de cincuenta esclusas de tres metros y medio de caída. Los obreros irlandeses habían excavado la zanja y los albañiles traídos de Alemania habían construido los muros.

El día anterior le habían dejado

accionar las esclusas y ayudar a mover una de las pesadas compuertas, y el ingeniero le había especificado la cantidad de litros de agua que se desplazaban y a qué velocidad, y había calculado con un cronómetro el tiempo que se tardaba. Había disfrutado mucho haciendo esto.

En la inauguración oficial del día siguiente, el gobernador DeWitt Clinton iba a recibirlos a bordo de una barcaza con la que navegarían, franqueando las cincuenta esclusas, hasta Nueva York. Éste era el sobrino del antiguo gobernador patriota Clinton, que había ocupado el cargo durante la guerra de

Independencia. Iba a llevarse dos grandes cubos de agua del lago Erie, para verterla al final del recorrido en la bahía de Nueva York.

Frank y su padre se encontraban ya en la punta del camino. Cuando salieron de entre los árboles, el pequeño pestañeó, deslumbrado por la luz y atónito a un tiempo por el bramido de las aguas. La gente permanecía diseminada en grupos en el amplio saliente; algunas personas se habían subido a las rocas para disfrutar de una vista aún más impactante de las cataratas. Advirtió que un grupo de indios permanecían sentados unos veinte

metros más allá, a la derecha.

—Aquí las tienes —anunció su padre—: las cataratas del Niágara.

Contemplaron en silencio la cascada; Frank jamás había visto nada mayor que aquella extraordinaria curva formada por la gran cortina de agua. El vapor se elevaba y formaba algodonosas nubes desde el lecho del río.

—Sublime —alabó quedamente su padre—. Aquí se percibe la mano de lo divino, Frank, la voz de Dios.

El niño quiso decir algo, pero no sabía qué. Aguardó un momento y entonces creyó haber tenido una inspiración.

—¿Cuántos litros de agua circulan por ellas en un minuto?

Su padre tardó un poco en contestar.

—No lo sé, hijo —repuso por fin, con un asomo de decepción en la voz.

Frank agachó la cabeza; luego notó la mano de su padre apoyada en su hombro.

—Limítate a escucharla, Frank —le recomendó.

Y así lo hizo éste. Llevaba unos minutos escuchándola cuando reparó en la niña india; debía de tener su misma edad, y los observaba. Quizá lo miraba a él, pero no estaba seguro.

A Frank no le interesaban mucho las

niñas, pero aquella india tenía algo que le llamó la atención. Era bajita, pero bien proporcionada; seguramente era bonita. Y seguía con la vista fija en su dirección, como si algo la atrajera.

—Papá —dijo Frank—, esa niña india nos está mirando.

Su padre se encogió de hombros.

—Podríamos bajar al río, si te apetece —propuso—, y observar las cascadas desde abajo. Hay un camino; se tarda un poco, claro, pero aseguran que vale la pena.

—De acuerdo —aceptó Frank.

Luego advirtió que la niña se acercaba a ellos. Se movía con tanta

ligereza que parecía flotar por encima del suelo. Su padre, que también se dio cuenta de ello, se detuvo a observarla.

Frank sabía algo de los indios. Cuando se desencadenó la guerra de 1812, un gran caudillo llamado Tecumseh convenció a muchos de ellos para que lucharan en el bando británico. Allí, en territorio mohawk, fueron muchos los indios que se sumaron a su iniciativa, lo cual constituyó un gran error. Tecumseh había hallado la muerte y todos habían salido perdiendo. Por aquella zona aún había muchos mohawks, sin embargo; la niña debía de serlo.

Las otras personas que había en el saliente también la miraban y sonreían. Era tan preciosa y menuda que a nadie parecía importarle que se acercara a ellos de ese modo.

Frank, que había pensado que lo miraba a él, se dio cuenta entonces, no sin un punto de decepción, que en realidad centraba la vista en su padre. Se encaminó directamente a él y le señaló la cintura.

—Es mi cinturón de *wampum* lo que le interesa —dedujo su padre.

Al ver que parecía que la niña tenía ganas de tocarlo, Weston le indicó con un gesto que podía hacerlo. Entonces

posó los dedos en el *wampum* y, a continuación, caminó en torno al padre de Frank, que tuvo el detalle de quitarse la chaqueta para que pudiera observar el cinturón. Una vez concluida la inspección, se quedó parada delante de él, mirándolo a la cara.

Llevaba mocasines, pero Frank se percató de que tenía los pies bien aseados. También advirtió que, aunque tenía la piel morena, sus ojos eran azules; su padre también reparó en ello.

—Fíjate en sus ojos, Frank; eso significa que tiene una parte de sangre blanca. De vez en cuando se ven casos así. ¿Mohawk? —preguntó a la niña.

Ella negó con un ademán.

—Lenape —dijo en voz baja.

—¿Sabes quién son los lenapes, Frank? —preguntó su padre—. Así se llama a los indios que vivían antes en la zona de Manhattan. Hoy en día apenas se ve ninguno; los que quedaron se dispersaron, se integraron en tribus más numerosas o se marcharon al oeste. Aún quedan unos pocos en Ohio, creo, pero un grupo se mantuvo unido y se instaló en el otro extremo del lago Erie. Lo llaman el clan de la Tortuga; no son muchos, no crean complicaciones y en general no se mezclan con la gente.

—¿O sea que su pueblo estaba en

Manhattan cuando nuestra familia llegó allí?

—Probablemente. —Bajó la vista para mirarla—. Es muy bonita, ¿verdad?

Frank no respondió, pero entonces la niña se volvió para mirarlo a los ojos y él desvió, turbado, la mirada.

—Sí, es bonita, supongo —reconoció.

—Quieres mi cinturón de *wampum*, ¿eh? —dijo su padre a la niña, con un tono calmado y afable, como el que usaba para hablar con el perro en casa—. Pues no te lo voy a dar.

—¿Te entiende, papá? —preguntó Frank.

—No tengo ni idea —contestó. Luego algo le llamó la atención—. Hum —murmuró—. ¿Qué es esto?

Mediante signos su padre dio a entender a la pequeña que deseaba ver el objeto que llevaba colgado del cuello. Frank percibió que a ella no le apetecía, pero como su padre le había dejado observar su cinturón, no pudo negarse.

Su padre alargó la mano y evitó cualquier movimiento brusco.

Era una primorosa obra de artesanía: dos diminutos aros de madera pegados formaban un marco de doble cara, unidos además con una cruz trenzada. Un

bucle de una fina cuerda de cuero ensartada en el marco permitía que la niña se lo colgara del cuello. El objeto orlado por el marco despidió un suave reflejo cuando su padre lo cogió para examinarlo.

—Vaya por Dios —exclamó—. ¿Sabes lo que es, Frank?

—Parece un dólar nuevo.

—Lo es y no lo es. Llevamos ya cuarenta años acuñando dólares estadounidenses, pero esta moneda es más antigua. Es un dólar holandés, un dólar de león, como los llamaban.

—Nunca oí hablar de ellos.

—La gente todavía los usaba cuando

yo era niño, pero para entonces estaban tan viejos y gastados que los llamaban dólares del perro. Juraría que éste nunca ha circulado de mano en mano. Debe de tener ciento cincuenta años, o incluso más, pero se nota que está como nuevo. —Sacudió la cabeza con estupor y se lo tendió a Frank.

Éste observó la moneda, que tenía un espléndido león en la cara y un caballero en la cruz.

Su padre miraba, pensativo, a la niña.

—No sé si aceptaría vendérmelo —dijo.

Cuando le indicó por señas que

quería comprarlo, ella negó con la cabeza con una expresión de alarma.

—Hum —musitó su padre. Luego reflexionó un momento y señaló el cinturón de *wampum*—. ¿Cambio?

Frank vio que la niña dudaba, pero esto sólo duró un momento. Después volvió a negar con la cabeza y, con cara de disgusto, alargó la mano para reclamar la moneda.

Su padre no era, con todo, alguien que renunciara a algo así como así. Sonrió y volvió a reiterar la oferta, mientras mantenía la moneda fuera del alcance de su mano. De nuevo ella negó con la cabeza y tendió la mano.

Su padre dirigió la mirada hacia donde permanecían sentados los indios, que observaban la escena con una actitud impasible.

—Deben de ser su familia, supongo —dijo—. Quizás ellos le digan que me lo venda. —Enrolló la moneda con la cuerda de cuero e hizo un paquetito—. Me parece que iré a hablar con ellos —decidió.

La niña alargó, no obstante, la mano con apremio, angustiada.

—Devuélveselo, papá —dijo de repente Frank—. Déjala en paz.

Su padre se volvió hacia él con expresión de asombro.

—¿Qué te ocurre, hijo?

—Es suyo, papá. Se lo tienes que devolver.

—Pensaba que quizás a ti te gustaría tenerlo —señaló.

—No.

No muy complacido, su padre devolvió la moneda a la niña. Después de cogerla, ella regresó, mientras la apretaba entre los dedos, hacia su familia entre la hierba.

El padre de Frank tendió la mirada hacia el agua con irritación.

—Bueno, pues éstas son las cataratas del Niágara —constató.

Cuando ya habían echado a andar

por el camino, le transmitió una advertencia.

—No te dejes influir por las emociones cuando comercias, Frank.

—No lo haré, papá.

—Esa niña, por más que tuviera algo de sangre blanca de hace generaciones, sigue siendo de todos modos una salvaje.

Esa noche cenaron con el gobernador en un gran salón, y todas las personas que subieron a la barca al día siguiente brindaron por el nuevo canal y aseguraron que sería algo grandioso. Frank estaba entusiasmado con la perspectiva del viaje y de todas las

esclusas por las que iban a pasar.

Después de la comida, mientras los hombres permanecían sentados en la mesa bebiendo y fumando puros, Frank preguntó a su padre si podía salir un rato.

—Claro que sí, hijo... pero no te alejes. Después, cuando vuelvas, vete a la habitación y cierra con llave. Duerme bien para estar fresco mañana.

Buffalo era bastante pequeño. Aunque la gente se refería a la localidad como un pueblo, Frank consideró que ya poseía el tamaño de una ciudad pequeña y, además, estaba creciendo. En ese momento, sin peatones, se hallaba

envuelta en silencio y, aunque el cielo estaba sereno, no hacía frío.

Después de cruzar el canal, llegó a una franja despejada contigua al río, junto a la que había un bosquecillo de pinos y unas cuantas rocas. Sentado en una de éstas, se puso a contemplar el agua. Primero sintió la leve caricia de la brisa y luego dedujo que estaba cobrando fuerza, porque la oía ya en las copas de los árboles.

Mientras permanecía allí, le vino el recuerdo de la imagen de la niña y estuvo pensando en ella un rato. Satisfecho de su actuación, se preguntó dónde estaría entonces y si acaso

pensaría también en él; le habría gustado que así fuera. Aunque aumentó el frío, siguió allí un poco más, pensando en ella y escuchando la voz del viento, que suspiraba entre los árboles. Después regresó.

Más allá de Five Points

❧ 1849 ❧

Mary O'Donnell salió temprano de la tienda. Caminaba con paso rápido y, en lugar de seguir su recorrido habitual, que pasaba frente a la taberna Fraunces, entró encogida en Whitehall, mirando por encima del hombro para cerciorarse de que el diablo no estaba allí. No había señales de él, gracias a

Dios. Ella le había dicho que tardaría una hora en marcharse; si acudía a buscarla, se encontraría con que ya se había ido hacía rato. No le gustaría nada, ni lo más mínimo.

De todos modos, le daba igual, siempre y cuando él no supiera dónde estaba.

Aquella zona había cambiado mucho en los últimos años. Dos grandes incendios —el primero ocurrido en 1835, cuando ella era muy niña, y el segundo, dos años atrás— habían destruido muchas de las espléndidas manzanas de casas situadas por debajo de Wall Street. De las magníficas

viviendas antiguas, de estilo holandés y georgiano, ya no quedaba nada. El extremo meridional de Manhattan era ahora un sector más comercial que residencial. La tienda donde ella había trabajado no estaba mal, pero quería abrir un paréntesis, escapar del lugar donde se encontraba e iniciar una nueva vida, lejos del diablo y de sus fechorías. Y ahora, gracias a su ángel guardián, quizá tuviera una posibilidad de lograrlo.

En su recorrido normal, Mary subía junto al East River y pasaba por los muelles y los almacenes de South Street hasta llegar a Funton. Después seguía en

dirección oeste una manzana; luego se desviaba hacia el norte, por la Bowery. Apresurándose para dejar atrás Five Points, cruzaba Canal a la altura de la taberna Bull's Head, con su foso, destinado a ofrecer luchas de perros contra osos. Desde allí quedaban sólo cuatro manzanas hasta Delancey Street, donde vivía con su padre.

Aquel día, sin embargo, mientras se alejaba con rapidez por Whitehall, se desvió con un suspiro de alivio hacia la larga y amplia vía de Broadway. La acera estaba repleta de gente, pero no se veía al diablo.

Pronto llegó a la iglesia Trinity, que

habían reconstruido unos años atrás en estilo neogótico. Sus puntiagudos arcos y su robusto campanario aportaban una nota de solemnidad anticuada al entorno, como si quisiera recordar a los transeúntes que los ricos protestantes de Wall Street que la frecuentaban preservaban una fe tan valiosa como cualquier forma de piedad practicada en la Edad Media. Frente a ella, no obstante, Wall Street mostraba una cara más pagana que nunca. Hasta la Federal House, la Casa Federal, donde Washington había prestado juramento como presidente, se había sustituido por un templo griego, cuyas recias columnas

albergaban el edificio de la aduana.

Tendió la vista al frente. En la época de Washington, las casas de Broadway cedían su lugar a los campos y granjas alrededor de un kilómetro más allá de Wall Street. Para entonces Manhattan estaba ya completamente urbanizado, de un río a otro, y cada año, la gran cuadrícula de manzanas se ampliaba, como si una gigantesca y poderosa mano fuera plantando hileras de casas todas las primaveras. Delante de ella, la ajetreada avenida de Broadway se prolongaba en línea recta durante tres kilómetros más hasta doblar en sentido noroeste y, a partir de allí, proseguía

para formar una gran diagonal, que retrazaba la línea de la antigua carretera de Bloomingdale. Su punto de destino se encontraba a casi un kilómetro de distancia del cambio de dirección de la calle.

Llegó al antiguo terreno comunal. La gran explanada triangular aún se conservaba, pero hacía un tiempo que allí se había construido un nuevo ayuntamiento, el City Hall. Revestido de mármol como un ostentoso palacete francés o italiano, se erguía muy ufano encarado hacia el sur. Si uno lo observaba, en cambio, desde la parte de atrás, advertía algo curioso: la fachada

norte no estaba hecha de mármol, sino de simple piedra arenisca. En el momento en que se levantó, buena parte de la ciudad, y en especial los barrios de categoría, se encontraban en el sur. Por consiguiente, no había necesidad de gastar dinero en la cara norte, que sólo iban a ver los pobres. Detrás de la pretenciosa fachada, en la parte central de la ciudad, abundaba en efecto la población pobre.

En Five Points, concretamente.

En otro tiempo, allí hubo un estanque y el poblado de esclavos libertos, bordeado de terrenos pantanosos. El estanque y el pantano aún existían en la

época de Washington, cuando la ciudad comenzó a ampliarse en torno a ellos por el norte. Después, las autoridades habían desecado la zona y dispuesto un canal para evacuar el agua, y a continuación habían construido encima calles con casas de ladrillo.

Five Points: ahora sí era un lodazal, un lodazal moral, un infecto laberinto de calles y callejas, bloques de apartamentos y burdeles. En el medio, el antiguo cascarón de una fábrica de cerveza abría sus puertas, como una catedral, para acoger cuanto era profano. Si uno quería ver peleas de gallos, exterminación de ratas a cargo de

perros, vivir la experiencia de que le robaran la cartera, encontrar una prostituta o contraer la sífilis, no tenía más que ir a Five Points, donde siempre había quien lo complacería en ese sentido. Si quería ver luchar las bandas de los chicos protestantes contra las de católicos, a menudo también se le ofrecía esta oportunidad. Los viajeros aseguraban que aquél era el arrabal más sórdido del mundo.

¿Y quién vivía allí? Muy sencillo: los emigrantes. Había muchísimos. George Washington había conocido una ciudad de treinta o cuarenta mil almas. En la época de la construcción del canal

Erie, podría haberse añadido otras cien mil personas, lo que constituía un número de habitantes muy superior al de cualquier ciudad de América, incluida Filadelfia. Durante la infancia de Mary, el incremento se había acelerado aún más. Por lo que había oído decir, por entonces la población superaba ya el medio millón de personas.

Había gente de todas las condiciones. Muchos huían del Viejo Mundo para probar suerte en el Nuevo; su propia familia había llegado de Irlanda veinte años atrás. Otros acudían desde las zonas agrícolas del norte del estado, de Connecticut, Nueva Jersey o

regiones más alejadas en busca de nuevas oportunidades. Los dos años anteriores, una nueva clase de marea humana había barrido las costas de América, mucho más nutrida que las anteriores, impulsada por la tragedia de la Hambruna de Irlanda.

Llegaban a montones, y aunque no eran los irlandeses más pobres —puesto que ellos al menos, con o sin ayuda de sus familiares, habían podido pagarse el pasaje—, una vez allí, se encontraban escasos de medios. Para los recién llegados, cuando todo lo demás fallaba y no había ningún otro sitio adonde ir, siempre quedaba el recurso de instalarse

en las mugrientas casas de vecinos de Five Points. Sólo Dios sabía cuántos irlandeses pobres vivían hacinados allí.

La zona albergaba un edificio noble: un enorme rectángulo, del tamaño de un castillo, con altos ventanales y recias columnas de piedra decoradas con espléndidas esculturas de estilo egipcio. Aquella ostentación se veía tan fuera de lugar que cualquiera habría podido pensar que los faraones de la antigüedad habían abandonado sus pirámides para irse a vivir a Nueva York. No era muy seguro, desde luego, que a sus ocupantes les agradara aquella arquitectura, pues aquello era la cárcel local,

habitualmente denominada «La tumba», una mole que servía para recordar que también el Nuevo Mundo podía ser duro como una piedra.

Mientras dirigía su mirada hacia Five Points, Mary abrigaba otra clase de certeza, sin embargo: todos los presos, todas las prostitutas, todos los taberneros, todos los emigrantes pobres recién llegados de Irlanda... todos y cada uno de ellos conocían al diablo, y él a ellos. Al pensar que incluso era muy probable que se encontrara allí en ese momento, apretó el paso hasta dejar atrás el barrio.

Sólo entonces se permitió una pausa,

bastante breve, en Reade Street, para mirar los bonitos escaparates de la mercería A. T. Stewart. ¿Quién podía resistirse a la tentación de dedicar una ojeada a los percales y las sedas, a los preciosos guantes y chales allí expuestos? En una ocasión, incluso se atrevió a entrar y examinar algunas de las prendas de ropa interior femenina que se guardaban en los cajones de detrás del mostrador. Tenían unas cintas y encajes tan bonitos... Claro que ella no podía permitirse comprarlos, pero le encantaba aunque sólo fuera mirarlos.

Cuando ya se daba la vuelta para proseguir camino, sintió una mano que

se apoyaba en su hombro.

—¡Jesús, María y José! —exclamó.

—¿Ibas a alguna parte? —preguntó el diablo.

—Ocúpate de tus asuntos.

—Habías dicho que trabajarías hasta tarde.

—El jefe ha cambiado de idea.

—No me mientas, Mary; siempre noto cuando lo haces. Te vengo siguiendo desde la taberna Fraunces — le informó su hermano Sean.

—Está claro que eres el diablo — replicó ella.

No recordaba cuándo había empezado a llamar a Sean de esa

manera, pero, en todo caso, hacía mucho de eso. El diablo: el apodo le iba como anillo al dedo. Tampoco estaba muy segura de qué se traía entre manos entonces, y a menudo más le valía no saberlo. Tenía sólo dieciséis años cuando cometió su primer asesinato... o cuando menos eso se rumoreaba, porque cuando había algún homicidio en Five Points, los cadáveres solían desaparecer. Lo cierto era que su fama le había sido útil en su carrera.

Tampoco podía negar que se comportaba como un buen hermano con ella. Lo malo era que siempre quería controlarla, y esto no podía soportarlo.

—¿Adónde ibas, pues? Tanto da que me lo digas, porque lo voy a descubrir de todas maneras.

—Por mí ya te puedes ir al infierno.

—Me parece que llegas tarde para mandarme allí —contestó alegremente.

—Estoy buscando una colocación.

—Ya te dije que hay un puesto libre en Lord & Taylor —le recordó—. Es una buena tienda; les va bien el negocio.

Lord & Taylor tenía un inconveniente: estaba demasiado cerca de Five Points. No quería ir allí y, de todas formas, aspiraba a algo completamente diferente.

—Voy a ponerme a servir —anunció

— En una casa decente.

—¿Lo sabe papá?

—No, no se lo he dicho.

—No me extraña.

Su padre, John O'Donnell, había sido un buen hombre hasta 1842. Ése fue el año en que se acabó su trabajo en el gran acueducto. También fue el año en que falleció su esposa. Después había cambiado; al principio no se notó mucho. Se había esforzado en mantener unida a la familia, pero luego empezó a beber un poco y de vez en cuando se enzarzaba en alguna riña. Lo echaron de su siguiente empleo y del que consiguió después. A los diez años, pese a que era

la menor de los hermanos, Mary tenía que llevar la casa por él porque sus dos hermanas mayores se habían marchado. Su hermano Sean la había ayudado entonces, y aún lo hacía ahora. Tenía que reconocer que el diablo no sólo tenía puntos malos.

Los últimos meses, desde la muerte de *Brian Boru*, habían sido sin embargo un calvario. *Brian Boru* era el perro de su padre, un bull terrier del que estaba más orgulloso que nada en el mundo. Todo el dinero que reunía lo gastaba en él.

—Es mi inversión —afirmaba, como si poseyera un banco.

Brian Boru era un perro de pelea, y había muy pocos canes a los que no fuera capaz de despedazar en un combate.

John O'Donnell solía apostar por él, y denominaba inversiones a aquellas apuestas. Por lo que Mary sabía, aparte del dinero que ella llevaba a casa y de lo que Sean le daba, las ganancias proporcionadas por *Brian Boru* habían constituido la única fuente de ingresos de su padre durante años. En su condición de propietario, incluso cuando se entregaba a la bebida, el señor O'Donnell había mantenido una cierta dignidad. Pero ahora que el perro

había muerto, su padre no tenía ninguna razón por la que vivir. Su afición a la bebida se había acusado aún más; si le daba su sueldo, lo dilapidaba en un día. Y el dinero no era el único apremio; aunque no era un palacio, la vivienda que ocupaban en Delancey Bowery quedaba al menos un kilómetro por encima de la Bowery desde Five Points. Si las cosas seguían así, no obstante, estaba convencida de que el propietario iba a echar a su padre, y hasta Sean tendría dificultades para impedirlo.

—Tengo que salir de aquí, Sean — exclamó.

—Lo sé —concedió el diablo—. Yo

me ocuparé de padre.

—No lo mates. Prométeme, Sean, que no lo matarás.

—¿Acaso iba a hacer yo algo así?

—Sí, eres muy capaz.

—Tienes un concepto terrible de mí —dijo Sean, sonriendo—. Y ahora, ¿a que no adivinas dónde estaba antes de venir a verte?

—Con alguna mujer, seguro.

Así lo veía a menudo, con una mujer del brazo, o con dos a veces, paseando por la Bowery engalanado con su elegante chaqueta. Era un *dandy* de clase baja, con una sonrisa en la cara... y una navaja en el bolsillo.

—No, Mary. Estaba en una fiesta de *bar mitzvah*.

—¿Un *bar mitzvah*? Pero ¿para qué diantres? ¿Es que has dejado de ser cristiano?

—Nosotros no sólo cuidamos de los irlandeses, Mary. El que esté bajo mi protección, sea cristiano, judío o pagano, es amigo mío. Yo ayudé a esa familia a conseguir la naturalización cuando llegaron.

—Pues yo no me sentiría cómoda en un casa judía.

—Los judíos son como los irlandeses, Mary; si les haces un favor, nunca lo olvidarán, y también se pelean

entre ellos —apuntó, sonriendo. Calló un instante—. ¿Y adónde vas a ir?

—A la parte alta de la ciudad.

—Te acompañaré.

Era lo último que le convenía. Arriba, las calles volvían a ser de categoría; allí en el norte vivía gente rica. En la casa adonde se dirigía querían una chica tranquila y respetable. ¿Qué pensarían si la veían con Sean, el chico de la Bowery con su llamativa chaqueta, el diablo de Five Points? Prefería que no supieran que tenía un hermano, porque si se enteraban, le preguntarían a qué se dedicaba y no sabría qué decir.

¿A qué se dedicaba Sean? ¿A organizar el distrito electoral? Sí. ¿A ayudar a los pobres? Sin duda. ¿A trucar los votos de las urnas? Desde luego. ¿A hacer recados a su amigo Fernando Wood? ¿Por qué no? ¿A hacer cumplir la voluntad de éste, a punta de navaja? Era mejor no preguntar.

Sean estaba dispuesto a hacer lo que fuera para complacer a los tipos de Tammany Hall.

Tammany era una especie de nombre indio. Los miembros de la sociedad Tammany se autodenominaban los Valientes, y sus dirigentes tenían el título de *sachem*, igual que los jefes de las

tribus indias. También la sociedad estaba organizada de forma algo parecida a la de una tribu, compuesta por diversos grupos y bandas que se asociaban para prestarse ayuda mutua. Tenían un lugar de reunión, al que llamaban Tammany Hall, situado al otro lado del terreno comunal, y, desde luego, eran eficaces. Los emigrantes recién llegados iban al Tammany Hall. Allí les ayudaban a encontrar un sitio donde vivir, a veces incluso con qué pagarlo, les buscaban un trabajo... sobre todo a los irlandeses. Uno conseguía, por ejemplo, un puesto de bombero, mientras su esposa y su hija

trabajaban en casa, cosiendo ropa de la marca Brooks Brothers. Después, la asociación de Tammany Hall le decía a quién debía votar y con eso se aseguraban que saldrían elegidos.

Si los de Tammany hacían favores, también los esperaban a cambio. Más valía tener el sano juicio de no contrariarlos; en caso de duda, disponían de individuos como Sean para hacer entrar en razón a los indecisos. A la gente respetable no le gustaba la sociedad de Tammany.

—No te molestes —declinó.

—Te pagaré el tren —ofreció su hermano.

Aquello podía resultar más tentador. Los coches del ferrocarril de Nueva York y Harlem eran tan cómodos que hasta los ricos negociantes de Wall Street viajaban en ellos. Salían desde las inmediaciones de City Hall y, tras superar deslizándose con suavidad la zona de Five Points, subían por la Bowery y enfilaban la Cuarta Avenida. Hasta el final de los barrios residenciales, donde se exigía silencio, iban remolcados por tiros de potentes caballos. Una vez superada el área de lujo, los vagones proseguían propulsados con motores a vapor el largo recorrido hasta Harlem.

—No puedo —adujo—. He prometido encontrarme con Gretchen a medio camino.

—Vaya por Dios —exclamó—. Debí imaginármelo. La chocolatera, doña perfecta.

«A ella tampoco le caes bien», sintió deseos de replicar Mary, pero se contuvo.

—Así que Gretchen te ha encontrado esa colocación.

—Es una familia que conoce, aunque puede que no me admitan.

—Como quieras —renunció, encogiéndose de hombros.

Prosiguieron juntos hasta más allá

del hospital y la casa de los masones. En Canal Street, Broadway se elevaba un poco, en el punto en que atravesaba una antigua franja de terreno pantanoso. Al cabo de unos minutos llegaron a Houston Street; allí, la disposición más irregular de la cuña de la parte meridional de la isla daba paso a la cuadrícula rectangular de la nueva ciudad. Las calles dispuestas perpendicularmente empezaban a tener números en lugar de nombres. A la altura de la iglesia Grace, en la curva de Broadway, Mary quiso despedirse.

—Gretchen me espera justo allá — dijo.

Entonces su hermano contestó de mal humor que podía ir sola.

—Averiguaré todo lo de esa casa, ¿eh? —le recordó, a pesar de todo, antes de alejarse.

«Mientras no vayas por allí, no importa», pensó ella.

En la esquina de Union Square se encontraba, efectivamente, Gretchen.

—¿Cómo me ves, Gretchen? —gritó Mary al acercarse, antes de dar una vuelta sobre sí misma para someterse a una inspección.

—Estás perfecta —le aseguró su

amiga.

—No, comparada contigo no —dijo, con un suspiro, Mary.

La menuda, pulcra y ordenada Gretchen siempre lucía una cara limpia, unos immaculados ojos azules y un pelo dorado bien recogido con horquillas. No tenía ni un cabello fuera de sitio ni una mota de polvo en la chaqueta; era tan perfecta como una muñeca de porcelana. Aun así, Gretchen Keller nunca dejaba en la estacada a los amigos.

Los Keller eran alemanes y habían llegado a Nueva York dos años antes de que muriera la madre de Mary. El señor Keller y su esposa tenían una tienda de

chocolate en la confluencia de la Bowery con la calle Sexta. El hermano del señor Keller, el tío Willy, regentaba un estanco unos metros más allá y el primo de Gretchen, Hans, trabajaba para un fabricante de pianos en el mismo barrio.

Pese a que la gran mayoría de los alemanes que habían llegado a Estados Unidos eran agricultores, algunos se quedaban en Nueva York. Y a menos que pudieran costearse algo mejor, se instalaban en la zona que iba de la Bowery hasta el East River y de la calle Delancey, en el sur, donde vivían los O'Donnell, hasta la Cuarta. Allí se había

creado un vecindario mixto de alemanes e irlandeses, pero ambas comunidades convivían sin problemas y respetaban el terreno de la otra. Los varones irlandeses de aquel barrio trabajaban sobre todo como obreros y albañiles, y las mujeres lo hacían en el servicio doméstico. Los alemanes eran sastres, artesanos y tenderos. Durante la década anterior habían llegado en tal cantidad que, a pesar de la presencia de los irlandeses, la gente comenzaba a llamar «Kleindeutschland» al barrio.

No era extraño que la rubia alemana y la irlandesa de cabello oscuro se hubieran conocido y trabado amistad.

Aunque no les gustaba John O'Donnell, los Keller trataban con amabilidad a Mary y el tío Willy le daba de vez en cuando un puro a su padre por caridad. El futuro se perfilaba ya con gran claridad, sin embargo. Al sur de la calle Delancey, a medida que uno se aproximaba a Five Points, la zona se volvía más pobre. Al norte de Delancey, las calles iban adoptando un aspecto cada vez más respetable. Los Keller pronto se trasladarían al norte, mientras John O'Donnell afrontaba la perspectiva de mudarse más al sur.

—Estoy asustada —confesó Mary mientras recorrían la calle Catorce antes

de torcer hacia Irving Place—. ¿Qué van a pensar de mí?

—La señora nos compra bombones desde hace años —le recordó Gretchen—. Es muy amable. Y tampoco es como si nos presentáramos sin más a su puerta... Fue ella la que le preguntó a mi madre si conocía a una chica interesada en una colocación.

—Eso es porque quiere a alguien respetable como tú.

—Tú eres muy respetable, Mary.

—¿Y si vieran a Sean?

—No lo harán.

—¿Y si me preguntan a qué se dedica mi padre? El último trabajo fijo

que tuvo fue colocando ladrillos en el acueducto, y eso fue hace años. En cuanto a lo que hace ahora...

—Diremos que tu padre es albañil; suena mejor. Aparte de eso, Mary, sé natural y di la verdad. No tienes nada de qué preocuparte.

—Menos mal que vienes conmigo — se congratuló Mary, mientras entraban en la plaza situada al final de Irving Place.

Gramercy Park era un lugar elegante. Sus hileras de grandes casas de ladrillo rojo, tan espaciosas en su interior como muchas de las mansiones del barrio

antiguo, estaban distribuidas a lo largo de un amplio rectángulo en torno a un agradable jardín central. Podría haber pasado por uno de los apacibles barrios aristocráticos de Londres. Algunas de las casas que se construían últimamente en Nueva York pecaban de exceso de opulencia, pero las de Gramercy Park mantenían una austeridad y dignidad clásicas, acordes con el estilo de sus ocupantes: jueces, senadores o comerciantes con bibliotecas. Era como si dijeran: «Somos mansiones nuevas para fortunas asentadas». Si hasta el suelo donde se alzaban lo habían comprado a uno de los descendientes de

Peter Stuyvesant...

Frank Master poseía una modesta biblioteca, pero cuando llegaba a casa desde su oficina, se iba al comedor para poder desplegar los mapas, que ocupaban toda la longitud de la mesa. Se trataba de una habitación espaciosa; la mesa, presidida por un gran candelabro, podía acoger a más de veinte comensales. Sobre la chimenea había un cuadro, de la Escuela del río Hudson, donde estaban representadas las cataratas del Niágara.

Cuando empezó a desenrollar los mapas, se volvió un momento hacia su esposa.

—Esa chica irlandesa —dijo—, quiero verla antes de que la contrates.

—Desde luego, cariño —repuso su mujer—. Si así lo deseas.

Aunque la voz sonó suave, él no dejó de notar el leve indicio de irritación. Era una señal de peligro, pues aquél era un asunto doméstico. Él se estaba entrometiendo en su territorio.

Frank Master amaba a su esposa; llevaban seis años casados y tenían dos hijos. Aunque a ella le había quedado un talle algo más grueso que antes de la boda, él consideraba que le sentaba muy bien; además, era bondadosa. Hetty Master practicaba una religión simple,

cálida y práctica: procuraba ayudar a la gente siempre que podía. Él sospechaba que, en sus adentros, ella sentía que el Señor dirigía sus actos de caridad, pero, en lugar de decirlo, ella se limitaba a señalar que vivía lo que debía hacer como algo previsto por el destino. También había advertido que, de vez en cuando, ella era capaz de imprimir un empujón al destino.

En lo que respectaba a la organización de la casa, no obstante, Hetty no era tan maleable. El padre de Frank, Weston, había fallecido unos meses antes de su boda, de modo que habían iniciado su vida de matrimonio

junto con su madre, en la gran casa familiar. La experiencia había durado cuatro meses; después, Hetty le había dicho con todo afecto que ella y su madre no podían dirigir a la vez la casa y que por ello lo mejor era que se mudaran a otra parte. Daba la casualidad de que ese mismo día le había llegado la noticia de una casa que estaba disponible.

—Me parece que es cosa del destino —declaró con firmeza.

Y así quedó decidida la cuestión: se trasladaron a Gramercy Park.

Aunque estaba decidido a entrevistar a aquella muchacha irlandesa, Frank

optó por no insistir. Como había aprendido que lo mejor era dejar que el tiempo obrara, cambió de tema.

—Mira estos mapas, Hetty, y dime qué te parece. —La razón por la que necesitaba toda la mesa era que los mapas cubrían un territorio que abarcaba todo el curso del Hudson, desde Nueva York hasta Albany—. El ferrocarril del río Hudson —declaró con satisfacción—. Los sectores del norte están ya completos y, dentro de poco, llegará hasta aquí.

Hetty observó los mapas y sonrió.

—Así aprenderán esos condenados yanquis —comentó.

Aunque George Washington había clasificado a John Master como yanqui, se había establecido una distinción durante la generación posterior. Se podía hablar de yanquis de Connecticut y Boston era desde luego territorio yanqui, pero a los neoyorquinos les gustaba considerarse distintos. Habían adoptado el nombre del ficticio autor de la encantadora y burlesca historia de la ciudad escrita por Washington Irving, por lo que habían comenzado a autodenominarse *knickerbockers*. Entre los comerciantes de Nueva York había, por supuesto, muchos yanquis de Connecticut y también de Boston, pero

ello no obstaba para que se realizara una cordial distinción. Y en cuanto había algún tipo de rivalidad entre Nueva York y Boston, entonces a los bostonianos se les tildaba sin empacho de condenados yanquis.

No eran muchas las ocasiones en que los yanquis de Boston ganaban por la mano a Nueva York. Los negociantes *knickerbockers* habían conseguido atraer la mayoría del comercio de algodón del Sur a su puerto; la mayor parte de los veloces veleros que facilitaban el comercio con China zarpaban de Nueva York, y muchos de ellos se construían en el East River. Por

ello, la arrogancia de los *knickerbockers* había sufrido un golpe cuando, al advertir la cuantía de las mercancías que llegaban del Medio Oeste a través del canal Erie, los bostonianos habían construido una vía férrea hasta Albany, destinada a transportarlas rápidamente hasta Boston en lugar de enviarlas por el Hudson hasta Nueva York.

Aquel descuido iba a quedar subsanado muy pronto. Una vez concluido, el ferrocarril de la línea Hudson volvería a trasladar esas mercancías hacia Nueva York. Ése no era, sin embargo, el único motivo que

había inducido a Frank Master a observar el mapa aquel día.

—¿Y qué plan tienes, Frank? —preguntó su esposa.

—Hacerme tan rico como John Jacob Astor —respondió, sonriendo.

Quizás aquélla fuera una aspiración algo ambiciosa... aunque no imposible. Al fin y al cabo, los Master ya eran ricos, mientras que todo el mundo que conocía la historia de Astor sabía que había comenzado siendo un pobre emigrante alemán. Nacido en la pequeña ciudad de Waldorf, Astor había dejado el taller de instrumentos de música que su hermano tenía en Londres para ir a

buscar fortuna en el Nuevo Mundo, y había acabado dedicándose al comercio de pieles. Poco después, había comenzado también a comerciar con China.

El mercado más lucrativo de este país radicaba, desde luego, en las drogas. Con el apoyo de su gobierno, los comerciantes británicos introducían de forma ilegal ingentes cantidades de opio en China. No mucho antes, cuando el emperador chino había protestado por los estragos que ello causaba en su pueblo, el Gobierno británico, que tan virtuoso fingía ser, había enviado barcos de guerra para atacarlo, después había

obligado a los chinos a comprarles la droga y, por último, se había apoderado de Hong Kong.

Astor no traficaba con drogas, sin embargo; él vendía pieles a los chinos y había multiplicado los beneficios mediante la importación de sedas y especias a cambio. Con dichas ganancias, había efectuado la inversión más sencilla del mundo: había comprado suelo en Manhattan. Por lo general, no le daba ningún uso... sólo lo compraba, lo arrendaba o lo vendía. Con el rápido crecimiento de la ciudad, su precio se había disparado. Manteniendo tranquilamente aquella actividad, se

había convertido en un amado prócer de la ciudad, mecenas de Audubon y de Edgar Allan Poe, y hasta había fundado la biblioteca Astor. El año anterior había fallecido con una fortuna de veinte millones de dólares, que lo convertía en el hombre más rico de Estados Unidos.

—¿Crees que el negocio del ferrocarril podría reportar tanto? — planteó Hetty.

—Sí —confirmó Frank—. Cuando era un niño, mi padre me llevó a la inauguración del canal Erie. Sólo ese canal había transformado el modo de transporte de los cereales y propiciado una tremenda expansión de poblaciones

como Albany. Con el tiempo, los nuevos ferrocarriles superarán con creces los logros de los canales... Transformarán todo el continente. A diferencia de los canales, son fáciles de construir, y la velocidad con la que permiten viajar a las mercancías y personas no hará más que incrementarse. Los precios del terreno van a subir a lo largo de toda la vía férrea; lo importante es saber cuáles son los sitios afectados. En los mismos ferrocarriles también habrá oportunidades de inversión.

—Miremos los mapas, pues —
propuso su mujer.

Siempre había sido una compañera

entusiasta, desde el principio. Siempre lo apoyaba, en lo que fuese, y compartía sus intereses y aficiones. En una ocasión, la persona que le preguntó cómo había adquirido la certeza de que quería casarse con Hetty, recibió una respuesta sorprendente.

—Fue a raíz del acueducto del Croton —explicó él con toda sinceridad.

Nueva York había tenido durante décadas un suministro insuficiente de agua, un problema que al final se había subsanado de manera espléndida con la construcción de una gran presa en el río Croton, afluente del Hudson. Desde allí, el agua se transportaba hacia el sur por

un canal cubierto hasta que llegaba, franqueando por medio de un puente el río Harlem, al extremo norte de Manhattan. Circulaba por otros dos elevados acueductos y acababa vertiéndose en los conductos de un depósito con una capacidad de ciento cincuenta mil metros cúbicos, que ocupaba el espacio comprendido entre las calles Ochenta y Seis y Setenta y Nueve en el plano de la ciudad. Otros ocho kilómetros de tuberías llevaban agua hasta Murray Hill, donde se hallaba la reserva central, un espléndido edificio semejante a una fortaleza, situado justo debajo de la calle Cuarenta

y Dos, con una capacidad de setenta y cinco millones de litros.

Todo el proyecto era una obra maestra de la ingeniería. Justo cuando estuvo concluida, en 1842, por la época en que todavía eran novios, Hetty no demostró la menor sorpresa por que Frank quisiera inspeccionarlo sin perderse ni un metro.

—Yo también iré —anunció, suscitando el estupor general.

Y lo acompañó, en efecto. En el carruaje de la familia subieron por Manhattan y atravesaron el condado de Westchester hasta llegar a la presa del Croton, donde un ingeniero se mostró

encantado de enseñarles las compuertas y el inicio de las conducciones. En el recorrido inverso, habían examinado los puestos de control del río Harlem y cruzado el puente a pie. Habían inspeccionado los acueductos, los depósitos y las tuberías. La expedición duró en total cuatro días y exigió muchas horas de marcha.

Al final, cuando se encontraban delante de aquel depósito con aires de fortaleza de la calle Cuarenta y Dos, Frank Master se había vuelto hacia aquella extraordinaria joven e, hincando una rodilla en el suelo, le había pedido que se casara con él. Hetty, por su parte,

consideró que había valido la pena caminar hasta allí.

En ese momento, con los mapas extendidos sobre la mesa, Frank Master y su esposa pasaron una media hora muy entretenida destacando las poblaciones y territorios próximos a la nueva línea de ferrocarril del Hudson que parecían más prometedores para futuras urbanizaciones. Aún seguían concentrados en ello cuando una doncella anunció que la señorita Keller había llegado con la chica irlandesa.

—Quiero ver a esta muchacha irlandesa, Hetty —reiteró Master—, porque debemos ser muy prudentes.

—La mayoría de las criadas de esta ciudad son irlandesas, Frank —le recordó su mujer.

—Ya lo sé. Pero hay irlandeses e irlandeses; muchos son completamente respetables. Los que hay que evitar son los irlandeses de Five Points... la mitad de ellos, de tan débiles que están, a menudo contraen enfermedades.

—Alguien tiene que ayudarlos, Frank.

—Sí, pero hay que tener en cuenta a los niños. Y los que no están enfermos son delincuentes, que se juntan en bandas. No hay más que ver lo que ocurrió en la ópera Astor el otro día.

Aquello había sido todo un escándalo... Indignados por la aristocrática apariencia de un actor inglés, un grupo de irlandeses de la Bowery provocó disturbios nada menos que en la nueva ópera Astor. Era comprensible que los irlandeses culparan a los ingleses de los horrores de la hambruna que había azotado su país, pero con tantos elementos revolucionarios que provocaban toda clase de alborotos en Europa, las autoridades de Nueva York no querían correr ningún riesgo. Habían llamado a la milicia, que había disparado contra la multitud. El saldo fue de ciento

cincuenta heridos y más de veinte muertos.

—No quiero ninguna irlandesa de la Bowery —afirmó, tajante, Master.

—Gretchen dice que es muy tranquila y respetable.

—Puede que sí, pero también quiero tener referencias de su familia, saber si todos lo son. Y hay otra cuestión con la que hay que tener cuidado.

—¿Cuál, cariño?

—Tammany Hall.

Para Frank, como antaño para sus predecesores, resultaba evidente que la ciudad debían dirigirla los mejores especímenes, la gente cabal, los

propietarios de solera. Las personas que elegían los de Tammany Hall en los distritos electorales no eran tipos de fiar.

—No quiero que esa clase de personas ponga los pies en esta casa —declaró.

—Tendré cuidado, Frank —prometió Hetty.

—Quiero saber cómo es su familia —reiteró Frank—. Nada de Five Points, ni de Bowery, ni de borracheras ni afición al juego, ni de relación alguna con Tammany Hall.

Cuando llegaron de Irving Place a Gramercy Park, Mary respiró hondo al ver el tamaño de la casa. Entraron por la puerta de servicio, pero enseguida una doncella con cofia almidonada las condujo por una escalera de mármol a la majestuosa sala principal, y de allí a un salón revestido con una gruesa alfombra turca, en uno de cuyos mullidos sofás les indicó que podían sentarse.

—Ay Jesús, Gretchen —susurró Mary—, fíjate en este sitio. No sabría qué hacer en una casa como ésta.

—Estarás bien aquí —afirmó

Gretchen—. Es muy buena persona.

Como si quisiera confirmarlo, Hetty Master apareció en la puerta y luego se sentó en un sillón frente a ellas.

—De modo que tú eres Mary —dijo con tono afable—. Y a Gretchen ya la conozco muy bien, por supuesto. —Esbozó una sonrisa—. Tengo entendido que hace mucho que os conocéis.

La dama llevaba un vestido de seda de color marrón claro. El cabello, con unos tenues reflejos rojizos y dividido con una raya central, le caía en unos pulcros tirabuzones a ambos lados de la cara. Todavía era joven, de unos treinta años, según calculó Mary. Parecía

amable, desde luego, pero, aun así, Mary no consiguió dominar su nerviosismo.

—Sí, señora.

—Cuando yo llegué a Nueva York, señora Master —explicó Gretchen, acudiendo en su ayuda—, Mary y su familia se portaron muy bien conmigo. La señora O'Donnell, que Dios la tenga en su gloria, me ayudó a aprender inglés. —Miró a Mary con una sonrisa—. Casi no ha habido día en que ella o yo no hayamos estado una en casa de la otra.

La señora Master asintió a modo de aprobación, y Mary se maravilló de la astucia de su amiga. Gretchen no ponía

los pies en casa de los O'Donnell si podía evitarlo, pero puesto que Mary iba a menudo a la vivienda de los Keller, su afirmación era estrictamente cierta.

—Sin embargo, se os ve muy diferentes —señaló la señora Master.

«Más de lo que sospecháis», pensó Mary. Lo asombroso fue que Gretchen la contradijo.

—Yo soy alemana y Mary es irlandesa —dijo—, pero las dos provenimos de grandes familias campesinas... Mi padre tiene primos que cultivan la tierra en Pensilvania... Yo diría que las familias campesinas

tienen todas la misma mentalidad.

Mary sabía algo de los primos agricultores de los Keller. Pero ¿de los O'Donnell? A veces, después de un par de copas, su padre se ponía a hablar de la tierra que tenía la familia en Irlanda, aunque no había forma de saber si de ello se deducía que sus antepasados habían vivido en una granja o en una chabola. Con su manera de hablar, Gretchen lo presentaba, en cambio, como algo sólido y respetable.

—¿Y vuestras dos familias viven cerca en la Ciudad Alemana?

—Sí —corroboró Gretchen—. El señor O'Donnell va a buscar los puros a

la tienda de mi tío.

—¿Y a qué se dedica tu padre? — preguntó a Mary la señora Master, mirándola directamente.

—Es albañil —repuso ella.

—Ah. ¿Podrías decirme algunos de los sitios donde ha trabajado?

—Bueno... —Mary titubeó, porque no quería mentir—. Los albañiles trabajan en distintos lugares, pero sé — añadió, esperanzada— que estuvo mucho tiempo trabajando en el acueducto del Croton.

—¿Ah, sí? ¿El acueducto del Croton? —La señora Master se mostró encantada con ello—. ¿Trabajó también

en los puentes y los depósitos?

—Creo que sí, señora. Me parece que trabajó en toda la obra.

—Yo conozco ese acueducto palmo a palmo —declaró con orgullo la señora Master.

Aunque no alcanzaba a entender a qué se refería, Mary agachó respetuosamente la cabeza.

—Quizá lo vio usted allí, señora Master —aventuró Gretchen.

—Puede que sí —confirmó ella, muy complacida. Luego pareció moderar su entusiasmo—. ¿Mantiene tu padre algún tipo de relación con Tammany Hall?

—¿Mi padre? No, no, para nada.

—Perfecto. Y ahora dime, Mary — prosiguió—. ¿Qué experiencia tienes en las labores de la casa?

—Desde que mi madre murió, señora, he llevado la casa de mi padre —respondió Mary—. He tenido que hacer de todo.

Al ver que Gretchen aprobaba con la cabeza, se felicitó de que la dama no pudiera ver su casa.

—¿No te da miedo trabajar, entonces?

—Oh no, en absoluto —aseguró, sin tener que pensar esta vez antes la respuesta.

—Pero si tu padre depende de ti

para llevar la casa, Mary —indicó, con aire pensativo, la señora Master—, ¿no será como si lo abandonaras si te vinieras a vivir aquí?

Mary vaciló antes de cruzar una mirada con Gretchen. No habían pensado en eso; la pregunta era muy lógica, pero si daba una respuesta sincera, se vendría abajo el edificio de respetabilidad que Gretchen acababa de construir. Mary notó que palidecía. ¿Qué podía decir? No se le ocurría nada.

—No puedo decírselo con certeza, señora Master —explicó con calma—, pero... —hizo una brevísima pausa, como si dudara, antes de continuar—...

si tal vez hubiera una viuda que pensara en casarse con el señor O'Donnell, una señora acostumbrada a dirigir su propia casa...

Mary estaba boquiabierta. ¿De qué demonios hablaba Gretchen? ¿Una señora respetable dispuesta a casarse con John O'Donnell? ¿Acaso había perdido el juicio?

Gretchen continuó hablando alegremente con la señora Master, sin hacerle caso, como si le confiara un secreto del que Mary no deseaba hablar.

—Si fuera ése el caso, y si la señora es dada a tener unas ideas muy fijas sobre cómo hay que llevar una casa...

Entonces Mary comprendió, asombrada. ¿Cómo era posible que su pulcra amiguita, con su cara de ángel, pudiera estar improvisando mentiras con tanto desparpajo? Bueno, no se trataba exactamente de una mentira, porque en realidad no afirmaba que la viuda existiera... Sólo preguntaba: ¿y si...? El resultado era el mismo, de todas formas. Mary estaba segura de que ella no llegaría a ser capaz de hacer algo así ni en mil años.

—Entonces, para Mary sería difícil vivir en esa casa —concluyó Gretchen—. Puede parecer una tontería...

—No lo es —la interrumpió con

firmeza la señora Master—. No es ninguna tontería.

Frank Master tenía localizado Saratoga en el mapa cuando llegó Hetty, que venía sola.

—¿No valía la pena la chica? —preguntó.

—En realidad, es perfecta —anunció, sonriente, Hetty—. Muy respetable. Ella y Gretchen viven prácticamente una al lado de otra, en la Ciudad Alemana.

—Ya. ¿Y su familia?

—El padre es albañil. Es un viudo

que está a punto de volverse a casar, creo. ¿Y adivina dónde trabajó durante años?

—A ver.

—En el acueducto del Croton. ¿Quién sabe? Igual hasta vio cuando te me declaraste —apuntó con ojos chispeantes.

—Ah.

—Yo pienso, Frank, que el destino tenía preparado esto.

Frank Master observó con afecto a su esposa. Como no era tonto, sabía cuándo debía darse por vencido.

—Entonces será mejor que la contratemos —dijo.

El Palacio de Cristal

❧ 1853 ❧

La decisión más sencilla que Frank Master tuvo que tomar a lo largo de su carrera como hombre de negocios se le presentó en el verano de 1853. Se encontraba en su oficina, en un bonito edificio antiguo de ladrillo, al que había adosado un almacén, situado en South Street y junto a los muelles. El sol lucía sobre el East River, donde permanecían ancladas las embarcaciones, de las

cuales dos eran de su propiedad. Una era una embarcación de vela, un airoso clíper que iba a zarpar hacia China y el otro, un barco de vapor de una rueda, que se haría a la mar en dirección al istmo de Panamá. El cargamento de ropa que llevaba sería transportado luego por tierra en el estrecho de Panamá para luego ser embarcado en otro navío de vapor que lo llevaría hasta California. Las personas que habían afluído en masa a las ciudades de aquella zona impulsadas por la fiebre del oro no tenían ninguna garantía de encontrar el precioso metal. De lo que no cabía duda, en cambio, era de que necesitaban

aprovisionarse con las duras y resistentes prendas que se fabricaban en Nueva York. Armado con tal certeza, Frank Master había ganado mucho dinero enviándoselas.

Master especulaba con el algodón, el té, el embalaje de la carne y los terrenos, pero no estaba dispuesto a participar en aquella aventura.

—Caballeros, no quiero tener nada que ver con esto, y si desean que les dé un consejo, más les vale que renuncien antes de que vuelva el capitán de la flota, porque estoy convencido de que cuando se entere, los va a despellejar vivos.

—No puede hacer gran cosa —
arguyó uno.

—No es tan fiero —agregó otro.

—Se equivocan en lo uno y en lo
otro —insistió Master.

Cornelius Vanderbilt nunca andaba escaso de recursos. Pese a que hacía treinta años que en el río Hudson circulaban barcos propulsados a vapor, se había tardado mucho en emplearlos para el comercio en el Atlántico. Una compañía de ferrocarril británica había comenzado a utilizarlos, pero fue una familia de empresarios leales, los Cunard, huida a Canadá un par de generaciones atrás, la primera que había

efectuado con éxito la travesía del océano. Los neoyorquinos se proponían, no obstante, acortar distancias. Y no había nadie más osado que Vanderbilt.

El capitán provenía de una antigua familia de neoyorquinos, mezcla de ingleses y holandeses, pero había comenzado su vida siendo pobre... más aun que Astor. A Hetty Master le inspiraba antipatía. «Ese marinero malhablado», lo llamaba. Era cierto que en sus comienzos había trabajado de remero y su vocabulario estaba desde luego bien sazonado de maldiciones, pero tenía talento, era implacable y, gracias a sus barcos de vapor, se había

convertido en uno de los hombres más ricos de la ciudad. No era una buena idea despertar sus iras.

Frank Master siempre evitaba enojar a Vanderbilt. Había trabado amistad con él y cuando quiso fletar barcos a vapor para cubrir la ruta hacia California pasando por Panamá, había ido a consultarlo, porque sabía que él dominaba ese sector.

—¿Cuántos barcos? —había preguntado el capitán.

—Un par, seguramente.

—De acuerdo —había contestado Vanderbilt con una breve inclinación de cabeza.

—¿Le has pedido permiso? —había preguntado, indignada, Hetty.

—Mejor eso que verse fuera del negocio.

No obstante, aprovechando la ausencia de Vanderbilt en el extranjero, aquellos dos hombres, ambos empleados suyos, se proponían robarle una parte de su imperio.

El plan no carecía de audacia, desde luego. En lugar de hacer pasar las mercancías por Panamá, Vanderbilt había abierto una ruta más económica a través de Nicaragua, que suponía una considerable reducción de la distancia navegable.

—Sin embargo, el gobierno de Nicaragua no era demasiado fuerte — explicaron los dos hombres a Master—. ¿Y si financiáramos una revolución allí? Entonces colocaríamos de presidente a la persona que nos conviniera, que nos concedería un contrato en exclusiva para hacer pasar las mercancías por allí y así dejar a Vanderbilt fuera del negocio.

—¿De veras creen que es factible?

—Sí, y sin un gran desembolso.

¿Quiere participar?

—Caballeros, a mí no me da miedo derrocar el gobierno de Nicaragua, pero sí enojar a Cornelius Vanderbilt — reconoció Master con una carcajada—.

Tengan la bondad de no incluirme en sus planes.

Una hora más tarde, cuando fue a reunirse con su mujer, aún estaba riéndose de la osadía de aquellos dos bribones.

Hetty Master se encontraba en la esquina de la Quinta Avenida y la calle Cuarenta, delante de la gran fortaleza que albergaba el depósito de agua. Puesto que medio mundo pasaba por aquella confluencia ese día, habría cabido esperar que ella observara el trajín, o cuando menos, que estuviera

pendiente de la llegada de su apuesto marido.

Ella mantenía, con todo, la vista gacha, pues estaba leyendo. Leía allí, de pie como una estatua, bajo el parasol.

Si hubiera reparado en el escenario que la rodeaba, tal vez habría evocado que, casi ocho décadas atrás, el pobre George Washington había golpeado a sus soldados con el lomo de su sable, mientras trataba de impedir que huyeran de los chaquetas rojas. En todo caso, se habría acordado de que fue en ese lugar donde Frank la pidió en matrimonio. Sin embargo, sólo leía el libro.

Siempre le había gustado leer, por

supuesto. En la época de su noviazgo, el gran Charles Dickens había viajado desde Londres para iniciar una gira triunfal por América. La gente había acudido a verlo por millares y ella había llevado a Frank a nada menos que tres actos para ver a su escritor preferido y escucharlo leer sus textos.

—Me encantan sus personajes y sus argumentos —le decía a Frank—, y lo mejor es la denuncia que hace de la injusticia social.

Sus relatos, protagonizados por la población pobre de Londres, conmovían, en efecto, a los neoyorquinos. Sin embargo, ese día no

leía a Dickens: era algo más peligroso.

Frank no la vio al principio. Con todo, había muchas cosas que atraían su mirada. Lo más destacado era el observatorio Latting, una vidriera cónica de madera y hierro que se elevaba más de cien metros para proveer un mirador sobre la calle Cuarenta y Dos. Se podía subir los dos primeros pisos de la torre en una extraordinaria y novedosa máquina a la que llamaban ascensor y que Master estaba impaciente por probar. El observatorio no dejaba de ser, con todo, un elemento secundario con relación a la más rutilante pieza arquitectónica de la zona, que quedaba

justo detrás del depósito y cuya parte superior se iba haciendo visible a medida que Frank se aproximaba: el Palacio de Cristal.

Dos años antes, los británicos habían centrado su exposición universal en un emblemático y enorme palacio de cristal y hierro situado en pleno centro de Londres. Aquella muestra de cultura y diseño industrial de alcance mundial había atraído a seis millones de personas. El palacio de Hyde Park era como una especie de gigantesco invernadero que, con sus más de seiscientos metros de largo, cubría una superficie de más de veinticinco mil

metros cuadrados. Nueva York había decidido poseer uno también y, aunque no alcanzaba la vasta escala del que había en la capital del Imperio británico, el Palacio de Cristal de la calle Cuarenta era de todas maneras un edificio imponente y bello, dotado de una espléndida cúpula de treinta y siete metros de altura. Acababan de inaugurarlo el día anterior, y Frank Master estaba ansioso por examinarlo desde dentro.

Entonces vio a su esposa y torció el gesto. Otra vez volvía a leer ese maldito libro.

—Deja el libro —le dijo sin

aspereza, mientras la cogía del brazo—, y vamos a ver la exposición.

La entrada principal de la Sexta era espléndida. Con su pórtico y cúpula de estilo clásico, parecía una catedral veneciana construida con cristal. Las banderas francesa y británica ondeaban a la izquierda y a la derecha, mientras la estadounidense lo hacía desde el centro.

Frank conocía a la mayoría de los organizadores, en especial a William Cullen Bryant y August Belmont. Habían prometido una exposición de la industria de todas las naciones y, a juicio de Frank, lo habían logrado de pleno. En compañía de Hetty, vio instrumentos

científicos, bombas de agua y artilugios para preparar helados, aparatos para sacar fotografías y enviar telegramas... por no mencionar la enorme estatua de George Washington montado a caballo. Estaba encantado con toda aquella maquinaria de la nueva era industrial.

—Mira ese reloj —urgió a Hetty—. Deberíamos tener uno así. —Ella sonreía y asentía—. ¿Qué te parece esa máquina de coser? —tanteaba.

—Sí, cariño —respondía ella.

No obstante, aunque estuvieron paseando una hora por el recinto y ella inspeccionó todo tal como era debido, se dio cuenta de que en el fondo no

prestaba atención.

—Vamos a la torre de observación
—propuso.

La vista de la que se disfrutaba desde el observatorio era extraordinaria. Al este, se divisaba Queens; al oeste, el Hudson y Nueva Jersey, y al norte, la extensión de Manhattan aún dedicada a la agricultura, entre la que, cual columnas de infantería, se abrían camino las manzanas de calles. Los dos apreciaron la subida en el ascensor que comunicaba las plataformas de la torre. Cuando salieron abajo, a Frank le llamó la atención otra exposición. Como Hetty prefería

sentarse un rato, fue a verla solo.

—Es algo asombroso —le informó después—. Un tipo llamado Otis ha inventado un ascensor como ése donde hemos subido, pero ha añadido un sistema de mecanismos de seguridad que hacen que, aunque se rompiera el cable, no caiga. Apuesto a que se podría instalar algo así en un almacén grande, o incluso en una casa. —Asintió con la cabeza—. El inventor va a lanzar la creación al mercado. Podría suponer una inversión interesante.

—Sí, cariño —convino Hetty.

—Vayamos a casa —dijo por fin él, con un suspiro.

Sabía de qué le iba a hablar ella. Al principio guardó silencio, pero después de esperar durante toda una manzana, atacó el tema en la calle Treinta y Nueve.

—Frank, hay que hacer algo —dijo—. Quiero que leas este libro.

—Maldita sea, Hetty, no pienso leerlo —replicó. Luego, para disimular su irritación, sonrió—. Tampoco hay necesidad, con todo lo que me has contado de él.

La autora, Harriet Beecher Stowe, era sin duda una mujer buena y honrada, pero, a su juicio, habría sido preferible que hubiera encontrado otra manera de

pasar el tiempo en lugar de escribir. El caso era que su novela *La cabaña del Tío Tom* se había convertido en la plaga de su casa desde hacía casi una semana, una epidemia que, por lo que alcanzaba a percibir, se estaba propagando por todo el país.

Y para los propietarios de esclavos del Sur, seguro que ya había adquirido las dimensiones de una maldición.

Aquel molesto asunto había empezado de manera discreta, en una serie de entregas en una pequeña revista que sólo leían los abolicionistas, pero luego, el año anterior, un insensato editor lo había publicado en forma de

libro, el cual había batido todos los récords posibles. En Estados Unidos se habían vendido ya trescientos mil ejemplares, y la marea no hacía más que crecer. También había oído que en Inglaterra se habían vendido otros doscientos mil. «Los ingleses están encantados con él, no tanto por las cuestiones del esclavismo, sino por ver la pandilla de salvajes que estamos hechos los americanos», le había comentado un amigo que acababa de regresar de Londres. En Estados Unidos, en cualquier caso, no se veía un fin próximo a aquel fenómeno. El editor iba a sacar una edición de lujo, provista de

ciento veinte ilustraciones, y la autora publicaba otra obra en la que contaba las incidencias de la redacción de la novela, titulada *Las claves de la cabaña del Tío Tom*, que sin duda también se convertiría en un éxito de ventas.

Y tanto bombo, ¿a qué venía? A la historia de una familia de esclavos, sus peripecias y tribulaciones; aquello no tenía nada de novedoso. Lo que ocurría era que estaba escrito con un tono sentimental, con una abuela negra, unos tiernos niños y una familia de esclavos diseminada, y un Tío Tom muy bueno, un fiel, paternal y sufrido esclavo que al final moría. No era de extrañar que les

gustara a todas las mujeres.

—Nuestra familia tuvo un esclavo como el Tío Tom —señaló—. Se llamaba Hudson y mi abuelo lo conoció. Era feliz, creo; como mínimo nunca oí decir que se quejara.

—Él no era un esclavo, era libre —lo corrigió Hetty—. Y perdió a su hijo, al que capturaron y probablemente vendieron como esclavo en el Sur. Tu familia trató de localizar al chico durante años, pero fue inútil. Tu padre me habló de ello.

—Puede ser —concedió—. Pero ese libro no es más que un cuento sentimental sobre un viejo esclavo que

quiere a todo el mundo. En la vida real no hay ningún Tío Tom.

—Eso sólo demuestra que no lo has leído, querido —contestó Hetty—. El Tío Tom es tan real como tú o como yo, y no es un tipo sentimental. Cuando es necesario, exhorta a los esclavos a huir; y por lo demás, a éstos los separan de sus hijos, los azotan y los venden a propietarios de zonas alejadas. ¿Me vas a decir que esas cosas no ocurren?

—Supongo que no —dijo Frank.

—Todo el mundo coincide en que se trata de un libro magnífico.

—En el Sur, no. He oído decir que en Arkansas echaron de la ciudad a un

hombre por venderlo. Allí aseguran que ese libro es una difamación criminal y están furiosos por ello.

—Pues lo que tendrían que hacer es arrepentirse.

—También es comprensible —prosiguió él—. Al fin y al cabo, el malo de la novela es el típico propietario de esclavos sureño.

—Pues si la hubieras leído —lo contradijo Hetty—, sabrías que es un yanqui que se instaló en el Sur. El caballero sureño del libro es una persona bondadosa.

—Bueno, pues a los del Sur no les gusta, de todas formas.

—La cuestión de fondo no tiene que ver con los individuos, Frank, sino con el sistema.

Habían llegado a la calle Treinta y Seis. Al ver un coche de caballos, Master lo hizo parar, con la esperanza de que con eso interrumpiría la concentración de su esposa; sin embargo, no fue así.

—El sistema, Frank —retomó el hilo ella, no bien se hubieron sentado—, que permite que un ser humano posea a otro como si fuera una mercancía cualquiera. Este libro —lo sacó, con la evidente intención de entregárselo— es una obra cristiana, que plantea un reto para todos

sus seguidores. ¿Cómo podemos respaldar tales actos de maldad en nuestra tierra?

—¿Y qué quieres que haga yo al respecto? —inquirió con cautela.

Ella calló un momento: estaba claro que ya había pensado en aquello.

—Me parece, Frank —declaró con calma—, que deberíamos replantearnos si hacemos negocios con propietarios de esclavos.

«¿Te has vuelto loca?», estuvo a punto de gritar, pero, por fortuna, logró contenerse y aguardó un instante antes de dar la respuesta.

—Es difícil ser un negociante

neoyorquino y no tener nada que ver con el comercio del algodón.

Aquello fue más comedido. Durante generaciones, los neoyorquinos habían intentado ganarse a los propietarios de las plantaciones de algodón. Al principio, les compraban a los sureños el algodón crudo y lo enviaban a Inglaterra, cuando, si hubieran sido más emprendedores, los propios sureños habrían podido enviarlo ellos mismos y ahorrarse las comisiones que se llevaban los neoyorquinos. Éstos, por su parte, habían presentado como algo indispensable el comercio y sus finanzas se habían involucrado tanto con las

actividades del Sur que era difícil imaginarse a los unos sin los otros. Frank Master transportaba algodón en sus barcos y vendía mercancías, y deuda, al Sur, lo que suponía una considerable proporción del total de sus negocios.

—Ya lo sé, Frank —adujo ella, apoyando el brazo en el suyo—. Comprendo que no sería fácil, pero tú también eres un buen cristiano; no me casé contigo sólo por tu dinero —añadió con una sonrisa.

«Y yo no me casé contigo para que tú interfirieras en la manera en que lo gano», pensó para sí. Durante el resto

del trayecto no dijo nada más, pero percibía que su esposa estaba resuelta a no cejar en aquella cuestión. En el transcurso de diez años de matrimonio, él y Hetty no habían tenido nunca una pelea grave, e ignoraba cómo sería si llegaba a producirse una.

Más o menos en el mismo momento en que Frank y Hetty Master subían al observatorio, Mary O'Donnell se disponía a despedirse de sus amigos. Habían pasado una tarde agradable los cuatro: Mary y Gretchen, el hermano menor de Gretchen, Theodore, y su

primo Hans.

Mary sentía mucho cariño por el pequeño Theodore. Tenía cinco años menos que Gretchen y unos ojos, de un azul más oscuro que los de ésta, muy separados. Mientras que su hermana era rubia, él había heredado el cabello castaño rizado de su padre. Y desde muy temprana edad, había dado muestras de un extraordinario sentimiento de identidad personal.

—¿Te llaman Teddy? —le preguntó en una ocasión una señora en la tienda, cuando tenía cinco años.

Theodore negó con la cabeza.

—¿Y por qué no, guapo? —inquirió

ella.

—Porque yo no quiero —contestó él con gravedad.

A los diez años, ya había anunciado que no pensaba seguir los pasos de su padre en el negocio del chocolate.

—¿Y qué vas a hacer, Theodore? —le habían preguntado sus familiares.

—Algo que no tenga nada que ver con el chocolate —afirmó.

Su madre se disgustó con la respuesta, pero su padre fue más comprensivo.

—Déjalo —dijo—. De todas formas, tampoco es que éste sea un gran negocio.

Gretchen y Mary solían llevar a Theodore con ellas, pese a la diferencia de edad.

Hans era un caso muy distinto. Años atrás, para Mary había sido una figura distante, pese a que Gretchen le hablaba de él. Mary sabía por ella que era serio y que trabajaba muchas horas para el fabricante de pianos. Lo había visto en un par de ocasiones, pero no había ningún motivo especial para que se conocieran y, además, Gretchen no iba a llevarlo a casa de los O'Donnell.

Cuando llevaba un par de meses trabajando para los Master, un día en que Mary caminaba junto a Gretchen, su

amiga le dijo que quería pasar por donde trabajaba su primo. Aunque no se habían quedado mucho rato, Mary tuvo ocasión de observarlo bien. Hans era un joven delgado y alto, de veintitantos años, de cabello rubio rojizo con entradas. Llevaba unas pequeñas gafas de montura dorada y, pese a que se notaba que en ese momento estaba muy atareado, se mostró atento con ellas. Gretchen le pidió que les tocara algo en uno de los pianos.

—Es muy bueno —aseguró—. Le piden a él que haga la demostración de los pianos para los clientes.

Como Hans les dijo que en ese

momento no podía, se fueron. Se notaba que era muy formal con su trabajo, y esto le gustaba a Mary.

Una semana después, cuando pasaba junto a la tienda de pianos, Mary decidió entrar. Al principio Hans no se acordó de quién era, pero cuando se lo dijo, le sonrió y le enseñó el piano en el que trabajaba. Ella le hizo algunas preguntas y él le explicó qué clase de madera se usaba, y cómo se le daba forma y se ensamblaba. A continuación, se desplazó hasta otro piano que estaba terminado y le enseñó cómo se afinaba.

Hablaba con parsimonia y de vez en cuando la miraba con gravedad a través

de sus gafas de montura dorada. Quizá fuera con intención de librarse de ella de una manera educada, pero al final, se trasladó hasta el mejor piano de la tienda y, tras sentarse frente a él, se puso a tocar.

Mary no sabía gran cosa de música, aunque le gustaba cantar. Había oído tocar el piano en el teatro y en los bares, por supuesto, pero nunca había escuchado nada parecido a aquello. Hans tocó una sonata de Beethoven y ella quedó embelesada por la belleza y la fuerza de la música. Mientras escuchaba, miraba con fascinación a Hans. Tenía una habilidad fuera de lo

común y unas manos hermosas, pero lo más interesante era la transformación que se había producido en su cara. En ella percibía concentración, una concentración absoluta, inteligencia... y una especie de evasión. Se dio cuenta de que, cuando tocaba, entraba en otro mundo. Aun sin saber nada de ese mundo, advertía que Hans se había trasladado allí, justo delante de ella, y eso la cautivó. No se había dado cuenta de que era una persona exquisita.

De repente se le ocurrió algo. Durante toda su infancia, había oído que los sacerdotes hacían alusión a los ángeles, y siempre había pensado en

ellos como en los seres que había visto en las pinturas, con sus plácidos rostros e inverosímiles alas. Al ver la cara de Hans, pensó que no... que aquél debía de ser el aspecto de los ángeles, espirituales, impregnados de belleza, inteligencia y fuerza.

—Deberías ganarte la vida tocando —le dijo, a su regreso a la tierra, una vez hubo acabado.

—Oh, no —negó, con un asomo de tristeza—, deberías oír a los auténticos pianistas. Ahora tengo que volver al trabajo, Mary —le advirtió amablemente.

Al cabo de diez días, cuando fueron

con Gretchen a dar un paseo en barco por la bahía, él las acompañó. No supo si fue idea de él o de ella, pero en todo caso estuvo muy atento y lo pasaron muy bien.

Poco tiempo después, Gretchen le preguntó de pasada qué le parecía su primo.

—Me gustaría casarme con él —respondió ella con una carcajada.

Enseguida lamentó haberlo dicho, porque Gretchen había fruncido el ceño y había bajado la cabeza. Mary cayó en la cuenta de la realidad. «Qué tonta soy —se dijo—, por soñar en algo así, cuando no tengo ni un centavo a mi

nombre. Un joven listo como él necesita una esposa con algo de dote».

El problema era que después, siempre que conocía a algún joven, lo encontraba tosco y ordinario. Y luego apareció el hombre que le presentó Sean.

Si tenía en cuenta todo, tenía que reconocer que Sean se había comportado bien desde que ella había entrado a trabajar con los Master. Como era de prever, había averiguado todo sobre ellos enseguida.

—Pero estoy muy impresionado, Mary —le dijo—. Has caído en un buen sitio.

Y no se había acercado para nada a su casa.

—Siempre y cuando sepa que estás bien —puntualizó—. Claro que si te hace daño, le corto el cuello —había añadido, con una sonrisa tranquilizadora.

Aparte, también había tenido una actuación loable con su padre. John O'Donnell no había hecho más que empeorar desde que ella se había ido. Sean iba a ayudarlo, pero no servía de gran cosa. Mary se sintió tan culpable que se planteó si no debía renunciar al empleo para intentar salvarlo. Sean había sido, sin embargo, tajante.

—Yo he conocido a una docena de tipos como él, Mary —señaló—. Seguirá por la misma pendiente, tanto si estás allí como si no.

Cuando su padre falleció seis meses atrás, le había hecho llegar una nota a través de un niño.

El funeral se llevó a cabo con la debida ceremonia. Pese a que el suelo empezaba a cubrirse de nieve, acudió una asombrosa cantidad de personas. En el entierro, Sean había llegado con una cajita negra que, tras una breve consulta con el padre Declan, había colocado con gesto reverente encima del ataúd en el momento en que lo bajaban. Después

todos fueron a la casa, que ella había limpiado con vigor.

—¿Qué había en la caja que has puesto en la tumba? —le preguntó, durante el camino de regreso.

—Los restos del perro.

—¿De *Brian Boru*?

—Lo desenterré anoche.

—Jesús, Sean ¿es que no tienes respeto por los muertos? —exclamó—. Seguramente es un sacrilegio.

—Es lo que nuestro padre habría deseado —arguyó él—. Le he preguntado al padre Declan y casi ha estado de acuerdo.

Sean había previsto que hubiera un

violinista, además de comida y bebida en abundancia. Así, dispensaron a John O'Donnell una despedida entusiasta.

Allí fue donde Sean le presentó a Paddy Nolan. Lo sorprendente fue que le gustó; lo era porque ella sentía una natural suspicacia hacia todo cuanto guardaba relación con su hermano. Nolan era un hombre tranquilo de unos treinta años, de pelo oscuro y una barba bien recortada. Era muy educado con ella, casi formal, y la llamaba señorita Mary. Parecía tratarla con gran respeto, cosa que ella apreció. Evidentemente consideraba a su hermano como a una persona de cierta importancia. Al cabo

de un rato, preguntó si podría tener el honor de ir a visitarla algún día y, para no ser maleducada, le dijo que sí.

—Es bastante respetable, ya has visto —le dijo Sean después—. Y tiene dinero. Es propietario de un bar, aunque él nunca bebe ni una gota.

—¿Y hace tiempo que lo conoces?

—Hemos hecho negocios juntos. Le gustas, Mary; me he dado cuenta. Y sabe Dios que no le faltan mujeres para elegir, con el establecimiento que posee.

Al cabo de diez días, salió con Nolan. La invitó a comer y después fueron a su bar, que se encontraba en la calle Beekman.

Los bares no eran un lugar al que acudieran normalmente las mujeres, pero, al verla en compañía del propietario, los clientes la saludaron con una educada inclinación de cabeza. Se trataba sin duda de un local de un poco más de categoría que otros establecimientos de su clase, frecuentado por señores que trabajaban o escribían para los periódicos y revistas situados en la zona, como el *New York Tribune* y el *Knickerbocker*.

—Aquí recibo a toda clase de hombres de letras —le informó con discreto orgullo Nolan—. El señor Lewis Gaylord Clark, el señor William

Cullen Bryant, el señor Herman Melville... —Señaló hacia una mesa del rincón donde se apilaban publicaciones recientes—. Son los periódicos que dejan estos caballeros para que los lean los otros —le explicó.

Estaba claro que le daba a entender que el lugar tenía cierto ambiente de club, y ella tuvo que reconocer que estaba impresionada.

A continuación tomaron el tren que subía por la Cuarta Avenida, tras lo cual la acompañó cortésmente hasta la puerta de la casa de los Master.

Volvieron a salir varias veces, los domingos, que era el día que ella tenía

libre. Al cabo de un mes, dejó que la besara. En una ocasión, se reunieron con algunos de sus amigos, que fueron muy atentos con ella. El único momento en que se sintió incómoda fue cuando, al hablar del matrimonio de un conocido, él comentó: «Es lo que siempre digo, trata bien a una mujer y hará lo que quieras». Los hombres se echaron a reír y las mujeres la miraron un instante, pero Nolan le dedicó una amable sonrisa y añadió: «Un hombre nunca debería considerar que tiene ganada a una mujer. ¿No crees, Mary?».

Pese a que el comentario anterior había sido más bien inofensivo, le

produjo un desasosiego cuyo origen no alcanzaba a identificar.

La próxima vez que salieron, mientras caminaban por los muelles, él comentó algo sobre el comercio del algodón. Al vivir en casa de los Master, a fuerza de oír las conversaciones, había aprendido algo sobre aquel negocio. Sin pensarlo, le dijo a Nolan que estaba en un error. Una nube ensombreció por un momento su rostro y, luego, sin mirarla, le dedicó una tensa sonrisa.

—No me vayas a contradecir ahora —dijo en voz baja.

Percibió que hablaba en serio. Sabía que no debía darle demasiada

importancia a aquellas cosas; la mayoría de los hombres eran iguales y había que reconocer que Nolan tenía muchos puntos a su favor. A finales de primavera, tenía la impresión de que iba a pedirle que se casara con él.

Había hablado de Nolan con Gretchen, desde luego. Ésta tenía ya un prometido, que habían elegido sus padres. Era un chico alemán, un primo lejano con su mismo apellido y cuyo padre regentaba una panadería. Como era hijo único, iba a heredar el negocio. Se llamaba Henry y Mary consideraba que era bastante agradable. Llevaba un fino bigote y le gustaba hablar de

repostería.

Mary no acababa de comprender el compromiso de su amiga. Aunque no pasaba mucho tiempo con su novio, a Gretchen se la veía bastante satisfecha, como si se alegrara de que le hubieran solucionado un asunto que, de lo contrario, podría haberle ocasionado problemas.

—Ni siquiera tendré que cambiar de apellido —señalaba con buen humor—. Seguiré llamándome Gretchen Keller.

—¿Lo quieres? —le había preguntado un día Mary.

—Oh sí, me gusta —había respondido plácidamente ella, aunque

casi nunca lo traía cuando salían las dos juntas.

Gretchen y Henry debían casarse a finales de año.

Cuando hablaban de Nolan, Gretchen nunca le preguntaba si lo quería. Sí preguntaba si era atento y amable, y si el negocio funcionaba bien. A medida que pasaban las semanas, tras haber reflexionado sobre su situación y comparado la estabilidad de la familia Keller con el malsano caos de Five Points, llegó a la conclusión de que la actitud de Gretchen era tal vez la más juiciosa. A finales de mayo, ésta le preguntó si, en caso de que Nolan le

pidiera que se casara con él, aceptaría.

—Espero que me lo pida —contestó.

Nolan tomó la iniciativa en junio. Un domingo a mediodía, fue a recogerla a la casa de Gramercy Park; era un cálido día de verano, sin una nube en el cielo. Había alquilado una bonita calesa de dos plazas y, con un cesto de comida y una manta en la parte posterior, la llevó por la avenida de Broadway y luego por la antigua carretera de Bloomingdale. Al poco rato las calles de la ciudad dieron paso a solares vacíos y campos. Habían recorrido unos cinco kilómetros, por lo que ella suponía que se dirigían a algún ameno paraje con vistas al Hudson, pero

él se desvió a la derecha y siguió un trecho hasta que llegaron a una amplia extensión de terreno inculto, sembrado de altozanos y peñas.

Después de detener el carruaje y atar el caballo, él cogió el cesto y la manta y enfiló un camino.

—¿Se puede saber adónde me llevas? —preguntó Mary.

—A un sitio que descubrí hace un tiempo —contestó él—. Ya verás. —Pasaron junto a una gran roca medio oculta en la espesura—. Un paso más —indicó mientras la tomaba de la mano para guiarla entre los árboles—. Aquí.

Tuvo que admitir que era un paraje

encantador: un pequeño valle tapizado de hierba que, por aquella época del año, quedaba adornado con el color rojo de las fresas silvestres.

—Un sitio perfecto para una comida campestre —dictaminó él.

Había llevado una botella de vino, salmón fresco, pollo en gelatina, un pan que olía como si estuviera recién salido del horno, dulces y fruta fresca. Mary nunca había disfrutado de una comida más deliciosa. Él habló con soltura de cuestiones diversas e incluso contó chistes, cosa que, según había advertido ella, no hacía a menudo.

Por eso cuando la besó, no puso

objeción alguna. Y cuando, tumbado junto a ella en la hierba, comenzó a besarla con más pasión, ella correspondió a su ardor. Y cuando comenzó a acariciarla con las manos, ella contuvo el aliento. Pero cuando empezó a ir más lejos y se colocó encima de ella, supo que no deseaba aquello y ofreció resistencia, y le pidió que parase.

Él obedeció, pero estaba claro que no la creía, y de repente volvió a insistir.

—No, Paddy —le pidió—. Por favor. —Incorporándose, lo miró con aire reprobador—. No soy tu esposa.

Entonces él se tumbó de espaldas y se puso a mirar el cielo. Ella se preguntó si iba a pedirle que se casara con él; tenía la impresión de que lo estaba pensando, pero, al cabo de un rato, se sentó sin decir nada, con actitud pensativa.

Sirvió una copa de vino para ella, que aceptó, y otra para él y después sonrió.

—Hace un día muy bonito, Mary — dijo—. No sé qué me ha dado.

Después estuvo bastante callado y al cabo de un rato comenzó a recoger los restos de la comida. Luego señaló con un suspiro que tenía quehaceres

pendientes en el bar.

—El deber me reclama.

La condujo pues hasta la calesa y la dejó en casa.

Una vez sola, ella permaneció dos horas sentada en su habitación, mientras trataba de dilucidar lo ocurrido. ¿Qué significado tenía aquello? ¿Acaso no tenía intenciones serias con ella y sólo pretendía seducirla? No intentaría forzarla, estaba segura... sabía que Sean le clavaría un puñal en la espalda si lo hacía. Por otra parte, no habría pasado todo ese tiempo cortejándola cuando podría haber elegido entre muchas mujeres fáciles para conseguir una

amante, si eso era lo que quería. No, todo lo que había sucedido entre ellos la inducía a creer que pensaba en ella como en una posible esposa.

Habría querido hablar con Gretchen, pero ésta había ido con su familia a visitar a unos parientes en Nueva Jersey. De todas maneras, se dijo, ella era muy capaz de reflexionar sola.

¿A qué jugaba, pues, Nolan? Probablemente era algo muy sencillo: quería probar la mercancía antes de comprarla. Tampoco podía culparlo por ello. En el campo, se consideraba que una mujer era decente siempre y cuando se casara antes de dar a luz a su primer

hijo.

Y ella lo había rechazado. ¿Por qué? ¿Para mantener su reputación? El sitio que había elegido era discreto, en todo caso. ¿Había sentido deseo? Tal vez no, pero, en cualquier caso, no en ese momento. No lo sabía. ¿Era aquello un motivo suficiente para rechazarlo? ¿Estaría decepcionado? ¿O enfadado, tal vez? ¿Lo habría perdido?

La tarde tocaba a su fin cuando salió de la casa. Todavía no se había acabado su día libre. Recorrió la calle Irving hasta la Catorce y después de cruzar la Cuarta Avenida, tomó un tren hasta el ayuntamiento. Desde allí tenía que

caminar muy poco para llegar a la calle Beekman.

Aún no había decidido qué iba a decir, o hacer, una vez llegara al bar. En cualquier caso, hablaría con él, le haría saber que lamentaba haberle decepcionado. Aún no sabía si llegaría más lejos. Vería cómo obraba según el recibimiento que tuviera.

Estaba a unos metros de distancia del bar cuando lo vio salir con actitud de enfado. Se detuvo, nerviosa, pensando que probablemente ella era la causante de su mal humor. Él echó a andar por la calle, de espaldas a ella. Aunque no había mucha gente, no quiso

alzar la voz para llamarlo, de modo que se puso a caminar deprisa, para alcanzarlo.

Advirtió que en la acera había un golfillo andrajoso, de unos siete u ocho años, que tendía la mano para pedir una moneda. Al aproximarse, Nolan le indicó con un brusco ademán que se apartase. El chiquillo siguió en el mismo sitio, alargando la mano. Al llegar a su altura, Nolan se detuvo; parecía que se fuera a llevar la mano al bolsillo. Luego, sin mediar palabra, de manera tremendamente deliberada, le propinó al niño una bofetada tan violenta que lo mandó rodando a la cuneta. Los

viandantes se volvieron al oír el ruido, mientras el chiquillo quedaba tumbado en el suelo, tan conmocionado que ni siquiera había gritado. Nolan siguió caminando como si no hubiera pasado nada.

Ella se paró y se quedó mirando. En condiciones normales habría corrido a auxiliar al niño, pero ya había otras personas que lo hacían y había, además, algo que se lo impedía. Dio media vuelta y mientras comenzaba a alejarse con paso presuroso, le sobrevino una especie de náusea.

Al llegar al ayuntamiento, subió a toda prisa a un tren que estaba a punto

de salir. No era sólo porque quisiera sentarse, sino porque deseaba salir de la calle. Mientras el tren circulaba por la Bowery, trató de hallar algún sentido a lo que había presenciado.

Había visto a Nolan cuando él no tenía ni idea de que ella se encontraba allí. Lo había contemplado al desnudo, por así decirlo, enfadado. Ninguna clase de rabia, ni aunque ella misma fuera la causante, le daba sin embargo derecho a hacer aquello. No se trataba sólo de la violencia del golpe... en Five Points se veían cosas peores a diario. Lo que había quedado al descubierto era la fría y deliberada crueldad de Nolan.

Y aquél era el hombre con quien había estado pensando en casarse, al que había besado, aquel que, hacía tan sólo unas horas, había pegado su cuerpo contra el suyo. Por más irracional que fuera, pese a que el que había recibido la bofetada era el niño y no ella, la invadió una sensación repugnante y aprensiva, como si la hubieran violado.

Cuando él volvió a acudir a Gramercy Park la semana siguiente, mandó que le dijeran que no se encontraba bien. Unos días después, solicitó la ayuda de la señora Master. Sin darle muchos detalles, le explicó que Nolan la había estado cortejando,

pero que había descubierto algo malo de él. Después de hacer algunas discretas preguntas, la señora Master le había dicho que ella se ocuparía del asunto. El siguiente domingo, cuando Nolan fue a interesarse por el estado de Mary, la propia Hetty Master le dijo sin rodeos que ésta no deseaba verlo más y que era mejor que no volviera a buscarla a la casa.

—No se ha quedado muy contento —le informó después a Mary, con un asomo de satisfacción.

Lo único que temía Mary era que Nolan fuera a quejarse a su hermano y que entonces éste se presentara en la

casa, pero, gracias a Dios, no fue así. Al domingo siguiente, cuando se dirigía a casa de Gretchen, no le extrañó ver que Sean la esperaba en la calle.

—¿Qué le has hecho a Nolan? —le preguntó—. Me has hecho quedar mal.

—No puedo soportar más estar con él —dijo.

Luego le expuso con toda crudeza lo que había visto.

—De acuerdo, Mary —aceptó Sean.

A partir de ese momento, no volvió a mencionar a Nolan.

Ese día tuvo, no obstante, ocasión de olvidarse por completo de Nolan. Después de reunirse con Gretchen en la

tienda, habían paseado por la calle cogidas del brazo, en compañía de Theodore.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Ah, a recoger a Hans —había respondido alegremente Gretchen.

El corazón le dio un vuelco, pero no pareció que nadie se percatara.

—Hace una eternidad que no lo veo —comentó.

Recogieron a Hans en la tienda de pianos y caminaron por la orilla del East River hasta Battery Park. Comieron helados junto al gran salón de espectáculos y estuvieron contemplando el puerto y Staten Island. Alguien había

preparado una pequeña pista de bolos, que aprovecharon para jugar un rato; Hans era el que más tiros acertaba y ella lo había estado observando con disimulo. Después doblaron la punta de Manhattan y estuvieron mirando el Hudson. En una ocasión en que él le cogió el brazo para mostrarle un barco, Mary se quedó casi sin respiración, pero se contuvo para que él no se diera cuenta.

Durante el trayecto de regreso, él comentó que, la próxima vez que salieran juntos, llevaría a una joven dama que quería presentarles. Gretchen le susurró que ya estaba al corriente de

que Hans seguramente iba a casarse con aquella chica. Después de asegurar con una sonrisa que estaría encantada y haber superado el nudo que se le había formado en el estómago, se dijo a sí misma que se alegraba por él.

A corta distancia de la casa de Gramercy Park, advirtió a un hombre que entraba por la puerta principal. Aunque apenas tuvo tiempo de verlo, habría jurado que se trataba de su hermano.

Pero ¿por qué demonios, se preguntó con ansiedad, iría a ver Sean al señor Master?

Después de la perturbadora conversación que había mantenido con su esposa en torno al esclavismo, Frank Master se había retirado con gusto a la biblioteca. Instalado en un sillón de cuero con el *New York Tribune*, encontró un artículo del nuevo corresponsal del periódico en Londres, un individuo llamado Karl Marx, y comenzó a leerlo.

Se llevó una buena sorpresa cuando el mayordomo le entregó una tarjeta en la que constaba el nombre de Fernando Wood, y su asombro fue aún mayor cuando se enteró de que el caballero que había ido a verlo no era el señor Wood, de Tammany Hall, sino su representante.

Una visita del enemigo, pensó con mala cara. Tras un momento de vacilación, consideró que lo más atinado era averiguar el motivo de la visita, por lo que le pidió al mayordomo que hiciera pasar al desconocido. Al cabo de unos minutos tuvo a Sean ante sí.

Pese a que el irlandés vestía un traje caro, éste le quedaba demasiado ajustado para su gusto, y las patillas se veían un poco ostentosas. Al menos las botas estaban bien relucientes, cosa que suscitó la aprobación de Master, mientras con un gesto invitaba al joven a tomar asiento.

—Le manda el *sachem* en jefe de Tammany Hall, según tengo entendido.

—El señor Fernando Wood —precisó con desenvoltura Sean—. Así es.

Si a Frank Master le hubieran pedido que señalara al mayor bribón de todo Nueva York, no habría dudado ni un segundo antes de dar el nombre de Fernando Wood, pese a que en la ciudad abundaban los truhanes. Nacido en Filadelfia, había cambiado de marco para hacer florecer su talento. En Nueva York, con uno u otro procedimiento, se había forjado una modesta fortuna antes de los treinta años y se había

introducido en el círculo de Tammany Hall. Después se había dedicado a la política.

No se podía negar que la sociedad de Tammany Hall era un invento genial. Cincuenta años atrás, aquel miserable de Aaron Burr había constituido Tammany Hall como un poder político con el fin de salir elegido como vicepresidente. Después de que Andrew Jackson hubiera accedido a la presidencia gracias al apoyo de Tammany, la maquinaria del Partido Demócrata se había vuelto terriblemente eficaz.

Tammany había logrado que Wood saliera elegido entre las filas

demócratas para el Congreso. Después lo había aupado a la alcaldía de Nueva York y casi lo había conseguido. Pronto aquel condenado personaje se volvería a presentar para el cargo. Mientras tanto, con la ayuda de sus amigos de Tammany Hall, Wood tenía participación en todos los pedazos de tarta de la ciudad.

—¿Puedo saber cómo se llama, señor?

—Me apellido O'Donnell, señor, pero en todo cuanto diga, hablo en nombre del señor Wood.

—¿Y qué clase de asunto le ha traído aquí? —inquirió Master.

—Podría decirse que es un tema

político, señor —respondió el irlandés.

Aquel hombre no podía imaginar, sin duda, que él fuera a prestar su apoyo a la candidatura de Wood, pensó Master.

—Supongo que ya sabrá, señor O'Donnell —señaló—, que yo no soy muy amigo de Tammany Hall.

—Sí, señor —confirmó, sin inmutarse, el joven—. De todas maneras, creo que usted y el señor Wood tienen un interés en común.

—¿Y de qué se trataría?

—Las parcelas de terreno de la calle Treinta y Cuatro, situadas al oeste de Broadway.

Master lo miró, sorprendido. Hacía

seis meses que había comprado cuatro solares en esa manzana, como terreno urbanizable, y todavía no había decidido qué iba a hacer con ellos.

—Está bien informado —señaló con sequedad.

—El señor Wood también está pensando comprar en esa manzana —prosiguió el emisario—, pero hay un problema. Parece que cierto caballero que posee una propiedad allí desea montar una planta procesadora.

—¿Una planta procesadora?

—Sí, señor. Para moler los restos de animales sacrificados en el matadero, sobre todo de caballos. Es asombroso lo

que se puede sacar con eso. Es un buen negocio, por lo que me han contado, pero resulta un poco sucio y desagradable. No es nada conveniente para los propietarios de los terrenos de al lado.

—Seguro.

—No es bueno para usted, señor, ni tampoco para el señor Wood.

—¿Y qué se puede hacer?

—Oponerse, señor. Nosotros creemos que existe un remedio legal, aunque los abogados son caros y los juicios llevan tiempo. Más eficaz sería, por así decirlo, poder convencer a uno o dos concejales para que le denegaran el

permiso.

—¿En votación?

—Nosotros creemos que se puede hacer desaparecer el problema.

—Comprendo —dijo Master, pensativo—. Pero eso costaría dinero.

—Ahí está el quid de la cuestión, señor —convino el emisario.

—¿Y a cuánto ascendería mi contribución?

—Mil dólares.

Frank Master echó atrás la cabeza, soltando una carcajada.

—¿Un cigarro, señor O'Donnell?

Frank Master no tenía nada en contra de la corrupción. Si uno le proporciona

un empleo al hijo de alguien, esta persona le haría más adelante un favor. Si le daba buenos consejos de inversión al encargado de un teatro, éste le enviaría entradas para el estreno de una nueva obra. Aquel tipo de actos de buena voluntad hacían girar el mundo. Era difícil, con todo, precisar a partir de dónde se transformaba en vicio la corrupción; se trataba de una cuestión de grado.

Él creía conocer la mayoría de las estratagemas aplicadas por la sociedad de Tammany. Aparte de los trucos básicos, como los pequeños sobornos para la obtención de permisos, o los de

mayor cuantía para los contratos, las ganancias más pingües provenían de los contratos fraudulentos. Se trataba, por ejemplo, de suministrar a la ciudad comida para los pobres; entonces, a la factura real se añadía un porcentaje. La diferencia se repartía con la persona que había facilitado el contrato; esta operación se repetía un año tras otro. Era algo difícil de detectar, muy complicado de demostrar y casi imposible de denunciar y llevar ante la justicia... en el supuesto de que a alguien le interesara hacerlo. Con el tiempo, el dinero acumulado podía ser considerable.

Esa artimaña con que le venía el tal O'Donnell no la conocía, sin embargo. Mientras encendían los puros, observó con benevolencia al joven.

—Con intentarlo no se perdía nada.

O'Donnell dio un respingo, pero no dijo nada.

—Mil billetes es una bonita suma para una extorsión —continuó Master con afable tono.

—La planta procesadora...

—No existe, señor O'Donnell —replicó, sonriente, Master—. Ya estoy acostumbrado a pagar a ciertos elementos por esto y por lo de más allá, pero encuentro que la amenaza de una

planta procesadora inexistente es un refinamiento admirable. ¿Son muchos los que pican?

Sean O'Donnell guardó silencio un momento, hasta que al final esbozó una sonrisa encantadora.

—¿Quedará entre nosotros, señor?

—Sí.

—Un número sorprendente de personas.

—Bien, presente mis respetos al señor Wood, aunque no seamos de la misma sociedad.

O'Donnell se replanteó un instante la situación.

—Hay un problema, señor. No

querría volver a presentarme ante el señor Wood con las manos vacías. No es una buena idea.

—Supongo que no. ¿Y qué aceptaría?

—Quinientos, como mínimo.

—Doscientos cincuenta.

—No bastará, señor. Ya sabe que seguramente saldrá elegido alcalde en las próximas elecciones.

—¿Y van a trucar las urnas?

—Por supuesto —reconoció alegremente Sean.

—Doscientos para él y la misma cantidad para vos.

—Es usted muy comprensivo, señor.

Frank Master se levantó y salió un minuto de la habitación para regresar con un fajo de billetes.

—¿Acepta dinero en metálico?

—Desde luego.

Master volvió a instalarse en el sillón y dio una chupada al puro.

—Aquí tenemos trabajando a una chica apellidada O'Donnell, Mary O'Donnell —comentó.

—Es un apellido bastante frecuente —contestó Sean.

Master siguió aspirando humo del cigarro.

—Es mi hermana —reconoció por fin el joven—. Aunque ella no sabe que

estoy aquí; en realidad no le gusta lo que yo hago.

—Yo creo que aquí la tratamos bien.

—En efecto.

—Dijo que había un tipo que la importunaba. Mi esposa le indicó que no volviera a venir más por aquí.

—No volverá a causarles molestias.

—¿No cree que le interese que le diga a Mary que he conocido a su hermano?

—Preferiría que no.

Sean paseó la mirada por el lujoso salón, mientras Master lo observaba.

—Para que lo sepa —declaró con calma—, los de Tammany no han

inventado este juego. Mis antepasados hacían lo mismo incluso antes de que Stuyvesant fuera gobernador. Supongo que siempre se ha dado ese tipo de cosas en las ciudades y siempre se seguirán dando. —Asintió con aire satisfecho—. Las caras cambian, pero el juego es el mismo.

—¿O sea que puede que un día mi nieto esté sentado en un sitio como éste?

—Puede. Parece usted un hombre con un gran futuro.

—Me gustaría —admitió Sean con sinceridad—. Quizás entonces mi hermana me vería con mejores ojos. —Calló un instante—. Me ha tratado usted

muy bien, señor, sobre todo teniendo en cuenta la gran diferencia que existe entre nosotros.

Master aspiró lentamente el humo, observando al joven con los ojos entornados.

—No es tanta la diferencia, O'Donnell —puntualizó—. Es sólo que a mí me tocaron mejores cartas en el juego.

Lincoln

❧ 1860 ❧

Cuando Hetty le pidió que lo acompañara, Frank estuvo a punto de rehusar. Y cuando se decidió a ir, en realidad no lo hizo por complacerla, sino porque resolvió que lo mejor sería ir a ver cómo era ese condenado Lincoln, ya que había acudido a Nueva York.

La primera vez que Frank Master oyó hablar de Lincoln fue dos años

atrás, cuando éste adquirió resonancia en Illinois al presentarse para el Senado en competición con Douglas, que ya ocupaba un escaño por el Partido Demócrata. Los dos candidatos mantuvieron una serie de debates públicos, de los que rindió buena cuenta la prensa y, puesto que el tema principal de aquellos enfrentamientos verbales había sido la cuestión de la esclavitud, Master había leído con atención todo lo relativo a ellos. Pese a que Lincoln no había ganado el escaño, Frank adquirió el convencimiento de que era un político hábil.

Después de aquello, de todas formas

Frank apenas había prestado atención a aquel abogado de Illinois hasta que, ese mismo mes, con el comienzo del año electoral, el influyente *Chicago Tribune* había anunciado de improviso que iba a apoyar su candidatura a la presidencia. Por ello, a pesar de que no compartía en absoluto el entusiasmo de su esposa y la humedad y el frío reinantes en aquella tarde de febrero, se dirigió con ella al Gran Salón del Instituto Cooper, situada en Astor Place. Puesto que éste se encontraba sólo a unas manzanas de distancia, decidió ir a pie.

Cuando salieron de Gramercy Park, ofreció el brazo a Hetty, que aceptó

posar el suyo en él. Unos años atrás aquel gesto habría sido lo más natural del mundo. Sabe Dios cuántos kilómetros habían caminado cogidos del brazo en los primeros tiempos de su matrimonio, cuando ella aún era la joven que lo había acompañado al acueducto Croton. Para entonces raras veces andaban de ese modo y, mirándola de reojo, él se preguntó cuándo había comenzado a instalarse aquella frialdad entre ambos.

Tenía la impresión de que todo se remontaba al momento en que ella había leído aquel libro infernal. En cualquier caso, *La cabaña del Tío Tom* no había

sido nada benéfico para su matrimonio. Frank se asombraba al constatar que la cuestión de la esclavitud pudiera haber constituido un elemento de fricción entre él y su esposa. Aunque, bien mirado, tampoco tenía por qué sorprenderse tanto cuando ese mismo asunto había acabado dividiendo a todo el país. El tema de fondo no sólo eran los pros y los contras de la esclavitud, sino la profunda diferencia de mentalidades que la discusión había hecho aflorar y frente a la cual él no podía hacer gran cosa.

Hetty creía que la esclavitud era algo malo y Frank tampoco estaba en desacuerdo con ella. Para él, el asunto

no era, sin embargo, tan simple.

—Tenemos que desenvolvernos en el mundo tal como es, no en como debería ser —aducía con calma.

Tampoco se trataba de un tema nuevo. Washington y Jefferson, propietarios de esclavos ambos, habían reconocido la incoherencia que suponía la práctica del esclavismo frente a los principios de la Declaración de Independencia. Los dos habían abrigado la esperanza de que la esclavitud fuera desapareciendo de manera paulatina, aunque sabían que sería algo muy difícil.

Un verano, hacía pocos años, Frank y Hetty habían ido a un centro de

vacaciones de Saratoga, en la cuenca alta del Hudson. En el hotel habían conocido a una encantadora familia de Virginia, propietaria de una pequeña plantación. A Frank le había agradado en especial el padre, un anciano caballero alto y elegante, de cabello gris, aficionado a sentarse en la biblioteca para leer un buen libro. Habían disfrutado de largas conversaciones, en el curso de las cuales el virginiano se había mostrado muy franco con respecto al tema de la esclavitud.

—Algunas personas aseguran que los esclavos son como los criados de la

familia para sus propietarios —había comentado—. Otros denuncian que reciben un trato peor que los animales. En cierto sentido, ambas afirmaciones son verdaderas, porque existen dos tipos de plantaciones con esclavos. En las pequeñas como la mía, los esclavos que trabajan en la casa son casi como sirvientes de toda la vida, y me parece que en los campos también reciben un trato correcto. Por otra parte, también tenemos interés en hacerlo. Hay que tener en cuenta que, en el siglo pasado, la mayoría de los esclavos eran importados. Los propietarios de esclavos podían permitirse ser

considerados o no... más bien se decantaban por lo segundo, me temo. Entonces, cuando ya habían sacado todo el jugo a un esclavo, compraban otro. A partir de comienzos de este siglo, sin embargo, el Congreso puso fin al negocio de la importación de esclavos. Como éstos debían haberse criado en la casa, los propietarios tenían un incentivo para tratarlos como a un ganado valioso, por así decirlo, en lugar de matarlos trabajando. Con ello se podría pensar que se mejoró la condición de los esclavos.

»En el Sur profundo, no obstante, existe un tipo de plantación totalmente

distinto. Se trata de una especie de enormes fábricas, en las que con frecuencia se explota al esclavo hasta la extenuación. —Asintió con pesar—. Las condiciones más parecidas con las que se puedan comparar son las factorías industriales y las minas de carbón de Inglaterra, donde los trabajadores sufren casi lo mismo, aunque ellos al menos reciben una mísera paga. La única diferencia es que... al menos en teoría... los pobres ingleses tienen algunos derechos, mientras que en la práctica, los esclavos no tienen ninguno. Esas grandes plantaciones, señor mío, consumen deprisa a los esclavos y

necesitan reponerlos con frecuencia. ¿Y de dónde los sacan? En general de los estados situados más al norte. Se los venden y los hacen bajar por el río, como dicen. Desde Virginia se mandan barcos repletos cada año.

—¿Usted también se los vende?

—No, pero yo no tengo muchos esclavos y, a diferencia de algunos de mis vecinos, no ando escaso de dinero. De lo contrario, la tentación sería grande. —Exhaló un suspiro—. No es que defienda el sistema, Master, sólo lo describo. Y la triste verdad es que los grandes hacendados del Sur necesitan esclavos, y muchos granjeros de

Virginia dependen de los ingresos que obtienen vendiéndoselos.

—Pero esos grandes hacendados son una minoría —señaló Frank—. La mayoría de los granjeros del Sur tienen pocos esclavos, o no tienen ninguno. ¿Qué incentivo tienen ellos para respaldar el sistema?

—El blanco del Sur, aunque sea pobre, siempre tiene al menos la posibilidad de considerar con desprecio al negro. Lo condicionan además dos grandes temores. El primero es que si algún día los esclavos negros llegaran a ser libres, su venganza sería terrible. El segundo es que, una vez libres, los

negros les quiten el trabajo y compitan con ellos por la propiedad de la tierra. Para lo bueno o lo malo, Master, la riqueza del Sur está íntimamente relacionada con los esclavos, como también su cultura. El Sur cree que el fin de la esclavitud sería su ruina y lo cierto es que siempre ha temido caer bajo el dominio del Norte. No quieren quedar a merced de los implacables neoyorquinos, que sólo piensan en el dinero, ni de los arrogantes puritanos yanquis. —Esbozó una sonrisa—. Ni siquiera de personas tan bondadosas como su esposa.

En todo lo relacionado con la

mecánica, Frank Master siempre se había sentido atraído por lo nuevo y osado. En cuestión de política, en cambio, al igual que su abuelo lealista, era de natural conservador. Si el Sur estaba ligado a la esclavitud, él era partidario de encontrar una solución intermedia. Eso era, al fin y al cabo, lo que habían venido haciendo el Congreso y el gobierno desde hacía medio siglo. No habían escatimado esfuerzos para mantener el equilibrio entre ambas culturas. Frente a los nuevos estados esclavistas que se habían creado, como Misisipí y Alabama, habían nacido otros de población libre en el Norte. Cuando

Misuri se incorporó a la Unión como estado esclavista tres décadas atrás, del norte de Massachusetts surgió el estado libre de Maine a fin de mantener compensada la balanza. A la inversa, el estado libre de Hawai no había adquirido el estatuto de estado debido a la oposición del Sur; Cuba, con una abundante población de esclavos, había estado varias veces a punto de anexionarse como nuevo estado esclavista.

En cuanto a la cuestión misma de la esclavitud, ¿no era preferible dejar de pensar en ella durante un tiempo? Incluso en el Norte, la mayoría de

estados todavía consideraban que el negro era inferior. Aunque eran libres, los negros de Nueva York, Connecticut y Pensilvania no podían votar. En 1850, la Ley de Fugitivos había declarado que quien no entregase al esclavo que se había escapado cuando su propietario sureño lo reclamaba incurría en un delito federal, aunque se encontrara en Rhode Island o Boston. Por más que suscitaran las iras de los moralistas y los abolicionistas, Frank Master consideraba indispensables tales concesiones.

En eso radicaba precisamente la diferencia entre él y Hetty. Frank Master

quería a su esposa por su inteligencia y su fuerza de carácter. Ella había sido su compañera intelectual en todo. Él comprendía que cuando creía con fuerza en algo, no podía quedarse callada, y no se sorprendió cuando se comprometió con la causa del abolicionismo. No obstante, aunque concedía que los abolicionistas tenían la razón desde un punto de vista moral, él opinaba que no eran sensatos.

Al principio, cuando ella le llevaba la contraria, había intentado quitarle hierro al asunto. No obstante, a medida que transcurría el tiempo, ella se había vuelto más apasionada. Un día, de

regreso de una reunión donde había escuchado el sermón de un influyente sacerdote abolicionista, había llegado al extremo de hincarse de rodillas delante de él.

—La esclavitud es algo malo, Frank; en el fondo de ti sabes que lo es. Únete a nosotros, por favor —le rogó—. Otros como tú lo han hecho. No podemos permitir que esto continúe.

Para ella, aquella cuestión tenía un hondo calado y estaba tan imbricada con la moral individual de cada cual, que consideraba imposible no asumir una posición activa. Él, sin embargo, no podía o no quería hacerlo.

Poco a poco, de forma involuntaria, aquella cuestión había ido haciendo mella en el elevado concepto que ella tenía de su esposo, y al notar que disminuía su respeto, él se había ido distanciando un poco de ella y a veces discutían. Era cierto, por ejemplo, que, convencidos por los argumentos moralizadores de los predicadores, un buen número de comerciantes y banqueros de la ciudad se habían vuelto abolicionistas, pero no eran la mayoría. Nueva York transportaba el algodón, proporcionaba préstamos y vendía toda clase de artículos a los hacendados sureños. ¿Acaso debía aconsejar a sus

amigos una vía que los llevaría a la ruina?, planteaba Frank. Ella replicaba que debían encontrar otras modalidades de comercio.

—No tienes más que fijarte en los ingleses —argüía él—. Están completamente en contra de la esclavitud, pero las hilaturas de algodón de Inglaterra no cierran porque los esclavos lo hayan recogido.

—Entonces son despreciables —espetó ella.

Al sospechar que aquellas valoraciones de juicio también debían de ser aplicables a su persona, Frank se sentía dolido y a la vez irritado con su

mujer.

Durante los primeros años, a medida que empeoraban las relaciones entre el Norte y el Sur, se había negado a dejarse llevar por ninguna retórica. Y cuando estalló la gran disputa, no a cuenta de los estados, sino de los territorios que se extendían más allá de éstos, había insistido en que se debía analizar con calma la cuestión, como si se tratara de un problema práctico de ingeniería.

—A mí me encanta el ferrocarril — señaló un día a Hetty—, pero en realidad es el que ha causado todo este conflicto.

Puesto que todo el mundo coincidía

en que el Medio Oeste necesitaba una conexión por tren, en 1854 los próceres de Chicago habían decidido que era hora de construir una vía transcontinental que atravesara las vastas y agrestes extensiones de Kansas y Nebraska. El único problema era que ninguna de las compañías de ferrocarril estaba dispuesta a efectuar la inversión hasta que el Congreso no hubiera organizado aquellas salvajes regiones del Oeste en territorios acotados. Habría sido sin duda una lástima, concedía Frank, que, después de un forcejeo, el Congreso hubiera cedido a la presión del Sur y dictaminado que se permitiera

la esclavitud en aquellos nuevos territorios.

—Es una decisión insensata —había denunciado en su momento—. En esas tierras no hay casi ningún esclavo, y la mayoría de los colonos no están interesados en tenerlos.

En aquel asunto de índole política no era la realidad lo que pesaba en la balanza. Enseguida, los políticos más exaltados del Norte y del Sur saltaron a la palestra.

—El territorio de Nebraska llega hasta la frontera de Canadá —se quejaban los del Norte—. Los esclavistas sureños pretenden desbordar

el marco.

Cuando se fundó el nuevo Partido Republicano del Norte con el objetivo de mantener la esclavitud fuera de sus territorios, sus dirigentes, incluido Abraham Lincoln, pronto expresaron la sospecha de que el Sur intentaría imponer la esclavitud en todo el país.

—Esos nortños abolirían la esclavitud y dejarían al blanco pobre en una situación igual de mala que la del negro —replicaban desde el Partido Demócrata del Sur.

Algunos propusieron que los nuevos territorios decidieran por sí mismos si querían ser «terreno libre» o autorizar la

esclavitud. Los reformistas nortños enviaron colonos partidarios del terreno libre a Kansas; el Sur envi3 propietarios de esclavos. Los enfrentamientos sangrientos no tardaron en producirse. Incluso en Washington, un representante sureño asest3 un bastonazo en la cabeza a un senador del Norte.

Fue entonces cuando, de manera m3s que inoportuna, el Tribunal Supremo concedi3 un imprevisto regalo al Sur. En su fallo sobre el caso Dred Scott, el tribunal declar3 que el Congreso no ten3a el derecho de prohibir la esclavitud en ning3n territorio y que los Padres Fundadores jam3s tuvieron

intención de que los negros alcanzaran la condición de ciudadanos. Hasta el mismo Frank quedó asombrado y Hetty estaba escandalizada.

Finalmente, para acabar de añadir leña al fuego, John Brown había asaltado el arsenal de Harper's Ferry, en Virginia, con la descabellada intención de suscitar un levantamiento de esclavos. La iniciativa estaba condenada de entrada al fracaso, y Brown fue condenado a la horca por el estado de Virginia.

—John Brown era un héroe —informó enseguida Hetty a Frank.

—No era ningún héroe —disintió él

—, era un loco. Su ataque al arsenal fue un puro desatino. Además, parece olvidar que él y sus hijos ya habían matado a sangre fría a cinco hombres, sólo porque eran partidarios de la esclavitud.

—Eso es lo que dices tú.

—Porque es verdad.

A comienzos de 1860, las relaciones entre el Norte y el Sur no podían ser peores. Había además otro factor que, en opinión de Frank, volvía aún más inestable la situación.

Frank Master contaba con la experiencia suficiente para saber que, como el tiempo, el gran sistema

económico transatlántico poseía sus propios ciclos. De la bonanza a la quiebra, funcionaba de una forma circular, y acababa siempre agrandándose, aunque sujeto a unas crisis que sobrevenían al cabo de unos cuantos años. Éstas arrastraban a la ruina a más de un negociante, aunque si uno obraba con prudencia, la depresión podría ser tan beneficiosa como la expansión.

Desde hacía un tiempo, el sistema transatlántico sufría una tempestuosa agitación económica. No todo el mundo había padecido las consecuencias, con todo... sus propios negocios había

llegado incluso a prosperar. Los que no se habían visto afectados en absoluto habían sido los grandes hacendados sureños. En periodos de expansión o de recesión, parecía que el mundo siempre necesitaba más algodón. Las grandes plantaciones del Sur nunca habían sido más florecientes.

—El algodón es el rey —podían declarar, muy ufanos. Y su confianza en la buena estrella del Sur era tanta que algunos incluso llegaban a aventurar—: Si los yanquis eligen a un republicano para arruinarnos, ya se puede ir al infierno la Unión. El Sur puede vivir solo.

En el Norte eran pocos los que se tomaban en serio tales afirmaciones, por supuesto.

—Esos fanfarrones del Sur dicen cosas absurdas —comentó con desdén Hetty.

Frank no estaba, en cambio, tan seguro.

Las próximas elecciones presidenciales podían entrañar, en su opinión, una situación de peligro. Pese al respaldo del *Chicago Tribune*, él no consideraba a Lincoln como el candidato republicano más adecuado; había otros con más cualidades. De todos modos, tenía curiosidad por ver

cómo era ese tal Lincoln.

La enorme mole roja del Instituto Cooper ocupaba un triángulo entre la Tercera Avenida y Astor Place. Frank siempre había admirado a su fundador, Peter Cooper, un industrial autodidacta que había construido el primer tren a vapor antes de abrir aquel magnífico centro destinado a dar clases nocturnas gratuitas a los trabajadores y clases diurnas a las mujeres. La parte más impresionante del edificio era, para él, el Gran Salón. Hacía tan sólo un año que había acudido allí para la inauguración

oficial del Instituto Cooper, en la que Mark Twain había pronunciado el discurso inaugural, pero desde entonces el Gran Salón se había convertido ya en uno de los lugares más demandados de la ciudad para la celebración de actos.

Llegaron con antelación y se felicitaron por ello, porque la sala se estaba llenando muy deprisa. Tras pasear la mirada en derredor, Frank efectuó un rápido cálculo.

—En todo caso, ese hombre es capaz de reunir una multitud. Esta noche habrá aquí unas mil quinientas personas.

Mientras transcurrían los minutos, Hetty se entretenía observando a los

asistentes y, de vez en cuando, veía a algún conocido. Frank se conformó con rememorar el máximo posible de detalles concernientes a los debates que habían mantenido Lincoln y Douglas. Al cabo de un rato, cedió a la tentación de sacar a colación uno de los puntos de controversia.

—Ese señor Lincoln cree en la libertad y en la igualdad para los negros, ¿verdad, Hetty?

—Desde luego.

—Pues en los debates de Illinois, y me acuerdo muy bien de eso, afirmó que bajo ningún concepto pensaba conceder el derecho de voto a los negros ni

permitir que participaran en un jurado. ¿Qué piensas de eso?

—Pienso que es algo muy simple, cariño —contestó Hetty, sosteniéndole la mirada—. Si hubiera dicho lo contrario, jamás saldría elegido.

Frank se disponía a señalar que, por lo visto, estaba dispuesta a hacer concesiones morales según le convenía, cuando el movimiento que se produjo al lado del estrado indicó el inminente comienzo del acto.

La presentación del orador fue breve, limitada sólo a unas ligeras pinceladas sobre su persona y la expresión del deseo de que el público le

dispensara una buena acogida y hallara interés en sus palabras. Luego apareció Abraham Lincoln.

—Dios santo —murmuró Frank.

En los periódicos había visto un par de fotos suyas y había pensado que había quedado desfavorecido. La visión por vez primera de Lincoln en carne y hueso lo dejó anonadado.

Hacia el centro de la tarima acudió con andar rígido, algo cargado de hombros, un hombre muy alto, delgado y de pelo oscuro. Un metro noventa, por lo menos, calculó Frank. Llevaba una larga levita negra; a un lado pendía un larguirucho brazo, mientras el otro

estaba doblado, pues en su gran mano llevaba un fajo de papeles. Cuando llegó al centro del estrado, se volvió hacia la multitud. Entonces Frank contuvo una exclamación.

Las arrugas de la afeitada cara de Lincoln eran tan profundas que semejaban abismos. Bajo las enmarañadas cejas, los ojos grises con que observaba a los asistentes tenían una mirada grave, como carente de esperanza. Frank pensó que aquél era el rostro más triste que había visto en toda su vida. Con las manos colocadas detrás de la espalda, Lincoln siguió mirándolos un momento, antes de tomar la palabra.

Entonces Frank dio un respingo. No pudo evitarlo. De aquel individuo alto y anguloso brotó un sonido tan agudo, áspero y desagradable que era como si a uno le rasparan el oído. ¿Y aquél era el hombre que el periódico de Chicago quería aupar a la presidencia? No obstante, como no tenía nada más que hacer, se puso a escucharlo; al cabo de cierto tiempo, había reparado en varias cosas.

En primer lugar, Lincoln no intentaba apoyarse en una retórica ampulosa ni apelar a las emociones. Él argumentaba de una manera simple, clara y meticulosa, a la manera de un abogado.

Enardecidos por la extraña sentencia del caso Dred Scott, sus adversarios habían alegado que los Padres Fundadores que elaboraron la Constitución nunca tuvieron la intención de conceder al Congreso el derecho de prohibir la esclavitud o legislar sobre ella en ningún territorio. Lincoln había efectuado indagaciones sobre el asunto y había encontrado pruebas de que de los treinta y nueve Padres Fundadores, veintiuno habían, de hecho, legislado concretamente sobre aquella cuestión. El mismo Washington había firmado medidas destinadas a prohibir la esclavitud en los territorios ceñidos a la

ley. De ello se desprendía que o bien los Padres Fundadores estaban en desacuerdo con su propia Constitución, o bien ésta confería al Congreso el derecho a tomar esa clase de decisiones.

Lincoln podría haberse limitado a anunciar aquel descubrimiento como un hecho estadístico, de cariz legal, y a añadir algunas frases ampulosas para recalcarlo. Su talento oratorio radicaba, por el contrario, en su actitud meticulosa. Despacio y de manera deliberada, detallando la fecha, especificando los nombres de los Padres Fundadores en cuestión y explicando las circunstancias del caso, Lincoln analizó

cada voto. Una y otra vez repitió el proceso y, en todos los ejemplos, llegó a la misma conclusión con casi idénticas palabras: «Que nada a su juicio, ninguna autoridad local disidente de la Administración federal ni nada contenido en la Constitución, prohibía que el gobierno federal ejerciera control sobre la esclavitud en el territorio federal». Aquella manera de repetir las palabras, sin martillazos ni triunfalismos, con una actitud calmada y razonable, como en un diálogo entre dos personas, tenía un efecto devastador.

No efectuó ninguna otra reivindicación. Simplemente demostró,

sin dejar rastro de duda, que el Congreso tenía derecho a decidir sobre el asunto. Al ceñirse al ámbito de la razón, mantuvo al público pendiente de cada una de sus palabras, embelesado.

Y a medida que iba entrando en materia, fue como si en el orador se operase una extraña transformación. Su expresión se relajó; parecía como si estuviera inspirado por una luz interior. De vez en cuando levantaba la mano derecha, para cobrar ardor, y hasta agitaba su largo dedo índice en el aire para enfatizar algún argumento. Lo más extraordinario de todo fue, según advirtió Frank, que ya no tenía siquiera

conciencia de la voz de Lincoln. Lo único que sabía era que el hombre que tenía ante sí estaba imbuido de una autoridad excepcional.

Una vez hubo despachado la cuestión de la potestad republicana en torno a la cuestión del esclavismo en los territorios federales, Lincoln pasó a exponer otras cuestiones. La primera era que su partido creía en la Constitución y que la amenaza de secesión expresada por el Sur en el supuesto de que saliera elegido un presidente republicano equivalía a apuntar con un revólver en la cabeza a los votantes del Norte. No obstante, también tuvo frases de

advertencia para sus propios correligionarios de partido. Les dijo que debían hacer todo lo posible para convencer al Sur de que aunque los republicanos no vieran con buenos ojos la esclavitud, no abrigaban intenciones ofensivas contra los estados esclavistas ya existentes. Para tranquilizar al Sur, debían respetar las leyes relativas a los fugitivos y devolver los esclavos a sus propietarios.

Después de dispensar aquellas recomendaciones de prudencia, puso fin a la alocución con un breve resumen de la postura moral de su partido. Aunque había que consentir la esclavitud en el

Sur, porque ya existía allí y la necesidad la imponía, los republicanos iban a mantenerse firmes en sus creencias. A continuación puso el broche final con una breve pero vibrante peroración.

—Mantengamos la fe en el triunfo de la razón y, confortados por ella, mantengamos la osadía de cumplir nuestro deber de acuerdo con los dictados de nuestra conciencia.

Recibió una estruendosa ovación. Frank quedó igual de impresionado que el resto de los presentes: había visto a un brillante orador, un político que aunque pregonaba rectitud moral, era realista. Detrás de las palabras de

Lincoln, había creído detectar cierto desdén puritano hacia el Sur, cosa bastante comprensible, por otra parte.

—¿Y bien, Frank —inquirió Hetty cuando emprendían el camino de regreso —, qué te ha parecido?

—Impresionante.

—A mí también. Me alegro de que estemos de acuerdo en eso —señaló, con una sonrisa.

—Yo también —admitió con afabilidad.

—Yo creo que va a ser presidente, Frank.

—Podría ser.

Hetty asintió y le ofreció el brazo

como en la ida. Al enlazarlo con el suyo, ella le dio un ligero apretón.

Por ello, él omitió expresar lo que realmente pensaba: la aprensión con que contemplaba el futuro en caso de que Lincoln llegara a la presidencia.

El reclutamiento

❧ 1863 ❧

Hacía un espléndido día de julio, azul y luminoso. Mary estaba tan contenta que abrazó a Gretchen, mientras paseaban por el parque en el bonito carruaje abierto de la señora Master.

—Te tengo preparada una sorpresa —anunció Gretchen.

—¿Qué es?

—Antes de que tomemos el transbordador. Espera y verás.

Nadie habría dicho que la ciudad estaba en guerra. No había ni un soldado a la vista y el parque lucía magnífico, muy verde.

Dos semanas atrás, el escenario era distinto. A finales de junio, cuando el general Lee y los confederados habían cruzado el río Potomac y se habían adentrado en Pensilvania, Nueva York se hallaba en un estado de efervescencia. Todos los regimientos de la ciudad se habían trasladado al Sur para reforzar el ejército de la Unión.

—Pero si Lee los derrota o esquivo un enfrentamiento con ellos —advirtió Master—, podría llegar aquí en cuestión

de días.

A comienzos de julio, en Gettysburg se había iniciado una reñida batalla. Al principio nadie sabía quién ganaba, pero el cuarto y último sábado del mes, los telegramas transmitieron la noticia de que la Unión había obtenido una gran victoria.

—Me parece, querida Mary, que lo más seguro para ti será que te vayas de vacaciones —le había dicho el martes la señora Master.

Por fin libre. Las vacaciones estaban previstas desde hacía un mes. El marido de Gretchen había insistido en que ésta necesitaba una semana de descanso. Él

seguiría ocupándose de la tienda, mientras sus tres hijos permanecían cerca, al cuidado de los padres de Gretchen. Habían acordado que Mary iría con Gretchen, para que así pudiera viajar con seguridad y respetando las reglas del decoro, al tiempo que disfrutaba de la compañía de su amiga. Habían reservado un respetable hotel en Long Island. Para esa tarde, antes de tomar el transbordador, la señora Master había tenido la amabilidad de ofrecerles su carruaje, de modo que, para empezar, habían dado una vuelta por Central Park.

Entre los hijos de Gretchen y la tienda que debía atender ésta, las dos

amigas ya no tenían tantas ocasiones de verse como antes. Siempre habían mantenido el contacto, sin embargo, y Mary era madrina de uno de los pequeños. Ambas estaban pues encantadas con aquella oportunidad de pasar una semana juntas en la playa, y ya estaban riéndose como un par de chiquillas.

—Mira, aquí estamos las dos paseando como distinguidas señoras — exclamó Mary.

Le fascinaba Central Park. Hacía pocos años que habían dispuesto aquel rectángulo de cuatro kilómetros de largo, proyectado por Olmstead y Vaux,

con objeto de proporcionar un espacio de asueto, un «pulmón» en el centro de lo que ya se preveía como un trazado completo de calles. Para ello habían desecado pantanos, eliminado un par de aldeas y allanado colinas. En su lugar las extensiones de césped, estanques, bosques y senderos ofrecían unos paisajes casi tan elegantes como el Hyde Park de Londres o el Bois de Boulogne contiguo a París. Los contratistas habían incluso realizado el trabajo sin que mediara en él ningún tráfico de influencias, lo cual resultaba absolutamente extraordinario.

Las dos amigas iban en todo caso

muy bien vestidas. Gretchen se lo podía permitir, pero Mary también tenía unos cuantos vestidos bonitos. Las criadas de Nueva York ganaban dos veces más que una obrera de una fábrica, además de recibir alojamiento y manutención, y muchas de ellas enviaban dinero a sus familias. Durante los catorce años que llevaba con los Master, sin tener a nadie a su cargo, Mary había ahorrado una bonita suma.

Claro que, si alguna vez hubiera necesitado dinero, Sean la habría ayudado. Su hermano se estaba enriqueciendo. Ocho años atrás, se había quedado con el bar de Nolan, de

Beekman Street; cuando ella le preguntó qué había sido de éste, él respondió de manera evasiva.

—No se llevaba bien con algunos de los chicos —explicó vagamente—. Creo que se fue a California.

En realidad, le importaba poco adónde hubiera ido a parar Nolan. En cualquier caso, había algo seguro: Sean estaba ganando una fortuna con el bar. Se había casado y tenía una familia, y se había vuelto casi una persona respetable.

—No tienes por qué trabajar de criada, ¿sabes? —le decía—. En mi casa siempre habrá sitio para ti cuando

quieras.

Ella prefería, con todo, mantener su independencia. Además, a aquellas alturas se sentía en casa de los Master como en su propio hogar. Cuando la pequeña Sally Master sufría algún contratiempo, no tardaba mucho en llamar a la puerta de su habitación. Cuando el joven Tom Master regresaba de Harvard para las vacaciones de verano, Mary sentía el mismo anhelo y placer que si se hubiera tratado de su propio hijo.

Aún no había descartado del todo la idea de casarse. Todavía no era demasiado tarde, siempre que

encontrara a la persona adecuada, pero ésta no parecía presentarse nunca. Si Hans le hubiera pedido en matrimonio, seguramente habría aceptado, pero éste se había casado hacía años. El tiempo había pasado y para entonces nunca pensaba en él... Bueno, casi nunca.

—A la Quinta, James —indicó Gretchen al cochero.

Al cabo de un minuto salieron por la esquina meridional del parque a la vía pública.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mary, sin obtener respuesta de su amiga.

Broadway había sido durante generaciones el centro de gravitación de

la vida social, pero la Quinta Avenida comenzaba a disputarle la prominencia y aunque el distinguido Central Park aún no estaba rodeado por la ciudad, las mansiones aisladas de la Quinta se acercaban ya a él.

La primera casa destacable, a siete calles de distancia de la zona verde, era una mansión palaciega casi a punto de acabar.

—Es de madame Restell —le informó Gretchen—. Fíjate con qué lujo vive.

Después de ganar una fortuna con las actividades de su marido, que practicaba abortos para la gente

puddiente de la ciudad, madame Restell había decidido construirse en la Quinta Avenida una casa donde retirarse. Mary la contempló con cierto horror, aunque no se santiguó como hizo ante el edificio que vio a continuación en otra manzana.

En el 50 de la Quinta se alzaba la catedral de Saint Patrick. Había transcurrido una década desde que el cardenal Hughes había colocado la piedra angular del gran templo destinado a acoger la creciente población de irlandeses católicos. La iglesia Trinity, con su estilo gótico, había resultado imponente durante un tiempo, pero la vasta catedral gótica de la Quinta

Avenida se había erigido con la clara voluntad de poner en su sitio a los episcopalianos protestantes y hacer de ella un potente símbolo del honor que también se debía a los irlandeses católicos.

Mary estaba orgullosa de Saint Patrick. A medida que transcurría el tiempo, la Iglesia se había convertido en una fuente de consuelo para ella. Se trataba de la religión de su infancia, de su gente. Al menos uno sabía que siempre estaría allí. Acudía a misa todos los domingos y confesaba sus escasos y veniales pecados a un sacerdote que le dispensaba

bondadosamente la absolución y con ella la renovación de la vida. Rezaba en la capilla, donde las sombras abarcaban todas las lágrimas humanas, los cirios prometían amor y el silencio representaba, para ella, la quietud de la Iglesia eterna. Con aquel alimento espiritual, su vida estaba casi completa.

Siguieron bajando por la Quinta y tras dejar atrás el orfanato para niños negros de la Cuarenta y Tres y el esplendoroso depósito de agua con aires de fortaleza, llegaron a Union Square, donde enfilaron la Bowery.

—¿Has adivinado adónde vamos?
—inquirió Gretchen.

Theodore Keller tenía un estudio de fotografía bien equipado, dividido en dos ámbitos. En el más reducido, había una cámara dispuesta frente a una silla situada delante de una cortina. Al igual que los otros fotógrafos de la Bowery, la actividad con que se venía ganando el pan en los últimos años consistía en sacar rápidos retratos de jóvenes que posaban muy ufanos, o bien con aire apocado, enfundados en sus flamantes uniformes, antes de partir a luchar al Sur. Con aquel sistema, mucho más rápido que los antiguos daguerrotipos y fácil de reproducir en papel, sacaba a

veces hasta treinta fotos al día. Con eso pagaba el alquiler. Al principio, aquellos retratos tenían un aire festivo, como las fotografías tomadas al borde del mar. Poco a poco, no obstante, a medida que aumentaban las bajas causadas por la Guerra de Secesión, se había dado cuenta de que los pequeños retratos que tomaba eran más parecidos a lápidas, los recordatorios que dejaban unos pobres diablos que se veían apartados para siempre de su familia. Por ello, cuando procuraba hacer de cada humilde reproducción una obra lo más espléndida posible, no explicaba nunca a su cliente el motivo de su celo.

La sección más espaciosa del estudio era menos austera. Allí había un sofá, unas bonitas cortinas de terciopelo, numerosos telones de fondo y accesorios para fotos más elaboradas. Cuando no trabajaba, aquélla era la habitación donde se relajaba, y toda persona perspicaz habría advertido ciertos indicios que revelaban que él se consideraba no sólo un profesional, sino un artista, con un toque incluso de bohemio. En un rincón, protegido en su funda, había un violín al que tenía afición a tocar. En una pequeña mesa redonda adosada a la pared solía dejar los libros que leía en ese momento.

Aquel día, además de una edición bastante manoseada de los cuentos de Edgar Allan Poe, había dos finos libros de poesía. Uno de ellos, *Las flores del mal* de Baudelaire, estaba escrito en francés, pero los otros poemas eran de un americano, y si no hubiera sido su propia hermana quien venía a visitarlo, habría tomado la precaución de ponerlos a recaudo de la vista en un cajón.

Aún no había decidido qué fondo utilizaría para aquella foto. Si tenía tiempo, le gustaba observar a los modelos, elegir un escenario y colocarlos en él según la inspiración del momento. A Gretchen y a su familia los

veía con frecuencia, por supuesto, pero hacía bastante que no había visto a Mary. Además, quería verlas a las dos juntas, reparar en su ropa y en su aspecto de aquel momento, antes de decidir el marco más apropiado.

El joven había considerado admirable la idea de su hermana de regalarle una foto suya a Mary, de modo que había resuelto realizarla gratis.

Cuando las dos mujeres llegaron al estudio, advirtió que Mary estaba a la vez complacida y algo cohibida. Lo primero que hizo, por consiguiente, fue enseñarle algunos de los mejores retratos que había hecho. Aunque ella

supuso que lo hacía para suscitar su admiración, su propósito era otro: tras observar su expresión y escuchar sus comentarios, pronto tuvo una idea precisa de qué tipo de imagen querría que plasmara de ella.

El arte de la fotografía comercial guardaba, en su opinión, un asombroso parecido con el de la pintura. El modelo debía permanecer quieto, desde luego... según las condiciones de exposición, el proceso podía durar más de treinta segundos. Después había que tomar en consideración el color de las luces que utilizaba —a menudo, la luz azul facilitaba mejores resultados— y

también la incidencia de ésta. Con una buena colocación de las luces, que hacía que la cara del modelo proyectara sombras, podía resaltar los verdaderos volúmenes de la cabeza, la estructura y los rasgos de la cara, el carácter de la persona. A veces podía hacerlo, pero, normalmente, la gente no deseaba obtener una foto que revelara su personalidad, sino que buscaba algo diferente, de un estilo elegante y convencional, que para él, carecía totalmente de interés. Y estaba acostumbrado a servirles lo que deseaban, con la esperanza de que, con un poco de suerte, la sesión presentara

algún reto técnico que lo entretuviera.

Las expectativas de Mary eran simples. Sólo quería salir con la apariencia de una dama, un poco más joven de lo que era. En cuestión de veinte minutos, pudo sacarle un retrato, sentada en una silla tapizada, delante de una cortina de terciopelo y una mesa con un jarrón... una foto de la que sin duda se sentiría muy satisfecha y que entregaría a su familia para que un día alguien pudiera decir: «Mira, ésta es la tía Mary cuando era joven. Era una dama bastante guapa».

El caso de Gretchen era distinto, porque ella ya tenía los retratos que

necesitaba. En los últimos años, había observado en ella, no obstante, algunos sutiles cambios de actitud. Éstos se debían en parte, como era lógico, a que ella lo había oído hablar de su trabajo y había empezado a entender la diferencia que había entre lo interesante y lo anodino. Sin embargo, había algo más que últimamente había detectado varias veces: un humor malicioso, un espíritu de aventura e incluso un asomo de anarquía, tal vez, bajo su plácida fachada exterior. ¿Podría ser que Gretchen tuviera unas secretas tendencias ocultas?

—Es hora —anunció— de que

compongamos nuestro cuadro.

No habría podido precisar por qué, pero Theodore sabía ahora qué quería. Hacía un tiempo que no utilizaba aquel telón de fondo, que mucha gente habría considerado pasado de moda. En el fondo del estudio encontró lo que buscaba.

Se trataba de una escena campestre dieciochesca, florida, rococó y sensual. Podría haber sido un decorado pintado por Watteau o Boucher para la corte francesa. Delante, colocó un columpio, en cuyas cuerdas anudó unas cintas acordes con el ambiente de la escena pintada. Luego sacó un par de amplios

sombreros de paja que les hizo poner.

—Mary, siéntate en el columpio —ordenó—. Gretchen, quédate de pie detrás.

El resultado era bueno, divertido y lleno de encanto. Indicó a Gretchen que fingiera empujar a Mary en el columpio. Le costó un par de minutos cuadrarlo todo, pero al final parecía realmente que el columpio estuviera a punto de salir propulsado al aire. Entonces les pidió que no se movieran y tomó la foto.

—Otra —dijo Mary.

Sin discutir, preparó la cámara y se colocó debajo de la tela negra. En ese preciso instante, Gretchen alargó la

mano y dio un manotazo al sombrero de Mary. Ésta se echó a reír y sacudió la cabeza hacia atrás. En el momento en que se le soltaba el pelo, Theodore tuvo un destello de inspiración y disparó la foto.

Al salir de debajo de la tela, observó a las dos mujeres, a su hermana con su sonrisa maliciosa y a Mary con el cabello en libertad, y entonces pensó: «¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo hermosa que es?».

Les ofreció limonada y tarta de comino, y se pusieron a charlar de sus familias y de las vacaciones. Él estuvo muy atento con Mary, mientras Gretchen

observaba alegremente el estudio. De repente, posó la mirada en el libro de poesía.

—¿Qué es esto, Theodore? —preguntó.

—Es un libro malo, Gretchen —le advirtió con una sonrisa.

—*Hojas de hierba* —leyó ella—. Walt Whitman. Ya he oído este nombre.

—Escribió un poema titulado «¡Batid, batid, tambores!» sobre la guerra, que se hizo bastante famoso hace un par de años. Pero este librito se publicó antes y causó cierto escándalo. Las poesías son interesantes, de todas formas.

Al mirar a Mary, Theodore advirtió con sorpresa que ella se había sonrojado. Puesto que, por lo que él sabía, el contenido de aquellos versos imbuidos de erotismo homosexual nunca había trascendido más allá de los círculos literarios, sintió curiosidad por saber cómo Mary había llegado a saber algo al respecto. De todos modos, prefirió no preguntarle nada. Luego se le ocurrió de repente que tal vez supondría que, si él leía aquel tipo de poesía, era porque él mismo compartía aquellas tendencias.

—Whitman tiene talento, pero yo creo que Baudelaire es aún mejor —

dictaminó—. Ahora escuchad esto. Imaginad que estáis en una isla bajo el sol de verano. Todo está en calma y sólo se oyen las olas que lamen la orilla. El poema se titula «Invitación al viaje».

—Pero está en francés —objetó Mary, que ya se había recuperado de su turbación.

—Escucha sólo cómo suena —le dijo, antes de comenzar a leer—: «*Mon enfant, ma soeur, Songe à la douceur, D'aller là-bas vivre ensemble...*».

Mary escuchó. Su azoramiento duró sólo un momento, después de que Theodore mencionase a Walt Whitman. Tampoco era que supiera gran cosa de

él, pero recordaba el nombre por una conversación que había oído una vez en una cena en casa de los Master. Por eso sabía que el señor Whitman estaba considerado como un hombre indecente y tenía cierta idea de lo que aquello podía significar. De improvviso había sentido vergüenza ante la posibilidad de que Theodore pudiera suponer que ella sabía algo sobre esa clase de personas, y por eso se había ruborizado. Decidida a no volver a ponerse en evidencia, se mantuvo muy callada, escuchando.

Nadie le había leído un poema hasta entonces, y mucho menos en francés, pero tenía que reconocer que los suaves

y sensuales sonidos se parecían bastante a las olas del mar, y supuso que si hablara ese idioma, encontraría aquellos versos tan magníficos como los consideraba Theodore.

—Gracias, Theodore —dijo educadamente, cuando él concluyó la lectura.

—Os enseñaré algunas obras mías antes de que os vayáis —propuso él de repente.

Mary no supo a qué se refería, pero mientras Theodore sacaba unas carpetas de unos cajones, Gretchen se lo explicó.

—Esto supone un gran honor, Mary —le aseguró—. Aunque se gana la vida

con los retratos, para Theodore lo importante son las obras que hace por iniciativa propia. Casi nunca habla de eso.

Ya de vuelta, Theodore depositó las carpetas en la mesa y las abrió. Entonces Mary pudo observar unas fotografías radicalmente distintas de los retratos que había visto. Unas cuantas eran imágenes de personas, alguna de las cuales estaban tomadas de cerca. La mayoría eran de mayor tamaño, a menudo en formato de paisaje. Había escenas de las calles de la ciudad y del campo; había estudios de callejones y patios con juegos de luces y sombras;

había fotos de golfillos y mendigos, del trajín de los muelles, del puerto, de los barcos en medio de la niebla...

Mary no estaba segura de cómo debía interpretar algunas de ellas, cuyo contenido le parecía un puro fruto del azar. Le bastó lanzar una ojeada a Gretchen y reparar en la manera como las escrutaba con gran atención para comprender que aquello exigía alguna clase de observación especial, alguna organización de la imagen que ella no entendía. También le resultaba extraña la actitud de Theodore. Aunque seguía siendo el mismo joven de ojos separados que conocía desde siempre,

la seriedad y el aire abstraído que había encontrado tan graciosos en él en la infancia se habían transformado ahora que ya era un adulto. La concentración y la intensidad de su cara le recordaron la expresión que tenía Hans cuando tocó el piano para ella. Al ver a los dos hermanos juntos apreciando ese arte que ella no entendía, lamentó no poder compartirlo con ellos.

Hubo una foto que le impactó en especial; estaba tomada en el West Side, en el punto donde las vías del ferrocarril bordeaban el río Hudson. Arriba, los relucientes bordes de los densos nubarrones parecían reflejar el apagado

brillo de metal de los raíles. Al lado, privado en cambio de todo fulgor, el río era una gigantesca y oscura serpiente. Y sobre las vías, algunas más cerca y otras ya en la lejanía, caminaban dispersas las tristes figuras de los negros que salían de la ciudad.

Aquella era una escena bastante común, no le cabía duda. El ferrocarril subterráneo, como lo llamaban todos, siempre había traído esclavos fugitivos a Nueva York. Ahora, con la Guerra de Secesión, aquella afluencia había adquirido dimensiones de marea, de tal modo que, al llegar a Nueva York, la gran mayoría de los negros no

encontraban ni trabajo ni buena acogida. Por ello, todos los días se los podía ver partiendo por otra clase de raíles, con la esperanza de poder montarse a un tren en marcha o, como mínimo, seguir aquel camino de hierro que conducía al lejano norte, donde quizás alguien los recibiría mejor.

Con su extraña e irreal luz, el duro destello de las vías y la negrura del río, la fotografía captaba a la perfección la desolada poesía de la escena.

—¿Te gusta? —preguntó Theodore.

—Mucho —repuso—. Es muy triste, pero...

—¿Dura?

—No me había dado cuenta de que una vía de ferrocarril como ésa —explicó, esforzándose por hallar la manera de expresarlo— podía ser también hermosa.

—Ajá. —Theodore miró, complacido, a su hermana—. Mary tiene buen ojo.

Tuvieron que irse poco después.

—Ojalá pudiera comprender las fotografías como tú, Gretchen —dijo Mary, mientras iban hacia el sur para tomar el transbordador.

—Theodore me enseñó un poco, eso es todo. Yo te puedo transmitir algo, si quieres.

El trayecto en transbordador, desde Battery Point, duraba un par de horas. En un día soleado, era una delicia cruzar la punta superior de la gran bahía, por donde los barcos entraban en el East River. Desde allí siguieron la enorme curva de la costa de Brooklyn hasta que, cerca del estrecho que separaba Brooklyn de Staten Island, se adentraron despacio en la inmensidad del Lower Bay.

—Ahí está Fort Lafayette —señaló en determinado momento otro pasajero—. Allí tienen a bastantes hombres del Sur, que el presidente retiene sin cargos ni juicio.

No quedó claro, con todo, si aprobaba o rechazaba aquella violación de los derechos de los sureños.

Tampoco en ese momento a Gretchen y Mary les interesaba conocer la suerte de aquellos prisioneros, pues, con la cara rociada por la salobre brisa del Atlántico y mientras el barco comenzaba a cabecear con vigor sobre las agitadas aguas, percibieron el primer atisbo, por el sureste, de las amplias playas adonde se dirigían: Coney Island.

La pelea que tuvo lugar a la tarde siguiente entre Frank Master y su esposa

se desarrolló exactamente según lo había previsto él. Eran las cuatro de la tarde cuando llegó a casa y la encontró en el salón.

—¿Está Tom? —preguntó alegremente. Entonces ella le dijo que su hijo había salido—. Bueno, de cualquier manera, todo está arreglado —declaró él con una sonrisa—. No lo van a reclutar. He pagado mis trescientos dólares y me han dado un recibo; después he ido a ver cómo se realizaba el alistamiento y no parece que haya ningún problema.

Hetty recibió aquella información sin formular ningún comentario.

Durante los dos años transcurridos desde el inicio del conflicto armado entre los estados del Norte y del Sur de Estados Unidos, todos los regimientos de la Unión se habían nutrido de voluntarios. Hacía muy poco que el presidente Lincoln se había visto obligado a ordenar un reclutamiento. Los nombres de todos los varones en edad de luchar se ponían juntos y la selección se efectuaba por sorteo.

Si uno tenía dinero podía librarse, sin embargo; el que lo tenía, enviaba a un pobre a luchar en su lugar o pagaba trescientos dólares a las autoridades, que se encargaban de buscar a un

sustituto.

Frank Master lo consideraba algo razonable. Y el joven Tom, que no tenía el menor deseo de ir al campo de batalla, lo había encontrado genial.

Mientras que en Europa las clases altas se enorgullecían de sus proezas militares, los ricos de los estados del norte de América no abrigaban tales ilusiones. En Inglaterra, ciertos regimientos estaban llenos de aristócratas, sobre todo los benjamines de las familias, que incluso pagaban por que les nombraran oficiales y se consideraban por encima del común de los mortales cuando desfilaban con sus

uniformes. ¿Acaso no eran, al menos en teoría, descendientes de los barones y caballeros de la Inglaterra medieval? La aristocracia no se dedicaba al comercio, ni redactaba testamentos, ni curaba enfermedades. Dios los guardaba de tales menesteres; aquello era para las clases medias. La nobleza vivía en la tierra y conducía a sus hombres a la batalla. En América también, entre las viejas familias terratenientes, desde Virginia hacia el sur, se podía encontrar todavía un eco de aquella tradición, aunque no en Boston, ni en Connecticut ni en Nueva York, que renegaban de tales actitudes. Era mejor pagar y dejar

que los pobres murieran en la guerra. Los pobres desde luego que sabían esto.

—Las guerras las deciden los ricos y las pelean los pobres —se quejaban los que no podían pagar para librarse.

Entre las autoridades de la ciudad reinaba cierto temor a que el alistamiento pudiera ocasionar disturbios.

Por ese motivo, aquella mañana de sábado, habían optado por iniciar la selección en los cuarteles generales del distrito Nueve, situados en un edificio aislado rodeado de solares vacíos, entre la Tercera y la Cuarenta y Siete, bien alejado del núcleo de la ciudad. Frank

Master había ido a echar un vistazo y había comprobado que se había concentrado una multitud para ver cómo el oficial de justicia iba sacando los nombres de un tonel. No hubo disturbios, sin embargo, y al cabo de un rato, con evidente expresión de alivio, el hombre había dado por terminada la sesión, anunciando que ésta se reanudaría el lunes.

—No pareces muy contenta —
señaló Frank a Hetty.

Su mujer se mantuvo en su mutismo.

—¿De veras quieres que Tom vaya a luchar en esa maldita e insensata guerra? Porque si él no lo hace, yo te lo puedo

decir.

—Debe ser él quien decida por sí mismo.

—Ya lo ha hecho —declaró Master.

Con el tajante tono que empleó fue como si le dijera: «Ya ves, estás sola».

Si ya en la época en que se celebró la conferencia en el Instituto Cooper, el matrimonio de Frank y Hetty Master padecía tensiones, los acontecimientos posteriores no habían contribuido a mejorar las cosas. Tras ser elegido candidato republicano, Lincoln había organizado una hábil campaña.

—Crea lo que crea tu madre —le había explicado Frank al joven Tom—, la verdad es que la población del Norte está en principio en contra de la esclavitud, aunque no es una cuestión que les apasione. Por más que lo incluya en su programa, Lincoln sabe que con ello no va a ganar.

Antes de las elecciones de 1860, el Partido Republicano creó un lema: «Tierra libre, trabajo libre, hombres libres». Apoyados por el gobierno, los laboriosos nortños debían asentarse en los territorios del Oeste, construir vías de ferrocarril y montar industrias, mientras que los sureños, considerados

moralmente inferiores a causa de su respaldo a la esclavitud, quedarían rezagados.

—Se ofrecen tierras gratuitas y apoyo del gobierno —señalaba Frank con aspereza—. No está mal como incentivo para actuar bien.

Las elecciones fueron muy reñidas, pero Lincoln salió victorioso por un escasísimo margen. La parte norte del estado de Nueva York había votado al candidato republicano, pero no así los habitantes de la ciudad, de tendencia demócrata, que votaron en contra suya.

Fueran cuales fueran los proyectos de Lincoln, era seguro que iba a causar

complicaciones con el Sur, y la riqueza de los comerciantes dependía de éste, al igual que los empleos de los trabajadores. La sociedad de Tammany era consciente de ello; el alcalde Fernando Wood lo sabía y lo pregonaba en voz bien alta. Si Lincoln quería poner en peligro los empleos de la ciudad, ya podía irse al infierno.

Por otra parte, los obreros de Nueva York tampoco estaban muy convencidos con el Partido Republicano. Los granjeros libres republicanos, con sus nociones de esfuerzo individual y superación personal, no veían con buenos ojos a los sindicatos de

trabajadores, cuyo único poder de negociación radicaba en su número de afiliados. Los obreros también abrigaban otro tipo de sospechas.

—Si Lincoln consigue lo que quiere, habrá millones de negros libres, que trabajarán por una miseria y vendrán al Norte a robarnos los empleos. Esto no nos conviene.

A Hetty Master le repugnaba aquella actitud; Frank, en cambio, la encontraba comprensible. Por otra parte, los hechos acabaron dándole la razón en lo tocante a sus temores de que se produjera una secesión.

El 20 de diciembre de 1860,

Carolina del Sur abandonó la Unión y, uno tras otro, los estados del Sur profundo siguieron su ejemplo. En febrero de 1861, formaron una confederación y eligieron un presidente propio. Otros estados sureños se abstenían por el momento de dar aquel drástico paso, mientras los secesionistas veían una interesante oportunidad en todo aquello.

—Si se disuelve la Unión —declaraban—, podemos negarnos a pagar todas las deudas que tenemos contraídas con los ricachones de Nueva York.

Desde allí se enviaron a Washington

delegaciones de comerciantes, tanto demócratas como republicanos, con intención de hallar una solución. Lincoln visitó la ciudad, pero no satisfizo a nadie.

El alcalde Fernando Wood planteó una asombrosa amenaza. Si Lincoln quería iniciar una guerra con el Sur y acarrear la ruina de la ciudad, Nueva York tendría que pensar en otras alternativas.

—Deberíamos separarnos de la Unión —anunció.

—¿La ciudad de Nueva York escindida de los Estados Unidos? —exclamó Hetty—. ¿Está loco o qué?

—No del todo —repuso Frank.

La idea de constituirse en una ciudad libre, en puerto franco, no era nueva. En Europa habían sido numerosas las grandes ciudades, como Hamburgo y Fráncfort, que habían funcionado como estados independientes desde la Edad Media. Los comerciantes de Nueva York pasaron varias semanas planteándose si aquello era factible, y en realidad fue la Confederación del Sur la que zanjó las discusiones con la medida que adoptó en marzo: los puertos del Sur iban a bajar los derechos de aduanas.

—Nos van a dejar fuera del negocio y comerciar directamente con Inglaterra

—anunció, abatido, Frank a su familia.

A partir de ahí, no se podía hacer gran cosa; de mala gana, la ciudad de Nueva York se situó en el bando de Lincoln. Al mes siguiente, cuando los confederados dispararon contra el fuerte Sumter, comenzó de manera oficial la guerra. Lincoln aducía que si no se sofocaba la insurrección del sur, se disgregaría la unión de estados fundada por los Padres Fundadores. Había que preservar la Unión.

Puesto que los buenos modales son capaces de mantener un matrimonio y, como aún sentía afecto por ella, Frank Master hacía lo posible por ser educado

con su esposa y evitaba decir cosas que la contrariasen. Para Hetty, el dilema era más difícil. Ella amaba a Frank, pero ¿qué se podía hacer cuando tu propio marido contempla cada día un gran mal y, pese a toda su cortesía, le da completamente igual? Tampoco ayudó el hecho de que, cuando estalló la guerra y sus previsiones se demostraron acertadas, él no pudiera contenerse y repitiera «Ya te lo decía». Al cabo de un año de guerra, aunque todavía no habían disuelto su unión, Frank y Hetty ya no miraban mapas juntos ni hacían planes de futuro. Antes, solían sentarse por las noches uno al lado del otro en el sofá,

pero ahora cada uno se instalaba a leer en un sillón. Aunque se respetasen, los buenos modales no podían sofocar el rescoldo de su ira. Y en ocasiones, hasta los buenos modales fallaban.

Ese día, al tirarle en plena cara la postura de su hijo y la cuestión del reclutamiento, la había contrariado de manera deliberada.

—Tú detestas esta guerra porque sólo piensas en los beneficios —le espetó con frialdad Hetty.

—En realidad, gracias a esta guerra me he enriquecido más —replicó él, sin

perder la calma.

No era el único. Se había tratado en parte de una cuestión de suerte; después de pasar unos meses terribles en 1861, a consecuencia de la caída del comercio con el sur, el destino le había procurado un inesperado regalo a Nueva York. La cosecha de cereal británica había sido desastrosa... y en el Medio Oeste americano había sido magnífica. Por la ciudad habían circulado cantidades masivas de trigo, con destino a Inglaterra. El ferrocarril del Hudson y el viejo canal del Erie habían demostrado con creces su utilidad. A partir de ese momento, el comercio de cereal

gestionado en la ciudad había sido floreciente, y también el de ganado, azúcar y petróleo de Pensilvania para la elaboración de queroseno.

Frank Master había descubierto, en suma, lo que sus antepasados de un siglo atrás conocían ya: que la guerra era beneficiosa para los negocios. Las necesidades de los ejércitos son enormes: las fundiciones de la ciudad trabajaban a pleno rendimiento fabricando barcos de guerra y acorazados; en Brook Brothers producían uniformes por millares. Y aparte de eso, en tiempos de guerra los gobiernos necesitan financiación; en

Wall Street se ganaban fortunas con los bonos del gobierno. Hasta la bolsa vivía un momento floreciente.

Hetty continuó en actitud de ataque, sin acusar su réplica.

—Tus amigos esclavistas van a perder.

¿Estaría en lo cierto? Probablemente. Incluso después de que ciertos estados indecisos como Virginia se hubieran decantado por el Sur, la lucha era muy desigual. Analizando los recursos de ambos bandos, el Norte aventajaba al Sur en capacidad de mano de obra, de industria e incluso de producción agrícola. La estrategia del

Norte era simple: someter a bloqueo al Sur hasta estrangularlo.

El Sur tampoco carecía de bazas, con todo. Sus soldados eran aguerridos y contaba con unos generales espléndidos. Al principio de la guerra, en Bull Run, Stonewall Jackson había contenido a las tropas de la Unión, que habían regresado derrotadas a Washington; el general Robert Lee era un genio. Por otra parte, mientras que el ejército de la Unión luchaba para imponer su voluntad a sus vecinos, los sudistas peleaban en su propio territorio para defender su herencia. Si el Sur lograba resistir de manera prolongada,

no era de descartar que los nordistas acabaran perdiendo ánimos y los dejaran en paz. Lee se había visto repelido, con terribles bajas, en Antietam el año pasado, desde luego, y el general Grant acababa de infligir una terrible derrota a los confederados en Gettysburg, pero el final no estaba aún decidido, ni mucho menos.

—El Norte puede ganar —reconoció Master—, pero ¿a qué precio? La batalla de Shiloh fue una carnicería. Hay miles de hombres que mueren y el Sur se está yendo a la ruina, y ¿para qué?

—Para que los hombres puedan vivir en libertad, tal como Dios manda.

—¿Los esclavos? —Sacudió la cabeza—. Yo no creo que ésa sea la razón. Lincoln no encuentra bien la esclavitud, eso no lo niego, pero si entró en guerra fue para mantener la Unión. Eso lo dejó bien claro. Incluso llegó a decir, en público: «Si pudiera salvar la Unión sin liberar ni a un solo esclavo, lo haría». Ésas fueron sus palabras, no las mías. —Abrió una pausa—. Aparte, no se sabe bien qué quiere Lincoln de los esclavos. Por lo que tengo entendido, la principal idea que tiene es encontrar para los esclavos liberados una colonia libre en África o en América Central, y enviarlos allí. ¿Sabías que hasta llegó a

decir, directamente a la cara, a una delegación de negros que no los quiere en Estados Unidos?

Fueran oportunos o no, Frank sabía bien que el hecho de que todos aquellos argumentos tuvieran su parte de verdad sólo serviría para irritar aún más a Hetty.

—¡Ésa no es su intención! —replicó—. ¿Y qué me dices de la Proclamación?

Master sonrió al oír la alusión a la Proclamación de Emancipación. Aquél había sido el golpe maestro de Lincoln. A los abolicionistas les encantaba, por supuesto... tal como había previsto

Lincoln. Lo había anunciado a finales del año anterior y repetido en primavera. Había proclamado ante el mundo que los esclavos del Sur serían liberados. Eso parecía al menos.

—¿Has analizado, querida, qué fue lo que dijo exactamente el presidente? —inquirió Frank—. Él amenaza con emancipar a los esclavos de todo estado que se mantenga en rebeldía. Es una estratagema negociadora; lo que realmente les dice a los confederados es: «Más vale que os rindáis ahora, porque si os demoráis, voy a liberar a todos vuestros esclavos». En su Proclamación quedan exentos de manera

específica todos los condados esclavistas que ya se han colocado en el bando de la Unión. Sabe Dios cuántos esclavos se encuentran ahora bajo control de Lincoln; pues bien, no está liberando a ninguno. A ninguno. —Le lanzó una mirada triunfal—. Ya ves cómo se comporta tu héroe abolicionista.

—Espera a que acabe la guerra —contestó ella—. Entonces verás.

—Puede.

—Tú sólo lo detestas porque es una persona de principios.

—¿De principios morales, eh? ¿Qué principios? En Fort Lafayette tiene

retenidos a muchos hombres sin concederles derecho a juicio, o sea que eso le tiene sin cuidado. Ha metido en la cárcel a más de una persona por haber escrito algo en su contra. Por lo visto, nuestro presidente abogado tampoco ha oído hablar nunca del juicio contra Zenger. Te voy a decir lo que es tu amigo Lincoln: un cínico tirano, eso es lo que es.

—¡Vendido!

—Si te refieres a que pienso que esta guerra podría haberse evitado —respondió con una peligrosa calma en la voz— y a que me gustaría que se negociara la paz, igual tienes razón. Y

no soy el único. Si te interesa pensar que por eso soy malo, adelante. —Abrió una pausa, ante de elevar el tono—. Pero yo al menos no pretendo enviar a nuestro hijo a una muerte inútil. No es ése tu caso. —A continuación le dio la espalda.

—Eso es injusto —gritó ella.

—Me voy a la oficina —replicó, gritando—. No me esperes despierta.

Al cabo de un momento, abandonó a grandes zancadas Gramercy Park. Hasta que no hubo llegado a mitad de Irving Place, no se permitió aminorar el paso y esbozar una sonrisa.

Todo había salido tal como había

planeado.

Mary tendió la mirada sobre el océano. La brisa susurraba entre las matas y le alborotaba el cabello. Las olas acudían a lamer la orilla emitiendo un tenue susurro.

A muchos kilómetros de distancia, por el oeste, se divisaba la orilla meridional de Staten Island. Al frente, entre los dos brazos de la Lower Bay, comenzaba la vasta inmensidad del Atlántico.

—Vayamos a la Punta —propuso Gretchen.

Era sábado por la mañana. La mayoría de turistas de fin de semana no habían llegado aún y en la larga extensión de playa había pocas personas. Desde 1820, cuando se creó un camino de conchas que comunicaba Coney Island con el continente, mucha gente acudía los domingos a caminar por sus largas dunas y playas. Aun así, seguía siendo un lugar tranquilo.

En el centro de Coney Island, una aldea de pequeños hoteles y posadas ofrecía alojamiento para las familias respetables que venían a disfrutar durante una o dos semanas de la calma y del aire del mar. Aunque eran varias las

personas famosas que habían estado, como Herman Melville, Jenny Lind y Sam Houston, la alta sociedad no se había enseñoreado aún del lugar, que conservaba un discreto encanto. Cuando alguien descubría Coney Island, solía volver. La media docena de familias que se hospedaban en la posada donde se encontraban Gretchen y Mary iban allí todos los años.

Antes de salir a pasear, habían tomado un copioso desayuno compuesto de huevos, tortas y salchichas en el porche que bordeaba el establecimiento.

La punta occidental de la isla era el único sitio de Coney Island donde

comenzaba a despuntar la vulgaridad. Unos años atrás, un par de avispados señores habían decidido abrir un pequeño pabellón allí para ofrecer refrescos y diversión a las personas que llegaban en el transbordador. Para entonces, en verano el local se llenaba de una serie de tahúres, timadores e indeseables de toda suerte. Los clientes del hotel hacían como si no existiera y, de hecho, desde la aldea no se oía ni se veía nada. Gretchen y Mary se entretuvieron, no obstante, durante más de media hora mirando a los hombres que vendían caramelos o a los trileros.

Después, dieron un rodeo por el

lado interior de la isla para llegar al camino de conchas.

Visto desde el East River, por aquella época se apreciaba ya una gran actividad en Brooklyn. Junto al mar había los astilleros, los almacenes y las fábricas, y, en Brooklyn Heights, se había desarrollado una zona residencial. Cuando los chaquetas rojas habían acampado allí en 1775, Brooklyn contaba con menos de dos mil habitantes. Para entonces, el número había ascendido a cien mil y hasta se hablaba incluso de acondicionar un elegante espacio público, que se llamaría Prospect Park, en la zona alta.

No obstante, detrás de los Heights, se llegaba a una gran extensión de campo abierto, de unos veinte kilómetros de largo, salpicado de pueblos y aldeas fundadas por los holandeses que apenas habían cambiado desde el siglo XVIII.

«Es como si estuviéramos en otro mundo», pensaba Mary al contemplar las largas franjas de dunas, pantanos y terrenos de cultivo azotados por el viento que se prolongaban más allá de la invisible ciudad.

A continuación, volvieron al lado del océano, donde estuvieron paseando por la gran playa de Brighton y aspirando el aire del mar durante más de

una hora. Cuando regresaron a la posada, pasadas las doce, estaban hambrientas.

—No comas mucho —aconsejó Gretchen—, porque si no te va a dar sueño.

—Me da igual —contestó Mary riendo, antes de servirse una segunda porción de tarta de manzana y proponer otra a Gretchen.

Luego se sentaron un rato en los sillones de mimbre que había delante de la posada. La brisa había cesado y se habían protegido del sol con sombreros de paja.

—Tengo otra sorpresa para ti —

anunció al cabo de un poco Gretchen.

—¿Qué es? —preguntó Mary.

—Sube a la habitación y te lo enseñaré.

Tenían un dormitorio encantador, con dos camas de colchas rosa y una ventana orientada al mar. Las habitaciones estaban pintadas de blanco, pero encima de cada una de las camas había colgado un precioso cuadro con flores y un pequeño retrato de un anciano vestido con una chaqueta azul encima de la chimenea. Un asombroso reloj de péndulo y la bonita alfombra del suelo acababan de aportar un toque de elegancia a la habitación. Por eso Mary

dedujo enseguida que, pese a que Gretchen había dicho que iban a compartir a medias el precio de la estancia, su marido debía de ser el que pagaba casi todo.

Gretchen abrió su maleta. Luego sacó dos paquetes envueltos en papel y le entregó uno de ellos a Mary.

—Yo tengo el mío; éste es para ti. ¿No vas a mirarlo?

Al desenvolver el bulto, Mary advirtió que era algo de ropa.

—No sé qué es —dijo, una vez lo hubo sacado.

—Es un traje de baño, Mary —explicó, riendo, Gretchen.

—Pero ¿qué voy a hacer con esto?

—Te lo vas a poner y te vas a bañar en el mar —anunció Gretchen, mientras blandía el suyo con aire triunfal—. Mira, iremos combinadas.

Cada traje de baño se componía de dos piezas: la inferior consistía en unos bombachos que se ataban con cintas a la pantorrilla; encima caía un vestido de manga larga que llegaba hasta las rodillas. Las prendas eran de lana, para que no se enfriara el cuerpo. Gretchen estaba, por lo visto, muy orgullosa de su adquisición. Los bombachos tenían volantes y los vestidos, encaje en los bordes. El de ella era de color azul

claro y el de Mary, de un azul más oscuro: parecían hermanas.

Cuando salieron de la posada y tomaron el camino de la playa, Mary aún seguía dubitativa. Ambas llevaban los vestidos playeros, medias y zapatos a fin de protegerse los pies frente a los imprevistos peligros del suelo marino. También iban provistas de toallas y de los sombreros de paja.

Theodore Keller se bajó del transbordador. Iba vestido con una holgada chaqueta de lino y un sombrero de ala ancha y en una mano llevaba una

pequeña maleta de cuero. Tras preguntar a alguien, echó a andar muy animado en dirección a la posada. Hacía años que no había estado en Coney Island.

Había decidido efectuar el viaje aquella misma mañana, al despertarse. Se había dejado llevar por un antojo... Hacía un día espléndido y era como si el transbordador lo llamara para que saliera de la ciudad. Aparte estaba, claro, la perspectiva de pasar un buen rato con su hermana. Y también con Mary O'Donnell.

¿Por qué iban los hombres en pos de las mujeres? Theodore suponía que había muchas razones para ello. La

lujuria, la tentación, el deseo carnal eran, desde luego, fuertes. Él mismo sentía tanta lujuria como cualquier joven y aunque era bastante sensual, no le hacía ascos a los placeres de la carne, pero su constante búsqueda de las mujeres tenía por motor principal la curiosidad. Éstas le interesaban. Cuando él conocía a mujeres que le gustaban, no hablaba de sí mismo, como hacen ciertos hombres, sino que les hacía preguntas. Quería saber cómo era su vida, qué opiniones y sentimientos tenían. Ellas lo encontraban halagador. No hacía distinciones de clase: tanto le interesaban las damas distinguidas que

acudían al estudio como las pobres criadas que encontraba en la calle. Las valoraba como individuos y una vez que alguien suscitaba su curiosidad, no paraba. Quería descubrir todos sus secretos y poseerlos, hasta el último.

Él tenía sus tácticas de seducción, desde luego. Su estudio fotográfico le aportaba, además, excelentes oportunidades. Cuando tenía a una elegante dama posando, ya fuera de pie o sentada, la observaba intensamente un momento con sus ojos azules antes de ajustar la posición de una luz y luego la taladraba de nuevo con la mirada. A continuación le pedía que mirase hacia

uno u otro lado y luego emitía un tenue gruñido de aprobación, como si acabara de efectuar un interesante descubrimiento. Eran pocas las mujeres que no quedaban intrigadas y le preguntaban qué había visto.

Su técnica era siempre la misma. Si la mujer en cuestión no destacaba por su belleza, le decía algo del estilo de: «Tenéis un bonito perfil. ¿Lo sabíais?». Si, por otra parte, resultaba evidente que la dama estaba acostumbrada a los halagos físicos, comentaba: «Seguro que a menudo os dicen que sois guapa — como si aquello careciera de importancia—. Pero hay algo más. —

Callaba un segundo, como si tratara de analizarlo—. Algo que tiene que ver con la manera como posáis la mirada en los objetos. No pintaréis a la acuarela, ¿verdad? —Casi siempre la respuesta era afirmativa—. Ah —exclamaba entonces—, entonces debe de ser eso. Tenéis una mirada de artista. Eso no se ve con frecuencia, ¿sabéis?».

Para cuando terminaba la sesión, casi siempre volvían a citarse en el estudio.

¿A qué venía, pues, su interés por Mary? Aún no estaba seguro. En el estudio se había llevado una buena sorpresa cuando de repente se dio

cuenta de lo hermosa que era. En el momento en que aquella cascada de pelo oscuro había caído sobre la pálida piel del cuello, había observado que tenía una tez perfecta. ¿Cómo era posible que no se hubiera percatado hasta entonces? Se había puesto a imaginar qué aspecto tendría sin ropa y se le habían ocurrido todo tipo de posibilidades. Estaba intrigado.

La amiga de su hermana, la joven a la que conocía desde niño, resultaba ser una beldad céltica. Siempre parecía muy remilgada y correcta, pero las apariencias a veces eran engañosas. ¿Qué pensaría en el fondo?

Aun cuando ella le diera una oportunidad de descubrirlo, había dificultades. Además de los riesgos habituales, no estaba seguro de cómo se lo iba a tomar Gretchen. Además, Mary tenía un hermano... un tipo bastante peligroso, según tenía entendido. Theodore había asumido riesgos con maridos iracundos, pero, de todas maneras, tenía que obrar con cuidado.

En cualquier caso, no había nada malo en pasar un agradable día, o dos, en compañía de su hermana en Coney Island. La cuestión con Mary podía, o no, desembocar en algo. Sólo tenía que esperar y ver qué ocurría.

—Hoy en día mucha gente se ha aficionado a los baños —aseguró Gretchen.

—Los médicos dicen que el agua salada es mala para la piel —objetó Mary.

—No estaremos mucho rato —prometió Gretchen.

Junto a una duna, había unas casetas con ruedas, donde uno se podía cambiar. Después de inspeccionar una y constatar que no olía muy bien, se felicitaron de haber dejado su ropa a buen recaudo en la posada. En la playa, Mary vio a una docena de personas plantadas cerca de

la orilla, aquejadas seguramente por la misma incertidumbre que ella frente a aquella moderna costumbre. Respiró hondo y luego, aceptando la mano que le ofrecía Gretchen, dejó que la condujera por la playa hasta el mar.

El repentino contacto del frío del agua en los tobillos le hizo contener la respiración.

—Vamos —la animó Gretchen—, que no te va a morder.

Mary dio unos pasos más; el agua le llegaba ya hasta las rodillas. En ese momento preciso, el agua se elevó con una suave ola, que le cubrió la parte inferior de los muslos por espacio de

unos segundos y provocó un grito contenido. Luego sintió los bombachos cargados de agua y después la tela que se le pegaba a la piel y se estremeció un poco.

—Camina conmigo —dijo Gretchen—. Al cabo de un momento ya no notarás el frío.

—Seguro —replicó Mary riendo.

De todas maneras, siguió adelante, venciendo con las piernas el obstáculo del agua, hasta que ésta le rodeó la cintura. Enseguida se dio cuenta de que Gretchen tenía razón. Una vez que uno se acostumbraba, ya no sentía fría el agua, aunque sí tenía la sensación de que el

traje de baño era tan pesado que hasta podría arrastrarla hacia el fondo, si perdía pie.

Por ello agradecía tener a su derecha el apoyo de una mano, para cuando lo necesitara. Desde la orilla, se sucedían hacia mar adentro unos postes, dispuestos a intervalos de tres metros, que, unidos por una cuerda, formaban una especie de rompeolas. Si se sujetaban a la cuerda, los bañistas podían adentrarse en el mar, sin temor a perder el equilibrio. Más lejos, la hilera de postes corría en paralelo a la playa y rodeaba a los bañistas como en una especie de amplio redil. Mary no le vio

la utilidad hasta que, cuando el agua le llegaba casi al pecho, una ola más potente le hizo perder pie. Mientras luchaba por mantener la cabeza por encima del agua, advirtió con sorpresa que la corriente la alejaba de la playa y entonces se dio cuenta de que la barrera estaba puesta allí para impedir que la arrastrara mar adentro.

—Dame la mano —ofreció Gretchen. Luego tiró de ella hacia la parte menos profunda—. He dicho que íbamos a bañarnos, no a nadar —advirtió con una sonrisa.

Al observar la línea de la costa, Mary reparó en que la mayoría de la

gente se conformaba con quedarse allí cerca, donde el agua apenas le llegaba a la cintura.

Eso fue lo que hicieron ellas dos. Era bastante agradable sentir el frescor del agua en las piernas y en la cara, el sol y la salobre brisa del mar. Lo único que no le gustaba era la sensación de pesadez de la lana mojada del bañador, que le provocaba un leve picor en la piel. Después se sentaron en el borde de la playa, con las piernas en el agua. Combinadas con las diminutas conchas y la arena, las olillas que venían a morir en ellas les producían un curioso hormigueo cada vez que se alejaban y

que suscitaba sus risas.

Mientras permanecían así sentadas, se llevaron una gran sorpresa al ver aparecer a Theodore.

Mary se quedó tan estupefacta que soltó una exclamación contenida y se ruborizó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Gretchen, casi con hostilidad, aunque Mary estaba segura de que debía de ser porque Theodore las había tomado desprevenidas.

—En la posada me han dicho que os encontraría en la playa —contestó alegremente Theodore, mientras se quitaba el sombrero—. Hacía un día tan

bonito cuando he despertado que se me ha ocurrido salir de la ciudad y venir a veros.

Miró a Mary y sonrió. De improviso ella tomó conciencia de que él estaba completamente vestido mientras que ella se encontraba sentada en el suelo con las piernas a la vista. Se sintió bastante incómoda, pero él parecía relajado. Luego observó a los bañistas de la playa.

—Después quizá me dé un chapuzón —dijo.

—Nosotras vamos a volver a la posada ahora mismo —anunció Gretchen.

Theodore las acompañó.

Al llegar a la habitación, Mary se desvistió con cuidado. Había hecho lo posible por quitarse la arena afuera, y Gretchen la había cepillado, pero todavía tenía bastante prendida y no quería ensuciar el suelo. Quitándose despacio los bombachos y las medias, logró mantener buena parte de la arena en su interior, con la intención de llevarlos luego a colgar en los tendederos de abajo para luego sacudirlos una vez estuvieran secos.

Mary siempre había sido bastante púdica. Pese a que conocía a Gretchen de toda la vida, cuando se había puesto

el bañador, lo había hecho de prisa y de espaldas. Ahora se planteaba cómo hacerlo para quitárselo con recato cuando vio que su amiga se quitaba el suyo tranquilamente y se iba caminando, desnuda, hasta el aguamanil, donde vertió un poco de agua en la palangana de porcelana para a continuación empezar a lavarse, como si fuera lo más natural del mundo.

Nunca había visto a Gretchen sin ropa. Tenía un cuerpo bonito, prieto, sin grasa. Aparte de un par de estrías, nada hacía pensar que hubiera tenido dos hijos. Todavía tenía el rubio pelo recogido con pinzas en la cabeza cuando

se volvió sonriendo hacia Mary.

—Tal como vine al mundo —señaló—. No te importa, ¿verdad? Al fin y al cabo, así es como me ve mi marido.

—¿Sí?

—Ya sé que algunas esposas siempre se tapan... al menos en parte —contestó, con una carcajada, Gretchen—. Mi madre sí lo hacía, según me contó; a mí no me importa que mi marido me vea.

—Ha sido una sorpresa que viniera Theodore —comentó Mary.

—A mí ya no me sorprende nada de lo que haga mi hermano —contestó su amiga.

Puesto que Gretchen se había

quitado el bañador, Mary pensó que lo mejor sería seguir su ejemplo. ¿Qué pensaría Theodore, se preguntó, si me viera así? Después de quitarse lo más deprisa que pudo la arena pegada, se vistió.

En la posada servían la cena a las cinco. Se trataba de una comida de ambiente familiar, donde los niños comían bajo la atenta mirada de los padres.

El menú fue excelente: una ensalada fría, pan recién horneado y un magnífico guiso de pescado. El posadero se jactaba de ofrecer el mejor pescado y marisco del estrecho de Long Island, que

servía regado con vino blanco fresco. De postre, presentó los primeros melones de la temporada, acompañados de un pastel de gelatina con fruta y nata.

Theodore estaba muy distendido.

—¿Cuándo sale el último transbordador, Theodore? —le preguntó Gretchen al principio de la cena—. No sea que lo pierdas.

—No hay de qué preocuparse —repuso—. Dormiré aquí. Les quedaba una habitación libre; es bastante pequeña, pero da igual.

—Ah —dijo Gretchen.

Mary se alegró.

Theodore habló mucho y les contó

anécdotas divertidas. Mary habría preferido charlar de las cosas que le interesaban a él, pero no sabía cómo llevar la conversación por ese lado y, en todo caso, él parecía satisfecho hablando de trivialidades. Ella le reía los chistes y él le sonreía; en suma, se sentía bastante a gusto en su compañía.

—¿No te alegra que me haya quedado? —preguntó con malicia a su hermana, al final de la comida.

—Me sorprende que no hayas ido por ahí con algunas de esas damas amigas tuyas —replicó con causticidad ella—. Tiene muchas amigas —comentó a Mary.

—Eso son exageraciones —protestó Theodore, dedicando una sonrisa a Mary—. Yo soy un artista, que lleva una vida monacal.

—Pues diría que no le creo, señor Keller —replicó Mary, con una carcajada—. Aunque tampoco me escandaliza.

Al fin y al cabo, si tenía en cuenta a todas las chicas con las que había estado su hermano Sean, y lo que le había tocado ver cualquier día de la semana en Five Points, tampoco tenía por qué juzgar lo que hiciera el joven Theodore.

—No es usted la que se escandaliza con la idea, Mary —dijo—, sino yo.

Después se echaron a reír los dos.

—Y dime, ¿qué es lo que te interesa de tus amigas? —preguntó con atrevimiento Mary.

Antes de responder, él se quedó pensativo, con la vista perdida.

—Para serte sincero —repuso al fin —, yo no voy detrás de las mujeres porque sí, como hacen muchos hombres. Si busco la amistad de una mujer es porque la encuentro interesante.

Después de comer dejaron corretear a los niños por la sala. Algunos de los mayores volvieron a ir a pasear a la playa, mientras otros optaban por jugar a las cartas en el porche. Theodore

encendió un puro y se fue al agua. Gretchen y Mary jugaron a las cartas un rato con un agradable señor de Westchester y su esposa, y luego fueron a instalarse en unas tumbonas encaradas en dirección a la playa, mientras se iniciaba el largo crepúsculo de verano.

—Tiene que ser bonito estar casada y tener hijos —comentó Mary—. Me parece que te envidio por eso.

—No está mal, aunque da mucho trabajo —repuso Gretchen.

—Seguro que sí, pero tener un marido...

Gretchen guardó silencio un instante.

—Al cabo de poco te toman como

algo que tienen a su disposición —dijo.

—Pero tu marido es una buena persona, ¿no?

—Ah, sí. —Gretchen elevó la mirada al cielo—. No me puedo quejar.

—Y quieres a tus hijos.

—Por supuesto.

—Supongo que me habría casado con Nolan si no hubiera descubierto que era una persona brutal.

—Entonces te alegras de no haberlo hecho.

—Sí, desde luego.

—¿Te sientes sola? —preguntó Gretchen al cabo de un poco.

—No mucho. Bueno, un poco.

Después permanecieron en silencio un momento.

—Supongo que mi hermano sentará la cabeza algún día —señaló Gretchen con un suspiro. Luego se echó a reír—. Cuando cumpla cincuenta años. —Entonces la miró—. Mantente apartada de mi hermano, Mary; has de saber que es peligroso.

Aun sabiendo que Gretchen se preocupaba por ella, Mary consideró que no tenía derecho a decirle aquello, de modo que experimentó un involuntario sentimiento de rencor y rebeldía.

—Ya soy bastante mayor para

cuidarme, gracias —replicó.

Cuando Theodore regresó, todos coincidieron en que después de haber estado tomando el aire y haciendo ejercicio ese día, tenían ganas de retirarse al interior.

El cielo estaba aún arrebolado cuando las dos amigas se desnudaron y se metieron en la cama. Mary oía el quedo ruido del mar a través de la ventana abierta. Aún no se había dormido del todo cuando oyó un roce y se dio cuenta de que Gretchen se había levantado. Cuando irguió la cabeza para ver qué hacía, descubrió que estaba a su lado. Con el pelo suelto desparramado

sobre los hombros, se inclinó rozándole la cara con ellos y le besó la frente antes de volver a la cama. Mary se alegró de constatar que, aunque se hubiera enojado con Gretchen hacía un momento, ella seguía siendo, como siempre, su amiga.

Sean O'Donnell se levantó esa mañana a las nueve. Su mujer y sus hijos aún desayunaban cuando bajó al bar y encontró a Hudson atareado limpiando los restos de la noche anterior. Antes de salir a mirar a la calle, dedicó al negro un breve saludo con la cabeza.

Era un domingo por la mañana.

Aunque la calle estaba tranquila, permaneció un rato en el porche, dando prueba de su habitual prudencia.

Luego se volvió y observó que el joven Hudson tenía un aire pensativo.

—¿Pensabas salir hoy? —preguntó.

—Tengo que ir a la iglesia más tarde —dijo el negro.

La iglesia presbiteriana de Shiloh. No quedaba lejos.

—Avísame antes de irte —indicó Sean.

Habían transcurrido tres años desde que conoció a Hudson. Como la mayoría de los negros de la ciudad, había llegado después de un largo y peligroso

viaje a través del ferrocarril subterráneo, cuyo punto de destino había sido la iglesia de Shiloh. Un periodista, amigo del ministro negro de Shiloh, le había preguntado a Sean si podía encontrarle alguna colocación a Hudson. Para complacer a aquel cliente habitual, aceptó ver al joven.

Personalmente, Sean no sentía una inclinación personal por ayudar a los esclavos fugitivos. Como a casi todos los católicos irlandeses de la ciudad, le inspiraban antipatía los privilegiados ministros evangélicos protestantes que predicaban la abolición, y no sentía ningún antagonismo contra el Sur. En los

bares de Nueva York había, no obstante, algunos negros que se encargaban de los trabajos más ingratos, y nadie les prestaba mucha atención.

—Nueva York no es un sitio muy acogedor para un negro —advirtió a Hudson.

—Mi abuelo me dijo que él se había criado aquí —explicó Hudson—. Por eso quería quedarme.

Sean se decidió a probar suerte con Hudson, que resultó ser un buen trabajador.

—¿Es Hudson tu apellido? —le había preguntado.

—Mi padre se llamaba Hudson,

señor. Y yo soy Hudson Junior, pero no tengo otro nombre.

—Hombre, necesitarás un apellido —opinó Sean—. Y eso de Hudson Hudson suena un poco mal, me parece. ¿Por qué no adoptas el apellido de River? —propuso tras un momento de reflexión—. Entonces te llamarías Hudson River; a mí ese nombre me suena la mar de neoyorquino.

Al poco tiempo registraron al joven como Hudson River y, gracias a este curioso nombre, acabó convirtiéndose en una especie de mascota del bar.

—Hudson, ven a ayudarme a cerrar estos postigos —pidió entonces Sean

O'Donnell.

Juntos cerraron los grandes postigos verdes que cubrían las ventanas del lado de la calle. Después Sean salió y comenzó a mover los postigos, provocando un considerable tableteo. Al entrar, preguntó a Hudson si le había parecido que estaban firmes los pestillos de los postigos y éste respondió que no mucho.

—¿Crees que podrías afianzar los postigos con una barra? —preguntó Sean, porque a Hudson se le daban bien esa clase de trabajos. Hudson contestó que sí—. Lo quiero para hoy —precisó Sean.

—¿Va a haber problemas?

Sean O'Donnell era capaz de oler las complicaciones. Nadie sobrevivía treinta y ocho años en las calles de la zona de Five Points sin desarrollar un instinto especial para el peligro. Desde su juventud, sólo con ver caminar a un hombre podía discernir si llevaba un cuchillo. En ocasiones podía captar el peligro antes de volver una esquina... aunque no era capaz de explicar por qué.

Ahora que era mayor y se había instalado como propietario, aplicaba aquel mismo instinto a sus negocios. Su actitud con respecto a la comunidad financiera era característica.

—Tal como lo veo yo —había expuesto a su hermana—, puesto que la mayoría de los hombres de Five Points van a robarte en cuanto tengan ocasión, y en vista de que yo no conozco a ni un solo concejal en la ciudad al que no se pueda comprar, ¿por qué iban a ser diferentes los comerciantes de South Street o los banqueros de Wall Street? Todos son unos delincuentes, diría yo. —Uno de los motivos por los que nadie sabía cuánto dinero tenía era que se negaba a confiarlo a cualquier institución financiera. Él prestaba dinero a gente que conocía personalmente, con lo que incurría en riesgos. Invertía en

numerosas empresas, que podía vigilar por sí mismo y también tenía bonos del gobierno—. Los del gobierno son igual de corruptos que los demás, pero ellos pueden imprimir dinero. —Sus reservas de dinero en metálico las guardaba, sin embargo, en cajas cerradas, que escondía en lugares seguros.

Aunque pudiera parecer primitivo, aquel método lo había salvado de apuros. Hacía unos seis años, cuando después de efectuar toda clase de préstamos arriesgados, el director de la gran compañía aseguradora Ohio cerró las puertas e intentó darse a la fuga con los fondos que quedaban, la mitad de los

bancos de Nueva York, que habían prestado a su vez a Ohio, no pudieron satisfacer sus deudas. Como todas las instituciones financieras se habían concedido préstamos unas a otras, sin tener la menor idea de quién los garantizaba, el pánico de 1857 se propagó pronto a medio planeta y, aunque duró poco, fueron innumerables los personajes de Wall Street que lo perdieron todo durante aquella crisis. Un avisado individuo llamado Jerome, que acudía con frecuencia al bar, había visto venir a tiempo la quiebra y apostó fuerte en el mercado desestabilizado.

—He ganado más de un millón de

dólares con esta crisis —informó tranquilamente a Sean unos meses más tarde.

En cuanto a éste, había recurrido a su arcón de dólares en billetes y después de comprar algunas propiedades que habían bajado mucho de precio, había seguido sirviendo bebidas a todo aquel que tuviera dinero con que pagarlas.

La noche anterior, no obstante, al escuchar las conversaciones del local, lo que había captado no era una turbulencia financiera. Se trataba de algo más visceral, más relacionado con Five Points que con Wall Street. La multitud que abarrotaba el bar el sábado

por la noche era diferente de la clientela que había entre semana. No había casi ningún periodista; casi todos eran irlandeses del barrio.

Y eso es lo que había sentido y percibido: peligro, un peligro de sello irlandés.

La comunidad irlandesa respetaba a Sean. Pese a que en Five Points todavía había quien se acordaba con temor de su navaja, entre los incontables emigrantes llegados a raíz de la Gran Hambruna eran muchos más los que tenían motivos para estar agradecidos con él por haberles proporcionado un sitio donde vivir o un trabajo, y haber facilitado su

adaptación a aquella peligrosa sociedad, nueva para ellos.

Aún mantenía el contacto con el alcalde Fernando Wood. El hermano de éste, Benjamin, que era patrono de un periódico y había escrito un libro, acudía de vez en cuando al bar y aunque el alcalde se había distanciado últimamente de los otros miembros de Tammany Hall, Sean seguían teniendo buenas relaciones con ellos.

—Tú eres leal a Wood y nosotros respetamos eso —le había dicho hacía poco uno de ellos, conocido con el apodo de Boss Tweed—. Aun así, sigues siendo uno de los nuestros,

O'Donnell. Puedes venir a verme cuando Wood ya no esté...

En las elecciones, Sean podía entregar un millar de votos por autoridad propia.

En su bar era el rey. El joven Hudson había sido testigo de ello poco después de haber empezado a trabajar allí. En otoño de 1860, el hijo de la reina Victoria en persona, el príncipe de Gales, había realizado una visita de buena voluntad a Canadá y Estados Unidos. Después de ver al funambulista Blondin atravesando las cataratas del Niágara en una cuerda floja —y de haber declinado educadamente el

ofrecimiento de éste de transportarlo sobre esa misma cuerda en una carretilla — el príncipe de diecinueve años había llegado a Manhattan. La ciudad le había dispensado un regio recibimiento, pero para los emigrantes irlandeses, que culpaban a Inglaterra de la Hambruna sufrida por su país, su visita no era de recibo. El 69.º Regimiento Irlandés se había negado en pleno a desfilar ante él y, por descontado, nadie tenía ninguna intención de llevarlo a pasear por Five Points.

La razón por la que a algunas personas bienintencionadas que lo guiaban por el barrio de los periódicos

se les ocurrió de improviso enseñarle un bar neoyorquino nadie la llegó a conocer. Sin duda creyeron que, con su habitual clientela de periodistas, el de O'Donnell sería un sitio indicado. Lo cierto fue que ese día, a las nueve en punto, en el salón entró un grupo de caballeros, entre los cuales resultaba fácilmente reconocible el príncipe, aunque fuera de incógnito, y pidieron unas bebidas en la barra.

Como era normal, en el local había en ese momento varios escritores e impresores, pero también debía de haber una veintena de irlandeses. El silencio se instaló en la sala. Los empleados de

los periódicos observaban con curiosidad, pero los irlandeses miraban con terrible frialdad y fijeza al joven. Hasta la expresión de las caras del par de policías irlandeses instalados en un rincón daba pie a pensar que, llegado el momento, harían como si no vieran ni oyeran nada. La comitiva real captó el mensaje. Miraban con ansiedad a su alrededor, sin saber qué hacer, cuando la sosegada voz de Sean interrumpió el tenso silencio.

—Bienvenidos al bar O'Donnell, caballeros. —Entonces paseó la mirada sobre todos los presentes—. En este local hacemos gala de la hospitalidad

irlandesa a todo viajero que haya venido a parar aquí.

Allí acabó todo y en el bar volvió a sonar el habitual murmullo de voces. La comitiva real tomó lo que había pedido y poco después se marchó, agradecida por el desarrollo del incidente.

Las conversaciones de la noche anterior habían sido de otro cariz. No tenían nada que ver con la Hambruna, ni con el resentimiento irlandés hacia Inglaterra, sino con la Unión y Nueva York. Si su instinto no le fallaba, aquello entrañaba problemas, y, además, graves. Y en aquel caso, no habría ninguna autoridad moral, ni la suya ni la de

nadie, capaz de contener la marea.

Todos los políticos saben lo tornadizo que puede ser el sentir de las masas. En ocasiones el cambio en la opinión pública se efectúa de forma gradual; en otras, como el agua contenida por una presa, de repente se desborda y se precipita como una riada, barriendo todo a su paso.

Cuando Fernando Wood había sugerido que la ciudad se separase de la Unión, pecó posiblemente de falta de rigor, pero sus palabras calaron en muchos irlandeses neoyorquinos. No

obstante, unas semanas después, a raíz del inicio de la Guerra de Secesión, tanto el alcalde como sus partidarios irlandeses modificaron por completo su postura. ¿Cómo se explicaba aquello?

El Sur había llevado la iniciativa... y había dejado al margen a los consignatarios de Nueva York, negándose a pagar las deudas y atacando el fuerte Sumter. Aun así, la lealtad demostrada por Nueva York había sido extraordinaria. Durante el primer año, había provisto más de sesenta regimientos de voluntarios. Todas las comunidades de emigrantes habían efectuado su aportación: los alemanes

de Kleindeutschland, la legión polaca, los guardias garibaldinos italianos y, por supuesto, las poderosas Brigadas Irlandesas. Habían sido innumerables los aguerridos muchachos que, tras recibir la bendición del cardenal Hughes, partían con orgullo a la guerra bajo los estandartes irlandeses. Sus madres y novias habían bordado con amor dichas enseñas; Mary O'Donnell también había cosido una.

Los soldados recibían una paga, desde luego. Después de noventa días en el frente, volvían a casa con dinero en el bolsillo... cosa que tampoco estaba tan mal para los valientes jóvenes

desempleados. Si uno odiaba Inglaterra, deducía que al atacar el Sur perjudicaría el comercio de algodón con Inglaterra. Y para aquellos que soñaban con regresar un día para vengar Irlanda y expulsar a los ingleses, aquello suponía un útil entrenamiento militar.

No obstante, lo que contaba por encima de todo era el orgullo irlandés. A los ingleses se les podía hacer responsables de la Hambruna, pero una vez llegados a Nueva York, no había nadie a quien achacar las culpas de todo. E incluso allí, en la tierra de las oportunidades, uno podía acabar teniendo que vivir con apreturas en un

cuchitril y cuando salía a buscar trabajo, podía encontrarse con un letrero en la puerta que decía «No se aceptan irlandeses». Los orgullosos príncipes de Irlanda debían soportar muchas humillaciones.

No era de extrañar, pues, que adorasen al cardenal Hughes por haber construido una magnífica catedral y patrocinar las escuelas católicas. Tampoco era de extrañar que ingresaran en masa en la policía y en el cuerpo de bomberos, que les proporcionaban autoridad y honorabilidad. También era lógico que buscaran el amparo de Tammany Hall. Y ahora que tenían una

oportunidad de demostrar su lealtad americana y su arrojo en la batalla, era lógico que se sintieran honrados desfilando bajo los estandartes de Irlanda.

Sin embargo, aquello había sucedido dos años atrás. Habían creído que la guerra se acabaría pronto, y no fue así. Tampoco habían previsto el horror que entrañaba, y en eso tal vez se equivocaron. La creciente mecanización de la guerra, la introducción del rifle, con su terrible capacidad de alcance y penetración, sumada a la incompetencia de algunos de los comandantes, habían acarreado terribles consecuencias.

Aquello era una carnicería y, además, había quien la fotografiaba. Las imágenes aparecían en los periódicos, disponibles para quien quisiera verlas. Pronto el hospital de Bellevue se llenó de tullidos y heridos, y lo mismo ocurrió en el de las Hermanas de la Caridad de Central Park. En las calles se veían hombres cojos y desfigurados; y éstos podían considerarse afortunados.

Muchos no habían regresado: los guardias garibaldinos se habían disuelto; las valientes Brigadas Irlandesas habían dejado de existir.

Y las familias que todavía tenían maridos o hijos en el frente aún

esperaban la paga prometida: el gobierno de Lincoln llevaba casi un año sin entregarla. En otros casos, los propios oficiales la habían robado. Hacía tiempo que habían desmontado la tienda de reclutamiento que antes se alzaba cerca del ayuntamiento. A aquellas alturas, no se conseguía ni un solo voluntario.

Lincoln había recurrido al reclutamiento. De eso habían estado hablando los irlandeses en el bar, la noche del sábado.

Hudson tardó una hora en terminar el

inventario; para entonces, estaba listo para irse. Como el camarero de día iba a llegar de un momento a otro, Sean subió a pedir a su esposa que lo dejara entrar. Después salió con Hudson.

La calle Prince, donde se encontraba la iglesia presbiteriana de Shiloh, quedaba a menos de dos kilómetros. Mientras caminaban por Broadway, Sean reparó en el lugar donde antes se alzaba la tienda de reclutamiento. Aunque no le dijo nada a Hudson, la situación le parecía realmente paradójica. Por una parte, sus compatriotas irlandeses se quejaban del alistamiento en el bar. Por otra, cuando

los negros libertos de la ciudad habían comenzado a entrenarse con la intención de presentarse voluntarios para luchar, el comisario de policía Kennedy les había advertido: «Por vuestra propia seguridad, es mejor que lo dejéis ahora mismo, porque si no, los trabajadores de la ciudad os lo van a impedir». A Sean no le sorprendió, desde luego. En el bar, y por todos lados, siempre había oído decir: «Nunca hay que darle una pistola a un negro». Más adelante, el gobernador de Nueva York se negó a aceptar a los tres regimientos de negros que se habían presentado voluntarios.

¿Qué pensaría Hudson de todo

aquello?, se planteó Sean. Los clientes del bar lo trataban bastante bien; para ellos, era parte del decorado. Parecía que sabía estar en su lugar y no creaba problemas. En todo caso, debía de haber oído los comentarios. ¿Estaría concomiéndose de rabia y humillación, tal como les ocurría a los irlandeses cuando recibían un trato humillante? Era posible, pero, en cualquier caso, no se lo iba a preguntar. Hudson encontraba, sin duda, fuerzas y consuelo en la congregación negra de la iglesia de Shiloh.

—¿Sabe qué les dicen los predicadores en esas iglesias de negros?

—le había comentado en una ocasión, muy indignado, un estibador—. No les enseñan la humildad y la obediencia cristianas, no señor. Les dicen que, en la vida futura, Dios nos va a castigar a los blancos por nuestra maldad y crueldad.

«¿Quién sabe? —pensó con ironía O'Donnell—. Quizá va a resultar que los predicadores negros tienen razón».

El problema era que últimamente en la ciudad los ánimos estaban muy exaltados en contra de los negros. Hacía poco, a raíz de las huelgas que se habían organizado en los muelles de Brooklyn, las empresas habían traído mano de obra negra barata para neutralizarlas. No se

podía culpar a los negros, cuyo ingreso en el puerto no lo habrían permitido de ninguna forma los sindicatos de huelguistas. Lo cierto fue que la gente les achacó las culpas a ellos.

Y aquello no fue nada en comparación con el efecto que tuvo la Proclamación de Emancipación emitida por Lincoln.

—¿Que van a liberar a los malditos negros del Sur, para que puedan venir aquí a quitarnos el trabajo? — protestaban los obreros de Nueva York —. Si son cuatro millones, maldita sea. —Nadie tenía en cuenta que Lincoln no hubiera liberado en realidad ni a un solo

esclavo, y es que la política casi nunca iba a la par con la realidad—. ¿Nuestros hijos están luchando y muriendo para que sus parientes y amigos acaben destruidos? Pues esto se tiene que acabar.

Hacía meses que la guerra de Lincoln era objeto de toda clase de críticas en las veladas del sábado en el bar.

Y ahora, aquel alto y desgarrado presidente y sus republicanos, con sus ricos amigos abolicionistas, iban a obligarlos a luchar por aquellos condenados negros, tanto si les gustaba como si no.

—Nosotros, los trabajadores, vamos a ser la carne de cañón, pero no los hijos de los ricos abolicionistas. No, ellos envían a un pobre para que muera por ellos o pagan una cantidad para que se queden en casa. Ése es el trato que tienen con Lincoln.

El día anterior, la situación había llegado a un punto crítico: en el sorteo habían salido elegidos más de mil nombres. Durante la selección, la gente había mantenido la calma, pero por la noche ya habían tenido tiempo de comparar nombres y meditar sobre el asunto. De los presentes en el bar, parecía que todo el mundo conocía a

más de uno de los elegidos.

—Mi sobrino Conal —gritaba, furioso, un hombre— se tenía que casar la semana próxima... ¡Es una vergüenza!

—¡El pequeño Michael Casey, que es incapaz de disparar a un conejo a cinco metros de distancia! No va a durar ni una semana —se lamentaba su vecino.

Mientras que unos soltaban maldiciones, otros callaban, con ira contenida. Después de cerrar el local, cuando subió a acostarse, Sean expresó su veredicto a su esposa.

—Al príncipe de Gales pude salvarlo —rememoró—, pero te diré una cosa, si Abraham Lincoln hubiera

venido al bar esta noche, no podría haber hecho nada. Lo habrían colgado de una viga.

Al día siguiente, domingo, debía proseguir la selección de reclutas.

En Broadway todo estaba tranquilo mientras caminaba en compañía de Hudson, y lucía un bonito sol. Cruzaron Canal Street y tampoco se advertía nada de particular. Sean sabía, con todo, que aquello no significaba nada.

—Vuelve directamente al bar desde la iglesia —recomendó a Hudson después de dejarlo sano y salvo en Prince Street—. Y cuando llegues a casa, asegura con la barra los postigos.

Desde Prince Street, siguió andando en dirección norte; al cabo de un poco, enfiló la Bowery, mientras mantenía una actitud vigilante. Todavía había poca gente en la calle. En la Catorce Este, torció a la derecha y luego siguió por Irving Place, hasta llegar a Gramercy Park.

Hacía un tiempo que no iba a casa de los Master. Su relación con Mary había dejado de ser un secreto años atrás, de modo que de vez en cuando iba a verla. Todo el mundo sabía que él podía permitirse mantenerla, pero ella se sentía contenta donde estaba. Aunque le habría gustado que se casara, ella le

había pedido que no se inmiscuyera y, al fin y al cabo, reconocía que ya era mayor para saber lo que quería.

De vez en cuando se reunía con Frank Master. Hacía mucho que lo había compensado por el amable trato que le dispensó en 1853, con una oferta para que comprase unas propiedades que el alcalde vendía a un precio muy por debajo de su valor. Un año después de aquello, cuando se encontraron por casualidad en South Street, Master le había devuelto el favor.

—Conozco a un tipo a quien le falta otro inversor para una operación comercial —informó a Sean—. Los

beneficios podrían ser elevados, si uno se aviene a correr ciertos riesgos.

Sean dudó sólo un momento, haciendo honor a su lema: «En lo que hay que confiar es en la persona».

—Me interesaría —dijo.

Sean había sacado bastante dinero de su caja fuerte para aquella inversión. Al cabo de unos meses, el contenido de ésta se engrosó con una cantidad tres veces superior. Desde entonces, ambos intercambiaban de vez en cuando algún favor. En realidad, hacía pocos días que le había prestado un discreto servicio a Master.

Sean entró por la puerta principal,

no por la de servicio; siempre lo hacía. Una criada acudió a abrir, pero, en respuesta a su pregunta, le dijo que Mary no estaba en casa.

—Se fue a Coney Island con su amiga. Estará fuera toda esta semana.

Él estaba enterado del proyecto, y también de que lo habían estado postergando. Aun así, se sintió algo molesto porque Mary no le hubiera puesto al corriente de que se iba. Por otra parte, se alegraba de que no estuviera en la ciudad en ese momento. Se disponía a marcharse cuando la señora Master apareció detrás de la doncella y, al verlo, lo invitó a pasar.

Entonces abandonó el luminoso ambiente de la calle por la penumbra del vestíbulo.

—Buenos días, señor O'Donnell — lo saludó ella—. Mary no está, lo siento.

—Sabía que tenían intención de irse —dijo él—, pero no que ya se habían marchado.

La señora Master no era el tipo de mujer de su agrado: una privilegiada evangelista, una ferviente abolicionista, una maldita republicana. Cuando se creó un comité de noventa y dos damas de la alta sociedad que tenía por objeto mejorar la salubridad de la ciudad, no le sorprendió saber que ella formaba parte

de la iniciativa. Quizá sí hacían algo bueno, pero, en todo caso, a él le importaba bien poco.

Ella había sido buena con Mary, sin embargo, y eso era lo esencial.

—Tengo la dirección del lugar donde se alojan —le informó—. ¿Se le ofrece algo?

—No, creo que no. —Calló un instante—. Si he venido, señora Master, es porque creo que va a haber problemas.

—Ah. ¿Qué clase de problemas, señor O'Donnell?

—Disturbios en las calles. Ojalá me equivoque, pero quería recomendarle

prudencia a Mary; y también a usted y al señor Master —añadió.

—Ah —volvió a exclamar. Ahora que su vista se había adaptado a la penumbra del interior, Sean advirtió que estaba más pálida de lo habitual. También tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado—. Si por casualidad viera a mi marido —dijo—, avíselo, por favor. Bueno, también... —pareció vacilar, con un destello de desesperación en la mirada—, sólo para saber que no le ha ocurrido nada, podría pedirle que venga a casa.

El hotel Saint Nicholas era enorme. Su fachada de mármol blanco dominaba toda la manzana, entre las calles Broome y Spring, en el lado oeste de Broadway. Contaba con seis pisos de altura, seiscientas habitaciones y un lujo por todo lo alto. Los turistas ricachones acudían siempre a ese lugar y sus amigos neoyorquinos iban a visitarlos con entusiasmo a sus salones revestidos de madera, donde se podía tomar té bajo los frescos del techo y los candelabros de luz de gas.

Por ello, si un caballero

neoyorquino iba a ver a uno de los huéspedes, no era probable que nadie se fijara en él. Frank Master estaba en el hotel Saint Nicholas desde la tarde del sábado.

La huésped a quien visitaba también residía en la ciudad; se llamaba Lily de Chantal, o, como mínimo, ése era el nombre que utilizaba por aquel entonces. Cuando nació, hacía treinta y tres años, en la localidad de Trenton, Nueva Jersey, le habían puesto Ethel Cook. El nombre profesional que había elegido, cuando todavía albergaba esperanzas de ser una solista, le gustaba tanto a ella misma como a todas las personas que

conocía, por lo que nunca se molestaba en utilizar el viejo si podía evitarlo.

Algunas cantantes de éxito poseían unos cuerpos recios que servían de caja de resonancia a sus potentes voces y, aunque la voz de Lily quizá no tenía la potencia suficiente para propulsarla a los primeros puestos, su cuerpo constituía un envoltorio sumamente hermoso. Hablaba con voz queda, pero se había entrenado para hacerlo con la precisión de una actriz, de modo que pese a que no tenía un acento francés, nadie habría adivinado —salvo en momentos de diversión en privado o de entrega a la pasión— que era de

Trenton. En realidad, no se podía discernir cuál era su lugar de origen.

Lily de Chantal sólo había tenido cinco amantes destacables en su vida. A todos y cada uno de ellos los había elegido con la esperanza de que la auparan en su carrera. El primero, sin duda el más adecuado, había sido un empresario del mundo del espectáculo; el siguiente, un director de orquesta, y los otros tres, ricos hombres de negocios; de estos últimos, los dos primeros habían sido fervientes mecenas de la ópera. Frank Master iba a la ópera, pero allí se acababa todo, y tal vez el hecho de que lo hubiera elegido a él

indicaba que a aquellas alturas reconocía la necesidad de procurarse otras redes de seguridad.

No obstante, mientras se entregaba a alguien, había que admitir que volcaba en él toda su atención, lo cual no era de despreciar. Además de ello, siempre era divertida, a menudo tierna y en ocasiones vulnerable. Todos sus antiguos amantes seguían siendo amigos suyos. En el caso de haber tenido una voz mejor, habría conseguido todo lo que quería.

Frank Master todavía no era su amante en realidad; aunque él no lo sabía, seguía en periodo de prueba. Ella

lo encontraba inteligente, amable, algo ignorante en cuestiones de ópera, pero corregible tal vez.

No era de extrañar que Frank Master hubiera conocido a Lily de Chantal en la ópera. Desde su fundación en el siglo anterior —con la colaboración, ni más ni menos, que de Lorenzo da Ponte, el libretista de Mozart— la ópera de la ciudad se había instituido como un importante lugar de encuentro social. Las óperas se representaban en numerosos teatros, y no sólo para la élite rica. Cuando Jenny Lind cantó al aire libre delante de una nutrida multitud, la ciudad entera saludó su

gesto. Por aquella época el teatro principal de ópera era la Academy of Music, situada en Irving Place, a cuatro pasos de la casa de Frank Master. Se trataba de un bonito edificio, con una capacidad para más de cuatro mil quinientos espectadores, provisto de palcos para los asistentes habituales. Frank Master era uno de ellos.

Frank consideraba que había llegado la hora de que tuviera una relación extramatrimonial. Durante buena parte de su vida de casado, aunque se fijaba en otras mujeres, como era natural, sólo le había interesado Hetty. Los años de tensión habían acabado causando

estragos, sin embargo. El sentimiento de que en el fondo ella no lo respetaba había provocado, además, una reacción defensiva en Frank. «Ya le enseñaré yo —se decía—, aunque no se llegue a enterar».

Lily de Chantal cantaba en el coro la noche en que la conoció. Con el pretexto de hablar de la ópera, la había convencido para que se vieran para comer en el Delmonico a la semana siguiente, tras lo cual ella lo había invitado a un recital que iba a dar. En el transcurso de éste, él la había observado con renovado interés; le había gustado verla de pie sola delante de un público

admirativo. Aquello le había impresionado y le había presentado un reto. Ese día ella pasó de ser una mujer bonita a un objeto de deseo. De todas formas, se llevó una sorpresa cuando, al final de la velada, ella le dio a entender discretamente que, si deseaba llevarla a cenar después de la función de tarde de la semana siguiente, aceptaría con gusto.

Lily tenía una agradable casita cerca de Broadway, en la Doce Este, bien situada para ir a la ópera. Allí, después de la cena, ella no rechazó sus tentativas de seducción, pero tampoco le dio plena satisfacción.

—Ahora debe volver a casa, porque

si no, lo van a echar de menos —le había dicho—. Y además, tengo que pensar en mi reputación.

—¿Dónde podemos vernos? —preguntó entonces.

—Dicen que el hotel Saint Nicholas está muy bien —sugirió ella.

Se habían reunido allí hacía diez días; el encuentro fue muy gratificante. Había ido dos tardes seguidas y cada vez se había quedado hasta la noche.

Enseguida tomó conciencia de dos aspectos. Quizá se debiera a que había pasado tantos años de su vida con Hetty, pero el hecho de que Lily de Chantal tuviera que trabajar para ganarse la vida

constituía una estimulante novedad para él. Ella tenía una visión propia de las cosas y sabía mucho más que él sobre el mundo del arte. Podía abrirle nuevas perspectivas intelectuales, hacer de él un hombre más interesante e importante. Su esposa también poseía una viva inteligencia, y lo que hacía por el comité de salubridad, además de otras obras de caridad, era algo útil e importante. Lily de Chantal vivía, empero, en un mundo diferente y había elegido otro camino. Era bohemia y respetable a la vez, embriagadora sin ser peligrosa. Parecía la candidata perfecta para una aventura.

No obstante, si por un lado era

independiente, por el otro era vulnerable. Necesitaba a alguien que la promoviera, o cuando menos que la protegiera. La idea de tener una amante que era una figura pública en su propio campo profesional, pero que a la vez lo necesitaba, le proporcionaba una nueva y sutil sensación de poder, excitante y halagadora.

Habían acordado volver a verse ese fin de semana y, aquella vez, Frank estaba decidido a quedarse toda la noche. Había que reconocer que había organizado muy bien su pelea con Hetty. Ésta creería que se había quedado en su oficina, o que se había ido a un hotel a

causa del enfado, pero no tenía el menor motivo para pensar que se estaba viendo con otra mujer. Por otra parte, le sería imposible localizarlo, ya que la habitación la había alquilado una tercera persona, con cuya discreción sabía que podía contar.

El ocupante oficial de la habitación era el señor Sean O'Donnell. Y ahora ya era la tarde del domingo. ¿Debía volver a casa?, se preguntó, observando la hermosa figura reclinada ante él.

No, se quedaría allí e iría a casa el lunes por la tarde. Qué más daba que Hetty supusiera que su rabia lo había impulsado a pasar dos noches afuera en

lugar de una. Era la opción que más le convenía.

Después del desayuno del domingo, Theodore dijo que quería leer el periódico, de modo que Mary y Gretchen se fueron solas. Aquella vez, en lugar de caminar hasta la Punta, fueron hacia el este siguiendo la larga playa de Brighton. Al poco rato, dispusieron de toda la franja de arena para ellas solas. Siguieron caminando unos tres kilómetros. Aunque aún soplaba una leve brisa, parecía que hacía más calor que el día anterior.

—Debería estar en la iglesia —comentó Mary—. Siempre voy a misa los domingos.

—No pasa nada —le restó importancia Gretchen—. Tendrás que ser pagana por un día.

Mary llevaba un ligero bolso de lona colgado del hombro.

—Es un bloc de dibujo —confesó cuando Gretchen le preguntó qué llevaba dentro.

—¿Cuándo te has aficionado a dibujar? Nunca te había visto hacerlo.

—Es la primera vez —dijo Mary.

Estaba pensando qué debía llevarse para las vacaciones cuando la señora

Master sugirió un bloc de dibujo. Aunque parecía una cosa más bien de damas, al final se dijo: «¿por qué no?». Y como al día siguiente vio un bloc en una tienda, lo compró, junto con dos lápices de mina de la marca A.W. Faber.

—No lo habría traído si Theodore nos hubiera acompañado esta mañana —admitió—. Como él es un artista...

—Pues en ese caso me alegro de que se haya quedado —zanjó Gretchen.

Al cabo de un rato llegaron a una intersección de paisajes: a un lado, la playa, las algas y las aguas poco profundas se alejaban con un reluciente resplandor al encuentro del horizonte

marino; en el otro, encima de unas dunas bajas, había unos verdes pastos y un suelo cubierto de musgo, y también un bosquecillo que ofrecía su sombra.

—¿Por qué no dibujas aquí? —propuso Gretchen.

—No podré si me miras —adujo Mary—. Me da vergüenza.

—Yo miraré las gaviotas —prometió Gretchen, al tiempo que se sentaba en un montículo para luego tender la mirada hacia el océano como si Mary no estuviera allí.

Con todo, ésta no se encontraba preparada. Por eso, en lugar de dibujar el panorama marino, se puso a caminar

por la duna y se fue hacia el bosque siguiendo el verde camino. Al darse la vuelta, le sorprendió que ya no pudiera ver siquiera el mar, pese a que su presencia invisible resultaba perceptible. Un poco más allá se llevó otra sorpresa, porque captó algo más.

Era un cierva. Se quedó quieta, sin hacer ruido; la cierva no la había oído. Al igual que ella, tampoco el animal había previsto su presencia.

Mucho tiempo atrás, cuando sólo los indios de la región vivían por aquellas costas, había ciervos en abundancia, pero cuando los holandeses y los ingleses llegaron para asentarse allí

quedaron sentenciados. Los granjeros no les tenían aprecio y les disparaban. Por aquel entonces, en los más de ciento cincuenta kilómetros de longitud que tenía Long Island, quedaban sólo algunos reductos donde aún no se había extinguido el ciervo. Por otra parte, no tenían otro lugar adonde ir, porque no podían atravesar a nado el estrecho de Long Island. Por lo visto, sí había algunos que habían cruzado la cala o utilizado el camino de conchas, en busca de la seguridad de los yermos de Coney Island.

La cierva no estaba lejos y parecía sola. A unos pasos de Mary había un

árbol caído al que se acercó con cautela. Una vez sentada en él, apoyó el bloc en las piernas, abrió despacio una página, sacó un lápiz y comenzó a dibujar.

El animal no parecía tener prisa por irse; en un par de ocasiones levantó la cabeza, con las orejas enhiestas y en otra incluso miró directamente a Mary, pero al parecer no la vio.

Ella había hecho algún dibujo en contadas ocasiones: la típica casa, un gato o un caballo. Nunca había intentado, sin embargo, plasmar algo al natural y no sabía cómo empezar. Los primeros trazos no parecían guardar relación con la cierva. Puesto que

ignoraba cualquier regla, simplemente trató de reproducir en el papel la línea exacta, tal como la percibía. Al principio aquellas líneas tenían un aspecto torpe e informe, pero volvió a intentarlo varias veces y, poco a poco, tuvo la impresión de que adoptaban formas reconocibles. Luego advirtió con gran asombro que ocurría algo extraño.

Fue como si no sólo la forma de la cabeza del ciervo, sino los trazos de la página adquirieran una especie de magia propia. Nunca había pensado en algo así, ni tampoco lo había experimentado. Al cabo de media hora, había realizado dos o tres bosquejos, muy imperfectos,

pero que parecían captar algo de la cabeza del animal.

Estaba disfrutando, pero tuvo en cuenta que Gretchen la había estado aguardando pacientemente y se levantó. Entonces la cierva dio un respingo y, al verla, dio un brinco y se alejó corriendo entre los árboles.

Al volver sobre sus pasos, encontró a Gretchen sentada en el mismo lugar donde la había dejado. La novedad, sorprendente, fue que Theodore también estaba allí. Se había quitado la chaqueta y desabotonado el cuello de la camisa, para dejar asomar el rizado vello del pecho. Se sobresaltó al verlo, mientras

él la miraba con una sonrisa.

—Enséñamelo.

—¿Por qué?

Había sido una respuesta tonta. Lo que quiso decir fue «No», pero como habría sido de mala educación, le salió aquello de «Por qué». Theodore se echó a reír.

—¿Cómo que por qué? Porque quiero verlo.

—Me da vergüenza. Nunca había hecho ningún dibujo.

Él no quiso aceptar la negativa y le quitó el bloc de la mano. Luego lo abrió y se quedó mirando los dibujos. Los observó con mucha atención.

—¿De veras los has mirado? —dijo.

—Supongo que sí.

—Mira, Gretchen —dijo, mostrando los dibujos a su hermana—. Mira lo que ha hecho. —Gretchen asintió y Mary comprendió que ambos estaban impresionados—. Son buenos, Mary —alabó—. Tú procuras dibujar no lo que crees que deberías ver, sino lo que realmente ves.

—No sé —repuso, complacida, Mary, aunque sin saber cómo tomarse el halago.

—Tienes una mirada de artista —afirmó él—. Eso no abunda, ¿lo sabías?

—Ah. —Mary casi se sonrojó.

Gretchen se puso de pie.

—Vamos —dijo—. Regresemos.

Durante el refrigerio de mediodía, Theodore volvió a hacer alusión a los dibujos que había realizado Mary.

—Debería aprovechar para dibujar todos los días que esté aquí —le dijo a su hermana.

Por la tarde, Mary y Gretchen volvieron a ponerse sus bañadores de color azul. Theodore las acompañó en aquella ocasión. Aunque el traje de baño le tapaba casi todo el cuerpo, Mary no dejaba de percibir sus formas masculinas. Estuvo de un humor juguetón, salpicando a las dos jóvenes,

que reaccionaron con risas. Luego Mary se cayó a causa de una ola y cuando él la ayudó a levantarse, sintió por un instante la fuerza de su brazo, que sostenía el suyo. Como tenía la impresión de que Gretchen estaba un poco disgustada, cuando salieron del agua, se sentó a su lado.

—Ahora vas a dejarnos solas —indicó a Theodore.

Mientras éste se iba a pasear por la playa, Mary apoyó el brazo en el hombro de su amiga y le estuvo hablando hasta que mejoró su humor.

—¿Te acuerdas de cómo conseguiste que me dieran el puesto en casa de los

Master? —evocó—. No habría imaginado nunca que fueras capaz de mentir de ese modo, Gretchen. Me quedé de piedra.

—Si no mentí nada...

—¿Ni al decir que mi padre, que en paz descanse, iba a casarse con una viuda que tenía casa propia?

—Yo sólo dije «Si se casara». No afirmé que fuera a casarse.

—Eres un monstruo.

—Eso es —admitió Gretchen con una sonrisa.

Cuando volvió Theodore fueron juntos a la posada. Entonces Gretchen preguntó a su hermano si iba a regresar a

la ciudad y éste contestó que no, que seguramente se quedaría otro día.

Después de cambiarse de ropa, bajaron a la planta baja, donde Gretchen y Mary pasaron un rato jugando a las cartas con otros dos clientes. Sentado en un sillón, Theodore permanecía absorto en la lectura de un libro. El aire estaba aún bochornoso y parecía que la partida se desarrollaba con gran lentitud. Los dos días de ejercicio y aire marino habían procurado en Mary una maravillosa sensación de laxitud.

—Podría quedarme haciendo el vago toda la semana —le dijo a Gretchen.

—Perfecto —aprobó su amiga—, porque esta semana se supone que no debes hacer nada.

La cena transcurrió más o menos en el mismo ambiente, amenizada con conversaciones y risas. Al final, la combinación de la comida, el vino y el aire del mar proporcionó a Mary un delicioso estado de bienestar.

—Creo que he bebido demasiado —susurró a su amiga.

—Entonces será mejor que caminemos un poco por la playa —aconsejó Gretchen—, para que te despejes.

Cuando por fin todos se levantaron

de las mesas, se fueron a la orilla del mar y allí, cogidos los tres del brazo, Theodore se puso a tararear una marcha. Mary sintió que se encontraba a gusto con el brazo entrelazado con el de Theodore y también le dio por pensar que sería maravilloso si todos formaran una misma familia, si ella estuviera casada con Theodore y Gretchen fuera su cuñada. Sabía que era imposible, pero se había excedido un poco con la bebida y a veces, según lo veía entonces, uno no podía evitar pensar en ciertas cosas.

El sol todavía flotaba encima del mar cuando volvieron a la posada.

Algunas personas, igual de cansadas que ellos, comenzaban a retirarse; otras permanecían sentadas en el porche, aguardando la puesta de sol. Como aún se sentía un poco mareada, Mary dijo que prefería acostarse. Theodore le deseó las buenas noches y Gretchen subió con ella.

La tenue luz del crepúsculo entraba por la ventana mientras se ponían el camisón. Mary se dejó caer en la cama y se quedó mirando el techo, que parecía moverse ligeramente. Gretchen acudió a sentarse a su lado.

—Estás borracha —diagnosticó.

—Sólo un poco —matizó Mary.

—Ojalá se fuera Theodore —dijo Gretchen al cabo de un poco.

—No digas eso —la reprendió Mary.

—Yo quiero a mi hermano, pero vine aquí para pasar unas vacaciones contigo.

—Pero si lo estamos pasando bien —adujo, con voz cansina, Mary.

Gretchen le acarició el cabello en silencio.

—¿Has estado alguna vez con un hombre, Mary? —preguntó después.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Yo soy una chica decente —

murmuró Mary.

Como no quería hablar de eso con Gretchen, cerró los ojos, fingiendo estar dormida. Gretchen siguió acariciándole el pelo y Mary oyó que exhalaba un quedo suspiro.

—No quiero que te hagan daño — dijo en voz baja.

Mary sabía que su amiga intentaba avisarla, pero siguió haciéndose la dormida. Mientras tanto, pensó que tenía veintinueve años y nunca había estado con un hombre, y si tenía que ser con alguien, exceptuando a Hans desde luego, mejor sería con Theodore que con otro. Al menos él sabría tratarla de

manera correcta. No sería como Nolan. Si tuviera que ocurrir, debería obrar con prudencia, por el riesgo que entrañaba, y además ella era una joven respetable.

Pero ¿por qué era respetable? Sabía por qué lo era en Gramercy Park, ya que quería ser como los Master. También sabía por qué había querido ser respetable de niña, para no ser como la gente de Five Points. Pero si lo pensaba bien, no era ni una cosa ni otra. Allá en aquel lugar, con la sola presencia del océano y el quedo susurro del roce de las olas en la playa, apenas sabía qué era ya. Gretchen todavía seguía alisándole el pelo cuando se quedó

dormida.

Sean se levantó temprano el lunes y bajó directamente al bar. Al abrir la puerta de la calle, se asomó un instante a mirar: todo estaba en calma. Después de echar el cerrojo, inició la inspección del local y, al cabo de unos minutos, apareció su mujer.

—Esta noche has estado muy agitado
—le dijo mientras le ofrecía una taza de té.

—Perdona.

—¿Sigues preocupado?

—Me acordaba de lo de 1857.

Pese a que la historia de Five Points era de por sí una desgracia constante, sus habitantes se habían superado a sí mismos seis años atrás. Dos de las bandas católicas, los Conejos Muertos y los Tarugos Feos, habían iniciado una batalla campal con sus tradicionales rivales, los protestantes Bowery Boys. Nadie sabía qué les había llevado a ese estado de furia, y de todas formas importaba poco. Lo cierto fue que aquella vez la pelea se desbordó por completo y se extendió a tantísimas calles que Sean temió que llegara incluso al bar. La policía enviada por el alcalde Wood se demostró impotente. Al

final, tuvieron que llamar a la milicia y, para entonces, de algunas calles sólo quedaban ruinas. Se ignoraba cuántas personas murieron... pues las bandas enterraron a sus propios muertos. Sean sabía dónde estaban escondidos los cadáveres, en los oscuros recovecos de Five Points.

—¿Crees que podría volver a ocurrir algo así?

—¿Por qué no? Las bandas siguen ahí. —Lanzó un suspiro—. Supongo que yo también era igual de estúpido, hace años.

—No —disintió su mujer—. Tú eras capaz de matar a alguien, pero no

dejándote dominar por la rabia.

Sean tomó un sorbo de té.

—¿Sabes quién vino ayer al bar? —
dijo—. Chuck White.

Los miembros de la familia White eran muy numerosos. Hacía unos sesenta años habían tenido algo de dinero, pero al cabo de dos o tres prolíficas generaciones, volvían a encontrarse más o menos en el punto de partida. Chuck White conducía un coche de caballos y también era bombero voluntario.

—No está muy conforme con el alistamiento. Según él, tendrían que eximir a los bomberos, pero no le dieron la razón. —Sacudió la cabeza—. No es

una buena táctica enfurecer a los bomberos. —Tomó otro trago de té—. Les gustan los incendios; por eso son bomberos.

—¿Se negarán a apagarlos?

—No. Prenderán ellos mismos el fuego.

A las seis y media Hudson apareció y se puso a limpiar en silencio. Sean lo saludó con un gesto.

Poco después de las siete, llamaron a la puerta de la calle. Sean se asomó con cautela: era un estanquero que tenía la tienda cerca. Sean le abrió.

—Por el West Side se ha juntado un grupo de hombres y cada vez son más.

Creí que les interesaría saberlo.

—¿Hacia dónde van?

—Todavía no está claro, pero van subiendo en dirección a Central Park. Seguro que después irán a la Oficina de Reclutamiento. Faltan sólo tres horas y pico para que vuelvan a comenzar los malditos sorteos.

Sean le dio las gracias y luego se volvió hacia Hudson.

—Vamos a cerrar los postigos y el bar —anunció.

—¿Crees que podrían venir aquí después? —planteó su esposa.

—Es posible. —Después de inspeccionar los postigos y comprobar

que la puerta quedaba bien cerrada, volvió a dirigirse a Hudson—. Tú te vas a ir ahora mismo al sótano y te quedarás allí hasta que yo te diga que no hay peligro.

—¿Qué tiene que ver el alistamiento con Hudson? —preguntó su mujer, una vez que el negro se hubo ido, a desgana, al sótano.

Sean O'Donnell no respondió, sin embargo.

A las nueve, Frank Master tomó conciencia de que debía marcharse. Contempló a Lily de Chantal: se la veía

fantástica, sentada en la cama con un vestido de encaje. Antes de irse, necesitaba hacerle un par de preguntas.

—¿Te gustaría ir un día a Saratoga?
—inquirió.

A él le encantaba Saratoga, y los viajes al refinado centro de vacaciones se podían realizar con todas las comodidades. Para quienes podían costeárselo, había un lujoso barco de vapor, semejante a un hotel flotante, que subía por el Hudson hasta más allá de Albany. Después uno seguía en carruaje hasta las grandes casas de veraneo y los hoteles del balneario. Para él, aquel viaje por el río seguía teniendo la misma

aureola de aventura que cuando era niño.

Después de aquel fin de semana, no tenía la menor duda de que deseaba compartir el viaje con ella. Tendrían que ser discretos, desde luego. No podía mantener un romance público con ella, ni siquiera en Saratoga, puesto que allí habría muchos neoyorquinos. Ese tipo de asuntos podían llevarse con tacto, de todas formas. Conocía a otros hombres que así lo hacían.

La cuestión era si Lily de Chantal querría ir.

—Te gusta mucho el río Hudson, ¿verdad? —dijo ella—. ¿Cuándo fue la

primera vez que estuviste allí?

—De niño. Mi padre nos llevó a todos para escapar de la epidemia de fiebre amarilla que azotaba la ciudad. Después, más tarde, me llevó hasta las cataratas del Niágara, para la inauguración del canal del Erie.

—Me imagino cómo serías de niño. Y tu padre, ¿cómo era? ¿Era una buena persona?

—Sí —confirmó Frank con una sonrisa—. Quería mostrarme la majestuosidad de las cataratas del Niágara para compartirlo conmigo y ensancharme el corazón.

—¿Lo consiguió?

—Entonces no. Sólo me fijé en el volumen del agua que caía, pero me quedó grabado en el recuerdo.

—¿Y ahora sientes aquella belleza?

—Sí, creo que sí.

Lily asintió, meditabunda.

—Iré con usted a Saratoga, señor Master, pero primero habrá que esperar un poco. Luego, si el corazón se lo dicta, vuélvamelo a pedir.

—Como desees.

—Eso es lo que deseo.

Frank se echó a reír de improviso.

—Ahora me acuerdo. Ese día me enfadé con él, en el Niágara.

—¿Por qué?

—Bah, por algo que tenía que ver con una niña india, una tontería. Lo importante eran las cataratas.

—Me parece que me quedaré aquí unas horas antes de ir a casa —comentó ella—. Me da pereza. ¿Te importa?

—Quédate en la habitación todo el tiempo que quieras.

—Gracias.

En el vestíbulo del hotel se enteró de las marchas que había en las calles.

—Primero se han reunido en el West Side, después en el East Side —le informó otro cliente—. Van hacia el norte de la ciudad para protestar contra el reclutamiento. Algunas fábricas del

East River han cerrado en señal de solidaridad.

—¿Qué clase de gente es?

—Sindicalistas. Irlandeses, claro, pero también hay muchos trabajadores alemanes. Creo que pretenden rodear la Oficina de Reclutamiento.

—¿Son violentos?

—No que yo sepa.

—Hum.

Master se planteó si debía ir a casa. Los sindicalistas no tenían por qué ir a Gramercy Park, con todo, y la Oficina de Reclutamiento se encontraba a más de veinte manzanas de distancia. Por consiguiente, decidió pasar primero por

su despacho.

El aire era bochornoso cuando salió a la calle; iban a tener uno de aquellos días sofocantes de julio. Cuando echó a andar por Broadway, a menos de dos kilómetros del ayuntamiento, todo parecía bastante tranquilo. Siguió por el lado de la Trinity y atravesó Wall Street para dirigirse al East River; al cabo de unos minutos se hallaba en su oficina. Su empleado estaba allí, trabajando como de costumbre.

Diez minutos más tarde llegó un joven comerciante.

—Parece que la multitud se está desmandando en el East Side —explicó

—. Han arrancado las líneas del telégrafo, han asaltado una tienda y se han llevado un lote de hachas. Si dependiera de mí, hoy no haría el sorteo de los soldados.

Después de informar a su empleado de que volvería al cabo de un rato y recomendarle que cerrase si había indicios de peligro, Master comenzó a caminar por los muelles de South Street. En Fulton Street, encontró un coche de caballos e indicó al conductor que se dirigiera hacia la Bowery para ir a Gramercy Park. Todo se veía tranquilo.

—Suba por la Tercera Avenida —
pidió al cochero, pues no tenía deseos

de ver a su esposa justo en ese momento.

En la calle Cuarenta, el hombre se negó a seguir adelante.

La multitud, enorme, entorpecía el paso. Algunos llevaban carteles en los que se leía no al reclutamiento. Otros golpeaban sartenes de cobre, que hacían sonar como si fueran gongs. Se veía unas cuantas decenas de policías que custodiaban las oficinas donde estaba previsto proseguir con el sorteo, pero era evidente que no serían capaces de hacer nada si la situación degeneraba. Al ver a un señor de aspecto respetable como él de pie en las proximidades, lo abordó.

—¿Por qué hay tan pocos policías?
—preguntó.

—El alcalde Opdyke. Es el típico republicano, que no se entera de nada; espero que usted no sea republicano —añadió, con tono de disculpa, el hombre.

—No lo soy —lo tranquilizó Master.

—Vaya por Dios —exclamó el desconocido—. Fijaos, allí.

La multitud también se había percatado. Un clamor de júbilo brotó de ella cuando, equipada con sus uniformes de bomberos al completo, la compañía número 33 irrumpió por una calle lateral.

—¿Sabe por qué están aquí? —

preguntó el hombre a Master, que negó con la cabeza—. El jefe del cuerpo salió en el sorteo del sábado.

—Mala suerte.

—Diría que sí.

—¿Qué van a hacer?

—Ahora que lo pienso —dedujo, sin inmutarse, su compañero—, las listas de reclutamiento siguen en el interior de ese edificio. Si se destruyeran, por consiguiente, esos papeles...

—Le van a prender fuego.

—Lógicamente...

Los bomberos no perdieron el tiempo. Al cabo de un momento, apedrearon las ventanas con ladrillos y

adoquines, después de apartar a los policías. Luego entraron en el edificio y una vez localizaron el bombo del sorteo, lo rociaron todo con trementina y, tras prenderle fuego, salieron. Actuaron de una manera muy profesional; el gentío lanzó un rugido aprobador.

Entonces, de algún lugar, surgió un disparo.

—Mejor será que nos vayamos — opinó el desconocido, antes de escabullirse a toda prisa.

Frank Master no imitó su ejemplo. Encontró una caseta de venta situada a un par de manzanas de distancia y se quedó mirando desde allí. La multitud,

desenfrenada, arrancaba adoquines para arrojarlos al edificio en llamas. Al cabo de un rato, por la avenida apareció una tropa de soldados. Cuando los vio acercarse, Master dio un respingo.

Se trataba del Cuerpo de Inválidos, los soldados heridos que aún se recuperaban de su estancia en el hospital, los pobres. A todos los que se hallaban en condiciones de luchar los habían enviado a Gettysburg dos semanas antes. Los inválidos se aproximaban armados de valor.

A la multitud, no obstante, le importaba bien poco la valentía de los inválidos y sus heridas. Con un bramido

se precipitó hacia ellos, arrojando adoquines y todo aquello que encontraba a su alcance. Superados en número, los inválidos retrocedieron.

La turba había probado el sabor de la sangre. Mientras de la Oficina de Reclutamiento seguían brotando las llamas, comenzaron a desparramarse por la ciudad, destrozando los cristales de las casas a su paso. Frank los siguió: vio a algunas mujeres que llevaban unas palancas, con las que arrancaban las vías del tranvía. En la avenida Lexington se oyó un clamor: habían descubierto al jefe de policía, al que golpearon la cara hasta aplastársela. De los edificios de

apartamentos salía gente a sumarse a la muchedumbre. Un nutrido grupo se encaminó a la Quinta Avenida y empezó a avanzar hacia el Sur. Luego, mientras Master se planteaba qué iba a hacer, oyó otro grito.

—¡Armas, chicos! ¡Armas!

—¡El arsenal! —vociferaron otros un momento después.

Un numeroso grupo se separó del resto para cruzar la ciudad. En la Segunda Avenida, junto a la calle Veintidós, había un arsenal. Quedaba sólo a una manzana y media de Gramercy Park.

Master dio media vuelta y echó a

correr.

El joven Tom nunca había visto a su madre en semejante estado. Una hora atrás, había estado a punto de ir a la oficina de su padre, pero al final había optado por quedarse en casa. Que se fuera al infierno su padre si quería quedarse escondido allí, pensó. Su obligación era velar por la seguridad de su madre.

Hetty Master apenas dormía desde hacía dos noches. La primera, le había explicado con calma a Tom que su padre había tenido que ausentarse por una

cuestión de negocios. La segunda, había reconocido que se habían peleado. «Seguro que volverá mañana», añadió con serenidad. Al observar el pálido y demacrado rostro de su madre, Tom admiró la dignidad de que hacía gala.

Lo sucedido aquella mañana había sido demasiado, sin embargo, incluso para su temple. Primero, habían oído el tumulto de la gente que caminaba por las avenidas, aunque no habían pasado por Gramercy Park. Tom había salido a ver qué ocurría y había encontrado un vecino que acababa de llegar de South Street.

—Van hacia el norte de la ciudad

para protestar contra el reclutamiento —explicó—, pero en South Street todo está calmado. En el centro tampoco hay alborotos, ni siquiera en Five Points.

Aquella noticia los había tranquilizado, y Tom había resuelto no preocuparse por su padre.

Desde que se habían enterado de que había habido disturbios en la Oficina de Reclutamiento, a su madre le había invadido la ansiedad. De pie junto al ventanal, miraba la plaza y murmuraba: «¿Dónde puede estar?».

—Saldré a buscarlo —propuso Tom. Ella le rogó que se quedara.

—Ya es bastante angustia saber que

tu padre está allá afuera —dijo.

Sintiendo que tal vez valía más que permaneciera allí para protegerla, él no insistió. Subió a lo alto de la casa; desde la ventana del desván se veían las llamas que subían de la Oficina de Reclutamiento, situada a veinticinco manzanas. Estuvo observándolas un rato antes de bajar.

Al llegar al salón, no vio rastro de su madre. En vano la llamó, hasta que acudió la doncella.

—La señora Master se ha ido —le informó. Al parecer, su madre había visto un coche de caballos que se había parado delante de la casa de los vecinos

y había salido corriendo a cogerlo—. Ha dicho que usted debía quedarse a cuidar de la casa —añadió la criada.

Tom exhaló un suspiro. No cabía duda de adónde había ido, de modo que lo mejor sería quedarse allí, tal como le había pedido.

Cuando Frank Master llegó a Gramercy Park, era casi mediodía. Tom no le dispensó una acogida muy calurosa; tras explicarle que su madre había salido de la casa hacía tan sólo unos minutos, le preguntó dónde había estado, y cuando él contestó que por ahí,

le dirigió una mirada furibunda. Frank consideró que no tenía mucho sentido ir en pos de Hetty hasta la oficina de South Street, que evidentemente era el lugar adonde había ido, porque entonces lo más probable era que no lo encontrara en casa a su regreso; lo mejor era esperarla allí. Mientras tanto, si su hijo persistía en mirarlo de manera tan enojada, más valdría hacerlo salir de la casa.

—Tom, hay un gran gentío que se dirige al arsenal de la Segunda. Podrías salir a mirar qué hacen. No te acerques, sólo observa qué traman y vuelve a contármelo. Yo voy a cerrar todos los

postigos.

En los muelles de South Street reinaba el sosiego. Hetty no sabía cuánto tiempo había estado esperando en la oficina, pero al menos sabía por el empleado que Frank no había desaparecido. Eso ya era algo. El oficinista también le había asegurado que Frank había dicho que volvería, por lo que decidió esperarlo. Allí sólo había un duro banco de madera para sentarse; como la mayoría de los comerciantes atareados, Frank hacía lo posible para que las visitas no se quedaran mucho

rato. De todos modos, le daba igual, con tal de verlo. Al cabo de una hora, sin embargo, aún no había dado señales de vida.

De vez en cuando, entraba alguien y el empleado lo atendía con diligencia. Aparte de esto, sólo se oía el ruido del roce de la plumilla en las páginas de los libros de cuentas. Se planteó regresar, pero no soportaba la idea de que pudiera aparecer en cuanto se fuera. Eran casi las dos cuando un joven empleado de otra oficina asomó la cabeza por la puerta.

—La situación se está poniendo violenta. Nosotros vamos a cerrar —

anunció.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella.

—Verá, señora, ahora hay disturbios en el West Side. Están persiguiendo a los negros. No sé si habrán ahorcado a alguno ya, pero me temo que eso es lo que pretenden.

—¿Por qué irían a hacer daño a los negros a causa del reclutamiento? —se indignó.

—Porque si Lincoln se sale con la suya, la ciudad se llenará de negros que les quitarán el trabajo a los irlandeses. Al menos eso es lo que creen. Está eso, y también el hecho de que no les gustan —añadió para acabar de perfilar su

explicación.

Hetty estaba tan horrorizada que le costó seguir hablando.

—¿Qué más? —preguntó al joven.

—Han ido bajando por la Quinta Avenida, destruyendo casas. También han ido a la del alcalde, pero no estaba allí, pues ha congregado a su gente en el hotel Saint Nicholas; se van a reunir allí para decidir qué van a hacer. Eso es todo lo que sé.

—Soy la señora Master —se presentó—. Seguro que conocerá usted a mi marido.

—Sí, señora. Es un caballero muy correcto.

—No lo habrá visto, ¿verdad?

—No, señora, pero unos cuantos comerciantes y negociantes de Wall Street iban al hotel Saint Nicholas para averiguar qué se propone hacer el alcalde. Es posible que esté allí.

—Si viniera mi marido —indicó a su empleado—, díglele que he ido allí.

Sean O'Donnell no abandonó el bar hasta las dos. Aunque abrió para sus clientes habituales, mantuvo los postigos bien cerrados. Varios de los parroquianos preguntaron dónde estaba Hudson.

—Lo he enviado a Coney Island con unas cosas para mi hermana —mintió sin inmutarse—. Estará allí un par de días.

Su esposa, mientras tanto, le llevó comida al sótano.

—No está muy contento allá abajo —le informó.

—Ya se alegrará de estar vivo cuando acabe esto —replicó.

—Tú quédate aquí y no hagas ningún ruido —reiteró a Hudson, cuando fue a verlo poco después.

A las dos, decidió acercarse al hotel Saint Nicholas, para informarse de lo que ocurría.

Cuando Hetty llegó, el hotel estaba acordonado con policías, que la dejaron entrar. El vestíbulo estaba abarrotado. El alcalde se encontraba en su habitación particular, según le explicaron, con varios caballeros. El propio director, que casualmente se encontraba en la recepción en ese momento, tuvo el detalle de ir a mirar si Frank Master se encontraba allí.

—Su marido no está con el alcalde —le informó—, pero haré que alguien pregunte por él en el vestíbulo. Es posible que esté por ahí. —Al cabo de cinco minutos, el botones regresó con una negativa—. Será un placer acogerla

mientras lo espera, señora —dijo el director, antes de indicar al botones que le buscara un lugar donde sentarse.

A pesar de la concurrencia, el chico le encontró un sofá en un salón, junto a un ventanal desde donde se veía la gente que entraba en el hotel. Con gusto, se instaló en él.

Llevaba cinco minutos allí cuando entró otra dama. Aunque vestía con elegancia, se la veía algo agitada. Lanzó una ojeada a la ventana y pareció dudar entre quedarse o volver al vestíbulo. Estaba claro que no la había reconocido. En cambio, Hetty sí la reconoció, de modo que se levantó para saludarla.

—¿Señorita De Chantal? —dijo, tendiéndole la mano—. Nos vimos una vez en la ópera. Soy la señora Master.

Le pareció que Lily de Chantal empalidecía.

—Ah, la señora Master.

—Estoy buscando a mi marido.

—¿Su marido? —dijo, con voz un tanto atiplada, la cantante.

—¿No lo ha visto?

Lily de Chantal la miró, dubitativa.

—Es que hay mucha gente en el vestíbulo —repuso, con cierta demora.

—Lo sé.

Como si recordara su réplica cuando estaba a punto de estropear su papel,

Lily dio muestras de recuperarse.

—Tendrá que disculparme, señora Master, si estoy algo distraída. He acudido aquí en busca de refugio. Acaban de decirme que no es conveniente que salga a la calle.

Hetty miró por la ventana antes de volver a posar la vista en Lily de Chantal.

—Yo apenas sé qué sucede —reconoció.

Quizá resultó muy oportuno que, justo en ese momento, en el salón entrara Sean O'Donnell.

Hablando con la gente concentrada en el vestíbulo, Sean tardó sólo unos minutos en averiguar lo que quería saber. La táctica aplicada por el alcalde, consistente en enviar pequeños destacamentos de policía a lugares concretos donde se habían producido alborotos, había resultado un desastre. Las fuerzas del orden se habían visto superadas en todos los casos. Por otra parte, estaba claro que la violencia de las agresiones contra los negros estaba aumentando, lo que confirmaba lo acertado de sus precauciones para

proteger a Hudson. Le faltaba sólo echar una ojeada en los salones, por si había algún conocido en ellos, antes de apresurarse a volver a casa.

Sabiendo lo que conocía de la relación de Frank Master con Lily de Chantal, lo último que habría esperado era encontrarse a Lily y Hetty juntas. ¿Qué significaba aquello?

—Señora Master —saludó con una cortés reverencia—. ¿Qué la ha traído aquí en un día como éste? —A Lily también le dedicó una reverencia, más somera.

—He ido a la oficina de mi marido, señor O'Donnell, pero no estaba allí.

Me han dicho que tal vez habría venido aquí para enterarse de las medidas tomadas por el alcalde contra los disturbios.

Sean miró a Lily y, al ver su expresión de alivio, asintió con gravedad.

—Por eso precisamente me encuentro yo aquí —dijo—. Esté donde esté su marido, señora Master, lo más atinado sería que se fuera a casa, aunque de ninguna manera debe ir a pie. Ni tampoco usted, señorita De Chantal. Hablaré con el director para que le localice un coche, señora Master. Pero es posible que haya que esperar, porque

la mayoría de los cocheros están con los alborotadores. —Luego, sin poder resistirse a la tentación, añadió—: No me cabe duda de que la señorita De Chantal estará encantada de hacerle compañía hasta que encuentren un coche.

El empleado de la oficina se había cansado de esperar. Él tenía una familia propia de quien ocuparse y si el señor Master no había llegado a aquellas alturas, lo más probable era que ya no volviera. Lo que le inquietaba era qué podía hacer con el mensaje que le había dejado su esposa. ¿Enganchar una nota

en la puerta? El hombre consideró que aquello quedaría mal, poco acorde con la dignidad del negocio. Lo mejor sería escribir una nota y dejársela en su escritorio. Master tenía la llave de la puerta, de modo que si volvía, podría entrar.

A las dos y media, a Frank Master comenzó a atenazarlo la inquietud. A dos pasos de allí, en la Segunda Avenida, una gran multitud había rodeado el arsenal. El interior del edificio estaba bien custodiado, no obstante, con hombres armados. De vez en cuando,

alguien tiraba piedras, pero hasta el momento no habían tratado de irrumpir en su interior. Mientras tanto, de las calles aledañas llegaban más y más grupos de exaltados.

¿Y dónde diablos estaba Hetty? ¿Se habría quedado bloqueada en South Street? ¿Intentaría tal vez volver a pie a casa? ¿La habrían asaltado? ¿Estaría lastimada? Si tuviera manera de adivinar qué ruta había tomado, iría a buscarla. Aunque no quería reconocerlo, estaba abrumado por un terrible sentimiento de culpa. Si no se hubiera ausentado con Lily... Si se hubiera quedado cuidando de ella... No quería

ni pensar en lo que debía de estar sufriendo Hetty, sin contar el peligro físico que pudiera acecharla. La cara angustiada de su mujer surgía en su mente como una pesadilla. Comenzó a imaginar que la perseguían los alborotadores, que la derribaban, que la torturaban.

Era culpa suya. Sólo suya.

—Papá —lo llamó Tom—. Tenemos que sacar el carruaje e ir a buscar a mamá.

—Sí, creo que sí. Ocúpate tú, por favor. Después yo iré al centro y tú vigilarás la casa.

—No, papá. Es mejor que tú te

quedes y que yo salga. Si ella volviera y no te encontrara, no sé si podré impedir que vuelva a salir.

—Eso no tiene ningún sentido, Tom. Soy el que tengo que ir.

—Papá, no se va a quedar tranquila hasta que te vea. Ya te he dicho que está desesperada por verte.

Ya eran las tres y media cuando el director del hotel acudió a ver a Hetty. Había efectuado varias demandas de coches de caballos desde que O'Donnell se había ido, pero había sido inútil.

—Usted es la primera de la lista —

le había prometido—, pero no es posible encontrar coches de alquiler para ir a la parte norte de la ciudad.

Lily de Chantal había tenido que interceptarle el paso en dos ocasiones para impedir que saliera.

—No puedo quedarme con las manos manchadas con su sangre —le había gritado la segunda vez.

En todo caso, Hetty no comprendía por qué estaba tan preocupada la señorita De Chantal por su seguridad.

—Señora Master, hay una dama que se dirige a esta parte de la ciudad con su carruaje y que estaría dispuesta a llevarla —le anunció el director—.

Debo advertirle que éste es el único medio de transporte que puedo ofrecerle —puntualizó, algo incómodo.

—Comprendo. ¿Una dama, dice?

—Se trata de madame Restell.

La mujer más perversa de todo Nueva York observaba a Hetty, cómodamente arrellanada en el mullido asiento de su carruaje. Tenía unos senos prominentes y una expresión decidida. En opinión de Hetty, sus ojos guardaban cierto parecido con los de un ave de rapiña.

De modo que aquélla era madame

Restell, la abortista. Hetty la conocía de vista, pero nunca había tenido deseos de verla de cerca. Estaba muy claro que madame Restell tenía conciencia de ello, pero aún era más evidente que le daba completamente igual.

—Bueno, pues ya me he enterado de lo que quería saber —comentó—, que el alcalde es un idiota. —Soltó un resoplido—. Casi tanto como Lincoln.

—Lamento que piense que el presidente es un idiota —replicó con envaramiento Hetty.

Por más que hubiera aceptado viajar en su carruaje, no estaba dispuesta a dejarse intimidar por aquella mujer.

—Pues ha provocado muchas complicaciones.

—No es usted republicana, supongo —apuntó Hetty.

—Podría serlo. Ellos afirman que las personas deben ser libres de obrar según les parezca. Eso mismo pienso yo, pero si empiezan a venirme con sermones pueden irse al infierno.

—Supongo que depende de en qué sentido se interprete lo de la libertad.

—Yo ayudo a las mujeres a ser libres, a disponer de la libertad de no tener un hijo si no lo desean.

—Organiza abortos.

—No de la manera que cree, no lo

hago a menudo. En general, les doy unos polvos que detienen el proceso.

Al parecer, a madame Restell no sólo le gustaba obrar según su antojo, sino que no tenía ningún empacho en hablar de ello.

—Quizás en Francia tengan otra manera de hacer las cosas, señora — comentó Hetty con firmeza.

Su interlocutora reaccionó con una carcajada.

—¿Cree que soy francesa porque me hago llamar madame Restell?

—Eso suponía.

—Soy inglesa, señora, y a mucha honra. Nací en Gloucester, en mi

querido y viejo Gloucester. Éramos pobres de solemnidad. Ahora tengo una mansión en la Quinta Avenida, y de todas maneras pienso que Lincoln es un idiota.

—Comprendo.

Hetty dejó que se instalara el silencio entre ambas.

—¿Conoce a la esposa de Lincoln?
—preguntó de repente la abortista cuando pasaron delante de la iglesia Grace.

—No he tenido el honor.

—Pues yo nunca he visto a una mujer comprando de la forma en que lo hace ella. La estuve observando en una

ocasión. Se vuelve como loca cuando llega a Nueva York... cosa que ocurre muy a menudo, como sabe. No me extraña que el Congreso se queje de ella.

—La señora Lincoln tenía que acondicionar la Casa Blanca —arguyó Hetty, a la defensiva.

—Ya.

—Para que lo sepa —declaró Hetty, muy digna—, yo también creo que todo el mundo debería ser libre. Creo que toda persona tiene una libertad que Dios le ha concedido, sea cual sea su raza o color. Y creo que el señor Lincoln tiene razón.

—Ah, es posible que la tenga, querida. Espero que sí. Yo no tengo nada contra los morenos. No son ni mejores ni peores que usted o que yo, eso es seguro. Lo malo es que mucha gente está muriendo por eso.

Habían llegado a Union Square y se disponían a girar hacia la calle Catorce cuando el cochero aminoró la marcha y golpeó la ventana con el látigo. Delante de ellos, una multitud de más de cien personas obstruía el paso hacia Irving Place.

—Da un rodeo —ordenó madame Restell.

Después de dar la vuelta por Union

Square, probaron por la Cuarta Avenida. Parecía que en todas las calles había grupos con actitud amenazadora. A medida que se acercaban a Gramercy Park, había más gente y ya se veía la inmensa concentración que asediaba el arsenal. En ese preciso instante, sobre el edificio cayó una lluvia de adoquines y alguien arrojó un barril de brea ardiente a una de las ventanas. La muchedumbre lanzó un estruendoso clamor.

—Eso no tiene buena pinta —dictaminó madame Restell—. Ve hacia la Quinta —indicó al cochero.

—Yo tengo que bajarme —gritó Hetty—. Allí está mi casa.

—No sea necia, querida —replicó madame Restell—. No conseguiría llegar.

Hetty quería saltar, pero no podía negar que madame Restell estaba en lo cierto.

Enfilaron la Quinta. Aunque se veía algunas casas que habían sido asaltadas, era evidente que por el momento los alborotadores estaban distraídos con otra cosa.

—Será mejor que venga a mi casa —aconsejó madame Restell—. Tengo un criado que puede moverse discretamente entre cualquier clase de gentío. Es la típica rata de Five Points; él irá

corriendo a su domicilio a decirles dónde está.

Pese a que la propuesta parecía atinada, Hetty no estaba conforme. Puesto que no había obstáculos en la avenida, el cochero hizo restallar el látigo. Pasaron de largo el Madison Square. Los caballos partieron al galope y, entre la calima y el polvo levantado por los cascos, las fachadas de piedra de las casas se veían borrosas. Se sentía mareada, como si se viera arrastrada en contra de su voluntad por un extraño y sofocante río de polvo. Habían superado ya la calle Treinta: a su derecha vio un solar donde habían montado un jardín de

infancia y a su izquierda se elevaba de pronto, como una afrenta, una iglesia de ladrillo.

Después vio la gran mole del depósito de agua, el lugar donde Frank le había pedido que se casara con él, sólido como una fortaleza en medio del polvo y el calor, inquebrantable como las pirámides del desierto. Allí estaban los cimientos de su matrimonio y estaba dejando que la alejaran. Debía de ser una locura, pensó. Pasaron la calle Cuarenta y Dos.

—¡Pare! —gritó al cochero, tras abrir la ventanilla—. ¡Pare ahora mismo!

El carruaje disminuyó de velocidad.

—Pero ¿qué hace? —gritó madame Restell—. ¡Siga! —reclamó, bramando casi, al cochero.

Ya era demasiado tarde. Hetty había abierto la puerta y, sin esperar a que el coche se detuviera, se precipitó a la polvorienta calle.

—¡No sea estúpida! —gritó madame Restell, mientras Hetty, que había caído de rodillas, se despegaba del suelo de la Cuarenta y Tres—. Vuelva a subir.

Hetty no le prestó oídos.

—Gracias por llevarme —le dijo, antes de irse caminando por la Quinta Avenida.

Aunque debía de tener algún rasguño, se encontraba mejor. Al menos estaba haciendo algo.

Mientras el carruaje se alejaba en dirección contraria, se detuvo un momento para cepillarse la ropa. En medio del opresivo bochorno, miró en torno suyo: en la esquina de enfrente había un gran edificio. Cuando lo vio, llegó a esbozar una sonrisa.

Mientras que el depósito representaba la compacta solidez de las obras de ingeniería de la ciudad, el orfanato para negros que se alzaba delante era una demostración de que, incluso en aquel día de caos, allí había

también una referencia moral. Era la gente rica de la ciudad, personas como ella misma, quienes habían financiado el centro, y no lo habían hecho para darse aires. En ese edificio de la Quinta Avenida se proporcionaba alojamiento, ropa, comida... y también educación... a doscientos treinta y siete niños negros, doscientos treinta y siete niños que tenían con ello la oportunidad de llevar una vida decente.

Si madame Restell, su marido o cualquiera quería saber para qué luchaba Lincoln, pensó, no tenía más que ir al orfanato de la Quinta a ver a los niños.

No vio la multitud hasta que la tuvo encima. Surgida de las calles laterales, desembocó como una marea en la avenida. Hombres y mujeres por igual blandían ladrillos, palos, cuchillos o lo que habían encontrado por el camino. La muchedumbre que afluía a la avenida debía de sumar varios centenares de personas.

No se pararon a romper cristales, ni siquiera la miraron. Un solo objeto concentraba su atención: iban directos al orfanato.

—¡Matad a esos engendros de negros! —vociferó alguien mientras se

acercaban.

Los demás reaccionaron con un multitudinario bramido. Olvidándose incluso de su querido marido por un momento, Hetty se quedó mirando horrorizada. No podía irse sin más: tenía que hacer algo.

Frank Master se quedó de pie junto a su hijo frente al gran cuadro de las cataratas del Niágara que presidía el comedor. Luego fue a mirar por la ventana.

—No sé qué hacer —reconoció.

La verdad era que estaba fuera de sí.

Se había maldecido a sí mismo hasta llegar al embotamiento, y los sentimientos de impotencia y frustración habían alcanzado un grado insoportable. Lo único que quería era pasar a la acción, pelear contra alguien o algo, contra lo que fuera.

Tom había estado fuera tanto rato que había creído que también debía de haberle sucedido algo a él. Cuando por fin llegó, le explicó lo ocurrido.

—La oficina estaba cerrada cuando he llegado; no había nadie. En el camino de vuelta he pasado por todas las calles donde se me ha ocurrido mirar, papá. Por eso he tardado tanto. Pero no he

visto señales de ella: nada.

Habían transcurrido sólo unos minutos desde el regreso de su hijo cuando el gran clamor que brotó del lado del arsenal impulsó a Frank a salir a la calle. La turba había emprendido por fin el asalto. El edificio empezaba a arder. Se veía personas en las ventanas de arriba y en el tejado, y lo más probable era que perecieran quemadas. De todos modos, él no podía hacer absolutamente nada. Combinado con el bochorno del día, el calor del edificio volvía asfixiante el aire. Al final optó por volver a casa.

El asalto del arsenal tuvo un efecto

positivo: pareció atraer a todas las turbas de la zona hacia aquel escenario. Gramercy Park quedó temporalmente desierto. Con precaución, abrió uno de los postigos del comedor. Transcurrieron diez minutos más: las llamas brotaban del arsenal lanzando fogonazos al cielo.

Entonces, de improvviso, llegó un chico corriendo hasta su puerta y se puso a aporrearla. La doncella preguntó qué debía hacer y él le indicó que no abriera.

—Podría ser una trampa —señaló.

Con la aprensión de que alguien estuviera acechando para lanzar un

proyector en cuanto hubieran abierto la puerta, cerró el postigo y se dirigió al vestíbulo.

—¿Y si es un mensaje de mamá? —
apuntó Tom.

—Eso estaba pensando.

Indicó a Tom que se quedara detrás de él, se encaminó a la puerta con un recio bastón y tras correr el cerrojo, abrió un resquicio.

—¿Qué quieres?

—¿Es el señor Master?

—¿Por qué?

—Su esposa está en la Quinta Avenida, al lado del orfanato, donde hay revueltas.

—¿Quién eres?

—Me llamo Billie, señor, y trabajo para madame Restell; ella me ha traído. Está en su carruaje, en Lexington, y dice que no se quiere acercar más. Será mejor que venga deprisa, señor.

Aunque no alcanzaba a comprender qué diantre tenía que ver la infame madame Restell con Hetty, Frank no dudó ni un minuto.

—Vigila la casa, Tom —pidió, y con el bastón en una mano y la otra cerrada como una tenaza en el brazo del chico, dejó que éste lo condujera a toda prisa a la avenida Lexington—. Si me mientes —le amenazó—, te muelo a palos.

Hetty no tenía apenas experiencia sobre el comportamiento de las multitudes. Ignoraba que, en determinados momentos y según los ánimos, una muchedumbre es capaz de hacer cualquier cosa actuando al unísono.

La multitud quería matar a los niños porque eran negros. Quería destruir el edificio porque era un templo de los ricos protestantes abolicionistas, los ricos protestantes blancos que enviaban a morir a los honrados jóvenes católicos para que cuatro millones de esclavos libertos pudieran venir al Norte a

robarles los trabajos. Y es que aquella turbamulta se componía, casi exclusivamente, de irlandeses.

Querían saquear el centro porque los niños negros que había adentro tenían comida, camas, mantas y sábanas, que muchos de ellos no poseían en sus abarrotadas viviendas.

Habían empezado lanzando piedras al edificio y ahora unos hombres se precipitaban a destrozar la puerta.

Hetty trató de abrirse paso entre el gentío.

—¡Paren! —gritó—. Son niños. ¿Cómo pueden hacer algo así?

La multitud no la oía; forcejeó para

avanzar, pero la presión de la gente era excesiva. Se encontraba apretujada detrás de un enorme pelirrojo irlandés, que bramaba de rabia al igual que los demás. Sin dejarse intimidar, le golpeó la espalda con los puños.

—Déjeme pasar.

Por fin el hombre se volvió a mirarla.

—Dígales que paren —le gritó—. ¿Va a dejar que maten a unos niños inocentes? ¿Acaso no es cristiano? —El hombre la miraba fijamente con unos ojos muy azules, como el gigante que observa la presa que va a devorar. Ella no se arredró de todas formas—. ¿Le va

a decir a su párroco que ha asesinado a niños? —lo desafió—. ¿Acaso no tiene humanidad? Déjeme pasar y yo les diré que paren.

Entonces el fornido irlandés se inclinó y la cogió con sus recios brazos. Ella pensó que tal vez iba a matarla en el acto, pero constató con asombro que se abría paso hacia la cabeza de la multitud. Al cabo de un momento, se encontró en un espacio despejado.

Delante de ella se encontraba el orfanato. Detrás, una vez que el gigante la hubo depositado en el suelo, tenía la muchedumbre. Era terrorífica; su furia le llegaba como un ardiente hálito. Con

mirada febril, gritaba y lanzaba proyectiles y objetos encendidos al orfanato. Ahora que se encontraba allí, ¿cómo iba a hablarle a aquel terrible monstruo? ¿Cómo iban a oírla siquiera?

Entonces, de repente, algunas personas comenzaron a mirar en su dirección y a señalar el lugar donde estaba. Se volvió para averiguar qué les había llamado la atención.

Un poco más allá se había abierto una puerta lateral del orfanato, por la que asomaba alguien. Hetty reconoció a la directora del centro; la mujer observó con horror la calle. Parecía que había llegado a la conclusión de que no había

otra alternativa, porque al poco apareció un negrito a su lado y después le siguieron otros. Los niños del orfanato salían del edificio. Y no sólo eso: Hetty observó con asombro que se estaban colocando disciplinadamente en fila.

Dios santo, si parecía que fueran a ir a misa... Al cabo de un momento, salió también el portero, que los iba distribuyendo en la fila; y no había nadie más para ayudarlos. La mujer apremiaba a los niños y, según iban saliendo, el portero supervisaba la buena formación de la fila.

Iban a sacar a los doscientos treinta y siete niños de aquel polvorín porque

no podían hacer otra cosa. Mantenían la calma y, por el bien de los pequeños, obraban con mucha tranquilidad. Los niños seguían saliendo obedientemente y el portero seguía encarándolos de espaldas a la multitud para que no la vieran.

A la muchedumbre esto no le gustó ni lo más mínimo.

Para entonces, como si mediara algún terrible truco de magia, la parte del gentío que quedaba más alejada y no alcanzaba a ver nada, parecía comprender gracias a los ojos de los de delante que los niños estaban allí. La multitud comenzó a temblar de rabia

ante la idea de que su presa tuviera la osadía de pretender huir. La gente que tenía más cerca comenzó a avanzar, paso a paso, como una serpiente que tanteara el terreno con la lengua.

—¡Matad a esos negros! —vociferó alguien.

Otros repitieron el grito; al oírlo, los niños se sobresaltaron.

Entonces Hetty se dio cuenta de que entre la multitud y los niños no había nadie salvo ella y el gigante irlandés. Tomó conciencia de que, curiosamente, la turba no la veía. Aunque se hallaba en su campo de visión, ellos sólo estaban pendientes de los huérfanos, los cuales

habían salido casi todos. Se volvió a mirarlos. La directora les indicaba que comenzaran a caminar, deprisa, pero sin correr. La multitud también se percató de ello.

—Los negros se escapan —gritó una mujer.

Sentía que, de un momento a otro, la gente se precipitaría hacia adelante y la arrollaría.

—¡Deteneos! —gritó—. ¿Vais a hacer daño a unos niños? —Alzó los brazos, separándolos, como si pudiera contenerlos—. Son niños pequeños.

La multitud la vio entonces y se quedó observándola; la vio como lo que

era: una rica republicana protestante, su enemiga. El corpulento irlandés guardaba silencio a su lado y de improviso se le ocurrió pensar que tal vez la había llevado hasta allí para que la turba la matara.

No obstante, la multitud vaciló un momento. Luego sonó una voz de mujer.

—Son niños negros, señora. No importa matarlos.

Siguió un clamor de aprobación. La muchedumbre volvía a avanzar.

—¡No podéis! ¡No podéis hacer esto! —gritó Hetty con desesperación.

Entonces oyó, atónita, el atronador grito que lanzó a su lado el gigante

irlandés.

—Pero ¿en qué pensáis? ¿Acaso no tenéis humanidad? ¿Nadie entre vosotros tiene un gramo de humanidad?

Hetty no comprendía a las multitudes. A pesar del odio que les inspiraba, la muchedumbre había vacilado antes de atacarla por un solo motivo: porque era una dama. El gigante, en cambio, era un hombre: uno de ellos. Convertido en un traidor, se colocaba al lado del enemigo para afearles su conducta. Dos mujeres se abalanzaron hacia él con alaridos de rabia, y los hombres partieron tras ellas. Si no podían agredir a los niños, se

desfogarían con él. Se había convertido en el blanco de las iras.

Su corpulencia no le sirvió de nada. Un gigante no es nada frente a una multitud. En un abrir y cerrar de ojos lo habían abatido.

Hetty nunca había visto una multitud atacando a alguien; no sabía nada de su violencia y poder. Empezaron con la cara, a puñetazos y a patadas. Vio sangre y oyó un crujir de huesos. Luego ya no vio nada, porque la empujaron hasta el otro lado de la calle y el cuerpo del hombre desapareció bajo un carro de individuos, que lo patearon con todas sus fuerzas, una y otra vez. Cuando se

dispersaron, del gigante irlandés no quedaba casi nada.

Para entonces, la muchedumbre había irrumpido en el orfanato, donde había material en abundancia que pillar: comida, mantas, camas... Del centro quedaron sólo las paredes desnudas, pero gracias a Dios, dejaron que los niños se alejaran.

Hetty se levantó despacio y tras dedicar una mirada a la informe masa que antes había sido un enérgico cuerpo con una cara, se desplazó como pudo a la Quinta Avenida. Y allí, casi sin tener conciencia de lo que sucedía, sintió de repente unos fuertes brazos en torno a

ella y vio la cara de su marido. Entonces se aferró a él, mientras la ayudaba a caminar con paso incierto hasta el depósito y luego, en dirección este por la Cuarenta hasta la próxima avenida, donde la subió al gran carruaje que lo había traído a él.

—Gracias a Dios que has venido —murmuró—. Te he estado buscando todo el día.

—Yo también te buscaba a ti.

—No vuelvas a dejarme sola nunca, Frank, por favor. Nunca más.

—Nunca más —prometió él, con lágrimas en los ojos—. Nunca más, mientras viva.

Cuando inspeccionó las inmediaciones de su bar al caer la tarde, O'Donnell constató que había sido acertada su precaución de mantener a Hudson en el sótano. En todo el West Side, las turbas se habían dedicado a agredir a los negros, quemarles las casas y propinarles palizas. Corrían rumores de que había habido linchamientos. En el hotel Saint Nicholas, el alcalde se había reunido con los mandos militares y se esperaba la llegada de tropas. Habían teleografiado al presidente Lincoln; con la retirada de los confederados después de la derrota

de Gettysburg, podía permitirse enviar unos cuantos regimientos para impedir que la situación acabase de degenerar en Nueva York. Un grupo de caballeros se había armado de mosquetes para ir a defender Gramercy Park, cosa de la que se congratuló Sean. Mientras tanto, ya había visto columnas de fuego por encima de Five Points.

—Ya no pueden tardar mucho —advirtió a su familia—. Nosotros seremos los próximos.

Un cuarto de hora después entró en el bar un vigoroso individuo con cara de aventurero y largos bigotes. Sean sonrió.

—Señor Jerome. ¿Qué va a tomar?

A Sean le gustaba Leonard Jerome. Aun cuando no había nacido precisamente en Five Points, aquel osado financiero poseía el instinto y el arrojo de un camorrista callejero. En general se relacionaba con gente rica como August Belmont y William K. Vanderbilt, pero Jerome tenía predilección por los diarios y los periodistas. Se decía que había invertido en el sector de la prensa y lo cierto era que de vez en cuando acudía al bar.

En una ocasión Sean le había preguntado por sus orígenes familiares.

—Mi padre se llamaba Isaac

Jerome, de modo que Belmont asegura que debo de ser judío. —Jerome se echó a reír—. Claro que no hay que olvidar que el apellido de Belmont era Schoenberg, antes de que se lo cambiara. La verdad es menos interesante, de hecho. Los Jerome eran protestantes franceses, hugonotes que llegaron en el siglo XVIII. Desde entonces se dedicaron sobre todo a la agricultura y a la abogacía. Aunque la familia de mi esposa asegura que tiene sangre iroquesa —añadió.

—¿Y usted lo cree?

—Un hombre siempre debe creer a su esposa, señor.

—Whisky, señor O'Donnell —
respondió Jerome en ese momento a la
pregunta inicial de Sean—. Bien largo.
Tengo mucho que hacer esta noche.

—¿Prevé problemas?

—Creía que iban a quemarme la
casa... aún no lo han hecho, pero están
bajando hacia aquí. Ya están de camino.
Usted haría bien en esconder a su negro.

—Ya lo he hecho. ¿Cree que van a
asaltar el bar?

—Seguramente no. Lo que les
interesa son los periódicos de signo
abolicionista, el *Times* y otros. —
Después de dar cuenta del whisky,
dedicó una pícara sonrisa a Sean—.

Deséeme suerte, pues, señor O'Donnell, porque voy a defender la libertad de prensa.

—¿Cómo lo va a hacer? —preguntó Sean, cuando Jerome se disponía a salir del bar.

—Tengo una ametralladora Gatling —contestó, antes de marcharse.

Una ametralladora Gatling. Sabría Dios de dónde la había sacado. Ni siquiera el ejército usaba casi aquella marca recién patentada. Con la rapidez de rotación de sus cañones, escupía un continuado fuego devastador capaz de segar hasta una multitud. «Más vale no buscarle las cosquillas a Jerome —

pensó Sean—, porque sabe jugar sucio».

Una vez más, comprobó el cierre de los postigos, pero no cerró el bar. Si los alborotadores querían tomar algo y no les servían, se exaltarían aún más.

Menos mal que su hermana Mary no corría peligro en Coney Island.

El lunes había empezado bien para Mary. Al bajar a desayunar, había encontrado a Gretchen sentada a la mesa conversando con otra mujer. Cuando Mary se sumó a ellas, Gretchen comentó que el hijo de aquella señora se parecía al suyo, tras lo cual pasaron a hablar de

la maternidad en general. Entonces la mujer preguntó a Mary si tenía hijos.

—No hasta que me case —repuso ella.

—Cuánta razón tiene —dijo la señora, riendo.

Luego apareció Theodore.

Se bañaron por la mañana. Aquella vez, sujetándose a la cuerda, Mary llegó a donde el agua le cubría hasta el pecho y, a partir de ese punto, fue nadando hasta la barrera de cuerda. Mientras nadaba allí, Theodore la adelantó y, tras zambullirse para sortear la barrera, siguió adentrándose con vigorosas brazadas en el mar, donde estuvo un

buen rato. Se encontraba sentada en la playa con Gretchen cuando regresó y salió chorreando del agua.

—Es muy tonificante —aseguró, ufano, mientras se secaba con una toalla.

Durante la comida, Theodore le preguntó si iba a dibujar y ella respondió que probablemente sí. Al terminar, fue a buscar el bloc de dibujo. Cuando bajó, Gretchen y Theodore estaban hablando.

—Ve adelante, Mary, que ya te alcanzaré —le indicó Gretchen.

Se había alejado sólo un trecho en la arena cuando, al buscar en la bolsa, se dio cuenta de que se había olvidado los

lápices en la habitación. Como no vio ni a Gretchen ni a Theodore al llegar a la posada, supuso que ella habría subido. En la habitación no había nadie, sin embargo, de manera que cogió los lápices y volvió a salir.

Se disponía a tomar el sendero cuando los vio. Estaban de pie al final de la valla blanca de la posada, bajo la sombra de un árbol. No la habían visto, porque estaban demasiado absortos en su conversación. Aunque ella tampoco podía oír lo que decían, enseguida se percató de que se estaba peleando. El semblante de Gretchen, tan plácido en general, era una mueca de furia. Mary

nunca la había visto así. Theodore parecía irritado e impaciente.

Lo mejor que podía hacer era irse sin demora y fingir que no había visto nada.

La visión de sus amigos enzarzados en una discusión supuso una desagradable irrupción en aquel idílico marco, como un nubarrón que apareciera de repente en un cielo azul. Mary se alejó a toda prisa por la playa para distanciarse de los hermanos. No quería que nada le echara a perder aquella tarde. Al cabo de un par de kilómetros, con la sola compañía del océano y la cálida arena, sintió que recuperaba el

sosiego. Entonces se dio cuenta de que se encontraba cerca del lugar donde había estado dibujando el día anterior. Al remontar la duna, escrutó los alrededores, por si la cierva había vuelto; no la vio, sin embargo.

Sí advirtió, un poco más allá, una pequeña cabaña de madera, abandonada sin duda desde hacía tiempo, puesto que del tejado ya no quedaba nada. Los postes que lo habían sostenido apuntaban, mellados, al cielo. Junto al par de árboles que crecían en las proximidades componía un extraño y decadente cuadro, que no era difícil de plasmar. Se sentó, pues, a dibujar. Al

cabo de un rato, cuando ya había captado una parte de la escena, dejó el bloc y se levantó para estirar las piernas. Volvió a la duna y observó la playa por si veía a Gretchen, pero no había nadie.

Entonces volvió a dibujar hasta que se tomó una pausa y, tras quitarse el sombrero de paja, se acostó un momento para disfrutar del sol. La sensación de calidez en la cara y los brazos desnudos era una delicia. Nada perturbaba la quietud del paraje. Al escuchar el suave susurro del agua desparramada en la arena, sentía como si se encontrara en un mundo aparte, un lugar intemporal que

poco tenía que ver con la vida de la ciudad que había dejado atrás. Tal vez si se quedara allí un tiempo, se transformaría en una persona distinta, pensó como en un sueño. Permaneció tumbada varios minutos, bajo el tórrido sol. Así debían de sentirse los lagartos, dedujo, mientras absorbían sus rayos posados en una roca.

Cuando oyó el tenue roce de la hierba, levantó un poco la cabeza; se disponía a saludar a Gretchen, cuando vio asomar a otra persona.

—Ah —dijo Theodore—, pensaba que te encontraría aquí.

—¿Dónde está Gretchen? —

preguntó Mary.

—En la posada. Quería descansar.

—Ah.

—¿Me puedo sentar?

No contestó, pero él se sentó a su lado de todas formas. Luego tomó el bloc y observó su dibujo.

—No está acabado —advirtió ella.

—Parece prometedor —comentó él, dirigiendo la mirada hacia la cabaña en ruinas.

Después dejó el bloc un poco más allá, fuera del alcance de Mary y se tumbó. Ella permaneció sentada, un poco incómoda, sin saber si debía ponerse el sombrero.

—Deberías acostarte —aconsejó él—. Te conviene tomar el sol, al menos un poco. Cuando estoy bajo un sol como éste, yo hago como si fuera un lagarto —afirmó, muy satisfecho.

—Precisamente pensaba en lagartos cuando has llegado —reconoció ella, entre risas.

—¿Lo ves? Las mentes preclaras piensan lo mismo. O quizá sean los lagartos.

Se tumbó. Estaba a solas, tendida junto a un hombre, pero nadie los veía.

Cuando él se giró y le dio un suave beso, no ofreció resistencia. Lo dejó hacer.

—Eres muy hermosa, Mary —le dijo él, y ella sintió como si lo fuera.

Pronto él pasó a besarla como nunca lo habían hecho antes, explorándole los labios y la lengua, y ella tuvo conciencia de que aquello debía de ser el principio de lo que no debía hacer. De todas maneras siguió sin protestar y al poco correspondió a sus gestos, con el pulso cada vez más acelerado.

—¿Y si alguien nos ve? —preguntó, jadeante.

—No hay nadie en varios kilómetros a la redonda —le aseguró él.

Después sus besos se volvieron más apasionados y con las manos empezó a

recorrerle el cuerpo. Se excitó tanto que aunque sabía que debía poner fin a aquello, no quería. «¿Y por qué?», se dijo. Si no era entonces, quizá no lo viviría nunca.

Notó su erección. Comenzaba a aflojarle el vestido, con la respiración alterada.

Entonces sonó la voz de Gretchen, que se acercaba por la playa.

—¿Mary?

Theodore se apartó de ella, mascullando una maldición. Quedó tendida allí un segundo, con una sensación de abandono. Después, con un repentino ataque de pánico, se puso

precipitadamente en pie detrás de Theodore, cogió el bloc, localizó el sombrero y se lo puso en la cabeza. De este modo, cuando al cabo de un momento, Gretchen asomó por la duna de arena, se encontró a Mary algo despeinada pero dibujando tranquilamente y a su hermano, sentado unos metros más allá, que la observaba con la pétrea mirada de una serpiente lista para atacar.

—Hola, Gretchen —dijo con calma Mary—. ¿Por qué no vas a pasear un poco con Theodore mientras termino el dibujo?

Regresaron a la posada avanzada la tarde; casi no habían hablado. Cuando entraron en el vestíbulo, uno de los clientes les explicó que esa mañana había habido disturbios en Manhattan. La noticia había llegado con el transbordador de la tarde.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Theodore.

—Han asaltado la Oficina de Reclutamiento de la Cuarenta y Siete. Le han prendido fuego, creo.

Después de la cena, el dueño dijo que por la tarde también había habido incidentes, según le habían contado los del hotel vecino. Se habían producido

varios incendios.

—Como el telégrafo no funciona, no tenemos más detalles —informó—. Seguramente no ha ocurrido nada más.

El día había sido bochornoso. Allá, con la brisa marina que soplaba del Atlántico, la humedad no se había notado tanto, pero en las calles de Nueva York debía de haber resultado agobiante. Incluso en el porche de la posada, después de cenar el ambiente era algo opresivo.

Al cabo de un poco, Gretchen entró un momento.

—Voy a ir a pasear junto al mar —anunció Theodore, cogiendo un cigarro.

—Te acompañaré —dijo Mary.

La playa estaba tranquila.

—Siento que haya llegado Gretchen antes —lamentó Mary.

—Sí —asintió Theodore.

—¿Te vas a quedar más días?

—Me gustaría, aunque tengo trabajo en el estudio.

—Ah —dijo Mary.

Se quedaron contemplando el agua. Se estaban formando bancos de nubes, que anunciaban lluvia, y alivio del calor.

—Veremos qué nos dispensa el día de mañana —concluyó Theodore.

Esa noche, Gretchen y Mary se acostaron como de costumbre; la

primera no comentó nada sobre Theodore. Poco después del anochecer, Mary sintió ganas de llorar. Por ello se alegró de que un momento antes, la lluvia hubiera comenzado a caer afuera y amortiguara los sonidos.

A medianoche se despertó y advirtió que Gretchen no estaba. Esperó un poco, pero no se oía nada. Entonces salió de la cama y fue a mirar por la ventana: había dejado de llover y las estrellas lucían de nuevo en el cielo. Al principio no vio nada, aunque luego distinguió una pálida forma, que se movía en el retazo de hierba. Era Gretchen, que caminaba de un lado a otro, en camisón, delante de un

carrizal.

Mary prefirió no llamarla, para no despertar a los demás. Bajó pues en silencio y salió afuera.

—¿Qué haces? —susurró Mary—. Te vas a quedar empapada.

—No puedo dormir —adujo Gretchen—. Estoy preocupada.

—¿Por qué?

—Por los niños. Por esos incendios de la ciudad.

—Dicen que no ha sido grave.

—No lo saben. Ni siquiera se ve la ciudad desde aquí.

A Mary se le heló el corazón, pero sólo vaciló un par de segundos.

—¿Quieres volver para asegurarte?

—Eso es lo que estaba pensando.

—Nos iremos con el transbordador de la mañana —acató Mary—. Siempre podemos regresar si todo está bien.

—Sí.

—Ahora vuelve a la cama o cogerás frío.

Aun cuando el transbordador no partía hasta media mañana, los tres se desplazaron a la Punta a esperarlo. Theodore había insistido en acompañarlas. El barco se retrasaba; esperaron una hora, y luego otra.

Después alguien llegó y dijo que el transbordador no iba a venir, de modo que regresaron a la posada, para ver si alguien tenía noticias.

—Han asaltado el transbordador... le han prendido fuego, parece —les informó el posadero—. Acaba de estar aquí el hombre que trae los periódicos desde Brooklyn. En la ciudad hay toda clase de disturbios e incendios por todas partes. Han pedido al presidente Lincoln que envíe tropas.

—¿Podemos mandar un telegrama a la ciudad? —inquirió Theodore.

—Lo siento, pero no. No funciona ninguna línea; las han destruido. Aquí

están más seguros.

—Tengo que ir a la ciudad —dijo Gretchen—. Mis hijos están allí.

—Puedo conseguirles un carro que los lleve hasta Brooklyn —se ofreció el propietario—, aunque no sé si les servirá de algo.

Les encontró algo mejor. Al cabo de media hora se subieron a un veloz carrito de dos ruedas. A media tarde, atravesaron Brooklyn Heights, desde donde divisaron la ciudad, que se desplegaba ante ellos.

Había incendios en todos lados: el humo se elevaba desde una docena de zonas distintas. Sólo el Distrito

Financiero aparecía indemne, porque en el East River se encontraba una cañonera, justo delante del final de Wall Street. El resto de la ciudad podía ir a parar a los fuegos del Infierno, pero los magnates de Wall Street se aseguraban por todos los medios de que no corrieran peligro los santuarios del dinero. Cuando llegaron al transbordador, se enteraron de que la situación era aún peor.

—La mitad de los barrios negros son pasto de las llamas —les explicaron—. Sabe Dios a cuántos negros están matando; en todo el East Side hay barricadas. También atacan a los ricos:

ningún hombre de negocios se atreve a salir a la calle... Hasta han saqueado las tiendas de Brooks Brothers.

—Yo quiero ir al otro lado —dijo Gretchen.

—Si alguien tiene que ir, es mejor que sea yo —se ofreció Theodore—. Vosotras deberíais quedaros aquí.

—Yo pienso ir al lado de mis hijos —replicó Gretchen con firmeza.

—Yo te voy a acompañar —terció su amiga.

—Pues nadie les va a llevar —auguró el capitán del transbordador—. Ya han destruido la mitad de los transbordadores, y también están

arrancando las vías del ferrocarril. Los alborotadores van armados. Al otro lado es la guerra.

Recorrieron la totalidad del muelle sin encontrar a nadie dispuesto a llevarlos.

—Será mejor que busquemos un sitio donde pasar la noche —apuntó Mary a la caída de la tarde.

Gretchen no dio muestras de haberla oído.

Entonces vieron una gran llamarada que surgía del lado de la Bowery, donde estaban los hijos de Gretchen. Ésta emitió un gemido y a Theodore se le ensombreció la expresión. Mary

consideró que más valía no decir nada.

El sol descendía, ominoso, sobre la bahía cuando un anciano se les acercó.

—Yo tengo una barca y mi mujer está allá. —Apuntó hacia la zona de South Street—. En cuanto se haga de noche voy a cruzar; puedo llevarlas si quieren.

Era extraño atravesar el East River de noche en una barca de remos. Al frente, las casas de la ciudad se perfilaban entre la oscuridad, con los postigos cerrados en casi todas. Muchas de las farolas de gas de la ciudad

estaban también apagadas... aunque debían de seguir desprendiendo un peligroso gas... Por todas partes se divisaba el resplandor de los incendios, y el sonido del tenue crepitar de las llamas y el olor del humo se desplazaban hasta el agua.

En los muelles de South Street reinaba, con todo, la calma, de modo que no tuvieron problemas para amarrar la barca y bajar a tierra. Theodore dio al anciano varios dólares por su amabilidad. Aunque Gretchen protestó, al final Mary y Theodore la convencieron para que éste fuera primero a su casa, en las inmediaciones

de la Bowery, mientras ellas dos iban al bar de Sean, que no se encontraba lejos.

—Si hay un sitio por la zona donde no habrá peligro, es el bar de Sean —afirmó Mary.

Sean se disponía a cerrar en el preciso momento en que llegaron. Las hizo pasar a toda prisa, nada complacido de verlas allí.

—Creía que estabais a salvo en Coney Island —dijo. Enseguida comprendió, no obstante—. Las madres siempre acuden adonde están sus hijos —dijo a Gretchen, encogiendo los hombros—. ¿Qué podemos hacer?

Theodore llegó al cabo de media

hora, con la noticia de que los niños se encontraban en casa de sus abuelos.

—Puedo acompañarte allí —
propuso a su hermana.

Cuando se marchaban, se volvió hacia Mary.

—Hablares pronto, Mary —le dijo en voz baja—, cuando todo esto haya acabado.

—Es posible —respondió ella.

Tampoco era que pensara que él no iba a llegar hasta el final. Si acudía a su estudio, estaba segura de que así sería. Pero las cosas habían sido distintas, allá en Coney Island, y ahora estaba de nuevo en la ciudad, en su mundo de

siempre. Ya vería. Lo que tenía que decidir de inmediato era adónde iba a ir.

—Será mejor que te quedes aquí —opinó Sean. Cuando ella le dijo que quería ir a Gramercy Park, él insistió—: No sé cómo está la situación allá, pero de lo que sí no me cabe duda es de que estás más segura aquí con tu familia.

A aquellas alturas, los Master eran en realidad su familia. Aunque omitió decirlo, reiteró que quería ir allá de todas formas. De mala gana, Sean accedió a acompañarla. Se aproximaron con cautela a Gramercy Park y, al llegar a Irving Place, advirtieron el rastro dejado por los disturbios: toda la zona

estaba atestada de vidrios y escombros. Sean había oído decir que en la calle Veintiuno, situada al norte de la plaza, habían montado barricadas. Cuando llegaron a aquella tranquila plaza por el lado del oeste, se encontraron con que les obstruía el paso una patrulla, no de alborotadores, sino de residentes de Gramercy Park, bien pertrechados con pistolas y mosquetes. Aquellos hombres no conocían a Sean, pero uno de ellos reconoció a Mary. Después de insistir para que se despidiera de su hermano en el punto de control, él mismo acabó acompañándola a casa de los Master y llamó a la puerta. Sean aguardó hasta

tener la certeza de que había entrado sin complicaciones en la vivienda.

La propia señora Master acudió de inmediato desde su habitación y le hizo tomar una taza de chocolate caliente en la cocina.

—Ahora debes acostarte enseguida, Mary —dijo—, y mañana me contarás tus aventuras.

A la mañana siguiente, Mary no le contó sus aventuras. Ya fuera como consecuencia del calor, de la conmoción por lo que había presenciado o por otra causa, durante esa noche comenzó a

subirle la fiebre. Al día siguiente ardía, aquejada de temblores. La señora Master se ocupó en persona de cuidarla, haciéndole tomar bebidas calientes y aplicándole compresas frías en la cabeza.

—No hables ahora, Mary —le decía, cuando ésta quería darle las gracias—. Estamos muy contentos de que estés a salvo en casa.

Mary no tuvo pues conocimiento de los incendios y matanzas que se prolongaron por toda la ciudad al día siguiente. No supo que en Brooklyn también había estallado la violencia, precisamente en los muelles donde había

estado, ni que la turba había matado a muchas personas a lo largo del East River. Sólo después de que la fiebre cediera, cuando el jueves por la mañana se despertó con hambre, se enteró de que por fin habían llegado las tropas, que estaban dispersando a las masas a base de descargas cerradas, y que la propia zona de Gramercy Park estaba entonces protegida con obuses.

Los terribles disturbios de 1863, ocasionados por los reclutamientos, estaban tocando a su fin.

Era mediodía cuando la doncella entró en su habitación con un tazón de sopa y se sentó a charlar a su lado. ¿No

sabía lo que había pasado mientras ella no estaba?, planteó la muchacha. ¿No sabía que al señor Master no había forma de encontrarlo, y después a la señora Master tampoco, y que ésta había intentado salvar el orfanato y por poco la habían matado, y que la habían rescatado el señor Master y madame Restell, la abortista? Al oír aquellas asombrosas noticias, Mary se incorporó en la cama.

—¿Y a ti te pasó algo? —quiso saber la doncella.

—¿A mí? —dijo Mary—. Ah no, poca cosa.

Sonata a la luz de la luna

❧ 1871 ❧

El decisivo despegue que había experimentado la carrera de Theodore Keller durante los ocho años posteriores a su visita a Coney Island se debió sobre todo a dos circunstancias. La primera fue que, al final del verano en que se produjeron los terribles disturbios, decidió ir al Sur a cubrir los últimos

episodios de la Guerra de Secesión. La segunda fue el mecenazgo de Frank Master.

No obstante, en aquella cálida tarde de octubre, cuando estaba a punto de inaugurar la exposición más importante de su vida, en la espléndida galería próxima a Astor Place que Master había alquilado para la ocasión, faltó muy poco para que perdiera la paciencia con su protector.

—¡Lo va a echar todo a perder! —gritó con exasperación a Master.

—Insisto en que eso es lo que debes hacer —reiteró con firmeza Master.

Ya habían tenido otro altercado.

Theodore no había puesto objeción alguna cuando Master le sugirió que incluyera uno de los retratos que le había hecho a Lily de Chantal. Pero cuando su mecenas le advirtió que no debía exponer la foto de madame Restell, Theodore reaccionó con gran contrariedad.

—Es una de las mejores fotografías que he sacado nunca —protestó.

El retrato de madame Restell era una obra maestra. Él mismo había ido a su casa y se lo había tomado instalada en un gran sillón de recargada factura, como Cleopatra en su trono. Con su ancha cara bovina, fijó una beligerante

mirada a la cámara, igual de terrorífica que un minotauro. Colocado incluso al lado del general Grant, su retrato lo hubiera desbancado de la pared.

—Theo, esa mujer es tan conocida ahora —adujo Master— que no pueden siquiera vender el solar que hay al lado de su casa... ¡ni siquiera en la Quinta Avenida, fíjate! Nadie quiere vivir allí. Si cuelgas su retrato aquí, no volverás a recibir ningún encargo.

Hasta Hetty Master había tenido que reconocer que no le faltaba razón. Cuando se enteró de que su retrato no iba a formar parte de la exposición, madame Restell se puso furiosa.

Aparte, a Master también le preocupaba otro aspecto de la exposición: las obras de carácter político.

—Ten cuidado, Theo —lo había prevenido—. No quiero que te busques complicaciones.

Pese a que su consejo tal vez podía calificarse de sabio, Theodore se negaba a ceder.

—Yo sólo plasmo la verdad —arguyó—. Ésa es la función de los artistas.

En aquel sentido, contó con el imprevisto apoyo de Hetty Master.

—Tiene razón —le dijo ésta a su

marido—. Debería exponer las fotografías que quiera. A excepción de la de madame Restell, tal vez —añadió con reticencia.

El intempestivo mensaje que le había hecho llegar aquella mañana Master, cuando todas las obras estaban colgadas, había hecho montar en cólera a Theodore. La llegada de su mecenas a la galería para exponer sus razones no había mejorado precisamente su humor.

—Piénsalo bien —exclamó Frank con entusiasmo—. Las pones las tres juntas en la pared: Boss Tweed a la izquierda, Thomas Nast a la derecha y esa foto que sacaste de los juzgados de

la ciudad justo debajo. O encima, si prefieres —añadió, a modo de concesión.

—Pero esas obras carecen de interés —arguyó Theodore.

De las miles de fotografías que contaba su colección, aquellas tres podrían considerarse correctas, pero nada más.

—Theodore —contestó Frank Master con la misma paciencia que si estuviera hablando con un niño—, a Boss Tweed lo han detenido hoy.

Los de Tammany Hall sabían cómo

sacar dinero de la ciudad de Nueva York, desde luego, pero había que reconocer que el tal Boss Tweed había llevado el arte de amañar contratos fraudulentos a unas alturas de virtuosismo. Tampoco era que hiciera cosas complicadas. Junto con Sweeny, el comisario de Parques, el interventor Connolly y el alcalde Oakey Hall, formaban una red que controlaba la concesión de contratos del ayuntamiento. La diferencia estaba en que mientras que antes, para un contrato que ascendía a diez mil dólares se le podían añadir uno o dos mil dólares más, al sentirse dueños de la situación, los componentes

de la red sintieron que podían aumentar sin problema sus ganancias. Durante más de una década, las cifras de los contratos se habían llegado a multiplicar por cinco, por diez e incluso por cien veces su valor real. Después de pagar al contratista con una sustancial propina adicional, la red se repartía los pingües beneficios.

La más noble empresa en que habían aplicado sus dotes habían sido los juzgados, situados detrás del ayuntamiento. Hacía diez años que estaban en fase de construcción, y no se veía señales de que las obras fueran a concluir. Cuando por fin estuvieran

acabadas, se preveía que aquél sería uno de los edificios más imponentes de la ciudad, con aires de palacio de estilo neoclásico. La red no tenía, sin embargo, prisa, puesto que aquel espléndido receptáculo arquitectónico era también un filón de oro. Todo el mundo se beneficiaba de él... cuando menos, los amigos de los componentes del círculo. Los modestos artesanos que habían sido contratados para trabajar allí ya se habían hecho ricos. Aunque nadie sabía cuántos millones habían afluído hacia aquel edificio, de una cosa no cabía duda: los juzgados habían costado ya más dinero que la reciente

compra de Alaska.

Hasta hacía dos años, no obstante, la prensa no había comenzado a atacar aquella red de influencias. Cuando se produjo, el ataque llegó por dos flancos: expresado en palabras, por parte del *New York Times*, y plasmado en las espléndidas viñetas del dibujante Thomas Nast, por parte del *Harper's Weekly*.

Lo que más temía Boss Tweed eran las viñetas de Thomas Nast. Aunque no supiera leer, aducía, cualquier persona era capaz de comprender los dibujos. Incluso trató de comprar a Nast con medio millón de dólares, pero fue en

vano. Y ahora, por fin habían detenido a Boss Tweed.

Theodore no había quedado especialmente satisfecho con el retrato que le hizo a Tweed un par de años atrás. Con su frente despejada y su barba, podría haber pasado por un político obeso más como tantos otros, si bien la luz que entraba en diagonal en el estudio había resaltado ciertos rasgos de agresividad y codicia en su cara. La sesión efectuada con Nast le había resultado más gratificante. Ambos tenían aproximadamente la misma edad y eran

de procedencia alemana. El ingenioso dibujante tenía una cara redonda, de asombrosa lisura, que aderezaba con un poblado bigote y una atrevida barba de chivo. Theodore consideró que había captado bastante bien el carácter alegre y burlón del joven.

En cuanto a la fotografía de los juzgados, pese a que representaba el edificio a medio construir, no tenía mayor interés.

—Esto es sólo para atraer publicidad —se quejó a Master.

—La publicidad es buena para tu negocio —le recordó Frank.

—Ya lo sé. Pero ¿no ves lo que va a

ocurrir? La gente se fijará en las fotos de Tweed porque ha salido en las noticias de hoy y no prestará atención a las obras importantes.

—Primero te tienes que forjar un nombre —alegó su mecenas—. Lo demás vendrá solo.

—No voy a pasar por eso.

—Theodore, te pido que lo hagas. El resto de las fotografías que quieres exponer están allí. La gente las verá, te lo prometo. —Hizo una pausa—. Para mí es algo importante.

Aunque lo dijo con sosiego, Theodore no dejó de percibir la amenaza que contenía. Si quería que

Master siguiera prestándole su apoyo, el dinero que desembolsaba para la exposición o los clientes que podía aportarle, tendría que colgar las tres fotos. Aquél era el precio, reconoció con un suspiro, sin saber si estaba dispuesto a pagarlo.

—Son las cuatro ahora —dijo Master—. Volveré a las seis, antes de la inauguración.

—Lo pensaré —concedió Theodore.

—Te lo ruego.

Pasó media hora sopesando qué debía hacer. Aunque habría preferido caminar para rumiar mejor el asunto, no podía irse porque había prometido a

alguien que estaría allí. Ojalá no tardara en llegar.

Mary O'Donnell no tardó mucho en recorrer a pie la distancia entre Gramercy Park y la galería. Podría haber ido esa tarde con los Master, tal como le había propuesto la señora Master, pero pese a saber que Gretchen estaría presente, no se sentía a gusto en medio de la gente de la alta sociedad. Prefería que Theodore le enseñara la exposición a solas; siempre se sentía cómoda con él.

Al fin y al cabo, habían sido

amantes, aunque no durante mucho tiempo. Después de los disturbios del verano de 1863, ella había decidido no ir a verle. Sabía que cuando la había seducido en la playa de Coney Island, no lo había hecho con intenciones serias; tampoco le importaba. Además, una vez se halló de nuevo en la ciudad, su antigua vida en el hogar de los Master recuperó enseguida el primer plano y, al cabo de una semana, supuso incluso que él ya se le estaba borrando del pensamiento.

Por ello se dijo que sólo obedecía a un capricho cuando, un sábado de agosto en que tenía el día libre y nada en qué

ocuparlo, se pasó por su estudio de la Bowery.

Él acababa de retratar a un joven en el momento en que llegó. Tras saludarla cortésmente, como si fuera su próxima cliente, la invitó a esperar en la habitación más espaciosa. Después de sentarse en el sofá, se levantó para observar los libros de la mesa. Ese día no había poemas, sólo un periódico y un viejo ejemplar de *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne. Como había leído el libro, se puso a hojear el periódico. Oyó que el joven se marchaba y que Theodore se atareaba en el estudio.

Después entró y se quedó de pie

delante de ella, sonriendo.

—Creía que no vendrías.

—Pasaba por casualidad —explicó

—. Ya te dije que vendría.

—Éste ha sido mi último cliente del día. ¿Quieres comer algo?

—Si te apetece —repuso, levantándose.

Él se acercó.

—Podemos salir a comer dentro de un rato —propuso, antes de empezar a besarla.

Su relación duró ese mes y el siguiente. Sólo podían verse a ciertas horas, por supuesto, pero era sorprendente cómo, apelando al ingenio,

lograban encontrarse. Los días que ella tenía libres salían a caminar o él la llevaba a conciertos, al teatro, o a otros lugares que pensaba que le iban a gustar. De vez en cuando le explicaba cómo tomaba las fotos, la manera en que las planificaba o disponía la luz. Así ella descubrió que poseía cierta predisposición para comprender aquel tipo de cosas, de tal manera que pronto fue capaz de distinguir la mejor obra entre otras y por qué lo era.

Sabía que no se casaría con ella y ni siquiera estaba segura de desearlo ella misma. Sí sabía, en cambio, que él sentía interés y afecto por ella.

No le dijeron nada a Gretchen.

A mediados de septiembre Sean fue a verla: dieron un paseo por Gramercy Park.

—¿Qué es lo que ocurre con Theodore Keller? —preguntó.

—No sé a qué te refieres —repuso.

—Sí lo sabes. Estoy al corriente de todo, Mary.

—¿Me estás siguiendo, Sean? Tengo casi treinta años. ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Da igual cómo me haya enterado. No pienso consentir que nadie juegue con mi hermana.

—Por el amor de Dios, Sean, ¿con

cuántas chicas has jugado tú en tu vida?

—No eran mi hermana.

—Bueno, en todo caso es asunto mío y no tuyo.

—Puedo hacer que se ocupen de él, ¿sabes?

—Por el amor de Dios, Sean, ni se te ocurra pensar algo así.

—¿Lo quieres?

—Es muy bueno conmigo.

—Si hubiera un niño, se tendrá que casar contigo, Mary. No voy a tolerar otra cosa.

—Sean, no quiero que te entrometas en mi vida. Esto es algo que hacemos entre los dos. Si vas a comportarte de

esta manera, no quiero volver a verte más; hablo en serio.

Sean guardó silencio un momento.

—Si alguna vez tienes problemas, Mary, quiero que recurras a mí —dijo con ternura—. Siempre tendrás un lugar en mi casa. —Calló un instante—. Sólo quiero que me prometas algo: nunca des un niño a otras personas; nunca. Yo cuidaré de cualquier niño que pudiera venir.

—No debes tocar a Theodore... él no tiene la culpa. Prométemelo.

—Como quieras.

Aquel mes de octubre, después de que Theodore decidiera ir a los campos

de batalla, sufrió mucho. No se lo demostró, sin embargo, a él. También se dio cuenta de que era mejor que se fuera entonces, antes de que la separación se volviera demasiado difícil de soportar.

Hacía una semana que se había marchado cuando la asaltó la duda de si estaba embarazada. Durante aquel periodo de incertidumbre estaba tan atenazada por el miedo que no podía concentrarse en su trabajo en la casa. Entonces recordó muchas veces las palabras de Sean, pero por fortuna, el peligro pasó.

Theodore estuvo ausente muchos meses y, tras su regreso, pese a la

tentación, mantuvo su determinación de verlo sólo como un amigo. «Seguro que enseguida encontrará otra mujer, si no la tiene ya», se decía.

Siguieron siendo amigos. Ella no había tenido hasta el momento ningún otro amante, ni tampoco había encontrado el hombre ideal para casarse. Sí había mantenido sus recuerdos secretos, y estaba orgullosa de ello.

Incluso había podido prestarle ayuda. Cuando él le comentó que le convenía un mecenas, fue Mary quien habló con Frank Master y le pidió que mirase sus obras. Eso fue cinco años

atrás, y Master había sido desde entonces un buen mecenas, que le encargaba trabajo y le proporcionaba contratos. Ningún artista podía desear más. Y cuando él dijo que necesitaba la presencia de periodistas en la inauguración de la exposición, pidió a Sean que hablara con los que él conocía.

En aquel momento, al encontrar a Theodore poseído por la rabia, lo animó a que le contara qué lo contrariaba. Luego, tras observar todas las fotografías y efectuar comentarios admirativos, le dispensó una amable sugerencia.

—Si pones a Boss Tweed y a Nast

allá —señaló una pared en que quedaba un espacio libre—, no se verá tan mal.

—Supongo que tienes razón —reconoció él de mal humor.

—Me gustaría que lo hicieras por mí —añadió ella.

Esa tarde, la inauguración estuvo muy concurrida. Todos acudían a ver los retratos de Tweed y de Nast, desde luego, pero las previsiones de Frank Master resultaron acertadas porque, a continuación, circulaban por el resto de las salas y se demoraban observando algunas de las obras más destacadas.

Por ello, después de recibir a su hermana y corresponder con educados saludos a toda la gente a quien le presentaban los Master, Theodore casi pudo relajarse. Su tranquilidad no era completa, con todo, porque aún faltaba por llegar una persona, una persona muy importante. Claro que cabía incluso la posibilidad de que no se presentara.

Se trataba del periodista del *New York Times*. Sean O'Donnell le había prometido que acudiría, pero a las siete todavía no había aparecido, ni tampoco a las siete y diez. Eran las siete y media cuando Master se acercó a hablarle.

—Creo que es él —murmuró.

Horace Slim era un hombre discreto de unos treinta y cinco años, de bigote fino y mirada triste. Aunque saludó a Theodore de manera cortés, estuvo poco expansivo y su actitud parecía indicar que se encontraba allí sólo porque lo habían mandado y que, en cuanto tuviera material suficiente para redactar una breve reseña, se marcharía.

Theodore necesitaba algo más. Se contuvo, con todo, para no perder la calma. Sabía que no convenía apremiarlo demasiado, que debía confiar en un buen desenlace. De todas maneras, ya había tratado con periodistas antes. Con mano izquierda,

dedicó una leve inclinación de cabeza al recién llegado y se ofreció a guiarlo.

La exposición, distribuida por temas, ocupaba varias salas. Había decidido comenzar por los retratos, aunque sin ir directamente al de Boss Tweed. Al fin y al cabo disponía de fotografías de diversas personalidades, nombres que darían de qué hablar al periodista.

—Aquí está el presidente Grant —señaló—. Y el general Sherman. Y Fernando Wood.

Slim tomó, como se debía, buena nota. Había unos cuantos influyentes comerciantes, con imponentes detalles

arquitectónicos como telón de fondo, una diva de ópera y Lily de Chantal, por supuesto, junto a cuyo retrato se detuvo Theodore.

Siempre había tenido una idea precisa de la razón por la que Frank Master había propuesto que le sacara una foto a Lily de Chantal, aunque no era tan tonto como para preguntárselo. Sus sospechas se reforzaron cuando oyó el áspero comentario de Hetty Master.

—Pues en la realidad se ve mucho más vieja. —La pintura era excelente, tomada en un marco teatral.

—La hice después del recital que dio el año pasado. ¿No asistió a él?

—No tuve el gusto.

—Fue un acontecimiento notable, donde se reunió la flor y nata de la sociedad. Quizá merezca la pena mencionarlo.

Slim observó un par de retratos más y anotó otros dos nombres, que habían sido cuidadosamente elegidos para atraer más clientes. Luego llegaron a las fotos de Boss Tweed, Thomas Nast y los juzgados.

—Muy oportuno —comentó Slim, al tiempo que garabateaba una nota.

—Supongo —concedió Theodore—. Ha llamado bastante la atención del público.

—Será una buena introducción para un artículo —dijo Slim.

—Siempre y cuando no sea lo único que mencione.

—¿Hay algún otro modelo que me quiera presentar? —inquirió el periodista—. ¿Alguien interesante?

Theodore lo observó un instante. ¿Tras aquella mirada triste había una persona mejor informada de lo que dejaba traslucir? ¿Sabía Horace Slim algo al respecto de madame Restell?

—Todos mis modelos son interesantes —puntualizó. De todos modos, consideró que debía aportar alguna anécdota—. Le diré qué

fotografía falta —apuntó—. La de Abraham Lincoln... en Gettysburg.

Cuando a finales del verano de los disturbios Theodore decidió ausentarse de Nueva York un tiempo para asistir a la guerra en los campos de batalla, optó por la única manera sensata de hacerlo, que era trabajando para Mathew Brady. Éste, que contaba con la exclusiva concedida por el gobierno, enviaba a los fotógrafos a los lugares de interés, provistos incluso de un carruaje especial que se transformaba en cuarto oscuro ambulante. De este modo, en

noviembre de 1863 Theodore se encontró, en compañía de otros colegas, en Gettysburg, donde acababan de preparar un nuevo cementerio para recibir los restos de los héroes caídos en la gran batalla que había tenido lugar en las inmediaciones unos meses atrás.

Por aquel entonces casi nadie abrigaba dudas acerca de las repercusiones de la batalla de Gettysburg. Antes de julio de 1863, por más que en ambos bandos se dejara sentir un hastío por la guerra, la Confederación todavía mantenía la ofensiva. En Misisipí, el general Grant aún no había logrado arrebatarse a los

confederados la imponente fortificación de Vicksburg. El aguerrido general Lee y Stonewall Jackson habían trabado combate en el río Potomac con un ejército de la Unión cuyo número de combatientes doblaba el del suyo y, aunque Jackson había fallecido, Lee había proseguido su avance por Maryland y luego Pennsylvania, hasta amenazar Baltimore y la capital.

Entonces, el 4 de julio, se produjo la doble victoria de la Unión. Vicksburg sucumbió por fin al asedio de Grant y, tras una demostración de incomparable arrojo, el ejército de Lee se vio repelido y derrotado en Gettysburg.

El Norte asumió la iniciativa. El Sur se vio expuesto a ataques masivos.

La guerra no estaba tampoco ganada, en absoluto. Los disturbios de Nueva York no habían sido, al fin y al cabo, más que la expresión extrema del malestar que a aquellas alturas provocaba la guerra en el territorio de la Unión. En la voluntad del Norte había fisuras y todavía era posible que el Sur siguiera resistiendo. El gobierno de Washington tenía plena conciencia de ello.

Por eso se había prestado gran importancia a la instalación del nuevo cementerio de Gettysburg. Aquél era un

marco ideal para una ceremonia y un sentido discurso que tendrían resonancia en los periódicos.

La pronunciación del discurso la confiaron al presidente de Harvard, el gran orador del momento. Sólo con posterioridad, como un detalle de cortesía tal vez, se les ocurrió pedir a Lincoln que asistiera. De hecho, ni Theodore ni los otros fotógrafos estaban seguros de si Lincoln iba a acudir.

—Pero sí vino, sí —explicó entonces al periodista—. Había un gran gentío, ya sabe, los gobernadores y la

gente de la localidad y todos los demás. Serían unos mil quinientos en total. Lincoln llegó con el secretario de Estado, creo, y con Chase, el secretario del Tesoro. Después se instaló con los demás, sentado discretamente con su sombrero de copa, desde luego, de manera que apenas lo podíamos ver. Yo lo había visto una vez, cuando vino a dar un discurso en el Instituto Cooper. Entonces iba afeitado, de modo que ésa fue la primera vez que lo vi con barba. Bueno, entonces hubo música, y oraciones, si mal no recuerdo, y después el presidente de Harvard se levantó para efectuar su alocución.

»Se trató de un discurso memorable, se lo aseguro. Duró dos horas y media, y cuando por fin llegó a la grandilocuente perorata, los aplausos fueron atronadores. Luego cantaron un salmo. A continuación Lincoln se puso en pie y así pudimos verlo bastante bien.

»Como sabíamos que no hablaría mucho, porque el gran discurso ya lo había servido otro, mis compañeros fotógrafos y yo nos preparamos rápidamente. Aunque supongo que usted ignora cómo se hace ese tipo de cosas.

Durante la época de la Guerra Civil no era tarea fácil sacar una fotografía. Por entonces éstas se tomaban en 3-D, lo

que significaba que había que insertar de manera simultánea dos placas en una doble cámara, una a la izquierda y otra a la derecha. Había que limpiar a toda prisa las placas de cristal, recubrirlas de una capa de colodión y luego, mientras todavía estaban mojadas, sumergirlas en nitrato de plata antes de colocarlas en la cámara. El tiempo de exposición podía durar sólo unos segundos, pero después el fotógrafo tenía que apresurarse a llevar las placas, todavía mojadas a la cámara oscura ambulante. Aparte de las dificultades que podía representar que las personas se movieran durante los segundos de

exposición, el proceso era tan engorroso que resultaba casi imposible sacar fotografías de acción en el campo de batalla.

—Pues bien, fíjese si es mala suerte... yo había escuchado las primeras palabras de su alocución, «Hace ochenta y siete años...», y me precipité a preparar las placas. Había acabado antes que los otros y ya las había introducido en la cámara, y estaba listo para disparar cuando le oí decir, «... que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparecerá de la tierra». Entonces, cuando lo estaba enfocando, calló.

Luego siguió un momento de silencio. Él miró a uno de los organizadores y dijo algo. Parecía como si se estuviera disculpando... se lo veía como desanimado. Y entonces se sentó. Todo el mundo se quedó tan sorprendido que casi ni se acordaron de aplaudir. «¿Ya se ha acabado?», dijo a mi lado un colega, que aún intentaba poner las placas en su cámara. «Creo que sí», respondí. «Jesús, qué rápido», exclamó. Hoy en día el discurso se ha vuelto muy famoso, pero en ese momento el público no lo apreció mucho, se lo aseguro.

—¿Así que no sacó ninguna fotografía de la alocución de

Gettysburg? —dijo Horace Slim.

—No. Ni yo ni nadie, que yo sepa. ¿Ha visto alguna vez una fotografía de ese famoso día?

—No está mal esta anécdota —alabó el periodista.

—Permítame que le enseñe la sección dedicada al Oeste —dijo Theodore.

Fue una excelente oportunidad la que se le presentó con aquel encargo del gobierno de ir a las despobladas tierras del Oeste junto con los agrimensores para volver con fotografías capaces de atraer a posibles colonos. Había realizado un buen trabajo, plasmando

los grandes paisajes de fértil reclamo o los retratos de pacíficos indios. Los responsables del gobierno habían quedado encantados. La foto de una preciosa india había llamado la atención de Frank Master, que le pagó una buena suma por ella.

Theodore percibió, con todo, que el periodista parecía aburrido, de modo que lo hizo pasar sin demora a la sala de mayores dimensiones.

—Y aquí están —anunció— las fotos que me habían recomendado no exponer.

Eran fotos de la Guerra Civil.

A aquellas alturas nadie quería saber nada de la Guerra Civil. Mientras se estaba librando, todo el mundo estaba interesado. El severo escocés Alexander Gardner había sacado entonces una foto, *La casa del tirador rebelde*, y se había hecho famoso. No obstante, cuando un año después de concluida la guerra publicó su colección, que con el tiempo se volvería un clásico de renombre mundial, no vendió ningún ejemplar.

Después estaba el propio Brady. La gente solía creer que él había tomado todas las fotos existentes de la Guerra Civil. Su nombre constaba, en efecto, en muchísimas de las fotos realizadas por

los fotógrafos por él contratados, cosa que suscitaba rencor en más de uno. No obstante, para hacer honor a la verdad, fue Brady el primero que se desplazó a los campos de batalla. Al inicio de la guerra, cuando los confederados arrollaron a los soldados de la Unión en Bull Run, Brady estuvo allí y pudo darse por afortunado de no contarse entre las bajas.

No fue culpa de Brady que los problemas de vista le impidieran tomar él mismo las fotos. Sí había mandado a aquellos ávidos jóvenes, a quienes había preparado y equipado con cámaras oscuras ambulantes con dinero de su

propio bolsillo. Y cuando terminó la guerra ¿qué sacó de todo ello? La ruina económica.

—La gente no quiere que le recuerden esos horrores —constató Theodore—. Quisieron olvidarlos en cuanto acabó la guerra.

Según le habían contado, en el Sur había sido tan horrible el sufrimiento acarreado por la derrota que más de un fotógrafo había llegado incluso a destruir su propia obra.

—¿Por qué muestra entonces estas piezas? —preguntó Horace Slim.

—Por la misma razón por la que usted escribe, diría yo —repuso

Theodore—. Tanto el fotógrafo como el periodista tienen el deber de dejar constancia de las cosas, de decir la verdad y procurar que la gente no olvide.

—¿Con lo de los horrores de la guerra se refiere... a las matanzas?

—No. Eso fue importante desde luego, señor Slim, pero otros se ocuparon ya de ello.

—Como Brady.

—Exacto. En el año sesenta y dos, en el momento en que se iniciaron las batallas más terribles, Brady se encargó de que varios fotógrafos acompañaran al general Grant en su avance por el

territorio de Tennessee. Ellos dejaron constancia de la carnicería de Shiloh. Los empleados de Brady estuvieron también en Virginia ese verano, cuando Stonewall Jackson y el general Lee salvaron Richmond de la destrucción. También estuvieron presentes cuando los confederados contraatacaron en Kentucky, y en Maryland en otoño, cuando Lee se vio obligado a retroceder en Antietam. ¿Se acuerda de la gran exposición que montó Brady después de Antietam, con la que mostró al mundo el aspecto que tenía el campo de batalla después de aquella terrible matanza? A mí hasta me llegó a extrañar, señor, que

esas fotografías no parasen en seco la guerra. —Sacudió la cabeza con estupor—. Brady también envió fotógrafos a la batalla de Gettysburg el verano siguiente, pero yo no me encontraba entre ellos. No empecé a trabajar con él hasta un par de meses después. Por eso tal vez mi labor fue distinta. En cualquier caso, esto es lo que hice —presentó, señalando las fotos de la pared.

El periodista se demoró mirándolas, tal como pretendía Theodore. La primera que atrajo su atención se titulaba *Río Hudson*. Representaba una calle de Nueva York, envuelta en una

atmósfera polvorienta. Un par de manzanas más allá, la calle se terminaba dando paso a un vasto espacio despejado que sin duda era el Hudson, aunque no se llegara a ver de hecho el agua.

—¿Fue cuando hubo los disturbios por los reclutamientos?

—En efecto. El tercer día, miércoles.

—¿Por qué le puso *Río Hudson*, si el río apenas se ve?

—Porque así se llamaba el hombre que sale en ella.

En la imagen sólo había un hombre, un bulto renegrado colgado de un árbol.

Estaba renegrido porque después de lincharlo lo habían quemado, hasta dejarlo casi carbonizado.

—¿Se llamaba Río Hudson?

—Sí. Trabajaba en un bar para Sean O'Donnell.

—Lo conozco.

—O'Donnell lo había escondido en el sótano. Ni siquiera se enteró de que había salido de allí. Él supone que igual se emborrachó allá abajo, o que al final no soportó el aburrimiento... Llevaba tres días encerrado allí. Fuera como fuese, el joven Hudson River se escabulló de allí. Debió de haber vagado por el Battery Park y al empezar

a subir por el West Side cayeron sobre él. Durante aquellos días agredieron a muchos negros. Lo colgaron de ese árbol y le prendieron fuego.

Horace Slim siguió adelante, sin efectuar ningún comentario.

—Ésta es extraña —comentó delante de otra fotografía—. ¿Qué es?

—Un experimento técnico —explicó Theodore—. Por aquel entonces acompañaba al ejército del general Grant. La cámara enfoca una lupa colocada delante del objeto, de tal modo que lo que capta es la imagen ampliada de dicho objeto.

—Comprendo. Pero ¿qué es?

—Es una bala de plomo. Lo que ocurre es que la partí por la mitad para que se viera mejor su construcción interna. Como ya habréis advertido, en lugar de ser maciza, la bala tiene una cavidad en su base. La inventó un francés llamado Minie... por eso la llaman bala Minie. Como ya sabrá, el antiguo mosquete de cañón liso no permitía hacer puntería más que en distancias cortas. El rifle, en cambio, con sus surcos en espiral, imprime una rotación a la bala que la vuelve más mortífera en distancias más largas.

—¿Y la cavidad de la bala?

—Con la presión del disparo, la

parte inferior abierta de la bala se expande hacia afuera, empujándola contra las paredes del cañón, a fin de que se encajone en la estría. Esa pequeña cavidad ha causado la muerte a miles de personas.

—Ingeniosa. La fotografía, quiero decir. —Siguió avanzando—. ¿Y este par de zapatos rotos?

—El propio general Grant me llamó la atención sobre ellos... con gesto de asco. También provenían de Nueva York. Se diría que tenían varios años, para destrozarse de ese modo, pero no tenían ni una semana.

—Ya veo. Suministros de mala

calidad.

Aquél había sido uno de los mayores escándalos de la guerra. Muchos especuladores, entre los cuales había más de un neoyorquino, habían conseguido contratos para suministrar material al ejército y les habían enviado artículos de pésima calidad... uniformes que se caían a trozos o, lo peor, botas que parecían de cuero pero cuyas suelas estaban hechas en realidad con cartón comprimido. En cuanto llovía, se desintegraban.

—Puede que esto le interese —
señaló Theodore, conduciendo al
periodista frente a otra foto, en la que

aparecían dos carteles—. Los recogí en diferentes lugares y los puse juntos en una pared. —En ambos carteles se anunciaba los sueldos ofrecidos por enrolarse en el ejército de la Unión—. Seguro que recordará lo reacio que fue nuestro estado a aceptar la incorporación de algún negro en el ejército. Después, claro, hacia el final de la guerra los regimientos negros se destacaron entre los mejores de la Unión.

Los carteles eran bastante ilustrativos. Para el soldado raso blanco ofrecían 13 dólares por mes y una asignación para ropa de 3,50 dólares.

Para el negro, la paga era de 10 dólares y de 3 dólares para la ropa.

—¿Y qué pretende con eso, escandalizar a la gente? —inquirió el periodista.

—No, demostrar tan sólo la ironía de las cosas. Es un recordatorio, si quiere. Apuesto a que la mayoría de los soldados blancos creían que aquella diferencia era justa... al fin y al cabo, las familias de los blancos necesitarían más, porque vivían mejor.

—Eso no va a ser del agrado de todo el mundo —apuntó Slim.

—Lo sé. Por eso mis amigos me recomendaron no exponer esta parte de

mi obra, pero yo los mandé a paseo... con muy buenas maneras, claro. Hay que dar testimonio, dejar constancia, señor Slim. Y eso también vale para usted, en tanto que periodista. Si no transmitimos la verdad tal como la percibimos, no tenemos nada. —Esbozó una sonrisa—. Permítame que le enseñe un paisaje.

Era el único paisaje en la parte dedicada a la Guerra Civil... En realidad se trataba de tres paisajes pegados que componían un amplio panorama, tras el cual rezaba el título: *La marcha a través de Georgia*.

—En el otoño del sesenta y cuatro regresé a Nueva York. Grant se

encontraba inmovilizado en Virginia en ese momento y la guerra era tan impopular que casi todo el mundo creía que Lincoln iba a perder las elecciones ese año y que los demócratas pactarían la paz con el Sur. Los confederados casi estaban a punto de cantar victoria, pero entonces Sherman tomó Atlanta y todo cambió. Un fotógrafo muy bueno, un conocido mío que se llamaba George Barnard, fue a reunirse con el general Sherman allí, y yo lo acompañé. Así fue como tomé esta fotografía.

—*La marcha a través de Georgia*, como la canción —señaló Horace Slim.

—Sí. ¿Sabe quién la detesta más? El

mismo Sherman. No la puede soportar.

—Si la tocan en todos los lugares donde acude...

—Lo sé. —Theodore sacudió la cabeza—. Fíjese en la letra de esa canción, señor. —Se puso a cantarla en voz baja—. «¡Hurra, hurra, con júbilo salud, la bandera que trae la libertad!». —Miró al periodista—. Tiene un aire alegre, ¿eh? Eso es lo que la hace tan detestable, para todos los que estuvimos allí.

—Hombre, los esclavos sí se alegrarían al verlos ¿no?

—Sí... «Cómo gritaban los morenos al oír el jubiloso sonido», tal como

sigue la canción. Los esclavos recibieron a Sherman como a un libertador, es cierto. Y aunque al principio él no tenía interés por ellos, acabó creyendo en su causa e hizo mucho en su favor. Pero escuche los versos que siguen: «Cómo glugluteaban los pavos que nuestro intendente encontró. Cómo se erguían incluso los boniatos para ser arrancados del suelo».

—Son licencias poéticas.

—Sandeces. Nosotros tomamos todas las provisiones que quisimos de esa bella tierra, desde luego. La violamos. Pero luego arrasamos todo lo que quedaba. Fue una actuación cruel y

deliberada, realizada a tal escala que hay que haberlo visto para creerlo. Ésa era la intención de Sherman. Creía que era necesario. «La vía dura», lo llamaba él. No digo que le faltara razón, pero en esa tierra no había alegría, se lo aseguro. Destruimos todas las granjas, quemamos todos los campos y huertos, para que la gente del Sur pasara hambre. —Abrió una pausa—. ¿Puede citarme la parte de la canción que describe eso?

—«Abrimos un camino para la libertad y su séquito, de sesenta millas de latitud y trescientas hasta el Caribe».

—Exacto. Una gran franja de desolación absoluta, un erial calcinado.

La ruina más extrema. De sesenta millas de ancho, señor, y trescientas de largo. Eso fue lo que le infligimos al Sur. No creo que jamás se haya hecho nada más terrible en toda la historia de la guerra. —Calló un momento—. Y algún deleznable idiota lo transformó en una canción popular. —Señaló el paisaje—. Ése es el aspecto que tenía.

La fotografía plasmaba una amplia panorámica que se extendía a lo largo de muchos kilómetros, hasta el horizonte. En el primer plano se veían los restos carbonizados de una alquería y alrededor, hasta donde abarcaba la vista, había un yermo vacío, renegrido.

Aún quedaba una sala por visitar. Era la más pequeña y contenía fotos sin ningún vínculo temático. La primera que llamó la atención del periodista fue la que había sacado hacía tiempo a los negros que caminaban por las vías del ferrocarril en paralelo al reluciente río.

—Me gusta —elogió.

—Ah —exclamó, sinceramente complacido, Theodore—. Es una de mis primeras obras, pero estoy bastante orgulloso de ella.

Había algunos pequeños retratos de familiares y amigos, entre los que se contaba su primo Hans, el fabricante de pianos, sentado frente al instrumento,

con las finas facciones de la cara resaltadas por la suave luz llegada desde una invisible ventana.

En una pared había tres panorámicas de las cataratas del Niágara, encargadas por Frank Master. Eran espectaculares. La prolongada exposición, sumada a la complejidad de masas de vapor que brotaban del fondo y a una impresionante nitidez del cielo, componía una escena casi irreal, semejante a una pintura.

—Hum —murmuró Horace Slim—. Éstas van a tener una buena acogida.

—Sirven para pagar el alquiler, señor Slim. También son excelentes

desde el punto de vista técnico, por cierto.

Había diversas escenas de Nueva York, entre las que se incluía una foto del depósito de la Quinta Avenida, que le había encargado Hetty Master.

Parecía que la exposición se acababa allí. Quedaba sólo una pequeña imagen, oscura, dispuesta en un rincón a la que fue a echar una ojeada Horace Slim. La fotografía tenía por título *Sonata a la luz de la luna*.

Tardó unos segundos en descifrar su contenido. Aquella escena había requerido una prolongada exposición, porque había sido tomada a la luz de la

luna. Se distinguía una trinchera y un centinela apostado cerca de un cañón de campaña, que reflejaba con tenue brillo la luz de la luna. Se veían tiendas y un arbolillo maltrecho.

—¿De la Guerra Civil?

—Sí. Pero me parecía que no acababa de encajar en la otra sala. Es una fotografía más personal. Es posible que la descuelgue.

El periodista de mirada triste asintió y tras cerrar el bloc de notas, lo guardó en el bolsillo.

—Bueno, pues creo que ya hemos terminado.

—Gracias. ¿Me dedicará una

reseña?

—Sí. No sé de cuánta extensión, porque eso depende del director, pero dispongo de cuanto necesito.

Se encaminaron juntos a la salida.

—Sólo por curiosidad, sin ánimo de indagación periodística ¿qué anécdota había detrás de esa pequeña foto oscura?

—Fue la noche anterior a un combate —explicó, tras un momento de silencio, Theodore—. En Virginia. Nuestros soldados de la Unión estaban en sus trincheras y los confederados en las suyas, a no más de un par de tiros de piedra de distancia. Estaba todo en

silencio y, como habrá visto, la luna iluminaba la escena. Debía de haber combatientes de todas las edades, supongo, en aquellas trincheras. Hombres de mediana edad y muchos que apenas eran más que unos chiquillos. También había mujeres en el campamento, por supuesto, esposas y demás.

»Yo suponía que se iban a dormir, pero luego, en las trincheras de los confederados, alguien empezó a cantar *Dixie*.^[2] Pronto todos sus compañeros se unieron a él. Nos estuvieron cantando pues *Dixie* durante un rato y luego pararon.

»Como era de esperar, los nuestros no iban a dejar la cosa así, de modo que un grupo se puso a cantar *John's Brown Body*,^[3] y enseguida todas las trincheras entonaron esa canción. Cantaban muy bien, debo decir.

»Cuando acabaron, volvió el silencio. Después en la trinchera de los confederados se alzó una sola voz. Era un hombre joven, que comenzó a cantar un salmo. Era el salmo veintitrés, nunca me olvidaré.

»Como sabe, en el Sur, con el sistema de notación musical que usan para facilitar la lectura de partituras, todas las congregaciones tienen una gran

práctica en el canto de salmos. En ese momento, pues, todos se unieron a su compañero, pero en voz baja, con una entonación dulce. No sé si sería por la luz de la luna, pero debo decir que fue el sonido más hermoso que he oído nunca.

»Me había olvidado, con todo, de que muchos de los nuestros también estaban acostumbrados a cantar salmos. Si uno piensa en todas las blasfemias que oye a lo largo del día en un campamento, es muy fácil olvidarlo, pero es así. En ese momento, me llevé una sorpresa cuando nuestros soldados se pusieron a cantar con ellos. Al cabo de poco, en todas las trincheras,

aquellos dos ejércitos cantaron juntos, momentáneamente liberados de sus circunstancias, como si fueran una única congregación de hermanos reunidos a la luz de la luna. A continuación cantaron otro salmo, y después volvieron a cantar el veintitrés. Luego se hizo el silencio, que se prolongó el resto de la noche.

»En ese momento tomé la foto.

»A la mañana siguiente hubo una batalla. Y antes de mediodía, lamento tener que decir, señor Slim, casi no quedaba vivo ninguno de los hombres que habían ocupado todas aquellas trincheras. Se habían matado entre sí. Estaban muertos, señor, casi todos.

Atenazado de improviso por la emoción, Theodore Keller calló y tardó un minuto en recobrar el habla.

Nieve

❧ 1888 ❧

ERan tres los congregados en torno a la mesa del restaurante Delmonico. Frank Master estaba nervioso. Él no quería acudir. En realidad, se llevó una gran sorpresa cuando Sean O'Donnell le pidió que fuera a reunirse con Gabriel Love.

—¿Qué diablos quiere de mí? —contestó.

Por más que Gabriel Love fuera una

figura conocida, se movía en círculos muy distintos y Frank no tenía deseos de hacer negocios con esa clase de hombre.

—Sólo tiene que ir y verlo —le pidió Sean—, como un gesto hacia mí.

Como le debía más de un favor a O'Donnell, Frank no tuvo más remedio que aceptar.

El restaurante Delmonico, al menos, había sido una buena elección. Antes era más céntrico, pero lo habían trasladado a la Veintiséis con la Quinta, frente a la antigua mansión de Leonard Jerome y el Madison Park. A Frank le gustaba aquel establecimiento.

—Tenga en cuenta, O'Donnell, si

hay algo ilegal, yo me marchó — advirtió, de todos modos, antes de entrar por la puerta.

—Todo va a ser correcto —le aseguró Sean—. Confíe en mí.

Por aquel entonces Sean O'Donnell se había convertido en un personaje muy elegante. Llevaba la cara afeitada; todavía tenía el cabello espeso, aunque canoso. Vestía un traje de color gris perla de impecable corte complementado con una pajarita de seda anudada a la perfección y unos broches de camisa con incrustaciones de diamantes. Sus zapatos estaban tan relucientes que costaba imaginar que su

propietario hubiera pasado junto a una cuneta en toda su vida. Tenía la apariencia de un banquero. Todavía era dueño del bar y de vez en cuando se pasaba por el local, pero hacía casi veinte años que no vivía allí. Se había instalado en una casa situada en la parte baja de la Quinta Avenida, que aunque no era una mansión, sí era tan grande como la que tenía Master en Gramercy Park. Sean O'Donnell era, en suma, un hombre rico.

Master tenía sus teorías de cómo lo había conseguido. Mientras Fernando Wood se había dedicado a extorsionar dinero de las arcas de Nueva York y su

sucesor, el gran Boss Tweed de Tammany Hall, había convertido aquel negocio en un arte, O'Donnell había logrado mantenerse primero en el entorno de uno y después en el del otro, cosa que le había reportado enormes beneficios. Así había podido construir, aprovechando el constante crecimiento de la ciudad, un gran número de edificios que luego alquilaba o vendía con un elevado margen de beneficio.

—Nunca me beneficié de ningún contrato fraudulento —le había asegurado Sean—, pero me dejó invertir 10.000 dólares en su imprenta. — Después Tweed había desviado hacia la

empresa todos los trabajos de impresión de la ciudad, por los que cobraba unos precios inflados—. Ganaba un dividendo de 75.000 dólares al año por una inversión de 10.000 —confesó Sean.

Y cuando Tweed había tenido que rendir cuentas y su círculo de íntimos había caído en desgracia, O'Donnell había formado parte de aquellos que, tras haberse aprovechado discretamente de sus manejos durante años, había conseguido disimularlo y proseguir tranquilamente con sus negocios.

Luego habían venido las operaciones en Wall Street.

Aquéel había sido el campo de acción de personas como Gabriel Love.

Gabriel Love era obeso. Sentado frente a Frank Master, lo observaba plácidamente con sus acuosos ojos azules mientras su gran barba se desparramaba como una benigna cascada sobre la amplia curva de su estómago, rozando el borde de la mesa.

Todo el mundo conocía al señor Gabriel Love. Tenía un gran parecido con Santa Claus, y los donativos que regalaba a las organizaciones caritativas eran legendarios. Le encantaba ir a la iglesia, donde cantaba los himnos con una aguda voz de tenor, en falsete casi.

Siempre llevaba los bolsillos llenos de caramelos para repartirlos entre los niños. La gente solía llamarlo «el Papá Cariñoso», con la excepción, desde luego, de quienes habían sido víctimas de sus devastadoras operaciones financieras. Ésos le llamaban «el Oso».

Gabriel Love saludó con educado comedimiento a Master. Cuando los camareros sirvieron la comida, anunció que iba a bendecir la mesa, cosa que hizo con actitud de profunda reverencia. Después dejó que Sean dirigiera el hilo de la conversación hasta que hubo terminado de comer un pollo entero. Entonces se volvió hacia Frank.

—¿Es usted aficionado a las apuestas, señor Master? —inquirió.

—Juego de vez en cuando —repuso, con cautela, Master.

—Desde mi punto de vista, lo que se hace en Wall Street es lo mismo que una apuesta. Yo he visto hombres que se han pasado la tarde apostando por qué gota de lluvia de una ventana iba a llegar primero abajo. —Asintió, pensativo—. La codicia también es un acicate para eso. No es que sea algo malo. Como yo siempre digo, sin codicia no habría civilización. Los acólitos de Wall Street no tienen, sin embargo, paciencia para cultivar la tierra o fabricar cosas. Son

listos, pero superficiales. Invierten en empresas, pero sin interesarse en lo que son o lo que hacen. Lo único que quieren es apostar por ellas. Wall Street siempre estará lleno de jóvenes aficionados a las apuestas.

—¿Jóvenes? —se extrañó Sean—. ¿Y los mayores qué, Gabriel?

—Ah. Bueno, a medida que el joven se hace mayor, tiene una familia que cuidar y responsabilidades que atender, y entonces cambia. Es algo que va con la naturaleza humana. En la calle se ve continuamente. El hombre con responsabilidades no apuesta de la misma manera. Sus operaciones son

diferentes.

—¿En qué se diferencian?

Gabriel Love los observó a los dos y, de repente, pareció que se le endurecía la mirada.

—El segundo hace trampa —afirmó con aspereza.

Lo sabía. Con la vista fija en la gran barba blanca, tan engañosa, de Gabriel Love, Frank supo de forma instintiva que había llegado el momento de irse.

Una cosa era Sean O'Donnell y otra muy distinta Gabriel Love. Sean era capaz de matarlo a uno, pero no si estaba de su parte. Durante un tiempo, el destino los había vinculado a través de

Mary y también por otras vías. De Sean se fiaba, pero no de Gabriel Love. ¿De veras le convenía involucrarse con él, a aquellas alturas de la vida?

Master tenía casi setenta y tres años, aunque no los aparentaba. La mayoría de la gente lo creía diez años más joven. Pese a que le raleaba el cabello y tenía el bigote blanco, aún era un hombre vigoroso y bien plantado, de lo cual se enorgullecía. Acudía todos los días a su oficina y si de vez en cuando sentía un leve dolor o una sensación de opresión en el pecho, no le prestaba importancia. No quería saber que se estaba haciendo viejo.

En todo caso, valoraba la respetabilidad que le habían proporcionado la edad y su prolongada carrera. Puesto que disponía de una fortuna considerable, podía incrementarla fácilmente sin necesidad de asumir riesgos innecesarios. Ahora tenía que pensar en sus nietos, y Gabriel Love prácticamente acababa de decirle que había algo deshonesto en juego.

—Caballeros —declaró, mientras se disponía a levantarse—, soy demasiado viejo para ir a la cárcel.

Sean O'Donnell lo retuvo agarrándolo del brazo.

—Espera, Frank. Hazlo por mí. Sólo

tienes que escuchar la propuesta del señor Love.

Una semana después, Lily de Chantal se instaló en su carruaje para efectuar el largo viaje desde el territorio noroccidental de los Estados Unidos hasta Gramercy Park.

Se trataba del territorio de Dakota. Todavía no era un estado, sino una vasta extensión de tierras incultas. De todas maneras, un par de años atrás, el promotor Edward Clark construyó un enorme edificio de pisos en la parte occidental de Central Park... arriba en

la calle Setenta y Dos... y decidió llamarlo Dakota. El señor Clark tenía, por lo visto, una fascinación por los nombres indios. A otra casa de pisos la había bautizado con el nombre de Wyoming, y su intención había sido ponerle el nombre de Avenida de Idaho a uno de los bulevares del West Side. De cualquier forma en su situación aislada, sin más edificios en las proximidades que algunos pequeños almacenes y chabolas, para la gente de la alta sociedad, habría dado lo mismo que el impresionante Dakota se hubiera encontrado en algún remoto territorio.

—Nadie vive allá arriba, por el

amor de Dios —decía—. Y además ¿a quién le interesa vivir en un apartamento?

La respuesta a aquella pregunta era muy simple. Hasta unos años atrás, sólo los pobres vivían en apartamentos —casas divididas por pisos o incluso por varias viviendas por piso—. Pese a que en las grandes capitales europeas como Viena o París eran frecuentes los apartamentos de lujo, no ocurría lo mismo en Nueva York. Las personas distinguidas vivían en casas.

Comenzaban a atisbarse indicios de cambio, con todo. En la ciudad habían aparecido otros edificios de pisos,

aunque ninguno era tan grande como el Dakota. Aquel inmueble, una especie de versión rústica de los monumentos del Renacimiento francés, se elevaba con un aire algo siniestro al otro lado de Central Park y del estanque donde la gente patinaba en invierno. Había que reconocer, no obstante, que tenía sus ventajas. Aparte de los monumentales motivos indios con que el señor Clark había decorado el edificio, los pisos eran enormes, con mucho espacio para el servicio. Con sus altos techos, las salas de recepción de los pisos más espaciosos eran casi tan grandes como las de muchas mansiones. La gente

pronto advirtió otro aspecto positivo: aquellos pisos eran bastantes prácticos. Si uno quería irse a pasar el verano a su casa de campo, por ejemplo, no tenía más que cerrar la puerta con llave sin dejar siquiera a alguien que cuidara de la vivienda.

—Ah, yo conozco a alguien que vive allí —se avenían incluso a pregonar al cabo de poco tiempo.

Superados los cincuenta años, Lily de Chantal había decidido probar con el Dakota y para entonces aseguraba que por nada del mundo iría a vivir a otra parte. Con lo que le reportaba el alquiler de su casa y las rentas de los

ahorros que había invertido podía llevar una vida tranquila y agradable en el Dakota con poco personal de servicio. Su comodidad acababa, además, de estar garantizada debido al hecho de que Frank Master pagaba, discretamente, la mitad del alquiler.

Aquella tarde, no obstante, a tenor de la nota que había recibido el día anterior, se dirigía a tomar el té no con Frank, sino con Hetty, cosa que, lógicamente, le causaba cierto nerviosismo.

Ignoraba qué quería Hetty.

Pese a que estaban a principios de marzo, había una asombrosa tibieza en

el aire. Al bordear el extremo sur de Central Park vio una multitud de narcisos entre la hierba. Sólo al cruzar la parte superior de la Sexta Avenida se le ensombreció la expresión.

Nunca había acabado de gustarle la larga y fea línea del ferrocarril elevado que atravesaba por aquel tiempo la Sexta. Las humeantes máquinas de vapor pasaban arrastrando sus ruidosos carruajes por encima de la cabeza de los demás mortales, a seis metros por encima del nivel de la calle. Había otras líneas en las avenidas Segunda, Tercera y Novena, aunque la Novena no afectaba para nada al Dakota, por suerte.

Respondían a una necesidad, no cabía duda, pero para Lily representaban el aspecto feo del acelerado progreso de la ciudad que no le apetecía ver.

Una vez hubo perdido de vista el ferrocarril elevado, al llegar a la esquina del parque se adentró en la agradable zona de la Quinta Avenida.

Había que reconocer que la Quinta estaba cada vez mejor. Si el ferrocarril elevado era el necesario motor de la febril actividad económica neoyorquina, la Quinta Avenida era el *súmmum* de la distinción, la avenida de los palacios, el valle de los reyes. Había recorrido una corta distancia cuando pasó junto al

lugar donde antes se alzaba, solitaria, la mansión de la malvada madame Restell. Aquella mujer de mala fama ya no residía allí, las casas afloraban en todo el entorno y, enfrente, los Vanderbilt habían construido sus imponentes mansiones.

Luego pudo observar la catedral de Saint Patrick que, ya terminada del todo, se erguía con triunfal espíritu católico irlandés aun por encima de aquellas mansiones de los Vanderbilt.

No obstante, pese al ritmo que seguían las cosas, se alegraba de que sólo los campanarios de Saint Patrick, la Trinity, Wall Street y unas cuantas

iglesias más destacaran en el cielo de la ciudad. Las grandes viviendas residenciales aún no superaban los cinco pisos y, de hecho, las estructuras comerciales de mayor tamaño, en las que se usaban vigas de hierro forjado, raras veces pasaban de los diez.

De todas maneras, incluso los más espléndidos palacios recientes —cuya opulenta decoración podrían haber tachado de recargada y hasta de vulgar, las generaciones precedentes—, aun aquellas suntuosas casas plutocráticas, seguían utilizando los motivos básicos heredados del mundo clásico, al igual que los edificios de armazón de hierro.

En todos y cada uno de ellos había tradición, trabajo artesanal y humanidad.

Pese a su extensión, la ciudad aún conservaba su elegancia. Tal vez se debiera a que ella misma estaba envejeciendo por lo que le prestaba importancia.

Pasó por el depósito de la Cuarenta y Dos, después por la Treinta, y dejó atrás las mansiones de los Astor poco antes de llegar a Gramercy Park.

Sólo estarían ellas dos. Cuando la hicieron pasar al salón, Hetty la recibió con una sonrisa.

—Me alegra mucho que haya venido, Lily —anunció, al tiempo que la

invitaba con un ademán a sentarse a su lado en el sofá.

Había que admitir, pensó Lily, que Hetty Master había envejecido muy bien. Tenía el pelo gris. «Pero también lo tendría yo —admitió para sí—, si no me lo tiñera». Aun con su prominente pecho de matrona, no se podía decir que se hubiera dejado, y todavía conservaba una cara bonita. Cualquier hombre de setenta años sensato debería estar orgulloso de tener una mujer como ella.

Aunque, claro ¿dónde se encontraba un hombre sensato, a ésa o a cualquier otra edad?

A lo largo de las dos últimas

décadas debían de haberse visto varias veces al año, en la ópera o en casa de otra gente. En dichas ocasiones, Hetty se había mostrado educada e incluso afable con ella. Una vez, haría unos quince años, después de un recital que había dado —financiado por Frank, por supuesto—, Hetty le había planteado incluso varias preguntas muy atinadas relacionadas con la música. Como se encontraban en una gran residencia dotada de una sala de música, Lily la había llevado hasta un piano y le había mostrado qué partes eran más difíciles de cantar y por qué. Habían charlado un buen rato y al final de la conversación

tuvo la sensación de que, al margen de los sentimientos que pudiera inspirarle como persona, Hetty le profesaba un sincero respeto en el plano profesional.

¿Habría adivinado Hetty que Frank era su amante? En cualquier caso, nunca lo había dado a entender. Lily no tenía idea de qué habría hecho de haberlo sabido y, como tampoco tenía deseos de hacerla sufrir, prefería que no se enterase. Ella y Frank siempre actuaban con discreción.

—Hetty no sospecha nada —le reiteraba Frank.

Hetty sirvió en ese momento el té y luego aguardó a que la doncella

abandonara la habitación para empezar a hablar.

—Le he pedido que viniera porque necesito su ayuda —declaró con sosiego.

—Si está en mis manos... —contestó, titubeante, Lily.

—Estoy preocupada por Frank —prosiguió Hetty, antes de dedicar una ojeada a Lily—. ¿Usted no?

—¿Yo?

—Sí —corroboró Hetty, sin demorarse en explicaciones—. Me tiene preocupada esa chica. ¿La conoce?

Lily guardó silencio un momento.

—Creo que usted está más enterada

que yo —dijo con cautela.

—¿Sí? —Hetty sonrió—. Hace mucho que sé que es amante de Frank.

—Ah —exclamó Lily—. ¿Cuánto? —preguntó, tras una pausa.

—Veinte años.

—No sé que decir —contestó Lily, posando la mirada en sus manos.

—Si tenía que ser alguien, supongo que preferiría que fuera usted —dijo Hetty.

Lily no respondió nada.

—En parte yo tuve la culpa, ahora me doy cuenta. Como yo lo aparté de mí, buscó consuelo en otro lugar. —Hetty exhaló un suspiro—. Si volviera a vivir

actuaría de otro modo. Para un hombre resulta duro pensar que su esposa no lo respeta.

—Se toma las cosas con mucha filosofía.

—A mi edad no toca más remedio. Y a la suya también, si me permite que se lo diga. En todo caso, prefiero ser la esposa que la amante.

Lily asintió.

—Todavía conserva su matrimonio.

—Sí. Aunque no sea un estado perfecto, el matrimonio supone una protección, sobre todo cuando se acerca la vejez. Y ambas estamos envejeciendo, querida. —Lanzó una ojeada a Lily antes

de continuar—. Yo aún tengo mi casa, mis hijos y mis nietos. Y mi marido también. Por más que se haya descarriado, sigue siendo mi marido. — Miró fijamente a Lily—. En todos los sentidos.

Lily agachó la cabeza. ¿Qué podía decir?

—Me sentó mal que Frank tuviese una amante, no se lo voy a negar, pero de todas maneras no le cambio la posición, y menos ahora.

—¿Ahora?

—Esa joven. La que se lo ha robado.

—Ah.

—¿Qué sabe de ella?

—Poca cosa.

—Pues yo sé mucho. —Observó un momento a Lily—. ¿Le interesa saberlo?

—Ante la vacilación de Lily, continuó —: La señorita Donna Clipp es una pequeña bruja. Va en busca de dinero. Y hay más... en Filadelfia la procesaron por robo. Tengo pruebas.

—Comprendo.

—Hice que un abogado investigara su vida. Frank lo pagó, aunque no lo sabe, desde luego. Pensó que pagaba unas cortinas. Ella no siente nada por él. Sólo le interesa su dinero.

—Supongo que eso mismo pensará de mí —señaló, pesarosa, Lily.

—De ningún modo, querida. Estoy segura de que es generoso, pero se lo puede permitir. Tampoco creo que esa señorita Clipp consiga sacarle mucho. Frank no es un necio en cuestiones de dinero, pero mientras lo intenta podría llevarlo a la tumba. —Exhaló un suspiro—. Ambas sabemos que mi marido se está haciendo viejo. Es vanidoso, como la mayoría de los hombres. Ella es joven... tiene sólo treinta años ¿sabe?... y estoy segura de que quiere demostrarse a sí mismo que aún está en forma.

—¿Y cree que podría ser peligroso para su corazón?

—¿Usted no?

—Tal vez —concedió Lily.

Hetty la miró con dureza.

—¿Ama a mi marido?

—He llegado a tomarle mucho cariño.

—Entonces me ayudará.

—¿A qué?

—Pues a deshacernos de esa joven, querida. Tenemos que deshacernos de Donna Clipp.

Mary O'Donnell se llevó una sorpresa cuando oyó que Lily de Chantal acudía a tomar el té con la señora

Master. Sabía que se conocían vagamente, de modo que pensó que quizá la señora Master querría que aquélla cantara en uno de sus actos con fines caritativos. Luego, cuando le dijeron que la señora Master quería verla a ella también, se quedó muy extrañada.

Encontró a las dos mujeres sentadas tranquilamente en el sofá.

—Verás, querida Mary, necesitamos tu ayuda —anunció Hetty con una sonrisa.

—Sí, señora Master —dijo Mary, intrigada.

—Hace muchos años que nos

conocemos, Mary —prosiguió la señora Master—, y ahora tengo que pedirte que seas muy franca conmigo y también que mantengas en secreto algo que te voy a decir. ¿Me harás ese favor? ¿Lo prometes?

Después de treinta y cinco años de recibir un bondadoso trato, no dudó un instante.

—Sí, señora Master, lo prometo.

—Bien. Estoy preocupada por mi marido, y también lo está la señorita De Chantal. Ella es una gran amiga de mi marido. —Dedicó una sonrisa a Lily—. Las dos estamos preocupadas por él, Mary, y creemos que quizá tú nos

podrías ayudar.

Mary se la quedó mirando, tratando de comprender a qué se refería y hasta qué punto conocía la realidad.

—Tu hermano Sean ha hecho muchos negocios con mi marido, como ya sabes, Mary. Y la señorita De Chantal me dice que tu hermano también la conoce a ella. Lo que queríamos saber es si tu hermano te ha hablado alguna vez de la señorita De Chantal.

—¿La señorita De Chantal?

—Sí. Como amiga de mi marido.

—Hombre... —Pese a su promesa, Mary se disponía a decir una mentira, pero se ruborizó y la señora Master se

dio cuenta.

—Tranquila, Mary —le dijo—. Hace veinte años que lo sé. ¿Cuánto hace que lo sabes tú?

—Diez —respondió, azorada, Mary.

—¿Te lo dijo Sean?

Mary asintió con la cabeza. Se lo había mantenido callado durante mucho tiempo, había que reconocerlo, pero al final se lo contó.

—Perfecto —se felicitó la señora Master—, eso podría ser útil. ¿Y te ha hablado de la señorita Donna Clipp?

—¿La señorita Clipp? —Mary titubeó—. No conocía su nombre.

Era cierto. Dos semanas atrás, Sean

había comentado que Master estaba haciendo el ridículo y que, a su edad, más le valdría tener más cuidado.

—Pues así se llama. Verás, Mary, necesitamos que nos ayudes. El señor Master ya no es un jovencito y debemos protegerlo. ¿Cuándo vas a ver a tu hermano?

—Suelo ir a verlo los sábados —repuso Mary.

—Eso es mañana —calculó Hetty Master, satisfecha—. ¿Lo verás entonces?

—Podría verlo si quiere.

—Entonces te expondré lo que necesitamos que hagas.

No cabía duda de que el plan de Gabriel Love era una obra maestra, pensaba Sean. Una parte de su encanto se debía a que aquél no era el tipo de cosas que uno se esperaba del Papá Cariñoso.

Al Papá Cariñoso le gustaba engañar en sus compraventas. Si intuía que el mercado iba a la baja, o mejor aún, si disponía de información confidencial de que unas acciones iban a sufrir turbulencias, le ofrecía a alguien un paquete para vendérselo en una fecha futura a un precio muy inferior al que en ese momento tenía. El incauto

interlocutor creía que aquello era una ganga, pero con toda fatalidad, cuando llegaba la fecha fijada, el precio de aquellas acciones había bajado mucho más de lo que había alcanzado a imaginar siquiera. Entonces él compraba a un precio irrisorio y el otro se veía obligado a comprárselas por la cifra, más elevada, que se había convenido antes, con lo cual él se quedaba con unas considerables ganancias y el otro con enormes pérdidas. Para eso no tenía más que hacer la apuesta... o para ser más precisos, calcular la jugada, puesto que él conocía con toda seguridad algo que el otro ignoraba.

En aquella ocasión, en cambio, Gabriel Love iba a hacer lo contrario.

En todo juego hay ganadores y perdedores. En aquél, el perdedor iba a ser un tal Cyrus MacDuff.

—Cyrus MacDuff me odia —le había explicado el señor Love a Sean—. Es un problema que tiene. Me odia desde hace veinte años.

—¿Por qué?

—Porque una vez le estafé mucho dinero. Pero eso no es una excusa cabal. Si el señor MacDuff practicase la caridad cristiana, si supiera perdonar, el terrible destino que está a punto de ensañarse con él podría no haberse

producido. Va a ser su tendencia a la maldad, según creo, por lo que el Señor lo va a castigar, cegándolo de forma que no vea la realidad.

—Parece que no se presenta mal —aprobó Sean—. ¿Y cómo se cumplirá la voluntad del Señor?

—A través del ferrocarril Hudson Ohio —respondió el señor Love.

En el año 1888, si algo podía decirse sin margen de error a propósito de los nuevos trazados del ferrocarril era que se trataba de un negocio sucio.

Con la apertura de la ruta del vasto Oeste americano, las oportunidades de transportar mercancías por tren

adquirían un tremendo auge. Había quien ganaba grandes fortunas. Y donde hay dinero, hay competencia. Mientras los británicos expandían su imperio en otros continentes y las potencias europeas se precipitaban a colonizar África, los osados empresarios de la costa Este se afanaban construyendo ferrocarriles en las inmensas extensiones del Oeste americano.

A veces se producían peleas por el control de determinada ruta o por una empresa que ya tenía un recorrido despejado. Se daba incluso el caso de que dos grupos construyeran un trazado de vías casi contiguo para ver quién

llegaba primero. Hasta ocurría que llegara un tren cargado de hombres armados que resolvían las rivalidades a tiros... no en vano el Oeste recibía el apelativo de salvaje. En otras ocasiones, en cambio, los conflictos tenían un cariz más sutil.

La línea del Niágara había sido una operación de dimensiones modestas. Era una línea secundaria interesante que aportaría riqueza a las regiones agrícolas del Oeste a condición de que quedara unida a una de las vías de tren principales que transportaban mercancías hacia el Hudson. El señor Love había adquirido el control de la

línea del Niágara tres años atrás, con el convencimiento de que podría conectarla con la Hudson Ohio.

—Y entonces, señor mío, ese malvado individuo, el señor Cyrus MacDuff, asumió el control de la Hudson Ohio y me interceptó el avance. Sólo para fastidiarme. Se daba por satisfecho perdiendo los beneficios que habría podido reportarle nuestro tráfico del Niágara con tal de hacerme perder dinero a mí. Yo invertí mucho en la Niágara, pero si no puedo empalmar con la Hudson Ohio, mis acciones de la Niágara pierden todo valor. ¿Es eso un comportamiento propio de un buen

cristiano? —planteó Gabriel Love.

—No —confirmó Sean—. ¿Y qué se propone hacer entonces?

—Voy a llevar la luz donde hay oscuridad —declaró, con reverencial tono, el señor Love—. Voy a comprar el control de la Hudson Ohio sin que él se entere y la entroncaré con la Niágara.

—Es algo osado —opinó Sean—. La Hudson Ohio es una gran línea. ¿Podrá hacerlo?

—Puede que sí y puede que no. En todo caso, voy a hacer que MacDuff crea que sí puedo. Sólo con que lo crea será maravilloso —se regocijó, con angélica sonrisa, Gabriel Love.

Hasta que no acabó de exponer el resto de su plan, Sean no percibió la extraordinaria belleza de su alma.

En primer lugar, tenía paciencia. Dos años atrás había empezado a comprar discretamente acciones del ferrocarril Hudson Ohio. Las adquiría en pequeña cantidad y siempre a través de empresas intermediarias. Lo había hecho con tal habilidad que ni el propio señor MacDuff había detectado nada.

—En este momento —explicó a Sean—, tengo el treinta y seis por ciento de la empresa y MacDuff tiene el cuarenta por ciento. Otro diez por ciento lo controlan otras compañías e

inversores que sé a ciencia cierta que no van a vender. Diversos pequeños inversores poseen el cuatro por ciento y el último diez se encuentra en manos de su amigo Frank Master.

—No sabía que tuviera tanta proporción.

—Es su participación de mayor cuantía. La ha ido acumulando con el tiempo y con ello ha demostrado que tiene buen olfato, porque se trata de una excelente inversión. Pero si me la vendiera a mí, yo me haría con el control de la empresa, y puesto que es amigo suyo, querría que nos presentara.

—¿Quiere que le venda su diez por

ciento?

—No —contestó, sonriendo, Gabriel Love—. Quiero que MacDuff crea que me lo podría vender.

Sean organizó la cena en el Delmonico. Cuando ésta tocó a su fin, su admiración por el viejo Gabriel Love había alcanzado elevadísimas cotas. La precisión y la simetría de su proyecto eran una obra de arte. ¿Y qué tenía que hacer Frank Master? Nada... sólo ausentarse unos cuantos días.

Debían volver a reunirse en el Delmonico el viernes siguiente, para cerciorarse del buen desarrollo de sus planes.

Sean meditaba sobre aquel asunto el sábado por la tarde, cuando llegó su hermana Mary. Pasaron un agradable rato charlando un poco de todo hasta que la conversación derivó hacia el tema de la familia Master.

—¿Te acuerdas que me dijiste que Frank Master se estaba poniendo en ridículo y que más valía que tuviera cuidado? —señaló Mary—. ¿Me equivoco al pensar que se ha buscado una joven?

—¿Y qué te hace pensar eso?

—No sé. Se lo ve muy ufano, pero también un poco cansado, y no sé, se me

ocurrió que podía ser eso.

—Pues tienes razón —confirmó Sean—. Se llama Donna Clipp. Clipper... así la apoda él, como los barcos. Y lo mejor que podría hacer es dejarla. —La miró un instante—. ¿Crees que su mujer sospecha algo?

—En todos estos años, nunca ha dado muestras de estar al corriente de lo de Lily de Chantal —repuso Mary—. Si no se ha enterado de eso, ¿cómo iba a saber lo de ahora?

—Me alegro —dijo Sean—. A su manera, es una buena mujer, y no querría que sufriera. —Calló un momento—. ¿Sabías que Master va a irse de viaje de

negocios al norte del Hudson el domingo próximo? Será una cuestión de días, y se va a llevar a esa chica con él. —Se encogió de hombros—. Por mi parte, espero que no dure mucho.

—Nadie se pone tan en ridículo como los viejos —comentó Mary.

—Eso no tienes porque ir contándolo por ahí ¿eh?

—¿Sabes de alguna vez que lo haya hecho?

—No —admitió con aire aprobador Sean—, nunca.

—La va a llevar con él al norte del

Hudson el domingo —informó una hora más tarde Mary a Hetty Master—. Y la llama Clipper.

—Perfecto —se felicitó Hetty—. Con eso será suficiente.

Frank Master había dudado, pero al final, el miércoles siguiente, se decidió. Tras salir de su casa a última hora de la mañana, caminó en dirección este por la Catorce hasta llegar a la estación del tren elevado, cuyas escaleras subió para acceder al andén. Al subirlas sintió una punzada, pero como fue breve, respiró hondo y, sacando pecho, se felicitó de su

buena forma, tras lo cual encendió un cigarro.

A esa hora de la mañana había poca gente en el andén. Recorriéndolo, observó los manojos de líneas de telégrafo tendidos entre los postes y los tejados de pizarra de las casas. Aquellos tejados, pringados de hollín proveniente del tren que pasaba por encima, solían presentar un triste aspecto en aquel periodo de primavera, pero ese mes de marzo hacía un tiempo tan cálido que, aun estando sucios, se veían alegres con el sol matinal.

Frank no tuvo que esperar mucho antes de que el traqueteo y los

resoplidos anunciaran la inminente llegada del tren. De todas maneras, mientras éste lo llevaba al centro de la ciudad habría preferido no encontrarse allí, por dos motivos. El primero era que iba a ver a su hijo. El segundo, que aquello representaba que tenía que pasarse por Wall Street.

Hacía un par de semanas que no veía a Tom. Frank quería a su hijo, desde luego, pero siempre había cierta tensión en el ambiente cuando se encontraban. No era porque Tom dijera nada... aquél no era su estilo... pero desde aquel día en que se habían iniciado los Disturbios del Reclutamiento tenía la impresión de

que Tom no tenía un buen concepto de él. Era como si con la mirada le dijera: «Abandonaste a mi madre, y los dos lo sabemos». Bueno, quizá no le faltara razón, pero aquello sucedió mucho tiempo atrás, suficiente como para haberlo perdonado y olvidado. También era cierto que había seguido viendo a Lily de Chantal después, pero estaba seguro de que Tom no lo sabía, de modo que aquello no era una excusa para su actitud.

Tom tenía, no obstante, su parte buena. Durante aquel trayecto, Frank sentía que en ese preciso momento necesitaba a su hijo.

Se bajó en Fulton y fue caminando a Wall Street.

No comprendía por qué se encontraba tan incómodo en Wall Street. Antes le gustaba. La iglesia Trinity seguía allí. Resultaba reconfortante verla presidiendo la parte occidental de la calle con su solemne esplendor. Al fin y al cabo, la Trinity representaba el alma de la tradición de Wall Street. La familia Master había estado vinculada a ella, formando a menudo parte de su comité, durante generaciones. Para él Wall Street debería haber sido un lugar acogedor, pero no lo sentía así.

En la calle reinaba el ajetreo de

siempre. En la Bolsa entraban y salían individuos vestidos con chaquetas oscuras y altos sombreros en cuyas bandas prendían los pedidos. Los escribientes se apresuraban para instalarse frente a sus mesas. A éstos se sumaban los recaderos, vendedores ambulantes y carruajes de los que se apeaban negociantes como él. Aquello era el viejo Nueva York ¿no?

No, ya no.

Llegó a la altura de un severo e inmenso edificio. Era el número 23, la Casa de Drexel, Morgan. Al pasar junto a él, se contuvo para no agachar la cabeza. Sí él, un miembro de la familia

Master, amiga de los Stuyvesant, los Roosevelt, Astor y Vanderbilt, debía experimentar un admirativo escalofrío ante las oficinas de Morgan. Allí estaba el problema. Por eso aquél ya no era su sitio.

No ocurría lo mismo con Tom, a cuya puerta llamó momentos después.

—Padre, qué inesperado placer.

Tom distanció la silla del buró. Su frac estaba colgado en un perchero. Aun así, su chaleco gris estaba tan immaculado como su camisa blanca, la corbata de seda y el alfiler de perla que

la sujetaba. Con su sola presencia, uno sabía que aquel hombre no manejaba mercancías, sólo dinero. Tom no era un mero comerciante como sus antepasados: era un banquero.

—¿Tienes un momento? —preguntó su padre.

—Para ti, desde luego.

Tom no necesitaba precisar que estaba ocupado. La cadena de oro del reloj que llevaba en el chaleco anunciaba ya que su tiempo era muy valioso.

—Necesito un consejo —expuso Frank.

—Me alegra poder ayudarte —

respondió Tom. En su mirada se advertía, con todo, como en la del sacerdote a quien pide una entrevista a solas el feligrés, la inminencia de una amonestación, de un juicio.

Ése era el inconveniente que tenían los banqueros, pensó Master. Un comerciante quiere conocer los detalles de un trato. El banquero también quiere el dinero con la misma intensidad, pero se ha adjudicado a sí mismo el papel de vigilante conciencia del tendero, y por ello afecta un aire de superioridad. A sus cuarenta y tantos años, su hijo Tom era un pretencioso señor revestido de seda que apestaba a riqueza. Fuera como

fuese, necesitaba su consejo y, al menos, no tendría que pagar por él.

—Poseo un diez por ciento de una línea de ferrocarril —entró en materia Frank.

Entonces se quedó mirando con sorpresa a su hijo. No había dicho aquello para impresionarlo, simplemente había constatado una realidad. La transformación de Tom había sido, sin embargo, notable.

—¿Diez por ciento de una línea de ferrocarril? —preguntó, volcando toda su atención en el asunto—. ¿De qué envergadura?

—Mediana.

—Ya. ¿Y podría preguntarte cuál es?

—Frank advirtió en la voz de Tom una consideración que nunca había oído con anterioridad.

—Eso es confidencial por el momento.

—Como desees.

No cabía duda; lo percibía en los ojos de Tom: éste lo trataba con un nuevo respeto. Hasta parecía que hubieran mejorado sus cualidades morales. Era como si el sacerdote tuviera ante sí no a un vulgar tendero, sino a un solvente donante. Consciente de aquella novedosa situación, Frank no perdió la ocasión de afianzarla.

—Mi diez por ciento —declaró con aplomo— me proporciona la posibilidad de decantar a un lado u otro el control.

Tom se arrellanó en el asiento y observó a su padre con amor. Era como si todos sus pecados hubieran quedado redimidos y estuviera entrando por las puertas del cielo, pensó Frank.

—Ya sabes, padre —dijo, sonriente, su hijo— que de eso precisamente nos ocupamos aquí. Bienvenido a Wall Street.

La Guerra de Secesión fue lo que

realmente cambió Wall Street. La Guerra Civil y el Oeste americano. Se habían necesitado ingentes flujos de capital para financiar la primera y desarrollar el segundo. ¿Y dónde se encontraba el capital? En un lugar tan sólo, en el centro mundial del dinero: Londres.

Fue Londres la que financió a Estados Unidos. Al igual que en el siglo anterior la economía de América había crecido al amparo del gran triángulo formado por Londres, Nueva York y el comercio del azúcar de las Indias Occidentales —y más tarde el del algodón del Sur—, ahora otra potente maquinaria, menos visible, hacía

funcionar el sistema: el flujo de crédito y de acciones entre Londres y Nueva York.

Así había surgido la Casa de Morgan. Junius Morgan, un respetable caballero de Connecticut cuyos antepasados galeses habían embarcado en Bristol rumbo a América dos siglos atrás, había vuelto a cruzar el océano para establecerse como banquero en Londres. Era una persona que gozaba de confianza y simpatías, que se encontró en el lugar oportuno en el momento apropiado y que tuvo la inteligencia de darse cuenta. Comenzó a organizar desde Londres préstamos con destino a

América que fueron adquiriendo un enorme volumen. La práctica de aquel continuado y respetable negocio había hecho de él un hombre muy rico.

Ahora era su hijo, John Pierpont Morgan, quien empuñaba el timón. Con su metro ochenta de estatura, su abultado tórax y su prominente nariz que se hinchaba como un volcán en erupción cuando estaba agitado, el señor J.P. Morgan se estaba convirtiendo en una leyenda viva. Ahora eran J.P. Morgan y otros cuantos banqueros como él los reyes de Wall Street y, a causa de ellos, incluso un sólido hombre de negocios como Frank Master ya no se sentía

cómodo allí. Las operaciones y combinaciones industriales de los banqueros estaban adquiriendo tal envergadura, y las sumas de dinero implicadas eran tan grandes, que las personas como Master tenían ya poco peso. Los banqueros no compraban ni vendían mercancías; ellos compraban y vendían negocios. Tampoco financiaban viajes, sino guerras, industrias y hasta pequeños países.

Morgan era acólito de la misma iglesia, sí, y a veces Frank se codeaba con él en las mismas recepciones neoyorquinas, pero los volúmenes que manejaba Morgan eran demasiado

grandes para él, y ambos lo sabían. A Frank le resultaba humillante, y a nadie le gusta eso.

Los banqueros se interesaban por los ferrocarriles, sin embargo, porque eran un negocio de suficiente envergadura.

El propio Morgan efectuaba operaciones con los ferrocarriles: había vendido grandes cantidades de valores de ferrocarril a inversores ingleses.

En aquel momento, no obstante, el señor Morgan había decidido que era hora de organizar el caos. Como un monarca en un territorio de bárbaros guerreros, había reunido en su casa a los responsables del ferrocarril para tratar

de poner fin a las disputas y solucionar las rivalidades. Su iniciativa comenzaba a dar frutos. A los indómitos barones del ferrocarril aún les quedaba, con todo, un margen de tiempo para llevar a cabo unos cuantos espectaculares atracos.

—Tengo motivos para creer que va a producirse un pulso por el control de ese ferrocarril —explicó Master—. Si así sucede, una de las partes va a intentar comprar más acciones, pero si yo no vendo, en el mercado no va a encontrar otras. Y esa dificultad va a hacer subir el precio de mis acciones.

—Parece que no se presenta mal —
comentó su hijo.

—Yo no tengo intención de hacer nada. Dejaré que suban los precios. Aunque si sube mucho, puede que venda... al menos una parte.

—¿No te importa quién controle el ferrocarril?

—Me da completamente igual. La pregunta que me planteo es si voy a incumplir alguna ley.

—Por lo que me has contado —respondió, tras un momento de reflexión, Tom Master—, yo diría que no. ¿Hay algo más que no sepa?

—Una de las partes quiere que me

abstenga de vender para hacer subir los valores. Quiere que el otro le compre a él para eliminar su presencia, pero a un precio elevado.

—Hum. ¿Te va a pagar algo?

—No.

—Entonces yo diría que depende de qué más haga él y de qué más sepas tú. Hoy en día hay reglas en este tipo de juego. —Tom sonrió—. Nosotros los banqueros intentamos poner orden en el mercado.

«Nosotros los banqueros»: Tom estaba muy orgulloso de ser un banquero. Adoraba a Morgan... incluso tenía un buró como el de su héroe.

Después de todo, era comprensible. Y si los banqueros se estaban erigiendo en autoridad moral para decirles a todos cómo debían comportarse, tampoco se podía negar que les faltara su parte de razón.

Lo cierto era, reconocía Frank, que teniendo en cuenta las últimas décadas, que equivalían más o menos al periodo de su vida, la Bolsa de Nueva York no había sido un lugar muy respetable. Si el espectáculo del ferrocarril había sido una gran atracción, la Bolsa había sido el recinto ferial, donde uno podía obrar casi a su antojo.

La estratagema más sencilla era

hacerse con el control de una empresa. Los hombres como Jay Gould se dedicaban sin empacho a emitir nuevas acciones sin siquiera informar a los antiguos accionistas, aceptando dinero de los nuevos al tiempo que diluían los valores bursátiles de los anteriores. A esa clase de proceder se la denominaba aguar las acciones. Se podían montar nuevas empresas para comprar las antiguas hasta que nadie sabía ya qué era lo que tenía. Se podían comprar políticos que votaran a favor de concesiones que lo beneficiarían a uno, y darles acciones a cambio. Sobre todo, se podía manipular el precio de las

acciones de la propia empresa y después especular con su índice de cotización.

Para entonces, no obstante, las personas cabales como Morgan insistían en la necesidad de aplicar nuevas reglas. Poco a poco se iban imponiendo límites.

—Lo que está peor visto en este momento —explicó Tom— es que las empresas manipulen sus propias acciones. Por ejemplo, una compañía le ofrece a uno un paquete de acciones a un precio rebajado. Después, a través de distintas manipulaciones, la misma empresa le hace creer de forma deliberada que sus acciones han perdido

todo valor; de este modo, puede presentarse como salvadora al volver a comprar sus propias acciones a un precio ínfimo. Una semana después, el pánico artificial ha pasado, y la empresa ha sacado unas ganancias suplementarias. Algunas firmas han repetido infinidad de veces el mismo truco. Por supuesto, cuando los agentes comienzan a hacer apuestas basándose en las fluctuaciones de las cotizaciones. Gabriel Love es uno de los grandes transgresores. ¿Lo conoces?

—De nombre —repuso, con cautela, Frank Master.

—En la cárcel es donde debería

estar —afirmó Tom—. Pero la operación de la que me has hablado no parece que sea como ésas. Efectivamente, habrías monopolizado el mercado de las acciones y podrías sacar provecho de ello. Siempre y cuando no haya algo más.

—¿Entonces crees que es correcto?

—Me encantaría encargarme yo mismo del asunto, si quieres.

—Eres muy amable, Tom, pero me parece que puedo ocuparme yo.

—Como quieras. Si te enteras de que está ocurriendo algo turbio, dispones de una opción muy simple: conserva tus acciones. No las vendas, o

como mínimo espera un poco, hasta que todo se haya calmado. Es posible que los valores mantengan una cotización más elevada. Entonces podrías desprenderte de una parte y sacar algún beneficio. Eso no presentaría problemas.

—Gracias, Tom.

—Ha sido un placer. ¿No quieres decirme de qué ferrocarril se trata?

—Ahora mismo no.

—Pues buena suerte. Ten sólo presente una cosa: mantente alejado de Gabriel Love.

—Gracias —reiteró Frank—. Lo tendré en cuenta.

La segunda cena en el Delmonico tuvo lugar ese viernes. De nuevo, eran sólo tres comensales: Frank, Sean O'Donnell y Gabriel Love. Como la vez anterior, este último aposentó su voluminoso cuerpo en el asiento y les dirigió una bondadosa mirada. Sean sonrió con expresión tranquilizadora a Frank, como si quisiera decirle: «¿No es todo un personaje?». Master se había preparado a conciencia para aquella reunión. Por ello, en cuanto hubieron pedido la bebida, fue directo al grano.

—Señor Love, querría que volviera a exponerme con toda precisión los

detalles de esta transacción. —Esbozó una sonrisa—. Sólo para que sepa en qué me estoy metiendo.

Gabriel Love volvió a mirarlo con sus acuosos ojos azules, pero en su bondadosa apariencia, Frank creyó detectar un asomo de impaciencia.

—Este negocio, amigos míos, es un modelo de simplicidad —aseguró con gran delicadeza—. Su participación en él exige sólo que se ausente de la ciudad un par de días... que se tome un pequeño descanso, lejos de las preocupaciones del trabajo, en un lugar adonde no puedan ponerse en contacto con usted mediante el telégrafo. Nada

más. —Le dedicó una afable sonrisa—. En resumen, unas breves vacaciones libre de cuidado. ¿No es así? —preguntó a Sean.

—Así es —confirmó éste—. Se puede ir por el río.

—Mañana es sábado —prosiguió Gabriel Love—. Los mercados están abiertos por la mañana y luego permanecen cerrados el resto del fin de semana. Mañana por la mañana, justo antes del cierre de la Bolsa, voy a comprar, en nombre de diversas terceras partes, algunos paquetes de acciones que sumarán la mitad del uno por ciento del ferrocarril Hudson Ohio. Sé que puedo

hacerme con ellas, porque ya están en manos de mis agentes, que con mucho gusto me las venderán. Aunque no causarán ningún revuelo, el mercado se hará eco sin duda de esas transacciones.

»El señor Cyrus MacDuff está en Boston, donde mañana asistirá a la boda de su nieta. En el improbable supuesto de que su agente le informe por telégrafo de la actividad de venta, es posible que intente enviarle un telegrama. Si así lo hiciera, no obtendrá respuesta. Lo más probable es, de todas formas, que no se entere de nada.

»El domingo por la noche, un juez conocido mío va a cenar con el señor

McDuff. Le informará de que ha oído decir que yo he adquirido a escondidas más del treinta y seis por ciento de su ferrocarril y que se rumorea que mis agentes compraron unas cuantas acciones más el sábado por la mañana. Mientras tanto yo me encargaré de que el rumor circule por todo Nueva York. —Asintió con actitud de sabio—. Y aquí es, amigos míos, donde la malvada naturaleza de Cyrus MacDuff va a apoderarse de él. El diablo va a mantener en sus garras a ese hombre.

»Intentará ponerse en contacto con usted para que le asegure que no va a vender su diez por ciento, o que si lo

vende, será a él y no a mí. Primero intentará mandarle un telegrama. Es posible incluso que intente coger un tren con destino a Nueva York, si encuentra uno a esas horas. Pero no podrá localizarlo, porque usted se habrá marchado. Todas sus tentativas serán un fracaso. No sabrá si piensa vender o no. Experimentará un estado de elevadísima ansiedad. ¿Y por qué? Todo porque me odia y no quiere que yo tenga ninguna participación en su ferrocarril. Allí se oirán, caballeros, los gemidos y el rechinar de dientes.

»El lunes por la mañana, Cyrus MacDuff o sus agentes tratarán de

comprar acciones de la Hudson Ohio con gran apremio. Harán subir la cotización de las acciones, pero casi no encontrarán ninguna que comprar.

»En realidad, mis agentes les venderán algunas de las mías para mantener un cierto movimiento, aunque ni de lejos tantas como van a necesitar. La Bolsa se percatará de ello y comenzará a animarse. Luego la Bolsa se acordará de algo; y lo hará porque mis agentes lo sacarán a relucir. “Si Gabriel Love se hace con el control de la Hudson Ohio —dirán—, entonces la conectará con la línea del Niágara, con lo cual el valor del ferrocarril del

Niágara se multiplicará”. Mientras los hombres de MacDuff sigan rebuscando en el mercado en busca de acciones de la Hudson Ohio, la cotización de la Niágara subirá como la espuma. Se trata de una buena apuesta. Durante ese tiempo, yo venderé mis acciones de la Niágara y, al final del día, tengo previsto haberme desprendido de todas.

—Y mientras tanto, ¿qué quiere que haga yo? —inquirió Master.

—Usted no se encontrará aquí ni estará al corriente de nada. Aunque según lo que acordamos en nuestra reunión anterior, habrá dejado instrucciones secretas a su agente.

—Si la cotización de la Hudson Ohio supera uno veinte, debe vender la mitad al mejor precio que pueda conseguir.

—Unas instrucciones razonables, como las que dejaría cualquier inversor. Y yo creo que lo superarán con creces. En ese momento todo el mercado estará interesadísimo en comprar esas acciones. Nadie se dará cuenta de lo que pasa. Yo también venderé las mías. Ambos sacaremos un considerable beneficio, señor Master. Muy cuantioso.

—Es una maravilla —aprobó Sean.

—Su belleza reside en el hecho de que todo el mundo saca lo que le

conviene —aseguró, con benévolo tono, el señor Love—. Yo me retiraré de la Bolsa con pingües beneficios. El señor Master aquí presente también sacará su buena tajada, sin riesgo alguno. Incluso la gente que compró acciones de la Niágara saldrá beneficiada, porque en cuanto descubra que yo me he retirado, el señor MacDuff no tendrá ninguna razón para no hacer lo que con toda evidencia hay que hacer, que es empalmar la Niágara con la Hudson Ohio, cosa que revalorizará sus acciones. Incluso MacDuff obtendrá lo que le interesa, porque seguro que acabará el día contando con un control

absoluto sobre la Hudson Ohio. —En ese momento, los acuosos ojos azules del señor Love no sólo adquirieron una expresión de dureza, sino que parecieron entornarse como por milagro, hasta que toda su cara, en lugar de asemejarse a la de Santa Claus, adoptó la misma apariencia que la de una voluminosa rata blanca—. Pero —añadió en un susurro—, me habrá pagado un ojo de la cara para conseguirlo.

Siguió un momento de silencio. Entonces aparecieron tres camareros con tres platos de langosta, la especialidad más célebre del

Delmonico.

—Yo bendeciré la mesa —dijo Gabriel Love antes de juntar los dedos para rezar—. Oh Señor, te damos las gracias por esta langosta y te pedimos también que nos concedas, si así es tu voluntad, el control del ferrocarril Hudson Ohio.

—Pero si nosotros no queremos el control de la Hudson Ohio —objetó Sean.

—Cierto —concedió Gabriel Love —, pero el Altísimo no tiene por qué saberlo todavía.

—Lo que me gusta —dijo Sean— es que todo es perfectamente legal. Usted

compra las acciones, a MacDuff le entra el pánico, la Bolsa se alborota y usted y Master venden sacando beneficios. No hay nada malo en eso, y funcionará, a no ser que MacDuff se huela algo.

—Por eso he esperado a que estuviera afuera —precisó Gabriel Love—. Si pudiera entrar en la oficina de Master y hablar con él cara a cara o si pudiera por lo menos comunicarse con él por telegrama, mi plan se iría al suelo. Pero como no puede, se quedará en la incertidumbre, y la incertidumbre atrae al miedo. Además estará algo descompensado. La que se casa es su nieta favorita y MacDuff es una persona

emotiva. —Lanzó un suspiro—. Así es la naturaleza humana, caballeros. Es el pecado original lo que siempre lleva a los hombres a la desgracia. —Los observó, con serenidad—. Yo soy un especulador de Bolsa, caballeros, y eso forma parte del plan de Dios. Las personas sólo aprenden a través del sufrimiento. Por eso yo castigo la debilidad humana y Dios me recompensa.

—Amén —sentenció Sean O'Donnell con regocijo.

Terminaron la langosta. A continuación les propusieron un pastel de charlota, que aceptaron, y luego

tomaron peras maceradas en brandy. La conversación derivó hacia el tema del teatro y después al de las carreras de caballos. Les sirvieron un vino dulce francés. Frank no se encontraba muy bien; tenía la frente sudorosa. Decidiendo que había comido demasiado, rechazó la nueva porción de pastel que le ofrecieron.

—Y después de esta triquiñuela — preguntó Sean a Gabriel Love—, ¿qué va a hacer?

—¿Después? —El señor Love paseó una plácida mirada por la mesa—. Nada, señor O'Donnell. No voy a hacer nada.

—No me creo eso de usted —
replicó Sean.

—Me voy a retirar —anunció
Gabriel Love—. Me voy a consagrar
por entero a las buenas obras.

—¿Ya no le tienta la Bolsa?

—Hay demasiados reglamentos,
señor O'Donnell, demasiados banqueros
como Morgan. Son demasiado
poderosos para mí. Y además —agregó
con tristeza—, están quitándole vida y
salero al negocio.

Siguió una pausa durante la cual los
dos hombres meditaron sobre el anterior
salero de la vida.

—Los años sesenta —dijo Sean

O'Donnell—. Ésos sí que fueron buenos tiempos.

—Es cierto —acordó Gabriel Love.

—Entonces sí tenían las cosas bien atadas, usted y Boss Tweed —evocó Sean.

—Por aquel entonces, nuestro sistema era rayano a la perfección —admitió Love.

Frank escuchaba. Todo el mundo sabía, por supuesto, cómo fueron los años posteriores a la Guerra de Secesión. Si los capitostes del ferrocarril actuales eran como barones feudales, el Wall Street de finales de los años sesenta había sido como una era de

las tinieblas en la que la corrupción de la ciudad de Nueva York se había infiltrado en la Bolsa. Oír contar la historia a uno de sus protagonistas suponía una oportunidad única.

—Siempre oí decir que su amigo Fernando Wood podría haberse beneficiado más personalmente si hubiera conservado la proximidad con Tammany Hall.

—Seguramente es verdad —concedió O'Donnell.

—Tammany Hall es la clave de todo en esta ciudad, y fue Boss Tweed quien lo comprendió muy bien. Sin la política se puede ganar dinero a pequeña escala,

pero para ganarlo a lo grande hay que comprar a los que dictan la ley. No se puede conseguir de otra forma.

—Los contratos municipales — evocó O'Donnell con afecto.

—Los contratos municipales, sí — corroboró Love—. Con los contratos municipales se ganan fortunas, qué duda cabe, pero eso es sólo el principio para un hombre con visión de futuro. Y Boss Tweed tenía esa amplitud de visión. ¿Que uno quiere que su ferrocarril pase por cierto sitio y la ciudad y el estado tienen que concederle el permiso? Entonces tiene que pagar a los responsables oficiales, poner a unos

cuantos en nómina. ¿Que alguien pone una denuncia contra la propia empresa? Entonces hay que comprar a un juez. Tammany se ocupaba de todo eso. Boss Tweed era el hombre idóneo. —Cerró los ojos un instante, paladeando los recuerdos—. Los de la policía eran todos buenos compinches de Tammany. Él sobornaba a los jueces, a los legisladores y hasta al gobernador del estado de Nueva York. En Wall Street sacábamos buena tajada. Se podían aguar las acciones, engañar en las ventas de valores, todo era posible. Si un juez fallaba contra uno, él conseguía otro que diera un veredicto contrario que

acarrearía una demora del proceso de años.

»Ésos fueron tiempos ideales para los hombres con visión. Jay Gould, que en mi opinión fue el mejor especulador de todos, casi llegó a convencer al presidente de Estados Unidos, el propio Ulysses Grant, de que contuviera las reservas de lingotes a fin de que Gould pudiera monopolizar el mercado del oro. Y es que Ulysses Grant, por más prócer que fuera, no comprendía tan elevadas cuestiones. Sí señor, utilizó hasta al mismo presidente. Y si algún entrometido villano no le hubiera dicho a Grant lo que tramaba el señor Gould,

éste se habría salido con la suya. Habría sido una delicia. —Exhaló un suspiro—. Pero la Bolsa de Valores, el maldito Colegio de Abogados y el señor Morgan y otros de su calaña están acabando con todo eso. —Sacudió la cabeza, como espantado por semejante desatino—. La alegría está abandonando la Bolsa, caballeros. Ya no se puede apostar como Dios manda. Y Gabriel Love se marcha también.

—Pero el juego aún no se ha terminado —disintió Sean—. Aún se pueden hacer muchas cosas en Wall Street. No hay más que fijarse en lo que hace ahora.

Durante un instante, tan breve que apenas resultó perceptible, el señor Love asestó a O'Donnell una mirada de advertencia.

—Vamos, si hasta el señor Morgan podría hacer eso —replicó, contrariado. Después volvió a suspirar—. Yo me retiro, O'Donnell —reiteró—. Para mí, el juego se ha acabado.

En el curso de aquella conversación, Frank escuchaba con una mezcla de horror y fascinación. Tampoco era que le preocupara mucho verse implicado en ciertas dosis de corrupción —aquello formaba parte de la vida de la ciudad— pero le estaba poniendo nervioso oír

con qué cariño y familiaridad describían aquellos dos hombres, con quienes estaba haciendo negocios, la vasta maquinaria del fraude y la corrupción. Aquel trato parecía legítimo, pero ¿habría algo más que ignoraba? «Si Jay Gould podía utilizar alegremente al presidente de Estados Unidos como comparsa —pensó—, también Gabriel Love puede hacerlo conmigo». Entonces resonaron en su cabeza con terrible apremio las palabras de su hijo Tom: «Mantente alejado de Gabriel Love».

De nuevo volvió a notar que se le humedecía la frente.

—¿Están totalmente seguros de que

este negocio es legal? —planteó de improviso.

—Desde luego que sí —respondió, sonriente, Sean—. Confíe en mí.

Gabriel Love no sonrió, en cambio. Le dirigió una mirada extraña que a Master no le gustó en lo más mínimo.

—No me irá a fallar ¿verdad? —preguntó.

—No —respondió, de mala gana, Frank.

—No me falle nunca —advirtió Gabriel Love.

—No os va a fallar —se apresuró a afirmar Sean.

Gabriel miró a Sean y luego en su

cara apareció una sonrisa.

Las peras maceradas en brandy llegaron.

A la mañana siguiente, Frank Master tomó de prisa el desayuno. Después salió al patio trasero de la casa. El tiempo se mantenía más cálido de lo habitual, cercano a los veinte grados. Un artículo del periódico había mencionado una tormenta que arrasaba las tierras del Medio Oeste, pero las previsiones para el fin de semana eran de temperaturas moderadas, progresión de nubes y algunas lluvias dispersas. De momento,

el cielo estaba azul. En el jardín, los crocus florecidos ya desde hacía varios días alegraban la vista con su gama de tonos malva, blancos y amarillos.

Después de recorrer varias veces el jardín, Frank decidió ir a Wall Street.

En aquella ocasión tomó un coche de alquiler, lo cual resultó ser un error, pues al llegar al Lower East Side, se encontraron con una caravana de carromatos que entraba en la ciudad. Se trataba del circo Barnum, Bailey y Hutchinson. Se tendría que haber acordado. Antes de que se fuera, tenían que ir a verlo con Hetty y sus nietos. En ese momento, sin embargo, el circo

provocó un atasco que lo obligó a esperar un buen rato.

Los domingos por la mañana solían ser muy tranquilos en Wall Street, pero los mercados no cerraban hasta mediodía y siempre había gente circulando por la zona. Master entró directamente en la Bolsa. Le bastó con echar un vistazo al suelo para deducir que había un moderado intercambio de valores. Luego fue a hablar con un corredor.

—¿Ocurre algo en particular? —le preguntó.

—Poca cosa. Se acaban de comprar unas cuantas acciones de la Hudson

Ohio, aunque no es nada del otro mundo.

—Son unas buenas acciones — comentó Master, encogiéndose de hombros.

Gabriel Love había comenzado pues a efectuar sus transacciones. La trampa estaba preparada. Master aguardó un rato. La Bolsa estaba a punto de cerrar esa semana sin mucha animación.

¿Qué debía hacer? Había estado pensando en eso desde que se despertó. El consejo de su hijo había sido muy sensato: En caso de duda, lo mejor era no hacer nada. Lo único que debía hacer antes de irse era modificar las instrucciones que había dado a su

agente, decirle que no vendiera a ningún precio. Así de simple.

Por otra parte, si la transacción de Gabriel Love era legal, podía sacar sustanciales beneficios de sus acciones. A un dólar veinte, doblaría su dinero, y lo más probable era que la cotización subiera más. Era tentador, sin duda.

¿Tenía de veras motivos para preocuparse? ¿Había dado demasiada rienda suelta a su imaginación en la cena de la noche anterior? Se demoró veinte minutos más, incapaz de decidir, hasta que al final se maldijo, tildándose de cobarde y de necio. Al diablo con todo, se dijo. Había que tener arrestos.

Al día siguiente se iría a la cuenca alta del Hudson con Donna Clipp. Pasaría un buen rato, sin que nadie supiera dónde estaba. Y si Gabriel Love trastocaba el mercado durante su ausencia, tanto mejor. Su agente vendería y, cuando volviera a la ciudad, sería mucho más rico. ¿Por qué no?

Aquello era Wall Street. Aquello era Nueva York. Y él era un Master, por todos los demonios. Tenía talla suficiente para participar en ese juego. Con un sentimiento de varonil pujanza, salió de la Bolsa de Nueva York.

Había recorrido un centenar de metros cuando vio a J.P. Morgan.

El banquero se encontraba en una esquina. Con su sombrero de copa y su frac, su adusto rostro y su pecho abombado, parecía un cruce entre un emperador romano y un boxeador profesional. Aún no había cumplido los cincuenta y dos años, y ya era como si perteneciera al panteón de los inmortales. No era seguro que esperase un coche de caballos, porque no hizo señas a ninguno. Permaneció allí parado, como un faro, pendiente del tráfico.

El gran banquero se encontraba directamente en su camino. Cuando se acercó a él, Morgan se volvió.

—Señor Morgan —lo saludó, dispensándole una cortés reverencia.

Preveía que se hiciera eco de su gesto —lo contrario habría sido de mala educación— aunque de Morgan nunca se podía esperar gran cosa, porque era hombre de muy pocas palabras. El banquero reaccionó con una inclinación de cabeza. Aunque era difícil tener la certeza, cabía la posibilidad incluso de que bajo su poblado bigote hubiera esbozado una sonrisa. Entonces, por un instante, Frank Master experimentó un insensato impulso. Si pudiera revelar el plan a J.P. Morgan... Si pudiera entrar en un bar con él y sentarse un

momento cara a cara, para exponerle sin rodeos la situación y decirle al final: «Ya sé que sólo somos conocidos, señor Morgan, pero ¿cómo cree que debería actuar en este asunto?». No podía hacer eso, claro. Era algo impensable, de modo que siguió adelante con respetuosa actitud.

J.P. Morgan se subió a un coche y desapareció.

No bien se hubo alejado, Master cayó en la cuenta, horrorizado, de la terrible estupidez que se había planteado cometer. Morgan habría preguntado quién le había propuesto esa operación, y él habría tenido que responder Gabriel

Love. Habría tenido que decirle a J.P. Morgan que mantenía tratos con el Papá Cariñoso.

Por más cuantiosa que fuera la fortuna que había adquirido con malas artes, por más venerable que fuera su barba y por más dinero que diera para obras de caridad, el señor Gabriel Love jamás cruzaría el umbral de la Casa de Morgan. El señor Morgan no hablaba con un hombre como Gabriel Love; ni siquiera levantaría la vista de su escritorio para mirarlo. Algunos lo achacarían al orgullo de Morgan. Otros dirían que era un presuntuoso. Lo cierto era, en todo caso, que tenía razón.

Estaba haciendo negocios con un temible y consumado delincuente, y ya podía rezar para que todo saliera bien. Frank Master se apresuró a abandonar Wall Street para dirigirse a su casa.

En el momento en que Mary salió de la casa de Gramercy Park anocheecía ya. La tarde había sido apacible. Frank Master regresó con aspecto abatido de Wall Street, pero después de una siesta, ya más animado, se puso a realizar los preparativos para el viaje a Albany que iba a efectuar al día siguiente.

Desde Gramercy Park, Mary tomó un

coche de caballos que pronto la condujo por la Quinta Avenida hasta la casa de su hermano. Después de pasar un rato con toda la familia, le dijo que necesitaba hablar a solas con él.

—Necesito un favor, Sean —le pidió.

—Dime de qué se trata.

Sacó una carta. Era sólo una breve nota, metida en un sobre cerrado. En él estaba escrito el nombre de Donna Clipp y su dirección. Sean lo tomó y lo miró.

—Es la letra de Frank Master —observó.

Mary sonrió. En realidad, las letras del sobre y la nota del interior las había

caligrafiado con sumo cuidado Hetty Master, que disponía de una multitud de modelos de la letra de Frank para imitarla. De todas maneras, Sean no tenía por qué saberlo.

—Hay que entregarla en mano mañana hacia media mañana. Tengo que saber con toda seguridad que la ha recibido. ¿Podrías encargarte de eso?

—Tengo un chico que puede entregarla, claro.

—Si le preguntan, tiene que decir que tú se la has dado.

—De acuerdo.

—Y sobre todo, no hay que mencionar que yo te la di, Sean. Tú no la

has recibido hasta mañana por la mañana. Un caballero que tú supusiste que era Frank Master la dejó al criado que acudió a la puerta, precisando que había que entregarla sin tardanza a su destinatario.

—¿Éste es el favor?

—Sí. Sólo debes tener presente que no fui yo quien te la entregó.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—Más vale que no lo sepas.

—En ese caso...

—Sólo te diré algo, que es por su propio bien.

—Dalo por hecho —zanjó Sean mientras la guardaba en el bolsillo.

—Esta tarde ha habido un gran desfile de circo —le comentó a Mary el conductor del coche con que regresó más tarde a casa—. Cualquiera diría que ya ha empezado el verano.

El transbordador debía salir a las cuatro en punto de la tarde del sábado. A las cinco, todavía seguía en el muelle. Había un problema con el motor. El capitán se disculpó por el retraso, asegurando a los pasajeros que pronto estaría solucionado.

Frank Master no se quedó muy tranquilo, de todos modos.

¿Dónde diablos estaba Donna Clipp? No se había presentado ni había dicho nada. Se habían dado cita allí a las tres. Veinte minutos después de esa hora, él mismo había ido a su casa. No estaba allí y su casera había dicho que se había ido hacía más de una hora, precisando que no volvería hasta al cabo de unos días. Se había apresurado a regresar al muelle, donde le aseguraron que durante su ausencia no había llegado ninguna dama de las características que él describió. Como para entonces ya eran casi las cuatro, había subido a bordo.

¿Habría tenido un accidente? Era

posible. Aunque lo más probable era que se hubiera marchado a otra parte y lo hubiera dejado plantado como un idiota; plantado, como no podía ser de otro modo, por otro hombre. Sería uno más joven, sin duda. Experimentó una sensación de asco como no había vuelto a sentir desde que era joven, antes de conocer a Hetty.

Fue al bar del barco y se tomó un coñac. Se sentía idiota y solo. De vez en cuando iba a mirar a la puerta, por si aparecía ella, pero no dio señales de vida. Sólo veía el muelle vacío, un par de individuos con impermeable y una farola apagada, que se balanceaba con

el viento.

Y la lluvia.

La lluvia lo acababa de empeorar todo. Había empezado a caer a primera hora de la tarde y, pese a las previsiones, no había escampado. Un obstinado aguacero batía las aguas del Hudson produciendo un melancólico tamborileo en el techo del bar, mientras de la sala de máquinas salía de vez en cuando algún hombre para luego volver a desaparecer tras haber informado al capitán.

—La demora podría ser de una o dos horas —le comunicó el capitán a las seis.

Frank ya había preguntado, en un par de ocasiones, qué ocurría. La primera vez le dijeron que había un orificio por el que se perdía aceite; pero después le explicaron que había un problema con el cilindro. Todo aquello no tenía mucho sentido. En otras circunstancias, él mismo habría bajado para constatarlo por sí mismo, puesto que era igual de competente que el mecánico del barco. Esa tarde se sentía demasiado viejo y deprimido, de modo que permaneció sentado con su copa de coñac en la mano. La mayoría de los pasajeros se habían retirado a sus camarotes. Había un grupo de tres o cuatro personas que

charlaban en el bar, pero como no tenía ganas de hablar se quedó en su rincón.

A las siete se planteó si no era mejor renunciar y volver a casa. Si sólo hubiera estado esperando a Donna Clipp ya lo habría hecho, pero aparte estaba la cuestión de Gabriel Love y el ferrocarril. Todavía estaba obligado a ausentarse de la ciudad. Procurando pensar sólo en los beneficios que iba a reportarle el ferrocarril Hudson Ohio, volvió a llenarse la copa y permaneció con la vista fija en ella durante otra hora. En ese mismo momento, recordó, en Boston, le estaban explicando a Cyrus MacDuff que Gabriel Love había

comprado acciones de su empresa. «Por lo menos hay alguien que lo está pasando peor que yo», pensó. Muy pronto MacDuff trataría de enviarle un telegrama. Y no lo encontraría. Aquel condenado barco era su escondite para aquella aventura. Aun sintiéndose solo, era invisible. La idea lo animó un poco.

A las ocho, el capitán anunció que zarparían dentro de poco. Después de dedicar una última mirada al muelle, Frank Master se sentó a una mesa y pidió un pastel de carne y un plato de verdura. En ese caso, al menos, no hubo retraso en el servicio.

A las nueve, el capitán le susurró

que el problema estaba resuelto y que sólo tenían que comprobar el buen funcionamiento de la máquina.

—Pues ya me informarán cuando hayan acabado —le replicó, con cierta aspereza, Frank.

Oyó cómo el motor arrancaba y luego se paraba. Justo antes de las diez volvió a arrancar, y aquella vez no se paró. Unos minutos después, el barco se adentró en el cauce del río y quedó engullido por el oscuro y pertinaz aguacero.

Donna Clipp estaba harta. De no

haber sido por la lluvia ya se habría marchado. Por lo que a ella se refería, aquel malnacido de Frank Master ya se podía ir al infierno. Eran más de las diez de la noche.

La nota que le había hecho llegar no dejaba margen de duda.

Querida Clipper,

Ha habido un cambio de planes. Espérame en el hotel Henry's de Brooklyn.

Iré allí en cuanto pueda a partir de las tres. Vamos a ir a Long Island.

Estoy impaciente por verte.

F.M.

«Típico —pensó—. Está impaciente por verme, pero no viene». Todos los hombres eran iguales, ya debería saberlo. Había conocido a muchos. Algunos de ellos tenían dinero. En todo caso, los de más edad... no tenía mucho interés estar con un hombre mayor si no tenía dinero. La cuestión era si estaban dispuestos a gastarlo. Eso era precisamente lo que encontraba más despreciable en la mayoría de los hombres. Tenían dinero en cantidad, y no iban a vivir mucho tiempo más. Era imposible que pudieran gastar todo lo

que tenían y, aun así, seguían ahorrándolo. Lo hacían por pura cuestión de hábito seguramente, los muy roñosos. Algo sí gastaban, claro. Pagaban una botella de champán o un abrigo de piel, por ejemplo. Hacían regalos para contentarla a una... o así lo creían. Hasta costeaban el alquiler, con suerte. Pero ¿darle a una lo que realmente necesitaba? Por lo visto pensaban que por el hecho de ser pobre era tonta. Había oído hablar de mujeres que tenían la vida resuelta gracias a algún señor de avanzada edad. En todo caso, nunca había conocido a ninguna. A las chicas como ella no les ocurría

nunca. ¿Y por qué? Porque los hombres eran unos insensibles. No las respetaban. Sacaban lo que querían de ellas, pero si luego pedían algo a cambio las tachaban de interesadas, o de cosas peores. Los ricos se comportaban como gentuza con ellas, ésa era su opinión. Cuando uno se paraba a pensarlo, no eran más que gentuza. Aunque parecieran buenos, en el fondo eran gentuza. Eran peores que ella.

Eran las diez de aquella noche cerrada y llovía a cántaros, y ella estaba sentada en ese absurdo hotel al otro lado del puente de Brooklyn, y aún no había señales de su amante, por así decirlo, o

de ese viejo estúpido.

Donna Clipp era bonita. Tenía una espesa cabellera rubia —de rubio natural, además— y unos ojos azules que podían aparecer risueños o abrasadores, según se le antojara a ella. Nunca había trabajado de buscona en la calle. Siempre había tenido empleos decentes. Había confeccionado vestidos y los había vendido. Tenía buen ojo para la moda. También poseía cierto talento como actriz y había intentado conseguir algún papel en el teatro, pero en general le decían que no era lo bastante alta. Su baja estatura y su cuerpo tirando a robusto no habían sido ningún

inconveniente, en cambio, en encuentros de cariz más íntimo, y ya la habían mantenido, más o menos, varios hombres. Cuando llegó a Nueva York buscó alojamiento en una casa respetable de Greenwich Village. Al cabo de un mes conoció a Frank Master, pero aunque llevaba ya un tiempo viéndose con él, apenas había recibido nada tangible.

Por eso llevaba tres semanas rumiando qué debía hacer con él. Últimamente estaba sopesando otra cuestión a raíz de una carta que le había enviado dos semanas atrás la amiga con quien había compartido piso en

Filadelfia. Aunque estaba escrita con una concienzuda y prudente selección de palabras, había comprendido muy bien el mensaje que contenía.

Una persona había estado haciendo preguntas sobre ella. Su amiga ignoraba si se trataba de la policía o bien de alguien que le guardaba rencor por algo; en todo caso parecía que alguien intentaba seguir la pista de ciertos artículos de valor desaparecidos... como la pulsera de oro que ella llevaba, por ejemplo. Lo más sencillo habría sido deshacerse de aquellos objetos comprometedores, porque así nadie podría demostrar nada. Éstos eran

valiosos, sin embargo. Antes de hacerlo, necesitaba que Frank Master le propusiera algo.

Por eso, cuando la invitó a aquel viaje por el Hudson, con todas las comodidades del más lujoso barco de vapor, Clipper creyó que tal vez las cosas mejorarían. Se preparó a conciencia, y sufrió una gran decepción al recibir la nota en que le anunciaba el cambio de planes. De todas maneras, no tenía más remedio que seguirle la corriente y ver cuál iba a ser la oferta. Por consiguiente, cargó el equipaje en un coche de caballos y se desplazó de Greenwich Village a Brooklyn.

Había sido una lástima que lloviera. Cuando lo inauguraron cinco años atrás, el impresionante puente suspendido de Brooklyn, situado en la boca del East River, había sido considerado como una de las maravillas del Nuevo Mundo. Con sus dos kilómetros de longitud, los más de cuarenta metros de altura, las dos extraordinarias torres rematadas con aguzados arcos y las airoas figuras compuestas por sus cables de acero, evocaba la potencia y la belleza de aquella nueva era industrial neogótica. En el centro había dos pares de vías de tren. A ambos lados, las calzadas para caballos y carruajes ofrecían una amplia

vista del río. Y en un nivel superior reservado a los viandantes se extendía un inacabable paseo de elegante forma curva suspendido en el aire, entre los firmamentos del río y el cielo. Yendo por el carril exterior en un coche de caballos, se disfrutaba de una magnífica panorámica del río.

Aquel día no fue así. Con la implacable cortina de lluvia, Clipper no pudo ver ni las aguas de abajo ni la torre de arriba. En realidad, fue como si entrase en un nubarrón, húmedo y opresivo, que impedía cualquier atisbo de esperanza.

Durante el transcurso de la tarde,

supuso que Master se retrasaba por algún imprevisto. Más tarde, se preguntó si no le habría ocurrido algo. A las ocho concluyó que el tiempo era tan horrible que había decidido anularlo todo. De todas formas podría haberle enviado al menos un mensaje y un carruaje para volver a casa. Pidió un té al camarero y siguió esperando, por si acaso aparecía. A las nueve pidió una sopa caliente. Para entonces, pasadas las diez, ya había tenido suficiente. Le daba igual lo que hubiera podido sucederle. Resuelta a regresar a casa, solicitó al portero que le localizara un coche de caballos.

No obstante, había transcurrido una

hora y todavía no había habido forma de encontrar un carruaje.

Eran pasadas las doce cuando Lily de Chantal decidió acostarse. Había estado ensayando el papel que debía representar al día siguiente. No era muy difícil, pero quería asegurarse de que iba a interpretarlo a la perfección. A decir verdad, estaba disfrutando con él. La venganza procuraba una dulce sensación, incluso para alguien de afable naturaleza como ella.

Las nueve de la mañana sería una hora apropiada, pensó. Para entonces

era más que probable que la tal señorita Clipp hubiera regresado de la vuelta que le habían obligado a realizar. Había que pillarla sin tardanza antes de que tuviera tiempo de reponerse.

—Yo no puedo hacerlo, querida —había alegado Hetty—, porque si Frank llegara a enterarse me lo reprocharía siempre. Pero usted sí podría. Los hombres son más dados a perdonar a la amante que a la esposa. Además, me parece que me debe un favor —añadió con una sonrisa.

Se habían repartido pues las tareas. Hetty había escrito la nota, Mary había organizado la entrega y ahora, Lily de

Chantal iba a mandar a paseo a aquella descarada. Hetty le había procurado cuanto necesitaba y Lily había ensayado a conciencia el texto.

—Siento decirle, señorita Clipp, que tengo pruebas, pruebas fehacientes, de que robó diversas joyas a la señora Linford de Filadelfia. Incluso dispongo de testigos capaces de declarar que la vieron llevando dichas joyas después del robo. Va a ir a la cárcel, señorita Clipp. A no ser, claro, que se avenga a abandonar hoy mismo Nueva York sin decirle ni una palabra al señor Master. Y si efectuara algún intento de ponerse en contacto con él más adelante,

lleveremos todas estas pruebas a la policía.

Donna Clipp se iría bien deprisa después de aquello. No tendría más opción.

La misma Hetty había ponderado la perfección del plan unos días antes.

—Quiero que Frank piense que lo ha dejado plantado. Que después de no presentarse para el viaje por el río, se ha marchado antes de su regreso. Eso lo mortificará bastante, me temo, pero lo hará entrar en razón. Entonces necesitará consuelo y lo buscará en nosotras.

—¿Nosotras?

—Usted y yo, las mismas de antes.

Creo que somos demasiado viejas para poner reparos a estos detalles ¿verdad?

—Es usted una mujer extraordinaria —la elogió Lily de Chantal—. Tiene suerte de tenerla.

—Gracias, querida —respondió Hetty—. Diría que no le falta razón.

Sí, pensaba Lily, sería un gusto quitar de en medio a la señorita Clipp, para beneficio de ambas.

Veinte minutos más tarde se quedó extrañada cuando el portero llamó a la puerta del apartamento para preguntar si deseaba recibir visita. Luego, su sorpresa fue mayúscula cuando vio, calada hasta los huesos, la cara de Frank

Master.

A la una de la mañana, en el hotel Henry de Brooklyn había tenido lugar un pulso. El director estaba muy contrariado porque Donna Clipp había pedido una habitación y se había negado a pagarla, alegando que era culpa del hotel que no le hubieran conseguido un carruaje.

—Podría ponerla en la calle —señaló.

—Pruebe a hacerlo —replicó ella—. Todavía no me ha oído gritar.

Se encaminó a la puerta con la

intención de echarla de todas formas, pero al llegar afuera descubrió algo extraño. La lluvia se transformaba en nieve, y la temperatura, que se había mantenido tan cálida a lo largo de la semana, estaba bajando en picado. Se disponía a volver a entrar cuando oyó un gran gruñido y una especie de gemido proveniente del río. Un segundo después, una racha de viento recorrió con un aullido la calle, golpeando postigos y combando árboles con tal violencia que casi hizo perder el equilibrio al director. Afianzado en la jamba de la puerta, se retiró al vestíbulo y se apresuró a cerrar la puerta.

—Tome. —Le dio una llave—. Nadie puede salir con este tiempo. Suba. La segunda a la izquierda.

No se ofreció, sin embargo, a ayudar a aquella fresca con el equipaje.

Mientras Frank permanecía en una bañera de agua caliente, Lily de Chantal contemplaba desde la ventana de su casa la danza de nieve provocada por los torbellinos de viento. En Gramercy Park, Hetty había estado observando con desconcierto el extraño telegrama que le había llegado a Frank un rato antes, procedente de Boston, en el que alguien

le preguntaba si estaba dispuesto a vender un ferrocarril. Entonces, al oír el desproporcionado silbido del viento, corrió las cortinas y, contemplando con asombro los remolinos de nieve, hizo votos por que Frank estuviera a buen recaudo, a distancia de las frías aguas del Hudson, en una noche tan terrible como aquélla. ¿Cómo demonios era posible, se preguntó, que se hubiera desatado semejante ventisca?

Aquella tremenda tempestad de nieve venía del oeste, transportada desde el Pacífico en una gélida masa de

aire a razón de mil kilómetros al día. No se bastó a sí misma para adquirir aquellas proporciones. De Georgia había llegado un vasto frente cálido que entró en contacto con ella en la desembocadura del río Delaware, a unos doscientos kilómetros de Nueva York.

La temperatura había descendido bruscamente, la presión había caído en picado y de improviso el viento había azotado con furia el mar y el río. Luego, desde la costa, había llegado una terrible ventisca. Poco después de medianoche, en Nueva York la lluvia dio paso a la nieve. La temperatura se

volvió glacial y las rachas de viento alcanzaron los ciento treinta kilómetros por hora.

La situación se prolongó toda la noche. Cuando llegó la hora del amanecer, la ventisca asfixió la luz. En el transcurso de la mañana, toda la costa nororiental y las criaturas que en ella habitaban quedaron engullidas por aquel enorme huracán blanco.

En el Dakota siempre estaban dispuestos a prestar servicio a sus ocupantes, pero aquello iba mucho más allá del cumplimiento del deber, tanto

que Lily de Chantal se sentía incluso un poco incómoda. Al hijo del portero no le importaba, sin embargo, sino que más bien parecía encantado con asumir aquel reto.

—Este hijo mío podría encontrar el camino hasta el Polo Norte y volver, señorita De Chantal —le aseguró el portero—. No os preocupéis por él.

A continuación le entregó la nota a Skip, con la recomendación de que tuviera cuidado.

Eran las diez de la mañana del lunes cuando Skip salió del edificio. A sus catorce años, era más bien bajo, pero musculoso. Llevaba unas resistentes

botas de recia suela, los pantalones atados con un cordel en torno a los tobillos, tres jerseys y un abrigo corto que le facilitaba el andar. Complementaban su atuendo un grueso gorro de lana con orejeras y una bufanda con la que se tapaba la cara. Skip estaba contento.

En el momento en que abandonó el abrigo del patio, ya había decidido su curso de acción. No era aconsejable intentar cruzar Central Park, que era como un paisaje ártico barrido por una ventisca que aún no había perdido un ápice de su brío. Ni siquiera valía la pena tratar de bordearlo por abajo. En

lugar de ello, caminó en dirección oeste y una manzana más allá se desvió por la Novena Avenida. Unas calles más abajo, saldría a la gran diagonal de Broadway.

El mero caminar resultaba trabajoso. Las gélidas ráfagas amenazaban con desestabilizarlo y la potencia del viento no permitía que la nieve se posara de una manera regular. En algunos sitios se había acumulado en ventisqueros más altos que él. En otros, la había barrido casi, dejando ver retazos de suelo.

La avenida estaba casi vacía. La gente había intentado acudir al trabajo —aquello era Nueva York, al fin y al cabo—, pero la mayoría se había visto

obligada a renunciar. El tren elevado guardaba silencio, detenido en unas vías tan cargadas de hielo que aun en el supuesto de que hubieran funcionado las máquinas, las ruedas no habrían tenido suficiente agarre.

Después de recorrer con esfuerzo un par de manzanas, Skip vio algo esperanzador: un solitario carruaje tirado por dos pacientes caballos acabada de desembocar en la avenida y proseguía por ella su lento camino. Skip no vaciló un instante. Cuando el vehículo pasó a su altura, se subió al lado del cochero. El hombre estaba a punto de echarlo de un empujón a la

calzada cuando sonó una áspera voz procedente del interior del carruaje.

—Déjalo.

—Tienes suerte —dijo el conductor.

—¿De dónde viene? —preguntó Skip.

—De Yonkers, condado de Westchester —repuso el cochero.

—Eso queda lejos —señaló Skip.

—Estamos en marcha desde las seis de la mañana. Pensaba que los caballos se habrían muerto de cansancio, pero han resistido. Tienen un buen corazón.

—¿Y por qué no se han quedado en casa?

—Aquí el caballero tiene negocios

que atender hoy en la ciudad. Dice que una ventisca no se lo va a impedir.

—A mí tampoco —declaró alegremente Skip.

Ése era el espíritu de Nueva York, pensó el muchacho. Él no querría vivir en otro sitio.

—¿No llega ningún tren de Westchester? —preguntó.

—Al cruzar un puente hemos visto uno atascado en la nieve. Seguro que todavía siguen allí.

En la calle Sesenta y Cinco desembocaron en Broadway. Al llegar al extremo suroeste de Central Park, el carruaje se desvió hacia el sur por la

Octava y Skip se bajó. Quería seguir la línea de Broadway.

La gente llevaba un rato quitando la nieve con palas para despejar una vía de paso en las aceras que adquiriría visos de trinchera. Skip advirtió que los enredados manojos de líneas del telégrafo estaban todos helados. Pronto llegó a un punto donde se habían caído del todo, formando una gran maraña de cables y hielo que se prolongaba durante varias manzanas. En la calle Cincuenta y Cinco resbaló y cayó, pero iba tan abrigado que no se hizo daño. Riendo, miró en torno a sí por si encontraba otro vehículo donde montarse. No había

nada, ni coches de caballos, ni carruajes y casi ningún transeúnte. Parecía que algunas tiendas y oficinas estaban abiertas, pero no se veía entrar ni salir a nadie. Después de recorrer a trompicones dos manzanas más, llegó a un bar y entró. Allí había unos cuantos hombres, cubiertos hasta las cejas como él, de pie en la barra. Se quitó la bufanda.

—¿Tomas algo, hijo? —propuso el camarero.

—No tengo dinero —contestó Skip, aunque no era cierto.

Uno de los parroquianos sacó unas monedas y lo invitó a acercarse con un

ademán. La barra olía a whisky y ron caliente.

—Yo te invito, chaval —dijo el hombre—. Dale un ponche de carretero —indicó al camarero—. Es sólo cerveza con pimentón; lo que toman los cocheros —explicó a Skip—. Te calentará un poco.

Skip bebió despacio, notando la tibieza de la bebida en el estómago. Al cabo de un poco dio las gracias a su benefactor y se encaminó a la calle volviéndose a enroscar la bufanda en la cara. No fue una precaución vana, pues no bien puso un pie en la avenida de Broadway, la nieve le azotó la cara

como si se propusiera atacarlo y despojarlo de la bufanda. Agarrado a una verja, con la cabeza gacha, siguió de todos modos avanzando a traspiés.

Después, unas calles más allá, volvió a sonreírle la suerte. Por allí pasaba ni más ni menos que el carro de un cervecero. Detrás de la bufanda esbozó una sonrisa. Nada detenía jamás a los cerveceros. Si algún día se interrumpía el suministro de cerveza en Nueva York sería porque llegaba el fin del mundo.

El gran carro cargado de barriles avanzaba pesadamente, como un barco en un mar de témpanos, tirado por dos

robustos caballos normandos. Sin que lo viera el conductor, Skip se subió de un salto a la parte trasera. De este modo, a paso lento pero seguido, recorrió lo que le quedaba hasta la calle Veintiocho. A partir de allí, aferrándose a las verjas o a cualquier tipo de sostén, se abrió camino entre la ventisca hasta Gramercy Park.

Hetty Master se quedó estupefacta cuando Skip llegó con una nota de Lily de Chantal, que se apresuró a leer. El mensaje no era largo. El barco de Frank había tenido que volver a puerto la

noche anterior, decía. Había llegado empapado y parecía que se había resfriado. «Pero lo tengo metido en la cama y le doy un poco de whisky caliente cada hora. No quiere que nadie sepa que está en la ciudad, aunque no me quiere explicar por qué». Hetty sonrió espontáneamente; al menos Frank estaba a salvo, y Lily cuidaría de él. Y como colofón, ésta añadía:

«Está claro que nuestra amiguita no se presentó en el barco. ¡Igual todavía está atrapada en Brooklyn!

»Por mi parte, me encargaré de ir a verla, tal como acordamos, antes de dejar que Frank vuelva a pisar la calle».

Hetty casi se echó a reír. «Ojalá a la señorita Clipp se le estén congelando los dedos de los pies, dondequiera que esté», deseó. Era curioso, pero el plan seguía funcionando.

En ese mismo momento, Donna Clipp se encontraba en la punta del puente de Brooklyn, enojadísima.

Podría haberse quedado en el hotel, por supuesto, pero no paraban de insistirle para que pagara. Además, estaba aburrida. A Donna Clipp no le gustaba permanecer inactiva. Otro de los huéspedes se había ofrecido a prestarle

un libro, pero ella nunca le había encontrado utilidad a eso de leer. Lo encontraba aburrido también.

Había resuelto por consiguiente irse a casa. Después de poner los objetos de valor en el bolso de mano, pidió una cuerda con la que ató su maleta mediante una serie de intrincados nudos en los que se dejaría las uñas cualquiera que intentara deshacerlos. Después pidió al director que le diera un recibo por ella y advirtió que volvería a buscarla al cabo de unos días y que si no la encontraba llamaría a la policía. A continuación anunció que se marchaba. No había ningún medio de transporte disponible.

La totalidad de la población de Brooklyn permanecía en su casa. El director no realizó ninguna tentativa para detenerla. En realidad hasta deseaba que se muriera congelada no bien se hallara a una prudencial distancia de su hotel.

Donna Clipp se dirigió al puente de Brooklyn, que no se hallaba lejos, y pese a que cuando llegó a éste parecía un muñeco de nieve ambulante, seguía bien viva. Había vagones que cruzaban el puente y una vez se encontrara en el otro lado, de una manera u otra conseguiría llegar a su casa. En el puente se encontró, sin embargo, con un

policía.

—El puente está cerrado —le comunicó.

La descomunal estructura estaba, en efecto, totalmente desierta. Sus elevadas torres se perdían en la blancura de la ventisca. En las calzadas había barreras y los vagones permanecían parados, revestidos de hielo. El policía estaba apostado en la cabina de peaje, donde los transeúntes pagaban el centavo exigido para cruzar. En su interior tenía una lámpara para calentarse y no quería siquiera abrir la ventanilla para hablar con ella.

—¿Cómo que está cerrado?! —gritó

—. ¡Pero si es un maldito puente!

—¡Está cerrado. Es demasiado peligroso, señora! —le contestó él a gritos.

—Tengo que ir a Manhattan —protestó.

—Imposible. No hay transbordador y el puente está cerrado. No hay forma de llegar allí.

—Entonces cruzaré a pie.

—¿Está loca, señora? —estalló el hombre—. Acabo de decirle que el puente está cerrado, en especial para los peatones. —Señaló la calzada que se perdía en medio de la violenta ventisca—. Nunca llegaría al otro lado.

—¿Cuánto es el peaje? Aquí pone que un centavo. No pienso pagar más de un centavo.

—¡No va a pagar ningún centavo —vociferó el policía—, porque ya le he dicho tres veces que el puente está cerrado!

—Eso dice usted.

—Exacto. Ahora váyase de aquí, señora.

—Me voy a quedar aquí todo el tiempo que quiera. No va en contra de la ley.

—¡Jesús! —gritó el policía—. Congélese ahí mismo entonces, pero no va a cruzar el puente.

Cinco minutos más tarde seguía allí. Exasperado, el policía le dio la espalda. Así permaneció un par de minutos. Cuando se volvió, ya no estaba, gracias a Dios. Con un suspiro, alzó la mirada hacia el puente y entonces emitió un grito de cólera.

Estaba allá arriba, en la vía de transeúntes. Había recorrido ya unos doscientos metros y estaba a punto de desaparecer entre el temporal de nieve. ¿Cómo diablos había podido pasar delante de la cabina? Abrió la puerta y el gélido vendaval le golpeó en plena cara. Después corrió tras ella, soltando una retahíla de juramentos.

Y luego se detuvo. Convencido de que de un minuto a otro el viento la levantaría por los aires y la precipitaría al nivel inferior o, mejor aún, a las heladas aguas del East River, regresó a su caseta.

—Será como si nunca la hubiera visto —murmuró.

Que se muriera la mala pécora, si eso era lo que quería.

Donna Clipp siguió avanzando, paso a paso. Puesto que ya había perdido de vista la cabina, dedujo que se aproximaba al punto más elevado del largo puente suspendido. El viento gemía. De vez en cuando, el gemido se

transformaba en un aullido, como si algún gigantesco leviatán agitara, enfurecido, en la bahía y el East River una monstruosa serpiente marina que se proponía engullirla. La nieve le había entumecido ya la cara. Había olvidado que, a aquella altura y más encima del agua, el frío podía ser peor, mucho peor, y tomó conciencia de que si no encontraba algún lugar donde cobijarse, se quedaría helada. Se moriría quizá.

Donna Clipp no quería morir. Aquello no entraba ni remotamente en sus proyectos, hasta mucho tiempo después. No tenía pues más opción que seguir caminando por aquel terrible

túnel blanco rodeado de cielo y descender hasta la otra orilla.

El avance era lentísimo. Era imposible ir más deprisa. Si se soltaba ni aunque fuera un instante de la barandilla, podría perder pie y caer proyectada al vacío. Lo único que podía hacer era agarrarse bien fuerte e impulsarse hacia delante, paso a paso. Sabía que no debía detenerse. Si pudiera llegar al otro lado... Si pudiera seguir caminando...

Consiguió llegar a la mitad del puente. Desde allí le quedaba una larga bajada. Consiguió recorrer otro centenar de metros, y luego otro más. Después,

justo delante de ella, vio algo que la dejó petrificada.

Y se detuvo.

El temporal se prolongó durante todo el día. Algunos lo llamaron el Huracán Blanco, pero pronto lo bautizaron con otro nombre. Debido a que al territorio de Dakota se asociaba, no siempre de manera acertada, a la idea de agrestes tierras aisladas por la nieve, lo llamaron la Ventisca de Dakota.

Pese a que las calles de la ciudad estaban impracticables, algunos bastiones comerciales procuraron

mantener un mínimo de actividad. Los almacenes Macy's abrieron un rato, pero no recibieron ningún cliente y las pobres dependientas tuvieron que quedarse refugiadas allí hasta que pasó la Ventisca de Dakota y pudieron volver a casa. Algunos bancos trataron de abrir también, pero decidieron ampliar los plazos de sus préstamos unos días, puesto que los clientes no podían ponerse en contacto con ellos. La Bolsa de Nueva York abrió e incluso efectuó algunas transacciones aquella mañana del lunes. De todas maneras, como eran muy pocas las personas que acudieron, poco después de mediodía consideraron

que no valía la pena seguir.

De las pocas acciones que se vendieron, ninguna guardaba relación con el ferrocarril Hudson Ohio, puesto que el señor Cyrus MacDuff no pudo transmitir instrucciones a ningún agente debido a que las líneas de telégrafo que comunicaban Boston con Nueva York estaban averiadas. Pese a su furia, aquel caballero tampoco pudo ir a salvar en persona su empresa, dado que todas las carreteras estaban recubiertas de nieve, las vías de tren bloqueadas y el mar tan embravecido que en las proximidades de la costa los barcos naufragaban por decenas.

Mientras la Ventisca de Dakota seguía causando estragos afuera, en el interior del gran edificio de apartamentos del mismo nombre, Lily de Chantal seguía cuidando a Frank Master, a quien subió un poco la fiebre por la tarde.

El martes por la mañana parecía algo recuperado. La ciudad, de todos modos, seguía desconectada del resto del mundo y la tempestad no amainaba.

En el transcurso de la tarde, no obstante, el ingenio humano efectuó un pequeño pero útil descubrimiento. Algunos avispados individuos de Boston se dieron cuenta de que había una

manera de ponerse en contacto telegráfico con Nueva York. Utilizando la línea internacional, enviaron mensajes por vía triangular a través de Londres.

El miércoles por la mañana, el temporal comenzó a perder fuerza. Aunque la ciudad se mantenía paralizada, sus habitantes empezaron a cavar caminos entre la nieve. El viento disminuyó y la temperatura subió un poco.

Aun así, Hetty Master se llevó una buena sorpresa cuando, a las once de la mañana, su hijo Tom llegó a la casa en

compañía de otro caballero para ver a Frank.

—No está —dijo.

—Tengo que ponerme en contacto con él, madre —explicó Tom—. Es urgente. ¿Podrías decirme, por favor, dónde está?

—Me parece que no —repuso, incómoda—. ¿No puede esperar un día o dos?

—No —aseguró su hijo.

—¿Podría hablar contigo a solas? —propuso.

Lily de Chantal aún se quedó más

estupefacta cuando Tom Master y otro caballero se presentaron en el Dakota a mediodía. ¿Cómo se habrían enterado de que Frank estaba allí? ¿Y qué explicación podían haberles dado por su presencia en su casa? Ninguno de ellos parecía, en todo caso, interesado en hablar de esas cuestiones. Sólo reclamaron, de manera categórica, ver a Frank.

—No se encuentra muy bien —adujo —. Ha estado con fiebre.

—Lo siento —lamentó Tom.

—Le preguntaré si quiere verles — anunció Lily.

Incorporado en la cama, Frank Master observó a los recién llegados. Le costaba comprender cómo lo habían localizado, pero ya no podía remediarlo. El acompañante de Tom era un hombre formal y muy bien vestido, de unos treinta y cinco años, con aspecto de banquero.

—Éste es el señor Gorham Grey —lo presentó Tom—. De Drexel, Morgan.

—Ah —dijo Frank.

—Gracias por recibirme, señor Master —dijo educadamente Gorham Grey—. Quiero que quede bien claro que actúo como representante personal del señor J.P. Morgan, que me ha pedido

que viniera a verlo.

—Exacto —confirmó Tom.

—¿De qué se trata? —preguntó Frank, mientras crispaba las manos en el embozo de la sábana.

—El señor Morgan desea comprarle un paquete de acciones —explicó Gorham Grey—. Del ferrocarril Hudson Ohio. Según tengo entendido, usted posee un diez por ciento de los valores en circulación.

—Ah —dijo Frank.

—Le expondré con toda franqueza —prosiguió Gorham Grey— que el señor Morgan recibió ayer un telegrama urgente del señor Cyrus MacDuff, que en

la actualidad se encuentra en Boston y quien, como ya debe usted saber, es el accionista principal de la Hudson Ohio. Puesto que el señor MacDuff intentó sin éxito ponerse en contacto con usted y se encuentra aislado en Boston, pensó que lo mejor sería confiar el asunto al señor Morgan, para que lo resuelva según crea conveniente.

—Así es —confirmó Tom.

—Resumiendo —continuó Gorham Grey—, el señor MacDuff cree que el señor Gabriel Love intenta arrebatarse su empresa. ¿Conoce al señor Love?

—Apenas —respondió con un hilo de voz Frank.

—Tras una breve indagación, nos parece que todo ello viene a cuenta de que el señor Love posee acciones en la línea del Niágara y que el señor MacDuff ha estado impidiendo la conexión de ésta con la Hudson Ohio.

—¿Ah, sí? —dijo Frank.

—El señor Morgan ha encontrado una solución muy sencilla. Ha informado al señor MacDuff de que sólo intervendrá en este asunto si él mismo, el señor Morgan, consigue hacerse con las acciones que el señor Love posee en la Niágara a un precio razonable y si el señor MacDuff le da garantías de que la Niágara se va a conectar con la Hudson

Ohio. El señor MacDuff ha dado su consentimiento, con la condición de que él pueda contar con una participación mayoritaria en la Hudson Ohio. De eso se desprende, señor, que queramos comprarle la mitad de su diez por ciento.

—Ah. ¿Y Gabriel Love? —inquirió Frank.

—Le he comprado sus acciones de la Niágara hace tres horas —explicó Gorham Grey—. Creo que esperaba conseguir mucho más, pero en cuanto le he dejado claro que el señor Morgan no va a comprar nada si no se ven satisfechas todas sus exigencias y que el

señor MacDuff no comprará nada sin la recomendación del señor Morgan, hemos logrado llegar a un acuerdo. El señor Love ha vendido a un buen beneficio, de modo que ha salido ganando.

—¿Cuánto están dispuestos a pagar por mis acciones? —inquirió Frank.

—El valor actual del mercado para la Hudson Ohio está en sesenta. ¿Digamos setenta?

—Yo esperaba conseguir uno veinte —dijo Frank.

—El plan de Love se ha ido al garete —declaró con aplomo el señor Gorham Grey.

—Ah —dijo Frank.

Se produjo un momento de silencio.

—El señor Morgan cree que la futura Hudson Ohio-Niágara será una fusión razonable y provechosa para todas las partes —reanudó Gorham Grey—. Las acciones que conserve de la Hudson Ohio aumentarán sin duda de valor y, aunque las ha pagado por encima del precio actual del mercado, el señor Morgan prevé lograr a su debido tiempo un buen beneficio de las acciones del Niágara que ha adquirido. En resumidas cuentas, todo el mundo sale ganando algo, siempre y cuando —puntualizó, mirando con severidad a

Master— nadie se deje llevar por la codicia.

—Las vendo —anunció, no sin alivio, Frank.

—Perfecto —aprobó Tom.

El tiempo siguió mejorando a lo largo del día. El jueves por la mañana, Frank regresó a la casa de Gramercy Park, donde Hetty lo recibió como si nada hubiera ocurrido.

Tres días después, Lily de Chantal fue a verla. Una vez se hallaron solas, Lily la miró de una forma extraña.

—Tengo noticias que darle —

anunció—, de la señorita Clipp.

—¿Sí?

—Fui a su casa, pero no estaba.

—¿Aún sigue en Brooklyn?

—Fui al hotel. Se fue de allí el lunes por la mañana. Aún tienen su maleta.

—¿No será que...?

—En toda la ciudad han aparecido unos cuantos cadáveres, como ya debe de saber, de la gente que quedó atrapada en la ventisca y murió congelada.

—He oído decir que son casi cincuenta.

—Han encontrado un cadáver en la pasarela del puente de Brooklyn. Tenía su bolso, donde había un cuaderno con

su nombre y otros efectos. Nadie ha acudido a reclamarlo, y las autoridades municipales están muy ocupadas en este momento. Creo que van a quemar la mayoría de cadáveres mañana.

—¿No deberíamos hacer algo? Al fin y al cabo, fuimos nosotras las que la mandamos a Brooklyn. Es culpa nuestra.

—¿Está segura de que le conviene?

—No, pero me siento fatal.

—¿De veras? —Lily sonrió—. Ay, Hetty, es usted demasiado buena para nosotros.

Así terminó la gran Ventisca de

Dakota. A la semana siguiente los trenes volvían a funcionar y Nueva York recuperaba la normalidad.

Ese jueves, cuando el tren con destino a Chicago estaba a punto de salir de la estación, nadie reparó en la señora morena vestida con pulcro vestido que subió con una maleta nueva llena de ropa recién comprada. Una vez dentro del vagón, se sentó sola, con un libro abierto en el regazo. Se llamaba Prudence Grace.

Cuando el tren se puso en marcha, se puso a observar a través de la ventana la urbe que comenzaban a dejar atrás. Si algún otro pasajero hubiera mirado de

ese lado en el momento en que desaparecía la ciudad, habría advertido que susurraba algo, como si rezase.

Luego Donna Clipp suspiró satisfecha.

Tuvo un momento de inspiración cuando encontró aquel cadáver en el puente de Brooklyn. La mujer estaba muerta y bien muerta, convertida ya en un bloque de hielo. Aunque no se parecía mucho a ella, tenía más o menos su edad, el cabello castaño y tampoco era muy alta. Valía la pena intentarlo. En un santiamén, dejó su bolso junto a la muerta con pruebas identificatorias para transmitirle su nombre. Después

prosигuió el penoso avance por aquella larga y terrible pasarela, medio muerta ella también, pero con un nuevo y apremiante motivo para continuar con vida.

Si la policía encontraba su rastro, descubrirían que estaba muerta. Disponía de un nuevo nombre y una nueva identidad. Había llegado la hora de trasladarse a otra ciudad, bien lejos, e iniciar otro episodio de su vida.

Le procuraba un sentimiento de regocijo sentirse libre. Por eso, cuando Nueva York se perdió de vista, dedicó un último minuto a la memoria de Frank Master.

—Adiós, viejo birrioso —susurró.

La vieja Inglaterra

❧ 1896 ❧

Un cálido día de junio del año 1896, elegantísima con un vestido largo blanco y unos guantes largos del mismo color, Mary O'Donnell subió las escaleras de la casa de su hermano Sean, en la Quinta Avenida. Cuando el mayordomo le abrió la puerta, le dedicó una amplia sonrisa. Con ella pretendía disimular el terrible miedo que la corroía. Al pie de la escalera interior se

encontraba su hermano, con un impecable atuendo compuesto de corbata blanca y frac.

—¿Están aquí? —preguntó en voz baja.

—Sí, en el salón —respondió él.

—No sé por qué dejé que me metieras en esto, diablo —espetó con fingido desenfado.

—Sólo vamos a cenar.

—Con un lord, por todos los santos.

—En el sitio donde vive hay muchos.

Mary respiró hondo. Personalmente le tenían sin cuidado los lores ingleses, pero ésa no era la cuestión. Sabía por

qué razón aquel lord estaba allí y qué esperaba su familia de ella. En general, se desenvolvía bastante bien en las reuniones sociales, pero aquello iba a ser distinto. Posiblemente le harían preguntas, preguntas que le causaban una gran aprensión.

—Jesús, María y José —murmuró.

—Arriba esos ánimos —la alentó Sean.

Habían transcurrido cinco años desde que, cediendo a las peticiones de su hermano, Mary había dejado su empleo en casa de los Master. Únicamente lo había hecho por el bien de las futuras generaciones.

Por casualidad había quedado libre una casa situada en una calle lateral de la Quinta Avenida, cerca de la mansión de Sean, y éste la había comprado.

—No quiero alquilarla —le había dicho—, así que me harías un favor si vivieras en ella y me la cuidaras.

En comparación con su propia residencia, la casa era más bien modesta, pero mucho mayor de lo que ella necesitaba. Cuando los hijos y nietos de Sean le habían rogado que se instalara allí, comprendió el motivo. Aparte de su propio dormitorio, que contaba con un sencillo mobiliario complementado con objetos elegidos

por ella, había dejado que decorasen la vivienda a su gusto. Apenas pasaba semana en que alguno de sus sobrinos nietos no acudieran con algún amigo a tomar el té con la tía Mary. Ella los recibía con la misma clase con la que los habrían acogido en casa de los Master, en Gramercy Park. No le resultaba difícil, después de haber estado observado a Hetty durante cuarenta años. De ese modo, acababa de aportar un oropel satisfactorio para todos al retrato de la nueva riqueza y respetabilidad de la familia, y tampoco le importaba hacerlo si con eso los hacía felices.

Aquella velada era diferente, sin embargo. Su Señoría podría formularle preguntas comprometedoras, como en qué había pasado los últimos cuarenta años de su vida.

A decir verdad, cuando se instaló en su lujosa casa echó de menos su pequeña habitación de casa de los Master. Después el desarrollo de los acontecimientos aportó un nuevo cambio.

Llevaba un año en su casa cuando Frank Master falleció a consecuencia de una enfermedad. Hacía sólo dos meses que Hetty Master había enviudado cuando le pidió que fuera a verla.

—Me siento un poco sola, Mary — le confesó—. Aquí siempre tienes una habitación, para cuando quieras quedarte y hacerme compañía.

Entonces Mary le propuso pasar dos o tres noches por semana en Gramercy Park.

—Creo que igual te gustaría utilizar el dormitorio azul —sugirió Hetty.

Su antigua habitación se encontraba en el piso de la servidumbre. La habitación azul estaba en la misma planta que la de Hetty. Mary aceptó y todo el mundo lo entendió. Los criados la llamaban «señorita O'Donnell» ahora. Sabían que era rica.

Mary repartía su tiempo entre la Quinta Avenida y Gramercy Park, y estaba bastante satisfecha con ello. Aunque su nueva situación le dejaba mucho tiempo libre, encontraba maneras placenteras de llenarlo. Como le gustaba dibujar, iba a clases de arte. Junto con Hetty, se había convertido en una asidua de exposiciones y conferencias. Sus gustos musicales seguían siendo simples, pero cuando se presentaban en Nueva York los geniales espectáculos de opereta de Gilbert y Sullivan después de exhibirse en Londres, no se perdía ninguno. Había visto *El mikado* y *El soldado de la guardia* tres o cuatro

veces.

Tenía a su familia y unos cuantos amigos, en especial a Gretchen. Theodore se había casado hacía mucho y tenía hijos, pero seguía viéndolo de vez en cuando. En todos aquellos años se había preguntado muchas veces si no debería haberse esforzado más por encontrar marido, pero lo cierto era que no había encontrado la persona adecuada. Aparte, tenía que reconocer que siempre había querido a alguien como Hans o Theodore, y no eran un tipo de personas corrientes. Quizá si hubiera aceptado antes el ofrecimiento de Sean y dejado de trabajar para los

Master, habría tenido más posibilidades. Bueno, tampoco tenía sentido preocuparse entonces. Bien mirado, se decía, el suyo no era un mal retiro para una muchacha que se había criado a dos pasos de Five Points.

Five Points. ¿Y si Su Señoría le preguntaba donde había nacido? ¿Qué le iba a decir? «En la Cuarta Avenida», le había aconsejado Sean. No obstante, el recuerdo de aquella época la llenaba de terror. Se sonrojaría, diría alguna inconveniencia, se le escaparía alguna sórdida verdad sobre la familia y los dejaría mal a todos.

—No te preocupes —la había

tranquilizado Sean—. Tú déjame tomar la iniciativa a mí.

Para Sean no era tan complicado. Él ya conocía a esa gente. Después de enviudar, tres años atrás, había tomado afición a viajar y el año anterior había efectuado un viaje a Londres con su hijo Daniel y su familia. Fue allí donde la hija de Daniel, Clarissa, conoció a Gerald Rivers, en una cacería. Era una señorita bien educada, buena amazona. Él, que acababa de regresar de un viaje a Estados Unidos, quedó pronto cautivado por su alegre desenvoltura, tan típica de su país. Sus padres también debieron de tomar nota de la fortuna que

sin duda poseía su familia. Gerald y Clarissa eran todavía jóvenes y por ello habían acordado que debían esperar unos meses antes de emprender cualquier negociación en vistas a formalizar un noviazgo.

Cuando Sean le habló a Mary del asunto, no le extrañó. Todo el mundo sabía del nuevo interés que profesaba la aristocracia británica por las herederas americanas. El mismo Sean lo había expresado a la perfección.

—Sólo intentan recuperar una parte del dinero del lugar adonde fue a parar —explicó.

A raíz de la abertura de los canales y

líneas de ferrocarril que permitían el acceso al Medio Oeste, desde Inglaterra habían importado el cereal y la carne americanos a precios imbatibles, lo cual había mermado los ingresos de los productores locales. El valor de las históricas y abundantes cosechas inglesas había bajado en picado y las pingües ganancias que habían financiado las enormes mansiones de la aristocracia se habían reducido de manera radical. Tampoco se les podía culpar si tendían la vista al otro lado del Atlántico, donde había una abundante oferta de herederas cuyas madres estaban más que dispuestas a trocarlas

para dorar su linaje. Aparte, aquellas herederas eran en general más instruidas y más animadas que las jóvenes inglesas educadas en el campo.

—Pero ¿los americanos qué salen ganando con eso? —había planteado Mary a su hermano.

—Cuando una persona ha hecho fortuna y ha comprado todo lo que quiere en América, traslada la atención a otros mundos que se puedan conquistar. En Europa ve cosas que no puede conseguir en América: siglos de arte, modales pulidos a base de tiempo, títulos... ¿Y qué hace? Los compra. Es lo más lógico y, además, para las

madres supone un ascenso social.

Mary tenía sus dudas de que las chicas fueran felices luego. Recordaba haber leído algo en relación con el matrimonio de Consuelo Vanderbilt con el duque de Marlborough. Había sido un gran acontecimiento, un triunfo para la madre de Consuelo. El novio había recibido varios millones de las arcas de los Vanderbilt para poder mantener el esplendor de su gran palacio. Hetty Master le había hablado, con todo, de la otra cara del asunto.

—La pobre Consuelo estaba perdidamente enamorada de Winthrop Rutherford. Aunque él pertenece a una

familia de solera americana, su madre estaba empeñada en incorporar un título a la familia. Hasta llegó a encerrar con llave a la pobre muchacha y la obligó a casarse con el duque. Consuelo lloraba durante la ceremonia de la boda. Fue algo vergonzoso.

Clarissa, al menos, no estaba enamorada de nadie más. En realidad le había tomado un gran aprecio al segundo hijo de lord Rivers. Éste era un joven apuesto, oficial de un buen regimiento, aficionado a las actividades al aire libre. No tenía malas perspectivas, si a ello se añadía un aporte de dinero. Sean, que tenía tres nietas, parecía encontrar

su lado divertido a la situación.

—Pero ella es católica —objetó Mary—, y seguro que él pertenece a la Iglesia anglicana.

—Eso es asunto de Clarissa —repuso Sean—. Su padre dice que no le importa.

—¿Y su madre?

—Su madre estaría encantada de casarla con el hijo de un lord —declaró Sean.

Se llevaron una sorpresa cuando lord y lady Rivers anunciaron su intención de visitar América en persona. De todos modos, Sean enseguida organizó su estancia a gusto de todos:

unos cuantos días en Nueva York, seguidos de un viaje en barco de vapor por el Hudson, unos días en Saratoga y después en Boston, ciudad que habían expresado el deseo de conocer.

Mientras estuvieran en Nueva York, Sean se proponía interpretar su papel, que consistía en presentar una apariencia respetable de la familia O'Donnell. Los británicos solían dar por sentado, desde luego —y en eso a menudo se equivocaban— que todas las fortunas americanas estaban en manos de nuevos ricos. Aun así, la presencia del rico abuelo de Clarissa y de su digna hermana sería una gran ayuda para

allanar el camino de la joven hacia su nueva vida.

—Vamos a presentar nuestra mejor imagen, ya me entiendes —le había dicho el día anterior Sean. Al oírlo, Mary sintió que se le encogía el corazón.

—Yo no sé mentir, Sean —arguyó—. Nunca se me ha dado bien.

—Claro que no —contestó él.

—¿Qué quieres que haga entonces?

—Comportarte tal como eres.

—¿Y tú, qué vas a hacer?

—Poca cosa. —Esbozó una sonrisa—. Quizá dejaré que piensen que tenemos dinero desde hace un poco más

de tiempo, ya me entiendes.

—Ay, estoy segura de que voy a meter la pata. Más vale que me dejes al margen, Sean. Diles que estoy enferma.

—Tonterías —replicó—. Estarás perfecta.

Con una opresión en el pecho, Mary se dispuso a entrar para conocer a los Rivers.

Eran muy agradables, desde luego. El joven Gerald Rivers tenía sólo veinticinco años, más o menos, y saltaba a la vista que estaba muy bien dispuesto a apreciar el lado positivo de su novia.

Lord y lady Riverdale eran ambos altos, morenos de pelo y elegantes; y fueran cuales fuesen sus pensamientos o las intenciones que abrigaban, su larga experiencia en el mantenimiento de las buenas formas los protegió tanto a sí mismos como a sus anfitriones de caer en cualquier situación enojosa. Daniel y su esposa parecían bastante distendidos y Clarissa estaba radiante. Después de saludar a unos y a otros, Mary sólo tuvo que dar un poco de conversación a los invitados, preguntarles por su viaje en la compañía naviera White Star Line e interesarse por si se encontraban a gusto en su hotel. Lady Rivers realizó un par

de preguntas relacionadas con los museos y galerías de la ciudad y quedó bastante impresionada al ver que Mary le hablaba de todas las exposiciones interesantes que había.

—Nos encantaría poder contar con su orientación —señaló—, porque estoy convencida de que mi marido y yo hemos llegado aquí con las mismas dosis de ignorancia que los viajeros de ese libro de Mark Twain, *Los inocentes en el extranjero*.

Bien mirado, la conversación transcurrió sin percance hasta que anunciaron que la cena estaba servida.

El comedor de Sean era

impresionante. A menudo acogía a veinte comensales, con un servicio de mesa magnífico. Mary advirtió que los Rivers se llevaron, en ese aspecto, una impresión favorable. Como eran ocho, comieron en una mesa redonda.

—Es un poco complicada la colocación de siete comensales ¿verdad? —comentó a lady Rivers cuando se disponían a tomar asiento.

Daba gracias a Dios de que Hetty Master la hubiera aleccionado sobre los peligros de la distribución de las personas en la mesa. Había que comenzar con educación, hablando con la persona que uno tenía a un lado para

luego cambiar de lado con cada plato. Así podía cumplir a la perfección las exigencias de una cena, pero al tratarse de un grupo reducido dispuesto en una mesa redonda, también estaba permitido el desarrollo de una conversación general. Lord Rivers preguntó dónde vivía y recibió la respuesta de que tenía una casa a la vuelta de la esquina y que tal vez, si lady Rivers tenía un momento libre, podría ir a tomar el té allí. Su Señoría comentó después que había oído que los Vanderbilt habían construido unas grandes mansiones en otra zona de la Quinta Avenida y, rumiando qué podía contestar, se acordó de una frase que

Hetty empleaba para referirse a Gramercy Park.

—Nosotros apreciamos más la tranquilidad de aquí —dijo.

Era un tipo de frase muy propio de los ricos de toda la vida. Al oírla, Su Señoría inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—Muy cierto, señorita O'Donnell.

Pronto resultó manifiesto que los Rivers estaban ansiosos por sacar a relucir todos los contactos con americanos que habían tenido.

—Conocimos a un encantador compatriota suyo, el señor Henry James, el escritor —señaló lord Rivers a Mary

—. Lo vimos varias veces, de hecho. Lleva varios años en Londres y es muy asiduo a las cenas y actos sociales.

—Un hombre muy distinguido —elogió Mary—, aunque siento decir que no siempre leo sus libros.

—Ah, yo tampoco —reconoció, sonriente, Su Señoría.

Lord Rivers pasó entonces a hablar un poco de su familia y, de paso, dejó caer una información de interés.

—La familia Rivers estuvo en la Marina durante generaciones. Contó con dos almirantes, por cierto. En realidad, el título pasó a mi padre a raíz del fallecimiento de un primo lejano.

Nuestra rama descende del capitán Rivers, que tenía plantaciones en Carolina, hasta que las perdió poco después de 1776. Era un leal, siento decir —añadió.

—Deberemos perdonarlo —restó importancia Mary—. ¿Y qué fue de las plantaciones?

—Se las quedaron unos amigos suyos, una familia neoyorquina apellidada Master, pero no sé mucho más al respecto.

—¿Master? —Mary estaba tan sorprendida que le salió la voz algo aflautada.

Enseguida se percató de que su

hermano, su sobrino y Clarissa la miraban con nerviosismo.

—Creo que aún son personas de cierta relevancia en Nueva York —precisó Su Señoría—. ¿Los conocen?

El abismo se había abierto ante ella y su familia permanecía abocada a él. Pese al fantasma de las décadas en que había trabajado de criada en casa de los Master, Mary respiró hondo antes de componer una radiante sonrisa.

—Hetty Master es una de mis mejores amigas —declaró sin vacilar—. La conozco desde hace casi cincuenta años. —En rigor, no había dicho ninguna mentira.

—Vaya —exclamó, encantado, lord Rivers—. ¡Qué pequeño es el mundo!

—Desde luego —convino Mary.

Para cuando llegó el pescado, ella y Su Señoría estaban enfrascados en animada conversación, pero entonces tocaba trasladar la atención al joven Gerald. Como era totalmente ignorante en asuntos de caza, pesca, armas y ejércitos, no sabía de qué hablar con él, pero después de sacar el tema del teatro, descubrió que le entusiasmaban los musicales de Gilbert y Sullivan, de modo que siguieron manteniendo un agradable diálogo sobre el tema. Luego, por la mirada infantil que dirigió a

Clarissa y después al resto de los presentes, Mary presintió que Gerald Rivers, que había tomado unas cuantas copas, sentía que debía hacer algo para causar buena impresión a la familia de su futura esposa, y se preguntó cómo se proponía hacerlo. El joven encontró la ocasión de brillar durante el plato principal, cuando lord Rivers le preguntó a Clarissa si conocía a un encantador neoyorquino que vivía ahora en Inglaterra.

—Un tal señor Croker. Posee una finca en Surrey —explicó.

—En Nueva York todo el mundo conoce al señor Croker —se apresuró a

responder, extrañada.

Ése fue el momento en que Gerald se decidió a intervenir.

—Cuando estuve en este país visitando el Nueva York Yatch Club el año pasado, padre, me comentaron que estaba involucrado con la sociedad Tammany Hall —explicó, elevando un poco la voz—, y que se fue al otro lado del Atlántico para evitar la cárcel.

Pese a que pecó de cierta falta de tacto, lo que había dicho el joven Gerald Rivers era la pura verdad. Si Boss Tweed había malversado los caudales públicos a gran escala, su sucesor Croker había seguido por el mismo

camino, hasta que las quejas se hicieron tan clamorosas que decidió cambiar de continente una temporada. La noción de que viviera en Inglaterra como un respetable propietario rural resultaba realmente divertida.

—¿Es verdad? —preguntó lady Rivers a Sean.

El problema era que Sean estaba demasiado próximo a Tammany como para empezar a arrojar piedras contra aquella frágil estructura.

—Lo de Tammany Hall es una cuestión compleja —señaló con cautela—. Es una maquinaria política de peso que hay que considerar con prudencia.

—Ah —dijo, con aire de complicidad, lord Rivers.

Era más que evidente que los aristócratas respetaban la política. El joven Gerald Rivers no estaba dispuesto a abandonar el tema, sin embargo.

—En Nueva York conocí a un tipo fantástico llamado Teddy Roosevelt —anunció—. Tiene grandes planes para depurar la Policía de Nueva York... donde, por lo que he oído, reina una terrible corrupción.

—No somos perfectos —concedió Sean, dirigiendo una sabia mirada a lord Rivers—. Este joven señor Roosevelt posee una gran energía, pero puede que

se encuentre con que su objetivo es más difícil de cumplir de lo que cree.

—Pero no me van a negar que Nueva York es una ciudad corrupta —insistió Gerald.

Entonces Sean miró fijamente al joven aristócrata.

—No lo voy a negar. Es más, reconozco que lo ha sido durante doscientos treinta años. —Abrió una breve pausa—. Desde que los británicos se la arrebataron a los holandeses.

—Muy bien dicho, sí señor —exclamó lord Rivers.

Se notó que tanto él como su esposa apreciaron la réplica. Sean se

comportaba de forma admirable, pensó Mary. Había realizado una valoración de aquellos aristócratas y sabía perfectamente cómo convenía tratarlos.

—Pues la americana que a mí me habría gustado conocer en Londres — prosiguió, mirando en derredor con ojos chispeantes— es la preciosa Jennie Jerome, tal como era en sus tiempos. Ahora es lady Randolph Churchill. Yo la recuerdo de cuando era una chiquilla.

Los esposos Riverdale intercambiaron una mirada.

—Hermosa, sí —abundó crípticamente Su Señoría.

—¿No es una persona

recomendable? —inquirió Mary.

—En torno al príncipe de Gales hay un círculo de naturaleza un tanto particular, señorita O'Donnell —explicó en voz baja lady Rivers—. Nosotros no pertenecemos a él. Son lo que nosotros llamamos «disolutos». Lady Randolph Churchill forma parte de ese círculo.

—Bueno, en Nueva York muchos hombres tienen amantes —apuntó Mary.

—Es que el círculo de disolutos cree en la total igualdad entre sexos a ese respecto.

—Jennie Churchill es, de todas formas, una mujer extraordinaria —intervino lord Rivers. Luego calló un

instante—. No sé, ustedes seguramente estarán enterados. Corrió el rumor de que el padre era —bajó un poco la voz— judío.

—Suená judío, pero no lo es —le aseguró Sean—. El apellido Jerome es francés. Eran hugonotes. —Lanzó una carcajada—. Puede que tenga algo de sangre india, pero eso viene del lado de la madre.

—¿Y tiene hijos Jennie? —preguntó Mary.

—Dos varones —repuso lady Rivers—. Vimos al mayor, Winston, no hace mucho.

—No suscita las simpatías de todo

el mundo —intervino Gerald, ganándose una mirada reprobadora por parte de su padre.

—¿Por qué? —quiso saber Sean.

—La gente dice que es demasiado agresivo —explicó Gerald.

—Ahora os contaré una anécdota —anunció su anfitrión.

A continuación evocó la ocasión en que Jerome acudió a él durante las Revueltas del Reclutamiento. Omitió mencionar que por entonces regentaba un bar —que convirtió en su oficina—, pero por lo demás no faltó a la verdad.

—De modo que vino a mi oficina y me dijo: «Voy a defender mi propiedad

de la chusma». «¿Y cómo lo va a hacer?», le pregunté. «¡Tengo una ametralladora Gatling!», gritó. No sé de dónde podía haberla sacado, pero así era Jerome. Era un luchador callejero. De forma que si el joven Winston Churchill es agresivo, ya saben de dónde le viene. —Sean se echó a reír—. ¡A mí el nombre de Winston Churchill me suena a genuino neoyorquino mascador de tabaco!

Les encantó la gracia. Viendo que Sean los tenía cautivados, Mary se relajó. Aunque apenas había tocado el vino durante la comida, entonces vació la copa. Todo salía a pedir de boca. Se

puso a observarlos plácidamente y sólo prestó atención a medias a la conversación hasta que reparó en un comentario de lord Riverdale.

—Cuando Gerald volvió de Nueva York me trajo una fotografía de la ciudad, tomada desde la bahía en el crepúsculo, creo, con el puente de Brooklyn de fondo. Es realmente muy bonita. Me dio ganas de subirme a un barco y venir enseguida. Fue un detalle por su parte —elogió.

—Es de un fotógrafo extraordinario —precisó Gerald Rivers—. Tal vez hayan oído hablar de él: Theodore Keller.

Mary dedicó una radiante sonrisa a todos. Después lanzó una ojeada a su hermano, pensando que si él era capaz de seguir tan bien la corriente, también podía hacerlo ella.

—No sólo lo conozco —declaró—, sino que fui yo quien convencí a Frank Master para que patrocinara su primera exposición de peso. Tengo varias fotos tuyas también.

—¿Lo conoce bien? —preguntó, entusiasmado, Gerald.

—Conozco mejor a su hermana —respondió sin pestañear. Luego sonrió a Sean—. En realidad, mi padre solía ir a buscar los puros a la tienda de su tío. —

En cierto sentido, también era verdad.

—¿Y a qué se dedicaba su padre? —
inquirió Gerald.

—¿Mi padre? —Estaba tan
satisfecha consigo misma que no había
previsto esa clase de pregunta—. ¿Mi
padre?

Notaba que se estaba poniendo
pálida. El horror de la mugre de su
vivienda, de la proximidad de Five
Points, de todas aquellas vivencias
indecibles la asaltó de improviso como
una oleada de frío. Todas las miradas de
su familia estaban pendientes de ella.
¿Qué debía decir?

—Ah —intervino con brío Sean—,

ése sí que era todo un personaje.

Al momento las miradas se fijaron en él.

—Nuestro padre era un inversor —explicó Sean—. Y claro, como todos los inversores, tenía sus días buenos y sus días malos, de manera que nunca sabíamos si estábamos a punto de volvernos ricos o al borde de la ruina. Pero aquí estamos ahora —concluyó con un alarde de inteligencia.

Después de estar a punto de la catástrofe, Mary empezaba a respirar con normalidad. Observó, fascinada, a su hermano. No había mentido del todo... era cierto que su padre solía

referirse a sus apuestas en términos de inversión y también que tenía sus días buenos y sus días malos. El hecho de haber dado a entender que operaba en Wall Street, sin llegar a especificarlo, era un admirable golpe de efecto propio de un virtuoso. Y lo de «Aquí estamos ahora» había sido genial. Por supuesto que allí estaban, pues de lo contrario no se hallarían reunidos en torno a aquella mesa. Se podía interpretar, asimismo, y así sin duda lo habrían hecho sus invitados, como que lejos de perder su fortuna, la familia no había hecho más que incrementarla. Su hermano no había terminado, sin embargo.

—Pero, sobre todo, al igual que Jerome y Belmont y tantos otros, mi padre era un gran aficionado a los deportes. Adoraba las carreras. Le encantaba apostar. —Miró a Mary directamente a los ojos—. Tenía su propio caballo de carreras, del que estaba orgullósísimo. Se llamaba *Brian Boru*.

Poco faltó para que no se atragantara. Agachó la mirada para disimular. Aquel terrible perro de pelea, que vivía con ellos en su apestosa casa, había quedado transformado, de una manera como sólo los verdaderos irlandeses saben hacer, en un caballo de

carreras esbelto y veloz.

—Y cuando murió —prosiguió Sean —, lo enterraron con los restos de su caballo.

—¿De veras? —Lord Rivers apreciaba aquel gesto; como todos los aristócratas ingleses le encantaban los deportistas y los excéntricos—. Qué hombre más extraordinario. Me gustaría haberlo conocido.

Sean aún tenía algo más que añadir.

—Y les diré más. Fue el sacerdote de la familia el que los enterró a los dos. —Luego se arrellanó en su asiento, paseando una mirada bonachona sobre todos los presentes.

—Qué maravilla —exclamaron al unísono Su Señoría y su hijo.

Clase, extravagancia, transgresión de las normas y un clérigo bien dispuesto para no importunar: aquel combinado hacía del señor O'Donnell una persona de categoría innata, como ellos.

—¿De veras los enterró el sacerdote a los dos? —preguntó lady Rivers a Mary.

—Yo estuve presente. Es verdad que el sacerdote enterró a mi padre con *Brian Boru*.

No hubo ni un asomo de mentira en su aclaración.

Más tarde, cuando ya se había ido la familia Rivers, Mary y Sean se sentaron juntos en el salón, a repasar el desarrollo de la velada.

—Necesito una copa —dijo Mary.

Él le sirvió un coñac que mantuvo un momento rodeado con el cuenco de la mano.

—¿Qué estás pensando, Mary? —le preguntó.

—Que eres el mismo diablo —respondió.

—No es verdad.

—*Brian Boru.*

Entonces se echó a reír. Rio y rio sin

parar hasta que se le saltaron las
lágrimas.

Ellis Island

❧ 1901 ❧

Salvatore Caruso tenía cinco años cuando llegó a Ellis Island. Era el día de Año Nuevo de 1901. Hacía un frío glacial, pero sobre el paisaje nevado que rodeaba las inmensidades de agua de la bahía el cielo lucía un cristalino color azul.

La familia Caruso había tenido suerte al poder embarcar en Nápoles en el *Hohenzollern*, un barco alemán, que a

decir del padre eran los mejores. En menos de diez días habían cruzado el Atlántico, aunque con estrecheces, en tercera clase. El olor de las letrinas resultaba vomitivo y el ruido de los motores era, a juicio de la madre, un castigo de Dios. Durante toda la travesía habían comido el jamón, el salami, las olivas, los frutos secos e incluso el pan que ésta había traído, envuelto en servilletas. Cada día, el tío Luigi había participado en las veladas en que se agrupaban los emigrantes a cantar canciones napolitanas, como *Funiculi, funicula*, descollando con su bonita voz de tenor.

Eran ocho los familiares que habían emprendido el viaje: los padres, el hermano de la madre —el tío Luigi— y los cinco hijos. Con sus quince años, Giuseppe era el mayor, un chico fornido como su padre y buen trabajador. Todos los niños lo tenían en gran consideración, pero a causa de la diferencia de edad, él quedaba un poco aparte. Otros dos varones que nacieron no habían sido tan fuertes y murieron en la infancia. La segunda era Anna, de nueve años. Después venían Paolo, Salvatore y la pequeña Maria, que sólo tenía tres años.

La cubierta estaba abarrotada

cuando el barco circulaba por el estrecho que daba acceso a la bahía de Nueva York. Todo el mundo estaba excitado y el pequeño Salvatore habría estado contento también, si no hubiera descubierto un terrible secreto.

Su madre sostenía la mano de la pequeña Maria. Hasta que nació ésta, Salvatore había sido el benjamín de la familia, pero ahora tenía que cuidar de sí mismo y también protegerla a ella. Le gustaba jugar con su hermanita y enseñarle cosas.

Su madre se protegía del frío con un abrigo negro. Aunque casi todas las mujeres llevaban la cabeza tapada con

un chal blanco, pese al rigor del invierno, ella se había puesto su mejor sombrero. Era negro también, con un maltrecho velo y una mustia flor artificial en el ala. Salvatore había oído que en otro tiempo tenía dos flores, pero eso fue antes de que él naciera. El niño se percataba de que llevaba ese sombrero para que los americanos vieran que la familia tenía cierta posición.

Concetta Caruso era baja, morena y muy orgullosa. Tenía el convencimiento de que la gente de su pueblo era superior a la de los pueblos vecinos y que el sur de Italia, el Mezzogiorno, era

mucho mejor que el resto de regiones del mundo, fueran cuales fuesen. Ignoraba qué comía la gente de otros países y le tenía sin cuidado, porque de todas maneras la comida italiana era la mejor.

Estaba convencida, asimismo, de que por más que rezara a un santo o a otro solicitando ayuda, Dios veía todos los pecados del mundo y decidía si convenía o no mostrarse misericordioso.

Era una cuestión de destino, igual de inapelable que el azul del cielo suspendido sobre la tierra. Su ida a América no iba a modificarlo.

—¿Por qué vamos a América? —

había preguntado Salvatore, mientras recorrían en carro la distancia que separaba su pequeña propiedad de la ciudad de Nápoles.

—Porque en América hay dinero, Toto —le respondió su padre—. Un montón de dólares que podremos enviar a la abuela y a tus tías, para que puedan conservar las tierras.

—¿No podemos conseguir los dólares en Nápoles?

—¿En Nápoles? No. —Su padre esbozó una sonrisa—. Te va a gustar América. Allí está tu tío Francesco y todos tus primos que no conoces. Todos te están esperando.

—¿Es verdad que en América todo el mundo es feliz y que cada cual puede hacer lo que quiera? —planteó Salvatore.

—No te corresponde a ti pensar en si vas a ser feliz, Salvatore —intervino con severidad su madre—. Será Dios quien decida si mereces serlo. Ya puedes agradecer que estés vivo.

—Sí, Concetta, claro —quiso matizar su padre, que no era tan religioso.

—Sólo los bandidos hacen lo que quieren, Salvatore, los *camorristi* —prosiguió, implacable, Concetta—. Obedecer a tus padres, trabajar duro y

cuidar de tu familia; con eso ya es bastante.

—De todas maneras, uno puede elegir un poco —opinó con mesura el tío Luigi.

—No, no se puede —zanjó Concetta. Luego miró a su hijo—. Tú eres un niño bueno, Salvatore —dijo, suavizando el tono—, pero no debes tener demasiadas expectativas, porque si no, Dios te castigará. Tenlo siempre presente.

—Sí, mamá —prometió.

Al lado de su madre, sosteniendo la otra mano de Maria, estaba el tío Luigi.

El tío Luigi era bajo. Tenía una cabeza redondeada, con una calva que

no lograba disimular pese a querer cubrirla aplastándose unas mechas encima. Había trabajado en una tienda; también sabía leer y escribir y le gustaba ir a la iglesia con su hermana. Ninguna de aquellas cualidades impresionaba, con todo, a los demás varones de la familia.

—Leer y escribir es una pérdida de tiempo —afirmaba el padre de Salvatore—. Y los curas son todos unos granujas.

El tío Luigi era un poco extraño. A veces canturreaba en voz baja y permanecía con la mirada perdida, como si soñara. Los niños lo querían mucho,

sin embargo, y Concetta lo protegía.

A Salvatore lo habían colocado entre Anna y Paolo. Anna era seria y delgada. Aunque sólo tenía nueve años, al ser la mayor de las niñas ayudaba a su madre en todo. Ella y Paolo no se llevaban muy bien, pero a Salvatore le gustaba Anna, porque de pequeño lo llevaba a pasear al bosque y le daba chocolate. En cuanto a Paolo, se llevaba menos de dos años con Salvatore. Paolo era su mejor amigo; todo lo hacían juntos. Durante el viaje se había puesto enfermo y había tosido mucho, pero ahora parecía que se encontraba mejor, y el tío Luigi decía que el aire fresco lo

sanaría.

Salvatore quería a su familia. No podía imaginar la vida sin ellos. Ahora habían atravesado juntos el océano sin percance, y tenían Ellis Island justo delante de ellos. Allí los examinarían a todos antes de permitirles la entrada en el país.

Aquél era el terrible secreto que había oído que revelaba su padre a su madre, hacía menos de media hora. Había un miembro de la familia a quien iban a negar el acceso.

Rose Vandyck Master contempló el

cuadro. Era una preciosa acuarela que representaba la casa de campo que tenían en Newport. Le gustaba tanto que la había colgado en su salita, encima del escritorio donde escribía las cartas. Su marido William estaba en el trabajo y los niños se encontraban fuera, así que podía concentrarse sin molestias. Acababa de ponerse la gargantilla de perlas. No sabía por qué, pero tenía la impresión de que siempre pensaba mejor cuando llevaba perlas. Ese día necesitaba pensar con claridad, ya que se enfrentaba a una de las decisiones más difíciles de su vida.

Rose Master llevaba una vida

privilegiada, y lo sabía. Era una esposa fiel y una madre cariñosa, y se ocupaba de la organización de la casa a la perfección. No obstante, para llegar a aquella afortunada situación había hecho prueba de esfuerzo y premeditación. Y habiendo obtenido tan buenos resultados, resultaba lógico que quisiera llegar más lejos. Si su marido trabajaba para incrementar el patrimonio familiar, a ella le correspondía, a su modo de ver —compartido por muchas mujeres— elevar su posición social. En realidad, las mujeres casadas de su clase y su época provistas, por suerte o por desgracia, de ambición, no podían hacer

gran cosa más.

La cuestión que se le planteaba no tenía nada de sencillo. Había muchos aspectos que calcular, oportunidades que aprovechar, riesgos sociales que convenía evitar... Cuando uno más ascendía en la escala social, más disminuía su libertad de elección.

¿Dónde iba a vivir la familia?

El interrogante ya estaba despejado para el verano, desde luego, desde mucho tiempo atrás. Siempre irían a la casa de campo.

Toda familia que se preciara debía tener una, y para el veraneo, mejor una que estuviera situada en la costa. Fuera

modesta o lujosa, allí era donde pasaban los meses de verano las madres con los hijos y adonde acudían los padres, después de cumplir con sus obligaciones laborales en la ciudad, los fines de semana. La gente de clase tenía casas en Newport, Rhode Island.

Si habían elegido Newport no era por causalidad. Tal como habían descubierto los franceses y británicos en los siglos pasados, la localidad poseía un magnífico puerto, profundo y resguardado. El New York Yatch Club, que ahora superaba siempre al elitista Royal Yatch Squadron británico en la Copa América, tenía su sede allí. Los

kilómetros y kilómetros de costa virgen albergaban espacio para todas las casas que podía necesitar la alta sociedad. A la hora de la verdad sobraba terreno, puesto que el ambiente de Newport era exclusivo. Cuando se llegaba a integrar ese círculo, era porque se había alcanzado la cima.

Naturalmente, para mantenerse en él se requería unos mínimos de presencia. Un par de años atrás, cuando su marido la había llevado a Londres, había insistido en regresar a Newport la segunda semana de julio. Claro que, con tantas herederas americanas que se habían casado con aristócratas ingleses,

algunas personas de las altas esferas preferían pasar el invierno en Nueva York y el verano en Londres. Rose, no obstante, prefería dejarse ver por Newport.

—Si no —argumentaba a su marido —, la gente podría creer que hemos venido a menos.

Newport era perfecto para el verano. El problema estaba en Nueva York. La familia estaba bien representada en la ciudad. La abuela de William, la anciana Hetty Master, permanecía aún en el aislado esplendor de Gramercy Park. Su padre Tom había comprado hacía poco la espléndida casa

del difunto señor Sean O'Donnell, situada en la parte baja de la Quinta, después de que éste falleciera en el curso de un viaje de regreso desde Inglaterra. Durante los últimos años, William y Rose habían vivido de alquiler en una bonita casa situada en la misma avenida, pero ahora el propietario quería recuperarla y había llegado el momento de comprar una vivienda propia.

—Será mejor que tú decidas adonde vamos a ir, Rose —le había encomendado afablemente William—. A Brooklyn o Queens, Manhattan o el Bronx. O a Staten Island, si prefieres,

siempre y cuando no salgamos de los límites de la ciudad.

En rigor, todos aquellos lugares de las afueras que había mencionado habían pasado ya a formar parte de la ciudad. A comienzos de siglo, aquellas zonas de los alrededores —Brooklyn y el condado de Queens, situados en Long Island, una parte de la antigua finca del holandés Bronx, en la parte norte de Manhattan, y la zona rural de Staten Island, situada al otro lado de la bahía por el sur— habían quedado incorporadas a la ciudad de Nueva York. Brooklyn, orgulloso de su independencia, había accedido por fin a

integrarse en el municipio. Ahora, con sus cinco distritos, Nueva York se había convertido, junto con Londres, en la ciudad más populosa del mundo.

Cada uno de sus distritos albergaba espléndidas casas, placenteros parques y agradables campos en los alrededores. Rose Master no podía elegir cualquiera, sin embargo. La familia sólo podía vivir en Manhattan y no en cualquiera de sus barrios.

El Lower Manhattan quedaba descartado. Ahora el núcleo antiguo de la ciudad se había convertido en zona comercial. Incluso las bonitas áreas de los alrededores de Greenwich Village o

Chelsea, situadas un poco más al norte y al oeste, se habían visto invadidas de emigrantes y ocupadas por edificios de apartamentos. El Nueva York respetable se había ido trasladando hacia el norte, y la tendencia no se había detenido aún. Las prestigiosas tiendas de Broadway, como la joyería Tiffany's, se habían desplazado a la parte alta junto con su clientela. Lord & Taylor y los hermanos Brooks, transformados ahora en distinguidos establecimientos, también habían seguido el mismo flujo.

Aparte, estaba la cuestión del ruido. Después de la terrible tormenta de nieve de 1888, que había dejado paralizada la

ciudad, todo el mundo había convenido en que era mejor enterrar los cables del telégrafo. Aquellas reformas habían mejorado, aparte, la estética urbana. Eran muchas, asimismo, las personas partidarias de que se pusiera en marcha un sistema de transporte subterráneo, que además de quedar oculto a la vista quedaría a recaudo de las inclemencias del tiempo. La construcción del metropolitano iba a tardar, sin embargo, mucho más. Mientras tanto, los trenes elevados seguían circulando delante de las ventanas de las viviendas, contaminando con su ruido y humo las avenidas del East Side de Manhattan y

la parte norte del West Side.

Por ello, a medida que avanzaban hacia el norte, las zonas elegantes de Nueva York evitaban ese humo y ruido, rodeando el centro. Las avenidas Madison y Quinta y las calles aledañas albergaban los mejores barrios residenciales.

—¿Y Park Avenue? —había sugerido William.

—¿Park Avenue? —había exclamado ella, antes de darse cuenta de que le estaba tomando el pelo—. Nadie vive allí.

El problema de Park Avenue se había originado treinta años atrás,

cuando el viejo Vanderbilt había erigido un gran cobertizo para trenes en la Cuarta Avenida, en su confluencia con la calle Cuarenta y Dos, para cubrir las funciones de estación. La Cuarta había cambiado de nombre y ahora se llamaba Park Avenue, que tenía una bonita sonoridad. Aun así, la estación era un desorden de vías que ocupaban una franja de doce manzanas. Incluso más arriba de la calle Cincuenta y Seis, donde los raíles se estrechaban y transcurrían cubiertos, el ruido y el humo que se elevaban desde el centro de la avenida indicaban que las regiones infernales no se hallaban lejos.

—¿Y el West Side? —propuso él—. Se ha revalorizado mucho.

Sabía que hablaba en broma. Tampoco era que el West Side fuera una zona despreciable; atrás habían quedado los días en que el Dakota se encontraba en medio de campo y solares vacíos. El West Side era más tranquilo y los precios de los terrenos menos caros; las grandes casas familiares de las calles laterales solían tener mayores dimensiones que sus equivalentes del East Side y también estaban construyendo allí algunas regias mansiones.

Pero ¿quién vivía allí? Eso era lo

que había que plantearse. ¿Qué categoría tenía el barrio? ¿Quedaría tan bien una dirección en el West Side como la casa de recreo de Newport?

No, para eso tenían que instalarse cerca de la Quinta y la Madison. Cabía preguntarse, empero, a qué altura.

Habían transcurrido casi veinte años desde que los Vanderbilt erigieron sus imponentes mansiones en la Quinta Avenida, a la altura de la Cincuenta. Desde entonces, se había seguido construyendo más al norte. De la Sesenta a la Ochenta, en la confluencia con Madison y la Quinta, habían surgido palacios de toda clase, proyectados por

arquitectos como Carrère & Hastings, Richard Morris Hunt y Kimball & Thompson. Había castillos de estilo francés, palacios renacentistas... Allí se copiaban las grandes tendencias arquitectónicas de la vieja Europa para que sus propietarios pudieran exhibirlas de cara al Central Park como los príncipes del comercio que eran.

Los Master no podían costearse un palacio como éstos. Sí podían vivir en las proximidades, en cambio. Pero ¿les convenía?

J.P. Morgan no vivía allí. La mansión de Pierpont Morgan se encontraba en el lado oriental de la

Madison, a la altura de la calle Treinta y Seis. El señor Morgan había opinado sin ambages que algunas de las mansiones que aparecían en la Quinta eran vulgares monstruosidades. No se podía negar, por otra parte, que le faltara razón. La mayoría de aquellas mansiones se construían con un dinero ganado en tiempos recientes, muy recientes, de hecho. Pese a que la gran fortuna de los Morgan derivaba sólo de su padre Junius, tenía su origen en las actividades bancarias de Londres, las de más clase. Los Morgan, además, habían sido gente de buena posición desde que se instalaron en Connecticut en el siglo

XVII. Aunque no tanto como las más antiguas familias holandesas, eran gente con solera.

Ese detalle era muy importante.

Rose estaba muy agradecida a su suegro por los nombres que había elegido para su hijo. A ella no le importaba el hecho de que se le hubiera ocurrido por casualidad después de que la esposa de Tom se hubiera encaprichado con el nombre de Vernon, que a él no le gustaba nada. Entonces propuso el antiguo nombre de la familia, Vandyck. Para Rose lo que contaba era que podía hacerse llamar la señora de William Vandyck Master, con lo cual

proclamaba que su marido no sólo descendía de adinerados protestantes anglosajones, sino de holandeses llegados por la época de Stuyvesant e incluso antes.

Los Master eran relativamente ricos, pero su dinero era añejo. Mientras una familia pudiera permitirse permanecer entre la alta sociedad, aquél era un aspecto apreciable.

Ése era pues el delicado equilibrio en el que tenía que meditar aquella tarde. ¿A qué distancia podía —o debía— vivir de aquellos ostentosos palacios que en el fondo anhelaba en secreto? ¿O hasta qué punto debía mantener una

actitud distante y estirada? Si jugaba con acierto las cartas de que disponía lograría el resultado perfecto: los nuevos príncipes la invitarían a sus palacios, con la incertidumbre de si ella se dignaría acudir.

William le había regalado la gargantilla de perlas para su tercer aniversario de boda. Era idéntica a la que Alexandra, la princesa de Gales, lucía siempre en las fotografías de eventos londinenses, y para ella tenía un valor superior a cualquier otra de sus joyas. La recorrió con los dedos mientras repasaba mentalmente las avenidas Quinta y Madison, calle tras

calle, pensando en quién vivía en cada manzana y si, en caso de que encontrara el perfecto territorio social, habría disponible una casa o un solar en venta.

—Allí está, Toto —señaló Anna. El puente del barco había tapado de la vista el gran monumento, pero ahora todos los pasajeros se apiñaban por el lado de babor para verlo mejor—. La Estatua de la Libertad.

En realidad no era necesario acercarse a la barandilla porque la impresionante estatua se erguía a gran altura, de tal forma que con su brazo

levantado parecía rozar el cielo. Salvatore la contempló en silencio. De modo que aquello era América.

Salvatore no sabía gran cosa de América. Sabía que era grande, y que allí la gente hablaba inglés, un idioma del que el tío Luigi conocía algunas palabras, y que cuando uno trabajaba le daban dólares para enviarlos a casa. Nunca había oído hablar de los puritanos anglosajones ni de los colonos holandeses, ni de los granjeros temerosos de Dios de la Nueva Inglaterra. Su familia nunca había hablado del Boston Tea Party, ni de Benjamin Franklin, ni de George

Washington siquiera. Tampoco, al observar la Estatua de la Libertad, podía haber tenido la menor noción de la existencia de aquella variedad de tradición cristiana o democrática.

No obstante, con sólo elevar la mirada, el niño llegado de las orillas del Mediterráneo entendía cosas. Percibía poder. La colossal diosa de color verde pálido se alzaba solitaria sobre su gigantesco pedestal en medio de las aguas. A centenares de metros de altura, bajo la imponente diadema, el inexpresivo y heroico rostro enfocaba con olímpica indiferencia el despejado cielo azul, mientras con el brazo erguido

proclamaba la Victoria. El niño intuía que si la estatua representaba algún tipo de bienvenida, ésta iba dirigida a un imperio como el de sus antepasados. Sólo había algo que lo tenía desconcertado.

—¿Es un hombre o una mujer? —susurró a Anna.

—Es una mujer —le dijo el tío Luigi—. Los franceses se la dieron a los americanos.

De haberlo sabido, el tío Luigi habría añadido que el escultor era de Alsacia, la región limítrofe con Alemania, y que también había estudiado en Egipto, por lo que no era

de extrañar que su monumento a la libertad, intemporal como las pirámides, fuera a la vez un reflejo de la versión moderna del espíritu clásico, en boga durante el Segundo Imperio francés, apuntalado tal vez con un toque de potencia germana.

Navegaron directamente hacia Ellis Island. Los pasajeros de primera y segunda clase, que disponían de camarote, no tenían que pasar por aquel calvario. Ellos ya habían recibido una breve y cortés inspección a bordo antes de que el barco entrara en la bahía y podían desembarcar sin más trabas.

Por el lado de estribor se hizo

visible la isla del Gobernador y después la punta de Manhattan, con su pequeño fuerte y su parque. Más lejos, en el East River, las chimeneas de los barcos de vapor y los altos mástiles de los veleros adornaban las aguas. En el lado de babor, Salvatore vio los altos acantilados de las Empalizadas que bordeaban el Hudson. Un momento después, el navío inició la lenta maniobra para dirigirse a los muelles Hoboken situados en la orilla de Nueva Jersey, donde atracaban los buques alemanes.

Al otro lado del río, Nueva York se prolongaba a lo largo de kilómetros.

Calle tras calle, se sucedían las casas de ladrillo o de parda piedra, salpicadas por ramilletes de edificios de oficinas de varios pisos de altura. No lejos se alzaba el oscuro campanario de la Trinity, en Wall Street, y un poco más allá, las torres neogóticas del puente de Brooklyn se destacaban en el cielo. Aún más espectaculares eran, empero, la decena de rascacielos, de noventa metros de altura. No obstante, mientras todos miraban con avidez la ciudad, Salvatore se puso a pensar en otra cosa.

El incidente había tenido lugar en la curva de la escalera metálica que conducía a cubierta. Allí había oído

decir aquello a sus padres. Los otros niños no lo habían oído, porque ya habían doblado la curva.

Sus padres habían estado discutiendo a propósito del tío Luigi. Su padre se quejaba de algo que había hecho aquél y su madre lo defendía, cosa que no tenía nada de particular. Salvatore no prestó mucha atención, por consiguiente, hasta que su padre anunció:

—¿Sabes qué va a pasar en Ellis Island? Que van a enviar de vuelta a tu hermano.

—No digas eso, Giovanni — contestó, consternada, su madre.

—Pero si es verdad... Yo sé lo que pasa, porque he hablado con un hombre que estuvo allí. No sólo le examinan a uno el pecho y la vista... También tienen médicos especiales que detectan a los que están locos. Les pintan una cruz con tiza en el pecho, los hacen sentar en un banco y los hacen hablar. Y al cabo de un minuto... —efectuó un ademán—, ya han acabado. Siempre lo notan. Son especialistas, salidos de los mejores hospitales para locos de América. Seguro que comprenderán enseguida que tu hermano no está bien de la cabeza y lo mandarán otra vez para Italia. *Ecco*, ya lo verás.

—No digas eso, Giovanni. No pienso escucharte —gritó su madre.

Salvatore sí había escuchado, y cuando llegaron a cubierta, tiró de la manga de su padre para susurrarle algo.

—¿Es verdad, papá, que volverán a mandar a casa al tío Luigi porque está loco?

Su padre abatió la cabeza con expresión seria.

—Chist —repuso—, es un secreto. No debes decírselo a nadie. Prométemelo.

—Te lo prometo, papá —aseguró Salvatore.

Se trataba de un secreto muy difícil

de guardar, sin embargo. Su padre, Giuseppe y el tío Luigi llevaban cada uno una pesada maleta. La del tío Luigi era de ratán y parecía que podía estallar de un momento a otro. También tenían un baúl de madera que acarreaban con un carro. A los pasajeros de cubierta los condujeron directamente por el muelle al punto donde aguardaba una barcaza. Su padre los apremió para que se situaran en la parte delantera. Como había hablado con otros hombres que habían regresado a Italia después de viajar a América, sabía cómo se desarrollaban las cosas allí.

—A veces lo tienen a uno esperando

un día entero en la barcaza antes de dejarlo bajar en Ellis Island —le habían explicado—. Por eso, con este tiempo, vale más estar adentro que en cubierta.

Una vez se hallaron en cubierta llegaron en cuestión de minutos a la isla, y aunque tuvieron que esperar un rato, al cabo de una hora se habían incorporado a la fila que avanzaba lentamente hacia el gran portalón.

La instalación principal de Ellis Island era un gran edificio de ladrillo rojo, provisto de cuatro recias torres en las esquinas, que protegían el techo de la enorme sala central. La cola se movía despacio hacia la entrada. Cuando

llegaron, un hombre gritaba órdenes y los porteros tomaban el equipaje de la gente. Su madre no quería soltar el suyo, porque estaba segura de que se lo iban a robar, pero la obligaron. Después, al entrar en el vestíbulo, Salvatore advirtió que el suelo estaba recubierto de pequeños azulejos blancos. Allí había militares encargados de la sanidad pública ataviados con oscuros uniformes y botas altas y ayudantes vestidos de blanco que sabían hablar italiano e indicar a la gente lo que debía hacer. Al poco, Salvatore, que no se despegaba de su madre y de Anna, tenía varias etiquetas prendidas a la ropa.

Después dieron instrucciones de que los hombres fueran por un lado y las mujeres y los niños por otro. Su padre, Giuseppe y el tío Luigi tuvieron que separarse de ellos. Salvatore se puso triste, porque sabía que su tío no iba a volver.

—Adiós, tío Luigi —se despidió, pero éste no lo oyó.

Delante de él, un médico joven examinaba la vista a todo el mundo. Salvatore vio que marcaba a un niño la letra «T». Cuando por fin le llegó el turno a la familia Caruso, comenzó con la pequeña Maria, a quien tocó con suavidad el ojo con el índice. Después

le hizo lo mismo a Salvatore. Éste quedó aliviado, porque su padre le había dicho que quizá le levantarían el párpado con un ganchito y que eso dolía y que tenía que ser valiente. Después de inspeccionar también a Paolo, Anna y a su madre, el médico les indicó que siguieran adelante.

Más allá había una amplia escalera, a propósito de la cual les había avisado su padre.

—Es una trampa —les explicó—. Habréis de tener mucho cuidado, porque os estarán observando. Lo importante es no dar la impresión de estar cansado ni de que os falte la respiración.

Salvatore comprobó, en efecto, que los individuos uniformados los observaban en silencio desde el vestíbulo de abajo y el rellano de arriba. Uno de ellos, que se encontraba en un recodo, decía algo a las personas que subían.

La familia que tenían delante era numerosa y parecía que los médicos se demoraban con ellos. Mientras tanto, debían mantenerse en fila y Salvatore empezaba a aburrirse, pero por fin volvieron a circular. Cuando llegó junto al individuo de uniforme, éste le preguntó, en dialecto napolitano, su nombre. Él le respondió en voz bien alta

y el hombre sonrió. Cuando le tocó el turno a Paolo, sin embargo, éste tosió antes de contestar. Sin decir nada, el hombre dibujó una marca con tiza azul en el pecho de Paolo y al cabo de un momento, otra persona se llevó a Paolo. Su madre se alteró mucho.

—¿Qué hacen? —gritó—. ¿Adónde llevan a mi hijo?

—A la consulta médica —le informaron—. Pero no se preocupe.

Después uno de los hombres le pidió a Salvatore que respirara hondo. Éste hinchó el pecho y al cabo de un momento, el hombre asintió con cara de satisfacción. A continuación, otro

hombre le examinó el cuero cabelludo y las piernas. Tardaron un poco hasta haberlos inspeccionado a todos, pero al final le dijeron a su madre que podía continuar.

—Esperaré aquí hasta que vuelva mi hijo —anunció.

—Tendrá que esperarlo en la sala de Registro —le contestaron.

No tuvo más remedio que obedecer. A aquella sala se entraba a través de una gran puerta de doble batiente. A Salvatore le pareció como una iglesia aquel enorme espacio, con baldosas rojas en el suelo, naves laterales, altísimas paredes y techo en bóveda de

cañón, que reproducía a la perfección la forma de las basílicas romanas presentes en toda Italia. A unos seis metros del suelo, en un balcón con antepecho de hierro, unos funcionarios los observaban desde arriba. Al fondo había una hilera de catorce escritorios, ante los cuales se prolongaban las colas en serpenteante hilera, delimitadas por las vallas de separación. También había un amasijo de gente que esperaba para incorporarse a las filas.

Miraron en derredor sin advertir señales de Paolo. Nadie dijo nada.

Entonces vieron a un hombre con el que habían hablado en el barco. Era un

maestro, una persona instruida. Al reconocerlos, se acercó a ellos y Concetta le explicó lo ocurrido con Paolo.

—Sólo tiene tos —insistió—. No es nada. ¿Por qué se lo han llevado?

—No se preocupe, señora Caruso —respondió el maestro—. Aquí tienen un hospital.

—¿Un hospital?

Su madre estaba horrorizada. Como la mayoría de las mujeres de su pueblo, creía que una vez que uno entraba en un hospital no volvía a salir.

—En América es distinto —le aseguró el maestro—. Aquí curan a la

gente. Los dejan salir al cabo de una o dos semanas.

Concetta sacudió la cabeza, dubitativa.

—Si lo mandan a Italia —planteó—, no puede ir solo...

—Si lo mandan a casa ¿podré ir con él? —preguntó Salvatore, que ya estaba pensando que en América no se iba a divertir mucho sin Paolo.

Su madre exhaló un grito, crispando la mano sobre el pecho.

—¿Ahora mi hijo menor quiere abandonar a su familia? —exclamó—. ¿Acaso no quieres a tu madre?

—No es eso, señora —la tranquilizó

el maestro—. Es sólo un niño.

Su madre, de todas formas, le dio la espalda a Salvatore.

—¡Mirad! —gritó Anna.

Era Paolo, que acudía en compañía de Giuseppe y su padre.

—Lo hemos esperado —explicó Giovanni Caruso a su esposa.

—Me han mirado tres médicos —contó, muy ufano, Paolo—. Me han dicho que respirara, que tosiera y me han mirado la garganta. Y dos de ellos me han escuchado el pecho y otro la espalda.

—¿Entonces estás a salvo?! —gritó su madre—. ¿No se te han llevado? —

Lo apretó contra su pecho y así lo mantuvo un instante antes de soltarlo y santiguarse—. ¿Y Luigi? —preguntó después.

—No lo sé —respondió Giovanni Caruso, encogiendo los hombros—. Lo han separado de nosotros.

Salvatore sabía lo que había ocurrido, que los médicos del manicomio estaban interrogando al tío Luigi, pero no dijo nada.

La familia se situó en la cola. Tardaron mucho en llegar a la parte de delante, y todavía no había señales del tío Luigi. Por fin se aproximaron a los grandes escritorios donde esperaban los

funcionarios, unos sentados y otros de pie detrás.

—Los de atrás son los intérpretes —susurró su padre—. Son capaces de hablar todas las lenguas del mundo.

Cuando llegaron al escritorio, el hombre se dirigió a Giovanni Caruso en dialecto napolitano, comprensible para cualquier persona del Mezzogiorno.

Tras consultar sus nombres en el manifiesto, esbozó una sonrisa.

—Caruso. Al menos en el barco les anotaron bien los nombres. A veces los trastocan de una manera terrible. Nosotros tenemos que atenernos a lo que pone en el manifiesto del barco ¿saben?

¿Están todos aquí?

—Excepto mi cuñado. No sé dónde está.

—¿No se apellida Caruso?

—No.

—A mí sólo me interesan los Caruso. —El hombre les formuló algunas preguntas y pareció satisfecho con las respuestas. Preguntó si habían pagado ellos mismos sus pasajes y le respondieron que sí—. ¿Y tiene un trabajo en América?

—No —oyó Salvatore a su padre.

Él sabía algo de aquello. Giovanni Caruso había avisado al respecto a toda la familia. Aunque Francesco le había

encontrado un empleo, nadie debía decirlo, porque si no los hombres de Ellis Island lo enviarían de nuevo a Italia. Aquella extraña norma existía por dos motivos, según les explicó. El primero era que en los Estados Unidos querían hombres dispuestos a aceptar cualquier trabajo que encontraran. El segundo era para poner trabas a la implantación de cualquier tipo de tráfico ilícito. En ese sentido existía la figura del *padrone*, que prometía trabajo, pagaba los pasajes e incluso viajaba con los emigrantes en el barco... con la salvedad de que el *padrone* iba en primera o en segunda clase, desde luego.

Los incautos confiaban en los *padroni* porque eran compatriotas italianos. Muchas veces los esperaban en el parque próximo a los muelles y los llevaban a un lugar donde alojarse. A partir de ahí, los recién llegados se hallaban en su poder, atrapados como esclavos, despojados de cuanto tenían.

Satisfecho con las indagaciones, el hombre del escritorio los invitó a seguir adelante.

—Bienvenido a América, señor Caruso —dijo—. Buena suerte.

Pasaron por un torniquete y, tras bajar unas escaleras, llegaron a la sala de equipajes. Allí les dieron una bolsa

de comida y otra de fruta y les localizaron las maletas y el voluminoso baúl. No les habían robado nada. Salvatore observó cómo su padre y Giuseppe comenzaban a cargarlo en el carro. Alguien les dijo que podían hacerles llegar los bultos de forma gratuita a cualquier dirección de la ciudad, pero Concetta se sentía tan aliviada de que no se los hubieran robado que no quiso volver a perderlos de vista.

Aún miraba ansiosamente por todas partes buscando al tío Luigi. Salvatore, en cambio, convencido de que no acudiría, no se molestaba en mirar.

Luego, de repente, su madre se puso a gritar.

—¡Luigi! ¡Luigi! —llamó con grandes gestos—. Estamos aquí. Por aquí.

Y efectivamente, en el otro extremo de la sala, Salvatore vio a su tío que acudía, muy sonriente, hacia ellos.

—¡Tío Luigi!

Salvatore echó a correr hacia él. Su tío, que cargaba con su maleta, lo cogió en brazos con la mano libre y lo llevó hasta donde aguardaba su hermana.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ésta—. No te veíamos.

—He pasado antes que vosotros —

explicó, mientras dejaba a Salvatore en el suelo—. Hace diez minutos que os espero.

—Alabado sea Dios —exclamó ella.

—Te han dejado entrar en América, tío Luigi —se felicitó, más alborozado aún, Salvatore—. Te han dejado entrar.

—Pues claro. ¿Por qué no me iban a dejar entrar?

—Porque estás loco. A los locos los mandan de vuelta.

—¿Cómo? ¿Me estás llamando loco? —Su tío le dio una bofetada—. ¿Son éstas maneras de hablar a tu tío? ¿Así es como crías a tus hijos? —interpeló a Concetta.

—¡Salvatore! —gritó su madre—.

Pero ¿qué dices?

—Es verdad —adujo, con lágrimas en los ojos, Salvatore—. A los locos los marcan con una cruz y los médicos del manicomio les hacen preguntas y los mandan a Italia.

El tío Luigi volvió a alzar la mano.

—Basta —zanjó su madre, mientras Salvatore hundía la cara en su falda—. Luigi, ayuda a Giovanni con las maletas. Como si no tuviéramos bastantes problemas ya. *Poverino*, no sabe lo que dice.

—El tío Luigi me ha pegado —lloriqueó al cabo de unos minutos,

cuando se encontraba junto a su padre.

Éste no tuvo ningún gesto de consuelo, sin embargo.

—Te está bien empleado —afirmó—. Así aprenderás a no ir diciendo por ahí lo que hay que callar.



Poco antes de mediodía, el 17 de octubre, sonó el teléfono. El mayordomo respondió y luego fue a informar a Rose de que su marido tenía que hablar con ella.

—Dígale que enseguida bajo —
respondió.

Se estaba poniendo la gargantilla de perlas y se veía muy elegante con su vestido de seda gris.

Por mucho que quisiera a William, habría preferido que no la llamara en ese preciso momento. Tenía que haberse acordado de que estaría ocupada, porque aquél era el día del mes en que sacaba de paseo a su abuela.

Aunque era una obligación, Rose también disfrutaba sacando a la anciana Hetty Master. Pese a que tenía ya casi noventa años, conservaba una mente ágil y despierta. A veces iba en su propio

carruaje, pero también le gustaba que la acompañaran, y nunca le faltaban temas de qué hablar. Leía los periódicos cada día y después de que Rose la hubiera puesto al corriente de las últimas novedades relativas a los niños, Hetty siempre hacía pertinentes preguntas sobre los diferentes enfoques de los periódicos de Pulitzer o de su competidor Hearst, a las que Rose a menudo tenía dificultades en contestar.

Resultaba además muy agradable para la familia —y para sus aspiraciones de futuro— contar con un espléndido personaje como ella de referencia.

A veces, bajo pretexto de distraer con ello a la anciana, acudía con amigos a aquellas expediciones mensuales. Después esas amistades, tras haber visto el interior de la preciosa y antigua casa de Gramercy Park, no sólo podían maravillarse de la agudeza mental de la señora Master —lo cual les recordaba que los hijos de Rose heredaban inteligencia desde todas las ramas— sino también escuchar, a raíz de la discreta demanda de Rose, cómo la anciana evocaba los días en que la ópera todavía se encontraba justo al lado, en Irving Place, y la familia Master disponía de un palco en ella. Los

advenedizos no habían podido acceder a esos palcos, pese a las grandes sumas que estaban dispuestos a pagar por ellos. Ni siquiera lo habían conseguido los Vanderbilt, Jay Gould o el mismo J.P. Morgan, cosa que los había impulsado a fundar el Metropolitan Opera House, adonde iba todo el mundo ahora. Los Master, en cualquier caso, siempre habían tenido un palco en Irving Place, y con eso quedaba todo dicho.

—¿Y no abandonó su marido el Union Club? —preguntaba, por ejemplo, Rose.

—A mí siempre me gustó el Union Club —respondía entonces Hetty—. No

sé por qué la gente lo abandonaba.

—Decían que admitían a demasiada gente ordinaria —le recordaba Rose—. Por eso crearon el Knickerbocker Club, del cual es miembro ahora mi suegro —explicaba a sus invitados.

—El Union Club no tenía nada de malo —reiteraba la anciana señora Master.

Fuera como fuese, ya era hora de que se pusiera el abrigo para salir, se dijo Rose, esperando que su marido no la hiciera retrasarse. Abajo, el mayordomo le entregó el teléfono.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó.

—Sólo que se me ha ocurrido

llamar. Aquí las cosas están un poco complicadas, Rose.

—¿En qué sentido, querido?

—Aún no lo sé bien, pero no me gusta el cariz que tiene el mercado.

—Seguro que todo saldrá bien, William. Recuerda lo que ocurrió en marzo.

Aquella primavera habían pasado unos días de inquietud. Después de un periodo de crédito fácil, de improvisto se había sabido que varias empresas de peso pasaban por un mal momento. Después en California hubo un terremoto, en los mercados cundió el pánico y se endurecieron las

condiciones de crédito. Aunque se superó la crisis, a lo largo de todo el verano, mientras se encontraba en Newport con los niños, de la ciudad llegaba la onda expansiva de los altibajos de la Bolsa.

Sabía que William asumía riesgos, al igual que muchas otras personas, y aquélla no era la primera vez que sufría un ataque de nervios, ni tampoco la última seguramente.

—Hablaemos de eso esta noche —dijo—. Ahora tengo que ir a llevar a pasear a tu abuela.

Salió a la calle Cincuenta y Cuatro con un sombrero adornado con una

pluma de avestruz y un abrigo orlado de piel de zorro. Había estado muy acertada al elegir aquella casa. Se encontraba entre la avenida Quinta y la Madison, algo más cerca de la segunda, justo unas manzanas más abajo de Central Park, no lejos de las grandes mansiones de los Vanderbilt de la Quinta. En realidad, las calles aledañas eran incluso mejores que la avenida.

Lo había intuido en el transcurso de sus pesquisas. El carácter de la Quinta estaba a punto de cambiar no más arriba, en las proximidades del parque, sino allí, en la bulliciosa intersección de las distintas vías públicas. Y efectivamente,

al cabo de pocos años de adquirir la casa, se había producido el cambio.

Primero fueron los hoteles, el Saint Regis y el Gotham; espléndidos, por supuesto, pero hoteles al fin y al cabo, los que surgieron en la Quinta con la Cincuenta y Cinco. Ahora iban a construir un edificio comercial en la manzana de arriba. También corría el rumor de que Cartier, la empresa de joyería de París, tenía intención de instalarse allí. Aunque se trataba del sùmmum de la elegancia, no era una vivienda particular. En las calles laterales no ocurría lo mismo; allí se sucedían las residencias familiares.

Unos números más allá vivía la familia Moore, en una preciosa casa de piedra arenisca de cuatro pisos, con una amplitud de tres ventanas en la fachada, una entrada central flanqueada por una barandilla con lámparas y un balcón en piedra tallada en el piso noble. Él era un rico abogado. La casa de los Master era una de las diversas casas construidas con la típica piedra parda en la misma manzana, con unos escalones que daban acceso al porche. Aunque no era tan bonita como aquélla, no dejaba de tener su prestancia.

Rose no perdía de vista la casa de los Moore, que usaba como referencia.

Los Moore tenían nueve sirvientes. William y ella tenían seis: un mayordomo escocés, una niñera inglesa y el resto de los criados domésticos, que eran irlandeses. Los niños iban un par de veces por semana a la escuela de equitación Durland, situada en la Sesenta y Seis, al otro lado del parque. Con un sentimiento de satisfacción general por todo ello, bajó las escaleras de la calle.

De haber sabido lo que le tenía reservado la anciana señora Hetty Master ese día, se habría vuelto a meter enseguida en su casa.

En lugar de ello se acentuó su

sonrisa, porque delante de ella se hallaba, resplandeciente como el carro de Apolo, una nueva posesión que hacía descollar a la familia incluso entre el mundillo de ricos de Nueva York. El chófer le abrió la puerta para que se subiera.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —exclamaba ella con una carcajada—. Es un capricho de mi marido.

En realidad, la adquisición había sido un derroche en toda regla. Y es que William Master era un fanático de los coches. Durante los veinte años precedentes, en la ciudad se habían

producido extraordinarios cambios como la instalación de las líneas de tranvía, mucho más silencioso, en la Tercera y en Broadway y la reciente electrificación de los trenes elevados. Hasta los coches de caballos de alquiler se estaban viendo relegados por coches motorizados dotados de taxímetros. Los automóviles particulares eran, no obstante, un lujo reservado a los ricos.

Aun así, había varios fabricantes entre los que elegir, desde Oldsmobile, el primer productor en serie, que ofrecía elegantes modelos con líneas curvas, al más exclusivo Cadillac, que debía su nombre a la memoria del aristócrata

francés fundador de Detroit, pasando por los numerosos modelos de Ford. William Master los conocía todos. Era capaz de disertar sobre las ventajas del Modelo K, el más alto de la gama Ford, que costaba la friolera de 2800 dólares, ocho veces más que un Oldsmobile, o acerca de la rivalidad que mantenían en los circuitos de carreras los europeos Mercedes y Benz. Esa primavera llegó entusiasmado con las noticias que acababan de recibir desde Gran Bretaña.

—Ha salido el nuevo Rolls-Royce... Claude Johnson lo ha probado en Escocia y los resultados son

extraordinarios. Asegura que el Autocar es el mejor coche del mundo. Es tan silencioso que Johnson le ha puesto al suyo el nombre de *Fantasma Plateado*. Hasta ahora sólo han fabricado unos cuantos, pero todo el mundo va a querer uno. Bueno —puntualizó, con una sonrisa—, los que puedan permitírselo.

—¿Cuánto cuesta?

—Hum... Rolls-Royce le envía a uno el chasis y el motor. Supongo que eso ascenderá a mil libras británicas. Luego hay que encargarse la carrocería... que debe de suponer otros cien, más o menos. Aparte, hay otros detalles. La cosa debe de rondar por los mil

doscientos, quizá.

—¿A cuántos dólares corresponde una libra, William?

—Exactamente una libra equivale a cuatro dólares con ochenta y seis centavos.

—¡Pero si eso supone seis mil dólares! Nadie va a poder pagarlo —afirmó.

William no dijo nada. La semana anterior, el coche había llegado a los muelles.

—Encargué los acabados iguales que los de Johnson: pintura plateada y accesorios plateados. Johnson tenía los asientos en cuero verde, pero yo elegí el

rojo. A este coche lo llamaré *Fantasma Plateado* también. ¿No es precioso?

En efecto, lo era. Durante el resto de esa semana, William y el chófer habían conducido juntos el coche. El día anterior fue el primero en que le permitió conducirlo solo al chófer. Y ese día, Rose se instaló en él y dejó que la llevara por la Quinta hacia Gramercy Park, sintiéndose igual que una duquesa.

Cuando llegó, Hetty Master la estaba esperando. Inspeccionó el coche con interés y preguntó cuánto costaba.

—No me parece bien —dictaminó.

De todas formas se montó sin reparos. Aunque a veces le gustaba

incluir a su amiga Mary O'Donnell en aquellas salidas, aquel día iba sola.

Eran pocas las personas capaces de disfrutar de la vejez, pero en la medida de lo posible, Hetty Master era una de ellas.

Era una anciana rica en plena posesión de sus facultades. Su familia la quería y vivía cerca. Decía y hacía lo que le venía en gana. Podía permitirse algunas particularidades que, cuando era joven, más valía contener, y para divertirse, hasta cultivaba otras nuevas. Aunque nunca le había interesado tanto el ascenso social y era mucho menos conservadora que Rose, comprendía su

ambición y la respetaba. Aun así, de vez en cuando le tomaba un poco el pelo.

—¿Adónde quiere que vayamos? —inquirió Rose.

—Se lo diré a medida que circulemos —respondió la intrépida anciana—. Primero iremos a recoger a Lily.

Rose sabía que era mejor no hacer demasiadas preguntas y, mientras retrocedían por la Quinta, fue Hetty quien mantuvo la iniciativa de la conversación. Desde la calle Veinte hasta la Treinta, quiso ponerse al día de todo lo relativo a los niños. En la Treinta, comentó que el coche era desde

luego muy cómodo, pero demasiado caro, y que tendría que decirle a William que era un despilfarrador. Rose solamente la interrumpió a la altura de la Treinta y Cuatro para lamentarse.

—Incluso después de diez años — declaró, señalando con la enguantada mano un suntuoso edificio—, cuando pienso en el escándalo y en la pobre señora Astor, no puedo soportar mirarlo. ¿No le sucede a usted lo mismo?

Y es que pasaban delante del hotel Waldorf-Astoria.

Aun cuando habían diversas señoras

Astor, como era lógico, a lo largo de la infancia y juventud de Rose todo el mundo había convenido en que, fuera cual fuese su título oficial, la señora Astor era Caroline Schermerhorn. La divina señora Astor, la heroína, amiga y mentora de Rose.

Era muy rica, desde luego, eso holgaba decirlo. Junto a su marido, habían ocupado una de las dos enormes mansiones que la familia tenía allí. Si la familia Astor había alcanzado desde hacía tiempo un nivel de riqueza y posición social que le permitía ocupar un liderazgo en la sociedad neoyorquina, gracias a su linaje holandés, que se

remontaba a la fundación de la ciudad, Caroline Schermerhorn podía reclamarlo como un derecho natural. Con todo aquel poder a su disposición, la señora Astor había asumido una hercúlea tarea: pulir los modales de la clase alta neoyorquina.

Por casualidad encontró a alguien que la ayudó y le insufló ánimos. Esta persona era el señor Ward McAllister, un caballero sureño que, después de casarse con una rica heredera, había viajado por Europa y observado los modales de la aristocracia del continente para luego consagrar su vida a tales cuestiones. El señor Ward

declaró que la señora Astor, una mujer bajita, morena y tirando a regordeta, era una inspiración para él y se sumó a su campaña para pulir a la clase alta neoyorquina.

En América tampoco faltaba la clase y el exclusivismo. Boston, Filadelfia y otras ciudades de solera, incluida Nueva York, intentaban asentar un orden más permanente trazando censos sociales. En Nueva York, los antiguos terratenientes holandeses y los antiguos mercaderes ingleses, con sus palcos en la Academy of Music, ya sabían cómo mostrarse presuntuosos. Cuando después de hacer fortuna el propietario de los almacenes

A.T. Stewart se construyó una mansión en la Quinta, lo consideraron un advenedizo y le dieron la espalda de una manera tan cruel que acabó yéndose de allí, desesperado.

Nueva York presentaba, sin embargo, un problema particular, el de haberse convertido en una gran atracción.

Con sus bancos y sus comunicaciones transatlánticas, era el centro financiero indiscutido del continente y toda gran empresa debía tener una oficina allí. Los magnates del cobre y la plata, los propietarios de ferrocarril, los petroleros como

Rockefeller de Pittsburg, los potentados del acero como Carnegie y los barones del carbón como Frick, todos, ya fuera desde el Medio Oeste, el Sur o incluso desde California, todos afluían a Nueva York. Sus fortunas eran asombrosas y con ellas podían hacer lo que se les antojara.

La señora Astor y su mentor aducían que con el dinero sólo no bastaba. Pese a que el viejo Nueva York siempre había estado pendiente del dinero, no carecía por ello de elegancia. El dinero había que orientarlo, amaestrarlo, civilizarlo. ¿Y quién iba a encargarse de ello sino la vieja guardia? En la cúspide de la

ciudad tenía que haber por lo tanto un selecto círculo, compuesto por los ricos de solera, que irían dando acceso, uno por uno, a los aspirantes después de un periodo de exclusión durante el cual debían mostrarse dignos. McAllister colocó la barrera inicial en la tercera generación. En resumidas cuentas, se trataba de lo mismo que venía haciendo la Cámara de los Lores inglesa desde hacía siglos.

Cabía hacer, con todo, alguna que otra excepción. Los Vanderbilt eran nuevos ricos, y el viejo capitán, que blasfemaba más que un carretero, nunca se preocupó lo más mínimo de brillar en

sociedad. La siguiente generación, con su riqueza y determinación, llegó a ser admitida incluso antes de haber incorporado un duque a la familia. Había que ser prácticos.

¿Y a quién le correspondía elegir a los integrantes del selecto círculo? Ward McAllister dirigía un comité compuesto por los patricios más destacados de la región que decidían quién podía asistir al evento anual del Baile de los Patriarcas. En cuanto tuvo a la señora Astor de su parte, ésta se convirtió en la reina del acto, y otorgaba a la lista su sello de aprobación real. El número de invitados que se admitían era variable,

pero en todo caso no superior a los cuatrocientos, ya que según McAllister aquélla era la cifra total de personas de la gran metrópolis que no desentonarían en una sala de baile. Si uno tenía en cuenta los miles de neoyorquinos que estaban acostumbrados a bailar y que seguramente habían estado en actos igual de refinados que McAllister, podía considerarse que aquella afirmación era un tanto arbitraria, pero como a él le agradaba así, los asistentes no eran más de cuatrocientos.

Había que reconocer, de todos modos, que las listas de la señora Astor presentaban una extraordinaria

coherencia. En ella cabían las familias de grandes fortunas recientes, por supuesto, como los propios Astor o los Vanderbilt, las familias de riqueza consolidada desde generaciones como los Otis, Havemeyer y Morgan y la alta burguesía implantada desde el siglo XVIII como los Rutherfurd y los Jay. La sal de la lista la componían asimismo los prestigiosos apellidos que se remontaban a los inicios de la colonia, en el siglo XVII: Van Rensselaer, Stuyvesant, Winthrop, Livingston, Beekman o Roosevelt. Si la señora Astor pretendía mantener a las discretas familias adineradas del viejo Nueva

York como ejemplo de cómo había que comportarse, había que admitir que enfocaba bien su selección.

Cuando Rose conoció a William, el que había de convertirse en su marido, lo primero que averiguó, incluso antes de conocer su maravilloso segundo nombre, fue que los Master eran una familia de raigambre incluida en la lista de la señora Astor. Y cuando después de su boda, la anciana señora Astor la adoptó entre sus íntimos, Rose se convirtió en una incondicional admiradora suya. Se había pasado más de una tarde sentada a sus pies, aprendiendo los aspectos más

alambicados del protocolo social.

Sólo una de aquellas normas le había suscitado reparos.

—La señora Astor dice —comentó a William— que siempre hay que llegar a la ópera después de que haya empezado la representación y marcharse antes de que se termine.

Se trataba de una interesante idea, importada de la Vieja Europa, donde la flor y nata de la sociedad iba a la ópera a exhibirse. Cabía suponer pues que, si los artistas llegaran a tener la buena suerte de dar una representación ante un público íntegramente compuesto de aristócratas, se produciría un éxodo

masivo justo antes del final, con lo que deberían concluir la ópera rodeados de silencio y de un teatro vacío... de modo que se ahorrarían el engorro de tener que volver a salir varias veces a escena a recibir flores y ovaciones.

—Pues a mí que me aspen si me pierdo la obertura y el final cuando he pagado mi buen dinero para verlos —replicó, con buen tino, su marido. Podría haber añadido que aquello era un insulto para la música, los artistas y el resto de los asistentes, pero tuvo la suficiente perspicacia para captar que allí estaba precisamente la gracia del gesto. Se suponía que los aristócratas debían estar

por encima de la música y desentenderse por completo de los sentimientos de los artistas o del público—. Tú sal si quieres —añadió—, pero yo me quedo.

Rose habría dudado en respetar ella misma aquella convención de no haber sido por la fidelidad que profesaba a la señora Astor.

Ella y William encontraron, no obstante, una solución intermedia. Rose salía justo antes del final de la ópera y esperaba en el carruaje unos metros más allá, de tal manera que, en cuanto William acudía a su encuentro, podían alejarse rápidamente de los vehículos de los menos avisados.

—Cuando pienso —se lamentó entonces con Hetty Master— en la manera como trató a la señora Astor su propia familia me hierve la sangre.

El joven sobrino de la señora Astor era el culpable de la fechoría. Había vivido en la casa de al lado de la dama, y como su padre falleció y él podía autoproclamarse, teóricamente, como el cabeza de familia, exigió que cediera el tratamiento de señora Astor a su esposa y que Carolina adoptara el apelativo, inferior, de señora William Astor.

—Él, desde luego, no fue nunca un caballero —declaró Rose—. Si hasta

escribía novelas históricas.

El caso fue que la señora Astor se negó a acceder a sus demandas, aferrándose al respeto que merecían la edad y la reputación. Enfurruñado, el joven Astor se marchó a Inglaterra y no regresó. Se hizo incluso ciudadano inglés, confirmando que no era más que un oportunista, porque en opinión de Rose no era lo mismo dejar que la propia hija se casara con un inglés que adoptar uno mismo esa nacionalidad.

—Me han dicho que ahora vive en un castillo —señaló Hetty Master. Era cierto. Había comprado Hever Castle, en Kent, la casa donde pasó la infancia

Ana Bolena—. Quizás escriba otra novela allí —añadió.

De todas maneras, se vengó de su tía. Convirtió su antigua casa de Nueva York en un hotel, de trece pisos de altura, que se elevaba por encima de la residencia de la señora, impidiendo toda intimidad. Lo llamó Waldorf.

Cuatro años después, ella se dio por vencida y se trasladó a otro lugar. La familia Astor rehízo su casa para instalar en ella un segundo hotel, el Astoria, que pronto quedó unido con el otro, mediante el espléndido Peacock Alley, para formar un solo establecimiento. Rose todavía se negaba

a poner los pies en él.

—La señora Astor merece que le erijan una estatua en su honor —afirmó con contundencia Rose.

—Dicen —apuntó, tras una pausa, Hetty— que hoy en día padece un estado de demencia absoluta.

—No está bien —concedió Rose.

—Pues yo he oído que está demente —reiteró, inexorable, Hetty.

El Rolls-Royce llegó a la Cuarenta. El antiguo depósito había quedado en desuso ya y en el solar estaban construyendo una magnífica biblioteca pública. En la familia todos sabían que aquél era el lugar donde Frank había

pedido en matrimonio a Hetty, por lo cual Rose mantuvo un reverente silencio mientras pasaban por delante. Al cabo de poco, la catedral de Saint Patrick se irguió a la derecha. A la altura de la Cincuenta, con las siluetas de los nuevos hoteles recortadas en el cielo junto a las mansiones de los Vanderbilt, Hetty comentó que parecía que todo se volvía muy alto en la ciudad.

—Me sorprende que te guste vivir por aquí con todos esos hoteles — señaló.

—Estamos en una calle lateral — arguyó Rose.

—Ya sé —dijo Hetty—. Pero de

todas maneras...

A petición suya torcieron por la Cincuenta y Siete, con lo cual pasaron delante de la hermosa sala de conciertos que había financiado el magnate del acero Carnegie. Aunque no siempre eran elegantes, los nuevos millonarios sabían en todo caso respaldar las artes.

—Yo estuve en la ceremonia inaugural —recordó Hetty—. El propio Tchaikovski dirigió la orquesta.

Poco después recorrían a toda velocidad Central Park West, una zona que cada vez se veía más bonita. El Dakota tenía compañía, un esbelto edificio llamado Langham, que se alzaba

en la siguiente manzana. Otros espléndidos edificios ofrecían vistas al parque.

En el Dakota, Lily de Chantal las esperaba abajo. Los años habían sido clementes con ella; todavía tenía buen aspecto. Después de abrazarse, las dos mujeres se instalaron en el asiento de atrás mientras Rose se trasladaba al asiento de delante.

—Iremos primero al Paseo del Río, al Riverside Drive —decretó Hetty.

Aun sin ser tan distinguido, el Upper West Side tenía muchas calles elegantes. En la West End Avenue había casas provistas de amplios salones de

recepción, espléndidas escalinatas curvas y salas de música o bibliotecas. Algunos de los edificios de apartamentos eran una maravilla... aquí se alzaba una exquisita fachada que podría haberse confundido con una construcción del Flandes gótico, de no haber sido porque tenía el doble de altura; allá, un enorme bloque de ladrillo rojo, de las dimensiones de un castillo, culminaba en sinuosas mansardas que imitaban el estilo *belle époque* francés. La gente que vivía allí —médicos, profesores, propietarios de empresas medianas— pagaba mucho menos que los habitantes del otro lado

del parque y vivía muy bien. Cuando llegaron a la elevada y magnífica curva de Riverside Drive, que dominaba el Hudson, Hetty emitió una exclamación.

—Mirad. Esto es lo que quería ver.

El edificio que se erguía ante ellas era, desde luego, extraordinario. Lo habían terminado hacía poco. Ocupaba el espacio de una manzana entera, encumbrado por encima del Hudson.

Se trataba de un castillo de estilo renacimiento francés, construido con piedra caliza, con torrecillas, y que contaba con setenta y cinco habitaciones. Hasta las mayores mansiones de la Quinta, debido a la falta

de espacio, se veían burguesas en comparación con aquello. Su propietario, el señor Charles Schwab, había tenido la osadía e inteligencia de comprender que la mayor baza de la ciudad era la magnífica vista sobre el río Hudson. Haciendo caso omiso de las tendencias de moda había construido, a la manera de un auténtico príncipe, su mansión donde le apetecía. Ni los Astor, ni los Vanderbilt ni todo el resto, a excepción tal vez de Pierpont Morgan, lo sabían aún, pero los había superado con creces. Su antiguo jefe y socio, Andrew Carnegie, lo reconocía sin reparos.

—¿Habéis visto la casa de Charlie? La mía parece una choza a su lado.

Mantuvieron el Rolls-Royce parado unos minutos delante de la verja para admirar el lugar. Rose tenía que admitir que, aunque estuviera en el West Side, aquello era algo digno de retener para conversaciones futuras.

—Y ahora —anunció Hetty— vamos a ir a la Universidad de Columbia. Vamos a visitar al joven señor Keller.

—¿Al señor Keller? —A Rose se le ensombreció el gesto.

—Sí, claro, querida. El hijo de mi amigo Theodore Keller. Nos está esperando.

—Ah —dijo Rose, con aire pensativo.

No quería ver al señor Keller de Columbia. No quería verlo ni en pintura.

El recorrido por Riverside Drive era muy bonito. No era de extrañar que se cruzaran con varios ciclistas, pues por aquel entonces estaba muy en boga subir en bicicleta al gran mausoleo con vistas al Hudson donde estaban enterrados Ulysses Grant y su esposa.

—Ojalá yo pudiera hacerlo —comentó Hetty.

Antes de llegar al mausoleo se desviaron hacia el este y tras pasar junto al terreno donde estaban erigiendo la

impresionante catedral anglicana de Saint John llegaron al campus.

La Universidad de Columbia era una institución de cierta antigüedad. Había iniciado su andadura en el siglo XVIII en el centro de la ciudad con la denominación de King's College y con tendencia confesional mayoritaria anglicana. Más tarde había cambiado de nombre y se había desplazado un poco más al norte. Hacía tan sólo una década que se había vuelto a reubicar en el espléndido marco de la Ciento Quince con Broadway. El campus era precioso y, de hecho, la gran cúpula de la biblioteca que lo presidía no tenía nada

que envidiar a Harvard o Yale.

En ese momento, cuando pararon, Rose intentó poner en marcha la única argucia que se le ocurrió.

—Las esperaré en el coche — declaró, al tiempo que indicaba al chófer que acompañara a las dos ancianas.

Fue inútil, sin embargo.

—No puedes hacer eso, querida — protestó Hetty—. Él sabe que tú nos ibas a traer. Quedaría como un desaire.

Por consiguiente, al cabo de unos minutos se encontró en el interior del agradable despacho de un atlético individuo de unos treinta años, de pelo

castaño oscuro y relucientes ojos azules, que había colocado tres sillones delante de su escritorio y manifestaba una patente alegría por tenerlas allí.

—Bienvenidas a mi guarida — saludó el señor Edmund Keller con una radiante sonrisa.

En las paredes había estanterías con libros, una reproducción de la Gioconda y una fotografía de las cataratas del Niágara, realizada por su padre. Un vistazo a los libros bastaba para deducir que era un especialista en historia y temas clásicos. Rose dejó que la presentaran y luego mantuvo un discreto silencio.

—Lily y yo vimos a tu padre el otro día —explicó Hetty—. Vino un rato a tomar el té.

Rose los dejó charlar. Recordó que Theodore Keller vivía en la calle Diecinueve Este, a corta distancia de Gramercy Park, y sabía, por supuesto, que el viejo Frank Master había sido mecenas del fotógrafo. Eso estaba muy bien, pero su hijo era harina de otro costal. Se había enterado de la clase de persona que era el joven señor Edmund Keller, y lo sabía de buena tinta. Concretamente, la información la había recibido, ni más ni menos, que de labios del propio presidente de la Universidad

de Columbia.

Nicholas Murray Butler era un hombre impresionante. Era un distinguido académico e internacionalista y una figura política de talla. El presidente Theodore Roosevelt lo consideraba como un amigo, y sus opiniones, de cariz conservador, eran francamente sensatas. Todo el mundo decía que estaba realizando una gran labor en Columbia, de modo que si abrigaba sospechas con respecto al joven señor Keller, debía de tener motivos fundados.

Rose había conocido al señor Butler en una gala y había conversado con él un

rato. Como siempre procuraba mantenerse al tanto de cuanto ocurría en la ciudad, lo escuchó atentamente mientras refería las mejoras que estaba introduciendo en la universidad. Entre ambos se había establecido una corriente de simpatía mutua. Cuando le preguntó si estaba satisfecho con el nivel de los alumnos que aspiraban a ingresar en el centro, él respondió que sí, aunque luego añadió una aclaración en voz baja.

—Pero quizá hay demasiados judíos.

Rose no tenía personalmente nada en contra de los judíos. Algunos de los personajes más notables de Nueva York,

como por ejemplo el gran banquero Schiff, a quien el mismo Morgan tenía en gran consideración, eran judíos y participaban como los demás en los actos de sociedad. Las antiguas familias de judíos alemanes que vivían en el Upper West Side, o en Harlem, que ahora era un agradable barrio periférico, eran en general gente muy respetable.

Las masas de judíos pobres que habían invadido el Lower East Side a lo largo del último cuarto de siglo eran, desde luego, otro cantar. Uno no podía dejar de sentir pena por ellos, sabiendo que llegaban huyendo de aquellos terribles pogromos de Rusia y de sitios

parecidos. De todos modos, viéndolos en aquel ruidoso y bullicioso barrio, no imaginaba cómo podían salir de allí los distinguidos jóvenes que el señor Nicholas Murray Butler deseaba tener como alumnos.

—No me malinterprete —prosiguió éste—. Yo tengo honorables profesores judíos en la universidad, y aceptamos muchos muchachos judíos, pero tengo que limitar el número, porque si no inundarán el centro.

Fue entonces cuando, tratando de encontrar algo que añadir, recordó que el hijo de Theodore Keller daba clases en Columbia y mencionó su nombre.

Luego observó, sorprendida, cómo Butler torcía el gesto.

—¿Lo conoce? —preguntó el académico.

—No personalmente.

—Hum. —Titubeó un instante—. Él está en su derecho de mantener las opiniones que quiera, desde luego, pero yo mantengo ciertas discrepancias políticas con él.

—¿Sí? ¿Y son graves?

—Bueno —respondió, tras otra breve pausa—, yo sólo hablo por lo que ha dicho en público, pero tengo la impresión... no, creo más bien... que Edmund Keller es de tendencias

socialistas.

Rose Master no sabía gran cosa sobre los socialistas. Sí había oído hablar de ellos, por supuesto, en relación con lugares como Rusia e incluso otros países europeos más conocidos. Socialistas, comunistas, anarquistas, revolucionarios... personas que no respetaban la propiedad privada, personas sin raíces ni moral. Se acordó de algo que le había dicho un político británico en una cena, durante la estancia que efectuaron en Londres con William.

—Esa gente nos despojaría de todas las libertades individuales de que

disponemos. Nos llaman capitalistas, y ya sabrán ellos qué significa eso, y afirman que nuestro capitalismo es un mal. Ésa es la excusa que aducen para destruir todo aquello que para nosotros tiene valor. Si se salieran con la suya, nosotros pasaríamos a ser sirvientes de un estado totalitario como el imperio oriental de Ghengis Khan. Además, como están convencidos de tener la razón, están dispuestos a todo... a provocar huelgas, a matar, y a mentir, porque siempre mienten para llegar a sus fines.

—Un socialista —le dijo Rose al académico—. Eso es terrible.

—Espero estar equivocado —
respondió el señor Nicholas Murray
Butler—, pero creo que sus opiniones
van en esa dirección.

—¿Y qué va a hacer?

—Columbia es una universidad,
señora Master y yo no soy un policía.
De todas maneras, no lo pierdo de vista.

En ese momento, pues, mientras
Hetty y Lily charlaban con aquel joven
de tan agradable apariencia, Rose
también lo observaba con la misma
atención de quien examina un cocodrilo
o una serpiente.

En el curso de la conversación,
Hetty comentó que Rose las había

llevado en un Rolls-Royce. Rose escrutó con atención a Keller, previendo que la noción de aquel lujo capitalista provocaría un destello de rabia en sus ojos.

—¿Un Rolls-Royce? —La miró directamente, con aquellos ojos de azul tan intenso—. ¿Qué modelo?

—Mi marido lo llama *Fantasma Plateado* —respondió, reacia, sin dejar de observarlo.

En realidad, a él se le iluminó la cara de alborozo.

—¿El *Fantasma Plateado*? ¿El que acaban de probar? ¿Con válvula lateral? ¿Seis cilindros, tres y tres? ¿Y una

bobina vibratoria con magneto también?
—Poco le faltó para que se levantara de un brinco—. Una obra maestra. ¿Cómo lo han conseguido tan deprisa? Ay, me encantaría verlo. ¿Puedo?

—Lo puedes ver cuando nos acompañes abajo —dijo, contenta, Hetty.

—Vaya, parece que te hemos alegrado el día —señaló Lily.

—Así es —confirmó él, con encantadora franqueza.

Rose no se dejó engañar, sin embargo. Tenía muy presente lo que le habían advertido. Mienten, siempre mienten.

Diez minutos después, se encontraban en la calle. Las dos ancianas observaron, divertidas, cómo el señor Keller pedía incluso al chófer que abriera el capó para inspeccionar el motor. Cuando acabó, las miró con una radiante sonrisa, antes de despedirse.

—La próxima vez que vayas a ver a tu padre tienes que prometerme que me harás una visita también a mí —le exigió Hetty—. Está sólo a unos metros.

—Desde luego que sí —prometió.

—Y tú, querida, mejor será que le des al señor Keller tu tarjeta para que pueda visitarte también —indicó la anciana a Rose—. Estoy segura de que

William estará encantado de llevarlo a dar una vuelta en el coche. Así podrán hablar del motor.

—Es muy amable —se congratuló Keller—. Me gustaría, sí.

Rose endureció la expresión. «Seguro que sí», pensó. Pues si ese Edmund Keller de ideas socialistas pensaba que iba a presentarse en su casa, estaba muy equivocado.

—No llevo ninguna tarjeta encima —mintió con heroísmo—. Pero ya le enviaré una —agregó, sin entusiasmo.

—No te preocupes —dijo Hetty. Del bolso sacó una de sus tarjetas, junto con un lápiz plateado con el que anotó la

dirección de Rose en el dorso—. Es fácil de encontrar. Sólo hay que doblar la esquina después del Gotham Hotel.

—Gracias. Ya pasaré —aseguró Keller, mientras ponían el coche en marcha.

—Ha sido encantador ¿verdad? —comentó Hetty.

Cuando William llegó a casa por la tarde, Rose se lo contó todo. Él la escuchó, pero parecía preocupado y después, le pidió al mayordomo que le sirviera un whisky largo.

—Ha sido un día duro en la Bolsa

—explicó.

—Lo siento, cariño —dijo ella, con una comprensiva sonrisa—. Seguro que se arreglará...

—Quizá. —Él frunció el entrecejo y se tomó el whisky, antes de ir arriba a ver a los niños.

En la cena, ella volvió a sacar a colación el tema de Keller.

—Podría llevarlo a dar una vuelta en el coche y así quedaría concluido el asunto.

No era eso lo que ella quería, sin embargo. Estaba decidida a impedir que el señor Keller apareciera ni siquiera una vez en el umbral de su puerta. Al

final de la cena, William dijo que estaba cansado y se fue a acostar.

Con un suspiro, Rose pensó que tendría que ser ella misma la que se ocupara de despachar a Keller.

El viernes por la tarde, William Vandyck Master entró en la iglesia Trinity de Wall Street. Luego se sentó en uno de los bancos del fondo y se puso a rezar.

La Trinity era una espléndida iglesia. Gracias a las concesiones de terreno recibidas en el siglo XVII todavía era propietaria de la zona

circundante. Era rica, y había invertido de forma sabia y atinada el dinero. Había fundado numerosas iglesias adaptándose al crecimiento de la ciudad y había sido la primera en financiar obras de educación para la población negra en un momento en que la mayoría de las otras congregaciones desaprobaban tales prácticas. A pesar de la riqueza de la institución, el interior del templo conservaba una agradable sencillez. Había una sola vidriera en el extremo este; el resto de ventanas, de cristal normal, bañaban el área con una suave luz. Las paredes estaban revestidas de madera. A William, la

ambientación del recinto le recordaba casi la de una biblioteca, o la de un club... aunque en ese caso, contaría entre uno de sus miembros a una amable deidad.

William no era muy religioso. Iba a misa y prestaba su apoyo al vicario, lo normal. Tampoco rezaba mucho... en realidad sólo lo hacía en la iglesia, los domingos. Aquel día, no obstante, era viernes y trataba de rezar, porque estaba muy asustado.

Estaba a punto de perder cuanto tenía.

Bien mirado, pensaba William, había sólo dos maneras de ganar mucho

dinero en Wall Street. La primera era la vía más conservadora: uno convencía a la gente para que le pagara por gestionar su dinero, o incluso sólo para moverlo, de un lugar a otro. Ése era el sistema de los bancos. Si las sumas eran cuantiosas —si uno lograba convencer, por ejemplo, a un gobierno para que depositara sus fondos en las propias manos— entonces la tarifa, o el pequeño porcentaje de la transacción que descontaba uno, podía ascender a una fortuna.

La segunda vía consistía en apostar.

Si uno apostaba sólo su propio dinero no llegaba, desde luego, muy

lejos. Había que pedir prestadas grandes sumas. Pedir un millón, ganar un diez por ciento y tras devolverlo con un pequeño interés, quedarse con casi cien mil de beneficio. Y la ciencia y el arte implícitos en todas las transacciones que pudiera emprender, las complejas apuestas efectuadas sobre el futuro precio de algo, la compensación de riesgos, todo partía de un único y fundamental principio: realizar las apuestas con el dinero de otro.

Con ello, de vez en cuando se podía perder, naturalmente, ese dinero ajeno. Y mientras ellos no se enteraran de que había perdido su dinero, podía seguir

tirando de la cuerda y pedir un poco más para recuperarlo. De todas maneras, siempre llegaba el momento —en un futuro lejano tal vez, o si había un periodo de pánico, con agobiante proximidad—, en que uno tenía que devolverlo todo.

William Vandyck Master no podía devolverlo. Había efectuado los cálculos. Sus deudas superaban sus activos. Y ahora que se había desatado el pánico, todo el mundo quería su dinero. Estaba perdido.

No se lo había dicho a Rose. No serviría de nada. Además, no podía. Por eso se encontraba entonces a solas con

Dios, para meditar sobre su posición, sostenido por una remota esperanza de que, tal vez, Dios se dignara sacarlo de aquel trance.

Habría tenido que seguir las recomendaciones de su padre. William sabía que lo había decepcionado. Tom Master siempre había abrigado el sueño de que su hijo fuera banquero, un verdadero banquero. Y cuando Tom Master decía un verdadero banquero, William sabía que sólo tenía como referencia a una persona: J.P. Morgan, el poderoso Pierpont, el héroe de su padre. Desde los tiempos en que había comenzado a reorganizar el sector del

ferrocarril, el gran banquero había desplazado sus intereses a las navieras, las minas y todo tipo de producción industrial. La gran combinación formada por la poderosa corporación industrial US Steel era la mayor que se había conocido nunca. El poder de la Casa Morgan era enorme y, a través de su consejo de administración, controlaba industrias con un haber de más de mil millones de dólares.

El poder de Morgan tenía un alcance global. Gobernaba y vivía como un rey, y también suscitaba el mismo temor que un rey, o incluso más. Quizá se podía comparar a un dios. Los asiduos de Wall

Street lo llamaban Júpiter.

Cuando William estaba en Harvard, Tom Master había conseguido concertarle una entrevista con el prócer. William estaba bastante atemorizado, pues Morgan tenía fama de ser terrible. No obstante, éste le había mandado el mensaje de que acudiera por la tarde a su domicilio de la calle Treinta y Seis, y cuando lo llevaron ante él, el banquero estaba de buen humor.

Morgan se hallaba sentado delante de una larga mesa. Las cortinas estaban corridas y las lámparas encendidas. Su buena estatura, cabeza leonina y protuberante nariz correspondían a la

imagen que William tenía de él. Su colérica mirada, legendaria ya, aparecía sin embargo suavizada en el ámbito de su casa. En un extremo de la mesa había una pila de libros antiguos. En el otro, todavía por desenvolver, reposaba una escultura de una cabeza de mármol de factura clásica y, expuesta en un paño oscuro, una colección de gemas — zafiros, rubíes y ópalos— que relucían con la luz de la lámpara. En el centro de la mesa seguía aún abierto el manuscrito medieval iluminado que el banquero había estado examinando.

William se planteó a qué se parecía más Morgan: ¿a un ogro en su guarida?

¿A un pirata rodeado de su tesoro? ¿A un príncipe renacentista, un Medici? ¿O algo de estilo más céltico, complejo y extraño, como el mago Merlín, tal vez?

—Mira esto —invitó al joven William.

William observó la página iluminada, con sus abigarrados colores entreverados con el místico brillo del pan de oro.

—Es hermoso, señor.

Había oído decir que Morgan gastaba una buena parte de los sustanciosos beneficios de su banca adquiriendo ese tipo de cosas.

—Lo es —murmuró Morgan, antes

de desplazar la atención de su tesoro a su invitado—. Vamos a sentarnos. —Indicó a William el par de sillones de cuero situados junto a la chimenea. Una vez estuvieron instalados en ellos, inició la conversación—. Tu padre me ha comentado que te gustan las máquinas.

—Sí, señor.

—¿Estudias ingeniería?

—Es una afición.

—¿Matemáticas? —Los ojos se posaron, como ardientes brasas casi apagadas, en él.

—Me gustan más las máquinas que los números.

—¿Y qué más te gusta?

William titubeó. No estaba seguro. Morgan seguía observándolo, con afabilidad.

—Si tienes algo concreto, puedes volver a venir a verme —dijo.

Después se levantó, dando por terminada la entrevista.

—Gracias, señor —dijo William, al salir de la habitación.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó, anhelante, su padre cuando regresó.

—Ha dicho que podía ir a verlo de nuevo.

—¿Sí? Eso es magnífico, William. Magnífico.

William se daba cuenta de que, en

realidad, el gran banquero había sido del todo justo con él. Le había bastado con menos de dos minutos para advertir, sin asomo de duda, que aquel joven no tenía ni idea de lo que quería, que no albergaba ninguna ambición irrefrenable, ningún talento particular, ni contaba con ningún logro... en resumen, nada que pudiera ser de utilidad para la banca Morgan. Por consiguiente, no había desperdiciado más tiempo con él. Vuelve cuando tengas algo que ofrecer, le había dicho, y no le faltaba razón.

No obstante, para disgusto de su padre, William no había vuelto a visitarlo más.

Varios de sus amigos se habían incorporado a agencias de Bolsa, otros a empresas fiduciarias.

—Si Morgan te acepta, te matará a trabajar —le avisaron.

En cualquier caso, él tenía la certeza de que Morgan no lo aceptaría. No había ninguna razón para ello.

Pasaron los meses y, discretamente, dejó el asunto de lado. Su padre se llevó una decepción, pero no dijo nada.

En el curso de los años siguientes tampoco le fue tan mal. En la actualidad era socio de una sociedad de Bolsa. Especulaba un poco, pero lo que más dinero le había reportado había sido su

participación en una empresa fiduciaria.

Los fideicomisos eran una manera de ganar dinero a lo grande. En principio, se crearon para gestionar los fondos de las familias adineradas como los Master. Cuando el abuelo hacía testamento, con un cuantioso fideicomiso, el fiduciario administraba el dinero en nombre de la familia hasta el momento del reparto. Según las condiciones del mismo, eso podía suponer muchos años. Las empresas fiduciarias eran pues estables, conservadoras... fiables. Cuando menos, ésa era la idea.

Luego algunos espabilados

descubrieron que había un resquicio legal en estas encomiendas. Las empresas fiduciarias también podían hacerse cargo del dinero e invertirlo según quisieran. Comportándose como un banco, pero sin atenerse a las normas que debían respetar los bancos propiamente dichos, pagaban elevadas tasas de interés para atraer fondos suplementarios y después emprender las más aventuradas especulaciones. A pesar de la respetable fachada de sus nombres, muchos de ellos eran unos piratas. Los banqueros como se debía, como su propio padre, desconfiaban de las fiduciarias.

—¿Qué clase de estado de cuentas mantenéis vosotros? —le preguntó Tom Master en una ocasión.

—Ah, bastantes —respondió, lo que significaba que prácticamente ninguno.

—El otro día me encontré a Pierpont Morgan en una recepción —prosiguió su padre—. Le pregunté qué consejo le daría a un joven metido en una fiduciaria. ¿Y sabes qué me dijo? «Dejarla».

Pierpont Morgan estaba casi retirado ahora. Dedicaba mucho tiempo a apoyar la Iglesia episcopal y su liturgia. Había construido una magnífica biblioteca al lado de su casa para guardar su fabulosa

colección de libros y gemas. Cada año realizaba un viaje a Europa, del que volvía con tesoros de incalculable valor: maestros de la pintura, antigüedades griegas y egipcias, piezas de oro medievales... A menudo las donaba directamente al museo Metropolitán. De la gestión cotidiana de su banco se encargaba su hijo Jack Morgan, un banquero de primera, aunque no tan imponente como él.

Por más que el prócer de las finanzas lo despreciara, pensaba William, él al menos había conseguido prosperar bastante durante los años previos. El mercado se había mantenido

casi siempre en alza. La fiduciaria había ganado una fortuna y la sociedad de Bolsa también. Cuando uno ganaba dinero, sería porque algo hacía bien. Cada vez incorporaban más dinero al juego, poniendo como garantía el valor de las acciones que tenían, y seguían especulando con ello. Cuanto más alto era el castillo de naipes que se construía, mejores eran los resultados, obviamente.

Todavía navegaba en la bonanza cuando leyó la noticia de la aparición del Rolls-Royce. No obstante, incluso entonces comenzaban a aparecer fisuras en el sistema. Esa primavera, cuando la

Bolsa vivió momentos de turbulencia y se restringió el crédito, varias de las personalidades más destacadas de la industria americana se reunieron para hablar de la situación. El sector del carbón estaba representado por Frick, el del ferrocarril por Harriman, el del petróleo por Rockefeller, el de la banca por Schiff y los Morgan. Se plantearon formar un consorcio para apoyar los mercados. Jack Morgan se mostró de acuerdo, pero el viejo Pierpont se opuso, de modo que la iniciativa no llegó a buen puerto.

A lo largo del verano, William había observado las oscilaciones del mercado

con la esperanza de que se fortaleciera, o al menos le diera una pista clara. ¿No se suponía que el mercado era sensato de por sí? Mucha gente lo afirmaba, pero él no estaba tan seguro. A veces tenía la impresión de que no era más que un conglomerado de individuos, como un gran banco de peces que se alimentan de pequeñas expectativas hasta que algo pavoroso provoca un brusco movimiento conjunto. Entre aquel mar de dudas, la perspectiva de la entrega del Rolls-Royce le levantó el ánimo. Y cuando se lo entregaron, la palpable magnificencia del automóvil parecía decir: «Ningún propietario de un Rolls-Royce puede

sufrir ningún aprieto».

Resultaba una ironía que la viga carcomida que estaba a punto de provocar el desmoronamiento de todo el mercado fuera la que poseía el más espléndido nombre.

La fiduciaria Knickerbocker. Aquello transmitía la impresión de una solidez de roca. Knickerbocker evocaba la tradición, el club de su padre, las fortunas sólidas, los valores de toda la vida. Pues bien, ese mediodía, en la calle corría la voz de que la Knickerbocker pasaba por una situación difícil.

A las tres de la tarde, los accionistas

de la fiduciaria de William llegaron a una terrible conclusión.

—Si la Knickerbocker quiebra, va a cundir el pánico. Todo el mundo querrá su dinero. Las fiduciarias comenzarán a caer como chinches, incluida la nuestra.

Y eso sólo sería el comienzo.

Después de la reunión, se encerró en su despacho y se puso a trazar cálculos en un papel. ¿Cuánto debía? No estaba seguro, pero en todo caso más de lo que tenía. ¿Y qué iba a hacer? No podía hacer nada.

Rezar.

Ese fin de semana, el sábado, William Master llevó a pasear a su esposa y sus hijos en el Rolls. Fueron por Westchester County. El aire estaba tibio y con las tonalidades otoñales rojas y doradas de las hojas, el paisaje era hermoso. Fueron a Bedford y merendaron allí. Fue un día perfecto.

El domingo, por supuesto, fueron todos a misa. El servicio estuvo correcto, aunque algo insípido. El vicario se encontraba ausente, en una conferencia litúrgica que se celebraba en Virginia junto con las personalidades

destacadas de la Iglesia episcopal, incluido J.P. Morgan. El sustituto dio un sermón sobre el tema de la esperanza.

Esa tarde leyó un cuento a sus hijos. Sin saber por qué, eligió la historia de Rip van Winkle. Al llegar al pasaje en que los fantasmagóricos holandeses juegan a bolos en las montañas contiguas al Hudson, pensó sin poder evitarlo en el terrible *crack* de bolos financieros que probablemente se iba a producir en Wall Street, pero no manifestó nada. Mejor era que su familia guardara el recuerdo de un último fin de semana feliz.

Y esa noche, cuando Rose comentó

que dos de las señoras que se había encontrado en la iglesia habían murmurado que era probable que esa semana hubiera grandes complicaciones en la Bolsa, él sonrió.

—No creo que vaya a salir malparado —aseguró.

De nada servía decir otra cosa.

A veces William se preguntaba si todo estaba interconectado en el mundo. De todas maneras, no había pensado en Alaska. Se encontraba en la sede de la sociedad de Bolsa el lunes por la mañana cuando vio el telegrama. No

parecía inquietante. Los Guggenheim, la poderosa familia judío-alemana con intereses en la minería, iban a explotar las enormes reservas de cobre de Alaska. Cualquiera habría podido pensar que se trataba de algo positivo.

—Estamos acabados —exclamó, sin embargo, William al verlo.

Hacía un tiempo que un pequeño grupo de especuladores había decidido monopolizar el mercado del cobre. Él mismo los conocía. Como el suministro de dicho metal era limitado, los precios estaban subiendo mucho. Nadie había dicho ni una palabra a propósito de aquellas malditas minas de Alaska. Para

comprar el cobre habían pedido prestada una fortuna a la fiduciaria Knickerbocker; pero con la perspectiva de aquellos cuantiosos suministros que iban a presentar los Guggenheim, los precios del cobre iban a caer en picado. El monopolio y los especuladores se iban a arruinar.

El precio del cobre tardó sólo dos horas en venirse abajo. William fue a las oficinas de la fiduciaria.

—Knickerbocker acaba de pedir un préstamo y se lo han negado —le informó, no bien entró por la puerta, uno de los directores.

Ya estaba. La Knickerbocker se

había quedado sin crédito.

El mercado gemía. El mercado se desvanecía. Por la tarde, todos los valores cayeron. William estaba seguro de que la fiduciaria Knickerbocker iba a quebrar entonces. Y después...

Era media tarde cuando uno de sus socios llegó con noticias imprevistas.

—Morgan va a intentar salvar las fiduciarias.

—Jack Morgan está en Londres —señaló William—. No veo cómo puede hacerlo desde allí.

—Jack no. El viejo Pierpont. Vino en un tren privado desde Virginia. Está aquí desde anoche.

—Pero si él detesta las fiduciarias.
Nos desprecia a todos.

—Sí, pero hay tanto dinero implicado en ellas que cree que no hay otra opción. Si estas empresas quiebran, todo se va al garete.

¿Suponía aquello un rayo de esperanza? William lo dudaba mucho. Sería difícil que hasta el mismo Júpiter pudiera despejar con sus relámpagos aquella tremenda montaña de precaria deuda.

Se trataba, con todo, del único asomo de esperanza que alcanzaba a vislumbrar. Esa noche, cuando Rose le preguntó ansiosamente qué ocurría, él se

parapetó tras su mejor sonrisa para responderle.

—Morgan lo va a arreglar.

No tenía sentido hacer cundir el pánico en su propia casa. De todas maneras, no se sentía con fuerzas para afrontarlo.

El martes por la mañana, delante de las oficinas de la fiduciaria Knickerbocker se formó un gentío. La policía no tardó en intervenir para distribuirlo en disciplinada fila. Querían que los informaran. Querían que los tranquilizaran. Querían su dinero. En el

interior, los empleados de Morgan examinaban los libros de cuentas.

En la pausa de mediodía, William fue a pasear por la zona sur de Broadway. Al llegar al Bowling Green pasó junto a las oficinas de dos de las grandes compañías navieras, la Cunard y la White Star. Al llegar a los muelles tendió la mirada hacia Ellis Island.

¿Cuánto tiempo iba a transcurrir antes de que se encontrara en la misma situación de pobreza que aquellos pobres desgraciados que llegaban en barco cada día? ¿En una situación de pobreza como la de un campesino italiano? Bueno, no tanto. Sus padres se

ocuparían, sin duda, de su esposa y de sus hijos. Era posible también que su abuela hiciera algo por ellos. De todas maneras, no sería fácil. Ella misma tenía casi todo el dinero en una fiduciaria del que era beneficiario Tom. Aparte, estaban las dos hermanas de Tom, que esperaban su participación en esa herencia. Se quedarían sin el Rolls-Royce. Su esposa tendría que renunciar a sus perlas. Sólo Dios sabía a qué clase de barrio irían a parar.

Se planteó cómo se lo iba a tomar Rose. Ella lo quería, a su manera, pero se había casado también con un cierto tipo de vida. Aquél fue el trato. Gente de

solera, con dinero. Si le quitaban el dinero al binomio, no sabía qué podía dar. Los refugiados judíos y los campesinos italianos que llegaban a Ellis Island al menos eran ya pobres cuando se casaron. No tenían más alternativa que prosperar. En cierta manera, eran libres.

Bien mirado, resultaba casi divertido y todo. Durante toda su vida había sido rico. Había vivido, sin embargo, en la celda de una cárcel... de la gran cárcel de la expectativa, de la que no podía salir.

Había, sí, una manera de escaparse. Tal vez, cuando hubiera puesto en orden

sus asuntos iría a comprar un pasaje para Londres en la White Star Line. Diría que iba por negocios. Tampoco tenía por qué ser un billete de primera clase. Nadie lo sabría. Luego, en algún punto del Atlántico, cuando estuviera oscuro, saltaría discretamente por la borda. No era una mala manera de irse. Así no crearía complicaciones a nadie.

¿Qué clase de vida dejaría? ¿Había sido feliz? No del todo. ¿Le gustaba su casa? No mucho. A su nuevo Rolls-Royce sí lo quería... de eso estaba seguro. Pero ¿qué era lo que amaba de él? ¿El hecho de que era caro, su silueta plateada, los asientos de cuero rojo, la

admiración y envidia que suscitaba? No. Era el motor. Eso era lo que lo apasionaba, su funcionamiento, su belleza. Habría sido igual de feliz siendo un humilde mecánico.

El hombre que había construido aquel Rolls-Royce sí era afortunado, concluyó William. Un hombre que hacía algo que le gustaba y que lo hacía a la perfección.

«¿Me gusta lo que hago? —se preguntó—. No mucho. ¿Lo hago bien?». Era mediocre, a lo sumo. Y en ese momento había fracasado de manera estrepitosa. Se sentía avergonzado, humillado, probablemente falto de amor,

y tenía mucho, mucho miedo.

Cuando volvió a Wall Street se había divulgado la noticia. Los empleados de Morgan habían llegado a la conclusión de que no había modo de salvar a la fiduciaria. La Knickerbocker había entrado en quiebra. Ya empezaban a formarse colas delante de las otras fiduciarias, incluida la suya. La gente estaba retirando su dinero.

Los socios ya habían decidido qué iban a hacer llegado ese momento: devolver con la mayor lentitud posible. Cuando entró en la oficina, ya se estaba llevando a cabo la devolución. Seguramente podría continuar a lo largo

de la tarde, pero ¿después qué? No tenía ni idea. Observó la fila que avanzaba de manera lenta pero inexorable, como un río. Ni siquiera Pierpont Morgan podía contener un río.

Esa noche, en casa, sonrió alegremente durante la cena. Sí, había habido un poco de pánico en Wall Street, confesó a los niños. Lo verían en los periódicos y oirían hablar de ello, pero no duraría mucho.

—Los cimientos del mercado son buenos —les aseguró a todos—. En realidad, puede que éste sea un momento excelente para comprar.

Al día siguiente, la gente aguardaba delante de las oficinas de la fiduciaria al amanecer, con la esperanza de conseguir su dinero antes que los demás. Los socios, mientras tanto, buscaban efectivo. En cuanto abrieron el negocio, llamaron a los agentes pidiendo la devolución de todos sus préstamos. En las oficinas de la agencia de Bolsa reinaba un absoluto pesimismo.

—Tendremos suerte si resistimos hasta mañana —le dijeron sus socios en cuanto entró—. Mañana dejaremos de existir.

William salió afuera. No se podía hacer nada. Contempló con tristeza el

cielo. Era duro, terrible. Se volvió con intención de caminar de nuevo hacia el Bowling Green, para estar solo.

Había caminado sólo unos pasos cuando uno de los empleados de la fiduciaria lo alcanzó. El hombre parecía muy excitado.

—¡Venga enseguida! —gritó—. Gracias, Señor, que acudes a rescatarnos.

El presidente Theodore Roosevelt tenía motivos fundados para no fiarse de la ciudad de Nueva York. Una década atrás se había esforzado por reformar su

corrupto cuerpo de policía. Había sido testigo, asimismo, de las poderosas combinaciones industriales que J.P. Morgan estaba forjando... y no le agradaban nada. En su opinión, se estaba concentrando demasiado poder económico en muy pocas manos. Tras ser elegido como gobernador del estado de Nueva York y luego designado como vicepresidente, el asesinato del presidente McKinley lo había encumbrado de manera imprevista, con tan sólo cuarenta y dos años, a la Casa Blanca, desde donde había seguido precaviendo a los poderes públicos frente a la pujanza de Wall Street. A

Pierpont Morgan personalmente, Roosevelt lo tenía, sin embargo, en gran estima.

En las primeras horas de aquel miércoles ocurrió algo extraordinario. El Gobierno de los Estados Unidos depositó la enorme suma de veinticinco millones de dólares en manos de Pierpont Morgan, con una escueta recomendación: «Haga lo que considere mejor, pero sálvenos».

Y entonces Júpiter, el más potente de los dioses, comenzó a descargar sus relámpagos.

Cuando William Master evocaba aquellos días era como recordar una

gran batalla, con periodos de espera, momentos de súbita actividad y confusión y unas cuantas imágenes hechizantes que siempre guardaría en la memoria. Poniendo en juego el dinero del gobierno, junto con otras sumas aun superiores de fondos privados que logró reunir gracias a la mera fuerza de su personalidad, el anciano Pierpont Morgan se puso manos a la obra. Ese miércoles, comenzó a rescatar a las fiduciarias. Al día siguiente salvó las agencias de correduría de la Bolsa de Nueva York. El viernes, cuando Europa comenzó a retirar efectivos y el crédito quedó tan estrangulado que Wall Street

se paralizó, Morgan se presentó en persona en el Banco de Compensación y pidió que emitiera sus propios vales canjeables, a fin de que circulara el dinero. No obstante, tal vez donde se vio más el alcance de su autoridad fue en la reunión que celebró esa noche en su casa con todos los representantes del clero neoyorquino.

—Esto es lo que van a decir en el sermón del domingo —les ordenó.

Morgan tardó dos semanas en sanear el sistema financiero. Como la ciudad de Nueva York se declaró también al borde de la ruina en aquellas fechas, también la salvó de paso de la quiebra. Su

actuación final consistió en convocar en su majestuosa biblioteca a los principales banqueros y responsables de fiduciarias de Wall Street. Una vez los tuvo allí, cerró las puertas y no los dejó salir hasta que se avinieron a hacer lo que era necesario hacer.

La imagen más destacada que William conservó en el recuerdo tenía por escenario el mismo Wall Street. Ese primer viernes, él caminaba en dirección oeste cuando llegó a la intersección principal de la calle. A su izquierda, en la esquina, en el número 23, estaba la Casa Morgan. Al frente, la espléndida fachada de la Bolsa de

Nueva York. A su derecha, el Federal Hall, sede de las reservas monetarias y, un poco más allá, en Nassau Street, el Banco de Compensación. Delante, a unos cien metros de distancia, quedaba Broadway y la iglesia Trinity. Aquél era el centro neurálgico de las finanzas del país. Aquella semana, al menos, había sido el puente de mando donde se había salvado al mundo del naufragio.

En ese preciso momento se abrieron las puertas del número 23 y Morgan salió al umbral. La calle estaba abarrotada. Millonarios y administradores, contables y recaderos, todos se apiñaban en el espacio

comprendido entre la Bolsa y el Federal Hall. Había agentes de Bolsa a quienes Morgan consideraba demasiado vulgares para mezclarse con ellos, pero que habían vitoreado su nombre cuando los salvó. Había miembros de fiduciarias a quienes despreciaba, pero que aguardaban delante de su puerta para implorar favores. Todos los habituales de Wall Street se concentraban en el estrecho foro financiero cuando el alto y fornido banquero salió de su templo tocado con su sombrero de copa.

Júpiter no miró ni a derecha ni a izquierda con aquellos ojos tan ardientes

como el fuego de un volcán. Su hinchada y prominente nariz sobresalía de la cara como una montaña bajo la cual se prolongaba, cual reguero de lava, el bigote. ¿Sería allí donde Vulcano preparaba sus relámpagos? Era hartó probable.

Cuando se puso a caminar con paso rápido por la calle, la multitud le abrió un pasillo, tal como harían los mortales ante una deidad. Y más les valía, pensó William. Por más que apoyara a su iglesia y le gustara reunirse con los obispos, cuando descendía a Wall Street desde el Olimpo bancario se hallaba por encima de los mortales. Entonces

Morgan era realmente Júpiter, el rey de los dioses.

Por desgracia seguía siendo un hombre. En el curso de los meses siguientes, fueron muchos los que se formularon el mismo interrogante:

—Morgan no va a estar siempre entre nosotros. ¿Qué haremos cuando fallezca?

Algunos abogaban por la imposición de una regulación más estricta para contener los excesos que habían desembocado en la crisis. William Master no estaba seguro, con todo, de

que aquello fuera una buena idea.

—Las cosas se nos han ido un poco de la manos —concedía—, pero no necesitamos caer en el socialismo. Los bancos pueden regularse a sí mismos, tal como hacen en Londres.

Habrían de transcurrir seis años antes de que se instaurara un sistema de Reserva Federal dotado de poderes limitados.

Para William, no obstante, la vida pronto volvió a la normalidad.

—¿Estuvimos de veras a punto de perderlo todo? —le preguntó su esposa.

—Supongo que si todas las fiduciarias hubieran quebrado —repuso

él con tranquilizadora actitud—, nosotros habríamos quebrado también. Pero nunca tuvimos problemas graves.

Aquello pareció reconfortarla tanto que, al cabo de un tiempo, él mismo llegó casi a creérselo.

El primer fin de semana de noviembre, salió solo con el Rolls-Royce a realizar un recorrido de setenta kilómetros. Se planteó llevar al joven Keller, pero al final descartó la idea, porque sabía que si Rose se enteraba, se habría molestado.

El pánico bursátil de 1907 iba a

cambiar la vida del joven Salvatore Caruso, pero lo que él guardó siempre en la memoria fue un pequeño acontecimiento que tuvo lugar un mes antes.

Se había vestido con esmero. Llevaba el traje de pantalón largo que había pertenecido antes a su hermano y una camisa blanca inmaculada. Estaba como para hacer la primera comunión, pero para todos, con excepción de su madre, la reunión de ese día revestía más importancia aún. Por eso estaba ansioso por llevar a cabo el recado con la mayor diligencia posible.

Había sido idea de su madre

mandarlo a la casa del sacerdote. No al cura de su propia parroquia, sino al anciano de pelo plateado que había ido a decir misa a su iglesia la semana anterior. ¿Y dónde vivía aquel clérigo? En el barrio judío, ni más ni menos.

La zona no quedaba lejos. Sólo había que cruzar la Bowery y se llegaba a los distritos diez y trece del Lower East Side, que seguían hasta el río justo debajo del antiguo barrio alemán. Aquel sector pobre, situado en torno a las calles Division y Hester, y en la Delancey hasta la Houston, albergaba pequeñas fábricas, talleres de esmalte, herrerías y casas de apartamentos que,

desde hacía una generación, ocupaban hasta rebosar los judíos venidos del este de Europa. En la calle Rivington, cerca del río, había no obstante una iglesia católica.

A Salvatore no le había gustado el sermón del anciano. Estaba centrado en las tentaciones que había sufrido en el desierto Jesucristo, cuando en lo alto de una montaña el diablo le había dicho que saltara para que Dios pudiera salvarlo. Pero, tal como les había recordado el sacerdote, Jesús había tenido el acierto de rehusar.

—¿Por qué no saltó? —había susurrado Salvatore a Anna.

Después de todo, si Jesús era capaz de caminar sobre las aguas ¿por qué no podía volar? A él le parecía una idea genial, aunque no al viejo sacerdote.

—¡No tentarás al Señor tu Dios! —había exclamado, mirándolo directamente a él.

Dios es todopoderoso, había explicado, pero no tiene por qué demostrarlo. Es un sacrilegio —de nuevo miró con severidad a Salvatore— desafiar a Dios para que haga algo. Él sólo hace lo que es necesario para sus designios, que nosotros no comprendemos. Si Él nos otorga la pobreza, si nos otorga enfermedad, si

nos arrebatara a un ser querido, es porque forma parte de sus designios. Podemos solicitar su ayuda, pero debemos aceptar nuestro destino.

—No le pidáis más de lo que merecéis. Si Dios quisiera que el hombre volara, le habría dado alas. No probéis entonces por ese lado —los amonestó con firmeza—, pues ésa es la tentación del diablo.

A Concetta Caruso le había agradado mucho el sermón, en cambio, y después dio las gracias al anciano sacerdote. Hablando con él, había descubierto que la madre de éste era del mismo pueblo que ella, y que tenía una

debilidad por las almendras garrapiñadas.

Pero ¿por qué había elegido precisamente ese día para mandar a Salvatore a su casa con una bolsa de almendras garrapiñadas? ¿Quién sabía? Debía de haber sido cosa del destino.

Salvatore recorría las calles del barrio judío tan deprisa como podía. Aunque no tenía miedo, siempre se sentía incómodo en aquella zona. Había hombres barbudos con levitas y sombreros negros y aquella lengua tan extraña, tan distinta de la de los demás. Los niños eran muy pálidos casi todos y, en cuanto a los que llevaban tirabuzones

prefería no mirarlos. Lo cierto era que no le buscaban complicaciones. Nunca había tenido que pelearse con ellos. Abriéndose paso entre la apretada masa de carretillas y puestos callejeros, pronto llegó a la calle Rivington, donde se encontraba la iglesia católica.

Los judíos también presentaban otra particularidad: parecía que no tenían iglesias parroquiales como los cristianos. Hasta las sinagogas más importantes eran pequeños edificios achaparrados, embutidos entre casas de apartamentos, sin cementerio ni vivienda parroquial. Algunas estaban anunciadas en estrechas entradas que conducían a

una sola habitación; en una misma manzana se podía ver a veces tres o cuatro. A su madre no le despertaban ninguna simpatía los judíos. Decía que eran herejes y que Dios los iba a castigar. Su padre se encogía de hombros tan sólo.

—¿Acaso no han recibido bastante castigo antes de llegar aquí? Aquí en América no hay pogromos, Concetta, gracias a Dios. Basta. Ya es suficiente. Déjalos en paz.

El sacerdote se mostró encantado con el regalo de su madre y le encargó que le diera las gracias.

Salvatore tenía tanto miedo de llegar

tarde que recorrió a la carrera el camino de regreso. Después de cruzar la Bowery y entrar en el barrio italiano, siguió recto durante tres calles antes de girar a la izquierda en Malberry Street, la calle donde vivía su familia. Lo esperaban abajo, vestidos con sus mejores galas para la gran ocasión. Su hermano Paolo lucía una cara limpiísima y su hermana mayor, Anna, estaba peinando aún a la pequeña Maria.

—Por fin —dijo su padre—. Ya podemos irnos.

—¡Pero ¿dónde está Angelo?! —gritó su madre, mientras su padre efectuaba un gesto de impaciencia—.

Anna, ¿dónde está Angelo?

En su condición de hija mayor, sobre quien recaía la obligación de ayudar a su madre, Anna se ocupaba de Angelo casi todo el tiempo.

—Mamá, estoy peinando a Maria —adujo Anna con voz quejumbrosa.

—Salvatore lo encontrará —dijo la madre—. Rápido, Toto, ve a buscar a tu hermano Angelo.

—Aunque no lo sabíamos —solía contar su padre—, cuando llegamos a Ellis Island Angelo ya formaba parte de la familia.

Angelo nació ocho meses después. Ahora tenía seis años, aunque seguía

siendo el pequeñín de la familia. Todos lo querían mucho, aunque su padre a veces se impacientaba con él. Era bajito para su edad y bastante delicado. También era muy soñador.

—Es como el tío Luigi —decretaba Giovanni Caruso con un suspiro.

—Es un niño listo y sensible —declaraba Anna, que solía salir en su defensa.

Su padre no se dejaba impresionar, con todo.

Salvatore entró corriendo en la casa. Se trataba del típico edificio de apartamentos del Lower East Side. En un principio había sido una casa

adosada de cinco pisos, pero hacía mucho el propietario se había dado cuenta de que podía duplicar los bajos alquileres que recibía mediante el simple procedimiento de añadir una barata construcción al pequeño patio trasero. Dado que los propietarios de las fincas de delante y de al lado habían adoptado el mismo procedimiento para doblar el espacio alquilable, la única ventilación con que contaba ahora la casa provenía de dos puntos: el estrecho hueco que mediaba entre su edificio y el contiguo y el minúsculo patio que había quedado en la parte posterior, donde un par de letrinas servían para satisfacer

las necesidades de todas las familias del inmueble.

Cuando sus primos les enseñaron el piso, el día después de su llegada a Ellis Island, a Giovanni y Concetta Caruso no les había gustado nada. Pronto descubrieron que eran afortunados. Disponían de tres habitaciones en el piso de arriba, y en la parte de la fachada. Aunque había que subir las pestilentes escaleras para llegar allí, tenían aire fresco llegado directamente de la calle y podían subir a la terraza, donde se ponía a secar la ropa.

Angelo se encontraba en la habitación de atrás cuando Salvatore

llegó como una exhalación. Tenía la camisa puesta, pero sin remeter, y se miraba los pies con desánimo.

—¿Tienes seis años y aún no te sabes atar los zapatos?

—Lo estaba intentando.

—No te muevas.

Se habría llevado a rastras a su hermanito por la escalera tal como estaba de no haber previsto que iba a tropezar, de modo que se dispuso a anudarle los cordones.

—¿Sabes a quién vamos a ver?

—No. Se me ha olvidado.

—¡Tonto! Vamos a ver al italiano más importante del mundo.

No dijo el italiano más importante de la historia. Ése era Colón. Después de él, para los italianos del norte venía Garibaldi, el patriota, el unificador de Italia, que había muerto un cuarto de siglo antes, pero para los italianos meridionales de Nueva York sólo había un gran héroe, vivo además, que había acudido a morar entre ellos.

—A Caruso —gritó Salvatore—. Al gran Caruso, que tiene el mismo apellido que nosotros. ¡Vamos a ver a Caruso! ¿Cómo te puedes olvidar de eso?

Para su padre, Enrico Caruso era un dios. Por más que en Estados Unidos la

ópera fuera el coto de los ricos, la comunidad italiana seguía la carrera y las representaciones del gran tenor con la misma atención que habrían dispensado a un gran general y a sus batallas.

—Ha cantado en todo el mundo —ponderaba su padre—. En Nápoles, Milán, Londres, San Petersburgo, Buenos Aires, San Francisco... Ha cantado con Melba. Ahora canta con Geraldine Farrar. Toscanini dirige la orquesta. ¿Y no sabéis qué dijo el mismísimo Puccini cuando oyó cantar por primera vez a Caruso?: «¿Quién te ha enviado? ¿El propio Dios?».

Además de ser italiano, había nacido en Nápoles y tenía su mismo apellido.

—Estamos emparentados —había declarado su padre, aunque cuando Salvatore le pidió que explicara el parentesco se limitó a encogerse de hombros como si fuera una pregunta fútil —. ¿Quién puede saber esas cosas?

Y ese día lo iban a conocer.

Todo había sido gracias al tío Luigi. Éste había encontrado trabajo en un restaurante cercano. No era un establecimiento de lujo, puesto que, al fin y al cabo, aquél era el barrio italiano pobre. Los otros italianos más ricos, originarios del norte, los médicos, los

negociantes, las personas instruidas que miraban por encima del hombro a sus compatriotas del sur —que los miraban como a animales casi— vivían en otras partes de la ciudad, en el Greenwich Village en especial, donde tenían restaurantes de postín.

Caruso, por su parte, nunca olvidó el humilde ambiente napolitano donde se crio. Le gustaba ir a comer a Little Italy y hacía poco había ido a cenar al restaurante donde trabajaba el tío Luigi, y éste le había pedido si podía presentarle a su familia la próxima vez que fuera allí. El tenor le había respondido que desde luego,

demostrando su nobleza de carácter. Ese día iría a comer a mediodía.

Salvatore acababa de bajar a Angelo por las escaleras cuando éste anunció que tenía pipí. Con un grito de exasperación, Salvatore lo llevó a la puerta del patio para que fuera a las letrinas.

—Date prisa —le recomendó, mientras aguardaba con impaciencia junto a la puerta. Al cabo de un momento, Angelo salió—. ¡Date prisa! —gritó.

Luego exhaló de nuevo un grito. Demasiado tarde.

Pese a que las letrinas comunes

estaban allí, la gente arrojaba continuamente los desperdicios al patio desde la ventana. El recorrido de ida y vuelta suponía siempre un peligro, por consiguiente. Todo el mundo sabía que tenía que mirar hacia arriba cuando pasaba por el patio. Todo el mundo excepto Angelo.

El cubo de agua que alguien había usado para fregar el suelo le cayó encima. Estaba negra. El pequeño Angelo sólo alzó la vista justo a tiempo para recibir el chaparrón en plena cara. Luego se cayó. La camisa le quedó empapada, asquerosa. Permaneció un momento sentado en el negro charco,

demasiado consternado para hablar, y luego se puso a gemir.

—*Stupido!* ¡Idiota! —gritó Salvatore—. Mira como te has puesto la camisa. Nos vas a hacer quedar mal a todos.

Cogió a su hermano por el pelo y lo llevó llorando por el pasillo hasta la calle, donde la familia lo acogió con gritos de enfado.

Su padre se llevó las manos a la cabeza y comenzó a reprender a Salvatore, pero éste contestó a gritos que no era justo, que no era culpa suya si su hermano era incapaz de atarse los zapatos o de cuidar de sí mismo cuando

iba a las letrinas. Aunque reaccionó con un gesto de impaciencia, su padre no le negó la razón. Mientras tanto, su madre se había llevado a Angelo al interior.

—Que se quede en casa, en lugar de hacernos quedar mal —dijo, quejoso, Salvatore.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, su hermanito volvió a salir con expresión contrita, la cabeza recién lavada y una camisa que se veía limpia, aunque mucho más gastada que la anterior. Después todos se pusieron en marcha.

Aunque las calles italianas estaban casi tan abarrotadas como las del

cercano barrio judío, había diferencias entre unas y otras. Algunas de ellas estaban sombreadas por árboles. De vez en cuando, una bonita iglesia católica, a veces rodeada de un cementerio cercado por un muro, interrumpía la hilera de casas. Cada calle presentaba, además, un carácter particular. La gente procedente de la región napolitana vivía en su mayoría en la calle Mulberry, los calabreses en la Mott, los sicilianos en la Elizabeth, y en ellas cada ciudad importante ocupaba un sector concreto. De esta manera recreaban como podían sus lugares de origen.

Concetta, por su parte, nunca se

sentía como en su país. No podía ser de otro modo, cuando lo único que había conocido antes era el cálido sur de Italia. Aun siendo pobres tenían su tierra, su pueblo, la venerable belleza de la costa mediterránea y las montañas. Lo único que tenía allí era el bullicio y las apreturas de unas calles estrechas, colocadas en el borde de una interminable tierra sin civilizar. A ese lugar lo llamaban una ciudad pero ¿dónde estaban las plazas, los sitios acondicionados para sentarse a conversar y dejarse ver fuera de casa? ¿Dónde estaba su centro?

Al final de Mulberry Street, junto a

la iglesia de la Transfiguración, había ahora un pequeño parque, resultado de la demolición llevada a cabo por la municipalidad de un grupo de viviendas tan indignas que rivalizaban con el vecino Five Points. La gente iba allí, sí, pero no tenía el mismo ambiente que un espacio italiano.

—Aquí todo es fealdad —se quejaba, suspirando.

En cuanto a la casa atestada de inquilinos, con sus estrechas escaleras, su vacilante luz de gas, su hedor, su papel pintado que se desprendía a trozos, se le caía el alma a los pies cada vez que entraba en ella. Siempre que

podía iba a la terraza, donde solían reunirse a comadrear las mujeres de las casas próximas. A veces se sentaba a zurcir ropa o preparar el puré de tomate. En verano, dormía allá arriba con los niños menores, mientras que Giuseppe y Anna dormían en la escalera de incendios. Cualquier cosa era preferible al irrespirable aire del angosto apartamento.

No obstante, aun siendo terrible, América reportaba dinero. Una generación atrás, los irlandeses recién llegados habían trabajado en la construcción, excavando canales, tendiendo raíles y limpiando calles.

Muchas de aquellas familias irlandesas habían prosperado, y ahora eran policías, bomberos o incluso profesionales titulados. A los italianos les tocaba ahora relevarlos en el trabajo más pesado. No estaba bien pagado — sólo los negros recibían menos—, pero Giovanni Caruso y su hijo Giuseppe eran fuertes y trabajadores, y con Anna trabajando a destajo, como la mayoría de familias italianas, lograban ahorrar algo. Cada mes, Giovanni Caruso iba al Stable Bank, situado en la esquina de las calles Mulberry y Grand, a enviar dólares a Italia para sus hermanas. También llegaba, asimismo, a poner una

pequeña cantidad aparte. Tenía la esperanza de que en unos años acumularía lo suficiente para abrir un modesto negocio, o comprar una casa, tal vez. Ese sueño haría que mereciera la pena soportar aquellos largos años de penalidades. Mientras tanto, para complacer a su esposa, había incluso mantenido a Paolo y a Salvatore en el colegio, pese a que a sus trece años Paolo ya era bastante mayor, según le recordaba a su madre, para ganarse la vida.

Faltaban unos cuantos años. Sobre todo contando con la ayuda del señor Rossi.

Como el resto de habitantes de Little Italy, el señor Rossi había ido allí porque no había tenido más remedio. Él era, no obstante, un *prominente*, un hombre distinguido.

—Mi padre era abogado —explicaba—, y de no haber sido por su muerte prematura antes de que yo concluyera mi formación, ahora estaría viviendo en Nápoles en una bonita casa.

El señor Rossi era, de todas formas, una buena persona bien instruida, y por encima de todo, hablaba bien el inglés.

Incluso al cabo de seis años de vivir en Nueva York, Giovanni Caruso hablaba sólo un vacilante inglés.

Concetta no lo hablaba en absoluto. La mayoría de sus vecinos y amigos e incluso sus primos, que había llegado mucho antes que ellos, se hallaban en la misma situación. Habían recreado Italia lo mejor que habían podido, en su propio barrio, pero el gran mundo americano de afuera seguía resultándoles algo ajeno y extraño. Por ello, cuando se necesitaba ayuda para negociar con las autoridades municipales o para comprender el significado de un contrato, el señor Rossi se hallaba en condiciones de explicar las cosas como si fuera un notario. Siempre iba vestido con un traje

de buen corte; tenía una apariencia calmada que inspiraba confianza en los americanos y le agradaba hablar a la gente en nombre de los demás. Nunca aceptaba ningún pago por estos servicios, pero si iba a un colmado o necesitaba que le hicieran algún trabajo en su casa, siempre rehusaban recoger el dinero que ofrecía. Su negocio consistía, sin embargo, en ayudar a la gente a gestionar sus ahorros.

—Tener el dinero en el banco está bien, amigo mío —explicaba—, pero es mejor hacer crecer el dinero. Si los americanos hacen fructificar su dinero, ¿por qué no íbamos nosotros a compartir

un poco de su buena fortuna?

Con el curso de los años, el señor Rossi se había convertido en un *banchista* de cierta categoría. Sabía cómo invertir y se contaban por docenas las familias que habían dejado con gusto sus ahorros a su cargo. Cada mes, Giovanni Caruso agregaba una pequeña cantidad a los ahorros que había confiado al señor Rossi, y cada mes Rossi le rendía brevemente cuentas del desarrollo de su humilde capital.

—Hay que ser paciente —aconsejaba—. Si invierte con tino en este país, prosperará.

La familia caminaba muy orgullosa

por la calle. Iban Giovanni con su hijo mayor, después Concetta con el pequeño Angelo, Anna con Maria y, cerrando la marcha, Salvatore y Paolo, charlando y riendo como de costumbre.

El pequeño restaurante aún no estaba lleno del todo. En el medio, con una servilleta en el brazo, el tío Luigi servía una amplia mesa en la que había un solo comensal. Se trataba de un corpulento napolitano, no muy diferente de su padre, pero que tenía un brillo especial en la mirada. Cuando al entrar el tío Luigi les indicó que se acercaran, el hombre de la mesa les sonrió y, abriendo los brazos con expresivo gesto,

los invitó a sentarse con él.

—Bienvenida sea la familia Caruso
—exclamó.

Salvatore nunca olvidaría aquel almuerzo. Jamás había visto tanta comida junta en toda su vida. Tampoco era que en el barrio italiano la comida fuera mala. Hasta su madre reconocía a regañadientes que en Estados Unidos se comía más carne que en el Mezzogiorno, y pasta también. Además, el pan no era el duro y oscuro de los campesinos, sino mullido y blanco, como el de los ricos.

Pero el gran tenor, que ganaba miles de dólares por semana, podía permitirse toda la comida que quisiera, de modo

que al poco la mesa estuvo abarrotada de pasta italiana, *bistecca* americano, una enorme ensaladera, jarras de aceite de oliva, montañas de aceitunas, botellas de chianti —y también Lágrima Christi, de las laderas del Vesubio, en honor de la región de Nápoles—, cestos de pan, bandejas de salami y quesos... Por encima de todo flotaba un delicioso aroma de tomate, pimienta y aceite.

—*Mangiate*, comed —los animaba, corriendo los platos hacia ellos.

Insistió además para que pusieran un bistec delante de cada niño. Salvatore tenía la impresión de estar en el cielo.

El gran Caruso irradiaba una aureola

de calidez y generosidad que parecía llenar toda la sala.

—La Italia en América —comentó, con una sonrisa, a Giovanni Caruso— es aún mejor que Italia en Italia. —Se dio una palmada a la prominente barriga—. Aquí es adonde venimos a engordar los italianos.

Era cierto que, incluso en los pestilentes edificios del Lower East Side, los delgados emigrantes llegados del Mezzogiorno ganaban por lo general unos kilos en cuestión de un par de años.

Con Concetta Caruso estuvo encantador. Conocía su pueblo e incluso a uno de sus parientes. Ella no cabía en

sí de gozo. Giovanni Caruso, por su parte, que conocía muy bien la legendaria generosidad del tenor, quería dejarle bien claro que no habían ido allí en busca de caridad.

—Nos va bien —aseguró—. Ya tengo algunos ahorros. Dentro de unos años podré comprarme mi propia casa.

—Bravo —aplaudió Caruso—. Bebamos por la tierra de las oportunidades.

—Pero usted, señor Caruso —añadió, con respetuoso tono, el padre—, ha añadido honor a nuestro apellido. Nos ha elevado a todos.

A la manera de un jefe tribal, Caruso

aceptó aquel tributo.

—Brindemos pues, amigos míos, por el apellido Caruso.

Durante la comida fue hablando con cada uno de los miembros de la familia. Felicitó a Giuseppe por ayudar a su padre y a Concetta por criar una familia tan espléndida. De Anna, captó enseguida que era como la segunda madre de la familia. Paolo reconoció que quería ser bombero y, cuando le tocó el turno a Salvatore, Caruso le preguntó por su colegio.

La iglesia de la Transfiguración se encontraba entre las calles Mott y Mulberry, en el pequeño altozano

contiguo al parquecillo. Cuando los Caruso llegaron allí, un sacerdote irlandés servía como ministro para la congregación irlandesa en la iglesia principal, mientras que otro italiano celebraba las ceremonias para la congregación italiana, en su propia lengua, en la cripta de abajo. Desde entonces, no obstante, los italianos se habían trasladado arriba junto con su sacerdote, lo cual era un indicativo de que eran ellos ahora quienes ocupaban la zona. Al lado de la iglesia estaba la escuela adonde iban los Caruso.

—Debes aprender todo lo que puedas —le recomendó el cantante a

Salvatore—. Son demasiados los italianos del sur que desprecian la educación. «¿Por qué debería saber más un hijo que su padre?», dicen. Pero se equivocan. Trabaja bien en la escuela y saldrás adelante en América. ¿Lo entiendes?

A Salvatore no le gustaba mucho la escuela, de modo que no le gustó mucho el consejo, pero aun así asintió con respetuosa actitud.

—¿Y este jovencito? —Caruso se volvió hacia el pequeño Angelo—. ¿También aprende cosas en la escuela?

Pese a su tendencia soñadora, Angelo iba bien en la escuela. De hecho,

ya sabía leer mejor que sus hermanos mayores. También se le daba bien el dibujo. Pero como era demasiado tímido para decir nada, su madre informó al tenor de aquellas aptitudes, mientras Salvatore, que no veía de qué le podían servir, intercambió una mueca de complicidad con Paolo. Por eso lo tomó un poco por sorpresa la siguiente pregunta.

—Y tu hermano Salvatore, ¿es bueno contigo?

Se produjo un embarazoso silencio y, de improvviso, Angelo volvió a la vida.

—No —contestó bien alto—, mi

hermano no es bueno conmigo.

Paolo creyó que aquello era gracioso, pero Caruso no.

—Debería darte vergüenza —lo reprendió.

—Anna cuida de Angelo —intercedió su madre, para que el ilustre cantante no creyera que tenían descuidado al pequeño.

Aun así, pese a su gesto de asentimiento, Caruso no desvió la atención de Salvatore.

—Tu hermano es un soñador, Salvatore. No es tan fuerte como tú, pero ¿quién sabe? Podría ser un pensador, un sacerdote, un gran artista.

Tú eres su hermano mayor y deberías protegerlo. Prométeme que serás bueno con tu hermano.

Aunque en ese momento tenía unas ganas tremendas de darle una paliza a Angelo, Salvatore notó que se ruborizaba.

—Sí, señor Caruso —prometió.

—Perfecto. —El tenor sacó una chocolatina de la nada y se la dio a Salvatore—. Esto es sólo para ti, Salvatore, para que te acuerdes de que me has prometido ser bueno con tu hermano. —Tendió la mano, para que Salvatore tuviera que estrechársela—. *Ecco*. Lo ha prometido.

Los miró a todos con la misma seriedad que si hubieran firmado un contrato legal.

Luego Salvatore miró al pequeño Angelo, que tenía entonces los ojos muy abiertos, y al tenor y a toda su familia y para sus adentros maldijo su suerte. ¿Qué iba a hacer ahora?

La noticia no tardó en circular. Al día siguiente, todo Little Italy sabía que los Caruso habían celebrado una comida familiar con el gran tenor. Giovanni Caruso reaccionó con ponderación, sin embargo; cuando le preguntaban «¿Así

que el gran Caruso es pariente vuestro?», él contestaba: «Carusos hay muchos. Somos una tribu, no una familia». De esta manera, enseguida la gente comenzó a decir: «Giovanni Caruso no quiere reconocer que son parientes, pero el mismo Caruso lo trata como a un hermano. Por algo será». Al negar a medias el parentesco conseguía que la gente sospechara que existía. Hasta su casero, un día en que lo encontró en la calle, lo paró muy sonriente y le pidió que no dejara de avisarlo para cualquier favor que necesitara.

Salvatore, por su parte, se sentía

obligado a ser amable con el pequeño Angelo. Para Paolo, aquello fue una gran ocasión para gastar chanzas a su costa. Apenas pasaba un día en que no fastidiara a Angelo robándole una manzana, o quitándole una bota, para luego decirle alegremente que no se preocupara, que su hermano Salvatore se lo iba a devolver. Angelo tuvo que pelearse con él varias veces.

Ellos casi no se habían enterado del pánico financiero que se padeció el mes siguiente en Wall Street. Aquel tipo de cosas no tenían nada que ver con los pobres habitantes del Lower East Side. Después el tío Luigi fue a verlos y dijo

que uno de los *banchiste* que frecuentaban el restaurante había perdido mucho dinero, el suyo y el de sus clientes.

—Espero que ese señor Rossi sea correcto —apuntó.

—El señor Rossi es demasiado listo para cometer cualquier error —respondió Giovanni Caruso.

No obstante, Salvatore advirtió después que su padre parecía preocupado.

Dos días más tarde, el padre fue a ver al *banchista*. Cuando volvió, estaba muy pálido. Luego subió a la azotea para hablar a solas con Concetta, y Salvatore

la oyó gritar. Esa noche, cuando estuvieron reunidos en el exiguo apartamento, Giovanni les dio la noticia.

—El señor Rossi lo ha perdido todo, todo el dinero de sus clientes. Es muy complicado, y son muchos los que están en la misma situación. El caso es que hemos perdido nuestros ahorros y tenemos que empezar de cero otra vez.

—Es una mentira —gritó la madre—. El dinero no puede desaparecer así como así. Él lo ha robado.

—Que no Concetta, te lo aseguro. Rossi también ha perdido casi todo su dinero. Si me ha dicho que no sabe casi ni cómo va a poder comer.

—¿Y tú lo crees? ¿Es que no ves lo que está haciendo, Giovanni? Va a esperar un poco y después se va a esfumar con todo el dinero. Se está riendo de ti, Giovanni, a tus espaldas.

—Tú no entiendes esas cosas, Concetta. El señor Rossi es un hombre honorable.

—¿Honorable? Los hombres sois unos tontos. Cualquier mujer es capaz de ver el juego que se trae.

Salvatore, que nunca había oído a su madre hablar con tan poco respeto a su padre, estaba inquieto por lo que pudiera pasar. Su padre, sin embargo, optó por hacer como que no la había

oído, pues la situación ya era bastante grave como para complicarla más.

—Paolo y Salvatore van a tener que ponerse a trabajar ahora —decretó su padre—. Es hora de que nos ayuden, como lo hace Anna. Trabajo no falta. Maria y Angelo se quedarán de momento en la escuela. Dentro de unos años nos habremos recuperado y vendrán mejores tiempos.

Para Salvatore, el cambio de circunstancias supuso una clara mejora. Puesto que ya no tenía que ir al colegio, quedó exento de cumplir las instrucciones para que estudiara que le había dado el gran Caruso, y como se

pasaba tanto tiempo en la calle con Paolo, no le costaba mucho ser amable con el pequeño Angelo cuando lo veía. En la calle encontraban muchas maneras de ganar dinero, aunque por lo general hacían de limpiabotas. Se desplazaban hasta Greenwich Village para lustrar los zapatos de los italianos que comían allí. Encontraron una empresa italiana en cuyas oficinas les permitían entrar para limpiar los zapatos de los empleados. Al trabajar juntos, se turnaban para aplicar el betún y sacar lustre, aunque hasta Paolo reconocía que Salvatore era capaz de dejar los zapatos más relucientes que él.

—Debe de ser por algo que tiene tu saliva que yo no heredé —apuntaba, pesaroso.

La pérdida de los ahorros también supuso un cambio en las actividades de su madre. En la más luminosa de las tres habitaciones instalaron una máquina de coser al lado de la ventana. Allí se relevaban ella y Anna para coser a destajo. Aunque les pagaban poco podían quedarse en la casa, cuidar de los niños y preparar la comida para el resto de la familia mientras los hombres salían. Después del arrebató que tuvo contra el señor Rossi, Concetta no había vuelto a hacer ningún comentario sobre

aquello, pero Salvatore sabía que no podía estar contenta. Una noche oyó que sus padres hablaban en voz baja en la azotea. Su padre empleaba un tono suave, persuasivo, aunque Salvatore no alcanzó a captar bien qué decía. Sí oyó, sin embargo, las palabras de su madre.

—No más hijos, Giovanni. Así no. Te lo ruego.

Entonces comprendió a qué se refería su madre.

Era a finales de diciembre y él caminaba por Mulberry Street con su padre cuando el tío Luigi salió corriendo del restaurante en pos de ellos. Tenían que acudir de inmediato,

les dijo. El gran Caruso estaba comiendo adentro y quería hablar con ellos.

Caruso los acogió con afabilidad y preguntó por toda la familia.

—Dele recuerdos a su esposa — encargó a Giovanni.

Una vez que éste le hubo prometido que así lo haría, les preguntó si les iba bien.

—*Assolutamente* —le aseguró Giovanni—. Todo va bien.

—*Bene, bene* —dijo Caruso—. ¿Y te portas bien con tu hermano? — preguntó luego a Salvatore.

—Sí —confirmó Salvatore.

—¿Y estudias mucho en la escuela?

—Estudia más que nunca —

intervino su padre, sin darle tiempo a responder.

Salvatore vio que el tío Luigi ponía cara de sorpresa, pero como Caruso no miraba por ese lado, no se fijó. Mientras tanto, sacó un sobre del bolsillo, que entregó a Giovanni.

—Dos entradas para la ópera, para usted y su esposa —anunció, muy contento—. ¿Irán?

—Por supuesto. —Luego Giovanni Caruso se deshizo en expresiones de gratitud.

—No podía hablarle de nuestra

desgracia, Toto —le explicó luego a Salvatore cuando ya habían caminado un poco—. No podía permitir que supiera que ya no vas a la escuela.

—Ya lo sé, papá —contestó Salvatore.

—Yo también soy un Caruso. No podía presentar una *brutta figura*.

Salvatore comprendió que, para el orgullo de un italiano, habría supuesto una humillación. Ni siquiera se atrevió a estrechar la mano de su padre.

—Has hecho bien, papá —aprobó.

El día en que debían ir a la ópera, no obstante, su madre dijo que no se encontraba bien.

—Llévate a uno de los niños —dijo a su marido—. Anna podría ir.

Después de pensarlo un momento, su padre decidió, sin embargo, que debía ir con Salvatore, puesto que él había estado presente cuando Caruso le dio las entradas.

Salvatore caminaba henchido de orgullo por Broadway al lado de su padre cuando llegaron a las proximidades del teatro de la ópera. Él encontraba que aquel gran edificio de fachada cuadrada que ocupaba toda la manzana entre las calles Treinta y Nueve y Cuarenta se parecía mucho a unos grandes almacenes. La elegancia de los

trajes de noche de la gente que entraba no dejaba, con todo, margen de duda. Incluso reparó en un Rolls-Royce plateado que alguien aparcó con suavidad cerca de la entrada.

Salvatore nunca había estado en aquella parte de la ciudad. Conocía las bulliciosas calles del barrio financiero y los muelles, pero casi nunca tenía ningún motivo para ir más al norte de Greenwich Village. Aunque en el extremo de la Quinta Avenida había visto salir y entrar de sus casas a elegantes damas, aquella concentración de gente tan engalanada era una novedad para él.

Al entrar, Salvatore contuvo una exclamación. El vasto auditorio, con sus impresionantes candelabros, era como un palacio celestial. Una recia cortina de damasco dorado tapaba el escenario bajo el proscenio curvado donde destacaban los nombres de los grandes compositores. De Beethoven había oído hablar, de Wagner no. Pero allí, a la vista de todos, estaba el nombre gracias al cual todo italiano podía henchirse de orgullo: Verdi. Y esa noche iban a representar precisamente *Aida* de Verdi.

Pronto se dio cuenta de que Caruso había tenido el acierto de no darles localidades caras, donde todo el mundo

iba ataviado con trajes de gala. Ellos llevaban traje y camisas limpias, desde luego, y su padre hasta se había puesto una corbata, pero a medida que se iban abriendo paso entre el gentío, Salvatore había notado que los asistentes los miraban de una manera extraña. Cuando limpiaba las botas de los ricos hombres de negocios durante el día se mostraban bastante amables, pero ahora que estaban invadiendo su territorio, varios de ellos les asestaron unas miradas glaciales. Una mujer se apresuró a apartar la falda del vestido, por temor a verse contaminada con su contacto.

—Condenados italianos... —

murmuró su marido.

—A ellos les gusta sólo nuestra ópera, Toto —señaló con tristeza Giovanni Caruso.

Cuando encontraron las localidades vieron que sus vecinos eran sencillos italianos como ellos, beneficiarios tal vez de la generosidad de Caruso. Su padre se puso a charlar con ellos, pero Salvatore siguió pensando en la manera como los habían mirado los ricos, hasta que subió el telón.

El argumento de *Aida* era fácil de seguir, sobre todo si uno era italiano y entendía la letra, se dijo con ironía. La princesa Aida, una esclava cautiva en

Egipto, y su amante, el héroe Radamés, componían los dos lados del triángulo amoroso que completaba la hija del faraón egipcio. ¡Pero con qué esplendor desarrollaba el tema Verdi! ¡Qué majestuosas marchas, qué fascinantes escenas! Con su magnífica voz, estremecedora como la de cualquier tenor, vibrante como la de un barítono, Caruso, el héroe, tenía hechizado al público. En lo tocante a la puesta en escena, el Metropolitan Opera había montado un nuevo escenario aquella temporada de una magnificencia sin par. Mientras se dejaba absorber por la música y el decorado, Salvatore sentía

que allí estaba plasmado todo el esplendor de su tierra de origen, del Mediterráneo que iba de Italia hasta África. Aquello le causó una profunda conmoción.

La escena más emotiva para él fue tal vez al final cuando, tras condenarlo a muerte, emparedan al héroe en una inmensa tumba. Los oscuros muros, destacados por las mortecinas luces, se alzaban, duros e inmutables ante él, opresivos como el destino. Y entonces, de repente, descubre que su amante Aida, que creía que lo había traicionado, se ha escondido allí porque ha elegido compartir su suerte. En ese

momento, cuando los dos amantes iniciaban su estremecedor dueto final, Salvatore lanzó una mirada a su padre.

Giovanni Caruso tenía la cara inclinada hacia arriba. Su rostro, ancho y moreno, no se distinguía en nada del de cualquier trabajador del Mezzogiorno. Aun así, visto de perfil, el chiquillo pensó que era tan refinado como el de un noble romano. Y con la tenue luz, Salvatore advirtió que, en su absoluta inmovilidad, estaba surcado de lágrimas.

Él se habría quedado estupefacto de haber sabido que, en su palco, una distinguida señora llamada Rose

Vandyck Master se había levantado ya para retirarse antes de que hubiera acabado la ópera.

Durante la primavera siguiente, Salvatore tuvo su primera pelea con su hermano Paolo. Ésta se produjo cuando realizaban su habitual ronda en una oficina, lustrando zapatos.

Era asombroso comprobar lo deprisa que la gente parecía haber olvidado el pánico financiero que se había vivido el otoño anterior. Los negocios habían sido buenos. Saltaba a la vista que los hombres de aquella

oficina estaban ganando dinero, y si estaban de buen humor, cabía incluso la posibilidad de que dieran a los chicos un dólar de propina antes de irse. En aquella ocasión, después de limpiar una docena de zapatos y recibir el pertinente pago, uno de ellos, que hablaba por teléfono, alargó la mano y dio un dólar a Salvatore justo cuando salía por la puerta. Habían llegado al ascensor cuando Salvatore miró el billete y se dio cuenta de que no era de un dólar, sino de cinco. Entonces se lo enseñó a Paolo.

Se trataba sin duda de un error, bastante comprensible por otra parte. El billete de dólar tenía un águila

cabeciblanca y los retratos de Lincoln y Grant en una cara; el de cinco tenía un ciervo que corría. El tamaño de ambos era el mismo, y el hombre estaba distraído con el teléfono.

—Me parece que será mejor decírselo —apuntó Salvatore.

—¿Estás loco? —replicó Paolo con desdén.

Paolo le había superado apenas en estatura hasta hacía poco, pero el año anterior había empezado a crecer tan deprisa que ya era casi tan alto como su padre.

—Giuseppe nunca creció así —afirmaba su madre—. Quizá sea

América lo que lo hace volverse tan alto.

En todo caso no parecía muy satisfecha con aquella repentina estatura de Paolo, y quizás el mismo Paolo tampoco, porque también daba la impresión de que se le había alterado el humor. Él y Salvatore seguían haciéndolo todo juntos como compañeros, pero él ya no bromeaba tanto como antes, y a veces, cuando iban juntos por la calle, Salvatore alzaba la vista y tomaba conciencia de que no tenía ni idea de en qué estaba pensando su hermano.

Salvatore no consideraba que fuera

tan loca su propuesta. Cinco dólares era mucho dinero. Seguro que el hombre había cometido un error. No le parecía honrado quedarse con él.

—Se ha equivocado. Eso es como robar.

—Será su problema. ¿Cómo íbamos a saber nosotros que no quería darnos cinco?

—Se pondrá furioso cuando se dé cuenta —replicó Salvatore—, y entonces nos tomará inquina. De todas maneras, él siempre se ha portado bien con nosotros. Si le enseñamos los cinco dólares, puede que le guste el gesto y que nos deje quedarnos con ellos.

—No entiendes nada ¿eh? —musitó Paolo, con creciente enojo.

En ese momento llegó el ascensor y empujó a Salvatore al interior, reclamándole silencio con un signo. Hasta que no hubieron salido del edificio y se encontraron en la acera, no se volvió hacia él.

—¿Sabes lo que va a pensar si le enseñamos los cinco dólares? Nos va a despreciar. Esto es Nueva York, Toto, no un convento. Aquí todo el mundo se queda con lo que puede. —Viendo que Salvatore no estaba convencido, lo agarró por los hombros y lo zarandeó—. ¿Qué te crees que hacen esos hombres

en esa oficina todo el día? Negocios. Compran y venden. Si cometes un error, lo pagas. Si ganas, te vuelves rico. Ésas son las reglas. ¿Y si no te quedas con el dinero? Pasas por un perdedor.

—Papá dice que es importante que la gente tenga confianza en uno — insistió Salvatore.

—¿Papá? ¿Y qué sabe él? Papá confió en el señor Rossi, que se quedó con todo nuestro dinero. Nuestro padre es un idiota, un perdedor. ¿Acaso no lo sabes?

Salvatore observó con asombro a su hermano. Nunca había oído hablar a nadie de esa manera de su padre. Paolo

tenía la cara deformada por una fea mueca de enojo.

—No vuelvas a decir eso —gritó.

Cuando volvieron a casa por la tarde, depositaron, como de costumbre, todo el dinero en la mesa para que lo recogiera su madre. Paolo había cambiado el billete de cinco por otros de dólar, pero aun así la mujer se sorprendió con el total.

—¿Habéis ganado esto? ¿No habéis robado nada? —preguntó con suspicacia.

—Yo nunca robaría —afirmó Salvatore.

Su madre se dio por satisfecha con

la respuesta. En el curso de los meses siguientes, aunque Paolo pareció recuperar un poco su buen humor, Salvatore tenía la impresión de que entre ambos se había alzado un obstáculo que los distanciaba. Nunca hablaron de ello.

Con su hermana Anna se produjo un acercamiento. Aunque ella lo trataba de manera autoritaria antes, ahora que era mayor y trabajaba parecía haberse reducido la diferencia de edad. Ahora apreciaba lo mucho que trabajaba en la casa con su madre, e intentaba ayudarla. Los niños pequeños estaban en la escuela una parte del día, pero cuando

regresaban, era Anna la que solía cuidar de ellos y preparar la cena mientras su madre cosía. Sobre todo, procuraba mantener a Angelo alejado de su padre, que reaccionaba con una irritación instintiva ante la tendencia soñadora de su hijo menor. La pequeña Maria presentaba menos problemas. Con su carita redonda y sus relucientes ojillos, se había convertido en el juguete de la casa.

La madre pasaba buena parte del día sentada al lado de la ventana de la habitación de la fachada, frente a la mesita donde tenían la máquina de coser Singer que habían comprado a plazos.

Allí cosía prendas de ropa a destajo. Sentada al lado, Anna se ocupaba de los acabados a mano. En verano no estaba tan mal, pero en las largas tardes de invierno era muy duro. El edificio sólo contaba con luz de gas para alumbrar. Incluso con una lámpara de queroseno, Salvatore advertía cómo tenían que forzar la vista para realizar su labor.

—Tú que eres más joven y ves mejor, dime si esto está recto —le pedía a veces la madre a Anna.

Sabía que en todo el Lower East Side muchas mujeres judías e italianas permanecían apiñadas en exiguas habitaciones, dedicadas a la misma

labor. Algunas familias montaban talleres en sus viviendas, explotando a muchachas aún más pobres que ellos que se sucedían trabajando en turnos día y noche. Así funcionaba la industria de la confección. Anna llegaba de los locales de un fabricante cargando en la cabeza una gran pila de prendas por acabar. Cuando éstas estaban terminadas, Salvatore se ofrecía a veces para llevarlas él mismo.

Una tarde de junio en que cumplía aquella tarea pasó junto a un edificio del que salía una multitud de mujeres jóvenes. Aunque en su mayoría eran judías, no tuvieron inconveniente en

responder a las preguntas de aquel curioso muchacho italiano. Después de explicarle alegremente qué clase de trabajo realizaban, siguieron su camino. En el trayecto hasta casa, Salvatore estuvo pensando en ello y en la cena, lo explicó a su familia.

—Hay una fábrica donde confeccionan ropa. Allí hay muchas chicas de la edad de Anna. Trabajan en una gran sala de techos altos con luz eléctrica donde hay hileras de máquinas de coser. El jornal no es malo, y tienen un horario fijo. Quizás Anna podría trabajar allí.

Aquel tipo de decisiones le

correspondía tomarlas al padre. Éste sacudió la cabeza ante la sola idea de que Anna estuviera fuera de casa. Su esposa, en cambio, estaba dispuesta a tomar en consideración aquella posibilidad.

—Anna se está echando a perder la vista en casa —afirmó—. Así se quedará ciega antes de haber encontrado marido. Deja que yo vaya a ver cómo es ese sitio, Giovanni.

Fue al día siguiente en compañía de su hija. Al cabo de una semana, Anna Caruso empezó a trabajar en la Triangle Factory.

Los días de Salvatore sufrieron una modificación. Limpiaba botas con Paolo hasta primera hora de la tarde y entonces recogía a Angelo para ir a buscar a Anna.

La Triangle Factory se encontraba en una calle adoquinada situada al este del parque de Washington Square, al pie de la Quinta Avenida. En el parque, encumbrada en una base de granito, se alzaba una bonita estatua de Garibaldi, que, aunque era del norte, no dejaba de ser un italiano. El gran héroe había incluso vivido una breve temporada en Staten Island durante sus años de exilio. Salvatore se sentía orgulloso de que

Garibaldi recibiera el honor de ocupar un lugar en el centro de la ciudad. Cada tarde, aguardaba con Angelo junto a la estatua la llegada de Anna. A veces a ésta le decían que tenía que quedarse a trabajar hasta más tarde. Por eso, cuando no aparecía, regresaba con Angelo a casa. Normalmente llegaba a la hora, sin embargo, y entonces volvían andando juntos y en el camino se detenían de vez en cuando a comer un helado o una galleta.

Anna estaba contenta. La Triangle Shirtwaist Company, como la llamaban, ocupaba las tres plantas superiores del edificio, de diez pisos, donde estaba

ubicada. Allí se confeccionaban sobre todo las faldas largas hasta los tobillos y las blusas blancas ceñidas en la cintura, según el modelo femenino denominado Gibson Girl, que tenía mucha aceptación entre las chicas y las mujeres trabajadoras. La mayoría del trabajo se realizaba en unas largas mesas con hileras de máquinas de coser accionadas por un único motor eléctrico. El sistema era mucho más eficaz que la máquina de pedales que usaba su madre en casa. Muchos de los empleados eran hombres, algunos de los cuales trabajaban en equipos a las órdenes de un subcontratista, aunque también había

muchas chicas. La mayoría de las trabajadoras eran judías y un tercio de ellas tenían algún grado de parentesco con los propietarios, el señor Blanck y el señor Harris, pero también había algunas jóvenes italianas. Todo el mundo se quejaba del sueldo y de las horas.

—Pero aquí al menos está bien ventilado y hay mucha luz —aducía Anna—, y las chicas son simpáticas.

Salvatore también sospechaba que además para ella era un alivio salir de la casa.

Aquellas modificaciones en su vida cotidiana también propiciaron un

acercamiento de Salvatore con su hermanito. Angelo seguía siendo un soñador. En la escuela, aprendía de manera irregular, pero le encantaba dibujar. Solía llevar un lápiz en el bolsillo y utilizar el primer pedazo de papel que le caía en las manos. Cuando iban con Salvatore a buscar a Anna, a menudo elegían diferentes rutas. En cada una de ellas encontraba siempre algo que le interesaba y se ponía a dibujarlo hasta que Salvatore tenía que tirar de él para continuar. A veces reparaba en alguna piedra esculpida en un dintel, o más arriba, en los entablamentos o las cornisas de los edificios altos. En la

familia nadie apreciaba sus esfuerzos, con la excepción del tío Luigi.

—Pues claro que le gustan esas esculturas —lo apoyaba—. ¿Y quién creéis que las hizo? Canteros italianos. Se encuentran por toda la ciudad. No hay más que fijarse en las casas de los americanos... son todas copiadas de la antigua Roma. Ahora construyen edificios altos de oficinas, que son como unas grandes jaulas de acero, pero esas jaulas las recubren de ladrillo y piedra y luego añaden cornisas romanas arriba para darles el aspecto de un *palazzo* italiano. Nueva York se está convirtiendo en una ciudad italiana —

exclamaba con entusiasmo—. Nuestro pequeño Angelo será un gran arquitecto, un hombre honorable. Por eso dibuja.

Aquel ambicioso proyecto era tan inalcanzable que nadie le prestaba atención.

—Quizá podría ser cantero —concedía, no obstante, su padre.

En cuanto a Angelo, seguía como siempre en la luna.

—Tú y yo tendremos que cuidar de Angelo toda la vida —le confió un día Anna a Salvatore.

Durante un año, Anna trabajó sin incidente alguno en la Triangle Factory.

El año 1910 comenzó en sábado. En Nueva York cayó una ligera nevada, pero el sábado por la mañana, cuando Rose Master se subió al Rolls-Royce para trasladarse al centro, el cielo estaba diáfano.

Pese a que todavía le quedaba una hora antes de reunirse con la anciana Hetty para comer, salía con tiempo de sobra para cerciorarse de que estaba a punto lo que había previsto. Al entrar en el coche, informó al chófer de que recogería a unas personas en el trayecto. Cuando arrancaron, le dio la dirección. En ese instante, el hombre miró con asombro por el retrovisor y le preguntó

si no había algún error.

—Ninguno —confirmó—. Siga conduciendo.

Lo último que Rose había pensado tener que hacer en la vida era enfrentarse con la anciana Hetty Master. Ya había hablado con William de la cuestión.

—¿Me equivoco? —le preguntó.

—No —admitió él—, pero no puedes impedírselo.

Había intentado hacer entrar en razón a la abuela de William, argumentando con buenas palabras que aquel almuerzo podía ser perjudicial. Hetty no había dado el brazo a torcer, de

todas formas. El problema era que la gente ya empezaba a hablar del tema. En todas partes se mencionaba el nombre de Hetty, y Rose temía, no sin razón, que en los periódicos se publicara alguna alusión a la anciana. Había que hacer algo.

Rose trazó por consiguiente un plan, sutil y maquiavélico. Empleó incluso a un periodista al que conocía, un hombre sensato en quien podía confiar, para que redactara una historia que podría dar el resultado idóneo. Con suerte, tal vez sería posible sacar algo positivo de aquello sin tener que contrariar apenas a Hetty. De todas maneras, fuera cual

fuese el desenlace, estaba decidida a no permitir por nada del mundo que el apellido Master quedara salpicado.

Edmund Keller caminaba a paso rápido por la Quinta Avenida. Le gustaba andar y en ese momento apreciaba el contacto frío del aire en la cara. Había pasado la primera parte de la mañana con la familia de la tía Gretchen, en la calle Ochenta y Seis. Como muchos de los habitantes del antiguo *Kleindeutschland*, se había trasladado hacía tiempo a la zona de Yorkville, situada en el Upper East Side,

donde la calle Ochenta y Seis recibía ahora el sobrenombre de Broadway Alemán. Gretchen había fallecido un par de años atrás, pero él todavía mantenía un estrecho vínculo con sus hijos y sus familias.

Había sólo unas sesenta y cinco manzanas hasta Gramercy Park, que podría recorrer sin esfuerzo en un luminoso y fresco día como aquél, a razón de una docena de manzanas cada diez minutos, de norte a sur. En sentido transversal, las manzanas eran más largas, pero él sólo tenía que ir de la Quinta a Lexington.

Lo había invitado a comer Hetty

Master. La anciana debía de tener más de noventa años ya, y no quería decepcionarla. La última vez que se vieron fue en casa de su padre, una semana atrás. La conversación se había centrado en los extraordinarios acontecimientos que afectaban a aquellas empleadas de la industria de la confección. Quizá quisiera hablar de eso. En realidad le daba igual. Una vez que la anciana quedara satisfecha, iría a pie a casa de su padre y se quedaría a cenar.

En la Quinta Avenida reinaba el sosiego de los domingos. Tras pasar frente a la fachada de ladrillo rojo del

museo Metropolitan, siguió bajando por la franja de palacios de millonarios con vistas al Central Park. A la altura de la Cincuenta, cruzó hacia el lado oeste de la calle para evitar el gentío que salía de la catedral de Saint Patrick. En la Cuarenta y Dos advirtió que ya estaba casi terminada la nueva biblioteca, provista de una magnífica fachada clásica. Y cuando hubo llegado a la Veintitrés, en la intersección de la gran diagonal de Broadway con la Quinta, Edmund Keller sonrió complacido.

Allí estaba: el Flatiron Building.

En el centro de la ciudad había ya varios edificios altos, pero sólo el

Flatiron poseía la talla de un verdadero rascacielos. El Flatiron Building era, además, una construcción singular. Con sus más de veinte pisos de altura y una planta triangular, se alzaba en la confluencia de los dos grandes bulevares, encarado a Madison Square, como uno de los más elegantes puntos de referencia de la ciudad. Las oficinas de sus estrechas esquinas estaban especialmente cotizadas.

A Edmund Keller le gustaban los rascacielos. Consideraba natural que en aquel apiñado mundo comercial y financiero de Wall Street se quisiera aprovechar al máximo el terreno.

Durante los veinte años previos, el desarrollo de la construcción con vigas de hierro había permitido descargar el peso de las paredes haciéndolo reposar en enormes estructuras de acero que resultaban más baratas y eficaces. En la Edad Media, los constructores habían logrado erigir extraordinarios edificios utilizando pilares de piedra y complejas armazones de madera, pero aquel tipo de estructura tenía un precio desorbitado. La construcción en acero, en cambio, era sencilla y barata.

Aparte, él consideraba que iba con el espíritu de la época que los poderosos titanes de los negocios

americanos elevaran al cielo sus edificios, como atalayas desde las que se podía dominar aquel vasto y nuevo continente. Era de prever, asimismo, que si las cumbres de los edificios eran como cimas de montañas, las avenidas que mediaban entre ellos pronto serían grandes cañones, a los que la luz del sol llegaría a grandes zancadas, con la audacia de un gigante.

Desde el Flatiron Building a Gramercy Park quedaba un corto paseo, de menos de cinco manzanas. Cuando el mayordomo abrió la puerta, Keller dedujo por el murmullo de voces que la casa estaba bastante concurrida. No

advirtió, en cambio, el Rolls-Royce plateado que se paró al lado de la acera tras él.

Rose asintió para sí al ver a Edmund Keller. Hasta aquel momento había logrado mantenerlo a distancia. En una ocasión el joven había pasado una tarde por la casa y ella había indicado al mayordomo que le dijera que «no estaba en casa», tal como mandaban los cánones sociales. Él se había ido. Al cabo de un tiempo había mandado una breve carta en la que decía que tenía intenciones de pasar a verlos, y ella le

había enviado una respuesta, muy educada, en la que le informaba de que uno de los niños tenía paperas y que, por ello, no era prudente que fuera. A partir de ahí, no la había importunado más. Viéndolo entrar en casa de Hetty en ese momento pensó que el hecho de que el socialista señor Keller acudiera a la cita demostraba cuánta razón tenía al haber intervenido, y que si quería guerra, la iba a tener.

—Nos bajamos aquí —anunció a los dos jóvenes que la acompañaban.

Al cabo de un momento cruzó el umbral ante la atónita mirada del mayordomo. Pese a la radiante sonrisa

que lucía, al ver a los otros invitados reunidos en la casa se felicitó porque su amada señora Astor hubiera fallecido dieciocho meses atrás. Era una suerte, pensó, que la pobre dama no estuviera viva para ver aquello.

Aquel insidioso asunto había comenzado en otoño. Algunos de los trabajadores de la confección de las fábricas del centro de la ciudad habían empezado a quejarse de sus condiciones de trabajo. Quizá tuvieran su parte de razón; Rose no lo sabía. El caso era que a los agitadores —socialistas y

revolucionarios venidos de Rusia en su mayoría, según le habían dicho— les faltó tiempo para ponerse a exaltar los ánimos. Los obreros amenazaban con ir a la huelga y los patronos estaban indignados.

El caso del señor Blanck y el señor Harris, propietarios de la Triangle Factory, era algo distinto. Ellos habían promovido la creación de un sindicato interno para sus empleados, pero les habían advertido con firmeza que despedirían a todo aquel que se afiliara a un sindicato exterior.

Al poco tiempo, la totalidad del sector de la confección estaba

alborotado. Ciertos trabajadores preconizaban la huelga general y los empleados más valientes, encabezados por los de la Triangle, les cerraban las puertas y contrataban a otros obreros en su lugar. Algunos patronos pagaban matones para que propinaran palizas a los más destacados activistas. Tammany Hall, que controlaba la Policía, estaba del lado de los patronos, de modo que se produjeron abundantes detenciones. Los sindicatos reaccionaron colocando mujeres en los piquetes, y cuando las apresaron y las mandaron a realizar trabajos forzados, suscitaron cierta corriente de simpatía entre el público.

Hasta el *New York Times*, que normalmente era favorable a la patronal, comenzó a vacilar en su línea de apoyo.

Rose no justificaba los malos tratos ni la violencia, pero creía que aquellas cosas debían mantenerse en su justa proporción y que no había que dejar que se fuera de las manos. Y las cosas no se hubieran salido de los límites de no haber sido por cierto grupo de mujeres, las que precisamente se encontraban en aquella habitación.

Había que reconocer que la anciana Hetty había concentrado un buen número de personas. Había media docena de chicas de la Vassar —que podrían haber

manifestado más cordura, para empezar —. Rose no estaba muy segura de la opinión que le inspiraba el hecho de que las mujeres fueran a la universidad. La Vassar y la Barnard en el estado de Nueva York, la Bryn Mawr en Filadelfia y las cuatro facultades de Massachusetts —las Siete Hermanas, como las llamaban— formaban una especie de equivalente femenino de la Ivy League. Todas eran bastante respetables, desde luego, pero ¿de veras era conveniente que a las chicas de las buenas familias les metieran todas aquellas ideas insensatas en la cabeza? Rose creía que no.

No había más que ver los resultados. Las alumnas de la Vassar se habían manifestado por la ciudad con carteles, pregonando su apoyo a la huelga. Se habían ido a vivir al Lower East Side con los pobres. ¿Y para qué? ¿Para demostrar que eran cultivadas? Bueno, ellas tenían al menos la excusa de que eran jóvenes. No podía decirse lo mismo, en cambio, de la siguiente persona en la que reparó.

Alva Vanderbilt... como mínimo así se llamaba por la época en que había obligado a su hija Consuelo a casarse con el duque de Marlborough. Alva siempre se salía con la suya. Después de

divorciarse de Vanderbilt por una buena suma de dinero, se casó con el hijo de August Belmont y construyó una enorme mansión en Newport. Por lo visto debía de estar aburrida, de modo que lo único que se le ocurrió luego para darse aires de importancia fue pedir el voto para las mujeres. El tema de las ventajas e inconvenientes del sufragio femenino era discutible, pero lo que estaba muy claro era la insaciable sed de publicidad de Alva. Por eso no era de extrañar que, al ver que se organizaban huelgas en el sector de la confección, decidiera poner a aquellas desdichadas obreras en el mismo carro y proclamar que sus

reivindicaciones entraban dentro de la lucha por los derechos de las mujeres.

Las trabajadoras habían visto con asombro cómo empezaba a presentarse en los tribunales para pagar sus multas. Había organizado concentraciones masivas. Incluso había logrado hacer venir a la señora Pankhurst, la destacada sufragista británica, para que efectuara una comparecencia pública. Tenía talento para la publicidad, no cabía duda, y los periódicos de Hearst y Pulitzer se hacían eco de la causa. No obstante, su más astuta jugada había sido apelar a la mujer que en ese momento se acercaba a Rose y a sus dos jóvenes

acompañantes.

—Hola, Rose. No esperaba verte aquí.

Elizabeth Marbury llevaba chaqueta y falda oscuras y un sombrero negro en la cabeza. Siempre llenaba cualquier habitación con su presencia. Era la agente literaria de personajes como Oscar Wilde y George Bernard Shaw y siempre iba adonde le apetecía. Tras abrazar la causa de las huelguistas, había conseguido la adhesión de las asociaciones de actores y dinero de la acaudalada familia Schubert. Incluso había sido la promotora de una comida ofrecida a un grupo de huelguistas en el

sagrado marco del Colony Club, normalmente reservado para las damas de buena posición.

Por lo menos no había llevado a su amiga. Ella y Elsie de Wolfe, la diseñadora, vivían juntas desde hacía años. Eran amantes. Aunque en los mundillos de la moda de Nueva York, París y Londres se aceptaban ese tipo de relaciones, a Rose no le parecían bien. Elizabeth Marbury observó tranquilamente a Rose.

—¿Quién son tus jóvenes amigos?
—preguntó.

Rose sonrió, pero los hizo pasar adelante sin dar ninguna explicación.

Las otras personas presentes eran en su mayoría señoras de la alta sociedad, entre las que se encontraban algunas viejas amigas de Hetty. Lily de Chantal estaba en la cama con gripe, aunque Mary O'Donnell sí se encontraba allí, fiel como siempre. Rose fue a saludarla.

—¿Va a ir al Carnegie Hall esta noche? —le preguntó Mary—. Siento que debería ir con Hetty, que está muy decidida a ir. Aunque si usted y William la llevaran —añadió—, podría quedarme en casa.

Aquél era el motivo de aquella comida. Se trataba de un encuentro, de una concentración previa al gran evento.

La reunión que iba a tener lugar esa noche en el Carnegie Hall iba a ser la culminación de las acciones de los dos meses anteriores. Podía suponer el comienzo de una huelga general. En realidad era una reunión sindical, pero si alguien creía que eso iba a ser impedimento para que no asistieran Alva y otras señoras de su especie, era porque no conocía a las mujeres ricas y poderosas de Nueva York. A cuenta de sus votos para la Liga de las Mujeres, disponía de un palco privado.

—Lo siento, Mary —contestó Rose.

—¡Ah! —exclamó, decepcionada, Mary—. Ahora sólo falta una persona.

—Luego, tras echar una ojeada a la puerta, anunció—. Aquí está.

Antes de volverse a mirar, Rose ya intuyó quién era. Alva Belmont y Marbury eran ya bastante detestables, pero si había una mujer en todo Nueva York a la que realmente odiaba, a la que no podía perdonar... era precisamente la que en ese momento entraba en la sala.

Anne Morgan. Llegaba con un sombrero de ala ancha y una estola de piel, tan satisfecha consigo misma como de costumbre, a juicio de Rose. A Rose siempre le había caído antipática, pero desde que se había juntado con Marbury

y De Wolfe se había vuelto imposible. Se habían ido a vivir juntas a Francia un tiempo... en una villa de Versalles. ¿Quién se creían que eran? ¿La realeza? En cuanto a la naturaleza de su relación, Rose la desconocía y prefería no indagar en la cuestión. Y ahora Anne Morgan se dedicaba a donar grandes sumas de dinero para la causa de las obreras de la confección, financiar a los rusos y a los socialistas y a fastidiar en general. A saber qué opinaría su padre de todo aquello.

¿Quién habría pensado que el gran Pierpont, el propio J.P. Morgan, pudiera tener una hija así? Podía seguir

comportándose de ese modo porque él le daba veinte mil dólares al año. Rose no lo entendía. ¿Por qué no le retiraba aquella paga?

De eso se quejaba precisamente Rose. Si hubiera creído por un instante que aquellas mujeres se preocupaban realmente por las condiciones laborales de las personas como aquellos dos jóvenes que había traído consigo no le hubiera parecido tan vituperable su actitud. Pero para cumplir sus propios propósitos, deleitarse en su propio sentimiento de poder —en su vanidad, en opinión de Rose—, aquellas mujeres ricas, de buena familia, las mismas de

quienes se esperaba que asumieran una posición de liderazgo en la sociedad y dieran buen ejemplo, financiaban a los huelguistas y recababan apoyo público para una causa tras la cual, de eso no le cabía duda, se encontraban los socialistas y anarquistas, personas cuyo objetivo era destruir la misma sociedad que les proporcionaba su riqueza. Aquellas mujeres eran una traidoras, insensatas tal vez, pero destructoras. Las detestaba.

Ya se imaginaba los titulares de los periódicos: LA SEÑORA MASTER RECIBE EN SU CASA A LA SEÑORA BELMONT Y A LA SEÑORITA

MORGAN ANTES DE LA REUNIÓN
EN EL CARNEGIE HALL. O peor aún:
LA FAMILIA MASTER PRESTA SU
APOYO A LA HUELGA.

En todo caso, aquello acababa de
confirmar la razón que la amparaba al
llevar a aquellos dos jóvenes allí.

Cuando todos tomaron asiento en
torno a la mesa del espacioso comedor,
la anciana Hetty experimentó un
sentimiento de satisfacción. Había
trabajado mucho para hilvanar aquello y
lo había llevado a cabo justo en el
momento más oportuno.

La situación de las trabajadoras de la confección había suscitado su interés desde el principio. Se había paseado con Mary por la zona de las fábricas y había asistido a algunas reuniones. Había hablado con Alva Belmont y con algunas de las otras. Así, de una cosa a la otra, habían acordado que se darían cita en su casa el día de la reunión en el Carnegie Hall.

Para una anciana de noventa años no era poca cosa ejercer de anfitriona de un evento como aquél. En aquellos tiempos eran pocas las ocasiones que tenía de estar en primera línea. Era posible que aquella fuera su última oportunidad.

Pese a su avanzada edad, Hetty creía que había que adaptarse a los tiempos. Había visto tantos cambios... Había visto la creación de los canales, después del ferrocarril, de la luz a gas, luego de la electricidad, los barcos de vapor y ahora el automóvil. Había visto cómo la vieja guardia de la Academy of Music cedía el puesto a los ricos advenedizos de la Metropolitan Opera y cómo muchas familias de las que nunca se había oído hablar, como los Vanderbilt, pasaban a formar parte de la elitista lista de Cuatrocientos trazada por la señora Astor. Si Rose quería ser más formal, ella, en los años que le quedaban por

vivir, deseaba disfrutar de un poco más de emoción. De hecho, por una vez en la vida, creía haberse situado en la primera línea de la moda.

La huelga del sector de la confección se había puesto de moda. Aquellas pobres chicas de las fábricas gozaban de todas sus simpatías, aunque tampoco iba a fingir que conocía bien todas las implicaciones. La comida de aquel día sería, en cualquier caso, un hito memorable. Aunque fuera con una pequeña contribución, Hetty Master tenía ganas de dejar su nombre en una nota a pie de página de la historia de Nueva York.

La mirada que paseaba por los invitados congregados en su mesa era, pues, de gran complacencia.

A Edmund Keller lo había incluido en el último momento. Al verlo en casa de su padre la semana anterior se le ocurrió invitarlo, porque siempre estaba bien tener un hombre entre la concurrencia. En cuanto a Rose, no había tenido intención alguna de invitarla. En realidad, se había llevado una sorpresa al ver que la esposa de su nieto se había enterado de la comida y anunciado que quería asistir.

—No hay necesidad, querida —le había respondido.

Rose había insistido tanto que habría sido una descortesía rehusar. Y ahora se había presentado con dos jóvenes del Lower East Side y se había obstinado en que se sentaran con ella a la mesa. ¿Acaso se habría convertido de repente a la causa?

La conversación giró en torno a la reunión de la noche. Asistirían importantes sindicalistas. Samuel Gompers, el líder sindical, y sus lugartenientes eran moderados; querían mejor salario y condiciones de trabajo, si podían conseguirlos. Otros, con ambiciones políticas, podían ser más estridentes. Nadie sabía qué iba a

ocurrir. Todo era muy emocionante. Hetty casi se había olvidado de su nieta política y de sus acompañantes cuando, de improviso, en el momento en que servían el plato principal, ésta se puso en pie y anunció que había una joven del sector de la confección a quien querría que todos escucharan. Luego se volvió hacia la muchacha que tenía al lado.

—Puedes levantarte, querida —le dijo.

Anna Caruso dirigió una mirada a Salvatore. Sólo había accedido a ir si tenía a su hermano allí para protegerla.

—Cuéntales simplemente tu historia, tal como me la contaste a mí —le indicó Rose.

Delante de toda aquella gente, en aquella casa tan grande y sumado a su conciencia de no hablar todavía muy bien el inglés, se sentía no obstante nerviosa.

Se había llevado una sorpresa cuando el señor Harris la llamó la semana anterior en la fábrica.

—Esta señora quiere hablar con una de nuestras leales trabajadoras —le explicó—, y yo le he dicho que tú eres una chica sensata.

Como estaba claro que esperaba que

hiciera lo que le indicaba, le contó a la dama lo que quería saber. Luego ésta dijo que le gustaría ir a su casa y conocer a su familia, así que al final de la jornada, la recogió con el coche junto con Salvatore y Angelo en el parque. En Mulberry Street había causado sensación el Rolls-Royce que se paró delante de su casa. Cuando la señora anunció que quería llevarla el domingo próximo para que hablara de la fábrica a sus amigas, su padre no parecía muy convencido. Luego, después de que la señora Master le diera su tarjeta de visita y su dirección y ofreciera veinte dólares por las molestias, aceptaron,

con la condición de que fuera acompañada.

—Me llamo Anna —se presentó— y mi familia vive en Mulberry Street.

Les explicó que había emigrado de Italia a Estados Unidos cuando era niña, que su padre había perdido sus ahorros en la crisis de 1907, que sus hermanos habían tenido que abandonar la escuela y que todos trabajaban para recuperarse del revés. Notó que les gustó su relato. Oyó murmullos compasivos en el pasaje de la pérdida de los ahorros y exclamaciones de aprobación en relación a lo mucho que trabajaban todos. Explicó, además, que para su

madre era muy difícil trabajar en casa y que, después de ir a la Triangle Factory, ella disponía de unas condiciones mejores.

Y entonces la señora empezó a hacerle preguntas.

—¿Hay un sindicato en la fábrica?
—inquirió Rose.

—Hay un sindicato en la fábrica.

—Era el sindicato de fuera, el Sindicato de las Mujeres, el que no le gustaba a los propietarios. ¿Querías afiliarte a él?

—No.

—Y cuando los propietarios cerraron las puertas a las trabajadoras,

¿qué hiciste tú?

—Mis padres querían que siguiera trabajando. Nuestro párroco también dijo que debía trabajar. Por eso fui a ver al señor Harris a la fábrica.

—¿Y te volvió a dar el empleo?

—Sí.

—¿Y contrató a chicas nuevas para trabajar?

—Sí.

—¿Son casi todas respetables muchachas italianas, católicas, como tú?

—Sí.

—Las chicas que perdieron el trabajo, que se afiliaron al Sindicato de Mujeres, ¿eran judías en su mayoría?

—Sí.

—Gracias, querida. Puedes sentarte.

—Rose desplazó la atención a las damas congregadas—. Creo que todo el mundo puede ver que ésta es una joven honesta —declaró—, y estoy segura de que hay motivos de queja y que algunas de las fábricas son responsables de agravios. Aun así, pienso que debemos obrar con prudencia. ¿Y si las muchachas judías no quieren lo mismo que Anna? ¿Y si no van a la huelga para mejorar las condiciones de trabajo, sino para conseguir objetivos políticos? ¿Cuántas de esas chicas rusas son socialistas? —Paseó una mirada triunfal en torno a la

mesa—. Creo que todos deberíamos plantearnos esta pregunta.

Rose paladeó el silencio que se produjo tras su alocución. En primer lugar, había aportado una nota de sentido común al acto. Los presentes se habrían llevado una sorpresa aún mayor de haber visto el breve reportaje que se hacía eco de que, en una comida celebrada en casa de la anciana señora Master, ciertos miembros de la familia Master que conocían bien las condiciones reales de trabajo de las obreras —no todas las cuales seguían la huelga— habían puesto en tela de juicio la motivación de algunos de los

agitadores socialistas que la promovían. La anciana Hetty podría retener su momento de gloria, puesto que su comida sería recordada, aunque no de la manera como lo había planeado, y la reputación de la familia quedaría a salvo. El reportaje saldría impreso en varios periódicos al día siguiente.

Hetty se quedó sin palabras. No podía creerlo. La esposa de su propio nieto había acudido allí para arruinarle la fiesta, con un acto de pública deslealtad. Su reacción fue instantánea y natural. Rose debía saber sin duda que los fondos fiduciarios pasarían a manos de William de todas formas, pero ya

podía despedirse de heredar algo de aquella casa.

Hetty miró en torno a sí buscando a alguien que salvara la situación. Su mirada se posó en Edmund Keller. Valía la pena intentarlo.

—Y bien, señor Keller —inquirió—, ¿aceptará ser nuestro caballero andante?

Edmund Keller calló un momento. Apreciaba a la anciana Hetty Master y con gusto la complacería, pero para él era aún más importante la causa de la verdad. La verdad era más compleja que como la quería presentar Rose.

Él comprendía bien la ciudad, lo

bastante para saber que los emigrantes rusos, después de haber sufrido tantas persecuciones de carácter político y religioso, estaban decididos a luchar contra cualquier forma de opresión en su país de acogida. Los italianos, por otra parte, huían sólo de la pobreza. Enviaban dinero a Italia; muchos de ellos ni siquiera tenían intención de quedarse en Estados Unidos. A veces en los muelles se encontraban más italianos que volvían a su país que los que acababan de llegar. Ellos tenían, por consiguiente, menos motivos para causar conflictos o para integrarse en el proceso político; por eso eran más

propensos a soportar los malos tratos. De todos modos, aun después de exponer estos razonamientos, no quiso cejar. Si había algo que Edmund Keller, como buen académico, no soportaba era la gente que simplificaba la realidad y las pruebas hasta volverlas engañosas.

—¿Hay piquetes fuera de la Triangle Factory? —preguntó a Anna.

—Sí, señor.

—¿Hay muchachas judías en los piquetes?

—Sí, señor.

—¿Hay muchachas italianas en los piquetes?

—Sí, señor.

—¿Y son, pongamos, esas chicas italianas en torno a una cuarta parte de las integrantes de los piquetes?

—Creo que sí.

—¿Por qué no participas tú en ellos?

Anna titubeó. Recordó el día en que la mujer del Sindicato de Mujeres la había abordado cuando iba al trabajo para preguntarle por qué traicionaba a las otras obreras. Se había sentido muy culpable, pero cuando habló de ello a sus padres esa noche, su padre le ordenó que no volviera a hablar nunca de ese tema.

—Mi familia no quiere, señor.

En el comedor resonó un murmullo

generalizado. Luego Keller se volvió hacia Rose Master.

—Creo que debemos ser prudentes, en efecto —dijo—. Los propietarios de las fábricas querrían sin duda hacernos creer que se trata de una huelga masivamente judía, una huelga socialista tal vez, pero es posible que lo hagan con intenciones engañosas.

No pretendía ser brusco. Sólo quería hacer honor a la verdad.

La anciana Hetty estaba resplandeciente. La cara de Rose se había convertido en una máscara.

Fue entonces cuando Edmund Keller cometió un gran error.

Aunque distaba de ser un necio, no era un hombre de mundo. Él se movía en un ámbito académico y no acababa de comprender que para las poderosas damas neoyorquinas —o londinenses o parisinas—, la política era un juego social en el que se demostraba quién tenía más influencia. Él suponía que, detrás de todas aquellas actividades, había una verdadera búsqueda de la verdad. Por eso no se dio cuenta de que al corregir la versión de los hechos, estaba humillando a Rose.

—Es fácil comprender —prosiguió— por qué la familia de esta muchacha no quería que ingresara en el sindicato.

Lo cierto es, con todo, que la historia europea nos muestra que los obreros de las fábricas casi siempre han sido explotados hasta que ha intervenido un sindicato poderoso o un gobierno.

Si aquello hubiera sido un seminario histórico, un argumento de peso como aquél habría sido un elemento digno de tener en cuenta. Las circunstancias eran otras, sin embargo, y con ello acababa de presentar a Rose un flanco por donde contraatacar.

—¿La historia europea? Seguro que usted la conoce muy bien, señor Keller. ¿No es cierto que Europa está llena de socialistas? ¿Y no sabe que cuando las

inocentes muchachas italianas se ven obligadas, por la fuerza o por engaño, a ingresar en los sindicatos, son utilizadas por los socialistas rusos? Aunque usted lo sabe todo de los socialistas, señor Keller, según tengo entendido, puesto que usted mismo es, y lo sé de buena fuente, un socialista.

Keller no se había planteado en especial la cuestión socialista. Tampoco tenía la menor idea de que el presidente de Columbia, a quien desagradaban sus posiciones de tolerancia, le hubiera dicho a Rose que era un socialista. Por eso se quedó mirándola con gran sorpresa, cosa que ella interpretó,

naturalmente, como un reconocimiento de culpa.

—Ajá —exclamó, con aire triunfal.

—Bueno —intervino Hetty, viendo que las cosas comenzaban a irse de la mano—, todo esto es muy interesante, hay que reconocerlo.

Lo cual en aquellos círculos equivalía, como hasta Edmund Keller sabía, a una señal en la que se reclamaba el inmediato fin de la discusión.

—Espero que ahora nos lleve a casa —susurró con nerviosismo Anna a

Salvatore al final de la comida.

Rose Master estaba ocupada hablando, de modo que se quedaron allí de pie solos.

¿Habría dicho algo incorrecto sobre las chicas italianas que participaban en los piquetes? ¿Le diría la dama al señor Harris algo que pudiera causarle complicaciones?

Llevaban así un par de minutos cuando se les acercó la anciana propietaria de la casa, acompañada de otra señora, no tan vieja.

—Soy la señora Master —se presentó la anciana—. Quería daros las gracias por haber venido —dijo con

suma educación—. Ésta es mi amiga la señorita O'Donnell —añadió.

Se notaba que la otra señora era muy rica, pero parecía amable y les preguntó dónde vivían.

—Yo antes vivía no lejos de donde vivís vosotros, justo al otro lado de la Bowery —dijo.

Anna la miró con incredulidad. Aunque no se podía imaginar que aquella opulenta señora hubiera vivido alguna vez en su vida cerca del Lower East Side, no se atrevió a hacer ningún comentario. Advirtiéndolo su expresión, la mujer sonrió.

—Normalmente tenía que pasar

junto a Five Points cada día.

—¿Y vivía en una casa de apartamentos como nosotros? —se aventuró por fin a preguntar Anna.

—Sí. —Mary O'Donnell calló un momento, como si recordara algo. Luego intercambió una mirada con Hetty Master y sonrió—. En realidad, mi padre estaba borracho casi todo el tiempo, y ni siquiera trabajaba. En cuanto a nuestra casa... —Sacudió la cabeza al evocarla—. Al final me tuve que ir de allí. —Volvió a dirigirse a Anna y Salvatore—. Vuestro padre parece una buena persona. Hagáis lo que hagáis, mantened la unidad de la familia.

Eso es lo más importante del mundo.

En ese preciso momento apareció Rose. Por suerte, parecía muy contenta con el desarrollo de las cosas, y se los llevó al coche. De este modo, Anna no pudo averiguar cómo salió del Lower East Side aquella señora tan rica.

A petición de Hetty, Mary O'Donnell se quedó después de que se hubieran ido los demás. Mary sabía que era agradable repasar las incidencias de una reunión cuando ésta había terminado.

—Ha ido bien —opinó—. Todo el mundo la recordará, y las

conversaciones han dado tema para pensar a todos.

—Estoy disgustada con Rose —dijo Hetty.

—El señor Keller le ha respondido bastante bien.

—Su intención era buena. Rose, en cambio, ha sido muy desleal —prosiguió Hetty.

—Debemos perdonar, supongo —apuntó Mary.

—Puede que perdone —repuso Hetty—, pero no pienso olvidarlo.

—La muchacha italiana era un encanto —apreció Mary.

—Eso me recuerda... ¿Por qué le

has dicho que tu padre era un borracho que no trabajaba? Tu padre era un hombre perfectamente respetable; amigo de los Keller. Me acuerdo muy bien del día en que Gretchen me habló de eso.

Mary guardó silencio un instante, azorada.

—Cuando he visto a esa muchacha y a su hermano y he oído las condiciones en que vivían —confesó—, me ha venido todo a la memoria. Aunque no sé por qué he tenido que soltarlo.

—¿Me estás diciendo, Mary O'Donnell, después de todos estos años, que empezaste a trabajar aquí contando falsedades? ¿Que tu familia no tenía

nada de respetable?

—No creo que yo hubiera podido hacerlo, pero Gretchen sí. Ella era mi amiga. —Mary le sonrió con afecto—. Me temo que te contó una espantosa sarta de mentiras.

Hetty permaneció pensativa.

—Pues me alegro de que lo hiciera —sentenció por fin.

Edmund Keller pasó una agradable tarde con su padre. Hasta la mañana siguiente no se enteró de lo ocurrido en la reunión del Carnegie Hall.

Había sido una noche extraordinaria.

Los radicales habían presentado un espléndido orador, el socialista Morris Hillquit. Con ampulosa elocuencia, dijo a la nutrida concurrencia que los propietarios de las fábricas y los magistrados que habían impuesto las multas no eran más que el brazo armado de la opresión.

—¡Hermanas —clamó—, vuestra causa es justa, y obtendréis la victoria!

Y allí no se acababa todo, les aseguró. La huelga de las obreras de la confección era el comienzo de algo maravilloso. A través del sindicato, podían abanderar la causa socialista de una lucha que pronto transformaría no

sólo las fábricas del Lower East Side, sino la ciudad entera e incluso la totalidad del país. Fue un discurso emocionante, que recibió una clamorosa ovación.

Después habló un abogado moderado que aconsejó mesura y una batalla legal. Su alocución resultó tan aburrida que pronto el público se impacientó. Y cuando Leonora O'Reilly, del Sindicato de Mujeres, tomó la palabra y desautorizó al letrado diciendo que las mujeres habían hecho más por el sindicato con su huelga que todos los sermones pronunciados durante los últimos diez años, también

recibió una salva de aplausos. Todas tenían, pues, la moral bien alta.

No todo el mundo estaba contento, sin embargo. A la gente de Tammany Hall le gustaba el poder político, no la revolución. Los líderes conservadores de los grandes sindicatos norteamericanos, como Sam Gompers, tampoco creían que fuera una buena estrategia preconizar la revolución. A partir de esa velada comenzó a flaquear el apoyo al movimiento sindicalista, y con ello también empezó a esfumarse el dinero.

¿Acaso había causado impresión la intervención de Rose en la comida

organizada por Hetty? ¿Quién sabía? Lo cierto era que cuando Anne Morgan asistió a la reunión del Carnegie Hall no le gustó lo que oyó. Al día siguiente informó a todo el mundo que apoyaría la lucha por los derechos de las obreras, pero no el socialismo, que no iba a dar dinero para emprender una revolución. Otras ricas donantes siguieron su ejemplo.

La huelga no perdió fuelle hasta comienzos de febrero. Las mujeres consiguieron una reducción de horas de trabajo, hasta cincuenta y dos horas semanales tan sólo, e incluso se les permitió afiliarse a un sindicato. La

Triangle y las otras fábricas podían emplear, de todas formas, a quien quisieran, tanto si estaban afiliadas como si no.

Edmund Keller supuso que Rose debía de estar satisfecha con el desenlace. Le había desconcertado que ella pensara que era un socialista, pero como no lo era, no prestó más importancia a la acusación, pensando que había sido producto de la ofuscación del momento.

No entendía que debido a que ella lo consideraba un socialista y también a que creía que había intentado ridiculizarla en público, Rose Master

era ahora su enemiga.

El año 1910 fue una época feliz para Salvatore. Para entonces tenía ya catorce años y sentía que se estaba convirtiendo en un hombre. Ése fue también el año en que él y Anna decidieron que iban a hacer que el pequeño Angelo fuera más fuerte. El método de Anna era darle más comida. De regreso de la fábrica, pasaban todos los días por el restaurante donde trabajaba el tío Luigi y el dueño les daba una bolsa de sobras.

—Para el alfeñique —decía.

El método de Salvatore era más contundente. Confeccionó unas pesas con las que obligaba a ejercitarse delante de él a su hermano de nueve años.

—Voy a hacer que desarrolle la musculatura —explicaba a todo el mundo.

En verano comenzó a llevarlo al East River donde, pese a que era ilegal, solían bañarse los muchachos de la zona. Cuando Anna se enteró se puso furiosa.

—¡El agua está asquerosa! ¡Se va a poner enfermo! —gritó.

Lo cierto fue que, con los meses,

pareció que Angelo estaba un poco más robusto. De todas maneras, siguió con su misma tendencia soñadora.

En cuanto a Anna, con sus dieciocho años, era toda una mujer, aunque seguía casi tan delgada como cuando era niña. Los hombres se volvían para admirarla en la calle. No tenía novio, sin embargo, y decía que no le interesaba. Salvatore tenía clara una cosa al respecto:

—Si algún chico viene a preguntar por ti, no sólo tendrá que obtener el visto bueno de padre, sino también el mío —afirmaba, convencido de que su hermana se merecía lo mejor.

—¿Y si no te gusta? —bromeaba

ella.

—Lo tiraré al East River —
contestaba, y lo decía en serio.

El cumpleaños de Anna era a comienzos de diciembre, y el cinco, el tío Luigi llevó a toda la familia al teatro. Fueron al American Music Hall, de la calle Cuarenta y Dos, a ver una obra titulada *The Wow Wows* representada por una compañía inglesa llegada de Londres. El protagonista era un talentoso joven actor británico llamado Charles Chaplin. Pasaron un rato muy agradable. A la semana siguiente, Anna les anunció que le habían aumentado el sueldo. Ya ganaba doce dólares por semana y a

partir de entonces recibiría más. El año terminó bien pues.

Sólo hubo un problema.

Una luminosa mañana de octubre Paolo le dijo de improvviso a Salvatore que continuara solo porque él tenía otros asuntos de que ocuparse.

—Nos veremos en la esquina de Broadway con la Fulton a las cuatro —dijo, antes de desaparecer sin dejar margen a ninguna pregunta.

Esa tarde, le indicó a Salvatore que no debía hablar de su ausencia.

—Hay un hombre para el que hago algún trabajo —explicó—. Eso es todo.

Sacó un dinero, más o menos la

cantidad que Salvatore habría ganado limpiando zapatos, pero éste tuvo la impresión de que tenía más en el bolsillo.

Un día de la semana siguiente, ocurrió lo mismo. Aquello pronto se convirtió en una costumbre. Por Navidad, Paolo entregó regalos a todos los miembros de la familia, aduciendo que llevaba tiempo ahorrando a escondidas. Todo el mundo quedó encantado. Salvatore recibió un reloj de pulsera y Anna un precioso chal. Concetta parecía preocupada, sin embargo. Justo antes de Año Nuevo interrogó a Salvatore sobre las

actividades de su hermano, y Salvatore mintió tal como le había recomendado Paolo, pero se dio cuenta de que su madre no lo creía.

—Seguro que trabaja para algún camorrista —decretó. Con ello aludía a alguna clase de mala persona—. O quizá sea algo peor. Quizá sea la *Mano Nera*.

La Mano Negra no era realmente una organización. Toda banda que quería extorsionar dinero —cosa que normalmente hacían con los italianos más ricos de su propia comunidad— trataba de acentuar el miedo de sus víctimas utilizando el temido símbolo de la Mano Negra.

—No —disintió Salvatore.

—Eso es culpa de la policía —se lamentó su madre—. ¿Por qué no hacen nada?

De los treinta mil policías de la ciudad, muchos de los cuales eran católicos irlandeses, casi ninguno hablaba italiano. El departamento de Policía había establecido una brigada italiana, pero a su responsable lo había matado, en un viaje a Sicilia, un gánster llamado Don Vito, tras lo cual la brigada había perdido alas. Mientras los delincuentes italianos se limitaran a actuar en su propio barrio, la Policía de Nueva York apenas intervenía.

Aquella noche, la madre interpeló a Paolo y lo acusó de ser un delincuente. Él lo negó todo y se enfadó mucho, y al final el padre ordenó que no se hablara más del asunto.

El joven apareció en marzo de 1911. Una noche, Salvatore, Angelo y Anna habían ido a ver al tío Luigi al restaurante donde trabajaba. Los había hecho esperar un momento, durante el cual Salvatore se percató de que un apuesto joven los miraba con interés. Luego se olvidó de él. Al día siguiente, no obstante, se encontró por la calle al

tío Luigi, que tenía ganas de hablar.

Aquel joven ya se había fijado en Anna varias veces, por lo visto. Se llamaba Pasquale y era muy respetable, con un buen empleo de dependiente. Quería conocerla, pero era un poco tímido.

—Si tú ya lo conocieras —insinuó el tío Luigi con un guiño—, entonces sería natural que conociera a Anna un día.

—Y si no me gusta, ¿Anna no tendrá que conocerlo? —inquirió con énfasis Salvatore.

—Sí, sí, por supuesto.

Salvatore aceptó y al día siguiente

fue al restaurante donde Pasquale tomaba café con un *dolce*. El tío Luigi advirtió con regocijo que a Salvatore le cayó bien el joven. Era serio y se notaba que era un buen trabajador. Aun sin ser rica, su familia tenía más dinero que los Caruso. Al final de la conversación acordaron que el sábado siguiente iría, como de costumbre, al restaurante después de recoger a Anna en el trabajo. Si veía a Pasquale allí, lo presentaría a Anna y el tío Luigi les serviría un *dolce* a todos.

Satisfecho con su nuevo papel, Salvatore aguardaba con cierta impaciencia la llegada del sábado,

sopesando qué debía decirle a Anna.

El 25 de marzo de 1911, Anna fue a trabajar como de costumbre. Hacía un bonito día. El sábado era el día laborable más corto en la Triangle Factory. La jornada comenzaba a las nueve de la mañana y terminaba a las cinco menos cuarto de la tarde, con una pausa de cuarenta y cinco minutos para la comida. Cuando llegó, había ya un montón de personas aguardando afuera.

Pese a que era el sabbat judío y que tanto los propietarios como la mayoría de los empleados eran judíos, en la

Triangle Factory eran muy pocos los que observaban el sabbat, de modo que aquel día debían de ser unas quinientas personas las que trabajaban allí.

El edificio tenía dos entradas, una por Washington Place y la otra por Green Street. Ella fue por la de Washington Place y subió por las escaleras, ya que el ascensor estaba reservado a los jefes y a las visitas.

La Triangle Factory ocupaba los tres pisos superiores del edificio: el octavo, noveno y décimo. En las escaleras se encontró con Yetta, una muchacha judía que trabajaba en el octavo piso, de modo que fue a esa planta para terminar

la conversación que habían iniciado. Además de las hileras de mesas y máquinas de coser, en el octavo piso había las mesas para cortar las telas, bajo las cuales había previstas unas grandes cajas que pronto se llenarían con los retales de algodón inservibles. Al lado de una de las mesas, Yetta enseñó a Anna los pasos de un nuevo baile llamado el «trote del pavo». A ambas les gustaba mucho aquel baile, pero la severa mirada de uno de los encargados puso fin a su diálogo, de modo que Anna se dirigió a la planta novena, donde trabajaba.

La mañana transcurrió sin ningún

incidente particular. No hacía mucho, en aquella planta habían puesto unos baños mejores y un bonito piso de madera que reflejaba la luz. A la hora de la comida, Anna salió a pasear por el parque de Washington Square. Pensando en los pasos de baile que le había enseñado su amiga, se preguntó si a Pasquale le gustaría bailar.

No le había costado mucho averiguar lo de Pasquale. En cuanto Salvatore mencionó, como si nada, que quizás encontrarían a un amigo suyo en el restaurante, sospechó que tramaba algo. Sus patéticos intentos de negarlo no hicieron más que confirmarla en sus

sospechas. Cuando él admitió la verdad, fingió enfado. Lo que no le confesó a su hermano fue que ya había reparado en aquel joven que la miraba, y que no tenía la menor objeción en conocerlo. En lugar de ello, le dijo que no sabía si iría o no, sólo para fastidiarlo. Recordándolo, sonreía para sí mientras regresaba al edificio al inicio de la tarde.

Las tardes del sábado siempre eran algo ajetreadas. Al final de la semana, los encargados de los envíos recorrían las secciones tratando de cumplir con todos los encargos. Nadie estaba autorizado a salir antes de la última

campanada, pero algunas de las chicas que tenían pretendientes esperando afuera se preparaban para salir de manera precipitada. Cuando sonó la campana y se pararon las máquinas, todo el mundo se levantó. Anna, que no tenía prisa, reaccionó más bien con parsimonia. Sacó un espejillo del bolso pensando que mejor sería que estuviera presentable para ir a conocer al hombre misterioso. Se estaba acicalando mientras sus compañeras se encaminaban a la puerta, y aún estaba sentada cuando oyó algo extraño. Alguien gritaba.

Desde la estatua de Garibaldi se disfrutaba de una buena panorámica de Washington Place. En verano, las hojas de los árboles tapaban la visión, pero en ese momento Salvatore veía perfectamente los pisos superiores del edificio y el emblema —un triángulo rodeado por un círculo— colgado de la esquina. Consultó el reloj que Paolo le había regalado por Navidad.

—Es la hora —señaló a Angelo.

—¿El tío Luigi me dará un taza de chocolate?

—Seguro.

Salvatore volvió a mirar el edificio. En cualquier momento comenzarían a

salir las primeras chicas. Un joven que pasaba por su lado se detuvo a mirar en la misma dirección.

Justo entonces ocurrió algo curioso. Se oyó una especie de estallido, no muy fuerte, que venía de una de las ventanas del octavo piso. Un instante después, comenzó a salir por la ventana una columnilla de humo y abajo en la calle sonó un tintineo de cristales. Un caballo que permanecía parado allí salió de estampida con el carro al que estaba enganchado. Arriba, la columna de humo se agrandó. Un hombre atravesó corriendo la calle.

El individuo que se había detenido

junto a la estatua echó a andar a toda prisa hacia el lugar, dejando a Salvatore y a Angelo. Al cabo de un momento sonaron las sirenas de los bomberos. Después, por la calle, llegó un policía a caballo que se precipitó al interior del edificio. La gente invadía las aceras y por el otro lado del parque apareció un coche de bomberos.

—Quédate aquí —indicó Salvatore a Angelo—. Si viene Anna, esperadme.

Al llegar al edificio, miró primero en la puerta principal y luego en la de Greene Street. No vio a Anna por ninguna parte. Al cabo de un momento, por la entrada de la fachada salió un

grupo de muchachas. Una de ellas le informó que habían bajado de la octava planta en el ascensor.

—El fuego ha prendido en las cajas de algodón —le explicó—. Se han consumido tan rápido como si fueran queroseno.

—¿Y las chicas de los otros pisos? —preguntó.

La muchacha no sabía nada.

Cada vez llegaban más unidades de bomberos. Había que reconocer que habían reaccionado con impresionante celeridad. Los bomberos, que parecían irlandeses casi todos, conectaban las mangueras a las bocas de incendios de

la calle y las introducían en el edificio.

No dejaban entrar a nadie. Lo único que pudo hacer Salvatore fue correr de una entrada a otra intentando conseguir alguna información de las muchachas que salían, o captar algo de lo que decían los bomberos.

Las mangueras del edificio no funcionaban, oyó, pero la presión de las bocas de incendios era adecuada. El fuego se había iniciado en la octava planta, que había quedado ahora engullida por las llamas, lo cual impedía el paso a los bomberos. Alguien dijo que había una salida de incendios que bajaba por el hueco situado en el centro

del edificio pero que se había venido abajo. Algunas chicas habían conseguido llegar a los pisos inferiores por allí, mientras que otras se encontraban en la escalera cuando ésta se había derrumbado. Para entonces de las ventanas de arriba brotaba humo y llamas por el lado de Greene Street.

Viendo que la gente señalaba a la azotea, Salvatore retrocedió un poco para tener perspectiva. Allí se había refugiado una multitud de trabajadores. Desde el edificio adyacente de la Universidad de Nueva York, que era un poco más alto, habían tendido unas escaleras para que pudieran escapar.

¿Habrían llegado hasta allá arriba las muchachas del noveno piso? No había forma de saberlo.

Al final regresó junto a la estatua de Garibaldi.

—¿Dónde está Anna? —preguntó, con ojos desorbitados, Angelo.

—Vendrá dentro de poco.

—¿Dónde está?

—Quizás esté bajando por el ascensor, aunque algunas de las chicas se van por la azotea. Si la esperamos aquí, nos encontrará.

—¿Es peligroso?

—No. —Salvatore intentó sonreír—. Fíjate en todos esos coches de

bomberos y toda la gente que sale.

Angelo asintió, aunque no se le quitó el miedo.

Entonces Salvatore la vio.

Anna estaba de pie junto a una de las ventanas del noveno piso. En las otras ventanas de esa planta también aparecían más chicas, que se veían borrosas. Entonces dedujo que era porque había humo detrás de ellas. Una de las muchachas abrió una ventana, de la que surgió una bocanada de humo. En el cavernoso espacio de atrás se veía una vacilante luz. Las llamas debían de haber llegado a esa planta.

¿Por qué estaban las chicas al lado

de las ventanas? ¿Acaso no podían salir? Debía de hacer mucho calor allá adentro, muchísimo.

La muchacha salió a la repisa de la ventana. Por encima del noveno piso rodeaba el edificio una recia cornisa de medio metro de ancho más o menos. La muchacha la miró. Quizá se planteaba si podía llegar hasta ella y utilizarla como camino para huir de allí. Tal vez no sabía que el fuego ya había alcanzado la novena planta. De todas maneras, cada piso tenía tres metros y medio de altura, por lo que le habría sido imposible llegar hasta allí.

Otras ventanas se abrían y otras

muchachas salían a las repisas. También salió un joven. Miraban abajo, a la calle situada treinta metros más abajo. Para entonces ya se veían las llamas a sus espaldas. Seguro que el calor les resultaba ya insoportable.

Al verlas, los bomberos arrastraron una de las mangueras hasta allí. El arco de agua brotó hacia el cielo, pero treinta metros más arriba quedaba reducido a un insignificante chorro. Comenzaron a extender una escalera en un lado del edificio, pero fue un gesto fútil, pues no llegaba más allá de nueve metros. La escalera quedó apoyada allí, tentadora e inútil. A continuación desplegaron redes

en la acera. Los que habían buscado refugio en las repisas las miraban. ¿Resistirían si saltaban? La distancia era mucha. Los bomberos no se decidían a animarlos a saltar. Ellos también dudaban.

Entonces Salvatore vio que Anna miraba en dirección a ellos. Desde allí debía de ver la estatua de Garibaldi y estaría intentando verlos a ellos dos. Con el agua de las mangueras y el humo que subía del piso de abajo no debía de ser fácil distinguirlos. Agitó una mano y, a su lado, el pequeño Angelo imitó su ejemplo. Anna no correspondió, sin embargo, al saludo.

—¿Es Anna a quien saludamos? — preguntó Angelo—. ¿La ves?

Salvatore no contestó. Una de las chicas había saltado. Después saltó el joven. A continuación lo hizo Anna.

Angelo no la vio.

—Espera aquí —le gritó Salvatore mientras se dirigía corriendo al edificio.

Las redes eran inservibles, desde luego. Los bomberos las habían puesto sólo como último recurso. Cuando Salvatore llegó, el jefe de bomberos ordenaba a sus hombres que las retirasen.

El joven que había saltado había traspasado la red. Ésta apenas había

amortiguado a Anna y a las otras chicas que se habían precipitado tras ella antes del choque contra la acera. Anna tenía la cara casi intacta, pese a que se le había quedado completamente aplastada la parte posterior de la cabeza. Salvatore no tuvo necesidad de que el bombero le dijera que estaba muerta.

—Es mi hermana —le dijo al hombre, antes de informarle de su nombre—. Tengo que llevar a mi hermano pequeño a casa y después volveré.

Sorprendido de su propia compostura, regresó junto a la estatua.

—¿Ha saltado Anna? —inquirió

Angelo.

—Sí. Está bien, pero se ha hecho daño en una pierna y quizá la lleven al hospital. Me ha dicho que te llevara a casa y se lo dijera a mamá. Después vamos a ir a verla todos.

—Yo quiero verla ahora.

—No, ella ha dicho que te llevara directamente a casa.

—¿Estás seguro de que está bien?

—Sí.

El 23 de mayo de 1911, el presidente de los Estados Unidos en persona se encontraba en la ciudad de

Nueva York para presidir una importante ceremonia. En la Quinta Avenida, en el lugar donde antes se elevaba el viejo depósito con aspecto de fortaleza, la gran biblioteca se iba a abrir por fin al público.

La colección, basada en la suma de las bibliotecas Astor y Lenox, era inmensa. Financiado con los legados de Watts y Tilden, el espléndido edificio de estilo neoclásico proyectado por Carrère & Hastings ocupaba dos manzanas entre las calles Cuarenta y Cuarenta y Dos. Había llevado mucho tiempo construirlo, pero había valido la pena. La fachada y las amplias

escalinatas de mármol, flanqueadas por dos leones, eran un modelo de magnificencia, pese a lo cual el lugar tenía también su lado acogedor. Gracias a la cuantiosa donación de Andrew Carnegie, el sistema de bibliotecas de Nueva York se encontraba entre las instituciones más generosas del mundo, de acceso libre al público.

Aunque el edificio no se iba a abrir al común de la gente hasta el día siguiente, después de que el presidente Taft efectuara los honores, visitó las instalaciones un nutrido grupo de personas compuesto por las personalidades más ricas y destacadas

de la ciudad.

La anciana Hetty Master se movía con bastante lentitud.

—Estoy muy contenta de que me acompañes a ver esto —dijo a Mary O'Donnell.

El año anterior el estado de Hetty había degenerado de manera considerable, lo cual no era de extrañar a su edad. Después de entrar en el gran vestíbulo de mármol, insistió de todas formas en subir a pie las escaleras.

—Son dos pisos —le advirtió Mary.

Los pisos, además, eran muy altos.

—Puedo subirlos —reiteró la anciana—. Y quiero ver esa sala de

lectura de la que tanto hablan. —La sala de lectura del tercer piso abarcaba la totalidad de la longitud del edificio, de casi cien metros—. Recuerdo que vine aquí cuando había el Crystal Palace, justo detrás —señaló.

—Lo sé —dijo Mary.

Les llevó un tiempo, pero llegaron a la sala de lectura, y cuando entraron, quedaron impresionadas. La estancia se prolongaba a la manera de los vastos pasillos del Vaticano.

—Pues sí que es grande —acordó Hetty.

—Sí —convino Mary.

—Espero —dijo Hetty, observando

las hileras de mesas— que encuentren a tanta gente que quiera leer. A mí siempre me da sueño en las bibliotecas. ¿A ti no?

—Yo casi no las utilizo —confesó Mary.

—Hay mucho espacio para dormir aquí —dictaminó Hetty—. Bajemos.

Afuera lucía el sol cuando descendieron lentamente las escaleras que desembocaban en la Quinta Avenida.

—Estoy contenta de haberlo visto —reconoció Hetty—, pero querría ir a casa. Me encuentro un poco cansada. —Calló un momento mientras Mary buscaba un taxi—. ¿Te he dicho que mi

marido me pidió que me casara con él justo aquí, cuando acababan de construir el depósito?

—Sí —confirmó Mary con una sonrisa.

—Fue un día maravilloso —evocó Hetty.

—Seguro que sí —concedió Mary.

—Oh —dijo de improviso Hetty.

—¿Qué ocurre? —Hetty no respondió. Se tambaleó como si hubiera recibido un golpe—. ¿Te encuentras bien? —dijo Mary.

Aún no había terminado la pregunta cuando Hetty comenzó a caer. Intentó sostenerla, pero no pudo, de modo que

Hetty se desplomó en el suelo.

Fue una suerte que un joven limpiabotas pasara justo entonces por allí. El chico dejó sus cosas en el suelo y las socorrió sin dilación. Levantó a Hetty y, mientras Mary la sostenía, llamó a un taxi. Luego, como parecía que Hetty estaba inconsciente, ayudó a Mary a subirla al vehículo y preguntó si quería que la acompañara a su casa.

—Sería muy amable de tu parte —agradeció Mary.

El chico dejó sus cosas en el suelo del taxi y Mary indicó al conductor que siguiera por la Quinta. Hetty tenía la boca abierta y temblaba. El muchacho se

inclinó para apuntalarla, con torpeza, en la esquina del asiento.

—A Gramercy Park —dijo el chico al conductor.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Mary.

—He estado en la casa —explicó el muchacho.

Entonces Mary cayó en la cuenta de que ya lo había visto con anterioridad.

—Pero si eres el hermano de la muchacha italiana que vino a la comida hace unos meses —dijo—. Tu hermana trabaja en la Triangle Factory.

El chico guardó silencio. Entonces Mary se acordó de la terrible tragedia

que había ocurrido allí en marzo. El espantoso incendio fue un gran escándalo... en él fallecieron ciento cuarenta personas, en su mayoría muchachas judías que trabajaban en la empresa.

Salvatore Caruso tardó un momento en responder. Estaba mirando a la anciana. Se dio cuenta, antes que Mary, de que Hetty Master acababa de morir. Por eso pensó que aquella amable señora ya tendría bastante pena por aquel día.

—Está bien —dijo.

El Empire State

❧ 1917 ❧

Durante más de un siglo, Estados Unidos de América había evitado las trágicas disputas y desatinos del Viejo Mundo. Tres años atrás, cuando atrapados en su compleja maraña de rivalidades y alianzas los países de Europa se habían enzarzado en una guerra mundial, William y Rose Master, como la mayoría de los norteamericanos, hicieron votos por que

su país pudiera mantenerse al margen de aquella fútil pelea. Durante un tiempo pareció que sus deseos se iban a cumplir.

En realidad no había ninguna necesidad estratégica de implicarse. Lo de los motivos sentimentales era un tanto complicado. Pese a que la mayoría de los estadounidenses daban por sentado que la población de su país era de origen predominantemente inglés, en realidad los habitantes de ascendencia alemana superaban a los de ascendencia inglesa o irlandesa. Aparte, en el año 1917, los británicos no gozaban de mucha popularidad. La cruel represión

del Alzamiento de Pascua había suscitado la indignación de los norteamericanos de origen irlandés y el bloqueo naval británico había hostigado a muchas embarcaciones americanas. El presidente Woodrow Wilson, que todavía manifestaba simpatías por los británicos, les enviaba comida, pero allí acababa todo. Si los europeos querían destrozarse mutuamente, allá ellos, opinaba la mayoría de la gente. Había que evitar los conflictos ajenos.

Al final, fue Alemania la que provocó la intervención americana en la guerra. Procurando mantener la neutralidad de su país, Wilson logró

mantener a raya a los alemanes. Cuando sus submarinos hundieron el *Lusitania*, que tenía americanos a bordo, protestó, y el alto mando alemán interrumpió la guerra submarina. Ahora, sin embargo, todo había cambiado. Los alemanes habían tenido un comportamiento abominable. Viendo que Rusia se hundía en el caos y que los británicos casi pasaban hambre, habían llegado a la conclusión de que podían ganar la guerra con una ofensiva final. De improviso, los submarinos alemanes volvieron a entrar en acción. «Puesto que sus barcos llevan comida a los británicos —comunicó Alemania al

presidente Wilson—, torpedearemos todo barco americano que encontremos en los mares». Con asombrosa actitud insultante de cara a Estados Unidos, los representantes alemanes llegaron incluso a animar a México: «Atacad Estados Unidos y nosotros os ayudaremos a recuperar Texas, Nuevo México y Arizona».

Después de aquello había que recurrir a la guerra. Con la masiva movilización norteamericana que se estaba llevando a cabo, los alemanes no tardarían en comprender que no se ofendía en vano a aquella nación libre instituida al otro lado del Atlántico. La

semana anterior, William y Rose habían ido al parque de Washington Square para ver la gran hoguera donde algunos centenares de jóvenes quemaban una efigie del káiser alemán.

Hasta la fecha, el lejano conflicto europeo no había afectado apenas a la familia Master. William Master se sorprendió, de hecho, al comprobar que le había reportado beneficios. La Bolsa había permanecido cerrada durante unos meses en 1914, pero se había desarrollado un activo mercado de bonos de guerra y pronto se había lanzado un activo negocio basado en el suministro a los países beligerantes de

Europa. La producción industrial americana seguía prosperando. Henry Ford producía una gran cantidad de coches en sus nuevas cadenas de montaje.

En realidad, la mayor preocupación que tenían Rose y William se centraba en su hijo Charlie.

Por lo menos, no lo habían llamado a filas; ya era algo. El reclutamiento de mayo de 1917 afectaba sólo a los varones de entre 21 y 31 años. Charlie, de todos modos, había dado a sus padres motivos sobrados de inquietud.

Rose se alarmó cuando Charlie insistió en ir a la Universidad de

Columbia y no a Harvard.

—Le gusta estar en Nueva York —
había señalado su marido.

—Lo sé —respondió ella—. Eso es
lo que me preocupa.

Aparte de que Harvard era Harvard,
ella preveía que Charlie tendría un
entorno más sosegado en Boston.

—Me da miedo que acabe
frecuentando malas compañías.

Y así había sido. Antes incluso de ir
a Columbia, Charlie había demostrado
un precoz interés por la vida nocturna de
la urbe. A veces desaparecía en el
barrio del Greenwich Village, donde
había una mayor concentración de

locales de espectáculos, y nadie sabía dónde estaba. En más de una ocasión había vuelto a casa borracho.

—Y en el fondo —apuntaba certeramente su madre—, aún es un niño.

En lo tocante a sus opiniones, ahora que estaba en la universidad, uno nunca sabía con qué iba a salir. Ya le había dicho a su madre que los bolcheviques rusos luchaban por una buena causa; otro día había comentado que pensaba incorporarse a un movimiento de protesta contra la guerra. Sus ideas y entusiasmos parecían variar de una semana a otra.

Su marido encontraba hasta divertido el asunto, pero Rose era muy consciente de que Nicholas Murray Butler, el presidente de Columbia, estaba decidido a presentar una cara patriótica, de sensatez política, de su centro en aquellos momentos tan críticos. Había advertido al cuerpo docente y a los estudiantes de que si emprendían alguna manifestación pública de protesta contra la guerra serían despedidos, y Charlie había reconocido no hacía mucho que a dos de sus amigos los habían expulsado. Rose vivía con el temor de que cualquier día llegara a casa y le dijera que le había

ocurrido lo mismo a él.

—Estoy seguro de que si Charlie se buscara complicaciones —le decía alegremente William—, tú serías capaz de arreglar las cosas con Butler. No tienes más que invitarlo a una de tus fiestas.

Era cierto que Rose Master se había convertido en una fuerza que había que tener en cuenta por aquellos días. Después de la muerte de la anciana Hetty Master, los padres de William habían heredado una buena suma de dinero, y cuando la madre de éste falleció dos años atrás y Tom Master la siguió al cabo de unos meses, gracias a

los fondos fiduciarios William y Rose entraron en posesión de una considerable fortuna que podían gestionar a su antojo.

Recientemente se habían trasladado a una casa mucho más espaciosa situada cerca de la Quinta Avenida, entre la Sexta y la Séptima, a tan sólo dos manzanas del magnífico y flamante palacio de Henry Frick. La casa tenía una bonita fachada clásica y una característica especial copiada de la casa del editor Scribner, que se encontraba cerca. La mayoría de propietarios de automóviles los guardaban en antiguos establos

reconvertidos situados en las proximidades, pero en la nueva vivienda de los Master, la entrada exterior era de doble puerta y daba acceso a un pequeño patio, donde el coche bajaba al garaje subterráneo por medio de un ascensor particular. William también había comprado un nuevo Rolls-Royce, el modelo Sedanca de Ville, que guardaba allí.

A lo largo de la década anterior, Rose se había forjado ya una buena reputación de anfitriona que recibía de manera impecable, pero sin caer en la vulgar ostentación de los nuevos ricos, y ahora se veía en condiciones de seguir

haciendo lo mismo a mayor escala. Y era cierto que a través de sus recepciones era capaz de lograr una notable influencia.

No obstante, conocía muy bien sus limitaciones.

—Si Charlie importuna a Nicholas Murray Butler, no creo que pueda salvarlo —afirmó.

Ahora tenía mucho miedo de que Charlie fuera a cometer un peligroso error.

—No, Charles —contestó con contundencia a su hijo una tarde de

noviembre—, no consentiré que ese hombre entre en mi casa.

—Pero madre, si ya lo he invitado —arguyó él.

¿Por qué, de todos los profesores de la Universidad de Columbia, había tenido que elegir como héroe a Edmund Keller precisamente? Por lo que a ella respectaba, la relación entre las dos familias se había extinguido con la muerte de la anciana Hetty. No obstante, cuando a principios de otoño Charlie conoció a Keller, éste evocó con cariño el papel que había tenido la familia Master en la carrera de su padre y Charlie quedó encantado.

—Entonces he caído en la cuenta de que todavía tenemos algunas fotografías de su padre —explicó Charlie a su madre—. Incluso me ha preguntado si yo tenía intención de ser un mecenas de las artes.

—Intenta adularte.

—No es eso —disintió Charlie, frunciendo el entrecejo—. Tú no lo entiendes. Keller es una persona bastante importante en Columbia. No nos necesita.

Era cierto que, con encomiable comedimiento en opinión de Rose, Butler había permitido que el señor Keller prosiguiera con su carrera

docente en la universidad y que éste había logrado una gran popularidad. Ella seguía teniendo presentes dos cosas, sin embargo. En primer lugar, Edmund Keller había sido, y seguramente seguía siéndolo, socialista. En segundo lugar, su hijo era demasiado influenciable.

Y ahora, en un acto de pueril estupidez, Charlie había pedido a ese hombre que acudiera a una de sus selectas fiestas. Mientras observaba los rubios cabellos y los ojos azules de su hijo, a Rose se le ocurrió que tal vez sería más sensato recurrir a una táctica más sutil. Tenía que deshacerse de

Keller pero sin llegar a un enfrentamiento con su hijo.

—Seguro que no le gustaría la fiesta, Charlie —observó—. Haremos algo mejor. Invítalo a que venga a cenar con nosotros, en familia, y así podremos conocerlo mejor y conversar con calma.

Una semana después, vestido con americana y corbata negra tal como convenía para la ocasión, Edmund Keller acudió a la casa. Cuando Charlie sugirió que asistiera a una cena en casa de sus padres, Keller dudó. Recordaba que en una ocasión Rose había sacado a relucir sus tendencias socialistas en una comida, aunque lo había dicho en el

transcurso de una discusión ocurrida hacía mucho. En todo caso había dado por supuesto que ella no le tenía mucho aprecio, pero la invitación que ahora recibía para ir a cenar con la familia parecía indicar que no le guardaba ninguna inquina.

Aunque no tenía nada de estúpido, Edmund vivía en un mundo que funcionaba de una manera distinta del de Rose. No se le ocurrió pensar que si Rose Master lo invitaba a una cena íntima no era un agasajo ni una expresión de amistad, sino una señal de que no deseaba que conociera a sus amigos. Por eso caminaba satisfecho, sin

sospechar su condición de indeseable.

Lo primero que ocurrió fue que encontró a Charlie y a su padre en el patio. Iban vestidos para la cena, pero William estaba a punto de sacar el coche. Después de pasar unos minutos charlando animadamente sobre el Rolls-Royce, William le preguntó si le apetecía ir a dar una pequeña vuelta. Keller apuntó con cortesía que no querría hacer esperar a su anfitriona. Sabedor de que, por lo que a su esposa respectaba, Keller podría haberse ido a Maine o incluso más lejos, William le aseguró que no tenía importancia. Se fueron pues hasta el extremo de la

Quinta, dieron la vuelta por Washington Square, subieron por la Sexta, bordearon Central Park South y después del hotel Plaza volvieron a la Quinta. William, que disfrutaba conduciendo el coche, dispensó a Keller una detallada explicación de sus cualidades técnicas. Después de dejar el automóvil en el garaje, con las mejillas enrojecidas por el aire de la noche, se reunieron con Rose en el salón. Al cabo de un momento anunciaron que la cena estaba servida.

Cenaron en el comedor. Habían retirado las hojas de la mesa, acortándola, de modo que aunque la

cena se sirvió con todo el protocolo, el ambiente resultaba bastante íntimo. Lo sentaron entre William y Rose, frente a Charlie.

La conversación transcurrió con desenvoltura. Edmund comentó a Rose lo mucho que le gustaba el coche, después Charlie introdujo el tema de Theodore Keller y sus fotografías, haciendo alusión a la espléndida foto de las cataratas del Niágara que había encargado su abuelo. Edmund explicó que Theodore Keller tenía casi setenta años y que, tras su fallecimiento, sería él el depositario de toda la obra de su padre.

—Tiene un archivo considerable —
señaló.

Aquello desembocó en un discurso sobre la Guerra Civil, tras lo cual la conversación derivó hacia la guerra en curso con Alemania.

William y Edmund trataron de las posibilidades que tenían los convoyes de sortear los submarinos enemigos en el Atlántico y todos se preguntaron cuánto iba a durar aquella guerra. Después Keller destacó que, además del terrible desperdicio en vidas humanas que conllevaba, la guerra suponía también una tragedia cultural.

En cuanto Estados Unidos entró en

guerra contra Alemania se desató un histérico sentimiento antialemán. Todo cuanto sonaba a alemán pasó a ser sospechoso. Los periódicos en alemán cerraban, mientras que en Gran Bretaña, según señaló Keller, el mismo canciller se vio obligado a dejar el cargo porque, en un momento de despiste, comentó que seguía apreciando la música y la filosofía alemanas.

—¿Y qué habría que hacer en mi caso? —dijo—. Mi familia era alemana y, desde luego, no pienso dejar de escuchar a Beethoven o leer a Goethe y Schiller debido a la guerra. Sería absurdo. Si hasta hablo alemán.

—¿De veras? —inquirió William.

—Sí. Mi padre apenas sabía hablar una palabra, pero hace unos años me interesé por la literatura alemana y quise leerla en su lengua original, de modo que empecé a ir a clases. Ahora hablo de manera casi fluida.

Luego la conservación se centró en la cuestión de la liga antialcohólica, que adoptaba una actitud cada vez más estridente.

—Detesto a esa gente —declaró Charlie con fervor.

Su padre señaló, con una sonrisa, que no era de extrañar. Después Keller preguntó educadamente a Rose qué

pensaba al respecto.

—Nosotros pertenecemos a la Iglesia episcopal —respondió.

Keller debía saber sin duda que las personas como ella no tenían nada que ver con aquellas exigencias prohibicionistas, que ya se presentaban incluso al Congreso. Todo aquello era iniciativa de los metodistas, baptistas, congregacionistas y otras iglesias que normalmente acogían a una clase distinta de personas.

—Lo más irónico es —señaló William— que si el prohibicionismo se impone, seguramente será a causa de la guerra. Aunque las iglesias

episcopaliana y católica no apoyen la idea, el grupo de presión más eficaz contra el prohibicionismo siempre ha estado del lado de los fabricantes de cerveza, que por lo general tienen apellidos alemanes. Y como bien dice, Keller, todo lo alemán se ha convertido en tan impopular hoy en día que nadie les quiere escuchar. Es realmente absurdo.

¿Y qué opinión le merecía a su anfitriona la demanda de derecho de voto para la mujer?, preguntó Keller.

—¿El voto femenino? —Rose abrió una pausa. La causa de Alva Belmont había realizado algunos progresos,

aunque las sufragistas estaban más calmadas ahora que la guerra concentraba la atención general—. Creo que llegará, que debería llegar — concedió, pese a lo mucho que detestaba encontrarse en el mismo bando que Alva Belmont.

Rose advertía que, aun comprendiendo sus reservas con respecto a Keller, su marido encontraba interesante al historiador. ¿Qué pensaba de la situación en Rusia?, le preguntó en ese momento. Rose se llevó una sorpresa al escuchar la pesimista respuesta de Edmund Keller.

—Es imposible predecir un

desenlace —reconoció—, pero si los antecedentes históricos sirven de orientación, temo por lo que pueda ocurrir. Pese a sus espléndidos logros, la Revolución francesa impuso un reinado de terror.

—Para mí —opinó William Master—, la tragedia radica en que pese a todos sus problemas, la economía de Rusia experimentaba un rápido crecimiento hasta que empezó esta guerra. Rusia podría haberse desarrollado y alcanzado un buen grado de prosperidad.

—Yo no creo que la autocracia zarista pudiera seguir manteniéndose —

disintió en ese punto Keller—. Como historiador, preveo la probabilidad de que se produzca un baño de sangre, pero aun así los rusos tienen razón al reclamar un cambio de gobierno.

—¿Incluso si es socialista? —
inquirió Rose.

Keller reflexionó un instante, deseoso de hacer honor a la verdad.

—Yo creo que, si fuera ruso, diría que sí.

Rose no añadió nada más. Aunque la respuesta había sido formulada con astucia, no alteró su punto de vista sobre la postura política de Edmund Keller. Charlie, por su parte, estaba ansioso por

seguir explorando aquellos peligrosos territorios.

—¿Cree usted que el capitalismo oprime a los trabajadores? —quiso saber—. Yo creo que sí.

—Supongo —repuso Keller, tras un momento de duda— que cualquier sistema que concentre el poder en una clase particular supone una tentación para que dicha clase explote a los más débiles. Es algo que parece arraigado en la naturaleza humana.

—El sistema capitalista es una tiranía basada en la codicia —declaró Charlie.

Su madre elevó la vista al cielo

mientras su padre sonreía.

—Recuérdame que te retire tu paga
—murmuró.

En su condición de profesor, Keller no podía dejar pasar, no obstante, ninguna afirmación sin haberle dedicado la debida reflexión.

—Se podría aducir que toda convicción rígida puede producir una ceguera en la gente que le impide ver otras realidades. La creencia en la bondad de los beneficios en detrimento de otras consideraciones puede ser un referente cruel. No hay más que ver la desgracia que se produjo en la Triangle Factory, por ejemplo.

Rose se lo quedó mirando con incredulidad. ¿Ahora iba a sacar a colación la huelga de aquella fábrica, para recordarle cómo había intentado hacerle quedar mal en aquella comida en casa de Hetty siete años atrás? ¿Tenía la osadía de volver a reanudar aquella discusión sobre las obreras, cuando estaba de invitado en su propia casa? ¿Sería que carecía del menor tacto o que albergaba una agresividad sin límites?

—Aquellas huelguistas las estaban utilizando los socialistas y los revolucionarios —afirmó con contundencia—, cosa que quedó bien clara en la reunión del Carnegie Hall.

Keller pareció desconcertado un momento.

—Ah —dijo—, perdone. No me refería a la huelga, sino al incendio.

Lo cierto era que lo que la mayoría de la gente había retenido en el recuerdo habían sido los acontecimientos posteriores al incendio de la Triangle. El escándalo del juicio celebrado contra Blanck y Harris, los propietarios de la fábrica, había sido mayúsculo. En éste se puso de manifiesto que la salida del noveno piso, donde habían perecido tantas muchachas, estaba cerrada con llave y que las medidas preventivas contra incendios eran totalmente

inadecuadas. Incluso después de aquello, las mejoras en las medidas de seguridad para los obreros de la ciudad se habían logrado tan sólo gracias a la presión sindical.

—Lo que yo quería ejemplificar — prosiguió Keller— es que los propietarios de la fábrica estaban tan cegados por la búsqueda de beneficios que no sólo no tuvieron en cuenta la seguridad de los trabajadores, sino que hasta llegaron a perder a algunos parientes en el incendio, e incluso podrían haber fallecido ellos mismos.

—¿El incendio? Ah, ya.

—Fue una lástima lo de aquella

muchacha ¿verdad?

—¿Aquella muchacha?

—La chica italiana que llevó a esa comida, Anna Caruso. Yo retuve su nombre entonces.

—¿Qué le pasó?

—Murió en el incendio de la fábrica. Me fijé en su nombre cuando los periódicos publicaron las listas.

—No estaba enterada.

—¡Madre!

Rose sintió que se ruborizaba ante la miraba de incredulidad que le asestó Charlie.

—¿Cómo iba a saber yo algo así? —replicó con irritación.

—Estoy abochornado —dijo Charlie a su profesor.

Rose se quedó mirando a Edmund Keller. Otra vez la había puesto en ridículo, esa vez delante de su hijo. A aquel paso, Charlie iba a empezar a respetarlo más a él que a su propia madre. Si antes le inspiraba pocas simpatías el señor Keller de ideas socialistas, ahora sentía hacia él una clara inquina, que de todas maneras se guardó bien de evidenciar.

—Hábleme un poco, señor Keller, de su labor en la universidad —solicitó, melosa—. ¿Está escribiendo algún libro?

El borgoña era excelente. A mitad del plato principal, el mayordomo había vuelto a llenar más de una vez la copa de Edmund y éste se sentía bastante a gusto hablando de las investigaciones sobre las antiguas Grecia y Roma que llevaba a cabo para su libro. Charlie parecía contento, su padre se había mostrado acogedor e interesando e incluso su anfitriona, acerca de cuya postura mantenía ciertas dudas, escuchaba manifestando un gran interés. Keller tenía la impresión de hallarse entre amigos. Después de marcar una breve pausa, resolvió que sería

agradable compartir una confidencia con ellos.

—Entre nosotros —les dijo—, existe una posibilidad de que vaya a Inglaterra el año próximo, a Oxford.

—Ah —exclamó Charlie, con aire decepcionado.

—He oído decir que allí todo está muy apagado —comentó William Master.

—Precisamente por eso —confirmó Keller—. Son tantos los alumnos y profesores que están luchando en la guerra que el centro se ha quedado medio vacío. Podría vivir en una de las universidades, dar algunas clases y

trabajar en mi libro. Eso me proporcionaría además la oportunidad de darme a conocer allí. Hasta podría llegar a integrar el cuerpo docente de forma permanente.

—¿Cómo surgió la idea? —preguntó William.

—A través de Elihu Pusey —explicó Keller—. Quizá lo conozcan ustedes. —No lo conocían—. Es un rico caballero neoyorquino y un notable erudito también. Lo traté gracias a las investigaciones que realizo. Conoce a gente de los dos *colleges* de Oxford, el Trinity y el Merton, y va a expresarles personalmente mi interés en trabajar

allí.

—Qué suerte —murmuró Rose.

—Lo único que me retendría es mi padre. Se está poniendo tan débil que no me gusta dejarlo solo, pero él insiste en que debería ir y hasta se ha ofrecido a financiar el viaje.

—Por egoísmo, yo preferiría que se quedara —dijo Charlie.

—No cuenten a nadie lo que les he dicho, por favor —pidió Keller.

—Descuide —lo tranquilizó Rose.

La perspectiva de que Edmund Keller se ausentara de Columbia durante todo el tiempo en que Charlie iba a estudiar allí resultaba de lo más

atractiva para Rose. No obstante, pese a todas sus relaciones sociales, no veía qué podía hacer para que aquello se hiciera realidad. Si Elihu Pusey tenía intenciones de recomendarlo a las personas que conocía estaría muy bien, pero ella no tenía medio de ejercer ninguna influencia en la Universidad de Oxford.

Ya casi se había olvidado del asunto cuando, al cabo de una semana, en un encuentro destinado a prestar apoyo a la Biblioteca Pública de Nueva York, vio que el señor Pusey formaba parte de los invitados y pidió que se lo presentaran.

Se trataba de un anciano de aspecto

muy distinguido. No le costó mucho hacer derivar la conversación hacia la Universidad de Columbia, para mencionar que su hijo estudiaba allí y que conocía al señor Nicholas Murray Butler.

—Conozco a Butler, por supuesto —dijo educadamente él, aunque Rose no captó mucho entusiasmo en su afirmación.

—Hay un profesor que le gusta mucho a mi hijo llamado Edmund Keller. No sé si lo conocerá.

—¿Edmund Keller? —A Elihu Pusey sí se le iluminó entonces la expresión—. Pues claro que lo conozco. Un

historiador muy prometedor. De hecho...

—Parecía que estaba a punto de decir algo y que hacía cambiado de parecer.

—La otra noche estuvo cenando en casa —explicó ella, antes de abrir una pausa para observar su reacción—. Él y mi marido comparten una gran pasión por los automóviles Rolls-Royce —añadió—. El señor Keller es todo un anglófilo.

—Ah. —Elihu Pusey la observó con atención y luego calló un instante—. ¿Lo conoce bien?

—No especialmente, pero sí sé mucho respecto a él. Los abuelos de mi marido, Frank y Hetty Master, prestaron

un gran apoyo a su padre, el fotógrafo, en los comienzos de su carrera.

—Comprendo. Master. —Calló un momento, como si hiciera memoria—. ¿Entonces es la señora Master que vive al lado de la Quinta Avenida? He oído hablar de sus fiestas y cenas.

—Qué bien. ¿Podría convencerlo para que acuda a una de ellas?

—Desde luego —respondió, mientras se le alegraba de nuevo la expresión. Ya fuera por la perspectiva de la cena, o con mayor probabilidad, porque conocía su fama de persona más bien conservadora, Elihu Pusey parecía predispuesto a confiarle algo más—.

Quizás usted pueda darme su opinión sobre un asunto un tanto delicado. Se trata de algo confidencial, claro está.

—Las personas como yo conocen el valor de la discreción, señor Pusey.

—Por supuesto. El caso es que iba a escribir una carta para el joven Keller, una recomendación.

—Ah.

—Pero antes de hacerlo, pensé que debía indagar un poco. Su familia es alemana, según tengo entendido. Hablan en alemán, incluso. Yo me planteaba si, en las actuales circunstancias...

Adivinaba perfectamente los escrúpulos de Elihu Pusey, y los

comprendía. «Se imagina el ambiente de esa Universidad de Oxford y el daño que causaría a su reputación que Keller llegara allí recomendado por él y se pusiera a hablar a favor de los alemanes».

—Recuerdo haber oído que Edmund Keller tuvo que estudiar alemán por algo relacionado con sus clases —señaló, como si nada, Rose—. Creo que habla varios idiomas, aunque sí puedo asegurarle que su padre Theodore no habla ni una palabra de alemán. Esa familia es tan americana como, no sé, los Astor, los Hoover o los Studebaker.

—Ah. —Elihu Pusey titubeó un

instante—. Hay otra cuestión, además, más grave tal vez. Hablé con Nicholas Murray Butler y me expresó cierta preocupación. Temía que algunas de las opiniones del señor Keller pudieran tener un talante... —al anciano parecía repugnarle incluso pronunciar la palabra — algo socialista.

Aquél era un momento en que valía la pena disimular. Rose puso, por consiguiente, cara de gran estupor.

—¿Socialista?

—Sí.

—Usted conoce al señor Butler, seguro, y sabrá que es un hombre que alberga bastantes prejuicios.

—Cierto.

—Por lo que mi hijo me cuenta de sus clases, yo sé, por ejemplo, que el señor Keller siempre es muy escrupuloso y no deja de presentar las cosas bajo distintos aspectos. Y también me imagino que si al señor Butler no le cae bien alguien, es muy capaz de acusarlo de vaya a usted a saber qué. Yo le puedo asegurar, sin embargo, que si el señor Keller fuera ni remotamente socialista, nunca habría puesto los pies en mi casa.

—Butler puede sostener prejuicios infundados, sí —convino Pusey—. Pero ¿está segura de las opiniones personales

de Keller?

—Le contaré algo, señor Pusey. Hace unos años, cuando hubo todos aquellos conflictos con las obreras de la confección, asistí a una comida. En ella oí hablar al señor Keller con gran contundencia en contra de los huelguistas. Advirtió a todo el mundo, sin rodeos, de que los huelguistas se dejaban manipular por los socialistas, los rusos y los anarquistas, y que no había que tener ninguna consideración con ellos. Habló con mucha vehemencia. Me acuerdo muy bien. Luego resultó que tenía toda la razón. —Después de dar por concluida aquella monstruosa y

descarada mentira, dedicó un gesto de complicidad al señor Pusey—. No hay que hacerle mucho caso a Nicholas Murray Butler.

—Ah. —Elihu Pusey parecía haberse liberado de un gran peso—. Me ha sido de gran ayuda, señora Master. Se lo agradezco.

Un par de meses más tarde, Charlie le informó de que Edmund Keller iba a irse a Oxford.

—Me consta que es eso lo que quería —dijo ella, sonriente.

A cinco mil kilómetros de distancia

de su influenciable hijo no podía desear nada mejor, aunque aquello no tenía por qué saberlo nadie.

—Keller dice que le hablaste bien de él al hombre que lo recomendaba. Nunca me lo comentaste. Te está muy agradecido.

—No fue nada. Conocí por causalidad al señor Pusey en una reunión, eso es todo.

—Sé que antes no te gustaba mucho Keller. Supongo que cambiaste de opinión después de que viniera a cenar.

—Claro.

—Me impresiona que pudieras hacer eso. Cambiar de opinión, me refiero.

—Ah, muchas gracias.

—Te voy a decir una cosa.

—¿Qué, Charlie?

—Te has ganado la amistad eterna de Edmund Keller —afirmó, radiante.



Curiosamente, no fue la muerte de Anna, ni la guerra, ni siquiera aquella extraña nueva ley —incomprensible para alguien proveniente de un país productor de vino como el suyo— que prohibía consumir bebidas alcohólicas a

los americanos, ni tampoco el creciente distanciamiento de Paolo con respecto a sus padres, lo que cambió la vida de Salvatore Caruso. El cambio vino a través de su hermano mayor Giuseppe y la compañía del Ferrocarril de Long Island.

Aquella compañía era algo extraordinario. Controlaba una enorme y compleja red de ferrocarriles y líneas de tranvía, algunas de las cuales databan de casi un siglo atrás, y llegaban desde Pensilvania, atravesaban Manhattan y acababan en Long Island. Por la Penn Station de Manhattan y el gran cruce de vías de Jamaica, en Long Island,

pasaban a diario millones de viajeros. Naturalmente, la empresa de ferrocarriles hacía lo posible para convencer al mundo de las ventajas de vivir en Long Island, un lugar desde el que uno podía desplazarse fácilmente a la gran ciudad. El caso era que las nuevas vías de tren de la isla las tendían sobre todo los italianos.

Ello dio como resultado que muchos miembros de la comunidad italiana se instalaran en numerosos lugares situados a lo largo de la agradable costa meridional de Long Island.

Cuando Estados Unidos entró en la guerra, Giuseppe Caruso decidió

enrolarse antes de que se planteara siquiera ningún tipo de reclutamiento obligatorio. Su padre no estaba seguro de que fuera una idea acertada.

—Nosotros somos italianos, papá — había aducido Giuseppe—. Aquí todavía nos consideran extranjeros. Tenemos que demostrar que los italianos somos tan buenos americanos como cualquiera. Y como yo soy el hijo mayor, tengo que ser yo.

Salvatore siempre recordaría el día en que su fornido hermano regresó indemne de la guerra y recorrió Mulberry Street con su uniforme, acaparando sonrisas y felicitaciones de

sus vecinos e incluso un mudo saludo de un policía irlandés que pasaba por allí. Quizá fue aquél el momento en que Salvatore pasó a ser realmente americano, al contemplar con orgullo a su hermano que, con su servicio como soldado, había abierto el camino.

Poco después de su regreso, Giuseppe resolvió integrarse en un grupo de camaradas del ejército que iban a trabajar en el Ferrocarril de Long Island. Al cabo de unos meses, uno de sus compañeros le presentó a una bonita joven italiana. Su familia vivía en Long Island, cerca de Valley Stream, aunque lo que de veras impresionó a los Caruso

fue otro detalle.

—Su familia tiene tierras.

Su parcela no era muy grande, desde luego, pero tampoco se necesitaban grandes extensiones para cultivar verduras. Muchos italianos comenzaban a instalarse como modestos agricultores en Long Island. Una emprendedora familia apellidada Broccoli, que cultivaba la verdura que pasó a llevar su nombre, tenía contratos para suministrar a los más lujosos restaurantes de Nueva York.

La familia de la chica se ganaba modestamente la vida. Además, dado que ella no tenía hermanos, era de

prever que Giuseppe y ella heredarían la granja cuando fallecieran sus padres. De este modo, la familia Caruso recuperaría su verdadera condición de campesinos.

La boda se celebró a la usanza tradicional, igual que en cualquier pueblo de Italia. Al cabo de un año, Giovanni y Concetta Caruso se habían trasladado ya a vivir a Long Island. Aunque no se podían permitir la jubilación, Giuseppe les había encontrado trabajos más llevaderos a ambos. Por primera vez en los más de veinte años que llevaba en Estados Unidos, Concetta Caruso parecía contenta. Maria se fue con ellos a Long

Island y no tardó en encontrar un empleo en una tienda.

En la ciudad se quedaron sólo Salvatore, Angelo y el tío Luigi.

Y Paolo, por supuesto, aunque nunca lo veían. Unos meses después de la muerte de Anna había dejado de limpiar botas. Explicó a la familia que trabajaba con un hombre que tenía varias propiedades en Greenwich Village. Salvatore fue una vez allí y encontró una oficina donde varios empleados italianos llevaban libros de cuentas. Cuando dijo que buscaba a su hermano Paolo, le contestaron que éste se encontraba fuera y no lo invitaron a

esperarlo. Eso fue lo único que llegó a averiguar Salvatore. Todas las semanas, Paolo dejaba una cantidad de dinero en la mesa de la cocina para su madre, que lo recogía de mala gana; si le hacía regalos, ella los rechazaba siempre. Al cabo de un tiempo, ella y Paolo habían dejado prácticamente de hablarse y, al final, él anunció que había encontrado una casa donde trasladarse a vivir.

Paolo aparecía de improviso cada varios meses, sin embargo, normalmente cuando Salvatore se encontraba solo en algún sitio. Siempre iba muy bien vestido. Abrazaba, sonriente, a su hermano, y charlaban un rato y comían

juntos a veces. Paolo tenía ahora una especie de dureza; a Salvatore no le costaba imaginarlo actuando con frialdad, con aire amenazador. Su antigua camaradería se había esfumado. Antes de irse, Paolo siempre dejaba dinero para sus padres.

Salvatore y Angelo se habían planteado ir a vivir a Long Island, pero pronto llegaron a la conclusión de que no les interesaba. Adaptaron la vivienda para que el tío Luigi pudiera instalarse con ellos, y a base de trabajar duro y compartir los gastos del alquiler entre los tres, lograban ahorrar algo de dinero cada semana. El tío Luigi, que se

guardaba las propinas y no consumía casi nada aparte de las sobras que comía en el restaurante, debía de haber acumulado una buena suma de dinero, según sospechaba Salvatore, pese a que la situación financiera del tío siempre constituía un misterio. En una ocasión le preguntó qué hacía con el dinero.

—Lo invierto —respondió el tío Luigi. Entonces Salvatore le preguntó cómo decidía en qué debía invertir—. Rezo a san Antonio —le contestó.

Salvatore nunca supo si hablaba en serio o no.

Tampoco olvidó nunca las recomendaciones de Anna. Siempre

cuidó de Angelo, y lo hizo con gusto, porque quería a su hermano. Después de la muerte de Anna comenzó a enseñarle el mundo. Cuando los Caruso llegaron a Nueva York, con la red del metropolitano se podía llegar hasta Harlem, pero en el curso de las dos décadas posteriores la alargaron hasta el Bronx, Brooklyn y aún más lejos, hasta Queens. El billete costaba sólo cinco centavos, fuera cual fuese el trayecto. A veces iban con Angelo a las nuevas zonas residenciales de la periferia sólo para poder decir que habían estado allí.

Salvatore llevaba asimismo a Angelo a ver espectáculos deportivos.

Con Babe Ruth jugando en los Yanquis, en el béisbol neoyorquino nunca faltaba emoción. Gracias a Paolo, que les había conseguido unas entradas, también fueron al estadio de Polo Grounds a ver pelear a Jack Dempsey contra Luis Firpo, el Toro Salvaje de la Pampa. Había sido algo digno de recordar, ya que Dempsey cayó del ring, pero volvió y ganó al final el combate.

Angelo prefería, con todo, ir al cine, que no era caro. Veía a los Keystone Kops y a Charlie Chaplin, que se había asentado en Estados Unidos y había abandonado el teatro por la pantalla. No se cansaban de ver las grandes historias

de D.W. Griffith. Desde el momento en que el pianista comenzaba a tocar, Angelo se quedaba embelesado. Aparte, tenía una memoria sorprendente y era capaz de recitar todas las películas en las que aparecían sus actores favoritos y las circunstancias de sus rodajes y vidas de la misma manera que los otros chicos recordaban los resultados de los partidos de béisbol. Seguía las carreras de Mary Pickford y Lillian Gish con especial devoción.

Daba la impresión, no obstante, de que aquellas actrices fueran las únicas mujeres que cabían en la vida de Angelo. A Salvatore le gustaba salir con

chicas y tenía intención de casarse un día, cuando hubiera ahorrado suficiente dinero. Mientras tanto, iba una vez por semana al barrio de las prostitutas, situado en los alrededores de Broadway, entre la Treinta y la Cuarenta. Aunque también había muchas meretrices en Little Italy, él prefería mantener en secreto aquella parte de su vida. El tío Luigi, que estaba enterado, siempre le advertía que tuviera cuidado.

—¿Sabías —le decía— que en el ejército les pusieron tantas pegas a nuestros soldados para conseguir condones que casi tres cuartas partes de ellos pillaron algo?

Incluso le indicó dónde podía comprar los de látex, que no se encontraban en todas partes. Salvatore tomaba precauciones.

—Las putas cuestan dinero —reconocía—, pero es mejor que volverse loco.

Salvatore no estaba seguro de por qué Angelo tenía tan poco contacto con las mujeres. Quizá fuera demasiado tímido. Salvatore se preguntaba si debía intervenir en ese sentido, pero el tío Luigi le aconsejó que lo dejara tranquilo.

Lo que preocupaba al tío Luigi no era el ocio de Angelo, sino su trabajo.

Cuando Salvatore se convirtió en albañil, Angelo adoptó la misma actividad. Ya fuera gracias a las pesas que todavía practicaba o por otra razón se había convertido en un joven musculoso, capaz de soportar sin dificultad las labores físicas.

—Pero él no tendría que estar poniendo ladrillos —protestaba el tío Luigi—. Angelo tiene talento.

Por más que hubiera abandonado su alocado sueño de que Angelo llegara a ser arquitecto, el tío Luigi consideraba que tenía posibilidades de ejercer otros oficios, como pintor de paredes, decorador o algo donde pudiera aplicar

los dones que Dios le había dado. Parecía, con todo, que Angelo prefería trabajar con su hermano. El caso era que nunca había dejado de dibujar. Mientras Salvatore salía a veces al bar después de cenar, Angelo se quedaba junto a la mesa de la cocina. A veces leía un libro, pero normalmente dibujaba. En tales ocasiones, en su joven rostro se instalaba una apasionada expresión de concentración. Algunas veces, si llegaba pronto, Salvatore se quedaba observándolo varios minutos mientras dibujaba sin que él se diera cuenta. El tío Luigi había enmarcado algunos dibujos y los había vendido a clientes

del restaurante, pero no había logrado convencer a Angelo para que aceptara encargos.

—A mí me pagan por trabajar de albañil —explicaba, con una sonrisa, a su tío—, y después puedo dibujar lo que me apetece.

Por lo menos el trabajo no escaseaba. Quizá fuera una consecuencia de la guerra, que había despertado entre los americanos un recelo ante los extranjeros; Salvatore no estaba seguro. El caso era que el gobierno había impuesto unas cuotas de emigrantes. Aparte de la gran cantidad de negros que acudían desde el Sur, el flujo de

emigrantes que llegaban ahora a Nueva York se había reducido de manera drástica. La ciudad, mientras tanto, no paraba de crecer. Los salarios eran buenos y aumentaban.

Pasaron los años. En 1925, los ahorros de Salvatore habían llegado a una bonita suma, gracias a la cual pensó que tal vez había llegado el momento de buscarse una novia formal.

Un frío día de diciembre, mientras caminaba por la Sexta Avenida, se encontró a Paolo. Su hermano iba impecable, con un abrigo cruzado y

bombín. Hasta habrían podido tomarlo por un banquero... o por un gánster. Pese a su evidente sorpresa, le sonrió.

—Has dado con buen sitio para encontrarte conmigo, chico —dijo—. Pasa, que comeremos.

El Fronton ocupaba un sótano al oeste de Washington Square, junto a la Sexta Avenida. Regentado por el joven Jack Kriendler y Charlie Berns, era uno de los mejores bares clandestinos de la ciudad. Salvatore advirtió que en cuanto apareció la cara de Paolo en la entrada —donde los recién llegados debían darse a conocer a través de una mirilla — la puerta se abrió al instante y

después lo saludaron por su nombre.

El Fronton era un local espacioso, ocupado por mesas con manteles. A un lado había una barra y en las paredes colgaban fotos del Salvaje Oeste. Se estaba llenando ya de comensales, entre los que Salvatore distinguió un par de caras conocidas. A Paolo le dieron enseguida una mesa, sin embargo. Pidieron un bistec y, mientras esperaban, les sirvieron whisky irlandés. Salvatore comentó que Paolo tenía muy buen aspecto y éste sonrió, alzando la copa.

—Brindemos por la Ley Seca, hermano. A mí me ha venido muy bien.

Cuando el movimiento

abstencionista triunfó y en 1920 entró en vigor la Enmienda Dieciocho a la Constitución que prohibía la venta de «bebidas embriagantes», la faz del país quedó alterada, sin duda. No obstante, ello no impidió en modo alguno que la gente siguiera bebiendo. La ley era la ley, pero eran millones las personas que no creían en ella. Los restaurantes respetables adoptaban subterfugios, como ofrecer por ejemplo tazones de sopa que en realidad contenían licor. En las ciudades como Nueva York había bares clandestinos, omnipresentes pese a la amenaza de la irrupción de la policía. Y, tal como sucede con todas las

leyes que niegan a la gente aquello que están resueltos a obtener, la Ley Seca propició un enorme y provechoso mercado donde los proveedores fijaban los precios. Los estraperlistas como Rothstein, Waxy Gordon, Frank Costello, Big Bill Dwyer y Lucky Luciano ganaban fortunas. Hacía tiempo que Salvatore sospechaba que su hermano estaba implicado en ese tráfico y ahora él mismo acababa prácticamente de reconocerlo.

Después de hablar de la familia, Paolo le preguntó sobre su vida amorosa.

—Puedo conseguirte una chica de

primera, de lo mejorcito ¿eh? —le propuso—. Y gratis. Es que está en deuda con nosotros. ¿Quieres probar con ella?

—Lo pensaré —prometió Salvatore, aunque no tenía ningún deseo de mezclarse con los amigos de Paolo, y ambos lo sabían—. Quizás encuentre una buena chica con la que casarme —añadió.

—*Bene, bene* —aprobó, complacido, Paolo—. ¿Me invitarás a la boda?

—Por supuesto. ¿Cómo iba a faltar mi hermano a mi boda?

Después hablaron de Angelo y

Salvatore explicó que el tío Luigi seguía empeñado en que hiciera algo más en la vida.

—Quizás el tío Luigi tenga razón —apuntó Paolo—. El chico podría ir a una escuela de pintura o algo así. Si necesitáis dinero...

Salvatore miró a su hermano embargado por una oleada de afecto. Detrás del gánster —porque eso era su hermano— el Paolo de antes seguía allí. Quería hacer algo por su familia; intentaba demostrar su amor, recibirlo tal vez. Salvatore alargó la mano para estrechar el brazo de su hermano.

—Eres un buen hermano —dijo en

voz baja—. Si Angelo necesita algo, te lo diré.

Después de comer, Paolo pidió café.

—¿Puedo preguntarte algo? — planteó Salvatore.

—Claro.

—¿No te preocupa moverte fuera de la ley?

Paolo aguardó un momento antes de responder.

—¿Te acuerdas de lo de 1907, cuando Rossi perdió todos los ahorros de nuestro padre?

—Desde luego.

—¿Y te acuerdas de lo de 1911, cuando Anna murió en la fábrica?

—¿Cómo podía olvidarlo?

—Yo también me acuerdo, Salvatore. —Paolo asintió y de improviso su voz se impregnó de pasión —. Lo recuerdo con rabia, con amargura. Porque nuestra familia era pobre, porque era ignorante, porque no contaba para nada, la gente se atrevía a robarles, a permitir que ardieran en una trampa. —Se encogió de hombros, con furia—. ¿Por qué no? Si total, éramos sólo italianos, unos despreciables meridionales. Entonces yo me dije a mí mismo que no iba a ser un perdedor, que haría lo que fuera con tal de ganar. — Calló un momento, recobrando la

compostura—. Quizá me haga rico y me case y llegue a comprar una gran finca para todos. ¿Qué te parece, hermanito?

Entonces Salvatore comprendió el sueño de su hermano.

En la mesa de al lado acababa de instalarse un grupo de cuatro personas. Salvatore los miró un instante. Eran gente de los altos barrios. Había un joven de veintipocos años, vestido un poco al desgaire, y una chica, la típica *flapper*^[4] según su diagnóstico. Todo indicaba que la pareja de mediana edad que estaba con ellos eran los padres del muchacho. El padre parecía uno de los tipos de Wall Street, guapo y de ojos

azules. La madre, que llevaba una gargantilla de perlas y una estola de piel, miraba con nerviosismo en derredor. Salvatore tuvo la impresión de haberla visto antes y trató de recordar dónde.

—Espero, Charles, que no vaya a haber una redada —dijo la mujer—. Sería de lo más embarazoso.

El joven se echó a reír, asegurándole que no tenía de qué preocuparse, pero ella seguía intranquila.

Entonces Salvatore vio con asombro cómo Paolo se inclinaba hacia la otra mesa.

—Disculpe, señora —dijo con una

voz melosa que Salvatore nunca le había oído—, pero creo que puedo sacarla de su inquietud.

Salvatore lo observaba, estupefacto. Nunca había visto actuar a su hermano de ese modo. El Paolo que conocía desde su infancia, que aún hablaba con residuos de acento italiano, había desaparecido de repente, sustituido por un elegante individuo que habría podido pasar por un abogado de clase alta.

—Ah —dijo, complacida, la dama—, me encantaría.

—Le daré dos motivos para que esté más tranquila. El primero es que, si la policía fuera a realizar una redada en

este establecimiento, yo ya estaría al corriente. El segundo es que, dos mesas más allá, se encuentra el alcalde de Nueva York.

El marido miró hacia la mesa en cuestión y después de dispensar una calurosa sonrisa a Paolo estalló en carcajadas. Allí estaba, en efecto, ni más ni menos que James J. Walker, el simpático alcalde irlandés de Nueva York, que se comportaba en todo según le apetecía, ya fuera en cuestiones de vino, mujeres o canciones.

Tras dedicar una sonrisa a la dama y un respetuoso saludo con la cabeza al alcalde, Paolo se levantó para irse.

—¿De veras habrías sabido que iban a hacer una redada? —preguntó Salvatore, una vez se hallaron en la acera.

—Claro que sí, chico. Los polis están todos en la pomada... Lucky Luciano paga más de diez mil dólares a la semana a la policía. —Rio entre dientes—. Esa señora tenía un bonito collar de perlas, fuera quien fuese.

—Ahora he caído en la cuenta —dijo Salvatore—. Ya sé quién es.

—Vaya, cada vez que nos llevas a comer fuera, siempre es una aventura —

señaló Rose a Charlie.

Era una queja y, precisamente por eso, Charlie reaccionó con risas.

La última vez que llevó a sus padres a un sitio fue al hotel Algonquin. A ellos les pareció muy bien. Al fin y al cabo, quedaba a unos pasos de la Quinta Avenida, en la calle Cuarenta y Cuatro Oeste. El Harvard Club estaba muy cerca y, lo que era aún mejor, el Yatch Club de Nueva York, aquel nexo que mantenían con los veranos maternos en Newport, tenía su magnífica sede casi al lado.

—Debo de haber pasado cerca de aquí cien veces y nunca se me había

ocurrido entrar —comentó su madre.

El rasgo distintivo del Algonquin era la gran mesa a la que se reunían todos los días las figuras literarias de la ciudad. Charlie les señaló los escritores Benchley y Sherwood, la crítico Dorothy Parker y Ross, que acababa de fundar su revista *The New Yorker* ese año. Rose quedó especialmente complacida por haber visto a Ross. La gente comenzaba a hablar del *New Yorker*.

En el local clandestino, Charlie también observó a los presentes por si veía a algún personaje destacado aparte del alcalde.

—Ésa es Edna Saint Vincent, la poetisa —dijo apuntando hacia una mujer de asombrosa belleza que estaba sentada en una esquina—. Ganó un premio Pulitzer.

Estuvo tentado de añadir que le gustaba acostarse con personas interesantes de ambos sexos, pero renunció. Ya tenía bastantes complicaciones con su madre. Rose Master no aprobaba las aspiraciones de Charlie a ser escritor, y él lo comprendía.

—Está muy bien eso de comprar cuadros —le dijo un día cuando era niño—, pero la gente como nosotros no los

pinta.

Con lo de la escritura era lo mismo. Un profesor podía escribir sobre cuestiones de historia, por supuesto; un caballero rentista podía escribir sus memorias. Durante la guerra, un miembro de la distinguida familia Washburn había trabajado incluso como corresponsal de guerra para el *Times* de Londres. Eso era diferente, pero vivir de alquiler en Greenwich Village, tener amigos poco recomendables y merodear por Tin Pan Alley intentando escribir obras de teatro y canciones era una indignante manera de desperdiciar el tiempo para un joven que lo tenía todo

en la vida. En una ocasión en que Charlie confesó a su madre que le gustaría escribir como Eugene O'Neill, Rose quedó apabullada.

—Pero si es un borracho —se indignó—. Y sus amigos son comunistas.

Charlie también sospechaba que su madre no sólo temía que adoptara de forma permanente un estilo de vida bohemia, sino que no llegara a ganarse bien la vida.

Curiosamente, su padre había sido su aliado secreto. William le había dado un empleo en su oficina, pero con muy poco trabajo; en realidad sólo le exigía que pasara allí unas cuantas horas al día.

—Ganar dinero es bastante aburrido en realidad —había reconocido William—. Yo disfruto mucho más con mi coche.

Aunque seguramente hablaba en serio, Charlie sospechaba que su padre debía de estar ganando una fortuna, que sin duda se sumaría a la que ya había heredado.

A la mayoría de gente que conocían parecía irles bien, ya que la recesión que se había producido después de la guerra había sido breve. Justo después, en Nueva York habían comenzado los locos Años Veinte.

Aquélla fue una época estupenda

para los neoyorquinos. Devastada por la guerra, Europa seguía postrada. El Imperio británico estaba gravemente debilitado. Londres seguía siendo un gran centro financiero, pero Nueva York era ahora más rica y poderosa. Por todo Estados Unidos, al amparo de la legislación contra las grandes corporaciones y otras medidas proteccionistas, florecían las empresas modestas. Las industrias y las ciudades se hallaban en plena expansión. No obstante, Nueva York era el centro financiero a través del cual circulaba toda aquella nueva riqueza. En Wall Street la gestionaban, la

comercializaban en Bolsa y hacían subir los precios. Los agentes de Bolsa se enriquecen cuando hay compraventa de acciones, y los especuladores se enriquecen aún más. William Master especulaba, pero su negocio principal era la agencia de Bolsa, que para aquel entonces era casi de su exclusiva propiedad.

Charlie sospechaba que la tolerante actitud de su padre con respecto a sus aspiraciones literarias debía de obedecer a dos motivos. El primero era que más valía mantener controlado con afabilidad a su hijo que pelearse con él. El segundo, que la familia tenía ya tanto

dinero que de todas formas no importaba demasiado.

Charlie estaba contento. Le encantaba el Village, con su ambiente íntimo, sus teatros, sus escritores y artistas. Aceptaba el modesto sueldo que le pagaba su padre y nunca pedía nada más. Aparecía en casa para las reuniones sociales si su madre quería, y en tales ocasiones se mostraba encantador con los invitados, que lo encontraban divertido y lleno de ingenio. Si había escrito alguna canción para los editores de música de la Tin Pan Alley, les parecía magnífico, y también prometían acudir a ver su obra

de teatro cuando la pusieran en escena.

—Los jóvenes llevan una vida tan apasionante hoy en día... —comentaban.

Luego estaba la cuestión de Peaches. Sus padres la acababan de conocer, y su madre aún la observaba con cierto recelo.

—Qué anillo más bonito —le dijo por fin.

Peaches llevaba un vestido corto y un elegante abrigo con cuello de piel, que se había desabotonado antes de sentarse. Lucía un moderno corte de pelo estilo paje bajo un sombrero de campana y unos labios pintados de rojo oscuro. Mientras el camarero iba a

buscarles las bebidas, había sacado una boquilla en la que encajó un cigarrillo y después de aspirar una larga calada tuvo el detalle de exhalar el humo por encima de la cabeza de Rose. El anillo era una elegante pieza art déco con un par de granates engastados en una filigrana de oro blanco. De hecho, los granates tenían el mismo tono que el pintalabios.

—Me lo hizo un amigo —explicó—. Es buenísimo.

A Rose no le gustaban aquellas chicas modernas, que parecían varones con aquellos cortes de pelo y llevaban las faldas demasiado cortas. Antes de la guerra, el atuendo al estilo Gibson Girl,

con las blusas y faldas ribeteadas que producían las fábricas como la Triangle Factory, evocaba una nueva libertad de la mujer. El fin de la guerra les había procurado, en todo caso, una libertad real: el derecho al voto. Para Rose, no obstante, la libertad iba emparejada con la responsabilidad, y esas *flappers* pensaban, por lo visto, que podían ser libres también en las cuestiones de moralidad. Fumaban y bailaban el charlestón; muchas hasta practicaban el amor libre, y parecía que las había por todas partes.

No le sorprendía que Charlie hubiera entablado relación con una de

ellas, pero, como de costumbre, se había llevado una decepción con él.

—¿De dónde eres? —preguntó a la chica, considerando que se trataba de algo simple y sin complicaciones.

—De Londres —contestó ella con aire de tedio. Charlie, no se sabía por qué, parecía encontrarlo muy divertido—. De París también —añadió—. Después estuve en Washington.

—¿Te gustó Washington? —inquirió Rose con frialdad.

—Era aburrido.

—¿Y dónde conociste a Charles?

—En un bar clandestino. Estaba medio piripi.

—Estaba como una cuba —
puntualizó alegremente Charlie.

—Pero ya vi que no era ningún
zopenco —agregó, en son de elogio,
Peaches.

—Sólo soy un poco plasta —dijo
Charlie.

—Gomoso, sí.

Rose detestaba la manera de hablar
que tenían esos jóvenes. Ya había oído
antes aquellas expresiones, por
supuesto; se creían muy listos usándolas.
También comprendió que Peaches no
había vivido ni en Londres ni en París,
ni siquiera en Washington
probablemente, y que aquélla era su

manera de darles a entender que no tenía intención de responder a ninguna pregunta si no le apetecía.

—¿Trabajas en la ciudad? — preguntó Rose.

—En el campo de la música.

William Master se decidió a intervenir entonces. Le gustaban los musicales de Broadway. La semana anterior, precisamente, había asistido al estreno de *Los cuatro cocos* de Kaufman, protagonizada por los hermanos Marx. Cuando le preguntó a Peaches si la había visto recibió la recompensa de una sonrisa.

—Es buena —reconoció.

—¿Crees que tendrá aceptación?

—Sí. Después harán una gira. Los Gershwin también estrenan una obra este mes.

—Sí, *Tip-Toes*. Tenemos entradas. ¿Queréis venir con nosotros?

La propuesta suscitó otra sonrisa por parte de la chica.

—Iremos —anunció Charlie—. Cuando papá fue a ver el concierto de *Rhapsody in Blue* el año pasado —relató a Peaches— dijo que era la pieza musical más bonita que había escuchado nunca.

—Es buena. —Luego se volvió hacia William—. No me sentaría mal

otra bebida.

—¿Te gusta beber? —señaló Rose.

—Siempre lleva una petaca encima —explicó alegremente Charlie.

Rose lanzó una mirada al bolsito que llevaba Peaches. Era demasiado pequeño para contener algo más que un pintalabios y una polvera. Al advertirlo, Peaches se echó a reír.

—Aquí no —dijo. Entonces se puso de pie y se levantó la falda. A media altura de los muslos había una liga y, metida entre ésta y la media, una petaca de plata—. Aquí —precisó.

Rose la observó sin dar crédito a lo que veía. También reparó en que su

marido miraba el muslo de la chica, y no con aire reprobador.

—Me alegro, querida, de que sea en un sitio discreto.

Rose esperó a encontrarse a solas con su marido para hablarle con franqueza.

—Es hora de que le des a Charlie un poco de trabajo —propuso con contundencia.

A principios del mes de junio, Salvatore llevó a Angelo a Coney Island. Quien hubiera estado en aquel lugar medio siglo atrás, cuando era un

pueblo costero, se habría quedado estupefacto al verlo ahora. Primero llegó un carrusel, después una montaña rusa, después teatros de vodevil y parques de atracciones. A fines del siglo XIX, en un día de verano podían pasar por allí más de cien mil personas. Incluso se podía ir en metro hasta Coney Island ahora.

Hacía un día cálido. Angelo quedó encantado con el lugar. Pasearon por la primera línea de mar, donde estaba el hotel Brighton Beach, y después por el Oriental Boulevard. Mientras tomaban unos helados, Salvatore animó a Angelo a mirar a las chicas que se bañaban.

Se encontraban cerca de las deslumbrantes luces de un centro de atracciones cuando reparó en dos muchachas. Parecían italianas, aunque no estaba seguro. Una de ellas era demasiado alta para su gusto, pero la otra le llamó la atención. El tono bronceado de su cara daba pie a pensar que tal vez vivía en una granja. Llevaba un vestido de algodón. No tenía los pechos grandes, pero sí firmes y unas piernas bonitas, recias, como a él le gustaban. El pelo, castaño, lo llevaba recogido en un moño, y tenía una mirada afable.

Se puso a caminar con disimulo con

Angelo y luego se detuvo junto a ellas, como si dudara adónde iba a ir a continuación. La chica lo miró y sonrió, aunque no de manera provocativa. Después se volvió hacia su acompañante.

—Pues si no quieres ir a la montaña rusa —le dijo en italiano—, podríamos entrar aquí.

Salvatore esbozó una sonrisa y luego se dirigió a ella en italiano.

—A mi hermano le da miedo la montaña rusa —mintió.

—A mi prima le pasa lo mismo.

—Quizá si fuéramos los cuatro se sentirían más seguros.

La muchacha le dedicó una ojeada, como para cerciorarse de que era de fiar y luego consultó con la mirada a su prima, que se encogió de hombros.

—*Andiamo* —aceptó—. Me llamo Teresa —se presentó.

—Yo Salvatore. ¿Eres italiana?

—Casi. —Soltó una carcajada—. Albanesa, de Inwood.

Salvatore quedó desconcertado un momento. Inwood, en la punta de Manhattan, era un barrio principalmente irlandés y judío. Luego se acordó. En Long Island había otro Inwood, en el lado oriental de Jamaica Bay. Sabía que los albaneses se habían visto obligados

a huir de su país durante siglos. En el sur de Italia había enclaves de población albanesa que hablaban un dialecto albanés meridional llamado tosko. En Inwood, Long Island, había una numerosa comunidad de italo-albaneses.

Teresa y Salvatore se fueron pues juntos con la prima y Angelo a la montaña rusa. Después subieron a los autos de choque, visitaron el pequeño hipódromo que había en el lugar y, al volver, comieron salchichas en el Nathan's y después entraron en un salón de baile.

Al acabar el día, Salvatore le

preguntó a Teresa si podría volver a verla y ella le dijo que tenía previsto ir a la ciudad el domingo siguiente, con otra prima. Acordaron que se encontrarían en el restaurante del tío Luigi, para tomar un helado, y luego irían a pasear.

—Puedes traer a tu prima, y yo llevaré a Angelo —dijo.

Le pareció advertir cierta decepción en ella ante la perspectiva de tener acompañantes. Aunque a él le gustó, prefirió actuar con cautela y hacer las cosas como era debido.

Al tío Luigi le cayó bien Teresa. Le pareció una chica bonita y juiciosa. Albanesa era casi igual de bien que italiana, aseguró. A Teresa también le gustó el tío Luigi. Después de tomar los helados, dijo que quería pasear por Central Park y luego mirar tiendas. Salvatore pronto comprendió que aunque quería a su familia, que vivía en Long Island, el mayor placer de Teresa era ir a la ciudad.

Dos semanas después se reunió con ella en el hipódromo de Coney Island. Teresa iba con un primo, pero Salvatore

acudió solo. Lo pasaron bien con las carreras, y mientras se dirigían al metro, ella enlazó el brazo con el suyo en un gesto amigable. Su primo los dejó solos un momento, ocasión que Salvatore aprovechó para darle un beso en la mejilla. Teresa se echó a reír, pero no pareció molesta. Después le dijo que volvería a la ciudad al cabo de dos semanas y se dieron cita para entonces.

Esa vez fue con Angelo, a quien había dado instrucciones de que si Teresa llegaba con su prima debía quedarse, pero si iba sola, tendría que esfumarse, a lo cual Angelo no puso objeción. No obstante, Salvatore se

llevó una decepción, porque acudió acompañada. De todas maneras, fueron a una sala de baile y lo pasaron muy bien, de modo que acordaron repetir la salida al cabo de quince días.

A lo largo de las semanas siguientes, Salvatore meditó con calma lo que le convenía hacer. Pese a que no sentía una pasión arrolladora por Teresa, desde el momento en que la conoció tuvo la certeza de que era la mujer adecuada para él. Fue a consultar la cuestión al tío Luigi, que respondió con toda humildad.

—¿Y cómo voy yo a saber de estas cosas, si nunca he estado casado?

—De todas maneras, me fío de tu

buen juicio.

—En ese caso, yo creo que es importante que tu esposa sea también tu amiga.

Habría sido más sencillo si Teresa viviera en la ciudad para poder verse más a menudo. De todos modos, cada vez que se encontraban, notaba que crecía el sentimiento de amistad y ternura que le inspiraba, y aunque Teresa procuraba no dejar entrever gran cosa, estaba seguro de que a ella le ocurría lo mismo. Caminaba cogida del brazo con él y le permitía besarla en la mejilla. Al concluir el verano, resuelto a seguir adelante con la relación, se planteaba

qué estrategia adoptar cuando ella tomó la iniciativa.

A finales de agosto se produjo un terrible acontecimiento que dejó consternada a la comunidad italiana y conmocionó a todas las mujeres del mundo occidental. Rodolfo Valentino, la rutilante estrella masculina del cine mudo, falleció de manera repentina tras someterse a una operación en Nueva York. Tenía sólo treinta y un años. En cuanto se supo la noticia, en el hospital se congregaron cien personas.

Ante los cines donde proyectaban su última película recién estrenada, *El hijo del jeque*, se formaban interminables

colas. Unos días después, Salvatore llevó a Teresa a verla, junto con su prima y Angelo. Cuando salieron, Teresa le dijo que el domingo próximo iban a celebrar una gran comida familiar y sugirió discretamente que podía ir con Angelo. De ello se desprendía que quería presentarlo a su familia.

El sábado siguiente, los dos hermanos fueron a ver a sus padres a casa de Giuseppe, en Long Island. El domingo hizo un tiempo espléndido y sólo tardaron una hora andando desde la casa de Giuseppe a Inwood.

La familia de Teresa vivía en una gran casa de tablones de madera

construida en una parcela de dos mil metros cuadrados, provista de un amplio porche y una torrecilla de estilo victoriano en una esquina. En el patio había también otra vivienda. Teresa los esperaba afuera cuando llegaron y enseguida los hizo pasar para irles presentando a todos.

Los primeros a quienes conocieron fueron a tres hermanos suyos, dos de los cuales estaban casados, una hermana casada y dos solteras. Uno de los hermanos casados vivía con su esposa en la pequeña casa que había atrás. Pese a que los otros hermanos casados disponían de vivienda propia en las

proximidades, estaba claro que aquella casa constituía el centro donde giraba la vida de toda la familia.

Había un ambiente acogedor y bastante bullicioso, con la media docena de niños que correteaban por allí. Los hermanos de Teresa se dirigieron a Salvatore en italiano, aunque sus hijos parecían hablar sólo en inglés.

—Mis padres hablan un poco de inglés, pero entre ellos normalmente hablan tosco —le explicó Teresa, mientras los conducía a la cocina.

—Te presento a Salvatore y a Angelo —dijo a una mujer de pronunciadas facciones, que los observó

con severidad—. Mi madre —aclaró Teresa—. Y éste es mi padre —añadió, volviéndose hacia un hombre alto de barba cana que acababa de entrar.

El padre de Teresa se movía con una digna parsimonia que no dejaba margen de duda sobre su posición de cabeza de aquella amplia familia. Se parecía a las fotos de Garibaldi. Saludó a los jóvenes de forma educada pero lacónica.

Salvatore no tardó en caer en la cuenta de que, aparte de la familia, él y Angelo eran los únicos invitados. Antes de que llegara el momento de instalarse en la mesa, se había enterado ya de que aparte de cultivar sus propios campos,

el padre de Teresa regentaba una verdulería junto con uno de sus hijos. Su yerno se dedicaba al comercio de marisco y los otros dos hijos varones tenían una empresa de transporte.

La mesa estaba dispuesta en forma de «T» para dar cabida a catorce adultos y seis niños. Teresa se sentó entre Salvatore y Angelo. Su cuñado, un robusto y formal individuo de unos treinta años, se encontraba delante de Salvatore. Poco más allá, desde su posición en la cabecera de la mesa, el padre podía controlarlos a todos. Al empezar la comida, acorde a las normas de cortesía, formuló unas cuantas

preguntas a Salvatore sobre sus orígenes y su familia.

Salvatore respondió que era italiano y vivía en Nueva York, pero que el resto de la familia se habían instalado en Long Island y que su hermano mayor heredaría una granja. El padre de Teresa asintió al oírlo y luego señaló que esperaba que Salvatore y su hermano abandonaran también pronto la ciudad.

—Mi padre cree que la ciudad no es buena para la salud —explicó Teresa con una carcajada.

A partir de ese momento, el padre lo dejó tranquilo y la comida se desarrolló en un clima cordial. Teresa se mostró

muy animada, explicándole anécdotas graciosas sobre sus parientes. Observando en torno a sí, Salvatore pensó que la familia Caruso podría haber sido igual si hubieran tenido más dinero.

Teresa hablaba con Angelo durante el postre cuando su cuñado entabló conversación con Salvatore. Le preguntó por su trabajo y al oír que era albañil, sacudió la cabeza.

—El trabajo manual no está mal cuando uno es joven, pero hay que pensar en el porvenir. ¿Consigues ahorrar algo? —Salvatore asintió—. Eso está bien, porque para montar un

negocio se necesita dinero. ¿Qué vas a hacer? —Salvatore nunca había pensado en eso. Para él, los ahorros iban destinados a comprar ropa, en previsión de una posible enfermedad o para adquirir lo que pudiera necesitar, sobre todo si se casaba. Advirtiéndolo su incertidumbre, el cuñado prosiguió—: El viejo —señaló al padre de Teresa— no permitirá que su hija se case con alguien que no tenga algún tipo de negocio, o por lo menos algo que aportar. —Se sirvió un pedazo de pastel antes de remachar—: Eso es muy importante para él.

Salvatore guardó silencio. Después

de la comida, los hombres jóvenes se fueron a pasear mientras las mujeres recogían la mesa. Como Teresa tenía invitados le permitieron ir con los chicos. Fueron hasta el borde del agua, donde los pescadores llegaban con su carga de ostras y almejas. Teresa le dijo que le gustaría ir a la ciudad a ver una película.

—A mi padre no le gusta la ciudad, pero a mí sí —precisó.

Convinieron pues volver a encontrarse al cabo de dos semanas.

Antes de marcharse, Salvatore dio las gracias a los padres de Teresa por su hospitalidad, y aunque éstos

respondieron con educación, no expresaron el deseo de que volviera a visitarles. Se habría sentido un poco incómodo, de no haber aparecido en ese momento Angelo con un pedazo de papel.

—Es un regalo de parte mía y de mi hermano —anunció con una sonrisa, mientras lo entregaba a la madre de Teresa, que frunció un poco el entrecejo al recogerlo.

Luego, cuando vio de qué se trataba, lo enseñó con expresión radiante a su marido. Era un dibujo de su casa, una excelente reproducción a la que había tenido el buen tino de añadir algunas

aves marinas que volaban en círculo sobre el tejado. Con aquello, la despedida resultó mucho más cordial.

Aun así, cuando hubo regresado a la ciudad, Salvatore se puso a considerar la situación. No le cabía duda de que el cuñado de Teresa le había hablado en serio. ¿Había alguna posibilidad de que la familia de Teresa lo aceptara? Y en caso de que así fuera, ¿sería ella feliz con un pobretón como él? No estaba seguro, ni tampoco estaba seguro de qué debía hacer para remediarlo.

Charlie Master iba a menudo a

Harlem, atraído por el jazz. En ocasiones se reunía con Edmund Keller en la calle Ciento Cuarenta y Dos, en el Cotton Club. El público del club estaba estrictamente limitado a los blancos, aunque a veces se podía encontrar en su interior alguna celebridad negra acompañada de sus amigos.

Por aquel entonces, en lo tocante a la mezcla de razas, Harlem era todavía un territorio fronterizo.

Hasta los terribles ataques de que fueron víctimas durante las revueltas del Reclutamiento de 1863, la mayoría de los negros sureños de la ciudad vivían en el centro de Nueva York. Después, se

desplazaron hacia el área de los prostíbulos, en el Midtown's West Side. Sus *cabarets* y teatros alcanzaron tanto éxito que pronto la zona pasó a ser conocida como la «Bohemia Negra». Hacia finales de siglo, los emigrantes que habían llegado de Virginia y Carolina huyendo de las leyes segregacionistas implantadas en dichos estados produjeron un gran aumento de la población de color, lo que de nuevo desembocó en tensiones con la comunidad irlandesa. El traslado masivo de los afroamericanos a las calles de Harlem, anteriormente habitadas por judíos e italianos, no tuvo sin embargo

lugar hasta el periodo de infancia de Charlie. Aunque no recibieron una buena acogida, y a menudo les reclamaban unos alquileres superiores, siguieron afluyendo hacia la zona, en la que en aquel momento se estaban convirtiendo ya en mayoría.

El Cotton Club era un local llamativo. Desde la calle, con su emplazamiento en la esquina de Lenox Avenue y su entrada realzada con profusión de luces, podría haberse confundido con un cine. Sólo los clientes con sus trajes de gala que se apeaban de los caros modelos de coches daban una idea de cómo podía ser el

interior del establecimiento.

El club era espacioso y elegante. La clientela se distribuía en torno a pequeños veladores, provistos cada uno de una vela colocada en el centro de un immaculado mantel de lino blanco. Había una pista de baile, pero la gran atracción del lugar era el espectáculo. El gran proscenio estaba iluminado por candilejas a ambos lados. Esa noche, en el borde del escenario había espejos en el suelo, de tal forma que el reflejo de las coristas quedaba proyectado hacia arriba. El fondo del escenario lo ocupaba la Fletcher Henderson Band.

Charlie tenía intención de llevar a

Peaches con él esa noche, pero al final no fue así. Peaches salió con otro hombre y Charlie estaba bastante molesto. De todas maneras, no valía la pena enojarse con Peaches, se dijo a sí mismo; ya sabía cómo era. Lo supo desde el principio, como lo sabía ahora al final. Llamó a Edmund Keller para preguntarle si querría acompañarlo al club, y por suerte estaba libre. Pidieron la cena y mientras tanto escucharon la música.

—Qué bueno ese Henderson — alabó Keller, y Charlie asintió.

Después de comer pidieron otra copa. Charlie paseó la mirada por la

sala.

—¿Ves a alguien? —preguntó Keller.

Uno nunca sabía a quién podía encontrarse en el Cotton Club. Al alcalde, por supuesto; aquél era su tipo idóneo de local. A la gente del mundo de la música como Irving Berlin y George Gershwin, cantantes como Al Jolson y Jimmy Durante. A cualquier miembro de la gente de clase de Nueva York. Charlie había comenzado a escribir una novela hacía poco. Le gustaba tomar nota de cualquier escena o anécdota que pudiera tal vez utilizar un día y siempre procuraba hablar con la gente, por una

parte porque le interesaba y por otra porque podían proporcionarle diálogos de utilidad.

—No sé si habrá venido Madden —dijo Charlie.

¿A cuál de todas aquellas selectas personas le importaba que el propietario del club fuera Owney Madden, el estraperlista, que lo había comprado mientras estaba encerrado en Sing Sing por una condena por asesinato? Por lo visto, a ninguna. Madden podía matar a las personas que lo enfurecieran, pero ¿qué importancia tenían unos cuantos asesinatos cuando regentaba el mejor club de jazz de la ciudad? Madden tenía,

además, amigos. Hacía mucho tiempo que la policía no había realizado una redada en su local.

Charlie había hablado un par de veces con él. Pese a su apellido irlandés, Madden había nacido y se había criado en el norte de Inglaterra, y estaba orgulloso de ello. El estraperlista y propietario del club de jazz tenía un marcado acento de Yorkshire.

Charlie acababa de dar un repaso visual a la sala cuando reparó en la mesa que tenían justo detrás. Había tres hombres sentados a ella, hablando en voz baja, a quienes no había prestado atención. Dos de ellos se marcharon en

ese momento. El tercero se quedó, de espaldas a él, pero luego se volvió hacia el escenario.

Su cara le resultó familiar y no tardó mucho en recordarla. Después, viendo una ocasión propicia para hablar, miró al hombre, lo saludó con un ademán y sonrió. Su vecino de mesa le devolvió una mirada neutra.

—Seguramente no se acordará de mí —dijo Charlie con soltura—, pero lo vi una vez en el Fronton. Usted estuvo muy amable con mi madre. Le dijo que no se preocupara por la policía.

El individuo frunció el entrecejo, haciendo memoria.

—Ah, sí. Había una chica también.

—Ya no.

—Lo siento.

—No lo lamente. —Le tendió la mano—. Charlie Master.

—Paul Caruso.

Pese a sus impecables modales, se notaba que mantenía una actitud vigilante. Charlie sabía que tenía que obrar con cuidado. Su desenfadado estilo de persona de clase alta solía desarmar a la gente.

—Un apellido interesante. ¿Algún parentesco con el gran Caruso?

—Nos conocimos —repuso con cautela el italiano—. Mi familia comió

con él.

—Un gran hombre, de gran corazón
—elogió Charlie.

Charlie intuyó que el italiano no tenía ganas de hablar de su familia, de modo que resolvió dejar el tema, pero se llevó una sorpresa al ver que Edmund Keller se sumaba de repente a la conversación.

—En una ocasión conocí a una muchacha que tenía ese apellido, hace años. Anna Caruso. Trabajaba en la Triangle Factory. —Se volvió hacia Charlie—. Tu madre la llevó a casa de la anciana señora Master, tal como te conté una vez. Por desgracia, falleció en

aquel incendio.

Charlie observó al italiano. Paolo Caruso mantuvo una expresión imperturbable, pero clavó la mirada en la mesa antes de contestar.

—Es un apellido muy común en Italia.

—Ha sido un placer charlar con usted, señor Caruso —intervino Charlie—. Ahora nos tenemos que marchar —explicó con una sonrisa—. Hasta el próximo bar —se despidió, tendiendo la mano.

Paolo Caruso se la estrechó levemente y asintió con la cabeza, sin sonreír.

—Eso ha sido una torpeza — reprochó Charlie a Keller una vez se hallaron afuera.

—¿Por qué?

—Creo que la chica era de su familia.

—Pero si ha dicho que no lo era...

—No ha dicho exactamente eso. Creo que no quería hablar del asunto. — Charlie se encogió de hombros—. Quizá me estoy comportando como un novelista.

A los novelistas les gustaba imaginar que las cosas estaban conectadas entre sí... como si toda la gente de la gran ciudad formara parte de una especie de

gran organismo en el que se entrelazaban sus vidas. Se acordó de la poética frase que tanto les gustaba citar a los predicadores: «Ningún hombre es una isla». O la otra: «No preguntes por quién doblan las campanas, pues doblan por ti». Seguramente eran piruetas sentimentales de la mente. La realidad era fragmentaria.

—Olvídalo —concluyó Charlie—. ¿Qué demonios sabré yo?

Paolo Caruso permaneció en su asiento. Al principio no pensó en Anna. Tenía otras cuestiones que tener en

consideración.

Pensó un momento en los dos hombres de la mesa de al lado. Cuando Charlie le dirigió la palabra, se preguntó por un instante si no serían espías que habían enviado para seguirlo, pero se notaba que eran gente de los barrios ricos, ajenos a su mundo. Aparte, se acordó del incidente ocurrido con la madre de Charlie en aquel bar clandestino, de manera que descartó la posibilidad.

Había ido al club con un par de socios, personas en quienes confiaba. También abrigaba la esperanza de ver a Owney Madden, a quien había hecho un

pequeño favor un par de años atrás, y de cuyo buen juicio se había fiado. Tal vez el propietario del Cotton Club podría sacarlo del apuro. Madden estaba ausente, sin embargo, y nadie sabía decirle si se presentaría o no esa noche.

Decidió esperar un rato. Allí como mínimo no corría peligro. Nadie iba a causar un alboroto en un sitio de tanto postín como el Cotton Club. Quizá Madden acabaría acudiendo.

No habría tenido que aceptar aquel negocio la semana pasada; no formaba parte de su trabajo habitual. Sus jefes no sabían aún nada de aquello, pero no se lo iban a tomar bien cuando se

enterasen. También tendría que tener cuidado en la manera en que se lo explicaría a Madden. Éste había iniciado su andadura en la banda de Gopher cuando era joven y ahora tenía su propia explotación de estraperlo en los muelles del West Side, y tal vez no fuera muy comprensivo con alguien que se había desmarcado solo sin permiso de sus superiores. Tenía, con todo, intereses en muchos tipos de negocios y cabía la posibilidad de que le encontrara algo fuera de la ciudad y le prestara protección. Era difícil, pero valía la pena intentarlo.

Aquél no era el primer encargo que

Paolo había aceptado. Aunque siempre había muertos en las riñas por el control del territorio, cuando a uno le pedían desde fuera que hiciera algo especial, el dinero resultaba tentador. Anteriormente había aceptado un trabajo... que había llevado a cabo justo el día después de haber estado comiendo con Salvatore en el bar Fronton. Aquella vez todo había salido bien. Seguro que por eso le habían vuelto a proponer otro encargo.

Lo de la semana anterior había sido, en cambio, un desastre. El plan estaba bien trazado, pero hasta el mejor de los planes puede quedar desbaratado a causa de un imprevisto. Estaba oscuro.

El viento soplabá con fuerza, racheado, ideal para dispersar el ruido de los disparos. La calle estaba desierta. Salió del umbral de la puerta, se plantó delante de aquel individuo y, con el ala del sombrero bajada para escudarse la cara, le apuntó. Había que hacerlo a bocajarro, bien deprisa para que la víctima no tuviera ni tiempo de experimentar un asomo de sorpresa. ¿Quién hubiera imaginado que, en ese preciso instante, del tejado iba a caer una loseta que se precipitó a sus pies, induciéndolo a levantar la cabeza? El otro tipo reaccionó con mayor celeridad. En lugar de echar a correr, se abalanzó

contra él y después de derribarlo, le quitó la pistola de la mano de un puntapié. Luego se alejó a toda velocidad por la calle y, tras doblar una esquina, disparó un par de ráfagas de proyectiles con las que casi lo alcanzó. Paolo, que ya había recuperado su arma, respondió al fuego y le persiguió. De todas formas su presa acabó esfumándose, y además le vio la cara.

Ahora en Brooklyn había más de una persona furiosa con él.

¿Qué podía hacer? Lo mejor sería probablemente abandonar la ciudad. Pero ¿adónde debía ir? Quizá Madden pudiera sugerirle algo.

La orquesta tocaba *Gin House Blues*, una composición de Henderson. Un par de años atrás, el sonido de Henderson se había beneficiado con la aportación de un joven trompetista llamado Louis Armstrong. Por desgracia, éste se había ido a Chicago, pero cabía la posibilidad de que regresara. Paolo sabía que Madden también tenía echado el ojo a un prometedor director de orquesta, Duke Ellington, que actuaba en el Kentucky Club. Eso era lo que impresionaba más de Madden, que siempre buscaba la novedad.

Miró el reloj. Eran casi las dos de la

mañana. Aunque dudaba que Madden llegara a esas alturas, resolvió esperar un poco más.

Entonces sus pensamientos derivaron hacia la conversación que acababa de mantener con Charlie y su amigo. ¡Qué extraño que ese hombre hubiera conocido a Anna! Se acordó de aquellos terribles días, después de su muerte. Se acordó de su rabia y su sensación de impotencia. Aquello fue lo que lo condujo definitivamente por aquella vía, por aquel áspero y peligroso camino que acababa en ese lugar elevado y oscuro del que ahora temía caer. Él quería a Anna, y a toda su

familia. En todo caso eran unos perdedores. Quizá dentro de nada también lo sería él, reconoció.

Pidió la cuenta y pagó. No valía la pena esperar más.

Al salir afuera se abotonó el abrigo. Había bajado la temperatura y comenzaba a nevar. En la calle ya había una capa blanca de medio centímetro de espesor. Miró atentamente en derredor y sólo advirtió gente de color; pero era de los blancos de quienes debía recelar. Se bajó el sombrero hasta los ojos, en parte para ocultar la cara, pero sobre todo para resguardarla del viento que soplaba con violencia por la calle. Luego echó a

andar.

Como medida de precaución se había trasladado de vivienda tres días atrás, a un lugar de la Octava Avenida donde no lo conocían. Iría a pie hasta el metro y tras asegurarse de que no lo seguían, realizaría un itinerario con rodeos hasta llegar allí. Primero dobló la esquina de Lenox Avenue.

Hacía un frío terrible.

Salvatore no vio a Teresa en todo el mes de octubre. Él no tenía teléfono en su casa, pero sí disponía de uno público cerca y la familia de Teresa había

instalado uno en su domicilio. Aguardó diez días antes de llamar y preguntar por ella. Escuchó atentamente con qué tono le respondía y le pareció que se alegraba de oírlo.

—Mis padres dicen que os dé las gracias por el dibujo —le contó—. ¿Se lo dirás a Angelo?

—Descuida.

—Voy a estar un tiempo sin ir a la ciudad.

—¿Es por tus padres?

—Mis padres dicen que tengo que ir con mi prima y ella no está libre por ahora —explicó, aunque parecía más bien una excusa—. Pero me gustaría

verte —añadió.

—Te volveré a llamar —prometió él.

¿Había alguna esperanza? Salvatore mantuvo una larga charla con el tío Luigi centrada en su situación económica.

—Aunque no tengas mucho, debes incrementar al menos tu capital —le aconsejó éste—. Invierte tus ahorros en la Bolsa. No puedes perder. Está subiendo continuamente. Todo el país se enriquece día a día. Deja que tu barca se eleve con la marea —concluyó con una sonrisa.

Pese a que la recomendación parecía atinada, el recuerdo de infancia que le

dejó lo ocurrido con los ahorros que su padre había confiado al señor Rossi seguía bien presente, infundiéndole dudas. Aparte, tampoco se trataba sólo de una cuestión de dinero.

—Por lo visto, a su familia le interesaría un hombre que disponga de un negocio propio —confesó a su tío—, pero aun teniendo el dinero, ¿qué podría hacer?

El trabajo que realizaba era duro, de exigencia física, pero se sentía fuerte y le gustaba estar al aire libre incluso cuando hacía frío; le procuraba una sensación de libertad. Iba a trabajar, cumplía con su labor, luego recibía su

paga y quedaba libre. No tenía preocupaciones. Si dispusiera de un negocio propio, en cambio, sabía que siempre tendrían quebraderos de cabeza. Tendría que estar sentado en una oficina o en una tienda, en lugar de trabajar como debía hacerlo un verdadero hombre, al aire libre.

Estuvo meditando sobre el asunto un par de semanas. Al final decidió que si aquél era el precio que debía pagar para conseguir a Teresa, merecía la pena. Lo que ya no era tan seguro era si se hallaba en condiciones de hacer algo para satisfacer las exigencias de su familia.

A finales de octubre, Angelo cayó enfermo. Nadie sabía qué enfermedad padecía. Comenzó como una gripe, pero pese a que la fiebre remitió al cabo de diez días, seguía muy débil y no paraba de toser. El tío Luigi lo cuidaba durante el día y Salvatore por la noche. A fines de noviembre, Salvatore mandó llamar a su madre, que decidió en el acto trasladar a Angelo a Long Island.

Unos días después llamó a casa de Teresa para contarle lo ocurrido.

—Quizá yo podría ir a visitarlo —sugirió—, si crees que le gustaría que le haga compañía. En bicicleta no queda lejos. —Abrió una pausa—. Si tú fueras

al mismo tiempo, podríamos vernos allí.

Salvatore esbozó una sonrisa. Teresa había encontrado una excusa perfecta para verlo. Se despidió prometiéndole que iría antes de Navidad.

Una fría tarde de diciembre, dos policías irlandeses llamaron a la puerta. La noche anterior había nevado y las calzadas aún estaban blancas. El tío Luigi se encontraba en el restaurante. Como sabía que no había hecho nada ilegal, no se alarmó al oír que preguntaban por él. Después le explicaron el motivo de su visita.

Lo llevaron a una morgue de Harlem, a una gran sala desnuda situada en el sótano. Quizás estaba tan fría a causa de la nieve de afuera, o tal vez se debiera a que siempre la mantenían a baja temperatura. Había unos cuantos jergones tapados con una sábana. Lo condujeron ante uno de ellos y retiraron la tela.

El cadáver ceniciento acostado allí vestía un traje de noche. Le habían atado la mandíbula para sostenerla y la cara todavía se veía atractiva. La camisa blanca que llevaba estaba, no obstante, cubierta de grandes manchas de sangre renegrida.

—Cinco balas —precisó uno de los agentes—. Debieron de matarlo en el acto.

Luego dirigió una mirada interrogativa a Salvatore.

—Sí —confirmó éste—. Es mi hermano Paolo.

La familia se reunió en la ciudad para el entierro, al que asistieron también vecinos y amigos. El sacerdote tuvo el tacto de evocar a Paolo como un hijo amado y un buen hermano, que había caído víctima de unos matones en Harlem. Todo el mundo conocía la

verdad, pero nadie lo dijo.

Por Navidad, la familia se congregó en Long Island. Salvatore había hablado con Teresa para explicarle lo de la muerte de su hermano, pero no le propuso una visita.

Angelo estaba pálido. Su madre no le permitía salir afuera con el frío y pasaba parte del día descansando, pero no parecía abatido.

—Más que nada, me aburro —
confesó a Salvatore.

Había conseguido reunir una buena colección de periódicos y revistas, algunos de fecha bastante atrasada, pero aseguraba que los iba a leer todos.

Considerando que aquélla era una buena oportunidad para proponer su mágica fórmula financiera, el tío Luigi habló con Angelo sobre la posibilidad de invertir sus ahorros. Todos se llevaron una sorpresa con su reacción.

—Quizá tengas razón —reconoció—. Debería hacerlo. —Estuvo escuchando con gran atención a su tío durante más de una hora, asintiendo gravemente con la cabeza de vez en cuando—. Tengo poco para invertir —afirmó, pero cuando su tío le preguntó cuánto, se limitó a sonreír y reiterar—: Un poco.

—¡Es como yo! —exclamó,

encantado, el tío Luigi—. Nunca hay que decirle a nadie cuánto tienes. Hay que dejarlos con la incógnita.

En lo tocante a la ayuda que prestaría el tío Luigi para efectuar cualquier transacción, Angelo dijo que podía ponerlo en contacto con una persona de fiar para que comprara acciones en su nombre, pero que él mismo tomaría las decisiones. Lo anunció de una manera tan serena que Salvatore quedó impresionado, con la sensación de que su hermano menor estaba creciendo.

Giuseppe y su esposa habían convencido a Angelo para que aceptara

un pequeño encargo. Querían que les hiciera un bonito letrero con el nombre de la granja de la familia de ella. Pese a su reticencia a trabajar de ese modo, Angelo se avino a ello y el día de Navidad les presentó el resultado. Había usado un tablón que le habían dado y sobre un fondo de pintura blanca había trazado el nombre, Clearwater Farm, con letras azules, complementado con el pequeño dibujo de una granja que flotaba, cual arca de Noé, sobre un mar azul. Todos quedaron entusiasmados con el ingenio y la originalidad de su labor, y Salvatore advirtió que Angelo se sintió halagado y complacido por la

atención que le había reportado su esfuerzo.

Dos días después de Navidad, sin embargo, Angelo dijo que no se encontraba bien y estuvo descansando durante el resto de los días en que Salvatore permaneció allí.

La tercera semana de enero, cuando Salvatore volvió a ver a sus padres, Teresa acudió en bicicleta con su prima. La visita fue un gran éxito. Teresa se mostró educada y respetuosa con sus padres.

—Se nota que viene de una buena

familia —declaró su madre.

Salvatore también reparó con agrado en la amabilidad con que trataba a Angelo, junto a quien se sentaba y le contaba anécdotas para hacerlo reír.

Angelo tenía mejor aspecto y ya casi no padecía tos, pero aún estaba muy pálido y pasaba buena parte del día en casa, sentado en un sillón. Aun así, saltaba a la vista que no había permanecido ocioso. En la mesa que tenía al lado, Salvatore vio un buen número de recortes de las páginas de economía de los periódicos, algunos de los cuales había marcado con círculos en rojo. También había dibujos para un

proyecto de fachada de la panadería del pueblo, un encargo que le había conseguido su padre. Le pagaban poco, pero Angelo parecía complacido por tener algo con que pasar el tiempo. Cuando Teresa planteó una sugerencia para mejorar uno de los diseños, Angelo se quedó mirándolo con gran concentración un buen momento.

—No —dictaminó con aplomo—. No es eso lo que quiero.

Al principio pareció que Teresa se había ofendido, pero enseguida sonrió.

—El paciente sabe lo que quiere —recalcó alegremente.

Después, Angelo anunció que haría

dos retratos, uno de ella y otro de su prima, y que se los iba a regalar. Las chicas posaron encantadas y Salvatore aprovechó para ir mientras tanto a ver a Giuseppe. Después salió a dar un paseo con Teresa por la playa mientras la prima se quedaba haciendo compañía a Angelo. En el trayecto, Teresa le dijo que pronto volvería a ir a la ciudad.

Después de que se fueran las chicas, encontró a Angelo pensativo.

—¿Crees que me llegaré a casar alguna vez? —le preguntó Angelo.

—Por supuesto —aseguró Salvatore.

—Tal vez —concedió, dubitativo, Angelo—. Yo creo que tú deberías

casarte con Teresa, Salvatore —declaró de improviso—, cuanto antes mejor.

—Para eso ella tendría que dar su consentimiento antes, y también sus padres. —Soltó una carcajada—. Quizá tú deberías casarte con su prima.

Advirtió, sorprendido, que Angelo lo miraba con gran seriedad.

—Son una buena familia —afirmó.

—No dejes que se te escape Teresa, Toto —le dijo al cabo de unos minutos su madre—. Es la chica que te conviene.

—Es posible, mamá —acordó, acosado todavía por los interrogantes de qué debía hacer para obtener el visto bueno de la familia de Teresa.

Dos semanas más tarde, al regresar del trabajo un viernes, Salvatore encontró a un hombre alto y delgado que lo esperaba en la puerta. El individuo, que debía de tener más de cincuenta años y llevaba un abrigo negro abrochado hasta el cuello, le entregó su tarjeta.

—Soy abogado —explicó—. Represento a su difunto hermano, Paolo Caruso. Mi gabinete se encarga de la ejecución de su testamento. ¿Podríamos pasar adentro? —Una vez se encontraron en la vivienda, el letrado le preguntó—: ¿Estaba al corriente de las

actividades de su hermano?

—Ni siquiera sabía dónde vivía —
confesó Salvatore.

—Se había mudado —informó el
abogado—. Tenemos su ropa, por cierto.
Todavía debo autenticar el testamento,
pero él ha dejado el remanente de su
patrimonio a usted.

—¿A mí? Y el resto de la familia,
¿qué?

—Su testamento es bien claro. Le
avisaré en cuanto lo tengamos todo listo.
Entonces tendrá que ir a mi despacho
para completar los trámites. —Abrió
una pausa—. Hay más de diez mil
dólares.

—¿Diez mil? ¿Para mí?

El abogado le dispensó una tenue sonrisa.

—En su testamento se refiere a usted como «Salvatore Caruso, mi hermano y mi mejor amigo». Él quería que todo fuera a parar a usted.

Ese domingo, en casa de sus padres, Salvatore optó por no decir nada. Tal vez fuera por superstición, pero el caso era que hasta que no tuviera el dinero en sus manos no quería tentar al destino hablando de ello.

Ya había decidido qué haría con él.

Giuseppe ya tenía una buena situación. A sus padres no les faltaba de nada y, si precisaban algo más, él podía ofrecérselo. Su hermana Maria estaba casada y bien colocada. El tío Luigi disponía de cuanto necesitaba, aparte de la misteriosa suma que pudiera haber acumulado con sus inversiones. El único que quedaba era Angelo. El dinero le serviría, pues, para ayudarlo a cuidar de su hermano.

Ese mismo día vio confirmado lo acertado de su decisión.

Teresa y su prima volvieron, y mientras la prima se quedaba junto a Angelo, Salvatore se fue con Teresa a

pasar un rato con Giuseppe y su familia. Estuvieron charlando de cuestiones domésticas hasta que la conversación se centró en Angelo. Salvatore advirtió que en cuanto mencionaron su nombre, los dos hijos de su hermano intercambiaban una mirada.

—¡El tío Angelo! —gritaron, antes de echarse a reír.

—Angelo los ha estado ayudando con los deberes —explicó la esposa de Giuseppe—. Mientras tanto, también les hace dibujos.

—Eso está bien —aprobó Salvatore—. Así se mantiene ocupado.

—En realidad, Angelo puede ser

muy útil —señaló Giuseppe—. Tenía que escribir unas cartas de negocios relacionadas con la granja y él se encargó. Lo hizo mucho mejor de lo que lo habría hecho yo.

—Espero que le pagues algo por todo ese trabajo —dijo Salvatore.

—Es mi hermano —contestó, encogiéndose de hombros, Giuseppe—. También tiene que ser de utilidad para la familia.

—Él no pide nada, además —convino su mujer.

A Salvatore no le gustó aquella actitud. Le dio la impresión de que la familia se aprovechaba un poco del buen

carácter de Angelo, pero no dijo nada. De todos modos, se quedó con la desagradable idea de que, si algún día les ocurriera algo a él y al tío Luigi, a Angelo lo valorarían sólo en la medida en que fuera útil. Luego se le ocurrió que tal vez sería una buena idea sondear a Teresa para ver qué pensaba al respecto.

—Estoy preocupado por Angelo —le confesó mientras volvían a casa de sus padres—. Antes de que muriera en el incendio de la fábrica, mi hermana me dijo que siempre debería velar por él, y creo que tenía razón. —Calló un instante—. Por eso, haga lo que haga, aunque un

día llegue a tener una esposa e hijos, mi casa tiene que ser un lugar donde Angelo pueda vivir si lo necesita. ¿A ti te parece una idea descabellada? — preguntó, mirándola con atención.

—Desde luego que no —afirmó, sonriéndole con ternura—. ¿Cómo podrías gustarme si dijeras lo contrario? —Reflexionó un momento—. Aunque no toda la gente sepa apreciar a Angelo, él tiene talento y es una buena persona.

—Tú también le caes bien a él —le aseguró Salvatore. Después se echó a reír—. Dice que algún día le gustaría casarse con alguien de una familia como la tuya.

—¿Sí? Pues es todo un halago. Entonces tendremos que buscarle a alguien como yo. —Lo miró con aire juguetón—. Pero eso va a ser difícil. Espero que no creas que la gente como mi familia crece en los árboles.

—No. Como tú no hay otra igual.

—Me alegra oírtelo decir.

Viendo que la conversación iba bien encarrilada, decidió llevar un poco más allá el asunto.

—Quizá, si pudiera conseguir dinero —aventuró con cautela—, montaría alguna clase de negocio, en la ciudad quizás, o aquí, cerca de mi familia. Lo que ocurre es que no sé de qué.

Ella tardó un momento en responder, pero cuando lo hizo tuvo la impresión de que ya había estado pensando en esa cuestión.

—No hagas nada que no tengas ganas de hacer, Salvatore —le dijo—. Yo no te imagino trabajando en un sitio cerrado. Quizá podrías cultivar la tierra aquí o instalarte en el comercio de pescado, como mis hermanos. Pero tienes que hacer algo con lo que te sientas a gusto. Eso es lo que yo deseo para ti.

Lo dijo con tanta vehemencia y con tanta bondad que casi estuvo a punto de revelarle en ese mismo instante el buen

giro que había tomado su fortuna. Logró reprimir el impulso, con todo, y en lugar de ello la estrechó entre sus brazos y la besó. Ella correspondió al beso, antes de apartarlo riendo.

—Es una suerte que mis padres no hayan visto esto —dijo.

Él notó, de todas formas, que estaba contenta.

El abogado convocó a Salvatore a finales de febrero. El traspaso de la herencia se llevó a cabo tal como estaba previsto. Ese mismo día depositó algo más de diez mil dólares en el Stabile

Bank de la esquina entre las calles Mulberry y Grand.

El domingo tenía que ir a Long Island a reunirse con Teresa en casa de sus padres, pero un catarro se lo impidió. Cuando llamó a Teresa para avisarla de que no iría, ella preguntó si Angelo no se llevaría una decepción, a lo cual él contestó que seguramente sí.

—¿Quieres que vaya a visitarlo? —se ofreció—. ¿Para que no se sienta solo? Ya sé que estás preocupado por él.

—¿Lo harías?

—¿Por ti? Claro —dijo con gran dulzura.

—Entonces ve —la animó—. La

próxima vez que nos veamos tendré unas noticias muy espectaculares que anunciarte.

La declaración tuvo lugar en la sala de estar de la casita de los padres de Salvatore el tercer domingo de marzo. Aunque hacía una tarde bastante gris, en la chimenea ardía un buen fuego cuya suave luz parecía realzar la bondad del rostro de la muchacha.

Primero le anunció que tenía diez mil dólares. Luego le dijo que le daría igual vivir en la ciudad o en Long Island, o en cualquier otro lugar, y que

sólo había algo capaz de hacerlo feliz. A continuación le dijo que la quería y le pidió si quería casarse con él.

Su reacción lo tomó por sorpresa. En lugar de responder de inmediato, bajó la vista, como si estuviera dudando.

—¿Me permites un poco de tiempo?
—preguntó por fin.

—¿Tiempo? Sí, claro —respondió, desconcertado—. ¿Pasa algo?

—No. —Parecía incómoda, sumida en la incertidumbre.

—Quizás es que no te gusto.

—Salvatore, tú eres el mejor hombre que he conocido. Me siento

honrada con tu petición. No te he contestado que no.

—Entonces es por tus padres ¿no? Hablaré con tu padre.

—No —rehusó con una sonrisa—. Todavía no. Déjame un poco de tiempo, Salvatore, y yo te daré la respuesta.

No hubo forma de que le explicara más. Un tanto confuso, regresó a Nueva York.

Transcurrió una semana antes de que volviera a hablar con ella. Fue Teresa quien se puso directamente al teléfono. Respondió muy contenta, pero cuando le

comentó que pensaba ir a Long Island el domingo, dijo que sus padres querían que se quedara en casa ese día, de modo que él decidió no ir.

El jueves siguiente, el tío Luigi llegó muy excitado a casa. Había recibido una llamada de Long Island en el restaurante. Los Caruso habían tenido visita.

—De Teresa y sus padres —especificó—. Los llevó para que Angelo le hiciera un retrato a su padre... que le pagaron y todo. Su padre y su madre estuvieron un buen rato con los tuyos y parece que se entendieron de maravilla. Ya se han hecho amigos.

Al oír aquello, Salvatore quedó

pasmado de admiración por la chica que amaba. No se había equivocado: sus padres tenían reparos con respecto a su familia. Por eso, recurriendo a un sencillo pretexto, ella los había llevado para que los vieran y comprobaran que eran de su agrado. Estaba allanando el camino para su boda.

Se puso a esperar con ansiedad cuál sería su siguiente maniobra.

El tiempo mejoró en abril y Angelo recuperó fuerzas. A finales de la segunda semana regresó a la ciudad asegurando que estaba en condiciones

de trabajar. En todo caso tenía buen aspecto.

La obra donde trabajaba Salvatore se encontraba en la esquina entre la Quinta Avenida y la calle Cuarenta y Cinco. El promotor, el señor French, había decidido que el edificio llevaría su nombre... y no le faltaba razón, porque aquél iba a ser uno de los rascacielos más hermosos que se habían construido nunca.

A fin de impedir que Nueva York se convirtiera en una gran cuadrícula de calles encajonadas, el ayuntamiento había insistido en que los rascacielos no podían subir verticalmente en las partes

exteriores de los solares que ocupaban, sino que en determinadas alturas debían dejar tramos por donde pasara la luz. En su versión más tosca, aquello había dado lugar a la construcción de algunos edificios que parecían telescopios colocados boca abajo. No obstante, los arquitectos no habían tardado en advertir la oportunidad que aquello aportaba para crear complejas formas provistas de elegantes escalones, repisas y cambios de plano. El edificio French estaba ya casi terminado. Con su entrada en bronce esculpido, inspirada en la Puerta de Ishtar, y sus altas terrazas semejantes a jardines colgantes,

evocaba la antigua Babilonia. Entrar en sus lujosos vestíbulos art déco era como adentrarse en un templo. A Salvatore lo que más le gustaba, con todo, era la altísima fachada de ladrillo de cálida tonalidad anaranjada, orlada de intenso rojo y negro en los bordes. En todo Nueva York no había una obra hecha con ladrillo comparable a aquélla.

Durante las dos semanas siguientes, los hermanos trabajaron juntos en el espléndido inmueble, y Angelo parecía contento de estar allí. Luego Teresa fue a la ciudad.

¿Habría acudido a comunicarle su decisión? Por el momento, no era

evidente. Llegó con su prima, como de costumbre, y propuso que fueran los cuatro al cine. Después de ver la película, preguntó si el tío Luigi estaría en el restaurante, porque hacía mucho que no lo veía. Salvatore le confirmó que sí.

Se trasladaron pues al restaurante, donde Salvatore los invitó a comer y el tío Luigi les sirvió los platos. Fue una reunión muy animada. Salvatore contó algunos buenos chistes y todos rieron. El tío Luigi, que siempre seguía con avidez la actualidad, les explicó con detalle las últimas noticias sobre los osados aviadores que aspiraban a cruzar el

Atlántico.

—Cualquier día de éstos alguien va ganar el gran premio —vaticinó.

El señor Orteig, el francés propietario del hotel Lafayette, llevaba años ofreciendo un premio de 25.000 dólares para el primer aviador que efectuara un vuelo sin interrupción entre Nueva York y París. Hacía poco, dos arrojados pilotos americanos habían fallecido en el intento al despegar en Langley. El tío Luigi había oído, sin embargo, que dos aviadores franceses iban a aceptar en breve el reto, partiendo desde París.

—¡Ahora que tienes dinero —dijo

Angelo a Salvatore—, aquí dispones de la oportunidad de ganar aún más!

—Para mí lo alto de un rascacielos ya es altura suficiente —replicó él.

Al final de la comida, Teresa preguntó al tío Luigi si podía hablar un momento con él en privado, sin dar más explicación. Los dos se sentaron en otra mesa y estuvieron enfrascados en un diálogo durante casi un cuarto de hora. Cuando acabaron, ella se levantó y le dio un beso al tío Luigi.

—Ha sido muy agradable tener una verdadera conversación con tu tío —comentó al volverse a sentar con ellos—. Es muy sabio.

Después, Teresa anunció que debía volver a casa. Como el tío Luigi pidió a Angelo que le hiciera un recado, Salvatore acompañó a las dos chicas a la estación. Al darle el beso de despedida a Teresa, la miró con aire interrogador, pero ella sólo respondió con una amable sonrisa.

—Volveré pronto —prometió.

El miércoles, el tío Luigi tenía la tarde libre, de modo que decidieron ir a comer fuera juntos. Hacía un día espléndido y Salvatore disfrutaba trabajando rodeado de un despejado

cielo azul. El gran depósito de agua situado en la terraza del edificio iba a quedar rodeado de paredes adornadas con magníficos paneles de colores. El capataz tuvo el detalle de enseñarles los grandes mosaicos que habían llegado esa mañana. En dos de ellos se representaba al dios Mercurio, pero el más espectacular era el enorme rectángulo verde en cuyo centro lucía un rojo sol flanqueado por dos grifos de alas doradas. Angelo quedó embelesado contemplándolo.

Cuando llegaron a casa, no obstante, Angelo se quejó de cansancio. Salvatore lo observó con preocupación, pero él le

aseguró que no era nada.

—Saldremos nosotros dos —dictaminó el tío Luigi—. Él se quedará a descansar. No volveremos tarde.

Encontraron un restaurante popular cerca del Greenwich Village, con sitio libre. Ambos eligieron lomo y el tío Luigi pidió además vino tinto. Mientras comían la carne, el tío comentó las últimas novedades relativas a los aviadores.

—Los franceses despegaron de París el domingo. Los vieron sobrevolar el Atlántico desde Irlanda. Desde entonces no se sabe nada.

—Deben de haberse hundido en el

océano.

—Unos hombres valientes, sí señor —elogió el tío Luigi. Después observó con actitud pensativa a Salvatore—. Y tú, ¿eres valiente, Salvatore?

—No lo sé —reconoció éste.

—Supongo que nunca lo sabemos hasta que no nos ponen a prueba.

Pidieron flan de postre. Mientras lo tomaban, el tío Luigi volvió a adoptar el mismo aire reflexivo.

—Dime, Salvatore, ¿tú quieres a Teresa? —preguntó.

—Sí —respondió.

—¿Y crees que ella te corresponde?

—No estoy seguro. Creo que sí.

—Pues sí, te quiere, Salvatore. Ella misma me lo dijo.

—Estupendo.

—Sí. Pero tengo malas noticias. Es posible que no pueda casarse contigo. Por eso hablé conmigo. Está muy angustiada y no sabe qué hacer.

—¿Es por sus padres?

—No.

—¿Está enferma? Yo cuidaría de ella.

—No. Tienes que ser valiente, Salvatore. Se ha enamorado. —El tío Luigi abrió una pausa—. Es algo muy difícil para ella. Ella no buscaba ese amor, que le llegó por sorpresa. Ha

procurado resistirse a él, pero ahora cree que no puede casarse contigo siendo sincera. —El tío exhaló un suspiro—. Es una mujer honrada, Salvatore, que no quiere causarte dolor. Yo la admiro.

Salvatore guardó silencio un momento.

—Eso lo explica todo —dijo, cabizbajo—. ¿Quién es el afortunado? —preguntó por fin.

—Tu hermano. Angelo.

Salvatore se quedó estupefacto al ver la rapidez con que se desarrollaron

los acontecimientos a partir de entonces. Al principio pasó unas horas aturdido, y después experimentó una gran rabia. No era sólo porque se sintiera dolido, ni tampoco porque la mujer a la que quería hubiera preferido a su hermano. Lo que más le enojaba era que su propio hermano pequeño, con la connivencia de su tío, lo hubiera puesto en ridículo.

El resto de la verdad no tardó en salir a la luz. El tío Luigi le había hablado a Angelo de los sentimientos de Teresa mientras Salvatore la acompañaba a la estación. De ello se desprendía que Angelo había trabajado a su lado durante tres días sin decir ni

una palabra. Lo habían traicionado.

—Debes comprender —alegaba el tío Luigi— que Teresa me confesó sus sentimientos a mí, pero no a Angelo. Era yo quien tenía que hablar con él para averiguar si su amor era correspondido. Yo descubrí que sí. Él la quería, sin ninguna duda, pero según su modo de ver, ella te pertenecía a ti. Estaba desconsolado, perdido. No sabía qué hacer. Fui yo quien le indiqué que no dijera nada hasta que yo hubiera hablado contigo.

Salvatore escuchó aquellas explicaciones, pero para él no alteraron la realidad. Angelo le había robado la

novia y le había mentido. Durante días apenas pudo soportar ver a su hermano. En el trabajo se colocaban en diferentes cuadrillas para evitarse. Pasaban el menor tiempo posible en la casa y cuando coincidían allí, Salvatore no le dirigía la palabra.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó Angelo al cabo de unos días.

—¿Para qué? —contestó, encogiéndose de hombros, Salvatore—. De todas maneras te vas a marchar pronto.

El fin de semana siguiente, Angelo desapareció. Estaba claro, con todo, que había ido a Long Island. Salvatore se

quedó en la ciudad. Cuando regresó no dijo nada, pero al día siguiente el tío Luigi le dio a Salvatore una carta de Teresa que había traído Angelo. Con innumerables expresiones de afecto, ella manifestaba la esperanza de que pudiera perdonarla, de que comprendiera, de que pudieran seguir siendo amigos. Aunque estuvo a punto de hacer trizas la carta, al final la guardó, asqueado, en un cajón.

—Puede que me vaya a California —confesó al tío Luigi.

—Me sentiré muy solo —señaló éste. Le dijo, con la intención de que le sirviera de consuelo—: Debes

comprender, Salvatore, que aparte de mí y las partes interesadas, nadie sabía que eras tú quien cortejaba a Teresa. Nadie dijo nunca nada. No ocurrió nada. Lo único que sabe todo el mundo es que Teresa trabó amistad con dos hermanos y que se va a casar con uno de ellos. No es una deshonra, no has quedado con una *brutta figura*.

Al principio no le pareció gran cosa, pero con el paso de las semanas consideró que era algo.

Lo que también lo llenó de asombro fue la rapidez con que la familia de Teresa pareció aceptar a Angelo. Decidieron que se trasladaría a Long

Island sin demora. Le iban a montar una pequeña empresa de pintura de casas. Aparte, también iba a dibujar letreros para tiendas y hacerse cargo de otros proyectos decorativos. De lo que no cabía duda era de que, con lo bien relacionada que estaba la familia en aquel lugar, tendría enseguida muchos encargos.

—Creía que no le gustaba trabajar por encargo —señaló al tío Luigi.

—Ah, pero es que ahora se va a casar —adujo el tío—. Me dijo que cuando se puso enfermo empezó a darse cuenta de que no podría ganarse siempre la vida como albañil. Además, con

aquellos trabajos que hizo disfrutó más de lo que pensaba. Hay que adaptarse en la vida —sentenció el tío con enfático ademán—. Un hombre debe aceptar las responsabilidades que le caen.

Tal vez lo que más asombro causó a Salvatore fue la manera como parecía comportarse Angelo con su novia. Llevaba un par de semanas viviendo en Long Island cuando volvió para recoger sus cosas. En aquella ocasión, Salvatore se decidió a dirigirle la palabra, y cuando apuntó que tal vez Teresa preferiría vivir en la ciudad un día, Angelo sacudió la cabeza, sonriendo.

—No —contestó con calma—, en

eso se engaña a sí misma. Yo haré que se quede en Long Island.

A Salvatore le costaba creer que fuera su hermano menor el que hablaba.

Tuvo que transcurrir aún más tiempo, pero después de aquello, poco a poco fue reconociendo que, aunque fuera duro de aceptar y por más humillante que resultara, Teresa, sus padres y el tío Luigi habían estado acertados en su decisión.

Era su hermano el que tenía talento. Era su hermano el que estaría contento trabajando con la cabeza y no con las manos. Era Angelo el que permanecería en una oficina, leyendo cartas,

ocupándose de las cuentas, mientras él, Salvatore, viviría al aire libre. Pese a los diez mil dólares que ahora poseía, no sería él sino Angelo el que se convertiría en empresario. El destino era cruel, pero no se podía nada contra él.

La boda tuvo lugar el segundo domingo de junio, en Long Island. Como era comprensible, Salvatore no quería hacer de padrino, de modo que el tío Luigi tuvo el detalle de pedirle a Giuseppe que cumpliera el papel. Fue una gran celebración. Los Caruso habían

invitado a algunos amigos residentes en la ciudad y la familia de Teresa congregó a la mitad de la población de la zona... con lo que quedó demostrada con creces su importancia en la comunidad.

La ceremonia tuvo su lado doloroso para Salvatore. Cuando vio a Teresa y lo guapa que estaba, el corazón le dio un vuelco. Observándola, atenazado por la angustia del amor, se preguntó cómo podía haber ocurrido aquello.

En cuanto a su hermano menor, cuando lo vio, al principio no lo reconoció. Se había cortado el pelo y se había dejado bigote. Su cara, más

delgada que la de sus hermanos, ya no presentaba un aspecto delicado sino varonil, apuesto. Cuando acudió a saludar a Salvatore, parecía que se moviera con la misma gracia y aplomo de un bailarín.

De nuevo, entre su congoja, tuvo que admitir lo que era justo: que Teresa y su familia habían demostrado una gran sabiduría. Habían elegido a la única persona de la familia que salía fuera de lo común, la que tenía la capacidad de crecer, y a su manera, con humildad, iban a ayudarlo a acceder al éxito. Pese a sus celos, no dejaba de reconocer la verdad.

—Estoy muy orgulloso de ti —
susurró con toda sinceridad a Angelo, al
tiempo que lo abrazaba.

Después de la misa, todos se
dirigieron a pie a la casa de la familia
de Teresa. Al tratarse de una boda
italiana, el padrino aguardaba en la
puerta con una enorme bandeja cargada
de bebidas a fin de que todos pudieran
brindar por los novios. Después,
pasaron ante la mesa donde estaban
sentadas las madres, detrás de las
mujeres que detallaban los regalos
traídos por los invitados.

La familia, naturalmente, ya había
entregado los regalos a la pareja. La

amplia parentela de Teresa los había inundado de presentes y, aunque la familia de Angelo no podía equipararlos, su honor quedaba preservado gracias a la fina vajilla de porcelana ofrecida por el tío Luigi y al regalo que había enviado, junto con una gran fotografía firmada, el mismísimo Caruso, el tenor. Todo aquello se exponía a la vista de los invitados. Salvatore había pensado mucho en cuál debía ser su regalo. Al final compró un hermoso jarrón de cristal que colocaron junto a la vajilla del tío Luigi.

Durante el baile, la novia llevaría además un bolso de seda en el que los

hombres pondrían dinero.

La mesa era algo distinto. Allí, los invitados deudores de la familia presentarían sus regalos a la vista de todos y las ayudantes dejarían constancia de ello por escrito, con una nota de su valor. ¡Ay del invitado que no estuviera a la altura! Todo el mundo se enteraría de que había ofrecido algo barato... y quedaría con una *brutta figura*.

Puesto que él pertenecía a la familia, no se esperaba que se detuviera en la mesa. Al llegar a ella se paró, sin embargo, y dio su nombre a las ayudantes.

—Querría añadir otro regalo al que ya di —anunció en voz baja—. Es para mi hermano Angelo, al que quiero mucho, en el día de su boda.

Luego sacó del bolsillo un papel que dejó en la mesa. Las mujeres contuvieron una exclamación. Era un cheque por un valor de cinco mil dólares.

El segundo lunes de junio de 1927 en la ciudad de Nueva York se produjo un gran acontecimiento. Durante la primera mitad del mes de mayo se habían llevado a cabo operaciones de

búsqueda de los dos arrojados
aviadores franceses que habían
desaparecido en su avión después de
emprender la travesía del Atlántico.
Nadie los había vuelto a ver, pero los
rumores que habían circulado, según los
cuales se habían oído ruidos de un motor
de avión sobrevolando Newfoundland y
Maine, habían reavivado las esperanzas.
De todos modos no se encontró nada y,
fuera cual fuese su paradero, estaba
claro que no habían llegado a Nueva
York.

El 20 de mayo, sin embargo, un
joven americano del que nadie había
oído hablar logró despegar de Roosevelt

Field, en Long Island, en un monoplaza de un solo motor al que puso por nombre *Spirit of Saint Louis*. En la noche del día siguiente, tras volar entre la lluvia, el viento y la niebla, en ocasiones sobre las nubes y en otras a escasos centímetros de las olas del Atlántico, el joven llegó al aeropuerto parisino de Le Bourget, donde a pesar de la hora se había reunido una multitud de 150.000 personas para darle la bienvenida. A partir de ese momento el joven Charles Lindbergh se convirtió en una celebridad internacional. Aun cuando habían perdido a dos de sus héroes nacionales ese mismo mes, los franceses

acogieron con gran afecto al joven americano. En el Quai d'Orsay, haciendo caso omiso a todo protocolo, el ministro de Asuntos Exteriores hizo ondear la bandera americana. El presidente de Francia concedió a Lindbergh la Legión de Honor.

Ahora que Lindbergh había regresado a Estados Unidos, el alcalde Walker de Nueva York no podía perder aquella oportunidad. El lunes 13 de junio, Charles A. Lindbergh fue honrado con un desfile multitudinario.

Salvatore y el tío Luigi lo contemplaron juntos a su paso por la Quinta Avenida. La gente lanzaba

sonoros vítores a su paso. El tío Luigi estaba especialmente emocionado.

—¿Sabes cuándo se celebró el primer desfile de esta clase? —preguntó, alzando la voz, a Salvatore.

—No —reconoció éste—, pero estoy seguro de que tú me lo vas a decir.

—En 1886, para celebrar la entrega de la Estatua de la Libertad. Fíjate, la estatua fue un regalo de Francia y ahora que Lindbergh realiza el primer vuelo directo a París, le dispensamos el mismo honor.

—Ya entiendo. *Vive la France.*

—*Essattamente.*

Mientras regresaban a casa,

Salvatore observó a su tío con afecto. Aunque ya tenía más de sesenta años, mantenía la misma curiosidad y entusiasmo por el mundo que manifestaba a los treinta. «Vive para siempre —pensó Salvatore—, porque me sentiría muy solo sin ti».

—Estuvo muy bien eso que hiciste por Angelo —alabó el tío Luigi—. No creo que yo hubiera podido hacerlo.

—No es para tanto —le restó importancia Salvatore.

En realidad, no le había resultado muy difícil. Había que reconocer, en parte, que ese gesto le había valido una nueva consideración en el seno de su

familia. En la boda, todo el mundo había quedado impresionado. Además, estaba seguro de que Paolo habría querido que compartiera el dinero con Angelo, y también había tenido en cuenta algo más.

—Anna así lo hubiera querido —dijo.

En cierto modo, para él representaba una liberación.

❧ 1929 ❧

A mediados de septiembre, el tío Luigi fue a ver a su agente de Bolsa.

Normalmente disfrutaba con aquellas visitas. Habían transcurrido veinte años desde el día en que oyó en el restaurante a alguien que hablaba de aquella empresa. Él siempre procuraba escuchar si alguien del mundo de las finanzas entraba en el establecimiento... y como había ido cobrando fama por su cocina casera italiana de calidad, ello ocurría a veces. De ese modo, aprendía muchas cosas. La agencia de Bolsa en cuestión era, según oyó, de mucho postín y contaba entre sus clientes a gente de importancia, pero también aceptaban cuentas menos sustanciosas y dispensaban a todos sus clientes un trato

casi igual de cortés.

A él le agradaba pasar por aquella bonita puerta, ver a todos los escribientes instalados frente a sus escritorios y sentarse en el gran sillón de cuero de aquel acogedor despacho donde, una vez al año, uno de los empleados de mayor antigüedad le trazaba un detallado repaso del estado de su cuenta.

—Me estaba planteando —le comentó el tío Luigi— si debería vender mis acciones.

—¿Por qué iba a hacer eso? —contestó el empleado, un pulcro hombrecillo de unos cincuenta años.

—El mercado ha bajado un poco.

—Ha habido alguna pérdida de ganancias, pero eso no nos sorprende.

—Nada sigue subiendo eternamente —señaló el tío Luigi—. No hay más que fijarse en el sector inmobiliario.

Era cierto que desde 1925, pese a la asombrosa bonanza de la Bolsa, los precios generales de las casas de Estados Unidos habían bajado.

—Una cosa es el sector inmobiliario y otra la Bolsa —repuso, con un encogimiento de hombros, el empleado—. La realidad es que en los últimos seis años, la Bolsa ha experimentado cinco subidas. El 3 de este mes, el

índice Dow Jones estaba en 381, el valor más elevado de toda su historia.

—Pero eso es en parte lo que me preocupa —alegó el tío Luigi—. Por lo general, el precio de las acciones tiene ahora un valor treinta veces por encima de su precio real.

El empleado sonrió para mostrar que le impresionaba que un humilde italiano estuviera al corriente de todo aquello.

—Estamos de acuerdo en que las futuras ganancias quizá no sean tan acusadas, pero no vemos ningún motivo para que baje el mercado. Nosotros creemos que se ha instalado en un plano más elevado. Y puedo asegurarle que las

inversiones no han remitido.

El tío Luigi asintió, pensativo. Lo que el agente decía era cierto. La gente seguía poniendo dinero en la Bolsa, pero les alentaban a hacerlo.

—Hace años que tenemos tratos con usted, señor, y sus inversiones son una excelente garantía —le había informado un año atrás aquel mismo atildado hombrecillo—. Estaríamos encantados en prestarle una cantidad adicional si estuviera interesado en incrementar el volumen de su cartera.

Luigi, que había declinado la oferta, se preguntaba ahora qué proporción del dinero que había entonces invertido en

la Bolsa correspondía a préstamos. Cuanto mayor fuera la parte prestada, más etérea se volvería la burbuja.

—¿Entonces me aconseja que mantenga mis acciones? —preguntó al cabo de un momento.

—Esperamos una pronta subida de la Bolsa. No querría que usted quedara al margen. —El empleado sonrió—. Yo mismo estoy comprando, se lo aseguro.

Rose Master tomó una importantísima decisión esa noche. Llevaba tiempo pensándolo y no había sido fácil. Aquello seguramente tendría

más repercusiones en el futuro bienestar y posición de la familia de lo que su marido y su hijo imaginaban. Por más inteligentes que fueran, cada cual a su manera, ella estaba convencida de poseer más perspicacia.

La decisión tenía que ver con la casa de Newport.

Charlie acudió a cenar esa noche. Aquel verano había quedado muy dolida con su hijo. En toda la temporada sólo había ido una vez a Newport, y había quedado patente que lo hizo medio obligado por su padre, para complacerla a ella. Una vez allí, había estado encantador con todos, desde luego, pero

eso no alteraba lo esencial.

A aquellas alturas su preocupación por él no hacía más que acusarse. Tenía casi treinta años y aún vivía en Greenwich Village, en Downing Street... aunque a ella le costara entender por qué alguien querría vivir allí. Fingía trabajar para su padre y lo último que supo de sus actividades era que estaba escribiendo una obra de teatro. Ignoraba con qué tipo de mujeres salía y prefería no saberlo. A juzgar por su incipiente barriga, probablemente no hacía suficiente ejercicio, y bebía demasiado. Era hora de que su hijo sentara cabeza, y también de que se

casara. Al fin y al cabo, ¿de qué servía hacer todo lo posible por la familia si no había ninguna generación futura que recogiera el testigo?

Su angustia era, pues, bien real, y sentía que debía hablar claro. William la había prevenido, sin embargo.

—Ya sé que te ha hecho daño, pero no pelees con él —le advirtió—. Podrías alejarlo de nosotros.

Por ello, cuando Charlie compareció para la cena esa noche, Rose sugirió tan sólo que debería cuidarse más, sin insistir en la cuestión.

Hablaron de un sinfín de temas. Charlie le contó anécdotas sobre

algunos de sus amigos escritores y ella fingió encontrarlas divertidas. Le explicó que pensaba redecorar la casa de Newport y él disimuló su desinterés por el asunto. Luego hablaron de la Bolsa. Rose, que sabía que algunas personas afirmaban que estaba demasiado alta, evocó la terrible crisis de 1907, pero su marido no manifestó preocupación. Según él, las condiciones eran muy distintas en ese momento.

—Por cierto —comentó Charlie a su padre—, ¿sabías que tenemos un nuevo agente competidor justo delante de nuestras oficinas? Adivina quién es —dijo, con una mueca—. El limpiabotas.

—¿El limpiabotas? —exclamó su madre.

—Lo juro por Dios. Mientras me lustraba los zapatos empezó a ofrecerme consejos de inversión. Tiene su propia cartera de acciones. Y todo son buenas noticias: me dijo que el mercado va a experimentar una nueva subida.

—¿Tenemos su cuenta? —preguntó, sonriente, su padre.

—Creo que no.

—Pues entonces tráelo. A ver si te ganas alguna comisión, chico.

—¿No hablarás en serio? —intervino Rose.

—Hoy en día todo el mundo

especula en Bolsa, Rose —contestó William.

—Tengo otra novedad —anunció Charlie—. Edmund Keller va a publicar un nuevo libro. Es la historia de la época gloriosa de Roma, pero escrita para el gran público. Espera que se venda muy bien.

Keller llevaba trabajando en aquel proyecto desde que puso fin a su feliz estancia de tres años en Oxford.

—Magnífico —se congratuló William—. Compraremos un par de ejemplares.

—¿Hay alguna posibilidad de que le organicéis una fiesta? —inquirió Charlie

—. Ya sabéis lo mucho que os aprecia.

Rose vio que aquello podía ser una buena oportunidad.

—Si prometes hacer un poco de ejercicio y bajar barriga... Pero tiene que ser una promesa en toda regla.

—De acuerdo. Entonces tendré que cumplir el trato —aceptó, pesaroso, su hijo.

Cuando Charlie se hubo ido, William le dio un beso a su mujer.

—Ha sido un bonito detalle —la felicitó—. Y lo has llevado con mucha inteligencia —añadió—. Charlie te estaba muy agradecido.

—Me alegro —respondió.

Había llegado el momento. Todo lo que habían hablado durante la cena había acabado de fortalecer su resolución.

—William, cariño, necesito que hagas algo por mí —pidió.

—Lo que sea.

—Quiero que hagas algunas obras en la casa de Newport. Quiero convertirla en algo muy especial.

—¿Has pensado en algún decorador en concreto?

—En realidad, voy a necesitar un arquitecto. Y voy a necesitar algo de dinero. ¿Puedo disponer de él?

—No veo por qué no. ¿Cuánto

necesitas?

—Medio millón de dólares.

A comienzos de octubre, después de un descenso casi constante de un mes, la Bolsa volvió a subir. No pasaría mucho tiempo antes de que volviera a colocarse en los índices de antes, aseguraba la gente. El jueves 17 de octubre, la señora Master dio una fiesta para celebrar la publicación de *La grandeza de Roma*, de Edmund Keller. Se trataba de un libro muy bueno, según decían.

Rose no descuidó ningún detalle.

Invitó a todo el mundo: a la gente que daba fiestas, a la que daba regalos, a los propietarios de librerías, a los mecenas de la red de bibliotecas públicas —el anciano Elihu Pusey había fallecido, por desgracia— y a un buen número de periodistas, críticos y editores reclutados por Charlie. La flor y nata de la clase alta y el mundillo financiero y literario se concentró en su casa. Hasta Nicholas Murray Butler compareció. A Keller lo colocaron en una mesa para que firmara ejemplares de su libro. Repartieron doscientos, y Rose compró cincuenta más para entregar a amigos que divulgarían la noticia.

Edmund Keller estaba abrumado con su amabilidad e hizo lo posible por recompensarla. El momento cumbre de la velada fue el encantador discurso de agradecimiento que pronunció. Con los años de docencia había adquirido experiencia y gracia como orador, y no le costó suscitar las risas generales y una salva de aplausos final. Lo que más gratificó a Rose fueron las palabras que dedicó a la familia Master.

—Este acto me ha procurado un especial placer y me siento muy honrado por él. Hace más de sesenta años mi padre, el fotógrafo Theodore Keller, tuvo la buena fortuna de suscitar la

atención de una de las más antiguas y señeras familias de esta ciudad. El señor Frank Master y su señora asumieron una función de mecenas gracias a la cual pudo iniciar una exitosa y, si me permiten decirlo, eminente carrera. Hace unos años, en Columbia, tuve la suerte de tener como alumno a su biznieto Charles Master, a quien hoy en día considero un amigo. Y si pudiera vernos ahora, como así yo lo deseo, sé que mi padre estaría encantado de ver a su hijo honrado también hoy por la manifestación de bondad y apoyo de la familia Master.

Sesenta años de mecenazgo, una de

las familias más antiguas y señeras de la ciudad. Raigambre, solera. Rose estaba resplandeciente. Aquella fiesta había acabado resultando mejor de lo que podía haber pensado.

El tío Luigi no iba a menudo a la iglesia, pero aquel domingo sí fue, y Salvatore también, para hacerle compañía.

Las dos semanas anteriores habían sido duras para el tío Luigi. Tal como había pronosticado el empleado de la agencia, la Bolsa había ido subiendo, recuperándose poco a poco hasta los

valores de principios de septiembre. El tío Luigi estaba inquieto, sin embargo. Sus ahorros le habían reportado una buena cantidad de dinero. Aunque no quería dejar de trabajar todavía, con lo que había acumulado podía permitirse disfrutar de un agradable retiro. Aún no le había dicho nada, pero en su testamento había previsto que Salvatore lo heredase todo. Le parecía lo más justo. Por eso, tanto por sí mismo como por el bien de su sobrino, sentía la obligación de preservar aquellos ahorros.

En varias ocasiones había estado a punto de vender. En cada una, la voz del

empleado había resonado, no obstante, en su cabeza: «No querría que usted quedara al margen». Nadie quiere quedar como un idiota. Nadie quiere quedarse rezagado.

Finalmente, esperando que la visita a la iglesia le sirviera de inspiración, o al menos para aclararse las ideas, probó el recurso a la religión.

La iglesia de la Transfiguración estaba bastante concurrida aquella mañana. Aun así, el sacerdote no dejó de notar la inusual presencia de Luigi, a quien conocía muy bien. Puesto que no se había confesado, el tío Luigi decidió no comulgar... ni siquiera deseaba

acercarse y soportar la inspección visual del párroco. Sí escuchó, en cambio, el sermón.

Éste estaba centrado en las tentaciones padecidas por Cristo en el desierto. Al tío Luigi le sorprendió que eligiera aquel tema en ese momento, puesto que era más propio del periodo de Pascua. De todos modos prestó suma atención. El sacerdote recordó a la congregación que Nuestro Señor había ido a un lugar elevado y el diablo lo había animado a saltar al vacío, alegando que los ángeles lo salvarían sin duda. «No tentarás al Señor tu Dios», había replicado Jesús.

«Debemos aceptar la voluntad de Dios —explicó el sacerdote—. No debemos extralimitarnos calculando que Dios nos va a ayudar». El párroco agregó aún más consideraciones que el tío Luigi escuchó en su totalidad.

Salvatore, mucho menos concentrado, rebullía en su asiento.

—Estoy seguro de que oí un sermón como ése de niño —señaló a su tío una vez se hallaron afuera.

—¿Y qué te ha parecido la segunda vez?

—Poca cosa —reconoció.

Al tío Luigi, en cambio, el sermón le había dado mucho que pensar.

El miércoles 23 de octubre fue un día ventoso. William Master se trasladó, como de costumbre, a su oficina en Rolls-Royce.

Por aquel entonces, en Nueva York había ya unos cuantos Rolls-Royce. Una década atrás, la empresa había creado una fábrica en Springfield, Massachusetts. Sólo los ricos poseían uno, sin embargo. La llegada del señor Master a la agencia de Bolsa en su Rolls-Royce se había convertido casi en una tradición, en un ritual tranquilizador benéfico para el negocio.

Hacía cinco años que William tenía

aquel modelo. El *Fantasma Plateado* había dado paso al *Espectro* —cuya carrocería había montado Brewster, que operaba en Queensboro, Long Island— y también tenía una pintura plateada. El siguiente modelo, el *Espectro II*, acababa justo de salir, y si el año próximo lo adquiriría tenía intención de encargarlo también de color plata.

Después de bajarse delante de la oficina, comunicó a Joe, el chófer, que no volvería a necesitarlo en todo el día, de modo que podía llevar a Rose de compras. Joe era un buen hombre, originario de algún punto impreciso del Medio Oeste. Decía que tenía una

abuela india y siempre era amable, aunque sólo hablaba cuando se lo pedían.

Después lo llamaron para una reunión en la calle Cuarenta y Dos, a la que se dirigió en taxi. Una vez concluida ésta, fue a pie hacia la avenida Lexington para hacer un poco de ejercicio. Entonces se fijó en el alto rascacielos de la esquina y se paró a mirar, boquiabierto.

—¡Dios santo! —exclamó.

Había que reconocer que Walter Chrysler tenía estilo. Cuando aquel magnate del sector del automóvil asumió el proyecto del edificio que ahora

llevaba su nombre, insistió en que llevara asociados atrevidos diseños art déco que incorporaban imágenes de ruedas, casquillos y diversos elementos mecánicos. La cima del edificio, en construcción, constaba de una hermosa serie de arcos que convergerían en un remate de piedra y luego irían recubiertos de acero. Una vez terminada, la suprema elegancia de aquella cúspide no tendría parangón en el mundo.

Aparte estaba la cuestión de la altura. El edificio más alto del mundo era, por supuesto, la torre Eiffel de París, pero los osados constructores neoyorquinos se estaban aproximando.

Un financiero llamado Ohrstrom estaba levantando una impresionante torre en el número 40 de Wall Street para hacerle la competencia a Chrysler, y según decían, aunque no sería tan esbelto, el rascacielos de Ohrstrom sería el más alto de los dos y superaría al resto de los de la ciudad. En la Treinta y Cuatro había previsto un tercer edificio que tal vez concurriría para llevarse la palma de la altura, pero todavía no habían empezado las obras.

Allá arriba, en lo alto del edificio Chrysler, la pirámide de arcos se elevaba hacia el cielo como un entramado de vigas, aún por tapar.

En ese preciso momento, ante la vista de William Master, ocurrió algo extraordinario. De improvviso, del centro de la cima del rascacielos comenzó a abrirse paso una torre metálica. Iba surgiendo poco a poco, como la sección de un fino telescopio. Debía de haber permanecido oculta en el interior de la estructura principal y entonces, gracias a algún curioso mecanismo, la elevaban. Y seguía saliendo, apuntando hacia las nubes. En su extremo había prendida la bandera del país, que ondeaba con el viento. William nunca había visto nada igual. Y lo más extraño era que, cuando miró en torno a sí la ajetreada calle,

nadie más parecía haberse percatado.

¿Hasta qué altura podría seguir saliendo? Las nubes corrían por el cielo justo encima, y el viento seguramente era fuerte allá arriba... pero la gran aguja mantenía su ascensión.

Cuando por fin se detuvo, calculó que debía de haber incrementado en sesenta metros la altura del edificio. Los remachadores rodeaban ya cual hormigas la base de la enorme aguja, dedicados a afianzarla.

Luego vio una diminuta figura que trepaba por la estrecha estructura. Así siguió hasta encontrarse en la punta junto con la ondulante bandera, a medio

camino del cielo. ¿Qué hacía? Soltaba una plomada, para comprobar que el rascacielos mantenía una perfecta verticalidad. Al cabo de un poco, satisfecho del resultado, inició el descenso.

Master continuó observando, fascinado. Sólo cuando intentó consultar el reloj y descubrió la rigidez que le agarrotaba el cuello, cayó en la cuenta de que llevaba casi una hora y media mirando hacia arriba.

Daba igual. Acababa de ser testigo de un fragmento de la historia. Con aquella ingeniosa y astuta estratagema, Chrysler debía de haber agregado

sesenta metros de altura a su edificio, tomando desprevenidos a sus rivales para vencerlos. Aunque no estaba muy seguro, Master tenía la impresión de que el edificio Chrysler acababa de superar a la propia torre Eiffel.

Por otra parte, sería algo muy adecuado. Nueva York era el centro del mundo. La Bolsa estaba en pleno auge. Los rascacielos crecían por doquier. Aquél era el espíritu de la época.

Con un tremendo retraso, que no lamentaba en lo más mínimo, tomó un taxi y regresó muy ufano a su despacho.

Cerca de la puerta se cruzó con un menudo individuo de edad avanzada que

acababa de salir. Tendría más de sesenta años y parecía italiano. Él mismo había alentado a sus empleados a no desdeñar a esa clase de pequeños inversores.

—No os olvidéis de que ellos son el futuro de este país —les recordaba.

Por eso, al llegar adentro, preguntó quién era aquel individuo.

—Un italiano, señor. Ha mantenido una cuenta aquí durante años, muy bien llevada en realidad. Trabaja de camarero en Little Italy, pero tiene una cuenta considerable.

—¿Por qué valor?

—En torno a los setenta mil dólares. Por desgracia, acaba de vender todas

sus acciones. Hoy mismo le hemos entregado los fondos.

—¿Lo ha vendido todo?

—Intenté convencerlo de lo contrario, pero el lunes vino y dijo que no quería tentar al destino. Dijo que había recibido una señal de san Antonio —agregó, con una sonrisa, el empleado.

—¿De veras? Pues me parece que se ha equivocado. Pero claro, él no debe de saber que Dios sólo habla a los Morgan.

—Sí, señor. Aunque a decir verdad, señor, mientras usted estaba afuera, las acciones han comenzado a bajar.

El inicio del gran crack de 1929 normalmente se fija en el Jueves Negro, 24 de octubre, pero se trata de una incorrección. En realidad comenzó el miércoles, el mismo día en que el rascacielos Chrysler se convirtió en el edificio más alto del mundo, jornada en la que la Bolsa experimentó una repentina bajada de un 4,6 por ciento. Curiosamente, pocas personas se habían percatado aún de la ingeniosa estratagema llevada a cabo por Chrysler. El miércoles todo el mundo reparó, en cambio, en el brusco descenso de la Bolsa.

El jueves por la mañana, William

Master fue a la Bolsa no bien se abrieron sus puertas. El ambiente era tenso. En la galería de las visitas creyó advertir una cara conocida.

—Es Winston Churchill, el político británico —le explicó uno de los agentes—. Ha escogido un día fatal para venir.

Así era. En cuanto se iniciaron las operaciones, Master se quedó horrorizado. No era sólo que el mercado cayera. Había un clima de pánico, de estampida. Al cabo de una hora se oían gritos de dolor y después, alaridos. Los que poseían valores con márgenes de garantía veían liquidada su posición. En

un par de ocasiones, los vendedores pregonaron los precios y no encontraron ni un solo comprador en el mercado. Cerca de mediodía, calculó que los valores debían de haber caído casi un diez por ciento. La angustiosa algarabía del recinto era tan agobiante que salió a la calle, incapaz de seguir soportándola.

Afuera se desarrollaba una escena fuera de lo común. En las escaleras del Federal Hall se había congregado una multitud de hombres. Todos parecían anonadados. Un individuo salió de la Bolsa y se echó a llorar.

—Nunca había visto nada igual desde la crisis de 1907 —le comentó,

sacudiendo la cabeza, un viejo agente conocido.

En 1907, el viejo Pierpont Morgan había estado allí para salvar la situación. ¿Tal vez su hijo Jack podría hacer algo? Jack Morgan se encontraba, no obstante, al otro lado del Atlántico, en Inglaterra, disfrutando de la temporada de caza. El distinguido socio principal de Morgan, Thomas Lamont, había quedado a cargo de la casa.

En ese preciso momento un grupo de personas subía las escaleras del número 23 de Wall Street, la Casa de Morgan. Entre ellas reconoció a los responsables de los principales bancos. ¿Serían

capaces de contener la desbandada?

En principio, parecía que sí. A la una y media Richard Whitney, el presidente de la Bolsa y un agente de Morgan, salieron con aplomo del 23 de Wall Street para encaminarse directamente a la Bolsa, donde empezaron a comprar. El dinero era mucho y las acciones importantes, compradas por encima del precio inicial. Los bancos le habían dado 240 millones de dólares para que los empleara en caso necesario, pero sólo tenía que gastar una parte. Con un gran suspiro de alivio, el mercado comenzó a calmarse.

El deífico espíritu de Pierpont Morgan había bajado del Olimpo para volver a imponer orden en la calle.

Esa noche, William asistió a una gran reunión de agentes. Todo el mundo coincidía en que no había que sucumbir al pánico. El viernes y el sábado por la mañana, el mercado no sufrió más sobresaltos.

El resto del fin de semana lo pasó de manera apacible. El domingo, Charlie acudió a comer.

—Técnicamente —informó William—, esta liquidación de acciones ha dejado el mercado en mejores condiciones de las que tenía desde hacía

meses.

Después, tras pedir a Charlie que se quedara haciendo compañía a su madre, salió a pasear por Central Park.

La verdad era que necesitaba estar un rato a solas para pensar.

¿Qué había ocurrido realmente? El problema de fondo era, según él, que durante los últimos años había habido demasiada liquidez en la Bolsa. Lo curioso era que ello no se correspondía a una situación floreciente en toda la economía. Dado que los rendimientos agrícolas y los precios de los productos básicos eran débiles, en lugar de invertir en aquellos sectores tradicionales la

gente había procurado buscar beneficios en las acciones. El dinero afluía de continuo; los agentes, bancos y otras empresas financieras proliferaban como setas. Incluso en la enorme economía estadounidense no había en realidad suficientes valores productivos correlativos a toda esa liquidez, lo cual ocasionó una subida de precios. Y después se instaló, por supuesto, la codicia desenfrenada.

Los pequeños inversores, que deberían haber colocado algunos ahorros en valores sólidos, compraban sin tino. De entre un total de población de ciento veinte millones, dos o quizá

tres millones de personas tenían acciones en Bolsa, lo cual suponía una elevadísima proporción. Y más de medio millón de entre ellas compraban incluso con un margen de un diez por ciento, depositando sólo cien dólares por cada mil que invertían, el resto de los cuales se los prestaban las entidades financieras. Las respetables sociedades de Bolsa como la de William Master prestaban a los clientes dos tercios de la liquidez para comprar acciones. El dinero no hacía más que causar un impulso aún mayor en la subida de los precios de las acciones. No había forma de perder, y ello no sólo concernía a las

acciones. William sabía perfectamente que algunos de los bancos estaban fragmentando lo peor de la deuda latinoamericana y vendiéndola a estafadores en forma de valiosos bonos. Mientras todo siguiera subiendo, nadie se daba cuenta.

Aquella inconsciencia no sólo afectaba al hombre de a pie, sino también a muchos agentes y operadores de Bolsa. Embriagados por su propio éxito, la mayoría de ellos no habían visto un mercado bajista en toda su vida.

William atravesó el parque hasta llegar delante del Dakota. Después, ensimismado, emprendió despacio el

camino de regreso.

Quizás aquella sacudida tuviera un efecto benéfico para el mercado. Tal vez era hora de zarandear un poco el sistema, no sólo de la Bolsa, sino de la totalidad de la ciudad.

Lo cierto era que Nueva York en pleno parecía haber olvidado toda moral. ¿Qué se había hecho de las inversiones responsables? ¿Y de la valoración del trabajo y del ahorro? ¿Adónde había ido a parar la vieja ética puritana en el mundo de los bares clandestinos, de los estraperlistas, de los ajustes de cuentas entre bandas y de las mujeres de costumbres licenciosas?

La vida era demasiado fácil; todos se habían vuelto demasiado complacientes. Él mismo era tan culpable como cualquiera. No había más que fijarse en Charlie; muy encantador y todo lo que se quisiera, pero situado en lo más bajo, un niño rico consentido. «Y yo soy igual de responsable que él —pensó—, porque le he dejado seguir por esa vía».

¿Qué había que hacer, pues? No tenía ni idea. En todo caso, si aquella pequeña crisis servía para recordar a la gente los fundamentos de la vida, quizá valdría la pena sufrir algunas pérdidas.

En realidad no sabía muy bien a cuánto ascendían las suyas. La agencia

de Bolsa debía de haber sufrido un buen revés, pero no estaban desestabilizados. El lunes tendría que repasar los libros de cuentas con sus empleados.

Charlie Master pasó toda aquella semana en la oficina con su padre. Quizá se debiera a algo que había dicho su madre, o tal vez fuera un sexto sentido que le indicaba que algo espectacular iba a producirse allí. Su intuición fue acertada, en cualquier caso, porque los Lunes y Martes Negros de Wall Street fueron acontecimientos que quedaron grabados para siempre en la memoria

colectiva.

A lo largo de la semana, el público había leído los periódicos y tras ponderar las tranquilizadoras declaraciones de los banqueros, había sacado su propia conclusión, muy sencilla: había que vender.

El lunes, Charlie fue testigo del desplome del mercado. Ese día el índice Dow Jones bajó más del doce por ciento. El martes fue incluso peor. Si bien la caída de porcentaje fue casi la misma, el volumen de operaciones fue asombroso: más de dieciséis millones de acciones cambiaron de manos. Nadie había visto nunca nada igual. El número

de transacciones era tan elevado que las máquinas donde quedaban registradas acumulaban dos horas y media de retraso. Mientras observaba con ansiedad a su padre, Charlie se preguntaba si habría alguna sociedad de Bolsa capaz de resistir aquel desastre.

Para William tal vez fue mejor saber que su hijo lo observaba. Eso lo ayudó a sobrellevar la situación, a poner buena cara al mal tiempo en cierto modo. En cualquier caso, hizo todo lo posible para dar buen ejemplo a su hijo y pese a que el mercado perdió una cuarta parte de su valor en dos días, en ningún momento se descompuso en lo más mínimo. Se

mantuvo serio, pero calmado. El miércoles por la mañana, Joe lo acompañó como de costumbre en el Rolls-Royce plateado. Una vez en las oficinas, convocó a todos sus empleados.

—Deben estar atentos, caballeros —los instó—. Muy pronto, quizás incluso hoy mismo, va a presentarse una gran oportunidad para comprar.

Y así fue, efectivamente.

El miércoles 30 de octubre, el mercado volvió a subir hasta un vacilante doce y medio por ciento.

—Voy a comprar —confió William a Charlie un poco antes de mediodía.

Al día siguiente, la Bolsa cerró a mediodía con otra subida del cinco por ciento.

—Acabo de volver a vender —explicó a Charlie, mientras salían de la oficina.

—¿Ya? —se extrañó Charlie.

—Hay que aprovechar la ganancia. La semana pasada perdí algo de dinero, pero acabo de recuperar la mitad.

A la semana siguiente, no obstante, el mercado se volvió a desplomar. Un cinco por ciento el lunes; nueve por ciento el miércoles; y seguía bajando, día tras día. El 13 de noviembre, el Dow Jones estaba en 198, apenas por

encima de la mitad de su valor máximo del mes de septiembre.

Eran muchos los inversores, grandes y pequeños, que al no poder reponer los elevados márgenes de garantía veían liquidada su posición. Las agencias de Bolsa que habían prestado dinero que ahora no podían recuperar se venían abajo.

—Es posible que quiebren muchos de los bancos más débiles —comentó William a Charlie.

Todas las mañanas, no obstante, la calle era testigo de la llegada de William Master a su oficina a bordo de su Rolls-Royce plateado, dispuesto a

reanudar con calma su labor, como de costumbre.

—Aunque hemos sufrido pérdidas, la empresa es sólida —aseguraba a la gente—, como lo es la economía de este país —le gustaba añadir.

A su mujer y a su hijo les decía lo mismo.

Su confianza se vio recompensada: después de tocar fondo en noviembre, el mercado se estabilizó, y a comienzos de 1930 empezó a subir.

—Hay mucha oferta de crédito a un tipo bajo de interés —destacaba William—. Y tampoco es mala cosa que la gente sea más prudente a la hora de

pedir préstamos.

Mientras tanto, Charlie tomó conciencia de que su padre realizaba numerosas operaciones por cuenta propia. Aunque ignoraba su naturaleza, sabía que movía fuertes sumas de dinero.

—¿Estás comprando con margen? —preguntó.

—Un poco —le respondió William.

A finales de marzo, no obstante, cuando un empleado repasó una de aquellas operaciones con él en lugar de con su padre, Charlie vio que éste pedía prestados nueve dólares por cada uno que invertía... igual que se hacía con el

margen del diez por ciento antes del crack. Cuando le preguntó por ello a su padre, éste lo llevó a su despacho y cerró la puerta.

—La realidad es, Charlie, que el mes de noviembre pasado tuve que poner dinero propio en la empresa para mantenerla a flote. No le digas nada a tu madre, ni a nadie. En este negocio la confianza es lo primordial. De todas maneras, estoy recuperando muy deprisa el dinero.

—¿Estás seguro de que la Bolsa va subir?

—Mira, 198 fue el punto más bajo, Charlie. No digo que vayamos a volver

al 381, pero sí a 300. Estoy convencido.

A partir de ese día, aquel mensaje se convirtió en la letanía diaria de la agencia de Bolsa Master.

—Llegaremos al 300 —se decían unos a otros.

—Llegaremos al 300 —aseguraban a sus clientes—. Lo dice el señor Master.

Al poco tiempo, pareció que Master no se equivocaba. El 30 de abril, el Dow Jones alcanzó un índice de 294.

Hacia una calurosa mañana de agosto y Salvatore Caruso se encontraba

a una gran altura. Colocaba ladrillos con rapidez y precisión, pero apenas prestaba atención a su labor. Cada pocos minutos bajaba la vista, escrutando la calle por si apreciaba algún indicio de novedad.

Ello no se debía a que no le gustara su trabajo. Durante los dieciocho meses previos había estado en varias obras, y aquélla era la más interesante. Se encontraba en la Quinta Avenida, junto a la calle Treinta y Cuarto. A principios de año, aquel solar estaba todavía ocupado por la magnífica mole del hotel Waldorf-Astoria. En marzo, sólo quedaba un enorme socavón de doce

metros de profundidad. Ahora del lecho de roca del suelo surgía con asombrosa velocidad el rascacielos que iba a superar a todos los que se habían construido hasta entonces.

El Empire State.

Todo lo relacionado con aquel proyecto era desmesurado. El promotor, Raskob, había salido de la nada hasta convertirse en el hombre de confianza de la poderosa familia Du Pont y presidente de la comisión financiera de la General Motors. El gestor, Al Smith, aún era pobre, pero había sido gobernador de Nueva York por el partido Demócrata y hasta podría haber

sido elegido presidente de Estados Unidos de no haber sido católico. Ambos eran personas extravagantes. Detestaban la hipocresía de la Ley Seca y amaban los retos.

Si Walter Chrysler creía que aquella ingeniosa estratagema de la aguja de acero inoxidable iba a coronarlo rey de la silueta de Nueva York, andaba errado. El edificio Empire State iba a superarla dentro de bien poco.

Salvatore llevaba un par de años trabajando con el mismo equipo de albañiles. Se trasladaban juntos de una obra a otra y eran conocidos como una buena cuadrilla. Se llevaban bien, pero

a veces, pese a todo lo que había ocurrido entre ellos, añoraba los tiempos en que trabajaba codo con codo con Angelo.

Volvió a escrutar la calle. De hecho, aguardaba noticias de Angelo.

La obra estaba organizada a la perfección. A fin de no ocasionar molestias a los residentes de la Quinta Avenida, la calzada se mantenía siempre despejada. Cada mañana, siguiendo un estricto horario, los camiones llegaban por una calle y se iban por la otra, mientras los obreros se apresuraban a subir la carga hasta el piso donde se necesitaba.

Los materiales provenían de muy variados lugares. Las vigas las traían de Pittsburg, la piedra caliza de Indiana, la madera de la costa del Pacífico, el mármol de Italia y de Francia, y cuando los proveedores de aquellos países no alcanzaban a cubrir la demanda, los constructores compraron la totalidad de una cantera en Alemania.

Lo más espectacular de todo era la velocidad con que se trabajaba. A medida que la vasta estructura de acero iba ascendiendo con regularidad hacia el cielo, los albañiles y canteros llegaban justo detrás. El Empire State Building subía a un ritmo de casi una

planta por día.

Justo en ese momento, unos pisos más arriba, a la izquierda, apareció a la vista una gran viga de hierro. Sentados a horcajadas en ella había un par de hombres.

—Ahí van los indios —señaló uno de la cuadrilla.

En la obra empleaban a bastantes indios mohawk. Medio siglo atrás, familias enteras de ellos habían aprendido el arte de trabajar con el hierro en los puentes de Canadá. Ahora habían acudido desde su reserva para trabajar en los rascacielos de Nueva York. A Salvatore le gustaba mirar cómo

los mohawk permanecían tranquilamente sentados en las vigas mientras las proyectaban encima del vacío a alturas de vértigo. Desde allí las orientaban hacia los diferentes puntos del impresionante armazón del edificio, donde los remachadores, organizados en grupos de cuatro, las fijaban causando un ruido ensordecedor. Los mohawk y los remachadores se encontraban entre los obreros mejor pagados de la obra.

La paga diaria que Salvatore recibía por sus funciones de albañil era ya de por sí excelente: más de quince dólares por día. Y lo más importante era que tenía un empleo, porque, por aquel

entonces, había muchos hombres en su plenitud de fuerzas que no conseguían trabajo.

Era una curiosa paradoja. Justo cuando el Empire State Building había iniciado su andadura hacia el cielo, el país había comenzado a tambalearse. Sin que se produjera ninguna otra crisis bursátil —puesto que no hubo ningún crack repentino— igual que un boxeador a quien comienzan a flaquearle las piernas después de haber recibido una andanada de contundentes golpes, la poderosa economía estadounidense había comenzado a decaer.

Desde su subida de abril, la Bolsa

no había vuelto a recuperarse. Cada día, mientras el Empire State Building subía un piso más, el mercado iba bajando. No mucho, sólo un poco. Pero día tras día, semana tras semana, la Bolsa seguía bajando. Se había quedado sin defensas; había renunciado a luchar; ya no veía ningún motivo para recuperarse. Llegado el verano, el crédito escaseaba. Las empresas despedían a sus empleados; muchas quebraban. Sin aspavientos, de manera constante, el descenso seguía, imparable.

Mucha gente afirmaba, por supuesto, que las cosas mejorarían pronto, que el mercado estaba entonces infravalorado y

que la economía mantenía su solidez. Como los cuidadores instalados en su rincón, gritaban a su púgil que mantuviera la guardia alta, pero el púgil perdía terreno y parecía haber cedido al desánimo. Dondequiera que se ofrecía trabajo se formaban largas colas de aspirantes.

A las once, Salvatore reparó en un Rolls-Royce plateado que circulaba por la Quinta Avenida. Acordándose de la señora del Rolls plateado que los había llevado aquella vez a él y a Anna a Gramercy Park, se preguntó si sería la misma persona.

Ciertamente era la misma. Muchos metros más abajo, Rose conversaba con una amiga.

—Cuando pienso en la pobre señora Astor (en la señora Astor de verdad, claro) y en ese hotel que pusieron en su casa... Como si aquello hubiera sido poco, ahora resulta que están construyendo esta enorme y horrenda mole... —Volvió la cabeza hacia otro lado—. No quiero ni mirarlo —declaró.

A la hora de la comida, la mayoría de los trabajadores bajaban a la base del edificio, donde habían organizado

una excelente cafetería. Sólo los obreros italianos se mantenían al margen, porque para ellos sólo era comestible la comida italiana preparada por italianos. Ellos se llevaban la comida cocinada de casa.

Salvatore acababa de colocar unas lonchas de jamón y mozzarella encima de una rebanada de pan cuando volvió a mirar por encima del borde del edificio. Unos pisos más abajo, los canteros trabajaban en la fachada exterior, en unos tablones suspendidos desde arriba. Justo debajo de él había otra hilera de andamios colgados destinada a contener cuanto pudiera caer, y unos quince pisos por debajo de ésta había una segunda

línea de red. Hasta el momento se habían producido muy pocas lesiones en la obra. Nadie había caído hacia el exterior.

Seguía observando la red de abajo cuando reparó en el tío Luigi, que permanecía parado en medio de la Quinta Avenida, exponiéndose a los peligros del tráfico. Agitaba los brazos como un poseso.

La noticia se había producido. Salvatore tardó muy poco en llegar junto a su tío, quien lo recibió con un abrazo y un beso en ambas mejillas.

—Ha nacido, Salvatore. Todo ha ido bien.

—*Bene*. ¿Otra niña?

Angelo y Teresa habían tenido una niña un año después de casarse, a la que habían puesto Anna.

—No, Salvatore. Es un niño. Un niño para la familia Caruso.

—*Perfetto*. Beberemos a su salud esta noche.

—Más te vale —aprobó con una gran sonrisa el tío Luigi—. Lo van a llamar Salvatore. Quieren que tú seas el padrino.

William Master no fue directamente a casa esa tarde. Mientras caminaba, se

detuvo junto a la catedral de Saint Patrick. En aquel momento, la ciudad presentaba un aire un tanto desordenado... adonde quiera que uno mirase, parecía toparse con una obra. En la Treinta y Cuatro, el Empire State Building era el edificio más alto que se estaba gestando, pero el solar de construcción más extenso era sin duda el enorme complejo que ocupaba tres manzanas, desde la Quinta Avenida a la Sexta, cuyo único promotor era John D. Rockefeller Junior. Aunque no abrigaba dudas de que cuando estuviera acabado sería un portento de elegancia, Master se decía que durante los años que exigiría

su construcción la zona de delante de Saint Patrick sería más bien caótica.

En la calle Cincuenta y Dos torció en sentido oeste y recorrió unos metros hasta llegar a una puerta del lado norte de la calle. Necesitaba una copa.

Pese a que aún no había transcurrido un año desde que abrió, el Club 21 era ya un establecimiento que toda persona avezada en bares se preciaba de conocer. Charlie le había llevado poco después de su inauguración, ya que sus propietarios eran los dos jóvenes que antes regentaban el bar clandestino Fronton del Village. Tras desplazarse a la parte alta se habían acabado

instalando en el 21 de la calle Cincuenta y Dos Oeste, una dirección de mucha más categoría que la de su negocio inicial.

En la gran sala de abajo, uno se podía sentar en uno de los compartimentos contiguos a la pared y tomar una copa en paz. Si el Club 21 recibía alguna redada, era difícil que la policía localizara el licor, ya que lo tenían detrás de una puerta metálica de dos toneladas y media que quedaba escondida en el sótano de la casa de al lado.

William permaneció sentado con la copa en la mano, contento de estar solo.

Charlie iba a ir a cenar a casa esa noche y le alegraría tenerlo con ellos, pero había cosas que aún no le había contado, cosas que no había contado a nadie.

El mercado no podía seguir bajando de manera indefinida, maldita sea. Pero si no se recuperaba pronto, no sabía qué demonios iba a hacer.

Cuando llegó a casa, Charlie ya estaba allí. Cuando besó a su esposa, ésta le dedicó una cariñosa sonrisa, que agradeció.

Llevaba un mes durmiendo mal. En ocasiones había sido tanta su agitación que se había retirado al sofá de su vestidor para dejar dormir a Rose.

Hacía un tiempo que no hacía el amor con ella. Ello se debía en parte a que estaba demasiado cansado; pero últimamente en más de una ocasión lo había intentado y no había podido. Aunque ella se lo tomaba muy bien, a él le acababa de minar la moral.

La cena fue bastante agradable. Hablaron un poco de todo, pero nadie aludió a la Bolsa. De postre tomaron fruta.

—Voy a necesitar otros cien mil dólares para lo de Newport —comentó Rose, como si nada, mientras cortaba una manzana—. No te importa, ¿verdad?

William se quedó mirándola. Aquel

verano ni siquiera había visto la condenada casa de Newport. Rose había estado allí, pero le había dicho que con todos los obreros no se podía ir. Apenas sabía qué estaba haciendo allí, aunque ella le aseguraba que quedaría espectacular una vez terminada. Mientras tanto, hablaba de sus planes con sus amigas.

Curiosamente, las actividades de Rose habían sido bastante beneficiosas para la agencia de Bolsa.

—Si Master gasta todo ese dinero en su casa de Newport, es que su empresa debe ir bien —deducía la gente.

En un momento en que tantos otros

se venían abajo, aquello había incrementado su prestigio en la calle.

De todas maneras, lo de desembolsar otros cien mil...

—¡Jesús, mamá! —exclamó Charlie —. ¿De veras es necesario?

Su madre no le hizo el menor caso.

—¿Para qué son, Rose? —inquirió con calma William.

—Para el mármol, cariño. De Italia. El vestíbulo estará todo revestido de mármol. Nancy de Rivers tiene un vestíbulo de mármol —añadió con un deje de reproche.

—Ah —dijo William.

—Estás obsesionada —le reprochó

Charlie.

—¿Podrás terminar la casa si te doy otros cien mil? —preguntó William.

—Sí —respondió Rose.

—De acuerdo entonces —aceptó.

Tendría que sacar el dinero de algún sitio.

El viernes 19 de septiembre, la gran armazón de acero del Empire State Building estaba terminada, casi dos semanas antes de lo previsto. Los albañiles habían mantenido el ritmo y sólo les quedaban diez pisos por rellenar. Desde el inicio de la

construcción habían completado ochenta y cinco pisos, lo que suponía un pasmoso logro.

El capataz estaba de buen humor cuando Salvatore se presentó con su petición. ¿Podría pasar su hermano Angelo el día con él?

—Es un artista —explicó Salvatore—. Quiere sacarnos en dibujos, trabajando en el edificio.

El capataz se quedó pensando. La obra no era de acceso limitado. Había niños que subían continuamente a vender agua a los trabajadores. Los fotógrafos habían sacado fotos de los obreros encaramados a las vigas de acero

proyectadas en el cielo. A los promotores les gustaba ese tipo de cosas.

—¿Y no correrá peligro? —planteó.

—Él fue albañil —le aseguró Salvatore—, y no hará ninguna tontería. En realidad, hace unos minutos le ha hecho un dibujo a usted —añadió, sonriendo, antes de darle un pequeño bosquejo realizado por Angelo.

—Vaya, que me aspen, ése soy yo, sí señor —afirmó, encantado, el capataz.

Luego le indicó con un gesto que podían pasar.

Mientras subían por el ascensor de servicio, Salvatore observó a su

hermano. Éste llevaba traje y un pequeño sombrero de fieltro. Se lo veía tan guapo y satisfecho como el día de su boda. El único cambio era que tenía la cara algo más llena y despedía una aureola de modesto éxito. Evidentemente, había suficiente trabajo de pintura para mantenerlo ocupado. Aparte, había diseñado los logotipos y la decoración de pintura de varios negocios de Long Island. No cabía duda, Angelo había encontrado su camino.

Los nuevos ascensores Otis que pronto transportarían a jefes y oficinistas estaban fabricados para desplazarse a una velocidad casi dos

veces superior a la de los ascensores del momento, pero hasta los montacargas de servicio se movían con una inusual rapidez. Salvatore, que estaba muy orgulloso del edificio, iba pregonando sus maravillosas particularidades a medida que subían.

—Cualquier día de éstos empezarán a construir la torre de arriba —anunció.

El último piso del Empire State Building superaba en sesenta centímetros la altura de la punta del edificio Chrysler, pero en tanto que Chrysler había derrotado a sus adversarios con aquella osada pero inútil cúspide, el Empire State iría

coronado con una gran torreta que contendría plataformas de observación, en lo alto de las cuales podrían atracar dirigibles para desembarcar pasajeros.

—Todo estará listo para ser inaugurado por Pascua del año próximo —anunció Salvatore.

Salieron en la planta setenta y dos, y Salvatore se dirigió a la pared exterior, donde trabajaba.

La construcción del Empire State Building se había desarrollado con rapidez porque su diseño era muy simple. Primero se colocaba la armazón de enormes vigas de acero que soportaban la totalidad del peso del

edificio. Algunas de las columnas de acero verticales aguantarían un peso de cinco millones de kilos, aunque podrían haber resistido mucho más. El edificio era una obra de ingeniería. Entre las vigas había paredes cuya única función estructural era protegerlo contra las inclemencias del tiempo.

Era en las paredes precisamente donde se habían lucido los arquitectos. Los bordes exteriores de las vigas verticales tenían un acabado en cromo y níquel que les conferían una suave tonalidad gris. Aparte de ello, la totalidad de la fachada del imponente rascacielos contenía sólo tres elementos

principales: en primer lugar, los pares de marcos metálicos rectangulares de las ventanas; en segundo, por encima y por debajo de las ventanas, un único panel de aluminio llamado faja; y en tercer lugar, entre cada par de ventanas, unas anchas losas de pálida piedra caliza. De este modo, la fachada ascendía con una gran pureza de líneas en piedra y metal. Sólo en el remate de cada una de las altísimas columnas de losas o de ventanas había una elegante escultura de estilo art déco para entretener la vista. Los obreros que trabajaban en la fachada llegaban detrás de los remachadores de vigas y

colocaban los marcos, las fajas y los bloques de piedra caliza.

Después les tocaba el turno a los albañiles.

—Nosotros trabajamos desde dentro —explicó Salvatore—. Dos hiladas de ladrillos de veinte centímetros de grosor. —Los ladrillos iban detrás de la piedra y las fajas aportando soporte y aislamiento, y tenían además otra importante función—. El ladrillo protege las vigas —observó Salvatore. Sometidos a elevadísimas temperaturas en los hornos donde los fabricaban, eran resistentes al fuego. Teniendo en cuenta que en esas condiciones hasta las vigas

de acero son vulnerables, el ladrillo formaría una capa protectora en torno a ellas—. Este edificio es resistente como una fortaleza, y además sería casi imposible quemarlo.

Mientras Salvatore se iba a trabajar con su cuadrilla, Angelo se sentó en una pila de ladrillos y comenzó a dibujar en su bloc. Allá arriba, el ensordecedor ruido que hacían los remachadores habría vuelto casi imposible cualquier conversación. Algunos días, el estrépito se mantenía desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche, propagándose hasta las honduras de la calle. Los residentes de la zona no

tenían más remedio que soportarlo.

En lugar de ponerse a dibujar a los albañiles, Angelo centró la atención en un montón de fajas de aluminio colocado cerca del ascensor. Shreve, Lamb & Harmon, los arquitectos del edificio, se habían formado principalmente en Cornell y en Columbia, aunque Lamb también había estado en la Escuela de Bellas Artes de París. Todos habían surgido, no obstante, de la escuela de Carrère & Hastings de Nueva York, y eran fervientes seguidores del estilo art déco francés.

Las fajas eran un perfecto ejemplo de ese tipo de elegancia. Repetido

cientos de veces en la fachada del edificio, cada panel reproducía el mismo motivo elemental: unos estilizados relámpagos a la izquierda y a la derecha que dejaban un espacio liso en el centro. Como electrizados senderos de hielo plasmados en metal se elevaban, verticalmente, hasta tocar el cielo azul.

Angelo se quedó observando con gran atención el motivo y luego comenzó a dibujar.

Mientras su hermano dibujaba, Salvatore advirtió que, por un instante, mientras miraba, su rostro adoptó la misma expresión soñadora que tan a

menudo tenía de niño, pero cuando se concentró en su labor, en sus ojos había una tenaz intensidad que casi producía miedo.

El tío Luigi tenía razón: Angelo era un artista. Pertenecía a la misma clase de personas que los hombres que habían proyectado aquel edificio, distinta de la de los albañiles.

Así continuaron, Angelo trazando bosquejos de un sinfín de cosas que le llamaban la atención y Salvatore poniendo ladrillos con sus compañeros, hasta que sonó el silbato que indicaba la pausa para la comida.

Salvatore había llevado comida

suficiente para los dos. Después de darle pan a su hermano, cortó el salami. Una vez terminaron de comer, Angelo dijo que lo que de veras le gustaría sería subir a lo alto del edificio y ver la vista que se abarcaba desde allí.

Los remachadores habían parado por el momento. Una extraña e inusitada paz impregnaba la enorme terraza de vigas descubiertas, donde sólo se oía el leve susurro del viento que, de vez en cuando, adquiría el volumen de un quejido al pasar entre los brazos de las estrechas grúas.

Arriba, el cielo estaba cubierto por un velo de nubes gris plata a través del

cual, como una voz surgida de lo lejos, el sol enviaba un amago de luz. Al frente, más allá del racimo de pináculos de la punta de Manhattan, las aguas de la extensa bahía de Nueva York despedían un apagado brillo.

Mientras miraba en derredor, Salvatore reparó en algo más: a la altura de las cimas de los rascacielos, unas nubes más pequeñas se movían en direcciones contrarias. A la derecha, al otro lado del Hudson, parecían dudar si quedarse sobre Nueva Jersey antes de tomar rumbo norte; a la izquierda, las que flotaban por encima de Queens se alejaban corriendo hacia el sur. ¿Estaría

cambiando la brisa? ¿O acaso el viento había decidido volar en círculo encima de la ciudad, tomando el gran rascacielos como centro sobre el cual girar?

Una repentina racha de viento le golpeó la mejilla, recordándole que allá arriba, en lo alto de aquellos edificios, uno nunca podía prever los súbitos flujos y virajes del aire.

Angelo, mientras tanto, había ido al borde sur de la plataforma, el del lado de la calle Treinta y Cuatro. Salvatore sabía que por allí había una caída vertical de nueve pisos hasta el andamio de los canteros, debajo del cual

quedaban setenta y cinco pisos sin interrupción alguna hasta la calle. Un par de indios mohawk permanecían tranquilamente sentados en una viga que formaba un parapeto transitorio. Si bien dedicaron una breve ojeada a Angelo, luego no le concedieron mayor atención. Sentándose a cierta distancia a su derecha, Angelo sacó el bloc. Estaba inclinado sobre el borde, mirando; algo debía de haberle llamado la atención. Quizá fuera el andamio. Al cabo de un momento se puso a dibujar. Salvatore se trasladó hasta una de las vigas verticales, situada unos metros más allá, y se apoyó en ella, a resguardo de la

brisa.

La vista era, desde luego, magnífica. Era como si, desde aquel lugar tan elevado, todas las riquezas del mundo se presentaran a sus pies: la palpitante ciudad, las distantes afueras, la ajetreada Wall Street, la imponente bahía y el vasto océano que se prolongaba más allá. Si algún lugar de la Tierra podía reclamar para sí aquel título, el Empire State Building era, sin duda, el centro del mundo aquel día. O más bien, el pináculo del templo del Hombre. Y él, Salvatore Caruso, estaba allí como un testigo, y su hermano estaba dejando constancia de aquello en un

dibujo que —¿quién sabía?— tal vez perduraría para que lo contemplaran las generaciones posteriores. Vio que el papel del bloc de su hermano revoloteaba.

Angelo parecía haberse olvidado de él, pero desde el sitio donde estaba descansando, Salvatore podía escrutar la cara de su hermano, con su agudeza observadora, intensa y delicada.

En ese momento, de improvviso, lo asaltó por sorpresa el terrible dolor, el sentimiento de traición y celos que había experimentado cuando se enteró de lo de su hermano y Teresa. Con la potencia de una ola surgida de ninguna parte, se

abatió sobre él, poseyéndolo, inundándolo de horror y de rabia. ¿Por qué se había casado Angelo con la mujer que él amaba? ¿Por qué le había dado a Angelo la mitad de su dinero? ¿Por qué lo había aceptado Angelo? ¿Por qué tenía que ser Angelo el que tenía talento, belleza y delicadeza? ¿Por qué era su hermano menor algo que él mismo no era, ni podría ser nunca?

Durante todos aquellos años lo había protegido. Había hecho lo que creía que era correcto y lo que Anna habría querido. Se lo había dado todo a Angelo. ¿Y cuál había sido su recompensa? Verse superado, quedarse

plantado como un curioso, un tonto.

Poseído por aquella especie de revelación, perdido el dominio de sí, Salvatore miró a su hermano con odio. De haber estado solo en el desierto, lo habría matado de un golpe.

Durante un largo minuto, mientras susurraba el viento, estuvo observando a Angelo con ansia asesina.

Intuyó el peligro justo antes de que llegara.

El viento no se precipita contra un rascacielos. Se enrosca en torno a él como una serpiente. Sube y baja; se

asoma de repente por los huecos y se cuela hasta el otro lado. Aprieta y se retuerce, peligroso e imprevisible. Justo antes de sentirlo, tal vez se alcanza a oír el súbito golpe de una violenta ráfaga que se precipita por una abertura del suelo, directo hacia uno.

En las altas vigas del Empire State, una ráfaga era capaz de hacer perder pie a una persona.

Cuando llegó la racha, Salvatore se agarró de forma automática al borde de la viga. Su hermano, en cambio, hacía tiempo que no trabajaba en un edificio de aquéllos y, aparte, estaba distraído.

La ráfaga alcanzó a Angelo.

Abofeteó el bloc y se lo arrancó de las manos, alejándolo unos diez metros del edificio, donde otros vientos lo zarandearon como una cometa. Instintivamente, Angelo tendió las manos hacia su dibujo. Se inclinaba hacia el vacío, aferrando puro aire. Basculaba sobre los pies.

Estaba perdiendo el equilibrio.

Salvatore lo percibió antes incluso de que Angelo tomara conciencia de lo que ocurría, y se abalanzó hacia él. Advirtió que los dos mohawk situados a la izquierda de Angelo se movían también, pero su atención se concentraba en su objetivo: agarrar al menos la

chaqueta de su hermano.

Angelo iba a precipitarse por el borde. No tuvo tiempo de recuperarse. Su delgado cuerpo se volvió, buscando con las manos algún asidero. Pero era demasiado tarde.

Entonces, de repente, justo cuando Salvatore precipitaba los brazos hacia delante, justo cuando podría haberlo tocado, el cuerpo de Angelo se movió bruscamente hacia la izquierda.

Los mohawk lo habían cogido. Lo arrastraban hacia ellos y lo tenían bien sujeto, gracias a Dios.

Si Salvatore no se hubiera girado para mirar a los mohawk podría haber

mantenido el equilibrio. Pero al caer sobre el borde, resbaló, tropezó con la viga y se precipitó de cabeza al vacío.

Salvatore Caruso sabía que iba a morir. Mientras caía por el borde tuvo tiempo de pensar con claridad. «Voy a morir como mi hermana Anna», pensó. Quiso decirle a Angelo que lo quería, que no sentía ningún odio por él. Luego cayó en la cuenta, con todo, de que Angelo no tenía ni idea de los vergonzosos pensamientos que le habían pasado por la cabeza momentos antes, de modo que daba igual.

Nueve pisos más abajo estaba el andamio. Tenía un techo duro destinado

a proteger a los canteros de la caída de algún material. Si chocaba contra aquel techo, el impacto le causaría la muerte, pero no interrumpiría su caída. Rebotaría en el tejado y luego caería como una piedra hasta la calle. Debía tratar de evitar el andamio y gritar mientras caía, para avisar a la gente que se encontraba abajo en la acera.

Oyó una voz que desde arriba gritaba su nombre: «¡Salvatore!». Era Angelo.

Había sólo algo en lo que no había pensado. Se dio cuenta al cabo de un momento: no estaba cayendo tan deprisa como debería.

Cuando el viento choca con un edificio alto, su corriente se ve frenada, y entonces busca algún sitio por donde pasar. A menudo acaba yendo hacia arriba. Al igual que el viento sube por un acantilado e impulsa hacia atrás a quien por él se asoma, unas grandes corrientes de aire ascendente recorren la fachada de un rascacielos.

Entonces, mientras caía, Salvatore reparó de improvviso en que el bloc de Angelo, que debería haberse encontrado debajo de él, subía, aleteando como un pájaro, más arriba de su cabeza. Mientras la repentina racha llegada por el oeste había arrebatado el cuaderno de

la mano de Angelo, unos grandes remolinos habían provocado asimismo la formación de una columna de aire en la fachada oriental.

Y ahora, como la mano de un ángel, ésta había recogido a Salvatore en su caída y lo había mantenido a flote para después aproximarle a la estructura del edificio, donde cayó encima de un parapeto abierto, tres pisos más abajo.

El choque lo dejó inconsciente, con una pierna rota.

Era una mañana de primavera de 1931, un lunes, y William Master se

estaba vistiendo. No sabía por qué había abierto aquel cajón en concreto, que hacía meses que no tocaba. Contenía algunas corbatas viejas y un par de chalecos que nunca se ponía. Entonces reparó en el cinturón.

Lo sacó. Aquel objeto se transmitía de generación en generación en la familia desde no sabía cuándo.

—Más vale que lo conserves —le había dicho su padre—. Es *wampum*. Se supone que trae suerte.

William se encogió de hombros, pensando que la suerte no le iba a sobrar precisamente ese día. Obedeciendo a un impulso, decidió ponérselo... debajo de

la camisa, claro, porque no quería parecer un idiota. Después se vistió como de costumbre, hasta presentar la impecable imagen del empresario de éxito. Si iba a caer, mejor hacerlo con estilo.

De todas formas, nunca había que perder las esperanzas.

Abajo, dio un beso de despedida a Rose, como si aquél fuera un día cualquiera, y salió por la puerta.

Joe lo aguardaba allí, con su uniforme, junto al Rolls.

—Buenos días, señor —lo saludó mientras le abría la puerta.

—Buenos días, Joe. Bonita mañana.

Reconfortado por un momento, subió al coche. Joe era un buen hombre. Se preguntó si seguiría manteniéndolo como empleado mucho tiempo más. Probablemente no.

Al pasar por la Quinta, tendió la mirada hacia el parque. En el césped habían despuntado unos cuantos narcisos y crocus.

Le había dicho a Charlie que no lo iba a necesitar en la oficina ese día. No quería ver a nadie salvo al jefe de empleados. Aquel hombre de confianza había estado repasando los libros durante todo el fin de semana.

Iba a ser el día del juicio final. No

podía postergarlo más. Para ese día había varias llamadas previstas que pondrían un cierre a todo. Si el mercado experimentaba de repente una gran recuperación, las cosas podrían ir de otro modo, desde luego. La Bolsa no iba a repuntar, sin embargo. En abril del año anterior él afirmaba que el Dow Jones llegaría a 300. Nunca había alcanzado esa cifra. En ese momento estaba en menos de la mitad.

Mientras su empleado de confianza repasaba las cuentas de la agencia de Bolsa ese fin de semana, él hizo lo mismo con sus negocios. A solas en su despacho, valoró qué activos le

quedaban. No debió tratar de salvar la agencia, por supuesto. No debió utilizar su propio dinero para apuntalarla. Entonces era muy fácil verlo, pero en su momento, siempre le había parecido que la salida del túnel estaba a la vuelta de la esquina. Lo cierto era que no podía soportar la humillación, que era incapaz de admitir su fracaso. No había podido renunciar y ahora era demasiado tarde para hacerlo.

Tendrían que desprenderse de la casa. Era difícil calcular qué precio alcanzaría, pero era una magnífica vivienda, una buena baza. La residencia de Newport era una cuestión bien

distinta. Tres semanas atrás había preguntado, como si tal cosa, a Rose si le quedaba algo de los 600.000 dólares que le había dado.

—Ni un centavo, William —había respondido ella con una dulce sonrisa—. En realidad, es posible que necesite un poco más.

—¿Aún no han acabado las obras?

—No del todo. Ya conoces a esos diseñadores. Bueno, y a los constructores también...

Un palacio inacabado en Newport. ¿Quién podría vender algo así en la actual situación económica? Nadie estaba comprando casas de lujo, que él

supiera. Por consiguiente, había anotado su valor muy a la baja.

A menos que se produjera un milagro, durante las horas siguientes iba a constatar si tenía un saldo positivo, en cero, o negativo. Prefería hacerlo solo. Después, cuando hubiera acabado, tendría que regresar a casa y anunciarle que estaban en la ruina.

Ella no abrigaba la menor sospecha.

—Recógeme a las cuatro, Joe — encargó, mientras él salía.

El sol aún lucía con fuerza cuando Joe volvió a abrirle la puerta del coche

esa tarde. Arrellanado en el asiento de atrás, miró la calle.

—Llévame a dar una vuelta, Joe —
pidió—. Subiremos por el West Side.
Llévame al Riverside Drive —concretó
con una sonrisa.

Hacía mucho que no iba por el borde del Hudson. Al llegar a la calle Setenta, posó la mirada en su amplio cauce. Debía de ser igual de hermoso ahora que cuando los primeros Master y Van Dyck llegaron a la ciudad. Eso era lo que ellos debían haber visto, y los indios antes que ellos.

Aquello le hizo acordarse del cinturón de *wampum*. Todavía lo llevaba

puesto. Se había olvidado por completo de él. En todo caso, no le había traído mucha suerte. Según sus cálculos, una vez hubiera liquidado la agencia, vendido las casas y pagado todas las deudas, le quedarían tal vez cincuenta mil dólares y nada más. Era mejor que la pura bancarrota.

Los trescientos años de fortuna familiar acumulada acababan allí, perdidos. «Y he sido yo quien los he perdido», se reprochó. En todas aquellas generaciones, había sido él el único en conseguir tal logro. Mientras miraba por la ventana respiró hondo, aún con la sonrisa en los labios, pero no

le sirvió de nada. Su cuerpo se agitó con un repentino sobresalto. La vergüenza lo hacía rebullir en el asiento. No estaba seguro de poder soportarlo.

¿Habría reparado Joe en su brusco movimiento? No dio muestras de ello, en cualquier caso. Era una buena persona, Joe. Nunca hacía preguntas. Seguro que encontraría otro empleo.

William guardó silencio, con la mirada posada en el río, procurando no llorar. Al cabo de un rato pasaron junto a la tumba de Grant.

Ante ellos se extendía una magnífica vista. Pese al hundimiento de la economía americana y al desplome de

Wall Street, en Manhattan no paraban de iniciarse colosales proyectos de construcción.

El puente colgante que cruzaba el río Hudson, casi concluido ya, no era sólo ancho, sino espléndido. Hasta el puente de Brooklyn se veía modesto comparado a él.

—No te has casado nunca ¿verdad, Joe? —preguntó al chófer.

—No, señor.

—¿Tienes familia? ¿Tus padres?

—Murieron los dos, señor. Tengo un hermano en Nueva Jersey.

—Este puente es magnífico, Joe.

—Sí, señor.

—Para cuando lleguemos a su lado.
Voy a mirarlo de cerca.

En la entrada del puente, Master se puso el sombrero y bajó. Luego se encaminó hacia el puente. Los cables de suspensión estaban todos colocados. Entre ellos había un pasadizo provisional, y ya estaban construyendo la calzada. Después de cruzarse con unos obreros, acudió a su encuentro un individuo que parecía el encargado.

—Están haciendo un gran trabajo —
lo elogió Master con una sonrisa.

—Gracias, señor.

—El otro día hablábamos de
ustedes. —Por la expresión del capataz,

adivinó que se estaba preguntando a quién se refería con aquel plural—. Llevan un adelanto en las previsiones.

—Así es, señor. ¿Con quién tengo el gusto...?

—Soy el señor Master —se presentó William con firmeza—. ¿Querría acompañarme hasta el centro? Me gustaría echar un vistazo.

El capataz dudó sólo un momento. Tras observar al rico caballero y dedicar una mirada al Rolls-Royce, decidió por lo visto que más valía no correr el riesgo de contrariarlo.

—Por aquí, señor —le indicó—. Pero tendrá que ir con cuidado.

Desde el pasadizo, William tendió la mirada hacia el norte. Qué impresionante era aquel río que, con imperturbable majestad, descendía de los lejanos estados. Qué nobleza presentaban los rocosos acantilados de las Empalizadas, en su inamovible dureza. Volviéndose hacia el sur, contempló la larga línea de Manhattan, los distantes rascacielos del barrio financiero y el espacio despejado de la bahía.

La familia volvía a encontrarse como al principio. Sólo estaban él y el río.

William miró el agua. Si iba a saltar,

aquél era el momento ideal. Unos años atrás, un individuo había saltado desde el puente de Brooklyn por una apuesta. No había sobrevivido. Saltar desde allí resultaría facilísimo, y no sería una mala manera de desaparecer. Con suerte, el gran río lo engulliría en su silencio y nunca más volvería a tener conciencia de nada. Sería sólo apearse de su Rolls-Royce, como un caballero, para zambullirse en el olvido. La familia saldría adelante. Mejor sin él.

¿O tal vez no? Charlie no iba a cambiar así como así. Sería pobre, pero con su estilo de vida tampoco notaría una gran diferencia. ¿Y qué sería de

Rose? Rose, con su alocada obsesión con la casa de Newport, sus sueños de vestíbulos de mármol y otras extravagancias. ¿Cómo iba a encajar la disolución de sus negocios? No muy bien, desde luego. Sacudió la cabeza.

Se necesitaba menos valor para saltar que para volver a casa. Tenía que ir a casa, sin embargo. Se volvió. Al verlo, el capataz se apresuró a acudir para acompañarlo.

—¿Vendrá para la inauguración, señor Master? —preguntó.

—Ah, espero que sí.

No se lo dijo a Rose hasta tarde, por la noche. Estaba muy guapa, con un vestido de seda, y llevaba la gargantilla de perlas que tanto le gustaba. Ojalá hubiera tenido buenas noticias que anunciarle.

Durante la cena no dijo nada, por la presencia de los criados. Tampoco le dijo nada durante el rato en que permanecieron junto al fuego en la biblioteca, por si acaso se ponía fuera de sí y montaba una escena. Aguardó hasta que todos se hubieron retirado y se encontraron completamente solos.

Rose tenía un pequeño salón contiguo a su dormitorio. Después de indicarle a su doncella que no la iba a necesitar se sentó allí, a quitarse los pendientes. Él se colocó a su lado.

—Tengo malas noticias, Rose — dijo.

—Lo siento, cariño.

—Son muy malas noticias. Tienes que prepararte para oírlas.

—Estoy preparada, cariño. ¿Hemos perdido todo el dinero?

—Sí.

—¿Nos queda algo?

—Puede. Unos cincuenta mil dólares, más o menos. La agencia está

acabada. Tendremos que prescindir de las casas, incluida ésta.

Calló un momento, incapaz de continuar. Entonces ella lo miró y le cogió la mano.

—No me viene por sorpresa ¿sabes? Lo estaba esperando.

—¿Sí?

—Adiviné que tenías problemas, como tantos otros hoy en día.

—No sé qué decir.

—¿Qué quieres decir?

—Que... que lo lamento mucho. —A punto de venirse abajo, logró mantener no obstante la entereza—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Que qué voy a hacer? Vivir contigo, por supuesto. Como tú quieras y donde tú quieras. Eso es todo lo que deseo.

—Pero después de todo esto...

—Hemos disfrutado de una vida magnífica. Ahora disfrutaremos de otra vida magnífica, pero diferente.

—¿Y qué va a hacer Charlie?

—Trabajar —afirmó con convicción.

—Es que... —quiso alegar, pero ello lo contuvo.

—Ahora quiero que te metas en la cama —ordenó.

Al cabo de un par de minutos llegó

al dormitorio. Advirtió con sorpresa que no llevaba el camisón. Estaba completamente desnuda, descontando la gargantilla de perlas que él le había regalado. Aunque ya era una mujer de mediana edad, había conservado un buen tipo. William emitió una queda exclamación, impresionado por el maravilloso efecto erótico de su aparición.

Al llegar junto a la cama, se llevó las manos a la nuca y desabrochó despacio el collar. Luego se lo entregó.

—Por esto darían una buena cantidad —comentó, sonriendo.

Él lo tomó, reacio.

—No quiero que te desprendas nunca de él —murmuró.

—Tú eres lo único que necesito —declaró ella—. Eso es lo que cuenta.

Una vez dentro de la cama, lo atrajo hacia sí.

—No creo que pueda —adujo él con tristeza.

—Chitón —le susurró, apoyando la cabeza sobre su pecho—. Ahora creo que deberías llorar. Ya es hora.

Varias horas más tarde, mucho después de que hubieran hecho el amor y su marido se hubiera quedado dormido,

Rose Vandyck Master permanecía muy quieta en la cama, mirando el techo.

Estaba contenta de que todo hubiera acabado. Habían transcurrido dieciocho meses desde que empezó a sospechar que su marido tenía problemas y no había sido fácil verlo sufrir. De todas maneras, no había podido hacer otra cosa más que observar y esperar.

Se había acordado de lo sucedido en 1907. Él había estado entonces a punto de sucumbir al pánico y no había sido capaz de decirle nada. Por eso, cuando las cosas comenzaron a ir mal en la Bolsa esa vez, supuso que ocurriría lo mismo. Había estado aguardando, un

mes tras otro. Para ella, que lo conocía tan bien, era evidente que pasaba un mal trago, pero no reunía el valor para confesárselo.

En aquella ocasión, no obstante, había tomado precauciones. Aunque no era mucho lo que podía hacer, era algo. Él no había sospechado nada.

El interrogante que mantenía era cuándo debía explicárselo.

Todavía no era el momento oportuno. Valía más esperar a que se hubiera asentado el polvo y hubieran saldado las deudas. En sentido estricto, sería ilegal, desde luego, que ocultara dinero a los acreedores, pero ya se

ocuparía de ese obstáculo llegado el momento. Con suerte, tal vez él saliera con algún resto de liquidez. Lo principal era que había conseguido retirarle una parte de dinero antes de que lo perdiera todo en la agencia de Bolsa.

Seiscientos mil dólares, para ser exactos. Los tenía guardados a buen recaudo, en cinco cuentas bancarias distintas, puestos a su nombre. No había gastado ni un centavo.

Era una suerte que él no tuviera mucha afición por Newport. Si hubiera insistido en ir allá habría descubierto enseguida que, aparte de unas cuantas lonas estratégicamente colocadas

encima de ciertas partes de la casa, allí no se efectuaba obra alguna. No había arquitectos, ni constructores, ni mármol. Nada. De vez en cuando hacía venir a algún obrero, para dar la impresión de que se estaba haciendo algo. Como el lugar quedaba bien tapado por una pantalla de setos, sólo había bastado que hablara mucho para hacer correr la voz.

Con seiscientos mil podrían alquilar un buen apartamento en Park Avenue. Tenía algunos hermosos muebles y objetos. Tenían amigos y conocidos a quienes visitar. Ellos no tendrían que hacer como mucha gente que, sometida a catastróficas pérdidas, se esfumaban de

la vida social.

Al fin y al cabo, aunque fueran pobres, seguían siendo gente de solera.

Brooklyn

↔ 1953 ↔

Lo primero que advertía uno al mirar a Sarah Adler eran las grandes gafas de concha prendidas a su delgada cara. Charlie también había reparado, cuando se inclinó hacia delante, en la pequeña estrella de David que llevaba colgada entre los pechos. Luego, al mirar bajo los lentes, vio que sus ojos no sólo tenían una mirada intensa, sino una mágica tonalidad parda aureolada

de una portentosa luz.

Sarah Adler tenía veinticuatro años. En ese preciso momento, mientras miraba con aquellos ojos castaños a Charlie Master desde el otro lado de la mesa del elegante restaurante del Saint Regis, se preguntaba: «¿Qué edad tendrá? ¿Cincuenta años, tal vez?». En todo caso le doblaba la edad, aunque parecía estar muy bien conservado.

Aparte, había que reconocer que los hombres mayores eran mucho más interesantes.

El Saint Regis, situado en la Quinta Avenida a la altura de la Cincuenta y Cinco, no era sólo un hotel: era un

palacio. La había llevado a tomar algo, primero al bar revestido de madera, donde un luminoso y enorme mural de Maxfield Parris titulado *Old King Cole* proporcionaba un cálido ambiente a todo el espacio. A ella le había gustado. Después habían ido al comedor, con su multitud de pilares. El señor Charles Master sabía, desde luego, cómo tratar a las chicas. Además, hablaba bien.

Hacía sólo tres semanas que había aceptado el trabajo en la galería, aunque pagaban una miseria. Por eso, cuando el señor Master llegó aquella mañana con su increíble colección de fotografías y el propietario de la galería le dijo que se

encargara de ella, no dio crédito a su suerte. Y ahora se encontraban sentados en el Saint Regis y estaba disfrutando de una de las conversaciones más interesantes que había mantenido en toda su vida.

Aquel hombre parecía conocer a todo el mundo. Había sido amigo de Eugene O'Neill y toda la gente del mundo del teatro de los años treinta, y él mismo había escrito obras dramáticas. Había oído a los grandes intérpretes de jazz en Harlem antes de que se hicieran famosos, se acordaba de Charlie Chaplin cuando aún actuaba en escena. Y ahora acababa de decirle algo todavía

más asombroso.

—¿Conoces a Ernest Hemingway?

—Ella adoraba a Hemingway—.

¿Dónde lo conociste? ¿En París?

—En España.

—¿O sea, que estuviste en la Guerra Civil española?

Sarah tenía sólo siete años cuando se inició la Guerra Civil en España, pero le habían hablado de ella en la escuela... y en su casa. En la casa de los Adler, en Brooklyn, las discusiones sobre el tema habían sido interminables. Nadie apoyaba, por supuesto, el bando que al final resultó ganador. El general Franco, el fascista, aliado con los

autoritarios católicos y monárquicos, era la encarnación de todo cuanto detestaba la familia Adler.

—No es mejor que Hitler —solía afirmar su padre.

Esther Adler, por su parte, proveniente de una familia sindicalista de izquierda, ¡estaba dispuesta incluso a alistarse en las Brigadas Internacionales para ir a luchar al frente! Todo el mundo era partidario de las izquierdas.

La excepción era el tío Herman. El hermano de su padre era un hombre corpulento que se vanagloriaba de conocer a fondo lo que se cocía en Europa. Fuera cual fuese el tema, él

siempre estaba mejor informado que los demás.

—Escúchame bien —reclamaba—, Franco es un autoritario a la antigua usanza. Que es un hijo de puta, lo es, pero no es un nazi.

—¿Y esos católicos monárquicos que lo respaldan? —replicaba entonces su madre—. ¿Sabes lo que les hizo la Inquisición española a los judíos?

Al poco estallaba una acalorada pelea.

—¿Y crees que los que luchan contra Franco son liberales americanos como tú? Pues para que lo sepas, Esther, la mitad de esa gente son trotskistas y

anarquistas, ni más ni menos. Quieren convertir el país en otra Rusia como la de Stalin. ¿Y a ti te parece que eso es algo bueno? ¡No! —gritaba de repente el tío Herman cuando su hermano trataba de intervenir—. Primero quiero saber si ella cree que ése es un objetivo loable.

—A tu tío simplemente le gusta discutir —le explicaba más tarde su madre a Sarah—. No sabe de qué habla.

Cuando estaba solo con Sarah, en cambio, el tío Herman le daba caramelos y le contaba cuentos con una voz muy dulce, con lo cual ella sabía que era una persona amable y bondadosa. Era sólo que le gustaba

discutir.

Por desgracia, aquéllos eran los únicos recuerdos que Sarah conservaba de su tío Herman. La Guerra Civil española aún no había acabado cuando se fue a Europa... aunque no para luchar en España. Quizá su suerte habría sido otra si hubiera ido allí.

El tío Herman nunca regresó. Aquél era un tema del que su padre no soportaba hablar y por eso la familia nunca lo mencionaba ya, al pobre.

—Trabajaba como periodista —precisó Charlie—, para las publicaciones de Hearst. Estuve bebiendo unas cuantas veces con

Hemingway, eso es todo.

Sarah soltó una carcajada.

—Te burlas de mí —la acusó él.

—No. Estoy impresionada. ¿Cómo era Hemingway?

—Era agradable como compañía. Me gustaba más que Dos Passos o George Orwell.

—¿Dos Passos? ¿Orwell? Ay Jesús, aquello debió de ser asombroso.

—Desde luego. Pero las guerras civiles son horrendas, sangrientas.

—A Hemingway lo hirieron.

—A mí también, de hecho.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Había un hombre abajo, bastante

cerca del lugar desde donde yo informaba. Se lo oía gritar. Tenían una camilla pero sólo una persona para transportarlo, de modo que me ofrecí voluntario. Cuando volvía, me estalló un proyectil a unos pasos. Todavía tengo un trozo de metralla en la pierna que de vez en cuando deja sentir su presencia.

—¿Tienes una cicatriz?

—Por supuesto.

—Pero salvaste a un hombre.

—No se salvó.

Charlie Master llevaba bigote, entreverado de canas. No acababa de precisar si le recordaba más a Hemingway o a Tennessee Williams. En

cualquier caso, tenía una buena presencia. Había mencionado que tenía un hijo. ¿Tendría también una esposa?

—¿Y qué hiciste durante la Segunda Guerra Mundial? —preguntó—. ¿Luchaste en Europa?

—Estuve en Newport.

—¿En Newport, de Rhode Island?

—Allí hay uno de los mejores puertos de aguas profundas del país. Los británicos lo utilizaron durante la Guerra de Independencia. En ese lugar hubo mucha actividad, sobre todo en el cuarenta y tres y el cuarenta y cuatro, en cuestiones de defensa del litoral y escuelas navales concretamente. Yo

estuve de guardacostas. —Esbozó una sonrisa—. Para mí fue como un retorno a la infancia. Por entonces teníamos una casa allí.

—¿Como uno de esos palacios que hay en ese sitio?

—No, pero era muy espaciosa. Después de que mi padre perdiera todo el dinero en el crack, vendieron las casas de Newport y de Nueva York. Tuvieron que mudarse a un apartamento en Park Avenue.

Ya se había imaginado que Charlie Master era una especie de aristócrata. Tenía aquella manera de hablar suave, tan distintiva. Aunque eso de trasladarse

a Park Avenue porque uno era pobre no acababa de encajarle. Desde luego, se trataba de otro mundo.

—¿Así que pasaste penalidades durante la Depresión? —bromeó, aunque enseguida lamentó el sarcasmo.

—Suenas un poco tonto, ¿no? —repuso él con ironía—. Pues puedes creermelo —continuó con más seriedad—, que al principio de la Depresión mediaba sólo un paso de una situación de considerable riqueza a la pobreza absoluta. Para toda oferta de empleo se formaban colas larguísimas. Los agentes de Wall Street, gente a la que uno conocía, vendían manzanas en la calle.

Recuerdo en una ocasión en que iba caminando con mi padre y, al reparar en uno de esos individuos, me dijo: «Un par de puntos de porcentaje más, Charlie, y yo podría encontrarme en su lugar».

—¿Crees que era cierto?

—Totalmente. Cuando la agencia de Bolsa de mi padre quebró podríamos habernos quedado en la ruina, acabados del todo. ¿Viste alguna vez Central Park durante los primeros años de la Depresión? La gente construía cabañas allí, como en un campamento de chabolas, porque no tenían donde vivir. Un día, mi padre se encontró a uno de

sus amigos allí. Lo llevó a casa, y estuvo viviendo con nosotros durante meses. Recuerdo que dormía en un sofá. O sea, que tuvimos suerte, pero éramos conscientes de ello. —Asintió para sí—. ¿Y a tu familia? ¿Cómo les fue?

—¿A mi familia de locos? En la familia de mi padre, a uno de los hijos siempre se le obligaba a estudiar, y le tocó a mi padre. Llegó a ser dentista. Incluso durante la Depresión, la gente necesitaba que le arreglaran la dentadura, de manera que no notamos mucho la crisis.

—Qué bien.

—No tanto. Mi padre no quería ser

dentista, sino concertista de piano. Aún tiene un piano en su sala de espera y practica mientras espera a los pacientes.

—¿Es buen pianista?

—Sí, pero es un dentista terrible...

Mi madre nunca le ha dejado ocuparse de su dentadura.

A Sarah no le apetecía, con todo, hablar de su familia. Quería oír más sobre la vida de él. Estuvieron charlando un rato de los años treinta. Fue muy interesante y, además, descubrió que tenía la capacidad de hacerlo reír.

Finalmente, tuvo que regresar a la galería. Concertaron la próxima cita

para el mes siguiente, de modo que supuso que no lo volvería a ver hasta entonces.

—Hay una nueva exposición en la galería Betty Parson —comentó él, no obstante, mientras se despedían—. ¿Vas a las inauguraciones?

—Sí —respondió, sorprendida.

—Ah, entonces puede que nos veamos allí.

—Es posible.

«Voy a ir, no te quepa duda», resolvió de inmediato. Aún no había averiguado si estaba casado. Claro que también había cosas de ella de las que él tampoco sabía nada.

El sábado, Charlie tomó el transbordador para ir a Staten Island. Hacía un bonito día de octubre y el trayecto resultó placentero. Solía efectuarlo cada dos semanas, para ir a recoger al pequeño Gorham.

No fue idea suya ponerle ese nombre a su hijo. Julie había querido ponerle el nombre de su abuelo y la madre de Charlie la había apoyado.

—Yo encuentro bonito llevar el nombre de un antepasado que firmó la Constitución —declaró Rose, siempre tan pendiente de aquellas cuestiones de abolengo.

La familia de Julie era una familia de solera y también tenía bastante dinero. Ella era rubia, de ojos azules e insulsa, y su familia constaba en el Registro Social, al igual que los Master. La famosa lista de Cuatrocientos de la señora Astor era algo del pasado, pero los registros, aquellas guías donde se incluían las buenas familias asentadas desde hacía tiempo en Estados Unidos, estaban aún muy presentes. Charlie suponía, de hecho, que era posible llevar una vida social plenamente satisfactoria sin tratarse con nadie que no constara en sus páginas. Rose estuvo encantada cuando, al final de la guerra,

Charlie se casó con Julie.

El año anterior, cuando se divorciaron, se llevó un disgusto.

Probablemente el responsable del fracaso del matrimonio era él. Julie se había cansado de sus continuos cambios de trabajo. Tampoco se podía decir que no ganara dinero. En los años treinta, aunque tampoco habían nadado en la abundancia, siempre había ganado lo suficiente ejerciendo diversas actividades por cuenta propia, e incluso durante la Depresión se podía ganar dinero en la industria del ocio. Había colaborado en obras de teatro y películas; por la época en que se casó,

tenía incluso una pequeña participación en un musical de Broadway. Y después de que Julie comprase el apartamento, siempre fue capaz de costear el mantenimiento y ese tipo de gastos. Cuando nació su hijo, pensó que quizás aquello los uniría más.

El pequeño Gorham. La mayoría de la gente que conocía tenía apodos. A quien le habían puesto John, pasaba a llamarse Jack; Henry se convertía en Harry; Augustus en Gus, Howard en Howie; Winthrop en Win; Prescott en Pres... Así lo llamaban a uno los amigos y conocidos. El pequeño Gorham, en cambio, siempre se llamó Gorham.

Luego Julie le dijo que quería el divorcio para poder casarse con un médico, de Staten Island, precisamente. Él no tenía nada contra Staten Island, claro. El distrito de Richmond, según su denominación oficial, no estaba aún conectado con ningún otro mediante un puente, lo cual hacía de él un reducto rural con un carácter casi dieciochesco que la isla de Manhattan había perdido por completo. Aunque la vista del agua fuera agradable, resultaba un tanto pesado tener que ir hasta allí a buscar a su hijo los fines de semana.

Julie y Gorham lo esperaban en la estación. Ella llevaba una chaqueta

nueva y un sombrero de fieltro. Tenía buen aspecto. Charlie no puso ninguna clase de reparo a sus demandas de dinero cuando se divorciaron. No valía la pena tomarse la molestia. Ella había vendido el apartamento y, como el médico con el que se casó poseía ya una bonita casa, tenía mucho dinero a su disposición.

En el trayecto de regreso, con el brazo apoyado en el hombro de su hijo, fue señalándole los lugares por los que pasaban. Gorham tenía cinco años. Era rubio y tenía los ojos azules, como su padre y su madre. Aunque los niños presentan una semejanza con distintos

parientes según la franja de edad, por el momento Gorham se parecía a su padre. Charlie sabía que su hijo lo necesitaba y hacía lo posible por estar con él.

—¿Vamos a ir a ver un espectáculo esta noche? —preguntó el niño.

—Sí. Vamos a ver *South Pacific*.

—¿Sí? ¿De verdad?

—Te lo había prometido.

—*South Pacific* —murmuró con cara de felicidad.

Aunque era muy pequeño para esa clase de obra, se había empeñado en verla y tampoco él veía ningún motivo para no complacerlo. Unos años atrás, cuando se enteró de que iban a adaptar

el libro de James Michener para montar un musical firmado por Rodgers y Hammerstein, tuvo sus dudas de si iba a funcionar. Después del rotundo éxito que habían alcanzado las canciones interpretadas en la obra y las casi dos mil representaciones que llevaba ya, la respuesta estaba clara. Incluso a aquellas alturas había tenido que pagar el doble del precio oficial a un revendedor por las localidades de esa noche. Cabía esperar que, después de todo aquel esfuerzo, el pequeño disfrutara con el espectáculo.

Mientras su hijo se regocijaba con aquella perspectiva, Charlie rememoró

su encuentro con aquella chica.

La colección de fotografías era importante para él. Había apreciado mucho a Edmund Keller. Durante la Depresión, aparte de ofrecerle su amistad, éste le había conseguido algunas clases que impartir en Columbia que le habían representado ingresos adicionales. Dos años atrás, para Charlie supuso una conmoción saber que su amigo padecía un cáncer.

—Charlie, quiero que tú seas el custodio de las fotografías de mi padre. No hay nadie en la familia que sepa cómo tratar estas cuestiones. Si sacas algún dinero de ellas, debes quedarte

una comisión y añadir el resto a mi herencia. ¿Querrás hacerme ese favor?

La colección era magnífica. A Charlie le gustaba trabajar en un pequeño apartamento situado en un edificio del Riverside Drive, cerca de la Universidad de Columbia, que le servía de oficina y almacén. Unos meses atrás había planteado una propuesta a la galería y, después de acudir a ver la colección, el propietario había accedido a mostrarla en una exposición. Charlie se encargaría de la publicidad.

Se llevó una gran decepción cuando el propietario delegó todas las gestiones a una joven que acababa de empezar a

trabajar allí. De mala gana, entregó a ésta la carpeta que había traído consigo para que le echara un vistazo.

Lo asombroso fue que en lugar de hojearlas y emitir los educados murmullos aprobadores de rigor, la chica se puso a mirarlas una por una, con tanta atención que Charlie hasta pensó si no se habría olvidado de él.

—Éstas podrían ser del primer periodo de Stieglitz —señaló, separando media docena de fotografías.

Tenía toda la razón. El legendario fotógrafo de Nueva York y empresario artístico había producido durante el periodo de cambio de siglo, después de

regresar de Alemania, unas cuantas obras muy hermosas de un estilo próximo al de Theodore Keller.

—¿Se conocieron? —preguntó la joven.

—Sí. Se vieron varias veces. Tengo los diarios de Keller.

—Deberíamos mencionarlo. —Tomó una foto anterior, en la que aparecían unos hombres caminando en las vías de tren contiguas al río Hudson—. Qué maravilla —alabó—. Es una composición asombrosa.

Empezaron a hablar de la técnica de Keller y siguieron conversando durante una hora.

—Yo me tengo que desplazar al centro después. Si quiere podemos ir al Saint Regis —propuso él.

Se preguntó si aparecería en la inauguración de la exposición de Betty Parson la semana siguiente.

En la estación del transbordador de Manhattan llamó a un taxi. Al poco subían por el East River Drive y cruzaban la Primera Avenida. Al pasar por la calle Cuarenta y Dos, señaló el flamante nuevo edificio de las Naciones Unidas, que se reflejaba en el agua. Le gustaba la moderna sobriedad de su silueta. Gorham lo miró, pero era imposible saber qué pensaba de él.

—El River House queda un poco más arriba —explicó Charlie—. Tu abuela tiene muchos amigos en ese edificio.

Se trataba, tal vez, del edificio de apartamentos más opulento de la ciudad, aunque el pequeño Gorham no tenía ni idea de qué significaba aquello, claro.

Charlie siempre había dado por supuesto que su hijo viviría en el mismo mundo que él. Lo daba por sentado hasta que Julie se trasladó a Staten Island. ¿Acaso se podía respirar el osado espíritu pionero de aquella gran ciudad desde Staten Island? Tal vez sí. Al fin y al cabo, formaba parte de uno de sus

cinco distritos. ¿Su hijo llegaría a comprenderla realmente, aun así? ¿Sabría cuáles eran los mejores edificios del Upper East Side? ¿Conocería todos los restaurantes y clubes? ¿Y los íntimos rincones y olores del Greenwich Village, la peculiar textura del Soho? En momentos así, Charlie tomaba conciencia de lo mucho que amaba Manhattan y le producía un terrible dolor, un sentimiento de pérdida, la idea de que tal vez no pudiera llegar a compartir la ciudad con su hijo.

En la calle Cuarenta y Siete doblaron a la izquierda. Al cruzar la

avenida Lexington, Charlie apuntó hacia el sur.

—La Gran Estación Central queda allí —dijo.

Gorham guardó silencio. Llegaron a Park Avenue y giraron en dirección norte.

—Cuando yo era niño —evocó Charlie—, aquí había talleres y depósitos de trenes. Park Avenue no era tan pulcro entonces, pero ahora las líneas de tren van bajo tierra y todo se ve muy bonito aquí ¿no te parece?

—Sí, papá —confirmó el niño.

Se dio cuenta de que había algo más que quería transmitir al pequeño, algo

de gran calado. Más allá de la magnificencia de las casas y apartamentos, lo importante era la ebullición de vida de las calles, los periódicos, los teatros, las galerías, los grandes negocios de la ciudad. Lo que realmente contaba, lo que necesitaba que Gorham entendiera, puesto que formaba parte de su herencia, era el indómito espíritu de Nueva York.

Ni siquiera la Depresión había llegado a derribar la ciudad. Tres gigantes la habían salvado. En primer lugar, el presidente Franklin D. Roosevelt, que con su apellido holandés era un neoyorquino de pura cepa. Era

preciso tener los arrestos y la osadía de un neoyorquino, pensaba Charlie, para llevar adelante el New Deal.^[5] El segundo coloso fue el animoso alcalde La Guardia, que estuvo al frente de la ciudad desde principios de los años treinta hasta el cuarenta y cinco. Aun siendo formalmente un republicano, trabajó a favor del New Deal y dirigió la corporación municipal más honrada que había tenido la ciudad en toda la historia, velando por los pobres a lo largo de aquel doloroso periodo. El tercer personaje, bastante espectacular a su manera, fue el brutal Robert Moses.

Nadie había visto emprender jamás

tantas obras públicas a la escala que impulsó el comisario Moses. Por una parte estaban aquellos imponentes puentes, como el Triborough, que comunicaba Long Island con Manhattan o el hermoso Whitestone, tendido entre Long Island y el Bronx. También impulsó la creación de unos cuantos parques públicos, pero sobre todo, las grandes carreteras que facilitaban el creciente tráfico de vehículos entre los distritos de Nueva York. Con aquellos titánicos proyectos, Moses atrajo inversiones federales millonarias a la ciudad que permitieron, por otra parte, dar empleo a miles de personas.

Alguna gente opinaba que Moses aplicaba métodos crueles. Decían que la gran autopista de Long Island evitaba las grandes fincas de los ricos pero destruía las casas de los pobres, que sólo se preocupaba por la circulación de los coches y se desentendía del transporte público. Llegaban incluso a afirmar que las nuevas vías de circulación creaban obstáculos que suponían una barrera física entre los barrios negros y los parques públicos.

Charlie no estaba seguro de que tuvieran razón. El transporte público de Nueva York era bastante bueno y, en aquella nueva era presidida por el

automóvil, la ciudad habría quedado bloqueada si no hubiera contado con esas nuevas carreteras. Aunque las críticas relacionadas con los parques y los vecindarios negros eran tal vez fundadas, el trazado de las autovías era magnífico. Cuando conducía por la avenida Henry Hudson del West Side — que le permitía a uno circular como una seda junto a la gloriosa panorámica del río hasta más allá del puente George Washington— Charlie estaba casi por perdonarle cualquier cosa a Moses.

Lo difícil era, pensó mientras aparcaba en Park Avenue junto al edificio de su madre, encontrar la

manera de explicarle todo aquello a su hijo.

El portero, con guantes blancos, los acompañó al ascensor. Rose ya los esperaba en la puerta del apartamento. Aunque tenía más de ochenta años, aparentaba unos sesenta y cinco. Después de saludarlos con cariño se dirigieron juntos al salón.

El piso era espacioso. Según la manera usual de contar las estancias en la ciudad, tenía seis habitaciones: salón, comedor, cocina, dos dormitorios y un cuarto para la criada contiguo a la cocina. Los tres cuartos de baño no se incluían en el cómputo. Si bien era una

vivienda bastante respetable para una señora viuda, no acababa de ser suficiente para la categoría de su familia. Charlie habría preferido que tuviera ocho habitaciones, con lo cual se podría disponer de otro dormitorio o una biblioteca y un cuarto más para el servicio. En los apartamentos de ocho piezas, las habitaciones solían ser además más espaciosas. Cuando se casaron, Charlie y Julie se instalaron en un piso de ocho habitaciones, aunque no en Park Avenue.

Claro que si hubiera buscado una ocupación en Wall Street, si se hubiera dedicado a ganar dinero como algunos

de sus amigos, a aquellas alturas Charlie tendría posiblemente uno de aquellos espaciosos apartamentos en Park Avenue o en la Quinta, con diez habitaciones, o quince incluso. Eran enormes, como mansiones, con cuatro o cinco cuartos para el servicio.

Charlie tenía por aquel entonces un apartamento en la Setenta y Ocho con la Tercera, no lejos de la casa de su madre. Aquélla era una buena calle, donde los apartamentos tenían grandes salones semejantes a los estudios de los artistas, bastante idóneos para un hombre soltero. Él no disponía de portero, sin embargo, y la gente bien tenía que tener un

portero.

Rose tenía buena mano con los niños. A Gorham le enseñaba fotografías de su abuelo y su bisabuelo, cosa que le encantaba. También había fotos de la casa de Newport, vestigios destinados a recordar al pequeño sus verdaderos orígenes.

A mediodía, salieron y fueron en taxi al hotel Plaza. En el Palm Court los condujeron hasta una mesa. Se notaba que Gorham estaba impresionado con el restaurante Palm Court.

—A veces voy andando hasta el Carlyle —dijo Rose—, pero me gusta venir aquí. Es agradable estar cerca del

parque.

Ella eligió una ensalada mientras que su nieto, después de comerse juiciosamente el pescado, se relamió con un postre a base de chocolate. Estuvieron hablando de la escuela adonde había comenzado a asistir.

—Cuando seas mayor —pronosticó Rose—, irás a Groton.

Julie no había puesto ningún impedimento al respecto. Todos estaban de acuerdo. Para ser exactos, según precisó Charlie, eran su madre y su ex esposa quienes se habían puesto de acuerdo. Él sólo tenía que pagar las facturas. A él le habría gustado que

Gorham fuera a uno de aquellos colegios de la ciudad y no a un internado, pero aquello no resultaba fácil residiendo en Staten Island y la posibilidad de que fuera a vivir con él, o con su abuela, en el supuesto de que siguiera viva para entonces, parecía difícil.

—¿Tú fuiste a Groton, papá? — preguntó el niño.

—No —contestó Rose—, aunque probablemente hubiera valido más que fuera.

Se trataba de un centro muy bueno, desde luego. Aquel internado de Massachusetts, que seguía el modelo del Cheltenham College de Inglaterra, tenía

como lema en latín «Servir a Dios y gobernar», tal como tradujo Charlie. Se trataba de un cristianismo disciplinario, episcopal, por supuesto. Impartían una buena educación impregnada de sensatez, alejada del intelectualismo, con mucho deporte y duchas frías. Al igual que los dirigentes del Imperio británico, los propietarios de las grandes fortunas de América no debían caer en la molicie.

—Allí conocerá al tipo de personas adecuadas —reconoció alegremente Charlie.

Con eso se refería a los Roosevelt, Auchincloss, Morgan, Whitney, Du Pont,

Adams, Harriman, Grew y muchos más, gente con el tipo de apellidos que frecuentaban el Groton.

—¿No hubo uno allí que se llamaba Peabody? —preguntó Gorham.

—Sí, Gorham —confirmó Charlie—. Él fundó el colegio. Fue el director durante cincuenta años e hizo una gran labor.

—Fíjate —comentó en voz baja su madre—, he oído que han dejado entrar en Groton a un chico negro.

—Sí —dijo Charlie—. Hará un par de años. Eso está bien.

—Hombre... —murmuró su madre—. Por lo menos no era un judío.

Charlie sacudió la cabeza. En ciertas ocasiones, lo mejor era no hacer mucho caso a su madre.

Cuando salieron a la calle, Gorham vio uno de aquellos preciosos cabriolés tirados por caballos parado en la esquina y pidió si podían dar una vuelta en él. Charlie consultó con la mirada a su madre, que asintió.

—¿Por qué no? —aceptó.

Fue un placentero paseo. Primero bajaron por la Quinta Avenida.

—Aquí estaba antes la casa de los Vanderbilt —explicó su madre, fiel a sus costumbres, cuando pasaron delante de los elegantes grandes almacenes

Bergdorf—. Aquí antes sólo había casas particulares, y ahora sólo hay iglesias y tiendas —comentó con tristeza un par de minutos después, mientras se aproximaban a la fachada neogótica de la catedral de Saint Patrick.

En realidad, según cayó en la cuenta Charlie, estaban llegando a la auténtica médula espiritual del centro de la ciudad. Ello no se debía a la catedral, por más importante que fuera ésta. No, la médula espiritual de Manhattan se encontraba frente a la catedral, justo al otro lado de la calle.

¡Con qué nitidez recordaba todos aquellos años, que abarcaron toda la

década de 1930 y parte de los años cuarenta, en que cuando uno tendía la vista sobre Manhattan veía el inmenso rascacielos del Empire State Building como un símbolo que dominaba el cielo! En realidad era un símbolo de fracaso. Ochenta y ocho pisos de oficinas... que no había manera de alquilar. De vez en cuando se alquilaba alguna, pero durante los años de la Depresión el rascacielos estuvo casi vacío. En vista de ello, habría sido previsible que otros se lo pensarán dos veces antes de construir más edificios de oficinas en aquel periodo... aunque quienes conocieran a los neoyorquinos, o a la familia

Rockefeller, no habrían sido de la misma opinión.

Justo antes del crack de 1929, John D. Rockefeller hijo había arrendado veintidós acres en el lado occidental de la Quinta Avenida para construir un complejo de edificios de oficinas de estilo art déco y un teatro de ópera. La crisis bursátil obligó a Rockefeller a renunciar a este último, pero no lo hizo desistir de llevar a cabo el resto del proyecto. Sin ayuda de nadie, la familia más rica del mundo no sólo levantó un rascacielos, sino catorce, provistos de jardines en la azotea y una plaza central, con lo que compuso el espacio peatonal

más elegante de la ciudad. Su encantador patio central servía de restaurante al aire libre en verano y de pista de patinaje en invierno. Hacia el final de una década de obras, un día de diciembre, algunos obreros que trabajaban en ella decidieron poner un árbol de Navidad en la plaza.

El Rockefeller Center fue un triunfo. Era grande, era elegante y era opulento. Lo proyectaron neoyorquinos que no se resignaban ante los obstáculos. Ni siquiera la Depresión podía sumirlos en el desaliento. Ésa era la cuestión capital, meditaba Charlie. Ése era el carácter distintivo de Nueva York. Los

emigrantes llegaban con los bolsillos vacíos y, aun así, salían adelante. Incluso el primer Astor había llegado prácticamente con nada. Ésa era la tradición, que se podía remontar hasta aquellos toscos y curtidos capitanes de barco y colonos de la costa Este de quienes descendían él y su hijo. Rockefeller fue un titán, al igual que Pierpont Morgan o el presidente Roosevelt... todos príncipes del mundo, imbuidos del espíritu de Nueva York.

—Ése es el Rockefeller Center —informó a su hijo—. Lo siguieron construyendo a lo largo de la Depresión porque Rockefeller tenía dinero y

arrestos. ¿No es bonito?

—Sí —acordó Gorham.

—A un neoyorquino nunca pueden derrotarlo, Gorham, porque se vuelve a levantar enseguida. No lo olvides.

—De acuerdo, papá —prometió el niño.

El cabriolé los subió por la Sexta y los devolvió cruzando el Central Park. Lo pasaron muy bien. Al llegar a su punto de partida, sin poder evitarlo, Charlie se dio cuenta de la pura e insoslayable verdad: que acababan de subirse a un coche de caballos, como unos turistas. Esa noche llevaría a Gorham a un espectáculo, más o menos

como un turista, y al día siguiente tendría que volver a acompañarlo a Staten Island.

Y entonces su hijo tomó la palabra.

—Papá.

—¿Qué, Gorham?

—Cuando sea mayor, voy a vivir aquí.

—Vaya, eso espero.

El chiquillo frunció el entrecejo, dirigiendo una solemne mirada a su padre, como si sintiera que no lo había comprendido bien.

—Sí, papá —insistió con aplomo—, eso es lo que voy a hacer.

Charlie llegó a la galería bastante temprano, pero Sarah Adler ya estaba allí.

La galería de Betty Parsons se encontraba en la calle Cincuenta y Siete. Aunque había abierto hacía sólo seis años, ya era famosa. Ello se debía en parte al carácter de Betty, sin lugar a dudas. Nacida en el seno de una buena familia, había seguido la trayectoria de rigor, casándose joven y con alguien de buena posición. Después se había rebelado, sin embargo; se había ido a París a vivir con otra mujer. En los años treinta vivió en Hollywood y frecuentó a Greta Garbo. Al final, como ella

también era artista, montó una galería en Nueva York.

En los años cincuenta, Nueva York era la meca de toda persona interesada en el arte moderno.

Hubo escuelas estadounidenses de arte con anterioridad: la Escuela del Río Hudson en el siglo XIX, con sus magníficos paisajes del valle del Hudson, del Niágara y del Oeste; los impresionistas americanos, que a menudo se reunían en Francia, en torno a la residencia de Monet en Giverny, antes de volver a su país. No obstante, pese a su calidad, no se podía decir que hubieran inventado ningún tipo nuevo de

pintura. De hecho, los grandes movimientos del arte abstracto moderno, del cubismo en adelante, habían nacido todos en Europa.

La tendencia había cambiado entonces. De improvviso, en el panorama neoyorquino habían irrumpido una multitud de artistas con grandes y audaces obras. Jackson Pollock, Hedda Sterne, Barnett Newman, Motherwell, De Kooning, Rothko. La gente solía darles el apelativo de «los Irascibles», aunque el nombre oficial de su escuela era el expresionismo abstracto.

Los modernos Estados Unidos poseían un arte totalmente propio. En el

centro de aquel auge creativo se encontraba una señora bajita e infatigable, educada en el mundo de los colegios privados de Nueva York y en los ambientes de verano en Newport que prefería la compañía de los artistas más atrevidos de su tiempo: Betty Parsons.

Se trataba de una exposición colectiva. Motherwell figuraba en ella, y también Helen Frankenthaler y Jackson Pollock. Charlie acompañó a Sarah para presentarle a Pollock antes de iniciar la ronda para ver las obras.

La exposición era magnífica. Hubo un cuadro de Pollock que les gustó en especial... una densa explosión de tonos

marrones, blancos y grises.

—Parece como si hubiera dado vueltas encima de la tela con una bicicleta —susurró Sarah.

—Igual lo hizo —señaló Charlie con una sonrisa. De todas maneras tenía la impresión, como de costumbre, de que en aquella arremolinada masa de color abstracto de caótica apariencia podían localizarse repeticiones y complejos ritmos subliminales que conferirían una asombrosa potencia a la obra—. Alguna gente cree que es un impostor —dijo—, pero yo creo que es un genio.

Había un Motherwell muy interesante también que formaba parte

de la serie «Elegía por la República española», con grandes glifos negros y barras verticales sobre fondo blanco.

—Es como si tuviera una resonancia —comentó Sarah—, como un mantra oriental. No sé si me explico...

—Perfectamente —le aseguró Charlie.

Era curioso, constató. La diferencia de edad apenas importaba cuando había una verdadera sintonía mental. Sonrió para sí, pensando que aun cuando por doquier se afirmara que el dinero y el poder eran los más potentes afrodisíacos, él tenía la sensación de que la imaginación compartida tenía

efectos más duraderos.

Ambos vieron a conocidos y se separaron para ir a hablar con ellos. Charlie charló un poco con Betty Parsons.

Le gustaba Betty. Observando su pulcra cara tan propia de la gente de Nueva Inglaterra, con su mandíbula cuadrada y la frente despejada, y su expresión de arrojo, casi le daban ganas de besarla... aunque probablemente a ella no le habría hecho mucha gracia.

Al cabo de una hora, en el otro lado de la sala, vio a Sarah absorta conversando con unos jóvenes de su edad y, conteniendo un suspiro, resolvió

que lo mejor sería esfumarse. Antes se aproximó, no obstante, para despedirse.

—¿Te vas a casa? —preguntó ella, con tono de decepción.

—A no ser que quieras ir a comer algo. Aunque deberías quedarte con tus amigos...

—Me encantaría ir a comer —aseguró—. ¿Estás listo?

Decidieron ir al Sardi's. Todavía era temprano y los espectadores de las obras de teatro aún no habían invadido el local. Ni siquiera tuvieron que esperar para que les dieran una mesa.

Charlie no se cansaba de admirar el decorado de la sala, con sus paredes revestidas de fotos de actores de teatro. Aunque la gente que visitaba la ciudad acudía al Sardi's porque era un lugar famoso, seguía siendo divertido.

Pidieron bistecs y vino tinto, y pronto tuvieron que encargar otra botella. No hablaron de la exposición. Charlie le contó las actividades que había efectuado con su hijo y después el diálogo se centró en la ciudad en los años treinta. Él le confió los sentimientos que le inspiraban Rockefeller y Roosevelt, y el ancestral espíritu de Nueva York.

—Pero no hay que olvidarse del alcalde La Guardia —le recordó ella—. Él también salvó Nueva York.

—Muy cierto —convino Charlie—. Menos mal que existen los italianos.

—La Guardia no era italiano.

—¿Ah, no? ¿Desde cuándo?

—Su padre era italiano, pero su madre era judía, con lo cual él era judío. Pregúntale a mi familia.

—De acuerdo. ¿Y qué piensan de Robert Moses? Él tenía padre y madre judíos.

—Lo detestamos.

—Ha hecho mucho por la ciudad.

—Es verdad, pero mi tía Ruth vive

en el Bronx, y él ha destruido el valor de su propiedad. —La gran autopista que Moses iba a hacer pasar por el medio de aquel distrito era el proyecto más difícil que había emprendido nunca. A consecuencia de ello, mucha gente se veía obligada a desplazarse, viendo cómo sus propiedades perdían todo valor, y eso suscitaba bastante animadversión—. Ella repite que ojalá se rompa la crisma. Mi familia piensa más o menos igual. Estamos de su lado. Moses va a acabar mal al final.

—¿Tienes una familia numerosa?

—Una hermana y dos hermanos. La familia de mi madre se fue de Nueva

York. La tía Ruth es la hermana de mi padre. —Abrió una pausa—. Mi padre tenía un hermano, Herman, que vivía en Nueva York, pero se fue a Europa antes de la guerra y después... —Calló, dubitativa.

—¿No volvió?

—No hablamos nunca de él.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros antes de cambiar de tema.

—O sea que tu hijo vive en Staten Island. ¿Tiene madre?

—Sí, mi ex mujer.

—Ah. Supongo que no es asunto mío.

—No importa. Ella y yo nos llevamos bien. —Esbozó una sonrisa—. ¿Sabes? Cuando en la galería me dijeron que tú te ibas a ocupar de la exposición de Keller, tuve mis dudas.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Lo que dijiste sobre la obra de Keller y Stieglitz. Claro que... todavía tengo que averiguar si eres competente.

—Lo soy. Y soy una gran fan de Alfred Stieglitz, por cierto. No sólo admiro su propia fotografía, sino todas las otras exposiciones que montó. ¿Sabías que organizó una de las primeras *expos* que se hicieron de Ansel Adams en Nueva York?

La exhibición de las impresionantes fotografías de los inmensos paisajes americanos había sido uno de los momentos culminantes del año para Charlie, allá en el treinta y seis, poco antes de que viajara a España para cubrir la Guerra Civil.

—Estuve allí —dijo.

—También admiro su vida personal. El hombre con quien se casó Georgia O'Keefe tenía que ser muy especial.

En opinión de Charlie, la relación y matrimonio del fotógrafo con la gran pintora había constituido una de las más destacadas alianzas del mundo del arte del siglo XX, pese a haber sido bastante

tormentosa.

—Él le fue infiel —señaló.

—Era Stieglitz. —Sarah se encogió de hombros—. De todas maneras, hay que reconocerle algo. Cuando empezó a vivir con O'Keefe tenía casi cincuenta y cinco años, y cuando inició la relación con aquella otra chica tenía sesenta y cuatro.

—Dorothy Norman. La conocí.

—Y ella sólo tenía veintidós.

—Una diferencia de edad considerable.

—Uno sólo tiene la edad que siente adentro —afirmó, mirándolo.

El viernes por la tarde, Sarah Adler se desplazó a Brooklyn en metro. Había comenzado a leer un nuevo libro, *Los puentes de Toko-Ri*, una novela breve y trepidante de James Michener sobre la reciente guerra de Corea. Apenas se fijó en la sucesión de estaciones hasta que llegó a Flatbush.

A Sarah le encantaba Brooklyn. Quien se criaba en Brooklyn, se sentía para siempre vinculado a aquel barrio. Ello se debía, en parte, a su disposición geográfica. Con sus mil quinientos kilómetros cuadrados de territorio y sus más de tres mil kilómetros de línea de costa, no era de extrañar que ya hubiera

suscitado el interés de los holandeses. Brooklyn tenía una luminosidad especial. Los ingleses le habían puesto el nombre de condado de Kings. Aparte del de Brooklyn, para entonces había otros dos puentes que lo conectaban con Manhattan: el Williamsburg y el Manhattan. Además estaba el metro. Setenta años de crecimiento habían cubierto con viviendas buena parte de su tranquilo terreno rural, aunque aún quedaban extensos parques y calles sombreadas con árboles. Pese a todo ello, al pasear una tranquila mañana de fin de semana por una de sus calles flanqueadas de casas de piedra parda

provistas de porches de estilo holandés, uno casi podía pensar, disfrutando de aquella límpida luz típica de Brooklyn, que se encontraba en un cuadro de Vermeer.

Todavía no había anochecido cuando Sarah salió de la estación. La totalidad del barrio de Flatbush estaba llena de lugares significativos de su niñez, desde los modestos puestos de helados y refrescos, los colmados *kosher*^[6] y el restaurante de la avenida Pitkin donde de vez en cuando se daban el gusto de ir a comer, hasta el propio campo Ebbets, aquel abarrotado pero sagrado espacio donde jugaban los Dodgers de Brooklyn.

Pasó junto a la tienda de caramelos, siempre frecuentada por niños, y después entró en la calle donde solían jugar a la pelota.

Los Adler vivían en una casa de piedra parda. Cuando Sarah era muy joven, su padre había alquilado primero una parte de la planta baja para instalar su consulta. Deseoso de atraer buenos inquilinos durante la Depresión, el propietario no había tardado en ofrecerles a sus padres los dos pisos de arriba, con tres meses de alquiler gratuitos. Como se trataba de un excelente alojamiento, seguían viviendo allí desde entonces.

Cuando llegó, su madre acudió a recibirla a la puerta.

—Michael está listo, y tu padre y Nathan van a bajar dentro de un momento. Rachel iba a venir mañana, pero dice que todos están resfriados.

Sarah no se llevó un gran disgusto por la ausencia de su hermana. Rachel tenía dos años más que ella; se había casado a los dieciocho y no entendía por qué Sarah no quería seguir el mismo camino. La joven fue a dar un beso a su hermano Michael, que había cumplido ya dieciocho años y cada vez estaba más guapo. Después subió al piso de arriba y llamó a la puerta de Nathan. Tenía la

habitación igual que siempre, con las paredes cubiertas de fotografías de jugadores de béisbol y banderines de los Dodgers. A sus catorce años, Nathan era un buen estudiante que se aplicaba aprendiendo en la *yeshiva*. El agujero de los Dodgers seguía siendo, de todas formas, lo más importante en su vida.

—¡Ya estoy listo, ya voy! —gritó, poniendo de manifiesto lo poco que le gustaba que fueran a importunarle en su habitación.

Después Sarah notó la mano de su padre posada en su hombro.

El doctor Daniel Adler era bajo y rechoncho. Tenía una calva en la

coronilla y llevaba un corto bigote oscuro. Aunque lamentaba ser dentista en lugar de concertista de piano, hallaba hartos consuelos en su familia y en la religión, dos pilares depositarios de su amor y que para él constituían una sola unidad. Sarah siempre había considerado con gratitud aquella actitud y por eso, siempre que se lo permitían sus actividades, acudía los viernes a casa para pasar el sabbat con ellos.

Se congregaron en el salón, donde ya estaban a punto las dos velas. Mientras los demás permanecían sentados en silencio, la madre las encendió y después, tapándose los ojos con las

manos, recitó la bendición.

—*Baruch atah Adonai, Eloheinu melech ha-olam...*

A la madre le correspondía dirigir aquella *mitzvah*. Luego, para terminar, se descubrió los ojos y miró la luz.

A Sarah le gustaba el ritual, lo que representaba el sabbat: el regalo de un día de descanso que Dios dispensaba al pueblo elegido. Le agradaba reunirse con la familia al atardecer y aquella sensación de gozo íntimo. Aunque no fuera una persona muy religiosa, le encantaba volver a casa para disfrutar de aquello.

Después de encender las velas, se

fueron en medio del crepúsculo hacia la sinagoga.

Sarah apreciaba la religión de su familia. La gente que no comprendía aquellas cosas a veces imaginaba que el casi millón de judíos que vivían en Brooklyn adoraban a Dios de la misma manera. No había nada más alejado de la realidad, desde luego. En la zona de Brownsville, que contaba con una mayoría aplastante de judíos y en cuyas calles imperaba un clima de cierta violencia, la gente era casi toda laica. Allí abundaban los judíos que nunca asistían a ningún servicio. En Borough Park había muchos sionistas. El área de

Williamsburg, muy ortodoxa, había acogido en los últimos años bastantes jasídicos llegados de Hungría, al igual que Crown Heights. Con su anticuada vestimenta y su rigurosa observancia de las leyes judías, los jasídicos vivían en un mundo aparte.

Provenientes en gran medida de Alemania y Europa del Este, los judíos de Brooklyn eran askenazis al principio. En los años veinte, sin embargo, un nutrido grupo de judíos sirios se había instalado en Bensonhurst. Aquella comunidad sefardí era totalmente distinta de las demás.

Flatbush, por su parte, presentaba

una gran variedad. En la misma calle había judíos ortodoxos, conservadores y reformistas. Algunos jasídicos húngaros también se habían instalado en la zona. No obstante, todo el mundo se llevaba bastante bien, siempre y cuando se fuera hinchas de los Dodgers.

Los Adler eran conservadores.

—Ser ortodoxo no tiene nada de malo, si a uno le apetece serlo —repetía muchas veces su padre—, pero para mí es demasiado. La *yeshiva* es buena, pero también lo es otro tipo de educación. O sea, que yo soy conservador, pero no ortodoxo.

A escasa distancia de su casa había

una familia que acudía a un templo reformista. Daniel Adler se ocupaba de su dentadura, y Sarah había jugado con los hijos de niña. Ya entonces comprendía, con todo, que existía una diferencia.

—Los judíos reformistas se exceden un poco —le había explicado su padre—. Afirman que la Tora no es divina y ponen en tela de juicio todo. Ellos consideran que eso es progresista y liberal, pero si se va muy lejos por ese camino, un día no va a quedar nada.

La mayoría de los amigos que Sarah tenía en Manhattan eran liberales o laicos. Durante la semana estaba con

ellos, y después iba a pasar el fin de semana con su familia. Hasta el momento, no le disgustaba vivir en aquellos dos mundos.

Después del breve servicio del viernes regresaron juntos. En casa, una vez congregados en la mesa, los padres bendijeron a sus hijos, el padre recitó el *kiddush* sobre el vino y después de formular la oración sobre dos barras de *challah*, empezaron a comer.

A lo largo de su infancia, Sarah siempre había sabido con antelación qué clase de platos iba a comer. El viernes tocaba pollo. El miércoles, chuletas de cordero. Eso era en cuanto a la carne.

Los martes, pescado y los jueves, ensalada huevo y *latkes* de patata. Únicamente los lunes eran imprevisibles.

El resto del sabbat transcurrió plácidamente. El servicio del sábado por la mañana siempre era largo, ya que duraba de las nueve a las doce. Antes lo encontraba pesado, pero curiosamente, aquella sensación se había disipado. Después vino la agradable y pausada comida en familia. A continuación, su padre les leyó algo antes de irse a hacer la siesta, mientras ella jugaba al ajedrez con Michael. A Sarah y a su hermano les gustaba estar juntos. Michael, que era

aficionado a la música, iba a ir a un concierto con su padre el domingo por la tarde, en el Brooklyn Museum. Hasta el final del sabbat no estaba permitida la televisión, pero el sábado por la tarde, su padre le propuso escuchar un disco que acababa de comprar: una grabación de Leonard Bernstein dirigiendo su propia *Primera Sinfonía*. Se sentó en el sofá junto a él y observó con afecto cómo su redondo rostro se relajaba hasta adoptar una expresión de pura felicidad. Después se fueron a dormir temprano. Había sido un día perfecto.

El domingo por la mañana, no obstante, cuando Sarah llegó a la cocina,

la situación no era tan halagüeña. Su madre estaba sola, preparando torrijas. Abajo, oyó el sonido del piano de su padre, pero cuando se dispuso a ir a saludarlo su madre la llamó.

—Tu padre ha pasado una mala noche. Estaba pensando en tu tío Herman.

Sarah emitió un suspiro. El año antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, el tío Herman residía en Londres, aunque hablaba bien francés y había pasado alguna temporada en Francia, donde tenía un pequeño negocio de exportación.

A ellos no les extrañó el hecho de no

haber recibido noticias suyas durante un año.

—Nunca escribe cartas. Simplemente aparece de improvviso —se quejaba su padre.

A finales de 1939 recibieron, con todo, una carta remitida desde Londres. En ella decía que iba a ir a Francia, lo cual preocupó a su padre.

—No sé cómo se puede entrar en el país —decía—, ni tampoco cómo se sale.

Pasaron los meses sin que llegara otra noticia. Ellos esperaban que estuviera en Londres, menos cuando se produjo el bombardeo alemán contra las

ciudades británicas.

—Quizá cabría desear que esté en Francia —apuntó entonces su padre.

El silencio persistió.

Transcurrieron más de cuatro años antes de que averiguaran la verdad. Aquélla fue la única ocasión en que Sarah vio a su padre realmente indignado, inconsolable. También fue aquélla la primera vez que comprendió la fuerza del dolor. Viendo sufrir a su padre, pese a su temprana edad, sintió un intenso deseo de protegerlo.

Después los Adler hicieron lo que hacen las familias judías cuando pierden a un ser querido: sentarse para celebrar

la *shiva*.

Se trata de una buena costumbre. Durante siete días, a menos que se observe una práctica menos estricta, los familiares y amigos acuden a la casa llevando comida y consuelo. Tras pronunciar las tradicionales fórmulas hebreas de condolencia al entrar, las visitas hablan en voz baja a los allegados del difunto, que permanecen sentados en cajas o taburetes bajos.

La madre de Sarah tapó con telas todos los espejos de la casa. Los niños llevaban todos una cinta negra prendida a la ropa, pero su padre se rasgó la camisa y se instaló en un rincón. Fueron

muchos los amigos que fueron a verlos; todos comprendían la pena de Daniel Adler y procuraban aportarle consuelo. Sarah nunca lo olvidó.

—Los días en que celebramos la *shiva* por tu tío Herman fueron los peores de mi vida —aseguraba su madre—, peores que el día en que me despidieron.

El día en que despidieron a su madre había pasado a formar parte de los anales de la familia. Aquello sucedió mucho antes de que naciera Sarah, antes de que se casara. Fue a buscar trabajo en el centro de la ciudad y consiguió un empleo de secretaria en un banco. Su

padre le advirtió que no lo aceptara, pero algo la impulsó a demostrarle que estaba equivocado. Con el cabello pelirrojo que tenía por aquel entonces y sus ojos azules, la gente no solía pensar que era judía.

—Y mi apellido es Miller —aducía.

—En otro tiempo fue Millstein —la corregía su padre.

También podría haber añadido que Miller era el tercer apellido más frecuente entre los judíos de Estados Unidos.

El caso fue que en el banco le dieron el empleo sin hacer preguntas comprometedoras y durante tres meses

trabajó allí, con entera satisfacción. Aquello exigía que no respetara el sabbat, desde luego, pero como su familia no era religiosa, no tenía mucha importancia.

Fue un comentario casual lo que acarreó su caída. Un viernes, estaba charlando con otra chica con la que se habían hecho bastante amigas. Hablaban de uno de los cajeros, un individuo de carácter desabrido que se había estado quejando de su amiga.

—No te preocupes más por él —le aconsejó—, siempre está *kvetcheando* por algo.

Dijo la palabra en yiddish sin

pensarlo y apenas se dio cuenta de que la había pronunciado, aunque sí reparó en la extraña mirada que le dirigió la muchacha.

—¿Y sabéis una cosa? No puedo demostrarlo, pero creo que esa chica me siguió hasta casa, hasta Brooklyn, porque el lunes por la mañana la vi hablando con el director y a mediodía me despidieron. Por ser judía.

El incidente había cambiado la vida de su madre.

—Después de eso —declaraba—, me dije a mí misma «ya basta de *goyim*» y volví a profesar mi religión.

Un año después se casó con Daniel

Adler.

El hilo de aquellos recuerdos pronto quedó interrumpido con la llegada de Michael y Nathan. Sarah ayudó a su madre a servir el desayuno mientras su padre seguía abajo tocando el piano.

Una vez se hubieron marchado sus hermanos, Sarah y su madre ordenaron la cocina.

—¿Y qué —preguntó su madre, cuando todo estuvo en su lugar—, todavía estás a gusto en ese apartamento que tienes?

La madre no se había tomado muy bien que se fuera a vivir a Manhattan, pero aquel apartamento del Greenwich

Village había sido un golpe de suerte. El hermano de uno de los pacientes de su padre era su propietario. Se iba a ir a California, donde preveía quedarse un año o dos, o incluso más, no estaba seguro. Con la condición de que lo dejara disponible de inmediato en el momento en que él necesitara recuperarlo, lo había alquilado por un módico precio a una familia de quien su hermano aseguraba que era de fiar. Por ese motivo, Sarah tenía un bonito piso de un dormitorio donde podía vivir incluso con el irrisorio sueldo que le pagaban en la galería.

—Está muy bien —repuso—, y me

encanta el trabajo que hago.

—¿Vas a venir el próximo fin de semana?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—¿Te acuerdas de lo que te dije del nieto de Adele Cohen? ¿El chico que estudió en Harvard? ¿El médico?

—¿El que se fue a Filadelfia?

—Sí, pero ahora está instalado en Nueva York. Acaba de mudarse aquí, y va a venir a ver a su abuela el próximo fin de semana. Creo que es muy agradable.

—Pero si no lo conoces...

—Siendo nieto de Adele, estoy segura de que es muy agradable.

—¿Qué edad tiene?

—Adele dice que va a cumplir los treinta el año que viene. Y está muy interesado en el arte. Compró una pintura.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Adele. Cree que compró varias.

—¿Qué clase de cuadros?

—¿Cómo voy a saberlo? Pinturas...

—Debería casarme con él.

—Podrías conocerlo.

—¿Tiene dinero?

—Es médico. —Su madre marcó una pausa, como para dar a entender que aquello era suficiente—. Cuando su

padre se casó con la hija de Adele, era contable. Pero no le gustaba ese trabajo, de modo que montó un negocio vendiendo estufas para las casas. También vende aparatos de aire acondicionado por todo Nueva Jersey. Adele asegura que le ha ido muy bien.

De modo que el nieto de Adele tenía dinero, constató Sarah con una sonrisa. Se imaginaba a su madre y a Adele tramando todo aquello. ¿Y de qué se iba a quejar, si igual resultaba que era el hombre perfecto?

—Lo conoceré —prometió.

Mientras regresaba de Brooklyn esa tarde, no era el médico quien acaparaba sus pensamientos en el metro. Era Charlie Master.

En el Sardi's había coqueteado con él, desde luego. Le había formulado discretamente un reto en lo tocante a su edad. Había suscitado su interés, estaba convencida de ello. Él había reaccionado con cautela, de todas maneras, y creía conocer la razón.

No iba a hacer nada que, en caso de torcerse las cosas, pudiera poner en peligro la exposición de las fotografías

de Theodore Keller. Él apreciaba realmente aquella obra, y ella respetaba su actitud. Una parte de él se sentía atraído hacia ella, mientras que la otra mitad deseaba mantener la relación en un plano profesional. Aquel desafío no hacía más que incrementar su interés por seducirlo.

A Sarah Adler le gustaba su trabajo. Quería a su familia y respetaba su religión, pero de vez en cuando le gustaba transgredir las normas.

Sarah Adler no era virgen. Sus padres no tenían por qué saberlo.

Charlie Master era un hombre interesante de cierta edad y tenía

curiosidad por saber más de él. Quería aprender lo que él sabía. Y, aparte, no era judío.

Era una persona prohibida para ella, por consiguiente.

Aqué! era un punto que daba qué pensar, por supuesto.

Al día siguiente comenzó a preparar una posible disposición de las obras en la exposición de Keller. Reflexionando sobre el equilibrio y la fluidez, llegó a la conclusión de que éste mejoraría si dispusieran de más ejemplares de ciertos periodos de la obra de Keller. Plasmó por escrito la sugerencia y también realizó un bosquejo del

catálogo. Aunque Charlie Master iba a redactar el texto, ella destacó media docena de puntos que pensaba que debían constar en él.

La galería tenía una buena lista de direcciones, pero se le ocurrió que sería útil tener acceso a una lista de los coleccionistas e instituciones que habían adquirido obras de Stieglitz o Ansel Adams. Tomó nota de ello también, preguntando a Charlie si tenía alguna idea de cómo podría conseguir aquella información. Luego, después de enseñar todo el material al dueño de la galería, lo envió a Charlie.

«Tanto si te acabo conquistando

como si no, señor Master —se dijo—, ésta va a ser una exposición memorable». Luego se puso a esperar.

No se enamoró de ella de inmediato. Diez días después de que hubiera recibido el material, se reunieron en su pequeña oficina cercana a Columbia y pasaron un par de horas planificando la exposición. Decidieron seleccionar cinco fotografías más para incluirlas y descartar una de las elegidas previamente.

Sarah era muy eficiente, pero humilde al mismo tiempo. Le gustaba

aquella combinación.

—Ésta es la primera exposición que organizo para la galería —le confesó— y me queda mucho que aprender. Me da miedo cometer errores.

—Lo estás haciendo muy bien —le aseguró él.

A la semana siguiente se encontraron en la galería. Utilizando un detallado diagrama, ella le enseñó el aspecto que iba a tener la exposición.

—No tendremos la certeza hasta que no empecemos a colgar las obras —dijo él—, pero por ahora me parece que se va a ver bien. Muy bien.

Cuando ella no podía oírlo, la elogió

ante el propietario.

—Parece que tiene un gran talento —comentó.

—El otro día se quedó hasta las diez de la noche repasando la lista de direcciones —abundó el propietario—. Es digna de respeto su dedicación.

Al cabo de unos días, Charlie la invitó a comer para presentarle a un coleccionista al que conocía. El hombre quedó impresionado con ella.

—Parece muy eficiente —señaló después—. Y detrás de esas gafas... hay puro fuego —añadió, sonriendo.

—¿Eso cree?

—¿No lo ha probado?

—Hum, aún no —reconoció Charlie.

Tal vez podría convertirse en su mentor, pensó.

Fue la casualidad la que precipitó las cosas. Una tarde Charlie volvía de una reunión y cayó en la cuenta de que se encontraba cerca de la galería. Al ver las luces encendidas, resolvió entrar. Sarah estaba sola. Pareció complacida al verlo.

—Estaba a punto de cerrar.

—Pasaba por aquí y se me ha ocurrido que podría volver a mirar la distribución de las fotos.

—Adelante.

Había dos salas. Se dirigió a la segunda y se quedó de pie, mirando las paredes.

—¿Quieres más luz? —le preguntó ella.

—No, gracias. Ahora me voy a casa. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Pues tengo un amigo que está en un pequeño grupo de teatro. Esta noche dan una representación, no sé muy bien de qué... pero he prometido ir.

—Parece interesante.

—Quizá lo sea. ¿Quieres venir?

Calló un instante, dubitativo.

—Hace bastante que no asisto a un

espectáculo de teatro de ésos. ¿Por qué no?

El teatro se encontraba en el West Village, concretamente en el sótano de una casa. En la acera había dos o tres jóvenes, uno de ellos con una taza de café en la mano. La puerta del local estaba, sin embargo, cerrada. Un papel enganchado en la puerta advertía: NO HAY REPRESENTACIÓN ESTA NOCHE.

—Vaya —dijo Sarah.

—Igual no tenían bastante público —dedujo Charlie.

—Eso no les impide actuar —intervino el individuo de la taza de café

—. Es que Julian estaba enfermo.

—¿Y Mark?

—Se ha peleado con Helga.

—Ah.

—Quizá mañana —aventuró el hombre.

—Lo siento mucho —dijo Sarah a Charlie—. No tendría que habértelo propuesto.

—Esta situación me resulta familiar —le restó importancia Charlie—. ¿Y si fuéramos a cenar?

Recorrieron el Village, mirando en cafés y restaurantes, hasta que encontraron una *trattoria* italiana donde pidieron chianti y pasta.

—Me siento como si volviera a tener veinte años —confesó, sonriente, Charlie.

—No hay nada de malo en eso —replicó Sarah.

Mientras comían, hablaron de música. Él le detalló los mejores sitios donde se podía escuchar jazz en la ciudad. Ella le contó la suerte que había tenido al conseguir un apartamento en el Village. Después de la pasta, tomaron flan.

—¿Vienes a pasear alguna vez al Village? —preguntó ella, cuando hubieron acabado.

—Sí. ¿Por qué?

—Tengo ganas de pasear.

—De acuerdo.

En las estrechas calles reinaba una gran animación y los restaurantes estaban casi llenos. Charlie no estaba seguro de cómo iba a acabar la noche, ni de qué deseaba. Se sentía un poco incómodo. Pasaron por un bar donde había mesas dispuestas para jugar al ajedrez, junto a las cuales permanecían sentados varios individuos con solemne actitud. Los camareros les servían bebidas de vez en cuando.

—¿Quieres jugar una partida? — propuso Sarah.

—De acuerdo. ¿Por qué no? —Se

sentaron y ambos pidieron un coñac. Estuvieron jugando en silencio durante media hora, hasta que Charlie la miró con suspicacia—. ¿Me estás dejando ganar?

—No.

—¿Estás segura?

—¿Crees que te iba a mentir?

—Sí.

—Confía en mí.

—Hum. Jaque mate.

—¿Lo ves? —Se echó a reír—. Ni siquiera me había dado cuenta.

Cuando se fueron, pasaron por una confitería. Entonces Sarah le indicó que esperara, entró y salió con dos bolsitas

de dulces.

—Un regalo para ti —dijo, dándole una.

—Gracias.

—¿Quieres tomar café? Mi piso queda a la vuelta de la esquina, en Jane Street.

Él vaciló un momento.

—No estás obligado —le advirtió ella.

—Sí me apetece un café —dijo Charlie.

Durante aquel invierno y comienzos de primavera se estuvieron viendo unas

dos o tres veces por semana. A veces pasaban la noche en casa de él, otras en la de ella, en el Village. Para ambos, aquello era en parte una aventura. Charlie sabía que ella ansiaba poseer el conocimiento y experiencia que él le podía ofrecer. Él, por su lado, disfrutaba compartiendo las cosas que apreciaba con una persona tan inteligente, observando cómo crecía y evolucionaba. Su relación no se limitaba, con todo, a eso.

Llegado el mes de enero, el delgado y pálido cuerpo de Sarah se había convertido en una obsesión para él. Muchas veces por las tardes, mientras

ella estaba en la galería, se quedaba una hora embobado en su oficina de Columbia o en su casa pensando en ella. Cuando la tenía a su lado, a Sarah le bastaba con efectuar un sinuoso movimiento cerca de él para que lo arrebatara el deseo de poseerla.

Cada vez, antes de hacer el amor, ella se quitaba el pequeño colgante que llevaba en el cuello. Aquel gesto, que ella efectuaba de manera casi inconsciente, se convirtió para él en un momento de excitación que le suscitaba una gran ternura. En la cama, era capaz de volverlo loco de pasión. No era sólo una amante joven; tenía algo más que no

acababa de precisar, algo antiguo, algo que debía provenir de oriente, según suponía. La primera noche descubrió que sus menudos pechos eran mayores y más rotundos de lo que había previsto. Cuando hicieron el amor y, después, cuando ella permaneció tendida a su lado, tuvo la impresión de que Sarah no era simplemente una chica, por más interesante que fuera, sino una mujer intemporal, cargada de riqueza y misterio.

Pasaba tanto tiempo pensando en ella que a veces se maldecía a sí mismo por no tener bastante que hacer.

Cada dos semanas veía al pequeño

Gorham como siempre. Casi tenía ganas de presentarle a Sarah, pero incluso si le decía que sólo era una amiga, Julie no tardaría en enterarse y adivinar la verdad. Entonces vendrían las explicaciones y las complicaciones. Además, en tales ocasiones, Sarah estaba siempre en casa de su familia.

Aquél era un pequeño inconveniente. A él le habría gustado pasar todos sus fines de semana libres con ella, pero ella solía insistir en que debía ver a su familia.

—Comenzarían a concebir sospechas si faltara muchos fines de semana —le explicaba, riendo.

Algunos conseguía escaparse, sin embargo. A finales de febrero la llevó a esquiar a Vermont. Después de caer unas cuantas veces, con buen humor, se miró pesarosa los moratones y aceptó volver a probar otra vez, aunque no durante una buena temporada. Después, en febrero, la agasajó con un fin de semana en un hotel rural de Connecticut.

Salieron de Nueva York una fría tarde de viernes. Las carreteras estaban despejadas, aunque aún quedaba nieve en las orillas. Charlie tenía un De Soto Custom Sportsman de 1950 del que estaba muy orgulloso.

Había reservado la habitación por

adelantado en un encantador establecimiento que conocía, situado a tan sólo una hora en coche de la ciudad, a nombre del señor y la señora Charles Master. Los hoteles no solían efectuar muchas indagaciones, siempre y cuando uno firmara en el libro de registro de ese modo. Anocheceó cuando llegaron. Él mismo llevó el par de maletas hasta la puerta de la casa de madera blanca. Sarah se acercó a la chimenea encendida del vestíbulo mientras el director saludaba a Charlie y éste se ocupaba de las gestiones. Al cabo de un momento, se quitó el abrigo y se sentó en la otomana frente a las llamas. Llevaba una

camisa blanca y un suéter. Mirándola, Charlie esbozó una sonrisa; el fuego ya estaba confiriendo una hechizadora luz a su cara. En ese momento, una brasa salió expulsada del hogar. Entonces ella cogió las tenazas para volverla a colocar adentro y con el gesto, la pequeña estrella de David quedó visible en la punta del colgante, reflejando la luz. Una vez hubo restituido la brasa al fuego, se levantó y se aproximó al mostrador.

El director le estaba hablando de la habitación cuando Charlie advirtió la mirada que clavó a Sarah en el instante en que se inclinó hacia el fuego. Entonces, al tenerla cerca, fijó la mirada

en su escote.

—Un bonito fuego —alabó ella.

—Disculpen un momento —dijo el director, antes de entrar en la pequeña oficina contigua al mostrador—. Cuánto lo lamento, señor —dijo a Charlie cuando regresó al cabo de un par de minutos—, pero parece que hay un problema con la reserva. Cuando han llegado, los he confundido con otros huéspedes. Por lo visto, no tenemos ninguna reserva a nombre de Master.

—Pero si llamé por teléfono... La reserva se hizo efectiva.

—No puedo precisarle cómo pudo ocurrir, señor, y le presento mis excusas,

pero siento decirle que estamos al completo. Acabo de verificarlo. Todos los clientes del fin de semana han llegado ya.

—Tiene que haber alguna habitación.

—No, señor. No queda nada. No sé qué decir.

—Pero si he conducido desde la ciudad para venir aquí...

—Sí, señor. Hay otro hotel a unos tres kilómetros. Es posible que tengan habitaciones libres.

—Al diablo con el otro hotel. Yo reservé en éste y exijo mi habitación.

—Lo siento mucho.

—Charlie, ven un momento al lado del fuego —le pidió, en voz baja, Sarah—. Quiero decirte algo.

Con un ademán de irritación, se acercó a ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Charlie, no quiero quedarme aquí. Te lo explicaré en el coche. —Al ver que él se disponía a protestar, apoyó la mano en su brazo—. Por favor.

Furioso y desconcertado, cogió el equipaje y se encaminó al coche con ella. Una vez adentro, ella se volvió hacia él.

—Es por mí, Charlie. Ha dicho que no tenían habitación después de haberme

visto.

—¿Te refieres a que se ha fijado en que no llevabas un anillo de casada? No creo que...

—No, Charlie. Lo que ha visto es mi colgante.

—¿Tu colgante?

—La estrella de David. Se ha dado cuenta de que soy judía.

—Eso es absurdo.

—En este hotel no reciben personas judías, Charlie. Esto es Connecticut... ¿A cuántos kilómetros estamos de Darien?

Corría el rumor de que una persona judía no podía ni siquiera comprar una

casa en las proximidades de Darien. Charlie no sabía si era verdad; lo más probable era que se tratase sólo de un desagradable chisme. De todas formas, los horrores cometidos en los años treinta y durante la guerra habían cambiado bastante las mentalidades. La gente había dejado de ser antisemita. No podía ser de otro modo.

—No me lo creo.

—Si sales conmigo vas a tener que aceptar que ocurran este tipo de cosas. ¿Crees que un judío puede tener acceso a la mayoría de los clubes de campo? A mi madre la despidieron de un banco por ser judía. ¿Me vas a decir que la

gente que conoces, como tu propia familia, no efectúan comentarios antisemitas?

Charlie reflexionó un momento.

—De acuerdo, puede que a veces sí, pero eso es sólo una actitud de la gente bien, de iglesia episcopal. Las personas como mi madre miran por encima del hombro a cualquiera que no sea de su clase, tanto si son judíos, como irlandeses o italianos. Es ridículo, pero en el fondo no significa nada para ellos. Quiero decir que nunca...

—Tienes razón, Charlie. Perdona. ¿Y qué se siente cuando a uno lo echan de un hotel?

—Lo voy a obligar a que nos dé esa habitación.

—Llévame a casa solamente, Charlie. Ha sido muy amable por tu parte traerme aquí, pero ¿no podemos cenar en Nueva York, por favor?

Con el transcurso de las semanas, Charlie se dio cuenta de que ella tenía razón. Al estar relacionado con el teatro y el arte, siempre había tenido muchos amigos judíos. A decir verdad, tenía amigos de toda clase. Cuando estaba con ellos, a veces hacían alusión a su condición de judíos, o le tomaban el pelo por ser un episcopal de clase alta, pero aquello no sucedía con frecuencia.

Cuando estaba con gente de su propia clase, personas que había conocido en el colegio o ese tipo de cosas, podían surgir comentarios sobre cualquier tipo de raza que uno no diría en compañía de otra clase de personas. Eran prejuicios inofensivos, chistes sin importancia que apenas parecían revestir trascendencia cuando tenían por blanco a otra persona. Entonces, empero, comenzaba a observar esos comentarios con otros ojos.

Charlie le había hablado a menudo a Sarah de su familia. Le había contado

anécdotas de su vida de antaño y explicado que, en la mayoría de actitudes, su madre era una espléndida reliquia de aquel pasado.

—Me encantaría que la conocieras —señaló en una ocasión.

—No creo que fuera una buena idea —contestó ella.

Él, de todos modos, siguió pensando en ello.

—Vamos a Park Avenue a ver a mi madre —le propuso de improviso una tarde de principios de marzo, al salir de una exposición en una galería de la calle Cincuenta y Siete.

—No sé, Charlie —objetó ella—.

¿Cómo vas a presentarme?

—Muy sencillo. Eres la persona que organiza la exposición de Theodore Keller. Ya te dije que nuestra familia fue su primer mecenas.

—Supongo que tienes razón —
repuso, dubitativa.

La visita tuvo un magnífico desenlace, de hecho. Su madre se mostró encantada de verlos. Relató a Sarah la gran fiesta que había dado, en los viejos tiempos, a raíz de la publicación del libro de Edmund Keller, y prometió llevar gente a la inauguración de la exposición.

—Quiero que me des al menos

treinta invitaciones para que las pueda enviar. Escribiré una carta y llamaré por teléfono. Conozco a muchas personas que seguro van a comprar.

—Eso sería estupendo, señora Master —se congratuló Sarah.

El pequeño incidente tuvo lugar a la salida del edificio. El portero, George, había llamado a un taxi. Como no le gustaba tener que correrse en el asiento, Charlie rodeó el taxi mientras George aguantaba la puerta a Sarah. Justo cuando ésta se subía al taxi, vio que el portero le miraba la cabeza con cara de repugnancia.

—¿Hay algún problema, George? —

le preguntó, tajante.

—No, señor Master.

—Espero que no —dijo, con tono amenazador.

Dado que un día iba a heredar aquel apartamento, a George le convenía tener cuidado. Se instaló al lado de Sarah, enojado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella mientras se alejaban.

—Nada.

—También me ha mirado así cuando hemos llegado, pero tú no te has dado cuenta.

—Haré que lo despidan.

Sarah se quedó mirando por la

ventana un momento y luego cambió de tema.

—Tu madre es estupenda —alabó—. Podría ser muy útil con esas invitaciones.

Una semana después, cuando cenaba en casa de su madre, ella sacó a colación el tema de Sarah.

—Tu novia parece una buena chica.

—¿De qué hablas?

—De la chica que trajiste el otro día.

—Sarah Adler. Está realizando una magnífica labor con la exposición, creo.

—Estoy segura, cariño. Parece muy competente. Y también es tu amante. —

Rose lo miró a los ojos—. Se nota, ¿sabes?

—Ah.

—Es muy joven. ¿Le sigues el ritmo?

—Sí.

—Perfecto. ¿Y es difícil, siendo ella judía?

—¿Por qué debería serlo?

—No te hagas el tonto, cariño. Ya sabes que en este edificio no abundan precisamente los judíos.

—El maldito portero estuvo impertinente.

—¿Qué esperabas? Aunque creo que no ha surgido la cuestión, que yo sepa,

no imagino que la junta de copropietarios permitiera que un judío comprara un apartamento aquí.

Charlie siempre había encontrado divertida aquella característica de la vida en los pisos de la ciudad. La mayoría de los edificios de pisos de Park Avenue eran cooperativas ahora. Su madre ya no alquilaba el apartamento, sino que era una accionista del edificio. Éstos elegían una junta que tenía derecho a vetar a quien quisiera integrarse en ella. Si uno quería vender su piso a alguien a quien los otros ocupantes del edificio consideraban indeseable, la junta podía negarse a

permitir que culminara la transacción. En ese caso era posible que expusieran los motivos o no. En cualquier caso, se regían por ciertas normas que se sobreentendían sin necesidad de expresarlas.

—Es absurdo —se indignó—. Estamos en los años cincuenta, por el amor de Dios.

—Hay muchos edificios que los vetan, en el West Side, en todo caso. — Lo miró con aire pensativo—. ¿No estarás planeando casarte con ella?

—No —contestó, sorprendido por la idea.

—Te quitarían del Registro Social,

ya sabes.

—No había pensado en eso.

—Pues creo que deberías. Aunque no pongan reparos a que uno sea pobre, sí se fijan en las personas con quien se casa uno.

—Al diablo el Registro.

—De todas maneras —concluyó con sentido práctico—, en realidad no puedes permitirte fundar otra familia ¿no?

Su relación con Sarah también le hizo caer en la cuenta de que no conocía gran cosa sobre el judaísmo. Tenía

amigos judíos y, ocasionalmente, había asistido a alguna boda o funeral. Aparte de la *chuppah* y la tradición de romper la copa, la ceremonia de boda judía no parecía muy distinta de las cristianas, a su modo de ver. Estaba claro que las omnipresentes bendiciones cristianas provenían directamente de la tradición hebrea.

Aparte de eso, sabía poco más. A veces le hacía preguntas a Sarah sobre el modo de vida de su familia y las costumbres judías. Su curiosidad iba en aumento.

—¿Quieres venir a un *Séder* de Pascua? —le preguntó de repente Sarah

a finales de marzo.

—¿Un *Séder*? ¿Dónde?

—En Brooklyn. Con mi familia.

—¿Que vaya a conocer a tus padres?

Era muy consciente de que los padres de Sarah no tenían ni idea de la relación que mantenía con él. Según había explicado ella, todavía imaginaban que era virgen, o cuando menos mantenían la esperanza. La perspectiva de conocerlos lo intrigaba, pero también lo ponía nervioso.

—¿De veras crees que es conveniente? —planteó.

—Se sentirían muy honrados. Ten en cuenta que me han oído hablar de ti, en

tanto que propietario de la colección Keller. Tú eres mi primer cliente realmente importante. Saben que representas mucho para mí.

El día acordado, Charlie entró en Brooklyn por el puente Williamsbourg. No conocía muy bien la zona. Contaba con una gran extensión de muelles y un sinfín de pequeñas fábricas, almacenes y plantas industriales que aún hacían de ella uno de los puntos principales de producción del país. Aunque en el mundo de Charlie uno estaba enterado de eso, normalmente ni lo veía. Tenía un amigo profesor que vivía en una amplia y bonita casa de piedra parda en el

barrio de Heights, cerca de Prospect Park, y había estado allí unas cuantas veces. La vivienda le recordaba las espaciosas casas del West Side, y pasear por el extenso Prospect Park resultaba una delicia. Sabía que Brownsville quedaba a unos kilómetros al este. Había oído decir que había muchos judíos allí, pero lo que sí sabía sin margen de duda era que se trataba de un suburbio peligroso donde tenía su sede la agencia de Murder Inc., especializada en los asesinatos del hampa. Desde Prospect Park, la avenida Flatbush proseguía, no obstante, hacia el sur, lo que daba pie a suponer que la

barriada de Flatbush debía de ser un lugar mucho más tranquilo.

Como no podía ser de otro modo, Sarah le había dado un mapa dibujado con toda precisión acompañado de instrucciones, de modo que localizó sin dificultad la casa de sus padres. Ella lo recibió en la puerta y lo acompañó al interior.

Estaban todos allí: sus padres, sus hermanos y su hermana Rachel con su familia. Hasta la tía Ruth, que detestaba a Robert Moses, había acudido desde el Bronx. Se sintió un poco fuera de lugar en su condición de único gentil presente, aunque la familia Adler no evidenció

ningún reparo al respecto. Tal como había vaticinado Sarah, lo trataron como a un honorable invitado.

—Le iremos explicando en qué consiste el *Séder* poco a poco —le aseguró Rachel, la hermana.

Toda la familia se mostró complacida con la idea.

El doctor Adler resultó ser exactamente igual a como había previsto Charlie. Como padre de familia, consideraba aquel día muy importante para él y estaba resplandeciente de gozo. A Charlie no le costó mucho trabar conversación con él, a propósito de sus compositores favoritos y los pianistas

que él había visto actuar en el Carnegie Hall.

Los Adler también se interesaron por la exposición de las fotografías de Theodore Keller en la que estaba invirtiendo tanto esfuerzo Sarah, así que les habló de la relación que su familia venía manteniendo durante varias generaciones con los Keller, de la gran amistad que lo había unido a Edmund Keller y de lo honrado que se había sentido de que éste le hubiera encomendado aquella misión.

—Para mí cuidar y dar a conocer la colección supone una obligación que tengo contraída con la familia Keller —

explicó—, pero mi deber para con ella no acaba allí, porque tiene que ver con el respeto hacia la obra en sí. —Se volvió hacia el doctor Adler—. Imagine cómo se sentiría si la familia de un compositor al que admira le entregara todos sus papeles y encontrara decenas de composiciones, de sinfonías completas incluso, que nunca habían sido interpretadas ni publicadas.

—Se trata de una gran obligación —corroboró, admirado, el doctor Adler.

—Por eso le estoy tan agradecido a su hija por la magnífica labor que realiza en la galería —aprovechó para añadir Charlie—. Eso también es muy

importante para mí.

El doctor Adler estaba radiante. Toda la familia parecía encantada. Si antes se habían mostrado cordiales y acogedores, a partir de entonces advirtió otro grado de calidez en su actitud hacia él.

Sólo hubo un nubarrón que se interpuso en el idílico marco. Charlie hablaba con Rachel cuando oyó la conversación que Sarah mantenía con su madre, a escasa distancia.

—Todavía no me has dicho nada — oyó que le reclamaba a la señora Adler —. ¿Cuándo vas a volver a ver al nieto de Adele?

—No lo sé. Supongo que pronto.

—Adele dice que te llevó a cenar a Manhattan.

—¿Lo tenéis que saber todo?

—Dice que le gustas mucho.

—¿Ella sabe eso?

—Sí, porque él se lo dijo. Es un médico muy bueno.

—Te creo.

—Bueno, no quiero meterme en estos asuntos.

—Me alegra oírlo.

Charlie había estado escuchando con tanta atención que poco faltó para que perdiera el hilo del diálogo que mantenía con Rachel relacionado con

sus hijos. ¿Qué médico sería ése?
¿Cuándo llevó a Sarah a cenar?

Luego llegó el momento de iniciar la ceremonia. La mesa presentaba un aspecto magnífico, con toda la vajilla de plata resplandeciente. Durante el pausado transcurso de la comida, Rachel o su madre explicaban el simbolismo de cada gesto con la ocasional intervención de alguno de los hermanos.

—La *mitzvah* de Pascua tiene como finalidad transmitir a las generaciones siguientes el episodio de la servidumbre sufrida en Egipto y la posterior liberación —introdujo Rachel—. La ceremonia tiene por ello dos partes. La

primera es para recordarnos nuestra esclavitud y la segunda, nuestra libertad.

—Y éste es el pan ázimo, el pan sin levadura —dedujo Charlie, observando una bandeja situada en el extremo de la mesa.

—En efecto. Hay tres panes ázimos. En la bandeja del *Séder* también ponemos hierbas amargas, para acordarnos de la amargura de la esclavitud, y *charoet*, que es una especie de engrudo y representa la argamasa que utilizaban los esclavos judíos para construir los almacenes de Egipto. A modo de verdura, tenemos perejil, que mojamos en agua salada

para acordarnos de nuestras lágrimas. También están presentes, como símbolos, los huevos asados y una pierna de cordero deshuesada. Durante la comida bebemos cuatro copas de vino, o zumo de uva para los menores, como recordatorio de las cuatro promesas realizadas a Dios.

El doctor Adler inició el *Séder* con una bendición, después de la cual se lavaron las manos. Luego mojaron el perejil en sal y tras partir en dos el pan ázimo situado en el centro, dieron comienzo al relato de la primera Pascua.

Charlie observaba con creciente admiración el desarrollo de la velada.

Nunca había tenido conciencia de lo hermoso que podía ser aquello. Después de escuchar la recitación del *Séder*, no en hebreo sino en arameo, cayó en la cuenta, como si de una revelación se tratara, de que aquéllos debían de haber sido exactamente los mismos gestos que efectuó Jesús en la Última Cena. Pensando en los envarados episcopalianos de Nueva Inglaterra que tan bien conocía, se preguntó cuántos de ellos debían comprender realmente la compleja textura de Oriente Medio, a la cual pertenecía su propia religión.

Luego le llegó el turno al menor de los hijos de Rachel de formular las

Cuatro Preguntas.

—¿Por qué es esta noche distinta de las otras noches? —fue la primera.

Qué emotivo resultaba. Charlie lo comparó con la fiesta de Acción de Gracias, la celebración familiar más arraigada en la tradición de Estados Unidos, en la que todos se reunían en torno a la mesa. Esa fiesta era algo auténtico. Era importante, y ya contaba con tres siglos de tradición. La Navidad era, desde luego, más antigua, pero la moderna forma de celebrarla, con la cena, el árbol de Navidad e incluso Santa Claus —las costumbres que para todos eran sinónimos de Navidad— no

eran ni de lejos tan antiguas como la de Acción de Gracias. Con todo, en los hogares judíos existía una tradición que no se remontaba a siglos, sino a milenios.

Las enseñanzas que se impartían a los niños eran fundamentales en el ritual. Éstos debían participar de forma activa en el relato de la Pascua, las Cuatro Preguntas, el significado del *Séder*. El doctor Adler estuvo hablándoles un rato sobre el significado de la aflicción y la huida de Egipto y después enumeraron las Doce Plagas. A continuación vino la segunda copa de vino, tras lo cual se volvieron a lavar las manos e

impartieron bendiciones antes de dar comienzo a la cena.

A medida que se desarrollaba el ritual del *Séder*, Charlie quedó no sólo conmovido sino impresionado. El rostro del doctor Adler, tan afable y paternal, tenía algo del hombre que comparte una comida con sus nietos. Tras la primera imagen había, sin embargo, una pasión y una intensidad que despertaron la admiración de Charlie. Aquella gente profesaba un gran respeto por la tradición, por la educación y por las cuestiones espirituales.

Entre los gentiles, aquello no era tan corriente. Se encontraba algo

comparable en las familias de los profesores, maestros y el clero, pero no con aquella intensidad. La familia de Sarah pertenecía a una comunidad que poseía una marcada conciencia de unas raíces de tres mil años de antigüedad, convencida de haber recibido el fuego divino de la mano del propio Dios.

Cuando por la noche se disponía a regresar a Manhattan, Charlie se despidió de Sarah y su familia imbuido de un nuevo respeto y admiración.

No tardó mucho en indagar en torno a la cuestión del médico.

—¿El nieto de Adele Cohen? —
contestó Sarah—. Es muy buena
persona, aunque no es mi tipo, pero dejo
que la familia crea que podría
interesarme. Así se quedan contentos. —
Lo miró con ironía—. Supongo que
tendría que casarme con él si fuera mi
tipo. Tiene todas las cualidades que
podría desear una chica judía como
Dios manda.

Charlie no sabía qué actitud adoptar
al respecto. Más tarde, consciente de sus
celos, meditó sobre el asunto y se dijo
que no tenía por qué reaccionar como un
tonto. En un momento dado, aquella
muchacha tendría que asentarse con un

joven de su misma clase. En todo caso, aquello no debía producirse todavía. Tendría que pasar mucho tiempo y, mientras tanto, la quería, intensamente, para él.

Su asistencia al *Séder* tuvo asimismo otro tipo de consecuencias. Empezó a hacerle preguntas a Sarah. Algunas eran bastante simples.

—¿Por qué vosotros decís sinagoga, cuando la mayoría de judíos dicen templo?

—Eso depende en gran medida de a qué categoría de judío pertenece uno —explicó ella—. El templo por antonomasia, el Templo de Jerusalén,

fue destruido hará casi dos mil años. Los judíos ortodoxos y conservadores creen que llegará el día en que se reconstruya. Ése será el Tercer Templo. El movimiento reformista, por su parte, propugna que no esperemos la reconstrucción del mismo, y por eso llaman templos a sus sinagogas. De la misma manera, en la diáspora existen muchas formas de designarlas. Los judíos ortodoxos suelen llamarla *shul*, que es una palabra yiddish; mi familia dice sinagoga y los reformistas acostumbran a decir templo.

Otras preguntas eran más complejas, como: ¿qué posición tenía Sarah sobre

sus obligaciones en tanto que judía? ¿Cómo quería vivir? ¿Creía realmente en Dios? Por sus respuestas, descubrió con sorpresa el desgarró con que vivía su condición.

—¿Dios? ¿Quién puede saber algo de Dios, Charlie? Nadie puede tener la certeza. En cuanto a lo demás, yo incumplo una gran cantidad de reglas. No tienes más que fijarte en lo que hago contigo. —Se encogió de hombros—. Supongo que, en el fondo, soy seglar los días entre semana y el fin de semana vuelvo a casa a recuperar mi tradición. No tengo ni idea de qué va a dar eso más adelante.

En una ocasión, ella lo encontró leyendo un libro sobre el judaísmo.

—Vas a acabar sabiendo más que yo —comentó con una carcajada.

No era sólo el judaísmo lo que suscitaba la curiosidad de Charlie. El contacto con su familia le había hecho tomar conciencia de todas las otras comunidades que poblaban la ciudad: los irlandeses, los italianos y las gentes venidas de otros lugares. ¿Qué sabía él de sus vecindarios? Apenas nada, debía reconocer.

La exposición se inauguró en abril y

fue un gran éxito. Rose Master se superó a sí misma, logrando atraer a ella a coleccionistas, encargados de museos y personas de la alta sociedad. El catálogo y las notas históricas que había reunido Sarah eran perfectos. Charlie había llevado periodistas y gente del ambiente literario; la galería había hecho el resto.

Antes de fallecer, Theodore Keller había sacado miles de copias firmadas, una buena proporción de las cuales se vendieron ya el primer día. Aparte, un editor se puso en contacto con Charlie para proponerle editar un libro sobre su obra.

En el acto inaugural estuvieron presentes varios Keller, descendientes de Theodore y de su hermana Gretchen. La familia de Sarah acudió y permaneció modestamente en un segundo plano, muy orgullosa de la acogida de su trabajo. Charlie experimentó un momento de pánico al caer en la cuenta de que varios de sus amigos estaban enterados de la relación que mantenía con ella, pero le bastó hablar un instante con un par de ellos para asegurarse de que nadie hiciera ningún comentario delante de su familia.

Charlie dio un encantador discurso sobre Theodore y Edmund Keller en el

que expresó su agradecimiento a la galería y en especial a Sarah por aquella exposición que, a su parecer, habría merecido la total aprobación del propio artista.

Era frecuente que al final de una inauguración, la galería invitara al artista y algunos amigos a cenar. Aunque en ese caso el autor de las fotografías estaba ausente, Charlie se había planteado qué debía hacer. El propietario de la galería iba a ir a cenar con Sarah y su familia, y a él le habría gustado sumarse a ellos. Por otra parte, su madre estaba cansada y, después de todo lo que había hecho, sentía que

debía acompañarla a casa.

Al despedirse de Sarah y su familia, lo embargó un sentimiento de profundo orgullo por ella y, al mismo tiempo, un instinto de protección. De repente sintió una gran desolación por tener que separarse de ella.

Si al menos pudieran mostrarse juntos ante todos, pensó. Pero ¿en condición de qué?

Un aspecto de su relación que procuraba gran regocijo a Charlie era observar a Sarah en su apartamento. Desde su divorcio, había vuelto a

recuperar sus costumbres de soltero. No es que fuera desordenado, al contrario. En su apartamento de paredes blancas estaba todo bien colocado, con sencillez y precisión.

—Es casi como una galería de arte —señaló ella la primera vez que lo vio.

En todo caso, era espartano. En la cocina casi no había comida, porque solía comer fuera. Ella le compró cazuelas y sartenes y utensilios que él no creyó que fuera a usar nunca, además de toallas blancas para el cuarto de baño. Lo hizo con tacto, sin embargo, sin dar la impresión de que se entrometía en sus cosas. Después la vio tan complacida

con los resultados, y tan a gusto cuando se encontraba allí, que dedujo que debían de tener gustos compatibles. Nunca se le había ocurrido que le costara vivir con una mujer que quería cambiar su casa o decidiera poner cortinas con estampados de flores cuando él quería tener unas sencillas persianas venecianas, pero ahora se daba cuenta de que no deseaba volver al mismo ritmo doméstico convencional que había mantenido cuando estaba casado con Julie.

—Es curioso, pero tengo la impresión de que no me molesta que estés en el apartamento —comentó una

vez.

—Gracias por el cumplido —
respondió ella, riendo.

—Ya sabes a qué me refiero —
adujo.

La única ocasión en que experimentó un acceso de irritación, acompañado de miedo, fue por algo que duró sólo un instante. Una noche, al entrar temprano en su dormitorio, la encontró revolviendo sus cajones.

—¿Buscas algo? —inquirió con aspereza.

—Me has pillado —reconoció ella, avergonzada—. Necesito ver tus corbatas.

Según la experiencia de Charlie, las mujeres nunca lograban regalarle corbatas que le gustaran, de modo que se estaba planteando cómo disuadirla de intentar tan imposible tarea, cuando ella frunció el entrecejo y sacó algo del fondo del cajón.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Hacía mucho tiempo que no había visto el cinturón de *wampum*. Se lo quitó de las manos y lo observó, pensativo.

—Adivina.

—Parece indio.

—Lo es. —Recorrió con los dedos la áspera superficie del decorado de

diminutas cuentas—. Es *wampum* —explicó—. ¿Ves todas estas cuentas blancas? Están hechas con conchas. Las negras forman un motivo, como ves, que en realidad es una especie de escritura. Este cinturón contiene probablemente un mensaje.

—¿De dónde proviene?

—Ha pertenecido a la familia durante generaciones, cientos de años quizá. No sé cómo llegó a ella, pero se supone que trae suerte, como si fuera una especie de hechizo.

—¿Te ha traído suerte alguna vez a ti?

—Mi padre lo llevaba puesto el día

en que perdió todo su dinero... después del crack. Me dijo que lo llevaba cuando decidió saltar del puente GWB. Pero luego no saltó, porque si no no tendríamos todavía el cinturón. Se podría decir que eso fue una suerte, en cierto modo.

—¿Lo puedo mirar?

Cuando se lo entregó, ella lo llevó hasta la mesita contigua a la ventana para examinarlo. Charlie, mientras tanto, se puso a pensar en el cinturón y en su elaboración. ¿Cuánto tiempo habría llevado? ¿Habría sido una labor impulsada por el amor, o tal vez una mera obligación tediosa? Él prefería

creer lo primero, aunque no tenía manera de comprobarlo.

—Sea cual sea su significado, esto es un asombroso diseño abstracto —elogió de improviso Sarah—, muy sencillo, pero de una gran fuerza.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Es un objeto magnífico para mantenerlo en una familia.

—Supongo que sí.

—Es una obra de arte —afirmó.

Diez días más tarde, Sarah le regaló una corbata. Como era de prever, la eligió a la perfección. Era de seda cruda, con fondo rojo oscuro y un sutil

estampado de cachemira, discreta pero elegante.

—¿Está bien?

—Más que bien —alabó él.

—¿Te la pondrás?

—Muchas veces.

—Tengo algo más para ti —anunció, sonriendo con satisfacción.

—¿Otro regalo?

—Sólo algo que vi paseando, pero puedo devolverlo si no te gusta.

Le entregó un paquete rectangular envuelto con papel. Era demasiado ligero para ser un libro. Lo abrió con cuidado, y se quedó mirándolo, estupefacto.

Era un dibujo de Robert Motherwell.

—He pensado que podría quedar bien allí —dijo, señalando un espacio libre de la pared del salón—. Si te gusta, claro —añadió.

—¿Que si me gusta?

Todavía tenía la vista fija en el dibujo, incapaz casi de hablar. Era un dibujo abstracto simple, en blanco y negro, que le recordaba la caligrafía china, hermosísimo.

—No te muevas —le pidió ella, y cogiendo el dibujo, se dirigió al lugar de la pared que había indicado y sostuvo la lámina allí—. ¿Qué te parece?

Era inmejorable. Su efecto

transformaba toda la habitación.

—Eres un genio —dijo él.

—¿De veras? —contestó, muy satisfecha.

¿Cuánto le habría costado? Prefería no pensar en eso. Seguramente Betty Parsons se lo habría dejado a plazos, para que fuera pagándolo. De todas maneras, con su modesto sueldo, tendría que estar pagando por aquel dibujo durante meses, o incluso años.

«¿Y estaba dispuesta a hacer aquello por él?», se preguntó, asombrado y conmovido.

Luego estuvo estrujándose el cerebro varios días tratando de

encontrar lo que podía regalarle a cambio. Tenía que ser algo que le procurase placer, pero no sólo eso. Un abrigo o una joya caros, algo que ella no pudiera costearse, podrían complacerla, pero no sería suficiente. Tenía que encontrar un regalo que demostrara que había realizado un esfuerzo particular. Algo con un significado, con un valor emocional.

Al final, se le ocurrió la idea.

Era un fresco y despejado día de domingo cuando llegó a su apartamento, justo antes de mediodía. Sarah había ido a ver a sus padres a Brooklyn y había regresado esa mañana para pasar el día

con él. Bajó con cuidado el regalo del taxi. Tuvo que subir despacio las escaleras, porque era engorroso de llevar.

Una vez adentro, depositó la carga en el suelo del salón.

—Para ti —dijo con una sonrisa—. De mi parte.

—¿Qué puede ser?

El paquete era bastante raro, de unos diez centímetros de ancho y casi dos metros de largo. Tardó un par de minutos en retirar el envoltorio.

—Cuesta un poco —advirtió él, aunque Sarah se desenvolvía muy bien.

—¡Oh, Charlie! —exclamó,

mirándolo boquiabierta—. No puedes darme esto.

—Sí puedo.

—Pero es una reliquia familiar. Se lo tienes que dar a Gorham, para los hijos de tus hijos. Pertenece a tu familia.

—Él no espera recibirlo. No sabe nada de su existencia. Creo que tú lo apreciarías más que cualquier otra persona que conozco. Lo han enmarcado muy bien ¿no?

Era cierto. El cinturón de *wampum* lo habían aplanado y montado sobre una fina plancha forrada de tela, sujetándolo con unos simples clips que permitían desprenderlo fácilmente. La plancha iba

metida en una larga caja blanca con la parte frontal de vidrio, que podía colgarse o exponerse fijándola a una pared.

—Una bonita pieza de arte abstracto —reiteró, sonriente, Charlie.

—No puedo creer que me regales esto, Charlie —dijo ella—. ¿De veras estás seguro?

—He pensado mucho en ello, Sarah. Sé que eres la persona adecuada para tenerlo.

—Me emociona mucho el detalle —dijo—, muchísimo.

—En ese caso, supongo que es un buen regalo —repuso él alegremente.

A partir de ese fin de semana comenzó a preguntarse si podrían ser marido y mujer.

Pensaba todos los días en ello. No se podía negar que había dificultades... numerosas, en efecto. Aunque, bien pensado, tampoco eran de tanto calado.

Él era mayor que ella, sí, pero no tan viejo. Conocía a otras parejas en que la mujer era mucho más joven que el marido, y parecían disfrutar de un buen matrimonio. Si de algo no le cabía duda era de que ella estaba contenta con él.

¿Qué harían con la cuestión de la religión?, se planteaba. Su familia

habría querido que Sarah se casase con el médico judío. Por otra parte, teniendo en cuenta todos los aspectos del caso, casándose con él ella ascendería un escalón en la sociedad. También se preguntaba qué tipo de ceremonia nupcial debían celebrar. La simple ceremonia episcopal era, en todo caso, muy parecida a la judía.

Además, cuando estuvieran casados, ella se hallaría bajo su protección. Si el portero de su madre se atrevía siquiera a pestañear delante de su esposa ya podía despedirse de su empleo. Sus amigos la acogerían sin reticencias... y el que no lo hiciera así, no era amigo suyo. De

todas maneras, ¿era tan maravillosa la gente bien? ¿Acaso tenía tanto en común con ellos? ¿Y si acababa de soltar las amarras del todo? Había conocido a más de una persona de su propia clase que se había casado como convenía la primera vez y, después de un matrimonio desgraciado, se había vuelto a casar con alguien inaceptable para su entorno y había sido feliz durante el resto de su vida.

Aparte, había que tomar en cuenta el tema del dinero. Dada su juventud, Sarah querría seguramente tener un hijo o dos. ¿Podía permitirse pagar una nueva casa, con colegios privados y

todo lo demás? Si realmente se aplicaba en ello, Charlie consideraba que podría ganar muchísimo más que hasta entonces. La compañía de Sarah sería una inspiración para él. La exposición de Keller había sido un rotundo éxito y el contrato del libro podría reportar bastante dinero. Les transferiría una parte a los Keller que quedaban, desde luego, pero en realidad no estaba obligado a darles un porcentaje concreto. Edmund lo había dejado a su discreción, y nadie podía decir que no se hubiera hecho cargo de todo el trabajo. Por ese lado, ya estaba entrando algo de liquidez.

Además, si iba a abandonar realmente el club, por así decirlo, podría incluso dar un paso más allá. El pequeño Gorham saldría adelante con la educación en centros privados que él le costeaba y el dinero de su madre. Las expectativas de Sarah con respecto a sus hijos serían, sin duda, diferentes. ¿Y si se instalaban en otro vecindario como Greenwich, donde había escuelas municipales tan buenas como los centros privados? Era una posibilidad. Ponderando todo aquello, Charlie sentía como si su vida se inundara de una nueva e intensa luz, embargado por una sensación de libertad.

En resumidas cuentas, era un hombre de edad madura enamorado de una mujer más joven que él.

Era un tibio y placentero día de mayo, casi tocando al mes de junio. Acababan de ir a ver una colección de grabados en la Biblioteca Pública de Nueva York y justo salían a las amplias escalinatas.

—En la familia conservamos el recuerdo de una tradición asociada a este lugar —informó Charlie a Sarah.

—¿De qué se trata?

—Se remonta a la época en que aquí

había un depósito de agua. Éste es el sitio donde mi bisabuelo pidió a mi bisabuela si quería casarse con él. Supongo que hoy en día podría resultar un poco peligroso.

—Letal. ¿Y fueron felices?

—Sí. Su matrimonio fue todo un acierto, según tengo entendido.

—Qué bien.

De repente Charlie hincó una rodilla en el suelo.

—Sarah ¿quieres casarte conmigo?

—Ya veo —contestó ella, riendo—.

Debió de ser muy romántico.

Charlie no se levantó, sin embargo.

—Sarah Adler, ¿quieres casarte

conmigo?

Un par de personas que subían por las escaleras se quedaron mirando con curiosidad a Charlie y luego se pusieron a cuchichear.

—¿Hablas en serio, Charlie?

—Como nunca en toda mi vida. Te quiero, Sarah, y deseo pasar el resto de mi vida contigo.

—Charlie, no imaginaba que... —
Calló un instante—. ¿Me dejas un poco de tiempo para reflexionar?

—Todo el que necesites.

—Charlie, es que... me has tomado por sorpresa. Me siento muy halagada. ¿Estás seguro? Me parece que será

mejor que te levantes ahora, porque estás atrayendo a una multitud —señaló con una sonrisa. Era cierto. Había media docena de personas que los miraban, algunas entre risas. Cuando se incorporó, le dio un beso—. Voy a tener que pensármelo muy en serio.

Rose Master se quedó muy sorprendida cuando, dos días después, el portero George la llamó para informarle, con una voz con la que daba a entender que mantenía a la visita esperando en la acera, de que una persona llamada señorita Adler deseaba

verla.

—Hágala subir —indicó Rose. Acudió a abrir la puerta en persona y, una vez se encontraron en el salón, su sorpresa fue aún mayor cuando Sarah le preguntó si podía hablarle con confianza —. Por supuesto que sí —respondió con cautela—, si eso es lo que deseas.

—¿Le ha hablado Charlie de mí? —preguntó la chica.

—No. —Era cierto.

—Se quiere casar conmigo.

—Ah, comprendo.

—Por eso he venido a consultarle qué piensa al respecto.

—¿Has venido a consultarme?

—Por eso estoy aquí.

Rose se quedó mirándola un momento y luego asintió con aire pensativo.

—Es un detalle de tu parte, querida —aprobó, antes de marcar una pausa—. Eres muy lista.

Ella estaba sentada muy derecha en una silla y Sarah en el sofá. Dirigió la mirada hacia la ventana, por donde entraba la tenue luz de última hora de la tarde.

—Estoy segura de que quieres que sea sincera contigo.

—Se lo ruego.

—Pues bien, no creo que sea una

buena idea, aunque entiendo que esté enamorado de ti.

—¿De una chica judía con gafas?

—Oh sí. Eres inteligente y atractiva... Supongo que debería haberse casado con alguien como tú de entrada. Yo me habría quedado horrorizada, desde luego. Bueno —añadió, encogiéndose de hombros—, tú me has pedido que fuera sincera.

—Así es.

—Es sólo que me parece que es demasiado tarde ahora. ¿Te gusta?

—Sí. He estado pensando mucho en esto. Le quiero.

—Qué suerte tiene Charlie. ¿Qué te

gusta de él?

—Muchas cosas. Creo que es el hombre más interesante que he conocido.

—Eso es sólo porque es mayor que tú, querida. Los hombres mayores parecen interesantes, porque conocen muchas cosas, pero al final puede resultar que no lo sean tanto.

—Usted, que es su madre, ¿no cree que sea interesante?

Rose exhaló un suspiro.

—Yo quiero a mi hijo, querida, y deseo lo mejor para él, pero soy demasiado vieja para no querer ver la realidad. ¿Sabes cuál es el problema

que tiene Charlie? Que es inteligente y puede que hasta tenga talento, pero viene de una familia rica, de solera. No es que él tenga dinero, claro, pero ésa es la clase a la que pertenece. La culpa es mía, siento decirlo. —Volvió a suspirar—. Y eso es porque yo siempre le di mucha importancia a esas cosas.

—¿Ahora ya no lo considera tan importante?

—Ahora ya soy vieja. Es extraño cómo cambia la manera de ver la vida cuando una envejece. Es como si... las cosas se alejaran de una.

—Nunca había conocido a nadie de esa categoría social antes de Charlie,

señora Master. A mí me gustan sus modales. Lo encuentro hechizador.

—Lo es. Siempre lo ha sido. Pero te diré cuál es el problema con las personas como nosotros, querida: no tenemos ambición. —Calló un momento—. Bueno, a veces algunas personas de nuestra clase la tienen, como por ejemplo los dos Roosevelt. Dos presidentes salidos de una misma familia... de dos ramas muy diferentes de la familia, claro, pero de todas maneras... —Volvió a tender la vista por la ventana—. Charlie no es así. Sabe muchas cosas, tiene una conversación muy interesante, es muy

considerado, es muy atento conmigo... pero no ha hecho nada en la vida, e incluso teniéndote a ti a su lado, querida, dudo que llegue a hacerlo. Es que él es así.

—¿Usted cree que se necesitan judíos emprendedores para llevar a cabo las cosas?

—Lo de los judíos no sé, pero en cuanto a lo de carácter emprendedor, desde luego que sí. —Observó a Sarah con gravedad—. Si mi hijo se casa contigo, querida, no sé cómo va a ser capaz de mantener a otra familia, pero incluso si consigue el dinero, será viejo mucho antes de que tú llegues a la vejez.

Y a medida que pase el tiempo, me temo que vas a impacientarte con él. Mereces algo mejor. Eso es cuanto te puedo decir.

—No esperaba oírle hablar de este modo.

—Entonces no habrías averiguado nada de interés, ¿no?

—No —convino Sarah—, supongo que no.

El viernes Sarah fue a casa de sus padres como de costumbre. La reconfortó volver a estar con su familia y ponerse al corriente de las actividades

diarias de sus hermanos. El sabbat transcurrió sin incidencias. Durante el servicio de la mañana, escuchó al rabino y trató de no pensar en nada más. Por la tarde, sin embargo, su hermano Michael le ganó tres partidas de damas con una facilidad increíble. Después permaneció sentada, concentrada en sus pensamientos.

¿Qué sentía por Charlie? En realidad no esperaba que él la pidiera en matrimonio de ese modo. No estaba preparada para ello. ¿Lo quería de veras?

Llegó a una conclusión cierta: cuando no estaban juntos, lo echaba de

menos. Si veía una película que le gustaba, oía una pieza de música, o incluso un chiste, quería compartirlo con él. Hacía unos días, entró un cliente desagradable en la galería y, automáticamente se puso a pensar: «Ojalá Charlie estuviera aquí. Seguro que lo encontraría detestable».

Le gustaba vestirlo como creía que iba a lucir mejor. Le había comprado una bufanda azul que le sentaba muy bien. Claro que él tenía aquel horrible sombrero viejo que se negaba en redondo a dejar de usar... En el fondo no le importaba, sólo le suponía un desafío calcular cuánto tiempo tardaría

en dar el brazo a torcer. En realidad le gustaban los desafíos. Si hubiera cedido sin oposición, habría quedado decepcionada.

¿Cómo se sentiría entonces teniendo a Charlie por marido? Muy bien. En cuanto a lo de tener un niño que se pareciera a Charlie, o una niña que él pudiera mimar... le parecía la perspectiva más maravillosa del mundo.

Estaba, no obstante, el asunto de la religión. ¿Insistiría la familia Master en que ella o sus hijos fueran cristianos? Ese punto no podía aceptarlo. De todos modos, el hecho de que Charlie no hubiera planteado la cuestión indicaba

que no era algo importante para él. Había previsto que la anciana señora Master planteara objeciones al respecto, pero a menos que estuviera fingiendo, no parecía tener muchos reparos por el hecho de que Sarah fuera judía. Todo apuntaba a que los episcopalianos Master no eran muy estrictos en cuestiones de observancia religiosa.

En lo que a ella respectaba, pese al cariño que le inspiraba la tradición de su pueblo, se creía muy capaz de vivir en Manhattan como una judía seglar e incluso educar a sus hijos en esa línea... a condición de que pudieran estar en contacto con su herencia cuando fueran a

ver a sus padres. Si Charlie estaba dispuesto a aceptar aquello, podría adaptarse. Sabía que no era una empresa imposible. Conocía a varios matrimonios mixtos que parecían felices.

Todavía quedaba, con todo, un enorme problema por resolver: sus padres. Su padre, sobre todo. Todo el mundo conocía la postura de Daniel Adler.

¿Podría servir de algo el hecho de que a su padre le hubiera caído bien Charlie?

—Me tenía preocupado que te fueras a vivir a Manhattan —le había dicho

tiempo atrás—, pero la galería es seria, se nota. Y tu cliente, el señor Master, es un hombre distinguido, una buena persona.

Charlie le había causado una buena impresión, no cabía duda. Quizás aquello podría allanar el camino.

Además, siempre podía argüir con su padre que sus nietos serían de todos modos judíos puesto que tendrían una madre judía. Tal vez Daniel Adler podría resignarse a tener hijos laicos, siempre y cuando acudieran a su casa por la Pascua, para que pudiera educarlos. «Al fin y al cabo, de este modo —ya se imaginaba diciéndole—,

tendrán la posibilidad de elegir cuando sean mayores. No hay nada que impida que un hijo mío llegue a ser rabino incluso, si así lo desea».

Aquéllas eran las esperanzas, los cálculos, los concisos argumentos que Sarah inventaba a solas en su casa, pensando en el hombre que amaba.

Quizá podría funcionar. No lo sabía. Quizás al terminar la semana tendría las ideas más claras. Entre tanto, resolvió que lo mejor sería no hablar con nadie de aquello.

Por eso la tomó totalmente desprevenida lo que de repente le dijo esa noche su madre cuando estaban en la

cocina, antes de irse a acostar.

—Por lo visto ese hombre, el señor Master, se está enamorando de ti.

Por fortuna, la sorpresa de Sarah fue tan mayúscula que tardó en reaccionar.

—¿Qué quieres decir? —alcanzó a articular.

—Vaya, tú no sabes nada —exclamó Esther Adler, levantando los brazos.

—¿Quién iba a pensar tal cosa? ¿Y por qué?

—Tu hermana. Me lo dijo hace dos días. Se dio cuenta cuando estuvo aquí. Estaba hablando con él cuando te pregunté por el nieto de Adele Cohen y nos oyó. Según Rachel, estaba

escuchando con tanta atención que ni siquiera respondió a las preguntas que le hacía ella.

—¿Y eso significa que está enamorado de mí?

—¿Por qué no?

—Tú querías que todo el mundo se enamorase de mí, madre. Además, no es judío.

—He dicho que estaba enamorado de ti, no que pudiera casarse contigo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tengas cuidado.

—Lo tendré, madre. ¿Algo más?

—Si necesitas hablar conmigo, Sarah, puedes hacerlo, pero no hables

con tu padre ¿comprendes?

—No, no lo entiendo. ¿Y ahora puedo ir a acostarme?

—Conmigo siempre puedes hablar —reiteró su madre encogiendo los hombros.

«Esperemos que así sea», se dijo Sarah. Por el momento, sin embargo, optó por escapar escaleras arriba.

La mañana del domingo fue apacible. Sarah y su madre prepararon tostadas francesas para los chicos. Su padre se fue a tocar el piano abajo. Después de unas cuantas escalas,

comenzó a tocar Chopin. Sonaba muy bien.

Qué feliz se sentía... qué contenta estaba de tener un hogar como aquél. Charlie sería feliz en aquel entorno, pensó. Se encontraría a gusto leyendo el periódico del domingo mientras su padre tocaba el piano abajo. Con su amplitud de miras y su calado intelectual, para él no supondría una transición difícil.

¿Debía hablar con su madre del tema? ¿Debía decirle la verdad después del desayuno, cuando estuvieran solas? No estaba segura.

Sus hermanos aún comían cuando

oyó que llamaban a la puerta. Su madre estaba ocupada cocinando y como era inútil esperar que los chicos se levantaran de sus sillas, fue a abrir ella misma. Por un momento, pese a que sabía que se encontraba en Manhattan con su hijo, concibió la descabellada esperanza de que fuera Charlie.

Abrió la puerta.

Dos personas aguardaban frente al umbral. La mujer, rubia, de unos cincuenta y pico años, le resultaba del todo desconocida. El hombre era corpulento y vestía una chaqueta negra y sombrero de fieltro. Se quedó observándolos en silencio.

—Perdonen que lleguemos tan temprano —se disculpó, incómoda, la mujer con acento británico.

—¿Qué, no vas a invitar a entrar a tu tío Herman? —dijo el hombre.

Se encontraban de pie en la cocina. Abajo, su padre seguía tocando el piano, ignorante de su presencia.

—Ya te dije que tocaba bien —señaló el tío Herman a su esposa.

—No debiste haber venido —le reprochó la madre de Sarah—. Debiste haber escrito, o llamado por teléfono, al menos.

—Yo ya se lo advertí... —adujo la mujer del tío Herman, pero nadie le prestó atención.

—¿Para que me dijera que no viniera? —replicó el tío Herman—. Pues ahora estoy aquí. —Miró a Michael—. De ti me acuerdo. —Miró a Nathan—. A ti no te conozco. Soy el tío Herman.

Esther Adler dedicó una ojeada a la esposa de su cuñado antes de dirigir la palabra a éste.

—No quiero explicar lo que ocurrió.

—Ella lo sabe —contestó él con voz de trueno—. Lo sabe. Ya te lo conté —dijo a su mujer—. Celebraron mi funeral

cuando me casé contigo, porque no eres judía. Para ellos estoy muerto, ¿entiendes? Me trataron como a un muerto. Llamaron a sus amigos para que vinieran al velatorio y nunca volvieron a hablar de mí. Esto es lo que se hace en familias como la nuestra. Somos muy especiales.

—Yo nunca oí tal cosa —les aseguró, a modo de disculpa, la esposa—. No lo sabía.

—Tú no tienes por qué preocuparte —intervino el tío Herman—. El único muerto soy yo, no tú.

—Tienes que irte, Herman —aconsejó la señora Adler—. Yo le diré

que has venido. Quizás acceda a verte.
No lo sé.

—Esto es ridículo —se indignó el
tío Herman.

Sin decir nada, Sarah abandonó
discretamente la cocina.

Su padre ni siquiera la oyó entrar en
la sala de espera donde tocaba, pero al
verla, sonrió. Viendo su cara de
satisfacción, sintió una oleada de amor
por él.

—Padre, ha ocurrido algo —le
anunció con dulzura—. Tengo que
decirte algo.

—¿Qué es, Sarah? —preguntó,
dejando de tocar.

—Tienes que prepararte para algo que no esperabas.

Volvió la cabeza, evidenciando la expresión de ansiedad de su cara.

—No pasa nada. Nadie se ha hecho daño. Nadie está enfermo. —Respiró hondo—. El tío Herman está aquí, con su esposa. —Calló un momento—. La esposa es bastante agradable, y el tío Herman no le hace caso. —Esbozó una sonrisa—. Es tal como lo recordaba. Pero madre quiere echarlo. ¿Es eso lo que tú deseas?

Su padre guardó un largo silencio.

—¿Herman está aquí?

—Sí. Acaba de presentarse en la

puerta.

—¿Con esa mujer con la que se casó? ¿Viene aquí sin avisar, y trae a esa mujer a mi casa?

—Quiere verte. Me parece que quiere reconciliarse contigo. Quizá se disculpe. —Vaciló un instante—. Ha pasado mucho tiempo —añadió con tono suave.

—Mucho. Si uno comete una ofensa, ¿no tiene más que esperar unos cuantos años para que la ofensa se borre? ¿Acaso el tiempo lo convierte en algo correcto?

—No, padre. Pero tal vez si hablaras con él...

Su padre inclinó la cabeza, fijando la vista en las teclas del piano. Primero sacudió varias veces la cabeza y luego se puso a oscilar el torso, de atrás hacia delante.

—No puedo verle —dijo en voz baja.

—Tal vez si...

—No lo entiendes. No puedo verlo. No puedo soportar...

De improvviso Sarah comprendió que su padre no estaba enfadado, que sufría tan sólo.

—Así es como empiezan las cosas —dijo—. Siempre ocurre lo mismo. En Alemania, los judíos creyeron que eran

alemanes y se casaron con alemanes, pero después, aunque tuvieran una abuela o una bisabuela alemana... los mataron. ¿Crees que a los judíos los van a aceptar? Eso es ilusorio.

—Eso fue en tiempos de Hitler...

—Y antes fueron los polacos, los rusos, la Inquisición española... Muchos países han aceptado a los judíos, Sarah, y siempre han acabado volviéndose contra ellos al final. Los judíos sólo sobrevivirán si son fuertes. Ésta es la lección que nos da la historia. — Levantó la vista hacia ella—. Se nos ordenó preservar nuestra fe, Sarah. Por eso hay que tener presente que cada vez

que un judío se casa con un gentil debilita a la comunidad. Si uno se casa con un gentil, al cabo de dos o tres generaciones su familia ya no será judía. Puede que con eso queden a salvo, o puede que no, pero de una manera u otra, al final todo lo que tenemos se perderá.

—¿Tú crees eso?

—Estoy convencido. —Sacudió la cabeza—. Yo ya celebré el funeral por mi hermano. Para mí está muerto. Ve a decírselo.

Tras un instante de vacilación, Sarah se volvió hacia las escaleras. Antes de que alcanzara a ver al tío Herman, la voz de éste resonó desde arriba.

—Daniel, estoy aquí. ¿No piensas hablar con tu hermano?

Sarah observó a su padre. Todavía tenía la vista fija en el teclado cuando volvió a resonar la voz del tío Herman.

—El tiempo ha pasado, Daniel. — Se abrió una pausa—. No volveré a venir. —Se produjo otra pausa antes de que añadiera, con voz airada—: Pues si eso es lo que quieres, se acabó.

Se oyó un portazo. Después se hizo el silencio.

Sarah se quedó sentada en la escalera. No quería importunar a su padre, pero tampoco quería dejarlo solo. Estuvo esperando un rato. Luego,

al ver el movimiento de sus hombros, pese a que no hacía ningún ruido, se dio cuenta de que estaba llorando.

No pudo reprimirse. Tenía que consolarlo. Volvió a acercarse al piano y lo abrazó.

—¿Crees que no quiero a mi hermano? —logró articular, al cabo de un poco.

—Ya sé que lo quieres.

—Sí, quiero a mi hermano. ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

—No lo sé, padre.

Ladeó la cara para mirarla. Las lágrimas le rodaban por las mejillas hasta impregnarle el bigote.

—Prométeme, Sarah, prométeme que tú no harás nunca lo que hizo Herman.

—¿Quieres que te lo prometa?

—No podría soportarlo.

Tardó sólo un minuto en responder.

—Lo prometo.

Quizá fuera mejor así.

El estrecho de Verrazano

❧ 1968 ❧

Todo el mundo convenía en que a Gorham Master se le presentaba un gran porvenir. Tenía seguridad en sí mismo. Sabía muy bien lo que quería, lo tenía todo bien atado y no estaba dispuesto a aceptar cortapisas.

En Groton había obtenido unos resultados impresionantes, y ahora

estaba en segundo curso en Harvard. Aparte de sus estudios, para él también era muy importante el béisbol. Ya había demostrado sobradamente un auténtico instinto de predador para reaccionar no bien salía disparada la pelota. Gorham era popular entre los hombres y también entre las mujeres. Los de clase alta lo apreciaban porque era de los suyos; los demás, porque era sociable, educado y buen deportista. Dentro de unos años, los patronos iban a emplearlo porque era inteligente y trabajador, y tenía capacidad de adaptación.

Sus amigos más próximos conocían un par más de sus rasgos de carácter. El

primero era que, aunque no le faltaba valentía, tendía al conservadurismo y a la prudencia. El segundo, que estaba relacionado con el primero, era que estaba decidido a ser lo más distinto posible de su padre.

No obstante, su padre era la razón por la que había regresado de Harvard a Nueva York aquel gélido fin de semana de febrero.

El mensaje que le había mandado su madre el miércoles era claro: «Acude lo antes posible». Cuando llegó a su casa de Staten Island el sábado por la tarde,

Julie tampoco se anduvo con rodeos.

—Ya sabes que hacía un par de años que no veía a tu padre hasta que me llamó la otra noche. Quería despedirse, de modo que fui, y no me arrepiento.

—¿Es tan grave su estado?

—Sí. El médico le diagnosticó un cáncer. El pronóstico es que no va a durar mucho, y yo espero, por su bien, que así sea. Por eso te dije que vinieras de inmediato.

—No me hago a la idea.

—Bueno, tienes tiempo hasta mañana. Y Gorham —añadió con firmeza—, sé amable.

—Siempre lo soy.

Julie le dirigió una mirada cargada de intención.

—Más vale que no inicies ninguna discusión.

El domingo por la mañana, cuando el transbordador comenzó a cruzar la amplia bahía, soplaban un helado viento del este. ¿Cuántas veces habría tomado ese barco con su padre, de niño?, se preguntó Gorham. ¿Doscientas? ¿Trescientas? No lo sabía. De lo que sí estaba seguro era de que cada vez que había realizado el trayecto, al contemplar la perspectiva de Manhattan,

se había jurado que iba a vivir allí. Ahora la volvía a tener ante sí. Aunque cubierta de un desolador manto gris en aquella mañana de febrero, seguía manteniendo el mismo atractivo para él.

Aquello había cambiado bastante desde su infancia, por supuesto. La primera línea contigua al agua había experimentado una total transformación. Cuando era niño, los muelles de la parte sur de Manhattan aún estaban abarrotados de hombres que descargaban los barcos de mercancías. Los estibadores eran la aristocracia de aquellos obreros. Luego habían llegado los grandes contenedores, que habían

desplazado a aquellos barcos y reducido a mínimos el trabajo de aquella gente en los muelles, incluso en los de Brooklyn. Las nuevas instalaciones, con sus gigantescas grúas, se encontraban localizadas ahora en los puertos de Newark y Elizabeth, situados ambos en Nueva Jersey. Los buques de pasajeros aún llegaban por el Hudson hasta los embarcaderos del West Side, pero por más espléndidos que fueran aquellos transatlánticos, los muelles eran sólo un pálido recuerdo de lo que fueron antaño.

Gorham tenía la impresión de que estaban ordenando y racionalizando la ciudad. La poderosa mano de Robert

Moses había seguido disponiendo autopistas para los coches y para los enormes camiones que ahora distribuían las mercancías en las calles del centro, provocando frecuentes atascos. Moses también se había propuesto limpiar los barrios bajos, y en numerosos puntos contiguos al East River surgían en su lugar edificios altos, en aplicación de los denominados planes de renovación urbana. Estaba desapareciendo también la multitud de pequeñas y medianas fábricas asentadas en los barrios más pobres, especialmente en Brooklyn y en las zonas costeras de Nueva York, aquellas sucias, chirriantes y humildes

empresas que fueron el motor de la riqueza de la ciudad.

No obstante, aun cuando el carácter de Manhattan hubiera cambiado, los servicios tomaran el relevo de las manufacturas, Ellis Island permaneciera cerrada desde hacía tiempo y las grandes riadas de emigrantes que afluían a Nueva York estuvieran reguladas y sustituidas por una infiltración mucho menos visible a través de las fronteras del país, la gran ciudad de Nueva York aún albergaba en sus cinco distritos pujantes comunidades provenientes de todos los rincones de la Tierra.

Algunos de sus amigos de Harvard

consideraban que estaba loco con su proyecto de querer vivir en Nueva York. La ciudad había sufrido, en efecto, graves problemas durante los años precedentes. A causa de su presupuesto deficitario, los impuestos no paraban de aumentar. Por aquel entonces había un promedio de casi tres asesinatos por día en Manhattan. Las grandes compañías, que solían instalarse en Nueva York desde comienzos de siglo, habían trasladado sus sedes a otras ciudades. Aun así, para Gorham Master Nueva York seguía siendo el centro del mundo. En cuanto acabara los estudios pensaba vivir allí. Aunque alguien le ofreciera un

magnífico empleo, con un espléndido sueldo, en otro lugar, lo rechazaría a cambio de un trabajo aceptable en Nueva York. Lo único que no había previsto, era que su padre ya no fuera a estar allí.

Tenía que reconocer que, pese a sus defectos, la vida con Charlie Master nunca resultaba aburrida. A lo largo de las dos décadas anteriores, el mundo había cambiado muy deprisa a su alrededor. Las certezas de los años cincuenta habían quedado puestas en tela de juicio, al igual que las limitaciones. Con ello habían llegado nuevas libertades y nuevos peligros.

Lo curioso era, cayó en la cuenta Gorham, que había aprendido más de cada cambio con su propio padre que con la gente de su edad. Mientras estaba en el instituto, había sido Charlie el que había participado en las marchas en defensa de los derechos civiles y el que le había hecho escuchar las grabaciones de Martin Luther King. Ninguno de los dos consideraba que la guerra de Vietnam fuera una buena causa, pero mientras Gorham se conformaba con esperar a que quizá ya no reclutasen más soldados para cuando hubiera terminado sus estudios en Harvard, su padre se había atraído enemistades escribiendo

artículos en contra de la guerra.

Gorham podía respetar a su padre al menos en lo tocante a sus posturas políticas, pero no ocurría lo mismo con algunas de sus otras actividades. Era Charlie y no él quien conocía a todos los grupos de música, quien le explicaba sus experiencias psicodélicas a él y quien comenzó a fumar hachís.

—A mí no me importa que papá tenga un espíritu joven —se había quejado en más de una ocasión Gorham a su madre—, pero eso no implica que tenga que volverse cada vez más joven.

Durante los dos años anteriores, el modo de vida de su padre había

provocado ciertas fricciones entre ellos. Gorham no estaba escandalizado; simplemente pensaba que Charlie se estaba convirtiendo en un adolescente de edad madura.

Con o sin tendencias adolescentes, lo cierto era que en los últimos años de su vida, Charlie había logrado un gran éxito. Después de pasar años tratando de escribir obras de teatro, había quedado fascinado por la televisión y había ganado bastante dinero como escritor de comedias. Luego, sin decirle nada a Gorham, había publicado su novela.

El transbordador se encontraba ya en el centro de la bahía. Al volver la vista

atrás, Gorham contempló el gran puente de Verrazano y sacudió la cabeza con una sonrisa. Fueran cuales fuesen los defectos de su padre, le divirtió constatar que durante el resto de su vida, siempre que mirase aquel enorme punto de referencia de Nueva York, se vería obligado a acordarse de él.

El estrecho de Verrazano había resultado un título muy acertado. Eran pocas las personas que se acordaban de que el primer europeo que llegó a la bahía de Nueva York, hacia comienzos del siglo XVI, había sido el italiano Verrazano. Todo el mundo conocía la existencia de Hudson, pese a que en

realidad había llegado allí más de ochenta años después, pero Verrazano había quedado relegado al olvido. Durante años la comunidad italiana había estado reclamando el reconocimiento del gran navegante. Cuando se construyó aquel vasto puente en la entrada de la bahía de Nueva York, los italianos pidieron que le pusieran su nombre. Robert Moses se opuso, pero los italianos presionaron al gobernador Nelson Rockefeller y al final se salieron con la suya. De hecho, al gran puente colgante que unía Staten Island y Brooklyn le sentaba bien tener un apellido italiano, porque era uno de los

puentes más elegantes que jamás se habían construido.

El estrecho de Verrazano, de Charles Master, se publicó en 1964, el mismo mes en que se inauguró el puente. Era una novela, pero casi se leía como un poema. La gente la comparaba con un gran libro de los años cuarenta: *En Grand Central Station me senté y lloré*. *El estrecho de Verrazano* era el relato de la relación amorosa de un hombre que vive con su hijo en Staten Island y mantiene un apasionado romance con una mujer de Brooklyn. La palabra «estrecho» incluida en el título también evocaba la estrechez de mente y los

prejuicios que la pareja había tenido que afrontar. Gorham sospechaba que la historia tenía algún trasfondo biográfico, aunque lo cierto era que su padre nunca había dado el menor indicio, ni a él ni a nadie, de la identidad de la mujer. En cualquier caso, había sido un tremendo éxito literario y se había hecho una película basada en la novela. Charlie había realizado una gira por el país, a raíz de la cual había trabado amistad con varias personas de San Francisco, había pasado una temporada en la costa Oeste y aprendido a fumar marihuana.

Tras bajar del transbordador, Gorham tomó el metro. Había muy poca

gente. En el otro extremo del vagón, un par de negros le lanzaron miradas subrepticias. Maldijo su imprudencia. Aunque probablemente eran inofensivos, en aquellos tiempos había que tener mucho cuidado. Los habitantes de Manhattan desarrollaban una especie de antenas con las que captaban las señales de aviso ante la proximidad del peligro. Ese día, para colmo, llevaba dinero encima. No debía haber entrado así, en un vagón de metro casi vacío.

¿Era sensato sospechar de dos hombres sólo porque eran negros? ¿Era correcto por parte de alguien como él, que conocía de memoria párrafos

enteros de los discursos de Martin Luther King? No. La gente tenía a menudo ese reflejo, sin embargo. Los dos negros siguieron charlando tranquilamente, sin hacerle caso, durante varios tramos de estaciones. Luego subieron otros pasajeros y los dos se bajaron.

Gorham salió del metro en Lexington Avenue. Tenía que caminar una manzana tan sólo hasta Park Avenue. Al llegar a la boca del metro, se volvió. Luego lanzó una maldición, antes de bajarse de la acera para echar a andar por la calzada.

El motivo era la basura, que se

acumulaba en montículos de bolsas negras en la acera, formando una interminable hilera.

Nueva York era la ciudad de las huelgas. Dos años atrás había sido la del transporte. Si bien no había conseguido paralizar la ciudad, porque los neoyorquinos se desplazaron a pie hasta el trabajo, sí había logrado dañar su reputación. Ahora eran los recolectores de residuos los que estaban de huelga. El alcalde John Lindsay era un hombre bienintencionado y honesto, pero estaba por ver si sería capaz de controlar la turbulenta urbe y solucionar sus problemas económicos. Mientras tanto,

los montones de bolsas de basura no cesaban de crecer en las aceras. Lo único bueno era que estaban en febrero. No quería ni pensar en la pestilencia que habrían desprendido en pleno mes de agosto.

De manera que Charlie Master se moría mientras la basura se acumulaba en las calles. Gorham tuvo la irracional idea de que a su padre aquella ciudad que tanto amaba le estaba despidiendo con un insulto.

No obstante, al llegar a Park Avenue, encontró a su padre mucho más animado de lo que esperaba.

Después del fallecimiento de Rose,

ocurrido a comienzos de la década, Charlie se había quedado con su apartamento. Durante un tiempo había conservado su antigua vivienda de la calle Setenta y Ocho, utilizada como galería para sus fotos. Después renunció a ella para usar el otro dormitorio de que disponía en Park Avenue como almacén provisional. Había hablado de su intención de alquilar un pequeño estudio en el centro ese año, pero Gorham suponía que ya habría renunciado al proyecto.

Mabel, el ama de llaves de su abuela, cuidaba de Charlie, y una enfermera acudía a atenderlo un par de

veces por semana. En la medida de lo posible, Charlie prefería quedarse en su casa hasta el final.

Cuando entró en el salón, Gorham lo encontró vestido y sentado en un sillón. Aunque se lo veía delgado y pálido, lo recibió con una jovial sonrisa.

—Qué alegría verte, Gorham.
¿Cómo has venido?

—En tren.

—¿No cogiste el avión? Parece que hoy en día todo el mundo va en avión. Los aeropuertos no paran de crecer. — Era verdad. Los tres aeropuertos, Newark, JFK y La Guardia, soportaban un tráfico cada vez mayor. La ciudad se

había convertido en un gran centro de conexiones, tanto a nivel nacional como internacional—. No sé adónde deben ir todos esos pasajeros.

—Quizá venga en avión la próxima vez.

—Sí, es mejor. ¿Has venido sólo para el fin de semana?

Gorham asintió. Luego lo invadió un intenso sentimiento de culpa. ¿En qué estaría pensando? Aquel hombre era su padre, que se estaba muriendo.

—Podría quedarme...

—No. Prefiero que sigas estudiando. Te llamaré cuando te necesite. —Volvió a sonreír—. Estoy muy contento de

verte.

—¿Quieres que te traiga algo?

—Supongo que no tendrás marihuana ¿no?

—Lo siento, papá. No tengo — contestó Gorham, reprimiendo la exclamación de indignación que habría emitido de no haberse contenido.

Aquella era una de las causas de fricción entre ellos. Gorham había fumado marihuana una sola vez en la vida, el fin de semana después de concluir sus estudios de secundaria, en 1966. Se acordaba de sus dudas y de los argumentos que habían empleado sus amigos para convencerlo, como que Bob

Dylan había hecho probar la marihuana a los Beatles allí en Nueva York, en el sesenta y cuatro, y que a partir de entonces habían creado sus mejores canciones. En realidad, no tenía ni idea de si era verídica aquella información.

En cualquier caso, no había vuelto a fumar. Tal vez no le había gustado la primera vez, o quizá se debía a su prudencia y a su tendencia conservadora innatas. Tenía amigos que consumían LSD y conocía sus estragos. Para él, las drogas duras y blandas iban a la par. De todas maneras, Gorham salía con un grupo de amigos que en general no consumían drogas y encontraba

incómodo que su padre sí lo hiciera.

—Parece que afuera está todo hecho un desastre, con bolsas de basura por todas partes.

—Sí.

—Nada empaña nuestro afecto por la ciudad, sin embargo.

—Muy cierto.

—Supongo que todavía quieres venir a trabajar de banquero aquí, ¿no?

—A seguir la tradición de la familia. Exceptuándote a ti, claro.

No sabía si había dejado asomar un tono de reprensión en su voz. Su padre, en todo caso, había optado por no captarlo.

—¿Te acuerdas del dólar de plata Morgan que te dio tu abuela cuando eras niño? No tiene nada que ver con la banca Morgan, ¿sabes? Es el nombre del que diseñó la moneda.

—¿Que si me acuerdo? No me desprendo de él. Es mi talismán, la insignia de mi destino. —Gorham sonrió con timidez—. Es una actitud un poco infantil, supongo.

El dólar de plata tenía, de hecho, un significado con connotaciones más críticas. Era el recordatorio del pasado de la familia y de su dedicación a la banca y al comercio, en la época en que aún tenían dinero... un dinero que su

estrambótico padre ni siquiera había intentado recuperar.

Gorham advirtió, con sorpresa, que su padre parecía encantado.

—Estupendo, Gorham. Tu abuela estaría contenta... Ella quería darte algo que tuviera un valor para ti. ¿Así que intentarás colocarte en un banco en cuanto te gradúes?

—Exacto.

—Es una lástima que mi padre ya no esté aquí, porque podría haberte ayudado. Yo, por mi parte, conozco algunos banqueros con los que contactar.

—No hace falta.

—A ellos les gustan las personas

como tú.

—Eso espero.

—¿Te preocupa que te llamen a filas?

—Por ahora no, pero podría tocarme cuando acabe la universidad. Quizá vaya a Divinity u otra por el estilo. Eso es lo que hacen muchos para no tener que ir al ejército.

—Martin Luther King afirma que la guerra es inmoral. Pero no creo que tú quieras participar en las protestas.

—No me voy a implicar demasiado.

—Deberías ir a una escuela de empresariales después y sacarte un máster en administración de empresas.

—Mi intención es trabajar unos cuantos años y después ir a Columbia.

—¿Entonces te casarás, después del máster?

—Cuando llegue a vicepresidente. O por lo menos asistente de vicepresidente. Sí, con eso bastaría, si encontrara a la persona adecuada.

—¿Una buena esposa de ejecutivo?

—Creo que sí.

—Ya. Tu propia madre habría sido la esposa ideal para un ejecutivo. —Abrió una pausa—. Las cosas no siempre salen como las habíamos previsto, Gorham.

—Ya lo sé.

—Yo en tu lugar, conservaría este apartamento. Los gastos mensuales no son muy elevados... Yo dejaré lo suficiente para sufragarlos. Estando en un buen edificio te ahorrarás muchos problemas.

—No quiero pensar en eso, papá.

—No tienes que pensarlo. Así serán sencillamente las cosas. Este sitio te encaja mejor a ti que a mí. Yo debía haberme trasladado al Soho. —Exhaló un suspiro—. Fue un error por mi parte no hacerlo.

La palabra Soho era el acrónimo de Sur de Houston Street. Se trataba de una tranquila zona de calles adoquinadas

ocupadas por antiguos almacenes donde los artistas podían conseguir estudios o buhardillas por muy poco dinero. Quedaba a corta distancia de Greenwich Village. Gorham comprendía que su padre se habría encontrado a gusto allí. Estaba pensando cómo debía responder cuando Charlie se le adelantó.

—¿Sabes qué es lo que me apetece? Quiero ver el Guggenheim. ¿Me llevas?

Cogieron un taxi. Charlie parecía algo débil, pero cuando llegaron a la esquina de la Quinta con la Ochenta y Nueve, se le notaba algo más enérgico.

Aun cuando la obra maestra de Frank Lloyd Wright no era del agrado de

todo el mundo, Gorham entendía que le gustara a su padre. Las paredes blancas del museo y su desarrollo cilíndrico, semejante a un cono puesto al revés, representaban un contraste y una rebelión contra buena parte de la reciente arquitectura pública de la ciudad. Las enormes torres de vidrio que habían ido surgiendo desde finales de los años cincuenta indignaban a Charlie Master. Las leyes que habían obligado a los arquitectos a encontrar creativos diseños para reducir la superficie de las plantas más elevadas de la anterior generación de rascacielos se habían vuelto mucho menos

restrictivas. Ahora había enormes muñones de vidrio y metal, de punta chata, que con sus cuarenta pisos como mínimo impedían ver el cielo. Para compensar, debían dejar espacios despejados tipo plaza en su base, para uso público. En la práctica, no obstante, estos espacios eran a menudo fríos, desangelados y poco concurridos. Las torres de vidrio en sí mismas eran «feas y aburridas», según se lamentaba Charlie. A él le enfurecía en especial un grupo de rascacielos de un grupo bancario situados en Park Avenue que parecía considerar como una afrenta personal dispuestos en la avenida donde

él vivía.

La extraña forma curva del Guggenheim, en cambio, era orgánica, como una planta mística. A Charlie le entusiasmaba. Ese día se conformó con mirar el edificio desde afuera. Luego le dijo a Gorham que le gustaría pasear un poco por la Quinta Avenida.

Aun cuando el volumen de vehículos que circulaban por las calles de la ciudad no había cesado de aumentar en las dos últimas décadas, el tráfico se veía aliviado por una nueva medida: la mayoría de las grandes avenidas eran entonces de un solo sentido. La amplia Park Avenue tenía carriles dobles que

permitían circular en ambos sentidos, pero al oeste de ella, la Madison facilitaba el tráfico hacia el norte y la Quinta hacia el sur. Pasear por la Quinta un domingo por la mañana, sobre todo de febrero, resultaba una experiencia tranquila. Para evitar la basura, caminaron al lado del parque.

La Milla de los Museos, como la denominaba la gente, era un tramo muy agradable para pasear. Después del Guggenheim pasaron frente a unos preciosos edificios de apartamentos. Luego bordearon la larga fachada neoclásica del Metropolitan Museum y continuaron unas diez manzanas en

dirección al Frick. Charlie caminaba algo despacio, pero parecía decidido a proseguir y, de vez en cuando, tendía la mirada sobre Central Park para admirar el paisaje invernal, según suponía Gorham. Cuando llegaron a la altura del Frick, lanzó un suspiro.

—Estoy un poco cansado ahora, Gorham —reconoció—. Creo que será mejor que volvamos en taxi. —Aunque Gorham consideraba que era un trayecto bastante corto, no quiso discutir, y al cabo de un momento llegó un taxi amarillo. Una vez dentro, Charlie sonrió con ironía—. No he podido encontrar lo que quería.

—¿Qué era?

—Un tipo con una gorra de béisbol roja. Suele estar en el parque por esta zona. Tiene buen material.

—Ah.

De modo que la expedición tenía por objeto comprar marihuana, constató Gorham con un asomo de enojo que no dejó de advertir su padre.

—Debes comprender algo, Gorham —dijo con calma—. Sirve de ayuda contra el dolor.

Cuando volvieron al apartamento, Mabel les tenía preparada sopa y una comida ligera. Mientras comían, estuvieron charlando, sobre todo de las

cosas que habían hecho juntos cuando Gorham era niño.

—Quiero pedirte que hagas algo por mí, Gorham, cuando todo haya acabado —dijo después Charlie.

—Desde luego.

—En el escritorio hay un papel con una lista de nombres y direcciones. ¿Quieres traerlo? —Gorham le llevó la lista, en la que había en torno a una docena de nombres—. La mayoría de las personas que constan aquí son amigos. Verás que está mi médico, un miembro de la familia Keller y otros más. Les he dejado pequeños recuerdos en mi testamento, poca cosa, pero sería muy

amable de tu parte que se los entregaras diciendo que yo te pedí que lo hicieras. Es que prefiero que reciban los regalos de tu mano que por correo enviados por mi abogado. ¿Querrás hacerlo?

—Ya te he dicho que sí. —Gorham repasó la lista. Conocía al médico y varios más. Otros nombres le resultaban desconocidos—. ¿Sarah Adler?

—Es propietaria de una galería, donde adquiriré algunos cuadros. Es posible que te dé algo si le caes bien. ¿Entregarás lo que les dejo a todos?

—Descuida.

—Me encuentro un poco cansado ahora, Gorham. Voy a dormir un rato.

Creo que deberías volver a la universidad.

—Volveré el próximo fin de semana.

—Espera dos semanas. El fin de semana que viene tengo algunas cosas pendientes y para ti es un viaje largo. Con dos semanas bastará.

Como veía que su padre estaba cada vez más cansado, Gorham prefirió no contradecirle. Después de despedirse de Charlie, le dijo a Mabel que la llamaría por teléfono para tener noticias de su estado.

Una vez afuera, se dio cuenta de que le quedaba más de una hora antes del próximo tren con destino a Boston, de

modo que decidió caminar un poco para tomar el aire. Tras cruzar las avenidas Madison y Quinta, entró en Central Park.

Los árboles estaban sin hojas y había nieve en el suelo, pero el aire era seco y vigorizante. Mientras repasaba lo sucedido durante el día, llegó a la conclusión de que podría haber sido mucho peor. No había criticado a su padre ni había perdido los estribos en ningún momento. Gracias a Dios, habían tenido un encuentro lleno de cariño y armonía.

¿Cuánto tiempo debía de quedarle a su padre? Algunos meses sin duda, por lo menos. Lo visitaría muchas veces más

y procuraría que pasara lo mejor posible sus últimos días.

Llevaba unos diez minutos caminando cuando vio al individuo de la gorra de béisbol roja parado junto a un árbol.

Era un negro de más de metro ochenta de altura, vestido con un abrigo negro largo y una bufanda negra con varias vueltas alrededor del cuello. Tenía los hombros encogidos. Cuando Gorham se acercó, lo miró, aunque sin grandes esperanzas. Cuando pasó a su lado, pregonó de forma automática la mercancía sin mucha convicción: «¿María? ¿Hierba?». Dejándose llevar

también por el automatismo, Gorham siguió adelante, tratando de no escucharlo.

Se había alejado un poco cuando volvió a recordar las palabras de su padre. «Sirve de ayuda contra el dolor». Había leído algo sobre personas aquejadas de cáncer que fumaban marihuana. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, también tomaban otras drogas para aliviar el dolor. Quizá su médico pudiera recetarle esa droga. Él no tenía idea de si se podía. Seguramente no, porque de lo contrario Charlie no habría intentado comprarla en el parque.

Consultó el reloj. Aún le quedaba

tiempo antes de ir a la estación.

¿Qué decía exactamente la ley? Al individuo de la gorra roja podían detenerlo, sin duda, por vender la mercancía. ¿Y qué sucedía con el comprador? En posesión de una sustancia ilegal... podían detenerlo a uno por eso, estaba seguro. ¿Qué consecuencias tendría para sus posibilidades de entrar a trabajar en un banco si lo detenían en Central Park? No había forma de saberlo, así que siguió caminando.

¿De modo que iba a dejar sufrir a su padre? ¿A su pobre padre que, a su manera un tanto alocada, siempre había

sido bueno con él? ¿Su padre, que sin tener nada en común con él, lo trataba con toda la consideración que podría haber reservado para un alma gemela? ¿El padre que tranquilamente había fingido no percatarse de los breves momentos de irritación que él mismo había sido incapaz de disimular del todo incluso en compañía de un moribundo?

Dio media vuelta. El tipo de la gorra roja seguía en el mismo sitio. Miró en derredor. A menos que hubiera alguien escondido detrás de un árbol, eran los únicos ocupantes de aquel sector del parque. Se acercó al traficante.

El hombre le dirigió una mirada

inquisitiva. Tenía una cara enjuta y una pequeña barba desgreñada.

—¿Cuánto?

—¿A cómo lo vende?

El hombre dijo algo, pero Gorham apenas se enteró del precio porque estaba mirando en torno a sí con nerviosismo.

—Me llevaré quince gramos —se apresuró a decir.

Si el individuo se llevó una sorpresa, no la evidenció. Del bolsillo empezó a sacar bolsitas de plástico. Gorham suponía que le daría los quince gramos, que ya sabía que era mucho, pero no tenía ni idea de lo que hacía.

Cogió las bolsitas y tras metérselas precipitadamente en el bolsillo de los pantalones, debajo del abrigo, se dispuso a marcharse.

—No me has pagado, chico —
señaló el vendedor.

—Ah, sí. —Gorham sacó unos cuantos billetes—. ¿Es suficiente con esto? —El pánico se adueñaba ya de él.

—Es suficiente —aseguró el
traficante.

Debía de ser demasiado, pero en ese momento a Gorham le daba igual. Lo único que quería era alejarse de allí. Se fue a toda prisa por el sendero y sólo se volvió a mirar una vez, con la esperanza

de que el vendedor se hubiera esfumado. Seguía plantado allí, sin embargo. Gorham siguió el sendero hasta la confluencia con otro y después torció hacia el este en dirección a una salida que daba a la Quinta. Gracias a Dios, ya había perdido de vista a aquel tipo.

Acababa de poner los pies en la acera de la Quinta cuando vio al policía. Sabía qué debía hacer. Tenía que adoptar un aire desenvuelto. Al fin y al cabo, él era un respetable joven de tendencias conservadoras, alumno de Harvard, que iba a convertirse en banquero, no un joven con quince gramos de marihuana en el bolsillo. Sin

poder evitarlo, se quedó paralizado. Seguramente tenía el mismo aspecto de la persona que acaba de cometer un asesinato.

El policía, que lo estaba observando, se acercó a él.

—Buenas tardes, agente —dijo Gorham, y hasta le sonó absurdo el saludo.

—¿Viene del parque? —preguntó el policía.

—Sí —respondió Gorham, que ya estaba recobrando el aplomo—. Necesitaba caminar. —Como el policía aún seguía observándolo, Gorham sonrió con tristeza—. ¿Estoy pálido?

—Más bien.

—Creo que será mejor que me tome un café antes de volver. —Bajó la cabeza con grave ademán—. No he tenido un buen día. Mi padre tiene cáncer. —Y entonces, puesto que era verdad, sintió que le afloraban las lágrimas a los ojos.

El policía se percató de ello.

—Lo siento —dijo—. Si sigue por esta calle hasta Lexington, encontrará un sitio donde tomar café.

—Gracias.

Cruzó la Quinta y siguió directo hasta Lexington. Luego giró en dirección norte, continuó varias manzanas y

regresó a Park Avenue.

Su padre aún estaba levantado cuando Mabel lo hizo pasar. Estaba sentado en el sillón, pero desplomado sobre un brazo, con la cara demacrada. El esfuerzo de aquel día debía de haberle restado muchas fuerzas.

—He encontrado al tipo de la gorra de béisbol roja —se apresuró a anunciar Gorham, al tiempo que descargaba el contenido del bolsillo—. Por poco me detienen —añadió, sonriendo.

Charlie tardó un momento en reunir algo de energía, pero cuando lo hizo, miró a Gorham con enternecedora gratitud.

—¿Has hecho eso por mí?

—Sí —dijo Gorham.

Después le dio un beso.

Después del anochecer

❧ 1977 ❧

El miércoles 13 de julio, al caer la tarde, el ambiente, que había sido cálido y bochornoso todo el día, se volvió opresivo. Parecía que iba a estallar una tormenta. Dejando a un lado aquella circunstancia, Gorham no tenía ninguna otra expectativa para la velada... aparte de ver a su buen amigo Juan, por supuesto.

Gorham iba pertrechado con un

amplio paraguas mientras caminaba deprisa hacia el norte desde su apartamento de Park Avenue. Sólo veía a Juan una vez cada seis meses, más o menos, pero siempre resultaba interesante el encuentro. Opuestos en todo, eran sin embargo amigos desde que estudiaron juntos en Columbia, y pese a que Gorham se enorgullecía de tener una variada red de amigos de todas las tendencias, siempre había sentido que Juan era especial.

—Es una lástima que mi padre esté muerto —le había dicho en una ocasión a Juan—. Le habrías caído muy bien.

Viniendo de Gorham, aquello era un

gran halago.

En el año 1977, Gorham Master podía afirmar que, al menos hasta el momento, su vida se había desarrollado tal como había planeado. Después de la muerte de su padre alquiló el apartamento de Park Avenue durante el resto de su estancia en Harvard y se quedó en casa de su madre en Staten Island cuando iba a la ciudad. Tuvo la suerte de que en los sorteos no le tocara ir al ejército. Después logró causar tan buena impresión en la facultad de empresariales de Columbia que lo aceptaron en el máster de administración de empresas sin previa experiencia

profesional. Gorham no quería pasar el tiempo con los compañeros; deseaba iniciar una carrera. Columbia había sido, de todos modos, una experiencia maravillosa. La facultad de empresariales le había proporcionado un sólido marco intelectual para organizar el resto de su vida y también diversos amigos interesantes, entre los que se contaba Juan Campos. Al salir con su máster en la mano se encontró a los veintipocos años en la envidiable posición de propietario de un apartamento de seis habitaciones en Park Avenue, sin hipoteca, y con dinero en metálico suficiente para pagar el

mantenimiento durante años... todo eso antes de empezar a trabajar.

Pese a que según los parámetros de su clase aquello no era sinónimo de riqueza, si hubiera tenido un carácter diferente la disponibilidad de tanto dinero en época tan temprana de su vida podría haber destruido a Gorham, quitándole el incentivo de trabajar. Por fortuna para él, no obstante, tenía una ambición tan firme de devolver a su familia la posición que antes ocupaba en la ciudad que, para él, aquello representaba sólo el primer paso, a saber, que al actual representante de la familia había que verlo iniciando su

carrera a partir de una posición de privilegio. El siguiente era encontrar un empleo en un banco importante. Después, tenía intención de hacer lo necesario para llegar a la cumbre. Su padre no había obtenido el éxito a la manera convencional, pero él sí lo iba a conseguir. Ésa era su misión.

No obstante, echaba de menos a Charlie, mucho más de lo que había previsto.

Charlie había muerto demasiado pronto; el mismo año de su muerte parecía proclamarlo. Aun con toda su estela de tragedias, 1968 fue un año extraordinario. Fue escenario del

fracaso de la Ofensiva Tet y de las masivas protestas organizadas en Nueva York en contra de la guerra de Vietnam. En abril se produjo el terrible asesinato de Martin Luther King, y en junio, el de Robert Kennedy. Hubo las memorables candidaturas de Nixon, Hubert Humphrey y Wallace a presidente. En Europa, la revolución estudiantil de París y la represión rusa de la Primavera de Praga habían alterado la historia del mundo occidental. Andy Warhol había recibido una herida de bala, Jackie Kennedy se había casado con Aristóteles Onassis. Ese año habían tenido lugar muchos acontecimientos

destacados de la historia moderna, y Charlie Master no había estado allí para presenciarlos y comentarlos. Era algo que le parecía ilógico, injusto.

Aun así, Gorham se alegraba casi de que su padre no hubiera vivido para ser testigo del rumbo que habían tomado las cosas en los años anteriores. Aquella deprimente huelga de basureros de comienzos del sesenta y ocho no había sido la culminación, sino el principio de las complicaciones de Nueva York. Año tras año, la gran urbe que tanto amaba su padre se iba deteriorando. Se habían realizado grandes esfuerzos para presentar la ciudad como un lugar

atractivo. Rescatando un término de argot que se empleaba en los años veinte para designar una gran ciudad, los expertos en marketing le habían puesto el apodo de la Gran Manzana e inventado un logotipo con sus iniciales. En Central Park se celebraban multitud de conciertos, obras de teatro y todo tipo de actividades. No obstante, detrás de toda aquella parafernalia, la ciudad se estaba disgregando. El parque se estaba convirtiendo en una zona semidesértica, donde no era recomendable caminar después del anochecer. Los delitos callejeros no cesaban de aumentar. Los barrios pobres

como Harlem y el sur del Bronx parecían sumidos en una fase de abandono terminal.

Finalmente, en 1975, la Gran Manzana confesó que estaba en bancarrota. Por lo visto, hacía años que se venían falsificando las cuentas. La ciudad había pedido préstamos a cuenta de ingresos que no tenía. Nadie quería comprar las emisiones de deuda de Nueva York y el presidente Ford se negaba a sacar de apuros a la ciudad a menos que se enmendara. Así lo interpretaba un memorable titular del *Daily News*: RESPUESTA DE FORD A LA CIUDAD: QUE OS PARTA UN

RAYO. La ayuda de emergencia proporcionada por los fondos sindicales había evitado el colapso total, pero la Gran Manzana se mantenía en un estado de crisis crónica.

Charlie se habría indignado con la humillación de Nueva York. Gorham habría deseado, con todo, tenerlo a su lado para poder hablar con él. Por más desacuerdos que tuvieran, Charlie era una persona activa, que se mantenía siempre informada y solía tener opiniones personales. Desde su fallecimiento, a Gorham no le había quedado más remedio que tratar de dilucidar solo el sentido del mundo y a

veces, cuando se encontraba a solas en su casa, se sentía bastante triste.

Había cumplido con todas las obligaciones relativas a su padre, por supuesto. Había entregado los pequeños detalles a sus amigos y escuchado las expresiones de cariño y aprecio que éstos habían tenido por Charlie. Aquélla había sido una misión agradable, con excepción de un caso. Sarah Adler se encontraba fuera de la ciudad, en un viaje por Europa. El regalo destinado a ella era un dibujo, pero como estaba muy bien envuelto, Gorham ignoraba de qué se trataba. En varias ocasiones había tenido intención de entregarlo,

pero siempre había surgido algún impedimento, y cuando transcurrió un año se sentía un tanto incómodo por haber esperado tanto. El regalo seguía, en su envoltorio, en un armario del apartamento. Algún día, se prometía a sí mismo, tomaría una determinación al respecto.

Su carrera en la banca tuvo un buen comienzo. La primera elección fue el tipo de banco en el que deseaba entrar. Gorham sabía que desde que la Ley Glass-Steagall de 1933 había regulado el sector de la banca después del gran crack, había que elegir entre dos tipos de carrera en la banca: la comercial, en

los bancos de las calles principales que gestionaban las cuentas de la gente normal, y los bancos de inversión, donde los financieros efectuaban sus tratos.

En un banco comercial había, según le decían, menos riesgos, menos frenesí de trabajo y probablemente un empleo para toda la vida. En un banco de inversión había más riesgos, aunque tal vez más compensaciones económicas. Globalmente, se sentía más atraído por la inmensa respetabilidad empresarial y el poder de los grandes bancos comerciales. Uno de éstos le ofreció un puesto que lo llenó de contento.

Aquella vida le resultaba grata. En vista de sus rápidos progresos en el programa de formación del banco, lo asignaron a la sección de automotores. Pasaba largas horas preparando las cuentas para los documentos de los créditos, pero trabajaba deprisa, sin desatender los detalles, y cuando tuvo ocasión de estudiar los documentos de los préstamos descubrió que poseía una facilidad natural para comprender los contratos y sus implicaciones. Además, a diferencia de algunos empleados surgidos de las clases altas, no le importaba trabajar, sino todo lo contrario.

—Veo que no te arredra el trabajo duro —le comentó un día su jefe después de una larga sesión.

—Ésa es la manera de subir la pendiente del aprendizaje —respondió alegremente Gorham.

Y cuando su jefe lo llevaba a conocer a los clientes se ganaba enseguida sus simpatías. Las reuniones con los clientes en la industria del motor se llevaban a cabo a un ritmo pausado, en el marco de los campos de golf. Aunque Charlie nunca había sido miembro de un club de campo, Gorham había aprendido a jugar al golf en Groton y nunca había abandonado aquel

deporte. En aquellas ocasiones se desenvolvía bien, cosa que no dejó de advertir su superior. Las relaciones con los clientes eran un aspecto importante en la banca.

Dos años atrás, Gorham había sido nombrado asistente de vicepresidente. Se encontraba propulsado en la dirección correcta. Lo único que necesitaba ahora para completar el cuadro era la perfecta esposa de ejecutivo. Había salido con varias chicas, pero ninguna le había parecido adecuada para ser la señora de Gorham Master. De todas maneras, aquello no le preocupaba. Tenía mucho tiempo por

delante.

A las siete y media, Maggie O'Donnell salió del edificio de pisos de alquiler de la calle Ochenta y Seis, torció por Madison, caminó varias manzanas, pasó por el Jackson Hole, donde compraba a veces hamburguesas, y siguió hasta llegar al diminuto y original restaurante donde, por un precio muy razonable, servían un menú con pocos platos a elegir, pero que variaba cada noche. Al estar situada en la punta norte del Upper East Side, la zona de Carnegie Hill estaba poblada por una

multitud de jóvenes profesionales que no desperdiciaban la ocasión de tomar una comida económica en un entorno especial, de modo que la media docena de mesas del pequeño restaurante casi siempre estaban ocupadas.

Iba a reunirse con su hermano Martin. Siempre y cuando éste se presentara.

Para ser justa con Martin, éste había sido bien claro. En la librería donde trabajaba contaban con la presencia de un escritor esa noche. Si lo necesitaban tendría que quedarse; si no, se reuniría con ella en el restaurante.

Maggie había organizado con

eficiencia su tiempo. Había planificado su cita con el médico, para una revisión, a las cinco y media, en Park Avenue con la Ochenta. Con eso le quedaba margen suficiente para volver a casa, hacer la colada de la que no había podido ocuparse el fin de semana anterior y luego ir al restaurante. Después de comer, iría en taxi a su oficina de Midtown, donde trabajaría hasta las doce o la una en un contrato que estaba preparando. Era abogada, trabajaba para Branch & Cabell. A diferencia de los jóvenes asociados de los grandes gabinetes de abogados de Manhattan, trabajaba con ahínco. Los abogados de

Branch & Cabell eran poco menos que inmortales: no necesitaban tomarse un respiro para descansar o dormir. Trabajaban en su rascacielos revestido de planchas de madera, asesorando a los poderosos, y luego enviaban sus abultadas minutas por las horas extras realizadas.

Maggie estaba satisfecha con su vida. Había nacido en la ciudad, pero cuando tenía ocho años sus padres se habían mudado. Su padre Patrick, de quien a veces sospechaba que estaba más interesado en el béisbol que en su profesión de agente de seguros, siempre decía que después de que los Giants se

trasladaran a San Francisco y los Dodgers a Los Ángeles, no veía ninguna razón para permanecer allí. Lo cierto era que la suya fue una más entre los cientos de miles de familias blancas de clase media que, en los años cincuenta y sesenta, abandonaron las cada vez más conflictivas calles de Manhattan para instalarse en los tranquilos barrios periféricos.

A sus padres les causó inquietud que su hermano regresara a la ciudad en 1969. Su preocupación fue mayor incluso cuando ella empezó a trabajar para Branch & Cabell. Insistieron en ver su apartamento antes de que lo alquilase,

y cuando les comentó que tenía intención de ir a correr en torno al depósito de Central Park, que quedaba a tan sólo unos minutos de su casa, le hicieron prometer que nunca lo haría sola ni después de anochecer.

—Sólo correré a las horas en que lo hacen los demás —les aseguró. De hecho, en los meses de verano, cuando salía a las siete de la mañana, ya había decenas de personas corriendo—. Jackie Onassis también hace *jogging* alrededor del depósito —le dijo a su madre.

Ella nunca había visto a Jackie Onassis, pero había oído decir que era

verdad, y creía que con ello tranquilizaría a su madre.

Aquel verano, además, surgió otra amenaza que los tenía en vilo.

—Espero que la policía atrape a ese horrible personaje —repetía su madre siempre que la llamaba.

Maggie comprendía su ansiedad. El Hijo de Sam, como se hacía llamar, había hecho cundir el miedo entre multitud de personas a lo largo de los últimos meses, disparando a mujeres jóvenes y enviando extrañas cartas a la policía y a un periodista en las que afirmaba que volvería a atacar. Hasta el momento había actuado en Queens y en

el Bronx, pero de nada servía que le recordara aquel detalle a su madre.

—¿Y cómo sabes que no va a atacar en Manhattan la próxima vez? —replicaba ella, ante lo cual Maggie no tenía ninguna respuesta coherente.

Había hecho un bochorno espantoso todo el día. Parecía que se preparaba una grave ola de calor. Se había puesto una falda y una blusa de algodón ligero y tenía ganas de tomar una bebida bien fría.

Juan Campos esperaba en la acera. También él había reparado en el

sofocante y húmedo calor, y en ese momento percibía la electricidad que cargaba el aire, presagiando el inminente estallido de un trueno.

Tendió la mirada hacia Central Park. Su novia Janet vivía en el West Side, en la Ochenta y Ocho, cerca de Amsterdam. Atravesaba el parque para reunirse con él.

Por la esquina de la Tercera Avenida llegó, con estruendo de sirenas y de claxon, una ambulancia que se alejó a toda velocidad hacia Madison. Aquello no tenía nada de extraordinario. En la Noventa y Seis Este siempre había ruido de ambulancias, porque el hospital

quedaba muy cerca.

Juan se encontraba en la confluencia de la Noventa y Seis con Park Avenue. El piso al que se había trasladado hacía poco estaba al otro lado de la avenida Lexington, al norte. Tenía un subarriendo para un año y no sabía si podría quedarse más tiempo. Hasta el momento, en su vida nada había sido seguro, de modo que no suponía que aquello fuera a cambiar. De todas maneras había siempre una constante: todavía vivía en la parte norte de la gran línea divisoria.

La gran línea divisoria era su calle, la Noventa y Seis. Era una vía transversal, por supuesto, al igual que la

Ochenta y seis, la Setenta y Dos, la Cincuenta y Siete, la Cuarenta y Dos, la Treinta y Cuatro y la Veintitrés, con circulación en ambos sentidos. Aun cuando cada una de aquellas grandes calles tuviera su carácter particular, en el año 1977 la calle Noventa y Seis era algo absolutamente especial, porque cumplía la función de frontera entre dos mundos. Por debajo de la Noventa y Seis quedaban el Upper East y el Upper West Side. Arriba comenzaba Harlem, un sector adonde nunca iban las personas como su amigo Gorham Master. No obstante, la gente que daba por sentado que la población de Harlem

se componía sólo de negros se equivocaba en redondo. En Harlem había muchas otras comunidades, aunque la más numerosa, con diferencia, se concentraba en la parte sur, por encima de la Noventa y Seis y al este de la Quinta.

Allí se encontraba el Barrio, el Spanish Harlem, el hogar de los puertorriqueños.

Juan Campos era puertorriqueño y había vivido en el Barrio toda su vida. Su padre había muerto cuando tenía siete años y su madre, María, había tenido que trabajar mucho, en labores de limpieza sobre todo, para sacar adelante

a su hijo.

La vida en el Barrio era dura, pero María Campos tenía un gran temple. Estaba orgullosa de su herencia. Le gustaba cocinar los sabrosos platos aromatizados de especias de la cocina puertorriqueña, donde confluían las tradiciones española, taína y africana. La sopa de judías negras, el pollo con arroz, los estofados, el mofongo y las frituras, el coco y el plátano macho, el quingombó y la fruta de la pasión componían los fundamentos de la dieta de Juan. A veces María salía a bailar para disfrutar del frenético son de la bomba o de la animada guaracha.

Aquéllas eran las únicas ocasiones en que Juan la veía realmente feliz.

A María Campos la movía, por encima de todo, una devoradora ambición. Sabía que su propia vida no iba a cambiar, pero para su hijo abrigaba sueños, grandes sueños.

—Acuérdate de José Celso Barbosa —le decía. Barbosa había sido un puertorriqueño pobre, con un defecto en la vista, que a base de trabajo había salido de la miseria y se había convertido en el primer puertorriqueño que sacó un título de medicina en Estados Unidos, y terminó su vida como un héroe benefactor de sus compatriotas

—. Tú podrías ser como él, Juan —le inculcaba al niño.

Barbosa había muerto hacía tiempo y Juan habría preferido al héroe vivo, Roberto Clemente, la estrella de béisbol. De todas maneras, como era bajito y miope, sabía que no tenía posibilidades por aquella vía, de modo que hacía lo posible por seguir los preceptos de su madre... con excepción de uno.

—Mantente apartado de tu primo Juan —le encomendaba siempre.

Juan ya se había dado cuenta, no obstante, de que si quería sobrevivir en las peligrosas calles del Barrio, la

persona que más le convenía tener cerca era su alto y apuesto primo Juan.

Cada calle tenía su banda, y cada banda su cabecilla. Entre los chicos con los que vivía Juan, su palabra era ley. Si alguien quería robar en una tienda, vender droga o hacer cualquier otra cosa, habría cometido una insensatez si no le hubiera pedido antes permiso a él. Si alguien le ponía la mano encima a un muchacho que se hallaba bajo la protección de Juan, podía prepararse para recibir una paliza que no olvidaría nunca.

Pese a que era bajo y no veía muy bien, Juan había recibido del Creador

otros talentos que compensaban aquellas desventajas. Era alegre, afable y divertido. Juan no tardó en decidir acoger a su primo menor bajo su ala. La banda lo adoptó como a una especie de mascota. Si la madre de Juan quería que estudiara en el colegio, no ponían reparos. ¿Qué iba a hacer, si no, un chico como él? Durante el resto de su infancia, Juan no tuvo que soportar ninguna agresión.

María quería, en efecto, que su hijo estudiara. Para ella era un apasionado anhelo.

—Si quieres tener una vida mejor, debes instruirte —le remachaba una y

otra vez.

Tal vez, si hubiera sido alto y fuerte, no le habría hecho mucho caso, pero una voz interior le decía que ella tenía razón. Por eso, aunque jugaba con los otros niños de la calle, con frecuencia fingía estar más cansado de lo que estaba para ir a estudiar.

Juan y su madre vivían en dos sórdidas habitaciones de la avenida Lexington, cerca de la calle Ciento Dieciséis. Pese a que había escuelas católicas, como la mayoría de puertorriqueños, Juan iba a la escuela pública. En su colegio había diversas clases de niños y, dependiendo a cual de

ellas pertenecían, se podía deducir dónde vivían. Los niños negros vivían al oeste de Park Avenue, los puertorriqueños entre Park Avenue y Pleasant, y los italianos, cuyas familias llevaban por lo general mucho más tiempo instaladas en Harlem, al este de Pleasant. En aquel centro también había niños judíos y varios maestros lo eran.

Juan tuvo mucha suerte con su escuela, porque para el alumno que quería aprovecharla, la enseñanza que se impartía era buena. Estaba contento porque no le costaba aprender, en especial las matemáticas, para las que parecía tener un don natural.

Allí hizo amistad con varios niños, uno de los cuales era judío y se llamaba Michael.

—Cuando termine aquí —le dijo un día Michael—, mis padres esperan que pueda ingresar en el Stuyvesant.

Como Juan no sabía qué era el Stuyvesant, Michael le explicó que los tres mejores colegios públicos de secundaria de la ciudad eran Hunter, Bronx Science y Stuyvesant, situado en el Distrito Financiero. Eran centros gratuitos, pero los exámenes de ingreso eran difíciles y había muchos aspirantes.

Cuando Juan le contó a su madre los planes que tenía Michael, consideró que

aquella información no tenía nada que ver con él. Por ello se quedó estupefacto y un tanto incómodo a ver que, al día siguiente, María acudió a la escuela a preguntar a uno de los maestros judíos cómo podía acceder su hijo a uno de aquellos centros.

El maestro se mostró bastante sorprendido al principio, pero una semana más tarde, habló a solas con Juan y le hizo muchas preguntas: si le gustaba la escuela, qué asignaturas prefería y qué expectativas tenía para el futuro. Como deseaba complacer a su madre, que trabajaba tanto por él, Juan dijo que tenía muchas ganas de ir al

Stuyvesant.

El maestro no parecía muy convencido. En ese momento Juan supuso que se debía a que no tenía unas notas bastante altas, pero más tarde se dio cuenta de que su preocupación se debía a que el Stuyvesant no tenía fama precisamente de aceptar a puertorriqueños morenos.

—Para poder tener alguna esperanza —le dijo—, tendrás que sacar unas notas como mínimo tan buenas como tu amigo Michael.

Después de aquello, Juan se esforzó al máximo y obtuvo unas calificaciones comparables a las de Michael. También

notó que algunos de los maestros le prestaban un poco más de atención y a veces eran exigentes con él o le daban más deberes, pero como pensaba que lo hacían para ayudarlo, no protestaba. Llegado el momento, después de pasar el examen, lo aceptaron en el Stuyvesant junto con Michael. Él estaba contento, desde luego, aunque su emoción no fue nada al lado de la de su madre, que al enterarse de la noticia se echó a llorar.

Juan Campos fue pues a estudiar al Stuyvesant. Por suerte, su primo Juan optó por interpretar aquella extraña circunstancia como una especie de triunfo para la banda. Su mascota iba a

recibir una buena educación y quizá llegaría a abogado, o algo por el estilo, y aprendería la manera de ganar a los blancos en su propio juego sucio. Durante sus años de asistencia al Stuyvesant, él y Michael cogían el metro juntos todas las mañanas y todas las tardes. En el periodo de vacaciones trabajaba en lo que podía, como repartidor de pizzas sobre todo, en Carnegie Hill, donde le daban buenas propinas para ayudar a pagar su manutención.

En su último año en el instituto, su vida experimentó un cambio radical.

—Supongo que hasta entonces

todavía era un niño —confesó años después a Gorham.

Una tarde, al volver a casa, se encontró con que su madre se había caído y se había hecho daño en la pierna. Al día siguiente no se encontraba en condiciones de ir a trabajar. Pasó varios días acostada, y Juan cuidaba de ella cuando volvía del colegio. Aunque no quería ver a un médico, al final el dolor y la hinchazón del tobillo la obligaron aceptar la visita. Entonces salió a la luz toda la verdad.

—Creo que ella ya sospechaba que estaba enferma hace mucho y no quería saberlo.

Cuando el médico le dijo a Juan que el tobillo de su madre estaría restablecido en cuestión de un mes pero que ella padecía una enfermedad de corazón, el itinerario de Juan quedó limitado.

Aunque había becas destinadas a los alumnos del Stuyvesant para las excelentes universidades de la Ivy League, era evidente que no podría asumir aquella vía. El City College de la calle Ciento Treinta y Siete Oeste, en cambio, era gratuito e impartía una buena educación. Le permitía asistir a las clases viviendo en casa, para poder cuidar de su madre. Durante los años

siguientes, estudió en el City College de día y trabajó por las noches y durante las vacaciones para costear los gastos. Una vez que María ya no pudo realizar siquiera los pocos trabajos más livianos que había conservado, Juan realizó una pausa en sus estudios para poder trabajar a tiempo completo y ahorrar un poco. Fue duro, pero lo logró.

Después, en su último año en el City College, la madre falleció. Juan era consciente de que ella quería morir, primero porque sufría y tenía pocas energías, pero también porque quería dejarlo libre.

Hasta que su madre cayó enferma,

Juan nunca había prestado mucha atención a lo que tenía alrededor. Sabía que las habitaciones donde vivían necesitaban una capa de pintura, que la luz del pasillo no funcionaba y que el casero decía que iba a encargarse de los arreglos y nunca lo hacía. Su madre siempre insistía, de todas formas, en que la casa era asunto suyo y que él debía concentrarse en sus estudios. A veces Juan soñaba con tener una bonita casa algún día, en algún lugar impreciso, en casarse y tener una gran familia, y en velar por su madre. Si se aplicaba mucho en el colegio, quizá su sueño llegaría a cumplirse. Para él, el presente

era sólo un estado provisional.

A medida que María iba debilitándose y tuvo que asumir más responsabilidades, la dura realidad del presente fue imponiéndose, sin embargo. Había que pagar el alquiler y comprar comida. Algunas semanas no había suficiente dinero y en más de una ocasión, Juan tuvo que pedir al propietario del colmado de la esquina que le fiara. Se trataba de un buen hombre que mantenía un trato afable con María. Una tarde en que Juan acudió con unos cuantos dólares que le debía, los rehusó.

—Da igual, chico. Ya me pagarás

cuando seas rico.

Sus relaciones con el casero eran más complicadas. El señor Bonati, un hombre bajito y calvo de mediana edad, era propietario del edificio desde hacía mucho y él mismo se encargaba de recaudar los alquileres. Cuando Juan no podía pagarle a tiempo, se mostraba comprensivo. «Hace mucho que conozco a tu madre —decía—, y nunca me ha dado problemas». Por otra parte, cuando Juan le planteaba cuestiones como la peligrosidad de la escalera rota, el desagüe atascado o cualquier otro inconveniente que dificultaba la vida cotidiana, Bonati siempre le daba una

excusa y no hacía nada. Finalmente, advirtiéndole la exasperación del joven, Bonati lo tomó del brazo.

—Escucha, ya veo que eres un muchacho listo. Eres educado y vas a la universidad. Piénsalo un poco... ¿sabes de algún otro chico de esta manzana que vaya a la universidad? La mayoría no ha acabado siquiera en el instituto. Escucha entonces lo que te voy a decir: tu madre me paga un alquiler bajo. ¿Y sabes por qué? Porque este edificio es de renta limitada. Por eso no puedo sacar mucho dinero de él, y por eso no puedo permitirme hacer muchas reformas. Pero, en comparación con otros, es una

buena escalera. Algunos de los edificios de la zona están que se caen, ya lo sabes. —El señor Bonati dirigió la mano hacia el sector noroeste—. ¿Te acuerdas de ése que se incendió hace año y medio? —Juan se acordaba perfectamente de aquel tremendo incendio—. El propietario no podía sacar nada de él, de modo que dejó pelados algunos cables y una vez que lo destruyeron las llamas, cobró el seguro. ¿Entiendes lo que te digo?

—¿Quiere decir que él mismo lo quemó? —Juan había oído ya algunos rumores al respecto.

—Yo no he dicho eso, ¿eh? —Bonati

lo miró con severidad—. En todo el Barrio y en todo Harlem pasa lo mismo. Aquí antes había buenos vecindarios, de alemanes, italianos e irlandeses, pero ahora todo ha cambiado. Este sitio se está volviendo una ruina y a nadie le importa. Los chicos de aquí viven en unas casas terribles, no tienen trabajo ni educación. No tienen esperanza y lo saben. En Chicago y otras grandes ciudades ocurre igual. Lo que te digo es que todo Harlem es una bomba de relojería.

Unos días después llegaron unos hombres para reparar el desagüe. Bonati nunca volvió a hacer ningún arreglo

más, sin embargo. Juan comenzó a indagar cómo podría conseguir alguna vivienda de protección oficial donde instalar a su madre, pero no logró nada.

—¿No lo sabes, chico? —le dijo el tendero de la esquina—. Las viviendas de protección oficial favorecen a los blancos y a los negros, pero de los puertorriqueños no quieren saber nada. En algunas zonas lo único que quieren es echarnos.

Recurrió a algunas organizaciones de ayuda social blancas y constató que allí la gente lo trataba con un desprecio apenas disimulado. Aunque no le sorprendió, sí le causó rabia, no sólo

por él mismo y su madre, sino porque los puertorriqueños en general fueran víctimas de aquel desdén. Entonces comenzó a entender que el designio de su madre no era sólo que él, su hijo, escapara de la pobreza y se granjeara una clase de vida mejor para sí mismo, sino que alcanzara un logro mucho más amplio. Cuando le hablaba de Baroso, no sólo se refería a una persona respetable, sino a alguien que había hecho algo meritorio e importante para ayudar a los suyos. Su amor por ella creció aún más al comprender el alcance de su noble ambición.

Después de su muerte, Juan, que se

había convertido ya en un delgado y guapo joven, reanudó sus estudios en la universidad. Se licenció con honores, lamentando que su madre no estuviera allí para verlo. Y a partir de ese día, emprendió la larga y ardua andadura que el destino había elegido, al parecer, para él.

Gorham localizó sin dificultad el diminuto restaurante que Juan había elegido. Llegó el primero y se sentó a una pequeña mesa de cuatro, en una silla adosada a la pared. Un momento después llegó una atractiva pelirroja, a

la que instalaron en la mesa de al lado. Ella también tomó asiento junto a la pared, para esperar a su acompañante.

Aparte del placer que siempre le procuraba ver a Juan, Gorham sentía curiosidad por ver a su nueva novia, a la que iba a traer. Al cabo de cinco minutos, llegaron los dos.

Juan tenía buen aspecto. Desde la última vez que se vieron se había dejado crecer un fino bigote que aportaba un aire militar a su hermoso rostro, rebosante de inteligencia. Tras saludar a Gorham con una sonrisa, le presentó a su novia.

Janet Lorayn era guapísima, como no

dejó de advertir con admiración Gorham. Por su aspecto y su manera de moverse, parecía una versión más joven de Tina Turner. Se sentó, con una gran sonrisa, delante de Gorham, a la derecha de Juan. Las mesas eran tan pequeñas y estaban tan juntas que Juan casi se quedó frente a la pelirroja de la otra mesa.

Después de intercambiar algunas fórmulas de saludo, Gorham elogió el bigote de Juan, quien comentó que Janet consideraba que le daba una apariencia de pirata.

—Aparte dice que le gustan los piratas —añadió.

Pidieron una botella de vino blanco.

Gorham lanzó una ojeada afuera, donde el cielo se oscurecía, poblado de nubarrones. Después de servir el vino en las copas y escuchar las dos opciones que les propuso la camarera, Janet centró la atención en Gorham.

—¿Así que eres banquero? —quiso saber.

—Exacto. ¿Y tú?

—Trabajo en una agencia literaria en este momento. Es interesante.

—Acaba de vender los derechos de una nueva novela justo hoy —le informó con orgullo Juan.

—Felicidades. Brindemos por eso. Mi padre escribió una novela.

—Lo sé —dijo Janet—. *El estrecho de Verrazano*. Aquello fue un bombazo.

Juan había estado observando a la pelirroja de la otra mesa. Pese a que no podía evitar oír su conversación, tenía la educación de hacer como que no los veía y de vez en cuando lanzaba una mirada hacia la puerta. Ante la mención del famoso libro, sin embargo, dedicó una breve mirada de curiosidad a Gorham.

—Janet está pensando si le conviene probar en el mundo de la televisión —explicó Juan—. Tiene una amiga que trabaja en la parte de producción en la NBC.

Aquella era una de las cosas que le gustaban a Gorham de la ciudad. Igual que en la época de juventud de su padre, en la que los prestigiosos hombres de letras se reunían en el Algonquin Round Table, las grandes editoriales seguían allí, como también el influyente *New York Times* y diversas revistas de renombre, como *Time* o el *New Yorker*. Las grandes cadenas de televisión se habían sumado a ellos, concentradas a escasa distancia unas de otras en el Midtown de Manhattan. No obstante, parecía que Janet no tenía interés en hablar de su futuro en la televisión en aquel momento.

—Lo que quiero saber es cómo os conocisteis vosotros dos —reclamó.

—En la facultad de empresariales de Columbia —le respondió Gorham—. Eso era lo que tenía de bueno el máster, que había toda clase de alumnos, desde banqueros convencionales como yo a personas realmente fuera de lo común como Juan. Muchas de las personas que conocí en el máster buscaron salidas en organizaciones sin fines lucrativos, obras de caridad, administración de hospitales y un sinfín de variantes más.

Gorham había quedado muy impresionado con Juan, al igual que el comité de admisiones de Columbia. Para

entonces, ya había trabajado para el padre Gigante, el sacerdote y líder comunitario que ayudaba a los pobres en el sur del Bronx, y había pasado otro año en esa zona con el centro multiservicio de Hunts Point. Antes de tratar de hacer valer su experiencia en el Barrio, le habían recomendado que probara a ingresar en un curso de máster de empresariales, cosa que no sólo consiguió, sino que además obtuvo becas para sufragar todos sus gastos.

—Estoy convencido de que en Columbia se dieron cuenta de que, con sus antecedentes, Juan iba a convertirse en un líder de Nueva York —evocó

Gorham—. Claro que yo tengo depositadas en él ambiciones más altas incluso —añadió, sonriendo.

—Cuéntame —le pidió Janet.

—En primer lugar, va a revitalizar el Barrio y, para eso tendrá que meterse en política. Después llegará a ser alcalde de Nueva York... otro La Guardia. A continuación se presentará como candidato a la presidencia. Para entonces, yo ya seré un banquero con todas las de la ley y reuniré fondos para su campaña, y luego, cuando sea presidente, Juan me recompensará enviándome a un sitio de lo más agradable en calidad de embajador.

—Parece un proyecto estupendo —
aprobó Janet, con una carcajada—.
¿Adónde tienes pensado ir?

—A Londres, puede, o a París.
Aceptaré ambas opciones.

—Londres —dijo Juan sin dudarlo
—. Es que habla fatal el francés —
explicó a Janet.

—Me dejas impresionada, Gorham
—bromeó Janet—. Tienes trazada toda
la trayectoria de tu vida.

—Todo depende de Juan, sin
embargo.

—¿Te ha llevado alguna vez a dar
una vuelta por Harlem? —preguntó la
joven.

—Lo he llevado por el Barrio varias veces —aseguró Juan—. Él mismo me lo pidió. Y tampoco está tan mal el Barrio... Le encontró gusto a nuestra música y a nuestra comida ¿verdad, Gorham?

—Sí.

—Claro que —continuó Juan, con un malicioso brillo en la mirada— para ver algo realmente impresionante hay que ir al apartamento de Gorham. Es propietario de un gran piso en Park Avenue.

Pese a que hablaba a Janet, estaba pendiente de la pelirroja de la otra mesa, que tal como él había previsto,

volvió a girar la cabeza para mirar a Gorham.

Precedida de un fragor de truenos, afuera comenzó a caer la lluvia. Juan lanzó una ojeada hacia la puerta, donde aguardaba una pareja joven con la esperanza de conseguir una mesa. Viendo que la ocasión era propicia, inclinó el torso en dirección de la pelirroja.

—Perdone, pero ¿espera a alguien?

—Sí —respondió secamente la joven. Luego para temperar un poco su aspereza, añadió—: A mi hermano.

—¿Cree que va a venir?

Juan tenía una manera tan

cautivadora de importunar a la gente que ésta solía perdonarlo.

—Puede que sí. —Consultó el reloj—. O puede que no.

—Estaba pensando —propuso educadamente Juan— que si se viniera a nuestra mesa, esa pobre gente de la puerta podría entrar y no acabaría mojándose.

La pelirroja lo observó con frialdad un momento, después posó la mirada en la pareja de la puerta y acabó cediendo.

—¿Y si llega mi hermano?

—Entonces creo que podríamos hacerle un hueco en la punta de nuestra mesa —contestó, sonriente, Juan.

La pelirroja sacudió la cabeza con ironía.

—De acuerdo —aceptó—. Me llamo Maggie O'Donnell. —Ellos se presentaron a su vez—. Me parece que ya estoy al corriente de a qué os dedicáis todos. Yo soy abogada.

La cena fue muy agradable. Maggie explicó que trabajaba para Branch & Cabell.

—Eso significa que después volverás a trabajar, ¿me equivoco? —inquirió Gorham.

Maggie reconoció que estaba en lo cierto.

Gorham no tardó en llegar a la

conclusión de que aquella abogado de B & C era bastante atractiva, de modo que trató de averiguar más sobre ella. Logró descubrir que a la hora de la comida había asistido a una reunión de la Comisión de Monumentos Históricos y que le apasionaba la protección de la arquitectura clásica de la ciudad, como Grand Central, del implacable avance de los rascacielos de vidrio. Su padre habría estado muy de acuerdo... lo que constituía un punto a su favor, pero pese a que Maggie estuvo muy simpática, Gorham notó que empleaba una táctica de letrado para esquivar las preguntas que no quería contestar.

Gorham quiso saber más acerca de las recientes actividades de Juan, de modo que éste les explicó que había estado trabajando con el cercano hospital Mount Sinai para mejorar el servicio de salud en el Barrio, y también habló de sus esfuerzos para poner coto a la terrible degradación de las viviendas. También había colaborado con algunos de los activistas radicales puertorriqueños del Barrio, cuyo apoyo había logrado para sus otros proyectos.

—Es una gran labor, Juan —alabó, impresionado, Gorham—. El contacto con el Mount Sinai es una idea magnífica.

Maggie, que también escuchaba con mucha atención, parecía algo desconcertada.

—¿Cómo trabajas con los radicales?
—preguntó—. Por lo que sé, algunas de esas personas son bastante peligrosas.

Juan emitió un suspiro. Sabía de dónde provenía la inquietud de Maggie. A finales de los años sesenta, algunos jóvenes puertorriqueños habían formado un grupo, al que denominaron los Jóvenes Señores, para exigir mejores condiciones en el Barrio. Durante un tiempo aunaron esfuerzos con los Panteras Negras, cosa por la que fueron muy vilipendiados en la prensa. No era

de extrañar que una bonita abogado blanca de clase media como ella considerase inquietantes a ese tipo de personas.

—Debes comprender, Maggie, que yo tuve suerte —alegó—. Yo pude estudiar y mantenerme al margen de las bandas. De lo contrario, lo más seguro es que ya hubiera estado en la cárcel a estas alturas, como mi primo Juan. Las actividades ilegales son algo natural en algunas comunidades. —Pese a advertir la expresión reprobadora de Maggie, que como buena abogada no podía dar por bueno aquello, Juan siguió con su argumentación—. Fíjate, los problemas

de Harlem y del sur del Bronx son los mismos que se dan en otras ciudades de Estados Unidos. En Nueva York, en Chicago, en cualquier parte, siempre es lo mismo. Allí hay poblaciones pobres que han padecido años de descuido general, que tienen muy pocas expectativas de salir de las mugrientas calles donde viven y que creen, a menudo con razón, que a nadie le importa su suerte. Cuando esos puertorriqueños del Barrio adoptaron el nombre de Jóvenes Señores y organizaron desayunos y clínicas de salud gratuitos no tuvieron tampoco una idea descabellada. Lo que exigían era

ayuda para su gente, como también hacían, a su manera, los Panteras Negras de Chicago. Y si los puertorriqueños hablaban de autodeterminación, también en eso había algo de razonable, puesto que nadie más se preocupaba por ellos.

»Algunos de ellos, movidos por la rabia, abogaban por las manifestaciones violentas. Yo estoy en contra de eso. Es bien cierto, por otra parte, que había un trasfondo de ideología política. Se definían como socialistas o incluso comunistas... aunque dudo que supieran a qué se referían. Hoover y el FBI exageraron la cuestión del comunismo. Yo no soy socialista, en absoluto, pero

considero comprensible su actitud. Cuando una sociedad da la espalda a una comunidad, los integrantes de ésta tienen motivos más o menos fundados para creer que podrían acceder a una vida mejor bajo otro sistema... Eso es algo inherente a la naturaleza humana. Por eso yo procuro aliviar las causas de esa creencia errónea. Algunas personas se han esforzado mucho para desacreditar a los Jóvenes Señores y a los Panteras Negras, cosa que han logrado en gran medida, pero los problemas de fondo que motivaron las protestas de esos grupos siguen sin resolverse. Si Harlem es un hervidero

de cólera, es por algún motivo, te lo aseguro.

Juan cayó en la cuenta de que se había acalorado un poco, pero no podía evitarlo. Observó a la pelirroja para ver su reacción. Había creído que podía ser una chica adecuada para Gorham, pero si reaccionaba mal frente a lo que acababa de decir, sería una señal de que tal vez se había equivocado.

—Interesante —dijo.

—Es la típica observación de abogado —señaló, riendo, Gorham.

La conversación derivó a continuación hacia la infancia de cada cual. Janet se había criado en Queens.

—En un ambiente de católicos negros. Mi madre era muy estricta.

Gorham evocó las visitas a casa de su abuela. En un par de ocasiones la conversación se vio interrumpida por el estrépito de los truenos de la tormenta, que se desplazaba de sur a norte sobre Manhattan. Gorham se enteró de que el abuelo de Maggie se había criado en una gran mansión de la parte baja de la Quinta Avenida.

—El viejo Sean O'Donnell tenía dinero. Hizo fortuna en el siglo pasado. Ahora ya no queda nada —aclaró con una sonrisa.

—¿Lo perdieron en el crack y la

Depresión? —preguntó Gorham.

—Puede que una parte sí, pero creo que sobre todo se debió a que éramos una gran familia irlandesa. Teniendo todos muchos hijos, a lo largo de otras tres generaciones la fortuna no tarda en diluirse. Mi padre ha trabajado toda su vida y todavía tiene una hipoteca que acabar de pagar, con eso queda todo dicho.

Hacia el final de la cena, Maggie consultó discretamente el reloj con la idea sin duda de volver al trabajo, pero llovía tanto que las posibilidades de encontrar un taxi eran escasas. Mientras tomaban el postre, la tormenta se fue

retirando en dirección norte. Aunque aún se oían algunos truenos, la lluvia había aflojado. Eran casi las nueve y media.

—Bueno —dijo Maggie—, ha sido muy agradable, pero voy a tener que volver pronto al trabajo.

El potente relámpago que restalló en la lejanía pareció confirmar la urgencia de su misión.

—¿No vas a tomar café antes? —objetó Gorham—. Te ayudará a concentrarte.

—Buena idea —aceptó Maggie.

Y entonces se fue la luz.

El apagón no afectó sólo al restaurante. Toda la zona quedó de

repente a oscuras. Al silencio inicial le sucedieron las risas. En cada mesa había una velilla que aportaba su tenue luz y, al cabo de un momento la patrona salió de la cocina y comenzó a encender otras. Les anunció que el café ya estaba preparado.

—Espero que la luz no tarde en volver —dijo Gorham—. La compañía tiene capacidad para restablecer enseguida la corriente.

—O puede que ocurra como en el sesenta y cinco —apuntó Juan—. Entonces hubo un estallido de la natalidad.

Era un hecho comprobado que,

nueve meses después del último gran apagón, sucedido en 1965, se había producido un breve y marcado incremento de la tasa de natalidad de la ciudad.

—Me temo que te a costar volver al trabajo ahora —comentó Gorham a Maggie.

—Encontraré un taxi. Ya ha parado de llover.

—Pero no hay luz.

—Quizás en la oficina haya un generador de reserva.

—¿Y si no?

—Conseguiré velas.

—¿En qué piso está tu oficina?

—En el treinta y dos.

—¿Y vas a subir a pie treinta y dos pisos? —planteó Gorham. Maggie evidenció un asomo de duda—. Supongo que ésta es la manera que tienen de comprobar la implicación de sus asociados en los gabinetes como Branch & Cabell.

—Muy divertido —replicó ella con aspereza.

Mientras tomaban el café, la gente que pasaba por la calle les informó de que se había ido la luz en toda la ciudad. Al cabo de un cuarto de hora, Juan y Janet dijeron que debían marcharse. Después de que Gorham y Juan

insistieran en pagar la cuenta entre ambos y Maggie le diera las gracias a Gorham, salieron a la calle y Juan y Janet se fueron en dirección norte.

—¿Qué? ¿Todavía piensas ir a la oficina? —inquirió Gorham.

Maggie contempló la total oscuridad que envolvía el Midtown.

—Tengo que ir, pero me parece que no lo voy a hacer.

—Te propongo algo. Vamos caminando hasta mi casa, que está en Park Avenue, más o menos por la Setenta. Si la luz vuelve, puedes continuar. Si no, te invito a una copa y después te acompañaré a casa. ¿Qué te

parece?

—¿Me estás proponiendo que entre en un edificio a oscuras con un hombre al que apenas conozco?

—Es una copropiedad de Park Avenue, una de las mejores.

—¿Y desde cuándo ha servido eso para proteger a una dama?

—Nunca, que yo sepa.

—Sólo una copa. ¿Tienes velas? No me pienso quedar sentada a oscuras.

—Te doy mi palabra.

—¿Qué piso? Porque el ascensor no va a funcionar.

—El tercero.

Veinte minutos después, ella se echó

a reír.

—Has dicho que estabas en el tercer piso.

—Que no, he dicho el quinto. Ya casi hemos llegado. Mira. —Encaró la linterna que le había prestado el portero —. Justo delante de ti.

Una vez en el apartamento, la instaló en el salón y regresó un momento después con un par de hermosos candelabros de plata. Después de encenderlos en la mesa, fue al armario contiguo al comedor y sacó los numerosos candelabros de plata que Charlie había heredado de su madre. Al cabo de poco, el pasillo, la cocina, el

salón y el comedor estuvieron iluminados con la resplandeciente luz de las velas. Maggie lo observaba, sentada en el sofá.

—Bonito apartamento.

—Gracias. Es una herencia. ¿Qué quieres tomar?

—Vino tinto. —Con la luz de las velas, el cabello rojo de Maggie adquiría un mágico resplandor y sus facciones se veían suavizadas. También parecía que se hubiera relajado su actitud—. Quizá podrías preparar un suflé.

—Es que soy un malísimo cocinero.

Mientras él iba a buscar el vino, la

joven se levantó y dio un vistazo alrededor. Luego se volvió a sentar, con aire pensativo y la copa en la mano.

—¿De modo que ésta es tu táctica?
—dijo—. Invitas a la chica a tomar algo, para que pueda ver tu bonito apartamento. Después la llevas a cenar fuera alegando que eres un desastre en la cocina. Llegado ese momento, ella ya ha decidido que tú y tu apartamento necesitáis de sus tiernos cuidados.

—Nada más lejos de la realidad. Si fuera así, ya estaría casado.

—Ésa es una alegación muy pobre.
Entablaron una fluida conversación. Él le contó que desde niño siempre

había tenido intención de vivir en la ciudad y le preguntó por qué ella se había trasladado allí.

—De hecho, fue a causa de mi hermano. Vive en el Village, y un domingo me llevó a pasear al Soho. Eso fue a comienzos del setenta y tres, cuando acababan de terminar las torres del World Trade Center. La mañana estaba nublada, pero el sol intentaba asomar entre las nubes. Debajo del Soho se alzaba hacia el cielo esa gran torre gris, con una superficie como áspera, y cuando le dio la luz del sol fue como si cambiara su textura. Aquél fue uno de los momentos más mágicos de mi vida.

Fue entonces cuando decidí que tenía que venir a Nueva York.

—Creía que no te gustaba ese tipo de arquitectura. El estilo internacional.

—Por lo general no, pero esas torres tienen algo distinto. Supongo que es la superficie, el juego de la luz.

—¿Está casado tu hermano?

—No. En realidad es homosexual.

—Hizo una pausa—. Mis padres no lo saben.

—Debe de ser difícil. ¿Cuándo te enteraste tú?

—Hace ocho años. Martin y yo estamos muy unidos, así que me lo dijo. Eso fue en 1969, el año en que se

produjeron los disturbios de Stonewall a raíz de la redada de la policía contra ese bar gay del Village. Yo aún estaba estudiando.

—¿Y no es hora de que hable de eso con tus padres?

—Sí, pero no va a ser fácil. Papá se va a llevar un gran disgusto, porque Martin es su único hijo varón y contaba con él para transmitir el apellido de la familia. Martin tendrá que decírselo tarde o temprano, pero preferiría estar allí cuando lo haga. Todos van a necesitar de mí, en especial Martin. —Esbozó una sonrisa—. Yo siempre estoy disponible para apoyar a mi hermano.

Gorham asintió. Aquella atractiva abogada tenía más hondura de lo que había pensado.

—La familia es un motor poderoso. Yo siento la enorme responsabilidad de devolver a mi familia la posición que antes tuvo, pero debo reconocer que yo mismo lo elegí. Mi padre optó por otra vía. ¿A ti te mueve algo parecido?

—Yo no siento ninguna obligación con respecto al pasado, pero sí para conmigo misma. Mi madre siempre insistió mucho en eso. No paraba de decirme que podía llegar a ser lo que quisiera y que tenía que estudiar una carrera. Cástate, precisaba, pero nunca

dependas de un marido. Ella es maestra.

—¿Ha tenido fricciones con tu padre?

—No, se quieren mucho. Es sólo que ella cree que debe ser así.

—Conozco unas cuantas abogadas que se desenvolvían muy bien en el plano profesional pero que dejaron de trabajar al tener hijos.

—Pues no va a ser mi caso.

—¿Crees que puedes tenerlo todo?

—Hacerlo todo, tenerlo todo, claro. Es un dogma de fe.

—Quizá no sea sencillo.

—Lo fundamental es organizarse bien... y a mí se me da muy bien eso de

organizarme. Aunque me temo que sería un desastre de esposa para un ejecutivo.

—Entonces será mejor que te cases con un abogado, alguien que comprenda lo que tienes que hacer.

—De ninguna manera.

—¿Por qué?

—Por la competitividad. Siempre hay competitividad en una misma profesión. Alguien va a ganar y alguien va a perder. Si eso ocurre dentro de un matrimonio, no es buena cosa.

—¿No quieres perder?

—¿Y tú?

—Supongo que no —admitió Gorham—. ¿Qué te propones hacer

entonces?

—No tengo un plan concreto. Sólo confío en encontrar a la persona idónea, alguien que considere la vida como una aventura, que quiera seguir creciendo, tanto en el plano profesional como personal.

Gorham reflexionó un momento. Aquella abogada era todo un desafío.

—¿Qué te ha parecido mi amigo Juan? No has manifestado tu punto de vista después del apasionado discurso que ha pronunciado a cuenta de los Jóvenes Señores y los Panteras Negras.

—Era sólo porque estaba pensando en lo que ha dicho. En realidad, me ha

parecido admirable.

Gorham asintió. En Nueva York había conocido muchas mujeres que querían tener éxito en su vida profesional, pero en Maggie percibía no sólo inteligencia y determinación, sino una especie de calidez que le agradaba. Detrás de la cautela de la letrada había también un espíritu libre.

Seguían tranquilamente sentados cuando sonó el teléfono.

—Hola, Gorham. —Era Juan—. ¿Has visto lo que está pasando?

—¿A qué te refieres?

—Supongo que por Park Avenue debe de estar tranquilo.

—Bastante.

—Bueno, pues no salgas de casa. Por cierto, me he enterado de lo que ha ocurrido: los rayos han destruido una parte de la red eléctrica. En Nueva Jersey tienen luz, pero casi la totalidad de los cinco distritos está sin suministro. Las cosas se están poniendo feas en el Barrio y si no vuelve pronto la luz, esta noche va a haber mucha acción en Harlem. Ya he visto cómo destrozaban una tienda no lejos de aquí.

—¿Quieres decir que están saqueando?

—Pues claro. Las tiendas están llenas de cosas que la gente desea tener,

y nadie puede ver qué es lo que ocurre. —Lo contaba casi con alegría—. Gorham, si tú tuvieras varios hijos y estuvieras sin dinero, también saquearías las tiendas. Bueno, sólo quería decirte que no salgas. Esto podría extenderse hasta el centro, tal como se presentan las cosas.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Puede que vaya a echar un vistazo, pero para mí éste es un territorio propio, ya me entiendes.

—No te busques complicaciones, Juan.

—No te preocupes, Gorham.

Gorham colgó y explicó a Maggie lo

que le había dicho Juan.

—Quizá será mejor que te quedes aquí —aconsejó—. Tengo una habitación libre.

—Buena estrategia —replicó ella con cinismo.

En circunstancias normales, quizás hubiera realizado cálculos tratando de decantar la velada hacia una salida u otra. Aunque comenzaba a estar realmente interesado por Maggie, aquél no era el momento.

—No —respondió con aplomo—, por más que me agrade tu compañía, Maggie, no intentaba seducirte. Lo que sí pienso hacer es acompañarte dentro

de un rato hasta tu casa y procurar que no te pase nada. Si Juan cree que podría ponerse feo afuera, no pienso correr riesgos.

—De acuerdo. Te lo agradezco.

Después charlaron un poco más. Él le preguntó si podría llamarla y ella le dijo que sí y le dio su número de teléfono. Luego le pidió que la acompañara a casa. Antes de salir, llamó a Juan para que le pusiera al corriente de los últimos acontecimientos, pero no contestó.

Como no había ningún taxi en Park Avenue, comenzaron a andar hacia la Ochenta y Seis. Todo estaba oscuro y

tranquilo, pero al norte de la avenida se veían unos resplandores que podían ser hogueras. Siguieron caminando sin hablar, pero al llegar a la Ochenta y Cuatro, Maggie interrumpió el silencio.

—¿Estás rumiando algo?

—Nada, una tontería.

—Déjame adivinarlo. Te has quedado preocupado porque Juan no ha respondido al teléfono.

Se volvió hacia ella y con la oscuridad no alcanzó a verle la cara.

—Pues sí. Es absurdo, porque él conoce el Barrio como la palma de su mano.

—¿Dónde vive?

—Entre la Noventa y Seis y la Lexington. En realidad es un edificio con portero.

—Después de dejarme en la Ochenta y Seis piensas ir hasta su casa, ¿verdad?

—Sí lo estaba pensando, de hecho.

—Pues entonces vayamos juntos — propuso, enlazando el brazo con el suyo.

—Es usted una mujer extraña, señorita O'Donnell.

—Más vale que te hagas a la idea.

Al llegar al paso de peatones de la Noventa y Seis dispusieron de una panorámica de un amplio sector del Harlem latino. Aunque las calles estaban tranquilas por el momento, vieron varios

fuegos. Caminaron a paso rápido hacia el edificio de Juan. El portero había cerrado la puerta, pero después de inspeccionarlos con la linterna les abrió. Gorham le expuso su propósito.

—El señor Campos no ha vuelto a salir, señor, se lo puedo asegurar. —Gorham manifestó su alivio—. ¿Había venido a visitarlo otra vez? —inquirió el portero. Gorham respondió que sí—. Bueno... —El portero decidió, al parecer, que Gorham y Maggie parecían personas de orden—. Algunos de los inquilinos han subido a la azotea. Quizás esté allá arriba. El interfono no funciona, pero puedo llamar a su

número, si usted lo tiene, por si ha vuelto a bajar.

Esa vez Juan respondió. Se quedó asombrado al enterarse de que Gorham estaba en la portería.

—Pensaba que igual estabas por ahí con esa pelirroja tan guapa.

—Está aquí conmigo.

—¿Queréis subir a la azotea? Estamos reunidos unos cuantos aquí, y tenemos cerveza. Tendréis que subir a pie doce pisos.

Gorham transmitió la invitación a Maggie.

—Aceptamos —anunció ella.

Desde la azotea se disfrutaba de una

excelente vista sobre una buena porción de Harlem y también se veía recortada la silueta del lado este de Brooklyn. En toda la zona se divisaban incendios.

El sonido de las sirenas de los bomberos resonaba en la noche. Al cabo de un rato, a unas manzanas de distancia en la misma avenida Lexington, sonó un chirrido de neumáticos seguido de ruido de vidrios rotos, como si alguien hubiera estrellado una camioneta contra el escaparate de una tienda.

—Debe de ser el supermercado —dedujo Juan. Luego, volviéndose hacia Maggie, añadió—: Esto es el Barrio, mi gente.

Tomando cerveza de lata, contemplaron cómo se multiplicaban los incendios en la cálida y bochornosa noche. Al cabo de un rato, por el lado de Brooklyn empezó a propagarse uno de ellos. Media hora después seguía adquiriendo preocupantes proporciones.

—Debe de abarcar veinte manzanas —calculó Gorham.

—Más, creo —dijo Juan.

Así, hasta entrada la madrugada, se quedaron en la azotea, observando cómo la gran y desmembrada ciudad de Nueva York expresaba su tensión, su rabia y su miseria mediante el fuego y el saqueo.

El parto

❧ 1987 ❧

Gorham Master corría de un lado a otro del apartamento. Sabía que no debía ceder al pánico de ese modo. La bolsa de Maggie estaba pulcramente preparada en el dormitorio, tal como lo había estado durante semanas. ¿Por qué no la cogía entonces y se marchaba sin dilación? Maggie ya estaba de camino hacia el hospital, recorriendo a toda velocidad en un taxi las calles en un día

de noviembre. Cuando llegara, necesitaría que estuviera allí con la bolsa.

Su primer hijo. Habían esperado mucho, tal como habían decidido. Maggie quería asentarse en su profesión y él la apoyó en su decisión. Y ahora que había llegado el gran día, lo atenazaba el miedo.

¿Estaría Maggie en condiciones para aquello? ¿Lo soportaría bien?

Él consideraba que hubiera debido parar de trabajar la semana anterior, pero ella le aseguró que se encontraba bien.

—Para serte sincera, cariño —adujo

—, prefiero tener trabajo para distraerme.

Él lo entendía, claro. Pero ¿no se habría excedido un poco? Ahora que había llegado el gran momento, lo paralizaba el miedo. ¿Habría tenido que haberle rogado que no fuera al trabajo aquel día? Si algo fuera mal, Dios no lo quisiera, todo sería culpa suya.

Salió de casa a las ocho de la mañana. A las siete, en medio de una reunión celebrada en una de las grandes salas de conferencias revestidas de madera de los diez pisos que ocupaban los despachos de Branch & Cabell, rompió aguas. Reaccionó con mucha

calma; eso lo podía imaginar perfectamente. Después de presentar excusas, le llamó para que le llevara la bolsa y bajó en el ascensor para localizar un taxi que la trasladase al hospital. A esa hora del día, no tardaría en llegar. Gorham no podía demorarse mucho, por lo tanto.

—Bella —llamó.

—¿Sí, señor Master?

Bella se encontraba ya detrás de él. Gracias a Dios que podía contar con Bella. Ella siempre sabía dónde estaba todo.

—¿Me he olvidado de algo?

Bella era un tesoro. Era de

Guatemala y, al igual que muchas empleadas del servicio doméstico de Nueva York, había iniciado su andadura como emigrante ilegal, pero sus patronos anteriores habían logrado conseguirle un permiso de trabajo. Él y Maggie la habían contratado tres años atrás, porque al trabajar los dos a plena jornada era más fácil tener a alguien que se ocupara de la casa. Al principio, Gorham había dudado un poco sobre el tipo de tratamiento que era más adecuado para aquellos tiempos, pero Bella había resuelto sola la cuestión. Había estado trabajando en un apartamento de la Quinta Avenida y

había intuido, con acierto, que la gente de un edificio de Park Avenue esperaba un trato formal. «Señor y señora Master», los llamó de entrada, a lo cual no pusieron ellos ninguna objeción.

Al emplear a Bella aplicaron también una táctica premeditada. Puesto que preveían tener hijos al cabo de un tiempo, Maggie quería tener ya antes a alguien de plena confianza, una persona como de la familia. Ya de buen principio la idea fue que cuando tuvieran un niño, ejercería asimismo funciones de niñera. Últimamente, no obstante, Bella había ido dejando caer algún lamento sobre la gran cantidad de trabajo que tenía, y él

ya había captado sus intenciones. Seguro que lo que Bella insinuaba era que al cabo de un año contratasen a una niñera aparte de ella. Puesto que eso no entraba dentro de sus planes, ya vislumbraba una batalla en el horizonte.

—No, señor Master. —¿Había en su tono algún reproche porque siempre estuviera buscando las cosas? Tal vez no. En cualquier caso, le sonrió—. Todo va a salir bien.

Se repitió a sí mismo que no fuera tonto. Bella tenía razón, por supuesto. Maggie tenía buena salud. Había visto las ecografías. El niño estaba bien. Era un niño: Gorham Vandyck Master Junior.

Los nombres los había elegido Maggie, no él, porque sabía que le agradarían. Aunque no compartiera su sentimiento dinástico, no le importaba seguirle la corriente. Lo cierto era que sí le agradaban, así que si Maggie estaba de acuerdo, no iba él a oponerse.

El niño estaba bien y el médico era bueno. Caruso se llamaba. No todo el mundo tenía por aquellos tiempos que corrián los arrestos necesarios para dedicarse a la obstetricia. Si algo iba mal, todo el mundo quería denunciar al tocólogo. Las primas de los seguros para tocólogos eran tan elevadas que muchos estudiantes de medicina se

arredraban porque no podían permitirse empezar a ejercer en esa especialidad. Aunque Caruso tenía pocos años más que él, Maggie había investigado sus antecedentes y quedado impresionada por su trayectoria.

El doctor Caruso resultó ser también una persona agradable. Gorham se lo encontró por casualidad en la calle, cuando el médico volvía a pie a su casa. Como tenía la consulta a poca distancia de su domicilio en Park Avenue, anduvieron juntos y charlaron un rato.

—Yo vivo en el West Side —le explicó a Gorham—, en West End Avenue. A no ser que haga mal tiempo,

voy caminando al trabajo y cruzo el parque todos los días. Hasta los médicos necesitan hacer ejercicio — apostilló, con una sonrisa.

—¿Se crio en el West Side?

—En Brooklyn. Mi padre tenía una casa en Park Slope, pero iba al colegio aquí en Manhattan. —Mencionó el nombre de un colegio privado que Gorham conocía bien.

—Es muy buen colegio. ¿Le gustó?

—Para serle franco, no mucho. Los otros niños me trataban casi todos como a un muerto de hambre.

—¿Por vivir en Brooklyn?

Era cierto que las espléndidas casas

de piedra parda de Park Slope se habían ido quedando destartaladas en los años cincuenta y la mayoría de la gente respetable se había ido de allí. En los sesenta, sin embargo, se había producido una renovación. A la zona habían llegado toda clase de personas, muchas de las cuales iban decididas a restaurar por su cuenta las casas. Pocos alumnos de las escuelas privadas debían de vivir allí, pero aun así...

—Yo me crie en Staten Island —informó Gorham.

—Un bonito lugar. Aunque en realidad el problema no venía de Brooklyn.

—¿Estudiaba con beca? ¿Lo trataban con altanería porque no eran ricos? Eso es despreciable.

—No... en realidad en casa no escaseaba el dinero, ni mucho menos. Mi padre empezó ganándose la vida como albañil y la familia de mi madre tenía una tienda de ultramarinos, pero luego mi padre recibió una herencia de su tío y se convirtió en constructor. No asumía grandes proyectos, compraba casas en Brooklyn, las restauraba y las vendía, pero le iba bastante bien. —El doctor Caruso hizo una pausa—. No, el problema no tenía nada de sutil. Era porque yo era italiano, así de simple. Un

apellido italiano era sinónimo de escoria. —Se encogió de hombros—. Ahora soy su tocólogo.

—Espero que les cobre unas tarifas altísimas —apuntó Gorham, indignado.

—Vivo bien. De hecho, mi hijo acaba de ingresar en un colegio privado y no tiene ningún problema.

La variedad étnica se había puesto de moda, pensó Gorham, y así era mejor. Había oído hablar, por ejemplo, de familias judías que habían adaptado sus apellidos del Este de Europa una generación atrás a fin de que sonara más inglés y que últimamente decidían recuperarlos. Las actitudes cambiaban.

Su propio apellido de élite sólo le proporcionaba satisfacción en la medida que implicaba un auténtico anclaje histórico. Al menos eso era lo que se decía a sí mismo.

—Mi punto de vista del abolengo es estrictamente posmoderno —le gustaba proclamar en las cenas entre amigos—. Es un inofensivo ornamento que se puede compartir con las amistades. — Aquello estaba muy bien, a su juicio.

¿Y tenía Caruso algún parentesco con el famoso tenor?, se interesó por saber. El inteligente semblante del ginecólogo tenía cierta similitud con las fotos del célebre cantante.

—¿Quién sabe? —contestó el doctor Caruso—. Quizá de muchas generaciones atrás. Mi familia lo conocía... estaban muy orgullosos de ello... y él siempre les decía que eran parientes. Caruso era un hombre muy bondadoso ¿comprende? —precisó, con una sonrisa.

Gorham Master estaba contento de que el doctor Caruso fuera a asistir a su mujer en el parto.

Con la bolsa de Maggie en la mano, recomendó a Bella que se quedara en casa por si tenían que llamarla por algo

y después bajó con el ascensor hasta el vestíbulo. El portero llamó a un taxi.

El trayecto era corto. Había que cruzar la avenida Madison, seguir recto hasta la Ciento Uno, cruzar hasta la Quinta Avenida y ya estaba uno en el hospital Mount Sinai. El doctor Caruso los recibiría allí.

El taxista avanzó tres manzanas por Park Avenue antes de girar a la izquierda. Faltaba sólo una manzana para la avenida Madison cuando se detuvo.

—¿Hay algún problema?

—Sí, problema —respondió con un marcado acento ruso—. Camión. No se

mueve.

—Tengo que llegar al hospital —
señaló, pensando que Maggie ya debía
de haber llegado.

—¿Yo qué puedo hacer si no mueve?

Nada. ¿Debía bajarse y coger un taxi
en Madison? Si hacía eso, en cuanto
llegara a Madison se habría acabado el
atasco. Entonces el ruso pasaría de largo
si le hacía señal y luego no habría
ningún taxi más allí. Ya le había
ocurrido algo así con anterioridad.
Gorham Master lanzó una maldición
para sus adentros y cerró los ojos.
Paciencia. Había que clarificar el
espíritu, mantener la calma.

Y procurar no pensar en el otro asunto, el asunto del que no había hablado con Maggie.

Globalmente, durante los últimos diez años, su vida se había desarrollado según lo había planificado. Había llegado a vicepresidente unos años atrás, y el banco parecía tener un buen concepto de él. Había demostrado un auténtico talento para las relaciones con los clientes y astucia para elegir sus mentores en la empresa. Durante varios años había recibido pluses millonarios aparte de su sueldo. Aquella primavera

lo habían nombrado vicepresidente senior. Aquél era un cargo de importancia, aunque más importante era aún lo que le habían ofrecido poco después.

Participaciones en Bolsa: la posibilidad de comprar acciones del banco a precios muy ventajosos. Esposas doradas, como las llamaban, puesto que estaban estructuradas de tal forma que, para lograr un verdadero beneficio, había que permanecer en el banco. Los vicepresidentes conseguían ascensos y aumentos de salario, pero la única manera de percibir hasta qué punto los valoraba el banco era

mediante el seguimiento del dinero. Si el banco estaba realmente interesado en conservar a alguien, le ofrecía participaciones en Bolsa.

La ciudad también parecía vivir un momento de prosperidad. En 1977, justo después de los terribles incendios y saqueos acaecidos a raíz del gran apagón, salió elegido el nuevo y combativo alcalde Koch. Su primer objetivo fue resolver la desastrosa situación financiera del ayuntamiento, cosa que logró con extraordinaria eficacia. En pocos años, el presupuesto de la ciudad dejó de ser deficitario. En 1981 consiguió algo que no se había

producido nunca: que lo eligieran como candidato tanto el partido Republicano como el Demócrata.

—¿Qué tal lo hago? —preguntaba el alcalde siempre que se encontraba rodeado de una multitud. La mayoría de las veces le respondían que lo hacía muy bien.

Ese año Gorham se casó con Maggie.

Su noviazgo fue el típico de las parejas donde uno de ellos por lo menos trabajaba noventa horas por semana. Aquello no había entrado, desde luego, dentro de los planes iniciales de Gorham.

En ocasiones éste se preguntaba si los grandes gabinetes de abogados y los bancos de inversión no se excedían un poco con los horarios. Aunque aquello servía para comprobar la seriedad y compromiso de los jóvenes asociados, ¿no contenía tal vez un sádico elemento de orgullo, una sumisión como condición para acceder a una fraternidad? Y aquello duraba años, hasta que uno accedía al estatuto de socio.

Maggie era abogado de empresa. A menudo, cuando tenía cuestiones de importancia entre manos, él iba a buscarla a su oficina a las nueve o las

diez de la noche, la llevaba a cenar y después volvía a dejarla en el despacho, donde trabajaba hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Todo su periodo de noviazgo y el primer año de casados había sido así. Los momentos de romanticismo y de ocio debían circunscribirlos a breves compartimentos de tiempo. En cierta manera resultaba excitante. En tiempos de guerra, los idilios y matrimonios debían de ser así, dedujo Gorham. La paz tardaba, con todo, mucho en llegar.

Llevaban un año saliendo juntos cuando le pidió que se casara con él. Para entonces estaba completamente

loco por ella. Le daba igual que no fuera la perfecta esposa para un ejecutivo. Ella también lo quería.

—No puedo creer que soportes los terribles horarios que tengo que hacer —comentaba, maravillada.

La fascinación de él y la gratitud de ella formaban, a juicio de Gorham, un buen cemento para la construcción de su matrimonio.

—Si quieres tenerlo todo, Maggie —le recordaba alegremente—, no te olvides sobre todo de incluirme a mí.

La ceremonia de la boda tuvo lugar en la iglesia católica de la parroquia de sus padres de Norwalk, Connecticut.

Éstos consideraban perfecto a Gorham, y no les importó que no fuera católico. En cuanto a Maggie, omitió mencionar el detalle al párroco, aunque ya le había asegurado a Gorham que sus hijos podrían asistir a la iglesia que quisieran, o a ninguna.

Juan, que ya se había casado con Janet para entonces, fue el padrino, y el hermano de Maggie, Martin, se encargó de distribuir a los invitados. Martin era un joven agradable, de tendencia más bien intelectual, con quien Gorham se llevaba muy bien. Al final de la boda, el padre de Maggie sugirió discretamente a Martin que si no tenía intenciones de

casarse nunca, tal vez podría hablar un día con él de la cuestión.

Cuando entraron en la década de 1980, la vida de Gorham apenas cambió. Si necesitaba que Maggie asistiera a una cena de negocios con él, ella tenía que efectuar grandes esfuerzos para encontrar un hueco de tiempo. En una ocasión, cuando Branch & Cabell ofreció un fin de semana en un centro de vacaciones para todos los socios, asociados y sus cónyuges, Gorham se divirtió mucho mientras, durante las sesiones de trabajo de los abogados, lo paseaban y lo entretenían junto con el resto de los cónyuges.

—Me gusta eso de ser un cónyuge — comentó después en broma a Maggie—. He tenido veinte esposas para mí solo.

A comienzos de la década también tuvieron que definir sus posiciones con respecto a los nuevos acrónimos que alcanzaron una gran popularidad.

—Yo siempre he sido un WASP^[7] —reconocía, no sin razón, Gorham—, y supongo que hasta me podrían llamar pijo, pero Maggie es, sin duda alguna, una *yuppie*.

Aquella definición cambió, sin embargo, en 1986, cuando Maggie accedió a la condición de socio.

—A un socio de Branch & Cabell no

se lo puede seguir considerando un *yuppie* —insistía ella.

—¿Ni siquiera a una guapa socia pelirroja?

—No, pero te diré otro detalle relativo a los socios de Branch & Cabell.

—¿Qué?

—Las socias de Branch & Cabell pueden quedarse embarazadas —le informó, sonriente.

Al año siguiente, su embarazo hizo salir a la luz otro asunto.

Se encontraban a gusto en el apartamento de Park Avenue. Cuando se casaron, Maggie realizó algunos

cambios en la decoración y pasaron buenos ratos comprando algunos muebles nuevos. El tercer año de casados, después de cobrar una sustanciosa prima, él le ofreció como regalo de Navidad el dinero para renovar la cocina.

Maggie había realizado algunas otras pequeñas mejoras en el apartamento. Un día, en un armario encontró un paquete muy bien envuelto que parecía un cuadro. Al preguntarle qué era, Gorham confesó, avergonzado, que era el único regalo de los que su padre le había encargado entregar después de su muerte que no había hecho

llegar a su destinatario.

—Y ahora ha pasado tanto tiempo, que no sé con qué cara podría dárselo a su verdadera propietaria —señaló.

—¿Puedo verlo? —inquirió Maggie.

—Supongo que sí.

—Dios santo, Gorham —exclamó, después de desenvolverlo—, es un dibujo de Robert Motherwell. Esto tiene mucho valor.

—No sé qué hacer con él —admitió.

—Pues hasta que no te decidas, lo voy a colgar en la pared.

Allí permaneció un tiempo, aportando un toque especial de elegancia a su salón.

Si empezaban a tener hijos, no obstante, tal vez tendrían que pensar en trasladarse a una vivienda más amplia. Con un hijo podrían arreglárselas allí, ya que contaban con otro dormitorio, pero si tuvieran otro más necesitarían más espacio. Como les gustaba aquel edificio, decidieron esperar un tiempo para ver si quedaba disponible algún apartamento de más habitaciones, sabiendo que con sus dos sueldos podían permitirse financiar una hipoteca y unos gastos de escalera superiores.

Gorham y Maggie eran, pues, globalmente felices en su matrimonio. Había sólo algo que se había resentido y

que ambos lamentaban: sus amistades. Ya no recordaban cuánto tiempo había pasado desde que el hermano de Maggie había ido a cenar con ellos. Tres meses, por lo menos. No era culpa de nadie, pero parecía como si nunca tuvieran tiempo. A Juan, por ejemplo, no lo habían visto desde hacía más de un año.

Lo peor era que Juan estaba pasando un momento difícil. El alcalde Koch había tomado medidas adecuadas para la parte de la ciudad situada debajo de la calle Noventa y Seis, pero no tanto para las zonas como Harlem, el Barrio y el sur del Bronx. Alguna gente aseguraba que no le importaban demasiado. Otros

aducían que, al haber problemas tan enormes por resolver, ni siquiera Koch podría hacerlo todo de inmediato. En cualquier caso, Juan apenas había logrado introducir algunos avances.

—Las cosas no paran de empeorar en el Barrio —les había dicho.

Estaba tan desanimado que se estaba planteando aceptar un empleo en una compañía pública, donde al menos podría aplicar sus conocimientos de gestión empresarial.

Gorham se había hecho el propósito de que, en cuanto naciera el niño, buscaría un momento para llamar a Juan e invitarlo a cenar junto con Janet.

A pesar de aquellas omisiones, que tenían en todo caso remedio, Gorham habría podido considerarse un hombre con suerte. Había sólo un inconveniente: la buena suerte no le bastaba.

Tampoco era de extrañar. Bien mirado, según su punto de vista, Nueva York siempre había sido un lugar para gente que quería más. Ya fueran pobres emigrantes o ricos comerciantes, la gente acudía a Nueva York para ganar más. En épocas malas iba allí para sobrevivir, en momentos de bonanza para prosperar y en periodos de auge para enriquecerse. Para enriquecerse muy deprisa.

A medida que avanzaba la década de 1980, Nueva York entraba en un periodo de auge.

La Bolsa, concretamente, vivía un momento de expansión, y con ella el sector de servicios, incluidos los gabinetes de abogados que dependían de éste. En 1984, la Bolsa alcanzó un récord histórico de un millón de transacciones por día. Los operadores, los agentes y todos cuantos trabajaban con acciones o bonos tenían la oportunidad de ganar una fortuna. Todo aquel ambiente quedaba muy bien plasmado en la novela de Tom Wolfe *La hoguera de las vanidades*, que acababa

de ocupar los primeros puestos en las listas de ventas al comienzo del embarazo de Maggie.

El ansia de lucro, omnipresente, estaba bien vista. Los codiciosos personajes que ganaban dinero fácil eran considerados héroes.

Gorham, por su parte, no podía evitar hacerse una pregunta: ¿Había pecado por falta de ambición?

A veces, sentado en su oficina, sacaba el dólar Morgan de plata que le había dado su madre y lo observaba con tristeza.

¿Acaso los Master de épocas pasadas, los mercaderes y propietarios

de barcos corsarios, los especuladores en inmuebles y terrenos, se habrían quedado tranquilamente sentados en un despacho de una empresa aceptando un sueldo, aunque fuera un sueldo con primas y participaciones en Bolsa? ¿Habrían sido tan prudentes cuando otros estaban ganando fortunas con rapidez? Él creía que no. Nueva York era escenario de un momento de prosperidad y él seguía sentado e inactivo, atrapado por su propia cautela y respetabilidad.

¿Estarían todos los de su clase, gente de categoría añeja, condenados a la mediocridad? No, algunos, como el

mismo Tom Wolfe, habían salido del molde.

Gorham no había salido del molde exactamente, pero sí había emprendido algunas discretas transacciones por su cuenta que le habían dado buenos resultados. Había pedido dinero prestado para invertir, por supuesto, ya que aquélla era la única manera de ganar dinero rápidamente y los riesgos eran mínimos en una situación de alza del mercado. De hecho, por la época del embarazo de Maggie había acumulado una considerable cartera de valores.

A ella no le había dicho nada. Tenía intención de hacerlo cuando hubiera

ganado lo bastante para impresionarla, cosa que no sería fácil tratándose de una abogada que estaba acostumbrada a trabajar con clientes muy acaudalados. Él perseveraba, con todo. No le costaba mantener en secreto sus actividades, dado que declaraban a la hacienda pública por separado. Aquello fue idea de ella desde el principio de su matrimonio. Él no sabía cuánto ganaba Maggie ni ella cuánto ganaba él. Llevaban la cuenta de sus gastos mensuales, que dividían a partes iguales entre los dos, y nada más. Hasta que a Maggie la aceptaron como socia, él dio por sentado que tenía más ingresos que

ella. Ahora ya no estaba tan seguro. Tampoco importaba mucho, desde luego. De todas maneras, con las primas y las acciones prioritarias, sí, probablemente seguía ganando más... aunque los socios de los grandes gabinetes de abogados obtenían unos sustanciosos beneficios. Cuando por fin se forrara en la Bolsa, pensaba con secreta satisfacción, habría llegado el momento de ponerla al corriente.

Todo había ido bien hasta el desastre del mes anterior.

En octubre, la Bolsa se vino abajo. No fue un crack como el de 1929, sino una brutal corrección. Las agencias de

Bolsa pasaban por un mal momento y se generalizaban los despidos. Al trabajar en un banco comercial, a Gorham aquello no le afectaba, ni tampoco a los abogados, que siempre tenían trabajo arbitrando todos los desastres. Con sus participaciones en Bolsa salió muy perjudicado, sin embargo. Dos días atrás, después de revisar lo que le quedaba tras haber atendido los requerimientos de pago, descubrió que se encontraba exactamente en el mismo punto donde había empezado varios años atrás. No era un balance muy satisfactorio. Podía felicitarse de que no fueran a mudarse a un apartamento

mayor ese año.

No le había contado nada a Maggie. No había necesidad de disgustarla con aquella clase de noticias cuando estaba a punto de dar a luz, ni tampoco tenía mucho sentido decírselo después. Así actuaban los buenos corredores de Bolsa, pensaba, minimizando las pérdidas y manteniéndose calladamente en un segundo plano para después volver a avanzar.

Hacía tres días que había recibido aquella imprevista proposición. Lo llamó por teléfono un banquero al que apenas conocía. Mantuvieron un discreto encuentro, seguido de otras reuniones

con socios de la empresa inversora en cuestión. Después le hicieron una propuesta provisional que no era como para descartarla de entrada.

Le preguntaron si quería pasar a trabajar en un banco de inversión. Era todo un halago, desde luego. Los socios del banco de inversión consideraban que poseía cualidades y dotes para el trato con los clientes que les serían muy útiles y, después de tratar a fondo la cuestión comprendió que no les faltaba razón. La remuneración se presentaba interesante y le había gustado la gente con la que iba a trabajar.

Además, como en todo banco de

inversión habría animación, la oportunidad de asumir iniciativas propias y de ganar mucho dinero. Por otro lado, el horario de trabajo sería mucho más cargado.

Era posible que aquélla fuera una gran oportunidad para él, la clase de catapulta que, a su juicio, los Master de antaño no hubieran desperdiciado. Lo malo era que perdería unas cuantas participaciones de acciones y seguramente vería menos tiempo a su familia del que habría querido.

¿Era oportuno embarcarse en aquello? ¿Poseía la confianza para asumirlo? ¿Estaba dispuesto, después de

las pérdidas sufridas en la Bolsa, a renunciar a su seguridad?

No lo sabía. Quería hablarlo con Maggie, pero aquél no era precisamente el momento más adecuado para plantearle algo a una esposa, cuando estaba a punto de dar a luz.

Se pusieron en marcha. El conductor del camión terminó el reparto, el ruso le dedicó un insulto y él le correspondió con un juramento. Luego, murmurando con furia entre dientes, el ruso arrancó a toda velocidad. Los semáforos estaban bien sincronizados en Madison, gracias

a Dios, a diferencia de en Park Avenue, donde uno se veía obligado a pararse cada ocho o diez manzanas. En cuestión de minutos llegaron al Mount Sinai y luego cruzó como un vendaval la entrada para averiguar dónde estaba Maggie.

La habían trasladado ya al quinto piso. Cuando llegó allí, la primera persona que vio fue al doctor Caruso.

—Todo va bien —lo tranquilizó éste—. He mandado que la subieran directamente porque la dilatación va muy deprisa.

—No debía haber ido a la oficina, ¿verdad?

—Ya conoce a su esposa —repuso

el médico—. Aunque a menos que haya un problema, las mujeres activas suelen tener los hijos con más facilidad. Yo habría preferido no tener que trabajar con tanta urgencia —añadió con una sonrisa.

—Al menos no ha tenido que asistir al parto en la sala de conferencias de la Branch & Cabell, de modo que ya puede darse por contento.

—Exacto. Maggie dice que va a entrar en la sala de partos.

—Tengo que ir.

—No es obligatorio.

—No, en realidad, tengo que ir. —Gorham esbozó una sonrisa—. Ya se lo

explicaré después.

—En ese caso tendrá que tomar ciertas medidas —indicó Caruso—. La enfermera le dará una bata y, si lleva un reloj, quíteselo. Mientras tanto, puede ir a su habitación, hacia allí, en la segunda puerta.

Al mirar a Maggie lo inundó una gran oleada de afecto.

—Hola, te he traído la bolsa. ¿Estás bien?

—Sí —confirmó alegremente Maggie—. Todo va perfecto.

Estaba un poco asustada, pero sólo él era capaz de darse cuenta.

—Vaya una manera de interrumpir tu

reunión —bromeó—. ¿No podías pedirle al niño que adaptara el horario?

—Pues no. Es tan terco como su madre.

—¿Has llamado a tu madre y a tu padre? —Sus padres, ya jubilados, se habían ido a vivir a Florida hacía poco.

—Sí. Les he prometido que los volvería a llamar más tarde. ¿Y tú?

La madre de Gorham también vivía en Florida.

—No he tenido tiempo.

Una enfermera llegó con una bata azul claro. Mientras se la ponía, Gorham se planteó qué hacer con el reloj. No quería dejarlo en la habitación. Al ver

que la bata tenía un bolsillo, lo puso allí.

El doctor Caruso volvió y examinó a la paciente.

—Vaya, vaya —exclamó con una radiante sonrisa—. Veo que no pierde el tiempo. Volveré dentro de poco.

Gorham se colocó al lado de Maggie y le tomó la mano.

—¿Todo bien?

Maggie había rehusado que le pusieran la epidural. Era muy propio de ella. Iba a hacerlo todo ella misma, sin ayuda, a su manera.

—Y ahora —dijo Gorham con ademán severo, situándose al pie de la

cama—, creo que es hora de que aprendas a respirar.

La primera clase de respiración había tenido lugar tres meses atrás. En principio debían asistir juntos los maridos y las mujeres, para aprender a practicar como un equipo. Aquello formaba parte de las tendencias de las parejas modernas y él estaba de acuerdo. Se reunieron en una pequeña sala del hospital. Él y otro futuro padre fueron los primeros en llegar. La enfermera que daba la clase entró cinco minutos después. Luego esperaron.

Al cabo de cinco minutos, la enfermera les preguntó los nombres de sus esposas. Tras otros cinco más comenzó a enojarse. El otro hombre, un individuo bajito y un poco calvo, más o menos de su edad, lo miró con un suspiro.

—¿A qué se dedica su mujer?

—Es abogada. ¿Y la suya?

—La mía trabaja en un banco de inversión.

Los dos se volvieron hacia la enfermera.

—Mejor será que empecemos sin ellas —opinaron.

Ahora que Maggie era socia la

presión no era tanta, pero si alguien creía que iba a interrumpir una reunión importante para ir a una clase de respiración...

No acudió ni a la primera, ni a la segunda cita. A la tercera sí. La enfermera no estaba muy contenta, pero a Gorham no le molestó... a aquellas alturas controlaba bastante bien aquello de la respiración.

—Veamos —dijo la enfermera, lanzando una severa mirada a Maggie—. Lo fundamental es instalar un ritmo continuo que ayude a relajarse. Va a aprender a inspirar. Al decir RE... cuente uno... dos... tres... cuatro... y

LAX. RE... uno... dos... tres... LAX. A medida que las contracciones sean más frecuentes se puede hacer un poco más rápido. Bueno, sólo tiene que seguir la cadencia que le marque su marido. Y RE... uno... dos...

Por la puerta asomó una enfermera.

—Hay una llamada de una tal señora O'Donnell —anunció.

—Dígale, por favor, que llame más tarde —dijo la otra enfermera.

—Me temo que debo ponerme —dijo Maggie, dirigiéndose a la puerta.

—¿Quiere hacer el favor de sentarse? —le pidió, elevando el tono, la enfermera.

—Perdón —dijo Maggie, ya en la puerta.

—¿Es que no se da cuenta de que es su hijo? —gritó la enfermera.

Maggie dio media vuelta y luego dirigió una cariñosa mirada a Gorham y una radiante sonrisa a la enfermera.

—No se preocupe —dijo—. Formamos un magnífico equipo. Él respirará y yo tendré el niño.

—Respira... dos... tres... empuja —decían Gorham y el médico—. Respira... dos... tres... empuja.

—Empuje ahora... —indicó el

médico—. Muy bien... eso es... casi ya está... empuje... lo máximo que pueda...

—¡Aay! —gritó Maggie.

El doctor Caruso ya no hablaba. Estaba ocupado sacando al bebé.

—Otra vez —pidió.

Maggie dio otro grito... Gorham se quedó petrificado. El doctor Caruso retrocedió un paso. El bebé lloró. Caruso sonrió.

—Felicidades. Tienen un hijo.

De modo que ya había nacido.

—Veo que ambos asistieron a las clases de respiración —le comentó unos minutos después el médico—. Lo han

hecho muy bien.

Gorham miró a Maggie y Maggie miró a Gorham.

—¿A que sí? —dijo Maggie.

Todo salió bien pues. Al cabo de un rato, Maggie quiso descansar unas horas, de modo que Gorham decidió volver a casa. Se quitó la bata y la enfermera le indicó que la metiese en la rampa que comunicaba con la lavandería. Preparó sus cosas para irse. Estaba a punto de abandonar la planta en compañía del doctor Caruso cuando se dio cuenta de algo.

—Vaya por Dios. He dejado el reloj en el bolsillo de la bata. Se ha ido directo a la lavandería.

—Lo siento —dijo Caruso—. ¿Era un Rolex?

—Oh, no. No era caro, pero aun así...

—Puede decírselo a la enfermera para que avise a los de la lavandería. Quizá lo encuentren.

—¿Cree que esto ocurre a menudo?

—Es probable.

—¿Y encuentran alguna vez los relojes?

—No sabría decirle. Creo que los empleos de allá abajo están bastante

solicitados.

—Ya.

—Considérelo desde este punto de vista —le aconsejó Caruso—. Puede que haya perdido un reloj, pero ha ganado un hijo.

Al llegar a casa, llamó a los padres de Maggie y a su madre. Después abrió una botella de champán y tras brindar con Bella por el nacimiento, le dijo que debería acompañarlo cuando volviera al hospital para que viera al niño. Por otro lado, le interesaba que se estableciera un lazo entre Bella y el pequeño.

Le quedaba un buen rato sin saber qué hacer. Estaba demasiado emocionado para sentarse a mirar la televisión y, desde luego, era incapaz de ponerse a trabajar. Empezó a caminar arriba y abajo.

Quizá podría llamar a Juan. Sí, no estaría mal.

Postergó, sin embargo, la llamada, y siguió yendo de un lado a otro. Aunque no quería pensar en ello, no podía quitarse el asunto de la cabeza.

¿Qué demonios iba a hacer con la oferta del banco de inversión?

Millennium

La crisis que invadió la vida de Gorham Master se fraguó de manera tan gradual que, al cabo de los años, ni él mismo pudo precisar cuándo se inició el proceso. Seguramente fue cuando rechazó la oferta para integrarse en la compañía de inversión en el momento del nacimiento de Gorham Junior. En aquel momento le pareció lo mejor, y Maggie también estuvo de acuerdo con su decisión.

Desde entonces, su vida transcurrió sin sobresaltos. La caída de la Bolsa de

1987 pronto se convirtió en un lejano recuerdo, que aunque doloroso, quedaba colocado en su lugar como uno más de los ciclos de altibajos del mercado que se venían repitiendo de manera regular entre Londres y Nueva York desde hacía unos trescientos años.

A continuación se produjo, no obstante, otra recesión, centrada esa vez en el mercado inmobiliario neoyorquino, que fue bastante beneficiosa para la familia Master. Poco después del nacimiento de su segundo hijo, Richard, quedó disponible en su mismo edificio un apartamento de ocho habitaciones.

—El precio que piden es sólo el

setenta por ciento de lo que seguro que habrían pedido hace dos o tres años — explicó él mismo a Maggie.

La lógica financiera era impecable: comprar cuando el mercado iba a la baja. Se trataba, además, de una venta de una herencia, y los administradores se alegraron de poder vender a un comprador de confianza que ya vivía en el edificio, con lo cual no tuvieron necesidad de requerir el visto bueno de la junta de copropietarios ni tampoco pagar comisión a un agente inmobiliario. Gorham y Maggie pudieron negociar un precio muy ventajoso. Vendieron su antiguo apartamento y, para el resto,

hicieron una hipoteca entre ambos. Al año siguiente, Gorham salió elegido como miembro de la junta de copropiedad, en la que permaneció varios años.

Incluso el piso de ocho habitaciones acabó resultando pequeño, porque después de los dos niños ambos querían una niña. Así llegó, en 1992, Emma. Los dos chicos tuvieron que compartir dormitorio para que Emma ocupase el tercero. Aunque con las ocho piezas había dos habitaciones para el servicio contiguas a la cocina, cuando nació Emma, aparte de Bella tenían ya a Megan, la niñera, una alegre muchacha

de Wisconsin que vivió con ellos durante varios años hasta que la sucedió su prima Millie. Con aquel agradable hogar ubicado en el Upper East Side, cualquier persona razonable habría estado satisfecha.

Fue entonces cuando, por primera vez en su vida, Gorham comenzó a acariciar el sueño de vivir fuera de Nueva York.

No fue porque la ciudad presentara más inconvenientes. En realidad, muchos consideraban que Nueva York era un lugar más acogedor para vivir de lo que había sido durante años. A Koch lo había relevado en la alcaldía un tal

Dinkins, un afroamericano que había sido percibido como más solidario con los problemas de Harlem y otras zonas desfavorecidas. La ciudad conservó, con todo, su fama como marco delictivo, en especial para los atracos, hasta casi bien entrados los años noventa, momento en que llegó al frente del ayuntamiento el alcalde Giuliani, partidario de una línea de mano dura. Tanto si Giuliani despertaba simpatías como si no, lo cierto era que su política de «tolerancia cero» contra el delito parecía haber dado resultado. Entonces se podía pasear por las calles sin apenas temor.

La ciudad estaba más limpia,

asimismo. Detrás de la Biblioteca Pública de Nueva York, en el lugar donde antes se alzaba el Crystal Palace, la pequeña zona verde de Bryant Park se había convertido en un tétrico enclave poblado de ratas y traficantes de drogas. Ahora lo habían transformado en un área donde los empleados de las oficinas próximas podían sentarse a tomar un capuchino. En la Cuarenta y Dos en dirección a Times Square, los deprimentes cines que pasaban películas de porno duro habían desaparecido. En el centro, el Soho y la zona contigua a éste, conocida ahora con el nombre de Tribeca, se estaban convirtiendo en

barrios de moda para la gente que apreciaba vivir en almacenes reformados. Si bien era cierto que aquella revalorización económica de la ciudad estaba restándole parte de su antiguo carácter, Gorham consideraba que aquellos cambios habían entrañado una mejoría general.

No, su deseo de abandonar la ciudad obedecía, cuando menos al principio, a las ansias de disponer de más espacio físico.

Por más amplio y bonito que fuera su apartamento, había momentos en que toda la familia anhelaba disponer de más sitio. A los chicos les habría

gustado tener cada uno su propia habitación. Los meses de julio y agosto eran siempre una tortura en la ciudad de Nueva York. Mucha de la gente del sector de la banca a la que conocía Gorham vivía en las afueras. Dos de sus amigos, vicepresidentes senior como él, tenían magníficas casas en New Canaan, con unos diez mil metros cuadrados de terreno alrededor, pista de tenis y piscina. Aunque debían levantarse temprano para ir a trabajar a la ciudad, aseguraban que merecía la pena.

—Sus mujeres no trabajan —argüía, no sin razón Maggie—. Yo no puedo permitirme ocuparme de mis hijos y

pasar todo ese tiempo en transporte diario. Ni siquiera si pudiéramos permitirnos un coche con chófer — puntualizó con una sonrisa—. Además, los colegios de la ciudad son mejores.

En 1997 llegaron, no obstante, a una solución intermedia, consistente en una casa de campo. Fue una lástima que ambos se prendaran de una pequeña granja situada en North Salem, pues un par o tres de kilómetros más ya se hubieran situado en el condado de Putnam, donde los precios y los impuestos eran más bajos, mientras que al estar situado en el condado de Westchester, en North Salem se pagaban

unos impuestos sobre la propiedad muy caros, destinados a sufragar el colegio de la localidad. Pese a ello les encantaba la casa, de modo que la compraron.

Gorham estaba muy contento. Iban allí la mayoría de fines de semana y los niños disfrutaban mucho. En verano, él y Maggie iban y venían hasta Nueva York varios días por semana. Tardaban una hora y cuarto de puerta a puerta, tanto si iban en coche como en tren. Él sentía como si hubiera abierto una ventana en su existencia.

Por otra parte, tenía que reconocer que aquello encajaba en los planes que

había forjado para su vida. A otra gente le gustaba tener casas de veraneo, o alquilarlas en Long Island; en la zona de los Hamptons estaban los ricos, que pagaban elevadas sumas por estar allí. Había muchas otras personas que preferían, en cambio, el entorno más tranquilo, más rural, del gran corredor que iba desde Bedford, en el centro de Westchester, hacia el norte por el río Valley abarcando el cotizado condado de Dutchess, los aficionados a los caballos en especial. North Salem no era pleno campo, pero tampoco era un área periférica. Había caza y varias fincas de cientos de acres. Al igual que

Bedford era un lugar frecuentado por los ricos, cosa que complacía a Gorham, pues le procuraba el sentimiento de que la familia Master se encontraba en el medio donde le correspondía estar.

En el plano individual, ya no estaba tan seguro.

A mediados de los años noventa, Gorham reconoció la verdad: ya no iba a llegar más lejos en el banco. Tampoco se podía decir que hubiera fracasado, pues tenía un empleo estable y bien valorado, pero había un grupo de personas de su misma edad a quienes les había ido un poco mejor. Quizá tenían más dotes diplomáticas, o más suerte.

Lo cierto era que él nunca iba a ser director gerente, ni siquiera uno de los pequeños jefes que realmente dirigían el banco. Él iba a ser el tipo simpático que permanecía justo debajo de ese nivel.

Otra idea le inquietaba todavía más. Aquél era un momento de fusiones. Los bancos se convertían en entidades cada vez mayores. A decir de muchos, en aquel proceso en que unos bancos absorbían a los otros sólo los más grandes iban a sobrevivir. Con su enorme poder monetario y la reducción de costes iban a arrasar a todos aquellos que se les opusieran. Hasta el momento su banco no había sido absorbido, pero

si ello ocurría, podían suceder dos cosas, una buena y otra mala. La buena era que sus participaciones bursátiles del banco valdrían mucho dinero. Una transacción de aquéllas podía convertirlo en un hombre rico, pero poco más. Era el jefe que tenía justo por encima de él el que disponía de grandes participaciones en Bolsa. Sabía de ejecutivos de banco ordinarios que, en aquellos movimientos de empresas, habían ganado cincuenta, cien millones o incluso más. Estando como estaba atascado en el escalafón de la compañía, se perdería las grandes recompensas. Con suerte, podía esperar a obtener unos

cuantos millones, pero no más.

La contrapartida mala aún le resultaba más deprimente, puesto que cuando se ponía a pensar en todos los otros bancos y en todos los ejecutivos que conocía llegaba a una conclusión casi segura. En cualquiera de las contingencias que imaginaba, sería su homólogo del otro banco al que le pedirían que se quedara y él a quien invitarían a dejar su puesto.

Su buen nombre quedaría intacto, desde luego. Aquellas marchas eran muy frecuentes. Muchos cogían el dinero y se retiraban tranquilamente para vivir sin estrecheces durante el resto de su vida.

Él, sin embargo, había querido algo más. Había querido llegar a lo alto. Había querido ser el hombre a quien honraban con importantes funciones en la ciudad y al que pedían su participación en los consejos de administración. Era aquello lo que entraba dentro de su plan.

En lugar de ello, iba a ser el cónyuge de la socio de B & C Maggie O'Donnell, el tipo simpático que fue banquero hasta que lo quitaron de su puesto. Y eso ocurriría cuando todavía sus hijos estaban en el colegio. Aún no había ocurrido, pero la posibilidad lo tenía angustiado.

Aquella perspectiva incluso no

habría sido tan horrible, no obstante, de no haber sido por lo que sucedía a su alrededor.

La eclosión de los nuevos ricos, los nuevos ricos de los años noventa. Los nuevos ricos de los setenta y ochenta no habían sido tan malos. En las actuaciones de los empresarios que habían desarrollado las tecnologías que habían dado lugar a Silicon Valley hubo algo heroico, que era aplicable tanto a los magos de la tecnología que habían hipotecado sus casas y comenzado a trabajar en sus garajes como a los arrojados capitalistas que habían tenido la visión de futuro para respaldarlos.

Entonces se crearon empresas que, con el tiempo, tuvieron grandes beneficios y cambiaron el mundo. Algunos de aquellos empresarios se hicieron muy ricos, pero adoptaron algunos de los atributos de los ricos de la vieja guardia. Llevaban vidas apasionantes, volcadas en cosas que merecían la pena; creaban organizaciones benéficas en las que se implicaban en el plano personal. Ese tipo de riqueza no sólo tenía que ver con el estatus, sino con la renovación de ideas.

A juicio de Gorham, los nuevos ricos de los noventa eran distintos. La implantación de Internet como

plataforma para ofrecer toda clase de servicios propiciaba la invención de nuevas empresas a una velocidad tal que no había forma de conocerlas. Algunas tenían alguna posibilidad de éxito seguramente, pero, en su opinión, otras estaban basadas en conceptos tan inconsistentes que le recordaban la anécdota que una vez había leído sobre un folleto informativo impreso antes de la gran crisis de mercado acaecida en Londres en 1720, en el que se anunciaba la formación de una empresa «con un objetivo aún por descubrir». No obstante, no sólo se creaban empresas de esa clase, sino que muchas veces en

su oferta pública inicial la demanda superaba a la oferta, con lo cual sus fundadores se convertían de manera instantánea en personas ricas sin que se hubiera producido ni el primer indicio de beneficios.

—A mi entender —comentaba a Maggie—, el proceso es parecido a lo que ocurrió en el siglo XIX con el ferrocarril. En aquellos tiempos, las empresas rivales competían por el control de la ruta por la que debían circular las personas y las mercancías. Las empresas *puntocom* mantienen una carrera para hacerse con el control de una autopista de información, para

construir una gran red antes de que circule por ella un tráfico significativo. La gente invierte en expectativas — concluyó.

Lo cierto era que la gente invertía, y ganaba fortunas. El índice NASDAQ estaba en periodo de *boom*. Había jóvenes de menos de treinta años que ganaban decenas e incluso cientos de millones y compraban grandes almacenes restaurados en Tribeca porque consideraban aburridos a los ricos de la vieja guardia instalados en Park Avenue y en la Quinta. Los gestores de aquellos capitales privados que se encargaban de aquellas ofertas públicas

iniciales también se estaban haciendo de oro. Los agentes de Wall Street obtenían cuantiosas primas y compraban al contado apartamentos por un valor de varios millones de dólares.

¿Aquella explosión de dinero beneficiaba en algo a su familia? A Maggie le iba bien... como siempre ocurría con los abogados. Su hermano Martin vivía ahora con un hombre que, después de vender una pequeña empresa *puntocom* había comprado un edificio entero en el Soho para utilizarlo como residencia particular y galería de arte, aparte de la casa que tenía junto a la playa en Fire Island.

Gorham, sin embargo, no se había sumado a la corriente. Desde su perspectiva actual, lamentaba la decisión de no haber ingresado en la empresa de inversión en 1987. Debía haberse situado en la vía principal... A aquellas alturas habría ganado muchísimo. En la oficina, rodeado por empleados de banca comercial como él mismo, estaba por lo general demasiado ocupado para caer presa de aquellos negros pensamientos, pero en ocasiones tenía que hacer frente a desagradables detalles que se lo recordaban.

Al ir a mirar los partidos que jugaban sus hijos en el colegio privado,

por ejemplo, no podía dejar de reparar en las limusinas aparcadas junto al gimnasio de las que acababan de apearse algunos de los padres, los potentados de Wall Street. Nadie hacía ningún comentario, desde luego, pero mientras él se sobresaltaba al ver las tarifas del colegio, aquellos individuos daban donativos de millones de dólares al centro e ingresaban en el consejo de administración. Él lo sabía y sus hijos también. La gente siempre se enteraba de todo en Nueva York. La peor ocasión, con todo, la vivió en otoño del noventa y nueve, cuando fueron a cenar con Peter Codford.

Peter Codford había estudiado en Columbia con Gorham. Después se había dedicado un tiempo a la gestión de capital de riesgo en California y más tarde había fundado su propia empresa de capital cerrado en Nueva York. Hacía años que no se veían cuando se encontraron por casualidad en una conferencia y Peter lo invitó a cenar.

Peter Codford medía metro noventa y era de constitución atlética. Todavía conservaba la misma mata de pelo castaño que tenía en la universidad. El único cambio perceptible eran unas arrugas más marcadas en la cara, cosa que acentuaba la imagen de desenvuelta

autoridad que ya poseía incluso antes de cumplir los treinta. Su esposa Judy era vivaracha e inteligente. Resultó, además, que ella y Maggie se conocían de la facultad de derecho.

—Seguí trabajando un cierto tiempo después de casarme con Peter —les explicó—, pero después tuvo que trasladarse a otra ciudad, de modo que lo dejé y nunca volví a retomarlo. Es algo que lamento un poco —reconoció.

Los Codford vivían en un apartamento de quince habitaciones cerca del Metropolitan, en la Quinta Avenida. Era un verdadero palacio en el que habrían cabido de sobra dos pisos

como el que tenían Gorham y Maggie en Park Avenue. Peter era asimismo propietario de una casa en los Hamptons, en Georgica Pond, y de otro apartamento en Nob Hill, San Francisco.

La conversación transcurrió con fluidez. Ambas parejas tenían la misma clase de formación y presencia, así como algunos recuerdos comunes. A Gorham le interesó la actitud de cautela que manifestó Peter con respecto al *boom* de las empresas *puntocom*.

—Hay gente que ha ganado mucho dinero —comentó—, pero tiene que producirse una gran corrección.

Peter quiso recabar información

sobre la política de decisiones que aplicaban para los préstamos en los bancos comerciales. Le preguntó si había habido alguna modificación el año anterior y planteó la situación de una empresa de la que era accionista minoritario. ¿Qué le aconsejaría Gorham, quiso saber, en caso de que quisieran recurrir a un banco para pedir un préstamo?

Hablando de sus respectivas familias, se enteraron de que Peter y Judy habían perdido un hijo.

También conversaron sobre el efecto 2000. ¿Se bloquearían todos los ordenadores cuando la fecha llegara a

cero?

—El banco ha gastado un dineral para prevenirlo —señaló Gorham—, pero Maggie afirma que no va a pasar nada.

Luego mostró curiosidad por saber en qué territorios tenía intención de invertir a continuación Peter.

—América seguirá siendo fundamental para nuestro negocio —explicó Peter— y Europa cada vez menos. Creemos que el Extremo Oriente será la zona con mayor crecimiento en un futuro. Dentro de un par de años es posible que nos mudemos a Hawai, para estar más cerca del centro de la

actividad.

Después de aquella agradable velada, Gorham y Maggie volvieron a pie a casa por la Quinta Avenida.

—Lo he pasado muy bien —dijo Maggie—. Ha sido una sorpresa volver a encontrarme con Judy.

Gorham asintió, pero no dijo nada. Siguieron caminando en silencio unos metros.

—¿Cuánto dinero crees que tiene Peter? —preguntó él por fin.

—No tengo la menor idea.

—Debe de tener cien millones, por lo menos.

Cien millones. No hacía tanto, un

millón de dólares era mucho dinero. Últimamente el listón había quedado situado en una posición muy alta, sobre todo en las dos últimas décadas. Gorham calculaba que para los triunfadores, para la gente como Peter, en la nueva economía global, cien millones era sólo un nivel elemental de riqueza. ¿Cuántas personas tendrían por entonces un centenar de millones de dólares en Nueva York? Muchas, sin duda. En aquellos tiempos, los ricos de verdad debían de tener mil millones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maggie al cabo de un poco.

—Mi vida ha sido un fracaso total.

—Muchas gracias. Da gusto oírte. Tu mujer y tus hijos no cuentan para nada, por lo visto.

—No me refiero a eso.

—Sí. Nosotros somos tu vida, por si no te has dado cuenta.

—Por supuesto que sí. Pero Peter y yo sacamos juntos el máster. A nivel profesional él ha triunfado y yo no.

—Bobadas. Tú has hecho algo distinto, eso es todo. Dime una cosa: ¿en qué momentos consideras que eres más feliz?

—Cuando estoy contigo y con los niños, supongo.

—Me complace oírtelo decir. ¿Has

retenido que Peter nos ha dicho que había perdido un hijo? ¿Y crees de veras que él es más afortunado que tú?

—No, sólo que ha tenido más éxito en el plano profesional.

—Puedes estar agradecido por lo que tienes, Gorham. —Continuaron andando en silencio un minuto. Él notaba el creciente enojo de Maggie—. Juan Campos también estuvo contigo en Columbia —señaló de repente—. ¿Me vas a decir que Juan es una especie de fracasado? Porque, para que lo sepas, yo no lo creo así.

Juan Campos había pasado un mal periodo durante varios años, cuando el

Barrio y el resto de zonas pobres de la ciudad habían caído en un estado de abandono aún peor. Lo había superado, sin embargo, y ahora estaba realizando una gran labor como administrador en el sistema de centros universitarios de carreras cortas. Gorham tenía el presentimiento de que la carrera de Juan podría desembocar en algo realmente interesante.

—De acuerdo —contestó Gorham—. Ya he entendido por dónde vas.

Ese fin de semana se quedaron en la ciudad. El sábado hizo un día soleado y aprovecharon para ir al puerto marítimo de South Street, donde Gorham dejó

estupefactos a sus hijos contándoles que sus antepasados habían sido mercaderes que tenían sedes comerciales allí. Después fueron a ver una película juntos. El domingo, Maggie preparó el almuerzo y tuvieron amigos invitados y, por la tarde, Gorham ayudó a los niños con los deberes. Después se sintió mejor y durante varias semanas se mantuvo ocupado con el trabajo y los niños, y con Maggie por supuesto, y había llegado a la conclusión de que volvía a ser el mismo de antes cuando oyó un fragmento de la conversación que Maggie mantenía por teléfono con una amiga.

—No sé qué hacer con él —decía—.

Es realmente complicado.

Luego, cuando lo vio entrar, puso abruptamente fin a la llamada.

—¿De qué hablabas?

—De un cliente que me da ciertos problemas —respondió—. Prefiero no hablar de eso.

Él sospechó, con todo, que tal vez estaba hablando de él.

El nuevo milenio dio comienzo y el tan temido efecto informático apenas tuvo consecuencias en Estados Unidos, ni en el Reino Unido, ni en los otros

países que se habían preparado para ello, aunque, de hecho, tampoco causó ningún estrago en los que no habían tomado precauciones especiales. Aquella primavera, el *boom* de las empresas *puntocom* llegó a su punto álgido, a partir del cual el índice NASDAQ emprendió una rotunda caída.

A comienzos de abril, Juan Campos llamó a Gorham y se vieron para comer. Juan estaba muy contento. Le iban bien las cosas. Janet había realizado un documental sobre su centro universitario.

—Con los documentales no se gana un céntimo —comentó Juan—, pero a

ella le ha procurado una satisfacción enorme. Quiere enseñároslo un día.

Encantado de ver a su amigo tan en forma, Gorham prometió ir a visitarlos pronto.

Sólo cuando Maggie le preguntó qué tal le había ido la comida y sugirió que salieran una noche a cenar juntos los cuatro, a Gorham se le ocurrió que quizás ella había sido la instigadora de la llamada de Juan. ¿Acaso creía su mujer que tenía tanta necesidad de que le dieran ánimos? En cualquier caso, él pensaba que daba una imagen de perfecta felicidad.

Ese verano llevaron a los niños a

Europa. Fueron a Florencia, Roma y Pompeya. Los chicos demostraron bastante interés, pero Emma sólo tenía ocho años y era bastante pequeña para aquello, aunque tenía bastante paciencia con las colas que había que hacer y que en parte evitaban contratando guías. Después fueron unos días a la playa, para compensar aquellas dosis forzadas de cultura. Aquéllas fueron unas de las mejores vacaciones de las que habían disfrutado en años.

De regreso a Nueva York, Gorham realizó un esfuerzo consciente para mantener las cosas en calma. Se presentó candidato para la junta de

representantes de la escalera y salió elegido sin dificultad. Aunque no le gustaban mucho algunos de los otros integrantes de la junta, le daba igual. Estaba decidido a aferrarse a todos los elementos de que disponía en la vida. Procuraba salir con Maggie a cenar, los dos solos, al menos una vez cada dos semanas. En Nueva York el tiempo estaba compartimentado. En el trabajo había, naturalmente, un horario, pero él también se lo aplicaba a su vida privada. Dos veces por semana jugaba al tenis en el Town Tennis Club cerca de Sutton Place, o en los meses de invierno, en las pistas cubiertas de debajo del

ponte de la Cincuenta y Nueve. Durante los meses restantes de aquel año tuvo la impresión de ser dueño de la situación. Maggie parecía contenta. Su vida doméstica era ejemplar. Cuando el año tocaba a su fin, Gorham se sentía bastante orgulloso de sí mismo. Por eso, cuando le cayó el siguiente golpe, le tomó por sorpresa.

Sucedió en una fiesta la semana antes de Navidad. Gorham estaba charlando con un simpático individuo que dijo ser un historiador de la Universidad de Columbia. Hablaron un poco de la institución y después Gorham le preguntó en qué clase de trabajo

estaba concentrado últimamente.

—En realidad estoy de año sabático —anunció el hombre—, para poder acabar el libro en el que vengo trabajando desde hace años. Trata del periodo en que Benjamin Franklin residió en Londres y describe su vida en el contexto de todo cuanto tenía lugar allí en el plano de la ciencia, la filosofía y la política.

—Parece sumamente interesante.

—Yo también creo que sí.

—Cuénteme más.

—No tiene más que pararme cuando se haya cansado.

El hombre debía de tener, más o

menos, su edad. De altura mediana, cara redondeada y calvicie incipiente, llevaba gafas de montura metálica y pajarita. Era agradable y modesto, pero cuando hablaba del mundo en que había vivido Benjamin Franklin y la viva tradición intelectual que éste representaba, sacaba a flor de piel una pasión y entusiasmo contagiosos.

—¿Le estoy aburriendo? —preguntó cordialmente al cabo de unos minutos.

—En absoluto —aseguró Gorham.

Al poco rato, el historiador puso fin a su explicación aduciendo que más o menos ése era el resumen de su libro y, con un guiño, añadió que quizá cuando

saliera publicado le interesaría comprar un ejemplar.

—Compraré varios y los regalaré a mis amigos —afirmó Gorham—. No tiene ni idea de cuánto lo envidio —añadió.

—Usted gana mucho más dinero y goza de mucho más respeto en general del que reciben la mayoría de escritores —señaló, sorprendido el hombre.

—Pero ¿y qué me dice de la actividad mental?

—Muchos de los banqueros que conozco, aparte de ser muy inteligentes, tienen trabajos que requieren un pleno uso de su intelecto. Los retos que hay

que asumir para dirigir una empresa son casi tan complicados como los que presenta el dominio de una franja de la historia.

—No estoy tan seguro —disintió Gorham—, pero incluso si lo fuera, usted tendrá algo que yo no voy a tener nunca.

—¿Qué?

—Producirá algo que puede considerar como suyo propio. Su libro permanecerá ahí para siempre.

—Eso de siempre es mucho tiempo —replicó el hombre con una carcajada.

—Todo cuanto yo hago es efímero —se lamentó Gorham—. Cuando los

bancos se juntan para conceder un préstamo de cuantía, ponen en el periódico un anuncio en el que se describe el préstamo y se incluye la lista de los principales bancos participantes. Nosotros lo llamamos una lápida. Supongo que se podría decir que mi vida ha consistido en preparar unas cuantas lápidas.

—Representan empresas que de no ser por ustedes no habrían existido. En lo que usted hace yo percibo un nacimiento, no la muerte. Es una idea muy apropiada, ahora que se acerca la Navidad —señaló, sonriente, el escritor.

Gorham también sonrió antes de

despedirse de él. Esa noche, a solas, lo asaltó, no obstante, una insidiosa pregunta: «¿Qué he hecho yo de tangible? Repasando mi carrera, ¿he producido algo de lo que pueda decir “Esto es mío. Esto es lo que he creado y dejaré tras de mí?”». Al no hallar nada, lo inundó una terrible sensación de vacuidad espiritual.

En enero de 2001, Gorham Master recurrió a los servicios de un cazatalentos, sin decir nada a nadie, ni siquiera a Maggie, con la esperanza de que tal vez éste pudiera encontrarle algo que aportara sentido a su vida, antes de que fuera demasiado tarde.

Manejos en la junta

❧ 8 de septiembre de 2001 ❧

Gorham lanzó una mirada al reloj en el momento justo en que sonó el teléfono. Era hora de irse. Nadie habría adivinado que él y Maggie habían mantenido una pelea la noche anterior.

Gorham Junior, Richard y el mejor amigo de Gorham Junior, Lee, estaban excitados. Gorham tampoco tenía ganas de perderse aquella cita. Iban a ir a ver un partido de los Yankees, ni más ni

menos.

—Es John Vorpál —anunció Maggie, extrañada de que Vorpál lo molestara a aquellas horas.

—Dile que tengo que ir al partido —le pidió Gorham.

—Cariño, dice que tiene que hablar contigo.

—Pero si va a venir a cenar esta noche...

—Dice que es un asunto privado. —Maggie le pasó el teléfono.

Gorham masculló una maldición. La verdad era que no le caía simpático el tal John Vorpál, pero como estaba también en la junta de copropietarios

tenía que esforzarse para llevarse bien con él. Lo malo era que desde que Vorpal ocupaba la presidencia de la junta, él y Jim Bandersnatch estaban haciendo cosas con las que él estaba en desacuerdo.

—John, ahora no puedo hablar contigo.

—Tenemos que tratar la cuestión del 7B. Quieren una respuesta inmediata. ¿Vas a estar el domingo?

—No, tengo que ir a Westchester.

—Qué pena, Gorham.

—¿Esta noche, después de la cena?

Maggie le asestó una mirada asesina.

¿Qué podía hacer sin embargo? Al

menos así podría quitárselo de encima.

—Después de la cena entonces. —
Por su tono, se notaba que Vorpál tampoco estaba muy satisfecho con la solución.

De todas maneras, si John Vorpál insistía en mantener una conversación en privado sobre el 7B, que ya estaba prevista en la agenda de la reunión del miércoles próximo, no tenía más que aguantarse y quedarse después de la cena.

Había sólo un inconveniente. Si John Vorpál iba a decir lo que él pensaba que iba a decir, entonces él, Gorham Vandyck Master iba a tener una grave

discrepancia que podía desembocar en una violenta discusión. Y a nadie le convenía mantener una violenta discusión con el presidente de la junta de copropiedad de un edificio de Park Avenue.

El partido iba a comenzar poco después de la una, de modo que tenían que irse sin perder más tiempo.

—Vamos —dijo—. Iremos en metro.

—¿Ah, sí? —preguntó, con asombro, su hijo.

¿Es que en aquella familia nadie utilizaba el transporte público? Cuando

la niñera llevaba a Gorham Junior o sus hermanos a cualquier cita tomaba un taxi. Cuando Bella cumplía algún encargo de Maggie, probablemente también cogía un taxi. Eso salía al menos más barato, se decía, que disponer de coche con chófer propio, como hacían varios residentes de aquella escalera.

Los Master tenían sólo dos coches: el Mercedes que guardaban en el garaje de la esquina y el bonito SUV azul de Maggie, que permanecía en el garaje de la casa de campo.

—Entrar y salir en el Yankee Stadium en coche es un lío —decretó

con firmeza—. En metro llegaremos antes.

En el vagón del metro, Gorham observó con afecto a los tres chicos.

Gorham Vandyck Master Junior, un rubio de trece años, habituado a una vida de privilegio; Richard, de once, calcado a su hermano, pero más delgado; y el amigo de Gorham, Lee.

Gorham nunca se acordaba del apellido chino de Lee, pero daba igual, porque todo el mundo lo llamaba Lee. Había visto a sus padres una vez, cuando fueron a buscarlo a su casa. Vivían en Harlem y apenas hablaban inglés; el padre era fontanero o algo así.

Su hijo, en cambio, era un genio.

Gorham Master siempre había tenido la impresión de que Lee era completamente redondo. Su afable cara, rodeada de una mata de cabello negro, era redonda. Su cuerpo no era obeso, sólo redondo. Tenía tan buen carácter que Master sospechaba que su psiquismo también debía de ser redondo, de tal forma que todo salía despedido rebotando. Lee tomaba el metro desde Harlem todas las mañanas y luego, Master estaba convencido de ello, sólo tenía que convertirse en una pelota e ir rodando por la acera desde la estación hasta el colegio.

Lee escribía las mejores redacciones de su curso. Acabaría yendo sin duda a Harvard, a Yale o a cualquier universidad de la prestigiosa Ivy League. ¿Y qué era lo que quería ser de mayor? En una ocasión en que se encontraban todos sentados en la cocina, el chico había confesado que le gustaría ser senador. También le apetecía ser un gran coleccionista de arte chino.

—¿Y sabes qué? —le dijo después Master a su hijo—. Seguramente lo logrará.

Aquella idea henchía a Master de orgullo por su país y su ciudad.

¿Y cómo podía asistir ese niño al

distinguido colegio privado de su hijo? Gracias a una beca, por supuesto. En torno a un veinte por ciento de los alumnos de aquel centro debían de tener becas.

Si en algo destacaban los colegios privados de Nueva York era en su capacidad para recaudar dinero. Aún no había acabado de pagar la sustanciosa matrícula del primer trimestre de Gorham Junior en la guardería cuando ya el comité de padres lo asaltó reclamándole un donativo también. No perdían el tiempo. Incluso antes de terminar los estudios de secundaria, en su último año en el centro, los chicos ya

se organizaban para empezar a dar donativos cuando fueran antiguos alumnos, para que todo el mundo adquiriera la costumbre. La cuantía de los donativos era asombrosa. El comité de padres recaudaba de este modo varios millones al año; las cuentas eran tan impresionantes que hasta daban miedo.

No obstante, con aquel sistema se costeaban aquellas becas para niños de hogares pobres que les permitían el acceso a la mejor educación disponible en el país, y los padres ricos estaban contentos de pagar por ellos. Ésa era una característica americana que, por

otra parte, no tenía ninguna repercusión negativa en los resultados académicos de los centros.

Gorham Junior tenía muchos amigos, pero el más íntimo era Lee. Ambos eran buenos estudiantes, ambiciosos, que se esforzaban por sobresalir. Él estaba orgulloso del amigo que había elegido su hijo.

Llegaron al estadio con tiempo de sobra.

El Yankee Stadium estaba en el Bronx. Era el escenario de los grandes triunfos de Babe Ruth. Las enormes

gradas estaban abarrotadas de una multitud expectante. Los Yankees, la mayor franquicia deportiva de Estados Unidos, iban a intentar ganar la World Series por cuarta vez consecutiva, que además sería la quinta en seis años.

Gorham disponía de unas localidades magníficas a la altura del campo, en el lado de la tercera base. Los chicos estaban entusiasmados. Ese día, además, los Yankees jugaban contra los Red Sox.

Los Red Sox de Boston. Aquella antigua rivalidad generaba una gran pasión... y grandes disgustos también para los seguidores de éstos.

El partido empezó a la una y cuarto, y por espacio de tres horas y cuarto, Gorham Vandyck Master disfrutó de una de las tardes más felices de su vida. El partido fue estupendo. El público gritaba enardecido. Mandando a paseo la perspectiva de la cena y el colesterol, se comió tres *fránkfurts*. Los chicos comieron más todavía, aunque no los contó.

¡Qué partido! Los Yankees efectuaron siete carreras en el sexto turno de bateo, y Tino Martínez acertó dos *home run*, gracias a lo cual derrotaron a los Red Sox por 9 a 2.

—Ya veréis, chicos, como os vais a

acordar de este partido toda la vida — pronosticó.

De vuelta a casa encontraron un gran trajín. El servicio de catering ya había llegado.

—Eh, chicos —ordenó Maggie—, id a lavaros y quitaos de en medio.

Quedó claro que también se refería a Gorham.

Lee se iba a quedar a dormir, porque antes iba a asistir junto con Gorham Junior al *bar mitzvah* de Greg Cohen. Aquél iba a ser un año de numerosos *bar mitzvah*, y era normal que los

muchachos y muchachas judíos que celebraban un *bar* o *bat mitzvah* invitasen a la mayoría de sus compañeros de clase. A veces algunos iban también al servicio religioso, sobre todo los amigos íntimos, pero Gorham Junior sólo solía ir a la fiesta que tenía lugar después. Ése era el programa que tenían para esa tarde noche.

Gorham se fue directamente al dormitorio y, después de ducharse, se puso un traje para la cena. Iba a llevar a los chicos al *bar mitzvah*, quedarse unos minutos para felicitar a los Cohen y volver a casa antes de que llegaran los invitados. Aunque era un poco justo,

creía que lo lograría.

A las seis y cuarto ya estaba listo. Maggie acudió al dormitorio para arreglarse también. Antes de irse con los muchachos tenía una importante obligación que atender, para lo cual se dirigió a la cocina.

—Hola, Katie —saludó complacido a la patrona del servicio de comida a domicilio antes de darle un beso.

Katie Keller Katering. Cuando montó la empresa, dos años atrás, les preguntó qué pensaban de aquel nombre y tanto él como Maggie lo encontraron perfecto.

Gorham no había conocido a nadie

de la familia Keller hasta después de la muerte de su padre. Siguiendo las instrucciones de Charlie, que aún conservaba la colección de fotografías de Theodore Keller, Gorham había ido a ver a la familia para consultarles qué deseaban hacer con ella. Se habían puesto en contacto con un marchante, que había promocionado las fotos y las había ido vendiendo con los años. Las ganancias, no muy cuantiosas, las repartieron entre él y los Keller. Como habían mantenido el contacto, a Katie Keller la conocía desde niña y estaba encantado de hacer lo posible para ayudar a alguien cuya familia estaba

vinculada con la suya desde hacía tanto tiempo.

Katie tenía veinticinco años, aunque con el cabello rubio recogido en una cola y su vestimenta de chef aparentaba más bien dieciocho. En todo caso, estaba preciosa y, desde luego, siempre que necesitaban que les llevaran comida a domicilio recurrían a sus servicios.

Tampoco era que recibieran mucha gente. Sí daban alguna que otra fiesta y de vez en cuando una cena. Aunque Bella cocinaba bien, no estaba a la altura para ciertas ocasiones de compromiso y, como tampoco tenían a nadie para servir la mesa, al igual que la

mayoría de la gente que conocían utilizaban los servicios de catering para tales casos.

Esa noche iban a ser diez comensales para los que Katie había previsto una cena de cuatro platos. Tenía un empleado a tiempo completo, Kent, que complementaba con dos jóvenes actores que servían la mesa y recogían después. Contando su propio vino, Gorham calculaba que la velada iba a salir por algo más de mil dólares, que era menos de lo que costaba una comida para diez personas en un restaurante de lujo.

Primero tenía que ocuparse del vino.

Aunque no tenía una gran bodega, Gorham sabía un poco de vinos y estaba orgulloso de su modesta colección de botellas. Como los trasteros del sótano estaban a una temperatura demasiado elevada, guardaba el vino en la casa de campo y para una ocasión como aquélla, iba a buscar lo que necesitaba y lo llevaba al apartamento, donde disponía de un módulo con temperatura controlada. Una vez que hubieron acordado el menú la semana anterior, escogió unas botellas de Chablis francés, un excelente Pinot negro de California y un magnífico vino de postre que elaboraban en pequeñas cantidades

en una bodega cuyo propietario era, según había descubierto, un rico dentista de San Francisco.

Tenía unas cuantas licoreras de cristal que procedían de la antigua casa familiar de Gramercy Park con las que le gustaba presentar los vinos, aunque con el Pinot Noir había que tener cuidado de no decantarlo con demasiada antelación. Estuvo hablando cinco minutos con Kent, que era bastante entendido en vinos, para precisar el modo de servirlos.

Después volvió a charlar un poco con Katie.

Desde fuera, sobre todo cuando

trabajaba, Katie daba una gran impresión de seriedad, pulcra y ordenada al máximo. En el fondo era, sin embargo, una chica alegre y bromista, con un gran sentido del humor. Estuvo hablando con ella mientras desenvolvía los entremeses.

—¿Me permites que te diga algo? —le preguntó ella, sonriendo.

—Claro.

—Me molestas aquí en el medio.

—Perdón. —Se apartó un poco—. ¿Cómo está Rick? —Era su novio, con el que se iba a casar el año próximo.

—Bien. Ha encontrado una casa.

—¿Dónde?

—En Nueva Jersey.

—Estupendo.

—Sí, siempre y cuando consiga el dinero.

—¿Crees que podrá?

—Es probable, si mi negocio funciona bien. Y si...

—¿Qué?

—Que estás otra vez en el medio.

—Bueno, me voy —contestó, riendo—. En mi opinión, ese Rick es un joven muy afortunado.

Como quería entrar en la tienda sólo un momento, tomó un taxi para llevar a

los chicos y no tener que perder tiempo aparcando el coche. La fiesta se celebraba en un gran hotel del Midtown, por lo que sólo tardaron unos minutos en llegar. En el vestíbulo, un cartel indicaba la dirección de un espacioso ascensor que los condujo a una planta superior en la que entraron en el maravilloso mundo de la fiesta del *bar mitzvah* de Greg Cohen.

Estaba claro que la señora Cohen había considerado que aquélla debía ser una ocasión señalada. Había elegido un tema e incluso contratado a un interiorista quien, a juzgar por los resultados, había contado con un ejército

de decoradores, floristas y escenógrafos. Gracias a su labor, aquella vasta sala de baile de un hotel del Midtown había quedado convertida, como por arte de magia, en una isla tropical. Junto a la pared de la derecha había una playa de arena orlada de plantas e incluso de alguna que otra palmera. En el lado izquierdo estaba la pista de baile, con su *disc-jockey* y sus bailarines profesionales. Había casetas de feria de todo tipo en las que se ofrecían premios que uno podía llevarse a casa, además de la bolsa de regalos habituales en las fiestas que se entregaban al final a los invitados. Más

impresionante resultaba aún la reconstrucción de una montaña rusa que ocupaba todo el fondo de la sala. En el centro, en un lugar destacado, había un puesto donde servían bocadillos de salchichas.

—¡Uuuy! —exclamaron los chicos.

Ataviadas con sus primorosos vestidos, las niñas se concentraban ya en un nutrido grupo. Gorham Junior, Richard y Lee fueron a sumarse al grupo de los niños. Era gracioso constatar cómo, en la preadolescencia, aquellos niños modernos todavía se separaban por iniciativa propia en grupos de un solo sexo en las fiestas. Una de las

funciones de los bailarines profesionales era tratar de conseguir que bailaran juntos. Unos años más tarde, la tendencia habría cambiado, y lo pasarían en grande. Cuando le llegara el turno a su hija no le iba a gustar mucho, pero por ahora, las niñas sólo bailaban entre sí.

¿Cuánto habría costado aquello?, se planteó Gorham. Como mínimo doscientos cincuenta mil dólares. Había asistido a fiestas más caras aún, excesivas a su juicio. Para él no había nada como la actitud mesurada de la vieja guardia.

¿O tal vez estaba en un error?

Contemplando el espléndido escenario, de repente tuvo que reconocer que sí. Cuando los distinguidos plutócratas del viejo Nueva York de la época dorada daban sus magníficas fiestas —como aquel individuo que tuvo a unos veinte caballeros cenando montados a caballo — hacían más o menos lo mismo. Él conocía algo de historia. ¿Y las grandes celebraciones de la Inglaterra eduardiana, o de Versalles, o de la Inglaterra isabelina, o la Francia medieval, o el Imperio romano? Todas habían quedado plasmadas en pinturas y en la literatura. La intención era idéntica: ostentación consumista.

En Nueva York siempre había ocurrido así, desde la época en que sus antepasados llegaron a Manhattan. La gente que gobernaba la ciudad, tanto si sobornaba a un gobernador inglés como si recaudaba fondos para las buenas causas, eran siempre los ricos. Astor, Vanderbilt y otros tantos más, todos habían tenido su turno. Conocía a un tipo que había comenzado trabajando como conductor de camión y que ahora vivía en una mansión de nueve mil metros cuadrados en Alpine, Nueva Jersey. Él también daba espléndidas fiestas...

En cuanto a la gente de su propia familia, pensó, los tiempos de esplendor

habían quedado atrás. La gente de solera era respetable y tenía buenos modales, y a él le gustaba que fuera así. Estaba bien eso de ser fino en el hablar, pero si uno no podía seguir el ritmo, ¿qué era? Un poco pretencioso, a decir verdad.

Advirtió a una madre, la señora Blum, que tenía a su hija allí y había prometido a Maggie que acompañaría a los chicos a casa. Se acercó para darle las gracias y confirmar que se haría cargo de los niños.

Sólo le quedaba saludar a los Cohen. Los vio de pie junto a la entrada. David Cohen, el padre, era un tipo agradable. Le gustaba ir a practicar la

pesca submarina en Florida.

—Felicidades. Es una fiesta magnífica.

—Ha sido todo obra de Cindy —dijo David, señalando a su esposa.

—Ha hecho un trabajo asombroso —la felicitó Gorham.

—Es que tenía un interiorista muy bueno —contestó Cindy.

A su lado había una pareja de cierta edad.

—Gorham, ¿conoce a mis padres, Michael y Sarah?

Gorham les estrechó la mano y tuvo la impresión de que la madre de David lo observaba con detenimiento.

—No he captado bien su nombre —
dijo.

—Gorham Master.

—Sarah Adler Cohen.

Aquello era una señal. Con la utilización de los dos apellidos le estaba indicando que tenía un nombre profesional. Trató de hacer memoria, pero ella lo rescató.

—Soy propietaria de la galería de arte Sarah Adler. ¿No será usted el hijo de Charlie Master, el que tenía la colección de fotografías de Keller?

—Sí, así es.

Y entonces se acordó, abochornado y horrorizado. Aquélla era la señora a la

que debía haber entregado el dibujo de Motherwell, el que todavía adornaba el salón de su casa. ¿Esperaría recibirlo? ¿Sabría que su padre le había encargado ir a verla?, se preguntó, invadido por un terrible sentimiento de culpa.

La anciana charlaba alegremente con él, sin embargo. ¿Qué le estaba diciendo?

—Verá, cuando era joven, antes de tener mi propio local, su padre vino a la galería donde yo trabajaba y decidió organizar en ella una exposición de la obra de Theodore Keller. A mí me encargaron ocuparme de ella. Fue la primera exposición que organicé. Por

eso vi bastantes veces a su padre. Lo lamenté mucho cuando me enteré de su muerte.

—No lo sabía. Estoy encantado de conocerla —tartamudeó.

Debía de tener unos setenta y pico años, calculó. Tenía una cara agradable, rebotante de inteligencia. Lanzó una mirada a su marido y a su hijo, pero éstos estaban distraídos con otros invitados.

—¿Le gusta la fiesta? —le preguntó a él.

—Desde luego. ¿A usted no?

—Demasiada ostentación para mi gusto —respondió con un encogimiento

de hombros. Lo miró con aire pensativo, tal vez de la misma manera como observaría una pintura para valorarla—. Tiene que pasarse un día por la galería —dijo—. Estoy allí casi todas las tardes. Los lunes está cerrada, pero yo trabajo allí sola todo el día; es un buen día para venir a verme. —Sacó una tarjeta del bolso. Miró a su marido, que seguía hablando con alguien—. De hecho —añadió en voz baja—, tengo algo de su padre que querría entregarle. ¿Querrá venir el lunes?

—Así lo haré —prometió. Después vio la hora que era—. Lo siento muchísimo, me tengo que ir... Es que

tenemos una cena en casa.

—En ese caso, seguramente ya llega tarde. —Sarah Adler sonrió—. Váyase, váyase. —Antes de que se volviera, añadió, no obstante—: Prométame que vendrá a verme el lunes.

Sarah Adler tenía razón. Llegó tarde. Maggie lo recibió con una mirada de exasperación, pero, por suerte, sólo había llegado una de las parejas invitadas, que, además, era su preferida. Herbert Humblay era un clérigo jubilado que vivía con su mujer, Mary, en un bonito edificio de Sutton Place. Los

Humblay eran los invitados ideales para una cena. Disponían de un amplísimo círculo de amistades, tenían un variado abanico de aficiones y si había alguna tensión latente entre los comensales, su afable presencia parecía producir el milagroso efecto de difuminarlas.

Cuando llegó, los Humblay acababan de preguntar por Emma con la intención de saludarla.

—Espero que no la habrás obligado a ponerse toda elegante sólo porque nosotros estamos aquí, porque sería una lástima.

A continuación Herbert comentó que les costaba Dios y ayuda que su nieta se

arreglase incluso para ir a la iglesia. Oyéndolos, Gorham se relajó, contento de que fueran ellos y no los Vorpals los que habían llegado primero para marcar el ambiente de la velada.

En cualquier caso, Emma acudió con su amiga Jane, que se quedaba a dormir. Ambas llevaban unos vestidos parecidos, en tonos rosa y azul, y estaban muy guapas. Llegaron acompañadas del perrito.

Hasta hacía un año, en la escalera estaba prohibido tener animales de compañía. Gorham no recordaba por qué razón, pero siempre había sido así. Luego, como la señora Vorpals quería

tener un perro, su marido convenció a la junta para que modificaran las normas.

Las dos niñas acababan de comenzar a hablar con el señor y la señora Humblay cuando llegaron los Vorpál. Kent fue a abrir y se encargó de preguntarles qué iban a tomar antes de hacerlos pasar al salón. La señora Vorpál quería un martini con vodka; Vorpál tomó whisky con hielo.

—Vaya, buenas noches, Emma — saludó Vorpál, que fingía que le gustaban los niños.

—Hola, señor y señora Vorpál — dijo Emma.

Gorham les presentó a los Humblay.

—Estábamos admirando este perrito —dijo Herbert.

El cachorro era precioso, había que reconocerlo. Era una diminuta bola blanca peluda, que miraba el mundo con unos grandes ojazos pegado a la mejilla de Emma.

—Deberías darle las gracias al señor Vorpál —señaló Maggie—. Es gracias a él que ahora puedes tener un perro.

—Gracias, señor Vorpál —obedeció Emma.

—Fue un placer —aseguró Vorpál, dibujando una sonrisa en medio de su afilada cara—. Considero que está bien

que los niños del edificio puedan tener un animalito.

—Sí, desde luego —aprobó Mary Humblay.

—En eso le doy la razón —abundó Herbert.

—Bueno, niñas, podéis iros si queréis —indicó Maggie—. Pero no hagáis ruido, por favor.

Los camareros trajeron los canapés. Entonces llegaron los siguientes invitados, los O'Sullivan. Él era socio de un gran gabinete de abogados, una persona callada y juiciosa con quien daba gusto hablar; su esposa Maeve era una esbelta y elegante irlandesa que

dirigía su propia agencia de Bolsa. Los últimos en llegar fueron Liz Rabinovich y su novio Juan. Liz era redactora de discursos. Había trabajado para algunos políticos de renombre, aunque por aquel entonces la mayoría de sus clientes eran ejecutivos de empresa. Con Liz nunca se sabía, de todas formas... porque era una especie de electrón libre. En cuanto a Juan, era un hombre un tanto misterioso. Ella decía que era cubano. En una ocasión él mismo le había explicado a Gorham que la familia de su madre era venezolana, pero que tenían el dinero en Suiza. Juan vivía con Liz cuando estaba en Nueva York, pero Liz aseguraba que

tenía un apartamento espectacular en París. Gorham no se fiaba de él.

—A Liz sólo le gustan los hombres de los que no se fía —opinaba Maggie.

La cena transcurrió bastante bien. Liz, que siempre estaba enterada de los rumores que corrían por Washington, estaba sentada al lado de O'Sullivan. Éste, que aunque era discreto estaba bien informado, parecía disfrutar de la compañía de Liz. Vorpál quiso averiguar a qué actividad se dedicaba Juan y, para regocijo de Gorham, no consiguió nada. En un momento determinado, cuando hablaban de los precios inmobiliarios, el anciano Herbert Humblay les explicó

cómo funcionaban las antiguas dotaciones de la iglesia Trinity. Gracias a sus cuantiosas rentas, el consejo de la Trinity no sólo había podido fundar una iglesia tras otra con el correr de los siglos, sino contribuir también a la labor de otras iglesias en todo el mundo. El valor de las propiedades que tenía en el Distrito Financiero era enorme. Tras realizar algunos cálculos Vorpál, que escuchó atentamente a Humblay, comenzó a mirar al clérigo con mucho más respeto que antes.

Y luego estaba Maggie, por supuesto. Gorham la observaba desde el otro extremo de la mesa. Su esposa

estaba espectacular esa noche... esa misma tarde se había cortado el pelo y se había hecho también la manicura. Mientras le sonreía, sólo se apreciaba un tenue brillo en sus ojos como vestigio de la pelea que habían tenido la noche anterior.

Había sido culpa suya probablemente. Tal vez si hubiera compartido más información con ella la conversación habría sido distinta, aunque no era seguro.

No le había dicho que había ido a ver al cazatalentos a principios de año,

quizá porque sentía que equivalía a admitir que no acababa de estar satisfecho con su vida o incluso a identificarse como un fracasado. Además, había guardado silencio porque estaba casi seguro de que ella le habría aconsejado que se quedara en el banco donde estaba y se dejara de cazatalentos. Había resuelto que si le proponían algún empleo que valiera la pena tomar en consideración habría llegado la hora de hablar con ella del asunto.

El caso era que, por una razón u otra, Maggie no sabía nada de aquello. Por consiguiente, también ignoraba que,

durante casi ocho meses, el cazatalentos no le había presentado ni una sola oportunidad.

Sabía que aquel hombre era bueno en su oficio. Cuando lo llamaba de vez en cuando, para consultarle, siempre recibía la misma respuesta.

—Tiene que tener paciencia, Gorham. No estamos hablando de un puesto de ejecutivo medio. Lo que buscamos es una oportunidad destacada, una situación en lo alto que encaje con sus aspiraciones. Ese tipo de cosas sólo se dan de vez en cuando.

Desde un punto de vista racional, Gorham comprendía la explicación. Aun

así no podía reprimir el sentimiento de que no ocurría nada, de que nadie quería nada de él. Se sentía peor que nunca. Su crispación se había puesto de manifiesto infinidad de veces, en general en forma de una actitud huraña general salpicada de episodios de brusquedad con Maggie o con los niños.

Por eso, cuando el viernes por la noche, ella le pidió que se sentara a su lado para expresarle aquella sugerencia, llegó en un momento inoportuno y produjo un resultado nefasto.

—Cariño —dijo Maggie—, noto que no eres feliz. Puede que sea por nuestro matrimonio, pero más bien creo que es

por tu trabajo.

—Todo va bien —espetó él.

—No, Gorham. No digas eso. No estás bien.

—Vaya, pues muchas gracias.

—Yo sólo quiero ayudarte, cariño.

—¿De qué manera?

—Es que me parece que ya no te gusta lo que haces.

—Y entonces, ¿qué?

—Con lo que has ahorrado, la acciones de Bolsa y todo, más lo que yo gano ahora, no tenemos por qué preocuparnos. Podrías dejar el trabajo si quieres y hacer algo que realmente te guste. Eres un marido magnífico y un

padre estupendo. Podríamos disfrutar de una vida familiar perfecta si tú estuvieras dedicado a algo que te satisface.

—¿Me estás diciendo que me jubile?

—No, sólo te pregunto que por qué no haces algo que te guste. El dinero no supone un problema.

Ya habían llegado a eso. Ya no necesitaba para nada sus ingresos. Él había estado observando con admiración cómo se organizaba con su carrera, la casa, las fechas de las actividades de los niños, con todo. Ahora parecía que pretendía organizarlo a él también. Sólo le faltaba aquella humillación. Primero

había fracasado y ahora iba a quedar castrado.

—Vete a la mierda —le espetó.

—Esa respuesta no viene a cuento.

—Pues no te voy a dar otra. Tú diriges tu vida y yo dirijo la mía.

—Compartimos nuestras vidas, Gorham.

—Algunas cosas sí las compartimos y otras no. Hazte a la idea.

Esa noche no volvieron a hablar.

Según la experiencia de Gorham, en todas las cenas había algo que alguien decía que se le quedaba a uno grabado

después. Aquella noche fue Maeve O'Sullivan quien pronunció el comentario memorable.

Gorham admiraba a Maeve. En su trabajo gestionaba dinero, y de manera extraordinaria, pero consideraba que aquello no la satisfacía intelectualmente. Hablaba cuatro idiomas, tocaba el piano muy bien y leía muchos libros.

Estaban hablando de los largos horarios que hacían los empleados jóvenes en el Distrito Financiero.

—Veréis —intervino Maeve—, el otro día estaba leyendo a Virginia Woolf y ella explicaba que, en cierto periodo de su vida, consiguió producir mucho

porque disponía de tres horas de trabajo ininterrumpido cada día. Y yo pensé: ¿de qué demonios habla? ¿Sólo tres horas de trabajo al día? Luego estuve observando en la oficina a toda esa gente que trabaja catorce horas al día y pensé: ¿cuántos de ellos dedican realmente tres horas al día a una auténtica actividad intelectual y creativa? Mi conclusión fue que probablemente ninguno. —Esbozó una sonrisa—. Así que Virginia Woolf consiguió mucho más de lo que lograrán ellos en toda su vida con tres horas al día. Da mucho que pensar. Quizás harían algo mejor si trabajaran menos.

—Pero hay que tener en cuenta que se suicidó —apuntó John Vorpall.

Todo el mundo se echó a reír, pero Maeve tenía razón, de todas formas. Era algo que daba mucho que pensar.

La velada tuvo un agradable colofón. Se notaba que todos lo habían pasado bien. Después de despedirse de los invitados, Gorham regresó al salón casi con ánimo afable para enfrentarse con Vorpall. Quedaba sólo él, porque su esposa se había ido a su casa.

—Veamos, Gorham, el 7B —dijo éste, sacando los documentos.

Gorham lamentaba que se marcharan los propietarios del 7B, pero como se iban a California a consecuencia de una excelente oportunidad de trabajo, el 7B estaba en venta. Alguien había hecho una buena oferta que interesaba a los propietarios. No obstante, los eventuales compradores tenían que lograr antes el visto bueno de la junta, o más concretamente, de una comisión de la junta. Aquélla era la primera vez que se vendía un apartamento desde que Vorpál era presidente. La comisión debía reunirse y luego entrevistar a los candidatos el miércoles siguiente. Por consiguiente, el hecho de que Vorpál

quisiera hablar con él ahora sólo podía entrañar una cosa: complicaciones.

Maggie entró en el salón.

—¿Puedo quedarme con vosotros?

Gorham torció el gesto. Era él el que estaba en la junta, no ella. Aquello representaba una interferencia injustificada. Vorpál, sin embargo, reaccionó con una sonrisa.

—Por mí encantado.

A Vorpál le caía bien Maggie. Suponía que, siendo socio de Branch & Cabell, estaría de acuerdo con él. A Gorham, en cambio, lo encontraba un poco informal.

—Creo que podríamos tener un

problema con esto —señaló, pasándole a ella una copia de la solicitud—. Jim Bandersnatch también lo cree así.

—¿El doctor Caruso? —dijo Maggie.

—Creo que será mejor que le digamos que conocemos a este hombre —intervino Gorham—. Es el tocólogo que ha asistido a Maggie en el nacimiento de nuestros tres hijos. A nosotros nos cae bien.

Vorpal puso cara larga.

—Pero tampoco dejaríamos que eso nos influyera a la hora de valorar la conveniencia de que el doctor Caruso venga a vivir a esta escalera —precisó

Maggie.

Gorham la miró con incredulidad. Convencido de que socavaba de forma deliberada su posición, contuvo con todo el mal genio. Tenía que mantener la calma.

—¿Dónde está el problema? —inquirió.

—Vive en West End Avenue —respondió Vorpál.

—Sí, ha residido allí durante años. Mucha gente digna vive en el West End.

—Yo preferiría Central Park West.

—En el West End hay unos cuantos edificios muy selectos, ¿sabe?

—No es su caso —contestó Vorpál

con aspereza.

—Sus referencias son impecables. Aquí hay una de un miembro del consejo de administración del hospital Mount Sinai, que está integrado por gente importante. Ese tal Anderson es una persona de prestigio.

—Sí. Es una referencia profesional excelente, pero como recomendación social no tanto.

—¿Por qué?

—Anderson vive en una casa de planta baja, y la otra referencia social de Caruso proviene de alguien de fuera de la ciudad. —Vorpal sacudió la cabeza—. Lo que nosotros queríamos

es la referencia de alguien que reside en un edificio de categoría, y mejor aún si forma parte de la junta, en un edificio como el nuestro. Tiene que ser alguien con las mismas características.

—Comprendo.

—Yo estoy buscando clubes, Gorham, personas con una presencia social significativa en la ciudad, cuantiosos donativos para obras caritativas, y no los veo... no veo nada de eso. No veo ni siquiera un club de campo. A esta solicitud le falta... —calló un instante, buscando la palabra— sustancia.

—Yo podría redactarle una

referencia —señaló maliciosamente Gorham.

Con la expresión que puso, Vorpaldio a entender que, a su juicio, aquello podría ser insuficiente, aunque de palabra fue más diplomático.

—Me parece significativo que no se lo pidiera a usted, o a alguno de sus numerosos pacientes como usted.

—¿Algo más? —preguntó Master.

—Está la cuestión del dinero.

—¿Sí?

—Nosotros siempre hemos sido un edificio en el que todos pagan la totalidad de una vez, desde luego.

En muchos edificios se permitía

tener una hipoteca por la mitad del precio del apartamento. Aquello no era una mala medida, ya que garantizaba una cierta estabilidad económica. Otros edificios de menor categoría permitían hipotecas de un sesenta o incluso setenta por ciento. En donde se llegaba a un noventa por ciento de deuda era en sectores totalmente deprimidos. Los edificios de lujo, en cambio, los despiadados enclaves de gente bien no permitían el menor porcentaje de deuda. El que uno tuviera que pedir dinero prestado para comprar un apartamento significaba que no estaba a la misma altura. Si quería mantener una hipoteca

que la pidiera para su casa de campo, pero no allí.

—No parece que tengan ningún problema de liquidez. Los Caruso tienen bastante dinero... Por casualidad me enteré de que la esposa heredó cierta cantidad hace unos años. En realidad, sus justificantes financieros parecen buenos.

Además de las habituales referencias bancarias y declaraciones de renta, los edificios de copropiedad exigían detalladísimos extractos de cuentas. Todos las buenas juntas de copropiedad dejaban expuestos a los candidatos en lo tocante a sus cuentas

personales, pero Vorpál y Bandersnatch pretendían dejarlos totalmente desnudos.

—Hum. No está mal, pero quizá no sea suficiente. Como sabe, Gorham, el edificio siempre ha tratado de que se dispusiera de un confortable margen en este sentido. En el nivel básico queremos tener la seguridad de que no va a haber ninguna dificultad con los gastos de mantenimiento mensuales, que para el apartamento de Caruso suman ahora seis mil por mes, ni con ningún incremento que la junta necesite imponer. De todas maneras, nos gusta contar con pruebas de solidez económica. Hace ya tiempo que

exigimos que la gente demuestre una disponibilidad de liquidez del doble o triple del valor del apartamento que compren.

—Yo siempre he considerado eso un poco exagerado.

—Bueno, yo creo, y Jim también, que en el clima actual podemos conseguir algo mejor.

—¿Mejor?

—Lo que nos interesa es una liquidez de un valor cinco veces superior al del apartamento.

—¿Quiere que Caruso disponga de veinticinco millones de dólares?

—Creo que podemos conseguir un

candidato que los tenga.

—Por el amor de Dios, John, yo tampoco tengo veinticinco millones de dólares.

—Su familia lleva setenta años viviendo aquí. Nosotros valoramos eso.

—¿Pero quieren que los nuevos tengan esa cantidad de dinero?

—Ése es el tipo de gente que nos interesa.

—¿Usted tiene veinticinco millones de dólares, John?

Maggie le dirigió una mirada para advertirle que aquella pregunta era contraproducente, pero él no estaba dispuesto a echarse atrás.

—¿Sabe, John, lo que dijo Groucho Marx de los clubes? «No quiero pertenecer a un club que acepte a personas como yo». ¿Está seguro de que no estamos extralimitándonos hacia el territorio de Groucho Marx con todo esto?

—Otros edificios aplican las mismas exigencias, Gorham. No está al corriente de lo que pasa. En esta avenida hay al menos un edificio que insiste en una disponibilidad de diez veces el valor del piso.

—O sea, que se necesita tener cincuenta millones de dólares para que lo acepten a uno.

—Exactamente. Ya debería estar enterado, Gorham.

Guardó silencio. En realidad tenía cierta idea de cómo se estaban poniendo las cosas, aunque el otro día había oído una anécdota sobre un lujoso edificio donde se había aplicado una exigencia inversa. Un joven prodigio de Wall Street había solicitado su admisión en un edificio presentando como baza el dinero que había ganado recientemente. Al presidente de la junta le dio tanta rabia que el joven fuera ya muchísimo más rico que él que desestimó su demanda.

—Aquí nos interesa gente de solera

—respondió cuando éste le preguntó el motivo.

De todas formas, optó por no recordarle a Vorpal aquella anécdota.

—He escuchado tus razonamientos, John, y reflexionaré al respecto.

—Así lo espero. Gracias por esta cena tan encantadora —añadió, dirigiéndose a Maggie.

Luego se fue.

—Quiero que Caruso pueda comprar en este edificio —anunció Gorham a Maggie.

—No estoy segura de que sea factible —repuso ella con expresión impenetrable.

—Aparte de Vorpál y Bandersnatch, en la comisión hay dos miembros más. Hablaré con ellos.

—Lo mismo va a hacer Vorpál.

—Gracias por tu apoyo —espetó con sequedad, antes de alejarse.

A la mañana siguiente se fue temprano a la casa de North Salem. Había que reparar la valla para que no entraran los ciervos. No regresó hasta avanzada la tarde.

Las torres

↔ 10 de septiembre de 2001 ↔

Maggie salió de casa de buena mañana el lunes. Gorham se quedó un poco más para comprobar que los niños fueran a esperar puntualmente el autobús escolar. Estaba a punto de marcharse a su vez cuando Katie Keller subió por el ascensor de servicio hasta la puerta de la cocina con uno de sus empleados. Después de una cena de fin de semana, prefería acudir a primera hora de la

mañana del lunes para llevarse las cazuelas y bandejas que había dejado apiladas en un rincón de la cocina.

—¿Alguna gran fiesta en perspectiva? —preguntó Gorham.

—Mejor que eso, puede —repuso ella—. Hay una empresa interesada en hacerme un contrato para una serie de eventos empresariales... Eso representaría un gran adelanto si lo consigo. Tienen oficinas en el centro, en el Distrito Financiero.

—Estupendo. Buena suerte —le deseó.

Luego se trasladó a su oficina, donde le esperaba un día muy ajetreado.

El domingo había conseguido hablar con otro de los miembros de la comisión a propósito de Caruso. Había destacado que era una persona distinguida, totalmente respetable, que aun sin ser rico poseía una solvencia económica suficiente.

—Maggie y yo lo conocemos desde hace casi veinte años —aseguró, exagerando un poco.

En cuanto llegó a su despacho se puso en contacto con el otro miembro y consiguió que le prometiera que lo entrevistarían, lo cual ya era algo. De todas formas, se planteaba si debía avisar a Caruso de que podía haber un

problema. Sería un buen gesto de su parte, aunque probablemente innecesario porque Vorpal ya debía de haber informado a los propietarios del 7B de que no le parecía bien, y también al agente inmobiliario, con la esperanza de sabotear de entrada el trato. Lo mejor era dejar las cosas tal como estaban. El asunto seguía indignándolo, sin embargo.

La llamada del cazatalentos se produjo a las diez y media. Después de hablar con él un par de minutos, canceló su reunión del mediodía y comunicó a su

ayudante que se ausentaría a la hora de la comida. Después, en un estado de agitación interior, cerró la puerta de su oficina y se quedó sentado mirando la ventana.

A las doce y veinte se fue y se trasladó al centro en un taxi. No regresó hasta las tres de la tarde.

Eran las cuatro cuando se acordó de la señora de la galería. Aunque se maldijo por haberle prometido ir a verla aquel día, no podía faltar a la promesa y, además, tenía unos días tan cargados en perspectiva que lo mejor era ventilar

aquella cuestión lo antes posible. Llamó pues al número de la galería.

—Me temía que iba a olvidarse de llamar —apuntó la mujer con manifiesta alegría.

—¿Cómo me iba a olvidar?

—Tengo algo que darle. ¿Está libre esta tarde?

—Lo siento, no —respondió, consciente de que la interrupción del cazatalentos lo había dejado con una acumulación de trabajo que atender.

—Ah —dijo, con evidente decepción la mujer—. Hoy precisamente me ha llamado mi hija. Necesita que vaya a ayudarla esta semana, y después

me voy de vacaciones con mi marido. Yo soy del parecer que siempre hay que hacer las cosas en el primer momento para que no queden relegadas. ¿No le parece a usted que es lo mejor?

—Por supuesto —convino, acordándose con ironía de los treinta y tres años que llevaba sin entregarle el dibujo de Motherwell.

—¿Se levanta usted temprano? —inquirió la dama.

—A menudo.

—Mañana por la mañana tengo una reunión —explicó—, pero podríamos desayunar juntos temprano.

—Yo también tengo una reunión a

las ocho y media.

—Perfecto, igual que yo. ¿Digamos a las siete? En el Regency de Park Avenue sirven el desayuno a partir de las siete. No queda lejos de su casa, ¿verdad?

No supo qué decir. Una mujer de más de setenta años lo estaba presionando para ir a desayunar a una hora intempestiva y ya lo tenía acorralado. Seguro que debía de ser muy buena dirigiendo su galería.

—Me parece bien —aceptó.

Estuvo trabajando hasta las seis y media, momento en que llamó a Maggie para preguntarle a qué hora llegaría a

casa. Ella contestó que a las siete y cuarto.

—Después de cenar necesito hablar contigo a solas —anunció.

—¿Ah, sí? ¿De qué? —inquirió ella con tirantez.

—De negocios —repuso—. No puedo explicártelo por teléfono. Hay una novedad.

Cenaron con los niños como de costumbre y los pusieron a hacer los deberes. Eran ya las nueve cuando se fueron a acostar. Maggie lo observó con cautela, con expresión pétrea.

—Bien, hoy he recibido una llamada de un cazatalentos —anunció—. He ido

a verlo a la hora de la comida. Hay una posibilidad de que me ofrezcan un empleo.

—¿Qué clase de empleo? — preguntó ella, imperturbable.

—Como director adjunto de un banco. De un banco más pequeño, claro, pero me ofrecen muy buenas condiciones. Me comprarían lo que dejo en mi banco y me ofrecen un contrato muy interesante. Podría representar mucho dinero. —Abrió una pausa—. La idea es que dentro de tres o cuatro años pasara a asumir las funciones de director gerente. Creen que tengo suficiente experiencia para proyectarlo a

un nivel operativo superior y por lo que he averiguado creo que no se equivocan.

—¿Dónde está el banco? —preguntó Maggie, que ya intuía adonde quería ir a parar.

—En Boston. Podría ir y venir todas las semanas. Es factible.

—De modo que sólo te veríamos los fines de semana.

—Exacto.

—Y no es seguro.

—Estaría aquí los fines de semana.

—¿Y a ti qué te parece eso?

—Preferiría estar en Nueva York, claro, pero creo que no va a ser posible. Profesionalmente, esto es a lo que

siempre había aspirado.

—Pero tienes tres hijos que te necesitan. ¿Estás dispuesto a abandonarlos, a ellos y a mí?

—Eso es injusto. No los abandonaría ni a ellos ni a ti, y esto no tiene por qué tener esa repercusión.

—Quizá no en teoría, ni puede que ésa sea tu intención tal como ves las cosas ahora, pero en la práctica eso es precisamente lo que vas a hacer.

—No se trata de cómo yo «vea las cosas», Maggie. No hay necesidad de que me trates con condescendencia.

—De acuerdo, me dejaré de condescendencias. Si esto fuera

absolutamente necesario, si fuera la única manera en que pudieras ganarte la vida para mantenernos, sería distinto. Pero es totalmente superfluo. Estamos bien como estamos y, sin embargo, te propones abandonar a tu mujer y a tu familia.

—Yo no estoy bien como estoy, Maggie. Ahora tengo la posibilidad de dirigir un banco.

Aquello era demasiado para Maggie, que perdió los estribos.

—Perfecto, Gorham. Sería estupendo para tu ego. Lo de si te haría feliz es otro cantar. Pues para que lo sepas, yo no estoy segura de que te guste

ser un banquero.

—¿Qué quieres decir, que no se me da bien?

—Supongo que sí lo haces bien. — Se estaba adentrando por un terreno peligroso y lo sabía... pero estaba demasiado enojada en ese momento—. Lo que yo creo es que tú te has formado una imagen de ti mismo como banquero, que no es lo mismo.

—Bueno, mañana por la mañana tengo una reunión en el World Trade Center, en la oficina del cazatalentos, con el presidente del banco. Si va bien y notamos que hay buena sintonía, iré a Boston para conocer a otras personas de

la entidad a comienzos de la semana próxima. Y si creo que es una buena idea aceptar ese empleo, eso es lo que pienso hacer.

—Pues yo también me voy a plantear qué voy a hacer, Gorham, porque creo que igual vas a añadir un poco más de tensión de la que puede aguantar este matrimonio. Quizá también te interese pensar en eso.

—¿Quieres destruir lo nuestro?
¿Quieres hacerles eso a los niños?

—Eso no viene a cuento.

—¿No? Pues yo no estoy tan seguro, Maggie. Tú tienes una buena posición profesional, dinero y los niños. Quizá ya

no necesites un marido. Puedes asumir mi puesto en la junta del edificio con John Vorpal y vivir feliz para siempre.

—Podrías ahorrarte los aspectos más patéticos de tu crisis de los cincuenta.

—¿Sabes una cosa, Maggie? Tienes razón. Tú siempre tienes razón. Eres la perfecta abogada de Branch & Cabell que siempre sabe qué conviene hacer. Quizá debería disfrutar solo de mi crisis de los cincuenta. Nunca se sabe, igual eso de tener una crisis de los cincuenta es algo para lo que realmente tengo talento. Quizá me va a reportar un montón de dinero.

—Creo que lo mejor será poner fin a esta conversación.

—En eso estamos de acuerdo.

El martes amaneció como un despejado y luminoso día de septiembre. El doctor Caruso salió temprano de su apartamento en West End Avenue.

Había llegado a sus oídos que quizá habría problemas con la junta del edificio de Park Avenue y se sentía un poco molesto.

—¿Es porque tengo un apellido italiano? —preguntó al empleado de la inmobiliaria, con los recuerdos de su

infancia todavía a flor de piel.

—De ningún modo —le aseguró el hombre—. Les habría gustado disponer de más referencias sociales, pero también hay una cuestión de dinero. El nuevo presidente de la junta quiere gente más rica.

Bueno, si era por eso, la consternación de Caruso era menor, al menos desde una perspectiva individual. Lo que no quería era que su esposa se sintiera humillada y abochornada. Había pensado en la posibilidad de hablar con los Master del asunto, pero no quería colocarlos en una posición incómoda.

—Creo que deberíamos ir a la

entrevista —dijo a su mujer—. Yo les preguntaré qué es lo que quieren y si no somos de su agrado, no pasa nada. Les diré directamente que no queremos estar en ese edificio. Lo haré de forma educada, desde luego, pero no pienso tolerar ninguna estupidez por su parte.

Después de formular aquel propósito se sintió mejor.

El caso era que aquella mañana tenía prevista una reunión con su agente de seguros. Había una antigua póliza por la que el hombre no paraba de importunarlo, porque la quería cambiar. Al final había accedido, ya que la nueva le iba a salir más económica. Había

concertado una cita a primera hora para poder acudir a su clínica a la hora normal.

Hacía un día agradable. Las oficinas de seguros quedaban bastante arriba, en la torre sur del World Trade Center. Desde allí, debía de haber una vista espectacular.

Katie Keller se sentía optimista. Había que reconocer que su libro de presentación era fantástico. Tal vez había heredado alguna de las cualidades artísticas de Theodore Keller. En él constaban fotografías de cenas y

banquetes, de almuerzos y bufés de empresa, expuestos con gusto, acompañados de menús y cartas de agradecimiento. Incluso había incluido una foto en la que aparecía un conocido hombre de negocios dando una charla con una mesa surtida con sus refrigerios discretamente visible a un lado.

Había fotografías con distintos componentes de su equipo, incluida una comida de empresa en la que tuvo que contar con una docena de camareros y camareras... que en realidad componían el reparto de un musical de segunda categoría. Lo habían pasado genial ese día. También había fotos de su cocina,

resplandeciente como el metal bruñado. Había añadido algún que otro retoque falso, claro.

¡Ah! Y las composiciones florales eran también fantásticas.

Tenía listas de precios, rótulos de bares y un gráfico en el que se demostraba que sus costes seguían por debajo de sus competidores. En los departamentos de contabilidad de las empresas les encantaban esas cosas.

En resumen, estaba satisfecha. Llevaba un vestido que se veía a la vez bonito y profesional, para convencerles en ambos sentidos.

Su novio Rick era el que conducía.

Al cruzar el puente George Washington, ante su vista se ofreció el cauce del río hasta más allá de las Empalizadas, y por el sur, las distantes y resplandecientes aguas de la bahía de Nueva York en todo su esplendor.

Mientras circulaban por la avenida Henry Hudson, contigua al río, estuvo contemplando el agua. En la calle Setenta y Nueve pasaron junto a la dársena destinada a los yates y más allá de la Cincuenta y Cinco llegaron a los grandes muelles en los que todavía seguían atracando los buques de la compañía Cunard.

A la izquierda abundaban los

cuadriculados edificios de estilo almacén. Katie, que conocía bastante bien la obra de Theodore Keller, era consciente de que debía de ser por aquella zona donde había sacado la famosa foto de aquellos hombres que caminaban por las vías del tren.

Como el tráfico era bastante fluido, no tardaron en situarse en la proximidad de las impresionantes moles del World Trade Center.

A Katie Keller le encantaban aquellos rascacielos. Sabía que cuando los construyeron, treinta años atrás, alguna gente los criticó afirmando que no tenían ninguna gracia arquitectónica,

pero ella no lo creía así. Pese a que algunos de los rectángulos de reluciente vidrio que se habían ido incorporando con el tiempo pecaban de chillones y de falta de originalidad, no ocurría lo mismo con las torres. Las amplias franjas horizontales que dividían en secciones su pura verticalidad les conferían un curioso carácter íntimo. Las finas líneas verticales de color gris plateado dispuestas a lo largo de cada fachada reflejaban la cambiante luz del cielo, sometiéndolas a una constante variación emparejada con la de la superficie del agua de la bahía y del ancho cauce del Hudson. A veces eran

como un espejo plateado y otras como una lámina de moteado gris. De vez en cuando, incluso, se daban extraordinarios momentos en que una esquina destellaba como un sable que reflejara con su larga hoja el rutilante arco del cielo.

A ella le fascinaba la manera en que, caminando por el Soho, se percibían recortadas por encima de los tejados, igual de airoosas que los campanarios de una catedral.

Se encontraban ya muy cerca del World Financial Center, frente a Liberty Street. Rick redujo la marcha para que se bajara allí.

A las siete menos cuarto de la mañana, Gorham entró en el salón. Después de extender papel de embalaje en el suelo, descolgó con cuidado de la pared la lámina de Motherwell y, tras envolverlo, lo aseguró con cinta adhesiva. Se preguntó si Maggie, que aún estaba en la ducha, se daría cuenta de que lo había quitado antes de ir al trabajo. Seguramente no le gustaría nada, pero daba igual. El dibujo no les pertenecía a ellos. Con él bajo el brazo salió a la calle.

Sarah Adler ya lo esperaba en el Regency y, en cuanto llegó, encargaron

el desayuno. Se veía muy dinámica y profesional, con un traje chaqueta de falda color crema, muy simple y elegante, y el maletín que la acompañaba.

Le explicó que iba a ver una pequeña compañía financiera que quería iniciar una colección de arte para exponerla en las paredes de su oficina. Antes de plantearse si le convenía hacer negocios con ellos, quería echar un vistazo al espacio y a los socios de la empresa.

—¿En qué se va a fijar? —preguntó él.

—En si están a la altura de mis

artistas —repuso ella con convicción.

Cuando él le entregó el paquete y le confesó, contrito, que el Motherwell había estado adornando su salón durante más de treinta años, la dama lo encontró muy divertido.

—Ya entiendo que no quisiera desprenderse de él —dijo—. Me alegro de que también les gustara a ustedes. ¿Sabía que fui yo la que se lo regalé a su padre?

—No —reconoció.

—¿Y no sabe nada de la relación que tuve con su padre?

Una vez más, tuvo que admitir su ignorancia.

—¿Se acuerda de la chica de Brooklyn que aparecía en su libro *El estrecho de Verrazano*?

—Desde luego.

—Pues era yo.

En pocas frases, Sarah le contó la historia.

—Nunca le he dicho nada a mi marido. Hemos tenido un matrimonio muy feliz, pero a toda mujer le gusta mantener ciertos secretos. Y luego, después de que el libro se hiciera tan famoso, no quería que los pacientes de mi marido dijeran «Ah, su mujer es la chica que sale en ese libro». En aquella época no era lo más prudente, en todo

caso. Tu padre fue muy discreto también. Era un buen hombre.

—Por el libro se deduce que estaban muy unidos.

—Quería casarse conmigo y estuve a punto de aceptar. Habría sido tu madrastra. ¿Qué te parece?

—Creo que habría sido magnífico.

—Puede. En aquellos tiempos era difícil. —Adoptó un aire pensativo—. Tu padre era una persona extraordinaria, a su manera. Que alguien como Charlie quisiera casarse con una chica de Brooklyn, de una familia de judíos conservadores, además, en aquellos tiempos... Tenía una mentalidad abierta.

—Sí, supongo. Yo quería a mi padre, pero al mismo tiempo me decepcionaba un poco. Creo que podría haber hecho algo más en la vida. Quizá si se hubiera casado con usted lo habría conseguido.

—¿Quién sabe? —Sarah Adler se encogió de hombros—. Yo he vivido demasiado para creer que se pueda predecir la evolución de las personas. En todo caso, la gente seguirá leyendo el libro de tu padre durante mucho tiempo y él será recordado por eso. ¿Acaso alguien mantiene el recuerdo de alguno de tus otros antepasados?

—Es posible que no.

—Me recuerdas a tu padre. Te

pareces a él, ¿sabes?

—Yo creo que somos muy distintos.

Sarah Adler abrió el maletín y sacó algo de su interior.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó.

—Parece una especie de cinturón indio.

—Exacto. Es un cinturón de *wampum*. —Lo extendió—. Fíjate en el motivo, ¿no es maravilloso? —Se quedó mirándolo—. En ese dibujo hay un mensaje, claro, aunque no sabemos cuál... pero a la vez es una pieza de puro arte abstracto. Esto es una herencia de tu familia. Charlie me lo regaló, sin embargo, a mí. Lo hizo enmarcar, pero

como el marco es muy grande, lo quité para traértelo esta mañana, porque considero que debes tenerlo tú.

—No puedo aceptarlo... para usted debe de tener muchos recuerdos.

—Así es, pero quiero que lo tengas tú. Lo estoy devolviendo a la familia de la misma manera que tú me devuelves el dibujo. —Esbozó una sonrisa—. Se ha completado el círculo.

Gorham guardó silencio. De repente pensó en el vacío que había quedado en la pared del salón y se preguntó si el cinturón de *wampum* encajaría allí. Así, de primeras le parecía que no. Después se le ocurrió que si su matrimonio se

venía abajo, tal vez no vería a menudo aquel salón.

Sarah Adler lo observaba con atención.

—No pareces muy contento. Hay algo en tu vida que no funciona.

—Puede.

—¿Querías explicármelo? Al fin y al cabo, estuve a punto de ser tu madrastra.

Gorham se dijo que si iba a compartir aquella información con alguien, aquella inteligente señora mayor que había querido a su padre era seguramente la persona más idónea que podía encontrar. No tardó mucho en

relatarle lo sucedido. Cuando acabó, Sarah Adler se mantuvo callada un minuto. Luego le sonrió.

—Ya veo que Charlie fracasó —
señaló con ternura.

—Yo siempre lo consideré así, pero he creído comprender que para usted sí tuvo éxito.

—No, no me refería a que Charlie hubiera fracasado por no ser banquero, o lo que tú crees que debería haber sido. Me refiero a que fracasó en lo que te quiso transmitir. —Exhaló un suspiro—. Todos esos fines de semana en que te traía de Staten Island para enseñarte Nueva York, todo ese esfuerzo... y tú no

llegaste a aprender nada de la ciudad.
Qué pena. Pobre Charlie.

—No entiendo.

—Tiene que ver con toda la riqueza, toda la vida de esta ciudad. Los periódicos, los teatros, las galerías, el jazz, los negocios y actividades de todo tipo. No hay apenas nada que uno no pueda encontrar en Nueva York. Él quería inculcarte todo eso. La gente viene aquí desde todos los rincones del mundo, hay comunidades y culturas de toda clase, y a ti no te interesa nada de eso. Sólo te importa una cosa, ser director de banco, cuando eso no tiene gran interés.

—Supongo que siempre he querido conseguir el éxito económico que se encuentra en Nueva York. Ése es un aspecto poderoso.

—Ya sabes que ha habido un *boom* de las empresas informáticas... que ahora se está convirtiendo en una burbuja ilusoria.

—Probablemente.

—¿No sabes que también hay otra burbuja ilusoria? Una burbuja de expectativas vanas, de casas mayores, de aviones privados, de yates, de sueldos y primas desaforados. La gente acaba deseando y creándose expectativas de ese tipo de cosas, pero

esa burbuja también va a estallar, como no puede ser de otro modo.

—Entonces usted no podrá vender los grandes picassos.

—Ven a mi galería y te venderé obras hermosas a precios más asequibles. Lo importante es que van a tener igualmente valor. El arte tiene que ver con la belleza, con lo espiritual. Nueva York está lleno de personas como yo y no has visto a ninguna. Tú sólo ves dólares.

—Cuando era niño —dijo Gorham—, mi abuela me dio un dólar de plata. Supongo que para mí es un símbolo de todo lo que ha sido la familia, en la

época en que teníamos dinero. Siempre lo he llevado conmigo, en el bolsillo, para que me recordase de dónde provengo, de la vieja familia Master, anterior al extravío de mi padre. Seguramente creerá que es una tontería, pero yo siento como si mi abuela me transmitiera eso, como un talismán.

—¿De veras? Debe de ser un dólar Morgan, creo.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Porque yo salía con tu padre por aquella época y me habló de ello. Tu abuela quería darte algo y preguntó la opinión de Charlie. Entonces él le dio el dólar, que había comprado a un

coleccionista, para que ella te lo regalara a ti. Tu dólar de plata proviene en realidad de Charlie. Lo demás es una fabulación tuya.

Gorham guardó silencio un buen momento y luego sacudió la cabeza.

—Me está diciendo que estaba engañado...

—La gente viene a Nueva York para ser libre, pero tú te has construido una prisión para ti mismo. —Lanzó un suspiro—. Yo quería a tu padre, Gorham, pero me alegro de haberme casado con mi marido. ¿Y sabes cómo hemos construido nuestro matrimonio? Una capa tras otra de experiencia

compartida, hijos, lealtad... Una capa tras otra, hasta haber construido algo que posee más valor que nada de lo que pueda imaginar. Eso es lo que hemos intentado transmitir a nuestros hijos. Eso es lo único que pueden hacer los padres... enseñar a vivir a sus hijos. No creo que vayas a hacer eso yéndote a Boston. —Consultó el reloj—. Me tengo que ir.

—Yo también, creo.

Sarah Adler se puso en pie.

—Te he dado un sermón, pero ahora te haré un regalo. Sé que te va a gustar. Se lo di una vez a tu padre y ahora te lo doy a ti. —Le entregó la lámina de

Motherwell—. Hazme el favor de volver con tu familia y disfrutar de una buena vida, Gorham. Me alegraría mucho que fuera así. —Le dedicó una breve sonrisa—. Te voy a dejar que pagues el desayuno.

A continuación se alejó a toda prisa.

Gorham esperaba la cuenta cuando se le ocurrió algo y se apresuró a salir del comedor.

Sarah Adler estaba a punto de subirse a un taxi cuando la alcanzó.

—Yo también quiero darle algo. —Le entregó el cinturón de *wampum*—. Mi padre habría querido que lo conservara usted, estoy convencido de

ello, pero puede considerarlo un regalo de mi parte.

—Gracias. —Lo miró a los ojos—. Piensa en lo que te he dicho. —Luego, con una pícara sonrisa, se lo puso en torno a la cintura y lo sujetó—. ¿Cómo estoy?

—Preciosa.

—Bueno, entonces debe de ser que lo soy.

Se subió al taxi y éste se alejó, mientras él regresaba adentro para pagar la cuenta.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista, mientras comenzaba a circular por Park Avenue.

—Al World Trade Center —repuso ella.

Gorham se quedó sentado varios minutos a la mesa, sopesando qué debía hacer. Miró el reloj. Si iba a presentarse a la reunión en el despacho del cazatalentos debía ponerse en camino. Con el dibujo bajo el brazo salió a la avenida y, al cabo de un momento, se dirigió en taxi hacia el sur.

El tráfico era fluido en la calle Roosevelt. El taxi rodeó el borde del Lower East Side junto al puente de Williamsburg. A continuación vino el

punto de Manhattan y luego el de Brooklyn, y justo después el puerto de South Street.

Fue allí donde tomó la decisión. Cuando el taxi llegó a South Street y giró a la derecha por Whitehall, sacó el móvil. No iba a ir a la reunión.

Como no tenía ganas de volver directamente a la oficina, se bajó del taxi y resolvió llamar a Maggie.

Aproximadamente a las 7:59 de la mañana del 11 de septiembre de 2001, el vuelo 11 de American Airlines proveniente de Boston con destino a Los

Ángeles despegó del aeropuerto internacional Logan. El avión, un Boeing 767, llevaba noventa y dos personas a bordo, incluida la tripulación. Poco después de las 8:16 el aparato, que volaba a 9000 metros de altura, se desvió de su rumbo previsto y no respondió a ninguna de las repetidas llamadas emitidas desde el servicio de control del tráfico aéreo de Boston. Durante un rato, se ignoró su paradero.

A las 8:26 el avión se desvió hacia el sur. Para entonces el servicio de control había escuchado cómo el cabecilla de los secuestradores daba instrucciones a los pasajeros. A las 8:37

se localizó el avión. Volaba en dirección sur siguiendo aproximadamente la línea del río Hudson. Informado el NORAD, dos cazas F-15 se prepararon para despegar de la base Otis de Massachusetts.

A las 8:43 el avión efectuó un viraje final en dirección a Manhattan.

Pocas personas repararon en el aparato que se aproximaba a la ciudad. En primer lugar, no disponían de mucho tiempo. En principio, la imagen de un avión volando bajo en dirección a Manhattan no tenía por qué extrañarles. Eran muchos los aparatos que, aun sin seguir aquella ruta de vuelo, se

aproximaban a baja altura a la ciudad para aterrizar en el aeropuerto de La Guardia. Cuando pasó por encima de la ciudad, pocos de los viandantes lo vieron siquiera desde los angostos cañones flanqueados de rascacielos. Los que se hallaban en los muelles o al otro lado del río, en Nueva Jersey, sí lo vieron en cambio. Aunque no parecía haber perdido el control, para entonces volaba demasiado bajo. Algunos testigos pensaron que el piloto tenía problemas y que tal vez intentaba realizar un aterrizaje de emergencia en el Hudson.

En el último momento el avión

enderezó el rumbo. Parecía que aceleraba cuando se fue directo a la cara norte de la torre número uno del World Trade Center. A nadie se le ocurrió pensar que aquella extraordinaria ruta de vuelo era intencionada.

A las 8:46 el avión se estrelló contra el costado de la torre norte, justo encima de la planta noventa y tres, y se incrustó en las entrañas del edificio con una tremenda explosión. Viajaba a 1104 nudos y transportaba 50.000 litros de combustible.

Al doctor Caruso lo habían hecho

pasar a la oficina a las 8:35. Aunque sólo se encontraba a unos veinte pisos de altura en la torre sur, la vista era espléndida. El agente de seguros, Doug, que era un viejo amigo suyo, le había anunciado que acudiría dentro de un minuto. De pie junto a la ventana, Caruso levantó la mirada hacia el cielo.

La torre norte se elevaba a corta distancia. En lo alto de esa torre, en los pisos 106 y 107, estaba el restaurante Windows on the World. Era un establecimiento magnífico, el que más dinero ingresaba en todo Estados Unidos. Cuando venían a visitarlo sus amigos de otras localidades, al doctor le

gustaba llevarlos allí. Debía de ir a ese lugar un par de veces al año y nunca se cansaba de él. Uno podía pasear por la zona del bar y contemplar Brooklyn a un lado, Nueva Jersey al otro, el Hudson por el norte y la bahía por el sur. La panorámica abarcaba más de treinta kilómetros. En ocasiones las nubes bajas pasaban incluso por debajo, tapando con un fino velo retazos de la ciudad.

Doug entró como un vendaval en el despacho, disculpándose por haberlo hecho esperar.

—Tengo varias cosas que ofrecerte —anunció, sonriente—. Después te diré qué creo que debes elegir.

—Perfecto —dijo el doctor Caruso, tomando asiento—. Permíteme que te haga una sugerencia. ¿Por qué no me dices antes lo que debo elegir? Luego, después de haber obtenido el diagnóstico, examinaré al paciente.

—Por mí no hay inconveniente.

A continuación trazó una breve apreciación de la esperanza de vida de Caruso desde un punto de vista actuarial y de las implicaciones que ello tenía para sus futuras primas. Luego se enzarzó en una disquisición entorno a la manera en cómo Caruso podía ahorrar dinero... a largo plazo.

Apenas había comenzado a exponer

su propuesta, cuando calló y dirigió la mirada hacia la torre norte.

—¿Qué demonios es eso? —dijo.

—Despacho de la señora O'Donnell.

—Habla con su marido. ¿Está ahí?

—Lo siento, señor Master. Se ha ido a una reunión. Podría probar con su móvil, pero es probable que ya lo haya apagado. ¿Quiere dejar un mensaje?

—Dígale que la llamaré más tarde. Bueno sí, dígame que he decidido no ir a Boston. Ella ya entenderá.

Acababa de colgar y aún no había

decidido si caminaría un poco antes de ir a su oficina, cuando un gran estruendo lo indujo a levantar la cabeza. En la parte superior de la torre norte del World Trade Center acababa de iniciarse un tremendo incendio del que se desprendían nubes de humo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a un hombre que había parado cerca.

—Parece una bomba —opinó el desconocido.

—Un avión ha chocado contra la torre —explicó un joven—. Lo he visto. Debe de haber perdido el control.

—Dicen que tenemos que evacuar el edificio —le comunicó Doug—. No sé por qué, si el incendio está en la otra torre.

Salieron a esperar los ascensores al rellano, donde se había concentrado ya una multitud de personas.

—¿Quieres que vayamos por las escaleras? —propuso Caruso.

—¿Para bajar veintipico pisos? —contestó Doug—. Es demasiado.

—En ese caso tendremos que armarnos de paciencia —pronosticó Caruso—. ¿Podríamos terminar esta

reunión en la acera?

—Yo puedo terminar una reunión en cualquier sitio —aseguró Doug—, incluidos numerosos bares, pero prefiero mi despacho.

Los ascensores estaban todos a tope.

—No puedo creer que esto sea necesario —se quejaba alguien.

Un par de minutos después salió una recepcionista de una oficina.

—Acaban de llamar para decirnos que no tenemos que evacuar —anunció—. El edificio no corre peligro. Pueden volver todos a su trabajo.

Con un suspiro colectivo, cada cual se dispuso a regresar a su oficina.

—Bueno, volvamos a centrarnos en tu vida —reanudó Doug cuando se hallaron en su despacho.

Gorham todavía observaba el fuego de la torre norte cuando se abatió el segundo avión. De la esquina del edificio, a una altura tal vez de ochenta pisos, brotó una llamarada. Casi en el mismo instante, en un costado de la parte superior de la torre se formó una gran bola de fuego. Con rapidez de reflejos, Gorham se precipitó hacia una entrada para evitar los escombros que caían.

Oyó gritos de terror. Las personas

que habían comenzado a evacuar el edificio antes salían de uno de los ascensores.

Aquello no podía ser un accidente, se dijo. No eran posibles dos coincidencias de esa clase. Con cautela, salió de la entrada. De las torres brotaban nubes de humo y llamas que formaban manchas del color de la sangre sobre el fondo azul del cielo.

Echó a correr.

Después de haber recorrido tres o cuatrocientos metros hacia el norte, se detuvo a reflexionar sobre la situación en Church Street. A su modo de ver sólo podía haber una explicación: aquello era

un ataque terrorista. ¿Qué otra cosa podía ser, si no? Al fin y al cabo, en 1993, los terroristas habían puesto un camión bomba en el garaje del World Trade Center que había causado grandes desperfectos y herido a más de mil personas, y podría haber incluso derruido las Torres Gemelas. Aquello tenía trazas de ser un atentado similar. En tal caso, ¿qué más cabía esperar?

Por la calle llegaba un reguero de gente. Era como si todo el mundo hubiera decidido abandonar la zona.

Entonces sonó su móvil.

—¿Señor Master? —Era la secretaria de Maggie—. ¿Dónde está?

—Cerca del World Trade Center.

Pero estoy bien, no estoy en el edificio.

—Acabamos de ver lo ocurrido en la televisión. Hemos visto el segundo avión.

—Yo también lo he visto. ¿Ha hablado con mi mujer?

—Por eso lo llamo. No sé si ha hablado con ella ya.

—No. Debe de haber desconectado el teléfono durante la reunión.

—Lo que ocurre... —La secretaria pareció vacilar un instante—. Señor Master, ella ha ido allí.

—¿Cómo dice? ¿La reunión se trasladó al World Trade Center?

—Eso es lo que le ha dicho a su ayudante antes de marcharse. Ay, lo siento mucho, señor Master, estoy preocupadísima.

—¿En qué torre?

—No lo sabemos.

—¿Cómo se llama la empresa?

—Estamos intentando averiguarlo.

—Por Dios santo, ustedes tienen que saber con quién se reunía.

—Estamos tratando de averiguarlo en este momento. Uno de los otros socios lo sabe, pero está en una reunión.

—Pues interrúmpalo ahora mismo —ordenó—. Y vuélvame a llamar, por favor.

—Sí, señor Master.

—Llámeme.

«Maldita sea», juró para sí, notando cómo se le aceleraba el pulso. Si era necesario, subiría por una escalera de bomberos o escalaría las paredes del edificio, pero iba a sacar a Maggie de allí, eso estaba fuera de duda. Sólo tenía que saber en qué torre estaba.

Probó con el móvil de Maggie. Nada. Empezó el camino de regreso hacia el World Trade Center. Pasaban los minutos. Cada vez había más gente que subía por la calle. Le dejaría un margen de un par de minutos a la gente de la oficina de Maggie, no más.

Volvió a sonar su móvil.

—¿Papá? —Era Emma.

—Hola, cariño —contestó, tratando de disimular su preocupación—. ¿No estás en clase?

—Ahora voy a volver. ¿Va todo bien, papá? ¿Estás cerca del centro? ¿Qué pasa allí?

—Estoy en la calle, cariño. Hay una especie de incendio en el World Trade Center, pero estoy bien.

—¿Ha habido unas bombas o algo así?

—Podría ser.

—¿Dónde está mamá?

—En una reunión.

—No está allí, ¿verdad?

Vaciló, un segundo tan sólo, antes de responder.

—¿Y por qué ibas a pensar eso?

—No sé. He llamado a su móvil y no ha contestado.

—Ya sabes que siempre lo desconecta cuando está en las reuniones importantes.

—Ya, pero...

—Está en algún sitio del Midtown, cariño. Todo el mundo está bien, vuelve a clase.

—De acuerdo, papá.

Cuando hubo colgado la pequeña, volvió a marcar el número de la oficina

de Maggie.

—Lo siento, señor Master, todavía estamos tratando de conseguir esa información.

—Ahora escúcheme con mucha atención —pidió Gorham—. Si llama alguno de mis hijos, nadie debe decirles que su madre está en el World Trade Center. Es muy importante. Hay que decirles que está en el Midtown. No quiero que se angustien en la escuela cuando seguramente no hay necesidad. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor Master, descuide.

—Llámeme para informarme de dónde está —le pidió—. Necesito

saberlo. —Luego colgó.

Transcurrieron diez minutos y aún seguía esperando la llamada.

El doctor Caruso estaba contento de haber abandonado la oficina de Doug. Un par de minutos antes de regresar había cambiado de parecer, no porque estuviera preocupado por su seguridad, sino porque se puso a pensar que en la torre norte debía de haber muchos heridos. Aunque los servicios de emergencia debían de encargarse de atenderlos, él era médico. Un ginecólogo, sí, pero de todas maneras

médico. Había decidido bajar para ver si podía ayudar en algo.

No había tardado en localizar a un jefe de bomberos.

—Gracias, doctor. ¿Puede esperar un poco?

—Desde luego. —Estaban en el vestíbulo de abajo.

—Volveré a decirle algo.

El segundo avión impactó un momento después.

Llevaba ya un buen rato esperando, viendo el trajín de los bomberos. Realizaban un encomiable esfuerzo, pero parecía que la situación presentaba terribles problemas. Hasta el momento

no había vuelto a ver al jefe de bomberos.

A las 9:25 volvió a sonar su teléfono. Era un número desconocido, de manera que atendió con impaciencia la llamada con la intención de deshacerse lo antes posible de su interlocutor.

—¿Cariño? ¿Me oyes?

—¡Maggie! ¿Dónde estás?

—Estoy en el World Trade Center.

—Eso ya lo sé. ¿En qué torre?

—La sur. He intentado llamarte antes pero este dichoso móvil no funcionaba, y este amable señor me ha dejado usar

el suyo. ¿Dónde estás?

—En Church Street, a la altura de Chambers. Maggie, no voy a ir a Boston ¿me oyes? No sabía lo que decía. Te quiero.

—Ay gracias a Dios, Gorham. Yo también te quiero. Voy a bajar por las escaleras, pero va a resultar bastante lento. Algunas del edificio han quedado un poco retorcidas.

—Voy a ir a buscarte.

—No hagas eso, cariño, por favor. Ni siquiera sé dónde estoy. No me encontrarías. Cada cual quedaría por un lado y no podríamos reunirnos. Espérame donde estás. Yo ya iré. No se

va a venir abajo el edificio ni nada de eso.

—Entonces sigue hablándome.

—Cariño, este señor necesita que le devuelva su teléfono. Te volveré a llamar. Tú límitate a esperarme allí y dame un abrazo muy fuerte cuando llegue.

—De acuerdo. Pero Maggie... —La comunicación se había interrumpido—. Te quiero —le dijo al micrófono del móvil.

A las 9:40, el doctor Caruso llegó a la conclusión de que si quería ser de

utilidad a alguien sería mejor que se pusiera a realizar una valoración por sí mismo. Se encontraba en el vestíbulo de arriba cuando oyó un golpe sordo. Al principio no supo qué era. Al cabo de un momento sonaron otros dos.

Eran cuerpos. Caían de la torre norte. Entonces comprendió qué ocurría. La gente debía encontrarse atrapada allá arriba en medio de un calor cada vez más insoportable. Sólo había dos opciones: morir quemado o saltar. Había leído descripciones de situaciones en que la gente saltaba desde un edificio, pero aquello era distinto... aquellos cuerpos caían desde trescientos metros

de altura. No costaba mucho deducir el resultado. Con una aceleración de diez metros por segundo, después de descender trescientos metros, el choque contra una superficie dura es muy violento. Aunque no estaba seguro de si se podía mantener el conocimiento antes del impacto, no le cabía la menor duda de que la muerte era instantánea. En su caso, también él optaría por precipitarse al vacío, pero el sonido que producía era... Más valía tratar de no oírlo.

—Allí está mi médico. Ya debía de creer que me había olvidado de usted.
—Era la cara de rasgos irlandeses del jefe de bomberos, algo enrojecida a

causa del esfuerzo—. ¿Querría hacerme un favor?

—Por supuesto.

—Lo que quiero que haga, doctor, es que vaya hasta la iglesia Trinity. Allí debe de haber personas que necesitan cuidados, y creo que también hay algunos hombres de mi cuadrilla. ¿Sería tan amable de ir?

—Ahora mismo.

Salió a Liberty Street y comenzó a caminar hacia Broadway, contento de tener algo que hacer. Tendría que llamar a su mujer para decirle que estaba bien y encargarle que llamara a la clínica. De paso, también le pediría que llamase al

agente de la inmobiliaria para anunciarle que habían cambiado de idea sobre ese dichoso edificio de Park Avenue. Ya no tenía ganas de vivir allí.

Faltaba poco para las diez. ¿Por qué tardaba tanto?, se preguntaba Gorham con la vista fija en la torre. Mientras las llamas seguían ardiendo con fuerza en la torre norte, la torre sur parecía instalada en un lúgubre y humeante estado. Había oído varias explosiones procedentes de la parte baja de ambos edificios. ¿Serían debidos a depósitos de gas o a material eléctrico? O tal vez fuera el combustible

de los aviones, que se había vaciado en el interior de los rascacielos y, al volver a acumularse, había estallado de forma repentina. ¿Quién sabía? Fuera cual fuese la causa de aquellos otros ruidos, de la torre sur surgía ahora más humo que llamas.

Las diez casi. Tenía que aparecer de un momento a otro.

Sonó el móvil.

—Hola, cariño, soy yo.

—Gracias a Dios.

—Es que cuesta mucho llegar hasta abajo.

—Maggie...

—¿Qué ocurre?

Tenía la mirada posada en la parte superior de la torre sur. Algo ocurría. Parecía como si se inclinara, se torciera.

—Maggie ¿dónde estás?

Ahora parecía como si la torre volviera a enderezarse. Aquello se debió sólo a que mucho más abajo algo se había partido o desplazado, porque de repente comenzó a hundirse el tejado del gran rascacielos.

—No pasa nada, Gorham. Estoy abajo y...

—Maggie...

Nada. Silencio total. La parte de arriba de la inmensa torre comenzó a desmoronarse. Nunca había visto nada

igual, salvo en las películas o en los viejos noticiarios cinematográficos. Era como la demolición controlada de los edificios altos. Resultaba asombroso ver cómo se venía abajo, como un acordeón. Eso era precisamente lo que ocurría entonces. La torre sur se estaba hundiendo sobre sí misma.

El proceso era lento, increíblemente lento. La torre se achataba segundo a segundo, como a cámara lenta. Un segundo, dos, tres, cuatro... Con majestuoso y medurado ritmo, la parte superior descendía mientras abajo, con un prolongado rugido como de una potente cascada, brotaba una inmensa

nube de polvo gris.

—Maggie. —Nada.

El suelo se puso a temblar. Notaba la vibración bajo la planta de los pies. La abultada avalancha de polvo subía por la calle hacia él como el material piroclástico arrojado por un volcán. Debía escapar de allí. No tenía otra alternativa. No podía quedarse. Retrocedió a Chambers Street con la esperanza de que la oleada de humo no alcanzara la altura de los tejados y rebosara por ese lado. El retumbo continuó, no obstante, por espacio de nueve interminables segundos, mientras se desmoronaba la torre, y como si

coabrara vida propia, la nube de polvo creció y rebulló, y siguió creciendo aún más hasta que, en todas las calles de los alrededores, impidió el paso de la luz.

Oyó gente que corría en dirección norte, muchos de ellos sin resuello. Al cabo de un poco se desabrochó los botones de arriba de la camisa y tras subírsela para utilizarla como máscara, intentó abrirse paso hacia el sur en medio de la polvareda. No hubo forma. Se ahogaba y no veía nada. Al final, como todos los demás, tuvo que seguir subiendo por la calle y al llegar a un punto donde el aire era algo más respirable, se sentó en la acera y se puso

a observar cómo pasaban, cual sombras salidas del Hades, las figuras recubiertas de polvo gris, con la vana esperanza de que una de ellas pudiera ser su mujer.

Y luego, al cabo de diez minutos, Maggie se dirigió hacia él.

—Pensaba que igual te encontraría aquí —dijo.

—Creía...

—Acababa de salir del edificio cuando ha empezado a venirse abajo. Supongo que eso ha interrumpido la conexión del teléfono. Entonces me he metido con un montón de personas en un café para protegerme del polvo, pero

luego he venido por la calle en cuanto he podido. Tienes muy mal aspecto.

—Tú estás magnífica. —La estrechó entre sus brazos.

—Estoy algo empolvada.

—Estás viva.

—Creo que la mayoría hemos conseguido salir, aunque no estoy tan segura con los que estaban más arriba, por encima del nivel del fuego.

—Ay, Dios mío.

—¿Qué?

—Katie Keller. Me dijo que iba a ir a una reunión en el Distrito Financiero esta mañana. ¿Tienes el número de su móvil?

—Creo que sí.

—Intentemos llamarla.

No obtuvieron respuesta.

Yendo y viniendo de un lado para otro, todavía ceñido a la cintura de Sarah Adler en la elevada sala del rascacielos, el cinturón de *wampum* había lucido muy bien. Sus pequeñas cuentas blancas y de color seguían igual de resplandecientes que el primer día. Para quienes eran capaces de leer su mensaje, tejido con tanto amor, pregonaba: «Padre de Pluma Pálida».

Y cuando el gran incendio subió y la

inmensa torre se tambaleó para luego hundirse, fue tanto el calor y tan extraordinaria la presión de aquel colosal desmoronamiento que, al igual que todo cuanto había a su alrededor, el cinturón de *wampum* quedó atomizado en un polvo tan fino que apenas se veía. Durante un breve espacio de tiempo permaneció flotando en torno a la base de la torre esfumada, pero luego por fin el viento, más clemente que los hombres, lo rescató a lomos de una nube y lo elevó en el cielo, hasta muy alto, por encima de las aguas de la bahía y de la ciudad, y del gran río que conducía al norte.

Epílogo

❧ Verano de 2009 ❧

Estaban sentados en un café, disfrutando de un hermoso día. Mirando el teatro del Metropolitan Opera, Gorham sonrió a su hija. Preveía que iba a emprender alguna maniobra de tanteo, pero dejó que asumiera la iniciativa.

—Papá —empezó, con cara seria.

—¿Sí, cariño?

—Creo que tengo un trastorno por déficit de atención.

—¿Ah, sí? Eso está muy bien.

—No, papá. No es broma. De verdad no puedo concentrarme.

—Vaya, lo lamento mucho. ¿Cuándo lo has descubierto?

—Este año, creo.

—¿Y no crees que pueda tener algo que ver con todas las fiestas a las que vas?

—Papá, hablo en serio.

—Yo también. Escucha, Emma, tengo que decirte algo: tú no puedes tener un déficit de atención.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando te he traído aquí esta mañana y te he hecho mirar esas

enormes pinturas de Chagall que hay en la entrada del teatro, ¿te ha supuesto un esfuerzo?

—Sí.

—No me refiero a si te has estado quejando durante todo el camino por tener que ir a ver el maldito teatro de ópera, que por cierto es espléndido, mucho mejor que el antiguo, aunque eso no venga a cuento. Lo que pregunto es si has sido capaz de observar los Chagall y percatarte de su contenido.

—Me ha costado mucho.

—No es verdad. Yo te he visto.

—Eso es injusto. Eres peor que mamá.

—Vaya, qué insulto más impresionante. —La miró con seriedad—. Emma, tienes que comprender algo. Los trastornos por déficit de atención existen. Algunas personas los padecen, y en esos casos no es algo que haya que tomarse a broma. Lo curioso es que hoy en día, la mitad de los chicos de tu colegio aseguran que lo tienen. ¿Por qué será?

—Así le dejan a uno más tiempo en los exámenes.

—Exacto. Es una engañifa. Los padres les dicen a los médicos que creen que sus hijos lo tienen y los médicos les siguen la corriente, y pronto

todo el mundo sufre de ese trastorno, para que les dejen más tiempo en los exámenes y sacar mejores notas.

—¿No es ése un buen motivo para tenerlo?

—No. Y también conozco la engañifa de la Ritalina.

—¿Qué es?

—La Ritalina es el medicamento que se suele recetar para el trastorno de atención. Ayuda a concentrarse. También tiene la útil propiedad de permitir que uno permanezca despierto y despejado durante un día y una noche seguidos. Aunque te pases toda la noche en vela, al día siguiente eres capaz de superar

una prueba en el colegio. Por eso los chicos fingen padecer un déficit de atención para que se la receten y después la venden a sus compañeros. ¿Crees que no lo sé?

—¿Y por qué me lo cuentas?

—El hecho de que exista un mercado negro de algo no lo convierte en una cosa buena.

—Mamá no dice que yo no tenga un trastorno de atención.

—¿Qué dice?

—Dice que no lo sabe.

—Tu madre es abogado.

—Te crees muy listo.

—Yo pago las cuotas de tu colegio.

También pago tus profesores particulares. El año pasado tuviste un profesor para las matemáticas, otro para ciencias y otro para preparar el examen final de secundaria. Dentro de poco tendrás un profesor particular que te ayude a preparar las solicitudes para la universidad. Tu madre va a insistir en que así sea. Tienes tantos profesores particulares que no sé por qué pago para que vayas al colegio. Pero no pienso pagar por eso del trastorno de atención. Ni hablar. Y te voy a decir algo: en todo el país hay muchos chicos que no tienen tantos profesores particulares y que se sientan solos delante de su escritorio

para pasar sus exámenes y presentar sus solicitudes sin ninguna clase de ayuda.

—Pero ellos no van a las mejores universidades.

—En eso te equivocas. Para mí es una satisfacción que algunos de ellos lo consigan.

Gorham sacudió la cabeza. Se podía decir que él mismo era el responsable de aquello. Había criado a sus hijos entre los algodones del privilegio porque quería lo mejor para ellos y ahora cosechaba los frutos. El fenómeno no afectaba sólo a sus hijos, que pese a estar algo consentidos eran bastante sanos. A su juicio, Nueva York era el

pináculo de un problema generalizado.

No había más que ver lo que ocurría si uno de los niños se ponía enfermo. Antibióticos, directamente. Eso no era sólo en Nueva York, ni siquiera en Estados Unidos; tenía amigos en Europa que le contaban que los médicos de la seguridad social de allí hacían exactamente lo mismo: dar antibióticos a los niños para prevenir complicaciones. El problema estaba en saber si aquellos niños construían sus defensas naturales. Un día, los nuevos organismos resistentes a los antibióticos llegarían y causarían estragos.

Nunca debía haber ningún aspecto

negativo. No había que permitir que nada fuera mal. Del viejo espíritu de brío americano podían encontrarse vestigios en el sector de los deportes. ¿Era suficiente con eso?

—No puedo creer que no me vayas a permitir tener déficit de atención —dijo Emma.

Aun así, en el fondo era posible que se sintiera satisfecha. A los niños les gusta que les paren los pies. Recordaba una anécdota al respecto.

—Sus padres no se preocupan nada por él, papá —le había comentado una vez, de pequeño, su hijo con respecto a un compañero—. Le dejan hacer todo lo

que quiere.

Había una gran sabiduría en aquella observación.

—Volvamos a casa por el parque — propuso.

—¿Andando? Bueno.

Primero darían un breve rodeo, pensó, subiendo justo hasta la calle Setenta y Dos. Era una calle muy agradable para caminar. Cuando llegaron a Central Park West se detuvo y señaló el edificio Dakota.

—¿Sabes quién vivía allí?

—¿Quién?

—John Lennon, el de los Beatles.

—Sí, ya lo sabía. Le dispararon allí,

y su mujer Yoko Ono montó un bonito jardín en el parque de enfrente.

—¿Has entrado alguna vez?

—Me vas a hacer ir de todas formas...

—Tienes toda la razón.

Cruzaron Central Park West y entraron en el parque. Allí condujo a Emma hasta la entrada del jardín de Yoko Ono.

—Se llama Strawberry Fields, campos de fresa, como el título de una famosa canción de los Beatles —explicó.

—Ya.

—Ahora fíjate en esa placa del

suelo. ¿Qué pone?

—Pone *Imagine*.

—Exacto. Es el título de otra canción. —Se puso a tararearla un momento.

—Valdría más que no cantaras, papá.

—Habla de cómo sería si toda la gente del mundo viviera en paz. Bueno, habla de un montón de cosas que debían de ser importantes para John Lennon. Pero la cuestión clave es que tiene un mensaje existencial: uno puede cambiar el mundo si está dispuesto a imaginar algo mejor. Hay que imaginarlo. ¿Lo entiendes?

—Si tú lo dices...

—Pues sí, lo digo.

Pasearon por el recinto.

—Aquí debió de haber ciervos antes, claro.

—Como en todo Westchester.

—Exacto. Manhattan era un extenso territorio de caza indio cuando llegaron los holandeses. Tus antepasados, ya sabes.

—Sí, papá. —Hizo girar las pupilas, aunque con una sonrisa—. Lo sé. Soy descendiente de holandeses e ingleses y de no sé qué más.

—Broadway, por ejemplo, era un camino indio. Y había otro camino que

subía al este de Central Park.

—Estupendo. ¿Tengo que saber todo esto?

—Yo creo que sí.

—¿Algo más?

Gorham guardó silencio. Estaba pensando.

—Es curioso, esto se llama Strawberry Fields por la canción, pero cuando se encontraba en su estado original seguramente había fresas silvestres aquí. ¿Has comido fresas silvestres alguna vez?

—Me parece que no.

—Tendremos que remediarlo algún día. Deberíamos ir de acampada y

comer fresas silvestres.

Se llevó una sorpresa al ver que ella acogía con entusiasmo la idea.

—Sí, estaría bien. Podríamos ir de acampada juntos. —Entrelazó el brazo con el suyo—. ¿Lo haremos? ¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

Cruzaron el parque cogidos del brazo, bajo el tibio sol. Él desistió de seguir aleccionándola y ella parecía contenta de caminar simplemente a su lado.

Sus hijos tenían muchas cualidades, concluyó. Lo único que necesitaban era hacer frente a un desafío. No había más

que fijarse en algunos de sus amigos, como Lee, el muchacho chino, que había ido a Harvard, o en las personas que habían accedido al cargo de alcalde durante las últimas décadas: Fiorello La Guardia, Ed Koch, David Dinkins, Rudy Giuliani... Judíos, negros, italianos, todos habían seguido una laboriosa andadura desde una extracción de pobreza. Aunque uno sintiera más simpatías por uno o por otro, todos representaban una lección para aquella ciudad. Muchos de los amigos ricos de sus hijos provenían de familias que habían residido en el Lower East Side dos generaciones atrás. El sueño

americano no era un sueño: era una realidad. La gente llegaba allí en busca de libertad y, por más dura que fuera la pendiente del ascenso, lograban subirla. Para conseguirlo era preciso acogerse a la ética del trabajo. Eso era lo que tenía valor.

Pensó en el doctor Caruso. Éste dedicaba un día a la semana a atender gratis a los pacientes de una clínica del Bronx. Poca gente lo sabía. Aparte, también había invertido con gran tino en el *boom* de la Bolsa y después había vendido las acciones en el momento álgido, en el 2008. Se había comprado una casa adosada en Park Avenue que

valía mucho dinero. Casualmente, ese mismo mes, el individuo que al final había comprado el apartamento 7B había sido acusado de fraude.

—Es la primera vez que ocurre una cosa así en este edificio —señaló Gorham a Vorpál—. Hasta ahora nunca habíamos tenido a alguien con problemas con la justicia. —Sacudió la cabeza—. ¿Y quién lo iba a pensar con un tipo que tenía una liquidez de seis veces el valor del piso?

Por suerte, Vorpál no captó la ironía con que iban cargados aquellos comentarios.

Después de la tragedia del 11 de septiembre transcurrieron dos años antes de que Gorham Master dejara el banco. Cuando llegó la transición, la vivió como lo más natural del mundo. La decisión se precipitó una noche en una cena.

Él y Maggie habían hecho el propósito de verse con Juan y Janet con cierta frecuencia. Un domingo en que comían en casa de los Campo, Juan comentó que de todos los alumnos de su clase de máster de Columbia, al único que tenía curiosidad por ver era Peter Codford.

—Eso tiene fácil solución —afirmó

Gorham.

Al cabo de un tiempo, cuando Peter se encontraba en la ciudad, Gorham y Maggie los invitaron a cenar a todos.

Los tres viejos amigos estuvieron encantados de reunirse. Peter mostró un interés particular en la labor de Juan.

—Me interesa en especial lo que dices del Barrio —explicó a la hora del postre—, porque Judy y yo vamos a crear una fundación que se va a centrar en los enclaves de las ciudades del país. Queremos diagnosticar los problemas propios de cada lugar y el Barrio es exactamente la clase de zona donde nos interesa intervenir.

—Ahora veo que eres rico de verdad —señaló Juan, riendo.

—Si a uno le ha sonreído el éxito, tiene que decidir cómo va a gastar el dinero. De todas maneras, mi propia contribución sólo servirá para poner en marcha la fundación. La recaudación de nuevos fondos va a ser una parte fundamental del trabajo de la misma. Me parece que vamos a necesitar un banquero como director gerente.

—Quizá Gorham podría encargarse —aventuró Maggie.

—¿De veras? ¿Te interesaría? —preguntó Peter a Gorham—. No podría pagarte tanto dinero como ganas en el

banco, pero podría representar un reto muy estimulante. —Consultó con la mirada a Judy, que asintió con una sonrisa—. Me encantaría hablar contigo del asunto, si quieres.

Seis meses después, Gorham pasó a asumir las funciones de primer director gerente de la Fundación Codford. Sumado a los ingresos de las acciones del banco, el sueldo de la fundación le reportaba lo bastante para atar cabos. Ganaba menos que Maggie, con diferencia, pero ¿qué más daba?

Le iba francamente bien. Sus años en la banca le habían proporcionado muchas capacidades, desde luego, pero

el genuino entusiasmo que le inspiraba la labor de la fundación lo transformaba en un magnífico abogado de la causa. Había descubierto que poseía un verdadero talento para la recaudación de fondos. Jamás en su vida había sido tan feliz. Un año atrás recibió una condecoración en una multitudinaria cena celebrada en Nueva York.

—Pero aún me queda mucho camino que recorrer —confesó a Maggie—. No me daré por satisfecho hasta que no haya obtenido un sustancioso donativo de Vorpal y Bandersnatch.

—Iremos a persuadirlos entre los dos —prometió ella.

Cuando llegaron al edificio, le dio un beso a Emma.

—Gracias por acompañarme a ver los Chagall —le dijo.

—Ha sido divertido. ¿No subes?

—Tengo un recado que hacer. Volveré dentro de media hora.

—De acuerdo, papá. Gracias —añadió con una sonrisa.

Se alejó por Park Avenue. En realidad no tenía ningún recado pendiente, sólo necesitaba caminar un poco más. Park Avenue lucía un aspecto magnífico. Nadie habría dicho que los tiempos eran duros... para los abogados

no tanto, había que reconocerlo, aunque la liquidez de la familia había mermado bastante a lo largo de los dieciocho meses anteriores. En cualquier caso, era un periodo difícil para mucha gente.

Si uno se ponía a pensarlo, el ciclo de bonanza y bancarrota, de avance y recesión, se había ido reproduciendo durante siglos en los dos centros financieros más importantes del mundo, Nueva York y Londres. Algunas crisis eran peores que otras... la Gran Depresión fue terrible. Aquella hermosa avenida seguía subsistiendo, con todo.

Los emigrantes pobres seguían llegando y encontrando la libertad que

buscaban, y también la prosperidad.

Y además, había que decirlo sin tapujos, cuando uno pensaba en las revueltas, en la brutalidad e incluso en los prejuicios de las generaciones anteriores, pese a todos sus defectos, el Nueva York actual era un lugar mucho más acogedor de lo que había sido nunca en toda su historia.

La Gran Manzana. La gente creía que aquel apodo había surgido en los años sesenta. En realidad provenía de finales de los veinte y principios de los treinta, pero ¿qué más daba? ¿Y qué significado tenía? De algo que uno podía morder, suponía. Algunos decían que era la

manzana que había tentado a Adán. De algo no cabía duda, desde luego: Nueva York seguía siendo materialista. También era, con todo, la ciudad de la excelencia, del arte, de la música, de las posibilidades ilimitadas.

Al pasar junto a una tienda de lujo, le sorprendió ver que en el escaparate utilizaban una reproducción de una fotografía de Theodore Keller. Quedaba magnífica. Le gustó mucho.

Aquello le hizo acordarse de Katie. A Katie Keller le había ido bien.

Aparte del negocio de catering había abierto su propio restaurante en la zona norte del condado de Westchester, al que

solía ir con Maggie los fines de semana de verano.

Recordó con nitidez el momento de pánico que experimentó aquel terrible día en que se vinieron abajo las torres. Ella se encontraba en el Financial Center, el edificio de enfrente, gracias a Dios, pero transcurrieron varias horas hasta que lograron ponerse en contacto con ella.

Solamente una persona de las que conocía había fallecido aquel aciago día: Sarah Adler. De no haber sido por ella, él se habría hallado también en el World Trade Center, en la oficina del cazatalentos. Aunque era imposible

saber si se habría quedado atrapado y habría perdido la vida, una cosa era segura: lo había salvado en un sentido figurado.

Sarah Adler había perecido. Junto con más de un millar de personas, no había dejado trazas de su cuerpo susceptibles de ser identificadas, lo que constituía una pérdida absoluta y definitiva.

Absoluta no, quizá. A ella había quien la recordaba. Siempre que miraba en el cielo el gran espacio vacío que antes ocupaban las torres pensaba en ella con gratitud y afecto. Los centenares de otras víctimas también vivían así en

el recuerdo de sus allegados.

Se alegraba de que fueran a construir un nuevo rascacielos, la Freedom Tower, en el lugar que ocuparon las torres gemelas, pues para él aquello era un símbolo de la esencia de Nueva York. Por más dura que fuera la situación, los neoyorquinos nunca se daban por vencidos.

Siguió caminando. Pasó junto al Waldorf Astoria y el conjunto de edificios de oficinas dispuestos en torno a la preciosa iglesia de aspecto bizantino de Saint Bartholomew. Como se acercaba la hora de la comida, una banda de jazz se había puesto a tocar en

la entrada de uno de los inmuebles de un banco. La gente se concentraba para escuchar la música, de pie o sentada.

Qué agradable era encontrarse en ese lugar bajo el sol. Incluso allí, en Nueva York, a veces se detenía el tiempo.

De improviso tuvo una especie de revelación. Aquel jardín llamado Strawberry Fields donde había estado y la Freedom Tower en la que había pensado, colocados juntos, ¿no contenían las dos palabras que definían la sustancia de su ciudad, las dos que realmente contaban? Él así lo consideraba. Dos palabras: una era un

invitación y la otra un ideal, una aventura, una necesidad. «Imagine» decía el jardín. «Freedom» decía la torre. Imagina la libertad. Ése era el espíritu, el mensaje de aquella ciudad que tanto amaba. Con eso quedaba dicho todo. Había que soñar para luego plasmar el sueño en la realidad. Antes había que soñar, sin embargo.

Imaginar la libertad. Eso era algo perenne.

Agradecimientos

Durante la fase de investigación previa a la redacción de esta novela, consulté muchos libros, artículos y fuentes diversas. Aquí querría dejar constancia de mi gratitud a las siguientes personas.

Mi más sentido agradecimiento para el profesor Kenneth T. Jackson, por su amable asesoramiento y por *The Encyclopedia of New York City*, que ocupa un lugar de privilegio en mi escritorio, junto al magnífico *Gotham*, de Edwin G. Burrows y Mike Wallace.

Tengo contraída una deuda con los

directores y el personal de la Biblioteca Pública de Nueva York. Agradezco también la amable ayuda recibida de todo el personal del Museum of the City de Nueva York, la New York Historical Society, el American Museum of Natural History, el American Indian Museum, el South Street Seaport, el Lower East Side Tenement Museum, Ellis Island Immigration Museum, y en concreto a Carol Willis por su ayuda y orientación en el Skyscraper Museum.

Uno de los aspectos que más placer me procura mi actividad profesional es la oportunidad de trabajar con ilustres historiadores, eruditos y expertos para

la preparación de mis libros. Quienes cito a continuación han tenido la bondad de leer secciones de mi manuscrito, en más de un caso de varios centenares de páginas, efectuar correcciones y transmitirme valiosos consejos. Me corresponde pues el privilegio de dar las gracias a Graham Russell Hodges, profesor de historia del periodo colonial americano en la Colgate University; Edwin G. Burrows, profesor de historia en el Brooklyn College, Universidad de la Ciudad de Nueva York; Christopher Gray, especialista de historia metropolitana y columnista del *New York Times*; Barry Moreno, encargado de la

biblioteca Bob Hope Memorial de Ellis Island; el rabino Robert Orkand, del Templo Israel de Westport, Connecticut; y Mark Feldman, de Weston, Connecticut. De las inexactitudes que puedan haber quedado, la responsabilidad es sólo mía.

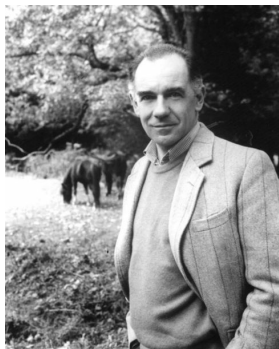
Merece una mención especial asimismo Dan McNerney por su inestimable colaboración en mi investigación. Y aunque el espacio no permita trazar una lista completa de todas las personas que tuvieron la amabilidad de prestarme ayuda, apoyo e información durante la gestación de este libro, querría destacar en particular a:

Theresa Havell Carter, Sam Delgado, Harry Morgan, Joan Morgan, Miles Morgan, Maria Pashby, Michele Kellner Perkins, Ed Reynolds, Winthrop y Mary Rutherford, Susan Segal, Tim Smith y la difunta Isabella H. Watts.

Estoy muy agradecido a Mike Morgenfeld por el diseño de los mapas y a Heidi Boshoff por la extraordinaria eficacia con que preparó el manuscrito.

Finalmente, como siempre, doy las gracias a mi agente Gill Coleridge, sin el cual me sentiría completamente perdido, y a mis magníficos editores, Oliver Johson de Century y William Thomas de Doubleday, cuya ejemplar

minuciosidad y respuestas creativas a diversos problemas han servido para aportar considerables mejoras a este manuscrito, y a Charlotte Haycock de Century y Melissa Danaczko de Doubleday por la amabilidad y paciencia con que me orientaron en las últimas fases de redacción del libro.



EDWARD RUTHERFURD. Seudónimo de Francis Edward Wintle, nacido en Salisbury, Inglaterra, en 1948. Escritor de novelas históricas.

Educado en Salisbury y en las universidades de Cambridge y Stanford (California), trabajó en el campo de la

investigación política, la venta de libros y la publicación. Después de numerosos intentos de escribir novelas y obras de teatro, finalmente abandonó el comercio de libros en 1983 para escribir *Sarum*, una novela histórica que abarca un periodo de diez mil años y ambientada en la zona que rodea el antiguo monumento de Stonehenge y Salisbury. Cuatro años más tarde, cuando el libro fue publicado, se convirtió en un bestseller internacional, permaneciendo durante 23 semanas en la lista de los más vendidos del *New York Times*. Desde entonces ha escrito seis novelas más: *Russka: La novela de Rusia*;

Londres; El bosque, ambientada en la zona sur de Inglaterra cercana a Sarum, y dos novelas que recogen la historia de Irlanda desde los tiempos de San Patricio hasta el siglo XX. En 2009 se publicó *Nueva York*, y actualmente está trabando en otra extensa novela.

Sus libros han sido traducidos a veinte idiomas.

Edward Rutherfurd es miembro vitalicio de los Amigos de la Catedral de Salisbury, de la Sociedad Cívica Salisbury y de los Amigos de Chawton House, que está dedicada al estudio de mujeres escritoras. También es patrono del Teatro Nacional de Irlanda (Abbey

Theatre) en Dublín.

En 2005, la ciudad de Salisbury le condecoró por sus servicios a la ciudad, poniendo a una de las calles que parten de su mercado medieval el nombre de «Rutherford Walk».

Notas

[¹] Mercenarios alemanes al servicio de los británicos (*N. de la T.*) <<

[2] *Dixie* es el sobrenombre con que se conoce el Sur de los Estados Unidos. Esta canción fue el himno oficioso de los soldados sudistas. (*N. de la T.*) <<

[3] Canción que hace referencia al activista abolicionista John Brown y que se convirtió en himno nordista durante la guerra de Secesión. (*N. de la T.*) <<

[4] *Flapper* es un anglicismo que se utilizaba en los años 1920 para referirse a un nuevo estilo de vida de mujeres jóvenes que usaban faldas cortas, no llevaban corsé, lucían un corte de cabello especial (denominado *bob cut*) y escuchaban música no convencional para esa época (jazz), que también bailaban. Las *flappers* usaban mucho maquillaje, bebían licores fuertes, fumaban, conducían, con frecuencia a mucha velocidad, y tenían otras conductas similares que eran un desafío a las leyes o contrarias a lo que se consideraba en ese entonces socialmente

correcto. (*N. de la E.D.*) <<

[5] Medidas económicas y sociales adoptadas en Estados Unidos entre 1933 y 1939, bajo la presidencia de F.D. Roosevelt, para remediar los devastadores efectos de la crisis de 1929. (*N. de la T.*) <<

[6] En hebreo: correcto, apropiado. Se refiere a los alimentos que cumplen los preceptos de la religión judía en lo concerniente a su pureza. (*N. de la E.D.*)

<<

[7] Personas de raza blanca, de origen anglosajón y protestante. De «White, Anglosaxon, Protestant». (*N. de la T.*) <<